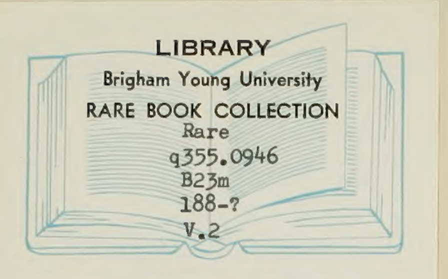
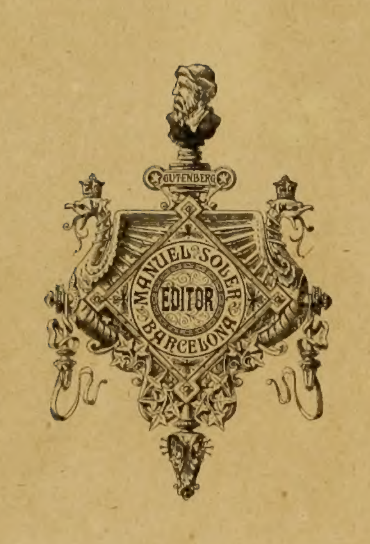






MUSEO MILITAR

HISTORIA DEL EJÉRCITO ESPAÑOL


GUTENBERG
MANUEL SOLER
EDITOR
BARCELONA



HISTORIA
DEL
EJÉRCITO ESPAÑOL

ARMAS, UNIFORMES, SISTEMAS DE COMBATE, INSTITUCIONES
ORGANIZACIÓN DEL MISMO

DESDE LOS TIEMPOS MÁS REMOTOS HASTA NUESTROS DÍAS

POR

FRANCISCO BARADO

Capitán de Infantería

Obra premiada con **MEDALLA DE ORO** en la Exposición Universal de Barcelona
é informada con brillante dictamen en la **JUNTA SUPERIOR CONSULTIVA DE GUERRA**

La ilustran numerosos grabados intercalados en el texto y láminas sueltas representando Monumentos, Retratos, Relieves, Medallas y otros objetos históricos dibujados por distinguidos artistas españoles, y reproducciones directas de grabados de época debidos á los más célebres maestros Alemanes, Franceses, Españoles é Italianos



Tomo II

BARCELONA
Manuel Soler. — Editor
PASEO DE SAN JUAN, 152

Algo más de la tercera parte de esta obra llevamos publicada. Acabamos de recorrer un dilatadísimo período, en el que, a trueque de no sacrificar capitales detalles, hemos dado á nuestro trabajo el estricto desarrollo que nos imponía la índole del Museo. *Aun así, deploramos que tal condición haya pesado sobre nuestro buen deseo, porque no siendo esta una publicación basada en cálculos editoriales, respondiendo como responde á un fin más alto, no podíamos sacrificar el fondo a las condiciones de volumen y forma, dando á luz un trabajo tan escaso en detalles que careciera de positivo valor. Ajenos por completo a tan mezquina mira, hemos puesto especial empeño en publicar una obra que llenara en parte un vacío que hoy se nota en nuestra literatura militar, y hasta donde han llegado nuestras fuerzas lo dirá el primer volumen del* Museo, *bosquejo sólo de nuestra especial historia, para trazar el cual no hemos omitido ni la perseverancia, ni los recursos materiales. Así y todo, algo hay en sus páginas que puede enriquecer la historia general y no será este el título que menos recomiende nuestra modesta obra.*

Justificado el volumen sólo en apariencia excesivo del primer tomo, diremos que el segundo se ceñirá a límites más breves; y sin dejar de observar método igual en la exposición de los hechos, ofrecerá su ilustración la notable ventaja de las reproducciones directas de grabados de la época, auxiliar el más importante de la narracion historica.

Réstanos ahora enviar desde estas páginas el testimonio de nuestra más profunda gratitud al Excmo. Sr. Brigadier D. José M.ª Aparici y Biedma por los planos y documentos que se ha dignado facilitarnos, al Sr. Jefe del Archivo de la Corona de Aragón D. Manuel de Bofarull, al sabio historiador de Cataluña D. Antonio de Bofarull, al Sr. Jefe del Museo Arqueológico de Barcelona D. Antonio Elías de Molins, al distinguido arqueólogo D. José Puiggarí, a D. José Faraudo que nos ha facilitado las estampas militares de su rica coleccion, á D. Francisco de Bofarull, oficial del antes citado Archivo, al señor don Jaime Andreu, y a los Sres. Bibliotecario de la Universidad de Barcelona y Jefe del Archivo Municipal. Este tributo de gracias lo hacemos extensivo á dos eruditos extranjeros, Mr. Pierre Vidal, Jefe de la Biblioteca pública de Perpignan y Mr. de Goeje, catedratico de árabe de la Universidad de Leyden.

Barcelona, Mayo 1884



Plaza sitiada (Copia de un grabado de maestro desconocido)

ESTUDIO PRIMERO

EL ARTE MILITAR Y LA CIVILIZACIÓN DURANTE EL REINADO DE CARLOS I

Viajes, Descubrimientos y Conquistas. — Balboa. — Solís. — Magallanes. — Cano. — Loaisa. — Cortés. — Pizarro. — Comienza la despoblación de España. — Carácter que ofrecen las guerras en este periodo. — El perfeccionamiento de las armas de fuego da nueva importancia al terreno. — El arcabuz y el mosquete. — Arcabuceros á caballo. — Infantería. — Organización de la española. — Tercios. — Compañías. — Empleos. — Trajes. — Armas. — Ordenanza de 1536. — Cancilleres. — Alistamiento. — Caballería. — Bandas de ordenanza. — Caballos ligeros. — Artillería. — Aumento de esta arma. — Experiencias. — Clasificación de las piezas. — Personal. — Ingenieros. — Diferentes sistemas de defensa. — Periodo de transición. — Ingenieros italianos, flamencos y españoles. — El Comendador Scriba, primer escritor español de fortificación. — Otros escritores italianos. — Obras militares didácticas en general. — Marina. — Obras relativas á este ramo. — Inventario de las armadas de 1520 y 1535. — Magnificencia de ésta. — Un buque blindado. — Naos destinadas á la exploración. — Inventarios y relaciones de las mismas. — Invención de Blasco de Garay. — Invención de Ribera. — Cultura intelectual de España.

I

n tanto las armas victoriosas del César se cubrían de gloria en Europa y en Africa, algunos esforzados navegantes extendían su dominación por distantes continentes, y arrancaban á los mares sus secretos. Mientras en el continente europeo se realizaban grandes hechos, los españoles y los portugueses no olvidaban los derroteros que conducen á través de las soledades del Océano á las lejanas costas descubiertas por Colón y por Gama, en América y en Asia. Lejos de ello, desde que estos audaces marinos pusieron el pié en aquellas remotas regiones, háse apoderado de Europa la fiebre de los viajes. Y es fuerza al llegar aquí, recordemos las noticias con qué cerrábamos nuestro Estudio noveno: buscábase con ansia un paso entre el Océano y el Pacífico que facilitara la navegación y el comercio de especerías. Balboa había descubierto el mar del Sur en 1513, y en 1515 Juan Diaz de Solís, encargado de contornear por el Sur el continente meridional, para remontar luego hasta el punto descubierto por aquél, murió después de reconocer las márgenes del río de la Plata, sin poder dar fin á esta empresa. Sin este desgraciado accidente, es posible que Solís hubiera descubierto el estrecho que hoy perpetua con su nombre la gloria de Magallanes. Mas, era

tal el ansia con que se buscaba el paso, que las exploraciones no se limitaban al Sur, y cuando en 1525 se hubo pleno conocimiento de que desde el golfo de Urabá hasta la Florida no había tal estrecho, gracias á los viajes de Colón, Cortés, Gil González de Ávila, Hernández de Córdoba y Alvarez de Pineda, aun se intentó buscarle hacia la costa de Terranova, á cuyo efecto salió Esteban Gómez de la Coruña, con una carabela, y regresó á los diez meses sin lograr encontrarlo. En cambio las noticias de Andrés de Creeceda, tesorero que había sido de la armada de González de Avila, sugirieron allá por los años 124,5 la idea de establecer la comunicación entre los dos mares. Refería éste, que caminando por el país del Sud hacia Poniente, llegó á un punto en que sólo se hallaban separados el Atlántico y el Pacífico, por tres leguas, siendo dos de ellas de tierra llana para andar con carretas y la otra fácil de habilitarse para el tránsito; y que, de establecerse la comunicación, se abreviarían los viajes. Como por esta fecha ya había hallado Magallanes el paso por el Sud, esto nos prueba que no cumplió el descubrimiento del estrecho de su nombre el deseo del gobierno español, ya por hallarse muy avanzado en el hemisferio meridional, ya por lo dilatado y peligroso de la navegación. De aquí se originaron, no sólo los incesantes reconocimientos por el terreno que media entre el puerto de Caballos, en el mar del Norte, hasta la bahía de Fonseca, en la del Sur, sino diferentes proyectos, ya para facilitar la comunicación por el río de Veracruz, ya para abrir el paso de Nombre de Dios, en Panamá, en el espacio de diez y siete leguas y del golfo de Urabá al de San Miguel en el de veinticinco; plan gigantesco, por el que manifestó gran interés el Emperador. Hoy que para gloria del siglo XIX, en breve será un hecho el canal de Panamá, no podemos menos de admirar á los que tales cosas ideaban en los primeros años del siglo XVI (1); porque precisamente por el istmo de Panamá se buscó y procuró con gran ahinco la comunicación entre ambos mares.

Ya hemos dicho que la gloria de hallar el paso por el Sud estaba reservada al hidalgo portugués Hernando de Magallanes. Era este un marino lusitano, que agraviado de su rey, D. Manuel el *Afortunado*, vino á España en unión de otro compatriota llamado Rui Falero, y brindóse á señalar un camino para la especería, distinto del que frecuentaban los portugueses. El Emperador acogió benévolo su demanda, facilitóle los recursos necesarios para fletar una armada y prestado el pleito homenaje, abandonó Magallanes el puerto de Sanlúcar de Barrameda, el 20 de Setiembre de 1518, con una armada compuesta de cinco naos de 132 á 75 toneles, tripuladas con 239 individuos: la *Trinidad, San Antonio, Concepción, Victoria* y *Santiago*. Era la primera nao la capitana y por consiguiente tenía superior capacidad; en la *Concepción* tuvo plaza de maestre un mozo que debía alcanzar más tarde gran renombre: Juan Sebastián del Cano.

No sin luchar con los huracanes, tocó esta escuadra en las costas del Brasil á fines de Noviembre, descendiendo con harta pena los buques á lo largo de aquélla, en busca del paso deseado. El 31 de Marzo de 1520 fondeó en un puerto de la costa oriental de la Patagonia (América meridional), y allí estalló el descontento de una parte de la gente contra Magallanes. La esterilidad de la costa y las pasada fatigas, predispusieron los ánimos á la revuelta, siendo los principales motores, Cartagena, Mendoza y Quesada, capitán de la *Concepción;* sin embargo, no quebrantó la entereza de Magallanes tamaño peligro, antes procediendo con mano fuerte atacó á los revoltosos de la nave *San Antonio*, hizo dar muerte á Mendoza y Quesada, y abandonó en aquella tierra á Cartagena, haciéndose á la mar el 24 del mismo mes y teniendo la dicha de encontrar el deseado paso el 1.° de Noviembre; empero, no sin que naufragara antes de cruzarlo la nao *Santiago* y deser-

(1) Por Real Cedula de 12 de Marzo de 1532, ordenó la Emperatriz regente que se enviasen á Panamá el licenciado Lechuga y tres hombres practicos, con objeto de reconocer los pasos desde Panamá a Nombre de Dios y hacer navegable el Changre hasta Panama. El Emperador, en 1534, ordenó nuevo reconocimiento entre este río y la costa del mar del Sur para efectuar la comunicacion de este con el limite navegable del río, y pedir noticias sobre la diferencia de las mareas, nivel de los terrenos, coste de la obra, etc.; a lo que contesto el gobernador de la provincia, Andovarga, que cumpliría lo mandado, mas que no había príncipe en el orbe capaz de conseguir la unión de los dos mares, ni aun de costear la empresa de abrir el paso hasta el río. Las tentativas que se hicieron, resultaron ineficaces. «Ignoramos, escribía á principios de este siglo Navarrete, aludiendo al plan de Bolivar, el resultado de estos proyectos; pero no dudamos que los progresos de las ciencias y de las artes y su aplicación á esta clase de empresas, llegaran a superar los obstaculos que ahora juzgamos invencibles ó superiores á nuestras fuerzas.» Razón tenía el ilustre escritor en no desesperar, pues aun no terminara nuestro siglo y aquella obra colosal será un hecho.

tara la *San Antonio*. Cupo, pues, á las naves *Trinidad*, *Victoria* y *Concepción*, la inmensa gloria de desembocar el día 27 en el anchuroso mar, mal llamado Pacífico, en aquella líquida superficie que saludó lleno de júbilo Balboa en 1513, desde la cumbre de los escabrosos Andes.

Ya estaba descubierto el paso, y aquellos esforzados navegantes que no se arredraban ante los peligros de lo desconocido, cruzaron con sus tres frágiles embarcaciones las aguas del Océano



Sebastian del Cano — Hernando de Magallanes

Pacífico, hasta dar fondo el 6 de Marzo de 1521, en unas hermosísimas islas, las Marianas. Tres días después y enderezando siempre el rumbo al Occidente, saludaban un cabo avanzado de la isla de Mindanao, cuya costa oriental bojearon en dirección Norte, cruzando luego el estrecho de Surigas. Desde Mindanao, pasó Magallanes á Zebú, donde entabló alianza con el monarca é hizo que reconociera la soberanía de Castilla; mas como quisiera extender esta soberanía por las inmediatas islas y se negara uno de los caciques resueltamente á ello, hubo de empeñar una lucha en la que recibió la muerte (26 Abril 1521).

Eligieron los expedicionarios un nuevo general, que también fué muerto por los indios; y como

la tripulación quedara muy reducida, determinóse quemar la nave *San Antonio*, dar el mando al piloto Juan Carballo, y proseguir el viaje en dirección á Borneo. No fueron mejor recibidos por los habitantes de esta isla, y zarparon de nuevo, visitando las de la Joló. Tampoco los navegantes estaban satisfechos de su jefe, y le sustituyeron con Gonzalo de Espinosa, nombrando para el mando de la *Victoria* á Cano. Estos nuevos capitanes determinaron hacer rumbo al Maluco, es decir, camino de las posesiones portuguesas de Asia; y á pesar de luchar con el inconveniente de encontrar á los marinos lusitanos en su paso, prosiguieron su derrota y dieron con las famosas islas de las Especerías, entablando entonces excelentes relaciones con el monarca de Tindore, de quien recibieron muy buena acogida.

Aquí puede decirse que la importante misión de aquellos esforzados marinos quedaba cumplida: los mares que tenían que surcar ya eran conocidos, pero cruzaban por ellos enemigos no menos de temer que los peligros constantes del mar: peligros espantosos en verdad, si se tiene en cuenta debían arrostrar en viejo cascajo los furores de las olas y de los hombres, contornear los continentes, doblar el terrible cabo de las Tormentas, no hallando á su paso hospitalarias tierras, ni refugio seguro. Determinaron los capitanes de las naos separarse: la *Victoria*, al mando de Cano siguió para Occidente, la *Trinidad* debía enderezar su rumbo á Oriente en busca de la Nueva España. En el solemne momento de despedirse, prosternáronse los mareantes todos y con los brazos levantados al cielo hicieron religiosas promesas; luego, con el rostro bañado en llanto abrazarónse para no volverse á encontrar jamás. La *Victoria* saludó á sus compañeros con algunos cañonazos y se internó en el mar, donde la esperaban todo género de contratiempos, pues cada semana moría alguno de sus tripulantes y apenas si los que sobrevivían, bastaban á resistir las penalidades de una navegación larga en buque tan flaco y desprovisto. Por fin, el 6 de Setiembre de 1522, á los tres años de haber salido de aquel puerto, entró la nao por la barra de Sanlúcar, llevando á bordo diez y ocho hombres escuálidos y derrotados. Aquellos desconocidos hijos del pueblo venían de dar la vuelta al mundo, y la población entera de Sanlucar que les contempló llena de asombro, saludóles admirada de tal prodigio. En cuanto á Cano mandole el César venir á la corte, hízole algunas mercedes y le concedió un escudo de armas con este oportuno lema: *Primus me circumdedisti.*

Poco tiempo descansó el esforzado Cano de las pasadas fatigas. En 1525 trató el Emperador de tomar asiento de las Molucas, y en la armada que se organizó en la Coruña y de la que se dió el mando á Jofre de Loaisa, fué nombrado capitán de la nao *Sancti Spiritus*, con los cargos de piloto mayor y segundo jefe. Mas si peligros corrió en su primer viaje, esperábanle en éste grandes y terribles pruebas y á la postre una desdichada muerte. Eran mayores los bajeles fletados, más numerosa la tripulación, los pertrechos y víveres más abundantes; pero antes de llegar al estrecho descubierto por Magallanes, un violentísimo temporal dispersó las naves, divisando entonces las que fueron arrastradas hacia el Sur, un promontorio que pareció á sus tripulantes el *acabamiento de la tierra* y que era el cabo de Hornos. El buque del Cano se estrelló en la costa, pero dentro del estrecho, y aquel hubo de trasladarse á la capitana, que muy en breve se halló aislada en las aguas de aquel mar solitario. Las enfermedades hicieron presa en la tripulación, las olas destrozaron el casco del buque, y acongojado por tantas desdichas, murió el comendador Loaisa, siguiéndole cuatro días más tarde á la eternidad, el sufrido Juan Sebastián del Cano (4 de Agosto de 1526). Así terminó la vida del marino ilustre que recogió la herencia del inmortal Magallanes y dió el primero la vuelta al mundo.

El desgraciado fin que tuvo esta expedición y los contratiempos que padecieron los que primero cruzaron el estrecho de Magallanes, así como los crecidos gastos que originaba el viaje, hicieron preferible á camino tan peligroso el tránsito por tierra desde Nombre de Dios á Panamá. No dejaron de efectuarse en la segunda mitad de este siglo algunos viajes organizados por los vireyes del Perú y Chile, al citado estrecho; mas ningun resultado ventajoso premió el esfuerzo de los que se arriesgaron á tal empresa; unos se perdieron, otros regresaron sin conseguir su objeto, resultando de aquí el abandono de aquella navegación, y llegando á la vuelta de algunos años hasta

dudarse de la existencia del paso, pues cundió la opinión, de que se había obstruído ó cerrado. A propósito de lo cual escribió el insigne Ercilla estos versos:

> Por falta de pilotos, ó encubierta
> Causa quizá importante, y no sabida
> Esta secreta senda descubierta,
> Quedó para nosotros escondida.
> Ora sea yerro de la altura cierta
> Ora que alguna isleta removida
> Del tempestuoso mar y viento airado
> Encallando en la boca lo ha cerrado (1)

Otra de las causas que contribuyeron, no menos que los peligros de esta navegación, á retraer á nuestros marinos de las empresas por el Sur, hubo de ser sin duda alguna la prevención hecha por el Emperador á sus armadas, de que no se tocase cosa alguna de la demarcación de Portugal (según lo acordado entre ambas naciones en 1494), y la venta de las Molucas en 1529, al soberano portugués por 350,000 ducados de oro. Después del establecimiento de la primera factoría europea, que fué la de los castellanos en Tindore, la historia registra la expedición efectuada al Maluco, por los bastimentos que restaron de la armada de Loaisa (2), la que desde Nueva España despachó Hernán Cortés en 1526, al mandó de Saavedra (3) y la que por intigaciones de Urdaneta y al mando de Ruy López de Villalobos salió de la costa de México en Noviembre de 1542: el resultado de todas estas expediciones fué muy distinto de lo que se esperaba, ya por la hostilidad de los portugueses, ya por las dificultades de la navegación, la prolongada travesía y lo inhospitalario de las costas; sin embargo, prepararon el camino para la realización de más afortunados viajes é importantes conquistas. No nos permiten los límites de este cuadro histórico detenernos en reseñar todas estas expediciones, y por otra parte tampoco lo exige la índole de esta obra. Así pues, poniendo aquí punto á las líneas consagradas á viajes, dirigiremos nuestra mirada á un nuevo teatro.

Magnífico y sorprendente es en verdad el espectáculo que ofrecen los bravos mareantes castellanos en lucha con la muerte, para arrancar al Océano sus misterios y difundir la civilización en distantes regiones; pero no menos grande y admirable el que presenta la conquista de un dilatado imperio, llevada á cabo por un puñado de soldados, ó por mejor decir, por la audacia de un insigne aventurero; acontecimiento de los más asombrosos de este gran siglo. Nos referimos á la del vasto y poderoso imperio mexicano, efectuada por el famoso Hernán Cortés. La iniciativa de esta empresa no corresponde sin embargo al caudillo extremeño; débese á Diego Velázquez, conquistador de Cuba, quien equipó á su costa dos expediciones, con objeto de explorar las tierras situadas al Oeste; pero ni Hernández, ni Grijalva, á quienes confiara el mando de aquéllas, consiguieron realizar cumplidamente sus propósitos, y decidido á descubrir el nuevo continente que debía encontrarse en aquella dirección, armó una tercera flota y confió su dirección á Hernán Cortés, á quien se expidió el título de «capitán general de la armada, tierras descubiertas y que en adelante se descubrieran, á nombre de Diego Velázquez, gobernador de la Isla de Cuba y promovedor de los descubrimientos de Yucatán y Nueva España.»

Reunía el elegido excepcionales dotes de sagacidad, energía y valor; imaginación viva, afables modales, ánimo sereno y costumbres sobrias; cualidades las dotes personales y de espíritu que aseguran á un general el ascendiente sobre sus soldados. La escuadra con que se hizo á la vela se componía de diez navíos de ochenta á cién toneladas y un bergantín, y á bordo de ella iban 300 soldados: esta fuerza aumentó hasta 508 infantes, 16 caballos, 9 marineros y 6 piezas de artillería al salir de la Habana (10 Febrero de 1518). Desde este punto pasó la expedición á la isla de Cozumel y costeando siempre en dirección Oeste, reconoció el Yucatán y penetró en el continente por

(1) Cit. por Navarrete en el Tomo IV, p. [illegible] de la *Colec. de Viajes y descubrimientos*.

(2) *Relación presentada al Emperador por Andrés de Urdaneta sobre los sucesos de la Armada de Loaisa desde 24 de julio de* [illegible] *hasta* [illegible], inserta en el Tomo V, de la *Colec.* citada, p. 407.

(3) *Relación que presentó en Madrid el año 1534 Vicente de Nápoles sobre los sucesos de la armada de Saavedra que salió de Nueva España para las islas de Maluco*. T. V, de la *Colec.* p. [illegible].

un río, al que la anterior expedición pusiera el nombre de Grijalva. Entonces puede decirse que comenzó á derramarse sangre, pues los indios trataron de oponerse al paso de la expedición con sus canoas armadas y los conquistadores hubieron de hacerse dueños de la capital de Tabasco por la fuerza. Dueños de esta ciudad, no por eso quedó conjurado el peligro, antes por el contrario, acreció éste á medida que cundía entre los indios la noticia de aquel acontecido. Vióse obligado Cortés á reñir la sangrienta batalla de Ointlica, en que si bien tuvo de su parte la superioridad del armamento, táctica y disciplina, corrió el peligro de ser envuelto, mejor dicho, arrollado por completo por una enorme masa de enemigos. A todo suplió el genio del ilustre caudillo, que eligió ventajosa posición para neutralizar la superioridad numérica de los indios; y colocando en una eminencia sus cañones formó á su infantería bajo la protección de aquéllos y él, al frente de sus diez y seis caballos se dispuso á secundarla. Quinientos hombres lucharon entonces contra cuarenta mil; el brazo de los españoles se cansó de herir y de matar, y no cupo escasa parte en este triunfo á los caballos que dirigía Cortés, cuyas cargas desconcertaron y aturdieron á los indios. La victoria de Tabasco aseguró el dominio de los españoles en aquel territorio y Cortés pudo, gracias á ella, proseguir con buen ánimo en su empresa. Sus buques hicieron rumbo á San Juan de Ulúa, y en este punto recibió á los embajadores del poderoso Moctezuma, emperador de México, encargados de averiguar qué objeto les conducía á aquellas costas. Era difícil la posición de Cortés en un país mandado por un soberano belicoso, que disponía de grandes recursos y de unos tres millones de combatientes, y asombra por lo mismo su extraordinaria audacia en proseguir la conquista de aquel vasto imperio con tan reducida hueste, así como su extremada sagacidad en entretener á Moctezuma con negociaciones. Pero el valiente extremeño estaba decidido á realizar una empresa colosal, digna en verdad de caudillos como Alejandro el Magno y tanto más de admirar cuanto más mezquinos eran los medios con que trataba de realizarla. Ante todo trató de captarse el afecto de los vencidos, recibiendo amorosamente á los sumisos, y para dar á su dominación un carácter estable fundó la Villa-Rica de Vera-Cruz, atrajo á una alianza á los cempoales y después de dominar distintas rebeliones de sus soldados, apercibióse á realizar su atrevidísimo proyecto (1), no sin despachar antes un buque á España con objeto de solicitar la aprobación del Emperador y la confirmación del elevado cargo que ejercía, manifestándole al propio tiempo la confianza de conquistar para su corona aquel vasto y opulentísimo imperio (Julio de 1519).

La imprevisión de Moctezuma en estas circunstancias no acierta á concebirse, pues tuvo oportuna noticia del arribo de los españoles á Tabasco; bien que su número tal vez no le inquietó

(1) Los más de los historiadores mencionan con gran elogio al llegar aquí, el acto atrevido de mandar la *quema de las naves*, con objeto de quitar á su gente la esperanza de retirada. Está probado ya que este episodio no es exacto en cuanto á que las pusiera fuego, aunque sí es cierto que las inutilizó para la navegación echándolas sobre la costa para que los marineros y tripulaciones le ayudasen en tierra; y más adelante aprovechó tambien los materiales para construir los bergantines que le sirvieron en las lagunas de Tezcuco. Hernán Cortés dice en una de sus cartas al Emperador, refiriendose á este suceso, entre otras cosas, lo siguiente:

«Y porque además de los que, por ser criados y amigos de Diego Velázquez, tenían voluntad de salir de la tierra, habia otros que, por verla tan grande y de tanta gente, y tal, y ver los pocos españoles que eramos, estabamos del mismo propósito; creyendo que si allí los navíos dejase, se me alzarían con ellos, y yéndose todos los que desta voluntad estaban, yo quedaría casi sólo, por donde se estorbara el gran servicio que á Dios y á Vuestra Alteza en esta tierra se ha hecho, tuve manera como so color que los dichos navíos no estaban para navegar, *los eché á la costa*; por donde todos perdieron la esperanza de salir de la tierra, y yo hice mi camino más seguro, y sin sospecha que vueltas las espaldas no había de faltarme la gente que yo en la villa (Villa Rica) había de dejar.»

López de Gomara dice que: «Mandó Cortés que aprovechasen dellos (los navios) lo que más pudiesen y los dejasen hundir ó dar al través... Y así, dieron luego al traves en la costa con los mejores cinco navios, sacando primero los tiros, armas, vituallas, velas, sogas, áncoras y todas las otras jarcias que pudieran aprovechar.» Mas Bernal del Castillo, refutando á este autor, escribe que esta idea fue manifestada á Cortes por sus amigos, y si bien Cortes ya la había concebido «quiso, dice, que saliera de nosotros, por si algo le demandasen que pagase los navíos, que era por nuestro consejo y todos fuesemos en el pagar.» En su consecuencia ordenó que se sacase de los navíos cuanto fuera aprovechable y «que diesen con todos ellos al traves.»

La autoridad de estos dos historiadores, capellán, secretario y cronista de Cortes el primero, compañero de armas del insigne caudillo el segundo, y más que todo las palabras del mismo Hernán Cortes, bastan á destruir el error histórico de la *quema de las naves*. Pero esto en nada perjudica á la gloria del conquistador que acometió una empresa verdaderamente gigantesca con soldados desafectos y hubo de luchar, no sólo con los indigenas, sino con las tropas que el gobernador de Cuba, Velázquez, mandó contra el. Tanto más oportuna nos parece la idea de desmantelar los barcos para utilizar los efectos y el material, en cuanto podía utilizar ambas cosas en ocasion conveniente. El arrojo y la previsión caracterizan este admirable acto que para nada necesita embellecer la fantasía.

Al lector que quiera conocer con mayor número de detalles este importante episodio de nuestra historia, le recomendamos el opúsculo de D. Cesáreo Fernández Duro, *Las Joyas de Isabel la Católica, las naves de Cortés y el Salto de Alvarado* (Madrid, 1882.)

hasta que supo la victoria conseguida en Ointlica. Entonces se apoderó de su ánimo supersticioso temor, trató de librarse de aquellos huéspedes incómodos por medio de negociaciones y presentes,



Hernán Cortes

y sólo en último momento apeló á las armas. Empero, este monarca infortunado contaba en su mismo imperio con súbditos enemigos de su poder, ó por mejor decir, de su despotismo, súbditos que debían ser poderosos auxiliares de los invasores.

Los españoles emprendieron la marcha hacia el interior, por uno de los ásperos brazos de la

cordillera de los Andes, y no sin grandes dificultades llegaron á las fértiles llanuras del Zocothán, desde las cuales podían encaminarse directamente á la capital del imperio mexicano. Mas por desgracia el territorio de Tlascala, por donde se propusieron avanzar, debía ser teatro de obstinada lucha. Aunque encarnizados enemigos de los mexicanos, los tlascaltecas se dispusieron á impedir el paso á los españoles, y al mando de uno de sus más bravos guerreros, Xicotencal, salieron á su encuentro, dándose en esta ocasión tres terribles batallas, en las que no tanto hubo de recurrir Cortés á toda su habilidad, como á esos supremos esfuerzos á que impulsa la desesperación. Increible parece que un puñado de aventureros, provistos sólo de seis cañones, no cediera al peso de aquellas masas que á manera de desatado torbellino caían sobre sus tropas. Pocas veces, en verdad, la fuerza del brazo y la serenidad de ánimo llegan á soportar pruebas tan rudas.

Afortunadamente pudieron afrontarlas Cortés y sus soldados, y los vencedores entraron en Tlascala y establecieron una firme alianza con los indígenas que les permitió marchar confiados hacia México. El poderoso Moctezuma no quiso probar una vez más el valor de aquellos aventureros, cuyas proezas rayaban en lo fabuloso. Salió en persona á recibirles y les dió en la capital seguro alojamiento. Pero un suceso imprevisto vino á perturbar las buenas relaciones entabladas con él: la colonia de Vera-Cruz fué atacada por los indios, y Cortés, en la seguridad de que no era ajeno á este hecho Moctezuma, atrájole á su cuartel y le retuvo prisionero, obligándole á dictar orden de muerte contra los caudillos de los agresores.

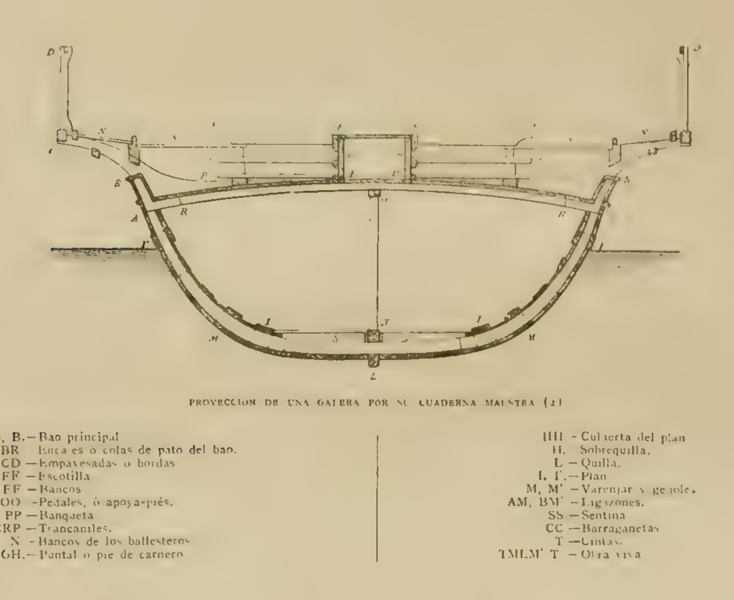
Un nuevo suceso vino á complicar el estado de cosas: la llegada de una expedición compuesta de diez y ocho naves mandadas por Pánfilo Narváez y dispuesta por el gobernador Velázquez, con objeto de prender á Cortés y mandarlo á Cuba. Cortés derrotó á Narváez en Zempoala, y agregando las tropas del vencido á las suyas regresó á la capital, en donde la escasa guarnición que dejó al mando de Albarado, atacada por el pueblo, se hallaba próxima á sucumbir. La lucha se entabla entonces con gran desventaja para los españoles y en ella perece el infeliz Moctezuma, que acudió á calmar á los suyos; mas á la postre los conquistadores tienen que abandonar á México protegidos por la sombra de la noche, *noche triste* en verdad, según el calificativo que ellos la dieron, pues acosados en estrecha calzada, envueltos por 100,000 enemigos detenidos en su retirada por una profunda cortadura, perecen 850 españoles y 3,000 auxiliares tlascaltecas, y con ellos algunos esforzados capitanes, consiguiendo sólo salvarse unos 500. ¡Quinientos valientes que siete días después combatían en el Valle de Otumba contra un ejército de 50,000 enemigos y vengaban en ellos la sangre derramada en México!

Bien necesitaba Cortés reponer el crédito de sus tropas para mantener en la fidelidad á los indios aliados é imponerse á sus contrarios; y recibido que hubo refuerzos de Cuba y Santo Domingo, redujo á la obediencia algunas ciudades, pactó alianzas con los Estados enemigos de México y se apercibió al ataque de esta capital. Trece bergantines fueron construídos y botados á la laguna de México, y las tropas españolas, divididas en tres cuerpos, ocuparon la entrada de las tres calzadas que dan acceso á esta ciudad. Mas el sitio fué largo y empeñado, y tan horroroso que el historiador Clavijero lo compara en desgracias y estragos al de Jerusalen. Lo sostuvo con rara energía Guatimocín, á quien los mexicanos eligieron por rey, y perecieron en la lucha, según datos de Cortés y Bernal Díaz, más de cien mil sitiados, sin contar los que hallaron la muerte á consecuencia de las enfermedades. De los 600 españoles que mandaba Cortés, sucumbieron más de cien y algunos millares de los doscientos mil aliados. Sin embargo, México fué reducido, Guatimocín hecho prisionero y casi todas las provincias de aquel dilatadísimo imperio hubieron de someterse.

Entonces principiaron para Cortés las contrariedades, todas aquellas amarguras inherentes á cuantos logran encumbrarse por su propio esfuerzo sobre el nivel de los ambiciosos. No faltó un español indigno, el capitan Cristóbal de Olid, que se alzara con una de las provincias conquistadas; y mientras Cortés acudía á sofocar la rebelión, sus émulos en México y en Madrid procuraban desacreditarle. Cortés que en premio de sus esfuerzos había recibido el nombramiento de virey y gobernador de Nueva España, vióse á su regreso reducido á un secundario papel por la rivalidad de los miembros de la Audiencia, duramente criticado por aquellos que se consideraron

perjudicados en los repartos (1) y residenciado después por el mismo Emperador, quien mandó á Nueva España un comisario para que examinara su gestión en aquellas provincias. Vino luego á España y no mereció del monarca un recibimiento cual correspondía á su mérito; y si bien Cárlos permitióle regresar á México, aunque sólo con el título de capitán general, lo cierto es que no volvió á recuperar ni su antiguo puesto, ni el favor del César. A todo esto, las riquezas que encerraba el imperio recién conquistado excitaron en breve el celo del gobierno y la codicia de muchos aventureros españoles. Apresuróse aquél á nombrar un virey, á establecer una Audiencia, á erigirle en silla episcopal y á mandar allí legiones de frailes; y la capital vió edificarse en breve en su seno centenares de iglesias y pulular en ella miles de hidalgos que vivían á costa de los infelices indígenas, y que en unión de los frailes constituían la clase privilegiada de aquella sociedad, regida por vireyes más ó menos déspotas, pero casi siempre ignorantes y fanáticos.

No ofrece la conquista del Perú tan admirables rasgos como la de México. Débese á D. Francisco



PROYECCION DE UNA GALERA POR SU CUADERNA MAESTRA (2)

AG, B.—Bao principal	IHI—Cubierta del plan
AR, BR—Encaes ó colas de pato del bao.	H.—Sobrequilla.
CD—Empavesadas ó bordas	L—Quilla.
FF—Escotilla	I, I'.—Plan
EF, FF—Bancos	M, M'—Varenjar y genole.
OO—Pedales, ó apoya-piés.	AM, BM'—Ligazones.
PP—Banqueta	SS—Sentina
CRP—Trancaniles.	CC—Barraganetas
N—Bancos de los ballesteros	T—Cintas.
GH.—Puntal ó pie de carnero	TMLM' T—Obra viva

Pizarro y á D. Diego Almagro; aventurero extremeño aquél, de baja extracción y conocimientos escasos, pero de alma intrépida y ambición sin límites; vecino éste del Panamá, y asociado á la empresa juntamente con un eclesiástico llamado Luque, que subvino á los primeros gastos. Pizarro había acompañado á Ojeda en su expedición á Tierra Firme, y á Balboa, en el paso del itsmo de Darién: presentóse al Emperador, le expuso sus planes y éste le concedió el permiso y gobierno que solicitaba.

(1) «A principios de 1522, dice el escritor mexicano Alvarez Prieto, Cortes comenzó á fijar los fundamentos de la autoridad civil, y de acuerdo con los conquistadores sus compañeros nombró alcaldes y regidores de la ciudad y repartió las tierras entre ellos, señalándoles cierto número de indios que las cultivasen. Este sistema de repartimiento de tierras y hombres tuvo origen en las islas primeramente descubiertas, de resultas del mal trato que recibían los naturales de parte de la soldadesca interesada en sacarles el mayor producto posible. Pretendiendo corregir este vicio y aminorar sus crueldades, á cada poblador se le encomendaron (a) el cuidado, conservacion y enseñanza de los indios sujetos á su servicio, y estos aceptaron el compromiso á título de protectores. Distantes y mucho estuvieron de serlo, pues atentos á la satisfacción de su codicia no cuidaron de mejorar la mísera condicion de los naturales, quienes por su parte trabajaban de mala gana para sus vencedores y oponíanles la mayor resistencia pasiva que eráles dable. Por supuesto, que en este asunto sucedió á Cortes lo mismo que acontece á todo aquel á cuya cuenta corre un reparto: no repartió á gusto de nadie, todos se dieron por perjudicados, las quejas se multiplicaron, y de las envidias surgieron discordias lamentables.»

(a) De aquí el nombre de *encomenderos* con que se les designaba.

(2) Copiada de la obra, del contra almirante Luigi Fincati *La Trirema*.

La expedición se hizo á la vela en Panamá el 10 de Marzo de 1526 y la componían ciento doce hombres embarcados en una sola nave; errante por mares desconocidos hubo de regresar de nuevo á su punto de partida, y reforzada y avituallada allí por Almagro, dióse de nuevo á la vela, llegando á las playas de Quito, vasta provincia del imperio del Perú. Las grandes riquezas que este país atesorara, hicieron concebir á Pizarro otros proyectos, y volviendo á Panamá organizó allí una nueva expedición, que después de devastar las costas y las islas de su tránsito, ancló en el puerto de Túmbez. Los indios que recibieran antes á los españoles con gran benevolencia, enterados de sus rapacidades, trataron de resistir con las armas, pero destrozado su ejército en una batalla, pudo avanzar el conquistador hasta el corazón del imperio y haciéndose dueño por sorpresa de la persona del rey, procuróse un rico botín y sació la sed de oro de aquel puñado de aventureros, á quienes no impulsaba otro móvil que la codicia. El inca pereció á poco en la horca y su muerte produjo la inmediata anarquía y destrucción de aquel rico imperio. Pero sometidos los indios, vinieron entre sí á las manos los españoles. Almagro fué batido y condenado á muerte por Pizarro; Pizarro murió asesinado por algunos de los suyos en la ciudad de Lima (Junio de 1541), y el Perú fué teatro de las más sangrientas escenas, á las que sólo pudo poner fin el gobierno prudente y enérgico de un español, tan ilustre como honrado, el virey D. Andrés Hurtado de Mendoza.

La conquista de tan vastas y opulentas regiones aumentó de día en día la fiebre de los viajes y á la par que las contínuas guerras, contribuyó á la despoblación de España, al desapego del trabajo, al desamparo de la industria y de la agricultura. No se tocaban aún del todo en nuestra patria estos resultados funestos, á que contribuyeron las medidas dictadas contra los moriscos, una de las cuales dió lugar en este mismo reinado á la insurrección de los que habitaban el reino de Valencia (1). Pero no debía tardar el día en que España pagara á precio muy alto la ambición y la tenacidad de los dos primeros monarcas austriacos. ¡Páguense enhorabuena algunos escritores de esas falsas glorias que vela el oropel del que ha sido llamado siglo de oro! ¡Evoquen con entusiastas frases el recuerdo de esas jornadas en que tan estérilmente se derramó la sangre española! El hombre pensador recorre con pena esas páginas del libro de la historia y se detiene luego entristecido y hastiado por tantos y tan funestos delirios.

Consignamos estos ligeros datos relativos á nuestros descubrimientos y conquistas allende los mares, pasemos á estudiar este periodo desde el punto de vista militar.

Fijándonos primeramente en el estado militar de otros pueblos, echaremos de ver que si bien se sistematiza la organización y el modo de combatir de los ejércitos, si bien éstos tienden á ser puramente nacionales; existe, por decirlo así, una masa flotante de aventureros que contribuye no poco á fomentar las ambiciones y á prolongar las guerras: esos mercenarios, para quien combatir es un oficio y que figuran á la vez en opuestos bandos, á sueldo de uno ú otro beligerante. La carencia de recursos les hace altaneros é indisciplinados, señalando su paso por los países invadidos la devastación y el pillaje; y este es uno de los rasgos que caracteriza las guerras del periodo que acabamos de reseñar.

Mas la falta de recursos metálicos en aquellos tiempos, se agrava con la de subsistencias, causa esta que se opone á todas las invasiones efectuadas en un país dotado de buenas plazas fuertes. Hay que atribuirla indudablemente más bien al escaso desarrollo del comercio, que á un defecto del arte militar; pero ello es que paralizaba por completo las operaciones y que originaba gran número de enfermedades. Detenido un ejército meses enteros frente á una plaza fuerte y en un país completamente devastado; si las vías de comunicación no permitían su oportuno abastecimiento, encontrábase en la situación más aflictiva. Los rigores del invierno ó del verano contribuían no poco á agravar estos males, y con frecuencia la peste, terrible compañera de la miseria, y las enfermedades, diezmaba sus compactas filas. En tanto, el enemigo se reponía en el interior y aprovechaba

(1) Mandó Carlos que se bautizaran inmediatamente, lo que obligó á los más á refugiarse en la áspera sierra de Espadán, donde fueron acuchillados barbaramente por 10,000 veteranos alemanes y españoles, calculándose que tan sólo en la fuga perecieron 5,000 moriscos (1526).

la primera ocasión para aniquilar al invasor. Esto es precisamente lo que se observa en las guerras de invasión que tuvieron lugar en el Mediodía de Francia y en la Lorena.

Pero si el invasor se lanzaba al corazón del reino; surgian nuevos obstáculos. Dejaba á sus es-



Francisco Pizarro

paldas plazas bien guarnecidas, se alejaba imprudentemente de su base de operaciones y tampoco podía herir de muerte al enemigo en su misma cabeza, es decir, en la capital; porque ésta carecía entonces de la importancia que hoy tienen tales centros con respecto al reino. Hé aquí por qué con razón ha podido observar un escritor, que las grandes conquistas sólo se realizan por pueblos que

se hallan en la infancia de su vida política ó en el apogeo de su civilización. En efecto, en el primer caso se lanzan con la furia de un torrente y arrollan cuantos obstáculos se oponen á su paso; en el segundo hallan en la ciencia y en la industria poderosos agentes para una acción decisiva. Ejemplo de ello es la campaña franco-alemana de 1870-71.

Las diferentes que tuvieron lugar en Italia, Francia y Alemania, contribuyeron no poco al desarrollo del arte militar. A medida que se perfeccionaron las armas de fuego, tuvo mayor importancia el estudio del terreno, desaparecieron de los campos de batalla las formaciones en grandes masas. «Después del reinado de Francisco I, dice Roquancourt, el menor obstáculo se convierte en un parapeto defendido hasta la última extremidad por los arcabuceros; se concede importancia á las posiciones; las ciudades, las escabrosidades, los bosques, las aguas, cubren el frente del orden de batalla ó sirven de apoyo á las alas. El cañón se deja oir mientras dura la acción; los escuadrones cargan y se rehacen; la infantería resiste el choque de la caballería. Mezcladas algunas veces á modo de los antiguos, las dos armas se suceden y sostienen. Se aprecia la influencia de las reservas, y á la precaución de tenerlas debe Enrique IV la mayor parte de sus victorias. En una palabra, aunque los contendientes lleguen siempre al encuentro en orden paralelo, el arte de las batallas hace más adelantos durante los últimos años del siglo XVI, de los que generalmente se cree (1).»

Con la aparición del arcabuz de llave de rueda, inventado en Alemania por los años 1517, y que vino á sustituir el engorroso arcabuz de mecha, uno de cuyos inconvenientes era el de *acompasar* la citada mecha, se dió un importante paso en el armamento de la caballería. En el arcabuz de rueda la inflamación de la pólvora se efectuaba por medio de las chispas que producía el roce de una pequeña rueda de acero con la pirita de azufre, como piedra, la que se hallaba colocada entre dos placas de hierro. Este mecanismo era complicado, se inutilizaba con facilidad y adolecía de otros inconvenientes que dieron lugar á que continuara usándose aun el arcabuz de mecha. Había diferentes clases de arcabuces, y entre estos merece consignarse el de muralla, cuyo peso era de 30 á 50 libras, el de sus proyectiles 50 gramos y el alcance 120 toesas; alcance que permitía impedir los trabajos de sitio; pero siendo el arcabuz sobrado pesado para dispararlo sin apoyo, estaba provisto de un apéndice de hierro ó gancho, que descansaba en la muralla.

A fines del reinado de Francisco I, fué creado en Francia el primer cuerpo de arcabuceros á caballo. Estos soldados iban provistos de un saco para balas, una bolsa de cuero para la pólvora de carga y una caja para cebar. A este conjunto se dió el nombre de *fornitura*. En España no aparecen aun en el reinado de Carlos I, así como tampoco los mosqueteros. Barrios asegura que el mosquete fué introducido por Carlos I en 1521, y en las relaciones de armamento redactados en este siglo vemos figurar esta arma al lado del arcabuz, lo que prueba se usaron indistintamente: en 1568 dicen algunos autores que el duque de Alba mandó sustituir en Flandes el arcabuz por el mosquete; y esto debido indudablemente al perfeccionamiento de esta arma que hizo mas fácil su manejo. Dos contratas de armas portátiles hechas respectivamente en 1536 y 1543 nos dan á conocer las condiciones que debían reunir los arcabuces. En la primera ajustada con Anton Urquizu, armero de S. M. se consigna que debían pesar 14 libras, 12 onzas castellanas y colzar pelota de $\frac{3}{4}$ de onza; su valor era de 18 $\frac{1}{2}$ rs. La segunda celebrada por el capitan general de la artillería Pedro de la Cueva con Juan de Hermúa, contiene detalles tan importantes que no hemos podido menos de insertar parte de ella en nota (2).

(1) *Curso de Arte é historia militares.*

(2) Las condiciones que estas armas habían de llenar eran las siguientes:

1.ª «Debian tener de largo 1 vara y tres dedos más, medida de Castilla.

2.ª Ser todas de un calibre ó pelota de $^3/_4$ onza de plomo.

3.ª Estar bien limados, barrenados, ochavados, acicalados por fuera, con la boca bien igual.

4.ª Debía pesar el cañón 9 libras castellanas ó hasta 2 ó 3 onzas más y estar bien repartido el hierro.

5.ª Estar la culata (sería el tornillo de la recámara) bien subida y de siete vueltas ó más, y ser todas iguales; el fogon de manera que no pasase la pólvora, y la vid igual al fogón, haciéndole una canaleja con la lima por donde entrase el polvorín.

6.ª La mitad de dichos arcabuces debía tener las miras redondas, sacadizas y altas que cubriesen el punto de delante; la otra mitad había de tener las miras largas y el reparo de la cazoleta muy bien soldado, y lo mismo la cazoleta, y que fuese hondo y entrase justa la

Por lo que respeta á las picas, segun la contrata con Urquizu, parte habian tener de 25 á 26 palmos castellanos de largo y otra parte 28 palmos, retorzándolas en su parte posterior para formar equilibrio y terminando en figura cónica hasta el hierro: su peso debia ser grande y terrible el balance en las marchas. En cuanto á su valor era de 2 $\frac{3}{4}$ rs. Con el coselete y el morrion constituian la pica ó el arcabuz el armamento de la infantería y estas dos armas se empleaban, á razon aproximada de $\frac{1}{3}$ de arcabuces por $\frac{2}{3}$ de picas. Las armas de fuego en aquellos tiempos no bastaban por sí solas para un combate cuerpo á cuerpo, y de aquí su combinación con las picas,



Yelmo del Duque de Alba

de que ya hemos hablado en nuestro anterior Estudio. Por espacio de dos siglos su empleo sólo dió por resultado aumentar las defensivas y las distancias á que se abrió el combate; y las dificul-

cobertera; de modo que no se pudiese verter la pólvora despues de puesta lo cobija del fogon, que todo esto estuviese muy bien limado á la perfeccion, y asimismo las llaves y serpentinas de dentro y de fuera, las que debían ser firmes, la de fuera conforme á la muestra, y la llave de abajo que hiciese á todas las llaves y todas á una.

7.° Que los tornillos de las llaves estuviesen bien limados y un poco largos, y los saca-pelotas y rascadores acerados y á tornillo, que los moldes fuesen largos y de piernas con su lima y molde redondo para que la pelota saliese con perfeccion.

8.° Que las cajas fuesen de buen nogal, seco, sin nudos ni repelos, de media vara de largo desde el asiento de la culata atrás en la coz, del grueso de la muestra, y la baqueta de fresno.

9.° Que los morriones debían de hacerse de dos dedos de altura y dos y medio de ancho, y tres dedos de *no se entiende* en torno, con su garbo de punto adelante y atrás pequeña que viniese conforme al redondo, debían tener el peso de 4 libras, y no menos, con sus orejas de hierro, con buenas hebillas y correones, y si los de Juan de Vecinay y Antonio de Urquizu fueren estofados, se obligaba á estofallos, haciéndose de este peso, de este galibo y bondad, porque los hechos hasta entonces no eran de provecho.

El precio de los arcabuces y morriones era de 2 ducados ó 750 mrs. por cada uno, probados segun costumbre con dos cargas y pólvora de S. M., satisfaciendo el contratista el valor de ella, el plomo y todos los gastos de la prueba.

Aparici. *Informe sobre los adelantos de la Comision de hist. en el Arch. de Simancas.*

tades de la carga y lo engorroso del manejo hicieron proclamar á Montecuculli, en pleno siglo XVII, á la pica como reina y señora de las batallas (1).

La infantería, que desde el momento en que comenzó á adquirir preponderancia en los campos de batalla, había presentado una formación táctica, la más apropiada para resistir el choque de los hombres de armas, es decir, una forma compacta y rectangular; al aumentar sus efectivos y al adquirir mayor importancia exageró la densidad de esta orden, presentando hasta mediados del siglo XVI una serie de masas cuadradas ó rectangulares, enlazadas por los escuadrones de caballería. Los progresos de la artillería contribuyeron por una parte á disminuir la profundidad de tales formaciones, por otra á dar á la caballería un valor que hubiera perdido por completo á compás que la infantería aumentaba en importancia.

Grandes progresos iban á realizarse en la segunda mitad de este siglo, en la que habían de brillar capitanes tan ilustres como nuestro duque de Alba Alejandro Farnesio y el insigne Mauricio de Nassau; pero no puede desconocerse cuanto se debe á los ilustres capitanes que én las guerras de Italia contribuyeron al desarrollo del arte militar.

Entremos ahora á examinar la organización de nuestro ejército.

Hemos visto ya que la compañía fué hasta la época de los Reyes Católicos la unidad máxima, y posteriormente la colonelía. En 1534 la infantería sufrió una nueva variación; creáronse los tercios, cada uno de los cuales se componía de tres coronelías y éstas á su vez de cuatro compañías. Constaban, pues, en total de doce compañías, unas de arcabuceros, otras de piqueros; y los individuos de aquéllas recibían un escudo de ventaja. En las guerras de Italia se dispuso que el número de compañías de arcabuceros fuere de dos. Las tres coronelías de un tercio las mandaba un maestre de campo, y su plana mayor la componían, además de este jefe, un sargento mayor, un furriel mayor, un municionero, un tambor general, un capitán, un teniente, un médico, un cirujano, un boticario, un capellán y ocho alabarderos alemanes (escolta especial del Maestre de campo).

Constaba la compañía de un capitán, un paje, un alférez, un sargento, un furriel, un tambor, un pífano, un capellán, diez cabos de escuadra y 240 soldados (arcabuceros ó piqueros). El haber mensual de cada uno de estos, era tres escudos; más uno de ventaja los arcabuceros «con un tostón por celada.»

Un Maestre de campo tenía las atribuciones de los antiguos mariscales de Castilla y las consideraciones de un capitán general. El sargento mayor cuidaba del régimen económico é instrucción táctica, y era su distintivo un bastón.

Los trajes militares eran muy variados en el ejército del Emperador, efecto de los muchos soldados extranjeros que figuraban en ellos. Sin embargo, la banda encarnada, símbolo del imperio, era el distintivo de las tropas que servían á Carlos. El piquero llevaba coselete con escarcelas, bacinete, calzas acuchilladas, espada y alabarda ó pica; el arcabucero gola de malla, capacete, calzas y jubón acuchillados, espada y arcabuz, frasco, polvorín y un saquillo para balas. El traje de los oficiales carece de uniformidad: el sargento mayor vestía coleto de ante, mangas de malla, morrión, espada y gineta.

Los primeros tercios que se crearon con la organización citada, fueron los de Lombardía, Nápoles y Sicilia. Posteriormente (Diciembre de 1536) el Emperador dió una ordenanza acerca de la organización definitiva de los tercios departamentales, cuyo número ascendía á cuatro: Lombardía, Nápoles, Sicilia y Málaga. El suelo de los coseletes se aumentaba hasta cuatro escudos, se daba nueva distribución á las compañías y se creaba la institución de los cancilleres.

Según la citada ordenanza, que inserta Clonard en su *Historia Orgánica*, la infantería española debía tener cuatro Maestres de campo; dos sargentos mayores «hábiles y suficientes para dichos cargos;» un furrido ó furriel aposentador y trescientos soldados cada compañía, debiendo

(1) En [illegible], en el combate de Kinzingen, hubo mosqueteros suecos que hicieron diez disparos en ocho horas, considerándose esto como *máximum* de la rapidez del tiro. Este dato basta para formarse aproximada idea del empleo y efectos del fuego en la época de Carlos I, es decir, unos ochenta años antes.

darse el cargo de capitán á sujeto español de calidad y mérito. Dispónese además que los soldados de cada nación sirvieran en sus respectivas compañías, y que en cada una de éstas figurara un canciller dependiente del veedor ó contador general, para cuidar de la parte económica de la misma y «evitar fraudes y robos.» Y por último, consigna que en adelante existan en el ejército «para la ejecución de la justicia» un verdugo y un carcelero.

El autor citado, refiriéndose á la creación de los cancilleres, cuyo nombramiento, así como el de capitanes, corría á cargo del Maestre de campo, dice muy oportunamente: «Es á la verdad deplorable que la creación de los cancilleres, la más necesaria y acaso la más digna de esta época, quedase como en el aire y al arbitrio inconstante de las circunstancias (1). Estos oficiales, que representaban bajo muchos conceptos la censura y cuestura romana, debieron estar desde luego en el pleno goce de sus bien deslindadas funciones. Casi todas las desgracias que habían ocurrido á los ejércitos franceses en Italia, y aún las que experimentaron los imperiales, procedían esencialmente del abuso de figurar como plazas útiles muchas que sólo eran nominales. Una triste experiencia reclamaba imperiosamente el remedio, y sin embargo Carlos V, que había humillado á las primeras potencias de Europa, vacilaba al cortar este abuso, porque comprendía perfectamente que nada hay más peligroso que un remedio fuerte contra un mal inveterado.»



El Duque de Alba (Copia de un cuadro del Ticiano)

Para reclutar las tropas se tenía primero en cuenta las condiciones que reunía la persona que trataba de levantarlas, y se le otorgaba una *conducta* (real despacho) ó permiso, á la que se añadía una *instrucción*, que servía de norma para llevar á cabo estas operaciones.

«Este sistema de alistamiento, dice un historiador militar (2), adolecía de vicios en extremo no-

(1) Alude aquí Clonard al siguiente párrafo de la Ordenanza: «Pero si al dicho nuestro capitán general paresciere que por el presente se excuse esto de los cancilleres, así por introducir cosa no usada en la dicha infantería, como por deliberar otros inconvenientes que se podrían suceder de que seríamos deservidos, mandamos que se suspenda el proveimiento de esto hasta que al dicho nos paresciere.»

(2) V. G. *Hist. Milit. Española*.

tables, que más de una vez contribuyeron á empañar el buen nombre de nuestras armas y á relajar la disciplina, si bien ofrecía á los pechos nobles y esforzados ocasiones de abrirse una carrera que les llevara en medio del estruendo de las batallas, á la conquista de una posición honrosa. El Estado contrataba la formación de las compañías y bastaba para ser capitán, conseguir una de estas contratas; al arbitrio del capitán estaba presentar á quién quisiera para los grados inferiores, recurso al cual apelaba para reunir el número de ciento veinte á ciento sesenta hombres, que constituían una compañía, pues la presentación de tal ó cual número de hombres era recompensada con la concesión de tal ó cual grado. El Estado abonaba al capitán el sueldo completo de todos los hombres convenidos, y el capitán á su vez tenía que presentarlos en revista á los veedores, oficiales de Administración militar, que desempeñaban funciones análogas á las de nuestros actuales comisarios de guerra.

»Tal sistema de reclutamiento tenía el grave inconveniente de convertir la profesión de las armas en una especie de comercio, donde los hombres se compraban regateando é interviniendo ajustes para muchos de ellos poco honrosos; esta costumbre que subsistía aún en el siglo XVIII, fué agriamente censurada por el marqués de Santa Cruz, quien nos revela en sus *Reflexiones militares*, multitud de hechos escandalosos, en los cuales llegaron á envilecerse los contratantes de hombres, hasta el punto de arrebatarse unos á otros los reclutas, con engaños y otros medios reprobados, de los cuales los tiempos posteriores han hecho ya justicia, relegando para siempre al olvido aquel tráfico inmoral.»

Pasemos ahora á ocuparnos de la caballería, arma destinada á sufrir en este siglo grandes modificaciones, y que después de trocar sus antiguos pesados lanzones, por lanzas más ó menos ligeras, desde mediados del mismo, emplea también el arcabúz.

Hasta fin de la época de que nos venimos ocupando, sufrió sólo algunas modificaciones que afectan á su organización. En 1516 creáronse los coroneles generales, que se pusieron al frente de las distintas divisiones que operaban en Italia y en los Países Bajos: y este empleo se extinguió en 1537. Las compañías de caballería se habían dividido hasta entonces en hombres de armas y caballos ligeros, denominándose las primeras *bandas de ordenanza*. En 1538 creáronse los empleos de teniente general y ayudante general, y los de comisarios generales y sargentos mayores para cada una de las divisiones departamentales de Flandes, Lombardía, Nápoles y España.

La fuerza de las compañías de línea se fijó en 35 hombres y la de las compañías ligeras en 45, figurando en cada una de ellas dos trompetas, un armero y un herrador. Su situación y fuerza en la península era: 961 hombres de arma, distribuídos en Navarra, Castilla, Zaragoza y Perpiñán; 655 lanzas ginetas en Granada, Galicia, Zaragoza, Perpiñán y Bugía. En total 1,616 hombres montados, al frente de los cuales figuraban individuos de la primera nobleza de España.

La artillería en el siglo XVI se hallaba ya generalizada en todos los ejércitos. Sin embargo, el calibre, longitud y peso de las piezas no estaban sujetos á medida fija, originándose cierta confusión y entorpecimiento de que se resentía un ejército en sus operaciones. En Francia, Enrique II redujo todas las artillerías á seis cañones reglamentarios:

Cañón.	Peso del proyectil, 33 libras y 4 onzas a 34 libras.
Gran culebrina. . .	Peso del proyectil, 15 libras y 2 onzas a 15 y 4.
Culebrina bastarda.	Peso del proyectil, 7 libras y 2 onzas a 7 y 3.
Culebrina media. .	Peso del proyectil, 2 libras.
Falcón..	Peso del proyectil, 1 libra 1 onza.
Falconete. . . .	Peso del proyectil, 14 onzas.

En la aligación de metales de estas bocas de fuego debían entrar 100 partes de cobre y 10 de estaño.

En España, hasta principios del siglo XVII, reinando Felipe III, no se fijó el número de calibres; y en la misma Francia, las guerras religiosas impidieron llevar á efecto las disposiciones de Enrique II; de manera que hasta el siglo XVIII y por disposición del general de Vailliére, no se fijaron los calibres, que éste redujo á cinco.

Carlos V, impulsado por el deseo de facilitar á su ejército aquellos elementos que pudieran hacerle invencible, mandó en 1521 que se efectuaran en Bruselas experiencias con objeto de conocer y suprimir la impureza de los metales que entraban en las aligaciones y obtener el bronce en las condiciones indispensables de resistencia; y entonces llegaron á encontrarse las proporciones más ventajosas entre el cobre y el extaño para las citadas aligaciones, conviniéndose que á cada 100 partes de bronce correspondian 92 de cobre y 8 de estaño. Fijóse al propio tiempo la relación entre el calibre y la longitud, y se dió así resolución á otro importante problema.

El curioso *Memorial* que lleva la fecha de 1538 y que fué hallado por el Sr. Aparici en Simancas, da idea de las diferentes clases de piezas empleadas, con otras particularidades dignas de ser conocidas; y por su gran importancia juzgamos indispensable reproducir aquí el extracto que hizo del mismo, el ilustre brigadier:

«Un cañón serpentino reforzado, pesa de 60 á 64 quintales; tira pelotas de 36 libras; su carga 24 libras de pólvora.

Los sencillos pesan sobre 50 quintales; tiran pelotas de 36; se cargan con 24 libras, y hasta 20.

Estas dos especies de cañones llevan cámara ó relej.

La diferencia entre cámara y relej es que la cámara hace testa ó borde, lo cual es malo, porque el artillero, al meter el cargador, tropieza con dicho borde y piensa que llegó á la culata y descarga alli la pólvora, lo que es malo. Tiene también otro defecto, y es que la pelota no ajusta con la boca de la cámara, y no recibe toda la fuerza de la pólvora que se escapa por la parte superior entre la pelota y la pieza, como también que al limpiar la pieza después de tirar, se queda algún fuego en el borde, y al volver á cargar mata á los artilleros.

Tal vez pudo ser esto una de las causas del abandono de las bombardas. Copiaré íntegro el párrafo siguiente: «El relej es también cámara, ni más ni menos que la de arriba dicha, en fuerza, en provecho muy mejor; este relej no hace testa ni borde, sino vá alamborado (en talud ó pendiente) ó seguido liso, y como el artillero mete su cargador, llega hasta la culata del dicho cañón y descarga en su lugar la pólvora, porque no tiene en el camino quien la desatine, y después al entrar la pelota, como el dicho relej vá alamborado, encaja la pelota justamente en la pieza de todas partes y recibe la fuerza toda de la pólvora sin que se pierda nada.» ¿Serían acaso estas cámaras cónicas como las de los morteros de esta clase? El texto parece indicarlo así, pero yo no recuerdo haber leído ningún documento posterior que lo asegure.

El artillero debe observar la fuerza de la pólvora con que tira, si es soberbia ó floja, y ha de tener cuidado de arreglarse á ello. Ha de ver si la pieza, aunque sea del peso correspondiente, tiene bien repartido el metal, y si no deberá quitar parte de la carga, según le pareciere. También ha de tener cuenta á los cuatro ó cinco primeros tiros de disminuir algo la carga, porque estando caliente la pieza tiene más fuerza la pólvora, pues en el tiempo que se tarda en cargar y apuntar se resfría y enjuga, y tiene más fuerza porque se quema más pronto. Ha de observar que las dos ruedas de la cureña estén parejas, y la pieza encabalgada con los muñones á igual altura, en cuyo caso tomará el medio para apuntar.

En una pieza de 30 librás de pelota, la carga serán 20 de pólvora. En la de 25, si es reforzada, 25 de pólvora y si no 18.

El medio cañón debe pesar 40 quintales, y si tiene relej será más seguro; tira pelotas de 16 á 17 libras y se le puede echar otro tanto de pólvora. Hay otros medios cañones serpentinos que pesan desde 45 á 47 quintales, tiran de pelota 25 libras.

Culebrinas hay desde 60 á 80 quintales; tiran pelotas de medio cañón (16 *libras*); se cargan con otro tanto de pólvora, y si el metal estuviese bien repartido podría echársele más para que alcanzase mejor. Las medias culebrinas suelen pesar de 30 á 40 quintales, y las más reforzadas tiran pelota de 8 hasta 9 libras; carga otro tanto.

El sacre pesa de 18 á 20 quintales; tira pelotas de 6 libras; carga igual.

El falconete pesa de 10 á 12 quintales; tira pelotas de 3 libras; carga igual. El medio falconete y esmeril son de la condición que los quieren hacer.

Todos éstos tiraban pelotas de plomo con dado de hierro, el mayor posible, porque siendo pequeño tiene más plomo, la pelota es más pesada, trabaja más la pieza, y revienta. La misma observación repite para los sacres, falconetes y medias culebrinas, que en caso de necesidad podían tirar con pelotas de plomo, con dado embutido de hierro.

Dejando algunas advertencias sobre el modo de colocar las piezas etc. y refiriéndose á los alcances, dice: «Que un cañón serpentino alcanzaba de punto en blanco de 500 á 550 pasos, y en cada dedo de *caza* (creo sea sacar la cuña) 100 pasos más, de modo que con un dedo alcanza 600; con menos de dos 700, y así en adelante; dando por llano que tirando hácia arriba no se necesita tanto porque alza la boca de la pieza.» Del medio cañón serpentino dice lo mismo que del cañón. El medio cañón de 16 tira de punto en blanco 600 pasos. Una media culebrina de 16 alcanza 700 pasos, con un dedo de caza 850, y con menos de dos dedos 1,000, etc. El sacre alcanza de punto en blanco 450 pasos. El falconete alcanza de punto en blanco 400 pasos, con otras observaciones menudas que sería prolijo enumerar, pero que todas demuestran que en aquel tiempo ya se conocían reglas y principios hijos de la observación, y que no podía enseñarse ni generalizarse sin una previa instrucción y escuela.»

En el mismo *Memorial* figura una curiosa descripción de los fuegos artificiales que consistían en alcancías, granadas, bombas, bastones de fuego, lanzas de fuego, pelotas de fuego, otras para tirar con cañón, otra llamada ángel, y otra encadena; amén de diversas invenciones parecidas, empleándose asimismo balas de piedra de menor calibre que las piezas y forradas de cañamazo: éstas se rellenában del mixto de las granadas, se atrincaban y embreaban y se las daba fuego por unos agujeros rellenos de pólvora.

«Las alcancías eran de barro con cuatro asas, en las cuales se colocaba una mecha de azufre en cada una, y el mixto de que se rellenaban constaba de 10 libras de pólvora, 2 de salitre, 1 de resina bien molida, 1 de sal, revolviéndolo mucho antes en una vasija. Estas alcancías se tiraban como las granadas de mano actuales.

»El mixto de las granadas constaba de 4 libras de pólvora fina, 1 de salitre, 1 de azufre, 2 onzas de sal amoniaco, 2 de vidrio molido, 4 de aceite de linaza, 8 de resina y aguardiente, y aceite de petróleo si se pudiese hallar.

»La granada se formaba de cuatro cachos de cañamazo á modo de pelota de viento, circundada con una trencilla de hilo de acarreto amarrada fuertemente, y se le hacían cuatro agujeros que se tapaban con bitoques y se la cebaba con pólvora fina. Ardía en el agua.

»La bomba consistía en un madero de 1 vara de largo y como 6 pulgadas grueso, aserrado en cruz hasta tres cuartas de su longitud, y que se vaciaba interiormente y se atrincaba con varias ligaduras; el hueco se llenaba de capas de mixto y pólvora de un dedo, echando también pelotas como huevos de mixto hasta rellenarlo enteramente; se tapaba, é introduciendo hasta abajo una varilla cilíndrica, se cebaba con pólvora fina, y á 1 pulgada de la parte delante se ponía la mecha. La bomba estaba sujeta á una lanza por un taladro abierto en la parte maciza, y un hombre podía llevarla en la mano. También se introducían pedazos de vidrio, plomo y alambre picado.

»El bastón de fuego era una cosa semejante, pero aún más en pequeño: su longitud dos brazas, la parte rellena de mixto un jeme.

»La lanza de fuego era igual á la lanza ordinaria, á la cual se adaptaba junto al hierro una *calza* de unas 12 pulgadas y del grueso de dos veces la lanza, que se rellenaba del mixto indicado, y se le daba fuego por junto al hierro, por un agujero y un cebador que sería de azufre.»

La Instrucción que acabamos de citar prueba ya, no solo el perfeccionamiento del material, sino el especial cuidado que se ponía en adiestrar á los artilleros en el manejo de las piezas. Esta y otra de igual clase dirigida en 1545 á Luis Pizaño para que se enseñe á los artilleros por los *instructores* la carga que debían usar, peso, longitud en pelotas y calibre, forma del cargador y sus aparejos, resfriadores y lanadas, cuñas y puntería, fuerza, fabricación y examen de la pólvora, respondía á la necesidad de mantener la escuela práctica que, establecida primero en Búrgos, trasladóse en los primeros años de este reinado á Pamplona.

Intentóse también instruir en el arte de la fundición á diferentes obreros españoles, y á este objeto se les puso como aprendices y ayudantes al lado de los muchos fundidores flamencos y alemanes que vinieron por esta época á nuestra patria; sin embargo, no se consiguió esto, ya á causa del escaso aprovechamiento de aquéllos, ya, y esto es lo más probable, de la repugnancia que experimentarían los maestros en darles á conocer su secreto. Ello es que España se surtió durante



Soldados de las coronelías alemanas. Del *Libro de la Guerra* por Lienhart de Fronsperger (1555)

este reinado y parte del siguiente de las fábricas extranjeras de Flandes, Alemania é Italia; lo que no dejaba de ocasionar graves perjuicios al trabajo nacional. Establecióse á principios del siglo una fundición en Málaga, punto muy á propósito para su especial situación en la costa; más tarde en Sevilla, á consecuencia de la contratación de Indias, y después de la ocupación de Portugal por D. Felipe II, en Lisboa. La pelotería ya hemos dicho que se estableció en 1535 en Egui. «Las piezas, dice Aparici, se fundían en hueco, sin asas, que les añadió el fundidor de Málaga Pedro Ferrán en 1540 por primera vez para que se montasen más fácilmente, conforme aparecen de una

cédula de 10 de Abril de 1541, en que se pide compensación del gasto *por haberlas echado á muchas, cosa no usada en España.* Para asegurar el molde del ánima por la parte extrema inferior se usaba una argolla de hierro con tres brazos, que se ponían en el grueso del metal de la culata entre el fogón y el lugar de la bala que se denominaba *diestra*, la cual, por gastarse de la herrumbre en breve tiempo y por otras causas, ocasionaba que las piezas reventasen y durasen poco. Debo esta noticia á un informe del ingeniero Leonardo Turriano del año 1609, en que dice: *sería la cosa más alta y de más perfección el construir artillería sin diestros, conforme había propuesto el fundidor Bartolomé Somorriva*, que llevó á efecto en toda su extensión el de igual clase Francisco Ballesteros, á quien se supone inventor en muchas cédulas del año 1633, concediendo á su hijo D. Francisco y su familia varias gracias en premio de su invención. Parecía que en toda Europa se fundían de la misma manera las piezas grandes, y se habían hecho ya ensayos con las pequeñas, siendo Felipe II promovedor de esta mejora. Sea por esta causa, ó por la desigualdad de la fuerza de las pólvoras, extraordinaria cargo de dos tercios ó el peso total de la bala, ó por la mala calidad y ágrio de los cobres, ó por introducirse metales campaniles y fuslera, lo cierto es que reventaban muchísimas piezas, y al mismo Pedro Ferrán le saltaron siete u ocho de una sola fundición, sin tomar en cuenta las muchas que se encuentran existentes en pedazos por haber reventado en los presidios, cuyos alcaides y gobernadores pedían su reemplazo. Estos motivos debieron influir en las contratas y en traer fundidores de los Países Bajos y Alemania, donde entonces y aun ahora está tan adelantado y perfeccionado el ramo de fundición. Los metales que se emplearon para ello, al menos desde la contrata de Lefler y su familia, fueron el cobre de Hungría y el estaño de Inglaterra, despreciándose el de Inspruk y aun el de la Isla de Cuba, de quien da noticias el ingeniero Battista Antonely por ágrio y poco á propósito para las construcciones.»

Gracias á los adelantos entonces conseguidos en el arte de fundir, recibió gran aumento la artillería, cuyas piezas fueron de más fácil manejo, á causa de una invención concebida por esta época, cual fué el poner aros á los cañones y delfin á la culata. El nombre del fundidor Lefler alcanzó merecida fama como constructor experto y hábil ornamentador, y nuestra artillería sobrepujó á la de las restantes naciones. Sin embargo, es de lamentar que confiada la fabricación á maestros extranjeros, sean tan escasas las noticias que se tienen relativamente á los trabajos preparatorios de fundición, así como á los hornos, máquinas, moldes, etc., etc. El abono que se hacia á los fundidores por la merma consta que era de 3 por 100 y el precio de construcción en las fábrias reales 16 rs., ó sea 544 mrs. por quintal.

«En las guerras de Italia contra Francisco I, rey de Francia, dice el Sr. Franco, atribuyen algunos historiadores al Emperador el mandato de que las piezas y municiones que se construyesen fueran de mayores calibres que los de aquella potencia, con el fin de que el enemigo no pudiera aprovechar los proyectiles que se le tirasen y sí nosotros los suyos; pero esto, en nuestra humilde opinión, no pudo ser la causa de aquella medida, puesto que los aprovechables por nosotros no siéndolo para ellos los nuestros, tenían que sernos más perjudiciales que útiles, pues sabido es el deterioro que sufren las piezas empleando en ellas proyectiles de menor calibre, y lo incierto de los tiros por el mucho viento; así es que, sin negar el mandato, puede suponerse originado más que por el deseo de perjudicar al enemigo, por un alarde de arrogancia muy justificada en tan poderoso soberano, que cual ningún otro, pudo decir, que en sus Estados no se ponía el sol. Mas dejando á un lado lo que pueda haber de cierto en el mandato que queda dicho, no puede negarse que en la mencionada época se construyeron grandes piezas que alcanzaron fama europea citándose, no sólo sus nombres, sino también en los puntos en que estuvieron situadas. Esto, en nuestra humilde opinión, pone de manifiesto la necesidad de sus dimensiones, puesto que las funciones llamadas á desempeñar no eran otras que la defensa de castillos y otros sitios de grande importancia, ya fuera en las plazas marítimas ó del interior. El ejemplo de lo que hoy acontece nos da lugar á pensar así, y más si se tiene en cuenta que por las condiciones de los puntos fortificados de aquellos tiempos, las dificultades de transporte de unos á otros de tan pesadas moles, traían consigo no sólo la estabilidad, sino también que su construcción estuviese subordinada al objeto para

que se destinaba; mas no por lo dicho puede negarse que si bien la artillería recibió durante el reinado del emperador Carlos V un poderoso impulso, también fué grande la confusión introducida por la multitud de piezas de muy diferentes calibres y gran diversidad de nombres, que no pudo menos de ocasionar cierta confusión en todo lo que se relacionaba con su manejo y mejor servicio, siendo una de las principales enseñanzas el averiguar los calibres, calibrar las balas y formar las cucharas (1).»

Puede el lector hacerse cargo de la confusión originada por la variedad de piezas, que á las claras revelan sus distintas denominaciones, examinando la serie de curiosos Estados y Relaciones que ponemos por nota (2), alguna de las cuales da idea de los sucesivos perfeccionamientos conseguidos. Herrera, por ejemplo, mandó fundir en Málaga (1536) un número de piezas en las que indistintamente pudieran introducirse iguales balas (3); el *Estracto* de 1541 pone de manifiesto grandes mejoras y en él aparecen cinco calibres marcados ya en la longitud de las piezas (4); en la ***Relación*** de 1540 es de notar la cantidad de carros y cureñas fuertes para la conducción de las piezas de grande y pequeño calibre (5); no menos notables son los estractos y noticias relativas

(1) *El Material de Guerra. Revist. milit. española.*

(2) Noticia de las piezas existentes en las Atarazanas de Málaga, con otros efectos de parque, que seguramente se reunian para la expedicion de Argel.

Estado. Legajo n.° 50, año 1540.

Numero y clase de piezas	Calibre ó peso de la bala	Peso de la pieza
2 cañones dobles de Alemania .	45 libras	50 quintales
10 idem venidos de Flandes. . .	40 »	54 »
12 idem coronas, fundicion de Malaga	30 »	58 »
2 idem aguilas, id. id	30 »	21 »
7 idem pelicanos, id. id. . .	25 »	55 »
8 idem salvajes, id. id. . .	16 »	45 »
6 medios cañones venidos de Flandes.	25 »	30 »
53 piezas de batir.		
19 sacres de Malaga y Flandes .	6 »	20 »
41 falconetes de Malaga y Alemania	2 »	11 »
60 piezas de campaña.		

Resumen

De batir	53
De campaña. . .	60
Total. .	113

Toda esta artilleria estaba montada en cureñas, ruedas y ejes nuevos y completamente guarnecidos para servir en campaña.

Habia ademas 40 timones y 19 limones para transportar las piezas gruesas con sus ruedas.

Las 60 piezas de campaña tenian puestos los forcates en las cureñas para tirar los caballos.

Cada pieza tenia dos cargadores con sus atacadores.

(3) Noticia de las piezas mandadas fundir por el capitan general de Artilleria D. Miguel de Herrera en la fundicion de Malaga á su regreso de la expedicion de la Goleta (Tunez), según carta de 22 de Enero de 1536.

Numero y clase de piezas	Peso de la pelota	peso de la bala
10 cañones serpentinos . .	44 á 50 libras	55 á 60 quintales
10 idem idem.	28 á 30 »	50 »
30 sacres	6 »	20 »
8 medias culebrinas. . . .	11 á 13 »	40 »
58 piezas.		

(4) Extracto del asiento tomado con Gregorio Leffer, fundidor de artilleria, para la construccion de 104 piezas, fecho en Augusta y Brisa á 8 de Agosto de 1541.

Estado. Negociado de Flandes. Legajo 638.

Numero y clase de piezas	calibre	Longitud en calibre de la pelota
24 cañones	40 libras	18 pelotas
24 medios cañones.	24 »	20 »
18 cuartos de cañón.	12 »	26 »
8 culebrinas.	12 »	34 »
18 piezas artilleria comun. . . .	6 »	28 »
12 idem idem idem.	6 »	34 »
104 piezas.		

La libra debia ser de Viena.

Las piezas ligeras, seguras y probadas con dos cargas juntas de polvora fina, con una pelota, tirado tres veces seguidas delante de los burgomaestres y de otras personas designadas al efecto, proveyendose por el Emperador la polvora y pelotas.

Las piezas debian tener las armas del Emperador y su nombre, el año de su fundicion, pocas labores, ser lisas, pero de buen parecer.

Todo lo demas es relativo á la contrata, tiempo de entrega, precios y pago del importe.

(5) Relacion de la artilleria que estaba depositada en las Atarazanas de Malaga en 1540.

Negociado de Estado. Legajo 50.

2 cañones dobles de Alemania, de. . . .	50 quintales y pelota de	45 libras.
10 cañones venidos de Flandes, de . . .	54 »	40
12 cañones coronas, fundicion de Malaga. .	58 » »	30 »
7 cañones pelicanos fundicion de Malaga, de	55	25
8 cañones salvajes, fundicion de Malaga, de	45	16
6 medios cañones, venidos de Flandes, de	30	25
2 cañones aguilas, fundicion de Malaga, de	21 »	30 »
19 sacres de Malaga y Flandes, de.	20 »	6 »
41 falconetes, fundicion de Malaga y Alemania de	11	2 »
113 piezas		

Estas 113 piezas de artilleria estan cabalgados sobre sus cureñas, ruedas y ejes, todo nuevo, guarnecido y en orden para poder servir en campo.

Forcates. Los dichos 19 sacres y 41 falconetes tienen puestos sus forcates en las cureñas para que tiren los caballos.

Timones. Cuarenta timones y 19 limones para sobre que caminen piezas grandes con sus ruedas.

Cargadores. Para cada pieza de los susodichos hay dos cargadores con sus atacadores.

Demas de las piezas susodichas, hay las siguientes que no estan encabalgadas.

3 cañones de	47	quintales y pelota de 28 libras
1 medio cañon pedrero de	14	»
1 culebrina ochavada de	42	
1 media culebrina francesa	21	1 arroba y [illegible]
1 falconete de.	10	»
6 ribadoquines de .	3 1/2 »	»
7 buzaros ó morteretes de	2 arrobas	1 »
20 piezas		

Estas 20 piezas no tienen cureñas ni ruedas para el campo, como quiera que algunas de ellas tienen cureñas y ruedas para servir en el mar.

Entre los pertrechos y efectos de parque figuran los siguientes:

12 carros tranzados con sus ruedas para llevar la artilleria de camino y pasar malos pasos.

á fundición que también continuamos (1) y muy curioso, otro documento del que damos sólo el resúmen (2), pues se especifica en él el calibre de las balas ó pelotas empleadas á la sazón por la artillería alemana, que era de 50, 45, 40, 36, 30, 25, 16, 8, 4, 3 y 2 ½ libras.

Salas clasifica las piezas por grupos, y en dicha clasificación abraza tres distintos géneros: al primero pertenecen las piezas destinadas á ofender de lejos; al segundo las de mayor calibre y menor longitud, y al tercero las que disparaban balas grandes de piedra, pedreros, trabucos ó morteros. Las del primer género se dividía en *Ordinarias:* de calibres comprendidos entre una onza y cuarenta libras el peso de la bala y de treinta á cuarenta calibres de longitud; *Extraordinarias:* mayor longitud y menor calibre, y *Bastardas* mayor calibre y menor longitud. Estas tres clases se subdividían respectivamente en piezas de *tanto por tanto,* ó sea de un expesor de metales en el extremo del ánima igual al calibre; *reformadas* las que contaban sólo los nueve octavos de él y *sencillas* siete octavos (3).

La confusión que tal cúmulo de piezas debía originar y el inconveniente que consigo traía tan distintas condiciones de calibre y longitud, motivó la reforma que el Emperador introdujo en su artillería, la cual se componía de cinco clases de cañones y una de morteros; aquellos de los calibres de 40, 26, 12, 6 y 3 libras de su bala de hierro; éstos de 35 decímetros de diámetro. Esta artillería, según la autorizada opinión del general Salas, fué adoptada por todas las naciones de Europa, más bien por seguir el ejemplo del vencedor que por las ventajas de su manejo. El hecho es que las fundiciones establecidas en los dominios del Emperador alcanzaron gran reputación y su artillería muchísimo renombre.

El personal de este cuerpo constaba en 1546 de tres capitanes generales (uno en España, otro en Italia y otro en Flandes), á cuyas órdenes se hallaban igual número de tenientes generales. Los cargos de *gentil-hombre* y *condestable* equivalían á los de jefes de cierto número de piezas, siendo idéntica la categoría de los primeros á oficial y la de los segundos á cabo. Los sirvientes se dividían en *conductores* y *artilleros*, y además de estos figuraban como agregados al cuerpo de artillería los *minadores* y *gastadores.* Existían también diferentes obreros, artífices y petarderos, marineros y calafates, harnicures y tenderos para todo el material dependiente del cuerpo de artillería. Los trenes corrían á cargo de los *comisarios* y *gil-maestres* y el ganado de los tiros se contrataba á los

110 carretas flamencas con sus ruedas para llevar municiones en campo.
110 guarniciones de caballos para tirar estas carretas; que cada guarnicion es una collera, una silla, una zofra, una grupera y un bridel.
90 carros flamencos de cuatro ruedas para llevar municiones.
84 cubiertas de cañamazo para dichos carros.
200 aparejos para los caballos que han de conducir las carretas.
100 guarniciones para caballos de tirar la artillería, que cada guarnimento es una collera, un bridel y una grupera.
2340 tretas, grandes y pequeñas para tirar el artillería y las dichas carretas.

(1) Extracto de otros documentos relativos á fundición de piezas hacia el año 1541.

Estado.—Negociado de Alemania.—Legajo 640

Número y clase de piezas	calibre	Longitud	Peso
18 cañones.	40 libras	18 pelotas	45 quintales
18 idem.	25 »	20 »	32 »
12 tercios de cañón. . . .	16 »	22 »	24 »
6 tercios prolongados. . .	16 »	32 »	33 »
15 piezas artillería común. .	8 »	26 »	18 »
6 idem prolongadas. . . .	8 »	34 »	25 »
75 piezas.			

Para estas piezas, dice, necesitarse 2,292 quintales de cobre y 183 de estaño, razón de 8 quintales por cada 100 de cobre.

Noticia de la artillería fundida en Augusta por Gregorio Lefler en 1543 para remitir á España.

Negociado de Mar y Tierra.—Legajo 65

Numero y clase de piezas	Peso en quintales	Calibre de las pelotas	Longitud del anima en pelotas	Longitud total en pelotas
27 cañones.	55 quintales	44 libras	17 largos	18 largos
24 medios cañones. .	36 »	27 »	18 »	19 »
11 culebrinas. . . .	54 »	12 »	32 »	33 »
20 culebrinas cortas.	30 »	12 »	24 »	25 »
12 mediasculebrinas	22 »	7 »	32 »	37 »
18 sacres.	16 »	6 »	26 »	27 ½ »
36 falconetes. . . .	10 »	5 »	34 »	35 »
4 morteros grandes para fuegos artificiales. . . .	» »	» »	» »	» »
152 piezas.				

(2) Resumen de la relación de la artillería que existia en Malinas y otros puntos procedentes de las conquistas de Alemania.

32 cañones.
15 medios cañones.
8 piezas de confusa explicación.
34 culebrinas.
38 medias culebrinas.
4 piezas de bronce de diferentes construcciones.
56 falconetes.
86 medios falconetes.
36 esmeriles.
5 morteres grandes.
9 idem pequeños.
11 pecezuelas.
10 lombardas.
5 vertos.
32 pecezuelas para muralla.
504 mosquetes de metal.
154 arcabuces de metal.
1035

Copiadas del antes citado *Informe sobre los adelantos de la Comisión de historia en el Archivo de Simancas.*

(3) *Memorial histórico.*

particulares. Había en este cuerpo oficinas y empleados especiales, *contadores*, *pagadores*, *mayordomos*, (posteriormente cuerpo de *Cuenta* y *Razón* de la Artillería), *furrieles mayores* ó *menores*, *prebostes* y *alguaciles*, y además *ingenieros*, y *tracistas*, destinados aquéllos á la construcción de batería y éstos al servicio de las piezas: personal que da idea del grado de desarrollo que adquirió el arma durante este periodo. Esta organización subsistió durante todo el siglo XVI y el XVII.



Retrato de D. Alvaro Bazan, Marqués de Santa Cruz, y facsímile de su firma

Pasemos ahora á ocuparnos de los progresos realizados en el arte del ingeniero.

Expusimos en nuestro anterior ESTUDIO los diferentes sistemas ideados para restablecer el antiguo equilibrio entre la defensa y el ataque, á cuyo servicio puso la ciencia nuevos medios; y dijimos á este propósito que por de pronto se trató de acomodar las antiguas fortificaciones á los medios de expugnación, á cuyo objeto se emplearon las casamatas flanqueantes, se disminuyó de la altura de las torres, se arrasó su antiguo coronamiento, se dieron condiciones defensivas á las escarpas y mayor ensanche á los fosos. Las fortificaciones antiguas así modificadas, acusan las vacilaciones propias de un periodo de transición; mas en Durero, vemos ya un sistema de defensa,

sistema que no halla inmediata aplicación, pero que influye en los arquitectos militares de su país. En cambio, en Italia, donde las apremiantes exigencias de la guerra obligan á idear nuevos procedimientos, nació otro sistema según el cual las condiciones de la defensa estriban en un flanqueo que se origina en la disposición y traza de las líneas del frente. Atribúyese á los esfuerzos combinados de San Gallo y San Micheli (1), verdaderos maestros de aquella legión de artistas que acudió á la pequeña córte de Urbino, la aplicación de un primer tipo regular de proporción bien definida que se da á conocer en 1528, aunque es difícil asegurar cuándo fué concebido. En el citado año, hallándose el segundo de aquellos artistas al servicio de Venecia, recibió la orden de reconstruir las fortificaciones de Verona, donde aplicó el tipo á que se ha dado nombre de sistema abaluartado, cuyo principal fundamento consiste en los fuegos de los flancos, construídos éstos dentro del orejón, con tres pisos escalonados unos sobre otros. Redúcese este sistema, al que más propiamente puede llamarse de fortificación *con baluartes*, á una serie de plataformas ó caballeros colocados de distancia en distancia, con los que se reemplazan la antiguas torres, y en los que se colocaba artillería, defendiendo el acceso á las murallas con fuegos de los baluartes intermediarios. Según se ve, las diversas partes de este sistema se prestan una protección recíproca, por manera que existe un flanqueo completo.

«Las fortificaciones de Verona, dice un eminente ingeniero belga, están caracterizadas por la perfecta regularidad de todas sus partes. Se concibe que son la aplicación de una idea preconcebida, bien determinada ya, de un tipo cuyo trazado corresponde poco más ó menos á una extensión de 500 metros de muralla. Este frente puede considerarse como constituído, bien por dos baluartes y una plataforma (fortificación con baluartes), bien por dos plataformas y un baluarte (fortificación poligonal). Si se admite que las armas tienen un alcance de 250 metros, el flanqueo es completo cuando la extensión del frente no exceda de 500 á 550 metros, espacio existente entre los baluartes de Verona (2).» Sobre la construcción de terraplenes y disposición de las escarpas da curiosos detalles en la obra que titula *Il Vallo* (la defensa), Juan Bautista de la Valle, soldado de gran experiencia, que estuvo al servicio de los señores de la Rovere y de Leon X; mas aunque generalizado en Italia el tipo de fortificación aplicado por San Micheli, ideáronse diferentes modificaciones con objeto de aumentar la resistencia. Tartaglia propone levantar sobre las cortinas, traveses semejantes á los parapetos de tierra con cañoneras, en forma de pequeñas plazas de armas; invención utilísima para cubrir á los defensores contra los rebotes y tiros de enfilada rasantes, entonces desconocidos; y aconseja además muchas mejoras en la forma de los baluartes y en los caballeros (3). Las cortinas las traza en ángulo entrante formando tenaza, y en él hay un caballero que aumenta la acción flanqueante de aquellas; los baluartes son pequeños y obtusos con flancos retirados y perpendiculares sobre la cortina, orejones, caballeros y camino cubierto, del que, así como del glacis, habla como si los hubiera inventado. Después de las obras de Tartaglia, el primer tratado que sobre esta materia se publicó pertenece á Juan Batista de Zanchi, que, como muchos otros ingenieros italianos, estuvo al servicio de España, y su título es *Del modo di fortificar la città.* Este autor era partidario de los grandes baluartes con flancos altos y bajos, caballeros y casamatas. En cambio Maggi se declara partidario de los pequeños baluartes, y cuando las cortinas tienen gran longitud aconseja la forma tenazada; también recomienda que los caballeros no graviten sobre el muro de escarpa.

Estos diferentes sistemas de defensa, variantes del primitivo con baluartes, manifiestan hasta qué punto se estudiaba y trataba de mejorar aquella. A contar del congreso ó junta de ingenieros celebrada en 1545 por el papa Paulo III y presidida por Alejandro Vitelli, se generalizó ya el sistema de fortificaciones abaluartadas, pero se nota una excisión entre los arquitectos, pues mientras los de la escuela romana, ó por mejor decir, de Urbino, inspirada en San Gallo, adoptan aquél francamente, la escuela veneciana ó de San Micheli conserva la antigua fortificación con baluar-

(1) Estos dos artistas trabajaron juntos en las forticaciones de Parma, efectuadas de orden de Clemente VII.

(2) Wauwermans, *Les architectes flamandes.*

(3) Promis, *Memorias históricas.*

tes, mejorándolos sin embargo, según lo acreditan los trabajos ejecutados de orden de la República en Corfú, Zante y en Dalmacia.

Las opiniones, según vemos, no andaban muy acordes respecto al mejor partido que pudiera sacarse del nuevo sistema, y ya cinco años antes, en 1540, cuando reunió el Emperador una junta de personajes para discutir la construcción de la fortificación de Amberes, se emitieron pareceres diferentes. El duque de Alba, el conde de Buren, el duque de Mantua y los ingenieros Frans y Donato de Bony, flamenco el uno, italiano el otro, formaron parte de esta junta, en la que expuso Frans ideas en todo opuestas á las de Bony. Criticaba el ingeniero flamenco el excesivo espacio que mediaba de uno á otro bastión en el trazado que éste presentó, según el tipo de San Micheli, y demostraba con un dibujo las ventajas de un trazado en que aquél fuera más reducido. «Obsérvase, en efecto, dice á este propósito Wauwermans, que en el sistema con baluartes el flanqueamiento es completo al principiar el sitio, pero en el momento de dar el asalto, cuando la artillería sitiadora ha conseguido apagar los fuegos del sitiado; es decir, en el instante en que más necesario es el flanqueo, llega á ser, por decirlo así, incompleto. El frente de los caballeros queda siempre convenientemente defendido por las baterías flanqueantes de los baluartes; pero éstos se hallan entonces completamente faltos de defensa; el sitiador puede anular las defensas de la plaza embistiendo precisamente por el saliente del baluarte. Por el contrario, aproximando los baluartes á 250^{m}, en lugar de separarlos entre sí 500, se prestan á una recíproca defensa, gracias á las baterías de flanco, y entonces el flanqueamiento resulta completo, aun cuando las baterías emplazadas en los caballeros se hayan hundido en las ruinas.»

La opinión de Frans fué rechazada por el consejo, y este arquitecto recibió la orden de ejecutar las obras según el plan de Bony (1). Wauwermans opina que un plano sin fecha ni título existente en los archivos de Amberes y en el que están representados dos frentes, uno de ellos con los pequeños baluartes ejecutados en la fortificación de dicha ciudad, y el otro con baluartes de dimensiones considerablemente mayores, fueron dibujados por Frans y presentados al consejo. Del exámen de los mismos saca en consecuencia que á Peter Frans se debe la invencion del *frente abaluartado*; sin embargo, ya veremos luego, que el citado frente era conocido antes de Frans y del congreso de ingenieros reunidos en Roma. En este congreso fueron aceptadas las ideas sustentadas por Frans; pero no recibieron una aplicacion completa hasta la construcción de la ciudadela de Amberes en 1567.

Militando los más de los ingenieros que acabamos de citar en los ejércitos del Emperador, claro está que su ejemplo y sus lecciones no dejarían de servir á los soldados españoles; y que, como es consiguiente, se formarían en su escuela excelentes ingenieros. Desgraciadamente hasta hoy yacen en el olvido los nombres de estos primeros ingenieros, y gran fortuna ha sido poder sacar de la oscuridad el del comendador valenciano Pedro Luis Scribá, varón de nobilísima estirpe, que alcanzó la jerarquía de Maestre de Campo en nuestros ejércitos.

Pertenecía Scribá al número de aquellos ingenieros que, formados en las prácticas de la guerra, no desperdiciaban la ocasión de observar con detenimiento cuantas obras de importancia se presentaban á su vista, y á la vuelta de algunos años, con el auxilio del estudio y gran dosis de perseverancia y laboriosidad, llegaban á descollar en este arte (2). Fácil es, empero, que el nombre del

(1) Segun palabras de Speckle, quien en 1577 las oyó de boca del mismo Frans, habiendo este insistido en su opinión, le dijo el Emperador: «Cher Maitre, tu ne comprends rien a nos avis; ces messieurs entendent la guerre et savent que quand on veut battre une ville (*par l'artillerie*), on l'attaque toujours a un endroit plat (*la courtine*), son point faible, qui est le mur entre les deux bastions. Lorsque l'ennemi livre l'assaut, on peut le combattre des deux bastions a la fois et il en reçoit le plus grand dommage. Personne n'attaquera un bastion qu'on peut defendre des deux côtes (*par les flancs collatéraux*) et aussi en avant par les canons a main (*arquebuses*). Un coup tire à 1500 ou 1600 pieds est encore fort dangereux lorsque le tir a lieu avec de grandes pieces. C'est ce que savent et croient tous ceux qui s'entendent a la guerre. Je t'engage donc en ceci de suivre l'avis du Conseil composé de chefs experimentes.» Sin embargo parece que al visitar el Emperador la ciudad de Amberes en 1540, manifestó a Frans cuanto deploraba no haber atendido su consejo. He aquí, segun, el mismo Speckle las palabras que le dirigió: «Maitre, a present je te comprends mieux qu'autrefois, je vois que ton avis etait bon quoique je ne l'ai pas suivi. Il faut t'accoutumer à la contradiction lorsque tu veux construire des fortifications, avec la bourse des autres. Notre sentiment a Nous même est journellement contredit. Nous y sommes habitue! Fais de même. Continue la place (*d'Anvers*) elle n'en deviendra pas moins une place formidable.»

(2) «Yo, dice el mismo en sus *Dialogos*, vine viejo al arte y en ella nunca tuve preceptor, ni supe tomar pincel.

citado Comendador hubiese quedado en olvido, como tantos otros, á no haber escrito su curiosa obra *Apología en excusación y favor de las fábricas del reino de Nápoles*, que por muchos años se supuso perdida y que si bién fué luego mencionada por algunos autores, consideróse que carecía de importancia, hasta que el Sr. Mariátegui la descubrió en nuestra Biblioteca Nacional y la dió á la imprenta acompañada de una erudita biografía. Según la forma literaria que privaba á la sazón, esta obra es dialogada y en ella el autor trata de refutar las objeciones que se le hicieron á propósito de las obras de defensa del castillo de San Telmo de Nápoles, entrando con este motivo en amplia discusión sobre el más acertado empleo de las diferentes partes de la fortificación.

Cuando el Comendador español escribió su obra, ocho años antes que Tartaglia diera á la estampa sus *Quesiti et inventione diverse*, y diez después que el célebre ingeniero San Micheli aplicara los baluartes á las fortificaciones de Verona, la adopción de éstos se había generalizado en Italia, contando con fortificaciones de tal clase Turín, Milán, Pavía, Plascencia, Verona, Cremona y otras plazas no menos importantes. La nueva fortificación á la que no podía aplicarse aún el nombre de *frente abaluartado*, hemos dicho ya que se reducía á una serie de baluartes enlazados por los lienzos de muralla y dominados por altos caballeros en los que se emplazaba la artillería para lanzar sus fuegos sobre los baluartes. Contra este sistema entonces en boga escribió el citado Comendador su obra, en la que defiende el mismo tiempo las ventajas que sobre él tiene el atenazado, y se declara además partidario de un trazado con rediente en el centro; pero sentando que: «Como ningún lugar hay que totalmente sea como el otro, así variamente se deben las fortalezas á los lugares acomodar (1).» Siete razones da en apoyo del sistema que adoptó al construir el castillo de San Telmo y seis defectos achaca al frente abaluartado, razones y cargos que revelan el sentido práctico de nuestro ingeniero, á quien también cabe la gloria de haber fijado el primero la longitud de la línea de defensa, que dice «no ha de ser más lexos de cuanto puede tirar de puntería una simple escopeta ó arcabuz.» En esto como en otras cosas, Scribá se adelantó muchos años á otros notables ingenieros extranjeros, pues tanto la idea del flanqueo como la del frente abaluartado fueron comprendidas por él.

Las ideas más importantes sustentadas por el Comendador las condensa un distinguido escritor del arma de ingenieros en los siguientes párrafos: «Como principio fundamental de fortificación, sienta que las defensas deben estar en el medio, y para aplicarlo, usa el trazado atenazado en dos de los frentes del castillo (San Telmo) y el de rediente central en los otros dos. No era exclusivista, sin embargo, pues en la plaza de Capua aplicó el trazado abaluartado dotándolo de dobles flancos, que formaba por medio de un corchete con la cortina al que llamaba *codo*, constituyendo un conjunto semejante al *frente reforzado* que más adelante presentó *Maggi* y que ha sido imitado por varios tracistas de sistemas de fortificación, entre otros, si hemos de creer á Medrano, por el incognito Manuel Alvarez, autor español cuya obra se ha perdido... Era Scribá partidario de las líneas de defensa rasantes y habia comprendido perfectamente la acción eficaz de los fuegos de reves en la fortificación atenazada. Los párrafos que dedica á discutir sobre la dominación que deben tener las crestas de la fortificación son sumamente notables. El caballero no lo quería construir en la muralla como las *piataformas* italianas, sino en el interior del fuerte, como después se hizo, y son muy juiciosas y atinadas las razones que da en apoyo de su opinión. La disposición que entonces se empezaba á usar de hacer dobles los flancos de los baluartes, por medio de un flanco bajo descubierto situado delante del alto es muy criticado por Scribá, á pesar de que «esto de los traveses descubiertos ha entrado en tanta reputación á nuestros tiempos, que no osso contradecirlo públicamente.» Las razones de su crítica son exactamente las mismas que dan los ingenieros modernos al ocuparse de este asunto. En lugar de los flancos bajos emplea las casamatas de una construcción especial, con cañoneras de caras escalonadas, á las que atribuye grandes ventajas. La discusión que sobre este asunto sostiene con el *vulgo*, que por lo visto entonces como después ha sido opuesto al empleo de las casamatas, es digna de leerse y ocupa una gran parte de la obra. Respecto al foso es de opinión de que no fuese muy ancho, pero «tampoco tan estrecho que

(1) *Apología*, pag. 18 de la edic. Mariátegui.

le falte proporción» y lo completaba «con la contramina que dentro le tengo ordenada.» Por último, parece que Scribá no era partidario de los atrincheramientos interiores, pues dice: «que la comodidad muchas veces de cortar el turrión como tú dixistes y dexarle al enemigo, confiando en lo de dentro hace más perezosos y menos curiosos los defensores, de lo que hace el verse que, perdida la parte principal no les queda redutto, y assí ponen todas las fuerzas suyas en defenderse y se prevalen, al contrario de los otros que, perdida la parte voluntariamente, vienen á perder el todo necesariamente,» principio que si bien después no ha sido aceptado por la mayoría de los ingenieros, se comprende que era perfectamente aplicable á los valientes soldados que habían servido bajo las órdenes del Gran Capitán, y que ha sido mucho más tarde imitado por sus descendientes durante las defensas de las plazas en la guerra de la Independencia (1).»

Las noticias que tenemos del comendador Scribá, demás de las consignadas relativamente á su nacimiento y profesión, se reducen á los proyectos y construcción de defensas de diferentes pun-


Pistolete con armamentos de metal

tos del reino de Nápoles, que le fueron confiados en los últimos años de su vida por el virey marqués de Villafranca (1532); y en el número de las mismas figuran la ciudadela de Aquila, el castillo de San Telmo (Nápoles) y las defensas de Nola y Capua Escribió también otras obras dictáticas sin contar la *Apología*, una de ellas titulada *Edificio militar*, que es anterior á dicha *Apología*, y de la que el autor hace mención, mas sin citar detalle alguno; otra dió á la estampa dedicada al duque de Urbino, pero por su título especial es difícil inferir de la índole del tema. El comendador fué muy parco en darnos á conocer la intervención que tuvo en las guerras de su tiempo, y solo manifiesta que se encontró en la defensa de Nápoles en 1528.

Sigue cronológicamente á la *Apología*, la obra del célebre Tartaglia *Quesiti et inventioni diversi* (1546), de la que es una traducción libre la *Arquitectura de la fortificación* (1544 1564), de un anónimo español más práctico que hombre especial, por la que venimos en conocimiento era escasísimo el número de nuestros compatriotas «hábiles en la arquitectura de fortificación,» y muy raros los libros donde podían aprenderse los preceptos del arte de construir, atacar y defender las plazas. De lamentar es que hayan llegado á nosotros tan contadas obras, y aun que se ignore el sitio donde puedan encontrarse otras, y más de lamentar aún que utilizando los materiales reunidos por los Sres. Aparici, Camino, Mariategui y otros eruditos, no se hayan continuado los trabajos para la historia del arma de ingenieros, abundando, como en realidad abundan, en ar-

(1) La Llave, Art. bibliogr inserto en el *Memorial de Ingenieros*. Año xxxiv, núm. 3.

chivos y bibliotecas, así oficiales como particulares, los discursos, informes, cartas y otros documentos referentes á proyectos de obras nuevas, relaciones de sitios y defensas y otros asuntos, redactados por ingenieros, tanto extranjeros como españoles. Justo es, sin embargo, reconocer que la escasez de libros para aprender los preceptos de la fortificación, escasez de que se lamentan Scribá y más tarde Rojas, reconoció por causa el estar escritos los más en alemán y en italiano, y aun éste, como más conocido, facilitó el camino de la teórica á los autores que escribieron por este tiempo.

Ya hemos dicho que el número de obras didácticas que produjo Italia en todo el siglo XVI fué no escaso, contribuyendo á que se difundieran el gran vuelo que tomó la imprenta. Desde los primeros años del mismo descuellan como escritores en este arte Ghiberti, San Gallo, Della Valle, Luca Romano, Biringuccio, Francisco I de la Rovere, Tartaglia, Unghero, San Gallo, Tadino, Belluci, Montemellino, Alghisi, Melloni, Peroli, Aconzio, Vimercati, Leonardi, Orologgi, Castrioto, Zanchi, Cataneo, Barbero, Lanteri, Puccini, Castaldo, Marchi. De algunos de éstos nos hemos ocupado ya; de otros como Castriotto, Alghisi y Cataneo haremos especial mención, mas no sin consignar que muchos de estos ingenieros estuvieron al servicio de España; motivo por el cual nos extendemos un tanto al tratar de los progresos del arte en Italia. Castriotto perteneció á este número. Era un ingeniero que reunía la teórica y la práctica y que se distinguió en la construcción de obras de campaña, especialmente campos atrincherados. En la fortificación de las plazas fué partidario del flanqueo de los baluartes, que destacaba del recinto, reemplazándolos con torreones; aconsejó la construcción de plazas de armas con reductos circulares en el camino cubierto, y sobre todo que las mamposterías cubriesen el arcen hasta el cordón de la escarpa. El sistema de Alghisi consiste en trazar la cortina en forma de tenaza y en algunas otras modificaciones, en la delineación del flanco retirado y de la media luna, que son consecuencia de ella (1). En cuanto á Cataneo dotó al camino cubierto de plazas de armas, y como otros ingenieros de su época contribuyó al perfeccionamiento de la arquitectura militar, siendo oportuno el consignar aquí que en la obra *Due dialoghi* de Jacobo di Lanteri, es donde por primera vez se considera á esta arquitectura como una de las ramas de las ciencias matemáticas.

Con la publicación de estos escritos, sobre todo con la de las obras de Castrioto, Maggi, Tartaglia y Maquiavelo, la esfera de los conocimientos militares se agrandó extraordinariamente. La arquitectura militar se eleva á la categoría de ciencia, á la que sirven de base la geometría y la mecánica; la artillería progresa también, gracias á las conquistas científicas; Tartaglia explica por primera vez el movimiento de los proyectiles en el espacio (1); y á él se atribuye también el invento de la escuadra para los tiros por elevación (según Collado la primacía corresponde al tudesco Daniel Sambech), Vannoccio Biringucio compone su celebrada obra *De la Pirotechnia* (2), y por último el

(1) Nicolas Tartaglia nació en Brescia el año 1500 y murió en 1562; siendo muy digno de admirar que un hombre de condición oscura y miserable, como era la suya, gracias á su ingenio y á su laboriosidad llegara á ser uno de los primeros matemáticos de su tiempo. «Tartaglia, escribe Promis, no era militar: el mismo dice en una de sus obras, que jamas habia tirado con bombarda ni arcabuz, ni fusil, y que era simplemente teórico. Sin embargo, sobrepujó á todos los artilleros de su tiempo. Fue el primero que se ocupó del ángulo de puntería de las piezas, de los efectos de los proyectiles, de la comparacion de los alcances con la inclinacion y cargas. Fue el primero que hizo ver, contra la opinión generalmente admitida, que los proyectiles no se movian en linea recta y que los arrojados por los morteros no describian los dos lados homólogos de un triangulo isosceles. Estas observaciones, y otras cuestiones que resolvió con felicidad desde 1531 á 1546, le asignaron el primer puesto como sabio entre los artilleros, y un lugar muy distinguido entre los hombres que abrieron nuevo y ancho camino á los adelantos de las ciencias.»

Este matemático vivio al principio por espacio de diez años en Verona; en 1534 paso á Venecia, donde daba publicas explicaciones de las teorías de Eúclides; en 1537 publicó en Venecia su *Nuova Scienza*, obra dividida en cinco libros, de los que sólo tres vieron la luz; en 1540 la titulada *Quesiti ed invencioni diverse* en la que amplio el contenido de aquellos libros. De esta ultima obra cita Promis cinco ediciones publicadas en los años 1545, 50, 54, 62 y 1606.

(2) El autor de las *Memorias históricas*, antes citado, da de este las siguientes noticias. «Vanoccio Biringuccio nació en Sena hacia 1470. Desde su infancia se dedicó al estudio de la metalurgia, y siendo todavía muy joven se le encargo la direccion de las forjas de Pandolfo Petrucci, en el valle de Bocheggiano. Luego viajó por Italia, el Frioul y Alemania, para perfeccionarse en el arte, que á la sazón estaba más adelantado allá que en ninguna parte de Europa. Biringuccio compuso una obra cuyo titulo es. *De la Pirotechnia, libri X: Dove ampiamente si tratta non solo di ogni sorte et diversitá di maniere, ma ancora quanto si ricerca in torno á la prattica di quelle cose di quel che si appartiene á l'arte de la fusione over gitto de metalli*, etc. *Venezia*, 1540. Se puede decir que es el fundador de la parte tecnica de la ciencia metalúrgica y casi el inventor de la artillería que se conocia en toda la extension de aquel tiempo. En su obra ha tratado de la fundicion de las piezas, del modo de cincelarlas y de la parte practica artística, excediendo mucho á sus contemporaneos por su claridad, precision de lenguaje, bondad y variedad de los metodos que enseña. De su *Pirotechnia* se han hecho muchas ediciones.»

famoso Maquiavelo (1), emite la idea de un ejército nacional, pensamiento altamento patriótico por el que, el gran diplomático florentino, se adelanta á su época. Las ideas de este autor se reflejan en la obra de Salazar, el ya citado *Tratado de Re militare,* impreso el año 1536, y llaman la atención de los estudiosos hacia la antigua milicia romana. Imprímese á Vegecio, y su obra se cuenta entre las primeras que han salido de las prensas españolas: asimismo se difunden las del insigne Tácito, las del elegante Salustio, y las del inmortal César, lo que en no escasa parte contribuye á crear un ramo especial de literatura, la literatura militar. ¿A qué deben, sin duda, su perfección los escritos del comendador D. Luis de Avila, de D. Bernardino de Mendoza y de D. Diego Hurtado, tres escritores insignes que á la par manejaron pluma y espada? Si las obras de estos ingenios merecieron ser colocadas en el número de las *clásicas*, no son menos dignas de figurar en primera línea entre las militares por los conocimientos especiales que encierran y por las lecciones excelentes en que abundan; y buen testimonio de esto nos ofrecen los párrafos de Avila que hemos reproducido en el anterior Estudio. En ellas vemos un arte más adelantado, arte al que caracterizan nuevo sistema de combatir y un vasto plan de operaciones. La artillería influye directamente en estas, y esanchado el escenario de la guerra, las combinaciones político-militares exigen en los caudillos grandes aptitudes y conocimientos. Carlos, que los poseía en alto grado, triunfó de su rival, no tanto por sus recursos, cuanto por su talento elevado y flexible.

Mas también en otra esfera se dejan sentir los efectos del progreso social. Las conquistas realizadas en remotísimas regiones, desarrollando la navegación, exigen mayor grado de conocimientos en los pilotos, y también, gracias á la imprenta, se difunden algunos relativos á este ramo especial, siendo una de ellas la *Suma de Geografía* del bachiller Martín Fernández Enciso (2), cuya obra data del primer tercio de este siglo, y puede colocarse inmediatamente después del *Compendio del Arte de Navegar* de Sánchez de Huelva (1484) y del *Tratado de Cosmografía* de Nebrija (1491). También durante dicho periodo Alfonso de Santa Cruz inventó las cartas esféricas y las desviaciones de las agujas azimutales, y este célebre cosmógrafo sesenta años antes que Wright construyó una carta corregida según el método que otros debían llevar más tarde á la perfección. Mas si tales conocimientos facilitan los progresos de la navegación, el escaso adelanto en la construcción naval no permite que aquéllos sean durante largos años muy visibles.

Los inventarios de las expediciones verificadas durante el reinado de Carlos V no acusan grandes progresos en el material, sobre las verificadas en los últimos años del reinado de D. Fernando el Católico. Después de un siglo que se conocía la pólvora en el mar y de más de treinta años que se empleaban en la guerra marítima los pasavolantes, versos, cervatanas, lombardillas, etc., conti-

(1) El *Arte de la guerra*, escrito por el insigne Niccolo Machiavelli y publicado en 1521, es una obra digna de llamar la atención, no solo por la época en que se publicó, si no por las doctrinas que contiene. Su autor había estudiado á fondo las milicias griega y romana y aspiraba á reemplazar con un ejército nacional las tropas mercenarias entonces en boga. Propúsose combinar el sistema macedonio con el romano; armaba la primera fila con picas, las demás con espadas; recomendaba se sustituyeran las fortalezas con campos atrincherados; declarábase partidario de los ataques rápidos, desaprobaba la distribución de las tropas en vanguardia, centro y retaguardia, recomendando que las marchas se efectuaran en columnas paralelas precedidas estas y seguidas por partidas de caballería todo ciudadano debía practicar las armas desde los 17 á los 40 años.

(2) «No contento, dice Navarrete, con hacer una menuda descripcion de las cartas entonces conocidas, colocando por derrotas y alturas los cabos y pueblos principales, presenta un tratado de esfera segun el sistema de Tolomeo, explicando sus círculos y los periodos que emplean los planetas en describir sus órbitas publica unas tablas de la declinacion del sol en todos los dias del año; expone el método de tomar la altura del Norte y regirse por él, formando una rosa náutica con los treinta y dos vientos y expresando el número de leguas que se anda por cada grado, segun el ángulo que la línea del rumbo forma con el meridiano; cuenta el valor del grado por diez y siete leguas y media, y deduce tambien la distancia del apartamiento del meridiano en cada ángulo ó rumbo que se forma desviándose de él. En la navegacion del Este al Oeste pretende saber lo que se anda tomando la altura del sol y la del lucero llamados Venus en las mañanas antes de salir el sol. Establece el método de tomar la altura de la estrella polar y saber por ella las horas de la noche. Tambien da reglas para usar del astrolabio y del cuadrante, y averiguar la declinacion del sol y el lugar en que se halla cada dia, explicando el modo de tomar su altura en ambos hemisferios y el uso de las tablas para deducir su latitud. De la division del globo por la equinoccial y el meridiano, que fija en la isla de Hierro, la mas occidental de las Canarias, resultan cuatro partes, representadas por un cuadrante cada una, como los que se usaban para tomar las alturas del Norte y del Sur, y en esta forma dice que deberian hacerse las cartas, pero para que los mercantes que no son astrólogos las comprendan mejor, se hacen en plano por longitud, como él le hizo para la comun inteligencia, y acaso fue la que presentó al Emperador. Fácil es comprender los errores é inexactitudes de estas primeras cartas geográficas, cuyas imperfecciones echa de ver su mismo autor en la explicacion que de las mismas hace; sin embargo, por ellas hubieron de regirse nuestros esforzados marinos al ir á descubrir lejanas tierras. «La parte geográfica, dice Navarrete, está reasumida con exactitud y curiosidad, y la correspondiente á las tierras que se iban descubriendo por la parte occidental, es acaso la primera descripcion que de ellas se hizo, y muy importante para conocer el resultado de las expediciones españolas hasta aquella época (1519).» *Disertacion sobre los progresos de la Náutica.*

núan aún empleándose las antiguas armas arrojadizas, ballestas, dardos y otras, así como las defensivas ya conocidas y descritas : lo que se explica por el sistema de pelear de los bastimentos de remos, generalmente el abordaje. A consecuencia de esto, y como habrán echado de ver nuestros lectores en el extracto que hemos hecho del precioso libro *Regiment de Princeps*, de Eximenis (véase la pág. 449), eran muy complicadas las municiones de guerra, las armas y los artificios incendiarios. «Por el inventario de la armada que salió de Barcelona con Carlos V para Italia, en 1529, dice Capmany, consta: que aunque no había diferencia de las antiguas galeras á estas en cuanto á la magnitud de los buques, ni de las velas, ni de las anclas, ni en el número de los remos, la había en el número y clase de algunos aprestos de guerra y pilotaje. Todas las velas de la *Real* que eran de *veintisiete bancos* tenían paños blancos, encarnados y amarillos interpolados, y la mayor pintadas las armas reales. Llevaban tres brújulas, cuatro anclas de cinco quintales y un rezón de seis; cincuenta arcabuces y diez escopetas con munición de plomo; un cañón á proa, que también llevaban todas las demás, sin especificarse el calibre: la pólvora era un quintal para los arcabuces y veinticuatro para el cañón. Entre los artificios de combustibles arrojadizos contaba la real *diez y nueve trompas de fuego* y doscientas veinticuatro ollas de barro para arrojar, llenas de mixtos de azufre, pez griega y aceite de linaza (1).»

Desde 1354 á 1535 en que Carlos organiza la formidable expedición á Túnez, la magnitud de las galeras, velamen tripulación, clase de aprestos, etc., siguió siendo la misma, con la sola diferencia que antes de 1535 sólo llevaban tres remeros por banco, número que después se aumentó hasta seis. La faena del remo, que en Cataluña se desempeñó por hombres libres (y quizás á esto debieron sus escuadras muchas victorias), fué ya en este reinado y en los siguientes exclusiva de forzados ó esclavos.

Da perfecta idea de la construcción y organización de las escuadras en esta época, la grande armada de cincuenta galeras que mandó fabricar Carlos V en la atarazana de Barcelona en 1533. Toda la arboladura para mástiles, entenas, vergas, espigones etc., correspondiente á estos buques se fué á buscar en los bosques de la falda del Pirineo y por el Segre y el Cinca hasta el Ebro, haciéndose el acopio en la ciudad de Tortosa y conduciéndose en balsas por mar hasta Barcelona. La demás madera cortóse en las inmediaciones de esta ciudad y en Cardona; el cáñamo envióse á buscar á Tarragona, Lérida y Balaguer, la astilla para 5,600 remos vino de Monseny y el hierro de Camprodón y Cerdaña. Por lo que respecta á los operarios fueron en un principio catalanes, más como apremiara el tiempo, en 1534 se mandaron á buscar de otras provincias.

La muestra que en 1535 se pasó de esta escuadra y de las que condujeron Doria, el infante de Portugal y otros señores al puerto de Barcelona, puede dar idea de la magnificencia y riqueza de los bastimentos; sobre todo, las galeras capitanas se distinguen por la decoración de su casco y alcázares, confiada á excelentes artífices, por sus bellas molduras doradas, por la riqueza de sus tafetanes, toldos y colgaduras, pudiendo citarse como ejemplo la en que hizo el César su pasáje y Sandoval describe así: «El Emperador se embarcó en la galera bastarda de veinte y seis bancos y cuatro remos por banco que Andrea Doria hizo y doró para que fuese su Majestad. Tenía esta galera 24 banderas de damasco amarillo con las armas imperiales por toda ella, y un pendón á media popa de tafetán carmesí que llevaba ocho pierras y treinta palmos en largo, con un crucifixo de oro y otros casi de su tamaño con sendos escudos de las armas del Emperador y allí junto una gran bandera blanca de damasco sembrada de llaves y cálices, con las aspas de San Andrés coloradas con un letrero en latín al medio que decía *Arcum conteret et confringet arma: et scuta comburet igni.* Sal IV. Y otras dos de damasco colorado del mismo grandor con *Plus ultra* escrito alrededor de las columnas, que es divisa de España... Tres gallardetes que llaman en los tres mastiles de damasco colorado, y de más de cinco varas de largo, el medio con una estrella de oro y muchas llamas y un mote tal *Notas fac mihi Domine vias tuas.* Y los otros dos llevaban eslabones y pedernal... Asimismo estaba la sala y cámara de popa cubierta de tela de plata, oro y brocado de tres altos, sin otras colgaduras de raso y damasco de diversos colores, que todo era ri-

(1) *Memor. hist.*

co y costoso (1).» Hace también mención el autor citado de las demás galeras italianas, todas bien estibadas y artilladas; enramadas que *cada una parecía un jardín* y con muchas banderas y gallardetes de tafetán colorado y dorado; y después de elogiar las carabelas portuguesas, cita un galeón armado, grueso, famoso en aquellos tiempos. Curiosísimo, sin embargo, es ver en Túnez, entre los buques que allí condujo el Comendador de Malta, Aurelio Botigella, *una gran carraca blindada de plomo* que, según Bossio, había sido construida en Niza en 1530, y que por sí sola, dice un coetá-



Nao española del siglo XVI.

neo, *es más terrible y hace más servicio en esta expedición que toda una escuadra*. ¿Será este el primer buque blindado de que se tiene noticia?

De la gran variedad de bastimentos reunidos, hace formar idea la carta del Emperador al marqués de Cañete, Virey de Navarra; carta fechada en Caller (Cerdeña) el 12 de Junio de 1535, y en la que le da noticia de la muestra pasada á la escuadra. En ella se mencionan las naos, urcas, carabelas, azabras, fragatas, fustas de remos, galeras, galeones, galeotas, escorchapines y carracas; de las más importantes de las cuales hemos hecho ya la descripción.

(1) *Historia de Carlos V*, Edic. de Amberes, 1681, T. II, p. 116.

La nao, la carabela (que también se denomina navío en algunas relaciones) y los galeones son los buques que entonces surcan las aguas del Atlántico; y sin duda por su mayor capacidad. Estos últimos eran los más propios para el transporte, así como las carabelas (cuya construcción sufrió modificaciones) para largos viajes, á causa de su ligereza, encomiada por escritores coetáneos. La carabela y la nao componen no pocas de las expediciones que se dirigen á descubrir nuevas tierras; y por las relaciones de su costo y habilitación venimos en conocimiento de interesantísimos detalles. Como la carabela, la nao tiene una obra muerta alterosa en cada extremo de su popa y proa, denominada *castillo*, y cuando se flota para una expedición militar, demás de su velamen, número correspondiente de anclas, cables, afustes y trinques; lleva su artillería, compuesta de falconetes, versos, pasamuras y lombardas. En el armamento de su gente entran los coseletes completos, las ballestas, escopetas ó arcabuces, las rodelas, espadas, dardos y saetas, lanzas, picas y chuzos; la pólvora embarrilada, las pelotas de hierro y piedra, los moldes para la pelotería de las piezas mentadas y las planchas de plomo. Todo esto sin contar lo necesario para el especial servicio á que se destinan (1).

En extremo curioso, no sólo por lo que atañe á la historia marítima, sino á la especial de nuestra artillería son los siguientes datos que cuidadosamente hemos entresacado de la *Habilitación de la Armada de Magallanes* en 1519, según los cuales vemos que la artillería, de estos buques estaba servida toda ella por extranjeros. Hé aquí sus nombres y orígen:

Naos	Lombarderos	Su origen
Trinidad.	Maestre Andres, Condestable	Bristol Inglaterra
	Juan Bautista.	Montpeller
	Guillermo Tañegui.	Lila de Grova
S. Antonio.	Maestre Iaques, Condestable.	Tierra Lorena
	Roger Dupier.	Monaym
	Ioan Jorge.	Silvedrim
Concepcion.	Hans Vargue, Condestable	Aleman
	Maestre Pedro.	Bruselas
	Rodal de Argote.	Flandes de Brujas
Victoria.	Jorge Aleman, Condestable.	De Estrich
	Filiberto de Torres.	Torana
	Hans Aleman	Agan
Santiago.	Lorenzo Corrat	Falesi Normandia
	Ioan Macia.	Irova

Estos y otros detalles en que abundan las Relaciones de embarques, coste de los bastimentos, aprovisionamiento y armamento de los buques, pueden servir á dar idea de lo que eran las escuadras que para la guerra ó el comercio organizaba España. La vela para las grandes naos que se dirigían á la América, el remo y la vela para los bastimentos que surcaban el Mediterráneo, eran según se ve, los únicos motores de las embarcaciones. Mas alguien tuvo idea de dotarlos con

(1) *Relacion del coste que tuvo la Armada de Magallanes. Relacion de los bastimentos que llevaba la Armada de Magallanes.* Ambas figuran en el tomo IV de la *Coleccion de Viajes*, de Navarrete (Parte diplomática). Por ser de mas reducidas dimensiones, así como por la importancia que reviste, continuamos aquí el resumen de uno de estos inventarios.

Nombre, porto y costo de las naos, de la escuadra del mando de Magallanes.

Trinidad, de ciento treinta y dos toneladas, doscientos setenta mil maravedís.

San Antonio, de ciento cuarenta y cuatro, trescientos treinta mil.

Concepción, de ciento ocho, doscientos veinte y ocho mil, setecientos cincuenta.

Victoria, de ciento dos, trescientos mil.

Santiago, de noventa, ciento ochenta y siete mil quinientos.

En el costo de cada nao va comprendido el de su batel y aparejos.

Tienen una obra muerta alterosa en cada extremo de popa y de proa, que llaman castillos.

Se compran en Cádiz por el factor de S. M. Juan de Aranda y se carenan en Sevilla.

Se dotan con el velamen y número correspondiente de anclas, cables, afustes y trinques.

Además de su artillería llevan cincuenta y ocho versos, siete falconetes, tres bombardas gruesas y tres pasamuras.

Entran tambien en su armamento: cien coseletes, con sus armaduras de brazos, espalderas y capacetes, cien petos con sus barbotes y casquetes, sesenta ballestas con trescientas setenta docenas de saetas, cincuenta escopetas, un arnes y dos coseletes, con todas sus piezas, para el capitán, doscientas rodelas, seis hojas de espada, noventa y cinco docenas de dardos, diez docenas de gorguces, mil lanzas, doscientas picas, seis chuzos y seis astas de lanzas, ciento veinte ovillos de hilo para las ballestas, siete piezas de dantas, cuatro cueros para guarnecer armas, seis libras de esmeril para limpiarlas, tres mil tachuelas, doscientas hevillas de resguardo, cincuenta frascos para espingardas, cincuenta rascadores y ciento cincuenta varas de mechas.

Cincuenta quintales de pólvora embarrilada, dados y pelotas de hierro y de piedra, seis moldes para hacer pelotas de pasamuros, falcones y versos; pelotas de plomo para la artillería, espingardas y planchas de plomo.

Iban además provistos de todo lo necesario para su servicio y para la comisión que han de desempeñar.

otro impulsor más eficaz y activo, y aunque resultó infructuoso el trabajo, no por eso cabe menos gloria al que tal intentó.

Era este un pobre y oscuro hidalgo de Toledo, que en memorial dirigido á Carlos V, le ofreció varios inventos (1), y entre ellos uno que el consejo de guerra consideró digno de estudio, puesto que el mismo año en que está fechado aquél, se expidió á Garay real cédula y en ella se consigna que, de cumplir éste su oferta, *en concerniente al ingenio de movimiento que con cuatro hombres impulsaban una galera con fuerza igual á 150 remeros*, empeñaba el Emperador su palabra para que se le diera recompensa equitativa. Al efecto se circularon las oportunas órdenes para que se facilitasen en Málaga á Garay oficiales, herramientas y sitio en las Atarazanas para ejecutar el ingenio; y según una carta del inventor fechada en 6 de Julio de 1539, hallábase ya casi á punto, necesitándose tan sólo para hacer el ensayo un galeón de dos cubiertas y más de 200 toneles. Este ensayo se verificó el 4 de Octubre en presencia de peritos, aunque sin resultado satisfactorio, y seguidamente se hizo un nuevo experimento poniendo en una naveta de 100 toneles dos ruedas, una á cada costado que movían respectivamente tres hombres, con lo que se consiguió que anduviera la nao *en una hora media legua*.

El juicio que mereció á los encargados de presenciarla fué favorable, y Garay pasó á Flandes á dar cuenta al Emperador de las modificaciones que requería para las naos de las armadas (2). Refiriéndose á las galeras dice que se podía conseguir en una galera de las de 24 bancos por banda que había menester entonces 144 hombres de remo, la cuarta parte, es decir, 36. De lo que resultaba: la disminución de las tres cuartas partes de la gente; mayor velocidad en la marcha; que pudiese llevar en las bandas medios cañones y muchos más soldados, á causa de hallarse desembarazada la cubierta; que no necesitara chusma y que en caso necesario los mismos soldados sirvieran para mover los ingenios. El Emperador no encontró más reparo que, de recibir la galera un cañonazo, ingenio, bastimento y gente serían perdidos; y ordenó que Garay satisfaciera á ello y se hiciese otra prueba con un navío de 300 á 400 toneles ó galera. Mas entorpeció estos trabajos la empresa de Túnez, y si bien estuvo el ingenio listo en 7 de Marzo de 1546, Garay no consiguió se le diera la nave en que había de ser colocado, y aun llegó á encontrarse en tal abandono á pesar de las cartas que dirigió al César, que se vió obligado *á pedir por amor de Dios*. Por fin en 6 de Junio de dicho año, se hizo otro ensayo, pero con no mejor fortuna. Los peritos Cazalla y Verdugo informan que lo más que se podía alcanzar quedaba hecho, que con el ingenio no se podía andar en tiempo borrascoso, y que con la galera anduvo menos que con la nave de 100 toneles. Garay en

(1) He aquí el memorial de Garay.

«Comun cosa es los pobres ser ingeniosos. Digo esto, porque siendo yo un pobre hidalgo de esta ciudad de Toledo llamado Blasco de Garay, y pensando muchas veces en qué servir á V. M. como algunos de mi linaje han hecho, en especial un hermano mio mayor llamado Diego de Alarcon, que en servicio de V. M. perdió la vida, capitan en el ejército de Italia. Yo con el mismo cuidado de servir á V. M., deseando hallar cosa que realzara la bajeza de mi persona, ofrecióme el continuo cuidado y el estudio de la filosofía y de otras ciencias en que me he criado, y la experiencia, una invencion de poder sustentar una grande armada á V. M., sin costas de las rentas reales ni daños de sus pueblos. Lo cual, considerado de mucho tiempo ha, me parece, si no me engaño, ser cosa que se podrá efectuar. La forma de esto daré en escrito cuando V. M. mandare, y si en ella se hallase por acaso defecto, en mi voluntad de desear el servicio de V. M. no se hallará. Así mismo para esta armada, si como digo, oviere effecto, ó sino para cualquiera otra que V. M. quisiera, daré un instrumento facil con que se podrán excusar en las galeras todos los remadores, y que cuatro hombres puedan hacer movimiento que casi pudiesen pasar sin velas, y que este instrumento se pueda poner en cualquier navío de alto borde con poco embarazo, y que no haya necesidad de navío de borde bajo ni de remo jamas.—Item. Daré arte muy natural y facil con que puedan sacar cualquier navío de bajo del agua, aunque esté mas de siete brazas en un hondo, y aunque sea una carraca y aunque no hubiese mas que dos hombres para sacarla.—Item. Daré arte con que cualquier hombre pueda estar debajo del agua el tiempo que quisiere tan descansadamente como encima.—Item. Daré instrumento facil con que puedan tener una candela ardiendo debajo del agua como leer encima.—Item. En poca hondura daré instrumento con que pueda verse desde encima del agua lo que hubiera allá en el suelo, aunque el agua esté muy turbia.—Item. Daré un instrumento que, haciendo leña, puedan con el de cualquier agua salobre hacer agua dulce en tanta cantidad que corra el agua en hilo.—Item. Daré un aviso con que puedan haber agua sin agua de muchas maneras, llevando el dicho instrumento y habiendo leña, aunque no en tanta abundancia como habiendo agua salobre ó cualquiera otra mala agua.—Item. Daré un molino en un navío de mucho effecto, que le pueda traer un hombre asentado, ó en arte con que pueda mover sin mas ruedas que las piedras que hacen la harina, y en eso del moler haré otros muchos ingenios no vistos.»

Este documento no tiene fecha y se halla en Simancas, entre los pertenecientes al año 15[illegible].

(2) D. José Ferrer de Couto ha publicado íntegro en el *Museo Universal*, número de 15 de Marzo de 1858 el *Informe* que dirigió Blasco de Garay al emperador Carlos V en 10 de Setiembre de 1540. El título del interesantísimo artículo que consagra el Sr. Ferrer de Couto á Garay es el siguiente: *Observaciones importantísimas sobre el ingenio de Blasco de Garay, fundadas en la mas importante de sus cartas al señor rey y emperador Carlos V.*

cambio, atribuyó el escaso resultado obtenido á las malas condiciones del buque que se le dió, aunque dice que el segundo día de la prueba, enmendados algunos inconvenientes, anduvo bien y más de una hora sin cesar ni remudarse un hombre, y que hizo dos ó tres veces ciaboga, pudiendo seguirle con harto trabajo otra galera de cuatro bancos por banda. Oyó el marqués de Mondéjar, capitán general de aquella costa, los pareceres diferentes de Gracián de Aguirre y de Garay, y escribió al Emperador con objeto de ver lo que disponía, á lo que contestó aquél que no se pasase adelante, pues eran tan claras las dificultades que no convenía perder tiempo ni gasto. En cuanto á Garay, que convendría darle entretenimiento y se proveería á lo que hubiese lugar.

Ignórase si Garay tuvo conocimiento de esta orden; ello es que persistió en su idea, pues en 7 de Setiembre de aquel año escribía al secretario Vázquez diciéndole que la nao había andado casi á legua por hora y suplicándole intercediera con el Emperador para que se le facilitase barca nueva de 300 toneles con la que él pasaría al primer puerto que Carlos visitara para hacer la prueba, puesto que, decía, «constaba ya que la nave andaba y cada día más.» El deseo de Garay sólo se vió cumplido en parte: pasó á Barcelona en 1543, pero el Emperador hubo de marchar precipitadamente á Italia y no asistió á la prueba. Hízose ésta el 17 de Julio y anduvo la nave *Trinidad*, de 200 toneles casi media legua por hora, necesitando 50 hombres; empero, á pesar de los informes favorables y los elogios de los presentes, quedó el asunto por resolver; y esto sin duda á causa de los repetidos ensayos y dificultades, ó quizás debido á las grandes esperanzas que el mismo Garay hiciera concebir, esperanzas que no guardaron armonía con los resultados obtenidos. Lo cierto es que murió el laborioso y perseverante hidalgo sin que nadie volviera á ocuparse de su invento, y éste quedó sumido en la oscuridad (1).

Otra notable invención, y que dió por cierto resultados inmediatos, fué la del cosmógrafo y maestro de instrumentos náuticos Diego Rivero, á quien por ella, en Real cédula de 9 de Noviembre de 1526, se hacía merced de pensión sobre su sueldo y un privilegio exclusivo por doce años, en el supuesto de que los experimentos acreditasen las ventajas de la misma. Esta invención se reducía á una bomba de metal para achicar el agua de los buques, y en la prueba verificada el 25 de Mayo de 1531 puso de manifiesto que era superior á las de madera, afirmando los peritos que la nave que fuese provista de tal bomba iría más segura *de mar é de artillería.* Otro nuevo experimento efectuado en 1532 hizo más palpables sus ventajas, añadiendo los tripulantes de la nao *Maralta* que, á pesar de la mucha agua que ésta hacía, les daba lugar á que unos trabajasen en achicarla y otros atendiesen á la maniobra y gobierno de la embarcación. Rivero falleció en el mismo año en que tuvo lugar esta segunda prueba; y poco después de su muerte, los jueces nombrados, autorizaron el expediente consignando que el invento les parecía provechoso y que el coste de la bomba de metal sería de 4,800 maravedís por quintal de peso, peso que debía estar arreglado al porte de los buques.

Con el invento de Rivero cerramos la reseña de los progresos científicos que más directamente influyeron en los adelantos de la profesión militar en mar y tierra. Tales progresos en la esfera especulativa y práctica, fueron acompañados en esta época por notable desarrollo en la esfera de las bellas letras. La historia, sobre todo, gracias á Zurita, Florián, Guevara, Garibay, Avila y Zúñiga y otros ilustres escritores iba á entrar en un nuevo periodo en que abandonando el estilo de la crónica, adoptara la grave concisión y la nobleza que deben caracterizarla. Al propio tiempo el habla castellana se manifestaba ya en toda su hermosura en los escritos de fray Luis de Granada; y la poesía alcanzaba con el dulce Garcilaso á pintar los sentimientos más íntimos y delicados del alma. Un humilde batidor de oro á quien hoy saludamos con el nombre de padre del teatro, Lope de Rueda, contribuia también á dar realce á este género literario, hasta entonces despreciado

(1) «Murió, por consiguiente el ingenio de Garay, dice el Sr. Rubio y Ors al quinto ensayo, por falta de recursos del inventor y de protección de los únicos que podían dársela, cayó en un olvido del que vinieron á sacarle, tres siglos después, la aplicación del vapor á la navegación y á la industria, y el celo patriótico de un ilustre sabio, D. Martín Fernández de Navarrete que pretendió disputar á los extranjeros la gloria de aquel descubrimiento, citando, por primera vez que sepamos, el nombre de Garay y apoyándose en documentos cuyos originales no vió y que llegaban á sus manos en parte mutilados y mal interpretados en parte.» *Blasco de Garay. Memoria acerca de su invento.*

por los primeros ingenios. En una palabra, España daba ya á conocer su asombrosa fecundidad en todos los ramos del saber, alcanzando en este gran siglo su literatura un apogeo extraordinario. Mas lo que desde luego llama la atención en el cuadro de nuestra cultura intelectual, es contar en número no escaso las figuras de ilustres militares, figuras que patentizan no embotó en nuestra patria la pluma el hierro de la lanza, antes bien del choque de lanzas y escudos brotó la chispa de la inspiración. Esto han evidenciado en todos tiempos la página de la historia, y con razón ha podido escribir Lafuente las siguientes oportunas líneas: «Es admirable el número de soldados escritores que en el siglo XVI y aun antes de él produjo la España. El cronista Pérez de Guzmán se encontró como soldado en el combate de la Higuera: Lope de Ayala es hecho prisionero en las batallas de Nájera y de Aljubarrota, y escribe los sucesos en que ha tomado parte: Jorge Manrique manda expediciones militares, combate en Calatrava y en el sitio de Vélez, y hace tiernas elegías: Bernal Díaz del Castillo acompaña á Cortés á Méjico, se encuentra en ciento diez y nueve batallas y el soldado batallador escribe la historia verdadera de la conquista de Nueva España: Boscán pelea por su país y aclimata en la poesía castellana los endecasílabos italianos: Hurtado de Mendoza, general y embajador de Carlos V, hace versos y novelas picarescas, y escribe con docta pluma la historia de la última guerra de Granada: Garcilaso acompaña como militar á Carlos V en sus principales expediciones, se encuentra en la defensa de Viena, en la toma de la Goleta y de Túnez, y el dulce cantor de Salicio y Nemoroso muere de una herida que recibe al asaltar una plaza: Lope de Vega lleva el arcabuz y sirve como soldado en la invencible armada y escribe tantas comedias que nadie las ha podido contar todavía: Ercilla combate á los indios bravos de Arauco, y combatiendo escribe la *Araucana*: Cervantes se distingue como guerrero en la batalla de Lepanto, y el mutilado en la guerra y el cautivo de Argel, escribe comedias y novelas originales, y asombra al mundo con su *Quijote*. No se podía decir aquí aquello de *musæ silent inter arma*; pues en este país singular las musas cantaban dulcemente entre el ronco estampido del cañón y el áspero crujir de las espadas y rodelas.» Armas y letras patentizaron, en efecto, que nuestro ingenio no cedía á nuestro esfuerzo, y nuestro heroismo á nuestro sentimiento exquisito, á nuestra nobleza en el modo de concebir y en la forma de expresar.



ILUSTRACIONES

Hernando de Magallanes (pag. 9). Nació este insigne marino portugues en Oporto, siendo su padre un hidalgo de solar conocido, y educóse en la córte, empleado en el servicio particular del rey. En 1505 embarcóse en la escuadra que al mando de D. Francisco Almeida pasó á la India, y tomó parte en los hechos de armas llevados á efecto por los expedicionarios, distinguióse ya por su prudencia y valor. A estas cualidades debió el que el virey Alfonso de Alburquerque le confiara, en 1510, á la par que á Serrano y á Abreu, el descubrimiento de las Molucas, y habiendo aportado á unas islas seiscientas leguas mas allá de Malaca, empezó á discurrir que, por su situacion geográfica, estaban fuera del límite señalado á Portugal, según el arreglo hecho con el nombre de particion del Océano. La correspondencia que sostuvo con Serrano, que permaneció mas de nueve años en Tindore, y sus conversaciones con otros navegantes y astrónomos, le confirmaron en su pensamiento. De regreso á Europa, permaneció poco tiempo en su patria, pues pasó á servirla en la posesión de Berbería, donde, luchando con los moros, fué herido en el pié de una lanzada. Estos servicios y méritos indujéronle á solicitar del rey D. Manuel, entre otras recompensas, una mejoría de sus ventajas, cosa que en verdad más afectaba á su calidad de caballero que á sus intereses materiales; mas el monarca negóse á tal solicitud: y profundamente disgustado Magallanes, se *desnaturalizó* del reino con actos públicos y pasó á servir al emperador Carlos V. «Antes de salir de su patria, dice Navarrete, procuró asegurarse del plan ó proyecto que tenía meditado, ya consultando con algunos pilotos prácticos en las navegaciones al Asia, ya examinando las costas de aquellos mares, y la altura del Este al Oeste, que así llamaban á la longitud; por lo cual creía que las Molucas, caían dentro de la demarcacion de Castilla, según la bula de particion del Océano, dada por Alejandro VI.» Firmemente persuadido de que tomando otra derrota y navegacion que la seguida hasta entonces, pasaría á las Molucas, fuese á hacer el ofrecimiento á Carlos V, acompañándole un eminente astrónomo llamado Ruy Falero, con quien de antemano se había concertado.

Magallanes llegó á Sevilla el 20 de Octubre de 1517, y en 20 de Enero de 1518 salió de esta ciudad para la corte, que á la sazón se hallaba en Valladolid. Allí, gracias á los buenos oficios del factor de la Casa de Contratacion de Sevilla, Juan de Aranda, entabló relaciones con altos personajes y expuso al Emperador sus proyectos, persuadiéndole de que las islas Molucas caían en la demarcación de Castilla y asegurándole que «si enviase sus naos por los mares occidentales, se podría traer á estos reinos gran copia de especería á menos costa que la conducían los portugueses desde Malaca y Calicut.» Magallanes trataba de hacer mas palpable esta demostracion, señalando la derrota en un globo construido al efecto. Mas á pesar de todas sus afirmaciones, parece que el Emperador y su consejo encontraban muy irrealizable el pensamiento; y sólo á fuerza de insistir Magallanes y cuando á este se ofreció Cristobal de Haro, para armar las naves á su costa, consideró Carlos el asunto como punto de honra y dió la orden para que á sus expensas se aprestase la armada.

En 22 de Marzo de 1518 se concluyó el contrato entre el soberano y Magallanes y Falero, quienes siguieron á la corte en sus viajes con el fin de promover y activar las providencias que restaban para el apresto de la armada, pero entonces el monarca portugues comenzó á dar pasos cerca del español para que desechara las proposiciones de sus vasallos, al propio tiempo que por medio de agentes procuraba atraer de nuevo á su servicio con seductoras ofertas á Magallanes. No logró ninguna de ambas cosas: sin embargo, este navegante tuvo que luchar con grandes inconvenientes antes de conseguir darse á la mar, y no fué el menor la enemiga que le profesaron los oficiales de la Contratación de Sevilla y algunos otros émulos, manifiesta ó encubiertamente. Y estas dificultades crecían á proporción que se aproximaba la salida de la armada, originándose á causa de ciertos ardides y asechanzas, diferencias entre Magallanes y Falero, de cuyas resultas ordenó el Emperador que este se quedase en España hasta otro viaje

El miércoles 10 de Agosto de 1519 anunció por fin su partida Magallanes, pero la flota aun debía permanecer más de un mes en nuestras costas, pues abandonando en dicho día á Sevilla pasó al puerto de Sanlúcar, de donde se dió á la mar el 20 de Setiembre. Componían la escuadra las naos *Trinidad, San Antonio, Concepción, Victoria* y *Santiago*, mandados respectivamente por Magallanes, Juan de Cartagena, Gaspar de Quesada, Luis de Mendoza, Juan Serrano. Magallanes mandaba en jefe esta expedición, compuesta de doscientos treinta y nueve individuos.

Esta flota tocó en las Canarias y desde aquí hizo rumbo á la costa del Brasil, donde comenzaron las desavenencias entre Magallanes y Cartagena: siguió la costa y penetró en el Río de la Plata, el 10 de Enero de 1520; y persuadidos los navegantes de que en su interior no existía el paso, continuaron el reconocimiento hacia el Sud, dando fondo sin haber conseguido resultado alguno, el 31 de Marzo, en el puerto de San Juan. Allí estalló el descontento de las tripulaciones, insubordináronse Mendoza, Quesada y Cartagena, y Magallanes vióse en el caso de reducirlos por la fuerza, ordenar la muerte de los dos primeros y el abandono del tercero en aquella costa inhospitalaria. Poco después naufragó la nao *Santiago*, si bien salvóse su cargamento y gente; pero ni este ni aquellos contratiempos impidieron á Magallanes continuar su viaje; y haciéndose á la vela de aquel puerto el 24 de Agosto, después de cinco meses de estancia, continuó más decidido que nunca su derrotero al Sur en busca del estrecho. El día 21 de Octubre, después de haber explorado inútilmente por el río Santa Cruz, descubrió una abra que presentaba una entrada como de cinco leguas de anchura. Era el tan deseado estrecho, en el que penetró precedido de las naves *Concepción* y *San Antonio*, encargadas de explorarlo. Cumplió la primera su misión, mas la segunda, que mandaba un piloto émulo de Magallanes, al ser comisionado por tercera vez á descubrir la salida de un brazo de mar que se apartaba en dirección S. E. entre unas sierras, se dirigió á la costa de Guinea y de allí á España, cuyas costas tocó en Mayo de 1521. Fueron inútiles cuantas diligencias hizo Magallanes para hallarle, y en su consecuencia, prosiguiendo su viaje, tuvo la dicha de desemborcar en un nuevo mar, después de veintidos días de navegar por el estrecho. El 27 de Noviembre de 1520, la *Trinidad*, la *Victoria* y la *Concepción*, dejaban aquellas regiones destempladas que proclaman la gloria del célebre descubridor portugués, y después de saludar á su paso por las aguas del Pacífico algunas islas deshabitadas, descubrían en 6 de Marzo, las Marianas; pocos días después, reconocían varias de los que forman el archipiélago de las Filipinas y fondeaban en la pequeña isla de Mazagua, cuyo rey acompañó á Magallanes á la de Zebú.

Muy favorablemente recibió el soberano de ésta á nuestros marinos, y prendado de la excelente situación y riqueza de la isla, el descubridor dispuso establecer allí una factoría, y ordenó que los demás reyezuelos reconocieran al de Zebú, aliado de los castellanos, como á superior. Mas por desgracia no todos acataron este mandato, y como quisiera Magallanes imponerse á los rebeldes, desoyendo los consejos de alguno de los suyos, recibió la muerte en un combate desigual, sostenido contra enormes masas de indios. Derribáronle éstos de una pedrada y atravesaron su cuerpo de un lanzazo, falleciendo el insigne portugués de tan triste modo, el 27 de Abril de 1521, y pudiendo regresar con grandes pérdidas y harta pena á las naves el resto de su gente.

Queda consignado en el cuerpo del Estudio, el resultado de esta expedición, la primera que dió la vuelta al mundo. No cupo por desgracia á su promovedor la gloria de tocar el resultado de tantos esfuerzos, el aplauso de sus coetáneos, la recompensa del monarca; y lo que es más triste, ni aun su familia consiguió tales satisfacciones, pues su hijo murió en el mismo año que Magallanes, su mujer al siguiente y su suegro en 1525. Los que presumieron tener derecho á su corta herencia, fueron los hijos de su suegro, el comendador Barbosa, y éstos hubieron de entablar pleito con la Real Hacienda, pleito que terminó reconociéndoles dichas mercedes como herederos del insigne navegante.

Juan Sebastián del Cano (pág. 9).—Fué el primer circunnavegante, natural de la villa de Guetaria (Guipúzcoa), y sus padres Domingo Sebastián del Cano y D.ª Catalina del Puerto. Consagrado desde muy mozo á la marina, obtuvo joven aun el mando de una nave con la que hizo algunos viajes á Levante y al Africa. Sus conocimientos y su esfuerzo, es indudable que le valieron plaza de piloto experto, pues como maestre de la *Concepción*, vémosle figurar en la armada de Magallanes, cuya navegación en demanda del Estrecho hemos narrado ligeramente al hacer la anterior biografía.

Completaremos la narración de dicho viaje dando cuenta de la parte que cupo á nuestro compatriota, quien tuvo la gloria de llevar á cumplido término la empresa de Magallanes y dar la vuelta por primera vez al mundo.

Muerto el esforzado portugués, eligieron las tripulaciones para reemplazarle á Juan Serrano, que tuvo fin aun más funesto, pues el rey de Zebú, que hasta entonces había sido auxiliar de los españoles, bien cediendo a las amenazas de los reyes indígenas, bien recelando de los recién llegados, preparó á Serrano una celada y le hizo prisionero, matando al propio tiempo varios de su séquito. Los castellanos decidieron entonces levar anclas, si bien lamentando no poder rescatar al infortunado capitan que sin duda alguna recibió cruel muerte. Mas tan diezmadas quedaron las tripulaciones, que á la vista de las islas de Bohol, acordaron quemar la nave *Concepción* y que pasaran a las dos restantes su gente: ciento quince hombres montaban éstas, y á su frente colocaron al piloto portugués Juan Caraballo eligiendo por capitán de la *Victoria* á Gómez de Espinosa.

Prosiguiendo la navegación, tocaron en algunas islas avituallándose en ellas y entablando tratos con sus habitantes, y en 8 de Julio de 1521, fondearon en la de Borneo, donde fueron recibidos amistosamente y grandemente aga-

sajados. Sin embargo, los pasados desastres les habían hecho muy cautos, y como vieran dirigirse hacia las naos, numerosas piraguas y canoas, recelaron algún ataque y diéronse a la mar, no sin haber batido junto á la costa á dichas embarcaciones y haber hecho algunos prisioneros. Los temporales les obligaron á detenerse en aquella misma costa, donde repusieron las naves, y al zarpar de nuevo, descontentos del poco acierto de que dió pruebas Barbosa, le reemplazaron con el capitan de la *Victoria*, dando el mando de esta á Juan Sebastian del Cano.

Ambos buques siguieron su derrota por aquel archipielago, sin grandes novedades y avistaron el 8 de Noviembre, las Molucas, donde les esperaba una excelente acogida. Dirigieronse a la de Tidore, y su rey les recibió con gran placer, les colmó de agasajos, permitióles que cargaran de clavo sus naves, y entabló con ellos conciertos, ofreciendoles toda clase de seguridades para el comercio de las especerías y asentando amistad con los reyes de Castilla, cuyo dominio asimismo reconocieron los monarcas de Ternate, Gilolo, Maquian y Bachian, mal avenidos con los portugueses. Cargadas ya las naves, despidiéronse del monarca de Tidore los castellanos, mas al punto de partir, descubrieron que la *Trinidad* hacía agua por la quilla y que por lo tanto era fuerza descargarla y carenarla, lo que exigía larga detención, y en este trance convinieron que Cano con la *Victoria* condujera a España los efectos que debía llevar Espinosa, y que una vez carenada la *Trinidad* se dirigiera a Panama y desde allí a España con la carga.

Cuando la *Victoria* se hizo á la mar (21 Diciembre 1521), montaba sesenta hombres, y entre estos, trece indios; pero muy en breve las enfermedades y los trabajos iban a diezmar a estos tripulantes. Tocaron en un principio en diferentes islas, entre ellas la populosa y rica Timor, mas a contar de mediados de Febrero, la costa que recorrían era muy brava y en vano buscaron en ella puerto en que descansar, y proveerse: el 18 de Mayo, juguete de las corrientes distaban aun ocho leguas del cabo de Buena Esperanza, pero no podían avanzar; los días inmediatos lograron alguna ventaja y el 22 se dirigieron ya al N. O. Poca gente restaba a bordo; los tripulantes y la nao parecía que no iban a resistir mucha prueba: por eso determinaron en 1.° de Julio, dirigirse a las islas de Cabo Verde, de las que solo les separaban doce leguas, con objeto de proveerse de víveres; más por desgracia el capitán portugués que allí mandaba, tuvo noticia de que iba la nao cargada de especería y como este comercio se hallaba monopolizado por los de su país, puso presos a los marineros que bajaron a tierra; y Cano, ansioso de llegar cuanto antes a España, se vió obligado a continuar el viaje, dejando en poder de los portugueses a doce de los tripulantes. Veintidos hombres entre sanos y enfermos tenía a la sazón a sus órdenes y con solo diez y siete de ellos llegó al puerto de Sanlúcar de Barrameda, el 4 de Setiembre, es decir, á los tres años próximamente de haber salido de dicho punto.

Desde Sanlúcar, se dirigió el esforzado navegante a Sevilla y luego á Valladolid, donde presentó el Emperador los indios y las producciones que condujo: y el Cesar contemplo lleno de admiración aquellas dádivas y presentes traídos de tan remotas tierras y a costa de peligros tan inmensos. A todos los marinos premió con creces, pero especialmente á Cano, al que señaló una pensión de 500 ducados de oro anuales y un escudo de armas, con cuarteles alusivos, y en la cimera representado el mundo con este lema: *Primus circumdedisti me*. Otra de las distinciones que mereció, fué la de ser elegido con varias personas doctas para componer las diferencias que se suscitaron sobre la pertenencia de las Molucas, entre Portugal y España; y su opinión contribuyó poderosamente á que la cuestión se resolviera a favor del Emperador. Concluída esta comisión, pasó a Portugalete para acelerar la construcción de las naos que debían componer parte de la escuadra que al mando de García de Loaisa debía dirigirse al Maluco. Con ella salió en 24 de Julio de 1525, del puerto de la Coruña, en clase de segundo jefe; mas esta vez aguardaba a nuestro marino triste suerte. En las costas del Brasil, una terrible tormenta separó á dos naves del resto de la escuadra; las demas en número de cinco sufrieron junto al cabo de las Vírgenes otra tempestad que destruyó la de Cano, y este con harta pena consiguió trasladarse á la capitana; cruzaron con grandes trabajos el Estrecho a fines de Mayo de 1526, y ya en el Pacífico, se vieron separadas las naos, y quedó la tripulación de la de Loaise, quebrantada y sin víveres, en estado por demás deplorable. El comendador falleció el 30 de Julio de 1526, y a los cinco días murió también Cano, que según las instrucciones del Emperador, había tomado el mando. Así concluyeron los días de aquel marino audaz el que tanto debe la patria como la civilización.

Su memoria perpetuóse en 1671, con un magnífico sepulcro erigido en el país en que nació, y en 1800, con una estatua colocada en la plaza pública de Guetaria; posteriormente hemos admirado otra en Madrid debida á uno de nuestros mas insignes escultores y destinado a un establecimiento del Estado.

Hernán Cortés (pág. 13). Nació en Medellín, (Extremadura), el año 1485 y fueron sus padres D. Martín Cortes y D.ª Catalina Pizarro, ambos de noble linaje. Tenían ellos empeño en que se consagrara a las letras y le mandaron á la famosa Universidad de Salamanca, donde cursó sólo dos años, pues no le impulsaba su vocacion por la senda de los estudios, y como muchos jóvenes de su tiempo trocó el libro por la espada. Parece que sus primeros propósitos fueron pasar a Italia con el Gran Capitan, pero se lo impidió una enfermedad; después varió de intento y aspiró á conquistar gloria y riquezas en las empresas de América. Diez y nueve años tenía cuando se dirigió a Santo Domingo, en cuya isla se hallaba de gobernador D. Nicolas Ovando, su pariente; pero Santo Domingo estaba sojuzgado, y aunque este le dió empleo lucrativo, su carácter emprendedor le arrastraba con fuerza desusada a las aventuras y á las luchas.

De la citada isla salió en 1511 con la expedición que para la de Cuba organizó Diego Velazquez, y tan alto con-

cepto mereció á éste, que desde entonces se convirtió en su protector y amigo. Casóse allí con D.ª Catalina Suárez de Pacheco, y aun allegó algunos bienes, lo que fué parte á captarle la consideración de sus compatriotas. Pero lo que sobre todo contribuyó á procurarle partidarios fué su carácter expansivo y jovial, su generosidad, su probado valor y su aspecto noble y arrogante. Acababa Grijalva de descubrir las costas de Mexico, en los viajes de exploración y comercio que á su costa organizó Velázquez, mas aquel marino no se atrevió á establecerse allí, y como los frutos que recogiera de su expedición fueron escasos, cayó en desgracia del gobernador de Cuba. Velázquez, que abrigaba el ambicioso afan de empresas lucrativas, puso entonces la vista en Cortés y le eligió como á jefe de la nueva expedición que proyectaba á las tierras descubiertas por Grijalva. Aceptó gozoso el extremeño tal oferta, y con diez naves y un reducido número de soldados, zarpó de Santiago de Cuba el 18 de Noviembre de 1518.

En su viaje, Cortés fué costeando primero esta isla, y recaló en el puerto de Trinidad, donde se le unieron algunas personas distinguidas y amigas; mas parece que Velázquez, hombre suspicaz y caviloso, se arrepintió de haberle conferido el mando de la flota; y al llegar Cortes á Trinidad, ya tenía su alcalde mayor, la orden de privarle de aquél y retenerle preso. Con gran habilidad desconcertó el extremeño los planes del gobernador de Cuba; pero sin pérdida de tiempo se dirigió á la Habana, y de allí dióse de nuevo á la mar el 10 de Febrero 1519, arribando sin novedad alguna á la isla de Cozumel, donde pasó muestra de su gente: ascendía esta á 508 oficiales y soldados, 109 pilotos y marineros, 16 caballos, 11 buques y cuatro falconetes. Desde allí enderezó su rumbo á la costa y pisó por fin las playas del vasto imperio mexicano; remontó un río descubrierto por Grijalva en la provincia de Tabasco; riñó un combate con los indios que se interponían á su paso por la corriente, y seguidamente aquella campal batalla en la que acosado por 40,000 indios, consiguió un señalado triunfo gracias á la serenidad de sus soldados y al acertado empleo de los cañones y los caballos. Nos hemos ocupado ya en el texto con alguna detención de estos acontecimientos, y esto nos fuerza á no repetir aquí detalles ya consignados (1).

El empeño de Cortés en penetrar á través de provincias cuyos accidentes topográficos y recursos desconocía; su audacia al dar de través con sus buques; su energía con los revoltosos; su tacto político al renunciar el mando en los alcaldes de Villa-Rica; el valor y la entereza que despliega en sus operaciones, ora forzando escabrosas siérras, ora luchando con ejércitos formidables; su magnanidad y su prudencia, todo esto acreditan en él, mas que las dotes de un soldado, un verdadero político, un hombre de talla extraordinaria, un conquistador no vulgar y ambicioso como los Pizarros, sino grande y soberbio como los Alejandros. Difícil fué su situación cuando Velázquez mandó contra él á Narváez, pues apenas se hallaba tranquilo en México, y se vió casi á la par amenazado por los indios y los españoles de Velázquez. Cortés se multiplica, vuela al encuentro de Narváez, y en oscura noche le sorprende y desbarata; regresa á México y halla á los suyos acosados por el pueblo; lucha de nuevo y ha de abandonar la capital; y después de una retirada desastrosa y apenas rehecho de este descalabro, pues sólo han transcurrido siete días, combate en Otumba con un ejército de 50,000 indios. En aquella batalla memorable, general y soldado á vez, él fué quien de un bote de lanza derribó al jefe enemigo, y con la muerte de este caudillo, dueño del estandarte imperial, Cortés lo fué del campo de batalla, restableciendo con tan señalada victoria el decaído crédito de sus armas.

Todas estas hazañas nos parecen más dignas de la epopeya que de la historia ¡tan gigantescas proporciones adquieren á nuestros ojos los hombres que las ejecutaron! Y si embargo, aquellos soldados luchaban á muchas leguas de la patria, que muchos de ellos no debían ya volver á contemplar; combatían uno y otro día sin descanso, arrastrasdos tan sólo por el genio de su general, á cuyas miras elevadas obedecían, y se lanzaban á la muerte ansiosos de sujetar por su solo esfuerzo un imperio más dilatado que su propio país. Velázquez de León, Francisco de Morla, Pedro de Lara, Francisco de Salcedo, Pedro de Alvarado, Gonzalo de Sandoval y el más tarde desdichado Olid; así se llamaban los bravos que, á semejanza de los héroes de Homero, realizaron tan épicas hazañas.

El sitio de México reviste los caracteres de un suceso de verdadera trascendencia. Allí sucumbe la flor de los defensores del imperio, allí se hunde el trono azteca; rendida la capital unas tras otras se someten las provincias, éstas por la fuerza de las armas, otras voluntariamente. Cortés consagra á la obra de la pacificación todos sus desvelos; uno de sus capitanes, Olid, se alzá con los de Higueras y de Honduras proclamándose independiente, y allí acude el incansable conquistador á someterlo. Empero hubo de emplear dos años en esta expedición; dos años de sufrimientos y fatigas, cuyo tiempo emplearon sus émulos en desacreditarle en México y en la corte de España. El

(1) Para darse razón de las relaciones de Hernán Cortés con el monarca, conviene consignar que, despues de fundada Vera-Cruz, escribió aquel á éste dándole cuenta de su expedición y proyectos, y suplicandole, al mismo tiempo, le revalidara su nombramiento de capitan general. Á este aviso acompañó ricos presentes; y si bien el gobernador de Cuba, Velázquez, tambien se dirigió al Emperador en queja de Cortes, éste, en 1520, y después de haber alcanzado el vasallaje de Moctezuma, mandó a España un buque con diputados, quienes llevaban relación de lo acaecido y riquísimos presentes, y además el encargo de abogar en su favor en el pleito que contra el seguia Velázquez en la córte. La cámara de contratación falló, en efecto, á favor de Cortés; y hasta pasados algunos años, no consiguió Velázquez vengarse, gracias á sus intrigas, del célebre conquistador.

Es curiosísima la noticia de que entre los presentes que envió Cortés al Emperador, se contaba una culebrina de plata, acaso la primera vaciada en el mundo de aquel metal, y que valía intrínsecamente 25,500 pesos, y más 3,000 de construcción. Tenía de relieve un fénix, con este terceto:

Aquesta nació sin par,
Yo, en serviros, sin segundo,
Vos, sin igual en el mundo.

resultado de estos trabajos de zapa, en los que tomó parte muy activa el ofendido Velazquez, fue el envío de un comisario regio a Nueva-España para tomarle residencia y el llamamiento del conquistador a Castilla.

Facil le fue a Cortes disipar con su presencia las dudas que habían sembrado sus enemigos en la córte; Carlos no pudo menos de hacer justicia a su rectitud y a su esfuerzo; le dio el título de marques del Valle de Guajaca, y le permitió volver á Mexico a disfrutar de su riqueza; pero ya no en clase de virey. Regresó, pues, a Nueva-España acompañado de D.ª Juana de Zúñiga, con quien acababa de casarse, y se retiró a la villa mexicana de Cuernavaca; pero allí no se dió al ocio. Su caracter activo le impedía consagrarse a las pacíficas tareas del hogar. En 1532 armó a su costa dos buques y los envió al Sur en busca de nuevas tierras. Sabedor de que habían naufragado, fletó otros dos, pero tampoco consiguió su objeto; con otros tres descubrió el en persona las costas de California, pero tan malparados quedaron que tuvo que regresar al punto de partida, sin conseguir los frutos que de aquella empresa se prometió. Reembarcóse en 1540 para España, y aun tomó parte en empresas de tanta monta como la de Argel; mas parece que no gozaba ya de la protección del soberano, pues a pesar de haber equipado a su cuenta para aquella expedicion un buque, no consiguió de este la consideración á que con tan justicia era acreedor. Cuentase que habiendose acercado un día al omnipotente Carlos, preguntóle éste quien era. «Un hombre, le replicó Cortes, que os ha dado mas provincias que pueblos heredasteis de vuestros mayores.»

El celebre extremeño murió en desgracia de la córte, oscurecido y olvidado, el 20 de Diciembre de 1547 y en un pueblo de Sevilla, Castilleja de la Cuesta. Era de buena estatura, bien proporcionado y membrudo, el color algo cetrino y rostro expresivo, animado por unos ojos de mirada afable y grave; buen jinete, diestro en el manejo de las armas; valeroso como soldado, experto como capitan; no carecía de dotes políticas y por sus cartas se infiere que poseía una más que mediana cultura.

Hoy día amamos poco á los conquistadores; pero si se tiene en cuenta que pocas veces penetró la civilización en pueblos bárbaros si no por medio de la guerra, haremos justicia á las prendas de Cortes, que por lo menos supo descollar por su patriotismo y su magnanimidad, entre la turba de aventureros que desolaron a la virgen America.

Francisco Pizarro (pág. 17).—Noticias muy contradictorias se tienen acerca del origen de este conquistador. Sabese únicamente con alguna certeza que nacio en Trujillo y fué hijo natural de Gonzalo Pizarro, uno de los capitanes que se distinguió en Italia a las ordenes de Gonzalo de Córdoba, y de una mujer de humilde linaje. Crióse en la miseria; fue su educación muy descuidada, su juventud aventurera. En 1510, en ocasión de organizar Ojeda su último viaje, Pizarro se presentó á el y formó parte de la tripulación de los buques; y ya recordarán nuestros lectores los terribles contratiempos que experimento aquel descubridor, quien una vez fundada en Uruba la villa de San Sebastian hubo de abandonar la colonia para ir a Santo Domingo en busca de auxilio, y dejó al frente de ella reducida a nuestro Pizarro. Tenía a la sazón este treinta años, y su valor probado y su fidelidad le hicieron descollar desde entonces entre aquellos marinos; cuando pasó al Darien, Núñez de Balboa, Pedrarias Davila y el licenciado Espinosa utilizaron sus servicios, y en todas las expediciones organizadas por este, aunque figuró en segundo lugar, manifestóse incansable, valeroso y emprendedor como ninguno, aunque no cuidadoso de su fortuna, pues a los catorce años de residir en el Darien eran sus caudales muy escasos.

Contrajo Pizarro en este tiempo amistades con un clerigo llamado Luque, poseedor de un mas que mediano capital, y con otro aventurero español, Diego de Almagro, ganoso de empresas lucrativas; y reunidos los tres convinieron en formar una compañía cuyo objeto era descubrir las tierras del Sur. Por de contado que Pizarro y Almagro sólo podían poner en esta empresa su voluntad e industria; Luque era quien corría con los gastos.

Poco afortunadas habían sido hasta entonces las expediciones al Sur, y el mal resultado de la realizada meses antes por Andagoya no hacía augurar bien de la que ellos intentaban. Empero, los asociados no vacilaron; adquirieron un navichuelo en el que fueron embarcados ochenta hombres y cuatro caballos, y obtenido permiso del gobernador Pedrarías Davila, diéronse á la mar en Panama á mediados de Noviembre de 1524. En este buque iba Pizarro y debía seguirle en breve otro al mando de Almagro. Siguieron el rumbo hacia el Ecuador que les trazó Andagoya, y al tocar al límite de los descubrimientos de éste, remontaron un río con objeto de reconocer la tierra. Mas allí tuvieron ocasión de estimar en su valor los avisos del citado navegante; la comarca estéril e ingrata, el cielo encapotado, la costa desierta, les infundieron gran desaliento. Bajaron a la mar y el país que se extendía a su vista a medida que avanzaban hacia el Sur, no se ofrecía mas propicio: sierras altísimas, asperezas y matorrales, eriales y pantanos; y a todo esto las provisiones escaseaban, las enfermedades comenzaban a declararse, y el cielo cubierto de nubes contribuía á infundir el desaliento entre los tripulantes. Acordó entonces Pizarro que parte de los suyos fuesen a buscar provisiones á la isla de las Perlas, mientras el con algunos esperaban en aquella costa su regreso; y tales fueron las tribulaciones allí experimentadas que al reunirse de nuevo para proseguir la derrota, dieron los castellanos á dicho paraje el nombre de *puerto del Hambre*. No fueron mas felices al tomar tierra algunos días despues; el país era estéril, los indígenas huían al interior; y aun cuando Pizarro decidio detenerse en la costa, acosado por los indios tuvo que reembarcarse dirigiendo ya el rumbo á Panama y encontrandose en Chicama con la nave que, mandaba por Almagro venía en su ayuda. Allí decidieron que este volviese a Panama en busca de refuerzos, como así lo hizo; mas no tardó en dirigirse tambien alla el mismo Pizarro, con objeto de organizar mas sólidamente la

expedición. Luque debía contribuir nuevamente á los gastos y entonces se formalizó la contrata, según la cual, aquél se obligó á facilitar en el acto veinte mil pesos de oro, y éstos á llevar á efecto la empresa, comprometiéndose á repartirse por partes iguales las tierras, indios y tesoros que se descubrieran y conquistasen. Luque selló el pacto consumiendo con sus dos consocios una hostia consagrada por él.

Dos navíos se fletaron para esta expedición y con ellos arribaron Almagro y Pizarro hasta la embocadura del San Juan, antes ya reconocido; aquél regresó con objeto de alistar más gente á Panamá; éste ordenó al piloto Ruiz que reconociera costa arriba la tierra; y casi al mismo tiempo regresaron ambos, Ruiz con noticias ciertas de un imperio opulento cuya córte se hallaba en Cuzco, Almagro, con el socorro deseado. Siguieron los dos consocios la dirección que les señaló Ruiz, y después de tocar en la isla del Gallo, entraron en la bahía de San Mateo, donde resolvieron establecerse; sin embargo, la necesidad absoluta de refuerzos les obligaron á regresar á la isla citada; desde la cual nuevamente se dirigió Almagro á Panamá, quedando Pizarro en espectativa de su llegada. Grandes sufrimientos experimentaron los castellanos que se hallaban en la isla; y mucha fué su alegría cuando un navío, y no el de Almagro, se presentó a su vista. En este buque venía un enviado del gobernador del Darien con orden expresa de recogerlos, orden que recibieron los más con júbilo; pero que no doblegó la firmeza de Pizarro, decidido entonces más que nunca á llevar a efecto los descubrimientos. Trazó una línea en el suelo con la espada, y dando á escoger á los allí presentes los dos caminos que se les ofrecían, el uno para conseguir riqueza y gloria, el otro para no mejorar la condición presente, cruzóla seguido tan solo de trece valientes; con los restantes se volvió a Panamá el enviado. Indecibles son las privaciones y sufrimientos que experimentaron aquellos trece hombres abandonados en un mar solitario: cuando llegó el socorro eran verdaderos espectros, y como por desgracia en el navío venía sólo la marinería necesaria para la maniobra, no podía prometerse Pizarro otra cosa que el regreso á Panamá y el reconocimiento de su impotencia. Muy diferente plan adoptó sin embargo. Deja en la isla dos hombres enfermos y con los restantes y algunos indios que recogió en las inmediaciones de la costa, dirige su rumbo hacia ésta, descubre antes la isla de Santa Clara y surge al fin su navío en la playa de Túmbez.

Hallábanse a la sazón en guerra los de Túmbez con los de Puma, y Pizarro que al recorrer la costa había encontrado á su paso balsas de guerreros tumbecinos y entablado con ellos amistosas relaciones, consiguió, gracias á ellos, ser recibidos favorablemente, trocar algunos presentes, darles noticias del objeto de su viaje para que las comunicaran al monarca de su país y procurarse vituallas. Con esto y con mandar á uno de los suyos á presencia del *curuca* ó cacique del pueblo mas inmediato, sentó la base para ulteriores empresas en aquel país. Y en verdad, que las noticias adquiridas, así como lo que sus enviados pudieron ver en el interior, le confirmaban en la idea de hallarse en un imperio opulento y dilatado.

Anheloso de descubrir una gran ciudad que los indios llamaban Chincha, prosiguió su viaje costeando, y entonces reconoció el puerto de Payta, la punta de Aguja, Santa Cruz, la tierra de Coloque y Puerto Santo. Desde allí y después de recorridas mas de doscientas leguas de costa, decidió el regreso á Panama; sus buques iban cargados de multitud de objetos recogidos en aquellas tierras y conducían dos indios, á los que Pizarro se proponía instruir para el servicio de intérpretes; pero lo que más aliento le infundía era que sus esperanzas se habían trocado en realidades. Sin embargo, no hallaron los tres asociados apoyo en el gobernador de Panamá para llevar á efecto la nueva expedición; sus recursos también se habían agotado y decidieron en este trance que marchara á España Pizarro para solicitar la autorización y auxilio del monarca. Algunas contrariedades experimentó el comisionado en su viaje, pues al saltar á tierra en Sevilla á mediados de 1528 fué reducido á prisión; pero ésta duró poco, y presentado al Emperador, consiguió que se le nombrara gobernador de las nuevas tierras y aun se procuró los títulos de adelantado y alguacil mayor que por cierto había prometido á su consocio Almagro; con Luque se portó mejor, pues no podía competir con el en las dignidades eclesiásticas á que éste aspiraba. Conseguido su objeto, Pizarro pasó á Trujillo a ver a su familia, y entonces sus cuatro hermanos se decidieron a pasar con él á Ultramar. Embarcóse en Sevilla, después de tocar en la Gomera, cruzó felizmente el mar y llegó a Panamá, donde mediaron entre los consocios duras contestaciones y despertó entre los Pizarros y Almagro aquel antagonismo que tan funesto debía ser al Perú.

Gracias a los buenos oficios de Luque, vinieron, sin embargo, á un acuerdo; Almagro quedó en Panamá para ir recibiendo la gente y preparar refuerzos; Pizarro partió con tres naves llevando consigo 183 hombres, «miserable armamento, dice uno de sus biógrafos, más propio de pirata que de conquistador.» Y sin embargo, con aquel puñado de hombres iba á conquistar un imperio acaso el más grande y civilizado del Nuevo Mundo; empresa gloriosísima si no la manchara con sus crímenes y sus desacatos.

Los expedicionarios tomaron tierra en San Mateo; y continuaron avanzando el ejército y la flota por la costa y siempre á la vista; pero ya su presencia fué acompañada de todo género de tropelías. Los pueblos eran entrados con violencia; las chozas saqueadas, los moradores maltratados: y sin embargo, eran aquellos indios gente pacífica é inocentes, hombres á propósito para entablar relaciones sólidas y provechosas. Pero aquellos aventureros, ganosos de botín, nada respetaban, ni por otra parte su jefe tuvo la energía necesaria para hacerles entrar en orden. Se comprende pues que al arribar á Túmbez, después de pasar siete meses de tribulaciones en Coaque, los indígenas no se mostraran tan solícitos y amables como antes. Entonces decidió Pizarro dirigirse á la frontera isla de Puma, dominarla, y luego volver á Túmbez y auxiliado de los insulares, si los tumbecinos resistían, emprender la conquista.

Pero los de Puma se presentaron hostiles, lucharon enérgicamente con los castellanos en tierra, atacaron su flota; y tal fué su resistencia, que Pizarro, al que por aquellos días retorzó Hernando de Soto con dos navíos y algunos soldados, renunció a dominar la isla, ordenando la vuelta a Túmbez. Por desgracia los tumbecinos conocieron ya con quien tenían que habérselas, y decididos a impedir el desembarco, defendieron con valor la costa, y al abandonarla despues de algunas horas de combate, la población de las aldeas inmediatas huyo tambien al interior dejando solitarios campos y pueblos. Lo único que pudo animar a los conquistadores fueron las grandes noticias que un indio le dió de la tierra que pisaban, del poder de sus reyes, de sus inmensas riquezas.

Entonces decidió Pizarro reconciliarse con los tumbecinos y fundar en aquel sitio un establecimiento al que dió el nombre de San Miguel, primera población española que en breve, a causa de la insalubridad del terreno, trasladó a Piura, y que fue la base de todas sus operaciones. Estas comenzaron en 24 de Setiembre de 1532.

Sabía Pizarro que el gran imperio del Perú estaba a la sazón sumido en la guerra civil, y esto decidiole a moverse á pesar de que no le habían llegado refuerzos de Panamá; pues no podían ser mas oportunas las circunstancias para reducir á los peruanos, afiliados á los partidos de los dos incas en guerra. Ciento setenta y siete soldados le seguían, los setenta y siete montados, y con ellos trataba de destruir una monarquía que se extendía de Norte a Sur por aquella costa unas setecientas leguas; un imperio bien organizado, poblado por habitantes inteligentes y belicosos, y que encerraba ciudades bien fortificados, tenía el territorio cruzado de excelentes caminos y calzadas, campos cultivados y montañas ricas. Desgraciadamente los dos hijos del difunto rey se disputaban el trono, y cuando Pizarro se internó en la tierra, Atahualpa acababa de derrotar y hacer prisionero a su hermano Huascar, y podía considerarse seguro posesor de la corona. Hallábase situado en Caxamalca, camino de Cuzco, con todo su ejercito cuando Pizarro se dirigió hacia allí desde San Miguel, guiado por las noticias que le daban los indios; y aunque estas noticias pudieran infundirle desaliento, prosiguió denodadamente el avance y no sin grandes fatigas, ora cruzando enhiestas montañas, ya caudalosos ríos, llegó al pie de la sierra de Caxamalca, desde donde envió mensajeros al Inca y recibio á los enviados de este. Pero las noticias de los que Pizarro mandó eran contradictorias, y decidido a salir de situación tan incierta, dirigióse á Caxamalca, desde cuyo punto divisó al ejército peruano acampado al pié de las vecinas montañas. Su primer cuidado fue fortificarse en aquel pueblo; en seguida mandar a su teniente Soto con algunos caballos, solicitando del Inca que viniera a visitarle.

Proyectaba el español, como se comprendera, hacerse dueño de la persona del Inca, y aunque pudo salir fallido su propósito, si se juzga que aquel mandaba unos treinta mil combatientes, tan acertadas fueron sus medidas y tan pusilanimes se mostraron los peruanos, que a pesar de acompañar a su rey tres mil soldados, dejaronse acorralar como ovejas en la plaza de Caxamalca, donde un fraile que acompañaba á Pizarro representó un sainete con la Biblia en la mano, sainete que terminó con una hecatombe espantosa. El príncipe quedó prisionero, los guerreros que le seguían muertos y el resto del ejercito en fuga. Entonces tuvieron los castellanos ocasión sobrada de satisfacer su codicia; y la misma prisión del Inca se la ofreció magnífica para dejarla saciada en mucho tiempo. Ofreció el desdichado príncipe á cambio de su libertad llenar de oro el anchuroso aposento en que le encerraron; aceptóse por sus carceleros la oferta; llegaron á Caxamalca los tesoros, pero como si nada cumpliese a satisfacer a Pizarro, aun pidió al Inca los que encerraban sus templos, y mandó a que los despojaran sus propios soldados. De este modo concluyeron de hacerse odiosos los conquistadores.

Mas por este tiempo Almagro se incorporó a su consocio, con los refuerzos traídos de Panamá. Venía condecorado por el Rey con el título de mariscal y llevaba a sus órdenes doscientos hombres y algunos oficiales de merito; lo que le revestía de cierto carácter y autoridad. Los soldados tambien se creyeron acreedores al botín y después de resueltas algunas diferencias, aun antes de esperar a que se llenara la estancia del príncipe, comenzóse a repartir el oro: á cada soldado de á caballo tocaron unos 9,000 pesos en oro y unos 300 marcos en plata; á cada infante la mitad; a los oficiales en proporción y a Pizarro 570,220 pesos y 2,350 marcos, mas un tablón de oro perteneciente á las andas del rey, valuado en 25,000 pesos. Las riquezas que su hermano Hernando condujo a España para el rey, fueron proporcionadas al botín. Por desgracia no se cumplió lo pactado con el Inca; pues Pizarro, temeroso de las consecuencias que podía producir su libertad, cometió la infamia de ordenar su muerte. Esta fué la señal de la anarquía en el imperio, y en vano Pizarro, para sojuzgarle y tener un monarca hechura suya, hizo conferir la corona a un niño hijo de Atahualpa, que murió poco tiempo despues. El conquistador se vió obligado en adelante á manejar la espada, y despues de algunos encuentros poco importantes, junto al río Abancay riño una terrible batalla de la que saliera mal librado á no recibir oportuno auxilio de Almagro.

No olvidaba el caudillo español de sentar las bases de una dominación estable; fundó una poblacion en el valle de Jauja, envió exploradores a la costa para crear nuevos establecimientos y se posesionó de Vilcas, punto central del imperio. Pero allí dió nuevas pruebas de su rapacidad y su fiereza; mandó dar muerte á un ilustre general peruano que retuvo prisionero en ocasión de acudir este a visitar a su rey, y atropellando por todo, prosiguio su camino hacia la capital. Los indios la prendieron fuego antes que el invasor la profanara con su planta; pero aun pudieron los españoles salvarla del incendio. Después sometieron á los indios al tormento para que descubrieran la riqueza oculta.

Nuevas calamidades aguardaban á los pobres conquistados. Pedro Alvarado, gobernador de Guatemala, había des-

embarcado con un lucido cuerpo de tropas cerca de Puerto-Viejo; y aunque sin autorización expresa para disputar sus conquistas á Pizarro, trató de avanzar hasta Quito. Ignoraba los contratiempos á que tenía que exponerse; y como tratara de abrirse paso por un país montañoso y frío, perdió en las sierras más de la mitad de su gente, tropezó luego con la de Almagro, y vista su inferioridad en tropas y recursos, hubo de regresar á Guatemala sin ejército y sin armada, bien que cargado de las riquezas que á trueque de su retirada aquél le procuró. Esto acontecía á fines del año 1534.

A principios de 1535, Pizarro fundó la ciudad de los Reyes, más tarde Lima, en el valle de Linac, y luego la de Trujillo en el valle de Chimo. Era llegada la hora en que pacíficamente debían entender en los cuidados de sus respectivos gobiernos Pizarro y Almagro; mas por desgracia la dominacion del Cuzco fué la manzana de discordia entre los dos consocios; aquél codicioso y duro, éste generoso y bueno, aunque algo tenaz y presuntuoso. Así y todo, difícil es que hubiese estallado un rompimiento, á no mediar el ódio que Hernando, hermano de Pizarro y gobernador del Cuzco, profesaba al confiado Almagro. Evitáronlo por algún tiempo la expedición de éste á Chile y el viaje de Hernando á España; pero surgió con más violencia cuando, de regreso aquél y éste, hubo de resolverse la disputada posesión de aquel rico país. Antes, empero, de que esto aconteciese, los indios trataron otra vez de sacudir la opresión castellana, y aun no había vuelto de Chile Almagro, cuando aquéllos, capitaneados por Manco Inca, acometían violentamente á Cuzco y acorralaban en ella á los españoles, y simultáneamente, aunque no con tanto daño, atacaban á Lima. En tal aprieto se vieron los Pizarros, que hubo de pedir Francisco socorro á las inmediatas posesiones españolas, y gracias á los refuerzos recibidos pudieron sostenerse en los puntos amenazados, muy distantes entre sí y verdaderamente aislados á causa de haber interceptado la comunicación los indios.

Entonces se tuvo noticia del regreso de Almagro, cuya expedición á Chile resultó infructuosa á causa de la esterilidad de la tierra que recorrió; y seguidamente estalló la tantas veces contenida lucha. Almagro, después de entabladas inútiles negociaciones, entra por la fuerza de las armas en Cuzco y hace prisionero á Hernando Pizarro; después derrota á un ejército que, mandado por Alvarado, avanzaba hacia la ciudad. Francisco Pizarro sabe con asombro estas noticias y se apercibe á la guerra. No se abre ésta sin que ambas partes acudan á dirimir ante un tercero la contienda, mas por desgracia es un fraile sin pudor; y Almagro puede, gracias á oportuno aviso, escapar de una asechanza. Sus vacilaciones perdieron á este hombre sobrado generoso para tratar con los Pizarros; su debilidad en devolver la libertad á Hernando y en no seguir los consejos del intrépido Orgóñez le procuró una muerte inesperada y trágica. De lentitud é irresolución adolecieron también las operaciones de la brevísima campaña que terminó con la derrota de Almagro en las Salinas (Abril de 1538) y, en la que el implacable Hernando sacrificó sin piedad á los capitanes enemigos. Almagro no pudo escapar y fué sentenciado y muerto en garrote poco después. Pero los vencedores pagaron cara su victoria, pues el infame Hernando, que marchó á España á hacer efectivos los encargos de la córte, fué allí acusado y preso, permaneciendo en varios castillos (últimamente en el de la Mota) muchos años; y Pizarro que tantos enemigos se procuró con sus crueldades y su orgullo, mal visto de sus compatriotas y odiado de los indios, pagó con su vida las faltas de muchos años. El domingo 26 de Junio de 1541 un grupo de conjurados asaltaron su palacio y le mataron á estocadas. Tenía a la sazón unos sesenta y cinco años de edad.

Así murió el conquistador del imperio de los Incas, aquel hombre que no ha conseguido ceñir, como Cortés, su frente con la aureola de la gloria; en el que se admira el esfuerzo, la osadía, la serenidad; pero cuyas cualidades personales han oscurecido su ambición y sus crímenes.

Yelmo del duque de Alba (pág. 19).—Figura en la Armería Real de Madrid con el número 2,332 la armadura del Duque y con el 2,333 este yelmo, que debe pertenecer á la misma, á juzgar por su ornamentación relevada á martillo, damasquinada de oro, y de estilo grandioso, según el gusto de la escuela florentina. La cresta ó cimera la forma una esfinge, y en los costados aparecen simbolizados los ríos Tíber y Po, entre palmas, arabescos, mascarones y otras labores. Es una verdadera joya que revela el grado de perfección que alcanzaron por esta época los trabajos de tal género.

El duque de Alba (pág. 21).—D. Fernando Álvarez de Toledo, duque de Alba, fué hijo del valeroso D. García, que, peleando en los Gelves en 1510, halló gloriosa muerte. Contaba á la sazón aquél muy corta edad, y quedó al cuidado de su abuelo D. Fadrique de Toledo, quien le dió los mejores ayos y maestros para que fuese digno continuador y representante de su ilustre casa. Muy pronto dió á conocer D. Fernando su atrevimiento, pues contando sólo diez y siete años escapóse á la frontera del Norte con objeto de tomar parte en la guerra contra los franceses. Sus primeras armas las hizo en el sitio de Fuenterrabía, á las órdenes del condestable D. Iñigo de Velasco, y tan bien se portó en aquellas circunstancias que éste no vaciló en confiarle el mando de esta plaza. Desde esta época hasta que Carlos V emprendió su expedición contra Solimán el Magnífico, el cuidado de sus intereses y su matrimonio con la hija del conde de Alba de Lista, le impidieron ocuparse en empresas militares. Mas en la citada figuró ya con lucimiento, siendo de los que opinaban por perseguir al turco en su huida, y con tal energía sostuvo en el consejo de guerra su pensamiento, que el heróico defensor de Buda exclamó: «Este jóven será gran capitán.» Pruebas bien evidentes dió, así de su valor como de su pericia en la expedición á Túnez, así como en la desgraciada invasión de la

Provenza, y por cierto que en esta fué tambien desoído su consejo de invadir la Francia por Lyon, consejo que tal vez no hubiera sido desacertado. Sin embargo, en una y otra, figura el Duque como uno de tantos capitanes á las órdenes del Emperador. Donde ya se revela gran general, pues obra con entera independencia, es en la defensa de la frontera y costa catalana; pues á sus acertados movimientos se debe la retirada del ejército francés, frente á Perpiñan; y el triunfo es tanto mas glorioso, en cuanto apenas cuesta sangre.

Carlos V supo apreciar las eminentes cualidades del Duque, llamándole á su lado cuando la guerra con los protestantes y dándole el mando en jefe de su ejército. Gracias á su consejo logró por medio de una prudente defensiva, ganar un tiempo precioso, allegar recursos, destruir la moral del enemigo, y despues por medio de acertados movimientos estratégicos, aniquilarle. Luego, trocando la defensiva en ofensiva vigorosa, destrozar en Mülhberg el ejército del Elector de Sajonia y concluir así con las esperanzas de los confederados. Si á los consejos del Duque sabiamente atendidos debió Carlos estos triunfos, el no haberlos seguido frente á Metz ocasionóle un terrible descalabro.

Carlos, conociendo á fondo las cualidades y defectos de este caudillo, lo recomendó muy mucho á su hijo; y Felipe, con quien se avenía un tanto por su carácter, tuvo en él un fidelísimo ejecutor de sus voluntades. Fueron dos hombres que se completaban por su fanatismo é intransigencia, aunque se excluyeran por su arrogancia. La primera campaña que hizo como general de Felipe fué la de Italia contra el Papa Paulo IV y el duque de Guisa; allí se manifestó á la par excelente político y buen militar; mas ¿cómo no tomó por asalto á Roma junto cuyos muros llegó una noche? ¿Fueron las órdenes reservadas de Felipe, las que le contuvieron? No es fácil asegurarlo. ¿Fué su catolicismo ó el triste recuerdo del condestable de Borbón? Es más creible. Lo cierto es que Carlos V, á la sazón en Yuste, se llenó de ira al saber la conducta seguida por el de Alba y D. Felipe en esta guerra. La paz con que terminó fué en verdad indigna del monarca vencedor, aunque en verdad no tuvo parte en ella el Duque.

Llega por fin el momento en que el duque de Alba va á dar á conocer su carácter como á gobernante y como á general en un país rebelde. Felipe II, herido en su amor propio por los sucesos de Flandes, en el preciso momento en que D.ª Margarita de Austria ha conseguido la paz, cuando hay que cicatrizar heridas é inaugurar un régimen de tolerancia, manda allá el hombre que en sus consejos siempre se distinguió por su odio á los flamencos; y el duque de Alba, que representa una política de intransigencia, llega precisamente á los Países-Bajos á reavivar el casi extinguido fuego de la guerra. Esta se provoca con las medidas desacertadas del político, se sostiene con ventaja por el talento del general; pero desde entonces se cierra la puerta á la conciliación. Flandes se pierde y se pierde después de haber derrochado sangre y oro en su suelo.

Las primeras medidas del Duque son: revocar todas las promesas de amnistía hechas por Margarita de Parma; devolver toda la fuerza á la Inquisición; poner, por decirlo así, á las provincias flamencas fuera de la ley, por medio de edictos que interpretados rigurosamente no permitían casi hallar un inocente; y por último, instituir un tribunal que se llamó en el país *Tribunal de Sangre* y que llevó á cabo extraordinario número de ejecuciones. Según testimonio del mismo Duque sucumbieron 18,000 víctimas, entre ellos los condes de Egmont y Horn, atraído á una celada infame por el de Alba. Por eso ha dicho de éste con razon un sesudo escritor que *menos sangre vertieron allí sus soldados que sus verdugos*. Lea el curioso lector la correspondencia del Duque con el Rey y se convencerá por sí mismo de que la figura del Duque, tal como la pintan sus cartas, no es *hórrido espantajo que turba el sueño á la gente de bien*, pero sí un sér en que se hallan hermanadas altas dotes que nadie desconoce, con una crueldad y una altanería extremadas. Si no debemos pedir justicia para hombres como éste á los extranjeros, tampoco la reconocemos en los patriotas empeñados en luchar contra una opinión sancionada ya por historiadores de algún peso.

No debemos hacer aquí mención de las campañas del duque de Alba, pues de ellas nos ocuparemos en uno de los siguientes Estudios. Sí diremos que el Duque dió allí á conocer grandes dotes militares, y que tan desacertado como fué su nombramiento, fué su relevo; pues entonces no cabía ya otro sistema que el seguido, sosteniéndole con su energía y sus dotes militares el general español. «El duque de Alba, dice el autor de las *Décadas de la guerra de Flandes*, no debió poner el pié en los Países-Bajos ó no abandonarlos hasta humillar por completo la sedición.» Juicio que confirma el estudio de los sucesos acaecidos con posterioridad á su retirada.

En 1573 regresó el de Alba á España en unión de su hijo D. Fadrique, y con motivo del casamiento de su primogénito, atrájose la enemistad del Rey, que le encerró en el castillo de Ureña. De allá sacóle para que le conquistase el reino de Portugal, vacante por muerte de su Rey; y á sus acertadas medidas debió en muy breves días la pacificación de aquel reino, que incorporó á la corona de España. El Duque murió en Lisboa el 15 de Enero de 1568, siendo auxiliado en su última hora por el insigne Fray Luis de Granada: contaba á la sazón setenta y cuatro años de edad y una fiebre lenta que durante algún tiempo le aquejaba concluyó con su vida. Pocas muestras dió el Rey de sentimiento por tal pérdida; acreditando de este modo, una vez más, el valor que dan á los hombres estos poderosos; ni Fernando el Católico, ni Carlos I fueron más amantes de las eminencias que á su lado descollaron. Y menos que nadie podía el de Alba, á causa de su altivez, captarse las simpatías de su soberano.

Hé aquí el retrato que del insigne estratégico hace uno de nuestros escritores militares:

«De mediana estatura, robusto de cuerpo, aunque enjuto de carnes, de mirada viva, penetrante y tan severa como su rostro, era su respetuoso aspecto el fiel espejo de sus extraordinarias prendas de carácter. Ferviente católico, como

buen español de aquellos tiempos; de arraigadas convicciones; de probidad intachable; pronto, á la par que prudente, en resolver, y firme en sus resoluciones una vez tomadas; celoso de su gloria y sus derechos; de indomable energía; altivo y arrogante, aun con los reyes, cuando creía defender los fueros de la verdad y la justicia, afeaba tan brillantes cualidades, su excesiva rigidez en el mando, que rayaba en crueldad.

»De todos los Capitanes de su tiempo, es el que mejor puede servir de modelo al general de hoy día, porque su genio militar nada deja á la inspiración feliz del momento, todo lo precave en sus planes de campaña, madurados con el estudio de los accidentes, circunstancias y condiciones del teatro de la guerra, del enemigo y de su propio ejército; y por eso nunca fué derrotado ni sorprendido. Avaro de la preciosa sangre del soldado, maestro en el arte de acampar y profundo estratego, prefiere á ruidosas y sangrientas batallas, que sólo acepta cuando son indispensables para el triunfo, combinaciones estratégicas que le dan la victoria con más seguridad, aunque con menos brillantez, y puede decirse que vence casi siempre sin combatir (1).

El retrato que de este personaje damos á conocer es uno de los que pintó el célebre Ticiano y pertenece á las galerías belgas.

Soldados de las Coronelías alemanas (pág. 25).—Han sido copiados del *Libro de la guerra* por L'enhart Frosperger, impreso en Francfort el año 1555. Los que hayan estudiado las operaciones militares de este reinado, conocen ya de sobras el papel importante que desempeñaron los tudescos en nuestros ejércitos. En el siguiente ya no figuran en la historia con el nombre de lansquenetes, sinó con el de coronelías o regimientos alemanes, banderas ó compañías. Francia parece en esta época que monopoliza á los suizos; y España á los alemanes, de los que hace gran empleo, ó por mejor decir, *consumo*, en Flandes y en la misma Francia. Reclutáronse en uno y otro reinado, mediante consentimiento del Emperador, y formaban una masa flotante de aventureros, provistos de armas propias, que si se distinguían por su bravura, dábanse á conocer también por su falta de disciplina. Su organización difería poco en éste del anterior reinado; pero su armamento se uniformó, aunque no sus trajes.

D. Álvaro Bazán (pág. 29). —El tercer marqués de Santa Cruz, á que se dió el sobrenombre de *Mozo*, para distinguirlo de su ilustre padre llamado el *Viejo*, fué uno de tantos insignes militares que sobresalieron en el siglo XVI, siglo fecundo en eminencias de todo género. Si el ejército español tuvo un duque de Alba, la marina contó un marqués de Santa Cruz, «rayo de la guerra, padre de los soldados y jamás vencido capitán,» según el inmortal Cervantes; y uno y otro contribuyeron en distinta esfera á dar días de gloria á nuestras armas.

D. Alvaro vió la luz en Granada en 12 de Diciembre de 1526 y educóse en la escuela de su padre, célebre marino, así por sus proezas como por sus conocimientos, revelándose en edad temprana digno heredero de su nombre, estado y fortuna. Niño aun viajaba con el autor de sus días; muy mozo, vistió el hábito de Santiago, y aun no había salido de la adolescencia, cuando recibió su bautismo de fuego. En las costas de Galicia y el día 25 de Julio de 1542, embestía la escuadra española mandada por D. Alvaro el *Viejo* y compuesta de veinticinco naos á la flota francesa de treinta que devastaba las costas de Galicia; y en aquellas aguas trabóse encarnizadísimo combate en que fueron muchas naves enemigas echadas á pique, apresadas otras, pereciendo miles de hombres en el corto espacio de dos horas que contó de duración. Si luchó allí el joven marino como bueno, portóse con gran desinterés en lo que toca al botín; y el triunfo conseguido sirvió tan sólo para dar alas á su ambición de gloria, que no tardó por cierto en ver satisfecha. Confiósele el mando de una armada en 1554, y con ella forzó el puerto de Fez, quemó las carabelas que allí anclaban acechando á nuestros pescadores, rindió á dos naos inglesas que facilitaban armas á los moros, y aseguró de este modo nuestro comercio con las pesquerías de Cabo Blanco.

La expedición organizada en 1563 con motivo del sitio de Mazalquivir, permitióle poner una vez más de relieve su pericia y su arrojo, y la conquista del Peñón de la Gomera al año siguiente, acreditóle como marino y como militar. En este año formó parte de la escuadra que, mandada por D. García de Toledo, operó contra la Goleta y recibió de D. Felipe II la orden de cegar con sus galeras la boca del río de Tetuán, refugio de piratas berberiscos. D. Alvaro tuvo entonces un pensamiento por demás ingenioso; acudió á Malaga en busca de bajeles viejos que mandó llenar de piedras y betún, seguidamente dió la vuelta para Ceuta, y de acuerdo con su gobernador, que era portugués, distrajo la atención de los moros por este lado, mientras metía en el río de Tetuán y echaba á pique los pontones con objeto de procurarse un paso de uno á otro lado de la ría. Conseguido su objeto y escarmentados los moros, regresó á Sicilia; y el rey, estimando en lo que valían los servicios del esforzado almirante, le confirió el título de marqués de Santa Cruz, y más tarde le nombró general de las galeras de Nápoles, á las órdenes del insigne D. Juan de Austria. Como á tal figuró en el famoso combate de Lepanto, donde le cupo la gloria de mandar la cuarta escuadra ó reserva de la armada de la Liga, escuadra compuesta de treinta galeras y á la que se denominó del Socorro. Al ocuparnos de tan memorable suceso veremos cómo á su oportuna intervención en la batalla debióse en buena parte el señalado triunfo conseguido por la flota aliada. No se limitó, empero, el valiente caudillo á socorrer los buques cristianos y reforzar la línea de combate; hizo más aun, rindió una capitana que huía y apresó otras que le hicieron frente.

(1) Arrue, *Campañas del Duque de Alba.*

Nuevos lauros debía ceñir á sus sienes la empresa acometida por D. Juan de Austria contra la Goleta, en 1573, pues D. Alvaro ocupó con el ejército de desembarco á Túnez; y terminada aquella, realizó diferentes operaciones contra las costas africanas, escarmentando duramente á los piratas berberiscos. La conquista de Portugal, en la que contribuyó tan eficazmente á los movimientos del ejército que mandaba el duque de Alba, brindóle nueva ocasión de distinguirse, forzando el paso del Tajo que defendían combinadamente dos castillos y numerosas naos; y, gracias á su arrojo, contribuyó á que Lisboa se entregara. Mas como los portugueses de las islas Terceras aun se negaran á reconocer por rey á D. Felipe y el pretendiente se dirigiese á ellas con naves francesas y tropas de desembarco, hubo de acudir D. Alvaro con su flota, que, aunque inferior en número, pues constaba de 28 naos y 5 pataches, atacó á la francesa compuesta de 60 navíos, y después de cinco horas de lucha consiguió la victoria, victoria cuya grandeza atestiguaron la calidad y número de los prisioneros, los 1.200 enemigos que perecieron y los 6.800 desaparecidos; Felipe Strozzi, que mandaba la flota contraria, herido de muerte, falleció al ser presentado á nuestro general.

Ganosos los franceses del desquite, volvieron otra vez á las islas Terceras, empero, contaba ya D. Alvaro con fuerzas más numerosas, pues su escuadra al salir de Lisboa ascendía á 98 buques y 10.000 hombres. Desembarcaron los españoles y después de tomar los fuertes, obligaron á portugueses y franceses á retirarse al interior, seguidamente se apoderó el Marqués de la capital de la isla de Agra, donde se hizo dueño de 31 navíos, 310 cañones y otros efectos, y con ellos prisioneros á 1.000 soldados; y esta victoria le procuró la rendición de otras islas. Fácil es comprender que su regreso á España sería un triunfo; Cádiz le recibió con entusiasmo; el rey le llamó á la corte y le otorgó las dignidades de grande de España, Capitán general del mar Océano y de la gente de guerra de Portugal, y además agregó á sus Estados otras tierras que acrecentaron extraordinariamente su señorío.

Por desgracia ya no debía efectuar otros hechos de armas el valiente Bazán. Ansioso de contribuir á la pujanza de su patria, y conocedor de sus verdaderos enemigos, propuso á Felipe que enviara una expedición á Inglaterra, nación que desde aquella fecha fué nuestra pesadilla en los mares, pero el Rey no juzgó oportuno entonces realizarlo. Sin embargo, encargó al Marqués que madurase el plan; y como las demasías de Drake en las Antillas y la muerte de María Estuardo, le indujeron á llevarlo á efecto, sin pérdida de tiempo dispuso que Bazán hiciera los aprestos necesarios. La muerte sorprendió á nuestro marino en estos trabajos, cuando se hallaba en Lisboa, el 9 de Febrero de 1588; y, según lo prevenido en su testamento, fué enterrado en Viso. Con él perdió la armada un general experto, la patria un capitán ilustre, un hijo heroico, y esto en el preciso momento en que mayor falta hacían sus servicios. Dice Mariana que su muerte fué debida á la pesadumbre que le causó la ingratitud del Rey, pues como no se hallaran los buques destinados á la expedición contra Inglaterra fletados con la prontitud que requería el monarca, recibiólo éste muy desabrido, y al volver á su casa apesadumbróse de tal suerte que enfermó de gravedad. Si así ocurrió bien podría decirse que Felipe halló su merecido en la catástrofe que concluyó con la armada, armada cuyo mando se dió al inexperto Medina Sidonia.

Pondremos fin á estas notas biográficas, mencionando los siguientes datos relativos á Bazán que copiamos de uno de sus biógrafos: rindió 8 islas, 2 ciudades, 25 villas, 30 castillos fuertes; venció 8 capitanes generales, 2 maestres de campo, 60 señores de linaje, hizo 4.753 prisioneros franceses, 780 ingleses, 6.450 portugueses, 6.243 turcos y moros, apresó 44 galeras reales, 21 galeotas, 27 bergantines, 90 galeones y naos de alto bordo, 7 caramuzales, 3 carabos, 1 galeaza; se hizo dueño de 1.814 cañones y puso en libertad á 1.654 cautivos españoles. A varón tan esforzado cuadra perfectamente el epitafio que para su sepulcro compuso Lope de Vega:

Rey servido y patria honrada
Dirán mejor quién he sido
Por la cruz de mi apellido
Y por la cruz de mi espada

Pistolete (pág. 33). — Perteneció á la colección particular del Emperador Napoleón III. Es arma de chispa y tiene aplicados sobre la madera ornamentos de metal. Su procedencia es alemana.

Nave española del siglo XVI, (pág. 37). — Está dibujada según uno de los grabados que ilustran la obra *Arte de navegar* de Pedro de Medina. Su casco es redondo, con dos castillos, las velas cuadras, va armada de cañones y ostenta en uno de sus costados dos anclas. Compuso su obra Medina en 1545, y la edición de que ha sido copiada lleva la fecha de 1550.





ESTUDIO SEGUNDO

SAN QUINTÍN Y GRAVELINES

I. Carlos I y Felipe II. — Crítico estado de España cuando Felipe entró á reinar. — Compromisos de éste. — Su carácter. — Su política. — Su influencia en los destinos de la nación española. — **II.** Paulo IV induce á los franceses á guerrear en Italia. — Apurada situación de Felipe II. — El duque de Alba organiza y concentra el ejército de Nápoles. — Entra en los Estados Pontificios. — Sitia y toma á Ostia. — El Papa solicita y obtiene una tregua. — Invaden los franceses los Países Bajos y la Italia. — El duque de Guisa en el Piamonte. — Deciden los confederados invadir el reino de Nápoles. — Recuperan las plazas que tomó el de Alba. — Cruzan el Tronto y sitian á Civitella. — Retirada del ejército francés. — Los españoles avanzan hasta los muros de Roma. — Indecisión del duque de Alba y mal efecto que produjo. — Tratado de paz con Paulo IV. — **III.** La guerra en el Norte de Francia. — Preparativos de Felipe II. — Fuerzas que reune. — Sitio y batalla de San Quintín. — Toma de esta plaza. — Prudente conducta de Felipe después de la victoria. — **IV.** Los franceses se apoderan de Calais y Thionville. — Batalla de Gravelines. — Tratado de Cercamps, 2 de Abril de 1559.

I

Dos monarcas, por muchos conceptos famosos, ocupan el trono de España en el siglo XVI; la primera mitad de esta centuria casi puede decirse que es la del reinado de Carlos I, la segunda mitad la llena su hijo Felipe II: grandes figuras que destacan en el siglo de la revolución religiosa, y que simbolizan dos fases distintas del poderío español. Si las ponemos en parangón, desde luego resultará éste favorable al César: la idea de un imperio universal á la que se sacrificó tanta sangre y tantos tesoros, hállase rodeada por la brillante aureola de la gloria militar; el político no eclipsa al capitán, y en ambos admiramos al hombre, tal como podía producirlo su siglo en las más elevadas jerarquías sociales. Carlos era un genio, y por lo tanto creyóse en el caso de trastornarlo todo para dictar la ley á Europa, propósito que hasta cierto punto justifica la grandeza de los dominios que poseía en ella. La Reforma no le inquietó en un principio tanto como su rival el Rey de Francia; cuando se hizo cargo de su trascendencia, se vió en el duro trance de emplear á la vez las armas espirituales y temporales para destruir un germen tan funesto al catolicismo como á su mismo trono, y si su propósito salió frustrado, debióse á que corrientes más poderosas impulsaban á los pueblos por nuevos caminos. Carlos hizo entonces lo que venía obligado como rey absoluto y como católico; lástima grande que sus pretensiones políticas y su carácter eminentemente militar le arrastrarán de continuo á guerrear con Francia, pues, enconados los odios, aquellas guerras llegaron á ser hereditarias, y si robaron la

atención que el monarca debió consagrar al gobierno de sus Estados, agotaron nuestros tesoros y al par que nos empobrecieron, nos desangraron. España, á la muerte de los Reyes Católicos, más que nunca necesitaba un monarca nacido y educado en esta tierra, genuinamente español, que dedicara su atención á fomentar el trabajo, á desarrollar la riqueza pública, y hacer á la nación fuerte y respetable. Todo lo contrario era é hizo el gran Carlos: mucho de esto hubiera podido hacer Felipe.

Al llegar á este periodo, no sin respeto se detiene el historiador á contemplar esa austera figura que tan hábilmente reprodujo el pincel de Pantoja. Su rostro glacial, apenas animado por unos ojos azules y fríos refleja una alma dura, la serenidad engendrada por la idea de un poder omnímodo; la frente alta y despejada acusa inteligencia; los labios estrechos y cerrados, tenacidad. Hé aquí el hombre acerca del que más contradictorios pareceres se han emitido, el rey calumniado y ensalzado, aquel de que más se ha escrito y que más difícil es conocer: rey ideal para unos, verdadero demonio para otros, enigma para todos, pues con él han desaparecido muchos datos con que poder juzgarle (1). Imposible formarse de él idea sino es acudiendo á su correspondencia, á los documentos existentes de su tiempo, y estudiando luego atentamente sus actos: ni en los historiadores ó cronistas de su reinado, ni en las apasionadas obras escritas en época posterior, pueden hallarse datos que esclarezcan ciertas dudas. Más aun así y todo, y haciendo las reservas más favorables á su memoria, no resulta la figura de Felipe totalmente libre de sombras. Y sin embargo, hay especial empeño por parte de una escuela en presentarnos á Felipe II como el prototipo de un rey, como que al abonar sus actos hace la apología de todo un sistema político-religioso, y evocando el fantasma de nuestro ficticio poderío político, traer á cuento nuestras victorias, el apogeo de nuestra literatura y la alta idea que presidía á nuestra dominación. Un espíritu de sistemática contradicción mal velado por lo que se llama rancio españolismo, ha contribuído no poco á que prevaleciera aquel criterio; y de este modo al Felipe II que contra negros colores nos han pintado los extranjeros y algunos escritores españoles, le reemplaza una figura de colosales proporciones, digna en verdad de pedestal altísimo. Trasunto fiel es esto del estado en que se encuentran las opiniones en esta época de perturbación; mas precisamente á causa de tal división de pareceres se hace más difícil conservar la serenidad de juicio.

Juzguemos ante todo al político y juzguémosle como á tal, prescindiendo de nuestras preocupaciones de época.

Heredó Felipe, con extensos dominios, múltiples y gravísimas atensiones; una nación debilitada y pobre, Estados diseminados en los que germinaba el deseo de la independencia, colonias separadas por inmensos mares; y con esta herencia recibió la tradición católica de su padre que le imponía el deber de mantenerse al lado de la Iglesia, como á su verdadero defensor. Él, educado en España con educación eminentemente católica y representante de una nación empeñada en ser la hija predilecta del catolicismo, si venía obligado por aquella tradición á presentarse como adalid de esta creencia, por su celo ferviente, por sus convicciones profundas, por el sentimiento religioso que animaba á nuestro pueblo, creyóse en el deber de sacrificarlo todo, aun la propia sangre, al triunfo de aquellos dogmas sin los cuales estimaba en poco la corona. Y esto por sí solo constituyó ya el más terrible de los males; porque las naciones necesitaban á su frente no á sectarios más ó menos ilustres, sino á políticos de miras elevadas y generalizadoras, hombres conocedores de su época, que se impongan á las pasiones de las masas y den el justo valor á los hombres y á las cosas para utilizar unos y otras con ventaja al fin único que deben proponerse; la grandeza y la prosperidad de su patria. Por desgracia era aquel siglo, á pesar de su grandeza, un siglo de lucha, de fanatismos, de odios y de preocupaciones; la pluma y la espada se esgrimían á la par; el puñal del sicario y la espada del verdugo servían por igual á los poderosos; y en tal caos de ambiciones y de rencores, difícil era conservar serena la cabeza cuando tan violentas pasiones movian el corazón. Felipe venía obligado á combatir, no tanto por la integridad de sus dominios, cuanto por el tri-

(1) «Poseemos, escribía el Sr. Lafuente en la introducción á su Historia, copia de un codicilo en que mandó fuesen quemados sin ser leídos los papeles tocantes á negocios terminados, y especialmente de difuntos.»

triunfo del catolicismo, de que se declaró decidido campeón; y al hacerlo no vaciló en herir el sentimiento nacional de una parte de sus Estados, ni en arruinar á nuestro propio país. Sostúvose el honor de nuestras armas; pero ¡á qué costa! y sobre todo ¿qué resultados se obtuvieron á la postre? El afán y los esfuerzos de treinta y ocho años por dominar en Francia, nos costó millares de hombres y millones de ducados, para venir á firmar un tratado como el de Vervins; nuestros sacrificios en Flandes no consiguieron evitar la pérdida de algunas provincias, quedándonos sólo con



El conde de Egmont (Grabado de Iode)

el ruinoso protectorado de los restantes. A mayor abundamiento, Felipe II, por la especial situacion de sus disgregados dominios, por la escasa trabazón de los mismos reinos que componían la nación española, por el antagonismo de las razas que la poblaban, por su pobreza y debilidad real, después de largos años de guerras y de aventuras; hallábase en desventajosas condiciones para sostener lucha tan obstinada y tenaz. Y esto cuando precisamente pesaban sobre él múltiples y graves problemas, cuando amenazaba el turco por el Mediodía, el francés por las fronteras de Italia y los protestantes por el Norte; cuando reunidas en son de cruzada los partidarios de la Reforma desafiaban á esta nación cuya grandeza aun asombraba, precisamente porque se ignoraba su debilidad.

Se necesitaba á la sazón ser gran político y gran guerrero para salir favorecido en tal contienda;

se necesitaba ser un nuevo Carlos V; y Felipe ni era un guerrero, ni podía tener las miras profundas y generalizadoras, astutas si se quiere, del político, tal como debe éste calificativo entenderse: se lo impedia su catolicismo. No es que careciese de inteligencia recta y despejada, aunque no tan profunda como viene suponiéndose; es que daba á su papel un doble valor, y perdiéndose en detalles insignificantes, sacrificaba inteligencia y tiempo á sucesos baladíes: impedíale su carácter caviloso elevarse sobre los hechos para dominarlos de una ojeada, y carecía de la intuición poderosa que caracteriza á los hombres de talla. Era más que un talento, un carácter. La idea del absolutismo prevaleció en él como en su padre, pero más sinceramente aliada á la idea católica; su educación y sus aficiones influyeron en ello; así que vino por este concepto á ser la antítesis de Carlos, hombre de su época, que si desconocía nuestros usos, en cambio conocía á fondo las ideas y los hombres de diferentes pueblos y estaba dotado de miras más elevadas, de sentimientos más expansivos. Carlos se distinguía por su diligencia, Felipe por su lentitud; aquél tenía el don de gentes, gran tacto y admirable energía; éste era suspicaz y caviloso, tardo en resolver, y si no le superaba en energía, tenía mucha más tenacidad. Pero en cambio la actividad que aquél desarrollaba en los campos, la desplegaba éste en el gabinete. «Cualquiera que recorra el último periodo de su reinado en el Archivo de Simancas, dice Aparici, se pasmará de ver lo que puede trabajar un hombre y un rey, en medio de la córte y de sus etiquetas. En los veintiseis últimos años de su vida apenas se encuentra documento que no esté enmendado, adicionado ó decretado de su puño, sin exceptuar las minutas y despachos. Son de su pluma todos los decretos de las consultas de los diferentes Consejos, las contestaciones marginales á los billetes de los Ministros ó Secretarios, dándoles cuenta de los negocios; y toda la firma, pues ni usaba estampilla, ni los Ministros ó Secretarios comunicaban entonces las órdenes en nombre de S. M. como ahora. Puede decirse que saldría ordinariamente á más de quince pliegos de escritura diaria en todos ramos, teniendo en la imaginación hasta las más pequeñas incidencias.»

Tanta aplicación y laboriosidad no siempre se consagraban á graves asuntos de Estado; pues Felipe, *Providencia* de sus súbditos, redactaba minutas sobre asuntos fútiles, tenía que inquirir como Dios la vida privada de éste, ó de aquel obispo, y perderse en un laberinto de pequeñeces indignas de quien regía monarquía tan poderosa. Por eso dice muy atinadamente el escritor antes citado que aquella laboriosidad burocrática «si bien laudable en un hombre de Estado, pudo ser tal vez perjudicial en un rey que poseía tantos dominios colocados á tanta distancia unos de otros, pues si Felipe II hubiese tenido los arranques de su padre y aquel espíritu caballeresco y valiente que tanto distinguió á Carlos V, quizás la monarquía no hubiera ido decayendo insensiblemente desde entonces.» Y ahora permítasenos esta pregunta ¿Qué hubiera sido de la grandeza militar y política de este reinado si Felipe no cuenta con guerreros de la talla del duque de Alba y de Alejandro Farnesio? Posible que fuera uno de los más desastrosos y funestos; y aun así y todo, el prudente Felipe esterilizó los esfuerzos de este último caudillo y derrochó sangre y tesoros por el funesto empeño de hacer causa común con la Liga francesa. Felipe tuvo la suerte de encontrar hombres de valía en los momentos oportunos, y esto le evitó grandes desastres; también tuvo la fortuna de encontrar una España acostumbrada á obedecer ciegamente al soberano, y á la que concluyó de habituar al despotismo; una España que le procuró cuantos tesoros exigía para conservar la integridad de su Estados de Flandes y con ellos algunos millares de almas al catolicismo; y gracias á ello salió en parte algún tiempo con su empeño; por último, tuvo la dicha de llegar á ser rey de una nación hermana, á la que no supo atraer, pero á la que por el momento dominó; sus capitanes triunfaron en Italia y en Francia, sus marinos descubrieron nuevos países; la literatura floreciente realzó su reinado con admirables monumentos; y aquel hombre pudo envanecerse de regir una nación fuerte en apariencias, y por lo tanto respetada, grande y gloriosa, por más que á sus grandezas debiera el germen mortal que la arrastró á funesta decadencia.

No vayan nuestros lectores á creer que al juzgar este célebre Rey, hacemos abstracción completa de su tiempo; precisamente porque tenemos en cuenta las graves dificultades que le rodeaban, nuestro juicio no puede ser totalmente desfavorable. Y es más, aun condenando no pocas veces al

político, haremos justicia al hombre, que para nosotros no era un monstruo, pero sí un fanático. Considerámosle dotado de convicciones profundas, de inteligencia clara, de ideas estrechas, de carácter suspicaz y caviloso, terco é inquebrantable y de corazón poco propenso á los afectos ni á las pasiones. Tenía algunas dotes para ser regular político y aun excelente monarca: reserva, poco apego á los hombres y á las cosas, mucha penetración, gran disimulo, prodigiosa memoria y asombrosa laboriosidad (1); cualidades que oscurecían su gran lentitud en el obrar, su recelo y su obstinación, su falta de generosidad y su escasa elevación de sentimientos, y aun su doblez, que amparaba con las exigencias de Estado y los deberes de Religión. ¡Quién sabe si los sinsabores de su vida privada agriaron un tanto aquel carácter en apariencia inalterable y frío! ¡quién sabe si secreta enfermedad influyó en sus ideas y alteró sus facultades en el periodo de su vejez! Su raza, que produjo hombres tan extraordinarios como Carlos V y D. Juan de Austria, propendía á la neurosis, y manifestaba ya marcadísima degradación en los retoños de Felipe II. Por temperamento como por educación, por ideas como por costumbres, hombre tal estaba llamado á gobernar solo, á ser un verdadero rey absoluto; por la idea que tenía de su cometido, á combatir á cuantos se opusieron al dominio católico; por la especial situación en que se hallaba, á luchar sin tregua, no tanto para imponer estos dogmas á sus súbditos revoltosos de Flandes, cuanto para hacerlos prevalecer en Europa. Comprendió que entonces se resolvía en Europa un gran problema político-religioso y se empeñó á toda costa en darle la solución católica.

Era aquella la hora en que los gérmenes del protestantismo se desarrollaban vigorosísimos en Alemania y en Inglaterra, y Felipe, cuyos Estados de Flandes ofrecían campo abierto á la propaganda reformista, favorecida por la imprenta y el comercio y por la situación geográfica de los mismos, veíase en el caso de adoptar medidas para poner coto á tales influencias. Si hemos de expresarnos más gráficamente, diremos que Flandes era un miembro grangrenado ya de la monarquía española; un miembro que convenía amputar, pero del que España no podía desprenderse sin mengua y sin perjuicio notorio. Nos atreveríamos á decir que fué un legado funesto, como lo hubiera sido la corona imperial en las sienes de Felipe, como lo fueron los sangrientos odios con los monarcas franceses. Felipe, rey católico por convicción, continuador de una tradicion católica y representante del pueblo más católico del mundo ¿qué otra cosa podía hacer que imponer este sistema á todos sus súbditos? Esto tenía fatalmente que ser y esto fué; porque por añadidura el protestantismo era un ataque, no ya sólo á las doctrinas religiosas, sino al fundamento mismo de su poder político. Y sin embargo; aun admitiendo tales consecuencias, dadas aquellas premisas, convendremos en que Felipe anduvo poco acertado en lo de Flandes; en primer lugar por no

(1) Altamente interesantes, en cuanto pintan el carácter del monarca, son los siguientes párrafos copiados de una *Relación de las cosas de España*, leída en el Senado veneciano por el embajador de aquella república Leonardo Donato, quien fué nombrado para tal cargo en 1570 y escribió la citada relación en 1573.

ALCUNI PROPRI PARTICOLARI DEL RE DI SPAGNA

Il re negozia volentieri con polizze, e lo fa perche non ama di trattar con molti, e perche è prontissimo nello scrivere che qualsivoglia segretario.

Vede tutti i fatti suoi e sa tutto.

Si dice che abbia la malattia di suo padre, cioè la suspicione.

Di tutto si contenta, per quello che tocca alla propria persona.

Legge con una candela apresso il letto alcune ore innanzi che dorma.

Non s'adira, o mostra di non adirarse mai.

Il re coll' esempio suo ha introdotto molta modestia nella corte.

Il re quasi mai non parla con i suoi della camera.

In tante udienze avute dal re in tempo di tanta importanza, con avvisi de progressi dell' armata turchesca, di perdite di città ec., mai mi è stata fatta da S. M. pur una interrogazione, ma solamente udiva e rispondeva sobriamente alle esposizione.

Pare che il re si occupi in molte minuzie che levano il tempo per le cose maggiore.

Suol dire d' esser stanchissimo d' esser re.

Il re, per detto commune, è assai sospettoso, e dicono i suoi propri servitori: *De la risa al cuchillo del rey hay dos dedos*.

Travaglia con tanta assiduità, senza prendersi ricreazione, che non è officiale alcuno del mondo, per assiduo che sia, il qual stia tanto nell' officio suo come S. M. Così dicono i suoi ministri, e pare che sia vero.

Dicono i suoi ministri che la sua intelligenza è così che non sa, pure che non veda.

Il suo segretari gli scrivono lasciando tanto di margine quanto è lo spazio dove scrivono, acciochè il re, secondo il suo costume, possi capo per capo rispondere quanto gli piace.

haber acudido en persona á estudiar el estado de este país y procurar á su remedio; en segundo lugar por el mal empleo que hizo de los hombres á quienes confió el gobierno y por las oscilaciones que éste sufrió á consecuencia de los cambios en la política de los gobernantes, y por último, por no haber previsto á tiempo el desenlace desdichado de estas guerras. Por eso hemos dicho que si se le respeta como hombre de convicciones arraigadas, no por eso hay que admirarle sin reserva como político, que no podía serlo el hombre que jura ante un crucifijo no querer ser rey de los *que niegan á Dios;* y esto cuando precisamente le aconsejaban sus teólogos que en caso extremo podía conceder á los de Flandes la libertad de creencias (1).

No repugnan estos arranques cuando son sinceros; esto revela mucha grandeza de alma; pero para resolver los graves problemas de la época no se necesitaba el celo, la abnegación de un creyente, sinó un talento que abarcara desde punto culminante los problemas de la época, problemas que no tanto eran políticos como religiosos, es muy cierto, pero que requerían gran perspicacia y superior intuición, cuando menos aquella habilidad de que daban ejemplo los mismos políticos romanos. Y no es tampoco que dejaran de emplearse en este trance los más varios recursos, pero fué con tan poco acierto como fortuna. Convenía mandar á Flandes un hombre enérgico y templado, y Felipe mandó al duque de Alba; era indispensable mantener á éste, y el Rey le sustituyó en hora mala; cuando no debían distraerse las fuerzas que operaban en Flandes, Felipe las manda á Francia y destruye todo lo que realizó Farnesio; y si descabellada es tal empresa, más descabellada aun es la de atacar á Inglaterra y de atacarla con los elementos de que para ello disponía el rey. Así se esterilizaron los esfuerzos de nuestros hombres de guerra, así se arruinó nuestro tesoro, así perdimos á centenares nuestros hijos. Mas ¡qué importa! «Lo que verdaderamente admira, exclama un escritor de la secta, es el espectáculo de un pueblo que no por sus intereses materiales, sino contra sus intereses desciende solo al palenque para romper lanzas en pró de una idea contra todo el mundo conjurado.» Este fué el papel de España en la segunda mitad del siglo XVI; esta fué la causa de nuestra ruina; pero, pues es ella tan gloriosa, no debe dolernos poco ni mucho. Quédense otros con la prosperidad y la grandeza política; á los españoles nos basta y sobra con los recuerdos!....

Concluyamos. Hijo fué de su época D. Felipe, pero no fué superior á ella; por eso no alcanzó á levantar el nivel moral de su pueblo embrutecido por el *nacional* espectáculo de las quemas de herejes, excitado, fanatizado por místicos y taumaturgos, empobrecido y enfermo, aunque pagado de sus falsos oropeles. Lejos de ello, fué el monarca que más profundamente selló ese fanatismo; la figura que por decirlo así simboliza esta grave perturbación de ideas y de sentimientos. La historia le ha absuelto ya de supuestos crímenes, pero no puede perdonarle su conducta recelosa con el insigne D. Juan de Austria, la impolítica muerte de Horn y Egmont, los asesinatos de Montigny y del secretario Escobedo; su actitud equívoca en el proceso de Carranza y su loco empeño en sacrificar nuestros soldados por el afán de sostener al partido católico en Francia. Alábenlo cuanto quieran los escritores de cierta escuela; el historiador imparcial, haciendo justicia al hombre, sabrá apreciar la talla del político. Y después de juzgarle como á hombre y como rey, encontrará menos fundados los elogios al consignar como resultados de tantas combinaciones y luchas, la paz de Vervins, el ruinoso protectorado de Flandes, nuestro Erario exhausto, el espíritu público abatido, en decadencia las letras, la marina arruinada, y nuestra patria flaca y despoblada por la guerra y el escandaloso desarrollo de la vida religiosa; que esto dejó en herencia el católico y prudente D. Felipe.

(1) «Y así podréis certificar á su Santidad, escribía á su embajador en Roma D. Luis de Requesens, que antes que sufrir la menor quiebra del mundo en lo de la religión y del servicio de Dios, perderé todos mis Estados y cien vidas que tuviere, porque yo *no pienso ni quiero ser señor de herejes*... y si no se puede remediar todo como yo deseo sin venir a las armas, estoy determinado a tomallas, y ir yo mismo en persona á hallarme en la execución de todo, sin que me lo pueda estorbar ni peligro, *ni la ruina de todos aquellos países, ni la de todos los demás que me quedan*, á que no haga lo que un príncipe cristiano y temeroso de Dios debe hacer en servicio suyo.»

En esta carta se refiere Felipe II al perdón ofrecido en su nombre por la Regente a los sublevados de Flandes, de cuya resolución protestó sin embargo en secreto y por medio de acta en la que manifiesta no obraba *espontáneamente* y en completa libertad, ya veremos como Felipe II cumplió lo prometido, si bien no llegó á realizar su anunciado viaje á Flandes. Este documento pinta desde luego la doblez y la tenacidad del tan ensalzado rey.

II

¿Quién podía soñar que la primera guerra de su reinado debía sostenerla Felipe con el padre común de los fieles? Y sin embargo, un anciano que acababa de ceñir la tiara pontificia, hombre que como muchos de sus antecesores en la silla de Pedro, pagó gran tributo al nepotismo, achacoso ya y próximo á hundirse en la tumba, fué quien, guiado por sus odios de familia, preparó aquella lucha, en la que bien á su pesar tomó parte el católico Felipe. Paulo IV, que así se llamaba este Papa, y su sobrino Caraffa influyeron poderosamente en la córte de Enrique II de Francia, donde prevalecían los belicosos Guisas, y gracias á los manejos de éstos y de la amiga del monarca Diana de Poitiers, arrastraron al rey á esta nueva aventura. Y eso sin tener para nada en cuenta lo pactado en Vancelles el año anterior con el emperador Carlos V.; es decir, la larga tregua, durante la cual ambos conservarían lo que respectivamente habían adquirido. Pero Paulo IV, fingiendo que aprobaba esta tregua, mandó á Francia á su sobrino en clase de nuncio, aunque con la secreta mira de incitar al rey de Francia á la guerra; y tan hábilmente manejó Caraffa las armas de la intriga en aquella corte dividida por las pacialidades, que el monarca, desoyendo los prudentes consejos de Montmorency, no vaciló en venir á un acuerdo con el Papa. En su consecuencia se convino que Guisa invadiría la Italia con un cuerpo de tropas respetable, y que en unión con las pontificias, atacaría el reinado de Nápoles y, sojuzgado éste, el Milanesado. En esta confederación no entraron otros príncipes ni Estados, que el de Ferrara; así es que, muy poco podían prometerse de ella sus autores.

Hechos ya los preparativos, Paulo IV tuvo la audacia de fulminar el anatema contra Felipe II, declararle desposeído del reino de Nápoles y poner preso al embajador español: actos estos que obligaron á Felipe á emprender la guerra; empero, antes hizo reunir una junta de teólogos y jurisconsultos con objeto de averiguar si le era lícito combatir al Papa: y como la respuesta fuese afirmativa, dió seguidamente orden al duque de Alba, su virey en dicho reino, para que tomara la ofensiva, antes que los franceses pisaran aquella península. No creía, sin embargo, Felipe que á tanto se atrevieran éstos, mientras durara la tregua pactara con Francia; sin embargo cuidó de mandar á Yuste un enviado para pedir al Emperador que dejase su retiro y se pusiera al frente del ejército. Carlos no accedió; pero en cambio ayudó grandemente á salir de sus apuros al Rey. Contaba éste con cinco millones de ducados que creía existentes en la Casa de Contratación de Sevilla; pero cuatro y medio habían desaparecido; el Erario se hallaba sin fondos y el envío de metálico era urgente. El Emperador no se mostró en esta ocasión menos cuidadoso de los asuntos políticos que su hijo. Apeló á un préstamo voluntario, recurrió á los grandes, á los prelados, á las universidades; negoció con los banqueros; gravó con altos impuestos al comercio de lanas, y gracias á ello pudo auxiliar oportunamente al duque de Alba y socorrer muy luego á su hijo Felipe que regresaba de Lóndres á los Países Bajos. Tales apuros económicos pintan en los más vivos colores cual era el verdadero estado de nuestra patria.

Al recibir las órdenes de su soberano para abrir la campaña, el duque de Alba organizó con la mayor presteza un escogido cuerpo de 12,000 soldados, 500 caballos y 12 cañones, con los que se propuso invadir con la mayor rapidez los Estados del Papa y cubrir los principales caminos de la capital del orbe cristiano. Antes de ejecutarlo dirigió sin embargo una carta al Pontífice, carta no tan respetuosa como correspondía á un católico, pero muy justificada si se tiene en cuenta la inicua conducta seguida por Paulo IV (1). Esta carta colmó la indignación del Papa, que insultó al que hizo su entrega y aun quiso maltratarle de obra. Desde aquel momento comenzó la guerra.

(1) He aquí este notable y curiosísimo documento, copiado del Tomo II de la *Colec. de Document. inéd.*, en el que figura íntegro: [illegible]

Concentró el de Alba sus tropas en San Germano, y desde allí se lanzó sobre las plazas fronterizas. Corto era en verdad su ejército para hacer frente al que pudiera venir de Francia, pero en sus filas figuraban caudillos como Vespasiano Gonzaga, Marco Antonio Colonna y el duque de Pópoli; la nobleza y el pueblo napolitano le eran adictos; y por de pronto los franceses no contaban con muchos aliados ni partidarios en Italia. A medida que avanzaba el español caían en su poder las plazas de menos importancia, y muy en bréve se hizo dueño de todas las de la frontera, incluso Agnani, que después de sostener un asalto, fué abandonado por sus defensores. Allí se hizo dueño de gran provisión de trigo, y sin pérdida de tiempo avanzó por la campiña romana, sembrando con su aparición el espanto en la capital.

mismos que yo envié á representar á Vuestra Santidad, con el conde de San Valentín. Y porque las respuestas de V. S. no son tales que basten á justificar y excusar lo hecho, no me ha parecido necesario usar de otra replica, mayormente habiendo V. S. despues procedido á cosas muy perjudiciales y agravios muy pesados, que muestran abiertamente, no sólo que no hay ánimo verdadero para fiar de las palabras de V. S., cosa que en el hombre más bajo se tiene por infamia, sino también que sea tal la voluntad é intención de V. S. Y porque V. S. me quiere persuadir á que yo deponga las armas, sin ofrecer por su parte ninguna seguridad á las cosas, dominios y estados de S. M. C. mi señor, que es lo que solamente se pretende, me ha parecido, por mi postrera excusación y justificación de mi paciencia y razón, enviar con ésta á Pirro de Lodofredo, caballero napolitano, para hacer saber á V. S. lo que por otras mías algunas veces he hecho, y es, que siendo S. M. Cesárea y el rey Felipe, mis señores, obedientísimos y verdaderos defensores de la Santa Sede Apostólica, hasta ahora han disimulado todo lo posible y sufrido con inusitable tolerancia todas las gravísimas y continuas ofensas de V. S., cada una de las cuales ha dado ocasión de resentir de la manera que convenía, habiendo V. S. desde el principio de su pontificado comenzado á oprimir, perseguir y encarcerar y privar de sus bienes á los buenos servidores, criados y aficionados de SS. MM. mis señores, y habiendo después solicitado e importunado príncipes, potentados y señoríos de cristianos para hacerlos entrar en la liga consigo para daño de los estados, dominios y reinos de SS. MM., mandando tomar sus correos y de sus ministros, quitándoles sus despachos y abriendo los que llevaban, cosa, por cierto, que sólo los enemigos la suelen hacer, pero nueva y que causa horror á todo el mundo, por no haberse jamas visto practicado por un pontífice con un rey tan justo y católico como es el mío, y cosa, en fin, que V. S. no podrá quitar de la historia el feo lunar que causará á su nombre, pues ni aun la pensaron aquellos anti-papas cismáticos, que les faltó poco ó nada para llenar de herejías la cristiandad...

»Demás de esto, V. S. ha hecho venir gente extranjera en las tierras de la Iglesia, sin poderse conjeturar otro fin de esto que el de una dañada intención de querer ocupar este reino (el de Napoles); lo cual se confirma con ver que V. S. secretamente ha levantado gente de á pié y de caballo, y enviado buena parte de ella á los confines; y no cesando de su propósito, ha mandado tomar en prisión y atormentar cruelmente á Juan Antonio de Tarsis... inhumanidad, sin duda, mas natural de un tirano que de un santo pastor. Y aun no contento ni satisfecho el cruel ánimo de V. S., ha encarcerado y maltratado á un hombre como Garcilaso de la Vega, criado bueno de S. M., que había sido enviado á V. S. á los efectos que bien sabe... Todo lo cual, y otras muchas cosas, como está dicho, se han sufrido más por el respeto que se ha tenido á la Santa Sede Apostólica y al bien público que no por otras causas, esperando siempre que V. S. hubiere de reconocerse y tomar otro camino...

»Empero, viendo que la cosa pasa tan adelante, y que ha permitido V. S. que en su presencia el procurador, abogado y fiscal de esa Santa Sede, hayan hecho en consistorio tan injusta, inicua y temeraria instancia como la de que el rey mi señor fuese quitado del reino, aceptándolo y consintiendo V. S. con decir que lo proveería á su tiempo... habiendo V. S. reducido últimamente a S. M. en tan estrecha necesidad, que si cualquiera muy obediente hijo, fuese desta manera de su padre oprimido y tratado, no podría dejar de se defender y le quitar las armas con que le ofender quisiere; y no pudiendo faltar á la obligación que tengo como ministro, á cuyo cargo está la buena gobernación de los estados de S. M. en Italia, ni aguantar más que V. S. haga tan malas fechorías y cause tantos oprobios y deshonores á mi rey y señor; faltándome ya la paciencia para sufrir los dobles tratos de V. S., me será forzado, no sólo no deponer las armas como V. S. me dice, sino proveerme de nuevos alistamientos que me den más fuerzas para la defensión de mi dicho rey y señor y de estos estados, y aun para poner á Roma en tal aprieto que conozca en su estrago se ha acallado por respeto, y se sabe demoler sus muros cuando la razón hace que se acabe la paciencia...

»Por todo lo cual, lo justo y provechoso que es este medio propuesto (a), pues V. S. ha sido creado pastor que guarda las ovejas, no lobo hambriento que las destroce, y aunque es tan altísima su dignidad, es únicamente dirigida á mantener la Iglesia en paz, no á querer hacer papel en el teatro del mundo en cosas puramente suyas, *ni V. S. tiene facultades para dar ni quitar coronas ni reinos*; me protexto á Dios, á V. S. y á todo el mundo, que si V. S. sin dilación de tiempo no quiere quedar servido de hacer y ejecutar cada parte y todo lo sobre dicho que se reduce únicamente á que no sea ni quiera ser padrastro de quien debe ser padre, yo pesaré con toda ligereza, y sin que después sirvan respetos humanos, el modo de defender el reino á la majestad del rey mi señor, en aquellas mejores maneras que pudiere; que siendo así, creo y espero en el favor divino no ha de ser nada próspero á V. S., pues verá, como le prometo en nombre de mi rey y señor y por la sangre que hay en mis venas, titubear a Roma á manos del rigor; y V. S., aunque entonces será tambien respetado como ahora, no podrá librarse de las fúrias y horrores de la guerra, ó tal vez de las iras de algún soldado notablemente ofendido de las acciones fieras que con bastantes ha hecho V. S.; y cuando mejor libre, no perderá la fama eterna en el mundo de que abandonó su iglesia para adquirir dominios para sus deudos, *olvidándose de que nació pastor y se convirtió en lobo.*

»De todo lo cual doy á V. S. aviso para que resuelva y se determina á abrogar el santo nombre de padre de la cristiandad y no de padrastro, advirtiendo de camino á V. S. no dilate de me decir su determinación, pues en no dármela á los ocho dias, será para mí aviso de que quiere ser padrastro y no padre, y pasaré á tratarlo, no como á esto, sinó como a aquéllo. Para lo cual, al mismo tiempo que esta escribo, dispongo los asuntos para la guerra, ó, por mejor decir, doy las órdenes rigorosas para ella, pues todo está en terminos de poder enderezar á donde convenga; y los males que de ello resultasen, vayan sobre el animo y conciencia de V. S., pues en su mano está elegir el bien ó el mal, y si éste abraza será señal de su pertinacia, y Dios dispondrá su castigo...

»De Nápoles á 21 de Agosto de 1556. Santísimo Señor. — Puesto está á los santísimos pies de V. S. su más obediente hijo. *El Duque de Alba.*»

(a) Que no se ofendiera al Rey de España, ni en Nápoles, ni en ningún otro de sus dominios, quedando en hacer por su parte lo propio el Duque, á nombre de su soberano.

A pesar de haber dispuesto el Papa que Roma se aprestara para resistir, inclinóse en aquel instante á entrar en tratos con el Duque; sin embargo, sus comisionados no acudieron á la entrevista acordada, y éste prosiguió la campaña, haciendose dueño de Tivoli, Vicobaro, Frascati, Albano y otras poblaciones, sin que consiguieran impedírselo los movimientos efectuados por las tropas pontificias por los Abruzzos y las llanuras romanas. Su objeto era aislar por completo á Roma, y para realizarlo cumplidamente puso sitio á Ostia, plaza de verdadera importancia militar, pues hallándose enclavada en la costa y facilitando por consiguiente las comunicaciones por mar con Nápoles, procuraba también á Roma buena parte de sus recursos. Se comprende, pues, que

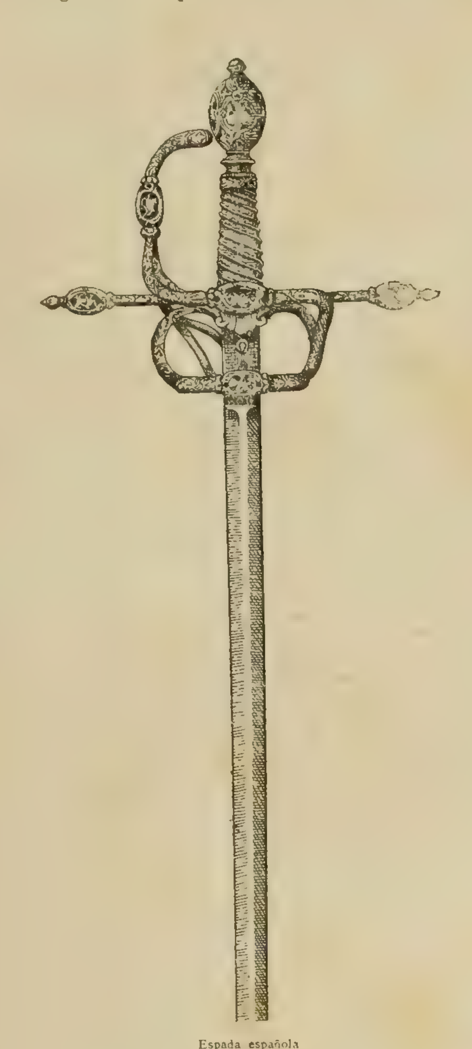


Infantería española — Piquero

no descuidara el enemigo su defensa; y en efecto, había reforzado su guarnición el general pontificio Pedro Strozzi, que se mantenía á corta distancia de ella con su ejército. Por eso, sin duda, el duque de Alba, al llegar junto á sus muros, cuidó muy especialmente de atrincherar su campo, mandando al propio tiempo se construyera una gran torre junto al Tíber, que allí desemboca: seguidamente ordenó acometer una de las puertas de la ciudad, y como no consiguiera su objeto, plantó sus baterías y logró destrozar los muros y obligar á los defensores á retirarse al castillo. Pero en la expugnación de éste la fortuna no protegió á los españoles. Rudo y empeñado fué el ataque. Después de haber cañoneado algunos días las murallas, quedó abierta la brecha; y cegado el foso avanzaron con escalas los soldados italianos y alemanes conducidos por el valiente Vespasiano Gonzaga. Con paso rápido cruzó aquella tropa el espacio que la separaba del muro; mas llegada á pocos pasos de él, una lluvia de proyectiles sembraba en sus filas la confusión y la muerte, lo que no

impidió por eso que se intentara por dos veces la escalada. Todo fué en vano, pues por una y otra parte se luchó con entereza, aunque no con fortuna para el asaltante.

Al siguiente día brindáronse los españoles á dar el asalto y no con más suerte. El capitán Acosta consigue sólo llegar junto á la brecha y se repite la terrible escena del día anterior, viéndose obligado el duque de Alba á ordenar á los atacantes la retirada. Mas cuando precisamente era de presumir una resistencia tenaz y prolongada, después de la ruda prueba sufrida, sucedió que, desesperanzada la guarnición de recibir socorro, se rindió á nuestras tropas. Y entonces el Duque, libre ya de enemigos á su espalda, hizo que su caballería avanzase hasta los muros de la ciudad eterna.



Espada española

Era llegado el momento de dar una dura lección al ambicioso viejo promovedor de esta injustísima guerra; y bien comprendió Paulo IV las tristes contingencias á que podía verse expuesto, precisamente cuando aun no se había borrado de la mente de los romanos el recuerdo del terrible asalto de 1527. En este trance no vaciló en pedir un armisticio, armisticio que con grave perjuicio para él tuvo que conceder el Duque, bien fuera obedeciendo á órdenes reservadas de Felipe, bien por falta de recursos. A consecuencia de esto, dejó guarnición en las plazas fronterizas del reino de Nápoles y en las pontificias que acababa de someter, y retiróse á la capital de dicho reino.

Esta tregua ha sido apreciada de muy distinto modo por los historiadores, opinando algunos, por cierto con muy poco fundamento, que fué un error, en el sentido de que Roma hubiera caído en poder del Duque. Este hubiera sido su primer contratiempo. ¿Qué hubiera ganado el duque de Alba en ocupar á Roma, no contando ni con suficientes tropas, ni, lo que es peor, con los necesarios recursos metálicos? Diseminar sus fuerzas y dar lugar á escenas como las de 1527. Y eso cuando aun ignoraba el número de tropas y elementos de que disponía el francés, cuando podían constarle de sobra los escasos obstáculos con que tropezaría en el Milanesado. Distraídas con la ocupación de Roma y las demás plazas buena parte de sus fuerzas veteranas, el reino de Nápoles quedaba expuesto á cualquier ataque, y por otra parte él á su vez aislado, si el enemigo lograba interceptar su línea de operaciones. Por todos estos motivos, es de aplaudir la conducta del duque de Alba.

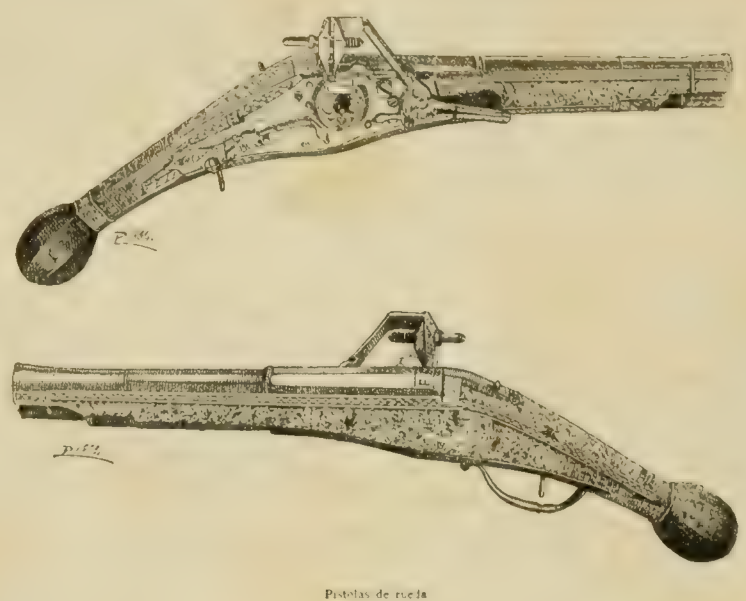
¿Qué hacían entre tanto los franceses? Faltando abiertamente á lo pactado, Enrique II, al que los Caraffas pintaron sumamente propicia para él la situación de Italia, organizó dos ejércitos, con los que, al empezar la primavera de 1557, invadieron, respectivamente, Guisa la Italia, y Coligny los Países Bajos, precisamente cuando Felipe II se hallaba sin gente, sin armas y sin dinero. El duque de Guisa era un general ilustre que podía competir dignamente con nuestro Alba; su ejército se componía de 12,000 infantes, en su mayor parte suizos, 1,200 hombres de armas, 1,200 caballos ligeros: fuerzas estas que, unidas á las que, en el Piamonte mandaba el francés Brissac y á las que procurase el Papa, eran muy superiores en número á las españolas. Si se tiene en cuenta las muy



E. Valestret, Editor *Lit. Mirallet*

ARMADURA ECUESTRE DE FELIPE II

escasas que guarnecían el Milanesado y la falta de un general experto que asumiera en esta región el mando político militar, dividido entre tres personas faltas de dotes de gobierno, no es de extrañar que el habil movimiento efectuado por el duque de Guisa, abriendo paso á su ejército en pleno invierno á traves de los Alpes, tuviera un exito completo. Además de cometer los gobernadores del Milanesado gravísima falta en no impedir el avance del enemigo, ó en debilitarle, acosándole constantemente, no fué menos imperdonable la de no hacerle frente en lás márgenes del caudaloso rio Po, apoyados en las plazas fuertes de esta importante linea. El duque de Guisa, capitán inteligente y activo, sabe sacar partido de esta falta, ataca y rinde algunas plazas de poca importancia, cae sobre Valence, llave del Po, que se hallaba colocada á la izquierda de su ejército y de la que no sin empeñada lucha se apodera, y libre ya de enemigos á su espalda, cruza rápidamente el



Pistolas de rueda

Milanesado y el ducado de Parma, no deteniéndose hasta llegar á Ferrara. Débiles los gobernantes españoles para oponerse á estos últimos movimientos, limitáronse á molestar aisladamente al enemigo, mientras el duque de Alba, no contando con suficientes fuerzas para acudir al Milanés, permanecia á la espectativa de los sucesos.

Afortunadamente, como sucedió en las guerras de Italia muchas veces, los confederados no estuvieron acordes en el plan de campaña que se discutió en Ferrara; y el duque de este nombre, que no deseaba distraer sus fuerzas en el reino de Nápoles, y el Papa y su sobrino que anhelaban que cuanto antes se emprendiera su conquista, y el sienés Strozzi que opinaba se invadiera este Estado, y Guisa que manifestaba deseos de establecer una base sólida de operaciones en la Lombardía, antes de lanzarse á otras empresas; contribuyeron con sus opuestos pareceres á que se perdiera un tiempo precioso en estos debates, procurándose tan solo á la postre dar satisfacción al Papa. En cambio los napolitanos, ansiosos de paz, y bien avenidos con la dominación española, ofrecieron su apoyo al duque de Alba y éste pudo apercibirse á resistir con ventaja al enemigo.

Expiró la tregua pactada con Paulo IV, al mismo tiempo que los franceses entraban en territorio pontificio, y se rompieron casi simultáneamente las hostilidades en el Piamonte y en los Estados del Papa. Aquí cayeron en poder de los papales algunas poblaciones de las que Alba conquista-

ra, y entre ellas Ostia; allí, después de hacerse dueños los franceses de Valfonera y de Querarso, hubieron de estacionarse ante los muros de Cluni y después de repetidos asaltos, levantar el cerco. El duque de Alba comprendió entonces que no le sería fácil mantener todas las plazas que recientemente conquistó, contra un ejército superior; así es que acudió á Nápoles para allegar recursos y ordenó á sus tenientes que protegieran las ciudades fronterizas y á los gobernadores de Ostia, Tíboli, Vicóbaro y Agnani que defendieran á éstas con empeño. El duque de Pópoli se encargó de tener en jaque al enemigo con su caballería y el alemán Gaspar Feltz que al frente de 2,000 tudescos acababa de llegar á Italia de vigilar las plazas amenazadas. De aquellas cuatro solo Ostia y Tíboli se rindieron, ésta por necesidad, aquélla por escasa energía de su gobernador; en Vicóbaro entraron por sorpresa los enemigos y acuchillaron á la guarnición; y la misma Agnani estuvo á punto de sucumbir. Con esto casi puede decirse que recuperaron los enemigos todas las plazas conquistadas por los españoles, cuya estrella parecía eclipsarse. Mas, por lo mismo, puso el duque de Alba especialísimo empeño en no dejarse arrebatar la última, portillo abierto en la frontera pontificia; y á este fin mandó allí á Marco Antonio Colonna, con lo que consiguió, no sólo conservarla, sino, lo que era más importante, distraer parte de las fuerzas enemigas por aquel lado.

Avanzando los franceses por la Marca de Ancona hacia la frontera napolitana; una vez salvados los Abruzzos, fácil les era llegar á Nápoles por caminos despejados y expeditos: así que, el de Alba hubo de fijarse muy mucho en las condiciones defensivas de la línea militar formada por las plazas fuertes que defienden el paso de aquellas sierras, lo propio que de las que asientan en Tierra de labor. Muy oportunos fueron, pues, en aquellas circunstancias los auxilios metálicos que le procuró el anciano Emperador, y los refuerzos en soldados que de Silicia, España y Alemania recientemente le llegaron. Distribuídos éstos en aquellas plazas, colocado él mismo con su ejército próximo á la frontera para acudir al sitio de mayor peligro, y observando una prudente defensiva, fácil era suponer que su gran talento militar sacaría partido de la menor falta del enemigo.

Confiando el duque de Guisa en las promesas de los Carraffas, en el cansancio que de la dominación española suponía experimentaban los napolitanos y en la falta de recursos del español, no se había dado gran prisa en emprender las operaciones, bien que por otra parte esperaba que, según lo pactado, reforzaran su ejército cierto número de soldados italianos. Pero si aquellas confianzas no se justificaron, estas promesas sólo en parte se cumplieron; y ansioso de salir de la inacción en que se hallaba, marchó hacia la frontera, señalando sus primeros pasos más allá de la misma con la devastación y el saqueo. Las primeras poblaciones que tomó sufrieron todos los horrores de la guerra, mas lo acontecido en ellas sirvió de ejemplo á las restantes, que á todo trance dispusieron defenderse.

Pasado el Tronto, el ejército aliado se detuvo frente á Civitella, plaza fuerte que ocupaba una admirable posición en escarpada eminencia, pero cuyas obras de defensa eran flacas por todo extremo, bien que supliera con ventaja este defecto la bravura de sus habitantes. Los franceses emplearon algún tiempo en establecer sus líneas y plantar su artillería, y en este intervalo la guarnición fué socorrida y los sitiados construyeron detrás de las murallas sólidos atrincheramientos con objeto de contar con una segunda línea de defensa. Empero costó poco al enemigo abrir brecha en los muros: entonces enmudecieron los cañones y se dió el asalto; acometida enérgica y vigorosamente sostenida, por más que resultara infructuosa. La guarnición fué secundada por todos los ciudadanos, hasta las mujeres empuñaron el azadon y el pico; y tantos cadáveres se amontonaron que el de Guisa hubo de ordenar la retirada. Lluvias torrenciales paralizaron luego los trabajos; mas los franceses no por eso cejaron en su empeño de hacerse dueños de Civitella, empeño loco si se tiene en cuenta, que, aun consiguiéndolo, su ejército quedaría quebrantado y no podría realizar la conquista de Nápoles. Las noticias que les diera un desertor de la plaza les indujo á repetir el asalto, tanto más sangriento cuanto más porfiado; pues con decir que llegaron á las obras interiores, bien se comprenderá fué ruda la pelea y grande la matanza. Un falso ataque distrae por un momento la atención de los defensores, y los franceses logran penetrar en el recinto; sin embargo, los ciudadanos los rechazaron con tal heroismo, que aquellos han de retirarse de nuevo á sus

cuarteles. Desde aquel momento comienzan las disensiones en el campo sitiador; quéjanse los soldados, increpa el duque de Guisa al sobrino del Papa y jefe de los pontificios por los falsos informes que se le dieron, abandona éste el campo, desertan los italianos; y en tanto que esto ocurre al de Guisa, el duque de Alba, al frente de 20,000 hombres, avanza hacia Civitella, y ya en sus inmediaciones manda á D. Lope de Acuña al frente de la caballería para que hostilice al enemigo, lo que efectúa casi al mismo tiempo que repiten los franceses el asalto.

La aparición del duque de Alba y la obstinada resistencia de los sitiados, no menos que el aislamiento en que le dejaran sus amigos, indujeron al de Guisa á levantar su campo y repasar el Tronto, á la vista de los españoles establecidos ya frente á él. Excelente ocasión parecía brindarse al Duque para derrotarle en el preciso momento de cruzar el río; y así se lo manifestaban los capitanes que reunió en consejo; empero, el caudillo español se distinguía por su prudencia; creyó ganada la batalla sin necesidad de derramar la sangre de sus soldados y no quiso *jugar un reino contra una casaca recamada de oro*, que era todo lo que Guisa podía perder (1). Y los hechos confirmaron muy en breve cuán acertadísimamente obró el insigne general.

Pasado el Tronto, rompió Guisa el puente y aguardó en la opuesta orilla y en ventajosas posiciones el ataque de nuestras tropas; pero el Duque no salió de su inmovilidad, y entonces los franceses prosiguieron lentamente su retirada hácia Ancona, observados siempre por el ejército español. Casi al propio tiempo Marco Antonio Colonna tenía en jaque á un cuerpo francés en la Marca de Ancona, y en combinación con el alemán Feltz derrotaba un ejército pontificio que, conduciendo numeroso convoy, acudía en socorro de la ciudad de Paliano, y se hacía dueño de Segui y Roca Máxima. A todo esto, atentos al peligro que corría su fortuna, los Carraffas cuidaron de que Guisa viniera cuanto antes á Roma, con objeto de calmar su ira y no privarse de su defensa. Hízole el Papa un fastuoso recibimiento y acampó Guisa próximo á la ciudad; pero no pudo ya impedir que el ejército del duque de Alba llegara también á sus inmediaciones. Este general había dejado un cuerpo de tropas en los Abruzzos, y marchando luego á las orillas del Garellano, penetró por Sora en la Campaña para caer sobre la ciudad eterna. Y en verdad que nunca en mejores condiciones para efectuarlo, pues el ejército enemigo, debilitado por las derrotas y los muchos destacamentos que cubrió, no podía oponérsele; el Pontífice no quería entrar en avenencia alguna, si antes el Duque no abandonaba el territorio; y Roma no se hallaba en condiciones para resistir. Todo, pues, se aunaba para favorecer la idea de hacerse dueño de ella.

Reflexiones del DUQUE DE ALBA á sus oficiales disuadiéndoles de atacar al ejército francés

Siempre he pedido á Dios, que inspire á mis soldados, un valor decidido, un ánimo esforzado para que, sin arredrarse ni pararse á discurrir, vayan impávidos á arrostrar la muerte y á exponerse á los mayores riesgos, cuando se lo manden. Pero he pedido otra cosa para los oficiales, mucha prudencia y gran calma para moderar la impetuosidad de los soldados. Este es el medio de llegar á ser grandes capitanes. No os ocultaré que vuestro ardimiento me ha irritado, porque me ha parecido inmoderado y contrario á la razon. Para instruiros de las ocasiones en que un general ha de dar batalla, os diré que sólo debe hacerse, cuando se trata de socorrer una plaza fuerte reducida á la extremidad, y que es el sostén de una provincia; cuando se sabe que el enemigo ha de recibir auxilios que le hagan superior ó al menos igual; cuando al principio de una guerra se quiere adquirir reputacion, asegurar la fidelidad vacilante de los súbditos, conservar aliados é impedir que enemigos encubiertos se declaren; cuando favoreciéndonos la fortuna se hallen tan consternados los enemigos, que no se atreven á sostenerse ante nosotros; en fin cuando estrechados por el hambre ó las fatigas, y cercados por todas partes, tengamos que morir ó vencer.

Un gran capitan nunca aventurará una accion considerable, si no está seguro de obtener grandes ventajas, ó no se ve precisado á ello. Decidme, ¿cuáles son los peligros que nos amenazan ó el fruto que la patria sacará de la pérdida de nuestra vida ó de nuestra sangre? Supongámonos victoriosos del duque de Guisa, ¿qué habremos conseguido con destrozar á los franceses? ¿Quedarán reunidas á las posesiones de Felipe las ciudades del dominio de la Iglesia? ¿Nos enriquecerán por ventura los bagajes de los franceses? Si por el contrario, la suerte incierta de las armas nos fuese contraria, ¡cuántas desgracias no nos atraería nuestra temeridad! No nos inquiete, pues, la idea de vencer á Guisa; ya huye ante nosotros. ¿Nos hubiera procurado una batalla más gloria ó más ventajas? Conseguimos una victoria completa sin derramar sangre. Nuestro solo nombre sirve de defensa á Nápoles y á la Italia toda.

Si este modo de hacer la guerra no me pareciese adecuado á las circunstancias, me acordaría de lo que hice en Sajonia: pasaría los ríos más caudalosos, no repararía en entrar á pie en el mar; pero ya que encuentro la victoria en la retirada del enemigo, seré fiel á mis máximas, y sólo me determinaré á combatir vuestra audacia y vuestra temeridad: en una palabra, no quiero jugar un reino contra una casaca recamada de oro, que es todo lo que Guisa puede perder.

La noche del 20 de Setiembre el Duque dispone que sus soldados se cubran con camisas, y toma, favorecido por las sombras, la dirección de Roma: ya en las inmediaciones de esta, ordena un reconocimiento con el objeto de ver si alcanzan al muro las escalas; todos esperan, pues, con ansiedad, la órden del asalto... Mas ¿qué hace el caudillo español? Consecuente con las ideas que

(1) En preferente lugar insertamos el discurso que con este motivo dirigió á los que le instaban para que diera la batalla.

este acto le inspira como católico, ó que quizás cree inspirará á su rey, el Duque vacila; y aunque su actitud no sea propia del que redactó antes de la guerra la insultante misiva dirigida al Pontífice, sobrecogido de supersticioso temor se limita á decir á su hijo: «Nuestros soldados van á saquear á Roma, y no quisiera.» En estas dilaciones transcurren instantes preciosos, y á poco echan de ver en la ciudad el peligro, brillan en sus murallas algunas luces, señas quizás convenidas entre los confederados y se notan ligerísimos rumores. De este pretexto tal vez se apodera el Duque para ordenar la retirada, movimiento que efectúan las tropas con el mayor disgusto, pero que, como quizás prudentemente opinó el de Alba, mereció los plácemes del soberano español.

En cambio asegúrase que Carlos se enfureció al tener noticia de este sucedido, y que ni perdonó nunca á Felipe, victorioso á la sazón en San Quintín, no marchase sobre París; ni al duque de Alba el no caer sobre Roma. Aquella victoria influyó poderosamente en la campaña de Italia, pues Enrique II, viéndose en grave peligro, mandó llamar al duque de Guisa, y entonces el Papa se apresuró á firmar la paz con D. Felipe. Paulo IV había sido vencido y se le podía obligar á firmarla en condiciones bastante duras; por respeto al pontificado se le concedió una paz verdaderamente vergonzosa para los vencedores. Y el rey de España hizo más aún: mandó al duque de Alba á besar el zapato pontificio y á dar sus excusas al Papa.

De este modo terminó la campaña emprendida por los franceses en las fronteras del reino de Nápoles, firmóse la paz, quedó todo en igual estado que antes de venir á las manos los contendientes, y si alguien salió perjudicado fueron los príncipes italianos que auxiliaron á los españoles, pues éstos quedaron desposeídos de sus estados. Algunas víctimas ocasionó también esta corta guerra; pero ¿qué vale un monton de cadáveres en la conciencia de los poderosos?

III

Hemos dicho ya que casi simultáneamente dispuso Enrique II de Francia invadieran dos ejércitos la Italia y los Países Bajos, el segundo mandado por el almirante Coligny; y también manifestamos los graves apuros económicos en que se hallaba Felipe en aquel momento. La diligencia de su padre, que aunque en el retiro no se mostró ajeno á los negocios políticos, los auxilios que le dió Alemania y los que su esposa María de Inglaterra le procuró, vinieron á sacarle de este trance; y después de efectuar importantes preparativos, facilitándole recursos los españoles y los flamencos grandes donativos, en breves días pudo organizar un respetable ejército, cuyo mando concedió á un príncipe sobresaliente por sus dotes y sus conocimientos: el ilustre Filiberto de Saboya, una de las glorias militares de aquel siglo y de aquel reinado. A este ejército reunióse además un cuerpo de tropas británicas mandado por el conde de Pembroke, lord Grey y lord Clintón, que procuró la reina María de Inglaterra; y aunque á no tropezar con el antagonismo de los ingleses, este auxilio hubiera sido muy eficaz, pudo así y todo jactarse el rey Felipe de mandar contra el enemigo buen número de soldados, la flor de sus veteranos y un caudillo que no era inferior al expertísimo Coligni.

Dióse á conocer el talento de Filiberto en las primeras operaciones que partiendo de la base del Henaut emprendió: marchas rápidas y bien dirigidas, gran reserva en el plan, acertadas demostraciones que tenían por objeto desorientar al enemigo, preocupado por la suerte de la Champaña que seriamente había amenazado el de Saboya, mientras éste se internaba en la Picardía y desplegaba su ejército frente á la estratégica plaza de San Quintín, colocado en las márgenes del río Somma, y llave de esta importante línea militar. Dueño de ella el general español podía avanzar sin reparos sobre la capital y dominar toda la región Norte del país vecino.

Las fuerzas que componían el ejército de Felipe, eran las siguientes:

INFANTERÍA

6,000 españoles, mandados por Navarrete y por Alonso de Cáceres.
4,500 walones, á las órdenes del conde de Mega.
8,000 ingleses, mandados por el conde de Pembroke, lord Grey y lord Clinton.
20,000 tudescos y 4,500 gastadores, al mando del conde de Doverstein, de Conrado Pemelberch y de Jorje van-Hol.

CABALLERÍA

500 españoles.
1,200 alemanes ligeros, de los llamados *Reitres*, á las órdenes del conde de Mandsfeld (1).
3,100 alemanes de la banda negra, mandados por el duque de Brunswik y su hermano.
12,200 tudescos, flamencos é ingleses, mandados respectivamente por el conde de Horne, el conde de Aremberg y Mr. de Norquerme.

ARTILLERÍA

80 piezas de varios calibres.

En resúmen: 43,000 infantes, 17,000 caballos y 80 piezas. El duque de Saboya tenía el mando en jefe, y á sus órdenes iban el príncipe de Orange; Mr. de Glageon, general de artillería; el conde Egmont, de la caballería; Mr. de Berlaymont, comisario general, y los demás capitanes ya citados, sin contar gran número de caballeros flamencos. Acompañaban á ejército tan respetable numerosos carros con pertrechos y vituallas, y le seguía una turba de vivanderos y mercaderes.

El 3 de Agosto de 1557 se estableció el real frente á San Quintín, plaza fuerte de primer orden que asentada sobre una eminencia á la derecha del Somma, reunía á sus excelentes fortificaciones las defensas naturales de este río, cuyos brazos formaban en aquel tiempo anchas y cenagosas llanuras por el costado levante de aquélla. En la margen opuesta del río hallábase un arrabal como de cien casas defendido por fosos y baterías y en comunicación con la plaza por un augusto puente, llamado de Rouvroy á causa de conducir á la aldea de este nombre. Las importantes obras de fortificación por la parte que mira á los Países Bajos compensaban la escasez de elementos naturales allí existentes; en cambio en el costado opuesto del río y por la parte que mira á la Francia una línea de espesos bosques, impedía ver los movimientos que allí pudieran verificarse. Por desgracia á tan excelente ciudad, que un testigo ocular llegó á encontrar superior á Madrid (2), no correspondía en aquel momento el número de sus defensores; pues preocupados los franceses por la demostración que el de Saboya hizo en Champaña, habían desmembrado su guarnición, que en el momento de presentarse este general se componía de poco más de un centenar de hombres. Gobernaba la plaza Bruel Bretón, capitán experimentado y de lealtad reconocida, quien así que avistó á los enemigos, dió aviso al almirante Coligny (3).

El ejército español, en tanto, extendióse por el costado Norte de la plaza y elegido el arrabal de la Isla como objetivo del primer ataque, lanzáronse contra él las compañías de españoles, arrebatándolo á la primera embestida; sin embargo, ocupados los puntos de más importancia inmediatos á la plaza, y en la seguridad de que el enemigo no cruzaría los pantanos, la escasa vigilancia ejercida, dio lugar á que el almirante Coligny, con una diligencia que honra á su talento, penetrara en la plaza seguido de 490 hombres; la noche del 3 de Agosto acto de audacia que sorprende, tanto más, si se tiene en cuenta la distancia que le separaba de San Quintín y el supremo esfuerzo que hubo de hacer. Mas conseguido su propósito, vuelto el aliento á los sitiados, contando con ví-

(1) *Reitres*. «Voz de origen aleman, de *ritter*, caballero, ó *reiter*, jinete. Eran una especie de caballeros aventureros, que aunque comprendidos en la categoría de vasallos, pertenecían á una clase distinguida. Sirvieron en las guerras de Alemania desde el siglo XV al XVII, divididos en *cornetas* ó compañías de diversa fuerza, pero perdida al fin su importancia, sólo quedó la denominación, con la cual se distinguían ciertos soldados de caballería.» Nota puesta á las *Guerras de los Estados Bajos* en la edic. de *Bibl. de AA. Españoles*.

Según Almirante en su *Dic. Militar*, la voz *reiter* en los siglos XVI y XVII es genérica para expresar entre nosotros los Latinos un soldado aleman y mercenario de caballería, y opuesto á *lansquenete* que por extensión significa piquero, soldado aleman y mercenario.

Según Cabrera de Córdoba, *Hist. de Felipe II* formaba regimientos divididos en seis compañías ó cornetas. «El sueldo de una corneta de trescientos caballos de reitres, dice, monta cinco mil y sesenta y ocho florines de á veinticinco placas, y un regimiento de dos mil caballos en seis cornetas, mil y quinientos de España.»

(2) Relación del sitio y asalto de San Quintín copiada de un Códice ms. de la Biblioteca del Escorial é inserto en el Tomo IX de la *Colec. de Documentos inédit.*

(3) Cabrera de Córdoba, *Hist. de Felipe II*, Tomo I, lib. IV, cap. III.

veres para tres meses y teniendo la esperanza de que en breve el grueso del ejército francés acudiría en su socorro, fácil es presumir se hallaba San Quintín en disposición de resistir el cerco.

Gran fortuna para los sitiadores tener á su frente general tan distinguido como Filiberto. La vigilancia del duque de Saboya frustró la tentativa que hizo el condestable de Montmorency para socorrer á la plaza, el 5 de Agosto: el coronel d'Andelot que con 4000 infantes trató de penetrar en ella á través de los pantanos, mientras su caballería distraía la atención de los sitiadores, cayó en una emboscada dirigida por el conde de Mandsfeld y el maestre de campo Navarre, y fué completamente destrozado, perdiendo además cuatro banderas. Tampoco alcanzó mejor suerte Coligny en las vigorosas salidas que efectuó en aquellos días.

Mas ya se hallaba á punto de ponerse en marcha el brillante ejército que apresuradamente mandó reunir el monarca francés: 20,000 infantes, 8,000 caballos y 18 cañones, al frente de cuyas tropas iban el condestable de Montmorency, los duques de Montpensier, Enhgien, Nevers, Borbón, el príncipe de Condé, el de Mantua, los condes de Villars y Turena, y otros ilustres individuos de la alta nobleza. Este ejército se dirigió primero á Pierre-Pont y luego avanzó hasta la Fere. Obedeciendo á los avisos que recibió de Coligny, quien manifestaba al condestable la necesidad de introducir el mayor número de soldados en la plaza, Montmorency efectuó un reconocimiento al frente de 6,000 hombres y el 10 de Agosto dió vista á las murallas con el grueso de sus tropas.

La desproporción de fuerzas de ambos contendientes era visible, pues Filiberto mandaba 60,000 hombres y Montmorency sólo 20,000; sin embargo, temeroso éste de que la plaza se rindiera, no vaciló en arriesgarse al trance de una batalla. El 10 de Agosto á las nueve de la mañana y con una temeridad impropia de su carácter circunspecto, injustificadamente fundada en el poco aprecio que hacía el Condestable de las dotes de Filiberto, declaró que iba á *montrer à l'ennemi un tour de vielle guerre,* y abandonando el abrigo de los bosques que á su espalda se extendían, avanzó con su ejército desplegado paralelamente al Somna, ocupando seguidamente las alturas que dominan el arrabal de la Isla. Su objeto no era otro que pasar el río, protegido por el fuego de la artillería. Este movimiento, efectuado por el flanco derecho, llevólo á cabo Andelot, hermano del Almirante, secundándole el príncipe de Condé; y aunque no podía ser más desacertado si se tiene en cuenta que los españoles podían cruzar el río por el puente de Rouvroy y envolver al enemigo, éste no creyó, dada la angostura del mismo, que aquéllos llegaran á tiempo de impedir la operación.

Muy pronto conoció el francés su error; pues si bien Andelot consiguió no sin trabajo ganar la deseada orilla, perdió en esta empresa la mayor parte de su gente y él mismo, herido, se salvó por milagro en la plaza seguido de poco más de 300 hombres; Filiberto conteniendo el ardor de las tropas se había limitado á entretener al enemigo por aquel lado, mientras permanecía en prudente expectativa y dispuesto á aprovechar su más mínimo descuido. Y el descuido que cometió el contrario fué no dar importancia al paso de Rouvroy por donde Filiberto se lanzó á cortarle la retirada. La caballería que mandaba Egmont, regida por sus oficiales, pasó Somna y atacó el flanco del ejército francés que mandaba Nevers, obligando al Condestable á suspender la retirada. Entonces fué cuando este caudillo reconoció su falta, mas al querer tardíamente repararla retirándose al abrigo del bosque de Gibercout, le esperaba una terrible sorpresa. Un número considerable de tropas había cruzado el río por el puente de Rouvroy y por otro improvisado, y estas tropas ocuparon el bosque de Gibercourt antes que el enemigo pudiera echarlo de ver. Atacado Montmorency en su retirada por la caballería de Egmont, que en vano trataban de contener Condé y Nevers, y marchando su ejército sin orden alguno, no le fué ya posible ordenar sus huestes y entablar un formal combate: buscó su salvación en el bosque y allí se completó su ruina.

«Rara vez se comete en la guerra un error solo, dice á este propósito uno de nuestros escritores militares. El Condestable, que había empezado desconociendo la importancia del puente de Rouvroy, concluyó efectuando su retirada sin vigilar convenientemente los flancos del camino que tenía que atravesar. El duque de Saboya, que se había aprovechado del primer descuido de su adversario, valióse también del segundo, y el grueso de la caballería española, siguiendo los va-

lles de Harli, la Neuville, Urbillers y Benay, cubierto por las cumbres que le separaban de las tropas francesas, rebasó el flanco izquierdo del ejército de Montmorency y se colocó á su retaguardia, ocupando el bosque de Montescourt. El viejo guerrero francés reconoció ya muy tarde su negligencia y sólo supo preguntar á uno de sus oficiales: *¿Qué haremos?*— á lo que el preguntado respondió oportunamente: —*No lo sé, pero hace dos horas os lo hubiera podido decir* (1).

Vióse el condestable de Montmorency en el duro trance de dar la batalla, y disponiendo sus tropas del mejor modo que le fué posible, bien que procurando apoyarlas en las lomas inme-



Herreruelo

diatas, sostuvo el choque de los caballos ligeros que picaban su retaguardia y rechazó una carga dada por los caballos de Egmont; mas el grueso del ejército español avanzaba ya desplegado en batalla, Filiberto en el centro, en la izquierda Arenberg y Brunswich, y en la derecha Mandsfeld y Horne. El ala derecha, de la que Egmont se había destacado, cayó con nuevo ímpetu sobre el enemigo, lo envolvió y lo destrozó; la gendarmería francesa, que mandaba Nevers, y la infantería alemana, que dirigía el Reingrave fueron arrolladas casi simultáneamente por la infantería española, y los alemanes se rindieron á discreción; el cuerpo de batalla sostúvose por breve tiempo, y aunque fueron muchos los que huyeron, quedaron no pocos bravos en compacto cuadro dispuestos á sostener el honor de las armas. Empero, la llegada de la artillería concluyó con esta resistencia, y desde aquel instante la espada del vencedor no descansó en su tarea exterminadora. Allí perecieron los dispersos á centenares; allí murió el duque de Enghien; Montmorency, que

(1) Miguel V. Espina: *La batalla de San Quintín y el monasterio del Escorial.*

luchó como buen soldado, recibió grave herida y estuvo á punto de expirar, y el mismo de Nevers próximo á perder la libertad y la vida. Calcúlese de la importancia de esta victoria con decir que se contaron de 4,000 á 6,000 franceses muertos, y sobre 6,000 prisioneros, entre ellos los personajes más importantes de la nobleza: toda la artillería, excepción hecha de dos piezas, y un rico botín cayó en poder de los vencedores. La pérdida de los españoles se estimó en 1,000 hombres.

Felipe II, así que tuvo noticia de triunfo tan brillante, trasladóse sin pérdida de tiempo desde Cambray, donde había fijado su residencia (1) al real de Filiberto, á quien dijo en el momento de besarle éste la mano: «Más bien me toca á mí besar las vuestras, que han ganado una victoria tan gloriosa y que tan poca sangre nos cuesta.» Después pasaron á deliberar acerca de la conveniencia de proseguir las operaciones y caer sobre la capital: esta era la opinión de los más de los capitanes allí reunidos incluso Filiberto de Saboya, pero fué de contrario parecer Felipe. Y tal vez no anduvo en esto desencaminado el monarca; que ya dijimos en otra ocasión no tenía entonces la capital de un reino la importancia que hoy han venido á darla el sistema centralizador; y, por otra parte, sobradas pruebas de vigor había dado la nación francesa en horas tan críticas como aquella para aventurarse á penetrar hasta su corazón, quedando aislado el atacante de la base de operaciones.

De momento no se pensó más que en rendir á San Quintín, y esto se logró, aunque no sin trabajo. Después de un violento cañoneo, el 27 de Agosto lanzáronse por tres puntos distintos á las brechas otras tantas columnas de españoles, alemanes y walones é ingleses. A nuestros soldados correspondía el peligroso honor de ser los primeros, y al arrojarse contra la brecha principal, el almirante Coligny en persona les disputó el paso, empeñándose entonces ruda y encarnizada lucha que concluyó con fortuna para los asaltantes. Tremolaron nuestras banderas sobre las murallas, veladas por el humo de las descargas y del incendio, y aquella población heróica sufrió los horrores inherentes á estos actos, horrores que no pudieron evitar las órdenes rigurosas que dió el Rey (2).

Ya no quedaba á éste obstáculo alguno que le impidiera caer sobre París. ¿Por qué no lo hizo? Difícil, como hemos dicho, apreciar la idea que informó sus actos: era la máquina de la poderosa monarquía por él regida demasiado complicada para que podamos apreciar á punto fijo el juego de sus piezas; eran también muy grandes las atenciones que pesaban sobre la Corona; en Italia no se había extinguido á la sazón el fuego de la guerra, y el Papa, falto del apoyo francés, tenía que venir á buen acuerdo; la monarquía española se hallaba falta de recursos, como ya se evidenció al reunir el ejército que acababa de hacerse dueño de San Quintín; y la Francia se hallaba asombrada, sí, pero presta á rechazar con su habitual energía á los invasores.

Por eso hemos dicho que no anduvo desacertado Felipe II no prosiguiendo el avance y limitándose á hacerse dueño de Ham, Noyon y Chatelet; tampoco puede tachársele de indiscreto al ofrecer la paz al Papa, aunque este acto se haya considerado, por las condiciones con que se realizó, como poco digno de rey tan poderoso.

(1) A su llegada de Londres pasó a Bruselas, de aquí á Valenciennes y últimamente a Cambray, desde donde podía seguir y saber con más exactitud todos los movimientos del ejército.

(2) Para apreciar en todos sus detalles el horrible saqueo y matanza que siguió a la toma de esta infortunada ciudad, es preciso leer la circunstanciada *Relacion*, de que hemos hecho mérito en la pág. 69, y que parece redactada por un testigo ocular.

Consignaremos aquí un dato sobradamente conocido, pero que no está aquí fuera del lugar. la fundación del monasterio de San Lorenzo del Escorial, levantado en memoria de este hecho de armas acaecido en el dia que celebra la Iglesia la festividad de este Santo. Felipe II hizo entonces voto de edificar una iglesia y un monasterio consagrado al mismo, y antes de que espirase el año, á cuatro leguas de la villa de Madrid y en un paraje agreste y sombrío echaba los cimientos de aquel soberbio y severo edificio, que inmortaliza los nombres de Herrera y de Toledo y en el que invirtió la enorme suma de 6.000,000 de ducados, cantidad á la sazón exorbitante (a). Y esto cuando España se hallaba mas agobiada, peor pagado el ejercito y amenazados gravemente los dominios españoles. La primera piedra del Escorial se colocó en 1563 y su construción terminóse en 1584. Pero el Rey no se limitó a levantar una fábrica suntuosa; enriquecióla ademas con magníficas obras de arte y con rica biblioteca, e hizo de ella temporalmente su morada, convirtiendo la modesta celda en que habitó en centro de altas negociaciones políticas.

Allí expiró y halló sepultura D. Felipe. Aquel monasterio convertido en tumba de Reyes, encierra también las cenizas de sus sucesores

(a) El ducado equivalía unos once reales vellon

IV

Fué el siglo XVI una época fecunda en capitanes ilustres; y si los ejércitos de Carlos I y Felipe II contaron con caudillos de valía, los del rey de Francia no dejaron de ofrecer buen número de generales de talento. A este número pertenecía el duque de Guisa, príncipe esclarecido, que, después de haberse hecho popular por su heróica defensa de Metz, encontrábase al frente de una parcialidad política, gozaba de gran influencia en la córte y contaba con el favor de la opinión pública que saludaba en él una esperanza. Dotado de una ambición ardiente y un espíritu sagaz, el joven Guisa aspiraba á suplantar con su influencia sobre el ánimo de Enrique II, la que gozaba el condestable de Montmorency, como también soñaba dado el mal estado de salud del rey y de sus hijos, á sucederle en el trono. Así que, cuando Enrique II le llamó á Francia y le puso al frente del ejército encargado de la defensa del reino, el lorenés experimentó el doble gozo de verse nombrado teniente general del soberano y de hallarse sin rivales en la córte, á consecuencia de la prisión de Montmorency y de Coligny. Su hermano el cardenal de Lorena, que aspiraba á la tiara, quedó al frente de la hacienda, él al frente del ejército; y ambos se impusieron sin obstáculos en el ánimo apocado del monarca, fueron por decirlo así verdaderos soberanos de la nación.

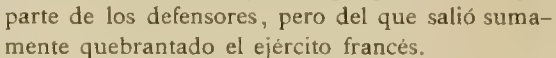
La primera idea de Guisa fué señalar su nuevo mando con algún hecho ruidoso; lo que le convenía tanto más en cuanto sus empresas en Italia no le dieron resultados tan felices como pudo prometerse: y el plan que concibió, bien que arriesgado en grado sumo, no podía ser más excelente. La Francia, amenazada constantemente en sus fronteras del Norte y Noroeste, tenía en las costas que baña el canal de la Mancha un enemigo con el pié constantemente puesto en su suelo, una plaza de primera importancia perteneciente desde los tiempos de Eduardo III á los ingleses, Calais, desde la cual, cuando las dos naciones se hacían guerra, aquellos avanzaban fácilmente al centro de este país. Importante por su situación estratégica, no lo era menos por sus defensas naturales y artificiales, pues rodeada por grandes pantanos, protegida por imponentes murallas y castillos, así por mar como por tierra se presentaba como presa difícil de arrebatar á mano armada. Por desgracia esta misma persuasión fué causa de su pérdida.

Puesto al frente de un ejército de 30,000 hombres, cuyo núcleo lo formaban los mercenarios suizos y tudescos, el duque de Guisa hizo ante todo una demostración en la frontera Norte, y mientras los generales de Felipe andaban preocupados en atender á falsos ataques, rápido como el rayo dirigiase el francés sobre Calais y presentaba allí su ejército el primer día del año 1558: empero, si fué atinadísimo este movimiento, fuerza es reconocer hubiera resultado ineficaz á no existir entre los ingleses y Felipe funesto antagonismo. Encareció oportunamente Felipe á su consorte María de Inglaterra, la necesidad de reforzar la guarnición de Calais con algunas tropas españolas, y ofreciéronse al tener noticia del ataque sus capitanes á guarnecería; mas recelosos los ingleses de los españoles, el gobernador de la plaza, á pesar de su escaso presidio no aceptó la oferta; y en consecuencia hubo de resistir por sí solo el ímpetu de un ejército poderosísimo y bien pertrechado.

Brusco y terrible fué el ataque; á la primera embestida hízose Guisa dueño de algunas de las obras exteriores, cruzando sus soldados para llevar á efecto este acto los cenagosos charcos que defendían el aproche: á esta parcial conquista siguió la de dos importantes fuertes, uno de ellos, defensa de la boca del puerto, el otro protector de la plaza por el costado de tierra. Los ataques sucedíanse unos á otros, los cañones franceses hábilmente emplazados secundaban con su constante fuego estos ataques; y el cansancio y el desaliento, producidos por el incesante combatir, así como las pérdidas que diezmaron á los defensores les obligaron á capitular á los ocho dias de sitio. Francia vió desde aquel instante totalmente libre su suelo de la dominación inglesa, y la reacción que experimentó el espíritu nacional un tanto abatido tras la dérrota y toma de San Quintín, fué extraordinaria. Túvosó tal triunfo por verdadero milagro y Guisa se convirtió en el ídolo de la

multitud. En cambio el eco de esta victoria resonó tristemente al otro lado del Canal y María Tudor experimentó tal desconsuelo, que tendida poco después en su lecho de muerte, se dice que exclamaba: «Si abrís mi corazón, en él hallaréis grabado el nombre de Calais.»

Victoria tan rápidamente conseguida indujo al soberano francés á llevar la guerra á las fronteras de Flandes, y en su consecuencia dióse á Guisa la orden de dirigirse contra Thionville, plaza situada sobre las mismas, y como es consiguiente de gran importancia estratégica. Allí estaba reservado á Guisa un nuevo, aunque más costoso triunfo, porque si bien la reducida guarnición española no podía hacer frente á los 14,000 hombres que la atacaron, y mucho menos si se tiene en cuenta eran muy flacas las defensas de la plaza, hubo necesidad de batirla incesantemente y de dar dos terribles asaltos, el último general y bravamente sostenido, y en el que pereció la mayor

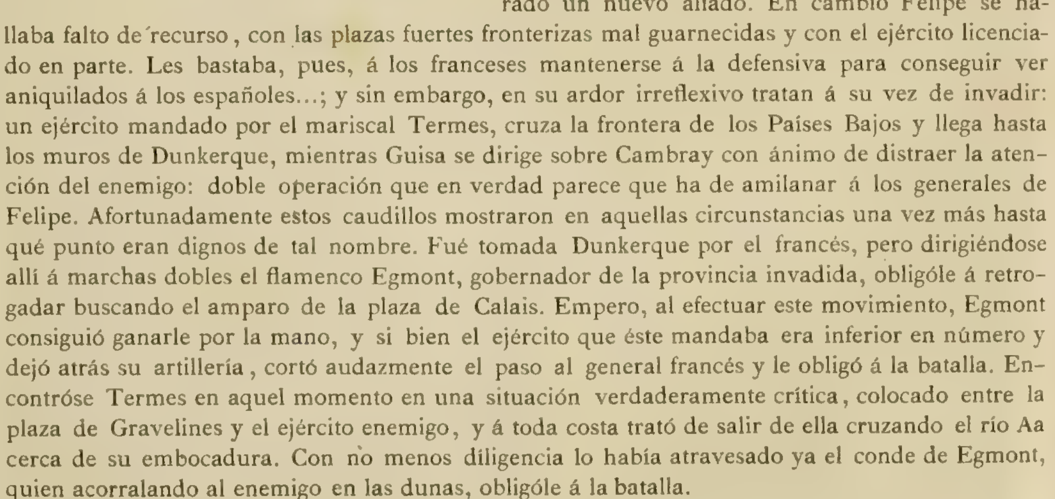

parte de los defensores, pero del que salió sumamente quebrantado el ejército francés.



Pífano y atambor

Ofrecían aquellas guerras raros contrastes que pintan con gran fidelidad el carácter de los monarcas que entre sí luchaban, ya que no el de los respectivos caudillos. Al terror que una derrota producía, terror que duplicaba la falta de grandes fuerzas de reserva, y que justifica el hecho de encontarse, por decirlo así, desarmado de repente uno de los contendientes, sucedía un entusiasmo temerario una vez repuesto el vencido de sus descalabros: entonces se olvidaban los pasados escarmientos; el invadido se convertía en invasor, el atacado en atacante; y así era continua la guerra, interminables aquellas luchas en las que sólo se refleja el orgullo de las casas reinantes y la abyección de los infelices súbditos.

¿Qué anhelaba el francés después de las conquistas de Calais y Thionville? Era poderoso en su propio suelo, podía reforzar tranquilamente sus tropas, tenía grandes recursos en metálico que á porfía sus vasallos le ofrecían y por añadidura el casamiento del Delfín con la reina de Escocia le había procurado un nuevo aliado. En cambio Felipe se hallaba falto de recurso, con las plazas fuertes fronterizas mal guarnecidas y con el ejército licenciado en parte. Les bastaba, pues, á los franceses mantenerse á la defensiva para conseguir ver aniquilados á los españoles...; y sin embargo, en su ardor irreflexivo tratan á su vez de invadir:


un ejército mandado por el mariscal Termes, cruza la frontera de los Países Bajos y llega hasta los muros de Dunkerque, mientras Guisa se dirige sobre Cambray con ánimo de distraer la atención del enemigo: doble operación que en verdad parece que ha de amilanar á los generales de Felipe. Afortunadamente estos caudillos mostraron en aquellas circunstancias una vez más hasta qué punto eran dignos de tal nombre. Fué tomada Dunkerque por el francés, pero dirigiéndose allí á marchas dobles el flamenco Egmont, gobernador de la provincia invadida, obligóle á retrogadar buscando el amparo de la plaza de Calais. Empero, al efectuar este movimiento, Egmont consiguió ganarle por la mano, y si bien el ejército que éste mandaba era inferior en número y dejó atrás su artillería, cortó audazmente el paso al general francés y le obligó á la batalla. Encontróse Termes en aquel momento en una situación verdaderamente crítica, colocado entre la plaza de Gravelines y el ejército enemigo, y á toda costa trató de salir de ella cruzando el río Aa cerca de su embocadura. Con no menos diligencia lo había atravesado ya el conde de Egmont, quien acorralando al enemigo en las dunas, obligóle á la batalla.

Formó su ejército de Termes paralelo al río Aa apoyando su izquierda en su desembocadura y su derecha en los carros del bagaje. El frente lo cubrió con ocho piezas de artillería menuda. Esta disposición no podía ser mas defectuosa, si se tiene en cuenta que carecían los franceses de línea de retirada. Por su parte, Egmont dispuso el ataque desplegando en línea su caballería sostenida por los cuerpos de infantería española, flamenca y alemana: á derecha é izquierda la ligera, en el centro la pesada y los herreruelos. Orden de combate era este muy acertado si se tiene en cuenta la escasa artillería del enemigo, pues á disponer él de más piezas, con seguridad que no consigue el conde su objeto.

Dada la señal, lánzase la caballería sobre el centro francés, seguida de cerca por los infantes; pero recibida por el fuego certero de las piezas y las picas de la infantería enemiga, tiene que volver grupas sin haber conseguido su objeto. Reorganízala el de Egmont para volver á la carga, mientras la caballería francesa ataca á su vez, destacándose en el ardor de la persecución del centro, ó sea de la infantería. Renuévase el ataque al centro simultaneado por el de los arcabuceros españoles al flanco izquierdo: y entonces se consigue aislar á la caballería francesa y destrozar el ala izquierda. Confúndense unos con otros los combatientes; refuerza la infantería de Egmont á la caballería, y el centro del ejército enemigo es envuelto por nuestras tropas. En este mismo punto el fragor de la pelea atrae á la costa una escuadra inglesa que bogaba próxima á ella, y presentándose en las bocas del río, dirige su artillería contra las últimas filas del ejército francés, y completa el desorden y la matanza. Brava y porfiada fué, sin embargo, la lucha; pues no teniendo escape peleaban los franceses á la desesperada, como que de huir miraban perdidas en un mismo punto la honra y la vida. Así pues, fuese amortiguando por momentos el fragor del combate, por momentos desmoronáronse los imponentes sólidos, verdaderas murallas de hombres en las que abría el hierro anchas brechas; y á la postre sobre informes masas ondeó triunfante la bandera española. Ni uno solo de los catorce mil enemigos quedó sano ó con libertad para contar tales horrores; y el mismo general en jefe cayó á la par herido y prisionero. Mas también contaron numerosas bajas los españoles y su número se hace ascender á 1,500 (1).



Arcabucero y alabardero

Esta célebre batalla ocurrida el 13 de Julio de 1558, un año próximamente después que la de San Quintín, ejerció gran influencia en el ánimo de los dos monarcas. El francés, temeroso de sus consecuencias, mandó á Guisa con cuantas tropas pudo reunir á la frontera de Picardía, el español reforzó las suyas y las encaminó en igual dirección, encontrándose en el mes de Agosto acampados á corta distancia uno de otro, el duque de Guisa y Filiberto de Saboya, mandando respectivamente cuarenta mil combatientes. Sin embargo; este movimiento se redujo á simple demostración, pues ni uno ni otro manifestaron deseos de entrar en batalla, ni sus ejércitos salieron de los campamentos. Bien es cierto que los dos soberanos temieron así mismo arriesgarse al incierto resultado de una lucha: ni el rey de Francia quiso atreverse á nuevas aventuras, ni Felipe desaprovechar la ocasión de hacer las paces, si con ellas le brindaba el enemigo; y habiendo mediado negociaciones favorables á este pensamiento entre el condestable de Montmorency y Filiberto de Saboya, vínose á un acuerdo altamente favorable á España y se firmó en su consecuen-

(1) Hemos seguido para redactar la descripción de esta batalla á Cabrera de Córdoba, *Hist. de Felipe II*, con [illegible] algo [illegible] los cronistas franceses.

cia el tratado de Cateau Cambresis (3 de Abril de 1559) tratado que cierra el periodo histórico-militar, de que nos hemos venido ocupando (1). «Este tratado, dice uno de nuestros historiadores, fué altamente beneficioso para España; por él adquiría ciento ochenta y nueve ciudades fortificadas en Italia y los Países Bajos, mientras la Francia recobraba únicamente las plazas de Calais y San Quintín y los castillos de Ham y Chatelet. Enrique II retuvo á Calais con clásula de reversión á la Inglaterra si en el término de ocho años se turbaba la paz entre las dos naciones, y Filiberto de Saboya obtuvo como recompensa de sus hechos militares, la devolución de sus dominios hereditarios.»

Continuaba, pues, la aparente pujanza de nuestra patria.



(1) Antes de comenzarse las conferencias de Cercamps, que dieron por resultado el tratado de Cateau Cambresis, murió Carlos V en Yuste el 21 de Setiembre de 1552, y casi mes y medio después, el 17 de Noviembre, falleció María de Inglaterra, esposa de D. Felipe, ocupando el trono de esta nación, su hermana Isabel, la cual por sus ideas religiosas era verdadero antítesis de María y con su advenimiento vino á dar nuevo sesgo á los negocios europeos. Tambien falleció á poco el irascible pontífice Paulo IV, y el débil Enrique II de Francia halló la muerte en un torneo en que celebraba el enlace de su hermana Isabel con el Rey Felipe II, (10 de Julio de 1559). «Así y casi á un mismo tiempo, dice Robertson, desaparecieron todos los personajes que desempeñaron los principales papeles en el gran teatro de Europa. En esta época, ábrese un nuevo período de la historia; otros actores pasan á la escena, animados por otras miras y otras pasiones; nuevas querellas suscítanse entre los príncipes y nuevas ambiciones van á agitar al mundo.» *Hist. de Carlos V*, Lib. XI.

ILUSTRACIONES

El conde Lamoral de Egmont, pag. 57. —Este insigne capitan flamenco nació en Bruselas el año 1522. Su familia era tan antigua como rica y poderosa, pues le pertenecieron los ducados de Gueldres y Zupten y era dueña del principado de Grave, y si bien la rebelion del conde Carlos contra el Emperador la privó de aquellos ducados, continuó figurando entre las primeras de Flandes. A los diez y nueve años Lamoral, que llevó el simple título de conde de Egmont, acompañaba á Carlos V, en su segunda expedicion al Africa, que tan desastroso resultado obtuvo, y mas tarde le auxiliaba eficazmente contra los protestantes de Alemania. El Emperador le distinguió sobremanera; nombróle capitan general de su caballería, dos años despues, y al propio tiempo que el duque de Alba, le concedió el Toison de Oro; dignóse asistir al casamiento del Conde con Sabina de Baviera, en la ciudad de Spira, y le recomendó, como á caudillo de mérito, á su hijo. Aun vivía el César, cuando Lamoral, que había reemplazado en el mando del ejército á Orange, contribuía eficazmente al triunfo de San Quintín y procuraba á D. Felipe los laureles de Gravelines. Y no se limitaron sus servicios á hechos de armas: acompañó á Carlos V en la dieta de Augsburgo, negoció el matrimonio de Felipe con la reina María de Inglaterra, ajustó la paz con Francia y negoció el segundo matrimonio del Rey con Isabel, hija de Enrique II. Por todos estos servicios habíale hecho aquel monarca gobernador del Artois; y por cierto con gran beneplácito de los flamencos, cuya aficion se había captado porque realzaba sus personales prendas con trato por demás cortés y afable.

El antagonismo que se suscitó entre los nobles flamencos y el cardenal de Granvela, alma del Consejo privado de Margarita de Parma, la gobernadora de los Países Bajos; antagonismo que supo hábilmente fomentar el ambicioso príncipe de Orange, puso del lado de los descontentos á Egmont, cuya voz se levantó para protestar con energía de cuantas medidas se ordenaban atentatorias á las leyes del país. Unióse, en un principio, á los nobles flamencos, firmó la carta dirigida al Rey en son de protesta, y vino mas tarde á España comisionado para hacer presente á D. Felipe los males que amenazaban al país. Mas, por desgracia, Egmont era de los escasos nobles que obraban de buena fe, y si expuso con franca lealtad á la Regente y al Monarca su opinión, en cambio, no se adhirió al compromiso de Breda y aun prestó su apoyo á la Gobernadora para sofocar los desórdenes populares. No bastaron estas pruebas para borrar la nota de sospechoso con que le calificó ya el Rey. Tampoco pudo el de Egmont, en su viaje á España, recelar la doblez de Felipe; y juguete de la ambición de unos y de la perversidad de otros, fué la víctima de aquel torrente de odios y concupiscencias. Sin embargo, cuando sonó la hora del peligro, es decir, cuando se anunció la llegada del sanguinario duque de Alba, si el de Orange fué bastante cauto para ponerse en salvo, no dejó por eso de avisar al de Egmont. Negóse este á huir, y dijo á Orange. «Tendré un pariente fugitivo y sin hacienda.» A lo que contestó aquel: «Y yo otro sin cabeza. «Esa clemencia del Rey que tanto engrandeceis, oh Egmont, le escribió Orange últimamente, os ha de perder. ¡Ojalá mis pronósticos salgan fallidos! ¡Vos seréis el puente que pisarán los españoles para pasar á Flandes!» Este tristísimo pronóstico no tardó en cumplirse.

El 22 de Agosto de 1567 llegó el duque de Alba á Bruselas, á los primeros días de Setiembre creó el *Tribunal de la sangre*, puso presos á los condes de Egmont y de Horn, al secretario de éste y al cónsul de Amberes. Esta prision se llevó á efecto, cometiendo el duque de Alba la felonía de llamarlos á Consejo y ordenando que á la salida los sorprendieran sus guardias. Egmont entregó su espada pronunciando estas palabras: «Tomadla; pero sabed que con este acero, por desgracia, he defendido muchas veces la causa del Rey.» Seguidamente él y Horn fueron trasladados al castillo de Gante.

Era llegado el momento de someter los presos á un consejo, pero ocurría la dificultad de ser los dos condes caballeros del Toison de Oro, segun cuyos estatutos solo podía juzgarles el Rey y nueve individuos de la orden. Todas

las dudas las resolvió una patente real en que se dan aquellos y cualesquiera otros ordenamientos por «abrogados y derogados.» Y á estas consultas y reparos debióse que se difiriera el fallo.

La derrota de los españoles, mandados por Aremberg en Frisa, y la necesidad de acudir en persona contra los rebeldes, indujo, sin duda, al duque de Alba á desembarazarse de los procesados, con el objeto de no dejar peligros á su espalda; y en consecuencia, no dejó de mano este asunto hasta ver dictada la sentencia. Inútilmente habían acudido al Rey y al Duque el emperador de Alemania, los caballeros del Toisón, los Electores del imperio, María, hermana del conde de Horn, y Sabina, esposa del de Egmont. El proceso siguió su curso y el 4 de Junio de 1568 llevados los dos condes desde Gante á Bruselas, se les leyó el fallo condenándoles á muerte y á la pérdida de todos sus bienes.

En el libro séptimo de las *Décadas de Flandes*, escritas por el P. Famiano Estrada, encontrará el lector un curioso resumen de los cargos y descargos de los acusados. Dedúcese que consistía su delito, más que en otra cosa, en no haber reprimido la sublevación y en haberse mostrado sobrado débiles con los confederados. «¿Se podrá extrañar esto, dice muy atinadamente Lafuente, siendo todos compañeros, parientes ó amigos los de la liga, y siendo ellos flamencos, y flamencas todas las poblaciones que se sublevàban?» Si tratamos de averiguar qué parte cupo al Duque y al Rey en estas ejecuciones, diremos que es difícil precisarlo, mas no por eso es menos cierto que la sangre de las desdichadas víctimas cae por completo sobre estos siniestros personajes.

Muy patética es la carta que dirigió al Rey la esposa de Egmont, Sabina, duquesa de Baviera, en la cual después de exponer los servicios de su marido, implora su real clemencia recordándole quedan en la orfandad y en la miseria los once hijos del Conde. La carta de éste antes de morir no es ménos digna, y pinta de mano maestra su retrato. Dice así: «Señor: esta mañana he entendido la sentencia que V. M. ha servido de hacer pronunciar contra mí, y aunque jamás mi intención fué de tratar ni hacer cosa contra la persona ni el servicio de V. M., ni contra nuestra verdadera antigua y católica religión, todavía yo tomo en paciencia lo que place á mi buen Dios de enviarme; y si durante estas alteraciones he aconsejado y permitido que se hiciese alguna cosa que parezca diferente, ha sido siempre con una verdadera y buena intención al servicio de Dios y de V. M., y por la necesidad del tiempo, y así ruego á V. M. me lo perdone, y quiera tener piedad de mi pobre mujer, hijos y criados, acordándose de mis servicios pasados, y con esta confianza me voy á encomendar á la misericordia de Dios. De Bruselas, muy cerca de la muerte, hoy 5 de Junio de 1568.—De V. M. muy humilde y leal vasallo y servidor.—Lamoral de Egmont.

Hé aquí ahora el cuadro que traza el jesuista Estrada de la muerte de los dos condes: «Entregada la carta al obispo de Iprès para que se enviase al rey, y hecha con él una confesión de su vida, lo restante de noche la empleó Egmont en aplacar á Dios y confortar el ánimo, ayudado del de Iprès: y lo mismo hizo asistido de otros el de Horn. Por la mañana fué visto en la plaza, cercado del tercio de Julián Romero, el cadalso cubierto de lutos, con dos almohadas delante de un crucifijo de plata. A donde llevado al medio día el de Egmont, acompañándole el de Iprès y Romero, habiéndose quitado por sí la ropa de damasco y el sombrero, y después de haber hablado un poco con el de Iprès se puso de rodillas, y cubiertos los ojos, llevando á ellos el velo con que de noche abrigaba la cabeza, le cortó la cabeza el verdugo que había estado escondido debajo del cadalso, lacayo suyo, según cuentan, en otro tiempo. Siguiéndose después el de Horn, recibió el golpe del verdugo con la misma constancia. Fueron espectáculo espacio de dos horas las cabezas de entrambos, clavadas en dos escarpias de hierro. Los cuerpos luego se llevaron á dos templos vecinos, y el otro día trasladados con sus cabezas á los lugares de su dominio y se enterraron honoríficamente.»

Tal fué el trágico fin del vencedor de Gravelines, «varón, dice el sabio de Estrada, digno, por cierto, por las heróicas prendas de alma y cuerpo, de que le hubiese cabido muy otro género de muerte.» El pueblo de Bruselas no contuvo ante este tristísimo espectáculo ni su indignación, ni su dolor. Empapó pañuelos en la sangre de las dos víctimas y llenó el aire con la maldición de sus verdugos. Si algun pretexto faltó á los flamencos para justificar su rebeldía, desde aquel momento lo tuvieron. Y no menos sensación produjo esta muerte en el extranjero, sobre todo en Francia á la que con sus victorias *habia hecho estremecer* Egmont *dos veces*.

En la carta del Duque al Rey participándole este suceso le dice: «El sábado á las cinco se degollaron en la plaza de la villa los condes de Horn y Agamont, como V. M. verá más particularmente por la copia de las sentencias: yo hé grandísima compasión á la condesa de Agamont y á tanta gente pobre como deja. Suplico á V. M. se apiade de ellos, y les haga merced con que se puedan sustentar... porque tan desamparada casa como esta queda, yo creo que no la hay en la tierra, que yo prometo á V. M. que no sé donde tengan para cenar esta noche... Cosa de grande admiración ha sido en estos Estados el castigo hecho en el conde de Agamont, y cuánto es mayor la admiración, será de más fruto lo que se pretende con el ejemplo.»

Estos párrafos pintan en su triste realidad el estado deplorable de la esposa é hijos de Egmont. El *piadoso* monarca contestó á la carta del Duque el 18 de Julio diciéndole que *proveeria* lo que debía hacerse con aquella familia y le *avisaria* lo que pensara.

Lamoral de Egmont contaba al morir cuarenta y seis años; y dejó ocho hijas y tres hijos: el segundo fué quien cuidó de vengarle y se distinguió entre los confederados, si no por su capacidad, por su valor y por su patriotismo.

Piqueros (pág. 63).—Los soldados reproducidos en la citada página pertenecen á la infantería y son de los

que servían con *picas*, conociéndoles con esta denominacion y con la de coseletes. Sus armas defensivas se reducían al morrion, el coselete, brazaletes y las escarcelas, y entonces eran propiamente *coseletes* ó *picas armadas* y recibían un aumento de sueldo; cuando se limitaban al morrion y á la gola, eran simples *picas* ó *picas secas*. Nuestro grabado representa un soldado, un sargento y un alferez en actitud de sostener la bandera. Diferenciase el sargento del soldado, en la alabarda provista de flequillo. Todos llevan espada y viste medias calzas y calzas acuchilladas.

En el anterior Estudio dijimos ya que la longitud de la pica era variable. Eguiluz aconseja que no sea menor de veinticinco palmos y considera veintisiete como á buena medida. Scarión la fija en quince pies. Este autor da en su *Doctrina militar* reglas para su manejo, y por cierto con gran prolijidad de detalles. «El traer de la pica, dice entre otras cosas, es sobre la espalda, sustentada con buena gracia, y que la mano que la sustenta este cerca de la espalda, teniendo el codo alto; y cierto que el soldado que sabe traer y menar bien una pica es gusto el verlo.»

Para concluir, reproduciremos las observaciones que hace D. Diego de Alava, en su obra *El perfecto capitan instruido en la disciplina militar*, publicada en 1590: «Los piqueros, dice, para ir bien armados, conviene que lleven un coselete cumplido con sus tacetas hasta pasada la rodilla, las medias piernas de malla, y un buen capacete a media vista, la bragadura de hierro, brazaletes, manoplas, guantes de malla, espada y daga. Y no tendría por negocio de poco provecho el traer una rodela atras para valerse de ella en las ocasiones que la pica no pudiere aprovechar...

»Los oficiales del ejército se han de armar de este suerte. El capitan, si fuese su compañía de arcabuceros, llevará su arcabuz, y si de piqueros su pica, y un muy buen coselete para que sus soldados le imiten. El alferez llevará un coselete y celada y su espada y daga. El sargento se armará de una coracina, camisa de malla, ó cuero de ante y de una alabarda, y no de armas más pesadas, por el peligro que tiene de cansarse, a causa de traer este oficio consigo mucho movimiento.»

Pistolas de rueda (pág. 65). Pertenecen a la magnífica coleccion de la Armería Real de Madrid, en cuyo catálogo figuran con los números 2031 y 2034. En sus llaves se lee 1580. El tamaño en que las hemos reproducido, permite hacerse cargo de su mecanismo y de los lindos embutidos de marfil de su caja.

Herreruelos (pág. 71).—El nombre de herreruelos que Estrada atribuye á las *muchas armas y carabinas* que llevaban estos soldados, dice Almirante, que proviene de la capa corta ó esclavina usada por ellos, llamada así. Mendoza, consigna que el nombre aleman con que se les designaba, *Swertruyters*, quiere decir caballos negros, a causa de ser este el color de sus armas defensivas. Combatían, dice, con pistoletes ó con arbuces pequeños.

He aquí la descripción que de estos soldados hace el conde de Clonard:

«En la ordenanza de 1560 principió a figurar el nombre de herreruelos, en lugar del de estradiotes, que quedaron ya suprimidos. El traje de los herreruelos los formaban las calzas acuchilladas de negro y rojo, y una esclavina ó manto muy corto aforrado de lanilla encarnada. Sus armas defensivas consistían en el coselete y grebas, y cubrían la cabeza con una especie de chapelete empavonado de negro con buen número de agujeros, á manera de criba, y adornado con una toquilla de color rojo. Las ofensivas eran la espada y una pistola tercerola, por cuyo motivo eran tambien conocidos con el nombre de pistoletes. Los herreruelos formaban por el regular en línea al frente de los hombres de armas, avanzaban con pistola en mano, llevando colgada la espada del pulgar izquierdo; hacían la rociada ó descarga al llegar a la distancia conveniente, y empuñaban seguidamente la espada para precipitarse sobre el enemigo. Confiábaseles comunmente el servicio de las grandes guardias durante la noche, servicio que de día desempeñaban los caballos ligeros, a quienes se proveyo también de una pistola que llevaban en el borren izquierdo. Unos y otros combatían en el orden extendido, al paso que los hombres de armas cargaban constantemente en tropas ó escuadrones.»

Pífano y atambor (pag. 74).—Están copiados de una estampa, perteneciente a la preciosa serie de grabados en cobre de Hozenberg. Llevan idéntico traje: medias calzas con ligas, calzas acuchilladas, jubón acuchillado también y provisto de corta falda y brahones, gorguera, zapato abotinado y gorra de felpa.

Arcabucero y alabardero (pág. 75).—Estan copiadas estas figuras de un fresco de la *Sala de batallas* (Monasterio del Escorial), en la que se halla representada la de San Quintín. El primero lleva medias calzas, calzas acuchilladas, jubon con capotillo y gorra; pendiente de la cintura el acero y empuñada con la diestra la alabarda. El segundo, un traje idéntico, zapatos con hebilla, espada, el arcabuz con la sarta de carga, el frasco, y un morrión.

Hecha ya repetida mención de los arcabuceros, nos limitaremos a consignar que los *alabarderos*, cuerpo de cuyo origen nos hemos ocupado al hablar de Gonzalo de Ayora, desempeñaron por regla general el cometido de guardas palatinas ó de honor. En los siglos XVI y XVII, dice Almirante, no solo tenían guardia ó escolta personal

de alabarderos, los vireyes y generales, sino los maestres de campo ó coroneles, y hasta simples capitanes de compañías.» Nuestros lectores habrán notado que en todas estas campañas, se hace frecuente mención de la pica y del arcabuz ó del mosquete; de la alabarda sólo como arma de los sargentos ó distintivo de subalternos.

Testuz y espadas (pág. 76).—Pertenecen estas armas á la Armería Real de Madrid. El testuz ó frontal forma parte de la armadura señalada con el número 544 y tiene hermosos adornos repujados y dorados, del gusto del Renacimiento. De igual estilo es la espada que aparece á la derecha y que contrasta con la que figura en el costado opuesto por su trabajada hoja y hermosa empuñadura.

Armadura ecuestre de Felipe II (Lámina suelta, pág. 64).—El Catálogo de la Armería Real de Madrid, á cuyo famoso museo pertenece, en su número 2451, la describe así:

«Yelmo empenachado y con gorguerín; visera de pico de gorrión de dos piezas, la vista y la ventalla; gorjal alto; braza, es completos con manoplas; gocete ó guarda-axila derecha; coraza con escarcelas; musleras, rodilleras, grebones con espolines y escarpes de pico de pato.—Espada valenciana; guarnición de cruz con dos patillas y una puente; hoja de seis mesas.—Barda compuesta de testuz ó testera pequeña, capizana, cuello, pechera ó petral, flanqueras y grupera; freno con guarda de riendas.—Silla de armas ó de guerra; estribos con ramajes y veneras doradas. En todas las piezas de la armadura, así como en las de la barba y silla, se ven aspas y eslabones del Toisón, grabados y dorados en anchas fajas.»

Esta ligera descripción, la completa el siguiente juicio recientemente emitido por persona al parecer muy perita:

«Como todo objeto de arte, suele reflejar las teorías dominantes de su época, la regularidad algo rígida y fría del estilo que dejó cabal representación en el monumento por excelencia del rígido, frío y adusto Felipe II, vése reproducida en esa propia defensa corporal del vencedor de San Quintín. Seria, sencilla, correcta de lineamentos, dibuja con precisión las formas individuales, sin ninguna de aquellas exageraciones que antes y después se alejaron de la propiedad, norma segura del buen gusto, para seguir más ó menos las extravagancias de la moda, inventadas por el traje civil. Nada de irregularidad se observa en ella; la caja del cuerpo guarda su configuración natural; los brazos y las piernas quedan bien delineados, con proporción ajustada, sin detrimento de su libre acción y defensa; las articulaciones son llanas, precisas, de fácil juego y no muy complejo mecanismo, así en los guardabrazos de fojas entabladas, como en las manoplas, codales, rodilleras, grebones y escarpes ó zapatillas, mereciendo especial observación los encajes de planchuelas de estas últimas, que á más de producir buena vista, se prestan á toda clase de movimientos.

»Tal economía de accesorios en unas piezas que ya durante el siglo XIV se recargaron de excreencias embarazosas, aristones y arrequives, en perjuicio del guerrero, porque sin duda ofrecían más presa á los golpes del enemigo, y en detrimento del buen aspecto, por el extravagante y ridículo cuando no monstruoso aspecto que imprimían á las armaduras, es otra prueba de corrección artística, según las reglas de aquella escuela que hizo célebres á los Herreras y á los Arfes, y acredita así bien la maestría de los artífices madrileños y toledanos, que iban grangeándose en la panoplia merecida reputación.

»Igual pureza de estilo campea en las bardas de la cabalgadura, cuyos faldones son bastante ligeros y graciosos: no así la ornamentación de fajas verticales que realzan la armadura de caballero ó festonean la del caballo, y sobre todo algunos ramajes que van sembrados por la pechera y grupera, amanerados y sin elegancia, como solían serlo los de los trajes del mismo tiempo.»





Entrada del duque de Alba en Bruselas. Copia de un grabado en cobre de Hogenberg

ESTUDIO TERCERO

GUERRAS DE LOS PAÍSES BAJOS. — EL DUQUE DE ALBA

I. Origen de las guerras de los Estados Bajos.—Importancia política de estos países. Su descripción geográfica. Situación por que atravesaban en los primeros años de este reinado. La nobleza y D.ª Margarita de Parma. = **II.** El duque de Alba es nombrado gobernador de los Países Bajos. Sus primeras medidas políticas.—Prisión de los condes de Horn y Egmont. Primeras operaciones de los flamencos. Combate de Heyligerlee. Plan de operaciones del Duque. Ejecución de los condes de Egmont y Horn. El Duque se dirige á la Frisia.—Batalla de Gemmingen. Operaciones en el Mosa. Combate del Get. Mal resultado de la segunda campaña de los rebeldes.—El perdón general.—Operaciones en la Zelanda. Rebelión de la Holanda. = **III.** Nuevo plan de campaña del Duque.—Toma de Mons. = **IV.** La insurrección en el Norte. Célebre sitio de Harlem. — **V.** Sitio de Alkmaer. Los rebeldes derrotan al conde de Bossu.—Cesa el duque Alba en el gobierno de los Países Bajos.

I



Si con verdadero conocimiento de causa quieren examinarse y juzgarse el levantamiento y guerra de los Estados Bajos, fuerza será que nos remontemos al origen de la gran contienda, en la que de un lado se pusieron España y el Pontificado, de otro Flandes, Inglaterra, los protestantes alemanes y los hugonotes franceses, ó si se quiere, el catolicismo representado por D. Felipe y el protestantismo personificado en los flamencos. Punto menos que imposible era impedir la propagación de las nuevas ideas nacidas en Alemania, en estas comarcas que, vecinas á ella, ricas y florecientes por el comercio, estaban además en relación directa con los pueblos en que más profundamente arraigaron. La Suiza, los Países Bajos, buena parte de Francia, como más en contacto, fueron los primeros Estados en que se propagó el protestantismo, que poderoso en Alemania é Inglaterra, extendíase también por el Norte de Europa, amenazando á la Iglesia con la emancipación de buena parte de la familia católica; y es más, aun en la misma España, mal unida y débil por la división de sus reinos y en peligro por el odio de razas, comenzaba á germinar la idea, con grave

detrimento para la obra de su unidad, y como es consiguiente, de la monarquía. Este peligro habíase manifestado aquí ya en vida de Carlos I; pero Felipe II cuidó de conjurarlo, apelando al hierro y al fuego. Mas no debía ser tan fácil vencerlo en aquellos Estados que, como dotados de especiales leyes y privilegios, y enclavados á cierta distancia de España, requerían medidas, si eficaces, en gran manera prudentes, sobre todo prontas, y aplicadas por mano del mismo príncipe. Aquí existía un doble problema político-religioso, una aristocracia turbulenta y orgullosa que, á ejemplo de la alemana, aspiraba á ocupar los primeros puestos en la gobernación del país y hallaba oportuno pretexto para ulteriores planes en las discordias producidas por el protestantismo; un pueblo amante de sus privilegios, contra los cuales venían á chocar las medidas emanadas de un concilio ó de un monarca en nombre del catolicismo. Para conjurar este doble peligro se necesitaba gran dosis de habilidad y aun de energía. Felipe II lo atacó de frente y, por añadidura, con su habitual lentitud; se engolfó luego en una doble guerra, y después de derrochar en Flandes las riquezas y la sangre de los españoles hubo de reconocerse vencido. Y en verdad que no acertamos á comprender, por qué se da á este hombre el calificativo de *Prudente;* porque ni se manifestó en estas rebelión y guerra oportuno, ni supo utilizar debidamente el talento de sus diplomáticos, ni el valor de sus guerreros, ni aun le guió el menor acierto en el empleo de los recursos, ni de los hombres. Cuando fué necesaria la templanza impuso el rigorismo; cuando ya no queda otro recurso que el rigor, transacciones más ó menos reales, amenguaron su autoridad y su fuerza. Bien es cierto que empeñada la lucha con ánimo de no dar cuartel al enemigo, el éxito de la guerra de los Países Bajos no era dudoso. Era aquella la eterna contienda entre el pasado y el porvenir, y el campeón del pasado fué España, á la que el rey prudente arruinó y empobreció en su loco empeño de convertirla en brazo armado de la Iglesia. Si se califica de periodo de pujanza aquel en que una nación se empobrece y se arruina, se desangra y se debilita á fuerza de victorias y de empresas ruidosas; época en que aun es temida por las fuerzas materiales de que dispone y por el respeto que aparentemente infunde, la España de los últimos años del siglo XVI está en el apogeo de la grandeza; pero si damos á cada periodo su verdadero calificativo, echaremos de ver que en esta época se inició nuestra decadencia, decadencia ya visible en el siguiente reinado, en que, existiendo la natural postración en el cuerpo nacional, se carecía de grandes diplomáticos y de grandes guerreros, continuando en cambio las ruinosas empresas y siendo víctimas de las desastrosas medidas económicas, de la prodigalidad y el fausto de la córte, del aumento de la vagancia y de la despoblación. Y de todas las causas que más contribuyeron á nuestra ruina, la guerra de los Países Bajos fué por desgracia la más poderosa.

Estos Países ó Estados Bajos, dijimos en otra ocasión, que los heredó Felipe de su padre (1), y de su extensión y riqueza puede juzgarse citando el nombre de cada uno de ellos. Constituían 17 provincias: Flandes, Bravante, Artois, Hainaut, Namour, Tournay, Valenciennes, Lila, Douai, Utrecht, Holanda, Zelanda, Malinas, Güeldres, Frisia, Limburgo y Luxemburgo (2). Comprendían, pues, casi todo el territorio que hoy abarcan Bélgica y Holanda, y según su especial situación se designaban aquellos Estados en flamencos propiamente dichos, gálicos é imperiales. El cuerpo de tales Estados, constituído por multitud de baronías y señoríos de mayor ó menor importancia,

(1) Desde 1426 los poseía la casa de Borgoña. En 1478 los trajo en dote á la casa de Austria D.ª María, hija de Carlos el *Temerario*, la cual casó con Maximiliano I, abuelo de Carlos V, cuyo rey los recibió en herencia y á su vez los transmitió á D. Felipe II.

(2) Para redactar esta descripción en su parte política geográfica, hemos tenido á la vista los autores de más nota que se han ocupado de las guerras de Flandes, así antiguos como modernos, las relaciones de los embajadores venecianos, y entre ellas la de Donato, ya citado en el anterior ESTUDIO, y por último una geografía impresa en Madrid el siglo XVII y escrita por D. Francisco de Aefferden, capellán de honor de S. M. el Rey de España. Resulta cierta confusión al proceder á la división sistemática de estos dominios.

Donato consigna la marcada por nosotros; Aefferden enumera las 17 provincias siguientes: Bravante, Limburgo, Luxemburgo, Gueldres, Flandes, Artois, Henado, Holanda, Zelanda, Namur, Zutphen, Amberes, Frisia, Malinas, Utrecht, Overissel y Groninga. D. Diego Hurtado de Mendoza, en sus celebres *Comentarios*, dice: «Y para venir á la descripcion particular de estos paises y Estados si bien acostumbran á dividirlos en *diez y ocho* provincias, según los títulos que de ellas tiene el Rey nuestro señor, por estar las señorías donde proceden estos títulos enclavados como dicen en las provincias principales de que se hace la descripcion, apuntaré solamente las que parecen más convenientes y necesario dividir de las otras por una division geográfica, añadiendo á ellas la señoría de Malinas, donde es el principal parlamento.» Seguidamente enumera y describe el ducado de Bravante, el señorío de Malinas, el ducado de Gueldres, la Frisia, Over-Issel, Holanda, señorío de Utrecht, Zelanda, Flandes, Artois, Henado, Luxemburgo y Namur.

se constituía en una Dieta cuando convenía al Rey para pedirle auxilios ó socorros. El monarca tenía en Flandes un gobernador ó capitán general, casi con iguales prerogativas que las suyas, y este era el que cuidaba del gobierno universal, asistido de un Consejo de Estado, cuyos individuos elegía y nombraba aquél entre los nobles del país y de su córte.

La gran importancia que tenían los Países Bajos á la sazón se comprenderá con sólo mentar algunos datos. En primer lugar, constituían una amenaza para la Francia cuando esta invadía la Italia ó España; en segundo lugar, monopolizaban el comercio europeo y eran un manantial de riqueza para sus príncipes; en tercer lugar eran importantes centros marítimos y poseían, por lo tanto, las mejores flotas del mundo. Desgraciadamente, se hallaban, como hemos dicho, situados á gran distancia de España, y era muy difícil acudir á ellos en el peligro con oportunidad, pues por mar la vía más corta tenía más de mil millas, siempre á vista de las escuadras francesas é inglesas, y por tierra la de Italia, además de ser larga, no teniendo el rey á su devoción los duques de Saboya y de Lorena, cuando Francia impidiera el paso por su territorio, quedaba cerrado por completo. Especial es la situación de estos países: su territorio llano y abierto, surcado por numerosos ríos y amenazado por el mar, está formado por terrenos de aluvión, defendidos por la naturaleza con dunas y luego por la mano del hombre con sólidos diques; la industria humana ha disputado á las aguas el terreno, oponiendo barreras al ímpetu de las aguas, desangrando á los ríos por medio de numerosos canales, utilizando á éstos como vías de comunicación y convirtiendo así este territorio, en uno de los países más ricos y florecientes de Europa, por su comercio y por sus manufacturas. En cambio, abierto á las invasiones de franceses, ingleses y tudescos, requería suma vigilancia, estratégicas fortalezas, buenas guarniciones, pues sus defensas naturales se reducían á sus grandes corrientes, y sobre todo la rotura de los diques ó al levantamiento de las compuertas de sus canales, con lo que la campiña quedaba inundada, dándose entonces el caso de entablarse un combate naval en aquellos sitios en que antes podía combatirse á pié firme. Una ojeada al mapa de Bélgica y Holanda, bastará á que el lector se forme exacta idea de estos países.

Los Estados Bajos, como su mismo nombre manifiesta, son una región excesivamente llana, cruzada por numerosos ríos y en algunos puntos más baja que el nivel del mar. Eran sus límites por el Norte el mar de Alemania, por el Este los Estados germánicos, por el Sur Francia y al Oeste el canal de la Mancha, teniendo en la época de que nos ocupamos, según los historiadores, cuatro mil leguas de bojeo. Esta extensa superficie, sólo accidentada por los ramales que lanzan los Ardennes, formando la divisoria de dos de sus más caudalosos ríos, el Escalda y el Mosa, está surcada en cambio por numerosas é importantes corrientes que constituyen otras tantas vías de comunicación, y ofrece en su accidentada costa grandes golfos é interiores mares, alguno de ellos desecados hoy. Al Norte hállase el gran golfo de Zuyder-cée, cuyas aguas bañan cinco provincias y forman golfo más reducido, el de Y, que á su vez se comunicaba con el antiguo mar ó lago de Harlem. Este golfo, cuyo nombre en holandés significaba *mar del Sur*, créese que debe su existencia á una espantosa inundación que en 1282 tragó gran número de pueblos, y con el Dollar, en la embocadura del Ems, y el Lanwer-cée entre las provincias de Groninga y Frisa es el tercero de los que cuenta Holanda. Llama desde luego la atención examinando el curso de los grandes ríos, la dirección que siguen el Mosa y el Escalda. Salen del territorio francés y corren paralelos en dirección norte; cámbianla luego para seguir la noroeste: el Mosa parece continuación del Sambra, el Escalda del Lys inferior. Por fin, antes de abandonar el suelo belga, vuelven á tomar su dirección normal, para dirigirse el uno hácia el Oeste y el otro hácia el Norte. El Mosa, dice un ilustre geógrafo, es un río de montañas, comparado al manso Escalda, que es el río de las llanuras, y por lo mismo ha sido fácil convertirlo en canal navegable. En Gante la marea sale al encuentro de este río y más abajo de esta ciudad se convierte en un estuario marítimo. El Mosa, engrosado por el Wahal y otras corrientes, se ramifica, y da en distintos brazos su tributo al mar. Las aguas del Escalda confúndense con las del Océano, divididas también, entre el laberinto de islas formado frente á sus bocas. Estos dos ríos y el Rhin son los más importantes de los Estados por su caudalosa y ancha corriente; pero á más de ellos cuenta el territorio que hoy consti-

tuye el reino Belga, otras corrientes dignas de mención, el Sambra, el Ourthe, el Lys, el Denderet, el Ruppel el Dyle y el Sena, alguno de estos bifurcado y con denominaciones diferentes; y el territorio de Holanda y provincias septentrionales de Groninga y Frisia, los diferentes brazos del Rhin, cuyas dos ramas principales son el Leck y el Wahal, el Over-Vessel, el Issel, el Regger, el Kuinder y el Ems. Los mas hállanse en comunicación entre sí por medio de canales, y constituían importantes líneas de comunicación y de defensa (1). De éstas, las exteriores eran tres: la que cubría la frontera francesa, protegiendo el Bravante, Henado y Flandes oriental constituída por el Sambra, el Aisne y el Escalda y robustecida por algunas importantes plazas fuertes: la del Mosa que envolvía el Bravante septentrional, el Limburgo y Namur, si bien abría en ella un portillo el arzobispado de Lieja, y la tercera formada por las plazas fuertes que defendían el litoral del mar del Norte y de las cuales la más importante era Groninga. El caudaloso Ems defendía aquí el paso á la Alemania. Otras tantas líneas interiores determinaban sus muchos ríos y canales; y esta múltiple división de aguas, á que había proveído la industria de los habitantes con sólidos diques, permitía más fácilmente interceptar las comunicaciones pedestres, pues convertidos aquéllos en calzadas, su ruptura convertía en lagos los campos, é imposibilitaba el avance del invasor. Sobre todo, este laberinto aumentaba en la desembocadura del Mosa y del Escalda (2). El condado de Zelanda, situado en las bocas de este último río, presenta tres islas de regular superficie, la de Walcheren, la de Beveland Norte y la de Beveland Sur, la de Schonwen y la de Tholen, junto á la cual y formando parte de las provincias holandesas, existen las de Over-Flakkée, Voorn, Beyerland é Issel-Monde (formadas éstas últimas por las bocas del Mosa). Dominadas éstas por los rebeldes marítimos, cerraban el paso á toda comunicación por mar, y contando con auxilios de Inglaterra eran magnífica base de toda operación contra el interior. La poca elevación del suelo en esta región, á la que protegen de las olas las dunas, y en otras las aguas del mar confundiéndose con los pantanos, la presta una fisonomía especial, de la que Estrada trata de darnos idea suponiéndonos colocados en elevada torre, desde la cual descubriéramos dilatado panorama, surcado de ríos y canales, sembrado á trechos de vegetación lozana, á trechos cubierto de unos pantanos allí llamados *polvers*, bajo cuya superficie engañosa ocúltanse verdaderos abismos; y entre éstos y aquéllos numerosos pueblecillos y opulentas ciudades, cuyo murado recinto pregona su poderío y su riqueza. ¿A qué detenernos ahora á dar cuenta detallada del curso de sus ríos y del número y riqueza de

(1) «Tres, dice un escritor moderno, eran las más notables líneas de defensa, formadas por las plazas fuertes, en las costas y fronteras de los dominios de Felipe II en estas ricas comarcas. Se extendía una por la frontera oriental, desde Groninga hasta Luxemburgo, formándola Dalem, Almelo y Zutphen en las provincias del Norte; Arnheim y Nimega en los distintos brazos del Rhin; Venlóo, Ruremonde y Maestricht á orillas del Mosa. Por el Sur y en la frontera francesa, desde Luxemburgo á Dunkerque, comprendía otra á Dinant y Namur en la cuenca del Mosa, y á Mons, Valenciennes y Tournay en la del Escalda; y por último, la tercera se extendía por el litoral del mar del Norte desde Dunkerque hasta Groninga, comprendiendo á Nieuport y Ostende, en el condado de Flandes; á Flesinga, Goes y Dordrecht en las bocas del Escalda y del Mosa; á la Haya, Leyden, Harlem y Alkmaer en Holanda, y á Leuwarden en el señorío de Frisia. En el entrante que interrumpiendo esta línea al Norte forma el Zuyder-cée, se hallan defendiendo las costas de este golfo. Horn, Amsterdán y Naardem en el condado de Holanda; Zwol y Kampen en el señorío de Over-Issel. Todas las ciudades del litoral que formaban esta línea, se hallaban próximas á la costa, las que no eran puertos de mar.»

«Era muy fácil la entrada en los Países Bajos por las cuencas de sus más caudalosos ríos desde Francia y Alemania en que estos nacen, á un ejercito invasor; y de la misma manera por el mar á un enemigo que contase con numerosos buques, sin que pudiera ser obstáculo insuperable á los invasores una frontera militar poco determinada en razón á que las ciudades que se hallaban fortificadas en las diez y siete provincias lo fueron para la defensa de cada una de éstas independientes de las demas, antes de que llegaran á verse reunidas en tiempo de Carlos V y Felipe II, y por consiguiente no se atendió á que formaran dichas plazas una buena línea de defensa, en que se prestaran mutuo apoyo. Siendo para estar bien defendidas demasiado extensas las fronteras en una región en que todas las provincias eran marítimas o fronterizas, a excepcion únicamente del ducado de Bravante, cuya parte septentrional forma una especie de isla rodeada por ríos que son: el Mosa al Oriente y Norte; el Demer, el Dyle y el Ruppel al Mediodía, y al Poniente el Escalda. Este ducado podía considerarse como el corazón de los Países Bajos, y en el se encontraba Bruselas, que era la residencia del Gobernador.»—Martin Arrue. *Campañas del duque de Alba*, Tomo II, Cap. III.

(2) Al llegar á esta región, la más baja de la Belgica, los diferentes ríos que confunden sus aguas con el mar y la multitud de canales que los enlazan forman tal laberinto que se hace por demás difícil señalar el curso antiguo de las aguas. Según los antiguos geógrafos á fines del siglo XII las aguas del mar arrebataron las dunas de la costa flamenca y de la isla de Walcheren, abriendo ancho paso al Escalda, que se precipitaba antes en el Mosa, siguiendo el brazo oriental, pasando por las inmediaciones de Bergen-op-Zoom y Tholen, cuyo paso está hoy completamente obstruido por las arenas.

El cambio no ha sido menos notable en las bocas del Escalda en el transcurso de los siglos, asegurando Reclús que la costa de la Belgica flamenca ha adelantado. Aquí los aluviones marinos han cegado antiguas bahias, convirtiendo en *polvers* grandes lagunas y trocando en agrícolas poblaciones marítimas.

sus ciudades, entre los cuales Amsterdam, Amberes, Lieja, Malinas, Namur, Bruselas y muchas otras, se consideraban como las más industriosas y opulentas de Europa? Limitarémonos á recomendar al lector que al estudiar estas operaciones, tenga á la vista el mapa de estos Estados, siquiera las modernas cartas ofrezcan alguna modificación respecto á los límites y denominación de las provincias, y nos concretaremos á poner punto á esta ligerísima descripción,



Felipe II

consignando tan sólo un dato indispensable: las diez y siete provincias que constituían los Estados Bajos distaban de formar un todo homogéneo, ni por sus costumbres, ni por sus leyes, y en esta época tampoco ya por sus creencias. No las ligaba entre sí otro vínculo que la sujeción á un mismo señor, representado por su lugarteniente ó regente, vínculo débil y que fatalmente debía romperse por el antagonismo en las creencias y por el empeño del monarca de hollar los fueros de un país, ya predispuesto á sacudir la tutela de príncipe, más *extranjero* que natural.

Consignados estos ligeros datos geográficos, continuemos otros no menos esenciales por los que venga en conocimiento el lector de la situación política de los Países Bajos.

Gobernábalos á nombre del rey D.ª Margarita de Austria, su hermana, hija natural del César

y esposa del duque de Parma, asistiéndola como ministro el obispo Granvela, que también formaba parte de su consejo privado y era en realidad el alma de los negocios. La conducta tortuosa de este prelado dió ocasión á que chocara desde luego con los nobles del Consejo de Estado, de suyo predispuestos contra toda ingerencia de extraños en el gobierno del país; pero lo que desde luego originó gran oposición, no tanto en la nobleza como en el pueblo, fueron la serie de disposiciones á la sazón dictadas contrarias á los privilegios públicos: la creación de nuevos obispados, cuyos prelados debían ser ejecutores serviles del monarca español: el cumplimiento de las disposiciones adoptadas en el concilio de Trento y el empeño del rey en establecer en aquellos países el Santo Oficio. Tuviera ó no razón, al asegurarlo así, ello es que las medidas ordenadas por Felipe II, atribuíalas el pueblo á Granvela; y fomentado el odio general por la nobleza, ganosa de intervenir más directamente en los asuntos públicos, á tal extremo se llevaron las cosas, que en Marzo de 1563 el príncipe de Orange, el conde de Egmont y el de Horn, se decidieron á escribir á D. Felipe, pidiendo la destitución de Granvela; cuya destitución estaba muy distante de ordenar el rey, pues no sólo contestó seca y tardíamente á esta carta, si que á la segunda misiva, agravada por la amenaza de dejar de asistir á las sesiones del Consejo, se limitó á decirles que lo pensaría y que ellos continuaran en el ejercicio de su cometido. Fué necesario que el odio popular se manifestara de un modo ostensible para que el monarca, instado por la gobernadora y aun por el mismo Granvela, dictase la orden relevando á éste de su cargo. Mas por desgracia no cesaron con la retirada del obispo los peligros ni los males de Flandes. La presencia del monarca podía conjurarlos; y ésta reclamábanla á una los pueblos y los nobles, la aconsejaba el mismo Granvela, solicitábala con urgencia D.ª Margarita; el mismo Egmont iba en persona á España á inclinar el ánimo del rey para el viaje; mas D. Felipe daba largas al asunto, limitándose á entretener á unos y otros con promesas. Así, estos países, minados por la propaganda reformista, ofendidos por el ataque que á sus privilegios envolvían las decisiones católicas, disgustados de la política seguida con ellos, perdieron el afecto á su príncipe, y éste, á su vez, lejos de considerarlos como Estados patrimoniales, vióse en el caso de tratarlos en adelante como á conquistados. El descontento era cada vez más general, y se manifestó, por fin, en un acto imponente: la confederación ó liga de 1565, en la que la mayor parte de la nobleza flamenca y muchos negociantes constituyeron un poder frente al de la gobernadora, de la que solicitaban intercediese con el Rey para que revocara los edictos. Esta mandó á España, con objeto de conseguirlo, á los condes de Berges y Montigny. Pero el descontento de los pueblos no siempre se encierra en la esfera del respeto á los poderes, y en el Norte y Mediodía de los Estados Bajos, calvinistas y luteranos se ensañaban, quemando templos y saqueando conventos; cuyas novedades llegaron á conocimiento de Felipe, precisamente cuando organizaba elementos para hacer frente á tales compromisos. Todos los de su Consejo le decían que fuera en persona á sosegar á los rebeldes, pero empleando medidas de clemencia, y sólo el duque de Alba manifestábase partidario del mayor rigor; y á pesar de esto, Felipe ni se daba prisa á emprender el viaje, ni parecía inclinado á adoptar otra política que la del Duque: ordenaba á su hermana que reclutara gente, entretenía con buenas razones á Montigny, y entretanto la perturbación en los Países Bajos era cada vez mayor; los nobles confederados, unos adictos á Felipe, como Egmont, se mantenían indecisos; otros andaban retraídos; algunos, como el intrépido Brederode, daban la voz de alarma: de las ciudades, también algunas se declaraban en abierta rebelión, viéndose obligada la gobernadora á entrar en Valenciennes por la fuerza de las armas; otras, como Amberes, se daban á partido después de haber rechazado la guarnición. Así y todo, aunque no sin pequeños esfuerzos, gran tino y prudencia, pudo la gobernadora dominar aquel amenazador levantamiento, chispa no más del incendio que iba á devorar aquellos Estados. Entonces D.ª Margarita escribió al Rey, manifestándole no ser necesario el envío de nuevas tropas, y sí su presencia para solidar la paz. Mas D. Felipe, no sólo dejó de efectuar el viaje y mandó el ejército, si que á su frente colocó el hombre que personificaba una política de intransigencia y de crueldad, á don Hernando de Toledo, duque de Alba.

II

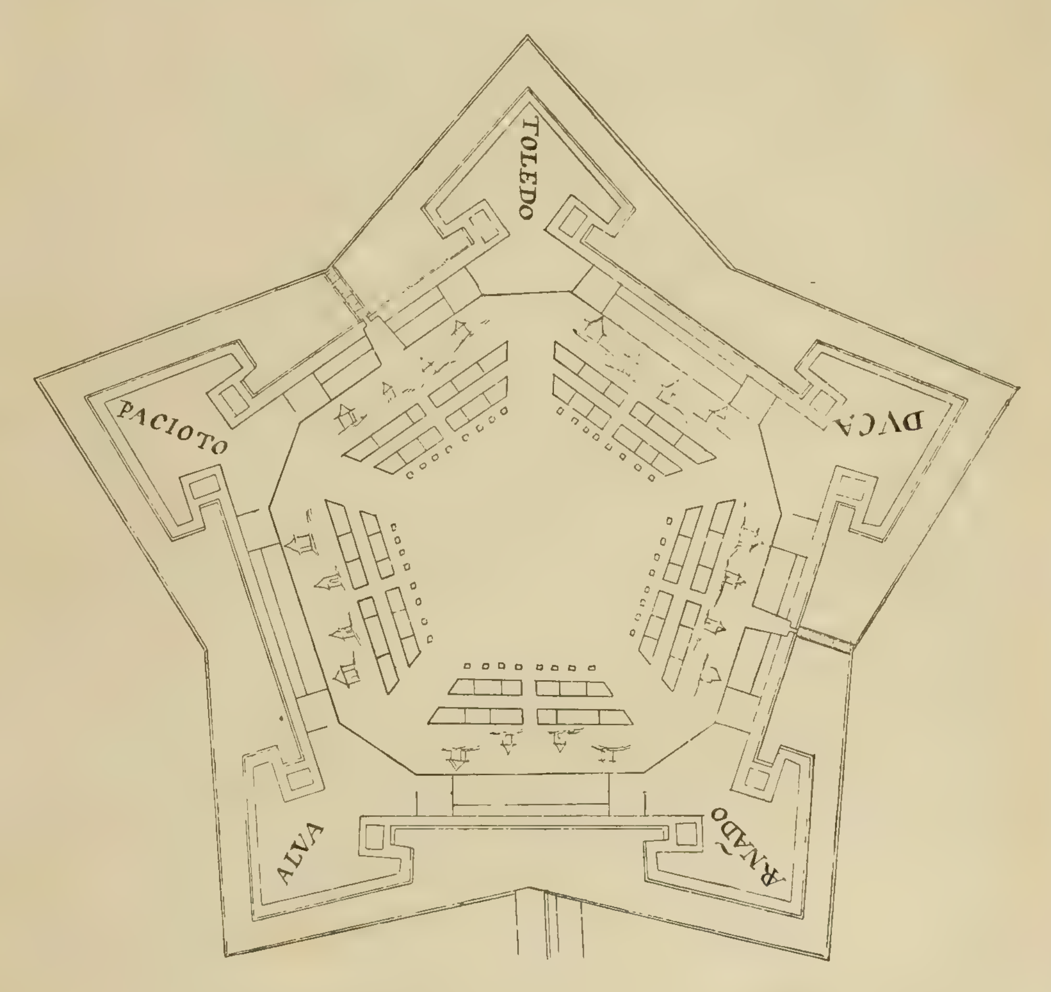
En 17 de Abril de 1567, y después de recibir del Rey plenos poderes y detalladas instrucciones, partía el duque de Alba de Aranjuez para el puerto de Cartagena, donde le esperaban las galeras de Doria, que debían conducirle al de Génova. El ejército se había reunido en Lombardía y debía marchar por la Saboya, Suiza, Lorena y el Franco-Condado á Flandes. En Asti pasó el duque revista á las tropas, unos 10,000 hombres, número escaso para destinársele á operar en país rebelde; sin embargo, fácil de sustentar y aun de manejarse. La infantería la formaban: el tercio de Lombardía, mandado por Sancho de Londoño, y formado por 2,000 soldados, distribuidos en diez compañías; el de Nápoles, por Juan de Ulloa, compuesto de 3,500 en 19 compañías; el de Cerdeña, regido por Gonzalo de Bracamonte, 1,800 soldados en diez compañías; el de Sicilia, por Julián Romero, 1,500 soldados en diez compañías: en resumen, 8,800 infantes. La caballería la mandaban el hijo natural del Duque, D. Hernando de Toledo, y D. Lope de Acuña: se componía de 1,100 jinetes, de éstos 100 arcabuceros y los restantes lanzas divididas en diez compañías, cuyos oficiales eran César Dávalos, Lope Zapata, Vélez de Guevara, Curcio Martinengo, Basti y otros. Además llevaba el de Alba á sus órdenes el maestre de campo Chapin Vitelli; como proveedor, Ibarra; de general de artillería, á Gabrio Zervelloni; de ingeniero, al célebre Paciotto de Urbino; de comisario general de la caballería, á D. Antonio Oliveros, y otros muchos distinguidos capitanes y oficiales, entre éstos el insigne D. Bernardino de Mendoza y el valiente Cristóbal Mondragón.

La marcha por los países antes citados efectuóla el ejército del Duque con el mayor orden y acierto; los caballos ligeros exploraban el camino, los proveedores se adelantaban á preparar el alojamiento; la vanguardia, batalla y retaguardia avanzaban según el sistema adoptado por Carlos I en las guerras de Alemania: conservando entre sí iguales distancias y observando inalterable formalidad para acampar y para distribuir los víveres; y gracias á este sistema pudieron las tropas atravesar diferentes países sin causar estragos de ningún género, llegando, después de catorce días de marcha, al Franco Condado de Borgoña, desde donde, reforzadas por 400 caballos y luego por dos coronelías de alemanes, pasaron á Thionville, entrando en esta ciudad á primeros de Agosto.

Triste impresión causó la presencia del duque de Alba en Flandes, pues se le tenía como representante de una política destemplada, y nadie ignoraba ni su carácter despótico ni menos el odio que profesaba á los flamencos. Por de pronto huyeron los comprometidos en las anteriores revueltas, y á éstos siguieron muy presto numerosos mercaderes y nobles afectos á las nuevas doctrinas; mas el general descontento afectaba un carácter pasivo, hijo de la incertidumbre en que se hallaba sumida la opinión. La fiereza del Duque dió en breve ocasión al rompimiento; pues firme en su enemiga contra los más elevados personajes del país, y ganoso de castigar á los que habían dado margen á los pasados tumultos, no vaciló, á poco de haber llegado á Bruselas, en echar mano de un recurso infame para prender á los que confiadamente se colocaron á su lado.

Distinguíanse á la cabeza de los nobles flamencos el príncipe Guillermo de Nassau, apellidado el *Taciturno*, y los condes de Egmont y Horn, los tres, del Consejo de Estado de la gobernadora. Como la mayor parte de sus compatriotas habían protestado de los edictos, Orange, con mira interesada, Egmont y Horn, no tanto por amor á la idea, cuanto por odio á Granvela; pero si aquél podía ser manifiestamente sospechoso, mayormente habiendo casado con una luterana, éstos apartáronse oportunamente de la liga y coadyuvaron con la Gobernadora muy eficazmente á la obra de la pacificación. Sobre todo, Egmont, hombre de buena fe, sincero católico, fiel servidor del Rey, á quien éste debía la victoria de Gravelines y en buena parte la de San Quintín. Mas cauteloso, como llevado por distintas miras, advirtió á tiempo el príncipe de Orange á Egmont el peligro que corría, de no abandonar con él los Países Bajos; pero Egmont, enemigo de toda

rebeldía y hostilidad, rechazó sus consejos, á pesar de que muy proféticamente le advirtió aquél que *perdería la cabeza*. Y la profecía se cumplió; pues, llenadas por el Duque las formalidades de la entrega, en la que D.ª Margarita de Parma demostró visiblemente la amargura que embargaba su alma, y transcurridos algunos días en estudiado aislamiento, llama el de Alba á los magnates flamencos á consejo, acuden éstos sin recelo á su palacio, y una vez reunidos, les prende. Lo mismo



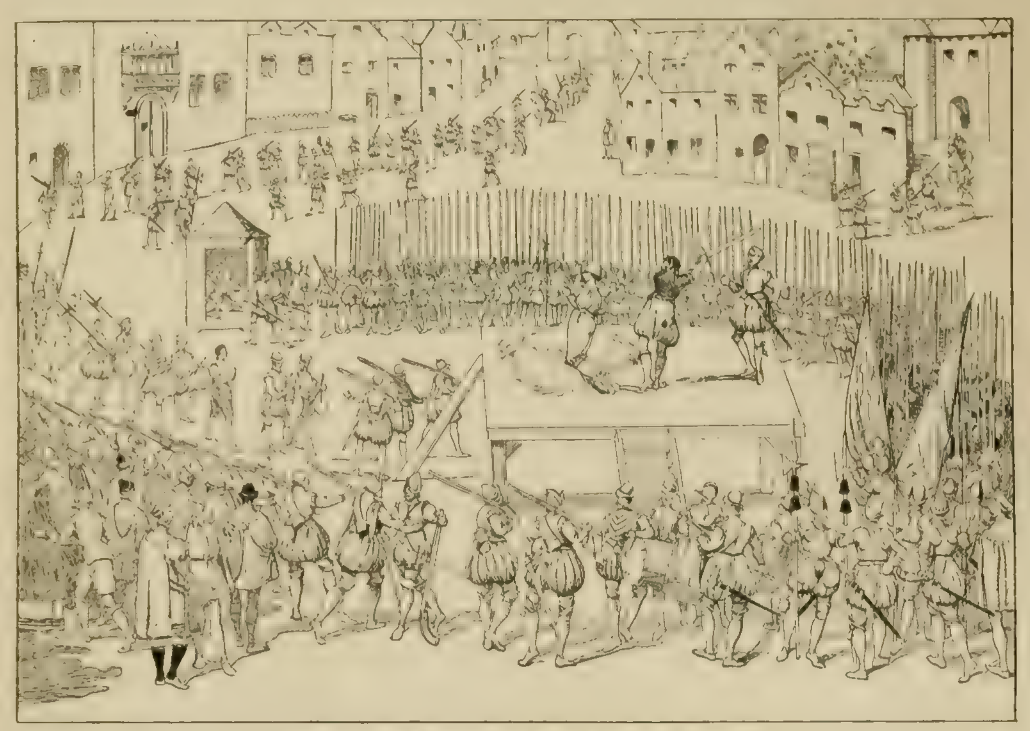
Planta de la ciudadela de Amberes. Copiada de un plano existente en el Archivo de Simancas (1)

efectuaban, casi al mismo tiempo, sus soldados con los ciudadanos más significados de Bruselas.

Esta asechanza, indigna de la hidalguía española, puso de manifiesto el plan que se había trazado el Duque, sembró la consternación en el país, y disgustó de un modo tal á D.ª Margarita de Parma, que reiteró la dimisión que de su cargo había presentado al Rey y abandonó aquel desdichado país entregado desde aquel momento á los verdugos. Por desgracia, no surtió al Duque de Alba su infame plan el efecto apetecido. El príncipe de Orange, como más cauto ó como verdadero

(1) Este dibujo pertenece á la serie de planos y documentos que reprodujo y coleccionó durante su larga estancia en el Archivo de Simancas, el ilustre Brigadier del Cuerpo de Ingenieros D. José María Aparici y García, y nos ha sido facilitado por el Excmo. Sr. Brigadier del mismo Cuerpo é hijo de aquel distinguido escritor D. José María Aparici y Biedma.

culpable, no acudió al Consejo, y puesto en salvo en Alemania, y utilizando la indignación que produjeron las prisiones y los suplicios, las exacciones y los vejámenes, y sobre todo, el establecimiento del *Tribunal de la Sangre*, apercibióse para concluir con la dominación española, entablando correspondencia con los protestantes de Francia y con los de los más importantes círculos de Alemania: reunió fuerzas, se procuró recursos, y en breve, puesto al frente de un ejército en el que figuraban también sus hermanos Luis y Adolfo de Nassau, llevó á efecto la invasión de los Estados Bajos. Con razón dijo Granvela cuando en España se supieron estos hechos: «Si el Duque no ha prendido á Orange, no se ha hecho nada.» En realidad sólo se había conseguido encender la guerra.



Ejecución de nobles en Bruselas. (De un grabado en cobre de F. Hogenberg.)

El plan de invasión del príncipe de Orange había sido perfectamente concebido y prudentemente madurado. Su ejército dividido en tres cuerpos debía entrar en aquellos Estados por el Norte, Centro y Mediodía; esto es, por Frisia y Groninga; por el Brabante, y por Artois y Namur. Esta última parte de la empresa habíala confiado á los hugonotes franceses y á los protestantes alemanes, con los que, él mismo se daría la mano en la provincia del Brabante para caer luego juntos sobre Bruselas, mientras sus dos hermanos tomaban á Groninga, ciudad importantísima de la Frisia Occidental por su estratégica posición y sus defensas. Gracias á estas simultáneas acometidas, se hallaría el duque de Alba indeciso y aun falto del necesario número de hombres para acudir á la vez á los puntos amenazados. Este acertadísimo plan parecía de éxito indudable; pero tropezó en su realización con dos dificultades: lo mal simultaneado de la invasión y la diligencia de Alba. Porque el Duque, lanzado ya el guante, habíase atenido á los resultados, había previsto las contingencias de la lucha, y si se mostró incansable en ordenar numerosísimas ejecuciones; no

por eso dejó de mano la organización de sus tropas, la creación de milicias con los contingentes de las provincias católicas, la construcción de las fortaleza de Amberes, Flesinga y Groninga. Reconcentró el grueso del ejército en Bruselas y Amberes, mandó regresar de Francia un cuerpo que, mandado por el conde de Aremberg, combatía por Carlos IX contra los protestantes, colocó las indispensables guarniciones en las plazas fronterizas, y se dispuso á correr en persona al punto de mayor peligro.

A fines de Mayo comenzó el de Orange sus operaciones, pero el movimiento combinado de los tres cuerpos invasores no pudo verificarse como se concibió, indudablemente por la falta de recursos y aun quizás de tiempo. Un cuerpo de tropas que envió por delante el príncipe para apoderarse de algunas plazas que defendían el curso del Mosa, fué destrozado por Sancho Dávila, en las inmediaciones de Dalem ; en el Artois los soldados que en auxilio del duque de Alba mandó Carlos IX de Francia, también derrotaron á los invasores; y si bien en Brabante se hicieron los protestantes dueños de Grave, Gonzalo de Bracamonte y César Dávalos la recuperaron sin gran esfuerzo, retirándose sus defensores á unirse al ejército de los Nassau que invadía ya la Frisia. Gobernaba esta provincia el conde de Aremberg, capitán experimentado y valeroso que acaba de llegar de Francia precisamente cuando los rebeldes habían logrado hacerse dueños de las plazas de Dam y Delfzul y amenazaban á Groninga. Su presencia atajó el incremento que la insurrección tomaba en el país, y su actividad le hizo dueño de Dam, impidió que el enemigo atacara á Groninga y le obligó á atrincherarse no lejos de aquella plaza. Mas el temerario arrojo de sus soldados malogró los acertados planes de Aremberg. Esperaba éste los refuerzos que, según aviso del de Alba, debía conducir el conde de Mega, para con ellos atacar las posiciones enemigas y conseguir un triunfo casi indudable. Empero los españoles, poco conocedores aún del terreno que pisaban, pidiéronle á grandes voces el combate. En vano trató de disuadirles su caudillo advirtiéndoles que frente á las trincheras enemigas se extendía un inmenso lodazal, espacio en apariencia llano, pero que difícilmente podrían salvar; inútilmente les puso de manifiesto la necesidad de diferir por breve tiempo el ataque; herido á la postre en su amor propio por las frases de la soldadesca, decídese á ir en busca de una muerte segura y gloriosa, es cierto, pero que no disculpa su debilidad.

Sólidamente atrincherados en una eminencia protegida por los pantanos y cuya derecha, oculta un olivar, donde colocaron la caballería, esperan los enemigos la acometida. El de Aremberg prepara el ataque con violento cañoneo, y en seguida lanza los tercios españoles y tudescos contra las trincheras, mientras él al frente de la caballería acecha el momento oportuno de entrar en acción. Esta, en el primer momento, parece favorable á los atacantes; mas en breve tocan los resultados previstos por su general; húndense en el lodo, desaparecen en los huecos que deja la extracción de la turba, pugnan en vano por sentar el pié en el suelo, y heridos á mansalva por el hierro enemigo, hallan desdichada muerte. En este trance, precipítase la caballería enemiga, mandada por Adolfo de Nassau, sobre los tercios, y vuela á su vez á sostenerlos el Conde; luchan los jinetes entre sí y tan bravamente que Nassau recibe la muerte de mano de este caudillo y el Conde perece á su vez rodeado de enemigos. Pero la derrota de los españoles es un hecho; pocos de ellos se salvan de la muerte, pues sólo á los alemanes se da cuartel; los bagajes y la artillería caen en poder del enemigo, y el eco de la pelea llegando á oídos de las tropas del conde de Mega, ya no distantes, da á éste la triste nueva del descalabro. No quedó otro recurso al de Mega que volar en socorro de Groninga seriamente amenazada á consecuencia de la victoria de Heyligerlhée (que con este nombre se conoce la batalla), y en verdad que anduvo muy acertado, pues, gracias á su diligencia y á la llegada de las tropas que dirigidas por Chapin Vitelli en socorro de Groninga mandó el duque de Alba, Luis de Nassau desistió de ponerla cerco.

El peligro arreciaba y el Duque no se dió punto de reposo hasta organizar nuevos tercios y coronelías, nutrir las diezmadas filas de los regimientos, levantar nuevas compañías de caballos y tomar soldados extranjeros: italianos y walones, albaneses y tudescos á su servicio. Comprendió el duque de Alba que, dado el estado de las cosas, era necesario obrar con gran celeridad, pues situado Luis de Nassau á corta distancia de Groninga, levantado el espíritu público por

la victoria que obtuvieron por los rebeldes, próximo á invadir el país Mauricio de Orange, su más terrible enemigo, no solo urgía alejar de aquella ciudad todo peligro, sino derrotar á Luis antes que su hermano entrara en el Brabante; y esto, era tanto más preciso, en cuanto las fuerzas reunidas ni bastaban á mantener sujeto á todo el territorio, ni con ellas podía atacar á la vez al enemigo en Frisia y Brabante. Sin embargo, el Duque tenía que abandonar á Bruselas, donde se hallaban presos los nobles, y esto constituía un nuevo y gravísimo peligro. En tan apurado trance, halló el de Alba una salida muy en armonía con su carácter: ordenar la terminación del proceso de estos personajes y decapitarles. ¿Fué ajeno Felipe II á esta determinación? Fácil es que el Duque tuviera sus instrucciones, pero no es menos cierto que tan negra mancha arroja este hecho sobre uno como sobre otro personaje. De la enemiga de Alba contra la nobleza podía esperarse un funesto desenlace; de los reparos que pudo tener Felipe, inútil es hablar, tratándose de un hombre sin corazón y por añadidura fanático. El hecho es que fué descuartizado vivo el secretario de Egmont, ahorcado el burgomaestre de Bruselas, decapitados veinte nobles, y por último, igual suplicio sufrieron los condes de Horn y de Egmont el 6 de Junio de 1568: estos murieron verdaderamente resignados y protestando de su inocencia. Dícese que su muerte fué más impolítica que injusta, mas los que tal aseguran añaden que no resultaron pruebas concluyentes contra estos dos personajes. En España también se condenó á Berges y á Montigny: aquél no pudo ser ejecutado, pues murió antes de fallarse el proceso; éste fué conducido á Simancas, donde rodeado del mayor misterio recibió la muerte, y es curioso leer las detalladas instrucciones que el *católico* y *prudente* Felipe dió para su ejecución ¡Rey verdaderamente *grande*, pues su providencia así atendía al sacristán como al verdugo!

¿Qué plan abrigaba en su altísima inteligencia D. Felipe? ¿Anegar en sangre los Estados herejes? ¿sacrificar nuestra patria en aras del catolicismo? Pues lo consiguió á satisfacción, y la Iglesia y la España católica pueden estarle muy agradecidas. La guerra continuó, la opinión pública en Flandes declaróla sin tregua contra sus opresores, y de allí en adelante nuestra dominación no dependió de las victorias. La espada del guerrero es débil caña cuando se esgrime contra la humanidad.

El duque de Alba cuidó antes de comenzar sus operaciones se guarnecieran sólidamente las plazas más importantes por su situación estratégica y su renombre: Maestricht, Amberes, Gante, Bruselas y Flesinga; después ordenó se concentraran todas las fuerzas disponibles en Bois-le-Duc (el Bolduc de nuestros historiadores). Allí acudieron los tercios de Lombardía, Nápoles y Sicilia, dos regimietos de walones, mil caballos reclutados en Borgoña por el conde de Noirquermes, las compañías ligeras españolas, albanesas é italianas y fueron conducidas diez y seis piezas de artillería. El Duque llegó á Bois-le-Duc el 25 de Junio, y pasada muestra á las tropas, dispuso su marcha por diferentes caminos para concentrarlas en Deventer, punto elegido como base de las operaciones. ¿Cuál era el objeto del caudillo español? Ya lo hemos dicho; derrotar á Luis de Nassau antes de que su hermano penetrara por el Brabante; impedir á todo trance que se retirara de las inmediaciones de Groninga, para caer luego, simultáneamente que Mauricio, en los Estados Bajos; alejar de sí y á todo trance este doble peligro. Si oportuno se manifestó en las órdenes de marcha, no menos previsor en allegar víveres y en procurarse medios de transporte, por manera que el movimiento de concentración se efectuó sin dificultad alguna, y á su vez adelantóse á reunirse con el duque Chapin Vitelli desde Groninga el 13 de Julio, con lo que puede decirse que éste se halló ya al frente de todas sus tropas y en disposición de emprender el ataque.

Hallábase rodeada Groninga de extensos prados, surcados por gran número de corrientes, lo que hacía por demás dificultosos los movimientos de las tropas, pues cortados los puentes y ocupados los caminos que la ponen en comunicación con las plazas vecinas, habíanla los rebeldes bloqueado estrechamente y, sólidamente establecidos cerca de sus muros, permanecían como en espectativa de los sucesos. La noticia de la llegada del Duque no les desconcertó, pero les hizo un tanto cautos, induciéndoles á retirar sus puestos avanzados y acogerse á las trincheras, á las que defendía á guisa de foso el canal que iba de Groninga á Dam. Este canal tenía dos puentes de ma

dera de uno á otro de los cuales y del lado de su campo se extendían las trincheras; al propio tiempo dos casas colocadas junto á ellos y guarnecidas de arcabuceros defendían el paso de los puentes, que fácilmente podían ser quemados; y otra casa situada en el flanco izquierdo del campo, al que dominaba, permitía observar los movimientos del agresor. Podía, pues, el de Nassau defenderse con ventaja y retirarse con oportunidad; mas desgraciadamente no lo efectuó así.

Reconocido el campo por el Duque, echó en el acto de ver la importancia que tenía la posesión de la casa que en la izquierda enemiga se levantaba y aquel fué el objetivo del ataque, pues mientras la caballería ligera lo simulaba por el frente y derecha enemigas, el coronel Robles al frente de los walones se apoderaba de ella, y, reconociendo el campo de Nassau, daba aviso de ser aquel el punto más accesible de la fortificación. Muy flojamente defendió el enemigo el paso del



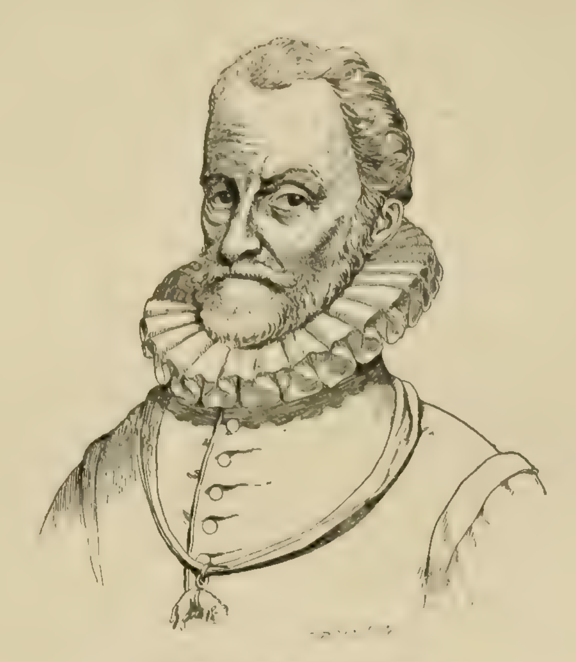
Fragmento de un grabado de Hogenberg titulado *El saco de Malinas*

canal á los españoles, que por el frente y flanco derecho lo atacaron; los puentes empezaron á arder cuando ya los nuestros sentaban el pié en ellos, pero, así y todo, los cruzaron entre las llamas; y cuando se inició el movimiento de retirada, Robles, avanzando por el flanco izquierdo, envolvió á parte de la caballería enemiga: de manera que, acosados por todos lados y puestos en precitada fuga, los rebeldes dejaron en el campo numerosos muertos y algunas piezas de artillería. Victoria fué esta, si obtenida á poca costa, en cambio de resultados muy eficaces, pues quebrantó profundamente la moral del contrario.

El 15 de Julio de 1568 entraba el duque de Alba en Groninga; sin apearse del caballo daba orden de reponer los puentes para el paso del ejército, y enviando por delante á Chapin Vitelli en reconocimiento del terreno, emprendía de nuevo la marcha hacia el caudaloso Ems, que supuso trataba de cruzar el enemigo. Empero, éste, con poco tino, ni acertó á comprender cuán necesario hubiera sido para él poner esta línea de agua de por medio, ni á posesionarse de un punto tan ventajoso para el paso del río como Reydem, población colocada en sus márgenes y con puente de madera sobre el mismo. El Duque lo ocupó y fortificó convenientemente, y de este modo impidió que el enemigo se escapara de sus manos. Por su parte, el de Nassau eligió para atrincherarse la aldea de Gemmingem, entre la desembocadura del Ems y el golfo de Dullart, posición en verdad

excelente, si se tienen en cuenta los muchos canales, acequias y pantanos que impedían el acceso, y sobre todo la facilidad de inundar en pocos momentos la campiña, con sólo abrir las compuertas de un dique allí existente. El flamenco se fortificó sólidamente allí, teniendo protegida la espalda por la aldea, sus alas apoyadas en las orillas del río y la ensenada y ceñida su frente por altas trincheras y profundos fosos. Es cierto que sus fuerzas eran inferiores á las del Duque en calidad y número, pero en cambio tenía á su favor las ventajas de su posición, si no ventajosa, fuerte; pues sólo era accesible á los españoles por una estrecha calzada bañada por las aguas y enfilada por una batería de diez cañones.

Dueño de Reydem, ordenó el Duque á Dávila y Vitelli el reconocimiento del campo, y sabiendo ya que Nassau se hallaba atrincherado en Gemmingem, distribuyó su ejército en trozos, colo-



Guillermo *el Taciturno*, príncipe de Orange

cando los arcabuceros y mosqueteros á la cabeza; seguidamente dió orden de emprender la marcha hacia la citada aldea. Quizás no presumían los rebeldes que el ataque se efectuara con tal celeridad; ello es que la vanguardia mandada por Dávila llegó tan oportunamente á las inmediaciones del campo rebelde, que impidió, apenas comenzada, la operación de abrir las compuertas de los diques; y con este motivo entablóse porfiadísimo combate, que dió lugar á la llegada de las restantes fuerzas de vanguardia, es decir, los tercios de Londoño y Romero, quienes rechazaron á su campo á los flamencos. Pero la situación de estas fuerzas avanzadas en el extremo de la calzada, era sumamente comprometida, y convencido de ello el enemigo y creyendo que á su frente tenía sólo la vanguardia del ejército, cometió el gravísimo error de salir de su campo con objeto de caer sobre las posiciones ocupadas por los arcabuceros: error que pagó á precio bien alto, pues al ser rechazado por los españoles, éstos consiguieron apoderarse de la batería que defendía el paso de la calzada y de dos reductos inmediatos, quedando desde aquel instante abierto el paso al ejército del Duque. La acometida y la victoria fueron obra de un momento: vencida la estrechura de la calzada, atacan los españoles por todos lados las posiciones, trepan audazmente por

las trincheras, y envueltos por todos lados perecen á miles los enemigos, aunque no sin dolorosas pérdidas por parte de los atacantes. Luis de Nassau con pocos de los suyos logró salvarse atravesando el Ems; pero dejó en el campo siete mil cadáveres, diez y seis cañones y veinte banderas; que á tan alto precio pagó su imprevisión y poco acierto. En cambio el de Alba, gracias á su diligencia y admirable tino, coronaba sus sienes con el laurel de la victoria, y en menos de un mes ponía término á esta primera campaña y regresaba de nuevo á Bruselas.

Este triunfo llenó de estupor á los partidarios de la rebelión; pero el Duque, previendo nuevos y graves acontecimientos, no se durmió sobre sus laureles: por el contrario, consagróse sin descanso á la tarea de mejorar las defensas de las principales plazas y reorganizar sus tropas, á las que habían reforzado 2,500 hombres venidos de España con su hijo D. Fadrique, militar tan valeroso é inhumano como su padre. Y muy oportuno fué este refuerzo, pues el príncipe de Orange, que había reunido un ejército de 28,000 soldados, apercibíase á cruzar el Rhin y penetrar en el Brabante: antes, empero, publicó un manifiesto en el que exponía las causas de la guerra y excitaba al país á concluir con la dominación española.

Atento á este peligro el de Alba, reune, no sin grandes esfuerzos, un ejército de 14,000 infantes y 5,000 caballos, ejército si inferior en número superior en calidad al enemigo, y desde Bois-le-Duc, en donde concentró sus fuerzas, dirígese á Maestricht, llave de la frontera, por estar situada á orillas del caudaloso Mosa, que paralelo al Rhin constituye una importante línea defensiva del territorio. Desde Maestricht podía el Duque vigilar á Lieja, ciudad perteneciente al arzobispado de este nombre que se mantuvo neutral, y al mismo tiempo extender la exploración á toda aquella frontera, á la que, pasado el Rhin, amenazaban ya los enemigos. Muy distinto era ahora su plan del seguido hasta entonces: tratándose de un ejército compuesto de elementos tan hetereogéneos como el de Orange, falto de recursos, y que por consiguiente debía vivir á costa del país, creía oportuno tenerle en jaque, acosarle constantemente, aprovecharse de sus descuidos, cortarle las comunicaciones, aislarle de su base, obligarle, en fin, á disolverse y á abandonar el país. Y todo se realizó según lo había previsto.

La noche del 6 al 7 de Octubre de 1568, el príncipe de Orange levantó con el mayor sigilo su campo, frontero al del Duque, y siguiendo la ladera izquierda del Mosa, consiguió pasar este río por el vado de Stokem, valiéndose de un ingenioso ardid. Su caballería, formada en cuatro líneas, quebrantó la corriente, y hecho un puente con los carros, trasladó á su ejército con gran facilidad á la ribera opuesta. De este modo consiguió burlar la vigilancia de Alba, quien, resistiéndose á dar crédito á tal novedad, decía: «¿Pensáis que es un escuadrón de aves, para pasar á vuelo el Mosa?»

El plan de Orange era librar cuanto antes la batalla; su indecisión le perjudicó; la actitud pasiva del país le impidió luego entrar en lucha; la conducta del general español, al que era muy inferior, le impuso respeto y le obligó á una retirada más vergonzosa aun que una derrota. Por su parte, el Duque, sin abandonar el campo á su contrario, procuró adoptar una prudente espectativa, entretener al enemigo con escaramuzas y dar lugar á que el mal éxito de las primeras operaciones engendrara el descontento de los soldados enemigos. Previó, sin embargo, las contingencias que pudieran inducirle á una batalla, y á este objeto procuró, al ir en seguimiento de su contrario, elegir él en persona el punto donde debía de acamparse y fortificarse, de manera que cuando llegase el cuerpo del ejército «no tuviese más que hacer que ponerse en batalla, sin perder un momento de tiempo, hallándose siempre superior al enemigo y con ventaja de sitio para combatir con él.»

El día 9 de Octubre avistó el duque de Alba al enemigo, y en espectativa de un ataque, formó sus tropas en el siguiente orden: «De toda la infantería se hicieron cuatro escuadrones: el primer escuadrón, y que más vecino estaba á los enemigos, era de los españoles de todos tres tercios, en el cual, delante de la arcabucería y mosquetería con que tenía guarnecidos los costados, estaban puestos unos ingenios que el capitán Bartolomeo Campi, ingeniero, había hecho, los cuales eran dos cuadros de madera, de la distancia de tres piés geométricos ó poco más, altura que llega á un

hombre á la cintura, y unidos los dos en uno, como compás, para poderse abrir; los maderos destos cuadros eran del grueso de tres dedos, y en uno de los cuadros estaba hecha una reja de cuerdas del tamaño de un dedo miñique. Abriéndose estos dos cuadros, se afirmaban por los dos lados con dos aldabas, con lo cual podian estar levantados como bancos de mesa. Estos ingenios se pusieron á distancia de ocho pasos de la guarnicion de la arcabucería de los lados del escuadrón, junto el un cuadro al otro, en hilera tan larga como lo era el costado del escuadrón, teniendo los cuadros de la reja las cuerdas á la parte de fuera; porque cuando la caballería enemiga viniese á embestir por aquella parte diese en los ingenios, donde forzosamente habian, no sólo de tropezar los caballos, pero caer al momento que tocasen en los cuadros, embarazándose las manos en las cuerdas y maderas; y por prevenir que esto no causase confusion en la arcabucería ni escuadrón cayendo los caballos cerca dellos, se ponían los cuadros á distancia que escribo, por ser conveniente para impedir este daño y herir á su salvo los arcabuceros á la caballería, hombres y caballos caídos, con ayuda de los ingenios que les venian á servir en forma de trinchera; que fueran de provecho contra la caballería si se ofreciera combatir aquel dia, y los ingenios de fruto en la guerra por poderse mudar de una parte á otra.

»Este escuadrón estaba el más florido y crespo por los muchos coseletes, que jamás creo yo se ha visto de la misma nación en ninguna parte y con tan buena orden formado, que aun con la vista no se hallaba lugar en él para entrarle ni acometerle. A su mano derecha estaba otro de alemanes del conde Alberico Lodrón, guarnecido parte dél, con arcabucería y mosquetería española; cosa que el Duque hacía, siendo general en la guerra de Alemania, y acostumbraba siempre hacer en las guerras que se ha hallado, ayudando las picas alemanas que suelen ser tan buenas con nuestra arcabucería, de que los regimientos de aquella nación tienen de ordinario falta. Luego seguia á este escuadrón otro también de alemanes altos de la coronelía del conde de Eberstain, guarnecido parte dél con arcabucería walona por el mismo respejo. Destos dos escuadrones de alemanes eran los mas soldados viejos, todo gente muy igual y bien armada, como lo acostumbran de ordinario los de la nación. Pegado á este escuadron estaba el de los walones, que era el postrero y una hermosísima banda de gente, por ser todos soldados viejos y sus coroneles personas de mucho valor y experiencia y lo mismo sus capitanes. Con la caballería ligera estaba el Prior á la mano izquierda de los españoles, repartidos en seis escuadrones, que era gentil caballería y caballeros principales del país todos los capitanes de la que se habia levantado, los cuales con mucho gusto y voluntad sirvieron á su majestad en esta ocasión. Los tres escuadrones de la caballería ligera tenian al costado izquierdo un corneta de herreruelos, que servía como manera de manga, y á la mano derecha del escuadrón de los walones estaban los hombres de armas en tres escuadrones, que hacian una muy hermosa vista, por estar muy en orden y bien á caballo, y á la mano izquierda de cada escuadrón una corneta de herreruelos en la misma forma que en los de la caballería ligera. Delante de los escuadrones de los alemanes estaba la artillería, que era el sitio más conveniente para ella. Todos estos escuadrones se hallaban en un llano (1).»

Hemos reproducido los anteriores párrafos de los *Comentarios* del insigne D. Bernardino de Mendoza, á quien principalmente seguimos al narrar estos sucesos como testigo que fué de los mismos, no tanto para que el lector adquiera idea de la formación empleada, cuanto de los componentes del ejército del Duque. La importancia que este da al terreno es tal, que acampa como si hubiese de librarse batalla, es decir, á vista del enemigo y tan cerca de él, que no se acierta á comprender cómo dejó de llegarse al trance de las armas. Pero al príncipe de Orange sucedióle algo parecido á lo que ocurrió á los confederados de Smalkalda; y así en aquella como en esta ocasión, demostró el duque de Alba que poseía grandes talentos militares. Su caballería picaba constantemente la retaguardia al enemigo; el resto de su ejército le seguia á cierta distancia, pero cortándole la línea de retirada; por manera que Orange se mantenía aislado, y no le era dable realizar operación alguna de importancia. De este modo transcurrió el mes de Octubre; libráronse algunas escaramuzas de escasa importancia; pero el descontento, el desaliento, el hambre

(1) Mendoza: *Comentarios de las guerras de los Países Bajos*, Lib. IV, Cap. V.

y la fatiga comenzaron á cundir entre los orangistas. Hallábanse, por decirlo así, acorralados en el ángulo formado por los ríos Get y Mosa, y perdidas ya casi las esperanzas de mejora, cuando supo el Príncipe que acudía de Francia en su socorro el hugonote Genlis, y esta noticia, rehaciendo su abatido esfuerzo, le indujo á cruzar el primero de aquellos ríos.

Difícil era en verdad el intento de Orange teniendo sobre sí las tropas del Duque; sin embargo, quiso llevarlo á cabo, dejando en una aldea de la orilla derecha un cuerpo de arcabuceros, con el objeto de entretener á los españoles y permitir que avanzara su ejército y cruzara el río. Y lo consi-



Margarita de Parma, gobernadora de los Países Bajos

guió en parte, pero sacrificando casi por completo á los 4,000 soldados de que aquél se componía, la mayor parte de los cuales perecieron en la lucha; pérdida para él tanto más sensible en cuanto quedó privado del elemento más indispensable á su ejército. Ni tampoco le sacó de su apurada situación la llegada de Genlis con quien logró darse la mano, pues falto uno y otro de recursos, agravóse el estado de los rebeldes, y las privaciones y el cansancio indujeron á sus caudillos á repasar el Mosa y retirarse á Alemania. El Duque, que después de la reunión de Orange y Genlis había acudido á Lovaina, temeroso de alguna intentona contra esta ciudad, emprendió de nuevo la marcha contra el enemigo, al que fué picando constantemente la retaguardia; y por cierto que allí se evidenció el tacto con que procedía este caudillo, pues sin efusión de sangre consiguió ver aniquilado á su contrario. Siguióle hasta Lieja, por donde impidieron sus habitantes el paso á los rebel-

des; luego marchó paralelamente á él por las inmediaciones del Mosa, y por último acompañó á sus diezmadas huestes hasta la frontera francesa, desde cuyo territorio dió Orange la vuelta á Alemania con los pocos soldados de este país que le restaban. Así terminó la campaña de 1569, no menos gloriosamente que la anterior para el duque de Alba.

La paz, es indudable, todavía hubiera podido renacer, después de los terribles escarmientos y de las espantosas matanzas efectuadas; porque aun contaba el monarca español con cierto número de súbditos flamencos adictos á la fe católica; y sobre todo en las provincias en que existía una rica y poderosa burguesía, hubiera podido contraponerse ésta á la nobleza y disgregar de su partido un elemento sano, vigoroso y rico. Pero el duque de Alba, á quien sólo se puede respetar por sus talentos militares, era un hombre falto de tacto, rencoroso, mezquino, cruel é insaciable, digno servidor de un rey como Felipe, que á pesar de todo, si le amó por sus servicios, detestóle siempre por su carácter altanero. En Amberes mandó erigir una estatua fundida con los caño-



Medalla acuñada en honor del conde de Horn

nes tomados á los rebeldes; ordenó á todos los habitantes de los Estados celebrasen con públicos festejos sus recientes triunfos; y con nuevos impuestos y la desacertada aplicación de la ridícula amnistía general ofrecida por D. Felipe, concluyó de enajenarse los ánimos y dar pié á nuevos disturbios. Es cierto que por este tiempo y repetidas veces presentó al Rey su dimisión, y no menos cierto que éste, por de pronto, se negó á admitirla; pero el hecho es que á pesar de haberse nombrado gobernador al duque de Medinaceli, tardó todavía este dos años en marchar á Flandes, y cuando llegó allí, las exigencias de la guerrà impusieron al de Alba la obligación de continuar en aquel puesto de peligro.

El perdón concedido por Felipe II á los flamencos rebelados contenía tantas excepciones que más á propósito era para enconar que para cauterizar las heridas; el país, vejado por las fechorías de nuestros soldados, que no recibían pagas hacía largo tiempo; insultado y provocado por los agentes españoles; gravado por el absurdo impuesto del *décimo* sobre todos los artículos destinados al comercio; atropelladas sus leyes; proscritos buena parte de sus habitantes; sufriendo la más terrible de las tiranías, la de su conciencia; tenía ya poderosísimos motivos para sacudir el yugo de un príncipe que le trataba *no como una herencia, sino como una conquista*. Bastaba, pues, la más ligera chispa para que de nuevo estallara el incendio de la guerra, y esta vez se declaró y propagó con rapidez en las provincias marítimas.

Favorecidos por la reina Isabel de Inglaterra, los flamencos enemigos de España habían organizado flotillas, con las que infestaban impunemente las costas, y capitaneados por un jefe intrépido, el conde Guillermo de la Marck, acometieron arriesgados ataques. El haber apresado Isabel dos galeras españolas con socorros en metálico para el Duque, la insubordinación de algunas compañías tudescas y la toma por sorpresa del castillo de Ravenstein, fácilmente recuperado por nuestros soldados, fueron sucesos por demás adversos y como precursores de otros de mayor trascendencia, cual fué el ataque y toma de Brielle, plaza fuerte de la isla de Woorne, por los *mendigos de mar* (1).

Maximiliano de Bossu, gobernador de Holanda, en unión de Hernando de Toledo, marchó contra ella; pero después de llegar, no sin grandes fatigas, frente á Brielle, convencióse de la imposibilidad de tomarla sin artillería; y al regresar de esta arriesgada expedición, durante la que hubieron de cruzar por dos veces el Mosa, negóse á abrirle sus puertas Dordrecht, y hubo de entrar en Rotterdam por sorpresa. Seguidamente se insurreccionó Flesinga, importante ciudad y puerto en la isla de Walcheren, y á esta ciudad en breve siguieron otras del vasto territorio que comprenden las provincias de Holanda y Zelanda; de manera que otra vez se encontró el duque de Alba rodeado de peligros, y lo que es más grave falto de recursos con los que sostener sus tropas. Se comprende, pues, que á pesar de la llegada del duque de Medinaceli (Mayo de 1572), prócer poco conocedor del país y de la índole de la guerra, no se decidiera el Duque á abandonar el gobierno é hiciera un supremo esfuerzo para dominar la insurrección.

Si se tienen en cuenta los elementos de que disponían los rebeldes en el mar, la posición que ocupaba la isla de Walcheren en la desembocadura de los brazos del Escalda, importante línea de agua cuyas llaves quedaban en poder de aquellos, y su situación central en la Zelanda, bien se echará de ver por donde comenzaba á flaquear el sistema de guerra seguido en los Países-Bajos, es decir, el vacío que se nota en lo que atañe á la marina, elemento indispensable para que aquélla se constituyese formalmente. Improvisó, no obstante, el Duque una escuadra con buques mercantes, dió el mando de ella al de Bossu, y sin demora cuidó de levantar tropas y reunir material de guerra; mas, por de pronto, al ser conducidos de Brujas á Dunckerque los cañones, la escuadra inglesa se apoderó de ellos; y la flota española nada pudo intentar contr Flesingaa, porque siendo flamencas las tripulaciones, los rebeldes estaban oportunamente avisado de cuanto se proyectaba. A causa de esto recibieron los mendigos de la isla de Walcheren grandes socorros de los franceses é ingleses; y envalentonados se atrevieron á poner sitio á Middelburgo, única ciudad de la isla que no pudo despedir á la guarnición española. Pero afortunadamente la diligencia de Sancho Dávila consiguió salvarla, y esto realizando la proeza de cruzar el mar con agua hasta los hombros y luego las movedizas dunas que protegen la isla. De tan arriesgada empresa fué digno remate su regreso á Amberes, después de destrozar los navíos que le cerraban el paso del Escalda.

Parciales victorias eran estas que no impedían ya cundiera rápido el incendio de la guerra. En la primavera de 1572 Valenciennes abría sus puertas á los orangistas emigrados en Francia y á los hugonotes; Mons caía en poder de Luis de Nassau mediante hábil estratagema; y mientras esto acontecía en el Mediodía, sublévanse casi todas las ciudades de Holanda, excepción hecha de Haya, Amsterdam, Schonoven y Rotterdam. En tanto organizábase una nueva invasión por Güeldres y el Limburgo, dirigida aquélla por el conde Wanden-Berghe y ésta por el príncipe de Orange; de manera que los Países-Bajos hállanse seriamente amenazados por las fronteras y por la costa, en el interior y en el exterior, pujantes cada día los rebeldes con los socorros de tres naciones vecinas y, sobre todo, esperanzados por los recientes descalabros de las tropas españolas. Tan grave era la situación que se aconsejaba al Duque el abandono de Bruselas y la marcha á Amberes, más á propósito para la defensa. Y sin embargo, el duque de Alba sin desalentarse, de

(1) El nombre de mendigos ó vagabundos (*Geux*) con que se designó á los rebeldes, trae su origen del siguiente suceso: á raíz del compromiso de Breda, presentáronse los sediciosos á la gobernadora D.ª Margarita solicitando respetase el Rey sus libertades y como vistieran sencillos trajes grises, el conde de Berlaymont, del partido del monarca, dijo á la de Parma—«Señora, no son sino unos mendigos» (*Ce ne sont que de geux*). Este calificativo cayó en gracia y adoptaron desde entonces la palabra *geux* como divisa. Distinguiéronse los *mendigos* en terrestres ó marítimos, según el terreno en que operaban, y de aquí el nombre que recibieron los de la Zelanda y costas del Norte.

nuevo organiza regimientos de alemanes y compañías á caballo, y puesto en pie aquel ejército decídese á tomar la ofensiva. Pero hállase, casi al mismo tiempo, solicitado por dos peligros: Mons y Valenciennes, á las que conviene recuperar, en el Mediodía; y en el Norte la Holanda y la Zelanda, donde la insurrección se presenta formidable. El duque de Alba echó de ver con su mirada de águila, dónde convenía acometer: las probabilidades de triunfo estaban en el Mediodía, pues en el Norte no podían empeorar las cosas, y echándose encima el invierno tenía contra sí los hombres, el terreno y los elementos. Y ciertamente que al efectuarlo así, obró con mucho tino, porque dirigiendo sus esfuerzos á rendir á Mons, llamaba sobre ella la atención del príncipe de Orange y entonces decidía con una batalla ó con la rendición de la plaza el porvenir de la guerra.

III

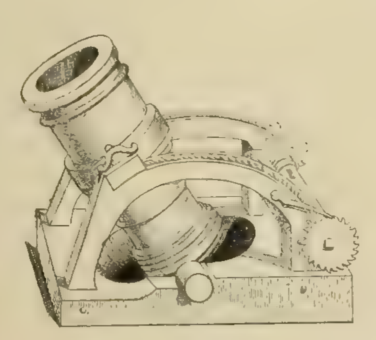
Por su proximidad á la frontera francesa Mons podía recibir en momento de peligro el auxilio de los hugonotes franceses con los que estaba en inteligencia; hallábase realzada por excelentes obras defensivas y tenía á su frente á un hombre entusiasta y valeroso, Luis de Nassau. Hubo, pues, de atender con preferencia el de Alba á cortar las comunicaciones de franceses y flamencos; y como primera medida, mientras se ocupaba en concentrar tropas, mandó a su hijo D. Fadrique y a Vitelli al frente de 4,000 infantes y 500 caballos con objeto de cerrar el paso a todo socorro de Francia y comenzar las operaciones contra Mons. Efectuaron entonces los sitiados vigorosas salidas en una de las cuales fué gravemente herido el mismo Vitelli, pero en breve llamó la atención del sitiador otro peligro; la llegada de un ejército de socorro compuesto de 7,000 infantes y 2,000 caballos mandados por el hugonote Genlis, refuerzo de gran oportunidad para los sitiados, pues, desalojando de sus posiciones á los españoles, concluirían de dominar todo aquel territorio, haciendo por demás difícil la realización del plan que ideó el Duque.

Atento D. Fadrique á todo movimiento efectuado en la frontera francesa, tan pronto supo que Genlis se dirigía en socorro de Mons, trató de cerrarle el paso, arriesgándose al azar de una batalla; y si bien no contaba con iguales fuerzas que el francés, confió en la superioridad moral de sus veteranos y sobre todo en lo que podía darle el terreno. Sin vacilar salió, pues, á su encuentro, avistándole en el preciso momento en que pasaba el río Haisne para tomar el camino de Mons; y tan acertadas fueron sus medidas que el enemigo cayó en el lazo que habilísimamente le tendió. Oculto por una línea de bosques que no lejos de la ribera se extendía y favorecido por los recodos que formaba el río, dispone D. Fadrique que por ambas orillas se adelanten los caballos ligeros y los arcabuceros montados. Estos dirígense por la orilla derecha á la aldea de Houtrage, situada próxima á la corriente y en una dilatada llanura circuída de bosques, consiguiendo así que el enemigo, que se halla cruzando el rio y tiene ya la vanguardia parapetada en la aldea, no sepa en realidad por donde viene el grueso del ejército. Equivocadamente creyó que por la orilla izquierda, pues la inmediata espesura impidióle ver el avance de los españoles, lo cual le indujo á destacar á su vanguardia de Houtrage y á entablar la escaramuza en campo abierto; y como precisamente el ejército español era superior en caballería, fué aquella ferozmente acuchillada y rota en la llanura, y casi al mismo tiempo en la margen opuesta acosó la caballería ligera destacada al cuerpo de ejército y lo puso en fuga. De este modo, aunque no sin experimentar dolorosas pérdidas, consiguieron los españoles volver á ocupar victoriosos sus antiguas posiciones frente á Mons. Las del enemigo fueron grandes y entre los 4,000 prisioneros se contó á su caudillo Genlis.

Puede decirse que coincidió con el regreso de los sitiadores el arribo de refuerzos destinados por el Duque al sitio de Mons, los que, engrosados por las tropas de diferentes guarniciones y por las que en persona condujeron muy luego los duques de Alba y Medinaceli, completaron el sitio de ésta, dejándola totalmente circunvalada con una serie de trincheras trazadas con arte nuevo

y singular por los célebres ingenieros italianos Paccioto y Servelloni. Estas trincheras, reforzadas por algunas baterías, presentaban al enemigo que exteriormente las atacara inabordable frente. Sin embargo, era difícil creer en la inmediata rendición de la plaza, pues sus defensores contaban con el socorro que en breve debía conducir Orange en persona: esperanza que no fué infundada, pues el príncipe flamenco, abriéndose paso al frente de 17,000 soldados por la frontera del Norte, dueño de las desguarnecidas ciudades de Ruremonde, Nivelles, Dieppe, Sicken, Ziemen y Malinas, que gustosas le abrieron sus puertas, y vencedor de Tillemón, Termunde y Oudenarde que quisieron resistirle, avanzaba á pasos de gigante en auxilio de Mons. Mas ya el duque de Alba, anticipándose á su arribo, se apercibía á recibirle; y conociendo por los movimientos del enemigo que éste amenazaba por el Occidente de la ciudad, colocó en las dominaciones de las llanuras que se extienden por aquella parte algunas tropas de infantería protegidas por obras de fortificación y destacó á D. Fadrique con los arcabuceros hacia el pueblo de Jemappes, á donde se dirigía el enemigo.

Cuando éste llegó á las inmediaciones de Jemappes (9 de Setiembre de 1872) quedó en extremo sorprendido contemplando las formidables obras de fortificación construídas por los españoles, pero fiel á sus propósitos no desistió por eso de socorrer á la plaza. Sin embargo, un imprevisto acontecimiento sembró en aquel instante la consternación, así entre los protestantes que combatían en la plaza, como entre los que formaban en el ejército: la matanza de los hugonotes franceses, conocida en la historia con el nombre de *San Bartolomé*, cuya noticia llegó entonces al campo sitiador, saludándola los españoles con salvas y alegre clamoreo (1). Sorprendido por tales muestras de alborozo, trató de averiguar el príncipe su causa, y entonces vino en conocimiento de que el enemigo celebraba la horrible hecatombe de los hugonotes franceses.



Mortero con montaje móvil

Muy acertadamente había elegido el Duque sus posiciones frente á Mons y muy oportunamente mandó fortificar las que ocupó el cuerpo destacado sobre Jemappes. Colocó D. Fadrique á sus soldados en dos montañuelas y al abrigo de sólidas trincheras, y por añadidura Bartolomé Campi reforzó estas obras con un fuerte «en forma de estrella de cuatro rayos (dice Mendoza) que el uno hacía través ó flanco al otro.» De este modo dominaba una vasta extensión de terreno en la que difícilmente hubiera podido maniobrar contra un enemigo que le era superior en número, sobre todo en caballería. El primer día Orange presentó en batalla á sus escuadrones, pero sin conseguir atraer á los sitiadores á la llanura; el segundo los arcabuceros españoles efectuaron una diversión en el mismo Jemappes, y como los viera el enemigo sin apoyo de caballería en la campaña rasa, lanzóse sobre ellos y entabló la lucha aunque con suerte desgraciada, pues acudiendo tropas de refresco les obligaron á retroceder con grandes pérdidas á los bosques inmediatos. La escaramuza sostúvose entonces entre ambas caballerías, interviniendo en persona el mismo D. Fadrique y asistiendo á ella los duques de Alba y Medinaceli; mas el de Orange, aleccionado por la pérdida de trescientos de sus soldados, desistió de socorrer á la plaza por el costado de Jemappes, y con pre-

(1) En balde han tratado algunos escritores de reivindicar á los católicos franceses declarándoles irresponsables de este suceso. La *San Bartolomé* fué preparada por el partido católico, por la córte, los Guisas, la infame Catalina de Medicis y el mismo rey Cárlos IX, á quien se envolvió en la trama. Con motivo de las bodas de la hermana de este monarca, se atrajo á los principales caudillos hugonotes á Paris, y la noche de uno de los dias consagrados á los festejos al grito de ¡*Mueran los hugonotes!* se inmoló á aquellos y á todos sus secuaces. Esta escena se reprodujo en muchas ciudades de Francia. Para conocer á fondo la política francesa en aquella época y las relaciones de esta córte con D. Felipe, es preciso leer la interesante obra: *Les Guises, les Valois et Philipe II*, por J. Croze, á la que acompaña una preciosa coleccion de cartas de varios personajes franceses al rey de España y á D. Bernardino de Mendoza. Este autor en sus *Comentarios*, (Lib. VII, cap. III), dice que Mr. de Gomicourt fué quien trajo al campo del Duque la noticia de «haber hecho ejecutar el Rey cristianísimo en Paris, donde estaba con su córte, al almirante Coligny y á todos los demas rebeldes,» y añade: «que fué justicia y castigo bien digno de Rey, cuyo nombre es cristianísimo.» En la entrevista de Catalina con su hija Isabel, mujer de D. Felipe, entrevista á que asistió el duque de Alba, es de presumir que ya se discutió el plan de exterminio. Los nombres de todos estos repugnantes personajes andan mezclados en el asunto.

texto de acampar, retogradó á Framen, desesperado de salvar la plaza. No fué más feliz en la nueva tentativa proyectada desde Saint Sintorien, pueblo situado en una hondonada al mediodía de Mons, pues los españoles le sorprendieron una noche, causándole grandísimo destrozo. Estos descalabros obligaron al príncipe de Orange á regresar á Malinas y de allí á la frontera, acosados por algunas compañías españolas que acuchillaron parte de su retaguardia. Los de la plaza, perdida ya toda esperanza, la rindieron al duque de Alba (19 de Setiembre de 1572). A esta rendición siguió la entrega de todas las ciudades y pueblos de que antes se hiciera dueño Orange: empero, no en todos entraron los españoles pacíficamente, y la opulenta Malinas, de la que huyeron guarnicion y habitantes, fué entregada al pillaje por espacio de tres dias. De este modo terminó la segunda campaña del príncipe de Orange.

IV

Vencida ya la insurrección en las provincias del Mediodía, era llegado el momento de distraer la atencion y los cuidados á las del Norte, en que, gracias á la casi total ausencia de fuerza, campeaba la insurrección sin traba alguna. En Holanda sólo permanecía en poder de los españoles Amsterdam; en la Zelanda, señores de las islas, canales y rios, los *mendigos marítimos* efectuaban importantes correrías por las costas del Brabante y condado de Flandes, y dueños de numerosos buques desafiaban impunemente el poder de sus antiguos dominadores. Y es inútil decir cuántos perjuicios no causaba esto al tráfico comercial, y por ende cuántos males no acarreaba á España, cuyo monarca sobre los 2,000.000 ducados que podia extraer de los Estados Bajos, vióse en el caso de emplear en ellas dos millones y medio de ducados anuales para atender á los gastos de la guerra (1). Las dificultades de proveer á tiempo á las tropas, aumentaban por la interrupción de las comunicaciones y la distancia; y á pesar de tantos sacrificios, el ejército se veia mal pagado, Flandes, terriblemente vejada y España arruinada por gravosos y frecuentes anticipos. Por manera que era ya llegado el momento de pensar seriamente en el porvenir de aquellos Estados, en que las victorias no podían ser ni eran garantía alguna para nuestra dominación. Así se lo manifestaban personas de autoridad y valía á D. Felipe; pero caracteres como el de este hombre no se doblegan fácilmente ante el peligro. Era para él esta guerra caso de conciencia, y como tampoco no cabía la transacción sin desdoro para España, victoriosa en el campo de batalla, la guerra continuó más encarnizada y tenaz que nunca.

Grandioso escenario el que presentan los países del Norte en esta guerra; los campos desaparecen bajo las aguas, las ciudades se convierten en islas, el Océano invadiendo el territorio disputa á nuestros soldados el paso, el cielo brumoso y oscuro imprime sello triste á este cuadro; lúchase entre las olas, sobre estrechos diques, en frágiles balsas; combátese en mar y en tierra; y se lucha y se combate con fe ciega, con heroismo sin igual, demostrando el esforzado aventurero castellano, desatendido y hambriento, que alienta en su pecho la energía de sus antepasados los héroes de la Reconquista y los soldados de Italia. ¡Heroismo digno en verdad de mejor causa, pues aun llenando nuestro pecho de admiración, no extingue la simpatía que nos causan los flamencos batallando por su conciencia y por su patria con no inferior abnegación! Narrar la serie de proezas realizadas por nuestros soldados, es larga empresa; pero inexcusable sería omitir hechos tan gloriosos como el efectuado por el capitán Pacheco, que defiende á Ter-Goes con una sola compañía de un ejército rebelde, y la admirable marcha realizada por Mondragón en su socorro. Dávila y Mondragón se arrojan con dos mil soldados á un brazo de mar que les separa de la isla de Sud-Beveland, cruzan el Océano con agua hasta la garganta, llevando sus mosquetes, arcabuces y municiones sobre la cabeza, arriban felizmente á la isla aprovechando la baja mar y sorprenden con aquel rasgo de audacia á los *mendigos*, obligándoles á levantar el sitio con terribles pérdidas.

(1) Donato, *Relacion á la Señoría de Venecia* (1573).

No malgastaba el tiempo el duque de Alba. Desde Malinas se dirigió á Maestricht y en Maestricht combinó su plan de operaciones contra Holanda. Su hijo D. Fadrique, pasó á la derecha del Mosa y penetró en el condado de Zutphen, por el Rhin, mientras él reunía la artillería y con el resto de las tropas se dirigía por el Mosa á Nimega, elegida como á base de operaciones. Y su presencia desde luego infundió tal respeto á los rebeldes que sin más obstáculos que la resistencia de Zutphen, hiciéronse dueños los españoles del condado de este nombre. Colocadas guarniciones en sus plazas, D. Fadrique entró en la provincia de Holanda por el dique de Naerden, tomó esta ciudad, que fué entregada á las llamas y degollados todos sus moradores, y marchó á Amsterdam con objeto de dirigirse por el dique de Sparendam sobre Leyden. Este dique fué considerado por el Duque como de suma importancia, en razon á que dividia las regiones superior é inferior de Holanda; y á causa de ello los de Sparendam, trataron, como habían hecho los de Naerdem, de defenderlo á toda costa. Pero no fueron más afortunados que éstos, pues si bien los fosos llenos de agua impidieron en un principio el aproche á los españoles, endurecida á los pocos días por las heladas les ofreció excelente camino para llegar á sus muros. Entonces dieron el asalto, y fueron pasados á cuchillo sin distinción alguna todos sus habitantes. De este modo el degüello y la desolación señalaban el avance de las armas españolas y contribuian á recrudecer la guerra.

Ganado el paso de Sparendam, D. Fadrique se dirigió sin pérdida de tiempo sobre Harlem (12 de Diciembre de 1572). Su ejército constaba de setenta y cuatro banderas de tropas de todas naciones, treinta y seis de infantería española y veintidos de walones, diez y seis de alemanes, dos compañías de arcabuceros montados y doscientos herreruelos (1); cuyas fuerzas fueron distribuídas alrededor de la plaza con objeto de impedir fuera socorrida. La rendición considerábala don Fadrique muy segura, pues encontrándose en Amsterdam, los mismos habitantes le habían mandado dos de sus procuradores para tratar de la entrega. Empero, en el intervalo que se entablaban tales conferencias, llegó á la ciudad un capitán enemigo que disuadió á los harlemeses de sus propósitos, y reanimados éstos por el socorro que les envió desde la inmediata villa de Leyden Orange y por las tropas que, procedentes de otros puntos de Holanda, arribaron, hicieron ánimo de no darse á partido. Mas ¿cómo era posible soñara el caudillo español que aquella villa, cercada de viejos murallones y defendida por gente bisoña en su mayoría, opusiera resistencia tan tenaz y gloriosa?

Harlem es una ciudad situada en la Holanda Septentrional, próxima á la costa del mar del Norte y en comunicación con el Zuider-Zée. Rodeábala un terreno pantanoso, cruzado de canales, y por Oriente la protegía un inmenso lago, el antiguo *mar de Harlem,* hoy desecado (2), pero que entonces tenía comunicación con la ciudad por medio de un profundo canal, cuya entrada defendía un fuerte; por este mismo lago podía recibir los socorros de Leyden, importante ciudad situada al Sud y próxima también á la costa. Mendoza dice, hablando de las fortificaciones de Harlem, que estaba «cercada de muralla á lo antiguo, torreones redondos, casamuro sin terraplén, teniendo por la puerta de Santa Cruz un rebellín delante della con foso de agua al contorno de la villa, ancho y en partes hondo.» La defendía una guarnición valerosa, y sus habitantes muy diestros en el tiro de arcabuz, estaban animados de gran entusiasmo patrio.

Critica el escritor que acabamos de mentar, testigo y actor en todos estos sucesos, las razones en que se fundaron los capitanes del consejo para ordenar el asalto; pues no era el enemigo tan despreciable que diera ocasión á pensar cejara á la primera embestida. Y en verdad que bien á su costa lo experimentaron los españoles, pues plantada una batería de catorce cañones frente al rebellín y puerta de Santa Cruz, y elegido para efectuar el ataque el dique que enlaza á Harlem con Sparendam, al que miraba uno de sus puentes, cuando quedó abierta la brecha y el portillo se juzgó practicable, avanzó á pecho descubierto por el dique una compañía española, provista de

1 Mendoza, *Coment.* Lib. VII, cap. 12,

2 Data de 1840 la magna obra de la desecación de este mar interior ó gran lago, y fue el que proyectó esta magna empresa el ingeniero Leeghwater. En esta fecha la superficie excedía de 180 kilom. cuadrados y su profundidad media era de 4 metros. En este trabajo se invirtieron 39 meses y las máquinas empleadas depositaron en el mar 925 millones de metros cúbicos de agua. Hoy día cubren el terreno conquistado á las aguas numerosos caseríos si bien aquella región es una de las más húmedas é insalubres de la Holanda.

toneles, para echar un puente sobre el foso. Pero si á costa de no pocas bajas, consiguieron los atacantes sentar la planta en el rebellin, no lograron penetrar en la brecha tenazmente defendida por los harlemeses; y no sólo experimentaron este contratiempo, sino el más doloroso de que á medida que acudian en su refuerzo otras compañías, como el puente solo permitiera el paso con un fondo de tres, aumentaba la confusión entre ellos, y herian y mataban á mansalva los contrarios, obligándoles tras serio descalabro á retirada triste. Con lo que volviéronse más cautos los españoles y más jactanciosos los sitiados.

No se presentaban, á la verdad, muy favorables las circunstancias á los españoles. El invier-



D. Luis de Requesens y de Zúñiga

no, cruelísimo en aquellas regiones, les impedía el abasto; el país se les mostraba poco propicio, escaseaban las pagas y menudeaban las enfermedades. En cambio procuraba á los sitiados abundantes recursos, pues helados el lago y canal, eran surcados por numerosos trineos que desde Sassen les procuraban las vituallas y municiones acopiadas en Leyden. Velados por las sombras de la noche ó las nieblas tan constantes en estos países y guiados por los fuegos encendidos en las torres de la ciudad, estos convoyes se dirigian á ella siguiendo diferentes direcciones y burlando la vigilancia que procuraba ejercer el sitiador. Y eran inútiles cuantas tentativas hacía D. Fadrique para imponer á los harlemeses (1). Un día arrojó en el recinto de la ciudad la cabeza de An-

(1) Sumamente curiosos son los detalles que da D. Bernardino de Mendoza, relativos á los instrumentos de guerra, medios de transporte y de comunicacion, situacion del campamento, construccion de las trincheras, etc., etc. en sus *Comentarios*. Para poder combatir en aquel terreno helado, dice que nuestros soldados llevaban puestas una manera de espuelas de hierro, que acostumbran en el país, con dos ramploncillos en forma de punta de diamante en una planchilla de hierro, la cual [illegible] en la planta y hueco del pie para caminar en el hielo sin deslizar para poder combatir y caminar, habiendo para este efecto mandado el Duque se hiciesen siete mil [illegible] de munición. Da tambien cuenta de un ingenioso invento debido á un soldado español llamado Prato, con objeto ver las operaciones del enemigo en el interior de la plaza: era un árbol de navío grande, y al pie de él, labrado en forma de [illegible], [illegible] de siete ú ocho pies geométricos, donde estaba puesta la puertezuela, tenia una caja de madera en forma de triángulo, horadada por medio, por donde pa-

tonio Pictor, caudillo rebelde que interceptaba el paso á los convoyes, y al siguiente once cabezas españolas caían en su campo «diez con arreglo al impuesto del décimo, según un cartel atado á ellas; la restante en concepto de usura.»

Procuró entonces el general español repetir el asalto, prolongó en línea recta sus trincheras hacia el antes mentado rebellín, protegiéndolas con caballetes cubiertos de sacos de tierra; dió orden de cegar el foso y socavar el rebellín, y al mismo tiempo y por distintos puntos comenzáronse á abrir minas. Estos trabajos dieron ya su resultado, pues aunque no sin encarnizada lucha, fué tomado el rebellín sobre el que emplazó el sitiador sus baterías, abriendo anchísima brecha en la muralla. Y seguidamente dispuso el segundo asalto, tan obstinado é infructuoso como el primero, porque los harlemeses se defendieron con heroismo; las mujeres, los ancianos, los mismos niños acudieron las murallas, acreditando que el más firme baluarte de la plaza era sus pechos.

No se limitaban, empero, los sitiados á rechazar los asaltos y á destruir las minas. Reforzados con la gente que llegó en trineos á su recinto, hicieron vigorosas salidas, dieron alguna encamisada y ayudados por las nieblas intentaron desalojar á los españoles del rebellín atacándoles por la espalda y clavando los cañones. Si no lograron sus propósitos, obligaron en cambio á D. Fadrique á repetir el asalto. «Para lo cual, dice Mendoza, hizo levantar en el rebellín ganado, una plataforma con sacos de lienzo llenos de tierra que es forma de fortificación muy buena, para hacer con presteza algún caballero, plataforma ó reparo en la batería; porque con estar la tierra apretada dentro del saco, que ha de ser de dos palmos en largo y uno en ancho, proporción y peso para el poderlos traer y acomodar un hombre con facilidad, se vienen á afirmar unos con otros de manera que en breve se puede levantar cuerpo de tierra para poner sobre el cañón reforzado, y cosa que se hace en muy poco tiempo, y hechos los sacos, no hay soldado, cuando faltan gastadores que no hinche con presteza un saco, si bien no haya tierra donde es menester ponerlos, y así se vienen á acomodar unos sobre otros, creciendo momentáneamente la máquina, lo cual no se puede efectuar cuando no hay comodidad de sacos de lana para levantar con fagina ó tierra las tales plataformas ó caballeros. Por ir esparcida la tierra es necesario pisarla y apretarla y dar gran estribo ó pié al caballero ó plataforma porque no se haga, deshaga ó desmorone con la fuerza ó violencia del retirarse las piezas al disparar (1).» Este penoso trabajo, ejecutado en días de intensísimo frío, llevóse, no obstante, á cabo con celeridad; y entonces ordenó D. Fadrique el asalto, distribuyendo las tropas con objeto de que se acometiera en un extenso frente y con gran vigor. El día 31 de Enero se llevó á cabo este nueva acometida. Postrados en el helado suelo hicieron los soldados su oración; después tremolaron al viento las banderas de la cruz roja y á un mismo tiempo precipitáronse distintas compañías á la cortina. El fuego de los arcabuces, el griterío, el tumulto producido por aquella oleada de cuerpos humanos, bien pronto quedó ahogada por el horroroso estampido de una mina que lanzó á gran distancia los mutilados miembros de los asaltantes. Los harlemeses, al retirarse á las fortificaciones interiores, habían prendido fuego al hornillo, y de este modo consiguieron sembrar el pánico entre los atacantes y cerrarles el paso con las ruinas. Consiguiéronlo en efecto; pues así los españoles que acometieron por aquel lado, como los walones que lo intentaron á no gran distancia, hubieron de renunciar á su propósito, no sin contar numerosas bajas.

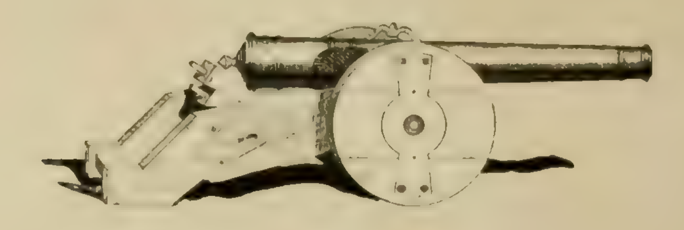
Inútil es decir que estas pérdidas, así como las ocasionadas por las enfermedades, diezmaron notablemente el ejército de D. Fadrique. Mas lo peor del caso era la dificultad en que se hallaba

saba el árbol del navío. Las paredes de esta caja triangular eran á prueba de mosquete, con sus troneras, espacio y altura para estar uno o dos hombres sentados y cubiertos, y tirar con el mosquete ó arcabuz. Este árbol de navío se hincó en tierra, puesta la caja en la manera que escribo, y para levantarlo había unos canutos de madera largos de tres ó cuatro piés geométricos, que abrazaban el mismo arbol, los cuales se abrían y cerraban con unos goznes; para poderse poner y quitar entre la caja y puerquezuela del husillo, y con esto subía la caja á la altura del canuto, ayudada con la puerquezuela, lo que duraba el husillo adonde se afirmaba el canuto con unos hierros, sustentando la caja y soldados que iban encima, en tanto que, bajando la puerquezuela, se ponía otro canuto entre el primero y ella, con que volvía a subir la caja, hasta ponerlo con esta ayuda de los canutos en lo más alto del árbol, de donde el soldado reconocia á su salvo y tiraba, bajando con la caja de la suerte que se había hecho para subirla. Ingenio que no es de mucha costa ni difícil en el componerle, y de provecho para reconocer lo que los enemigos fortifican de parte de dentro siempre que no tienen artillería con que ofenderle.

El P. Famiano Estrada, da tambien en la Decada primera de su obra, curiosos pormenores relativos á este famoso sitio.

(1) Mendoza, Lib. IX, cap. IV. Este libro está exclusivamente consagrado á la narración del sitio de Harlem.

el Duque para socorrerle, ya por las plazas que tenia guarnecidas, ya por los destacamentos que requerian los convoyes. Por otra parte, los de la ciudad se mostraban cada dia más dispuestos á la resistencia. Dejando la espada por el pico, oponian á las obras del atacante mas sólidos trabajos, y últimamente habian construido un reparo en forma de media luna, «cuyos cuernos venian á abrazar los cabos de lo batido,» construyendo al fin de ellos traveses y troneras con objeto de defenderse en caso de retirada. A todo esto la temperatura se habia suavizado y volviendo á ser navegables las aguas del mar interior y los canales inmediatos, los rebeldes se hallaban en buenas condiciones para sostenerse: comunicábanse con los de Leyden por medio de palomas y recibian constantes socorros desde Sasen y otros puntos de la ribera. Esta fué la causa de que D. Fadrique, viendo que las operaciones no adelantaban un paso, y oyendo los pareceres de sus capitanes, poco predispuestos á que continuara el sitio, se limitara á completar las obras de fortificación frente á la media luna, levantando el rebellin á mucha mayor altura, mientras esperaba la respuesta del correo que en demanda de nuevas órdenes expidió al Duque. El mismo don Bernardino de Mendoza, autor de los *Comentarios* de que entresacamos buena parte de esta relación, fué el que trajo la respuesta del duque de Alba, y ésta se redujo á lo siguiente: *que cuando no fuera su opinion el*



Cañon (De un dibujo del Archivo de Simancas)

no levantarse sin rendir la villa, no le tuviera por su hijo, si le hubiera pasado por el pensamiento otra cosa; y cuando él muriese en el asedio, vendria el propio duque en persona á mantenerle, y faltando los dos, la duquesa su mujer, de España, á lo mismo. «Palabras, dice Mendoza, que entendidas por los soldados del ejército y que yo dije en las trincheras mostraron gran contento.»

En verdad que era para los españoles punto de honra la toma de Harlem, porque gracias al prestigio de sus armas se mantenian á la devoción del Duque muchas ciudades. Demás de esto, en ella se encerraba una numerosa y valiente guarnición, y por otra parte la comarca que el ejército debia cruzar en la retirada hallábase sembrada de peligros; lo que, unido á la influencia que tal decisión causaría en la moral de unas tropas faltas de pagas, forzosamente se traduciría en actos de indisciplina y en una serie de parciales descalabros. Preveía en cambio el Duque las dificultades que originaría la llegada de la estación de estío, y para combatir á los rebeldes que con barcos surcaban el lago ó *mar de Harlem*, ordenó al gobernador de Holanda, conde de Bossu, que organizara en Amsterdam una flotilla y penetrando en el golfo de Y, rompiera el dique que protege al lago, de las aguas del citado golfo, y penetrara en aquél, con objeto de aislar á los sitiados. Al propio tiempo pidió á España refuerzos y dispuso que para asegurar el arribo de convoyes al campamento sitiador, se construyeran fuertes en puntos estratégicos á fin de que sus guarniciones mantuviesen á raya á las partidas sueltas.

Esta serie de medidas y el buen resultado que obtuvo la rotura del dique y la entrada de los bastimentos de Bossu en el lago, con derrota de los buques enemigos, reanimó la moral de los españoles, quienes redoblaron la vigilancia, prolongaron sus trincheras, construyeron otras obras con objeto de hacerse dueños de la torre situada á la entrada del canal que ponia en comunicación la ciudad con el lago, y levantaron en la playa del mar de Harlem un fuerte, que se llamó la Go-

leta, con objeto de que la escuadra de Bossu se mantuviese á su abrigo. No por eso decaía el ánimo de los sitiados: habian montado algunas piezas de artillería gruesa que á la ciudad condujeran sus flotas, oponían á la mina la contramina, hacían frecuentes salidas, luchando sin descanso así en el lago como en tierra, y lo propio de día que de noche. Sin embargo, la presencia de la escuadra de Bossu, victoriosa cuantas veces atacó á sus flotas, hizo mas cautos á los *mendigos,* quienes, no considerándose bastante fuertes para combatir con ella, limitáronse exclusivamente á dar socorros. Y tambien éstos fueron interceptados por completo tras un nuevo combate naval, que terminó con pérdida de veintiún navíos enemigos y del fuerte del Higo, que seguidamente fué atacado y rendido.

Desde aquel momento Harlem quedó completamente aislada. Comunicábase con los comarcanos por medio de palomas mensajeras y de banderolas colocadas en sus torres; y por este medio aun recibía esperanzas de socorro, que alentaban el decaído valor de sus defensores. También recibía algún auxilio por el lado de los pantanos, donde no existían guardias ni trincheras, cruzándolos *mendigos* apoyados en largas garrochas y llevando sacos de pólvora pendientes del cuello. Pero no tardaron en ser cazadas las palomas por los soldados, quienes descubrieron el ardid, y los garrochistas fueron sorprendidos por nuestros piqueros, que valiéndose de su arma, saltaban como ellos sobre los lodazales y entablaban allí los más sorprendentes combates. El hambre comenzó entonces á dejarse sentir en la plaza y con ella cundió todo género de enfermedad y de privación, siendo la más sensible la de pólvora. Esto indujo á los harlemeses á tratar de su entrega. Mas, entabladas negociaciones, recibieron los sitiados en los primeros días de Junio unas palomas mensajeras con aviso de pronto socorro. Este auxilio lo prometía el mismo Orange, y en el parte daba instrucciones acerca de la operacion, que debia coincidir con una vigorosa salida de los harlemeses. Quiso la fatalidad que se frustrara esta última y suprema tentativa. Un arcabucero español mató una de las palomas, y avisado D. Fadrique distribuyó á su ejército en disposición de anular los esfuerzos de los contrarios.

Era la noche del 8 de Junio de 1573 cuando tuvo lugar este episodio. Protegidos por las sombras, cruzan los rebeldes auxiliares las inmediaciones del cuartel de los tudescos, sin ser notados; mas, al desfilar junto á los españoles, la imprudencia de uno de sus cornetas les delata; y en aquel mismo punto comienza la matanza, pues caen como torrente sobre ellos la infantería y caballería española que se hallaban en armas, y los flamencos son destrozados casi á mansalva: suceso este tan desdichado como trascendental para los sitiados, que ya sólo pensaron en rendirse. Empero, si las condiciones que impuso el vencedor eran duras para los ciudadanos, no existían para los soldados que rendidos en otras plazas volvieron á tomar las armas contra los españoles: aquéllos debían pagar enorme indemnización, éstos recibir la muerte. Así y todo aceptáronlas los ciudadanos, lo que dió lugar á una terrible colisión con los soldados y fué como la última y ensangrentada página de la historia de este sitio. El 14 de Julio de 1573 entraba en la célebre ciudad con banderas desplegadas, y batiendo marcha los tambores y pífanos, el intrépido D. Fadrique; al siguiente día, más de dos mil soldados flamencos recibían muerte en la horca. Así terminó aquel memorable sitio, en el que murieron mas de 4000 hombres del ejército real, entre ellos ilustres capitanes. Recibieron heridas D. Fadrique, D. Hernando y D. Rodrigo de Toledo, D. Gonzalo de Bracamonte, Julian Romero y otros muchos oficiales y caudillos de nota. De los enemigos se calcula que perecieron 13000.

V

Pongamos término á la historia de esta campaña, dando cuenta de algunos acontecimientos de monta.

En la Zelanda continuaban los *mendigos* dueños de casi toda la isla de Walcheren y costas inmediatas, y en tal peligro se hallaban las ciudades de Middelburgo y Armuidén, en la misma situadas, que hubo de acudir á ellas sin pérdida de tiempo, desde Amberes, el esforzado Sancho

Davila. De su ausencia se aprovecharon los rebeldes para atacar el Bravante Septentrional, donde después de apoderarse de algunas poblaciones trataron de romper el dique que entre las bocas del Escalda y el Mosa enlaza a Tholen con Bergen-op-Zoop; y aunque les hizo desistir de su propósito Cristóbal de Mondragón, la toma de Gertruidenberg y sus correrias por aquellas costas indujeron al duque de Alba á situarse en Utrecht, para desde alli dirigir mejor las operaciones que debían efectuarse en la Holanda Septentrional. Estas operaciones fueron para él harto desgraciadas. El conde de Bossu zarpó de Armsterdam para ahuyentar las flotas enemigas que invadian el golfo de Zuyder-cée y fué derrotado y preso; el señor de Noirquerme, que en unión de D. Fadrique tenia puesto cerco á la importante ciudad de Alkmaer, despues de haber ejecutado costosas obras y dado un infructuoso asalto, tuvo que levantar el sitio, viéndose amenazado por la rotura de un inmediato dique y sin esperanza de recibir socorro alguno; los soldados españoles que guarnecian a la rendida Harlem subleváronse, exigiendo las muchas pagas que se les debian; todo, en fin, pareció conjurarse á la vez contra el duque de Alba (1); y como si esto no bastara, cundía ya el disgusto entre él y Medinaceli, dando lugar á no pocas intrigas para desprestigiarse mutuamente en la corte. Las crueles medidas del Duque para procurarse dinero en Flandes, no bastaban ya á cubrir las atenciones de la guerra, y aquel hubo de recurrir al Rey, pintándole con los más tristes colores la situación del país. Mas por desgracia el monarca carecía de recursos, y contrariado por los funestos resultados que su propia política, tan perfectamente interpretada por el Duque, producía en los Estados Bajos, indignóse contra su hechura, y contestó á su petición en una carta tan acre como injusta, pues en ella se leen términos como estos: «Sin trabajo hallaré un sucesor hábil y fiel que terminará con su moderacion y clemencia una guerra *que no se puede fenecer por las armas, ni á fuerza de severidad*.

EL DUQUE DE ALBA
a los soldados que se habian amotinado en Harlem

Magnificos señores hijos. Aqui he entendido el ***movimiento que ha habido entre algunos sol****dados de mi nacion, el cual espero que se allanara luego, pues hasta hoy dejaron de hacer lo que deben, y tanto mas estando yo de por medio, teniendoles el amor y aficion que les tengo, y esta me habeis vosotros, hijos, acrecentado, habiendo guardado esa villa y hecho lo que deben tan buenos soldados. Y os aseguro y prometo que en general y particular os lo reconocere y agradecere de manera que tengais mucho contentamiento. Guardeos nuestro Señor, magnificos señores e hijos. De Utrecht, 29 de Julio 1573.*

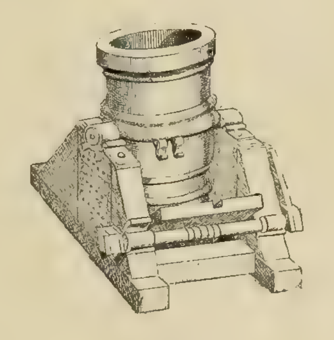
A lo que señores mandaredes

vuestro buen padre

Tarde conoció *el Prudente* lo desacertado de su política en Flandes y su insensato proceder al desoir los consejos de Doña Margarita y otras personas de categoria y autoridad. Mas si censuras mereció al sustituir con el de Alba á dicha señora, no menos se hizo digno de ellas al reemplazar al Duque en momentos tan críticos, precisamente cuando era indispensable usar con energia de las armas. El periodo de moderación había pasado por desgracia; y empleándola de fuera de tiempo, traducíase por debilidad. Tanto es así que cuando en 1572, decidió don Felipe, ante el uná-

(1) En preferente lugar de esta página insertamos la carta que dirigió el duque de Alba a los amotinados en Harlem. [illegible] lugar a los quince días de ocupada la plaza, y después de haber reclamado sus pagas, eligiendo los soldados [illegible] a su maestre de campo Romero. Prolongóse tantos días, que el duque de Alba, no sin dejar de acudir a todo género de [illegible] al Rey manifestándole la apurada situación en que se hallaba, [illegible] cambio, reunidas no sin gran trabajo y con crecidos intereses. Con este dinero [illegible] comerciantes de Amsterdam [illegible] el Duque, se concluyó con la sedicion [illegible] no obstante [illegible] murallas de Alkmaer [illegible]

nime disgusto de los flamencos, relevarles del tributo del *decimo*, limitándose al aumento del derecho de las entradas; como con su habitual lentitud tardara en manifestar á los Estados su propósito y cayeran Mons y Valenciennes en poder de los rebeldes, á la par que el de Orange cruzaba la frontera, el país creyó que el monarca temía, y el espíritu de rebelión tomó mayores alas. Y si se equivocó no poco el Rey al juzgar las cosas de los Países Bajos, también conoció, aunque tarde, su error el mismo Duque, pues en carta escrita al Rey, en 28 de Julio de 1573, recomendábale que procurase por todas las vías posibles y *con todas las blanduras que en el mundo se pudiesen hallar*, la reducción de los flamencos; y se fundaba al pedirlo así en que el monarca se encontraba aun con el poder de las armas, y podía hacerlo sin desdoro de su majestad. ¡Cuánto más oportuno hubiera sido á raiz de los primeros disturbios y sobre todo al tomar posesión el Duque de su gobierno! Poco acertado estuvo D. Felipe en relevarle, mas, en cambio, muy fundadamente obró al llamar al propio tiempo á España al duque de Medinaceli, hombre inepto para regir aquellos Estados. En su reemplazo nombró el Rey á D. Luis de Requeséns y de Zúñiga, comendador de Castilla, hábil diplomático y militar experto, al que entregó el duque de Alba el mando en 29 de Noviembre de 1573.



ILUSTRACIONES

Felipe II (pag. 85). No tratamos de hacer la biografia de este celebre monarca, cuyo caracter hemos intentado retratar a grandes rasgos en las primeras paginas del Estudio que precede. Esto requeriría mayor espacio del que disponemos y nos alejaría un tanto de nuestro objeto. Limitaremonos solo a continuar algunos datos esencialísimos concernientes a su vida; con objeto de que pueda el lector enlazarlos a la serie de acontecimientos descritos en el curso de esta obra, y resulte así lo mas completo posible nuestro trabajo (1).

Tal es la idea que informa muchas de estas biografías y descripciones: sintetizar, en lo posible, los conocimientos que tratamos de difundir; presentarlos convenientemente agrupados, con objeto de que nuestra obra puede utilizarse con provecho para consulta.

D. Felipe II nació el día 21 de Mayo de 1527 en la ciudad de Valladolid, a raiz del famoso asalto y saco de Roma por los imperiales. Bautizaronle en dicha ciudad y fue jurado heredero del reino por las Cortes de Castilla al año siguiente y mes de Abril. Creció al cuidado de la emperatriz Isabel, su hermosísima y virtuosa madre, que murió cuando el príncipe tenía sólo doce años. ¡Perdida irreparable que contribuyó quizas a que su caracter se formara falto de esa dulzura exquisita que sólo sabe infundir el amor de la mujer que nos dio la vida! Entonces se confio su crianza a D. Juan de Zúñiga, Comendador Mayor de Castilla, y su educacion literaria al famoso catedratico de la Universidad de Salamanca y teologo de la de Alcala, Martínez Siliceo.

Rasgos de capacidad no comun ponía de manifiesto ya este niño; pero despertaba en el frecuentemente el enojo, era travieso, soberbio y tenaz. En sus estudios hizo progresos, si hemos de dar credito a las cartas de sus maestros; mas no desdeñaba ejercitar sus fuerzas físicas, ya practicando las armas, ya persiguiendo a las fieras. Recibio, pues, la instruccion mas cumplida que en su tiempo podia darsele, y con ella el sentimiento de su superioridad, arraigado por las ideas religiosas de la epoca. Tan profunda era la que de su dignidad tenía, que en cierta ocasion, como entrara en su camara el cardenal Tavera, y su ayo mandara cubrir al prelado, el príncipe cogio su sombrero y dijo: «Ahora, cardenal, podeis poneros vuestro bonete».

Tenía quince años cuando fue reconocido como sucesor de los Estados de Aragon y Cataluna en las Cortes de Monzón (1542). Un año despues comenzo a ejercer como regente por ausencia de su padre, bien que bajo la dirección y consejo del secretario Francisco Cobos, y sin intervenir para nada en los negocios de guerra, encargados al duque de Alba. Por este tiempo (1543) se concerto su casamiento con la infanta D.ª María de Portugal, el cual se verificó en el mes de Noviembre del mismo año y con desusada solemnidad en la ciudad de Salamanca, celebre por su escuela universitaria. Fue esta boda de eleccion espontanea por parte del príncipe; y precisamente, a causa del gran amor que profeso a su joven esposa, experimento su alma cruelísima pena, viendola expirar a los nueve meses de haberla desposado. Murió esta princesa al cuarto día de haber dado a luz al príncipe D. Carlos.

Continuó D. Felipe rigiendo la España en ausencia de su padre hasta el año 1548 en que, habiendole llamado

(1) Para estudiar la vida y reinado de este celebre soberano, puede leerse a Prescott, *Hist. de Felipe II*, a Cabrera de Cordoba, *Felipe segundo, Rey de España*, obra impresa en 1877 por el Ministerio de Fomento, y a San Miguel, *Hist. de D. Felipe II*. Esta es [illegible]. Para apreciar a fondo el caracter de este soberano, hay que leer las obras de D. Gaspar Muro, *La princesa de Eboli*, con un prologo de Canovas del Castillo, de Mignet, *Philipe II et Antonio Perez*, el interesante estudio de D. Adolfo de Castro, *D. Juan de Austria y Antonio Perez*, y la correspondencia inedita publicada por Gachard. La parte militar de este reinado debe estudiarse en las colecciones de documentos reunidos por el sabio investigador D. Jose Aparici y Garcia, brigadier de Ingenieros, el cual tiene publicados [illegible] extractos, y cuyos trabajos se hallan archivados en la Direccion del Arma de Ingenieros.

Por lo que respecta a la *Iconografia* de este soberano, existen retratos de Moro, Rubens, [illegible]. El que en la pag. 85 figura pertenece a este artista; el de la pag. 87 es [illegible].

Carlos V á Alemania, resignó el gobierno en su hermana D.ª María y príncipe Maximiliano, hijo de Fernando de Austria, rey de romanos. Antes de partir, mandóle el Emperador una importante ***Instruccion***, especie de testamento político, que encierra todo su sistema de gobierno y refleja las ideas que aquel tenía sobre todos los asuntos europeos. En él son importantes los consejos que da para mantener á toda costa la paz y las advertencias sobre el estado apurado de nuestra hacienda.

La marcha de D. Felipe tuvo lugar en Octubre del antes citado año y se efectuó por mar desde Rosas a Genova, y de allí por la Lombardía a Alemania y a Flandes. Todas las ciudades italianas y alemanas le agasajaron a porfía, y en Bruselas, donde fué jurado sucesor de los Estados Bajos a presencia del César, le recibieron con gran pompa y solemnidad. Pero el aspecto frío y receloso de Felipe no gustó ni á los flamencos ni a los alemanes, cuyas costumbres y cuyo idioma desconocía el Príncipe. En Alemania no accedieron al deseo significado por el Emperador en la dieta de Augsburgo (Mayo de 1550) de que se le nombrase su coadjutor y luego sucesor en el imperio. Ni su hermano Fernando, ni los electores alemanes se prestaron a ello. Frustrado este propósito, regresó D. Felipe a España en 1551, revestido ahora por el Emperador con poderes más amplios, es decir, casi con las prerogativas de rey.

Ansioso como estaba Carlos del engrandecimiento de su Casa, buscó en un nuevo matrimonio de su hijo, la ocasión que acababa de perder en Alemania; y como no pudiera efectuarse este con la hija de los reyes de Portugal, á causa del inmediato deudo existente, ideó el casamiento con D.ª María de Inglaterra, hija legítima del lujurioso Enrique VIII, cuya mujer tenía a la sazón treinta y siete años de edad y se encontraba aquejada por físicos padecimientos; distinguíase por su catolicismo exaltado, y esto, unido a la importancia de los dominios de que era dueña, procuraba ocasión excelente para dilatar la influencia y extender el poderío de su sucesor. No menos halagaba a María la idea de un marido joven y omnipotente. Sin embargo, el pueblo inglés miró con malos ojos este enlace, no tanto por las ideas religiosas de Felipe, cuanto por justísimo recelo nacional. A causa de esto las condiciones matrimoniales establecidas fueron de índole a propósito para no inquietar á los ingleses.

La boda de D. Felipe y de D.ª María se efectuó en 25 de Julio de 1554 en Winchester, partiendo el príncipe del puerto de la Coruña acompañado de brillantísimo séquito, el 13 de Julio. Carlos dió como dote a D. Felipe todos sus Estados de Italia, y los consortes fueron aclamados en la real capilla como a reyes de Inglaterra y Escocia, de Nápoles y Jerusalén, príncipes de España, archiduques de Austria, duques de Milán, de Borgoña y de Brabante; condes de Flandes, del Tirol, etc... Felipe permaneció en Inglaterra hasta Setiembre de 1555, es decir, hasta que el Emperador le llamo a Flandes para abdicar en él estos Estados. Su política fué de conciliación, pues templó el ardor católico exaltado de su esposa, y aun llegó a recomendar la tolerancia. Sus esperanzas de que María le diera un hijo resultaron frustradas; tampoco logró de los ingleses el apoyo que esperaba contra Francia.

La abdicación del emperador Carlos V en Bruselas puso en manos de D. Felipe el cetro de España y sus extensas posesiones, siendo proclamado rey en los Estados españoles el año 1556. Poseyó, en su consecuencia, a Castilla, Aragón, Navarra, Nápoles, Sicilia, Milan, Cerdeña, el Rosellón, las Baleares, los Países Bajos, el Franco Condado; en la costa africana Orán, Bujía, Túnez, y ademas las islas Canarias; en Asia, las Filipinas y parte de las Molucas; en América, Mexico, el Perú y Chile, Cuba, la Española y otras islas. Poder inmenso cuyo sólo recuerdo confunde y abruma.

Desde Flandes, donde permaneció D. Felipe algún tiempo, pasó, en 1557, a Inglaterra en busca de recursos para la guerra con Francia; y si bien el pueblo ingles se mostró opuesto a sus deseos, consiguió de la reina un auxilio de 800 hombres, que condujo en persona a los Países Bajos, y de allí mandó a las fronteras de Francia. La campaña que entonces tuvo lugar ya sabemos que terminó con el tratado de Cateau-Cambresis (3 de Abril de 1559); y mientras las conferencias preparatorias de este tratado tenían lugar, murió sin sucesión María de Inglaterra (17 de Noviembre de 1558), con lo que cambiaron notablemente las cosas en aquel reino. La sucedió en el trono la hija adulterina de Enrique VIII, mujer de gran talento y exaltada protestante. A pesar de ello, Felipe procuró captarse su amistad, y ya veremos luego hasta qué punto lo consiguió.

En Agosto de 1559, firmada ya la paz, ordenados los asuntos de Flandes, de cuyos Estados nombró gobernadora á su hermana natural Margarita de Austria, duquesa de Parma, partió el rey del puerto de Flesinga y llegó sin novedad á España en 8 de Setiembre del mismo año. Ya no debía abandonar más este país, al que tan aficionado se mostró siempre; y por cierto que su arribo lo solemnizó nuestra católica patria con solemne *auto de fe*, el famosísimo celebrado en Valladolid, en el que el rey pronunció palabras que también se han hecho famosas (1). Si el celo que consagró á las cosas religiosas lo hubiese dedicado á mejorar el estado de sus reinos, estado miserable y decadente

(1) En este auto fue llevado a la hoguera entre otros condenados un caballero de ilustre linaje llamado D. Carlos de Sessa, y estando atado ya al palo del quemadero, dirigiose al rey y le dijo: *¿Asi me mandáis quemar?* A lo que respondió este: *Y aun si mi hijo fuera hereje como vos, yo mismo traería la leña.*

No dejan de ser curiosas las siguientes líneas que hallamos en un libro titulado *D. Felipe II*, escrito por un autor neo-católico. Hablando de los autos de fe los califica así: «Ceremonia popularísima, *de cuya asistencia no podian prescindir demasiado las personas de la real familia sin despertar cierta desconfianza en el catolico pueblo español.*» No se olvide que no era todo el pueblo católico español: ni en Aragon ni en Cataluña se mostro el pueblo propicio a la Inquisición; y para gloria de esta última region debo decir que aquí no presenciamos esas solemnes y concurridas quemas que con tanta frecuencia se celebraban en Castilla. Ni en la misma Italia quisieron recibir la inquisición, dando con esto prueba de que no en todos los pueblos y dominios españoles era uno mismo el nivel moral

que no acertaban á remediar las medidas económicas, y que agravaban las constantes guerras y los auxilios en metálico á los católicos franceses, ciertamente que muy otros hubieran sido los resultados de la política de D. Felipe. Pero mezclado en las contiendas religiosas de aquella época, convertido en paladin del catolicismo, D. Felipe arruinó y desangró por completo nuestra España. ¿Qué importa que ésta aun conservara la supremacía en Europa, si era á costa de la vida y la hacienda de sus hijos? Rodeada de complicaciones exteriores y amenazada por interiores peligros, no era posible que nuestra patria se vigorizara, ni aun que utilizara debidamente sus recientes conquistas. Ni le faltaban tampoco al Rey, sobre las múltiples atenciones políticas, graves sinsabores domésticos, y no fué el menos terrible el que le ocasionó la insensata conducta del príncipe Carlos, ente raquítico y maligno, que vivió como un loco y murió en la adolescencia consumido por los vicios. La historia ha absuelto ya á D. Felipe de la sospecha de un asesinato. Harta pena tuvo el triste padre en ver alentar á su lado tal engendro. Tampoco le acusa por lo que atañe á Antonio Perez, indigno favorito que torpemente abusó de su confianza. Mas, en cambio, arrojan sobre su memoria negra mancha el asesinato de Escobedo, las persecuciones contra la familia de Perez, y su recelo con el insigne don Juan de Austria. El suplicio de Lanuza es otro borron de este monarca, como lo es la ejecucion misteriosa de Montigny. Un sentimiento de humanidad, el concepto que hoy nos merece la dignidad del hombre, nos hace repulsiva su figura, á la que admiramos llenos de terror en ciertas ocasiones, pero á la que no se puede amar. A D. Felipe II debe España no escasa parte de su decadencia; él redujo á nulidad nuestras Córtes, arruinó nuestro erario, cortó el vuelo del pensamiento, abatió el espíritu público y embruteció nuestro pueblo. El acontecimiento mas trascendental de su reinado, la conquista de Portugal, no produjo los resultados que eran de esperar, á causa de su exclusivismo y de su orgullo. En Portugal, como en Flandes, D. Felipe hirió el sentimiento pátrio de los nacionales é hizo aborrecible su dominacion.

La idea capital de este monarca no fué otra que la abrigada con loco empeño por su padre: una monarquía casi universal, la primera en Europa y en el mundo, al que debía dar la pauta en religion y en política. Mas los elementos de que dispuso para realizar su plan no correspondían á este pensamiento. Y si bien luchó tenazmente para verlo cumplido, ni su capacidad, ni su mala fe, ni sus soldados, pudieron hacerle triunfar de sus adversarios, Orange, Isabel de Inglaterra y Enrique IV. Sus intrigas con el partido católico francés no surtieron efecto alguno, y despues de derrochar en este país grandes tesoros, y distraer las fuerzas que combatian en Flandes, recogió de los católicos un terrible desengaño, y de la asamblea reunida para elegir rey, y á la que propuso el nombramiento de su hija Isabel Clara, el mayor desaire. En cuanto á Isabel de Inglaterra luchó con él mandando grandes auxilios á Flandes, apresando numerosas naves españolas y saqueando nuestras posesiones, pero tampoco consiguió Felipe triunfar de esta rival, atacándola en sus propios Estados. La *Invencible* fué destrozada por las tempestades (1), y otra escuadra organizada algun tiempo despues tuvo resultado parecido. Por último, no pudo evitar en Flandes la separacion de las provincias del Norte, y en cambio, después de largos años de guerra, España quedó con el ruinoso protectorado de las restantes, que cedió el rey á su hija Isabel y al archiduque Alberto su consorte.

D. Felipe II, cuya tercera esposa habia muerto en 1568, casó dos años despues con la princesa Ana de Austria, hija del emperador de Alemania Maximiliano, y antes prometida al desdichado príncipe D. Cárlos. Verificóse esta boda mediante poderes en Spira, el 24 de Enero de 1570, y luego solemnemente en Segovia el 3 de Octubre del mismo año. Tenía á la sazon el rey 43 años de edad y 25 la princesa.

De D.ª Ana de Austria tuvo D. Felipe al príncipe de este mismo nombre, que le sucedió en el trono. La princesa alemana fué la cuarta y última mujer del soberano español.

Tristes fueron los últimos años de un reinado que comenzó con los auspicios mas brillantes. La paz de Vervins, celebrada con la Francia, no puede compararse con el célebre tratado de Cateau-Cambresis, y en ella tocamos los resultados del loco empeño de sostener una doble guerra careciendo de recursos; la Holanda se perdió para siempre; la Inglaterra nos arruinó en los mares, y el famoso saqueo de Cádiz en 7 de Agosto de 1596, es la página mas triste de nuestra historia en aquella época. La muerte de Farnesio, como la muerte de Santa Cruz, reveló hasta qué punto habían contribuido con sus talentos al predominio nuestras armas en tierra y en mar. Mustios ya los laureles de San Quintin, Gravelines y Lepanto, la España comenzaba á recoger los frutos de la tenacidad de su rey. Y eso cuando podía encontrarse mas robusta y pujante, merced á la union de Portugal, union que tampoco consolidó como debía el soberano.

Como muchos de los sucesos apuntados aquí los hemos de narrar en el trascurso de esta obra, nos abstenemos de entrar en mayores explicaciones. Limitarémonos á dar algún detalle relativo á la muerte de este rey, que por cierto fué verdaderamente horrible. Enfermo gravemente de la gota, complicada con una fiebre ética por los años 1596, manifestóse en su cuerpo un humor hidrópico, que hinchó su vientre y piernas y las cubrió de llagas medio año antes de su muerte. Cuando tuvo conciencia de la gravedad de su estado dijo: *Quiero que me lleven vivo donde está mi sepulcro*, y fué trasladado al Escorial, donde aun sufrió largos días de tormento. El gran monarca se abrasaba, su lecho estaba convertido en una sentina, su cuerpo exhalaba una fetidez inaguantable. Sólo su alma permanecía serena: mandó traer un ataud á su aposento, dió las órdenes para su entierro, y dijo á su hijo: *Ved en qué para todo*

(1) Al recibir la noticia de este desastre, pronunció aquellas célebres palabras: *No la envié á luchar con las tempestades.*

esto. El 13 de Setiembre a las cinco de la mañana concluyeron sus padecimientos. Tenía 71 años de edad y cumplía 42 de reinado.

Así acabó el poderoso entre los poderosos; corrompido, casi disuelto el cuerpo, ante el cual se habían doblegado millares de hombres. A su tronco podrido fué atado un cordel del que pendía humilde cruz de palo, y envuelto en sencilla mortaja condújosele á las sombrías bóvedas de aquel grandioso sepulcro que proclama el mas perenne de sus sentimientos. Nunca con más razón pudo exclamarse: *¡Sic transit gloria mundi!*

Felipe II ha sido el monarca *español* por excelencia. En su consejo y en su corte predominaron exclusivamente los españoles; educado en España y amante de este país católico, trató de difundir por Europa la lengua, cultura, costumbres, modas y gusto español. En cambio aisló a España del comercio intelectual con los pueblos de Europa, por medio de una célebre pragmática en la que, bajo severas penas, prohibió concurrir á las escuelas extranjeras. Fué liberal con los artistas y amante de los hombres letrados, á condicion de que fueran ortodoxos. Fundó el Archivo de Simancas y la célebre Biblioteca del Escorial. Su reinado es célebre en la historia de la literatura patria, si bien las bellas letras alcanzaron en él la primacía sobre los demas conocimientos. A esto debe quizás la brillante aureola que le rodea: á sus literatos y á sus pintores, á sus diplomáticos y á sus capitanes, á sus teólogos y á sus jurisconsultos. Pero la brusca declinación de España á la muerte de este monarca, prueba que la decadencia viene preparada desde algunos años.

Miñana hace el siguiente retrato de este rey: «La estatura de su cuerpo erā regular y algo mediana, su frente grande, su rostro blanco, y su cabello rubio y cortado segun la costumbre de aquellos tiempos, el que después se mudó con la edad en venerables canas: sus ojos azules y rasgados en que se manifestaba la majestad de su persona, no menos que en su modo de andar: finalmente todo su exterior era venerable y lleno de decoro.»

Ciudadela de Amberes (pág. 88).— La planta de la ciudadela de Amberes, que figura en la citada pagina, fué remitida al rey por el ingeniero Gabrio Cervellón en carta de 2 de Febrero de 1568, que figura en el Archivo de Simancas, (Estado, Legajo núm. 540,) de donde la mandó reproducir el brigadier Aparici y García. Al lado de esta figura se lee lo siguiente: *Pianta retratta per Domenicho Dafano*.

Hé aquí las noticias que da el P. Estrada de la citada ciudadela:

«El castillo de Amberes, dice, fué mandado construir por el duque de Alba siguiendo el trazado de Paciot y la censura de Cerbellón. Trabajaron en el unos dos mil hombres. Era la forma de esta máquina un pentágono regular, cuyos baluartes y cortinas proporcionales quiso el gobernador darles su nombre repartido desta suerte: *Fernando, Toledo, Duque, Alba*. El quinto permitió se llamase *Paciot* (Paciotto). Pero aunque este castillo fué mucho tiempo el exemplar de los que despues se fundaron por Europa, y de aquí Paciot, nombre desde entonces esclarecido, se levantó con la denominación de *Inventor de la fortificacion moderna*, no por eso agradó á todos: fuera de otras causas, también por haberse puesto en tal sitio sobre la margen del Escalda que mira á Brabante, que, si el enemigo viene de la parte de Holanda y acomete por ese lado la ciudad no le pueden rebatir; y pudieran, si le hubieran puesto en la parte contraria á la ciudad hacia donde desagua el río contra Holanda. Algunos excusan este defecto, diciendo que el intento del Duque por entonces, más fué resguardarse de la ciudad que resguardar la ciudad del enemigo: y añaden que sabían se escogió un sitio en que fuese fácil al español el meter en el castillo los socorros de las provincias súbditas del contorno: que debe ser el primer cuidado de quien fabrica fuertes. Yo no me persuado de que Cerbellón, superintendente de la obra, miró principalmente á eso. Porque en aquel tiempo igualmente obedecían al Rey Holanda como Brabante: y así de entrambas partes se podía meter socorro. Pienso, pues, que se juzgó este sitio por más seguro para el castillo; porque como esta algún tanto más baja toda aquella campiña, por donde se camina á Holanda, de modo que si no hiciesen oposición al río las máquinas, se echara sobre los campos con grande estrago aún de los villajes, mal hubieran levantado el fuerte en aquel lado por donde, quebrados fácilmente los diques, podía el enemigo rendirle, sin otra batería y asaltos que los de las alas; riesgo á que ahora está menos expuesto teniendo sitio más alto. Verdad es que desmembrada de Flandes, y ocupada del enemigo después Holanda, se siguió también aquella conveniencia, que no se pretendía entonces, de conducir los convoyes de las provincias sujetas á España.»

La ciudadela de Amberes era de forma pentagonal y constaba de cinco baluartes y otras tantas cortinas, cada una de 550 piés. Fué construída por los españoles en 1568 y demolida en parte por los flamencos en 1577.

Ejecuciones en Bruselas (pág. 89).—En el anterior Estudio hemos dado cuenta de la forma en que procedió el duque de Alba para hacerse dueño de los condes de Horn y Egmont. Casi al mismo tiempo en que esto se verificaba, sus soldados ponían presos á parte de los nobles flamencos comprometidos en los pasados tumultos. El proceso de éstos terminó con lenándolos á la última pena, y en su consecuencia los diez y nueve nobles presos fueron conducidos con fúnebre solemnidad el día 1.º de Mayo de 1568 al cadalso. Este se levantaba en la plaza de las Arenas de Bruselas, y hallábase rodeado por un tercio español.

De los diez y nueve ejecutados, ocho murieron en la fe católica, los once restantes adheridos a las nuevas doc-

trinas. Por eso dice el jesuita historiador de estos sucesos que a los ocho se les dio entierro, y a los cuerpos de los demas se les colocó en escarpias por los campos y clavadas en la punta de estas las cabezas.

El grabado de la citada pagina, como el de la cabecera de este Estudio, pertenece a la preciosa serie de Hogenberg y ha sido reproducido principalmente por la serie de tipos militares que en el figuran.

Saco de Malinas (pag. 92). — Hemos copiado un fragmento de la estampa de Hogenberg, así titulada con objeto de presentar otro de los tipos militares que en la serie figuran, y que se distingue por llevar sobre la coracina un capotillo con mangas perdidas. Advertiremos, de paso, que no es precisamente este un soldado español, pues en nuestro ejército militaban tudescos, valones e italianos en no escaso numero. Por su traje parece oficial.

He aquí las noticias que da D. Bernardino de Mendoza respecto a tan celebre saco.

«El Duque, recobradas las villas de Tilemont y Lovayne, vino a ponerse sobre Malinas con el ejército, pasando por Bruselas, de donde mandó salir las cuatro banderas de españoles del tercio de Sicilia para que viniesen al campo, y D. Fadrique se adelantó en aquel día con parte de la arcabucería española para reconocer el lugar y ganar, si pudiese, los arrabales, para poner luego la batería; los rebeldes salieron del lugar a defenderlos, mas nuestra gente se los ganó, matando algunos, retirándose los demas dentro de la villa, de donde hirieron algunos soldados nuestros, y entre ellos al capitan D. Francisco de Toledo. Aquella noche se salió toda la gente que el príncipe de Orange había alojado en el, huyendo y desamparándole; y así, vinieron los vecinos del por la mañana a las murallas, por donde subieron los soldados sin ninguna resistencia y entraron en la villa, la cual saquearon como villa rebelada, que fue cosa que, aun que no lo tuvieran merecido muchos della, por haber ido en persona a llamar a los rebeldes y entregadoles despues la villa, *pudiera mal impedir ningun capitan el no saquear los soldados, a causa de las muchas pagas que se les debian y necesidad que pasaban, que era tan grande, que en aquella ocasion ningun príncipe ni general los gobernara, a quien no perdieran el respeto si les impidiera el saco*; lo cual han hecho en otras muchas ocasiones que no tenían necesidad tan grande como entonces. Que es lo que por la mayor parte fuerza a la gente de guerra para perder la verguenza en el no obedecer a sus superiores» (1).

El príncipe de Orange (pag. 93). — Era el principado de Orange una antigua señoría francesa, fundada en el siglo VIII por Carlo-Magno, señoría que recibió su nombre del de la villa en que tuvo su asiento, y que se encuentra en el departamento de Vaucluse. En el primer tercio del siglo XVI lo poseía el duque Renato, y habiendo muerto sin sucesion fue a parar a los Nassau-Dillemburgo, siendo Guillermo de Nassau, llamado *el Taciturno*, el primero de los de esta rama que llevó tal título. Esta familia de los Nassau era una de las que contaba mas antiguo abolengo en los Países Bajos, pues remontábase al siglo VII, y era poseedora de extensos dominios, hallándose, ademas, emparentada con la mas alta nobleza alemana. Su tronco había dado muchas e importantes ramas, pero la mas poderosa de todas ellas fue la de los Nassau-Orange. El príncipe Guillermo *el Taciturno* fue quien la dio mayor renombre y grandeza.

Nació Guillermo en la ciudad de Dillemburgo el 25 de Abril de 1533, y fue el hijo mayor de Guillermo de Nassau-Dillemburgo y de Julia de Stolberg. Educado por su padre en el luteranismo, pasó muy joven aun a la corte de María de Hungría, hermana del emperador Carlos V y gobernadora, a la sazon, de los Países Bajos. Inutil es decir que en el palacio de Bruselas se practicaba el catolicismo, pero en esta corte, como en la del Emperador, no dio a conocer el mozo las ideas que se le inculcaron en la infancia. Pronto su despejo y su talento le distinguieron entre los gentil-hombres que figuraban en la casa del César, a cuyo servicio pasó, recomendado por María. Acompañó al Emperador en sus viajes y campañas, y captóse la confianza de este en grado tal, que llegó a discutir con el los mas graves problemas y a dar gran valor a sus juicios. Veintitres años contaba cuando le eligió para mandar el ejército que operaba en las fronteras flamencas; cuyo mando dejó para encargarse de varias negociaciones diplomáticas, y hasta la abdicacion del César figuró constantemente a su lado, desempeñando los mas importantes cometidos. Se comprenderá por esto que Orange tendría plena conciencia de su valer, y sobre todo gran conocimiento de los problemas de su época.

Curioso es observar que en el acto solemne de la abdicación de Carlos, el achacoso Emperador se presentó a la asamblea reunida en Bruselas, apoyado en el brazo del príncipe de Orange. Así, por raro contraste, en aquella imponente ceremonia aparecen, entre los numerosos personajes congregados, dos que serán en breve encarnizados enemigos, y ambos oyen las recomendaciones del César en favor de las ideas tradicionales. Sin embargo, facil es que no germinara entonces en el pecho de Orange idea alguna ambiciosa. Lo que sí parece cierto es que no fue simpático a Felipe II; pero Carlos le recomendó a su hijo tan eficazmente, que por de pronto este le empleó en cometidos diplomáticos, encargándole en 1559 la negociacion de la paz con Francia. Entonces fue elegido por Enrique II como uno de los cuatro rehenes destinados a garantir el cumplimiento del tratado, y asegurase, por

(1) *Coment.*, l. [illegible], cap. [illegible].

cierto con bastante fundamento, que, hallándose Guillermo en la corte de Francia, tuvo las primeras noticias de los tratos entablados entre el monarca francés y Felipe II para extirpar el protestantismo. Fácil es que despertara en él, dada la natural antipatía que el rey de España le inspiraba, odio profundo contra el que así quería destruir las prerogativas de su país. Mas lo que sobre todo influyó en su ánimo fué, sin duda alguna, el papel modesto que en adelante le tocaba desempeñar en su país. Felipe II, al marchar para España, le dió el gobierno de una provincia y le nombró individuo del Consejo de Estado, que auxiliaba á la gobernadora en el despacho de los negocios.

No era, sin duda, éste el cometido que Orange aspiraba á desempeñar. Hombre de confianza del César, general y diplomático de éste, personaje influyente entre los poderosos de su país, emparentado con la nobleza más ilustre, soñó tal vez quedar al frente del gobierno de Flandes, ó si así no fué, irritóse viendo que era el alma de Margarita de Parma el obispo Granvela, personaje de no muy rectos procederes, y cuyos consejos prevalecían sobre los de la junta de magnates. Su odio, real ó fingido, contra este indivíduo, dióle ocasión de revelar sentimientos hostiles; y las medidas de Felipe, atentatorias á las leyes del país, justificaron su conducta ambigua, pero cauta y astuta. Esta ojeriza contra el Obispo fué lo que estrechó sus relaciones con el conde de Egmont, su deudo, con quien tenía poca afinidad de ideas y temperamento. Egmont era un carácter irresoluto, un hombre falto de energía; Orange un espíritu meditabundo, observador, hábil, tenaz y ambicioso. «El genio de Egmont, dice Estrada, era alegre, claro y muy confiado de sí mismo. El de Orange, triste, cerrado y que de todos se temía. En éste alabarías en todo la solercia: las más veces experimentarías en aquél la fidelidad. Aquel Ajax era mejor soldado que senador: este Ulises más guerrero en casa con el consejo que fuera con la mano. El uno próvido con afan, y que siempre salía al encuentro con el ánimo á lo futuro; y por eso nunca descubierto al tiro: el otro de ordinario sin mas cuidados que los urgentes; sin embargo, en los súbitos sucesos más desprevenido que embarazado ó desigual. Más esperaras del uno, del otro temieras más; y era mejor para amigo Egmont: peor Orange para enemigo. Y porque se diferenciasen en todo, Egmont era de bellísimo semblante, de miembros robustos; y le salía al aspecto todo el lustre de su sangre: el otro tenía menudo el rostro, el color bazo, calva por la parte de atrás de la cabeza. No obstante, entrambos en la estimación del pueblo eran los primeros, con esta diferencia: que aquél se llevaba el amor de los hombres, éste la veneración.» Estas diferencias físico-morales explican la conducta leal y confiada de Egmont, y el sistema ambiguo, pero sagaz y cauteloso, de Orange. Por no haber atendido los avisos de éste, pereció Egmont en el cadalso; por no haber sido más previsor ó más cauto Felipe II, resultaron infructuosas las medidas del duque de Alba, quien creyó extirpar la herejía ahogandola en sangre, cuando lo que en realidad consiguio fue hacer más popular la causa de Orange.

Es de advertir que Guillermo había casado, á su regreso de Francia, con una luterana, hija de Mauricio de Sajonia; y este fué, sin duda, nuevo motivo de odio por parte de Felipe, ya predispuesto contra el por sus ataques á Granvela. Pero Guillermo supo burlar la venganza real, pues al tener noticia del mando otorgado al duque de Alba, renunció á sus dignidades y huyó á Alemania. Citado por el general español ante el tribunal de Bruselas, no compareció, y en su consecuencia éste le declaró traidor, confiscó sus bienes y se apoderó de su hijo, al que mandó conducir en rehenes á España. Guillermo contestó al fallo de sus jueces con un manifiesto y con una invasión armada.

Ocioso sería repetir aquí cuanto llevamos consignado respecto á las campañas de Orange contra el duque de Alba. La parte militar de estas biografías se descarta siempre, en atención á formar el cuerpo de cada Estudio. Pero narradas ya estas campañas en el anterior, nos limitaremos á observar que no demostró Guillermo en ellas talentos ni aptitudes militares, revelando, en cambio, grande habilidad en sus manejos políticos, así en Flandes como en Alemania. Lo cierto es que el poder de España decayó, á pesar de las victorias del Duque, y que á partir de la pérdida de Flessinga en la isla de Walcheren, y del levantamiento de las provincias de Holanda, la insurrección creció y se desarrolló hasta dominar sin rival en el Norte y prevalecer luego en las provincias del Mediodía. Requeséns, que sucedió al de Alba, tuvo que luchar con la falta de metalico y con los rebeldes: y cuando la victoria de Mook, en la que perecieron tres hermanos del Príncipe, y sus últimas operaciones en la Zelanda prometian un cambio favorable á España, la insubordinación de las tropas esterilizó sus esfuerzos y le ocasionó la muerte. A esta siguió el terrible saqueo de Amberes, otra página lúgubre de esta guerra.

No tanto, pues, se debió á los talentos de Orange nuestra mala fortuna, cuanto á la falta de medios para sostener esta costosa guerra. Las conferencias de Breda, entabladas en 3 de Marzo de 1575, con objeto de procurar la pacificacion, no dieron resultado alguno. Los Estados, influídos por el astuto Orange, no procedían ya lealmente en bien de la paz, y los excesos de Amberes concluyeron de enajenar á España la voluntad de las provincias hasta entonces fieles. Las del Norte nombran á Orange *stathouder*, ó sea regente del país; y todas las que componen los Estados, católicos y protestantes, se reunen en Gante por medio de representantes, y formulan una acta de pacificación, el *Edicto perpetuo* (8 Noviembre de 1576), en el que exigen el despido de las tropas españolas. Cuando llegó á Flandes D. Juan de Austria lo acepta y trata de seguir una política de conciliación, pero ya es tarde. Orange logra desprestigiarle, y el país, receloso, le abandona. También recela la nobleza de Orange, y llama, para que desempeñe el cometido de gobernador general en las provincias flamencas, al archiduque Matías, nombrando al príncipe su teniente y asesor. Pero hacía tan poca sombra al astuto Guillermo este inepto principillo como el caballeroso D. Juan, vence-

dor en Gembloux y derrotado en Rymenon. Con los auxilios de Inglaterra y la perturbacion de Flandes su influencia prevalece en los Estados y en el pueblo, aunque no sin tropiezos y disgustos.

Llega, por fin, el instante en que se hace cargo Alejandro Farnesio del gobierno de Flandes. Los Países Bajos se hallan atravesando un verdadero periodo de anarquía. Formanse distintos bandos, y el de los ***malcontentos*** llama al duque de Anjou, principillo que demuestra no hallarse a mayor altura que Matías. Mas Farnesio, con gran habilidad diplomatica, sabe sacar partido de aquella perturbacion, y por de pronto influye en las provincias del Henado y Artois, y logra separarlas de la union firmada en 1579 por todos los Estados en Utrecht. Las provincias walonas tambien se apartan de la confederacion de Utrecht, rompen con la Holanda, y gracias a la habilidad diplomatica de Farnesio, que se hace dueño de Douci, Lila y Molinas (1580), y a la victoria conseguida en 1583 sobre las tropas del lugarteniente de Alenzon, consigue el ilustre general de Felipe II cambiar la fisonomía de la guerra. Desde 1580 hasta la muerte de Farnesio esta entra en un periodo de reconstitucion, pues el insigne caudillo logra imponer respeto por medio de las armas y deshace con fortuna las tramas del de Orange.

Felipe II, comprendiendo que era necesario concluir con la guerra a toda costa, ideo, en el año ultimamente citado, exterminarla atacando a su cabeza, es decir, matando a Orange; y con este objeto le puso fuera de la ley y señaló el precio de 25,000 escudos de oro por su cabeza. Por de pronto no tuvieron buen resultado las tentativas de asesinato; mas en 1587 un fanatico llamado Baltasar Gerard logro matarlo de un pistoletazo. El asesino espero a Guillermo en la escalera de su palacio y le hizo fuego a quemarropa, huyendo despues hacia las murallas, donde fue preso. Guillermo cayó, murmurando estas palabras: ***¡Dios mio, ten compasion de tu pueblo!*** Y a los breves momentos expiro.

Muy poca conformidad se nota en los autores respecto a los móviles de este asesinato. Unos opinan que el brazo de Gerard fue armado por los españoles; otros lo niegan terminantemente. De las confesiones del asesino nada puede deducirse, pues las inspiro el tormento. Creible es que en el asunto jugó la diplomacia de Felipe. Mas, como quiera que sea, Gerard demostro, en su horrible suplicio, que era un verdadero fanatico. Fue mutilado atrozmente, desgarrado y descuartizado, sufriendo el suplicio sin proferir un solo gemido.

Retratos muy diversos se han trazado de Orange. Schiller le presenta muy ennoblecido; Bentivoglio bajo un aspecto muy antipatico. Puede asegurarse que Guillermo pertenecía a ese número de hombres que, persuadidos de su talento, no se resignan de buen grado a ocupar una posición inferior a la que creen merecer, y para llegar a ella no vacilan en sacrificar los afectos mas sagrados. Pero hay que convenir tambien en que nunca como en esta epoca quizas pudo hallar mejor justificación su conducta, puesto que apareció como paladín de un pueblo atacado en sus libertades, oprimido y vejado por un despota. Rodeado Guillermo de una aureola popular, supo con gran astucia conducir la perturbacion general al propio beneficio; y consiguió lo que muchos otros revolucionarios de todas epocas, explotar en provecho propio una causa justa. Sus convicciones religiosas no eran arraigadas; pues educado en el luteranismo, fingióse catolico en la corte de Carlos V, despues favorecio todas las sectas, y últimamente se hizo calvinista. Como hombre político revelo gran conocimiento del corazon humano, y sobre todo conocimiento mas profundo de las asambleas, donde, por lo regular, el genio sagaz y sereno triunfa siempre del charlatanismo. Como militar valía poco, casi nada. Tenía gran serenidad y mucha constancia. Concebía lentamente, pero concebía bien. Su fisonomía era impasible, su espíritu dúctil, su caracter inaccesible, su alma inflexible y energica. Los católicos dicen que era codicioso e hipócrita; los protestantes, buen patriota y gran politico. De estas cualidades y defectos participaba, sin poseer exclusivamente ninguno de ellos.

Murió Orange a la edad de 52 años, despues de sostener, durante 16, la guerra con España. Casado cuatro veces, dejo de su primer matrimonio un hijo, llamado Felipe Guillermo; del segundo a Mauricio de Nassau y del cuarto, contraído en 1583, a Federico-Enrique, que llegó a ser *Statuder* de Holanda. Tuvo ademas nueve hijas.

Margarita de Austria, pag. 96. — Cuatro hijos legítimos tuvo el Emperador Carlos V, y fueron: D. Felipe, que heredó la corona de España; D. Fernando, que murio en la ninez; D.ª María, reina que fue de Hungría, y D.ª Juana, que lo fue de Portugal. Tuvo ademas otros hijos naturales: D.ª Margarita de Austria, D.ª Tadea de la Peña y D. Juan de Austria. Los historiadores hacen tambien mencion de dos bastardos, cuya vida envuelve la mas completa oscuridad. De todos estos hijos legítimos y naturales, el primero fue D.ª Margarita.

Hallabase D. Carlos en lo mas florido de sus años cuando conoció en Flandes a una joven de extraordinaria hermosura y talento, llamada Margarita Vangest. Esta joven era una pobre huerfana criada bajo la tutela de los condes de Hostrat, quienes la educaron con igual esmero que hija propia. Vióla el joven príncipe en un convite, la alabo como se merecía y no falto rastrero cortesano que la condujera a su aposento, siendo fruto de las relaciones que entabló con ella la niña D.ª Margarita, que en 1522 vió la luz. Carlos era soltero todavía, y por anadidura este su primer hijo, circunstancia que movió su interes por dicha niña. Colocola al lado de su tía Margarita, despues junto á su hermana María, cuyas costumbres y aficiones se reflejaron fielmente en ella, y procuró se la diera educacion la mas completa que podía facilitarse entónces a una joven. En esta educacion prevalecieron los ejercicios ecuestres y las practicas devotas, sobre todo aquellos, hacia los que se mostro la muchacha excesivamente aficionada.

Doce años contaba sólo Margarita cuando D. Carlos pactó sus esponsales con Alejandro de Medicis, duque de Florencia: matrimonio éste de *razón de Estado* y que fué de breve duración, pues el duque recibió la muerte de sus súbditos al año escaso de haberse efectuado aquél. Entonces concibió el Emperador la idea de casarla con Octavio Farnesio, sobrino del pontífice Paulo III; y en su consecuencia Margarita, que acababa de perder un marido de ventisiete años, casó con un niño de trece; siendo la diferencia de edades causa de cierta frialdad y aun desprecio por parte de la recien casada. Sin embargo, estrecharon los esposos sus relaciones y á la vuelta de algunos años dió Margarita á luz dos gemelos, uno que murió al nacer y otro que llevó en la historia un nombre célebre: Alejandro Farnesio.

Las raras prendas que adornaban á D.ª Margarita, sobre todo su carácter varonil, y mayormente la dificultad de elegir persona de su confianza y familia para el gobierno de los Países Bajos, movieron a D. Felipe á nombrar para el mismo a esta señora, cuando llegó el momento en que el monarca los abandonó definitivamente para dirigirse á España. Garantían tal elección las circunstancias de ser flamenca, hija del César, de carácter afable y muy bienquista de la gente del país. Y no anduvo descaminado el Rey; pero los hechos revelaron muy luego que no en todo fué dable á D.ª Margarita desplegar sus condiciones de gobierno. Supeditada á las órdenes de España, tardías y poco oportunas, influída por el obispo Granvela, contra quien estaba predispuesto el país, Margarita no podía proceder con verdadero acierto. Sin embargo, venció no pocos obstáculos y llegó á dominar el primer estallido de la rebelión. Su criterio político era el de templanza; sus cartas al rey revelan gran prudencia y circunspección; sus reiteradas dimisiones al ver la conducta de Felipe, el presentimiento de los males que iban a desencadenarse sobre Flandes. Cuando abandonó este país, los flamencos la despidieron llenos de tristeza, pues con ella desaparecía la esperanza de la paz.

Las circunstancias justificaron los presentimientos de D.ª Margarita; mas, por desgracia, cuando Felipe II quiso cambiar de política en los Estados Bajos, era ya tarde. Requeséns y D. Juan de Austria fueron víctimas de los disgustos que ocasionaba aquel gobierno. El mismo Farnesio gastó allí su energía, por mas que brillara su estrella en en el cielo de las victorias. Para imprimir nuevo caracter a su política ideó Felipe que D.ª Margarita fuera á Flandes y compartiese el mando con Alejandro; mas tal empresa, que por de pronto solo introdujo confusión en los poderes, resultó ineficaz, y Margarita, desengañada, resignó en su hijo el gobierno y se retiró de nuevo á sus Estados de Plasencia y Parma.

Murió en la villa Ottona (Nápoles), el mes de Enero de 1586, poco tiempo despues de haber regresado de Flandes.

Según los historiadores de su tiempo, D.ª Margarita fue mujer de carácter y costumbres varoniles; de genio vivo, muy asequible a los enojos; de miembros robustos y aire brioso. Dabala aspecto hombruno el bozo que cubría su labio superior y barba. Su inteligencia era mas que mediana; reunía á la flexibilidad de los italianos, el espíritu observador de los flamencos. Era mujer devota y de sentimientos humanos. En sus últimos años hallóse aquejada de gota, «enfermedad, dice Estrada, que rara vez padecen las mujeres, *y sólo las valientes.*»

Medalla del conde de Horn (pág. 97).—Felipe de Montigny, conde de Horn, del ilustre linaje de los Montmorencis, era uno de los principales señores de la nobleza flamenca. Comenzó su carrera militar bajo las banderas del emperador Carlos V, y continuó sirviendo á su hijo, distinguiéndose por su valor en la jornada de San Quintín, á cuya victoria contribuyó, como Egmont, eficazmente. El Rey le confió el gobierno de las provincias marítimas de Flandes y lo desempeño con equidad y acierto; mas tuvo la desgracia de perder su favor desde el instante en que hizo causa común con Orange y Egmont contra el obispo Granvela, firmando la exposición dirigida al Rey y retirándose del Consejo de Estado de la Gobernadora, en vista de la obstinación del soberano en no revocar los nuevos edictos. Ya hemos dicho que no era hombre D. Felipe para tolerar tales protestas. La ojeriza que despertó en él contra estos señores, debían pagarla con la vida. Pero el monarca español era sumaménte astuto y de mucha doblez. Así es que, mientras preparaba las tropas destinadas á Flandes, escribía en términos lisonjeros á Orange y Egmont, y entretenía en España á los condes de Montigny y de Berges, enviados á esta Corte por D.ª Margarita, con el objeto de hacer presente al Rey la necesidad de que revocara los edictos. El conde de Montigny era hermano del de Horn, y parece sospechó la celada que á todos se tendía. «Aquí, escribía á su hermano, es grande el enojo contra los principales nobles que se cree han fomentado el daño. Todas las medidas de rigor se deben á la influencia, fatal para los Países Bajos, que ejerce en la corte Granvela, quien triunfa y aconseja al Rey que vaya á Flandes con su ejército, ó envíe éste con un caudillo de confianza y severo.» Y añadía: «Este nublado amenaza á nuestros países, pronto aparecerá la tempestad. Quien lo ha previsto da el aviso; y el avisado, ó intrépidamente se le oponga, ó con prudencia lo huya. Cuanto á los dos que aquí nos hallamos, quiera Dios, que si fué infausta la llegada, no lo sea más la vuelta.» Los vaticinios del Conde de Montigny, se cumplieron. Egmont y Horn fueron decapitados por orden del duque de Alba; él y Berges fueron también condenados en España; sólo que Berges murió antes de que se fallara el proceso, y Montigny, trasladado con gran sigilo á la fortaleza de Simancas, fué estrangulado, de orden del Rey, quien encargó sobre manera apareciese el fallecimiento como natural.

El conde de Horn marchó al cadalso resignadamente y protestando de su lealtad al Rey. Tenia la edad de cincuenta años y era caballero de la orden del Toison. «Pudiera llorarse no medianamente su muerte, dice un escritor de la época, si no hubiera gastado Egmont las lágrimas de todos.»

La medalla reproducida presenta el retrato de este ilustre prócer flamenco.

Mortero (pag. 106 y 108). — Estan copiados ambos del *Libro de la Guerra* de Lienardht de Fronberg (Francfort, 1570, in folio). Este Fronberg ó Fronberger, según tambien se le llama, no debe confundirse con el coronel tudesco de idéntico apellido. El montaje de estas bombardas es móvil, lo que facilita en gran manera la puntería. Créese que Leonardo de Vinci fué el primero que ideó esta mejora; por lo menos Promis lo consigna así en sus *Memorias históricas*. «Leonardo de Vinci, dice, discurrió una media rueda dentada, a favor de la cual podía darse a los morteros la inclinacion que se quisiera.»

En las *Ilustraciones* del Tomo I, pag. 486, hemos hablado de la invencion de los morteros, que a principios del siglo XVI se emplearon en las guerras de Italia y disparaban balas de hierro, de piedra y de fuego o pestíferas. Con respecto a la invención de las bombas hay poca unanimidad de pareceres. Valturio, de quien por fortuna hemos podido consultar una edicion, la atribuye a un señor italiano del siglo XV. Promis repite esta noticia. D. Vicente de los Ríos señala el año 1588 como la primera fecha de su empleo (sitio de Watendonck por Alejandro Farnesio), y esta noticia la toma del diligente P. Estrada. Almirante, en su *Diccionario Militar* hace mencion de las diferentes opiniones emitidas y concluye afirmando que a mediados del siglo XVII es cuando *positivamente* se emplearon estos proyectiles.

D. Luis de Requeséns (pag. 103). — El Comendador Requesens es una de las figuras mas simpáticas de la época que venimos historiando. Nació en el segundo decenio del siglo XVI y fueron sus padres D. Juan de Zúñiga, comendador mayor de Castilla, y D.ª Estefanía de Requesens, heredera única de la noble casa de este nombre en Cataluña. De dicha casa tomó D. Luis el apellido, y como sus ascendientes maternos, célebres en la marina catalana por sus proezas, consagróse a esta carrera, despues de terminar con lucimiento sus estudios. No se mostró inferior D. Luis a sus abuelos, pues consiguió sobre los piratas algunas victorias, y descolló bien pronto entre los marinos y militares distinguidos de su tiempo. Mas no debía ser el mar campo exclusivo de su actividad: los conocimientos que le adornaban, su inteligencia despejada, su tacto exquisito, hicieron que en el recayera la eleccion del soberano español para cargos tan difíciles como era el de su embajador en Roma; y por cierto que Requesens lo desempeñó muy a gusto de Felipe.

En 1570, resuelto el Rey a terminar a toda costa la guerra que con alternativas peligrosas venía sosteniendo contra los moros granadinos, encargó a D. Luis que recogiera algunos tercios de Italia y los condujese a las costas de Andalucía para contribuir con ellos al exterminio de los rebeldes. Hízolo así Requesens y auxilió eficazmente a D. Juan de Austria en aquella campaña, cabiéndole la gloria de haber tomado el imponente peñon y castillo de Frigiliana. Tambien su nombre va hermanado al de D. Juan en la célebre victoria conseguida pocos años despues sobre la armada turca en el golfo de Lepanto. A esta célebre batalla asistió Requesens como a lugarteniente del austriaco.

Nombrado luego gobernador del Milanesado, dió a conocer una vez mas sus dotes políticas, sosteniendo con energía las prerrogativas de su soberano, a trueque de indisponerse con altos dignatarios de la Iglesia romana. Pero como su energía no era fruto del orgullo, y las cualidades que mas resplandecían en el eran la moderacion y la modestia, captóse el afecto de cuantos le trataban y la consideracion de los políticos de su tiempo. A estas cualidades debió su elección para el gobierno de los Países-Bajos. Felipe, disgustado por los resultados que la política de intransigencia daba en Flandes, creyó que Requesens podría conjurar la tempestad que amenazaba arrebatarle aquellos Estados. No fué mala la elección, pero sí tardía, y para Requesens funesta.

Cuando el Comendador marchó a Flandes, la insurrección campeaba triunfante en Holanda y Zelanda, las tropas se hallaban faltas de pagas y cometían los mas horrorosos atropellos; el país se mostraba con razon quejoso de los vejámenes de que era víctima; católicos y protestantes se hallaban indignados por tan repetidos desafueros. Requesens comprendió la justicia que asistía a los flamencos y dictó una medida que le fué fatal: permitió se armaran los campesinos para resistir las tropelías de la soldadesca. Lo cual equivalía a dar pábulo al fuego de guerra, atizada astutamente por Orange y sus satélites. Empero, ni esta medida ni la tardía amnistía publicada en nombre del Rey dieron el resultado apetecido. Y no fué mas afortunado Requesens en lo que se refiere a la guerra.

La primera operacion militar emprendida por el Comendador, fué el socorro de Middelburgo, en la isla de Walcheren, mas los rebeldes derrotaron a la flotilla destinada a esta empresa. A poco Dávila consigue la victoria de Mook, en la que mueren tres de los cinco hermanos Nassau, y este triunfo se malogra por la insubordinacion de las tropas, que piden sus sueldos en el mismo campo de batalla. Quince pagas se deben a estos soldados, que llenos de ira se apoderan de Amberes y juran no abandonarlas sin recibir antes sus haberes. Requesens ha de [illegible] el

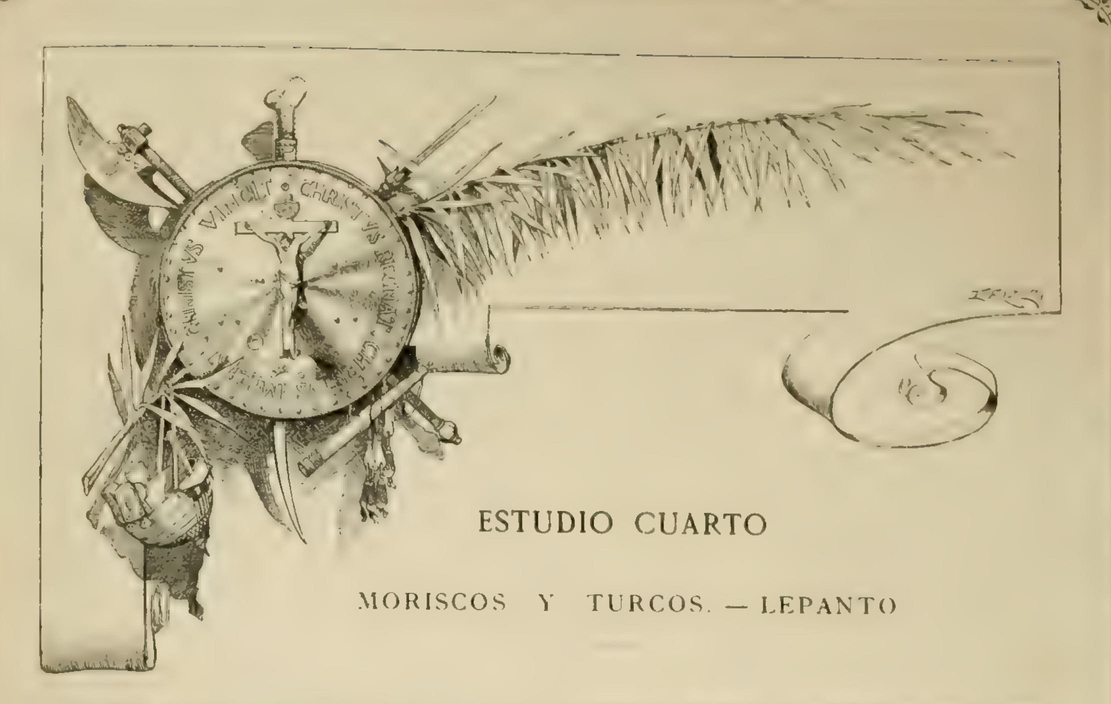
peligro adelantando 400,000 florines de su bolsillo particular. Estas son las primeras amarguras que el gobierno de Flandes le proporciona.

En el mes de Agosto de 1575 Requeséns proyecta atacar a la Zelanda y caer luego sobre Holanda. El plan es arriesgado y digno de admirarse tratándose de un ejercito al que hace falta ante todo una escuadra: mas no vacila en afrontar el peligro, y sus valientes tropas, cruzando á pié brazos de mar y tomando medio desnudas las trincheras, patentizan á la faz del mundo la valía del infante español. Y sin embargo, cuando domina y triunfa en la Zelanda, se le rebelan las tropas que guarnecen el Brabante: encontrándose en un mismo punto con un doble peligro que conjurar. En aquel instante la energía de Requeséns decae. Falto de auxilios, combatiendo con un enemigo astuto y fuerte, y sin poder contar con sus soldados; gastado ya su esfuerzo por las negociaciones y por las fatigas de la guerra, ve en toda su triste realidad el desenlace de la lucha, y se apodera de su alma el más terrible desaliento. A pesar de todo, abandona el cerco de Zierickzée y se hace conducir presa de violenta calentura á Bruselas, mas al llegar á esta ciudad expira (5 Marzo de 1576). ¡Pérdida dolorosa esta para Flandes y para la patria!

Murió Requeséns precisamente cuando comenzaba á conseguir algunas ventajas sobre los rebeldes; y mucho hubiera podido esperarse de su experiencia y tacto, si no le faltara el elemento indispensable á toda guerra: el dinero. Con soldados mal pagados, con tropas faltas de disciplina, poco ó nada podía prometerse el Comendador. Así y todo, hizo muchísimo atacando á los rebeldes de las provincias marítimas, y su plan indudablemente hubiera dado resultados satisfactorios. La muerte de este hombre ilustre privó á España de las ventajas recientemente conseguidas por las armas, y precipitó á los Países-Bajos en los abismos de la anarquía.

Cañón (pág. 105).—Este cañón es copia de un dibujo existente en Simancas (Legajo n.º 415, *Mar y Tierra*). Lo reprodujo el coronel de Ingenieros Sr. Aparici, entre otros perfiles que acompañan á su *Informe sobre los adelantos de la Comisión de historia*, y merece ser conocido como á uno de los modelos que se empleaban en esta época. Junto al dibujo se encuentran estas líneas: «Esta cureña y rueda tambien es de mar, y para muralla es muy buena y muy recia; cuesta poco.»





ESTUDIO CUARTO

MORISCOS Y TURCOS. — LEPANTO

I. Levantamiento y guerra de los moriscos. Campaña del marqués de Mondejar. Operaciones del marqués de los Velez.—D. Juan de Austria. Término de la guerra. Expulsión de los moriscos del reino de Granada. = **II.** Expedición á Trípoli. Los Gelbes. Orán y Mazalquivir. El Peñon de la Gomera. Célebre sitio de Malta. = **III.** Liga contra el Turco.—Célebre batalla de Lepanto. Consecuencias de esta victoria.—Disolución de la Liga. = **IV.** Túnez y la Goleta. Resultado de estas guerras.

I

Pocos intervalos de descanso gozaron los soldados españoles en el agitadísimo siglo XVI. La extensión de los dominios pertenecientes á nuestra patria, las constantes complicaciones que en una ú otra parte surgían, las repetidas guerras producidas por los múltiples intereses que entre sí chocaban ó por los factores políticos puestos en juego, impulsaban á España de continuo á la lucha, y como es consiguiente, si con gloria, no siempre con fortuna. Fué, pues, el principal escollo de nuestro bienestar la rica herencia que legara al segundo Felipe el Emperador-rey, pues no era un imperio dilatado, pero al mismo tiempo redondeado en sus dominios, sino un cuerpo monstruoso, un organismo que funcionaba difícilmente. La distancia que separaba á unos Estados de otros, y á todos de la metrópoli, era dificultad gravísima para el buen gobierno; pero más grave aun la que originaban las tendencias y aptitudes de nacionalidades tan distintas, de intereses tan opuestos. Funesto como fué el poderosísimo Carlos I para la prosperidad de España supo, sin embargo, mantener á su devoción aquellos países en que se educó y cuyas necesidades conocía; Felipe II, rey eminentemente español, quiso desconocerlas, y entonces comenzaron en los Estados Bajos las terribles guerras que los disgregaron de la corona de España.

No debía tampoco ésta gozar en su interior de constante paz. Una guerra funesta y exterminadora, como todas las de raza y religión, triste epílogo de la de Granada, iba á teñir en sangre las entrañas de la Alpujarra y á ocasionar nuevos y trágicos episodios en aquel antiguo reino. También esta guerra fué provocada; asimismo diéronse en ella á conocer el fanatismo y la crueldad, mas aunque tenida en poco, si se le compara á las grandes campañas de este siglo; de comienzos bajos, como á cosa de salteadores; de grandes alterna-

tivas y de duración no escasa, llegó á infundir serios cuidados en la corte, y puso al monarca en el duro caso de exterminar, por decirlo así, una raza. No es extraño, pues, que ofrezca esta lucha, sangriento y repugnante carácter; porque el pueblo que mira perdidas su libertad y los objetos más gratos á su vida, si conserva un resto débil de energía, ha de venderlos á costa de su propia sangre.

Ya no quedaba á los vencidos moriscos otro recuerdo de su nacionalidad que su idioma y su traje, mas aunque vivieran en gran manera vejados y oprimidos, y aunque, como es consiguiente, miraran con malos ojos á sus vencedores, no daban ocasión á medidas de rigor, y en cambio sostenían algunas de las industrias que tanto contribuyeron á su pasada prosperidad y á la riqueza del país. Ordenó el rey que renunciaran á las dos únicas cosas que les distinguían: su idioma y su traje; y entonces, como el mortecino fuego se reanima al soplo poderoso del huracán, brotó la llama de la insurrección y se propagó rápida desde las faldas de las Alpujarras al corazón de estas imponentes sierras.

No es esta una guerra que merezca aquí ser detenidamente explicada, por más que no dejen de revestir gran importancia los acontecimientos á que dió lugar. Empero los límites á que debemos circunscribirnos al trazar estos cuadros históricos nos obligan á ser excesivamente sobrios, con objeto de dar la extensión debida á las más culminantes operaciones militares que se han efectuado en cada época. Guerra de sorpresas, lazos, emboscadas, escaramuzas, refriegas oscuras, pero empeñadas; en la cual se echó de ver la antigua táctica de los árabes, así como el valor sereno y siempre fecundo en recursos de nuestros soldados, ofrece en verdad cuadros altamente tristes y conmovedores, en los que no brilla ciertamente la hidalguía española. La rapacidad, el desenfreno, la indisciplina son frecuentes en las tropas colecticias que en ella tomaron parte; la crueldad, el libertinaje, las mayores abominaciones, todo cuanto de más bárbaro y repugnante puede concebirse, se manifiesta en los enemigos; turba de bandoleros en un principio, masa informe después, ejército regular nunca. Por esto presenta esta guerra todos los caracteres de una lucha irregular, interesante sí, aunque poco fecunda en útiles ejemplos. Narrarla con todos sus detalles exigiria sin embargo largas páginas: para apreciarla debidamente, el lector debe acudir á dos buenos escritores de la época: al insigne Hurtado de Mendoza y al diligente Mármol.

Provocada la lucha por la severa pragmática de Felipe, en la que imponía á los moriscos creencias, lenguaje y trajes de los cristianos, no acudieron por de pronto aquéllos á las armas. Antes apuraron todas las representaciones y todas las súplicas, eligiendo como mediadores cerca del rey al conde de Tendilla, al marqués de Mondejar, al ilustre D. Juan Enriquez de Baza y aun mandando á Madrid como procurador al hombre más sabio de su raza: todo en vano, porque sus instancias no hallaron eco en el alma de Felipe, ni la más ligera indulgencia por parte de los inquisidores Espinosa y Deza. Entónces decidieron los moriscos levantarse en armas; concertáronse los de la ciudad con los de la sierra, circularon los avisos, expidieron correos á sus hermanos de África, y se apercibieron á una resistencia que, como efectuada contra el monarca más poderoso de la tierra, sólo pudo inspirarse en la desesperación.

Estalló la lucha en Diciembre de 1568, sorprendiendo un artesano llamado Aben Farax los arrabales de Granada y penetrando en el Albaicín; cuyos moradores, á pesar de hallarse con él de acuerdo, no se atrevieron á secundarle; mas, dado ya el grito de guerra, en su retirada hacia los montes, fué despertando Farax el entusiasmo de los creyentes y cundió la alarma por todo el país desde Almería y las fronteras murcianas hasta las cercanías de Velez-Málaga. El odio largo tiempo sofocado se exhalaba violento en actos de crueldad, que son siempre prólogo de grandes venganzas; mas la hora de la expiación no tardó en llegar.

Por de pronto las ásperas sierras granadinas se plagan de salteadores, los terribles *monfis*; los moros de las *tahas* inmediatas á los montes se conciertan con los de la ciudad, la insurrección cunde y prospera, un descendiente de los antíguos califos Beni-Omeyas es aclamado rey, y sonoro grito de guerra resuena de risco en risco por la bravía Alpujarra. Ante peligro tan grave, el marqués de Mondejar, capitán general de Granada, se vé en el caso de congregar todas las com-

pañías de las ciudades inmediatas, y á pesar de lo crudo de la estación, resuelve penetrar en las profundidades de la sierra. El 3 de Enero de 1569, puesto á la cabeza de 2,000 infantes y 4,000 jinetes, gente en su mayoría bisoña, abandonó el Marqués la ciudad de Granada, de cuyo gobierno se hizo cargo el conde de Tendilla. Los insurrectos viéronle penetrar en la Alpujarra y al abrigo de sus formidables posiciones derrotaron los primeros destacamentos, pero ante el grueso del ejército tuvieron que retirarse para tomar posiciones nuevas al otro lado del puente de Tablate, que era por aquella parte el único paso para entrar en la Alpujarra. Reducíase este puente á unos frágiles maderos colocados sobre profundísimo barranco, cuyo cruce imposibilitaban los moros que coronaban las inmediatas breñas. El ejército encontró cortado el puente y los soldados hubieron de reemplazarlo con algunos maderos que apenas si resistirían al paso de un hombre desarmado; pero, llegado el momento de cruzarlo, nadie se atrevió á dar el primer paso. En aquel instante crítico adelantóse un fraile, con los hábitos recogidos, la espada en la diestra, el crucifijo en la siniestra y una rodela al hombro, sentó su planta en las tablas y llegó al lado opuesto; y en pos del atrevido Cristóbal de Molina avanzaron los más denodados, no sin pérdida de los que inmediatamente le siguieron. Gran fortuna fué que no cayera sobre los españoles el grueso de los moriscos, pues, faltos entonces de buena retirada, hubieran pagado caro su atrevimiento. Pero aquella masa de hombres mal disciplinados y faltos de hábitos militares, á cuyo frente se hallaba como rey un mozo inexperto, no era la más á propósito para sacar partido del terreno en que luchaba. Ganado ya el difícil paso de Tablate, el Marqués rehabilitó debidamente el puente, dejó en su guarda una compañía y se internó en el corazón de la sierra. El presidio cristiano de Orgiba fué socorrido, Aben Humeya derrotado en un encuentro, y el castillo de Jubiles tomado, dando este hecho lugar á horribles escenas. No empleó únicamente Mondéjar, para lograr la sumisión, los recursos militares; acudió también á las negociaciones, aunque sin resultado, é hizo cuanto le fué dable para concluir del mejor modo posible aquella lucha, que con tanto ahinco procuró evitar. Las operaciones que llevó á cabo en este primer periodo de la campaña fueron en verdad penosísimas, pues, además de librarse rudos combates, pesaron sobre los soldados del Marqués los rigores de la estación invernal en las profundidades de la sierra. Así y todo, consiguió éste, en un mes de trabajosas y difíciles marchas, pacificar casi toda la vertiente occidental de la Alpujarra, inclusa la fortaleza de las Guájaras, que presentó alguna resistencia. En la occidental, donde también cundía el fuego de la guerra, la intervención del adelantado de Murcia, marqués de los Vélez, que tenía de altivo é intolerante lo que Mondéjar de prudente y político, consiguió dominarlo después de tres combates, seguidos de horribles venganzas y espantosos actos de crueldad.



D. Juan de Austria
(Copia de la estatua erigida en Mesina en 1572)

Esto fué tan sólo el prólogo de aquella desdichada guerra. Las rivalidades que despertó el sistema de procedimientos aplicable á los vencidos, pusieron de una parte al de Mondéjar y de otra al de los Vélez y á las autoridades de Granada (1). Felipe II, perplejo entre pareceres tan diferen-

(1) El Sr. D. José Foronda ha publicado en la *Revista Contemporánea*, tomo XX, página 268, parte de un interesante y precioso documento que existe en un legajo de varios en el Archivo Histórico Nacional, documento escrito por el Marqués de Mondéjar en descargo de las acusaciones que se le dirigieron por su conducta templada durante la campaña de 1569, y que merece conocerse por los detalles desconocidos que da acerca de su gloriosa jornada.

tes, decidió cortar aquéllas, mandando á su joven hermano á Granada; y como el marqués de Mondéjar renunciara, al tener noticia de este nombramiento, el mando; huérfano el ejército de jefe, entregóse á tales desacatos, que bastaban de por sí para encender de nuevo la guerra. La matanza, el robo y el incendio señalaron el paso de la soldadesca por toda la sierra; y como si no bastaran estos horrores para dar pábulo á la hoguera, el degüello de los prisioneros moros que existían en la ciudad de Granada, degüello que, según todos los indicios, fué preparado por sus guardianes, abrió hondísimo abismo entre vencedores y vencidos. De nuevo aclamaron éstos á Aben Humeya, que andaba fugitivo por el corazón de la sierra; otra vez y con mayor energía dieron el grito de combate.

Llegó, por fin, el príncipe D. Juan á Granada á mediados de Abril de 1569, acompañándole, como consejeros, su ayo Quijada y el duque de Sessa; reunió el Consejo, donde de nuevo se manifestaron las antiguas excisiones, y, en su consecuencia, vióse obligado á diferir la cuestión al Rey. Empero, mientras en estas dilaciones se perdía el tiempo, los serranos, reforzados por los moros berberiscos y no pocos de los de paz que habitaban en el llano, organizábanse, y aun se atrevían á descender hasta la vega. Muy oportunamente llegó á Vélez-Málaga una escuadra en la que conducía D. Luis de Requeséns varias compañías de los veteranos de Italia; y, sin pérdida de tiempo, se dió el ataque al peñón de Frigiliana, fortaleza asentada sobre abruptas rocas, y que los montañeses defendieron con desesperado valor. Baste decir que Requeséns hubo de menester socorros del de los Vélez. Y si este hecho prueba que la guerra renacía con brío, el sitio y la toma del castillo de Serón por un ejército de 2,000 moriscos evidencia hasta qué punto intentaban aquéllos resistir. En verdad, que si se considera la triste suerte que esperaba á los de Granada, arrancados á la sazón de sus queridos hogares, bien se comprende que fuera aquella lucha enérgica y feroz. Vencidos los enemigos en un combate, presentábanse de improviso en otro lado de la sierra, y la dificultad de aprovisionar el ejército entorpecía las operaciones y hacía infructíferas las parciales victorias. Felipe II, deseoso de poner término á la lucha, llamó á su lado al marqués de Mondéjar, con objeto de que cesara entre los jefes la rivalidad, y luego dió orden de que aquélla prosiguiera á sangre y fuego.

Presentábase á la sazón la guerra cada vez más imponente. Aben Humeya había sido muerto por los moriscos, descontentos de su vida licenciosa, y Aben Aboo, que le sucedió en el flaco trono, atrájose el favor de muchas poblaciones, hasta entonces pacíficas, y extendió grandemente sus dominios, atreviéndose á cercar fortalezas y á presentar campal batalla á las tropas cristianas. Tal era la inminencia del peligro, que, atendiendo á las excitaciones del comendador Requeséns, decidió el monarca se pusiera D. Juan al frente del ejército, y tuviera sobre él una autoridad real; pues, hasta entonces, estacionado en Granada, de poco ó nada había servido su presencia. Su nombramiento produjo, como á consecuencia inmediata, la retirada del marqués de los Vélez, quien no pudo ver sin enojo el desairado, pero merecido papel á que se le reducía.

Al frente de un ejército de doce mil infantes, ochocientos caballos y alguna artillería, se dirigió D. Juan hacia la importante plaza de Galera, cuyo cerco había levantado el de los Vélez; y tan enérgicamente la batió, que, por fin, cayó en sus manos, cumpliéndose entonces la terrible sentencia que de antemano había dictado, es decir, siendo pasada á cuchillo la guarnición y arrasando el lugar. Empero, después de tan feliz principio de las operaciones, estaba reservado á los españoles un serio descalabro en las inmediaciones de la plaza fuerte de Serón, pues los moros, que atentamente seguían los movimientos de sus enemigos, aprovechando un momento en que una parte de éstos se entretenía en saquear la plaza abandonada, cargaron con terrible ímpetu, y les derrotaron con pérdida de más de seiscientos muertos y no pocos prisioneros. Allí murió el ayo del príncipe, Quijada, y D. Juan corrió gran peligro al intentar poner orden en su gente; pero oportunamente reforzado, y más prevenido, se dirigió de nuevo á Serón, que convirtieron sus moradores en una hoguera, y sin contratiempo alguno hízose dueño de otras villas, sometiéndosele en breve tiempo toda la comarca del Almazora. Esta sumisión fué consecuencia de las disposiciones más conciliadoras que mostró Felipe, pues D. Juan publicó en nombre del Rey un bando de amnistía

á cuantos se rindieran en el término de veinte días. Sin embargo, aun continuó la guerra en el norte de las Alpujarras, guerra en la que, siguiendo los moros el sistema de rehuir batallas y cortar á los cristianos sus convoyes, les fatigaban con marchas constantes sin conseguir ventaja alguna positiva. Creyóse, á pesar de esto, que estaba la campaña próxima á su terminación, cuando, a consecuencia de los tratos que entabló D. Juan con el poderoso caudillo llamado el Habaqui, este, á nombre del soberano de los rebeldes, Aben Aboo, aceptó la amnistía; mas luego no se avino el reyezuelo á lo tratado, dió muerte al Habaqui, y de nuevo se encendió la guerra, propagándose por la serranía de Ronda.

En tan graves circunstancias, cansados ya los caudillos de la prolongación de esta lucha, adoptóse el plan de atacar combinadamente al enemigo, y organizando distintos cuerpos, tomó D. Juan sobre sí la tarea de batir el terreno que se extiende al norte de Guadix; Requesens recibió el encargo de operar en los confines septentrionales de las Alpujarras, y el duque de Arcos la mision de atacar la serranía de Ronda. Hízose entonces una guerra de exterminio, construyéronse en todos los puntos estratégicos de la sierra pequeños fuertes, y desde aquel instante puede decirse que la resistencia de los moros fué en decadencia. A fines de 1570 había concluido la lucha formal, y si bien la prolongó Aben Aboo hasta Marzo de 1571, al frente de escasos partidarios, la muerte, que á traición le dió uno de los suyos, concluyó definitivamente con la rebelión. En 1.° de Noviembre del año anterior, y según edicto del Rey, todos los moriscos de Granada fueron conducidos al interior de la Península y derramados por el territorio de la Mancha, fronteras septentrionales de Andalucía y las dos Castillas, Extremadura y aun Galicia. Cumplióse puntualmente el decreto, pero la vasta emigración no se llevó á cabo sin que terribles y repugnantes escenas de codicia, brutalidad y desenfreno mancharan el lustre del triunfo. Esta es una de las páginas más negras de nuestra historia (1).

(1) El distinguido escritor D. Rafael Contreras, en un importante artículo publicado en el tomo LXVIII de la *Revista de España*, prueba con datos irrecusables que la rebelion fué provocada por la codicia y la intolerancia de los españoles. «Ha sido preciso, dice, que leamos los autos y pruebas de testigos, la calidad de estos, los amargos memoriales de las víctimas, y los originales de estos escritos, *muy distintos de los publicados*, para acabarnos de convencer de que ni la persecucion de los católicos en Inglaterra, ni la de los jansenistas, ni la guerra de los Campesinos, ni la San Bartolomé, pueden compararse con el exterminio de millares de criaturas arrancadas de sus labores y de sus propiedades. Hurtado de Mendoza, Mármol, Horozco, los narraron con miedo y excesivo respeto á la autoridad, y sólo D. Iñigo de Mendoza, con un instinto puro hácia la verdad, independiente por su carácter, sus hazañas y sus miras, fué el que se atrevió á levantarse ante el solio del monarca más tétrico del mundo, á exponerle el memorial de sus agravios y la injusticia con que se había tratado á los infelices moriscos.» El memorial de D. Iñigo de Mendoza dirigido á D. Felipe II, documento de gran importancia, dada la significacion de su autor, y la solicitud del sabio Muley Hacem, son altamente interesantes para conocer estos sucesos; pero el Sr. Contreras consigna algunos datos de no menor valía. Como pueril rechaza el temor que pudiera abrigarse respecto á una insurreccion de gente, no sólo sumisa por hábito, sino conocedora de la triste suerte que de rebelarse le estaba destinada; creyendo que el mismo monarca, más que por inspiracion propia, obró á instigaciones del clero. Demuestra luego las vejaciones que sufrían los campesinos moriscos á causa de la [illegible] de los *cristianos viejos*, y los grandes abusos que con todos los de dicha raza en general se cometían, bajo capa de difundir la religion cristiana. La ruina de la agricultura fué la primera consecuencia de estos desaciertos.

Acosados por todas partes, ya no quedaba á los moriscos otro recurso que embarcarse para África, mas aquellos á quienes se sorprendía recibían la muerte, siendo sus mujeres vendidas como esclavas. Las arbitrariedades más terribles, el saqueo, la violencia, todo género de iniquidades se cometieron con aquellos infelices, que arrastrados al fin por la desesperacion acudieron á las armas. Ellos tambien cometieron entonces mil atrocidades, y ¿cómo no, si estaba llena la copa del sufrimiento? Mas al terminar aquella lucha, sostenida por los montañeses de las Alpujarras, el espectáculo que estos desdichados dieron fué harto espantoso. Baste un dato: los capitanes españoles, D. Juan de Austria entre ellos, se vieron privados de brindar la paz á los rebeldes, porque no les permitía cumplir su palabra la saña de sus soldados. Depositaban los moriscos que quedaban en los pueblos, sus muebles y ropas en la casa más grande del lugar y en manos de los párrocos y alguaciles, y se entregaban á ser conducidos por los soldados, llevando muchas veces sobre sus hombros los hijos, los enfermos y los ancianos. En el camino perdían las doncellas, que eran arrebatadas á favor de la oscuridad. Entre tanto, los decretos reales recogían los moriscos de las grandes poblaciones. *Fué un miserable espectáculo el ver tantas gentes de edades diversas, con las manos cruzadas, las cabezas reclinadas y llorando de dolor y tristeza, que habían dejado sus casas y hogares, tanto bien como tenían, y entregados tal vez, así lo temían, en las manos de sus verdugos. Iban delante cruces y clero, por lo que las mujeres daban gritos que los llevaban al suplicio* (a).» El Sr. Contreras cita seguidamente otro párrafo de un escritor de la época, que dice así: «[illegible] día de Todos los Santos, primero de Noviembre, proveyó en justicia S. M. que se encerrasen todos los moriscos en las iglesias para llevarlos en cuerdas y diseminarlos por todo el país. Todos salieron, menos los que pudieron huir y comprar pasaje seguro á África.» Y añade el citado escritor: «El Santo Oficio se encargó de los reacios, la Santa Hermandad de los campesinos abrigados en las rocas, y se terminó así el primer acto del drama que había de concluir el duque de Lerma y D. Felipe III.»

Despues de esto hay que convenir en que si ciertos crímenes los pagan con usura los pueblos, España, relegada hoy á un lugar secundario en Europa, expía la intolerancia y la crueldad de que hizo alarde en otros tiempos.

(a) El autor del artículo citado copia esto de un curioso manuscrito existente en el Archivo de Granada.

II

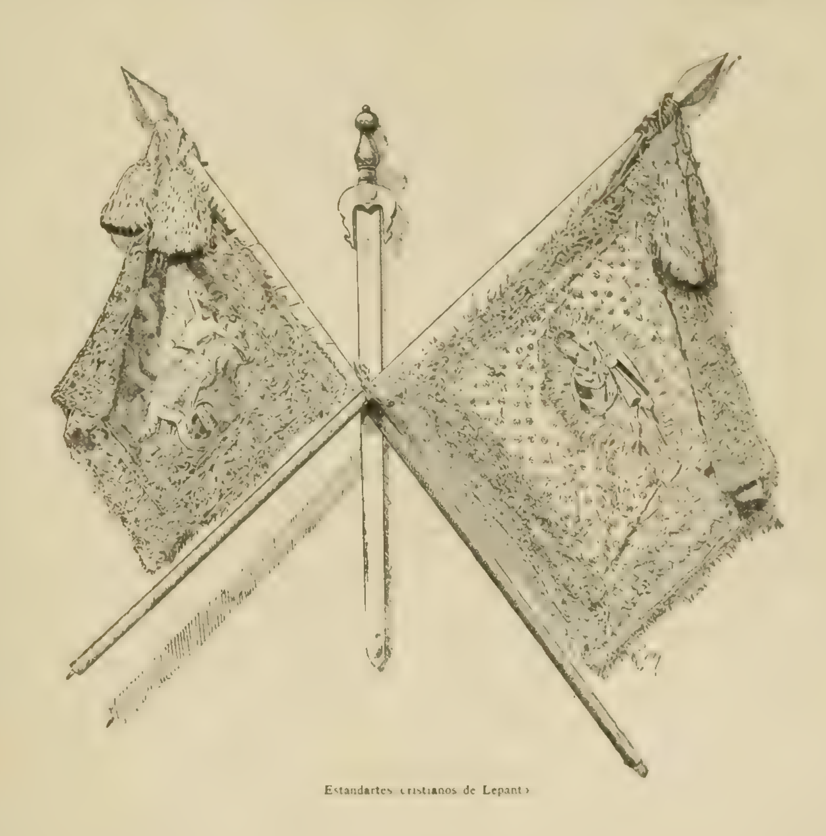
Hora es de que digamos algo acerca el personaje insigne que puso término á esta guerra. Era D. Juan de Austria hijo natural del Emperador, quien lo hubo de una dama de Ratisbona, en 1546. Educado en el mayor misterio por D. Luis de Quijada, bajo la inspección directa de Carlos, dió á conocer de muy niño gran despejo y excelentes prendas de corazón; cualidades que cautiva-



D. Garcia de Toledo

ron el ánimo de su anciano padre. Sin embargo, nunca le reveló éste el secreto de su origen, limitándose, cuando murió, á dejarlo eficazmente recomendado á D. Felipe, quien al regresar de Flandes, en 1559, ordenó que le presentaran á D. Juan; y como éste se prosternara á sus piés, levantólo el Rey, ciñóle la espada, le puso en el cuello el Toisón, y le dijo estas palabras: «*Buen ánimo, niño mío, que sois hijo de un nobilísimo varón. El emperador Carlos V, que en el cielo está, es mi padre y el vuestro.*» Tenía á la sazón D. Juan trece años, y era, por sus aficiones guerreras, por su destreza, su porte marcial y su carácter afable, vivo retrato de su padre. Así que, el Rey, cuando le vió ya hombre, aunque muy mozo, decidió utilizar estas aficiones al mejor servicio de la monarquía; á cuyo efecto le dió en 1568 el título de Capitán general de la mar, bien que nombrándole por teniente al experto comendador Requeséns, y por consejero al achacoso D. García de Toledo. Hizo entonces sus primeras armas contra los piratas turcos y berberiscos, adiestrándose

en parciales combates y adquiriendo práctica en la vida marinera. Después fué puesto á la cabeza del ejército destinado á combatir á los moriscos, y ya hemos visto la energía con que procedió, así como los humanos sentimientos que le adornaban. Estas dotes granjeáronle en la córte y en el pueblo no pocos admiradores, y cuando llegó la ocasión de acreditarlas en más glorioso teatro, demostró D. Juan ser digno del nombre que llevaba, nombre que inmortalizó en la gloriosa jornada de Lepanto. ¿Le amó sinceramente D. Felipe? Dificilísimo es averiguarlo, pues si bien reflejan gran afecto las palabras que en algunas ocasiones le dirigió, échase de ver en no pocos de sus actos cierto desapego, hijo quizás del carácter receloso del monarca. Turbó bastante su tranquilidad la idea de que aquél pudiera hacerle sombra, quizás la ambicion constante de D. Juan de



Estandartes cristianos de Lepanto

ceñir una corona, ó las pérfidas insinuaciones de su indigno ministro Antonio Pérez (1). Ello es que nunca quiso darle el título de *Alteza*, que con tan ardiente ansia deseaba el jóven; y su conducta fría y reservada con él, hace presumir que las escasas pruebas de afecto que le dió no fueron muy sinceras. Como quiera que sea, el insigne D. Juan manifestó en todas ocasiones que su ambición se reducía á merecer el cariño y la confianza de su hermano; y en el respeto con que siempre le trató y en la lealtad con que siempre se condujo, reveló el ilustre vencedor de Lepanto la nobleza de sus sentimientos y la grandeza de su alma.

Hemos dicho que sus primeras armas las hizo este príncipe contra corsarios turcos y berberiscos, amenaza constante de nuestros dominios en Africa y de todos los establecimientos fundados

(1) Altamente interesante es, por lo que respecta á este particular, un trabajo titulado *Don Juan de Austria y Antonio Perez*, escrito por D. Adolfo de Castro y publicado por la *Ilustracion Española y Americana*, pues arroja mucha luz sobre la relacion de D. Juan con la Córte y la conducta del soberano con D. Juan.

por los cristianos en Levante. Este era otro de los peligros que corrían los pueblos del mediodía, en particular España é Italia, obligando á perpetua vigilancia á nuestros soberanos; pues apoyados los piratas por los reyes de Africa y los señores de Constantinopla, paseaban sus naves por el Adriático y el Mediterráneo, caían sobre las poblaciones del litoral y hacían difícil el comercio con las colonias europeas de Asia y Africa. Para conjurarlo se necesitaba no sólo mantener una respetable armada, sino hacernos cada día más fuertes en nuestros dominios africanos, constantemente amenazados y no sin gran trabajo defendidos. Mas, por desgracia, Felipe II desatendió de un modo imperdonable la defensa de nuestra costa (1), y sus galeras que importaban al año tan enormes sumas, empleáronse tan solo en empresas tan ruidosas como estériles. A este número pertenece la expedición á Trípoli de 1559.

Funestas habían sido en verdad nuestras operaciones en tierra africana; y esto principalmente por la mala dirección y peor organización de los ejércitos: así vemos en 1588 al conde de Alcaudete lanzarse desde Orán á las provincias del interior, y luego, aislado de su base de operaciones, perder su ejército á causa del mortífero clima y los ataques incesantes de los ginetes africanos. Mas ni esta lección terrible ni las recibidas en el anterior reinado escarmentaron á los caudillos españoles. Suerte no menos funesta esperaba á la expedición efectuada contra Trípoli.

Esta expedición emprendida á instancias del virey de Sicilia, duque de Medinaceli, secundado por el gran maestre de Malta, se componía de hasta ciento cincuenta velas españolas, pontificias y maltesas, y 14000 soldados. Aprovechando la ocasión de hallarse Dragut, compañero y sucesor de Barbaroja, en el interior de África, debía caer sobre Trípoli y reconquistarla; plan más ó menos oportuno si con diligencia se hubiese llevado á efecto, pero que no pudo ser más imprudentemente realizado. La primera contrariedad experimentóla el Duque á poco de haber zarpado de Mesina, pues se declaró en los bastimentos una enfermedad epidémica y el ejército quedó reducido á 11000 soldados. Resolvieron entonces los capitanes, no realizar la empresa de Trípoli sin acometer antes á los Gelves, lugar de funesta recordación para castellanos y aragoneses, pero cuyo dominio, sobre ser costoso, no era posible sostener. La victoria coronó el arribo de los españoles á la isla; en cambio, el azote de la peste que diezmaba el ejército, y los desatados temporales que impedían todo movimiento á la escuadra, quebrantaron en breve su fuerza é impidieron efectuar movimiento alguno de importancia. A todo esto presentóse la armada otomana, mandada por el famoso renegado Pialí; el terror paralizó á los soldados cristianos, los caudillos no pudieron hacer uso de las galeras á consecuencia del espantoso vendabal reinante, y después de un encarnizado combate, sostenido en mar y en tierra, quedó casi todo el ejército destrozado, y diez y nueve galeras apresadas. Pocos fueron los que después de esta derrota lograron refugiarse en la fortaleza de Bembo, y entre ellos el Virey y Juan Andrés Doria; todos los demás quedaron muertos ó prisioneros.

Después de tan terrible derrota, la historia registra el obstinado sitio de esta fortaleza, en que el valerosísimo capitán D. Alvaro de Sande resistió durante algún tiempo los estragos del fuego y hambre, é hizo prodigios de heroismo; empero, también hubo de rendirse este baluarte, quedando prisioneros sus ya escasos defensores; y así terminó esta empresa militar, de la que tanto se prometieron sus organizadores, pero en la que se echa de ver una mala dirección y un escaso conocimiento de los recursos del enemigo.

Dos años después, éste ya no se limitaba á disputarnos el suelo africano: atrevíase á cercar nuestras más importantes plazas en aquella región. El terrible Dragut, conocedor del triste estado á que se hallaban reducidas nuestras fuerzas marítimas, ponía cerco á Orán y á Mazalquivir, y excitando el fanatismo de los africanos levantaba un formidable ejército, con el que amenazaba arruinar nuestra dominación, cada día más decadente en dicho país. Más empeñado que el de Orán, el sitio de Mazalquivir fué, por lo mismo, más glorioso, pues su escasa guarnición, dirigida por el ínclito D. Martín de Córdoba, hubo de resistir repetidos é impetuosos asaltos, un prolongado bombardeo y, por último, las torturas del hambre. El heroismo español se hubiera acreditado una

(1) Puede leerse la petición que le dirigieron las Cortes de Toledo de 1559, en queja de este abandono.

vez más, pereciendo aquellos bravos, como lo habian jurado, entre las ruinas de la plaza; pero, aunque muy tardio, llegó el socorro en una respetable armada que, saliendo del puerto de Cartagena, diose á la vela para Mazalquivir y obligo a huir á la de Dragut, asi como a que levantaran el sitio los moros africanos. A esto se limitaron por entonces nuestros esfuerzos durante aquel año; al siguiente D. García de Toledo se hizo dueño del Peñón de la Gomera, mientras D. Alvaro de Bazán daba en Tetuán una terrible lección á los piratas allí residentes.

Sin embargo, estas parciales victorias no bastaban a asegurar nuestros dominios en la costa de Africa, ni á conjurar el terrible peligro que amenazaba á la Europa cristiana. El poderoso Solimán II se consideró humillado por la pérdida del Peñón, y en su deseo de vengarse de los caballeros de Malta, que tan eficazmente ayudaron á Felipe II en todas sus empresas marítimas, apercibióse á descargar el peso de las armas sobre la isla donde aquéllos tenian su asiento. Malta era, por su excelente posición, un puesto avanzado de la Europa cristiana en aquellos mares, y una salvaguardia de nuestras posesiones de Italia y Africa: su defensa interesaba, por lo mismo, al monarca español, pero los vinculos de gratitud que le ligaban á los caballeros obligábanle sobre manera á contribuir á ella. Ordenó, pues, que el virey de Sicilia, D. García de Toledo, y el gran maestre de la orden, Lavalette, se pusieran de acuerdo, y mandó algunas tropas en auxilio de la isla.

No tardó en presentarse en las aguas de Malta la armada turca, fuerte de 200 velas y 45,000 soldados escogidos, que en persona mandaban el renegado Pialí, el veterano Mustafá, el terrible Dragut, y otros caudillos célebres. Sus primeras operaciones fueron asolar la campiña, luego establecer el tren de batir y atacar el fuerte de San Telmo, que fué defendido con verdadero heroismo, pues arrasados los muros á nivel del suelo, opusieron los caballeros sus pechos al hierro enemigo, realizando esos prodigios de valor que nos trasladan á los tiempos heróicos. Esto no impidió que fuera tomado, mas pereció en el ataque el terrible Dragut, y fué tal la resistencia, que Mustafá exclamó, señalando al castillo de Santángel: *¡Qué no hará el padre, si el hijo, que es tan pequeño, nos ha costado tan caro!* Y en efecto, intimada la rendición al gran maestre, llevó Lavalette junto al foso el enviado, y le dijo estas admirables palabras: ***Este es el único espacio que podemos ceder á vuestro general y es bastante para servir de sepultura á él y á su ejército.***

Prosiguió en su consecuencia el sitio; repitiéronse los ataques, en uno de los que murió un hijo del virey de Sicilia; realizáronse actos de gran valor por una y otra parte, y fué tal el horrible estrépito producido por el cañoneo, que se oía á la distancia de cien millas, á manera del eco pavoroso de la tempestad; mas de Sicilia sólo llegaban escasos y tardíos socorros, el virey contestaba con promesas á las demandas de Lavalette y todo hacía presumir que la resistencia de la ciudad no sería larga; la muerte y la falta de fuerzas iban en breve á concluir con los valientes defensores de Malta. Si el socorro que á fines de Agosto, es decir, después de transcurridos cuatro meses de sitio, dispuso el virey de Sicilia, llega á experimentar insignificante retardo, con seguridad hubieran encontrado ya nuestros soldados á los turcos en posesión de un montón de ruinas. Mas por fortuna el ejército español pudo llegar oportunamente á la isla y desembarcar al Oeste de la misma sin ser visto, marchando sin pérdida de tiempo en socorro de la ciudad. Desde aquel instante, Mustafá, á quien sorprendió grandemente su aparición, y que ignoraba el número de los refuerzos, ordenó se levantara el cerco y reembarcó sus tropas; empero, conociendo luego su ligereza, las desembarcó de nuevo y dirigióse contra el ejército libertador que, mandado por el experto don Alvaro de Sande, aguardaba en posiciones bien escogidas. Fueron inútiles sus esfuerzos, y después de una nueva matanza, retiráronse los turcos á los buques, dándose á la vela para el Bósforo.

Esta heróica defensa de los caballeros de Malta, libertados por las tropas de España, constituye también un episodio de nuestra historia. Achácase de equívoca la conducta del virey de Sicilia respecto á los socorros, y es imposible negar que anduvo algo remiso en procurarlos; mas, si no obedeció esto á particulares instrucciones de su Rey, tal vez pueda atribuirse á la idea de no arriesgar sus fuerzas contra un enemigo poderoso, que, de conseguir sobre él un triunfo, caía segui-

damente sobre la Sicilia. Como quiera que sea, allí perdió D. García un hijo, y aunque tardíamente, pudo salvar el honor de la palabra que empeñó con el gran maestre Lavalette y dar un dia de gloria á las armas españolas. Tuvo lugar el célebre sitio de Malta en 1565.

III

A Solimán *el Magnífico*, que falleció el mismo año en que fué Malta libertada, sucedió en el trono de Constantinopla Selim II, príncipe activo y belicoso, que intentaba extender más y más sus dominios, utilizando á este efecto los grandes elementos que su padre le legara. Disponía de un poderoso ejército y una flota más poderosa aun; dueño del Egipto y de los países más fértiles de Asia y Europa, consideraba fácil hacer suyo el Mediterráneo y dictar la ley á los príncipes cristianos; y esta era la terrible amenaza que pesaba á la sazón sobre los pueblos europeos, el grave peligro que se dibujaba en los horizontes en aquella época. En los primeros años del siglo XVI el poderío otomano dióse ya á conocer cuando avanzaron los ejércitos del Gran Señor hasta los muros de Viena, después de devastar la Hungría; más tarde, haciéndose dueño de muchas islas del Archipiélago, invadiendo el Africa y atacando á Malta, puso de manifiesto sus planes de conquista y los grandes recursos de que disponía. Selim, empero, acechaba una ocasión para empeñarse en lucha seria con uno de los Estados europeos, precisamente con el que hacía mayor comercio en las costas de Levante. Y eligió para ello un momento en que la *cristiandad* andaba algo revuelta, pues los Estados poderosos, luchando constantemente entre sí, tenían que atender á los disturbios interiores promovidos por las guerras de religión, y los Estados italianos, siempre en pugna, eran sobrado débiles para resistirle, y aun sobrado ambiciosos para unirse y hacerle frente. Tan sólo al rey de España podía inspirarle, y no sin fundamento, serio cuidado.



Medalla conmemorativa de la entrega del estandarte de la Liga

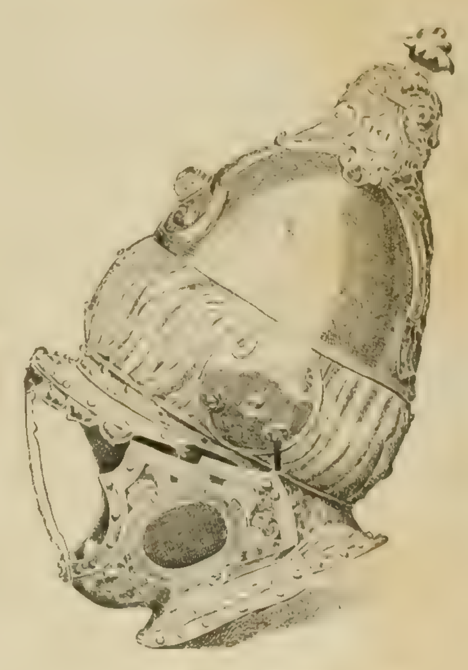
Un desastre sufrido por Venecia, á consecuencia de haber volado su arsenal, desastre á que se dió desusada magnitud, le indujo á poner en práctica su pensamiento: exigió de la República la cesión de la isla de Chipre, y como aquélla se negara, la declaró la guerra. En tan críticas circunstancias, faltos los venecianos de los recursos indispensables, hubieron de acudir en demanda de auxilio á los príncipes cristianos; mas todos ellos tenían sobra de apuros en su casa para acudir á la del vecino, mucho más cuando no afectaba aparentemente á sus intereses el peligro que corrían los mercaderes postulantes. Tan sólo el Papa, cuyos Estados con frecuencia amenazaba el turco, se presentó propicio, y aun se brindó á auxiliar á Venecia con 12 galeras: hizo más todavía; se interesó con todos los reyes y consiguió atraer á esta empresa algunos príncipes, y en primer lugar al rey de España. Formóse, en su consecuencia, una liga para hacer frente á los turcos; mas eran tan estrechas las miras de Venecia, que, con ser la más necesitada, ya comenzaba á poner condiciones, exigiendo que la empresa se redujera á salvar la isla de Chipre, arrogándose el derecho de nombrar los jefes de las fuerzas coaligadas, y poniendo demás por condición que fuese la liga sólo temporal. No opinaban así el rey de España ni el pontífice, sobre todo el primero, que era quien mayores elementos aportaba; y por lo mismo, costó no pocas discusiones el venir á un acuerdo. Bien es cierto que las circunstancias apremiaban á la Señoría, pues los turcos amenazaban seriamente á Chipre, y la escuadra veneciana, que navegaba por las costas de Morea, no se hallaba en disposición de impedir sus ataques.



ARMADURA DE DON ÁLVARO BAZÁN

Pactóse, pues, la Liga en 1570, sobre las siguientes bases: Alianza perpetua para guerrear con los infieles, fuesen turcos, argelinos ó tunecinos; nombramiento de general en jefe á favor de D. Juan de Austria; subvención de los gastos dividida en seis partes, de las que corresponderían: tres al rey de España, dos á Venecia, una al Papa y á los Estados de Saboya, Génova y Lucca. El Pontífice debía zanjar cualquier diferencia que mediare entre los confederados: ninguno de estos podía, de por sí, entrar en tratos con el enemigo (1).

No obstante haberse pactado esta liga á mediados de 1570, hasta Mayo de 1571 no se ratificó; mas como urgiera acudir en socorro de Nicosia, capital de Chipre, sitiada por los turcos, acordaron España y Roma reforzar con sus flotas la armada veneciana, para arrojar á los enemigos de la isla. Justo es, empero, reconocer que obraron ambas con suma lentitud. Las armadas de España y Roma se reunieron el 31 de Agosto á la de Venecia en el puerto de la Suda. Mandábanlas respectivamente Juan Andrea Doria, almirante español de Sicilia; Marco Antonio Colonna, general del Papa, y Jerónimo Zanne, procurador de San Márcos; y se componían de 148 bajeles venecianos, con 8,000 soldados; 45 españoles, con 5,000 combatientes, y 12 pontificios con 4,000, sin contar los bastimentos de transporte y gente aventurera. Reunidos los generales en consejo, discutieron el punto á donde convendría dirigirse, opinando unos por acometer alguna de las posesiones otomanas y atraer las fuerzas turcas que sitiaban á Nicosia; otros por socorrer á esta plaza; más como determinara el almirante Doria hacerse cargo del estado de la armada confederada, vió con gran sorpresa que las naves de Venecia, ni por su aparejo ni por su gente se hallaban á la altura de las restantes. En remediar este defecto perdióse entonces un tiempo precioso; porque los turcos, que tenían estrechamente cercada á Nicosia, la entraron por asalto, degollando á todos sus defensores.



[illegible]

Recibieron los confederados esta triste noticia en Puerto Vati, y, con tal motivo, convocó Doria los jefes á consejo; mas si opuestos pareceres se emitieron en Suda, manifestáronse ahora opiniones más contradictorias; y, lo que es todavía peor, el orgullo y el odio abrieron ancho abismo entre los caudillos. A punto estuvieron de venir á las manos Doria y Colonna, próximos á herirse aquellos á quienes cobijaba una misma bandera. El resultado de estas excisiones, fué la separación de los coaligados, que tuvo lugar á fines de Setiembre, y como á consecuencia la rendición de muchas poblaciones de la isla de Chipre y el sitio de Famagusta, fuerte ciudad de la misma.

Grandemente disgustó al Pontífice y al Senado veneciano lo sucedido: al primero porque consideraba con razón un gran peligro para la cristiandad, sobre todo para Italia, el poderío del turco; al segundo porque era su situación apuradísima; tanto, que llegó á solicitar secretamente la

(1) En el Tomo III de la *Colección de Documentos inéditos*, publicados por Navarrete, Baranda y Salvá, hallará el lector [illegible] de estas capitulaciones. Entre otras cosas, se consigna en ellas que las fuerzas de los coligados deberían [illegible] infantes españoles, italianos y tudescos, [illegible] caballos ligeros y la correspondiente artillería y provisiones. [illegible] los productos que en más abundancia recogiera. La administración de la guerra se [illegible] consejo de los tres generales, [illegible] dándose por bueno lo que aprobaran dos. En ausencia del generalísimo D. Juan de Austria, [illegible] las escuadras el general del Papa. La armada y ejército de la Liga deberían hallarse dispuestos cada [illegible] Abril.

paz del Sultan. Mas las excitaciones del Papa por una parte, y sobre todo la negativa de Selim por otra, indujeron á Venecia á continuar fiel á la liga, cuyas capitulaciones juraron en Roma todos los contratantes en 25 Mayo 1571. La atribulada república procuróse recursos apelando á los medios más extremos, y cuando tuvo organizada una mediana escuadra, nombró por almirante al proveedor Sebastian Veniero y como lugarteniente á Agustin Barbarigo. Ambos gozaban de gran reputación, aunque desdoraba las cualidades del primero su carácter altivo é irascible.

El sultán Selim, en tanto, organizaba en Constantinopla una nueva escuadra, cuyo mando dió á Alí-Bajá; y en ella embarcaba escogidas tropas destinadas á Chipre. En esta isla se reunió el grueso de las flotas otomanas, sumando un total de doscientos cincuenta velas; y por su número, así como por los nombres de los caudillos que en ellas figuraban, fácil era presumir la triste suerte que estaba reservada á Famagusta. La misma Venecia llegó á verse amenazada; pues el atrevido Uluch Alí, bey de Argel, penetró en las aguas de su golfo y, por un momento, sembró la consternación en la ciudad de las lagunas. Pero el osado argelino temió ser encerrado en dicho golfo; y satisfecho con haber infundido el terror en Venecia, fué á reunirse de nuevo con Alí-Bajá. Famagusta capituló el 2 de Agosto de 1571, después de haber resistido seis asaltos en dos meses, pereciendo ante sus muros cincuenta mil enemigos; y con la toma de esta plaza quedaron los turcos dueños de la isla de Chipre. Así pagó Venecia el descuido en que siempre tuvo aquella hermosa y codiciada posesión de Levante.

No había tenido aún lugar la rendición de Famagusta, cuando D. Juan de Austria, nombrado generalísimo de la Liga, se embarcó para Italia con objeto de tomar el mando de la flota confederada (25 Junio). Dirigióse primero á Génova y de allí á Nápoles, donde recibió con gran solemnidad el estandarte de la Liga; luego marchó á Mesina, punto de reunión de todas las fuerzas coaligadas. Aguardábanle en este puerto Colonna y Veneiro, y en breves días se le agregaron las galeras de Doria y del Marqués de Santa Cruz, las de Saboya y Génova y otros bastimentos, sumando en junto todos los bajeles la cifra de 300, con 80,000 hombres y buena artillería. De estos bajeles, 164, los mejores y más bien equipados eran los de España; seguían 12 galeras y 6 fragatas del Papa, y algunas más de los Estados italianos, y por último 134 naves venecianas, entre ellas 6 galeazas (1) que montaban cada una 40 cañones, «embarcaciones de nueva invención, dice un distinguido marino, que iban á probar sus condiciones para la guerra.» Sin embargo, eran en general las de la señoría veneciana tan flacas, y se hallaban tan mal pertrechadas y guarnecidas, que tuvieron que colocarse en ellas 17 compañías españolas.

En esta escuadra se embarcaron los tercios españoles, formando un total de 8,160 hombres; las coronelías y compañías sueltas de italianos al servicio de España, que sumaban 5,202 soldados; las coronelías alemanas, también á nuestro servicio, que ascendían á 4,897 hombres. Hay que incluir entre la gente de guerra unos 1,800 personajes de la nobleza, que con su respectivo séquito acompañaron á D. Juan, arrojando por consiguiente el total de las tropas que dió España unos 20,200 soldados (2).

(1) Las galeazas, segun un escritor coetaneo eran «bajeles de la misma hechura que las galeras, pero muy mayores, y traen las popas y proas como castillejos y en ellas mas de cuarenta piezas de artilleria.»

(2) El Sr. D. Cayetano Rosell, en su *Historia del combate naval de Lepanto*, da la sigiente relacion de las tropas embarcadas en esta flota, así como de los nobles que tomaron parte en la empresa

«Pasaban de trescientas las embarcaciones de toda especie, y de ochenta mil las personas que debian ocuparlas en este ó aquel concepto. Contemplábase, en primer lugar, la armada del Rey Catolico, de noventa galeras, veinticuatro naves y cincuenta fragatas y bergantines, las mejores que en tiempo alguno se habian visto, equipadas de cuanto los menesteres y el regalo de la vida, y la defensa ó el arte de la guerra necesitaban. Seguian luego las doce galeras y seis fragatas del Papa, puestas asimismo muy en orden; y por ultimo ciento seis galeras de venecianos, juntamente con seis galeazas, dos naves de nueve mil salmas de porte, y veinte fragatas, pero en muy mal estado, no solo de gente de pelea, sino de marineros, con poca disciplina y miserablemente aparejadas. Para los intentos que se ofrecieran, en que se aventuraba nada menos que la vida y la reputacion, pensó D. Juan que debia repararse aquel descuido; y así mandó á Veniero reforzar sus galeras con cierto numero de italianos y españoles, á lo cual, aunque se mostró el general de Venecia opuesto al principio, hubo de acceder al fin por conveniencia general y propia, y admitió entre los suyos mil quinientos españoles y dos mil quinientos italianos.

»Hízose despues la reseña y distribucion de todas las fuerzas, y comenzándose por la infanteria española, se halló compuesta de más de ocho mil hombres, que, sacados los que habían de embarcarse en los bajeles de la Republica, se repartieron en esta forma en las galeras de España habian de ir ocho compañías de las catorce que formaban el tercio de Granada del maestre de campo Lope de Figueroa,

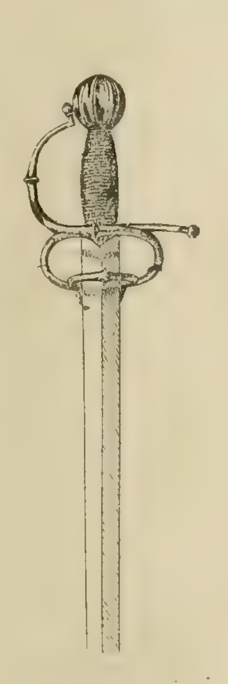
La escuadra de la Liga partió de Mesina el 16 de Setiembre de 1571 y se dirigió á Corfú, donde se le agregaron algunos bastimentos. Desde allí zarpó para Corón, rada del antiguo Epiro, y fondeó en la Gomeniza. Reinaba alguna divergencia entre los capitanes; que siempre los venecianos se mostraron resentidos de no ocupar el primer lugar, siendo así que precisamente eran los que montaban peores buques. Mas no era este el único peligro que amenazó malograr prematuramente la empresa, si no el mas grave que, de diferirse la batalla, la formidable flota se deshiciera; pues el invierno se venía encima y aquellas fuerzas reunidas, después de tantas dilaciones, disgregaríanse sin haber efectuado nada de provecho. Así, pues, fué gran fortuna para su generalísimo el tener noticia de que la escuadra turca se hallaba anclada en Lepanto, bien que se ignorase el número de sus bastimentos. Reunió D. Juan los jefes á consejo y hubo disparidad de opiniones,

que fué hecho prisionero en la rota de los Gelves, y después militó con gloria en las guerras de Flándes bajo el mando del Duque de Alba. Las seis restantes habian de ocupar cinco galeras de las de Nápoles. En otras ocho de este tercio habrian de embarcarse en Tarento seis compañías del tercio de Nápoles, á cargo de D. Pedro de Padilla, comendador de Santiago, y en Mesina cuatro mas del mismo tercio destinadas á otras cuatro galeras de las dichas de Nápoles. Restaban cinco galeras, en que entraron cuatro compañías del tercio de D. Miguel de Moncada, caballero valenciano del hábito de Santiago, muy estimado y conocido por sus altas prendas. A las galeras de Sicilia pasaron nueve compañías del tercio de este reino, cuyo maestre de campo era D. Diego Enriquez, hermano de D. Enrique Enriquez, y últimamente, en las de Juan Andrea Doria iban dos, que de ordinario solian andar con ellas por cuenta de Lombardía, y otras dos que correspondian al mencionado tercio de D. Miguel de Moncada. Los italianos, que con los dos mil quinientos metidos en las galeras de la República pasaban de cinco mil hombres, iban repartidos de esta suerte: cinco compañías de la coronelía de Paulo Sforza en la patrona de Génova, en las de Saboya, en una de los Lomelines, y en las de Juan Andrea, pues las otras cinco compañías del mismo Sforza estaban con los venecianos. De las diez compañías de la coronelía de Vicencio Tutavila, conde de Sarno, seis se hallaban en las galeras de Venecia, y las cuatro restantes en la de Vendinelo Sauli y en las de Nápoles; de las diez que tenia asimismo la coronelía de Segismundo Gonzaga, llevaban seis las galeras de la República, y las otras cuatro iban en dos de Jorge Grimaldi y en dos de los Lomelines; de las cuatro compañías italianas que andaban siempre con las galeras de Sicilia, tres iban en dos de Nápoles y en una de Sicilia, y la cuarta en una nave con D. César Dávalos, capitan general de todas las de su armada; en otras cuatro de Nápoles se embarcaron igual número de compañías mandadas por el caballero napolitano Tiberio Brancacio. Finalmente, se juntaban cerca de seis mil alemanes, bien que mil de ellos quedaban enfermos en Mesina, cuyos coroneles eran los condes Alberico de Londron y Vinciguerra de Arco; dividiéronse estas fuerzas entre las galeras de Juan Ambrosio Negron, Juan Andrea, Mari y las naves de la armada. Iban, pues, á sueldo del rey de España mas de diez y nueve mil hombres, que con dos mil del Papa, mandados por Honorato Gaetano, cinco mil de la República y los aventureros, componian un total de veintinueve mil combatientes.

Empeño interminable seria el mencionar cuantos príncipes, caballeros y personas distinguidas salian del muelle para dirigirse cada cual á la embarcacion que de antemano le estaba designada, todos bizarros y airosos, ostentando galas y joyas, insignias y armas resplandecientes. Allí, los dos Cardonas, D. Juan y D. Enrique, con D. Juan Osorio, el maestre de campo D. Diego Enriquez y algunos caballeros sicilianos, que habian de acompañarlos. Con Juan Andrea Doria, se veian Octavio Gonzaga, príncipe de Molfeta, capitan de envidiable reputacion, Vicencio Vitelo, yerno de Chapin Vitelo, y D. Juan Vicencio Carrafa, prior de Hungría. Héctor Espínola, caballero de Santiago, llevaba en su capitana de Génova al ya entonces nombrado Alejandro Farnesio, príncipe de Parma, y á Julio Rangon, con mas de cincuenta soldados armados por el Príncipe, y hasta cuarenta caballeros, gentiles-hombres y señores titulados. El conde de Santa Flor, que acaudillaba á los italianos, iba en la *Patrona* de Génova, Gabrio Cerbellon, general de la artillería, sobrino del conde de Marignan, en la *Doncella* de Doria, Ascanio de la Corna, maestre de campo general de la Liga, en la de Vendinelo Sauli, y en la capitana de Lomelin, Paulo Jordan Ursino, cuñado del Duque de Florencia, con Troilo Sabelo y otros muchos caballeros y capitanes. A D. Francisco de Ibarra acompañaban su hijo D. Diego, ambos del hábito de Santiago, D. César Gatinara, D. Juan de Zurizo, el comendador Diego Maldonado y el capitan Diego Ortiz de Uriza. Seguian al ilustre D. Alvaro Bazan, marqués de Santa Cruz, general de las galeras de Nápoles, D. Pedro de Padilla, comendador de Santiago, D. Pedro Velazquez, del mismo hábito y escribano mayor de racionales del reino de Nápoles, D. Manuel de Benavides, primogénito del señor de Javalquinto, D. Gutierre Laso, D. Agustin Mejía, hermano del Marqués de la Guardia, D. Felipe de Leiva, hijo de la princesa de Ascoli, Pompeyo de Lanoy, hermano del príncipe de Sulmona, D. Juan de Guzman, hermano del conde de Olivares, y D. Francisco Tello, de la Orden de Santiago, hijo de D. Juan Gutierrez Tello, alférez mayor de Sevilla. En compañía de D. Alonso de Bazan, hermano del Marqués, navegaba Monserrate Guardiola, que tenia el mando de su capitana, y D. Francisco Mejía, hermano de D. Agustin y del hábito de Santiago, en la Patrona de Nápoles, su capitan D. Francisco de Benavides; en otra, D. Bernardino de Velasco, caballero del hábito de Santiago, con D. Martin de Padilla, D. Diego Lopez de Mendoza, del hábito de San Juan, hermano del duque del Infantado, y en la *Famosa* de Nápoles un hijo del virey de Mallorca. En la capitana de España acompañaban á D. Alejandro de Torrellas muchos caballeros catalanes con D. Guillen de San Clemente, sobrino del comendador mayor, D. Gonzalo de Córdoba, D. Juan Mejía, D. Enrique Enriquez, D. Juan de Velasco, hermano del conde de Nieva, y D. Fernando de Saavedra, primo y hermano del conde de Castellar. El conde de Sorrino y algunos otros caballeros ocupaban la *Ocasion*, y la Patrona de España su capitan Luis de Acosta, con D. Gonzalo de Saavedra y los caballeros de la Boca. Finalmente, en la *Real*, además de los gentiles-hombres de la cámara y de cien soldados de la guardia españoles y tudescos, seguía al Generalísimo numerosa y lucida comitiva, el comendador mayor de Castilla D. Luis de Zúñiga y Requesens, su lugarteniente, D. Fernando Carrillo, conde de Priego, D. Luis de Córdoba, comendador de Santiago, D. Bernardino de Cárdenas, marqués de Tetela, D. Luis Carrillo, Juan Vazquez de Coronado, capitan de la Real, Pedro Francisco Doria, D. Lope de Figueroa, D. Miguel de Moncada, el castellano de Palermo, [illegible], D. Pedro Zapata, D. Rodrigo de Benavides, del hábito de Santiago, hermano del conde de San Estéban, y el secretario Juan de Soto.

»Las galeras pontificias llevaban asimismo, con su general Marco Antonio Colonna, caballero del Toison, gran condestable de Nápoles, á Pompeyo Colonna, á Romagaz, veterano conocedor de armadas y combates navales, á Miguel Bonelli, sobrino del Pontífice, y otros nobles y caballeros de Italia. En las de Malta, acaudilladas [illegible] su general Pedro Justiniano, [illegible] de Saboya, Monsieur de Leiní, á quien acompañaba Francisco María Montefeltro, príncipe de Urbino, [illegible] dos. Las embarcaciones de la República iban llenas de nobles, caballeros y de gentiles de San Marcos, [illegible] los proveedores Barbarigo y Antonio Canale, y Francisco Dando, capitan de las galeazas.

calificando los generales venecianos de temeridad el atacar al enemigo: empero prevaleció la opinión del caudillo, que fué ir en busca del turco. Y tomada esta resolución, el 3 de Octubre, dispuesta la flota para el combate, dióse á la mar en el siguiente orden: la armada dividida en tres grandes cuerpos; cuerno derecho, batalla y cuerno izquierdo, el primero formado por 54 galeras, á las que debían agregarse tres de vanguardia, regido por Juan Andrés Doria: marchaba esta ala algo atrás de la batalla, á distancia de unas siete millas: cuerno siniestro, compuesto de 53 galeras mandadas por el veneciano Barbarigo: batalla, dividida en dos cuerpos, uno mandado por el príncipe de Parma, otro por Paulo Jordán Ursino: esta escuadra se componia de 64 galeras, que llevaban en los calces azules gallardetes. A vanguardia iba D. Juan de Cardona con 8 galeras. A retaguardia la escuadra de socorro: 30 galeras, al mando del marqués de Santa Cruz, cuyas galeras debian navegar una milla detras de la armada para recoger los bastimentos que se rezagasen.



Espada española del siglo XVI

En este orden llegó aquel mismo día á Puerto-Blanco, de donde zarpó de nuevo, navegando durante la noche del 4 al 5, y fondeando en la madrugada de este día en el canal de Cefalonia, donde recibió la triste nueva de haberse rendido Famagusta. Los buques exploradores dieron el aviso de que los turcos continuaban en Lepanto, y en su consecuencia Don Juan mandó que la armada dirigiera su rumbo hacia el golfo de aquel nombre, distinguiendo las serviolas á las nueve de la mañana del 7 de Octubre las primeras velas de la armada turca, que á su vez avanzaba también dispuesta á librar batalla.

En aquel instante parece ser que aun hubo en la armada cristiana quienes se manifestaron contrarios á entablarla, y entre ellos Doria y Veniero; mas D. Juan les dijo, lleno de entereza: *Señores, ya no es hora de aconsejar, sino de combatir.* Acto seguido reformó su orden de batalla, distribuyendo sus buques en tres divisiones: la derecha al mando de Juan Andrés Doria, la izquierda al del veneciano Barbarigo, el centro ocupado por él, sosteniéndolo los generales Colonna y Veniero, y la retaguardia regida por el marqués de Santa Cruz. «Y porque, según el apuntamiento y órden que se habia tomado para pelear, las seis galeazas de venecianos se habían de poner delante de las escuadras de la batalla del cuerno derecho y del siniestro, dos galeazas por cada escuadra, de forma que con la furia de la mucha artillería que tienen, pudiesen romper el órden de las galeras de los enemigos; fué el Sr. D. Juan mismo á hacer venir las dos galeazas que tocaban á su escuadra, y se pusiesen en su lugar (1)». La línea de batalla tenía una extensión de tres millas, y en ella se distribuyeron dos á dos en los tres cuerpos ó escuadras las citadas galeazas, verdaderos castillos flotantes que eran remolcados por galeras. Ofrecían éstas la particularidad de carecer de espolones, pues D. Juan los mandó quitar para que la artillería pudiera tirar más bajo.

Los turcos venían con su escuadra dividida también en tres cuerpos y dispuesta en forma de media luna; rigiendo la derecha Mahomed Siroco, virey de Egipto, la izquierda el famoso argelino Uluch-Alí y mandando el centro Alí-Bajá. Cuando estuvieron más próximos á la línea de los cristianos, notaron éstos que eran las fuerzas del enemigo muy superiores á las que en un principio

(1) *Relación de lo que hizo la Armada de la liga cristiana desde el 30 de Setiembre de 1571 años hasta el 10 de Octubre, después de la victoria que hubo á los siete de este de la armada del turco.* Copiada por el Sr. Brigadier D. Jose Aparici y García del Archivo de Simancas (*Seccion de Estado. Legajo núm. 1134. Año 1571*) e inserta en la Colección de documentos ineditos relativos a Lepanto, publicada en el Tomo II del *Memorial de Ingenieros*. Refiriendose a esta coleccion hace notar el Sr. Rosell que el ilustre investigador tomó por orden de navegacion del año 1571 la que rigio y mandó observar D. Juan en la expedicion del siguiente año. Notase desde luego la contradicción confrontando el citado documento y la relacion de la batalla que inserta a las pocas paginas.

Para la descripción de esta celebre batalla nos hemos atenido, ante todo, á la serie de documentos reunida por el Sr. Brigadier Aparici y á los que figuran en el Tomo III de la *Colección de documentos ineditos* publicados por Navarrete, Baranda y Salva. Hemos consultado además la preciosa *Historia del combate naval de Lepanto*, por D. Cayetano Rosell, la *Historia de Felipe II*, por D. Luis Cabrera de Córdoba, en cuyo libro IX, capitulo 25, hay abundancia de notables datos, y por último las generales de España, e Italia.



D. Juan de Austria

creyeron; y en efecto, pasaban de ciento cincuenta las galeras grandes, sin contar algunas medianas y sesenta galeazas, llevando en ellas un contingente de 120,000 hombres. Así mismo sufrieron un error los enemigos respecto de las fuerzas confederadas, pues como ocultara parte de ellas una lengua de tierra, movióles la inferioridad de los cristianos á continuar el avance. Bien es cierto que también antes se opusieron á la batalla algunos capitanes de su flota, pero empeñado Alí en conseguir la

victoria no vaciló en arriesgarse á este trance, aunque persuadido luego de la gravedad de las circunstancias, dijo á los suyos estas palabras: *El que hoy ganare la victoria, será Señor del mundo.* Dió en seguida las órdenes para el combate, y dirigiéndose á los cautivos cristianos que remaban en sus galeras les dijo: *Si hoy es vuestro día, Dios os lo dé; pero estad ciertos que si gano la jornada, os daré la libertad: por lo tanto haced lo que debéis á las obras que de mí habéis recibido.*

Dispararon los turcos un cañonazo en señal de desafío y contestó en igual forma la escuadra cristiana, apercibiéndose toda la gente á la pelea. El Príncipe se metió en un esquife y recorrió la línea, exhortando á los soldados y saludando á los jefes; mandó tocar las trompetas, colocar en lo alto las imágenes de Cristo, y toda la gente se prosternó dirigiendo al cielo sus plegarias ¡momento sublime aquel, en que próximos á perder su existencia imploraban miles de hombres las misericordias de lo alto! El sol del medio día iluminaba esta grandiosa escena, hería con sus rayos las brillantes armaduras y los bélicos arreos, despedía centellas de luz sobre las olas y bañaba amoroso la no distante costa, mudo testigo de batallas memorables. Aquietado el mar, ofrecía el aspecto de un tranquilo lago, tanto que las galeras turcas tuvieron que amainar velas y avanzar al remo; mas luego sopló el viento favorable á las nuestras, y esto fué parte á facilitar sus movimientos, dándoles, como es consiguiente, no poca ventaja.



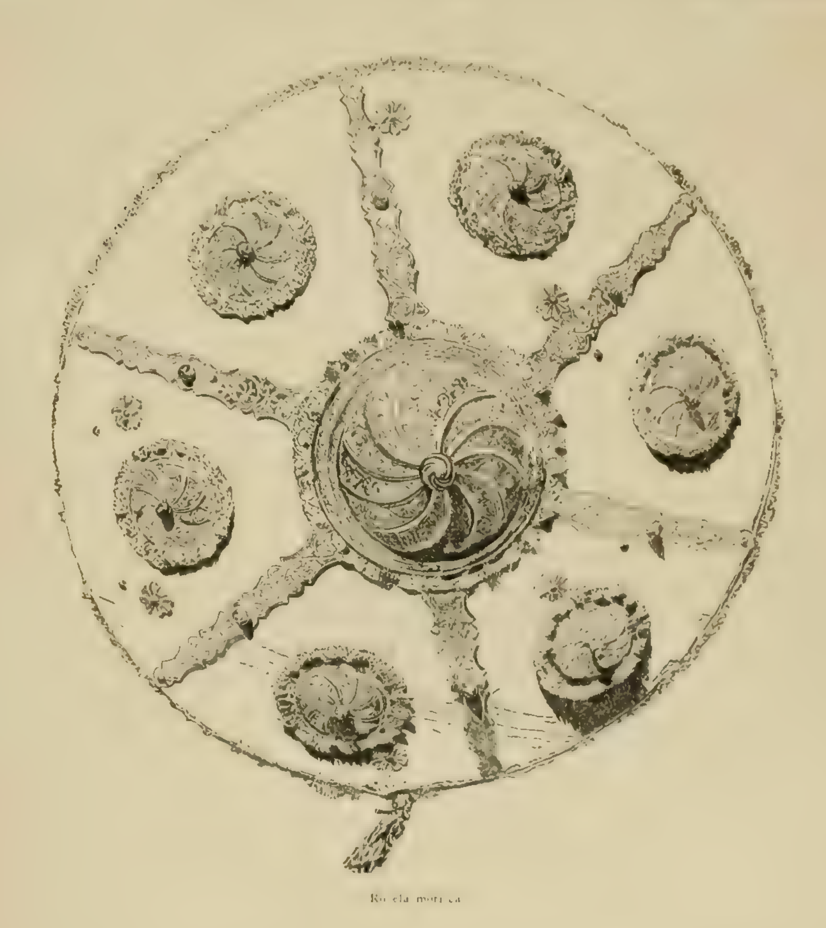
Medalla conmemorativa de la batalla de Lepanto

Medio día era ya cuando las dos armadas llegaron una de otra á tiro de cañón. La turca, dada la señal de embestir, avanzó á fuerza de remo contra la cristiana y descargó su artillería; pero recibió fuerte rociada de las formidables galeazas venecianas, lo que descompuso su orden de batalla, obligando á los remeros á forzar la boga. A causa también de esto, se anticipó el cuerno derecho turco á las demás galeras de la escuadra, viniendo los primeros á las manos Siroco y Barbarigo, y generalizándose seguidamente el combate en toda la línea. En demanda uno de otro avanzaron entonces los dos almirantes, disparando el turco, antes de que las naves chocaran, una descarga que causó algún daño en la obra de la Real cristiana y mató algunos remeros; mas la galera de D. Juan disparó también casi á tiempo de embestir, haciendo gran destrozo en la contraria por haber cargado con metralla los cañones. Aferráronse seguidamente las dos naves, y acudieron á tomar parte en el combate las que constituían los respectivos centros, formándose compacto grupo y entablándose una lucha en todo parecida á batalla en tierra firme. Las demás galeras que seguían, por el orden que les tocaba, embistieron. Juan Andrés Doria, que se había extendido excesivamente hacia la costa, tal vez con objeto de tomar al enemigo por el flanco y evitar ser rebasado, vino á unirse á la escuadra; el marqués de Santa Cruz, que mandaba las galeras de reserva, también entró en combate, y Veniero, que regía en la izquierda, peleaba con los que tenía á su frente; por manera que la lucha era general. Y en verdad que no podía ser más recia y empeñada. Una hora hacía que se combatían las dos capitanas, por dos veces los nuestros consiguieron llegar hasta el palo mayor de la del turco, siendo en ambas rechazados, y aun continuaba la lucha porfiada y terrible, pues en corto espacio se movían en revuelto tropel centenares de hombres. Allí D. Lope de Figueróa, Bernardino de Cárdenas, Requeséns, Salazar, Moncada, Zapata y otros capitanes y oficiales hicieron prodigios de valor; allí estaba también D. Juan, que fué herido en un pié, dando á los suyos el ejemplo. Nuestros arcabuceros influyeron no poco en esta pelea, pues «por tener la galera de D. Juan cortado el espolón y ser la turca mas alta, entró y cargó mucho sobre ella, levantando la popa, y descubriendo la plaza de armas de Alí la mosquetería y arcabucería española, que como á caballero tiraba con gran mortandad de genízaros (1).»

(1) Cabrera de Córdoba *Hist. de Felipe II*, Lib. IX. cap. 25.

Este historiador traza el siguiente animado cuadro de la pelea: «Jamas se vió batalla tan confusa, trabadas las galeras una por una, y dos y tres con otra, como les tocaba la suerte, aferradas por las proas, costados, popas, proa con popa, gobernando el caso. El aspecto era terrible por los gritos de los turcos, por los tiros, fuego, humo, por los lamentos de los que morian. El mar vuelto en sangre, sepulcro

tanto que, según la relación oficial, hubo arcabucero que disparó cuarenta veces; mas, así y todo, sólo después de hora y media de combate, se hicieron los españoles dueños de la capitana turca, mataron el generalísimo Alí-Bajá, derribaron sus estandartes é izaron las enseñas cristianas: a cuyo tiempo también las galeras vecinas habian conseguido victoria, y aunque otra galera turca se atrevió á embestir la Real, dieron los nuestros cuenta de ella con mayor facilidad que de la de Alí. «A esta sazón se iba ya conociendo la victoria clara en favor de la armada cristiana.



Rodela morisca

Victoriosos en el centro, acordaron los capitanes de este cuerpo acudir en socorro de los que luchaban en las alas: el humo era tan denso que impedia ver las peripecias de la refriega en el resto de la línea. Fuéronse hacia el costado derecho la Real cristiana, juntamente con las de Venecia y el Papa, cañoneando y rindiendo de paso á cuantas galeras enemigas se presentaban, y dieron, por fin, con un gran golpe de bastimentos turcos que no habian peleado y navegaban en demanda

de muchísimos cuerpos que movían las ondas, alteradas y espumantes de los encuentros de las galeras y horribles golpes de la artillería; de las picas, armas enhastadas, espadas, fuegos, espesa nube de saetas, como de granizo, volviendo erizos y espines los árboles, entenas, pavesadas y vasos. Espantosa era la confusion, el temor, la esperanza, el furor, la porfía, tesón, coraje, rabia, furia, el lastimoso morir de los amigos, animar, herir, matar, prender, quemar, echar al agua las cabezas, piernas, brazos, cuerpos, hombres miserables, parte sin ánima, parte que exhalaban el espíritu, parte gravemente heridos, rematándolos con [illegible] los cristianos. Y otros [illegible] a las galeras para salvar la vida a costa de su libertad, y aferrando los remos, timones, cabos, con lastimosas voces pedían misericordia; de la furia de la victoria arrebatados les cortaban las manos sin piedad, [illegible] algunos turcos.

de los de Juan Andrea Doria. No pudo ser más oportuno el socorro, pues la batalla que se libró con la galera en que iban los hijos de Alí fué encarnizadísima, y en ella se cubrió de gloria Requeséns. En cambio, la capitana de Malta, que se hallaba en la extrema derecha, fué rodeada y asaltada por seis galeras turcas, y D. Juan de Cardona, que se desvió de la línea con las suyas, tuvo que sostener combate con quince del enemigo, á las que, sin embargo, entretuvo hasta recibir socorro de la Real, rindiéndolas entonces con toda su gente.

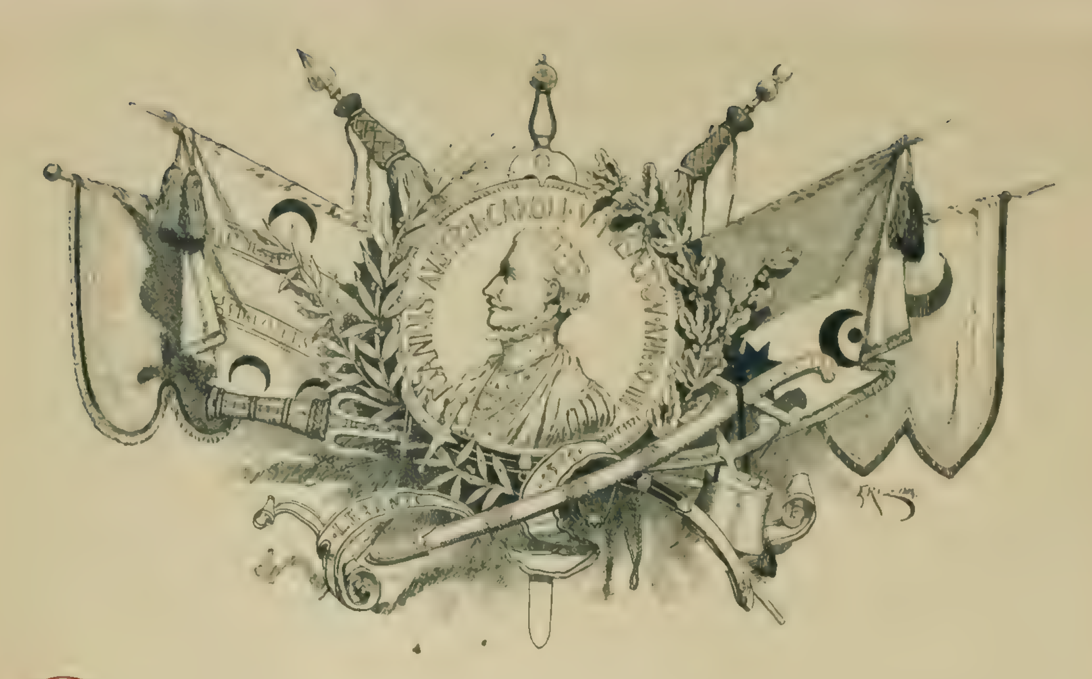
Volvió luego D. Juan sobre el cuerno izquierdo, donde se había reñido también bravamente, y su presencia infundió tal terror á Uluch-Alí, que se declaró en fuga con todas sus galeras, mas no sin perder en ella treinta bajeles, que encallaron próximos á la costa. En este cuerno luchó Barbarigo contra Siroco, que fué herido de muerte; y el oportuno socorro del marqués de Santa Cruz, que tan grandes servicios prestó al centro y á esta ala en el combate, á causa de soplar el humo de cara al enemigo y no impedirle, por lo mismo, ver las alternativas de la batalla, contribuyó grandemente á la victoria. Allí también tuvieron ocasión los venecianos de vengar pasados agravios, y recientes afrentas, y justo es decir que procedieron como buenos, contribuyendo activamente á este gloriosísimo triunfo (1).

El espectáculo que ofrecía el golfo una vez terminada la batalla, no podía ser más imponente. Comenzaban las sombras de la noche á poblar el espacio, nublado aún por el humo de las descargas; reflejaban los navíos sus moles destrozadas en las olas tintas en sangre; las aguas, cubiertas de despojos y de cadáveres, ofrecían á la mirada lúgubre testimonio de la obstinada lucha; el eco de la victoria llenaba los aires y repercutía en las costas; todo, en fin, contribuía á imprimir al conjunto un sello terriblemente grandioso. Espectáculo no menos imponente ofrecían aquellos veteranos que se abrazaban llenos de júbilo por haber salido ilesos de la lucha, ó aquellos infelices que de más ó menos gravedad quedaron heridos. Algunos saludaban la victoria puesto el pié en los umbrales de la eternidad, otros vueltos á la vida por milagro entre revuelto montón de cadáveres. Del número de los que salió con vida, aunque no ileso, fué un soldado de la galera *Marquesa,* un mozo que se hallaba postrado en el lecho, pero que al oir el estampido del cañón pidió un puesto en la pelea y recibió en ella una herida; el príncipe de los ingenios españoles, á quien saluda la posteridad con el dictado gloriosísimo de *manco de Lepanto.* Y hé aquí por donde á la famosa jornada de este nombre, va unido el recuerdo del insigne MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

Perdieron los turcos en esta célebre batalla 224 bajeles, de los que 130 quedaron en poder de los cristianos, más de 90 fuéronse á fondo ó quedaron reducidos á cenizas y sólo 40 se salvaron. Perecieron además 25,000 otomanos, entre ellos el generalísimo Alí y Pertew-Bajá, su teniente, recibiendo Siroco mortal herida. Quedaron cautivos 5,000. Cayeron en poder de los vencedores 117 cañones gruesos y 250 de menor calibre, gran número de estandartes y banderas, los hermosos fanales de las capitanas y otros magníficos trofeos. Por su parte perdieron los cristianos 15 bajeles y unos 8,000 soldados, de los cuales eran 2,000 españoles, 800 pontificios y los restantes venecia-

(1) El Sr. Rosell termina el capítulo que consagra á esta famosa batalla, con las siguientes consideraciones

«Tal fue, en resumen, el combate naval del golfo de Lepanto, memorable por la multitud de fuerzas que en él se reunieron, por la obstinación y el valor con que se conquistó el triunfo, y por el estrago que en las escuadras del Turco hicieron las de la Liga. Superiores á éstas las primeras en número de bajeles y combatientes, tenían sin embargo que vencer las desventajas, no diremos de la audacia, esfuerzo y disciplina, que en esto rivalizaban con los nuestros, sino de la calidad de los soldados y armas, y de la perfecta construcción de nuestras galeras. La inferioridad de nuestras proas y la falta de espolones con que entraron en la batalla, debían ser, si bien se considera, de utilísimos efectos, porque, dominadas por las enemigas, habían éstas de recibir mucho daño en los costados y obras muertas, cubriendo con su misma elevación gran parte de las crujías contrarias, y lo que es más, cargando con los espolones sobre sus proas y levantando la parte opuesta de modo que desde nuestros castillos de popa se estaba como á caballero; y ruin arcabucero debiera ser, según observa uno de los que presenciaron el combate, quien á tan corta distancia y con semejante comodidad errase el tiro. Las galeras turcas, además, carecían de pavesadas y de arrumbadas con reparos y defensas, como las que llamaban ponentinas: en fin, tan indudable era la superioridad de éstas, que afirman muchos, y D. Juan mismo parece lo aseguró en la relación enviada á nuestra córte, que un solo enemigo no logró poner el pie en las galeras españolas. El inconveniente de las armas consistía para los turcos en ser la mayor parte de sus hombres de guerra archeros, y los que llevaban arcabuces incomparablemente menos diestros que los cristianos. Las flechas disparadas á cierta distancia llegaban muertas: los arcos, con el mucho ejercicio, se relajaban: una saeta podía, cuanto mas, matar un hombre; de un arcabuzazo morían y quedaban á la vez estropeados varios, sobre todo faltandoles, como les faltaba, la defensa de la armadura. Por ultimo, los turcos ninguna especie de embarcación podían oponer á la furia destructora de las galeazas de Venecia; y así el exceso del número, que era toda su confianza, debía sólo servir, como sirvio en efecto, para aumentar la confusión y los muertos y los destrozos.»



CARTA DE D. JUAN DE AUSTRIA Á FELIPE II

DESPUES DE LA BATALLA DE LEPANTO

Señor:



uestra Magestad *debe dar y mandar se den en todas partes, infinitas gracias á nuestro Señor por la victoria tan grande y señalada que ha sido servido conceder en su armada, y porque V. M. la entienda toda como ha pasado, demas de la relacion que con esta va, tambien envio á D. Lope de Figueroa para que como persona que sirvio y se hallo en esta galera, de manera, que es justo V. M. le mande hacer merced, signifique las particularidades que V. M. holgare entender; a el me remito en todas ellas por no cansar con una misma lectura tantas veces a V. M*

Queria ahora segun esta fortuna que Dios nos ha dado en la buena de V. M. y ver si se pudiere ganar a Lepanto, que cierto es aquel golfo importante; y cuando no, emprender otra cosa de las que el tiempo y lugar en que me hallo diere lugar. Esto no tengo aun acabado de resolver por lo mucho que hay a que atender en rehacer esta armada, que cada dia se descubre mayor daño y otras cosas sin las cuales no se puede ni debe pasar adelante, pero mañana, placiendo a Dios nuestro Señor, seria posible haber acabado con la mayor parte y estar listo para partir, a do pareciera, otro dia á la noche; de todo lo que sucediere dare de mano en mano a V. M. la cuenta que debo, y porque no se dilate mas esta venturosa nueva, despacho desde luego a D. Lope, no dejando de traer a la memoria de V. M. el sujeto en que Dios le ha puesto de extender hasta para acá su grandeza con no mayor dificultad que atender sin perder tiempo a levantar gente, armar galeras pues no faltaran, y a prevenir para el verano que viene dinero y vitualla. Todo lo cual creo ya que llegara a ser mas facil que por lo pasado y de tanto servicio de V. M. y aumento como digo de su grandeza que venga a conocerse facilmente el cuidado que nuestro Señor tiene della, a quien hago testigo que desearlo yo mas que nadie, me mueve a acordar esto. a Don Bernardino de Cardenas mataron en esta galera haciendo lo que debia a la obligacion con que nacio; deja segun tengo entendido muchas deudas y un hijo natural; con todo esto es justo que V. M. mande tener cuenta, pues todo al fin resulta en su servicio. Hay tambien otras personas que voy haciendo memoria, demas de las que van en lo que lleva D Lope, que verdaderamente han servido y merecido toda merced, y es esta de las ocasiones, como V. M. mejor sabe, en que cada uno mira lo que se haze con el otro, que supo y aventuro a señalarse Aqui hay ahora estos dos Principes, que el de Parma fue de los primeros que entro y rindio la galera con que inbistio, esta Pablo Jordan Ursino, el Duque de Mondragon y otros vasallos y servidores de V. M, a quienes, si V. M. fuere servido, deberia mandar escribir agradeciendoselo; lo mismo a los Generales, que cierto lo merecen y a otros Ministros que aqui tiene V. M, á quien suplico me perdone lo que acuerdo, pues asi conviene a su Real servicio, ni yo puedo excusarme de corresponder con la obligacion en que soy a los que sirviendo a V. M. cerca de mi persona aciertan a hacerla tan bien como los que propondre siempre. Yo gracias a nuestro Señor he quedado bueno y sin ser nada una cuchillada que recibi en un tobillo sin saber bien como El guarde y prospere a V. M. con el aumento que yo deseo y todos tenemos menester. Amen. De galera sobre el puerto de Petela en el golfo del Lepanto a 10 de Octubre de 1571.

D. V. M.

Hechura y mas humilde servidor que sus Reales manos besa

E. Ullastres, Editor

nos. En cambio consiguieron la libertad 12,000 de sus hermanos que como remeros llevaba el turco en sus galeras.

El general en jefe de la armada de la Liga dispuso que ésta se recogiera aquella noche en el puerto de Petala, con objeto de rehacerse y adoptar el plan de operaciones más oportuno, y entonces fué cuando escribió la relación de la batalla y la carta para el Rey, su hermano, de que fué



Celda de Felipe II en el monasterio del Escorial.

portador D. Lope de Figueroa (1). Despachó también emisarios á Roma y á Venecia; y de este modo supo la cristiandad en breves días el señalado triunfo conseguido. Sin embargo, no tuvo por de pronto este triunfo las consecuencias que muchos esperaban; en primer lugar, porque los pareceres de los generales respecto á la continuación de las operaciones no fueron unánimes; en segundo lugar, porque no era posible sostener por largo tiempo flota tan numerosa. El voto que prevaleció en la armada fué suspender las operaciones y retirarse cada cual á invernar, opinión que fué adoptada definitivamente. En su consecuencia procedióse al reparto de la presa, dividiéronse las escuadras, y la española marchó al puerto de Mesina, donde fué recibido en triunfo el joven almirante.

(1) Este documento lo reproducimos en lámina suelta, que acompaña á esta página.

Si la nueva de esta victoria pudo llenar de júbilo á Venecia y á Roma, es indecible el entusiasmo que causó en España. Comunicáronsela al rey en el Escorial precisamente cuando se hallaba en la capilla rezando vísperas de Todos los Santos; la recibió sin inmutarse el soberano, continuó el rezo y luego mandó cantar un *Te-Deum* en acción de gracias al Altísimo. Más expresivo en sus manifestaciones el pueblo, la celebró con públicos festejos, contribuyendo á realzarla los poetas y los artistas con sus inspiradas producciones, y la Iglesia con religiosas solemnidades.

En cambio, mientras así ensalzaban los pueblos de Europa este triunfo, en Constantinopla no daban paz á la mano para reparar el descalabro de su armada. Uluch-Alí para disimularlo había reunido en los puertos del Archipiélago cierto número de bastimentos, y con ellos y con los que salvó de la batalla, entró en aquella célebre ciudad, siendo ostentosamente recibido por el Sultán. Era grande, en verdad, el poder marítimo de Turquía, para que ésta temblara por su suerte, y así lo demostró en breve lanzando al mar, en Julio de 1522, una flota compuesta de 200 velas. Por otra parte, las fuerzas componentes de la Liga tendían fatalmente á la disgregación, á causa del antagonismo de intereses, y más que todo de la mala fe veneciana. Así pues, á pesar de que, según los capítulos de la Liga, cada primavera debían reunir los confederados sus escuadras, llegó la de 1572 y todos se retrajeron. ¿A qué obedecía tal conducta? Sin duda alguna al recelo que inspiraba en los más el engrandecimiento de España. Sin embargo, las excitaciones del pontífice Pío V y de su sucesor eran tan vivas, que á pesar del desacuerdo existente, no tan sólo en punto á miras políticas, sino al plan de esta segunda expedición, Venecia decidió que se efectuara y aprontó al efecto sus naves. Mas Felipe II no se avino á que su hermano dejase el puerto de Mesina: decisión ésta que algunos atribuyen á las dificultades originadas por Francia en lo relativo á Flandes, y otros, quizás con más razón, al recelo que al monarca causaba el engrandecimiento del austriaco Porque D. Juan, halagado por el triunfo, sintiendo bullir en su corazón mil esperanzas y en su mente mil proyectos gloriosos, había recibido con orgullo la promesa que le hizo el Papa de interponer su valimiento para que Felipe le reconociera soberano de un reino en las costas africanas.

Las instancias de Gregorio XIII y de la señoría de Venecia, parece que vencieron la resistencia del Rey á que tomase parte la escuadra española en las operaciones, y aunque tardiamente (fines de Julio) la armada confederada zarpó del puerto de Corfú, en número de 26 galeras, 6 galeazas y 20 naves. A lo que parece, el intento de sus capitanes era ir en busca del turco y presentarle batalla donde se le encontrase. Y ocurrió esto como se esperaba, pues el 7 de Agosto ambas escuadras se avistaron, ascendiendo la que mandaba Uluch-Alí al número de doscientas galeras. Las fuerzas estaban casi equilibradas; pues, si bien la cifra de los bastimentos turcos era mayor, en cambio, cada una de las galeras cristianas equivalía á muchas naves enemigas. Mas, así y todo, el almirante turco decidió no correr el albur de una batalla; y adoptando el sistema de rehuirla, excepto el caso en que las condiciones le fueran totalmente favorables, mantúvose al abrigo de los fuertes de la costa griega y se limitó á sostener un ligero cañoneo con los confederados. Por dos veces estuvo en breve tiempo á punto de darse el combate, mas el viento contrario favoreció la retirada de Uluch, y los cristianos perdieron la ocasión de poner lucido remate á estas operaciones.

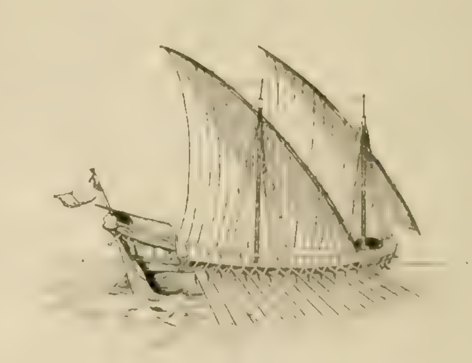
La presencia de D. Juan de Austria, que á primeros de Agosto se reunió á la flota, á la que reforzaron nuevos bastimentos, no logró cambiar la fisonomía de la guerra. Acariciaba el austriaco la idea de atacar ventajosamente á los turcos, que tenían divididas su armada, parte en Modón y el resto en Navarino, y los hubiera sorprendido en la mañana del día 16 de Setiembre, si un error ó descuido de los pilotos en la recalada no hubiera proporcionado al enemigo evitar el riesgo y reunirse en el primero de aquellos puertos (1). El 7 de Octubre volvieron á encontrarse las escuadras, y aquel día creyeron los cristianos que reverdecerían los laureles de Lepanto. Pero, aunque

(1) El insigne Cervantes dice en el *Quijote*: «Halleme el segundo año, que fue el setenta y dos, en Navarino, bogando en la capitana de los tres fanales. Vi y note la ocasión que allí se perdió de no coger en el puerto toda la armada turquesca.» Aunque estas palabras las pone en boca del *cautivo*, protagonista de la narracion que intercala en su obra, el Sr. Fernández Navarrete ha demostrado con datos positivos que Cervantes estuvo en esta segunda campaña de la Liga y en la de 1573; pudo, por lo mismo, referir con gran prolijidad y exactitud en su obra todos estos sucesos.

los turcos hicieron seria demostración de pelear, no tenían ánimo de llegar á las manos, y así que avanzó nuestra vanguardia retiráronse al abrigo de los fuertes de Modón, dejando en poder de los nuestros una hermosa galera rezagada. Entonces decidió D. Juan atacar por tierra á Modón, y luego á Navarino, empresas que no dieron el resultado apetecido, ya por la fortaleza de la primera, ya por haberse reconocido á tiempo la escasa importancia de la segunda. Y como á los pocos días se avistaran de nuevo las escuadras y huyera otra vez el turco, frustrada ya la esperanza de una batalla, y desechada en consejo la idea que emitió D. Juan de atacar al enemigo dentro del mismo puerto de Modón, resolvieron los confederados dividirse y regresar á los puertos en que debían invernar.

Esta fué la última vez que se reunieron las fuerzas de la Liga; pues, aun cuando D. Felipe y el Pontífice abrigaban el propósito de repetir al año siguiente la expedición, la república de Venecia, obrando con una mala fe que nunca se puede condenar bastante, entró en tratos con el turco; y creyendo beneficiosa á sus intereses la paz, no vaciló en firmarla el 7 de Marzo de 1573, si bien en condiciones altamente humillantes (1).

Así quedó deshecha la famosa Liga de 1570, solicitada en momentos de apuro por la república veneciana, rota por ella cuando se creyó fuera de peligro. Aunque en apariencias poco eficaz en resultados esta Liga y la victoria á que dió lugar, fué, sin embargo, de grandísima trascendencia para el porvenir de las naciones cristianas. Fácil es calcular lo que hubiera sido de Europa á no conseguirse este triunfo. Dueño absoluto el turco del Mediterráneo y del Adriático, sometida á su voluntad el África, después de haber asolado las costas de Italia y España, hubiérase abierto camino hasta el corazón de los Estados europeos, que por cierto no se hallaban en condiciones de resistir el peso de sus armas. Se ha menospreciado, sin embargo, esa victoria, porque la Liga no llevó sus armas vencedoras hasta los Dardanelos; pero es muy aventurado entrar en suposiciones con respecto al ataque de un imperio poderoso. Ni existía cohesión en los elementos de la Liga para efectuarlo, ni el turco había agotado sus recursos. Por otra parte, los bajeles de los confederados habían sufrido mucho en el combate para exponerse, tras una brillante victoria, á los azares de problemática empresa. Por eso dice con sobrada razón el Sr. Rosell: «No consideremos este hecho magnífico como principio de una época heróica malograda por nuestro descuido, sino como término de otra, cuyos recuerdos engrandecen todavía á nuestra patria en los anales del universo. La victoria de Granada contra el poder musulmán encumbró á España sobre todas las naciones: el inmortal suceso de Lepanto contra los turcos fué la postrera página de la epopeya de nuestras grandezas.»



Galera turca de transporte

IV

Lógico parecía que tratara de emplear el rey de España en alguna empresa de importancia las numerosas fuerzas reunidas para las futuras operaciones de la Liga. Felipe II había acordado

(1) Se reducían á dejar al turco en tranquila posesión de sus conquistas y á entregarle en el plazo de tres meses [illegible] ducados. Este resultado de la guerra rebajó de momento á la Señoría, sin embargo, el [illegible] en breve en la decadencia, y los setenta años de paz que [illegible] con Venecia [illegible] aquella humillación.

aumentar las galeras de España hasta el número de 200, y el de los combatientes al de 60,000; y con razón decía D. Juan de Austria que deshacer tan gruesa armada y licenciar la gente, después de tantos gastos, parecía cosa de poca autoridad, sobre todo pudiendo efectuarse alguna empresa contra las costas africanas (1). Este pensamiento habíase meditado y discutido ya en la Córte desde la pérdida de Bugía, opinándose por repetir la expedición de Argel y apoderarse de aquel litoral (2);

(1) «Sería de poca autoridad á las cosas de S. M., escribía al Cardenal Granvela D. Juan de Austria, haber juntado una armada tan gruesa con tantos gastos, y deshacerla sin sacar ningún fruto dello, tanto más habiéndome S. M. mandado escribir diversas veces y mostrada particular voluntad y deseos de que se haga la empresa de Túnez y Biserta.» Tomo III de la *Colección de Documentos inéditos*.

(2) A continuación insertamos un importante documento copiado del archivo de Simancas, concerniente á la proyectada expedición, documento que dará al lector perfecta idea de la organización de un ejercito en esta época

RELACIÓN DE LA GENTE, ARTILLERIA Y ARMAS Y MUNICIONES, Y OTRAS COSAS QUE PARECE CONVENIA PROVEER PARA LA EMPRESA DE ARGEL

Negociado de Mar y Tierra, Legajo 77, Año 1572

INFANTERIA

12,000 infantes españoles; de los cuales
7,000 Arcabuceros
1,000 Mosqueteros
4,000 Piqueros.
Y que los arcabuces fuesen de una misma munición y tiren una onza de pelota, porque se puede llevar munición de pelotas hecha y excusar de llevar moldes y pueden servir y pelear igualmente.
8,000 Infantes alemanes con dos coroneles ó los que de ellos oviere agora en las dos coronelías.
6,000 Infantes italianos con buenos capitanes.
4,000 Buenos soldados sacados de las galeras.
30,000

Hase de advertir que los aventureros que fueren en la jornada sirvan debajo de la bandera en todo caso.

CABALLERIA

600. Presupónese que bastarán 200 lanzas de Castilla y 400 caballos ligeros de Italia.

GASTADORES

4,000 que irán á servir en esta jornada de Andalucia.

ARMAS Y OTROS APAREJOS

Los que el Sr. D. Juan tiene. { 15,000 Arcabuces de munición, de una onza de bala que se trayan de Milán. 4,000 Coseletes de infante. }
1,000 Mosquetes para repartir entre la infantería
12,000 Picas de fresno con sus hierros y cuentos.
150 Craceles y 500 cucharas de hierro para derretir plomo y fundir pelotas para los arcabuces y mosquetes.
2,000 Lanzas ginetas con sus hierros y cuentos.
1,000 Lanzas de armas que sean buenas.
500 Lanzas arrojadizas.
4,000 Azadones encabados en sus picos.
4,000 Picos de dos puntas encabados.
6,000 Azadas encabadas.
3,000 Pica-martillos.
1,000 Escobas.
3,000 Palas de hierro encabadas.
500 Almádenas de hierro encabadas.
1,500 Cuñas de hierro con 2,000 hojas de recaldo para ellas.
2,000 Hocinos ó calabozos para cortar leña y fajina.
3,000 Hachas de hierro encabadas.
20,000 Astiles para las herramientas de respeto y á más de los que ellas llevan.
2,500 Serones de esparto.
60,000 Espuertas para sacar tierra.
150 Carrillos de mano para acarrear tierra á la fortificación que se hace con facilidad.

ARTILLERIA

13 Cañones de la fundición de Flandes que pesan 33 quintales uno con otro y tiran pelota de á 40 libras.
15 Cañones de la fundición nueva de D. Juan Manrique, que pesan á 47 quintales poco más ó menos, y tiran pelota de á 40 libras.
10 Cañones de batir de Cartagena que cinco tiran pelota de 40 libras y los otros de 40 á 60.
15 Medios cañones de la fundición de Málaga que pesan 34 quintales y tiran pelota de 18 libras.
6 Medias culebrinas de fundición de Flandes que pesan 30 quintales y tiran pelota de 12 libras.
13 Falconetes de metal de la fundición de Flandes, de los cuales 6 de ellos pesan 12 quintales y tiran pelota de 3 libras, y otros 7 pesan entre 5 y 6 quintales y tiran pelota de 1 libra.
15 Pecezuelas ó tirillos de metal para en campaña de la fundición de Flandes que pesan de á 4 1/2 quintales y tiran pelota de 4 onzas.
30 Lombardetas de metal, fundición de Málaga, de peso 14 quintales y tiran pelota de 12 libras.

PELOTERIA

Para los 33 cañones que tiran pelota de 40 libras, 600 pelotas por pieza, son para todos.		19,800
Para los 5 cañones que no se sabe que pelota tiran, a razón de 600 para pieza.		3,000
Para los 15 medios cañones que tiran pelota de 15 libras a 600 por pieza.		9,000
Para las 6 medias culebrinas de 12 libras de pelota. . .		3,000
Para los 16 falconetes { De 1 libra.	4,200	
De 2 »	1,800	9,600
De 3 »	3,600	
Para las 15 pecezuelas ó tirillos que han de servir en campaña pelotas de 4 onzas.		9,000
Paro las 30 lombardetas de pelota de 12 libras, á razon de 600 por pieza.		18,000
		71,400

Para tirar dicha artillería son necesarios. . .			300 mulos.
Pólvora	Para la artillería. . . .	12,000	19,000 quintales.
	Para la arcabucería y respeto.	7,000	
Plomo.			6,000 »
Mecha	Cocida para arcabucería.	6,000	6,200 »
	Para artillería. . . .	200	
Cartuchos para pólvora cortados y cogidos á la medida del peso de pólvora que cada pieza de batir ha de tirar en un tiro.			5,000

ENCABALGAMENTOS Y OTROS ADEREZOS

Para los 38 cañones de batir son menester para cada uno 4 cureñas, 6 ejes y 6 ruedas guarnecidas de hierro.

Para todas las otras piezas contenidas en esta relación, los encabalgamientos á este respeto necesarios, llevando además de los necesarios los que pareciera, por lo que se podrá otrecer.

Llevarse han de respeto 60 tablones de madera y 70 mazas para labrar, las cuales en una necesidad servirán para ruedas y cureñas.

Para fijar en las ruedas y cureñas que de los dichos tablones y mazas se hicieren se han de llevar 600 guarniciones de hierro labradas con su clavazón y todas las demás piezas necesarias.

264 Cargadores de cobre con sus varas y roquetes y otros tantos atacadores con sus varas y limpiadores que servirán en las dichas piezas.
50 Hojas de cobre y 100 varas y 100 zoquetes y 50 pellejos para hacer 50 cargadores, según se ofreciere la necesidad.
20 Cabrestantes de madera guarnecidos de hierro con las piezas

pero el austriaco era de parecer que la empresa se dirigiera contra Túnez, arrebatada á Felipe II por el audaz Uluch-Alí mientras los turcos se apoderaban de Nicosia y Famagusta. Así opinaba también el monarca español, aunque movido por causas diferentes: D. Juan de Austria lisonjeábase de obtener la soberanía del reino tunecino, según los ofrecimientos del Pontífice y las instigaciones de sus cortesanos, Felipe II pretendía sólo destronar á Uluch-Alí, reponer en su trono al monarca feudatario Muley-Mahamet y desmantelar las fortificaciones, evitándose así los gastos que su conservación ocasionaba, y privando á los corsarios berberiscos de cómodo abrigo. En consultas relativas á este proyecto y en allegar los elementos necesarios para efectuarlo, pues la escuadra se encontraba, no sólo falta de recursos, sino con una deuda «de centenares de millares de escudos,» transcurrió todo el verano de 1573; y era ya el 24 de Setiembre cuando salió la expedición de Palermo en dirección á Túnez. Componíase esta

necesarias y dos poleas grandes con sus guarniciones de hierro y roldanas de metal.
40 Cabos largos de cañamo para los cabestrantes, de peso de 5 quintales cada uno.
20 Cabritas de madera guarnecidas de hierro con su polea y roldanas de metal para encabalgar la artillería en campaña.
30 Cabos de cañamo de 2 quintales cada uno para el servicio de las cabritas.
60 Eses de hierro para las cabritas.
Sogas en cantidad de todas suertes, trallas y tomizas de esparto para atar costales y lazos de carga.
30 Cajas de cuatro ruedas cada una para subir municiones por las sierras y montañas, y han de llevar sus forcates para que los caballos puedan tirar de ellas en las llanuras.
1,000 Llanes de esparto para tirar la artillería y otros efectos.
30 Carros matos de 4 ruedas guarnecidas de hierro para llevar artillería sobre ellos con sus ejes, animas y guarniciones de hierro.
400 Arandelas y 400 zotrozos de hierro de respeto, que servirán para las puntas de los ejes.
50 Sacabocados y sacapelotas para la artillería.
30 Baibenes de madera con sus sortijas de hierro, chapas, sogas y cadenas, que servirán para meter y botar ejes en la artillería.
300 Pellejos de carnero y 300 tacos, que servirán para tapar las bocas del artillería, así en el mar como en campaña.
6,000 Palancas de madera para el servicio del artillería y otras cosas.
400 Palancas y pies de cabra de hierro que servirán para el mismo efecto.
2,000 Cureñas de madera para poner en puntería la artillería.
60 Tejas de hierro con sus ramales de hierro para mancar las ruedas del artillería subiendo en cuesta arriba.
60 Carretas de 4 ruedas para acarrear las municiones de un cabo a otro.
6,000 Alcancias de barro llenas de pólvora y fuego artificial.
1,500 Bombas ó botafuegos de madera llenas de fuego artificial.
50 Embites para (*no se entiende*) y 4 aparejos con todos sus adrezos para echar los dichos embites que cada uno ha de llevar un. . . . . 8 machos de . . . . . 4 baretas en torcho . . . . y dos cinceles.
3,000 Tablones de madera de 4 pies de ancho y 5 dedos de grueso, y 200 vigas de 15 pies de largo para plataformas del artillería.
300 Quintales de clavazón grueso de diferentes suertes para clavar las dichas plataformas.
2,000 Vigas / 8,000 Estacas } para reparos (a) de la artillería y 300 quintales de clavazón de diferentes suertes que serán menester para reparos del artillería.
2,000 Cestones, los 1,000 de esparto con sus varas o estacas cosidas en ellos en tardeles, y los 1,000 de mimbres para reparos y trincheras.
600 Quintales de hierro / 400 Idem de acero } para lo que se ofreciese de nuevo.
3,000 Marcos de carbon de brezo para esto mismo.
1,000 Cubos de madera que han de servir para sacar agua de los pozos, con sus cercos y asas de hierro.

(a) La palabra *reparo* equivale á parapetos ó espaldones ó merlones.

12 Muelas de piedra con todos sus adrezos para amolar herramientas.
4,000 Herraduras de caballos y 60,000 clavos de herrar, y 1,000 herraduras con 9,000 clavos para bestias menores.
3,000 Trozos para escalas, los 200 sencillos y los 100 dobles con sus estantes de madera y arpillos de hierro.

OFICIALES

220 Artilleros.
60 Gentiles hombres del artillería.
100 Picapedreros.
100 Carpinteros.
25 Herreros.
6 Herradores.
6 Odreros.
6 Maestros ballesteros.
20 Toneleros.
Y todos estos oficiales han de llevar sus herramientas y aderezos para trabajar en sus oficios.
15 Cardoneros.
4 Ingenieros.
Medicinas de todas suertes y regalos para los enfermos, y cantidad de lienzo para heridas.
4 Médicos.
4 Boticarios.
15 Barberos.
25 Cirujanos.
200 Marineros para embarcar y desembarcar la artillería y subirla y bajarla por las cuestas con ingenios.

PARA LAS MUNICIONES Y BITUALLA, Y EL HOSPITAL SON MENESTER

12 Tiendas grandes de lienzo con sus cuerdas y madera.
3,000 Botas para agua á la gente y caballos el tiempo que estuvieran en el mar.
3,000 Odres para tener agua y vino en campaña, 500 de cuero de vaca.
20,000 Sacos de lienzo para sacar bituallas en tierra.
30,000 Rodetes alquitranados para alumbrar de noche en campaña.
5,000 Achas de palo de las que en Vizcaya llaman Acueri, que servirán para alumbrar de noche.
4 Faroles de hierro para lo mismo, así en la mar como en tierra.
100 Lanternas de cuero y tela encerada para alumbrar en los navíos, que servirán después para campaña.
4,000 Hachas de cera para alumbrar de 6 libras cada una.
700 Arrobas de candelas de sebo para alumbrar a la mar y campaña.
300 Candiles con 50 arrobas de aceite.
2,500 Esteras de esparto para poner debajo de los bastimentos, y otros tantos serones para el servicio de ellos.
50 Quintales de sebo para untar los ejes y otras cosas cuando van caminando.
150 Quintales de pez y 100 arrobas de estopa que podrán ser muy necesarios para el servicio de los navíos que se hubieren de barar en tierra, y lo que mas se pudiere ofrecer.
200 Vases de madera de pino para barar navíos en tierra.
250 Angarillas de madera para acarrear bastimentos en el ejercito de un cabo á otro.

expedición de 144 naves de gran porte, 12 barcones, 25 fragatas y 22 falúas, con unos 20,000 infantes de las tres naciones, 750 gastadores y 400 caballos ligeros, sin contar los aventureros, municiones, máquinas y material. Estas tropas desembarcaron en la Goleta (1) á los 8 y 9 de Octubre; y como los turcos de guarnición y los moradores de Túnez, poseídos de terror, abandonaran la ciudad y su alcazaba, dispuso el austriaco que el marqués de Santa Cruz tomase posesión de ambas. A este objeto sacó de la Goleta 2,500 veteranos, que reemplazó con otros tantos bisoños; y por ser aquella gente práctica del país, y estar dirigida por hábil capitán, desempeñó su cometido con tanta presteza como felicidad.

No se atuvo D. Juan de Austria á las órdenes de Felipe II relativas á la conveniencia de desmantelar á Túnez; y lejos de efectuarlo así, creyó, por el contrario, asegurar su conquista fabricando un fuerte en una isla situada en el estanque ó laguna que ponía en comunicación á Túnez con el mar; la construcción de este fuerte encargóla al célebre ingeniero italiano Gabrio Cervellón ó Serbelloni, su gobierno al capitán Zanoguera y el de la Goleta á D. Pedro Portocarrero, hombre de ilustre linaje, aunque poco conocedor de las artes de la guerra. Distribuída la fuerza que debía quedar en aquella costa entre Túnez, las dos fortalezas, y la plaza de Biserta, que espontáneamente prestó obediencia; y pareciéndole ya á D. Juan allanado y concluído este negocio, regresó á Sicilia á principios de Noviembre, tomando desde allí las disposiciones necesarias para la invernada de su flota, reparo de los navíos y descanso de los soldados.

No estaban reservadas al joven caudillo las legítimas satisfacciones que procura el mérito recompensado. Felipe II, sobrado receloso de sí, tenía á su lado un hombre más receloso todavía de D. Juan: aquél no quería que éste se elevara sobre su condición de bastardo; éste, que colocándose junto al trono le arrebatara su influencia sobre el rey. Antonio Pérez, que así se llamaba el privado, fué fatal á D. Juan de Austria. «Desde esta época se advierte en las determinaciones del Rey un propósito contradictorio, muy propio del recato con que en todo procedía. Si por una parte se mantenía á D. Juan de Austria con fuerzas de mar y tierra para combatir al común enemigo, se confiaba en su ánimo generoso, en su virtud, en su constancia; si el interés político aconsejaba en pro de aquel príncipe, como el hombre necesario para la reputación de España y para amenguar el orgullo de los infieles, un incierto recelo, unas mezquinas sospechas se habían levantado en palacio. Se temía que D. Juan de Austria aspirara á una soberanía en el Mediterráneo, ejercida sobre los pueblos que conquistaba á los mahometanos (2).» Mas si es cierto que los secretarios Soto y Escobedo opinaban que debía ceñir la corona de Túnez, preciso es confesar que no hubiera sido este proyecto desfavorable á nuestra patria; pues, aseguradas las costas del Mediterráneo, se hubiera encontrado prepotente en el Mediodía, verdadera señora del mar, y con un pié sobre ese territorio en que se halla trazada la senda de nuestro desenvolvimiento. Pero estaban reservadas al generoso D. Juan todo género de decepciones. Uno de sus más ardientes deseos era

10,000 Botas para vino y vinagre.
3,000 Barriles para hacer aguada.
500 Baldeses de madera para hacer aguada y 200 toniles de madera para embarcarla.
40,000 Piezas de barro y palo para comer y beber la gente en el mar y en campaña.
200 Calderas de cobre para guisar de comer en el mar y en campaña.
100 Pesos para pesar raciones en el mar y en campaña.
100 Medias fanegas y 200 medios celemines de madera para cebada.
150 Carros de madera, los 50 de á 4, y 50 de á 8, y el resto de 16, y 1,000 tablas rajadizas para pesebreras en los navíos y otras cosas.
30,000 Clavos estoperales para clavar la dicha tabla y madera.
100 Hondas de cáñamo ó de esparto para embarcar y desembarcar caballos.
1,200 Cinchas de cáñamo con sus cordeles y 2,400 alcayatas de hierro recio para ellas en que vayan colgados los dichos caballos.
200 Baldeses de madera para dar de beber á los dichos caballos.
2,400 Pellejos de carnero con su lana para pesebres.
5,800 Carros de leña para guisar de comer en los navíos.
Bastimentos para seis meses si ha de ser en invierno, y si en verano para cinco.

Que se trate con mercaderes que lleven por su cuenta cantidad de calzas, calzones, camisas, zapatos, alpargatas, jubones, cueros, sombreros, talavartes, espadas y dagas, y otras cosas que los soldados y gente que fuera en la armada pueden comprar.

Para la embarcación de la gente, armas, municiones y caballos, y otras cosas que hubieren de ir, se ha de proveer los navíos necesarios, á los que se les debe proveer de la artillería que tuvieren necesidad no la teniendo ellos.

(Copiado del *Informe sobre los adelantos de la Comisión de historia en Simancas*).

(1) Nuestros lectores recordarán la situación de esta plaza en la costa de Africa, por la descripción que hicimos de la misma al hablar de la jornada de Carlos V á Túnez. Estaba á la entrada de un canal que ponía en comunicación el lago de Túnez con el mar.

(2) *D. Juan de Austria y Antonio Pérez*, por D. Adolfo de Castro.

venir á España para solicitar del Rey el tratamiento de infante de Castilla, tratamiento que su hermano Felipe estaba empeñado en no darle; y precisamente cuando iba á embarcarse en Gaeta para España (Abril 1574), recibió orden del Rey de marchar á Lombardía, con objeto de vigilar des-



D. Diego Hurtado de Mendoza

de más cerca lo que ocurría en la república de Génova, sujeta al protectorado español. Dirigióse D. Juan á Vegeven, y allí tomó las medidas conducentes al sosiego de la perturbada república genovesa; mas, á poco de hallarse en este pueblo, la muerte del rey Carlos IX de Francia despertó en él la ambición de ocupar aquel trono; y como el llamado á suceder legítimamente á Carlos fuese su hermano el monarca de Polonia, que trocó una por otra corona, creyóse que D. Felipe accedería á los deseos del austriaco, procurando que los electores polacos lo aclamaran rey. D. Juan confió sus pensamientos al hombre que merecía toda su confianza, D. García de Toledo; y éste le contestó indicándole que podría tentarse con D. Felipe lo de Polonia, pero sólo alcanzó

el joven un desengaño más. Para colmo de contrariedades, las recientes conquistas del austriaco en Africa iban á caer de nuevo en poder de los enemigos.

Ya hemos dicho que España descuidaba demasiado sus posesiones de Africa. Los presidios de Túnez y de la Goleta eran insuficientes á la seguridad de aquellos dominios; y bastaba una acometida seria é imprevista para arrebatarnos en breves horas cualquiera de aquellas importantes plazas. En esto precisamente se fundaba Felipe II al aconsejar á D. Juan desmantelase á Túnez; sin embargo, el peligro más grave era que no estuviesen del todo terminadas las obras de fortifición de esta ciudad y de la Goleta. Oportuna fué, pues, la acometida de Uluch-Alí en Julio de 1574. Lo que no deja de ser raro es que, teniéndose noticia en España de que este caudillo se dirigía á Túnez con formidable escuadra, ni en Italia ni en la córte se atendiera, como debía, á la seguridad de aquella posesión, desoyéndose lós oportunos avisos que dió D. Juan de Austria. «La culpa de la mala provisión, dice el historiador Cabrera, tenía el Cardenal Granvela, virey de Nápoles, y el regente de Sicilia, á quien encargó D. Juan la provisión de las dos plazas (Túnez y Biserta), porque él no pudo acudir asistiendo á las cosas de Génova y á su inquietud, aunque lo deseaba por su oficio, reputación y defensa del fuerte de que fué autor y de tantos caballeros y soldados que dejó en su guardia, contra el parecer mejor de desmantelar antes que edificar en África (1).» Para evitar tan grave peligro, de que oportunamente avisó Granvela á Túnez, instó vivamente D. Juan á éste y al gobernador de Sicilia; mas la respuesta de Granvela fué *que tenía mucho que guardar en el reino y no le convenía dividir sus fuerzas*. A todo esto la armada turca, compuesta de 230 galeras, 30 galeotas, 40 bajeles y 40,000 soldados, se presentaba frente á Túnez, y desembarcaba estas tropas en las playas inmediatas.

Bien sabía el austriaco que el arribo de socorros era cuestión de vida ó muerte para los de Túnez y la Goleta, especialmente para éstos, á quienes mandaba un inexperto gobernador. Sin embargo, por de pronto sólo pudo conseguir que fueran mandados allí algunos refuerzos dirigidos por D. Juan de Cardona y D. Bernardino de Velasco, entendidos capitanes que contribuyeron á que se sostuviera por algún tiempo la defensa. Pero transcurrieron los días; no arribaron nuevos socorros, y la Goleta, tenazmente batida por multitud de cañones gruesísimos y basiliscos, emplazados sobre bastiones que sobrepujaban la muralla, corría gravísimo peligro. El enemigo estaba empeñado en ganar un camino cubierto que conducía al mar, y que los españoles defendían con tanto más empeño en cuanto por allí podía entrar sin impedimento el socorro; pero el inexperto Portocarrero, viendo que perecían allí algunos soldados, dispuso en mal hora desampararlo. «Ignoraba, dice un coetáneo, que en la expugnación de las plazas fuertes se ha de defender más la campaña que las murallas, pues con ella está todo defendido, y que no sólo una estrada cubierta, mas una estacada, un trincherón, un diamanten ó galerías, suele hacer detener un cerco tiempo muy largo.»

Ganado por los turcos el camino cubierto, prolongaron sus trincheras, construyeron nuevos caballeros, y echando á tierra la chusma de las galeras decidieron dar el asalto. En aquel momento crítico hubo de pedir Portocarrero socorros á Túnez, donde Cerbellón experimentaba también los horrores de apretado cerco; pero el célebre ingeniero que, según las órdenes recibidas de Italia, debía pasar con toda su gente á la Goleta, se limitó á mandar un auxilio de setecientos soldados. Escaso era éste para resistir á multitud tan brava; mas, así y todo, los de la Goleta se defendieron valerosamente. Por desgracia, el único camino que tenía abierto, y era el de la laguna, cerráronlo los turcos saltando á ella con esquifes, á los que enlazaron troncos de árboles; y desde aquel momento quedaron incomunicados con Túnez, entrando á nado en la Goleta el último refuerzo, compuesto de 200 españoles.

Nuevos asaltos se dieron á la Goleta, siendo rebotados los enemigos; empero las pérdidas de

(1) Cabrera de Córdoba, *Hist. de Felipe II*, lib. X, capítulos 10, 11, 18 y 20. Este autor dice á propósito de Granvela: «No gobiernan bien los eclesiásticos donde hay gente de guerra, de cuyo conocimiento los hace ignorantes su estado.» Consigna que Granvela dió á primeros de Julio á Cerbellón el aviso de la expedición de Uluch-Alí contra Túnez, y que le encargó concentrara todas las fuerzas en la Goleta, previniéndole de la ignorancia de Portocarrero. Según Cabrera, á Cerbellón se atribuyó generalmente la pérdida de la Goleta.

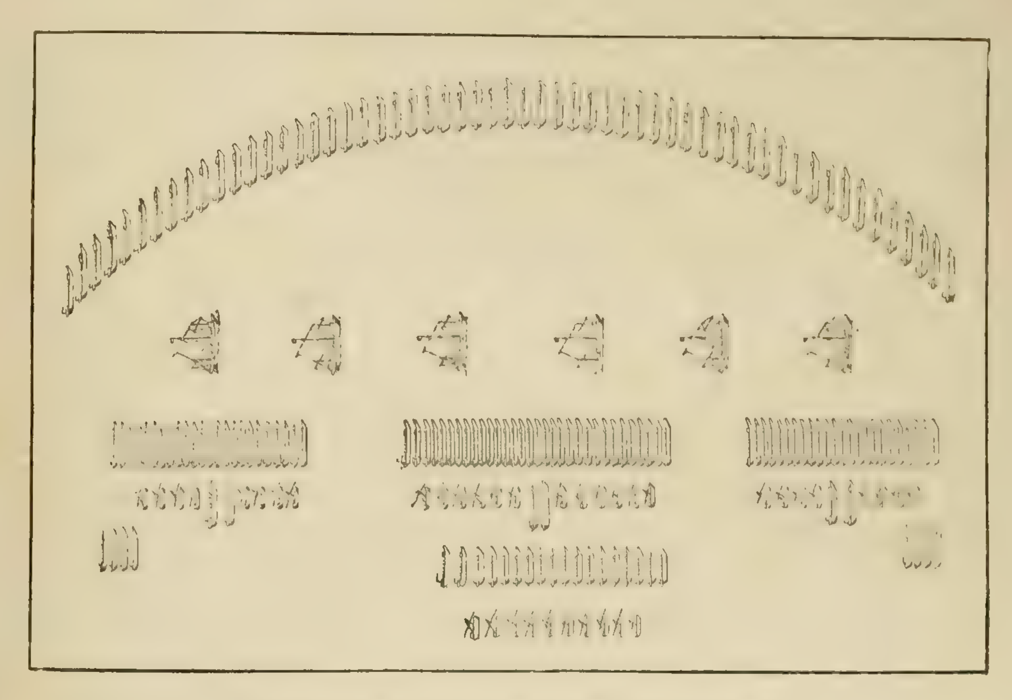


M. Soler, Editor

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

ALEGORÍA COMPUESTA POR P. ERIZ

los defensores eran enormes; los temporales que azotaban la costa hacian desesperar del socorro, y todo auguraba triste fin á nuestros soldados. Así acaeció en efecto. Un asalto general, repetido por dos veces un mismo dia, dió término al sitio. Mil españoles sostuvieron el choque de veinte mil enemigos, mil valientes que prefirieron morir á rendirse; y para entrar en el fuerte tuvieron los turcos que llenar los fosos de cadáveres, que volar parte de las murallas, que luchar sin tregua en los muros, en la plaza de armas, en el último rincón de la fortaleza; montón de ruinas humeante de sangre que patentizó una vez más hasta dónde alcanza la energía de nuestra raza. ¡Increible parece! Este sitio se prolongó por espacio de tres meses, sin que recibieran en este tiempo los españoles, auxilios de la patria; y no era que D. Juan hubiese desatendido á sus



Orden de batalla en Lepanto. Copia de un plano existente en el Archivo de Simancas (1)

antiguos compañeros de armas. A su empeño se debió el corto socorro que recibieron de Sicilia; él en persona, al recibir nuevos avisos de Portocarrero, marchó desde Spezia á Nápoles y luego á Mesina, para organizar la escuadra; pero recios temporales le impidieron realizar sus propósitos. Las naves que despachó desde Sicilia fueron destrozadas; y cuando impaciente decidió embarcarse,

(1) Este interesante plano fué copiado del original que existe en el Archivo de Simancas, *Estado. Legajo número 1134*, por el dibujante de la Comision de historia D. Ricardo María Suarez en 1847, y acompaña á la serie de documentos relativos á la batalla de Lepanto, publicada por el brigadier Aparici y García. En la parte superior del original, junto á las galeras dispuestas en semicírculo, se lee

Galery . 150 et galiotty et fusty n. 150

Junto á los tres restantes cuerpos hay las siguientes inscripciones

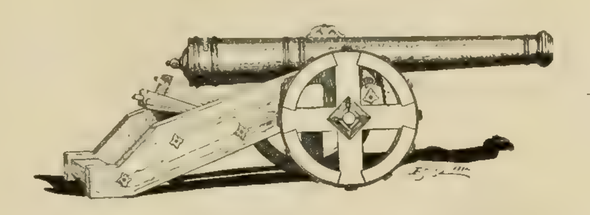
Galerj . n : 54	*Galerj n 61*	*Galerj . n 54*
f : n 10	*f n 10; Galerj n 2*	*f n 10*
g n 4		*g m 4*

Los restantes bastimentos son de reserva

Mr. Lacroix ha reproducido tambien este plano en su obra *Vida militar, civil y religiosa en la Edad media*, pero hemos de advertir que las seis galeazas que en ella figuran tienen forma muy distinta que las del original

un terrible huracán quebrantó su armada y le puso en peligro de perecer. No cejó todavía; mas al ir á darse de nuevo á la mar en Trápani, recibió la triste nueva de la toma de la Goleta y Túnez (Agosto de 1574).

Esta última ciudad, sitiada á la par que la Goleta por Sinan-bajá, yerno de Selim II, resistió también repetidos asaltos; y viendo el caudillo turco la obstinación de sus defensores, aguardó á que fuera tomada aquella fortaleza para dar el último ataque. Entonces acometió con 30.000 soldados aquel recinto defendido por seiscientos hombres, y en breves momentos se hizo dueño de la plaza. A la toma de Túnez siguió la de Biserta; la Goleta fué desmantelada, y también el fuerte que construía Cerbellón y defendió Zanoguera. En cuanto á los defensores de Túnez, fueron conducidos esclavos á Constantinopla y durante el viaje murió consumido por la tristeza el valeroso, aunque inhábil, Portocarrero (1).



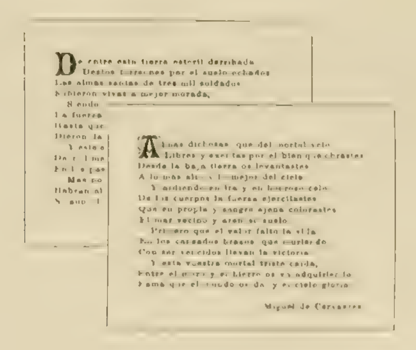
Cañón con encabalgamento de Mar. Copiado de un dibujo del Archivo de Simancas

Tal fué el triste fin que tuvieron las empresas de D. Juan en Africa: desenlace que afligió á éste por tal extremo, viendo en un mismo punto malogrados sus afanes, desvanecidas sus esperanzas y comprometida su reputación que, dejando en Palermo un tercio para defensa de la costa, regresó descorazonado á Nápoles para consagrarse de nuevo á los asuntos de Génova. Culpáronle

(1) En la Parte Primera, capítulo XXXIX del *Quijote*, pone Cervantes, en boca del cautivo, la siguiente interesante relación:

«Perdióse, en fin la Goleta, perdióse el fuerte, sobre las cuales plazas hubo de soldados turcos pagados setenta y cinco mil, y de moros y alarabes de toda la Africa más de cuatrocientos mil, acompañado este tan gran número de gente con tantas municiones y pertrechos de guerra, y con tantos gastadores, que con las manos y á puñados de tierra pudieran cubrir la Goleta y el fuerte. Perdióse primero la Goleta, tenida hasta entonces por inexpugnable, y no se perdió por culpa de sus defensores, los cuales hicieron en su defensa todo aquello que debian y podian, sino porque la experiencia mostró la facilidad con que se podian levantar trincheras en aquella desierta arena, porque a dos palmos se hallaba agua, y los turcos no la hallaron á dos varas; y asi con muchos sacos de arena levantaron las trincheras tan altas, que sobrepujaban las murallas de la fuerza, y tirándoles a caballero, ninguno podía parar ni asistir á la defensa. Fue común opinión que no se habian de encerrar los nuestros en la Goleta, sino esperar en campaña al desembarcadero; y los que esto dicen, hablan de lejos y con poca experiencia de casos semejantes; porque si en la Goleta y en el fuerte apenas habia siete mil soldados, ¿como podia tan poco número, aunque más esforzados fuesen, salir á la campaña y quedar en las fuerzas contra tanto como era el de los enemigos? ¿Y como es posible dejar de perderse fuerza que no es socorrida, y más cuando la cercan enemigos muchos y porfiados, y en su misma tierra? Pero a muchos les pareció, y así me pareció á mí, que fué particular gracia y merced que el cielo hizo á España, el permitir que se asolase aquella oficina y capa de maldades, y aquella gomia ó esponja y polilla de la infinidad de dineros que allí sin provecho se ganaban, sin servir de otra cosa que de conservar la memoria de haberla gastado la felicísima del invictísimo Carlos V, como si fuera menester para hacerla eterna, como lo es y será, que aquellas piedras las sustentaran. Perdióse tambien el fuerte; pero fuéronle ganando los turcos palmo a palmo, porque los soldados que lo defendian, pelearon tan valerosa y fuertemente, que pasaron de veinticinco mil enemigos los que mataron en veintidos asaltos generales que les dieron. Ninguno cautivaron sano de trescientos que quedaron vivos, señal cierta y clara de su esfuerzo y valor, y de lo bien que se habían defendido y guardado sus plazas. Rindióse a partido un pequeño fuerte ó torre que estaba en mitad del estaño, á cargo de don Juan Zanoguera, caballero valenciano y famoso soldado. Cautivaron á D. Pedro Puertocarrero, general de la Goleta, el cual hizo cuanto le fue posible por defender su fuerza, y sintió tanto el haberla perdido, que de pesar murió en el camino de Constantinopla, donde le llevaban cautivo. Cautivaron ansimismo al general del fuerte, que se llamaba Gabrio Cervellón, caballero milanés, grande ingeniero y valentísimo soldado. Murieron en estas dos fuerzas muchas personas de cuenta, de las cuales fue una Pagan de Oria, caballero del hábito de San Juan, de condición generoso, como lo mostró la suma liberalidad que uso con su hermano el famoso Juan Andrea de Oria, y lo que más hizo lastimosa su muerte, fué haber muerto á mano de unos alárabes de quien se fió, viendo ya perdido el fuerte, que se ofrecieron de llevarle en hábito de moro á Tabarza, que es un portezuelo ó casa que en aquellas riberas tienen los genoveses que se ejercitan en la pesquería del coral, los cuales alarabes le cortaron la cabeza y se la trujeron al general de la armada turquesca, el cual cumplió con ellos nuestro refrán castellano: que *aunque la traicion aplace, el traidor se aborrece*; y así se dice que mandó el general ahorcar á los que trujeron el presente porque no se lo habian traido vivo.»

muchos por su obstinación en no desmantelar á Túnez; formularon otros cargo contra Cerbellon por no haberse encerrado en la Goleta; achacóse también á poco celo de los gobernadores de Nápoles y Sicilia: algo influyó cada una de estas causas, pero más poderosamente la conducta cautelosa del Rey, y sobre todo el abandono en que se tenian nuestras fuerzas marítimas. Seriamente amenazadas desde aquel momento nuestras posesiones del litoral, hubo de limitarse el monarca español á mantenerse á la defensiva y á pactar, cuatro años más tarde, un armisticio con el Sultán de Constantinopla, armisticio que se prolongó por espacio de algunos años, por más que no fuera fielmente observado por nuestros enemigos. Y véase por dónde nuestra patria, que tantas glorias alcanzó en los mares; España, á la que tanto debía la cristiandad por el triunfo de Lepanto, compró estas victorias á costa de grandes sacrificios que la debilitaron extraordinariamente. «En lo material, dice uno de nuestros historiadores, lejos de acrecentar Felipe II ni aun las pocas conquistas de su padre en la costa africana, se mantuvieron con no poco trabajo Orán y Mazalquivir; y si se recuperó el Peñón de los Vélez en cambio se acabaron de perder Túnez y la Goleta. Sufriéronse muchos reveses, se gastaron sumas inmensas, y Felipe II, en sus últimos años, no pudo sostener su primer papel, y tuvo que agradecer una tregua del turco, cuando el turco era ya menos poderoso.»


De entre esta tierra estéril derribada
Destos terrones por el suelo echados
Las almas santas de tres mil soldados
Subieron vivas á mejor morada,
Siendo
La fuerza
Hasta que
Dieron la
Y este
Mas po
Habrán al

Almas dichosas que del mortal velo
Libres y exentas por el bien que obrastes
Desde la baja tierra os levantastes
A lo más alto y lo mejor del cielo
Y ardiendo en ira y en honroso celo
De los cuerpos la fuerza ejercitastes
Que en propia y sangre ajena colorastes
El mar vecino y arena el suelo
Primero que el valor faltó la vida
En los cansados brazos que muriendo
Con ser vencidos llevan la victoria
Y esta vuestra mortal triste caída,
Entre el muro y el hierro os va adquiriendo
Fama que el mundo os da y el cielo gloria

Miguel de Cervantes

ILUSTRACIONES

Estatua de D. Juan de Austria (pág. 121).— Representa este grabado la estatua que en honor de don Juan de Austria erigió la ciudad de Mesina. Es una soberbia obra de arte fundida en bronce, cuyo autor, Andres Calamech, la terminó en el año 1575.

D. García de Toledo (pág. 124).—Otro de los insignes marinos que ilustraron las páginas de nuestra historia en este famoso siglo, es D. García de Toledo, segundogénito del marqués de Villafranca D. Pedro de Toledo y nieto del célebre D. Hernando de Toledo, duque de Alba. D. García nació en 1514 en Villafranca del Vierzo, y educóse en la escuela del almirante genovés Andrea Doria. A las ordenes de éste hizo varias campañas, y por su valor y su pericia consiguió muy joven aún el título de general de las galeras. Pronto acreditó que era digno de mandarlas, pues cuando después de la jornada de Carlos V á Túnez recibió el cometido de expurgar de piratas el Mediterráneo, hízolo con tan gran fortuna, que apresó gran número de bastimentos turcos, y algún tiempo despues tuvo la suerte de apoderarse de los que con rico cargamento y numerosos esclavos enviaba Barbaroja al Sultan, tras la desastrosa jornada del Emperador á Argel.

El sistema de guerra marítimo se reducía en epoca normal á súbitos ataques a las posesiones enemigas, saqueo de los pueblos del litoral, quema de pueblos, robo y violencias de todo genero: este sistema era el que seguían por regla general turcos, berberiscos y cristianos. El archipielago griego y la tierra firme que junto a el se extiende era el teatro escogido por los cristianos para tales correrías; nuestras mal cuidadas costas ofrecían en cambio excelente campo para las acometidas de nuestros enemigos, y como recuerdo de aquellos días aciagos, consérvanse en el litoral de Cataluña algunos torreones aislados, á los que se refugiaban los habitantes de los pueblecillos marítimos siempre que divisaban las velas del corsario. A la guerra en corso se dedicó durante diez y siete años D. García; pero cansado de este ejercicio pidió al Emperador por conducto de su padre que le empleara en otro genero de empresas, y teniendo en cuenta Carlos V su petición, nombróle coronel general de infantería, pasando a desempeñar sus nuevas funciones en la campaña de Italia de 1552. Por sus buenos servicios mereció el título de general acompañado de una expresiva carta del Emperador.

Tanto en los últimos años del reinado de este, como en los de su inmediato sucesor, prestó D. García de Toledo en mar y tierra grandes servicios a la monarquía. Por eso sin duda el rey Felipe le dispensó distinciones tales como el nombramiento de capitan general de Cataluña y luego de capitan general de la mar, en reemplazo del célebre Doria.

Puesto al frente de una armada compuesta de noventa y tres galeras ó naves y sesenta galeotas y fustas, en la que se embarcaron gran número de soldados de las tres naciones, D. García dirigióse en Agosto de 1564 á conquistar el Peñón de la Gomera, nido de piratas que vanamente habían atacado antes nuestros marinos. D. Garcia de Toledo lo acometió sin embargo con gran fortuna, pues a la vista de su escuadra huyeron los moros de la costa a la ciudad de los Velez, y el general español pudo desembarcar felizmente a todas sus tropas. Efectuado esto, dió las mas severas órdenes prohibiendo toda escaramuza, trazó y fortificó su campo al amparo de un castillejo que dominaba a la playa, dispuso un reconocimiento en regla y tomó la vuelta de Vélez llevando convenientemente distribuída su fuerza y protegiendola con cuerpos flanqueadores. De este modo y á costa de muy pocas perdidas se hizo dueño de la plaza.

Hé aquí en qué forma se apoderó del Peñón: «Gobernaba el General, dice uno de sus biógrafos, mas con el freno que con la espuela al ánimo impaciente del soldado, que quería atacar desde luego á la morisma. Ante todo mandó hacer una trinchera, defendida con piezas de campaña, y en la playa un bastión con doce piezas gruesas á 250 pasos del Peñón, de modo que los sitiados no pudieran ser socorridos por mar ni por tierra; les envió un parlamentario, acabados los preparativos, ofreciendo honrosas condiciones, y siendo desechadas con arrogancia, rompió el fuego la batería de posición, haciéndolo al mismo tiempo las galeras. El primer día quedaron destruídas dos torres del castillo y desmontados varios cañones, sin perjuicio de rechazar con gran pérdida á los berberiscos que vinieron por la parte de tierra sobre la retaguardia del ejército. Al amanecer el segundo, vieron los moros establecida otra batería en un cerro, á tiro de arcabúz del castillo, que hacía inútil la resistencia; abandonaron entonces á su jefe, que quería continuarla, evadiéndose por la parte de la mar; y como descubrieran la fuga las galeras, su gente subió por el Peñón, y fué la primera en entrar en el fuerte. Tomó posesión D. García el día 6 de Setiembre; hizo reparar las fortificaciones; dejó guarnición de quinientos hombres, y reembarcando las tropas con el mismo orden, aunque bajo el fuego constante de la infantería y caballería de los moros, dió la vuelta á Málaga con asombrosa celeridad. «Señor, escribía al rey D. Felipe, Dios se ha servido darme victoria de la plaza más fuerte del mundo; pido á Vuestra Majestad que se den gruesas limosnas á la casa de Monserrat, á la de los Ángeles, al monasterio de monjas de Gerona, al de Perpiñán, á la casa de Guadalupe, al colegio de Nola y al de Nápoles.» Esta fué su propuesta de gracias. Acabada la expedición, ideó y propuso la de cegar el río de Tetuán, nido de piratas; pero ésta la llevó á cabo D. Álvaro de Bazán. D. García fué remunerado con el vireinato de Sicilia, donde la fortuna le preparaba el mayor de los lauros de su brillante carrera (1).»

Nuestros lectores recordarán que hallándose al frente de este vireinato, atacó el Gran Turco la isla de Malta (1565); y que hallándose obligado por la gratitud hacia los caballeros de esta orden religiosa, encargó el Rey á don García que se pusiese de acuerdo con el Gran Maestre Lavalette para la buena defensa de la misma. A propósito de este famoso sitio, ya dijimos que los socorros que remitió el virey español fueron escasos, y el último á poco resulta infructuoso. Sin embargo; no es menos cierto que D. García se interesaba en la defensa, pues mandó á pelear con los caballeros á su hijo, el cual halló gloriosa muerte en Malta, y á él se debió en último caso la salvación de la isla. ¿Obedeció al obrar con tanta lentitud á órdenes reservadas del Monarca? ¿Creyólo más conveniente á la seguridad de Sicilia? Es difícil asegurarlo, aunque no sería justo dar crédito á suposiciones que menoscaban la honra de varón tan esclarecido.

Los conocimientos militares que poseía D. García eran muy profundos, y de ello dan testimonio su correspondencia y las interesantes memorias que redactó y envió al Consejo de la Guerra del Monarca. Nombróle éste consejero de D. Juan de Austria en las primeras operaciones marítimas que su hermano realizó; y como D. García, muy achacoso ya, no pudiera acompañarle, sostuvo con él constante correspondencia, muy curiosa por cierto para cuantos quieran estudiar los progresos de la guerra naval en este periodo. Pero fué algo más que un inteligente consejero del joven vencedor de Lepanto; fué un amigo, un confidente leal, según también lo prueban algunas cartas concernientes á la política y relativas á las aspiraciones del austriaco.

Retirado de la milicia á causa de sus achaques, sorprendióle la muerte en Nápoles en 31 de Mayo de 1578. Hízosele solemne entierro; llevando la infantería vueltas las picas y arrolladas las banderas; roncos los pífanos y destemplados los tambores. El dolor de cuantos habían militado bajo su bandera fué cumplidísimo testimonio de su bondad y de su mérito.

Estandartes de Lepanto (pág. 125).—Estos dos preciosos estandartes procedentes de la armada cristiana que combatió en la memorable batalla de Lepanto, fácil es que hayan desaparecido en el incendio de la Armería Real acaecido en Junio de este año (1884). Ricamente bordados con seda de diversos colores ostentaban en el centro dos imágenes primorosamente ejecutadas. Rodeábales un flequillo de seda y de su asta pendían dos borlas de igual materia.

Medalla conmemorativa (pág. 128).—Fué acuñada esta medalla con motivo de la solemne entrega del estandarte de la Liga á D. Juan de Austria. En la iglesia de San Francisco de Nápoles recibiólo el príncipe de manos del cardenal Granvela, virey interino á la sazón por muerte del duque de Alcalá, y legado para este acto de Pío V. «Era azul, dice un historiador coetáneo, con la imagen de Jesucristo crucificado y las armas del Pontífice al pié, y las del Rey y de Venecia ligadas con una cadena, y abaxo las de D. Juan.» En el acto de ponerlo en manos de éste, díjole el legado: «Toma, dichoso Príncipe, la insinia del verdadero Verbo humanado; toma el vivo señal de la santa fe de que en esta empresa eres defensor. El te dé victoria gloriosa del enemigo impío, y por tu mano sea abatida su soberbia.» Luego el pueblo dixo: «Amen.»

Esta ceremonia tuvo lugar á primeros de Agosto de 1571.

(1) Fernández Duro, *Marinos célebres.*

Casco turco (pág. 129).—En la Armería Real y entre los objetos cogidos al célebre Alí-baja, almirante que mandaba la escuadra otomana en Lepanto, figuraba este notable casco de acero en forma de turbante. Compónese de varias piezas, todas ellas trabajadas con gran primor, en especial las del remate y barbote, estas últimas unidas por medio de tornillos. El casquete formado por dos láminas de acero tiene sobrepuesto un cuerpo de hermosa labor: en el botón del remate debía colocarse la garzota.

Espada española (pág. 132).—La guarnición de esta espada es blanca de dos puentes y un solo gavilan curvo; el pomo estriado; el puño cubierto de torzal de plata y seda; la hoja del *perrillo* de cuatro mesas, y de 1 vara, 7 pulgadas, 3 líneas de longitud.

D. Juan de Austria (pág. 133).—Siete años después de haber perdido Carlos V á su esposa, prendóse de una hermosísima mujer de Ratisbona, llamada Bárbara Blomberg, y de las relaciones amorosas que con ella tuvo, fué el fruto un niño al que se dió el nombre de Juan y el apellido de Austria. El Emperador trató de ocultar en lo posible este nacimiento, asegurando algunos escritores que no tanto por el hecho en sí cuanto por no haber sido la Blomberg madre del niño, pero esta suposición ha sido hoy desechada por completo. Tampoco es cierto que fuera dama de alto linaje; antes al contrario mujer oscura y de costumbres algo libres.

Fué el niño D. Juan confiado con el mayor sigilo á D. Luis de Quijada, mayordomo de Carlos y hombre de toda su confianza, quien lo condujo á España al pueblecillo de Villagarcía, lugar de su dominio, y allí se educó al lado de la excelente esposa de aquél doña Magdalena de Ulloa, pero con tal misterio que ésta no pudo saber hasta 1559, en que fué reconocido, cuál era el origen de este niño. No impidió tal circunstancia que entrañablemente le amara, pues D. Juan reveló, en edad muy tierna, cualidades propias de los que han de ser hombres de talla. Su despejo, su gracia, su altivez y su atrevimiento le hacían descollar entre los muchachuelos qne le rodeaban, y captábanle las simpatías de cuantos le veían; el mismo Emperador se deleitaba en Yuste contemplándole, y habiendo ordenado á D. Luis lo condujera á su retiro en calidad de paje, entretuvo allí el niño la sosegada vida de su achacoso padre. La voluntad de Carlos era que D. Juan se consagrara á la Iglesia, y á este efecto dió algunas órdenes á Quijada, para que encaminase sus aficiones á tal objetivo; pero «como la primera edad, dice un coetáneo, después del primer tinte que tomó en la gustosa costumbre, muda de color con dificultad, dejaba ya mal el niño sus caros juegos.»

Carlos murió sin revelar á D. Juan su origen; pero le dejó eficacísimamente recomendado á D. Felipe, á quien antes de espirar dió cuenta del secreto. Felipe lo conservó hasta 1559, es decir, por espacio de dos años. Había regresado á la sazón de Flandes y en ocasión de una cacería ordenó á Quijada que le presentara el adolescente. Entonces compareció D. Juan á presencia de su hermano, que rodeado de lucida comitiva se hallaba en el convento de la Espina; prosternóse á sus piés y levantólo con bondad el Rey diciéndole estas palabras: «Buen ánimo, niño mío, que sois hijo de un nobilísimo varón. El emperador Carlos V, que en el cielo está, es mi padre y el vuestro.» Reconocido de esta suerte pasó á educarse D. Juan en palacio con la familia real, recibiendo las distinciones propias de su rango, aunque no título de *infante*, honor á que en vano aspiró siempre. Cuidadoso de su educación dispuso el Monarca que con el príncipe Carlos y Alejandro Farnesio fuera á estudiar á la universidad de Alcala. A los dos aventajaba D. Juan, pues aunque eran todos de una misma edad (catorce años), les aventajaba en talla, ingenio y costumbres, y puestos en cotejo resultaba el patizambo y jorobado Carlos si cabe más repugnante. «Era un adolescente de rostro no solamente hermoso, sino agraciado: rubio templadamente el cabello, agudos y resplandecientes los ojos, y finalmente todo él bien tratado y de gentil aire.» No parece que ejercieran en ninguno de los tres gran influencia las letras, y menos en el ánimo de D. Juan los consejos del Rey para que abrazase la carrera eclesiástica, pues el niño, deslumbrado por la magnificencia de la córte, menos que nunca pensaba resignarse á condición tan pacífica y regalada. Gustaba por el contrario de lucirse en las justas y torneos, y era galanteador, fastuoso y valiente. Su primera empresa revela tanto atrevimiento como bravura: sin dar cuenta al Rey abandona secretamente la córte y se encamina á Barcelona para dirigirse á Malta á la sazón sitiada por los turcos. Este fué el primer disgusto que dió a su hermano, ya enojado por la aversión que tenía D. Juan al clericato; mas por diligente que anduviera el mozo, el Rey logró detenerlo en el camino, y no bien llegó á Barcelona, fué en su poder la orden terminante de regreso. D. Juan obedeció, dirigióse á Valladolid, donde se hallaba la córte, y allí imploró y obtuvo perdón del agraviado monarca.

Bien convencido se hallaba éste de que era inútil contrariar las aficiones del joven; y por lo mismo aprovechó la ocasión de haber declinado D. García de Toledo el cargo de capitán general de la mar para nombrar en su reemplazo á D. Juan, lo que aconteció en Enero de 1568. En el título expedido á éste en 15 de dicho mes, se lee entre otras cosas: «Siendo este cargo de la calidad, confianza y importancia que es, habemos determinado y acordado de elegir y nombrar á vos el ilustrísimo Sr. D. Juan de Austria, nuestro muy caro y muy amado hermano, por nuestro capitán general del mar Mediterráneo y Adriático, así de las galeras nuestras que al presente estan armadas y se armaren adelante, como de las sesenta que se arman y han de armar con el subsidio eclesiástico, y de otros cuales-

quier navíos de alto bordo, fustas, galeotas y bergantines que mandásemos hacer y juntar por mar con las dichas galeras ó parte dellas para cualquier empresa y ocasión que se ofrezca; siendo como somos cierto que por ser como sois, á Nos tan junto en sangre y amor, por el crédito y satisfacción que tenemos del ánimo, valor y otras muchas y singulares virtudes que en vuestra persona concurren, correspondiendo á quien vos sois y conforme al gran celo que habéis siempre tenido y mostrado á las cosas de nuestro servicio, nos serviréis en el dicho cargo con el amor y fidelidad y diligencia que negocio de tanta importancia requiere.»

En Junio del año antes citado tomó D. Juan el mando de la escuadra, y para que en estas prácticas adquiriera el jóven la mayor suma de conocimientos, acompañáronle como lugarteniente D. Luis de Requeséns y como á jefes y capitanes los hombres de guerra más expertos. D. García de Toledo, con quien mantuvo constante correspondencia, fué su consejero en los asuntos relativos á organización, armamento y expediciones. En esta primera campaña ejercitóse el joven en la caza de naves corsarias, aprendiendo al propio tiempo las maniobras marítimas. Pero á los ocho meses de practicar en el mar, ofrecióse á su actividad un nuevo teatro: la guerra de Granada, á la que fué llamado por el rey, y de la que hemos dado cuenta en el anterior Estudio. En ella completó D. Juan sus conocimientos militares y tuvo la desgracia de perder á su buen ayo, el leal Quijada.

Terminó la guerra de Granada en 1570 y dirigióse D. Juan á la córte, donde permaneció hasta el 6 de Junio de 1571, en que, nombrado generalísimo de las fuerzas de la Liga contra el turco, la abandonó para dirigirse á Barcelona y de allí á Sicilia. Ocioso sería repetir aquí la serie de hechos á que dió lugar la confederación y guerra contra el Sultán. La cristiandad entera saludó á D. Juan de Austria como á su libertador; Nápoles le aclamó con entusiasmo al entregarle el estandarte de la Liga; Mesina le acogió llena de júbilo al verle entrar en su puerto después de la victoria, llevando á remolque las galeras turcas; le erigió una estatua y le ofreció un presente de 30,000 coronas; Roma le felicitó y el Pontífice pronunció lleno de júbilo las palabras del Evangelista: *Fuit homo missus a Deo, cui nomen erat Joannes;* el mismo D. Felipe abandonó su habitual reserva escribiéndole una expresiva y cariñosa carta. Y en verdad que muy merecedor fué D. Juan de estas felicitaciones; si dirigió la flota como buen general, luchó en cambio como á valiente soldado y recibió en la refriega una herida. Sin su energía en el consejo no se diera la batalla, sin su constancia en sostener la orden dada, no llegaran los confederados á las manos con el enemigo. A D. Juan de Austria, á los españoles se debió antes que á nadie el triunfo de Lepanto. Y ¡quién sabe si de seguirse sus consejos se hubiera conseguido una nueva victoria forzando en 1573 la entrada del puerto de Modon!

La expedición á Túnez fué nuevo título de gloria para D. Juan, pero quedó ésta oscurecida por la rápida pérdida de esta plaza al año de haber sido conquistada. No tuvo de ello culpa alguna D. Juan, que, ocupado en arreglar los disturbios de Génova, dió oportuno aviso á Nápoles y Sicilia para que se los socorriera, y aun organizó una flota y por dos veces intentó en persona acudir al Africa. Pero la caída de la Goleta y Túnez menguó su reputación en la córte. Tenía además D. Juan allí un enemigo en Antonio Pérez, y á los manejos de éste debió el recelo con que siempre le miró su hermano. El empeño de Pérez fué mantener alejado de la córte á D. Juan; por lo mismo que éste se mostraba anheloso de captarse el amor del Rey, ser el primero en su corazón y en su consejo, y ganoso de obtener el título de *Infante:* el empeño del Rey fué mantener siempre á su hermano á cierta distancia del trono y reducido á una categoría inferior á la que aspiraba. Hubieron, por lo tanto, de sentar mal al Rey los deseos de ceñir una corona que á D. Juan abrigaba, y explotó hábilmente la desconfianza del Rey su astuto privado.

Desde esta época nótase entre los dos hermanos cierto recelo, hijo en Felipe II de la ambición que en su hermano despertó por ceñir una corona «porque el Rey, dice Cabrera, no quería tuviese más voluntad que la suya, ni más honor ni bien que el que él le diese (1).» Mignet dice que tal idea la concibió D. Juan después de la batalla de Lepanto y á ella cree que obedeció su plan de no desmantelar á Túnez (2). El hecho es que el Rey vió este acto con muy malos ojos y que procurando entretener en Italia á su hermano, distrájole de esta empresa y descuidó el sostenimiento de la Goleta y Túnez, con cuya caída vinieron al suelo los proyectos de D. Juan. Pero á estas ilusiones sucedieron en la mente de D. Juan planes no menos quiméricos, sustentados también por el Pontífice, y consistentes en una expedición á Escocia en socorro de la Reina María Stuard, á quien correspondía la corona de Inglaterra, ceñida por la hija adulterina de Enrique VIII. Atacando á Isabel, se privaba de socorro á los rebeldes de Flandes; y de realizarse el matrimonio de María con D. Juan, levantaríase sobre las ruinas del trono anglicano, el poder católico. Pero estos planes que juzgo Felipe insensatos, si algún efecto produjeron fué aumentar los recelos del Rey, astutamente fomentados por Antonio Pérez. Por consejo de este separóse del lado de D. Juan á su secretario Soto, como hombre que exaltaba la ambición del austriaco; por indicación del privado se nombró para reemplazarle á Juan de Escobedo, persona de la confianza de Pérez, pero que pagó después muy cara su lealtad á D. Juan.

Muerto el comendador Requeséns ideó el rey mandar á D. Juan de Austria á Flandes, y por cierto en circunstancias bien difíciles. Sin embargo; obedeció D. Juan, acariciando la idea de su expedición á Escocia, y marchó á un país dominado por la anarquía, falto de las necesarias tropas y aun éstas mal pagadas, y llevando instrucciones de paz que eran de todo punto irrealizables. Lo que sufrió en su gobierno D. Juan es indecible. Después de haber empleado cuantos medios le sugirió su generosidad, vióse aislado, mirado con recelo por los naturales, blanco de

(1) *Hist. de Felipe II,* Lib. xi, Cap. 3.
(2) *Antonio Pérez y Felipe II,* pág. 14.

las calumnias del de Orange, mal sostenido por su hermano, disgustado con los soldados y amenazado por el puñal del sicario. Muchas de sus cartas al Rey quedaban sin contestación y las pocas contestadas llegaban a Flandes, a causa de la distancia y la lentitud de Felipe II, sin oportunidad. Desesperado, enfermo, sin recursos, deseaba descargarse de peso tan superior á sus fuerzas y con este motivo escribía su secretario Escobedo al Rey en 10 de Febrero de 1577 una expresiva carta en la que entre otras cosas se consigna lo siguiente:

«El Sr. D. Juan es hombre; y sin consejo ni aviso de nadie sabe donde le mata, como dicen, el zapato; y no le parece que ha servido de manera que haya de pensar V. M. que tiene cumplido con el con tenerle ocupado en gobiernos y generalatos de mar y tierra, y *dice francamente que no los quiere*: que irá á servir a V. M. en una ocasión como esta ó como la venida de la armada del gran Turco por tiempo limitado, que lo haría con gran voluntad, pero que acabada aquella que se había de tornar con su caña al punto y servir allí a V. M. que este y no gobiernos es su lugar, entre tanto que V. M. no le da estado como a hijo de su padre y hermano de V. M... y sepa V. M. que me huelgo de verle con tan honrados pensamientos, porque donde los hubiere nunca habrá que temer en materia de lealtad.»

No quería D. Juan *perder su crédito y reputación en Flandes*, y no convenía á Pérez que regresara a España. Por otra parte el Rey, mas ó menos influído contra su hermano, deseaba que éste concluyese la guerra, pero *no con las armas*, sino por medio de componendas que caían por su base no transigiendo en lo de la religión y eran altamente perjudiciales al credito de nuestra patria. Esto era lo que más repugnaba á D. Juan, y esto lo que sirvió de hincapié á los rebeldes para tacharle de enemigo de la paz. De aquí se han originado tambien diversos pareceres respecto á su conducta: quien le tacha de excesivamente confiado; quien de sobradamente receloso. Si hemos de ser justos, no puede criticársele por haber despedido los tercios, pues obedeció á las órdenes que tenía de su Rey, obrando con arreglo á lo pactado en Gante; su retirada á Namur es más difícil de calificar, y aunque pudiera considerarse prudente, llevóse a cabo de una manera poco habil: en cambio pueden vituperársele con mas fundamento sus atrevidos proyectos respecto á Inglaterra, proyectos fomentados por el Papa y que primero se limitaron a la expedición á Escocia y al casamiento con María Stuardo; luego á un matrimonio con la misma Isabel, que no llegó á formalizarse. Sus tratos con los Guisas y con los escoceses, distrajéronle no poco de los asuntos de Flandes; y sobre todo fueron admirablemente explotados por sus enemigos y aumentaron mas y mas el recelo del Rey, que influído por Pérez y alarmado por los rumores que propalaba Orange, llegó á concebir serias sospechas de su hermano y se mostró altamente receloso con él. Si á ello se añade la interrupción de la correspondencia entre el Rey y D. Juan por los rebeldes, y la perplejidad y zozobra que esto producía en el animo de ambos, comprenderase cuán difícil era concordar sus pensamientos y acompasar sus voluntades. Por lo mismo, D. Juan, falto de los recursos que exigía la guerra, y deseoso de dar á conocer su situación al Rey, decidió resolver los múltiples asuntos de su gobierno, mandando á Escobedo á España para que tratase personalmente con Felipe de estos negocios y en especial de la conquista de Inglaterra. Pero Escobedo, llegado á nuestra patria en Julio de 1577, fué asesinado en Marzo de 1578 en las calles de Madrid. La orden partió del Rey, pues existe una carta de Felipe a Perez en la cual le dice: «Mátale antes que él nos mate.» ¿A qué obedecía? Sin duda alguna á los pérfidos consejos de Pérez, que facilmente hallaron eco en el alma mezquina y cobarde de Felipe (1). «No había, dice el P. Estrada, para que dar muchas lecciones en el arte de sospechar al rey Felipe II.»

La muerte de Escobedo colmó el disgusto de D. Juan, rodeado de intrigas y de enemigos, vencedor en las llanuras de Gembloux y vencido en las de Rimenant. Si algún lenitivo experimentó entre tantos pesares fué la llegada de los veteranos de Italia y de su sobrino Farnesio. Con ayuda de estos y con los pocos recursos que le facilitaron en España, aun podía esperar conseguir nuevos triunfos. Pero su quebrantada salud (ó quizas el veneno) no le permitió gozar otros días de gloria. «Oprimido por horas de nuevos y mayores aprietos, dice Estrada, y desamparado, como se quejaba claramente, del Rey, y entregado al ludibrio de los enemigos, este príncipe de grandes esperanzas (*que le hubiera estado quizá mejor el no acordarse tanto de su padre*), se consumió en manos de las tristezas.» Atacóle la enfermedad en Bouges, cerca de Namur, y creyóse tal vez, no sin fundamento ver en su cuerpo huellas de veneno. Bueno es hacer constar que ya se habían fraguado algunas asechanzas contra su vida, y si se tiene en cuenta lo generalizado que se halla recurso tan infame no fuera extraño que envenenado pereciera D. Juan (2).

(1) La causa fué haber querido dar Escobedo cuenta al Rey de las liviandades de Pérez; el pretexto encontróle este en los tratos sospechosos que decía llevaba D. Juan con el duque de Guisa y los suyos; sus pretensiones al trono de Inglaterra y aun los propósitos de alzarse con el gobierno de los Países Bajos y de arrebatarle la corona de España. Escobedo fué delatado como alma de tal conspiración, y asesinado por orden del Rey, según lo acredita el auto extendido por Rodrigo Vázquez el 21 de Diciembre de 1589 y el billete de fecha [illegible] de Enero de [illegible], dirigido por el Rey, al mismo Vázquez, juez de la causa, documentos ambos que figuran entre los M. S. del Proceso.

(2) Los dos documentos que a continuación reproducimos, suscritos por el médico de cámara de D. Juan, parecen confirmarlo así:

«Señor: Martes 16 de Octubre de 1578. A las ocho de la noche el Sermo. Sr. D. Juan de Austria sintió una calentura lenta, la cual perseveró así hasta el miércoles siguiente a la misma hora, en la cual comenzó a crecer notablemente, y de allí adelante hasta el cuarto día fué creciendo paulatinamente; veníanle de cuando en cuando unos saltos de corazón que le hacían levantar el cuerpo de la cama, al fin del segundo día comenzaron unos temblores de manos, lengua y casi todo el cuerpo, juntamente con movimientos convulsivos de ojos y cabeza, que casi se parecían a paroxismos epilépticos y hacía visajes con la boca que se le había puesto negra, la lengua comenzó a ponerse

Aunque tardíamente, llegó a conocer este el ánimo del Rey, *implacable á todos los obsequios*, según frases del jesuita historiador, y es facil que, de haber sanado, se hubiese retirado á la vida privada. Lo cierto es que poco antes de morir hizo propósito de fijar su residencia en el famoso monasterio de Monserrat, asilo digno en verdad del caballeresco y malogrado joven.

Su cadaver fue enterrado con gran solemnidad, llevandole en hombros los maestres de campo del ejército desde los reales de Bouges á Namur y acompañándole todas las tropas con las picas vueltas y las banderas arrastrando. Fué depositado en la iglesia de Namur y de allí dividido en piezas y colocado en tres maletas, conducido a España: llegado á la córte, se le compuso con lana y alambres y armado de todas piezas colocósele a la vista del Rey; luego se le dió sepultura en el Escorial junto á su padre Carlos V, como él había deseado.

Tuvo D. Juan dos hijas naturales, la primera de una dama napolitana; la segunda de una señora española: ambas entraron en un convento, y una de ellas estuvo complicada en la célebre aventura del *Pastelero de Madrigal.*

El historiador Lorenzo Vander Hammen hace en su *Historia de D. Juan de Austria* el siguiente panegírico de este insigne personaje:

«Fué de temperamento sanguíneo, señorial presencia, algo más que mediana estatura; inclinado a lo justo, de agudo ingenio, buena memoria, alentado y fuerte, tanto que armado, nada como si no tuviera cosa alguna sobre sí; ligero, agradable, cortes, gran honrador de las letras y las armas; excelente hombre de á caballo. Tuvo la frente señorial, clara, espaciosa, los ojos algo grandes, despiertos y garzos, con mirar grave y amoroso; hermoso rostro y poca barba, lindo talle y airoso, liberalidad y gravedad en acciones y palabras, fe en las promesas, fidelidad en el servir á su hermano, discreción y esfuerzo, celo de la religión católica, reverencia de las cosas y personas sagradas, secreto y presteza en ejecutar, credito y autoridad aun con los enemigos, de manera que su nombre y reputación disminuía su ánimo y osadía. Vencía con clemencia, gobernaba con benignidad, proveía y ordenaba con madureza, hallábase constantemente en los casos prósperos y adversos, experimentado en la milicia terrestre y marítima; de gran conocimiento en los consejos, sabía elegir bien sus ventajas, medía bien las fuerzas, y acomodaba la providencia á los casos y deliberaciones, según la variedad de los accidentes, presentábase á sus soldados con afabilidad y ordenaba con agrado. Con esto y con hablar á cada uno en su lengua materna tenía obediente á sus órdenes y mandamientos tanta diversidad de gentes, tanta variedad de costumbres, tanta desproporción de ánimos como se halla en los ejércitos compuestos de ordinario de diferentes naciones.»

Por exagerado que parezca este elogio, fuerza es convenir en que D. Juan poseía altísimas dotes; carecía no obstante de madurez de juicio; preocupado por la idea de sobresalir de su condición, perdía de vista asuntos de más monta que dependían de su mano; conoció muy tarde el carácter de su hermano, y facil es que, de haberse librado de la muerte, la triste persuasión que de su conducta llegó á adquirir, le hubiese inducido á dejar para siempre la vida política.

Medalla conmemorativa pág. 134).—Entre las diferentes medallas acuñadas para conmemorar la batalla de Lepanto y que se encuentran diseminadas por las colecciones de Europa, figura la que reproducimos en la página citada, en cuyo anverso aparece el busto de D. Juan con esta inscripción: *Ioannes. ab. Austriæ. Ca. Ce. S. L.*,

seca y toda la boca, que con ninguna cosa se podía humedecer, y la garganta tan sentida que no se le podia hacer tomar nada que no fuese, líquido.

»Todos estos accidentes perseveraron hasta el onceno día; el setimo aparecieron algunas manchas como de tabardillo; al nono mas, y al onceno tantos, que un dedo no se le podía poner sin tocar en mancha, y al duodecimo tenía tantas que parecia una plasta, y entre ellas algunas lívidas y otras coloradas, que tenian en medio unas puntas negras y asperas. Y habiendo perseverado los demás accidentes sobre dichos, cerca del anochecer del onceno día le comenzó á atacar un como soporoso sueño, de que no se le podía despertar, y luego cesó á comenzó a delirar tan grandemente, y con tantos visajes y movimientos convulsivos, que parecía que rabiaba. En esta tierra mueren muchos de tabardillos; pero ninguno con tantos accidentes; de modo que es negocio de tal calidad, que nos puso á los medicos en alguna sospecha no le hubieran dado *algo*, aunque no nos determinamos á afirmarlo.»

Con fecha 3 de Noviembre de 1578, da cuenta al Rey el Dr. Ramirez de haberse efectuado la autopsia del cadaver de D. Juan de Austria, en la siguiente forma:

«Por falta de materiales no se pudo abrir el cuerpo hasta veinticuatro horas despues de muerto, y cuando entramos á tratarlo de hacer no se podía sufrir el mal olor del aposento. Desde los hombros hasta los muslos en longitud, desde la nuca hasta junto las tetillas, y mitad de las costillas, estaba negro, y los cabos de lo negro verde y azul, y desde los hombros a los codos estaban tambien los brazos negros y verdes, y detrás de las orejas y en el cuello, y lo demás de los brazos y en los pies, lleno de manchas azules. Sajadas estas partes estaba la carne del mismo color, y sin ninguna consistencia, antes parecía engrudo negro, y no salia humedad ninguna de ella, lo cual suele salir en otros cuerpos. Despues de abierto vimos todo lo interior, como son tripas, pulmones e hígado y las demás partes, negras y verdes, y manchadas de azul y rojo, y en llegando á tirar de una parte, asi se deshacia de otra como si fuese borra, sin tener ninguna consistencia ni liga, y el corazón casi no tenia sangre ni otra humedad, antes estaba muy pequeño y arrugado, como si fuese un trapo mojado. El cerebro y telas en que se envuelve estaba tan seco todo, que parecía haberlo limpiado aposta de toda humedad y sangre, y tambien de color azul.

»Y es de advertir que los que mueren de tabardillo, especialmente con presiones de cabeza, (como es delirio y sueño profundo como se ha visto en anatomías), suelen tener en el corazón y cerebro mas sangre, y en toda la capacidad de la cabeza y entre las telas mucha humedad que parece suero, y en este bendito cuerpo no se halló ninguna. La anatomía se hizo en presencia de otros médicos, los cuales se admiraron del excesivo olor, y dijeron que sólo habían visto otra cosa igual en algunos cuerpos que habían *muerto de venereo.*»

y en el reverso una representación de la batalla con la siguiente leyenda *Vict. Concordia Frum.* Ciérnese sobre las dos escuadras una figura representando la victoria.

Esta medalla pertenece á una colección particular.

Rodela morisca (pág. 135).—El catálogo de la Real Armería, en el que figura con el número [illegible], la describe así: «Rodela morisca muy elegante, de madera, y cubierta de seda de color de rosa. En el centro, ombligo ó copa, hay un rosetón ó magnífico adorno, relevado, grabado y dorado, alternando radios dorados con blancos en forma de jirandula; campo dividido por seis listas grabadas y doradas, entre las cuales hay rosetones iguales al del centro. Esta rodela, según la tradición, fué ganada por D. Juan de Austria, al caudillo de los moros sublevados en las Alpujarras.

Habitación de Felipe II (pág. 137).—De la magnífica obra titulada *Historia descriptiva, artística y pintoresca de San Lorenzo del Escorial*, escrita en francés por D. Antonio Rotondo, traducimos el siguiente párrafo concerniente al aposento de D. Felipe II en el monasterio.

Se da este nombre á la celda que habitó el fundador del Escorial cada vez que se trasladaba al monasterio, y en la cual murió, después de larga y terrible enfermedad. Celda sencilla, pobre, mas bien que palacio de rey y de rey poderoso, encierra todavía objetos dignos de ser conservados: la alcoba que mandó construir, contigua al oratorio real con vista al templo; la mesa escritorio, un modesto estante para los libros, algunas sillas y dos taburetes en los cuales solía el Rey apoyar su pierna atormentada por la gota. El techo presenta una superficie lisa y sin adornos, las paredes son blancas, el pavimento de ladrillos. Tal era el sello de modestia que el fundador de aquel magnífico edificio imprimía á cuanto le rodeaba, que, según Sigüenza, uno de sus contemporáneos, *no se trasladaba al monasterio para ser rey, sino para ser monje*. Desde la alcoba de este aposento se puede contemplar el altar mayor, gracias á dos puertas que se abren hácia las tribunas, aun cuando las que dan al presbiterio permanezcan cerradas; á cuyo efecto habíase colocado la cama en un rincón del aposento y de modo tal, que el monarca con solo levantar una aldaba de las primeras, pudiese seguir todos los movimientos del sacerdote oficiante. De este modo pudo morir Felipe II, como en realidad murió, contemplando la imágen del Redentor.»

Galera turca (pág. 139).—A mediados del siglo XVI llegó el poder marítimo otomano al mas alto grado de esplendor. Sus flotas excelentemente construídas y armadas, estaban dirigidas por marinos adiestrados en la escuela de la guerra en corso y tripuladas por gentes del archipiélago, asiáticos, africanos y renegados europeos, que reunían á la práctica de la vida de mar un valor á toda prueba. Rival de las de Venecia, Génova y España, su escuadra se presentó en Lepanto á decidir el problema de la soberanía del mar, y por eso este triunfo tuvo trascendencia suma. Desde fines del siglo XVI en adelante el poder otomano declina, y á pesar del célebre astillero de Constantinopla y de sus famosos marinos, no constituye una amenaza de la Europa civilizada.

Uno de los bajeles de transporte empleados por el Turco reproducimos en la página 139, copiándolo de una estampa italiana. Tiene dos palos, y boga á la vela y al remo, siendo aquellas dos elegantes latinas: la popa es alta á manera de castillo y está decorada con figuras y atributos. Como se ve, este bastimento es bastante ligero, y por lo tanto á propósito para el corso, en el que solían emplearse naves de pequeño porte y mucho andar.

Don Diego Hurtado de Mendoza (pág. 143).—Era este insigne escritor descendiente del célebre marqués de Santillana, uno de los próceres de Juan II que se distinguió por su cultura entre los mas ilustres que produjo su época; y sus padres fueron D. Iñigo López de Mendoza, conde de Tendilla y primer marqués de Mondéjar, y doña Francisca Pacheco, hija del marqués de Villena. Hay dudas acerca de la fecha de su nacimiento, pero la que se da como mas probable, es el año 1503.

La educación que recibió D. Diego, fué muy completa. Discípulo del sapientísimo Pedro Mártir de Anglería, de Agustín Nito y del sevillano Montesdoca, en edad muy temprana adquirió extensos conocimientos en variados ramos del saber, especialmente los que entonces compendiaban, por decirlo así, la cultura intelectual: la jurisprudencia, filosofía y humanidades. Pero supo también acreditar el mozo la conocida máxima de su antepasado el de Santillana, probando una vez mas que *la pluma no embota la lanza*; porque como muchos jóvenes de su tiempo, pasó D. Diego de las aulas á los campos de batalla, y de las cátedras de España á los campamentos de Italia, en cuya península después de pelear durante el verano como soldado, acudía á las más famosas escuelas como estudiante. Esto le valió grandes relaciones y excelentes referencias, lo que unido á sus buenas dotes personales, abrióle en la corte del Emperador honorífico camino. Carlos V comenzó por nombrarle, por los años 1530 á 38, su representante en Venecia, república cuyos hombres políticos se distinguían por su flexibilidad y su doblez, y en esta primera embajada acreditó ya su habilidad para sorprender secretos manejos, su tacto y su destreza para destruirlos. Gracias

á ello se descubrieron los tratos que Francisco I mantenía con el Gran Turco, y no se efectuaron las paces que la Señoría iba á pactar con éste.

Desempeñó D. Diego Hurtado, después de su embajada de Venecia, algunas importantes comisiones en la córte de Roma, y tal confianza llegó á inspirar al César, que este le dió el dificilísimo cargo de representante en el famoso Concilio de Trento (18 de Octubre de 1542). Donde reveló hasta donde llegaba su tesón y su elocuencia, defendiendo ante una asamblea compuesta de los hombres más eminentes de Europa, los derechos de su soberano y la necesidad de que el Concilio se mantuviera en Trento. Nadie ignora que Paulo III quiso inferir un agravio á Carlos trasladándolo á Bolonia, y como protestara enérgicamente de ello su representante, el Pontífice le impuso silencio diciéndole «que parase mientes en que estaba en su casa y no se excediese.» A lo que respondió D. Diego «que era caballero, y su padre lo había sido, y como tal había de hacer al pié de la letra, lo que su señor le mandaba, sin temor alguno de Su Santidad, guardando siempre la reverencia que se debe al vicario de Cristo; y que siendo ministro del Emperador, su casa era donde quisiera que pusiese los piés y allí estaba seguro.» Desde entonces el pontífice Paulo III, e miró con malos ojos. Esto no obstante, desempeñó la embajada de Roma en tiempo de Paulo, y compartió tan difícil cargo con el de gobernador y capitán general de Siena, del que fué relevado en 1551. Mas uno y otro, produjéronle grandes desazones, disgustos con algunos cortesanos, y aun tibieza en las relaciones que con el Emperador mantenía; y agravaron estos disgustos la enfermedad que venía padeciendo, unas cuartanas que le pusieron en las puertas de la tumba. Regresó á España el citado año, y en ella permaneció consagrado á los estudios, hasta que el rey D. Felipe II, que parece le profesaba escasa simpatía, echó mano de él para nombrarle su virey en Aragón, nombramiento hecho contra lo que ordenaban los fueros de este reino, cuyos gobernadores debían ser precisamente naturales del mismo. No era este cargo el más á propósito para ser desempeñado con lucimiento, y parece que el Rey quedó poco satisfecho de Mendoza. Quien muy en breve tocó los resultados de la enemiga del monarca, pues como hallándose un día en el palacio real se trabara de palabras con un cortesano, y pasando éste de las palabras á vías de hecho le acometiera con un puñal, desarmóle Mendoza y arrojó el puñal á una galería de palacio (1); esta fué la causa de su destierro á Granada, donde vivió algún tiempo consagrado á sus tareas literarias. Indultado en 1580 regresó á la córte, donde falleció en 1585.

Este insigne escritor fué «de grande estatura, robustos miembros, el color moreno oscurísimo, muy enjuto de carnes, los ojos vivos, la barba larga, aborrascada, el aspecto fiero y de grande fealdad el rostro... Fué asimismo dotado de grandes fuerzas personales y de no menor valor y firmeza en las fuerzas del ánimo, como dotado también de áspera condición y riguroso genio, que le opinaron de algo arrojado é intrépido en la conducta de los negocios de Estado (2).»

Las obras que compuso el insigne Hurtado son, aparte de algunos manuscritos: *La Guerra de Granada*, *El Lazarillo de Tormes*, una traducción de la *Mecánica de Aristóteles*, *Paraphrasis in totum Aristoteles*, *Conquista de Túnez*, *Batalla naval* y diversas poesías. Su extraordinario amor á las letras manifestóse además en los grandes sacrificios que se impuso para la adquisición de selectas obras de la Antigüedad y en la magnífica dádiva que hizo á D. Felipe II para la biblioteca del Escorial (3).

Si por algunos de sus libros tuviésemos que hacer el juicio de su estilo elegiríamos *La Guerra de Granada*, obra vaciada en los moldes clásicos, pero que dista de ser imitación servil de los antiguos. El habla castellana aparece en sus páginas desprovista de falsos afeites é impropias galas, armoniosa y bella, llena de majestad. Si examinamos esta obra bajo otro aspecto, advertiremos la falta de método, de proporción, de armonía: no diremos de crítica, porque el autor que expone con franqueza el estado de las tropas que tomaron parte en la guerra y el concepto que le merecen los caudillos, ha de mostrarse respetuoso con el más alto de los poderes. Así y todo es una joya de la literatura patria que ha valido á Mendoza un lugar escogido entre nuestros buenos hablistas.

(1) En carta que dirigió al Cardenal Espinosa el 20 de Setiembre de 2579, después de enumerar distintos casos de índole parecidos á este, aunque más graves, ocurridos en la córte y disimulados, le suplica interceda por él con el soberano y dice: «Sólo D. Diego de Mendoza anda por puertas ajenas, porque de sesenta y cuatro años, tornando por sí, echó un puñal en los corredores de palacio (que es muy menor desacato), sin poderlo excusar, ni exceder de lo que bastaba.»

(2) Sedano, citado por Rosell en su biografía de Mendoza.

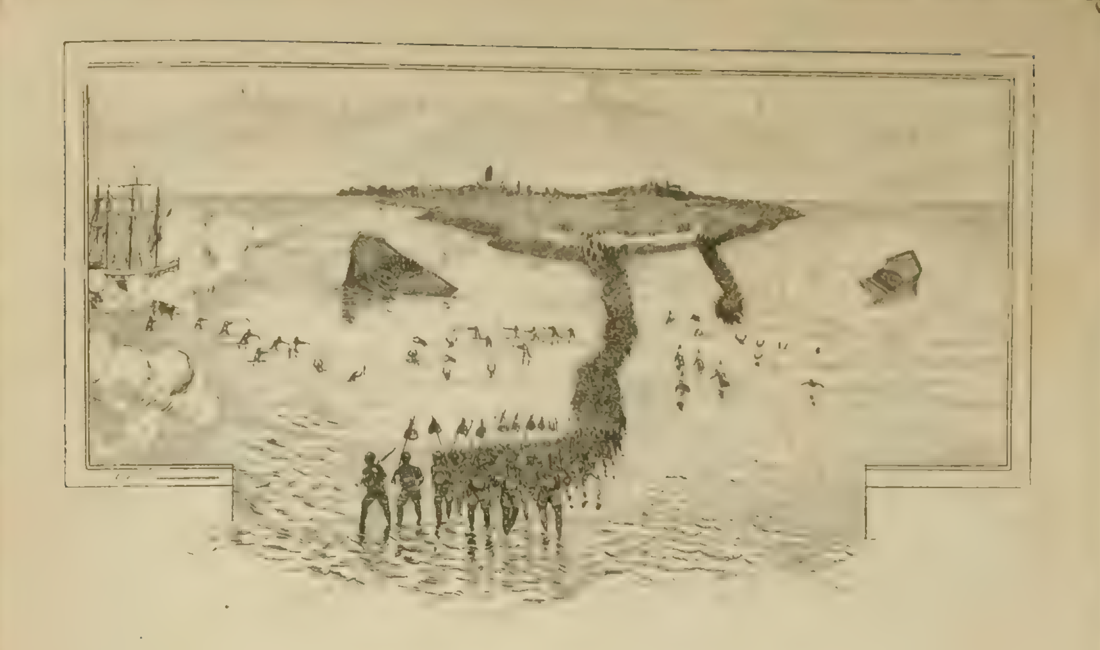
(3) «Siendo embajador en Venecia, dice el Sr. Rosell, comisionó á Nicolás Sofiano para que le copiase cuantos escritos de algún interés pudiese haber á las manos en Tesalia, y al sabio griego Arnoldo Ardenio para que, sin reparar en gastos, hiciese lo propio respecto á los códices de varias bibliotecas, y en particular de la que había sido del cardenal Besarión. Reunió de la literatura griega preciosos monumentos y muchas obras de los más célebres autores, sagrados y profanos, como San Basilio, San Gregorio Nacianceno, San Cirilo Alejandrino, Arquímedes, Herón, Apiano y todas las de Josefo. Sabedor de que entre varios prisioneros había un cautivo muy querido del Gran Turco, le compró por una gran suma, y sin rescate alguno se lo devolvió á su dueño. Agradeció Solimán la fineza, y no queriendo ser vencido, ni aun en cortesanía, indagó qué dádiva sería de más gusto para D. Diego, y en virtud de indicación suya permitió á los venecianos comprar libremente trigo en sus Estados, por la escasez que se padecía en la república, y añadió á esta gracia un regalo de multitud de manuscritos griegos, cuyo número parece exagerar Scoto y disminuir Iriarte, pues éste los reduce á treinta y un volúmenes y aquél afirma que constituyeron el cargamento de una nave; pero Ambrosio de Morales, hablando con el mismo D. Diego, asegura, y esto parece lo más verosímil, que fueron seis arcas llenas. D. Diego ofreció á Felipe II este inestimable tesoro para su biblioteca del Escorial; el Monarca aceptó la oferta, y el mundo literario debe aún á la grandeza del embajador de Carlos V un monumento de su gratitud.»

D. Diego de Mendoza mantuvo amistad y correspondencia con distinguidas personas de su tiempo, recibiendo de algunas significativas pruebas de consideracion. Paulo Manucio le dedicó su edición de las obras filosóficas de Cicerón, y Carranza su *Suma de concilios*. Teresa de Jesús se carteaba con él; tambien sostuvo correspondencia con Perez de Ayala y Castro, que le debieron señalados servicios. En cambio contó no pocos émulos, y á esto, tanto como á su caracter áspero y enérgico, debió en no escasa parte su desgracia. Consignemos de paso que si altas dotes intelectuales reunió este hombre, tuvo tambien recomendables condiciones morales: una conciencia recta, un patriotismo á toda prueba, gran lealtad y generosidad desmedida.

Cañón (pág. 146).—Es copia de un dibujo existente en el Archivo de Simancas (*Mar y Tierra*, Legajo, número 415), y junto al diseño se leen estas frases: «Este encabalgamento es de mar y para piezas de 40 quintales abajo, es tan bueno como de campaña, digo para la muralla, que costará treinta ducados.

Armadura de D. Alvaro Bazán (lámina suelta, pag. 128).—Figuraba en la Armería Real de Madrid con el número 1157 y era procedente de la Armería de D. Felipe II. El catalogo la describe así: «Celada con gola ó guarda cuello, visera de dos piezas y escarcelas de una launa, brazales con manoplas, guantes y guanteletes de grandes copas, medallas con bustos y otros adornos grabados.





ESTUDIO QUINTO

D. LUIS DE REQUESÉNS Y D. JUAN DE AUSTRIA EN FLANDES

CONQUISTA DE PORTUGAL

I. Primeras medidas de Requeséns en Flandes.—Se frustra el socorro de Middelburgo. Operaciones de los Nassau en el Mosa. Batalla de Mook. Motín de las tropas. La campaña de Holanda. Sitio de Leiden. Operaciones en la Zelanda. Sitio de Zierickzee. Muerte de Requeséns. Los Estados se hacen cargo del gobierno. Dudosa conducta de los senadores flamencos. Nuevo motín de los soldados y ocupación de Alost. Las tropas flamencas entran en Amberes. Asalto y saqueo de esta ciudad por los españoles. El compromiso de Gante. — II. Llega á Flandes D. Juan de Austria. Los tercios españoles marchan á Italia. Manejos de Guillermo de Orange. D. Juan se retira á Namur. Regreso de los tercios. Batalla de Gemblours. Conquistas en el Henado y Limburgo. Batalla de Rimenant. Apurada situación de D. Juan. Su enfermedad y muerte. Alejandro Farnesio se hace cargo del gobierno de los Países Bajos. — III. Portugal. Muerte del rey D. Sebastián. Pretendientes á la Corona. Negociaciones diplomáticas. El prior de Crato. Preparativos militares. El duque de Alba invade el reino. Operaciones del ejército invasor. Toma de Cascaes. Batalla de Alcántara. Rendición de Oporto. Felipe II es reconocido por Rey. El prior de Crato en las islas Terceras. Expediciones del marqués de Santa Cruz y célebre combate naval. Conquista de estas islas.

I



Críticas en alto grado eran las circunstancias que atravesaban los Países-Bajos al hacerse cargo de su gobierno D. Luis de Requeséns; porque, sobre encontrarse la rebelión pujante, el país agobiado por los impuestos y devastado por la guerra; la mal retribuida milicia no era suficiente á poner coto á la rebeldía, antes bien muchas veces obstáculo á la paz, á causa de las sublevaciones originadas por la escasez y tardanza del pago. Si esto ya de por sí dificultaba el cometido de Requeséns, todavía lo hacía más delicado el cambio radical en el sistema político, es decir, el nuevo procedimiento de cicatrizar con la clemencia heridas de tiempo enconadas, que antes pedían el hierro que el bálsamo; recurso extremo que era la consecuencia de la política funesta del duque de Alba.

Las primeras medidas de Requeséns, como encaminadas á tal objeto, se inspiraron en las necesidades del país, cuya confianza trataba de ganar. Apresuróse á reunir los Estados, dándoles

cuenta de su misión pacífica y de los buenos deseos del Rey; publicó una amnistía real, en la que, salvo la libertad religiosa, se concedían verdaderas garantías á los flamencos; mandó derribar la estatua que en la ciudadela de Amberes se hizo erigir el duque de Alba (1), y comenzó á emplear un sistema de atracción que le conquistó la simpatía de los flamencos adictos á España. Procuro también refrenar los desmanes de la soldadesca, atender á sus pagas y aligerar al país de antiguas cargas: hizo en fin cuanto estuvo en su mano para conseguir la paz, ya reponiendo en la posesión de sus haciendas á los que regresaban á Flandes, ya mudando algunos ministros del antiguo Consejo. Mas ni estas medidas, ni cuantas empleó para reducir á los caudillos rebeldes, surtieron el apetecido efecto (2); tradujéronlas los flamencos por debilidad, aprovecháronlas para organizarse más fuertemente, y Requeséns vióse en el triste caso de sustituir las combinaciones diplomáticas con las armas.

Las tropas de diferentes naciones que se hallaban al servicio del Rey por este tiempo en los Países-Bajos, según relación del duque de Alba dada al comendador de Castilla, eran: 79 compañías españolas, que hacían 7,900 soldados; 54 compañías de altos alemanes, que componían 16,200 hombres: 32 compañías de bajos alemanes, que componían 9,600 plazas: 104 compañías walonas, que equivalían á 20,800 soldados. Era el total de la infantería 54,500 hombres, sin contar los 3,000 que ocupaban las plazas fronterizas. La caballería se componía de 35 compañías, que hacían un efectivo de 4,780 hombres (3). Como se ve, el ejército de que podía Requeséns disponer, sin contar la tropa destinada á los presidios, no era escaso; mas luchaba con la dificultad de carecer de armadas y marinos; y aun, lo que era más grave, de recursos para sostener sus soldados; y si ya durante el mando del Duque habían comenzado las sediciones, durante el suyo iban á tomar, por desgracia, carta de naturaleza en Flandes.

La primera operación que el Comendador decidió emprender fué el socorro de la capital de la isla Walcheren, la importante ciudad de Middelburgo, sitiada hacía ya dos años por los *mendigos* é intrépidamente defendida por el valeroso Mondragón. Middelburgo era ya el único baluarte que nos quedaba en la Zelanda, y su posesión exigía hacer un sacrificio, por grande que este fuese. No vaciló Requeséns en acudir en su socorro, y á este efecto organizó en Amberes y Bergen, con los bastimentos de que pudo echar mano, una escuadra que dividida en dos trozos debía dirigirse á la isla, siguiendo la corriente del Escalda. Pero el enemigo cerraba las bocas de este río con sus flotas, y la operación presentaba serias dificultades. Con objeto de atender en persona al apresto y organización de la armada, marchó el Comendador á Bergen, y por cierto que antes que se diera á la mar, tuvo ya ocasión de apreciar las malas condiciones de los bastimentos, puesto que al disparar salvas en su honor, abrióse y se fué á pique uno de los mayores, ahogándose casi toda la gente y dando esto margen á que las tripulaciones de otros desertaran. Así y todo, zarparon ambas flotillas, siguiendo la que mandaba Dávila el brazo principal del río, y tomando el izquierdo la que se confió á Glimeu y á Romero: con esta operación creyó Requeséns sorprender al enemigo, atacándole casi simultáneamente por el frente y flanco. Empero, la astucia y la diligencia de Orange frustró esta maniobra, más bien pensada que resuelta. Avisado, por los espías que en Amberes y en nuestra propia flota tenía, Orange estableció baterías en las márgenes del río próximas á su desembocadura, y luego, dividiendo su escuadra, confió al más hábil de sus marinos,

(1) Según una carta dirigida al Rey desde Flandes (Archivo de Simancas, *Estado, legajo* 558), la estatua del duque de Alba ostentaba diversos atributos, cuya significación se declara en esta forma:

El Duque aparece armado de todas piezas, hollando una estatua con dos cabezas que se decían simbolizar la nobleza y el pueblo, y con la diestra dirigida á la ciudad. Esta estatua sustentaba en sus manos una petición, un martillo, una tea y una bolsa; símbolos de rebeldía; tenía dos cabezas y dos máscaras, uno brazo herido, y junto á él unas alforjas, de las que salían algunos libros y serpientes, atributo de los *geux*.

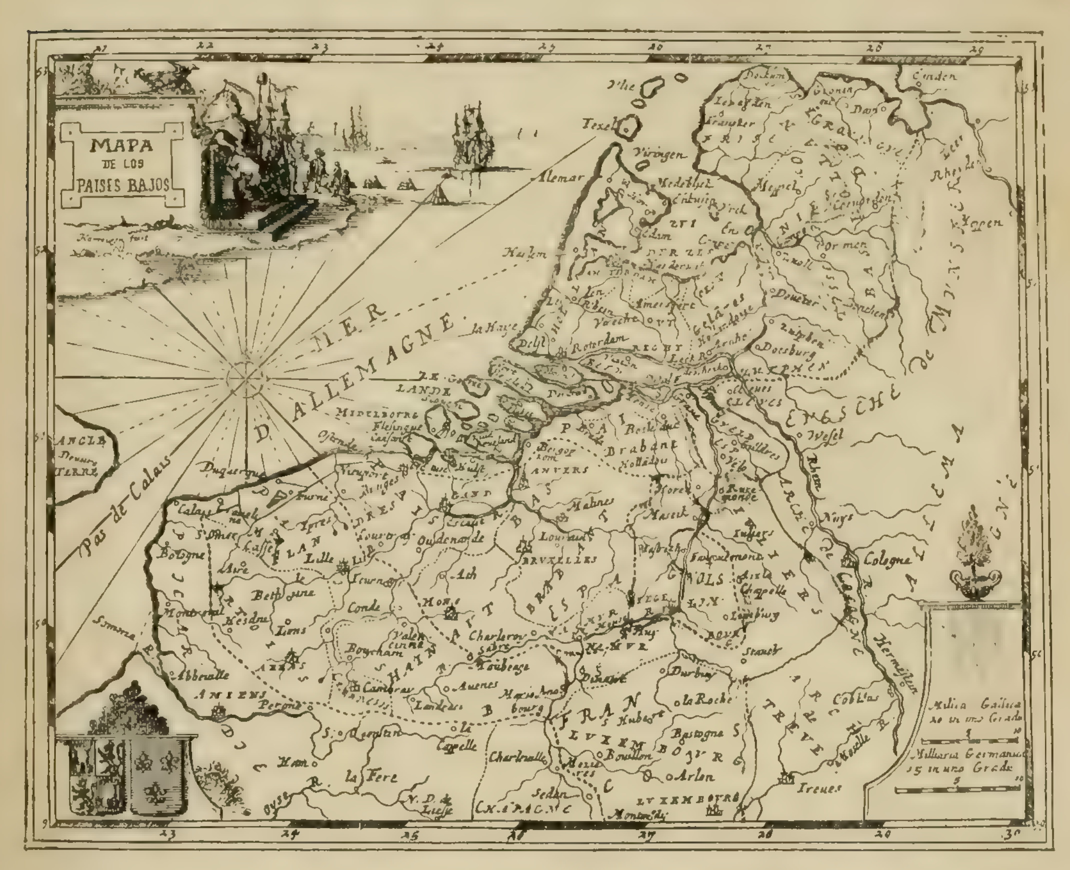
No deja de ser curioso el origen y fin de tal estatua. Se fundió con los cañones cogidos al enemigo, y cuando los flamencos se apoderaron de Amberes, sacáronla del rincón donde la colocó Requeséns y fundieron á su vez con ella nuevos cañones.

(2) Entre ellas la de dar, á fines de 1574, permiso á los labradores del Henado, para que se armaran y defendieran de algunas compañías de caballos que en aquel territorio se hallaban rebeladas: esta medida sirvió de pretexto para que imitaran á los del Henado las demás provincias.

(3) Relación de la gente de guerra existente en los Estados Bajos enviada por el duque de Alba al Comendador de Castilla.

Luis Bussolo, el cometido de salir al encuentro de Glimeu y destrozarle. De este modo, Dávila se encontraría privado de su concurso en la ocasión crítica y obligado á huir ó á batirse con un enemigo superior en fuerza y bastimentos. Y como Orange lo ideó, cumplióse el plan en todas sus partes.

Sin pérdida de tiempo se dirigió Bussolo á Berg-op-zoom, donde se hallaba la flotilla de Glimeu y Romero; y tan hábilmente maniobró, que, envueltos los españoles por el humo de los



Mapa de los Paises Bajos. De una geografía publicada en España á principios del siglo XVII.

mixtos incendiarios y el fuego de la artillería, acosados por bastimentos más veleros y mejor dirigidos, sucumbieron después de haber luchado con desesperado valor. Allí fué mortalmente herido Glimeu, pereció el capitán Carrillo de Acuña y sucumbieron sobre setecientos soldados; también Bussolo recibió contusión grave, perdió el árbol de su capitana y la mayor parte de su tripulación. En cuanto á Romero, llegó nadando al dique de Bergen, desde donde presenció el Comendador la batalla y dijo á éste: *Bien sabía V. E. que yo no era marinero, sino infante. Así no me entregue más armadas, porque si ciento me diese es de creer que las pierda todas.* Los vencedores creyeron conseguir un nuevo triunfo envolviendo á la flota de Dávila; pero éste consiguió retroceder, y gracias á su tacto pudo evitarse una total derrota (1).

(1) Bernardino de Mendoza, *Coment.*, Lib. XI, cap. 2. -Estrada, *Década Primera*, Libro IX.

De funesto auspicio para Requeséns fué tal descalabro: su inmediata consecuencia era la entrega de Middelburgo, que el mismo Comendador hubo de ordenar, y que se efectuó con pactos sumamente honrosos para los defensores (1); mas desde aquel instante quedaron los rebeldes dueños absolutos de aquella región, desde la que casi impunemente podían desafiar las armas españolas. Empero, muy en breve un hecho de armas de gran trascendencia, iba á compensar el reciente descalabro marítimo y la pérdida de Middelburgo. Ideó Guillermo de Orange un nuevo plan de operaciones, con objeto de hacerse dueño del Brabante, plan consistente en la invasión de sus hermanos por la frontera alemana y en el movimiento que desde la isla de Bomel efectuaría para salirles al encuentro y caer luego junto sobre aquella provincia. De lograrse este propósito, los españoles serían expulsados del corazón de Flandes, y los rebeldes quedarían verdaderos señores de los Países-Bajos. Luis de Nassau había á este efecto reclutado en Alemania 7,000 infantes y 4,000 caballos, y en compañía de su hermano Enrique y del hijo del Elector de Baviera dispúsose á realizar el proyecto; Guillermo había también organizado sus tropas y se ponía en marcha para Nimega.

Gran fortuna fué para Requeséns el tener á sus órdenes en aquel instante capitanes tan ilustres como Dávila, Mondragón, Valdés, Bracamonte y Mendoza. La actividad que el Comendador había desplegado era la que requería el peligro: mas, á pesar de que contaba con un ejército no inferior de 7 á 8,000 infantes y 400 lanzas escogidas, bien necesitaba del concurso de aquellos veteranos, para salir victorioso en esta nueva campaña. A Sancho Dávila, soldado educado en la escuela militar del duque de Alba, le cupo la señalada gloria de procurarle el triunfo.

Dávila acudió á cubrir la línea del Mosa; reforzó la estratégica plaza de Ruremonde con veinticinco banderas mandadas por Valdés, y avanzó sobre Maestrich, llave de aquel río, á la que había puesto sitio Luis de Nassau. La presencia del capitán español en la margen izquierda del río obligó á Luis á levantar el sitio; pero, empeñado éste en cruzarle y llevar la guerra al Brabante, comenzó á maniobrar en su orilla derecha, como espiando el primer descuido del enemigo para efectuar el paso. Y no sólo dejó de conseguirlo, sino, lo que fué más lamentable para él, Dávila mandó echar un puente por la parte de Grave, lo cruzó de improviso, y apareció súbitamente sobre su costado izquierdo.

Cuando Luis de Nassau tuvo conocimiento de esta maniobra, procuró fortificarse sólidamente entre el Mosa y el Vaal, eligiendo para ello un terreno que permitía jugar á la caballería. Apoyó su espalda en la aldea de Mook, su derecha en una colina, y su izquierda y frente los cubrió con sólidas trincheras. Sus tropas se hallaban distribuídas en la siguiente forma: diez banderas (2) en primera línea; á retaguardia y arrimadas á la aldea veinticinco banderas formando un compacto escuadrón, en su mayoría de soldados arcabuceros: en la montañuela una manga de infantería gascona, parte de ella fortificada en una casa; oculta por la citada eminencia tenía la caballería en número de 1,800 soldados y dividida en cuatro escuadrones. En esta sólida posición esperó que el enemigo le atacara con el grueso de su infantería, para descargar en el momento de la refriega todo el peso de su numerosa y escogida caballería sobre el flanco español. Pero Dávila, sabiamente aconsejado por D. Bernardino de Mendoza, atendió á este peligro. Siguiendo la táctica del ilustre duque de Alba, suplió la inferioridad de su caballería envolviendo sus alas en dos mangas del arcabuceros (3), y además dió orden de que en el momento del choque, las cuatrocientas lanzas

(1) «Rendirá Mondragrón á Middelburgo y Ramna, sin deshacer las fortificaciones, artillería, municiones, navíos, mercaderías y bienes, y saldrá con los soldados de su coronelía que no quisieren servir al príncipe de Orange de la isla de Valkeren, con sus armas, banderas, caxas, ropas, bagajes, sin tocar otros bienes que les pertenezcan, ni á a burgueses. Entregará dentro de dos meses á Felipe Manrique, caballero de San Aldegonde, el capitán Aque Simón y Citadela, italiano, y otros tres, y no volverá al príncipe de Orange. Saldrán los clérigos, frailes, contadores, oficiales y vianderos del exercito, y para todo promete habrá buen orden, y en darles navíos, y paso seguro para Flandes, y fué este concierto firmado á dieciocho de Hebrero mil y quinientos y setenta y cuatro.» Cabrera de Córdoba *Historia de Felipe II*, Lib. X, cap. 15.

(2) Cada una de estas se componía de 1,000 hombres.

(3) D. Bernardino de Mendoza, que tomó parte tan activa en este hecho de armas, dice á este propósito en el Libro XI, cap. 11 de sus *Comentarios:*

«Y por haber oído platicar don Bernardino de Mendoza muchas veces al duque de Alba de cuán gran efecto sería tener cualquiera es-

que llevaba se dividieran y acosaran en detall á los jinetes enemigos. En seguida dispuso el ataque, distribuyendo parte de su caballería por las praderas inmediatas y avanzando él en persona contra las trincheras al frente de la infantería: ésta iba dividida en tres cuerpos: el de la derecha mandado por Bracamonte, el de la izquierda por Toledo, y el del centro regido por Dávila: los flancos estaban reforzados por los herreruelos y arcabuceros. Pero á las tropas españolas, y casi en el momento de entablar la escaramuza, se unieron los refuerzos de Montes de Oca con la guarnición de Maestrich y del holandés Hierges con quinientos soldados.

Dada la señal de acometer, efectuáronlo todos con gran ardimiento. Montes ataca á la colina y cae sobre la trinchera por su costado más accesible; pero los españoles, después de haber desalojado á sus defensores, son arrojados de ésta por las tropas de reserva. De nuevo acomete el intrépido Montes la trinchera, secundado por el tercio de Mondragón; en el avance cae gravemente herido, y á su lado perecen no pocos valientes; mas el enemigo no abandona su puesto, esperando, no sin fundamento, que la caballería decida la acción. Y en efecto, avanza ésta en apiñada masa, recibiéndola con nutrido fuego nuestras mangas de arcabuceros: contenida en su primer impulso, vuelve á la carga con más furia, y entonces la española se divide y la envuelve, destrozándola no tanto con el acero como con el plomo del arcabuz. El campo se cubre de cadáveres y de fugitivos; de nuevo acometen los españoles la colina y las trincheras, aunque con más felicidad que anteriormente, pues el enemigo ceja y huye desbandado en todas direcciones.

El Rey

Sancho Dávila:

Aunque há muchos dias que tengo de vuestra persona, la noticia y satisfaccion que vuestros servicios merecen, el último que habeis hecho en la rota de Ludovico, me ha sido tan agradable como la importancia dél lo requeria, habiendo sucedido en tal coyuntura y en tanto beneficio destos estados, que he dado á N. S. las gracias que se deben y á vos os doy las que mereceis, asegurándoos que de lo que toca á vuestro particular, torne la memoria que es razon y os dirá el Comendador mayor, encargándoos mucho, hagais siempre lo que él os ordenare de mi parte, con la voluntad, cuidado y diligencia que hasta aquí, y de ello seré yo muy servido. De Aranjuez á 17 de Mayo de 1574.

Yo el Rey

cuadrón, así de caballería como de infantería, días de jornada al tiempo de combatir con otra alguna tropa de gente, que saliese sobre su lado derecho para embestir sobre el costado del enemigo al tiempo del cerrar, proveyó que en cada escuadron de lanzas saliese un teniente con veinticinco..... las cuales venian á ser como una manera de manga y cosa de gran servicio, y tanto que *no se podria decir por mucho que se encareciese el que hicieron en aquella ocasion estas tropillas de gente al tiempo de cerrar con la caballeria de los rebeldes*, pareciendose bien el ser consejo y manera de guerrear de un tan prudente y experimentado capitan como el duque de Alba. Asimismo se trató con los herreruelos dividiesen su corneta en dos partes, porque se quería guarnecer con ellos dos escuadrones de lanzas, poniendo los herreruelos al costado izquierdo de las lanzas en la forma que el duque de Alba les solía poner en la primera guerra que hizo contra los rebeldes, por ser provechosa manera esta de mezclar lanzas con herreruelos dias de batalla; pero á Schenck le pareció que era poca gente la de su corneta escuadron para dividirla en dos partes, y por este respeto no se hizo.»

El ilustre militar termina su descripción de esta batalla con las siguientes consideraciones: «... Se llamaron los dos ejércitos aquella mañana para la batalla, peleando infantería con infantería y despues caballería con caballería, chocando un escuadron con otro en campaña rasa, donde se vió claramente de cuanto más servicio y fruto son para combatir lanzas que los pistoletes y juntamente en la manera que se ha de combatir con los herreruelos. Los escuadrones de las lanzas no han de ser de mayor número de ciento ó ciento veinte á lo más, aunque haya de embestir con escuadrón de cuatrocientos herreruelos, y deste número no baje, y que carguen con presteza, que es lo que mas desbarata á los herreruelos por ser de poco servicio los pistoletes despues de mezclados con ellos, lo cual se hizo en esta jornada con harta voluntad de todas partes, ejecutándola los soldados de la nuestra, así de la infantería como caballería y los oficiales y cabezas dellas, de manera que si quisiese olvidado de la brevedad con que voy escribiendo divertirme á decir lo que cada uno hizo en particular, sería necesario escribir una grande historia, porque con tener desde el mayor hasta el menor, luego como nos vimos aquella mañana con los enemigos, por cierta la victoria, pelearon con tan gran concierto y órden, que se ha visto raras veces ó ninguna en semejantes ocasiones, sin oirse voz de soldado que pidiese escaramuzando pólvora, picas ni caballería, ni arcabucería, que es cosa muy ordinaria en cualquier faccion, atendiendo cada uno á combatir y guardar su lugar con tanto cuidado como si supiera de cierto que del hacerlo cada soldado de por sí era solo con lo que se habia de ganar la jornada.» *Coment.* Lib. XI, cap. 14.

Dos mil quinientos infantes y quinientos jinetes perecieron en esta batalla, llamada de Mook, por la inmediata aldea de este nombre; y entre los muertos se contaron á los tres hermanos Nassau, Luis, Enrique y Cristóbal, ya que sus cuerpos no parecieron en parte alguna. Las pérdidas de los vencedores no es creible asciendan á la insignificante cifra que consignan nuestros historiadores; sin embargo, distaron mucho de llegar á la de los orangistas. A la pericia, pues, de Sancho Dávila (1) debióse una victoria tan importante, considerada en sí, como trascendental para la dominación española en Flandes (14 Abril 1574).

Desgraciadamente, tan importante victoria malogróla en parte una sedición de los españoles, quienes, tintas aun en sangre las armas vencedoras, reclamaron sobre el campo de batalla á Dávila con tal arrebato sus haberes de más de tres años, que éste, en la imposibilidad de satisfacerles con dinero ni con razones, hubo de apelar á la fuga. Entonces tiene lugar un suceso que pinta perfectamente á esta milicia. Conciértanse entre sí los tres mil soldados viejos allí reunidos y eligen un nuevo cabo, al que designan con el nombre de *Electo;* distribúyense los mandos subalternos, y formados en escuadrón marchan con el mayor orden hacia la rica Amberes, de la que se posesionan, admitiéndolos no de mala gana la guarnición española de su castillo. Seguidamente mandan un mensaje á Requeséns, y como éste dilatase la promesa del pago, con gran solemnidad prestan juramento á su Electo, protestando que no abandonarán la plaza sin recibir antes hasta el último maravedí. Afortunadamente los de Amberes, temerosos del mal resultado, y Requeséns, no menos cuidadoso del peligro, atendieron con sus particulares riquezas al pago de las soldadas, conjurando así aquella tempestad, no la última ni la primera en su género que amenazó á aquellos países (2).

Requeséns cuidó, no obstante, que inmediata al pago fuera la salida de estas tropas, la mayor parte de las cuales mandó á Bruselas, donde á la sazón reunió á los Estados, y luego á Holanda puestas á la conducta del valeroso Valdés. Esperaba el Comendador entretener por este lado á los enemigos, divertiéndoles así de penetrar en el Brabante, y dando tiempo á que llegara la escuadra que en Santander se hallaba aparejando el adelantado Meléndez Valdés, pues reunida ésta á los bastimentos flamencos de que disponía, lograría comunicar nuevo impulso á las operaciones militares en el Norte y en las provincias marítimas. A este objeto despachó á Mr. de Liques para el Haya, encargándole siquiera la costa, y á Valdés por el interior en dirección á Sasen y puente de Leyderdorp (inmediaciones del mar de Harlem), desde cuyo punto cayó éste sobre la Haya y se hizo dueño de su castillo. Mas, por desgracia, la muerte de Meléndez Valdés impidió por entonces el arribo de la escuadra española; los pocos buques que poseía Requeséns fuéronle arrebatados en las aguas del Escalda por los rebeldes; y las operaciones hubieron de concretarse á la conquista de los fuertes y villas de las inmediaciones de Leyden y al sitio de esta plaza intentado ya por el duque de Alba y poco después también por el mismo Requeséns. Una nueva tentativa hecha en Breda para conseguir la paz no dió resultado alguno: porque si bien es cierto que el Rey todo lo concedía ya, *con tal que no se hiciera perjuicio á la fé católica ni á la autoridad que heredó* (que en estas dos cosas, dice Cabrera, consistía todo su bien), más empeñados que nunca estaban los flamencos en mantener su libertad de conciencia.

El sitio de Leyden fué uno de los acontecimientos más importantes de este periodo. Situada dicha ciudad en un terreno bajo y lleno de lagunas, á corta distancia del mar, próxima á la desembocadura del Rhin, defendidos sus campos por numerosos diques, algunos de ellos convertidos en verdaderas calzadas, requería que los sitiadores ocuparan todas estas vías de comunicación, y dominaran con sólidas obras todas sus avenidas. Valdés, auxiliado por los tercios de Romero, Vi-

(1) En lugar preferente insertamos la carta que, firmada de su puño, dirigió Felipe II á Sancho Dávila con motivo de esta batalla.

(2) Altamente interesantes son las cartas que, dando cuenta de estos sucesos, escribió Requeséns al Rey, y que figuran en el tomo III de la *Correspondencia de Felipe II.* Era tal el desorden administrativo, que no llevando los comisarios ó veedores apuntación de los haberes, y esto sin duda para poder *hurtar á mansalva*, los mismos soldados ignoraban lo que se les debía y los hubo que reclamaron su paga de seis años. No es extraño que, dada esta falta de orden y moralidad, cundiera la indisciplina de un modo escandaloso, y que angustiado Requeséns escribiera al Rey carta tras carta pintándole con los más negros colores el estado del ejército. «Suelto anda el demonio en este trabajo, exclamaba en una de ellas, poniendo tantos tropiezos por vías tan extrañas.»



Retrato del insigne escritor D. Carlos de Coloma. (Copia de un cuadro de Van Dyck, grabado de Iode el joven)

teli y Toledo la cercó por completo, estableció sólidas líneas, reforzadas de trecho en trecho por fortines, y cerró totalmente el paso á los convoyes; por manera que sus moradores viéronse aislados del resto del país. Esto no obstante, mostraron un ánimo inquebrantable, y á las intimaciones del caudillo español contestaron con estas palabras, dignas de esculpirse en mármol: *Víveres no han de faltarnos mientras conservemos nuestro brazo izquierdo; el derecho nos basta para defender la libertad.*

Y mostraron, en verdad, que estas frases no eran puro alarde, pues á centenares perecían de hambre los heróicos ciudadanos. Empero salvólos de segura presa el no haber dado Valdés con oportunidad el asalto; pues su patriotismo, fecundo en recursos, apeló á un extremo tan atrevido como eficaz (1). Que fué romper los diques que contenían las aguas de los ríos Issel y Mosa, sangrar los grande cauces é inundar toda la campiña, nuevo y extraordinario suceso que llenó de asombro y confusión á los sitiadores. La ciudad, envuelta en las brumas, destacábase imponente sobre las aguas; las aldeas próximas, hundidas en el oleaje, apenas si presentaban sus techos sobre la superficie; aquí y allá surgían las copas de los árboles y los restos de toscas construcciones, como patentizando la profundidad del elemento, y á lo lejos, bogando hacia los muros de Leyden, la armada enemiga aparecía majestuosa, desplegando, á medida que avanzaba, su línea de ciento setenta bajeles (2), y saludando á enemigos y á propios con el estampido del cañón. Esta armada conducía gran acopio de vituallas y sobre 1,200 soldados; y es curioso el dato consignado por Estrada y Du Maurier, que siguiendo una moda reciente, llevaban los holandeses en sus sombreros unas medias lunas con estos motes: *Antes el turco que el Papa* y *Antes ahogados que presos.*

La brusca acometida de las aguas, cuyo nivel se iba elevando por momentos, obligó primero á los españoles á desamparar los sitios más bajos y á reforzar sus líneas y trincheras con pertinaz tesón; pero, soplando con violencia el viento, y socavados por las oleadas sus parapetos, reconociéronse impotentes ante aquel peligro, y comprendiendo que podrían encontrarse pronto envueltos por las aguas, decidieron mantenerse únicamente en los puestos más importantes, retirándose el grueso de las tropas en dirección de Harlem y haciendo alto en los primeros diques no invadidos. De este modo el enemigo tenía cerrados los principales pasos, pues los españoles ocuparon en las inmediaciones de Soeterwoude el canal de la Biele, y en Lammen los diques y calzadas entre Leyderdop y Leyden: el fuerte de Lammen, como más próximo á la ciudad, mantenía en respeto á los sitiados. Empero, la escuadra de socorro, enderezando el rumbo al lago Soetermer (3),

(1) Parece ser que Valdes tuvo ya idea de romper los diques para inundar la campaña y aislar á los sitiados (*Correspondencia de Felipe II*, tomo III); pero el monarca se opuso á esta medida (Mendoza, *Comentarios*, lib. XII).

(2) «Entre ellos, dice Mendoza, treinta galeras, algunas de diez y seis bancos, y otros navíos de remo, botes y charruas, todos sin quilla y chatos por haber de navegar por lagos en que no habia tormenta.» *Coment.* Lib. XII, cap. 9. «Cada navío llevaba una ó dos piezas de bronce á la proa, y seis mas pequeñas en cada costado, teniendo en cada uno diez y ocho remeros con que remar, segun era.» *Ibid.* Lib. XII, cap. 8.

(3) Para apreciar debidamente estas operaciones es necesario que el lector tenga a la vista un mapa de Holanda. Entre Leyden y Delft, se extiende un territorio cubierto de lagunas y en el que existen dos grandes lagos, el de Soetermer, mas próximo á Delft, y el de Leydenschendam. La inundación llegó hasta las inmediaciones de Delft y la rotura de los diques permitio el avance por los lagos hasta las inmediaciones de Soeterwoude, poblaciones próximas al dique de este nombre, que cerraba el paso de la escuadra de socorro á Leyden y que defendían los soldados de Valdés. Roto este dique, las aguas llegaron hasta Leyden, y los españoles, para no encontrarse aislados, tuvieron que retirarse de Leyderdorp y Lammen, dirigiéndose entonces la flota rebelde a la plaza, cuyos habitantes habían recibido aviso por medio de palomas.

Hemos dicho que es indispensable un mapa para el estudio de estas operaciones, y añadiremos que es necesario antes de entrar en él, si ha de efectuarse con provecho, examinar atentamente la configuración del territorio, si bien es preciso advertir *que se ha transformado muchísimo desde la época a que nos referimos.* El suelo holandés hoy se compone aun en su quinta parte de landas y turberas. Presenta una vasta y monótona llanura, una superficie cubierta de aguazales, dehesas inmensas y lagunas desangradas: hallandose en perfecto nivel con el mar y surcada de corrientes, le protegen numerosos diques y fosos de desague. «Es tan pantanoso, esponjoso y hundido, escribía en el siglo XVI un español, que casi todos los ríos y canales tienen necesidad de altos malecones para contener las aguas en su álveo, impidiendo que inunden el país en las altas mareas; en muchos parajes está el agua sobre el nivel de la tierra, principalmente en la parte meridional, y así es que queda esta sujeta á terribles inundaciones, que en varias epocas han producido grandes desastres.» A todo esto han proveído con celo los holandeses, y su obra magna es la reconquista del suelo, sujetando las aguas, sacando partido de un terreno ingrato y consiguiendo por medio del trafico convertir su patria en uno de los países mas pacificos, cultos y laboriosos de Europa.

Protegido el suelo por los diques, tiene en la costa otra defensa en las *dunas* que ocupan una extensión considerable en la parte del mar del Norte, y su altura se elevaba hasta 60 metros, tanto es así que presentan en determinados puntos aspecto de colinas y aun hoy en las inmediaciones de Harlem y Alkmaar existen algunas desde las que se domina toda la Holanda histórica hasta la ciudad de Amsterdam. Por el E. la frontera de Holanda es el Rhin, hallandose además resguardada por turberos y pantanos, y por el costado oriental el Ems y las turberas que se extienden al Occidente de este rio. Esta es la región que tanto costó á los romanos sojuzgar, y á la que con tanta propiedad se ha dado el nombre de *Países Bajos*.

Contaba Holanda cuando comenzó la lucha con los españoles un millón de habitantes, número que engrosó extraordinariamente con los emigrados de Belgica, cerca de 100,000; así y todo luchó ventajosamente contra el poder del monarca más terrible de Europa, acreditando su patriotismo la siguiente inscripción que aun hoy se lee sobre la puerta de una de sus célebres ciudades

Melius est bellicosa libertas quam servitus pacifica

avanzó favorecida por el viento contra el puente de este nombre y empeñó allí el combate con los españoles, combate sostenido con gran brio por el alférez Pimentel, y que hubiera sido desfavorable á los rebeldes de no aumentar el nivel de las aguas. La flota holandesa, entre cuyos buques se contaba una máquina compuesta de dos navíos provistos de un armazón con troneras para la artillería (1), cañoneó á los católicos en su retirada á Soeterwoude y luego tomó la vuelta de Leyden. É inútilmente quiso Valdés detenerla en su avance, defendiendo los diques que cerraban el paso con la valerosa infantería española, alemana y valona, cuyos soldados corrían presurosos por las calzadas cargados de fagina y llenos de tierra los petos y morriones para construir la trinchera. Roto el dique de Kerckuveg por los rebeldes, extendióse más las inundación impelidas las aguas por un terrible vendabal, lo que favoreció en gran manera á su flota, y ésta avanzó en orden de batalla, protegida por las tinieblas de la noche, contra el dique de Soeterwoude, en el que estaba fortificado Valdés. Los navíos artillados arrimáronse al dique y comenzaron á disparor gruesas pelotas y cachuchos repletos de balas de arcabuz, y al amparo de estos fuegos desembarcó parte de la infantería rebelde, trabándose entre las sombras empeñado y singular combate. Más que el coraje valió entonces la astucia, pues los holandeses apresuráronse á romper el dique por tres partes, el agua fué subiendo de nivel y los nuestros hubieron de desamparar forzosamente el puesto. Con lo que, libres ya de riesgo los enemigos, enderezaron el rumbo de su armada por las cortaduras y se fueron aproximando á la plaza.

Convencióse entonces Valdés de que era imposible de todo punto continuar el sitio por más tiempo; y no sólo se retiró apresuradamente de los diques, que por momentos se iban anegando, sino que dió orden á los defensores del fuerte de Lammen de que le desamparasen, y lo mismo mandó á los capitanes que ocupaban á Leyderdop y puestos inmediatos. Pero esta retirada fué penosísima, porque, acometidos del enemigo, que les perseguía con sus buques, recibían nuestros soldados la muerte por el plomo y el acero, y aun eran presa de aquel por medio de arpones y de garfios, asidos á los que caían sobre los puentes de los bastimentos. Así y todo lograron los españoles llegar sin grandes pérdidas á la Haya, mientras en Leyden celebraban alborozados el arribo de sus libertadores. (Octubre de 1574).

El mal resultado de esta empresa achacáronlo los soldados á Valdés, y repuestos de la acometida, dieron sobre él, reduciéndolo á prisión, no sin llenarle de improperios por haber diferido el asalto, lo que atribuían á soborno del enemigo. Seguidamente nombraron un Electo y marcharon sobre Utrecht, á cuya ciudad procuró enviar Requeséns un comisario con las pagas que se les debían. Empero, si la pérdida de Leyden y las dos sediciones de estas tropas, acaecidas en muy breve espacio, agravaron la situación de los españoles, compensólas á poco la toma de Bura, Oudewater, Schvonhouven, en los confines de Gueldres, debidas al esforzado Mr. de Hierges, la conquista de la isla de Finart, llevada á cabo por el valeroso Mondragón (2) y las recientes de

(1) Se llamaba esta máquina el Arca de Delft y era «un compuesto de dos navios juntos que traían con un artificio de ruedas por de dentro, donde iban doce hombres para el movellas y cincuenta para la defensa, todos cubiertos con tablazón, á prueba de mosquete, y troneras, sin poder ser ofendidos. La cual machina era de gran peso, y con aligerarla de algunas piezas de artillería la pudieron traer al puesto que escribo para guardar el paso.»

(2) Una detallada relacion de cada uno de esto hechos prolongaría tan excesivamente esta obra, que á causa de ello nos vemos obligados a consignar los de cierta monta y a detenernos sólo en los que han influído mayormente en las operaciones. Entre todos los sitios y conquistas mentadas sobresalen, sin embargo, los de la isla de Finart, de Oudewater y de Schvouhouven por las especiales circunstancias que en ellos concurrieron y la industria que requirió su toma. La isla de Finart fue acometida por la coronelia de Mondragón, gobernador del castillo de Gante, el cual desde tierra firme y en la hora en que mengua la marea, atravesó el brazo de mar que la separa de la costa, llevando su gente tan sólo vestida el jubon y con un saco de polvora y unas altorjitas al cuello. Sin reparar en la hondura del canal ni daño que le podían hacer las naves enemigas que protejian la isla, ni aun en las trincheras enemigas, Mondragon puso el pie en ella, sin otra perdida que diez soldados. El enemigo huyó asombrado por tal rasgo de osadia y Mondragón ocupó sin dificultad los fuertes de la isla.

El sitio de Oudewater, población situada sobre un dique, rodeada de lagunas y canales y con excelentes fortificaciones, fue muy empeñado. Atacola Mr. de Hierges, auxiliado de los mejores capitanes del ejército, Valdes, Romero, Mega, Aguilar, Toledo y Ortiz; hubo de emplear todo genero de recursos para batirla y fue terrible el asalto por la bravura con que se defendieron los sitiados. Basta decir que fué incendiada y no llegaron á veinte el número de los defensores que quedaron con vida.

Para reducir a Schvonhouven, ciudad situada sobre el Rhin y a donde llega la marea, se luchó con las aguas y con el fuego, pues sus defensores rompieron los diques; fue necesario construir un puente sobre el Rhin y batirla con veintiseis piezas. Por fin capituló, aunque con condiciones altamente honorosas, pues los sitiados salieron con banderas desplegadas y batiendo marcha. Mendoza, *Coment.* Lib. XIII, capitulos 5 a 8.

Lerodan, Asper y Hukel en Holanda; lo que unido á la llegada de Alemania del conde de Altemps con un refuerzo de 4,000 soldados, permitió á Requeséns dejar bien guarnecido el Brabante y organizar una formidable expedición contra la Zelanda.

Ya hemos dicho que esta guerra de Flandes no llegó á constituirse debidamente por falta de armadas españolas: por lo mismo en este caso tenía que atacar Requeséns á las islas de Zelanda, situadas en la desembocadura del Escalda y Mosa, abriéndose paso espada en mano entre las olas. Preciso es decir que las aguas tenían en ciertos puntos tan escasa profundidad que en la baja marea llegaban á impedir el paso de las embarcaciones; pero en cambio este paso podían disputarlo con gran ventaja los rebeldes. No vaciló Requeséns ante las dificultades que ofrecía la empresa. Organizó un ejército de 4,000 soldados, cuyo mando confió á Chapín Vitelli, dando el de las tropas que debían operar en tierra á Sancho Dávila, y á las que debían intentar la empresa por mar á Mondragón; además mandó construir en Amberes treinta bergantines y buen número de barcas de remo, pleitas y pontones para conducir la artillería y vituallas. El itinerario que fijó fué: salida de Amberes, camino de Bergen, isla de Tolen, de ésta á la de Philipsland; de aquí á la de Duiveland y últimamente á la de Schouwen, llamada también de Zierickzée, objetivo de la expedición. Al alférez Aranda confió el cometido de explorar los vados y sondar las aguas, y al italiano Barbarino el de construir ligeras embarcaciones de transporte, bateles chatos de quilla, pontones y naves trabadas con vigas. Este mismo cuidó de construir trincheras y fortines á la entrada de la Zelanda, con objeto de defender las bocas de los canales, y además fortificó algunos pasos peligrosos y puntos estratégicos.

Los expedicionarios embarcaron en Amberes, y descendieron por el Escalda á Berg-op-zoom, desde donde pasaron á la isla de Tolen y luego á la despoblada isla de Philipsland. Era llegado ya el momento de prueba; el paso á la de Duiveland, separada de aquélla por un estrecho de cuatro millas. Este estrecho no permitía en la bajamarea la navegación, pero ofrecía una angostísima senda, que los prácticos señalaban á través de las olas, y siguiendo los vestigios del suelo entre un laberinto de escollos. De modo que no era posible desfilar con frente de dos á tres hombres, ni mucho menos á pié seco. Además, Orange había proveído oportuno á este peligro, y, después de fortificar aquella parte de la costa, mandado arrimar á ella sus naves, lo suficiente que estuviesen á tiro, y encalladas otras en el vado, desde las que, encastillados sus soldados, apercibianse á vomitar mortífero fuego sobre los españoles. Pero nuestros valientes, ó desconociéndolo ó despreciándolo, no atendieron al peligro. Da Requeséns orden de cruzar las aguas y se ofrecen á porfía sus soldados para ocupar el primer lugar, siendo los que marchan á la cabeza escogidos capitanes, y sumando esta tropa 1,700 hombres, sin contar 200 gastadores: todos van desnudos hasta la cintura, pero calzados los zapatos; echadas al cuello ó pendientes de la punta de las picas, las cargas de pólvora y una bolsa con pan y queso; en la cabeza espadas, alabardas ó arcabuces, y azadones ó palas; y así dispuestos llegan á las aguas, acompañados del resto del ejército.

Aquellos valientes que «no tenían por cara la feria en que á precio de la vida se compraba la honra,» iban á afrontar á la vez muchos peligros: el del vado, el plomo del enemigo encastillado en los buques, la lucha que debían sostener con el que les esperaba en la costa y la subida de la marea, que les impelía á cruzar cuanto antes paso tan bien defendido, so pena de arrebatarlos. Y todo esto se verificaba á media noche, entre la oscuridad y entre las olas. Juan Osorio de Ulloa avanza el primero con su escuadrón de 1,200 hombres, siguen los 200 gastadores escoltados por arcabuceros, y cierra la marcha Gabriel de Peralta con 1,500 picas. En la playa, Requeséns, con las fuerzas restantes, espera el resultado de la empresa, implorando para los suyos el favor del cielo. Mas éste no responde á sus excitaciones; pues los infelices soldados adelantan con harta pena por el angosto vado, y las naves enemigas comienzan á disparar sus piezas. Es más; arrójanse desde ellas los rebeldes y salen al encuentro de los nuestros, trabándose el combate á flor de agua, y con ventaja para aquéllos, como más conocedores de los pasos. Era este un espectáculo horroroso; luchaba desesperadamente la vanguardia y no podían socorrerla los que seguían, anegábanse muchos, morían no pocos por el acero y el fuego, y trabábanse personales combates, en los



M. Soler, Editor

SOCORRO DE LEYDEN

(Copia de un grabado de la época)

que se efectuaban verdaderas proezas (1). A todo esto trascurría el tiempo, subía la marea, y desde los barcos próximos, arrojando harpones y pelotas, disputaban los hombres á las olas su segura presa. Y sin embargo, luchando con estos dos peligros, el valeroso Osorio llegó con parte de la vanguardia á la costa de Duiveland, en el momento en que asomaba el alba. Su aparición, no pensada, desconcertó á los que guardaban las trincheras; su impetuoso ataque les infundió doble terror, creyendo que tras él caía sobre la isla todo el ejército. Sea mala disposición ó cobardía, el enemigo fué arrollado y huyó, pereciendo en este choque el gobernador rebelde de Zelanda, y los españoles señorearon el campo. «Tan cierto es, dice muy oportunamente Estrada, que *para vencer no hay arma más poderosa que la necesidad de vencer.*»



Soldado flamenco. (De un grabado de Hooge)

Los enemigos, que tan mal habían defendido la isla, cometieron entonces un grave yerro que se ve repetido muchísimo en la historia de la guerra: sacrificar por el terror una ventaja positiva, á trueque de poner á salvo de una simple amenaza lo que se estima de más precio. La armada rebelde, temerosa de la suerte de la isla de Schouwen, volvió hacia ella sus proas y dejó expedito el paso de Duiveland al ejército de Requeséns, con lo que sólo consiguió reñir en esta la batalla que con mayor ventaja hubiera podido aceptar en la de Philipsland. Como en efecto así ocurrió, pues, bien organizado y repuesto el ejército, y enviados los heridos á Amberes, de nuevo cruzaron los españoles el brazo de agua que les separaba de Schouwen, y se arrojaron denodados sobre la costa, en la que esperaba parapetado el enemigo. Allí trabaron el combate, con escasas

(1) Es digna de mención la del capitán Isidro Pacheco, que mortalmente herido ordenó á sus soldados no se detuvieran á recogerle y les exhortó con gran energía á que siguieran adelante. Estrada, *Década Primera*.

Mendoza, al dar cuenta de esta refriega, describe así los instrumentos de que se valía el enemigo para asir á nuestros soldados: «Y los rebeldes teniendo más agua para sus barcas, llegaban á herir á los nuestros con unos instrumentos de la manera que los con que baten, el trigo para sacar el grano de la paja, los cuales son un palo grueso de dos varas de largo, y al cabo del se atan con unas correas de pellejo de anguilla, otros dos palos ó tres, redondos, de largo de una vara y grueso de tres dedos geométricos en diámetro, que vienen á herir y dar gran golpe con el estar colgados de las correas y tomar aire cuando se menea el palo de las dos varas que se tienen en la mano, y se quiere dar con el; juntamente llevaban otros palos con cadenas y otros garabatos, con que asían á nuestros soldados, tirándolos á las barcas.» *Coment.* Lib. XIV, cap. 4.

probabilidades de triunfo, pero la victoria coronó una vez más á nuestros soldados, victoria que como, adquirida á costa de grande esfuerzo, pudo reputarse doblemente valiosa. Sin embargo, la conquista de la isla no era fácil; y los invasores, después de rendir á Bommen, detuviéronse frente á Zierickzée, cabeza de Schouwen y fortificado puerto de mar, al que hubieron de bloquear por mar y tierra por espacio de nueve meses, defendiendo durante este tiempo la entrada de su puerto á las escuadras de Orange. En una de estos combates murió Boissoto, almirante enemigo, reputado como excelente hombre de guerra; y por parte de los españoles el celebérrimo maestre de campo Chapín ó Chipiano Vitelli, cuyo nombre brilla al igual de los gloriosos de Mondragón, Montes, Toledo, Romero y Dávila en estas guerras.

Más funesta que esta pérdida fué la de Requeséns, muerte causada por un carbunclo y que algunos atribuyeron á la peste. Inútiles habían sido las tentativas hechas para alcanzar la pacificación; mas si enconadas ya las heridas no fué posible cicatrizarlas con la clemencia, justo es reconocer dió á los rebeldes de Zelanda con sus últimas operaciones un golpe terrible, golpe sobremanera eficaz si contara con los recursos necesarios para llevar adelante la campaña de Holanda. Desgraciadamente, mientras se hallaba en Malinas, recibió noticia de habérsele insubordinado las tropas que guarnecían el Brabante; y al dirigirse velozmente á Bruselas acometióle grave enfermedad, y ya sin esperanza de vida entró en esta ciudad donde exhaló el último suspiro en 5 de Marzo de 1576. ¡Triste fin el de este varón clemente y generoso, que después de haber servido á la patria como diplomático y como soldado, en teatros diversos, halló la muerte en tan deslucido gobierno! (1).

Había nombrado Requeséns, para hacerse cargo del mismo, al conde de Barlamont y al de Mansfeld; aquél en lo referente á la política, éste á las armas; pero el Consejo de Estado dió tal nombramiento por nulo y quedó con el gobierno, hasta tanto que otra cosa dispusiera el Rey. Quien, según su costumbre, anduvo vacilante, y acordó por último que el Consejo continuara en el gobierno, resolución, si acertadísima en otras circunstancias, en éstas poco oportuna, pues era como dar con ella pié á la revuelta. Comenzaron, en su consecuencia, á manifestarse las disidencias entre los señores flamencos, creáronse dos partidos, el de los *Patriotas* y el de los *Españoles*, y sembrada hábilmente la cizaña por el de Orange, empeoróse más el estado de cosas.

El primer peligro que surgió fué originado por la sublevación de los españoles que ocupaban las islas de Zelanda, quienes, conquistada Zierickzée, después de nueve meses de trabajo y padecimientos y resentidos de que el Senado tratara de despachar y pagara al tercio alemán de Altemps, precisamente cuando éste no lo exigía, y cuando ellos acababan de hacerse dueños de una importante plaza, amotináronse furiosamente, depusieron á Mondragón, y reunidos á la caballería de Valdés, después de mandar una petición al Senado, abandonaron las islas, dirigiéndose llenos de ira al Brabante. No pudo el Senado contenerlos con buenas razones, é inútil fué que Mansfeld, Romero y Montes de Oca, les hicieran presente los apuros en que aquél se hallaba; rechazados estos enviados, no sin haberles amenazado de muerte, apoderáronse de Alost, ciudad

(1) «Fue la perdida del Comendador mayor, suceso con que nuestro Señor quiso afligir á los Estados; porque el faltar en esta coyuntura, no sólo quitó la esperanza de acabarse en breve la guerra por el buen estado en que tenía las cosas della en Holanda y Zeelanda, pero abrió camino para emprenderse en las demás provincias católicas nuevas sediciones con gran destrucción de los Países.» (Mendoza, *Coment.*, Lib. XV, cap. 3.)

Es preciso leer en los volúmenes de la *Correspondencia de Felipe II*, las cartas del Comendador al Rey para hacerse cargo del tristísimo estado de los Países Bajos en los últimos tiempos de su gobierno. El descontento era tan general, que así católicos como protestantes, eclesiásticos como seglares, señores como vasallos conspiraban contra España; y la causa de tal rebelión, decíale Requeséns al Soberano, no era ya sólo la herejía «sino la independencia que querían arrogarse los señores, los excesos de los soldados y las imposiciones y tributos ideados.» A favor de estas luchas habíanse acostumbrado los nobles á mandar; pero lo que sobre todo les favorecía era la tenacidad del Rey en la cuestión religiosa, que les servía de excelente hincapié. Requesens, apurado por la falta de dinero y aun por el silencio que guadaba el Rey, llegó á proponer á éste que convirtiera los Paises Bajos en un reino y lo cediera á su hijo. A lo que contestaba el Rey. «¡A mi hijo! Antes que hereje quierolo mendigo.» E instigado por los consejos de Alba y de Quiroga, el tenaz monarca, ya no vacilaba en recurrir de nuevo á la fuerza; y despues de meditar si convenía más asolar á los Países Bajos por el agua ó por el fuego, daba orden al Comendador de que talase sin piedad el territorio; pero lo ordenaba, cuando Requesens, empeñado en el cerco de Zierickzée no tenía fuerza disponible para tan descabellada empresa. A poco murió el celoso Comendador. ¡Que política y que políticos!

no distante de Bruselas, y después de ahorcar al magistrado real, se hicieron en ella fuertes [1]. Esta sublevación fué de resultados funestísimos; porque alarmado el Senado y el pueblo de Bruselas por las exageradas noticias, declaró á los sublevados de Alost enemigos del Rey, prendió á significados personajes españoles y adictos á España, y permitió que el pueblo tomara las armas; ejemplo que siguieron, sin estar autorizadas, otras ciudades que contaban guarniciones de alemanes y walones, so color de que temían lo mismo.

Gran fortuna que los cabos españoles conocieran, por el cariz que las cosas presentaban, que más bien á rebeldía que á previsión trascendían las decisiones de los senadores flamencos. El esforzado Dávila, gobernador de la ciudadela de Amberes, después de recriminar en un escrito al Senado por haber entregado las armas al pueblo, se apresuró á llamar á Amberes á los coroneles tudescos Frumberg y Polviller, á Carlos Fucar y á otros capitanes; y haciendo caso omiso de las órdenes de aquél, socorrió bajo mano con pólvora y armas á los de Alost, con objeto de que no recibieran daño del enemigo. Don Hernando de Toledo, que operaba en Holanda, apenas supo estas novedades acudió presuroso al Brabante, viéndose obligado á batir en el camino al paisanaje sublevado. Los demás capitanes, igualmente apercibidos, también se disponían para acudir á Amberes, á la que llegaron algunos no sin luchar con los rebeldes; Valdés, abandonado de su tercio, presentóse también allí; Mondragón, no tan feliz, quedó preso en Zierickzée; Julián Romero fortificóse en Lierre; Dávalos, teniente de Mondragón, fué sitiado en Gante, y Montes de Oca vióse arrojado de Maestricht por los alemanes, que le hicieron traición. Nunca como entonces habían presentado los Países Bajos cuadro más triste: diez y siete provincias rebeladas, las tropas españolas ocupando pocos, pero importantes castillos y ciudades; multitud de partidas sueltas infestando el país, en Alost las fuerzas amotinadas, y los walones y alemanes abandonando la causa española para abrazar la de los Estados. En tales circunstancias fué cuando se recibió la noticia de que el Rey mandaba á los Países-Bajos á su hermano D. Juan de Austria, lo que aplacó un tanto los ánimos.

La verdadera situación de Flandes pintábanla al monarca con negros colores los individuos que le eran afectos en el Senado; y como si el documento que dieron á la estafeta no bastara, enviaron al monarca un especial legado para que verbalmente le diera exacta noticia de las cosas; mas por desgracia la lentitud de Felipe influía desastrosamente en los negocios: por otra parte la sublevación de los soldados había atraído á muchos dudosos al campo rebelde, especialmente

1 Esta sedición fué astutamente preparada por Orange, y Cabrera de Córdoba da acerca de ella las siguientes interesantes noticias: «Había muchos meses que no se pagaban los españoles y padecían, y sus capitanes escribieron á Julián Romero hiciese instancia con los del Consejo de Estado, como lo hizo, para que juntasen dinero con que pagarlos, porque si no, en rindiendo Zierickzée, se amotinarían sin duda. Trataron de darles gran socorro con el dinero que el Comendador mayor procuró juntar en Flandes, con que los victoriosos pasarían á la isla de Walckeren ó á Holanda á rematar la guerra, y los rebeldes, apretados, admitirían cualesquiera condición de paz, si el de Orange y sus astucias no disminuyeran las fuerzas del Rey y la fidelidad de sus ministros, y contra sí mismos obraban sus encuentros, desconfianzas, ambiciones, miedos, sospechas. Sancho Dávila, desde su castillo de Amberes, no dexaba mandar á su albedrío al gobernador Champaigne, amigo del de Orange, temiendo alguna traición contra sí y contra el conde Aníbal Altemps, coronel de los alemanes altos del presidio de la villa, su enemigo y fiel al Rey, y así *persuadió Champaigne al de Ariscoht y á sus compañeros, no convenía en tiempo de tanta falta de dinero, estando Amberes gastada con el presidio inútil de tantos años, retener la coronelía del conde Aníbal.* Este decía que *no movía al Champaigne el celo del servicio del Rey y bien de la tierra, sino el odio que le tenía y deseo de entregarla al de Orange, como lo procuró antes; y porque estorbó sus intentos con mucho cuidado, y sabía su infidelidad, y sería entregada antes de un año, si él no asistía á ella.* No pedían paga sus soldados, ni la pedirían en seis meses adelante, y vivían con quietud. Pareciendo al de Ariscoht era causa que justificaría su intento *de que no hubiese dinero con que pagar á los españoles, para que se amotinasen, y no siguiesen las empresas, y vagando, con los daños que harían, las tierras los tendrían por enemigos.* Conforme el designio y plática del príncipe de Orange, se proveyó saliese el conde Aníbal de Amberes, se despidiese y pagase su coronelía con el dinero que se había de dar á los españoles, con que injuriados no obedecerían y debilitarían las fuerzas del Rey y sus empresas impedirían.»

Tal como lo ideó el astuto Orange, se realizó el plan en todas sus partes. Los españoles, según antigua costumbre de no reclamar sus pagas hasta haber logrado la victoria, rindieron la fuerte plaza de Zierickzee, obligando á huir á la escuadra de Orange, que acudió en auxilio de la misma, tras un combate en que fué á pique el navío del almirante Boisot y pereció este con más de ochocientos hombres; y seguidamente mandaron al Consejo de Estado su petición. «Respondió este, dice el historiador citado, *se les darían sus pagas habiendo dinero, y en tanto pasasen á la isla de Uberen ó de la Plata para quitarles los baxeles y dexarlos desamparados en ella, en poder de sus enemigos, donde el frío y el hambre los acabasen.* Reconocido este agravio y el que les hicieron en pagar los alemanes con el dinero pronto para su pagamento, y que su valor y victorias merecían diferente premio, echaron sus oficiales, dando principio los del tercio de Francisco Valdés, y con su electo gobernador caminaron la vuelta de Herentals, y como furiosos de la ira llegaron á Esche, cerca de Bruselas.»

Hemos creído sumamente oportuno hacer esta aclaración, por la luz que arroja sobre el estado de los Países Bajos y los manejos de los personajes que componían el Consejo de Estado.

después que aquéllos se apoderaron de Licherck, fortaleza inmediata á Bruselas; la defección del duque de Arescot, senador poderosísimo, á quien Orange brindó con el doble matrimonio de sus hijos, contribuyó no menos á segregar fuerzas de la nobleza; y por añadidura la excisión que estalló en el mismo Senado y trascendió al pueblo respecto á las medidas que convenía adoptar con los tercios, dió pié á que estallara el tumulto. El pueblo de Bruselas, excitado por los revoltosos, se amotina y nombra por su gobernador á Guillermo de Horn, acérrimo enemigo de los españoles y cuya primera medida es poner presos á todos los senadores hispanienses, y reemplazarlos con hombres de dudosa fidelidad; el Senado publica un decreto ordenando la salida de los tercios de Flandes, y seguidamente convoca los Estados de las provincias, ordena el armamento de todos los ciudadanos, bajo pena de un doblón por cabeza. Y todo esto se efectúa, no sólo sin dar conocimiento al Rey, sino contra lo que tiene severamente prohibido. Era aquella una verdadera revolución, un acto de hostilidad abiertamente declarada, un rompimiento brusco é inesperado. En pocos días se coaligan el Brabante, Henado, Artois y Flandes por medio de sus diputados en Bruselas, y envían comisionados á Inglaterra, al Ducado de Cleves, á Holanda y al príncipe de Orange solicitando entren en la liga y les manden auxilios; y en breve tiempo también acuden las tropas del de Orange y se apoderan de la ciudad de Gante.


Espada de Felipe II

Esta ciudad iba á ser teatro de una escena solemne. En Gante se reunieron los diputados de las provincias citadas con los de Holanda y Zelanda; y allí, de acuerdo católicos y herejes, redactaron los capítulos de la liga ó compromiso que lleva el nombre de la patria de Carlos V. Allí habían acudido los embajadores de los príncipes confinantes, los diputados de las provincias y los de los prelados de Flandes. Separados por sus ideas religiosas, todos estaban conformes en un punto: *la expulsión de los extranjeros y la liga de todas las provincias;* y así en efecto lo acordaron y consignaron en acta levantada.

Entre tanto, no permanecían ociosas las armas españolas; entre Lovayna y Tillemont habían derrotado los soldados de Vargas á Glimeu, capitán de los Estados; y Fernando de Toledo logró recuperar á Maestricht, plaza cuyos habitantes expulsaron á los españoles y redujeron á prisión á Montes de Oca. Ambos sucesos alarmaron tanto á los de Gante, que temiendo por la suerte de Amberes, marcharon á Bruselas, donde de acuerdo con el Senado, dispusieron que se emprendiera la guerra. Dióse el mando en jefe de las tropas al hijo del conde de Egmont, los subalternos, á otros nobles de no menos confianza, con orden de marchar sobre Amberes; y pocos días después, al frente de veintitrés compañías de á pié y catorce de á caballo, más un tercio de walones, entraba Egmont en la ciudad, siendo recibido con gran agasajo por su gobernador Champaigne y el jefe de la guarnición, conde de Everstein, los mismos que habían prometido á Sancho Dávila, gobernador de la ciudadela, resistir á todo trance.

La primera medida adoptada por ellos fué atender á la defensa de la ciudad, sobre todo por la parte que mira á la ciudadela, de la que, como hemos dicho, estaban posesionados los españoles. Abrieron á este efecto un profundo foso y levantaron una gran trinchera, en la que trabajaron con el mayor entusiasmo hombres y mujeres; y colocando en ella numerosa guardia, vigilaban atentamente á los soldados de Avila. Mas el veterano gobernador de la ciudadela, así que supo la llegada de Egmont, no se dió punto de reposo; llamó á los destacamentos españoles de los lugares inmediatos, respondiéronle con sus tercios Romero y Olivera, vino inopinadamente en su socorro Vargas desde Maestricht, y por último, sin que les diera aviso alguno, antes atraídos por el compañerismo y el peligro que corría la fortuna española, acudiéron también los sediciosos de

Alost, al mando de su Electo. Todos entraron en la ciudadela con el mayor orden; mas los de Alost, sin querer descansar de la fatiga, negáronse á aceptar la cena con que les brindaba Avila antes de dar el ataque, vociferando *que en la ciudad se la procurarian*. Y en efecto, distinguiéronse en el asalto por su arrojo, y en el saqueo por su ferocidad.

Muy flojamente defendió la guarnición de Amberes la muralla y trinchera; pues los españoles, divididos en tres trozos, las tomaron con rapidez, y penetraron como un torrente por las calles de



Mapa de la provincia de Zelanda. (De una geografía española del siglo XVII.)

la ciudad, en las que Egmont, tratando vanamente de contenerlos, fué arrollado y hecho prisionero. Más de siete mil personas murieron heridas ó ahogadas en los canales, y el conde de Everstein, al querer saltar á una barquilla, halló esta merecida y vergonzosa muerte. Allí se dió el espectáculo horroroso del saqueo y la matanza, ardió el magnífico Consistorio, joya del arte, y perecieron en su interior centenares de personas; propagóse el incendio á las casas inmediatas, llenas de mercaderías, y á la luz de las llamas tuvieron lugar los más repugnantes excesos. «Cuanto la avaricia persuade entre las más licenciosas armas, dice un coetáneo, se vió ejecutado en la enemiga y opulentísima ciudad, llenándola de sangre y vaciándola de riquezas.»

La noticia de este suceso sembró por igual en Gante la zozobra y la cólera; pero en él encontraron los Estados excelente justificación de sus actos. Por eso fué su primera medida despachar un mensajero á España con larga relación del saqueo de Amberes, y noticia del pacto efectuado,

así por el Estado eclesiástico como por el secular: medida esta que consideraban la más segura para conseguir su objeto. Pero los españoles no dejaron que aquéllos les ganaran por la mano; acudieron también con oportunidad y en largo memorial al Rey, poniendo en punto de evidencia la mala fe de los próceres flamencos y sus provocaciones. Antes, empero, de que pudiese responder Felipe II, y, para que sea más de admirar la coincidencia, el mismo día en que tenía lugar el espantoso saqueo de Amberes, pisaba el suelo de Flandes D. Juan de Austria, el joven bizarro y generoso, cuyos días iban á tener en esta tierra breve y tristísimo término. Acababa de cruzar de incógnito el territorio francés, y al llegar á la ciudad de Luxemburgo dióse á conocer y despachó un enviado á Bruselas para notificar su llegada al Senado; pero casi al propio tiempo mandó una orden á los cabos españoles de Amberes para que suspendieran toda acción armada.

II

Difícil era en verdad la situación de D. Juan de Austria. De todas las provincias, tan sólo una estaba á su devoción, y ésta no segura, el Luxemburgo: las restantes se hallaban ocupadas por los rebeldes; en el Senado prevalecían los *patriotas,* ó por mejor decir, mandaba, aunque secretamente, Orange; la población en masa pedía la expulsión de los extranjeros; y él, sin otro mandato de Felipe II que hacer la paz, siempre que quedara á salvo la cuestión de creencias y la obediencia al Rey, tenía que luchar á la vez con una multitud de enemigos, declarados unos, ocultos otros, todos empeñados en precipitarle; y eso sin contar simpatías en el país y, lo que era peor, sin la fuerza armada á la que se exigía despidiese. Los comisionados de los Estados declaran que le reconocerán si admite y ratifica la paz de Gante, y entonces se ve D. Juan en el grave compromiso de tener que despedir á sus soldados y de entregar las más importantes fortalezas á los rebeldes. Así lo efectúa, aunque no de buen grado, porque el Rey le insta á pasar por todo lo que no atañera á la religión. «Con la mayor reputación que se pudiere, le decía, se debe conceder lo que fuere menester para acabar y salvar lo que se pudiere (1);» «Conviene en tanta apretura y necesidad pasar por muchas cosas que en otro tiempo y posibilidad no se sufrirían;» y refiriéndose á las condiciones de la pacificación: «Aunque hay algunas cosas que son rigurosas y rezias de pasar, se debe acabar el concierto (2).» ¡Cuanto habían cambiado los tiempos!

Firmó D. Juan de Austria la pacificación de Gante, conocida en adelante con el nombre de *Edicto perpetuo* (3), bien que obteniendo antes el consentimiento del Rey: y abandonando su residencia de Luxemburgo, pasó primero á Lovaina y después á Bruselas, donde se le hizo un ostentoso recibimiento. Con este viaje coincidió la partida de los españoles, que, llenos de pesadumbre, dirigíanse por la Lorena y Borgoña á Italia. Ellos, que por tan largos años habían derramado su sangre por el Rey en aquel país, despedidos ahora de un modo poco decoroso, se alejaban cabizbajos y despechados, mas no sin augurar días de peligro y de luto para Flandes. Y por añadidura, no marchaban á nuevas y gloriosas empresas, sino á consumirse en la ociosidad,

(1) *Correspondencia de Felipe II*, tomo IV, pag. 45.

(2) Id., tomo V, pag. 155.

(3) La paz de los Estados, ó compromiso de Gante, se reducía á un tratado de veinticinco capítulos, hecho en la ciudad de este nombre, entre las provincias flamencas de una parte y el príncipe de Orange y los Estados y villas de Holanda y Zelanda de otra. Constaba de veinticinco capítulos que, traducidos del francés, inserta íntegros en sus *Comentarios*, Lib. XVI, cap. III, D. Bernardino de Mendoza. En él se consignaba el mantenimiento de la religión católica y la obediencia al monarca; pero se exigía, entre otras cosas menos importantes, perdón general por todo lo pasado y salida de las tropas extranjeras, renunciando recíprocamente las partes contratantes á toda alianza contraria al pacto. Aceptólo D. Juan con el consentimiento del Rey y se publicó en Bruselas el 17 de Febrero de 1577 con el nombre de *Edicto perpetuo*, y reducidos á diez y ocho el número de sus capítulos: en él se fijaba el plazo de veinte días, contaderos, desde la notificación que les hiciera el Rey, para la salida de las tropas españolas, alemanas, borgoñonas é italianas. *Coment.*, lib. XVI, cap. V.

pues derramados por la parte del Genovesado inmediata á los Alpes, sólo hallaron allí grandes privaciones y una muerte oscura. Mas por desgracia el sacrificio que se impuso al austriaco privándole de estas fuerzas resultó estéril, como ineficaz resultó su benignidad y su confianza con los flamencos. Influídos por el de Orange, los próceres y el pueblo comenzaron á sospechar de la magnanimidad de D. Juan, negáronse los zelandeses y holandeses á firmar el compromiso de Gante, y tan buenas mañas se dió Guillermo para desprestigiar al austriaco, que dió á luz cartas dirigidas por éste á España con quejas de los Estados, quejas que glosadas por él produjeron gran efecto en la opinión (1).

Inútilmente trató D. Juan de recordar á Orange el compromiso de Gante, manifestándole por conducto del duque de Ariscot sus quejas. Guillermo contestó arrogantemente que era el austriaco quien infringía la paz; que aun mantenía compañías tudescas en el país, que en su consejo privaban los españoles, que existía una inquisición secreta; y, por último, que no sólo estaba dispuesto á no transigir en lo de las creencias, sino que, de reunirse todas las provincias, tenían poder suficiente para resistir al Rey. Entonces D. Juan puso en conocimiento de los Estados la respuesta y les propuso reunir sus fuerzas para someter á Orange; pero fué infructuosa la tentativa, porque los Estados se negaron á ello.

Triste efecto causó á D. Juan la conducta del Senado; pero no mejor le produjo el poco respeto que se tenía á su autoridad, y sobre todo la noticia de las conspiraciones tramadas contra su persona. Luis del Río, que residía junto á Orange, le avisaba de todos estos peligros, y en Bruselas evidenciáronse de un modo harto escandaloso, al ser desarmados por el populacho los arcabuceros de su guardia; mayor atrevimiento manifestaron los rebeldes conjurándose para apoderarse de su persona el día de la procesión general que en 13 de Julio debía celebrarse. Súpolo oportunamente D. Juan, y fundándose en la necesidad de arreglar las dificultades originadas por el pago de las compañías alemanas del presidio de Malinas, partió en secreto de Bruselas á Malinas, y de esta ciudad á Namur. Llegado allí, con pretexto de ir á recibir á la hermana del rey de Francia, que se dirigía á Spá, entró como por curiosidad en el castillo de Namur, y una vez en él, hízolo ocupar por los soldados de su séquito, y declaró á cuantos le rodeaban que escogía aquella fortaleza para regir con más seguridad, aunque sin alteración alguna, los Países Bajos, y esto á consecuencia de los desacatos que había sufrido y de los peligros que le amenazaban.

Tal determinación, en sí gravísima, por el modo con que se había cumplido, era la más propia para justificar las maniobras de los sediciosos y alucinar á los pacatos, pues gracias á las astucias del de Orange, no parecía sino que el austriaco en realidad se quitaba la máscara, descubriendo

(1) He aquí el texto de una de las cartas sorprendidas, que á conocer da el historiador Cabrera.

«De lo que toca á la reducción y quietud destos Estados, no puedo asegurar á V. M. cosa cierta, ni que de la paz hecha se haya de sacar el fruto que se esperaba; porque el príncipe de Orange continuo el fortificar á gran furia en Holanda y Zeelanda. La reina de Inglaterra le incita y hace gran fuerza á no pasar por lo capitulado, y para ello le ofrece su poder. La mayor parte de los Estados está á su devoción, los unos por querer, los otros por ser engañados destos, y aquí entre casi todo el pueblo. A los que desean gozar de la merced que V. M. les hace, que son los menos, les parece que en acetarla hacen todo lo que les toca, y están con tal ánimo que no harán demostración señalada y cuando bien se quisiesen señalar, habrá una gran confusión y cisma entre todos para el día que salieren los españoles, los unos por que yo sea admitido al gobierno, y los otros por estorbarlo, y porque como tengo dicho los primeros no tienen brío. Y si sucediese que los otros echasen mano de mí, perderían de todo punto el ánimo, y no habría ninguno que se osase menear. *Voy pensando de ponerme en algún lugar más seguro que éste*, de donde pueda acudir á los negocios, porque estando en salvo, todavía creo que habrán muchos que se declararán por V. M., si ya no me engañan sus palabras y demostraciones: y en esto se va pensando. Ahora no me ha quedado ni queda otro oficio por hacer para ganar voluntades y dar á entender á los Estados lo que les conviene; pero veo que hasta ahora es todo predicar en desierto. Iré continuando lo mismo, y de lo que sucediere advertiré á V. M.; y le suplico cuanto lo demanda su mismo servicio que se cumpla luego esto, pues *no tiene este cuerpo otro remedio que el cortar lo dañado del, lo cual se ha de hacer ahora haciendo la provisión de dineros que suplica de nuevo, porque si falta, no quedará cosa en pie*; y aun entre tanto es bien menester que Dios ayude á lo presente.»

Uno de los recursos, y sin duda el más eficaz, que emplearon los rebeldes contra los españoles, fué sorprender á los correos y apoderarse de la correspondencia de D. Juan de Austria. Gracias á esto conocían todos los apuros del gobernador y del Rey, todos sus propósitos y empresas. El Rey se desesperaba muchas veces de no saber la opinión de D. Juan sobre determinados asuntos y éste á su vez del silencio del Rey. Ambos estaban perplejos y recelosos; en cambio, enterándose de las concesiones que el Monarca estaba dispuesto á hacer cobraban los rebeldes nuevos bríos. «Fué mayor, dice Cabrera, la diligencia de los Estados en cerrar la comunicación y coger las cartas de su Alteza que el secreto con que se encaminaban. Descifradas, las enseñaban y comentaban y con otras las imprimían para mostrar la justificación de la nueva guerra.»

cuán fingida había sido hasta entonces su conducta (1). Y fundados en esto acudieron los Estados al Rey en queja de su gobernador. Mas por su parte, D. Juan puso en punto de evidencia la falsía de muchos próceres y senadores, y los manejos de Orange, en carta dirigida á los mismos Estados; lo que no fué óbice á que ambos acudieran á las armas. Desgraciadamente, el Senado era dueño ya de las más importantes plazas de guerra: Gante, Valenciennes, Utrecht, que hasta entonces había resistido á las armas flamencas, y sobre todo de la importante ciudadela de Amberes, que el leal Sancho Dávila gobernaba y que hubo de abandonar á consecuencia del Edicto de pacificación (2). Pero antes de romper abiertamente con D. Juan, vacilantes los Estados y como sospechando de Orange continuaron aún las negociaciones para la reconciliación. No supo apreciar en aquellos instantes el austriaco el estado de cosas, ni la excisión que minaba al mismo Senado, en el que apareció un nuevo partido, contrario á Orange; y hondamente preòcupado por el mal cariz de los negocios, dando largas á este asunto, mandó á su propio secretario, Escobedo, á España. En cambio, el astuto Orange triunfó de sus enemigos, excitando las pasiones del pueblo, se hizo llamar por los Estados á Bruselas, y llegado allí elegir *Ruwart* (Conservador) del Brabante, dignidad que él miraba como escalón para alcanzar á categoría mas encumbrada y aumentar en títulos y dominios. Esta elección, verdadero golpe de Estado, aumentó la desconfianza y la zozobra de los diputados *descontentos*, mas no por eso los inclinó al partido de España: y como casi al propio tiempo el Rey mandara al Senado una carta en la que disponía se atuviera á lo convenido en el Edicto perpetuo y dejara las armas, D. Juan, de acuerdo con las órdenes del Monarca, y vista la negativa de los senadores á obedecer, se apercibió á la lucha (3).

(1) Se han emitido muy diversos juicios respecto á la retirada de D. Juan á Namur; Cabrera, dice lo siguiente:

«Aprobaron el hecho los que sabían las razones que para ello tenía. Otros dixeron se fió mucho de los flamencos debilitando al Rey, y no debía ya desconfiar del todo dellos, para mover la guerra civil. Mas, estaba Flandes tan desordenada cuando vino, que no pudo escoger, sino forzado de las órdenes del Rey, y había ya de caer en manos aleves ó ser muerto. Los juicios son diversos, ó por el deseo ó por inorar las causas.»

(2) Le reemplazó como gobernador el duque de Ariscot, prócer flamenco que observó una conducta muy solapada; este noble siguió á D. Juan hasta Namur y dejó confiado el mando de la ciudadela á Luis de Blois, señor de Trelón. Ganado por las dádivas de los rebeldes, un capitán de la guarnición, en el momento de relevar las guardias, se hizo dueño de ella y la entregó á los Estados. El de Ariscot dió á conocer bien pronto su poca fidelidad á D. Juan desapareciendo repentinamente de Namur y yendo á reunirse con los demás senadores.

Perdemos al llegar aquí uno de los guías que más contribuyen á ilustrar estos sucesos, el ilustre D. Bernardino de Mendoza, cuyos *Comentarios* hemos citado con tanta frecuencia y que sólo alcanzan al año 1577.

(3) Hé aquí la carta que D. Juan dirigió á los antiguos soldados de los Tercios acantonados en Italia, documento verdaderamente notable así por los afectuosos términos en que está concebido, cuanto por retratar fielmente la situación apurada del austriaco:

«A los Magníficos Señores, amados y amigos mios, los capitanes y oficiales y soldados de la mi infantería que salió de los Estados de Flandes.

»Magníficos Señores, amados y amigos míos: el tiempo y la manera del proceder destas gentes ha sacado tan verdaderos vuestros pronósticos, que ya no queda por cumplir dellos sino lo que Dios por su voluntad ha reservado. Porque no sólo no han querido gozar ni aprovecharse de las mercedes que les truxe, pero en lugar de agradecerme el trabajo que por su beneficio había pasado, me querían prender, á fin de desechar de sí religión y obediencia. Y aunque desde el principio entendí, como vosotros confirmasteis siempre, que tiraban á este blanco, no quise dejar de la mano su dolencia, hasta que la ejecución del trato estuvo muy en víspera. Y entonces me retiré á este castillo, por no ser causa de tan grande ofensa de Dios y deservicio de S. M. Y como los más ciertos testigos de su malicia son sus propias conciencias, hanse alterado de tal manera, que toda la tierra se me ha declarado por enemiga y los Estados usan de extraordinarias diligencias para apretarme, pensando salir esta vez con su intención. Y si bien, por hallarme tan solo y lejos de vosotros, estoy en el trabajo que podéis considerar, y espero de día en día ser sitiado; todavía acordándome que envío por vosotros, y como soldado y compañero vuestro no me podéis faltar, no estimo en nada todos estos nublados. Venid, pues, amigos míos: mirad quán solos os aguardamos yo y las iglesias y monasterios y religiosos y católicos cristianos, que tienen á su enemigo presente y con el cuchillo en la mano. Y no os detenga el interés de lo mucho ó poco que se os dejase de pagar; pues será cosa muy ajena de vuestro valor preferir esto que es niñería, á una ocasión donde con servir tanto á Dios y á S. M. podéis acrecentar la suma de vuestras hazañas, ganando perpetuo nombre de defensores de la fe, y obligarme á mí para todo lo que os tocase, mayormente lo que dejáredes de cobrar allá no perdereis nada, pues yo tomo á mi cargo la satisfacción, y así como tengo por cierto que S. M. tomará este negocio con las veras y en la calidad que le obligan, y en la misma conformidad hará las provisiones, lo podéis vosotros ser que yo os amo como hermano; y las ocasiones que os esperan no consentirán que padezcáis, porque no dudo que acudiréis al nombre y ser de cristianos, españoles y valientes soldados, y buenos vasallos de S. M. y amigos míos, haréis lo que os pido con la liberalidad, resolución y presteza qne de vos confío y conviene..... No me alargaré á encarecer más este negocio; sólo diré que éste es aquel tiempo que mostrábades desear todos militar conmigo, y que yo quedo muy alegre y que las cosas han llegado á este extremo de pensar que ahora se me ha de cumplir el deseo que tengo de hallarme con vosotros en alguna empresa donde, satisfaciendo nuestras obligaciones, hagamos algunos servicios señalados á Dios y á S. M. Esta carta pase de mano en mano. N. S. guarde vuestras magníficas personas como deseáis. Del castillo de Anamur, a 15 de Agosto de 1577.

»A los Magníficos Ordenadores. Vuestro amigo—Don Juan.

»No escribo en particular, porque no sé las compañías ni los capitanes que habrán quedado en pié; pero ésta servirá para reformados y no reformados; y á todos ruego vengáis con la menor ropa y bagaje que pudieredes, que llegados acá no os faltarán de vuestros enemigos.»

Tarde, en verdad, conoció Felipe II la ineficacia de los recursos conciliadores (1), pues para entrar su hermano en campaña carecía de tropas y de dinero; de las diez y siete provincias sólo una tenía á su devoción y no pocos de los súbditos católicos hacían causa común con los protestantes; mientras los rebeldes disponían nada menos que de 15,000 soldados. Mas por fortuna anduvieron los enemigos poco diligentes, pues sin tener en cuenta lo facil que les era caer sobre Namur y apoderarse de D. Juan, limitáronse á arrojar á los tudescos de Berghen-op-zoom, y apoderarse de Breda, Bois-le-Duc, Steembergehm, Liere y Vilvorde, malgastaron lastimosamente el tiempo en discutir, y dieron lugar á que éste recibiera refuerzos (2). Influyó también en ello la mira que llevaba Orange de atender sobre todo á la defensa del Brabante, con objeto de asegurar la de las provincias holandesas; pero no es menos cierto que mientras los pueblos se entregaban



D. Bernardino de Mendoza, escritor militar
(Retrato copiado de una estampa existente en la Biblioteca Nacional de Paris)

á jubilosas demostraciones y derruían sus fortalezas, iban llegando á Namur los refuerzos de Italia. Otro suceso de alguna trascendencia vino á modificar un tanto la situación política de los Estados: á los manejos de Guillermo para hacerse dueño absoluto del gobierno, contestó el duque de Ariscot y otros magnates pidiendo que se nombrara un sustituto á D. Juan, con la secreta idea no tan sólo de cortapisar á Orange, sino lo que es más grave, de atraerse nuevas y superiores fuerzas. Llevados de esta mira eligieron por gobernador á Matías, archiduque de Austria y

(1) Cabrera inserta el siguiente extracto de la carta del Rey á D. Juan de Austria, después de su retirada á Namur:

«Estaba satisfecho de su prudencia con haber ocupado á Namur, y por las las conjuraciones hechas contra el y rompimiento del Edicto perpetuo mando que volviesen á Flandes los españoles que del salieron, y la caballeria, y enviaria los tercios viejos de Italia y dineros para que defendiesen la religión católica y su autoridad Real y apremiar los flamencos á obedecer. Enviase Embaxador á Inglaterra que de su parte dixese á la Reina no se metiese en la guerra de sus vasallos, pues no le tocaba; ni los socorriese en publico y en secreto, y mirase que su paciencia y sufrimiento no duraria para siempre, pues tenia muy en la memoria las cosas pasadas contra el hechas, y que no le faltarian fuerzas para tomar venganza. Mantenia la paz que guardaron ambas partes; quebrandola quedaba la otra desobligada á cumplilla. Ponia en sus manos la paz ó la guerra.

(2) «Habia en sus ánimos, dice Cabrera refiriendose á los senadores, desconfianza de sus fuerzas para comenzar la guerra al descubierto.

hermano del emperador Rodolfo, quien aceptó un poder sumamente restringido á trueque de figurar como cabeza del país (1).

Las primeras medidas adoptadas así que llegó el archiduque Matías fué expulsar de los Estados á los senadores de conducta ambigua; seguidamente declaróse enemigos del país á cuantos siguieran la parcialidad de D. Juan; nombróse como á teniente ó vicario del archiduque á Orange, quien triunfó fácilmente de jovenzuelo tan ambicioso como inexperto, y dióse el gobierno de Bruselas al conde de Bossu, el de Gueldres al baron de Hesse, el de Flandes, al duque de Ariscot; eligióse por general del ejército al conde de Lalain, de la artillería á Mr. de la Motte y maestre general de campo á Mr. de Goignies. Pero tanto los Estados como D. Juan se hallaban en un grave apuro: carecían de dinero; y se dió el caso singular de acudir algunas banderas de tudescos al servicio de España en socorro de Ruremunda, destrozar á los sitiadores y regresar amotinados los tudescos á Namur y los flamencos y valones á Gembloux, villa situada en las márgenes del Sambra, donde había tomado posiciones Mr. de Goignies para impedir la entrada de vituallas en Namur. Y mientras D. Juan procuraba aplacar á los tudescos amotinados, Goignies pasaba iguales trabajos con la gente á su servicio. Sin embargo; faltos como se hallaban los Etados de dinero, y D. Juan de metálico y de soldados, la ventaja estaba de parte de éste, pues los amotinados tudescos acampados en las cercanías de Namur, escarmentados por una felonía que en Berghen-op-Zoon les hicieron los flamencos, manteníanse bajo sus banderas y le servían de salvaguardia.

Pronto, sin embargo, cambió la situación de los españoles.

Espiraba el año 1577 cuando llegó de Italia Alejandro Farnesio, príncipe de Parma, con los tercios viejos, que, unidos á otras tropas levantadas en Italia, ascendían á 6,000 soldados (2). Con el arribo de esta gente y el regimiento de borgoñones que condujo Chererau, cobró D. Juan nuevos ánimos; pero lo que sobre todo le regocijó fué el contemplar á su bizarro sobrino, al esforzado joven que combatiera á su lado en Lepanto, y que tan oportunamente llegaba ahora en su auxilio. Mucho fiaba en su valor, pero no poco en su sagacidad; y en verdad que no tardó en dar pruebas de una y otro en las primeras operaciones que se efectuaron. Las cuales tuvieron feliz comienzo con la victoria de Gembloux, conseguida gracias al arrojo de este joven.

Habíase movido el ejército enemigo, compuesto de 25,000 soldados, hacia Templén, lugar poco distante de Namur, creyendo tener acorralado al austriaco en esta ciudad; cuando supo, no sin sorpresa, que el de éste, por cierto muy inferior en número (10,000 soldados escasamente), salía á su encuentro con ánimo de librar la batalla. Tal noticia desconcertó á sus caudillos, quienes, con objeto de madurar un nuevo plan, decidieron contramarchar á Gembloux. Y en efecto, emprendieron el camino, llevando por delante á la infantería y á retaguardia la caballería. Por su parte D. Juan avanzaba precedido de numerosos batidores, y formado el ejército en este orden: «En la vanguardia, bien abrigada de la caballería, los arcabuceros, armados á la ligera: tras éstos, á cierta distancia, las lanzas: y para defensa de entrambos se seguían en hileras más llenas los armados de cota. Los cabos, cada cual junto á su tropa, iban delante: y algunos de ellos delante de las banderas en poca distancia de las haces, con pequeñas tropas de caballos ligeros. Seguíase el cuerpo de batalla, compuesto de dos escuadrones de arcabuceros de á pié, y de piqueros, en cuadro, los más de ellos españoles y alemanes, marchando al mismo paso delante sus maestros de campo. Cerraba un tercio de walones, también en cuadro, á quien servían de defensa los carros y el bagaje, andando entre ellos los arcabuceros de á caballo borgoñeses. Gobernaba la vanguardia Octaviano Gonzaga, la retaguardia Ernesto de Mansfeld, maestre de campo general aquél, éste general de la caballería. De la batalla cuidaba el austriaco, con el príncipe de Parma, llevando la escolta de sus guardias: y entre ellas sobresalía el Estandarte real. Parte del ejército, á cargo de Carlos Mansfeld, quedóse en las márgenes del Mosa (3).»

(1) Cabrera, Lib. XI, cap. 23.

(2) Con estos tercios llegaron los valerosos maestres de campo Mondragón y Verdugo, y el conde de Mansfeld, no así Romero, que murió repentinamente en el camino. Sancho Davila se hallaba en España, á donde fué llamado para la guerra de Portugal.

(3) Estrada, Década Primera, Lib. X

Avistó D. Juan á las pocas marchas al enemigo, y ordenó seguidamente que soldados escogidos de la caballería, interpolados con infantes, escaramuzaran y le entretuvieran en su marcha, hasta que él se incorporase á estas tropas con el núcleo de las que mandaba. Mas los que entraron en la escaramuza adelantáronse á las prevenciones del austriaco, comprometiendo á la vanguardia. El enemigo seguía entonces un camino sumamente angosto, flanqueado por una pendiente y unas aguas encharcadas; lo que aparentemente impedía toda operación por aquel lado; y á causa de esto y de la precipitada marcha, su caballería mostraba algo desordenadas sus haces. Tal desorden lo echó de ver con certera mirada Alejandro Farnesio, que á reconocer el lugar se había adelantado con su escolta, y sin vacilar un punto lánzase seguido de algunos cabos hacia aquel paso, forma á la opuesta margen el escuadrón, y cargando con violencia sobre el flanco enemigo, desbarata á los escuadrones de á caballo y los arroja sobre la infantería. Casi á un mismo tiempo vióse acometida ésta por la caballería de Farnesio y la que contra su retaguardia se lanzó con Gonzaga á la cabeza. Y arrollada por los que huían y por los que acometían, hecha toda ella piezas, parte quedó sobre el campo, y parte prisionera, entre ellos el general en jefe Goignies. Toda la artillería y el bagaje quedó por los nuestros, y Gembloux cayó seguidamente en su poder.



Espada de Hurtado de Mendoza.

La noticia de esta derrota causó en Bruselas profunda sensación; pues llegó precisamente cuando estaba discutiendo el Senado si convendría atacar resueltamente al austriaco ó permanecer á la defensiva. Desde aquel momento creyóse la ciudad en gravísimo peligro, cundió la voz de que D. Juan iba á caer sobre ella con su victorioso ejército, y el Senado, Orange y el archiduque de Austria fueron á refugiarse á Amberes, no sin dejar á Bruselas bien guarnecida. Por desgracia, el austriaco no pudo realizar tal pensamiento, á causa de no contar con número suficiente de soldados y carecer de recursos metálicos. Así que, se limitó á recorrer el país en diferentes sentidos, á despachar fuertes destacamentos contra algunas ciudades del Brabante, y á señorearse de Lovaina, Tudoigni, Tillemont y Boubignes. No todas recibieron buenamente á la guarnición española; y al dirigirse Alejandro Farnesio contra la plaza de Diest, hubo de tomar por asalto á Sichem y su castillo, con alguna pérdida y no poco trabajo; pero el saqueo de esta plaza y el degüello de su presidio infundió en aquélla y en Leve tal espanto, que á poco de intimada la rendición hicieron la entrega. Los valones que guarnecían á Diest pasaron al servicio de España. De este modo utilizó D. Juan el efecto moral que la victoria de Gembloux causó en el país, pues con más ó menos resistencia, se entregaron Niveles, Binc, Malbouse, Reulx, Beaumont, Soigniac, Barlamont, Cimay y Philippeville, ciudad ésta que hubo de ser estrechamente circunvalada, pero que se dió á partido antes del asalto. Estas operaciones tan felizmente llevadas á cabo, permitieron á los españoles señorear en breves meses las provincias de Namur, Luxemburgo y Henado.

Sin embargo, serie tan próspera de sucesos no bastó á librar de mortales congojas el alma de D. Juan, profundamente disgustado por los manejos de sus enemigos en la córte, y sobremanera entristecido por la alevosa muerte que dieron en Madrid á su secretario Escobedo. La falta de recursos con que atender á su gente, falta que había dado pié á un nuevo motín de los tudescos frente á Nivele, la conducta reservada del Rey y el estudiado abandono en que le dejaba (1),

(1) Haciendo caso omiso de D. Juan, intentó por este tiempo el Rey entrar en tratos con los rebeldes, mediando el emperador de Alemania. Fué comisionado á este objeto el conde de Stuartzemburg, y reunióse en Colonia con los delegados flamencos. Pero, como siempre, no pudo llegarse á un arreglo. No deja de ser curioso el empeño del monarca en conseguir la paz á cualquier costa, salvo la cuestión de creencias, cuando precisamente era esto lo que impedía todo acuerdo.

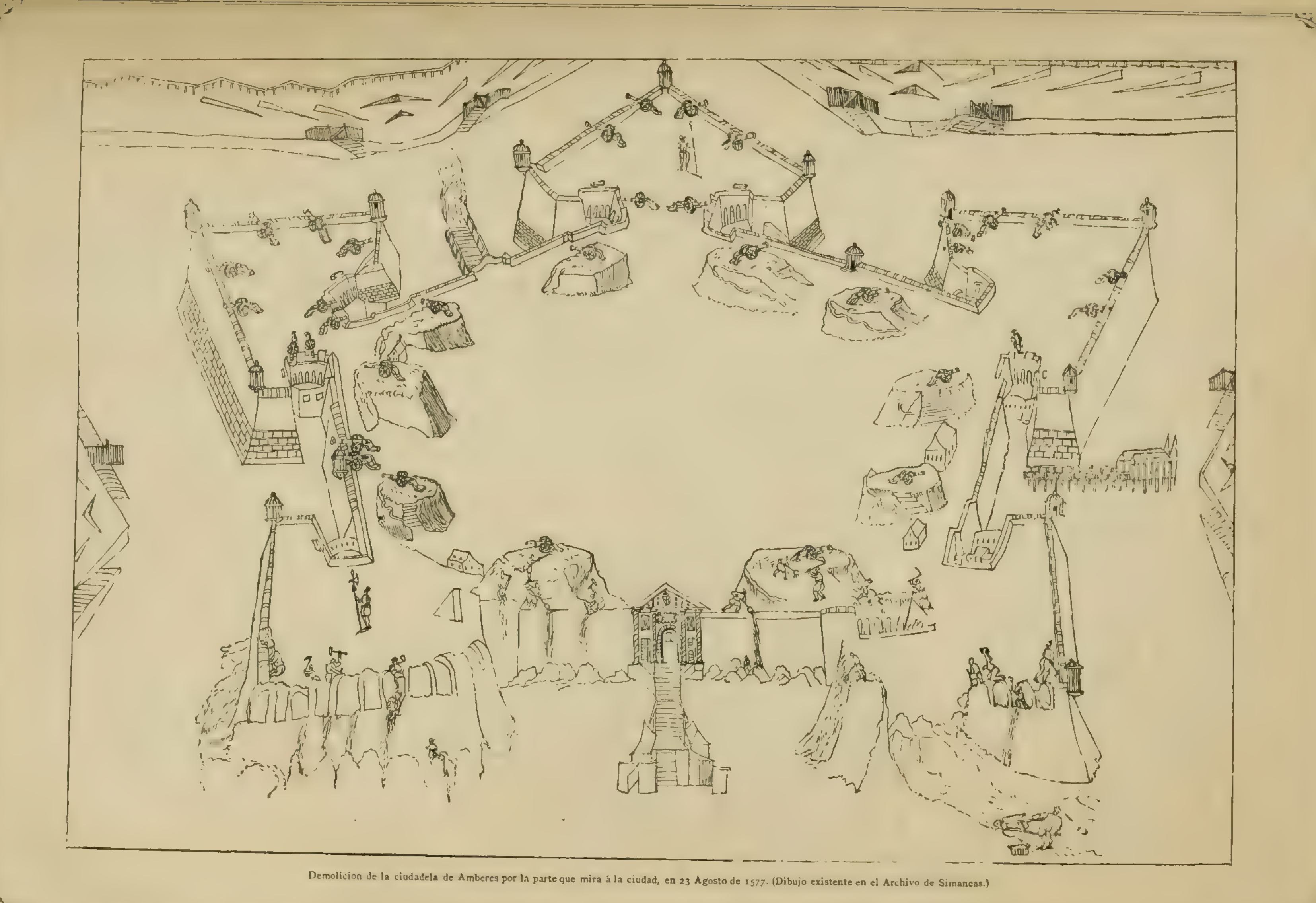
quizás la ruina de sus quiméricos proyectos, amargaba aun más su existencia, ya rudamente combatida por los padecimientos físicos; y aquel joven lleno de ilusiones, que pisara el suelo flamenco abrigando las más bellas esperanzas, sucumbió al fin víctima de sinsabores tan múltiples. A fines de Mayo de 1578, D. Juan resignó el mando de las armas en Alejandro Farnesio, y él partió para Namur, con objeto de consagrarse al cuidado de su quebrantada salud.

Las excepcionales dotes que reunía Farnesio diéronse á conocer en las primeras operaciones que realizó. Derrotados en Gembloux, reorganizábanse á toda prisa los flamencos, y engrosaban sus filas con 12,000 ingleses y escoceses que condujo á los Países el coronel Norris: el duque de Alanzón se apercibía á penetrar en su auxilio por la frontera del Luxemburgo, y Juan Casimiro, hermano del Elector palatino, reclutaba gente en Alemania para penetrar en el Brabante. Este triple peligro había que conjurarlo á un mismo tiempo y á toda prisa. Y por cierto que las circunstancias no se mostraban muy favorables al ejército español, diezmado á la sazón por la peste y falto, como de costumbre, de pagas. Sin embargo, conjuróse en parte; pues colocándose en la frontera del Luxemburgo el coronel Verdugo, y en la de Borgoña, Mansfeld y Altemps ampararon el territorio por el costado de Francia, mientras Farnesio marchaba hacia el Limburgo, con objeto de cerrar el paso al duque Casimiro. El ejército español penetró en esta provincia distribuído en la siguiente forma: en vanguardia Gabriel Niño con siete compañías de arcabuceros, á las que seguía Camilo del Monte con la caballería; á gran distancia marchaban los españoles y valones con Alejandro Farnesio, y á retaguardia el tercio de Frundsberg convoyando diez cañones de batir. En esta disposición se presentó frente á la ciudad de Limburgo, después de haber derrotado en el camino un fuerte destacamento rebelde.

Largo y porfiado prometía ser el sitio, pues la ciudad hállase situada en escarpado valle, y su asiento es una eminente roca: de aquí se originaba gran dificultad para construir trincheras, y no menor para atacar la muralla con la mina. Pero Alejandro, después de ocupar los arrabales, fortificó una colina que á corta distancia se levantaba, empleando dos noches en construir el terraplen con cestones cargados de tierra y céspedes que desde muy lejos se traían. Plantó luego su artillería gruesa, y seguidamente despachó un corneta para intimar la rendición. Mas como éste regresara por dos veces sin respuesta definitiva, batió la artillería, con gran furia los muros é infundió en los moradores tal terror que poco tardaron en parlamentar y entregarse. Rendición tanto más impensada, en cuanto después vieron los vencedores que Limburgo tenía grandes elementos de resistencia. Por añadidura los soldados mercenarios que presidiaban á Limburgo se alistaron en las banderas de Farnesio, que en breves días sometió, sin lucha, á toda la provincia, excepción hecha de Dhale, que fué asaltada y entrada á saco. De este modo quedó cerrada á los rebeldes la frontera alemana del Limburgo.

Causó tal victoria tristísimo efecto á los Estados pero Orange atenuó esta impresion con la noticia de que los españoles habian sufrido un gran desastre á consecuencia de la voladura de un polvorín en Limburgo. Y como el partido de los descontentos ó *políticos* engrosara, halló en aquel desastre nuevo pretexto para hacerlos antipáticos al pueblo. Sin embargo, compensó crecidamente la pérdida del Limburgo, un suceso de no menos monta ocurrido en Holanda: la conquista de Amsterdam, que hizo á Guillermo dueño absoluto de toda esta provincia. España la perdió entonces para siempre.

No se encontraban aún los Estados en situación de hacer frente á las tropas españolas; y con el propósito de ganar tiempo, aconsejó Orange á los senadores que concertasen treguas con don Juan, pues había regresado de España por entonces el enviado á negociar la paz. Y en efecto, estaba ya en Flandes este agente, al que dió el Rey carta para los Estados manifestándoles que si volvían á la antigua obediencia y religión mandaría retirar á D. Juan y pondría en su lugar á Farnesio, al archiduque Fernando de Austria, ó bien confirmaría al mismo Matías, aunque con ciertas condiciones; «pero con dos fuertes rastrillos, dice Estrada, tenían cortado los próceres el paso de sus oídos á las voces de la concordia: el uno era el haber probado ya á qué sabe el mandar: el otro, el persuadirse muchos que no había que esperar cosa pacífica de español ofendido.» El as-



Demolicion de la ciudadela de Amberes por la parte que mira á la ciudad, en 23 Agosto de 1577. (Dibujo existente en el Archivo de Simancas.)

tuto Orange aconsejó esta respuesta: «Suspensión de armas hasta que se consultase lo de la elección de gobernador á las Provincias.»

Ni á Farnesio ni á D. Juan se ocultaban las secretas miras de los rebeldes; y á pesar de que mediaban en el asunto los embajadores del Emperador, opusiéronse á la tregua. Por añadidura aquellos días recibieron nuevos refuerzos: 2,000 españoles de los presidios de Italia, mandados por Figueroa; una compañía escogida, reclutada en Nápoles por Martínez de Leyva, y 2,000 italianos mandados por Gabrio Cervellón, recientemente rescatado del turco. Llegó también Billy de España con 900,000 escudos de oro consignados para D. Juan, cantidad respetable aunque no suficiente para el pago de atrasos á las tropas, y además se tuvo aviso de que en Italia se reclutaba nueva gente. Con estos refuerzos, el regimiento de tudescos de Altemps y 3,000 reitres alemanes, hallábase ya D. Juan en disposición de hacer frente al enemigo. Y en efecto, decidió tomar una ofensiva vigorosa.

Por la frontera alemana, en el Brabante septentrional, amenazaba el peligro más grave. Casimiro, con el ejército reclutado en su patria, había cruzado el Rhin y se hallaba ya en Nimega: allí convenía acudir con urgencia; pero D. Juan no tuvo el tiempo suficiente para reunir todas sus tropas, y antes de que sacara la gente de sus presidios, Casimiro cruzó el Mosa por Grave, avanzó hasta el corazón de Flandes y en el Brabante meridional se dió la mano con el ejército de los Estados. Entre Malinas y Liere acamparon flamencos y alemanes, como en espectativa de los sucesos y decididos á aprovechar el primer descuido del enemigo.

En aquellos momentos estimó D. Juan punto de honra el atacar á los flamencos; y reunidos en consejo los capitanes, expuso su opinión sosteniéndola con grandísimo calor: mas el experto Farnesio se declaró abiertamente contrario á ella, manifestando, muy fundadamente, que sería arriesgar de una vez el porvenir de la guerra y de los países, sin necesidad: este parecer apoyado por el veterano Cervellón, no halló eco en el consejo. Prevaleció en cambio el de atacar á los rebeldes en sus reales; y en su consecuencia avanzó el ejército en dirección al campo rebelde, situado no lejos de Malinas, en la aldea de Rimenant. Esta aldea ocupa una eminencia bordeada de bosques, y en ella apoyaron su espalda los enemigos, atrincherando sólidamente su frente y protegiendo sus flancos con las inmediatas espesuras: dominaban así una gran extensión de terreno que era completamente despejado en el frente, y sólo podía ser acometida la aldea por un estrecho camino que serpenteaba á mano izquierda del bosque.

El austriaco avanzó desde Tiennen, donde tenía su campo, pasó el puente de Arescot y el día 14 de Agosto de 1578 dió vista al ejército enemigo, mandado por un antiguo servidor de España, el conde de Bossu. Mucio Pagani, y Amador de la Abadía, capitanes de caballería, exploraron el terreno, dando noticia de las posiciones ocupadas, y D. Juan, después de reconocer la llanura, formó las haces para la batalla. En aquel momento pidió Alejandro el puesto de honor y de peligro, delante de los maestres de campo, en la primera hilera del escuadrón de españoles. Era llegada la hora de luchar, y el que había desaconsejado la batalla probó que no era por rehuir peligros. Mas puestas ya las tropas en orden de batalla, no se movió el enemigo de sus trincheras. ¿Aguardaba tranquilo el ataque, en la seguridad de vencer fácilmente á nuestros soldados? Pronto apreciará el lector cuál fué la idea de Bossu

Deseoso D. Juan de romper las líneas enemigas, mandó á Alfonso de Leyva, capitán de caballos ligeros, que, siguiendo la angosta senda existente entre la selva y la trinchera, hiciese ademán de entrar en la aldea, con lo que abandonaría el enemigo sus posiciones, y atrayéndolo á la llanura podría entablarse ventajosamente el combate: este movimiento ordenó lo secundara Monte con la caballería pesada. Pero Bossu se mostró sumamente cauto, pues limitóse á ordenar al coronel inglés Norris, que por aquel costado defendía la trinchera, saliese á recibir al atacante y escaramuzase con él, aunque sin adelantar un paso. Como se ve, ni uno ni otro de los caudillos tenía el propósito de enzarzarse en la pelea. Pero entablóse la escaramuza tan bravamente que acudió en apoyo de Norris el conde de Egmont; contra éste Montes; en socorro de los flamencos unas banderas de escoceses, y contra los escoceses D. Hernando de Toledo. Empeñados los espa-

ñoles en la lucha, atrajéronlos los enemigos á las trincheras, que fueron abandonando lentamente retrogradando hacia la aldea.

Sospechó entonces Farnesio una celada; pero tardíamente quiso remediarse el daño; pues aun cuando el austriaco, avisado por Alejandro, dió orden para que se suspendiera el avance, cuando el mensajero llegó á la vanguardia ésta había ya cruzado la aldea en persecución de los flamencos y penetraba en una llanura inmediata al camino de Malinas y cercada por un costado de espesísima selva y por otra del rio Dyle. El grueso del ejército rebelde se hallaba sólidamente parapetado en ella y su nueva posición que, no podía ser más escogida, acredita los conocimientos militares de la época, pues era una eminencia entre el río y la selva «con valiente circunvalación y colocada al frente la batería.» En ella se encontraban los flamencos y auxiliares en número de 12,000 infantes, y escalonados hasta Malinas 7,000 caballos. «Parecía el enemigo, dice un coetáneo, superior en caballería é igual en infantería.»



El conde de Bossu, general flamenco

Desembarcaron con gran ímpetu los españoles en la llanura, pero á la vista de las nuevas posiciones se detuvieron: los momentos eran excesivamente críticos; el cañón enemigo diezmaba sus filas; los últimos escuadrones flamencos que retiraban se rehacían; no podía vacilarse ya un momento, porque se hallaban, por decirlo así, envueltos y próximos á ser arrollados. Esto les obligó á disponer de rebato sus haces y á continuar peleando, á pesar de la orden que recibieron de su general. Sobre 5,000 arcabuceros, y 600 caballos entre dragones y corazas, componían aquel cuerpo de tropas que luchaba destacado del ejército, y hubiera sucumbido de no decidirse D. Juan á socorrerle.

Vacilante estuvo el austriaco en empeñarse en lucha tan poco ventajosa; pero Farnesio le auxilió eficazmente con sus consejos, y tomando sobre sí la responsabilidad de salvar á sus compañeros de armas, sacó á D. Juan de tan gravísimo apuro. Esta retirada honra el talento de Farnesio y es timbre de gloria para los hermanos del Monte. Alejandro ideó retirar la infantería por una entrada de las inmediatas espesuras: para esto ordenó á una parte de los arcabuceros que, en unión de la caballería, contuviera al enemigo mientras el resto de los infantes iba retrogradando. Podemos decir con mucha exactitud que se efectuó la retirada por escalones y sosteniéndose respectivamente la caballería y la infantería. Pero si los arcabuceros, abrigados por ligeros accidentes del terreno, ó echados, pudieron con su fuego detener á sus perseguidores, la caballería sufrió muchísimo en este movimiento, pues siendo la última en abandonar el campo, hubo de sostener todo el peso de los enemigos. Sacrificóse empero heróicamente y logró salvar á sus hermanos de armas.

D. Juan de Austria había entre tanto ordenado á sus soldados que guardasen la más compacta formación, con objeto de que al llegar desordenada la vanguardia, no introdujese la confusión en el grueso de sus tropas, y diera lugar á que, el enemigo le destrozase totalmente. Pero este cometió entonces un grave error, que fué no perseguir el ataque, pues de acosar á la vanguardia y caer tras ella sobre el ejército, con seguridad le hubiera obligado á batirse en retirada. Ni D. Juan, ni Bossu, demostraron hallarse á gran altura; tan sólo Farnesio manifestó hasta donde rayaba su talento.

La madeja política de los Países Bajos enredábase por momentos. Mientras los dos ejércitos se

hallaban frente á frente, presentábase en el Henado el duque de Alanzón; y aunque acogido con prevenciones, los veleidosos Estados pactaba también con él, á despecho de Matías y de Casimiro. Tal vez con esto creían hacer mayor presión en el ánimo de Felipe; aunque, á decir verdad, cada uno de estos personajes tenía allí su bando; pero el hecho es que á favor de tales escisiones, cundía la anarquía y el desorden. El duque Casimiro no quería obedecer á Bossu, ni al de Orange; éste tampoco al Archiduque; Matías, que nada quería saber de Alanzón, intentaba retirarse á su patria, y Alanzón engreído por las muestras de afecto de sus partidarios, esperaba el momento de entrar en posesión del gobierno. En el ejército flamenco cundía la indisciplina, los campesinos vagaban cometiendo fechorías por las inmediaciones de Amberes, y al querer castigarlos Matías, le obligaban á refugirse en esta plaza; Alanzón por hacer algo intentaba apoderarse de Mabeuser y el castillo del Havre; y á todo esto el país estaba esquilmado y la peste diezmaba parte de su población.


Espada de D. Juan de Austria

Por su parte D. Juan tampoco tenía motivos para estar más satisfecho que los flamencos. Después del descalabro de Rimenant, poco confiado de los pueblos en que tenía guarnición, demolió algunos fuertes, reunió sus presidios, y con éstos prosiguió sus operaciones en el Brabante meridional. Pero estas operaciones fueron de escasa importancia y efectuadas con gran lentitud Redujéronse al socorro de algunas plazas; pues los rebeldes no parecían tener ánimo de dar nuevas batallas. Las órdenes que D. Juan recibía de Madrid, no menos que la falta de dinero, tampoco le permitían tentar empresa alguna de importancia. Persistía el Rey en conseguir la paz por medio de los tratos; y á cada nueva proposición, como es consiguiente, las exigencias de los flamencos eran mayores; pues si antes se limitaban á la cuestión religiosa, querían ahora que se les restituyese el Limburgo y el Henado, con todo lo que en Brabante conquistaron las armas españolas; que Matías continuara en el gobierno, respetándose las condiciones con que le habían aceptado; y que Alanzón y Casimiro entraran en la paz... ¿Qué podía contestar D. Juan al Rey? Agriado por lo mal que se le atendía, disgustado por las constantes asechanzas que contra él se tramaban, entre otras el complot para asesinarle y la prisión de Racleff (1), escribió á su hermano *en estilo quizás más agrio de lo que pedía el tiempo,* pues entre otras cosas decíale que mientras en España se daba alas al enemigo, á él se le contentaba con promesas, necesitando, *no palabras, sino dinero, si es que no pensaban algún artificio para convertir el oro en palabras:* y concluia diciendo que, ó se le diera licencia para atacar al enemigo ó no se le permitiera representar *papel tan desairado.*

Era difícil, penosísima la situación de D. Juan. Cundía la peste haciendo estragos en las provincias meridionales; ociosos los soldados de ambos ejércitos se daban al robo y á todo género de violencia; los de Lovayna, que en una salida destrozaron á las tropas de Casimiro, con los despojos llevaron la epidemia á la ciudad; y el mismo D. Juan tuvo que retirarse á las inmediaciones de Namur, en atención á que la enfermedad diezmaba sus filas. En Bouges, á una legua de Namur, donde estableció su campo, atendía solícito á sus soldados y cuidaba al propio tiempo de la construcción de una fortaleza, en la margen del Mosa, obra que confió á los ingenieros Cervellón y Campi. Soñaba en tiempos mejores, en empresas más gloriosas que aquella guerra, en que la pluma hacía iguales oficios que la espada, supeditando á ésta en muchas ocasiones; pero sus proyectos y sus ilusiones, vino á cortarlos de impoviso la Parca. D. Juan adoleció de un tabardillo (hay quien lo atribuye á veneno) y falleció á los diez y seis días de haber enfermado (28 de Setiembre

(1) Era éste un afamado asesino que partió de Lóndres para Flandes con objeto de dar muerte á D. Juan. Oportunamente avisado el austriaco por el embajador español en aquella córte, D. Bernardino de Mendoza, así que estuvo en su presencia dió orden para que le prendiesen, y puesto á cuestión de tormento declaró su infame propósito. Fué decapitado y descuartizado en Namur.

de 1578. Un miserable palomar sirvió de morada en los últimos días de su vida al vencedor de Lepanto; en el rincón quizás más pobre de la patria de Carlos V expiró el hijo de este gran emperador (1).



Soldados españoles cruzando los brazos del Escalda

(1) «El como obediente hijo muere desapropiado mucho antes de sus bienes como un fraile, y en una barraca pobre como un soldado, que prometo a V. A. que no había sino un sobradillo encima de un corral.» *Trasumpto de una carta que envió á S. M. el confesor del Sr. D. Juan de Austria y de las cosas que pasaron al tiempo de su fallecimiento.* Tomo VII de la *Colec. de Doc. inédit.*, pág. 247. Esta carta abunda en interesantes datos relativos á la enfermedad y últimos momentos de D. Juan. En el mismo tomo, pág. 443, figura también una *Relación de la enfermedad y muerte del Sr. D. Juan de Austria*, en la que se dan curiosos pormenores de su conducción á Namur, traslación á España y entierro en el Escorial.

La enfermedad de que murió, dícese en estos documentos, fué «de tabardillo ó modorra, y una almorrana que le cortaron.» Sin embargo, ya hemos visto en los certificados que figuran al final de la pág. 153, que sospecharon los médicos fuera debido el fallecimiento á veneno. En carta dirigida por Alejandro Farnesio al Rey en 5 de Diciembre de 1578, participa éste que en el proceso mandado instruir contra dos ingleses presos en Namur por sospecha, resultaron estos convictos y confesos y se les mandó ejecutar. Vander Hammen dice que murió de un tabardillo, pero asegura que la familia del príncipe llegó á sospechar «si el Dr. Ramírez le había dado un caldo.» No falta quien afirma que el mismo que había ocasionado la muerte de Escobedo, fué quien hizo emponzoñar á D. Juan. A la verdad es muy aventurado el hacer suposiciones. Limitarémonos solo á repetir las frases de Lafuente: «Todo pudo ser, porque la política de aquel tiempo hace demasiado verosímiles estos crímenes.»

Es inútil decir el dolor que experimentó el ejército al tener noticia de su muerte. Aparte del grande amor que le tenían, dolía á todos la pérdida de aquel joven de treinta y tres años, cuyo nombre recordaba días gloriosos; especialmente era más de lamentar en circunstancias tan graves y por la penosa incertidumbre en que les tenía lo porvenir. En tales momentos fué gran fortuna para aquellos soldados y para España el tener allí un hombre como Farnesio; y muy de alabar la previsión de D. Juan, viendo que su enfermedad agravaba, al nombrarle gobernador de Flandes y capitán general del ejército hasta que proveyese el Rey. Esta medida no pudo ser más acertada, pues si bien Farnesio contaba algunos émulos en la córte, ponía á D. Felipe II en el compromiso de aprobarla; pero, aunque halagase el amor propio de Farnesio, mostróse éste en un principio vacilante, y si se resignó á quedar con el gobierno, fué por no desamparar al ejército y al país, influyendo quizá en esta resolución la memoria de lo que ocurrió á la muerte de Requeséns. Hecho cargo del mando, apresuróse Alejandro á dar cuenta al Rey del estado en que se hallaba el ejército y de los riesgos que amenazaban al país á causa de haber penetrado de nuevo en él los franceses y estar las tropas de los Estados camino de Namur para sitiarle en esta plaza; y esto para manifestarle de paso que sólo el amor y respeto le habían obligado á aceptar tan difícil gobierno. Felipe II aprobó, á pesar de las influencias que contra Farnesio se ponía en juego, el nombramiento hecho por D. Juan. Mandó á D. Alfonso de Sotomayor á participar al ilustre joven la confirmación de su gobierno y luego ordenó al mismo D. Alfonso que pasase á Francia á renovar tratos con los príncipes de Lorena, jefes del partido católico en aquel país.

III

Nuestros lectores recordarán que, al hablar de los *Viajes y descubrimientos marítimos* efectuados desde fines del siglo XV á mediados del XVI, dimos á conocer el grado de pujanza á que había llegado la nación portuguesa. La reducida monarquía de Enrique de Lorena, era un Estado digno de competir con los primeros de Europa por la importancia de sus posesiones, por su cultura superior y por el valor probado de sus hijos. En Africa contaba Portugal á Ceuta, Mequinez, Arcila, Azamor, Alcacer y otras villas no menos importantes, el Archipiélago de Madera, y las islas de Cabo Verde, Santo Tomás, Príncipe y las Azores; en América, el Brasil; en Asia, las extensas y ricas posesiones descubiertas por Vasco de Gama y conquistadas por el ilustre Almeida, el grande Alburquerque y el ínclito Meneses. Desgraciadamente era el reino portugués sobrado débil para dominar á la vez en regiones tan distantes y dilatadas; y como no siempre los hombres de que dispuso para representarle en ellas, estuvieron á la altura de los ilustres varones que acabamos de citar, pronto se vió su poder amenazado de muerte en la India, donde cortos en número luchaban los portugueses con los monarcas de los Estados inmediatos y perdían en vigor lo que ganaban en territorio: las continuas expediciones agotaron sus recursos; la tiranía con que trataban á los indios, les enajenaron sus simpatías, y las venganzas y los desmanes cometidos por los gobernadores, no ménos que la relajación de las costumbres de los conquistadores, que en vano echó en cara á sus compatriotas al insigne Camoens, minaron los cimientos de su imperio asiático, que bamboleaba ya cuando Felipe II se apoderó de Portugal, y que durante este reinado concluyó de arruinarse.

El reinado de Juan III, hijo de aquel D. Manuel, que por sus aficiones mereció el calificativo de *Africano,* fué de gran prosperidad, y durante él las armas portuguesas y españolas combatieron unidas en la célebre expedición á Túnez: los vínculos que nos unían á este pueblo á causa del

enlace de una hermana del rey con el emperador Carlos V, se estrecharon con el casamiento de D. Felipe y la infanta D.ª María, en 1542, y en 1552, con el matrimonio del príncipe heredero D. Juan y la infanta D.ª Juana, hija del Emperador; de cuyo matrimonio nació D. Sebastián. Una gran desgracia fué que muriera el heredero de Portugal dejando á su esposa embarazada, y no menor que á los tres años le siguiera á la tumba su padre Juan III, pues el reino tuvo que pasar por una menoría de once años, en la que no escasearon las intrigas. El príncipe, que á los catorce años empuñó el cetro, D. Sebastián, tenía prendas excelentes, pero malogradas por la funesta educación que recibió de los jesuitas; era valiente, caballeresco, diestro en el manejo de las armas, de trato afable y cortés, y según algunos historiadores, de no escasa capacidad; pero temerario y exaltado, y por añadidura místico (1); así es que concibió las más locas empresas; primero, la de marchar á la India, y después la de hacer la guerra en Africa. Fué inútil que las personas más discretas de su córte le disuadieran de este plan; ineficaces resultaron también los



Pasatiempos de los españoles en Flandes. Copia de un grabado de Hogenberg

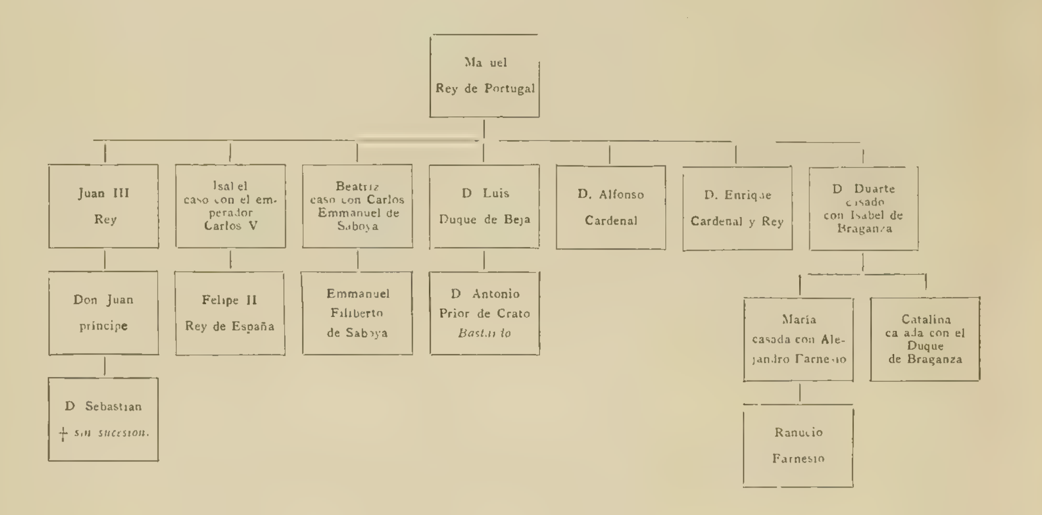
consejos de D. Felipe II y del duque de Alba. El atolondrado joven aprovechó la ocasión con que le brindaba el destronado rey de Fez, Muley-Mahomed y á trueque de recuperar la ciudad de Arcila, organizó la desdichada expedición de 1578. A este fin reunió un ejército de 16,000 infantes, 2,000 caballos y 14 piezas, á los que se agregaron 2,000 caballos castellanos; la escuadra se componía de 900 barcos y en ella embarcó lo más florido de la nación portuguesa.

Parecía, en verdad, que el desatentado monarca se empeñaba en su ruina y la de todos los suyos; porque antes de emprender las operaciones, Abd-el-Melik, contra quien iba á guerrear, brindóle la paz ofreciéndole algunos puntos fuertes; pero vista la obstinación de D. Sebastián, reunió un ejército que no bajaría de 60,000 soldados y fué al encuentro del portugués, derrotándole en las llanuras de Alcazarquivir (4 de Agosto de 1578). Esta célebre batalla fué empeñada y sangrienta y

(1) Dice Cabrera, Tomo II, página 343 y 345, que fué inhábil para la generación. Fornerón, en su *Historia de Felipe II*, Tomo III, página 89, le considera loco: «Sa demence fut bientót caractérisée par l'idée fixe d'une croisade.» Sin duda su imaginación exaltada por los místicos ejercicios, le impulsó á empresas descabelladas en beneficio de la fe, porque dice el antes citado Cabrera: «Siendo de poca edad en el Monasterio de San Roque, después de comulgar, recogido en una capilla, con muchas lágrimas, preguntándole su maestro la causa de verterlas, dixo pedía á Dios que á tantos príncipes concedió imperios y vitorias, por fruto dellos a el le concediere siquiera el ser su capitán.» Y añade: «Exercitáronle sus maestros y los apóstoles (los Padres de la Compañía de Jesús) en santas costumbres, no le apartando de las armas, y poniendole celo de emplearlos contra los infieles de Africa, para divertir el deseo que le encendía y traia inquieto de ir á las Indias Orientales á guerrear.»

ofrece la rara coincidencia de haberse dado por un monarca moribundo, contra un joven en la plenitud de la vida. Este murió alanceando á los enemigos; aquél reclinado en su litera y con el índice puesto en los labios. Cuatro mil cristianos cayeron sobre el campo de batalla, sólo ciento escaparon salvos. La nación portuguesa, que perdió allí lo más escogido de sus hijos, quedó de nuevo expuesta á las contingencias que consigo lleva la falta de sucesión.

Un anciano sexagenario, el cardenal arzobispo de Evora, tío del difunto D. Sebastián, fué proclamado rey: pero como ni su edad ni sus achaques le hacían hábil para el matrimonio, aun en el caso de obtener dispensa pontificia, comenzáronse á poner en juego las influencias para que nombrase un sucesor. Siete eran los pretendientes á la corona: cinco de ellos derivaban su derecho como descendientes del rey D. Manuel; el sexto era la reina viuda de Francia, D.ª Catalina, que alegaba un entronque no legítimo, y el séptimo el pontífice, que fundaba su pretensión en la circunstancia de ser Portugal feudo de la Santa Sede. Limitándonos á los descendientes del antes citado monarca, el derecho que á cada uno asistía, puede verse con claridad en el siguiente árbol genealógico:



Según se vé, descartados la reina viuda Catalina y el Pontífice por lo poco fundado de sus pretensiones, y los príncipes de Saboya y Parma por ser descendientes en grado más remoto, quedaba reducida la competencia á D. Felipe, la duquesa de Braganza y D. Antonio (1). Pero don Antonio á quien hubiera correspondido á la corona, era hijo ilegítimo del duque de Beja y á pesar de cuanto hizo para probar lo contrario y aun contando con el apoyo de Roma, el monarca portugués, despues de un exámen riguroso de su causa, falló en contra declarándole no legítimo. En cambio, la duquesa de Braganza, aparte del derecho que podía asistirla, contaba en su favor con la simpatía del achacoso Rey, que pensó contraer matrimonio con una hija de está dama. Felipe II tenía sobre ella la circunstancia del sexo y edad. Sin embargo, á pesar del derecho que le asistía, no descuidó D. Felipe los trabajos diplomáticos, para atraer á su partido las personas más influyentes de Portugal. A cuyo efecto mandó allí al sagaz diplomático D. Cristóbal de Mora, quien en unión del embajador duque de Osuna y de Fray Hernando del Castillo, no daba paz á la mano

(1) D. Antonio era hijo del infante D. Luís, duque de Béjar, quien lo hubo de una mujer hebrea de gran hermosura llamada *la Pelicana*. Destinado ál sacerdocio había recibido el orden del diaconado; pero arrastrado por su vocación á las armas, marchó con D. Sebastián al Africa y fué hecho prisionero en la batalla de Alcazarquivir, debiendo su rescate á D. Felipe II.

en lo de ganar con promesas, partidarios á su rey, y con tanta maña se condujeron estos agentes que cuando D. Enrique llamó á los jurisconsultos portugueses para robustecer con su dictámen el derecho de la duquesa de Braganza, ya habian emitido estos su dictamen favorable á Felipe II. Con no menos ahinco trabajaba en Roma D. Juan de Zúñiga para contrariar las empeñadas gestiones de Portugal (1).

Empeñado sin embargo D. Enrique en no designar el sucesor, resolvió notificar á los pretendientes que en el plazo de dos meses expusieran por medio de procurador sus títulos á la corona; y así lo hicieron todos, excepto D. Felipe que con gran acierto limitóse á dirigir á la cámara de Lisboa un notable escrito en el que en tono *más de intimación que de súplica* (2) exponía los que le asistían para ocupar el trono. Protestó al propio tiempo del fallo que emitiera D. Enrique en el litigio; y robusteció sus derechos con los pareceres de los más célebres jurisconsultos y teólogos de las universidades españolas. Esta protesta la renovó al reunir el achacoso Rey las Córtes (1579) para que decidieran tan grave asunto; y para dar á conocer más á las claras su propósito, ordenó al marqués de Santa Cruz que con su escuadra se presentara en las costas portuguesas. Mas por desgracia en dicha asamblea mostráronse los ánimos profundamente divididos y después de muchos debates acordóse el nombramiento de cinco gobernadores para regir el reino, caso de que el Rey muriera sin quedar resuelta esta cuestión. Previendo esta contingencia y habiendo sido avisado de los manejos del Prior de Crato y de los tratos que éste mantenía con sus enemigos del extranjero, D. Felipe hacía grandes preparativos militares. Sin embargo, consiguió que antes de morir el Rey, declarase en las Córtes de Almeirim (Enero de 1580) su mejor derecho á la corona y que dieran su conformidad á esta declaración el brazo eclesiástico y el estado noble; no así el popular, que abiertamente se manifestó contrario, sin que acertaran á reducirle el discurso del obispo de Leiria ni los repetidos mensajes del moribundo monarca D. Enrique (3), pues estaba decidido á elegir rey nacido en el país.

Falleció por fin el Rey sin haber resuelto esta cuestión; quedaron con el gobierno los cinco gobernadores (tres de ellos afectos á España), y su primera medida fué suplicar á D. Felipe que no apelase á las armas, mientras no se decidiera el asunto. Pero el monarca español contestóles que no podía reconocerles por jueces, y dió las órdenes para que el ejército y la armada se apercibieran á entrar en Portugal (4). Su escuadra, compuesta de sesenta buques, mandada por D. Alva-

(1) Para estudiar las negociaciones llevadas á cabo por D. Cristóbal de Moura puede consultar el lector el tomo VI de la *Colec. de Document. inédit. Correspondencia de Felipe II con varias personas y principalmente con D. Cristobal de Moura ó Mora, su embajador en la córte de Lisboa, sobre asuntos concernientes á la sucesión de la corona de Portugal durante el reinado del cardenal D. Enrique.* En el VII y en las *Memorias de Fray Juan de San Jerónimo sobre varios sucesos del reinado de Felipe II,* hay curiosos pormenores acerca de la guerra de Portugal.

(2) *Carta de Felipe II á la ciudad de Lisboa*, inserta en el tomo VI, pág. 140, de la *Colec.* antes citada. Lafuente inserta en su *Historia general de España* dos fragmentos de una copia que difiere poco de la inserta en dicha *Colec.* Sin duda se mandaron á Mora dos ejemplares con alguna variante, y sin fecha (así lo manifiesta Antonio Pérez) para que escogiese el que más conviniese y llenase los huecos del día y mes, según la mejor ocasión de entregarla.

El Rey después de dar á conocer en este documento el derecho que le asiste, añade:

«Por todas estas causas y razones, tengo tanto respeto al serenísimo Rey mi tio y tanta obligación á desear que su vida sea larga como vosotros mismos; mas estando las cosas de la sucesión de ese reino en el estado que vos sabéis he querido con mucha consideración y maduro consejo saber el derecho que Dios fue servido darme por sus ocultos juicios; y habiendo mandado mirar este negocio en mis reinos y fuera dellos por personas de ciencia y conciencia, hallan todos que la herencia de los dichos reinos me viene á mi de derecho sin duda ninguna, ni haber persona de las que hoy viven que, con razón y justicia en manera ninguna, me lo pueda contradecir por muchas y claras razones, y particularmente entre todas por ser varón y más viejo en días.» Dice luego. «No es extranjero el que os ha de heredar, sino tan natural como está dicho, pues soy nieto y hijo de vuestros príncipes naturales, y de su misma sangre, y seré tan padre de cada uno como todos lo veréis cuando fuere Dios servido; mas desde ahora os he querido rogar que con vuesta mucha prudencia y larga experiencia vais mirando y apuntando todas aquellas cosas en que yo os puedo hacer honra y favor, no sólo en conservar vuestros privilegios y libertades, pero en aumento dellos en general y de cada uno en particular...»

(3) Son curiosas las palabras de Cabrera á propósito de estas Córtes. «El Rey, dice, para facilitar su pretensión hizo elegir en Lisboa los procuradores de las Córtes á su modo, y no pudo en todas las ciudades, particularmente en Coimbra casi declarada por D. Antonio.» T. II, pág. 571.

(4) El protesto que se hizo por parte de S. M. á los gobernadores de Portugal, así que tuvo noticia del fallecimiento del Rey D. Enrique, estaba concebido en los siguientes términos:

«A los Gobernadores: D. Pedro Girón, Señor de la casa de Ureña y sus estados, camarero mayor de la católica Majestad del Rey mi Señor y su Notario mayor de Castilla y de su Consejo, y D. Cristóbal de Mora, Gentil hombre de la Cámara de S. M. y de su Consejo, y su emba-

ro Bazán, se hallaba ya dispuesta en las costas andaluzas, y al ejército, ya organizado, sólo faltaba un general, cargo para el que, contra lo que muchos esperaban, fué nombrado el anciano duque de Alba (1). Y hé aquí por donde dos eminencias militares de esta época, concurrieron á la conquista del reino lusitano.

No eran extraordinarios estos preparativos bélicos, si se tienen en cuenta las pocas simpatías que los portugueses sentían por España: y esto se comprende perfectamente; ¿qué pueblo deja de estimar en lo que vale su independencia? Aunque Portugal no cayera en manos de un conquistador y no perdiera en el hecho de unirse á España sus leyes, bien sabía que no iba á salir gananancioso de esta unión; é instintivamente favorecía las miras del Prior que en son de guerra recorría el territorio. Por eso el pueblo le aclamó tumultuosamente en Santarem y en Lisboa, y formó animoso bajo sus banderas, y le prestó auxilio en los más críticos trances, y le protegió en su fuga, y lloró sus derrotas. Mas por desgracia no podía Portugal resistir todo el peso de las armas españolas: su erario estaba exhausto, los mercaderes se negaron á satisfacer un empréstito que reclamaba el gobierno, faltaban en las fortalezas municiones y soldados, las murallas de la capital se hallaban descuidadas; y lo que es más triste, la nobleza no hacía causa común con el pueblo: en cambio, y esto no deja de ser raro, los enemigos más acérrimos de Felipe eran los frailes y gran parte del bajo clero portugués.

Acudió el monarca español en persona á las fronteras de Portugal para dar más impulso á las operaciones, y llegado á Badajoz recibió al duque de Osuna y despidió, con severa respuesta, al enviado de los gobernadores portugueses. En Cantillana, á una legua de Badajoz, revistó el ejército acompañado del duque de Alba y de otros personajes de la córte, inspeccionó detenidamente cada

jador en estos reinos de Portugal, y el licenciado Rodrigo Vázquez y el doctor Luís de Molina, del Consejo de S. M. y sus embajadores en estos reinos, decimos á los señores N. y N. gobernadores destos dichos reinos de Portugal, que bien saben y les es notorio que la Majestad del Rey nuestro Señor es verdadero y legítimo sucesor desta corona y reinos por fallecimiento del serenísimo rey D. Enrique que Dios tiene en su gloria, por ser como es Su Majestad Real el pariente varón mayor de días más propíncuo del Serenísimo Rey D. Enrique de cuantos hoy viven; y el dicho Serenísimo Rey habiendo oído y entendido los derechos de todos los pretensores, envió á decir y declarar así á los tres Estados destos reinos: la cual declaración siendo hecha por Rey y Príncipe superior, y que no tenía obligación a guardar orden ni forma de juicio, tiene fuerza de sentencia. Por tanto les pedimos una y muchas veces, y tantas cuantas de derecho podemos y debemos, que teniendo y reconociendo á la Católica Real Majestad del dicho Rey D. Felipe nuestro Señor por verdadero Rey y Señor destos reinos como lo es, lo digan y lo publiquen así, luego al pueblo, y todos se allanen á dalle y aprestalle la obediencia debida, y á lo rescibir y jurar por tal Rey cada y cuando y en cualquier tiempo que S. M. viniere á tomar la posesión dellos; y para ello le envíen á llamar, sin que en manera alguna consientan ni den lugar á que sea alzado por Rey y Señor destos reinos otro Príncipe ni persona alguna del mundo, ni se haga auto ni cosa que sea contraria á lo susodicho, ni que pueda tender ni tienda en perjuicio del derecho de su Real Majestad, porque si así lo hicieren cumplirán con la obligación, y harán lo que buenos y leales servidores y vasallos deben y son obligados á hacer. En otra manera protestamos que todo lo que se hiciere ó atentare en contrario de lo susodicho será de ninguno y de ningun valor y efecto y que no causará perjuicio alguno al derecho de S. M. el Rey nuestro Señor. Y protestamos asimismo contra las personas y bienes de los dichos señores gobernadores á quienes hacemos el requirimiento, todos los daños y males que en estos reinos sucedieren y se causaren, y todo lo demás que en tal caso protestar podemos y debemos, y todo lo que al derecho de S. M. protestar nos conviene. Y de como lo pedimos y requerimos, pedimos de ello testimonio, y á partes rogamos que sean testigos.»

Colec. de Document. inéd. T. VI, pág. 491.

(1) Esta elección, escribía el embajador francés en Madrid, «fué más bien obligada que voluntaria y agradable,» lo que no deja de comprenderse dado el carácter suspicaz y altanero de Felipe II.

He aquí la causa de la desgracia del Duque. Burló su primogenito D. Fadrique de Toledo á una dama de la reina llamada D.ª Magdalena de Guzmán, dándola palabra de casamiento, y como ésta acudiera en queja al Rey, D. Felipe procedió contra aquel, considerando el agravio como inferido á su real persona En consecuencia encerróse á D. Fadrique en Tordesillas y se le formó causa. Pero éste se casó en secreto con D.ª María de Toledo y una vez efectuado el matrimonio presentóse el Duque al presidente Pazos diciendole era inútil que prosiguiera la causa. Indignóse el Rey de la osadía, fugóse de la cárcel D. Fadrique, y como se dijera que el Duque le ocultaba, mandó desterrar á éste á Uceda y sentenció á su hijo á ser encerrado en el castillo de la Mota. (Tomo VII y VIII de la *Colec. de documentos inédit.*) Sin embargo, la D.ª Magdalena no tardó en consolarse, pues, en Octubre de 1581 se caso con el marqués del Valle, «con lo que, dice un documento de la época, se acabó la persecución de D. Fadrique.»

Se comprenderá por estos antecedentes que el severo D. Felipe mal de su grado mandara á preguntar al desterrado de Uceda si quería ponerse al frente del ejército.—«Decid al Rey, mi señor, respondió el Duque al mensajero, que es el único monarca en la tierra que tiene vasallos que salgan del destierro para darle otra corona.» Sin embargo, no accedió el Monarca á la solicitud del duque de Alba, que pedía pasar á la córte para besar su mano, y le ordenó que desde luego se trasladara á Extremadura; cuya negativa hizo decir al ilustre caudillo «que el Rey le enviaba encadenado á conquistar reinos.» Pero llegada la córte á Badajoz, el Rey manifestóse satisfecho de su celo en la organización del ejército, se mostró muy deferente con él, quizás, como dice Cabrera «porque la necesidad hace mirar mejor y estimar los que los príncipes han menester más,» y depués de haber presenciado el 27 de Junio el desfile por la frontera, diole complaciente á besar su mano.

cuerpo, y satisfecho de su estado dió gracias al Duque. Dos días después redactó una orden general concerniente á la conducta que habían de observar las tropas durante las operaciones.

Hé aquí la composición del ejército expedicionario:

Capitan general — *El duque de Alba*

Maestre de campo general — *Sancho Dávila*

INFANTERÍA ESPAÑOLA

	Hombres
Doce banderas del Tercio de Nápoles mandadas por D. Pedro González de Mendoza, prior de Hibernia	1,844
Destacamento del Tercio de Lombardía mandado por D. Pedro de Sotomayor	1,336
Tercio de D. Luis Enríquez (13 banderas)	2,305
Id. de D. Gabriel Miño de Zúñiga (11 idem)	1,940
Id. de D. Antonio Moreno (13 idem)	2,540
Id. de D. Pedro de Ayala	3,500
Total	13,456

INFANTERÍA ITALIANA

Tercio de D. Próspero Colonna	1,940
Id. de D. Carlos Spinelo	1,260
Id. de D. Carlos Carrafa, prior de Hungría	1,000
Total	4,200

INFANTERÍA ALEMANA

Coronelía de D. Gerónimo de Lodrón, Conde de Lodrón	3,500
Total general	21,156

CABALLERÍA

Al mando del *Gran Prior de Castilla*

	Caballos
Doce compañías de hombres de armas de Guardas de Castilla	753
Continos	93
Caballos ligeros	485
Cinco compañías de arcabuceros á caballo	327
Total	1,658

ARTILLERÍA

General — *D. Francés de Álava*

	Piezas
Cañones de batir	6
Medios cañones	6
Piezas de campaña	14
Otras de pequeño calibre	27
Total	57

PARQUE

	Numero
Carros arrastrados por mulas	600
Id. por bueyes	2,300
Acémilas de carga	313
Carros de municiones	520
Gastadores agregados al Parque	1,300

Habíase dado orden á los nobles españoles que tenían señoríos fronterizos, para que con sus vasallos impidieran la entrada y salida de Portugal. La armada compuesta de 56 galeras de España, Sicilia y Nápoles se hallaba anclada en el Puerto de Santa María, y en ella embarcaron 46 banderas de infantería, formando un total de 4,700 soldados. Convínose en que esperara allí las órdenes del Duque para obrar en consecuencia (1).

(1) *Colec. de Document. inédit.* Tomo VI, págs. 285 á 343.

Según se vé, Felipe II había reunido escogidos elementos para realizar su plan; pero esta campaña, cuyo objetivo principal era Lisboa, no dejaba de presentar serias dificultades. «Desde el momento en que por orden del Rey, se había concentrado el ejército en la cuenca del Guadiana, dice un escritor militar, la base de operaciones no podía ser otra que Badajoz, ni la línea de operaciones otra que el camino que, salvando la cordillera Mariánica, por el paso de Estremoz, penetraba en la cuenca del Tajo é iba á Monte Mor, villa situada á orillas del río Almanzor ó



D CHRISTOPHORVS DE MOVRA, *primus Castelrodrici Marchio, et primus Prorex Portugalliæ; Philippi Secundi Nobilis a cubiculo, et Tertii Cubicularius major; ordinis militaris Alcantaræ major Commendatarius, obyt Mantuæ Carpetanorum, anno* CIↃ. IↃC. XIII.

Cahna. Para un ejército que sólo contase con sus propias fuerzas, la natural continuación de esta línea de operaciones, era el camino de Monte Mor á Lisboa, que cruzaba el Tajo frente á Santarem; pero como la escuadra del marqués de Santa Cruz debía ser un poderoso auxiliar de las tropas invasoras, á éstas les convenía ir á encontrarla á un puerto de la costa en el Océano. Los primeros obstáculos que había de encontrar el ejército invasor, en la indicada línea de operaciones, eran la plaza de Elvas, llave de la frontera portuguesa en la cuenca del Guadiana, y la de Estremoz, que en el paso del mismo nombre, se puede decir que es el centinela que le guarda. Además era malísimo el camino, y las comarcas que cruzaba no podían proporcionar los recursos necesarios para el sostenimiento de un ejército, ni la política aconsejaba vivir á expensas de un país cuya

adhesión se solicitaba. Como tampoco el ejército era lo bastante numeroso para guardar el camino, ocupando los pueblos del tránsito con destacamentos, de modo que se asegurase la llegada de convoyes á las tropas invasoras, era de absoluta necesidad que éstas llevasen consigo, todos los víveres y municiones que habían de consumir hasta llegar á Lisboa. Los muchos carros que por precisión se habían de emplear para el caso, entorpecerían extraordinariamente la marcha, contra



Sancho Dávila, el *Rayo de la Guerra*

lo que aconsejaban las circunstancias, que era avanzar rápidamente por el camino de Lisboa, para no dar tiempo á que los partidarios del Prior de Crato organizasen sus tropas. También era un gran inconveniente el que la escasa fuerza de caballería del ejército invasor, apenas bastara para escoltar convoy tan inmenso. Si se añade á todas estas desventajas, el peligro de que la peste que diezmaba la población de todo el Alentejo, entrase por contagio en el ejército, no es de extrañar que algunos caudillos de las tropas de Felipe II aconsejasen, que en vez de ir por tierra á Lisboa, se fuese por mar, en la escuadra del marqués de Santa Cruz, y que de hacerlo así quedasen en la frontera las suficientes tropas para engañar á los portugueses, haciéndoles creer en la invasión por el Alentejo, mientras el grueso del ejército del rey de España marchaba rápidamente á Andalucía á embarcarse en el Puerto de Santa María. Mas para llegar á Lisboa, se había de entrar á viva fuerza en las aguas del Tajo por los dos canales en que al desembocar este río en el Océano le

divide una isla, y que se hallaban defendidos por fortificaciones que acababa de levantar en ésta los portugueses, y por el castillo de San Julián. Por lo tanto, el paso de los canales tenía que costar la pérdida de algunos buques de la escuadra. Desechado este plan, el Rey aprobó el del duque de Alba, que propuso el avanzar por el camino á Lisboa hasta Monte Mor, desde allí fingir una demostración sobre Santarem y dirigirse á Setubal, á cuyo magnífico puerto se había de encaminar también la escuadra desde el Puerto de Santa María. Ella llevaría á Setubal gran parte de los víveres y municiones que necesitaba el ejército invasor, que sólo traería consigo los indispensables para su sostenimiento hasta llegar á dicha ciudad. A pesar de esto, miles de carros entraron con los invasores en Portugal. Reforzado el ejército por seis mil hombres que debían venir embarcados en la escuadra, podía desde Setubal dirigirse por Santarem á Lisboa y llegar á la vista de esta ciudad, mientras el marqués de Santa Cruz, presentándose con la armada española frente á la desembocadura del Tajo, llamaba la atención de las tropas del Prior por la parte del mar. De no convenir hacerlo así, embarcado el ejército, se trasladaría á la derecha del Tajo sin pasar este río, para lo cual no tenía el Duque el tren de puentes necesario (1).»

Procuró ante todo D. Felipe ganar por medio de negociaciones algunas plazas fronterizas, con el objeto de que no se entorpeciera la marcha de su ejército; y tan buena maña se dieron sus agentes, que en breves días se declararon partidarias suyas las plazas de Elvas, Olivenza, Campo Mayor, Portolegre y otros más de la frontera: Villaviçosa, que intentó resistir, fué fácilmente entrada, y de este modo quedó expedito el camino por la cuenca del Guadiana.

Por fin, el día 25 de Julio de 1580, el ejército español pasó el Caya, afluente del Guadiana, que forma frente á Badajoz la divisoria de los dos reinos; avanzó hasta Elvas, en la que no penetró, pero á la que dejó guarnecida, y en tres jornadas se puso frente á Estremoz. Iban en vanguardia fuerzas de infantería y caballería; ésta repartida en dos trozos, cada uno de ellos colocados respectivamente á la derecha é izquierda de la infantería en la siguiente disposición:

VANGUARDIA

IZQUIERDA

1.er *escuadrón.* 160 arcabuceros a caballo a las órdenes de D. Sancho Bravo de Acuna y Diego Osorio Barba.

2.º *escuadrón.*— 200 caballos ligeros mandados por el marqués de Mondejar, D. Luis de la Cueva, Juan Hurtado de Mendoza y D. Pedro Gasca.

3.er *escuadrón.*—600 hombres de armas á las órdenes del Conde de Cifuentes, alférez mayor de Castilla, conde de Buendía, adelantado de Castilla, don Fadrique de Guzmán, marqueses de Montemayor y Denia, D. Enrique Enríquez, conde de Priego, D. García de Mendoza, D. Bernardino de Velasco y D. Bertrán de Castro.

DERECHA

1.er *escuadron.*—2 0 arcabuceros a caballo, de las compañías de D. Martín Acuña, Esteban Illaude y Diego Melgarejo

2.º *escuadron.*—200 caballos ligeros, de las compañías del marqués de Priego, D. Alonso de Zúñiga y D. Luis Guzmán.

3.er *escuadrón.* — 100 hombres de armas escogidos, mandados por D. Alvaro de Luna, señor de Fuentigüeña.

La infantería dividida en tres columnas, con un intervalo de 80 pasos y flanqueadas por una manga de arcabuceros:

Izquierda	Centro	Derecha
Infantería italiana: 46 banderas.	Infantería alemana: 16 banderas.	Infantería española: 19 banderas

BATALLA

Tercio de D. Luis Enrique flanqueado por mangas de arcabuceros.

REAGUARDIA

Izquierda	Centro	Derecha
Tercio de D. Pedro de Ayala.	Tercio de D. Gabriel Niño.	Tercio de Antonio Moreno.

(1) Martin Arrue, *Campañas del duque de Alba.* Tomo II, cap. XII, páginas. 253 á 256

Como á los anteriores flanqueaban á estas columnas los arcabuceros, que además cerraban tambien la marcha. Por la derecha del ejército avanzaba la impedimenta, ascendiendo el número de piezas de artillería á cincuenta y cuatro (1).

Detúvose el ejército frente á la plaza de Estremoz y se intimó la rendición á su gobernador, que contestó no podia entregarla, mientras no declararan los cinco gobernadores del reino á quién pertenecía la corona; mas cuando la vió seriamente amenazada por las baterías que plantó el Duque, abandonóla y fué hecho prisionero. Esta fácil conquista permitió al ejército avanzar por la cuenca del Tajo, y después de cuatro días de penosa marcha, llegar á Montemor el Nuevo el día 9 de Julio. Desde allí y después de hacer una demostración sobre Santarem, para engañar al enemigo, se dirigió rápidamente á Setubal cruzando la divisoria entre las cuenca del Tajo y del Sadao.

Imposible parece que el prior de Crato no tratara de oponerse á estos movimientos; mas si se tiene en cuenta las disensiones y el desconcierto que en Portugal reinaban, y la dificultad de organizar con la presteza que requería el caso los elementos de resistencia, se comprenderá que ésta no correspondiese á la gravedad del peligro. Los gobernadores amenazados por el pueblo, habían huido de la capital, y se hallaban decididos á reconocer por rey á D. Felipe; la nobleza se mostraba retraída, sólo los frailes y el pueblo aparecían unidos. En Setubal, á donde llegó el Prior pocos días antes de presentarse las tropas españolas, aclamáronle los habitantes y aconsejáronle que reuniese allí sus tropas para resistir la invasión; pero D. Antonio, prometiendo tener en cuenta este consejo, descuidó la defensa de la izquierda del Tajo, por donde avanzaba el duque de Alba, y se trasladó á la derecha para hacerse fuerte en ella. Y bien se comprenderá que al hacerlo así renunció á positivas ventajas; pues molestando en su avance al español, interceptándole el camino por los difíciles pasos que hubo de salvar, en los cuales perdió la mayor parte de sus carros, hubiera dado tiempo á que el país se levantara, engrosara sus tropas y le permitiera librar una batalla en ventajosísimas condiciones. Por lo menos, de sucumbir, la resistencia fuera prolongada y seria. No sucedió esto, y el Duque, después de haber intimado la rendición á Setubal, se hizo dueño de ella á poca costa (17 de Julio), cuyo suceso concluyó de desconcertar á los partidarios del Prior. La llegada de la escuadra española, retardada á consecuencia de las tempestades, y la rendición de la torre de Aûtao, que defendía la entrada del puerto de Setubal, completó esta primera serie de operaciones en las que los españoles se hicieron fácilmente dueños de importantes plazas del interior y de la costa, y se pusieron en comunicación con la flota. Y para que todo conspirara contra el prior de Crato, los cinco gobernadores que, perseguidos por el pueblo, habían huido á la frontera presentáronse á D. Felipe y le declararon legítimo soberano de Portugal y el Duque de Braganza apresuróse á manifestar que le cedía su derecho.

Las operaciones iban á emprenderse desde aquel momento al otro lado del Tajo. Pero dueño de la margen izquierda, no podía el Duque trasladarse á la opuesta sin afrontar serios peligros; carecía de puentes para cruzarle, el camino era áspero y largo, mucha la impedimenta y grande el calor. Demás de esto, era difícil atacar al enemigo, parapetado en la margen derecha en escogidas posiciones. No menores dificultades ofrecía el que penetrara por el Tajo la escuadra, y en Almada transportase de una á otra margen á los invasores; pues, sobre estar los dos canales de este río bien defendidos, interceptarían el paso las galeras lusitanas. Por eso el Duque desechó ambos planes, y determinó embarcar sus tropas, conducirlas á un puerto situado más arriba de la desembocadura del Tajo; y dirigirse desde allí en busca del ejército portugués. Mas tambien era peligrosísima la operación, porque los enemigos vigilaban atentamente aquella parte de la costa, y habían defendido sus pasajes más accesibles.

Para distraer la atención de los portugueses, el Duque aparentó marchar hacia Santarem, y de improviso embarcó sus tropas, y las condujo frente á Cascaes puerto situado á poca distancia de la desembocadura del río, y de que era gobernador D. Diego de Meneses. Las tropas que guar-

(1) *Colec. de Doc. inédit.*, tomo VII, pag. 306.

necian esta parte de la costa, engañadas por la dirección que aparentaban seguir los buques españoles, acudieron á una playa que era el punto más á propósito para el desembarco, pero aquéllos variaron de rumbo, y fueron á efectuar esta operación á media legua de la plaza, en un paraje sumamente áspero, y que por lo tanto se hallaba mal defendido (1). «Operación tan atrevida, dice un autor, dió lugar á que un oficial veterano que había combatido á las órdenes del duque de Alba en Alemania, Italia y Flandes le dijese al desembarcar : «Señor, acción es esta, por lo temeraria, más propia de un joven de veinte años que de un general encanecido en la guerra.»—«Tenéis razón, le contestó el Duque, alzando ligeramente los hombros; pero con enemigo tan inexperto debe uno atreverse á todo: mirad, sino, qué fácilmente le hemos engañado.»

El sitio en que acababan de tomar tierra los españoles era frente á la montaña en que asienta Cascaes; montaña de asperísima pendiente, y que por lo mismo permitía excelente defensa; pero, el enemigo no supo aprovechar las ventajas de su posición; pues si bien los nuestros efectuaron el desembarco protegidos por el cañón de sus naves, era el lugar en que se efectuó sumamente áspero, no permitía la aproximación de más de tres bajeles, y por añadidura el mar se hallaba muy embravecido (2). Trató sin embargo de impedirlo D. Diego de Meneses, puesto al frente de 3,000 infantes, 400 caballos y un cañón, pero con tan poco acierto, que tan pronto pusieron pié en tierra nuestros arcabuceros, obligáronle con sus disparos á retirarse, mientras desembarcaba el grueso de las tropas. Menos hicieron todavía los capitanes de las numerosas galeras ancladas en el Tajo; y gracias á esto los españoles formaron sin dificultad sus tropas en las playas de Cascaes, mientras el gobernador se refugiaba en el castillo y los habitantes abandonaban azorados la población. Si reveló Meneses poco tacto en la defensa de la costa y en el abandono de las excelentes posiciones que dominan á la playa, menos tino dió á conocer encerrándose en un castillo de flacas murallas. Pero más censurable fué el atrevimiento de los suyos, al hacer fuego al trompeta que despachó el Duque á intimarles la entrega. A causa de esto, después de batir furiosamente la fortaleza hízose caso omiso de la bandera blanca enarbolada por sus defensores y fué entrada por asalto. E inútil es decir que el caudillo español se mostró terrible con el gobernador y jefes del presidio: uno y otros fueron decapitados «y esto, decía en una de sus cartas, con objeto de allanar lo que faltaba,» atemorizando á los de las demás fortalezas.

Cuando en Lisboa se supo el desembarco de los españoles, cundió la alarma entre los habitantes : las campanas tocaban á rebato, los frailes recorrían las calles excitando con calurosas palabras á la defensa, los ciudadanos armábanse con todo género de instrumentos : todo era confusión y furia. Pero súbitamente corre el rumor de que en Cascaes se ha obligado á reembarcar al invasor, y entonces truécase el luto en regocijo, y el pueblo entero saluda alborozado la libertad. Por desgracia esta ilusión dura escasas horas. Reunidos entonces cuantos son aptos para las armas, forman bajo las banderas de D. Antonio, y juran seguirle al campo de batalla; y, en efecto, salen con él de Lisboa, decididos á la pelea: pero, como los ejércitos no se improvisan, aquellos hombres del pueblo fueron desertando, uno tras otro, hasta dejar casi abandonado á su general.

(1) Cabrera, *Hist. de Felipe II*, lib. XIII, cap. I.

(2) *Relación del embajador Juan Francisco Morosini al Senado Veneciano* (1581).

«Tutti confessamo, dice el citado embajador) che se al tempo che sbarcò l' esercito di S. M. Cattolica a Cascaes, vi fosse stato un capitano di mediocre intelligenza con due soli mila soldati, e tre o quattro pezzi d' artiglieria, con farventi sole braccia di trincera, non era possibile di sbarcare; perché il luogo della desimbarcazione non era capace di piu che due ó tre batelli alla volta; aggiungendosi che in quel tempo il mare era turbato di maniera che con grandissima difficolta potevano acostarsi i battelli a terra restando spinti indietro dall' onde. E se avessero i portoghesi battuto quel luogo in modo che dall' una parte il mare, e dall' altra l' artiglieria avesse travagliato quelli che volerano sbarcare, si sariano per necessitá ritirati alla galere; e nè meno quelle si sariano potute fermare senza manifesto pericoli perdersi, non essendo il luogo sicuro per il mare e ne meno passar piu avanti restando la fortezza di Cascaes in mano de porotghesi, ed essendovi alcuni galeoni armati che impedivano ritornar indietro á Setubal. E se una volta ricevevano questa sbarbazzata, difficilmente vi sariano piu ritornati, tanto piu che il duca d' Alva aveva piu per consiglio d' altri, che per propio parere, presa quella risoluzione, giudicata da lui assai piu pericolosa che utile.—(Respecto a este particular se vé que no estaba bien informado el Emperador.)

Ma sebbene con tanta facilitá potevano difendersi, non la sepe pero conoscere don Giovanni di Meneses, generale del regno, che si ritrovava in quel tempo a Cascaes, stimato il migliór uomo da guerra di tutto Portogallo, e che avera seco piu di sei mila soldati. Il quale, o che si fosse perso d' animo, o che non conescesse il suo vantaggio, in cambio d' opporsi alla sbarcazione, si ritiró nel castello di Cascaes lasciando ogni comoditá di sbarcare all' inimico..,»

Poco confiado ya en la defensa de Lisboa, pero decidido á cerrar el paso á los españoles, resolvió entónces el Prior reunir toda su gente en los alrededores de Belem, villa asentada junto al Tajo, y no distante de la capital, mientras el duque de Alba repuesto de una violenta calentura que puso en grave peligro su vida, acampaba en las inmediaciones del fuerte de San Julián, desde cuyo punto amenazaba, casi á la par, las posiciones enemigas y el fuerte.

No era ya difícil augurar el resultado de las operaciones: el castillo de San Julián tenia que rendirse, Lisboa se hallaba desguarnecida, y sus muros en muy mal estado; sus habitantes, temerosos del saqueo; la nobleza, adherida en su mayoría á la causa de España; y el ejército del Prior, mal organizado para sostener la campaña. En estas circunstancias se inspiró el duque de Alba para proponer la paz á D. Antonio; y las negociaciones entabladas prometian ya una avenencia, cuando una cuestión de tratamiento vino á romperlas bruscamente.



Croquis para la inteligencia de las operaciones del Duque de Alba desde Cascaes à Lisboa

No quedó otro recurso que las armas, cuyo recurso tenía forzosamente que ser funesto al Prior. San Julián se rindió, y después de él entregóse Cabeza-seca, otro fuerte, que defendía la desembocadura del Tajo: la escuadra española penetró seguidamente en el río, rindió á la torre de Belém, y ancló en el puerto de esta villa. Pocos días antes la había abandonado D. Antonio, que por consejo de uno de sus capitanes marchó á tomar posesiones detrás del río Alcántara, afluente poco caudaloso del Tajo que desliza sus aguas encajonado en un barranco, y cuyas márgenes ofrecen dificilísimo acceso en la desembocadura. Este río que en la actualidad atraviesa uno de los arrabales de la capital, tenía en aquel punto un puente de piedra por el que seguía el camino de Lisboa, y en su márgen izquierda, detrás de una línea de trincheras provistas de baterías, se hallaban formadas las tropas del Prior. Defendida su línea por la naturaleza y el arte, había confiado éste la del puente á sus mejores soldados, *decidido á vencer ó morir en la empresa.*

Al rayar el día 25 de Agosto de 1580, el ejército español, formado en batalla, marchó contra las posiciones enemigas: iba dividido en tres cuerpos: la caballería á la izquierda, mandada por D. Fernando de Toledo, hijo del Duque; la infantería española y alemana en el centro, regida por el de Alba; la infantería italiana y algunos alemanes en la derecha, gobernada por Colonna. Esta apoyábase en el Tajo, y se daba la mano con la escuadra que al mando de Santa Cruz avanzaba por el río. La formación de cada uno de dichos cuerpos ó trozos era la siguiente: la infantería en línea de columnas con grandes intervalos, la caballería en cuatro líneas, arcabuceros,

lanzas, caballos ligeros y hombres de armas. La artillería, confiada á D. Francisco de Alava, ocupaba las colinas inmediatas (1).

(1) *Instrucciones dadas á sus tropas por el duque de Alba, en 25 de Agosto de 1580, relativas al orden en que habia de tenerse el campo.*

Don Frances de Alaba pondra hasta siete piezas, cañones y culebrinas grandes, para batir los escuadrones de la plaza de la arma de la mano izquierda de los molinos. Asomando sobre el río de Alcantara, pondra tres medias culebrinas y medio cañón. Así mesmo pondra en la capilleja del alojamiento del Conde Lodron, adonde se emboca el río de Alcántara, en el mar, un cañon y un medio y tres medias culebrinas. Y mas sacara hasta veinte piezas del castillo de Belem, que tiren desde veinte hasta siete libras, y si no las pudiere sacar todas, sacará las que pudiere hasta siete.

Las siete que se han de plantar en los molinos e han de tirar la plaza, den el arma a los escuadrones, los dos que se hacen cerca de los cuarteles, y el tercero en el olivar.

Las cuatro piezas que asoman al rio de Alcántara, han de tirar al repecho de la otra parte del rio para no dejar parar allí a nadie, y a la punta del olivar al escuadron que alli hacen como queda dicho. Las de abajo del alojamiento del Conde Geronimo, tiraran asimismo a los dos escuadrones que se hacen delante de los escuadrones.

Asimismo tiraran delante de aquel repecho a limpiar no pare gente, y batiran la puente del rastrillo porque no quede donde pueda restar la guarda que allí tienen, volviendo tambien á la casa baja de las dos puertas sobre la mano derecha donde tienen su guardia, porque batido esto quede desembarazado, para que sin estorbo la gente pueda pasar. Pasada nuestra gente de la otra parte del río, volverá algunas piezas a favorecer nuestra armada, tirando á la artilleria que ellos pondran esta noche en la plataforma que han hecho contra la mar, y a los mesmos navios de los enemigos, mientras no hubieren llegado a bordar los nuestros con ellos.

Esta noche cuando D. Frances vaya a plantar la artilleria, iran con el los tercios de Napoles, Lombardía y Sicilia, y los coseletes que ha de dar el Conde Gerónimo para el escuadrón; y por aquella parte de los molinos se ha de afirmar.

Por aquella parte de los molinos iran las banderas de Napoles, Sicilia y Lombardía, las cuales se guarnecerán con arcabuceria españoles.

Han de sacar por aquella parte dos mill y cien arcabuces en mangas, sueltos, cada uno de trescientos, que vienen á ser siete, los cuales cada uno dellos ha de llevar su cabo; y de retaguardia de la primera manga, irán sesenta picas.

Los tercios haran sus escuadrones en esta manera.

Nápoles, Lombardía y Sicilia haran un escuadrón.

D. Rodrigo Zapata y D. Gabriel Niño, harán otro escuadrón con las banderas de sus tercios.

D. Luis Enríquez hará otro escuadrón de sus banderas. Destos cinco tercios se sacarán los dos mill y cien arcabuces de las siete mangas, y los del escuadrón de los alemanes, y la guarnición para cada uno de los escuadrones; y si les sobrare alguna arcabucería podran hacer cada uno dellos la manga para su escuadrón, según el numero que quedare.

Por esta mano izquierda de los molinos, ira toda la caballeria, arcabuceros a caballo, ginetes, celadas y hombres de armas y llevarlahá el prior mi hijo, pasando más arriba de donde pasará la infanteria hasta la par de los escuadrones de los enemigos, y allí les volverá el rostro, volviendo a ellos y tomándoles por el costado.

En esta parte izquierda de los molinos estarán tambien trescientos gastadores a punto, con sus armas en las manos, para si fuere menester abrir alguna explanada en el vallón y quitar paredes de piedra seca que se hallaren en el camino.

Terná tambien D. Frances con la artillería, barriles de pólvora y balas de arcabuz y de mosquete, hechos, y ducientas acemilas allí despues que hovieren descargado la vitualla, que ya he mandado que lleven a aquel lugar para refrescar la gente habiendo necesidad.

A la parte del rio donde entra la mar en la capilla del Conde de Lodrón, iran las tres coronelías de italianos, sacando una gruesa manga de arcabuceros, según los que les quedare en la forma que está dicho. Ha de ir la de los españoles con sesenta picas en retaguardia de la primera manga.

Item, tambien las banderas que quedan al Conde de su regimiento. Irán asimesmo las banderas de D. Martín de Argote y Antonio Moreno, que tiene a su cargo D. Diego de Córdova, sacando una manga según la arcabuceria que tuviere, que vaya a la mano izquierda de la manga que va de vanguardia de los italianos, y guarnesciendo su escuadrón haciendo mangas segun la tropa les quedare, dando cabos á cada una de las mangas.

Metersehán en la armada mill arcabuceros, quinientos españoles y quinientos italianos.

Todo esto ha de estar cada cosa en su lugar dos horas antes del día, para que con el día se comience en la forma que adelante se dira.

La noche toda, á lo menos de media noche en adelante, se ha de dar arma á los enemigos por todas partes, y muy caliente por la parte de los molinos, la dará la gente que va con el artillería por las tres partes, y por la parte de Alcantara el Conde Lodrón y Próspero Colona, tendrán cuenta de darles asimesmo cuenta con armas, procurando de darselas tan calientes, que los necesiten á estar en escuadrón en su plaza de armas al hacer del día, y á esta hora en el nombre de Dios se comenzará de esta manera.

El Marqués de Santa Cruz con su armada, arribará á la de los enemigos. El artillería que está en las postas dichas, todos volverán las bocas a los escuadrones que estan en la plaza de armas, fuera de seis piezas de las que estan abajo en la casa del Conde, que ha de tirarse al puente y a la casa de las dos puertas donde ellos tienen su guarida como esta dicho; y comenzarán las mangas, la del molino de los trescientos, y la de abajo á menearse para pasar la ribera. Y para comenzar esto, porque yo no podre hallarme abajo á la marina cuando hobieren de hacello, les dare persona que levantará en uno de los molinos una bandera blanca ó paño, porque los que están debajo de los molinos yo les daré orden de lo que han de hacer, y esta seña se hara cuando se vea el escuadron comenzar a desordenarse, y entonces por cada una de las partes se irán muy paso, dando lugar a que la gente que nos ha de seguir, quepan en el país que ellos fueren, y podrán hacer sus esquinas.

En el caso que Dios sea servido, como se espera en el y en la justicia de S. M., de darnos la victoria, ternan todos los oficiales gran cuidado que siguiendo el alcance en caso que los enemigos tuviesen puerta abierta en Lisboa para entrar en ella, ruego y encargo muy mucho á todos los oficiales acudan á la puerta para sostener que no entre nuestra gente, por evitar la ruina de la ciudad que S. M. desea tanto evitar, que segun lo que yo sé de su intención, lo deseo más que ganarla; y el que lo evitare le hará mayor servicio que le podría hacer en ganarsela. Y si por acaso cuando los oficiales lleguen, hallan alguna gente dentro, cierren sus puertas y resistan que no entren más, porque arrebatada la gente que hoviere entrado ó entrare á saquearla, los oficiales se recobrarán; y hánles de advertir que no solamente no se les hará bueno lo que tomaren, pero antes los castigará ahora en cualquier tiempo que se sepa, y á los que lo defendieren

Consistía el plan del Duque en un ataque simultáneo al frente y flanco derecho portugués. Colonna, que formaba con sus tropas en las inmediaciones del puente de Alcántara, le atacaría, mientras los arcabuceros, al mando de Avila, dando un rodeo, buscarían paso por el río, y caerían sobre el flanco enemigo: simultáneamente la escuadra hostilizaría á las galeras ancladas en el Tajo, distrayendo por aquel lado la atención del enemigo.

Tal como se ideó, realizóse este plan.

Dió principio á la batalla un ligero cañoneo: los arcabuceros mandados por Sancho Dávila, dirigiéronse en busca del paso por el costado izquierdo, y Colonna avanzó contra el puente; pero antes de que aquéllos efectuaran el movimiento envolvente, le atacó, y con tan poca fortuna que fué rechazado con grandes pérdidas. Dueños los portugueses de un molino situado junto al puente, y habiendo acudido á éste los mejores soldados, no ofrecía ciertamente probabilidades de ser forzado. Así lo comprendió Colonna, y al repetir el ataque cuidó, ante todo, de apoderarse del molino. En seguida acometió á la guardia del puente, y, reforzado por los feroces tudescos, arrolló á sus defensores, y pasó á la orilla izquierda del Alcántara. Pero su posición era dificilísima, de retardar Sancho Dávila el movimiento envolvente; pues, acosado por el Prior en persona, y aislado del ejército, sería hecho trozos por el enemigo. Echólo así de ver el Duque, y mandó un aviso á Dávila para que acelerara la operación; mas cuando éste llego á su destino ya se habia realizado, y cayendo los arcabuceros españoles sobre el flanco derecho portugués conseguían la victoria. Atacados á la par por el frente y flancos, acometidas también sus galeras por las nuestras, los portugueses no pudieron sostenerse en sus posiciones, y emprendieron la retirada con pérdida de más de 1000 combatientes y diez y seis piezas; su rey, después de haber luchado como buen soldado, llegó herido á Lisboa, y de allí, seguido de los restos del ejército, dirigióse á Santarem (1). Tal fué la batalla de Alcántara, batalla que no costó á los vencedores mucha sangre; último esfuerzo de Portugal para sostener su querida independencia.

ya les ofrezco y empeño mi palabra como caballero, que S. M. les hará muy buena merced. Y esto han de tener entendido todas las naciones.

En caso que yo no pienso que acontecerá, que los enemigos se hicieren fuertes en sus cuarteles ó en otra parte alguna que no se pudiere arrancar, desde luego ha de tener cuenta el señor Sancho de Avila que es el que ha de guiar la gente de la mano izquierda, que lo que tuviere mas ganado de la otra parte del río, nos quedemos con ello, ordenando á los unos y a los otros lo que para esto habran de hacer, haciendose fuertes y amparandonos con ellos. Y desta orden se dara copia á los cabos para que sepan lo que ellos han de hacer, para que no se mezcle nadie a tocar lo que otro ha de hacer. Fecha en el monasterio de Belen á 24 de Agosto de 1580 años.

Colec. de Documentos inédit., tomo VII pag. 327.

(1) He aquí la relación de esta batalla y entrega de Lisboa, según una carta que figura en la *Colección* antes citada.

Jueves 25 de Agosto, salió el Duque de Belen antes de las tres de la mañana, y metido en su litera se fue al sitio de los molinos donde estaba D. Francés, el cual había tocado las armas por su parte conforme a la órden que se le dió. Venido el día, al Duque le dijeron su misa, y los enemigos comenzaron á jugar su artilleria y hicieron algun daño, aunque poco, en los escuadrones, por la parte del puente de Alcantara. Se ejecutó tan bien la orden que se había dado y se les gano la puente y la tornaron á ganar muchas veces. A las ocho de la mañana mandó el Duque sacar la bandera blanca que había sido la señal que les había dado, y partio Sancho Davila de a dó el Duque estaba, con la orden que se le había dado, llevando consigo con las mangas al maestre de campo D. Pero Gonzalez de Mendoza, siguiendoles los demás mangas con sus carros el cual Sancho Dávila caminó tanto, y habiendo pasado el rio de Alcantara, subio por un pecho arriba derecho a las trincheras de los enemigos, y peleando se los ganó, y paso en la misma orden que traía adelante, enviando un gentil hombre al prior D. Hernando que le enviase artillería y caballeria, el cual prior mando a D. Hernando de Toledo que iba de guardia con la caballería y con la compañía de D. Martin de Acuña, y hasta treinta caballos españoles e italianos de particulares que iban con el: el cual caminó con la orden que le dieron y llegó á tiempo que ya Sancho Davila habia dado con la segunda trinchera al traves. Esta caballeria se topó con hasta cuatrocientos infantes y algunos caballeros, los cuales se llevaron y fueron siguiendo la victoria hasta el mismo Burgo de Lisboa, adonde oyeron mucha artilleria y arcabucería que andaba en el campo, y hizo alto D. Hernando, recogiendo la caballería. Volvio al campo: en el camino topo doce banderas de los enemigos y hasta cien caballos que venían la vuelta del lugar huyendo. Ganaronles las banderas y prendieron muchos de los de á caballo: fue siguiendo la victoria hasta las mismas puertas de la ciudad adonde hizo alto para guardar la orden que el Duque le habia dado de excusar el saco. Ganada Sancho de Avila la artilleria y todo lo demas, vino a ella con toda su gente y remedió que no se saquease la ciudad. El prior D. Hernando llegó con la demás caballería. Estando á la puerta de la ciudad le dijo uno dentro que la cámara de Lisboa decia que aquella ciudad se rindia a S. M. y al Duque en su nombre si les hacía merced de perdonalles las vidas y haciendas. Mandó el prior á D. Hernando de Toledo, que fuese á dar cuenta de todo al Duque, que estaba como ducientos pasos allí en su litera en una calle, el cual mandó que les dijese que no les admitía capitulacion ninguna sino que llanamente se rindieren á la voluntad de S. M. Los cuales lo hicieron asi, y luego salieron con las llaves la camara de Lisboa y vereadores, y dos clérigos por los eclesiasticos, y los llevó el prior al Duque, dejando mandado á D. Hernando quedase a la guarda de la puerta de la ciudad. El Duque admitió las llaves y lo demas, y las volvió á dar en nombre de S. M. con los demás oficios que había, a los mesmos que los ejercitaba, hasta que S. M. fuese servido de otra cosa. A esta hora, que serian las dos, se apeo el Duque en una casa sobre la marina fuera de la puerta de la ciudad, y allí comió, y dando orden al prior D. Hernando que pusiese guarda en la casa de la

La consecuencia de esta victoria fué la ocupación de Lisboa por las tropas del Duque, quien, por más que se esforzó en evitar el saqueo, no pudo evitar que sus ricos arrabales y su campiña fueran teatro de escenas deplorables. Dió sin embargo las más severas órdenes, puso guarda en las puertas de Lisboa, confió á D. Alfonso de Leyva la custodia de las ricas mercancías que encerraba la aduana; y para librar á la ciudad del desenfreno de sus soldados, acordó que acamparan en sus inmediaciones. Mas así y todo, no pudo evitar las serias censuras de los enemigos que tenía junto al Rey, ni aun las del mismo soberano por haber dejado escapar á D. Antonio.

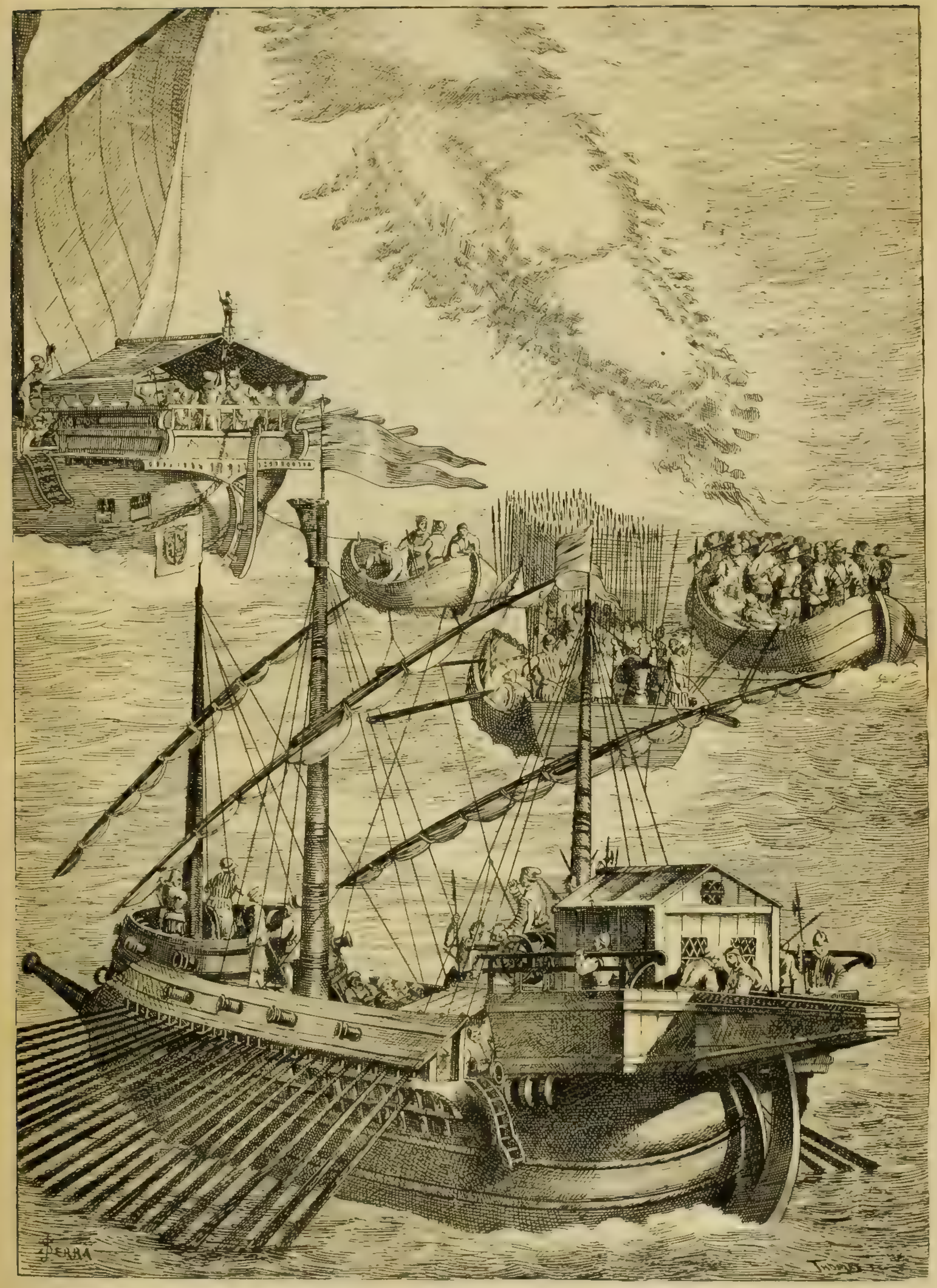
Parecía que con la rendición de Lisboa y proclamación de D. Felipe, debía concluir la resistencia de los partidarios del Prior; mas no fué así. Manteníala el cariño que los portugueses profesaban á su independencia, y cobró nuevos alientos al recibirse la noticia de que Felipe II



Torre de Belem

había caído gravemente enfermo en Badajoz. Esta noticia, no sólo contribuyó á que algunas ciudades continuaran en armas, sino que indujo á otras de las provincias de Beira, Tras-os-Montes y Entre Douro y Miño á seguir la causa de D. Antonio. Y tal se presentaban las cosas, que el Duque de Alba, deseoso cuanto antes de atajar los progresos de la guerra, ordenó á Sancho Dávila que al frente de 4,000 infantes y 400 caballos tomara la vuelta de Coimbra, donde se había refugiado el Prior.

India y en la de la moneda; y mandó quedase á dormir en la ciudad y que toda la noche mandase rondarla para que no hobiere desórden. Y luego se metió el Duque en la galera capitana Despaña, y se volvió á Belén. La armada de S. M. entró sin las naos porque no les hizo tiempo para entrar, y tiró muchos cañonazos á cuarenta y dos navíos gruesos que estaban por D. Antonio, entre los cuales había siete galeones, de los cuales había algunos que tenían noventa y dos piezas de artillería gruesas, y cuatrocientos hombres cada uno. Don Juan de Córdoba se apegó al de San Martín, y sin pelear este y los demás, se dieron á S. M. todos. D. Antonio dicen que iba herido, y afirman que le hirieron los suyos, habiendoles él dicho: «judíos: vosotros me pusisteis en esto, y ahora me desamparáis;» y que el uno de ellos le respondió: «vos sois el judio, y el que nos habeis destruido á todos,» y le dió las heridas que llevaba. El número de las banderas que se ganaron no se sabe porque no están recogidos; las piezas de artillería eran diez y seis gruesas en tierra y en ellas la de Diego. Teniénlas repartidas en tres puertos y mucha cantidad de mosquetes en caja. Despacho el Duque á D. Hernando de Toledo á dar cuenta dello á S. M. Asimismo en la parte donde fué la rota, se hallaron muchos zapatos de frailes franciscanos y una imágen de San Francisco de un palmo de alto, por donde se sabe cual andaba el negocio de los frailes franciscanos, en la casa de los teatinos, que es en el burgo ó arrabal que saquearon los soldados se hallaron cofres de joyas y moneda que allí habían puesto á guardar con sus títulos, de cuyos eran: todo lo saquearon.» Carta de Badajoz de 29 de Agosto por lo cual se sabe lo que pasó en el ejercito del Rey nuestro Señor con el de D. Antonio, en la entrada y combate de la ciudad de Lisboa siendo capitán general de la armada el Duque de Alba, Tomo VI, pag. 332.



E. Ullastres, Editor

Tip. Academia

EXPEDICION A LAS ISLAS TERCERAS

(De la *Sala de Batallas* del Escorial)

A la noticia del movimiento de Avila, el Prior abandonó precipitadamente á Coimbra y seguido de unos 4,000 hombres, dirigióse al Norte, con objeto de mantener el fuego de la guerra al otro lado del Duero. Aveiro que le resistió fué incendiado y saqueado; en cambió Oporto le recibió triunfante, paseóle por sus calles bajo palio y le ofreció un tributo de cien mil escudos. Allí pensó el Prior defender el paso del Duero á los españoles, á cuyo efecto recogió y armó mucha gente plebeya y fortificó las márgenes del río en las inmediaciones de la ciudad; y en verdad que su posición no dejaba de ser ventajosa, pues sobre ser aquel punto el más estratégico de la línea del Duero, la orilla derecha que ocupaban los portugueses más alta y escarpada que la opuesta, facilitaba la defensa, eran ellos dueños de todas las barcas, no existía puente, ni tampoco vado, porque próximo á su desembocadura el río tiene cauce profundo y rápida corriente, y además habían fortificado cuidadosamente los puntos de su línea que eran relativamente débiles. De aquí que fuera sumamente difícil al general español el intentar el paso, mucho más, habiéndose inutilizado en el camino algunas barcas que á prevención llevó en los carros. Sin embargo; aun teniendo que aceptar la lucha en desventajosísimas condiciones, no se arredró el veterano maestre de campo.

Su primer cuidado fué procurarse nuevas barcas, y á este fin comisionó á uno de sus capitanes para que siguiendo las márgenes del río las recogiera en algún pueblecillo ribereño. Pero esto hubiera sido difícil á no deparar la fortuna al comisionado, excelente ocasión de arrebatarlas al enemigo. Cuyos soldados á gran distancia del frente español tenían dispuestas varias barcas que vigilaban la corriente y como una de ellas se aproximara mucho á la izquierda, echólo de ver nuestra gente, emboscóse, y desnudándose con gran premura el capitán Serrano que la mandaba, se presentó en la orilla dando grandes voces de auxilio. Atraídos por los gestos del español y por las explicaciones que un espía portugués les daba, cayeron los portugueses de plano en la celada, aproximaron sus bateles, saltó á ellos Serrano y disparando un pistoletazo acudió toda su gente y se apoderó de aquella barca y de las inmediatas.

Desde aquel momento Dávila se halló en disposición de trasladar parte de su ejército á la otra banda del Duero, pero antes de verificarlo quísose hacer dueño de un fuerte que defendía el arrabal de Oporto, situado á la izquierda de la desembocadura del río, lo que logró fácilmente. Seguidamente reunió en consejo á sus oficiales y les dió cuenta del plan que había ideado: cañonear al enemigo desde el arrabal y simular algunas compañías el paso del río por aquel lado, mientras el grueso de las tropas siguiendo la ladera izquierda lo cruzarían en realidad á gran distancia, es decir, cerca de la desembocadura del Tamega en el Duero (1). Puestas en la orilla derecha, dirigíanse rápidamente hacia Oporto y tomarían por el flanco las posiciones portuguesas.

Tal como se ideó realizóse el plan, por algunos calificado de temerario: los portugueses que defendían el paso del río frente á Oporto atentos á las maniobras de D. Rodrigo Zapata, viéronse de improviso envueltos por las tropas que en Avintes desembarcó Dávila, y después de resistir por breve tiempo, refugiáronse á la desbandada en la ciudad. El Prior, desengañado de sostenerse por más tiempo, la abandonó y embarcóse en un pueblecillo de la costa dirigiéndose á Viana; y Oporto abrió sus puertas á los españoles concluyendo así la resistencia de los portugueses á D. Felipe II. «Todo acabó aqui, gracias á Dios, escribió el monarca el Duque; V. M. puede entrar en este reino, con igual seguridad que en Madrid.»

El soberano español, restablecido ya de su enfermedad, entró por fin á tomar posesión del hermoso reino portugués el 5 de Diciembre de 1589. Yelbes fué la primera ciudad que le recibió y para este acto solemne vistió el Monarca toga, dando á entender así que no llegaba á guisa de conquistador. Allí acudió la nobleza á saludarle y recibió homenaje de los duques de Braganza, sus antiguos competidores á la corona portuguesa. Con este motivo concedió muchas mercedes y satisfizo no pocas peticiones. Pasó luego á Tomar, donde en el siguiente mes de Abril reunió las Córtes, y á presencia de los procuradores del reino, de los próceres de ambas naciones y del

(1) El Tamega es un afluente del Duero por su ribera derecha.

Consejo de Estado y Cámara de Castilla, fué reconocido Rey, jurando él con la mano puesta sobre los Evangelios guardar y conservar los privilegios y libertades del reino. Seguidamente dió el perdón general, del que fueron exceptuados el Prior de Crato y sus dos importantes partidarios, el Obispo de Guardia y el Conde de Vimioso, cincuenta y dos personas de importancia, todos los frailes y cuantos hubiesen recibido empleos de D. Antonio. Y después de dar testimonio de su severidad, mostróse pródigo en dádivas y mercedes, con las que recompensó á cuantos le habían servido y procuró atraerse á los que se mostraban vacilantes. Mas el pueblo portugués no se dejó seducir por las promesas del que acababa de someterle; y aunque los españoles y los portugueses vendidos á España rodearon de gran pompa y solemnidad el acto de la coronación (27 de Julio) demostró con su reserva que recibía mal de su grado al severo monarca de Castilla.

Motivos sobrados tenían nuestros vecinos para mirar con malos ojos á su nuevo Rey. Todas las calamidades que pueden pesar sobre un país conquistado cayeron sobre Portugal en aquel célebre año de 1580, señalado por los astrólogos como maldito. La peste y el hambre diezmaron la población, nuestros soldados cometieron todo género de tropelías (1), sin que pudieran impedirlas las rigurosas medidas del Duque de Alba; las cárceles se llenaron de presos, y el Rey ejecutó en mucho de estos justicia sumaria y terrible, no siendo parte á detenerle el carácter sagrado de que algunos se hallaban revestidos (2). Sólo los nobles, con pocas excepciones, pudieron celebrar el advenimiento del monarca español; y justo es decir que fueron muchas sus demandas y grandes las dádivas que les otorgó Felipe. De los dos personajes que más habían contribuído á la adquisición de Portugal, D. Cristóbal de Mora y el duque de Alba, únicamente el primero se vió recompensado, pues el soberano, que al presentarle las llaves de la capital, tuvo la franqueza de decirle: *Tomadlas, que á vos se deben,* le otorgó el título de conde de Castel Rodrigo. Cuanto al Duque, se le sometió á lo propio que á Sancho Dávila á un examen de cuentas, acto que fué grandemente criticado en el ejército, y originando gran descontento y atrevidas contestaciones por parte del primero (3). El gran capitán español y el célebre maestre de campo murieron á poco y casi al mismo tiempo, (Diciembre de 1582) y es inútil es decir que su desaparición dejó en el ejército un vacío difícil de llenar. Pero Felipe, no se inmutó al tener noticia de tales pérdidas, y al saber la muerte del Duque limitóse á repetir aquella frase sacramental que tan bien pinta su carácter: «Como son obras de Dios, no hay que decir más de darle gracias por todo (4).»

La resistencia que oponían los portugueses á Felipe no terminó con la entrada del Rey en Lis-

(1) En el Tomo XXXII, p. 368 de la *Colec. de Doc. inéd.* figura una carta del Duque al Rey, en la que este se lamenta en términos muy expresivos de la insubordinación de su gente, y dice que se ha visto obligado á ahorcar bastantes soldados, á enviar otros á las galeras y á destituir á ocho capitanes. Añadiendo á los condenados á muerte por merodeadores, asegura *que le va á faltar cuerda.* Parecidas quejas da Sancho al Duque (Tomo XXXI, p. 209) manifestándole que los suyos han saqueado la parte de territorio recorrido desde Lisboa á Oporto sin dejar ni una cruz de oro, ni un cáliz en toda esta región.

(2) Nos referimos á los frailes que sigilosamente mandó arrojar Felipe II al Tajo. Esta operación se hacía de noche, atándose al cuello de los condenados gruesas piedras para que no sobrenadaran los cuerpos. Parece que poco tiempo después asaltaron al piadoso Rey escrúpulos con respecto á estas ejecuciones, pero logró vencerlos mediante un Breve de absolución que solicitó del Papa.

Por lo que atañe á los demás rebeldes, de que, escribía Sancho Dávila, «estaban llenas las cárceles,» el Rey mandaba á éste que ejecutara sin dilación alguna la justicia. «Ya se avisó al Duque, que de los vasallos de S. M. se hiciese justicia, tanto de los de acá como de los de Italia, y que los demás podrían ir al remo.» (Tomo XXXI, p. 303). Y aun creía Felipe que el remo no era castigo suficiente.

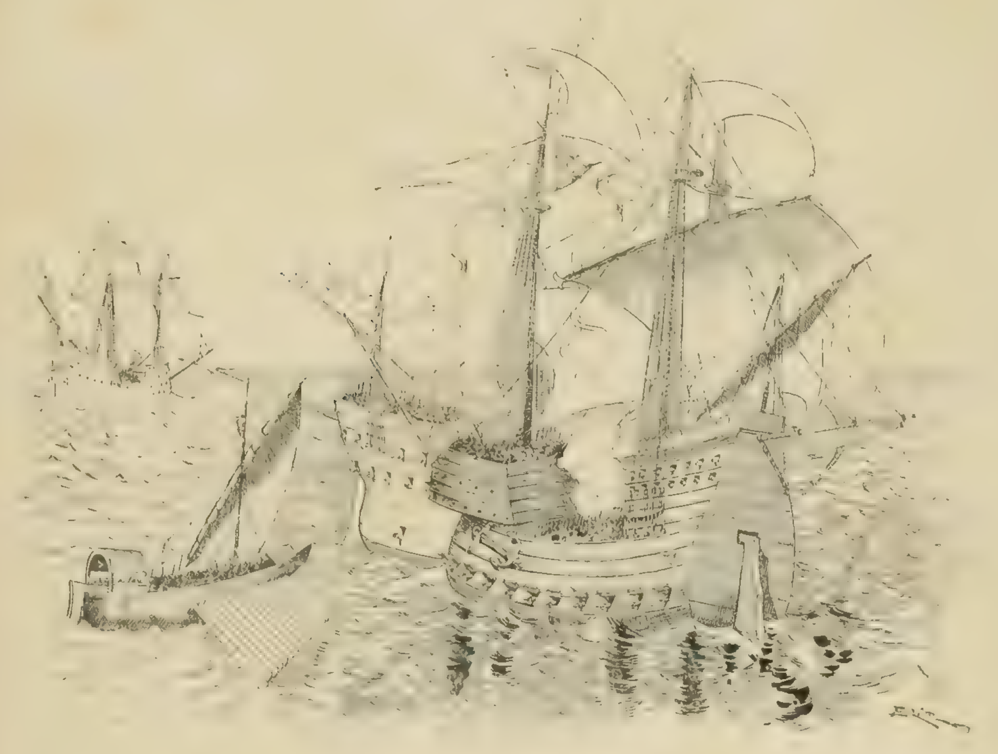
(3) «Únicamente al Rey debo dar cuentas, dijo en esta ocasión el Duque; y si me las pide, pondré en la data los reinos que he conservado y victorias por mí alcanzadas, sitios difíciles que he vencido y mis sesenta años de honrados servicios.»

(4) Carta al Duque de Medinasidonia, *Doc. inédit.* Tomo XXXV, pág. 357.

Después de haber verificado el Rey su entrada en Lisboa, pidióle el Duque permiso para regresar á su casa, no accediendo Felipe por no privarse, dijo, de tan buen consejero. Sin embargo, aunque continuó en Lisboa, para nada intervino en los consejos, tal vez á causa de sus achaques ó quizás del secreto enojo del monarca. El Duque se hallaba en efecto, tan indispuesto «por haberle sobrevenido cámaras y calentura lenta, que los médicos le ordenaron mamara leche de mujer,» pero á pesar de todos los cuidados falleció á los seis meses de haber entrado en Lisboa D. Felipe. Tan profundas heridas había recibido la soberbia de este soberano del arrogante vasallo, que no dejó de asistir á un banquete al día siguiente de la muerte del Duque. Cuarenta años después de muerto éste, abrióse el féretro y se halló que «la composición del rostro, la gravedad de las canas, la autoridad de la persona superior no había perdido.» (Tomo XXXV, páginas 354 y 363).

Cuanto al veterano Dávila, afligido por el triste espectáculo que el país conquistado y el ejército ofrecían, decidió, según sus propias palabras, hacer penitencia, y considerando la más rigurosa casarse viejo con mujer moza, tomó tal determinación. Dios ó el diablo se hicieron cargo del recién casado, pues murió á poco de una coz de caballo.

boa. Dominado Portugal, aun resistían sus posesiones de las Azores y especialmente la isla Tercera, sin que lograran someterla las expediciones de Pedro Valdés y de D. Lope de Figueroa, uno y otro rechazados por los valientes isleños. Allí pensó acudir el incansable Prior de Crato, que después de haber permanecido oculto seis meses en Portugal, andaba negociando en las córtes de Lóndres y Paris; y hacia aquel lado hubo de distraer sériamente su atención el monarca español; pues era la posesión de las Azores altamente necesaria para la navegación de Indias, como excelente escala de las naves españolas que pasaban á tan distantes regiones.



Naves españolas. Copiadas de un grabado de Hogemberg

No permanecía ociosa la diplomacia española: D. Antonio, después de inútiles tentativas en Lóndres, pasó á París donde halló mejor acogida, aunque no la suma de elementos que requerian sus proyectos; pero mientras se organizaba con gran sigilo en Nantes una escuadra de cincuenta y cinco velas para tentar fortuna en las Azores, el embajador español Tassis y lo numerosos espías que contaba Felipe entre los mismos expedicionarios poníanle al corriente de cuanto se proyectaba. A consecuencia de estos avisos, ordenó Felipe al marqués de Santa Cruz que reuniese en Cádiz cuantas naves pudiera para dirigirse con ellas á la isla de San Miguel, única de las Terceras que pertenecía á España, y á la cual acudiría también la armada de Vizcaya á las órdenes de Recalde.

Adelantóse la flota francesa á la española, arribó á la isla de San Miguel, puso en tierra su gente y atacó el fuerte; pero á los seis días de batirlo aparecieron en el horizonte las primeras velas de la escuadra de Santa Cruz. Esta escuadra se componía de veintiocho naos y cinco pataches

á bordo de las que iban unos 7,000 combatientes. No estaban, pues, las fuerzas equilibradas, pero los bastimentos españoles eran superiores por su artillado y chusma, y sobre todo se hallaban mandados por un general experto. Domingo 22 de Julio de 1582, formaron en batalla las dos escuadras, pero sin ánimo de librarla; pues uno y otro contendiente aguardaban refuerzo: Santa Cruz nuevas naves de Lisboa; el Prior unos bajeles ingleses. En la inacción permanecieron ambos hasta el día 25, en que los alemanes á sueldo de España obligaron á los marineros de los dos buques que montaban á emprender la marcha á Lisboa, casi al propio tiempo que á favor de las sombras, lo efectuaba D. Antonio para la Tercera, con alguno de sus navíos. Este acto de cobardía, no intimidó á los demás capitanes, y así el francés Strozzi que mandaba la flota enemiga, como el caballeroso conde de Vimioso determinaron atacar á la escuadra española el siguiente día 26. Comenzó la batalla dirigiéndose las naves de Strozzi contra el galeón *San Mateo* que montaban el tercio de Figueroa y se hallaba rezagado de la línea de batalla; pero recibidas bravamente por nuestros arcabuceros, fueron acudiendo en apoyo de los contendientes, de un lado los buques de Brissac y Borda, y de otro las naves de Oquendo, Santa Cruz y Eraso. Generalizóse entonces el combate embistiendo á cada bajel español, tres enemigos y siendo incendiado por cinco veces el *San Mateo,* lo que obligó á Santa Crúz á volar en su ayuda, mientras Oquendo y Villaviciosa destrozaban con sus bien artilladas naves la almiranta francesa. Este triunfo inclinó la victoria de nuestro lado después de cinco horas de porfiada lucha; fueron entradas al abordaje algunas naves enemigas, destrozadas y echadas á pique otras, y las restantes obligadas á huir. Strozzi, Beaumont y Vimioso perecieron honrosamente y con ellos mas de 12,000 valientes, hiciéronse muchísimos prisioneros y se apresaron algunas naves. Conquistaron los españoles la victoria á costa de no escasas pérdidas, pero desgraciadamente se manchó su lustre con numerosas ejecuciones (1).

No escarmentó la córte de Francia después de recibida tan dura lección; antes al contrario, empeñóse más locamente en repetir esta aventura, sin reparar en la falta de medios, ni en el escaso apoyo que contaba el Prior. Y esto precisamente cuando Felipe II aparejaba gruesa escuadra para señorear el Océano y expugnar las Terceras. Por lo mismo fué el resultado de la segunda expedición tan desastrosa como la primera, no tan sólo por la pobreza de los recursos, cuanto por el poco acierto del Prior. Si éste con los treinta y siete navíos de que disponía hubiese aguardado en las islas, los socorros de Francia, fácil hubiera sido el resistir, ya que imposible el vencer; pero cuando después de haber esquilmado á los isleños, decidió diseminar su escuadra y dirigirse á Francia, saqueando de paso las Canarias y Madera, hallóse en condiciones altamente desfavorables para intentar empresa alguna. El 11 de Junio de 1583 arribó á la Tercera el almirante francés Chaste, cuyos buques conducían 1,200 soldados franceses y 400 ingleses; y el 23 zarpó de Lisboa el marqués de Santa Cruz con 98 buques y 10,000 hombres. Esta escuadra dió vista á la citada isla el día 26 y ancló sin contratiempo en el puerto de las Muelas donde esperaban fortificados los franceses; favorecido el desembarco por el cañón de las galeras españolas, nuestros soldados formaron prontamente sus escuadrones, atacaron con ímpetu las trincheras, asaltaron los fuertes y obligaron á los franceses y portugueses á retirarse á las montañas inmediatas. El efecto de esta victoria fué tan terrible, que el Marqués ocupó seguidamente en Angra 38 naves abandonadas de sus tripulaciones, hizo 1,600 prisioneros y se apoderó de 310 piezas de artillería (2). Chaste y los demás franceses que se habían refugiado en los montes, capitularon entonces, rindiendo armas y banderas, sin otra condición que conservar la vida, á la que accedió el Marqués después de exa-

(1) *Sentencia que dió el marqués de Santa Cruz contra los franceses que vinieron en favor de D. Antonio*, inserta en el Tomo VII, de la *Colec. de Doc. ined.* p. 355. El Marqués condena en ella á ser degollados á 28 señores y 52 caballeros, y ahorcados á 313 soldados y marineros, fundándose en que habiendo paces con el rey de Francia, vinieron con armada de este reino á favorecer al prior de Crato. Ejecutóse el 1.° de Agosto de 1582, cinco días despues de la batalla, es decir, á sangre fría, lo que pareció crueldad á los mismos vencedores. Así lo escribia D. Lope de Figueroa: «Hame parecido crueldad y pesado en el alma y á toda la gente de guerra.» Y en efecto, aun cuando pueda justificarse este acto, acredita en el marques de Santa Cruz sentimientos muy poco humanos.

(2) Herrera, *Hist. de Portugal y conquista de las islas Azores en los años 1582 y 1583.*

minar el salvoconducto que á prevención llevaron de su soberano (1). Y victorioso en la Tercera, sólo tuvo Santa Cruz que vencer la resistencia de las islas de San Jorge y el Fayal, pues las del Pico, Cuervo y Graciosa se entregaron buenamente.

De este modo terminó la campaña de las Terceras con tanta gloria para el ilustre almirante español, como provecho para nuestro soberano, cuyos dominios abarcaron las más ricas comarcas de Europa y se extendieron por las dos Indias. Mas, por desgracia, estaba herido de muerte tan colosal dominación. Flandes, rebelada, consumía nuestra hacienda; Francia, herida en su orgullo, iba á buscar una compensación en los Países Bajos (2); Inglaterra, cada día más pujante, se apercibía á devastar nuestras colonias, á robar nuestros tesoros y á destruir nuestros bajeles. Portugal había recibido mal de su grado á D. Felipe, y los mismos nobles con prodigalidad recompensados, mostrábanse quejosos; mientras España, esquilmada y enflaquecida, tenía sobrados motivos para dolerse de tales larguezas. La gloria militar había eclipsado con sus fulgores nuestras miserias, mas en breve la muerte de nuestros más ilustres capitanes, un duque de Alba, un Dávila, un Santa Cruz, iba á quebrantar nuestra pujanza. Nos quedaba el ilustre Farnesio, es muy cierto; Farnesio, cuya energía se malgastaba en una lucha prolongada y de incierto resultado; pero mientras en Flandes se decidía el problema de nuestra superioridad política, y en Francia intrigaban nuestros sagaces diplomáticos, Drake atacaba nuestras posesiones americanas, devastaba las costas de Chile y el Perú, caía sobre las Molucas, se apoderaba de los galeones que conducían á España el oro de Indias, y amenazaba seriamente con sus atrevidas expediciones nuestro poderío colonial.



Fanal de la galera de D. Alvaro Bazán

(1) Esta vez fueron más previsores los franceses, pues, recordando la suerte desdichada de los que fueron en la anterior expedición, proveyéronse de un salvo-conducto real, documento que Enrique III les dió haciendo caso omiso de que Francia se hallaba en paz con España. Además de este salvo-conducto ó autorización, tenía el almirante francés instrucciones para hacerse dueño de los navíos que regresaran de India. Sin embargo, la suerte de los prisioneros fué muy desgraciada, porque, conducidos á la costa española, sufrieron todo género de penalidades y murieron muchos antes de pisar el suelo de su patria.

(2) «Les Pays-Bas, (escribía el embajador francés en Madrid), vont être le theatre sur lequel les François exerceront leur vengance.»

ILUSTRACIONES

Mapa de los Países Bajos (pág. 161).—No con objeto de que sirva para el estudio de las operaciones militares, sino como un interesante ejemplar de trabajo cartográfico, damos á conocer el curioso mapa que acompaña al *Atlas abreviado ó Compendio de Geografía*, escrito por D. Francisco de Aefferden en el siglo XVII y publicado en español en Amberes, de cuya obra poseemos la edición segunda. Echará de ver el lector que con ser española, tienen los mapas leyendas francesas, mas esto se explica con decir que son franceses los grabados, en los que se lee el nombre de Harrewyn.

Ya dimos en el Estudio Tercero ligera idea de estos Países, y ocioso parece repetir la descripción, no pudiendo ser sobradamente detallada. Casi todos los historiadores de las guerras de Flandes las dan bastante extensas, y el lector puede consultar con fruto las que sirven de introducción a las obras de Mendoza, Estrada, Bentivoglio, Carnero y Vazquez, el último de los cuales describe á los Países con gran copia de datos (1). A los que gusten llevar mas adelante sus investigaciones, les recomendaremos el interesante libro de Ludovico Guicciardini *Descrittioni di tutti i Paesi Bassi* (2), libro al que han recurrido muchos historiadores de época posterior y que hemos consultado también al redactar nuestros Estudios. El florentín Guicciardini vivió largo tiempo en los Países Bajos y pudo hacer una descripción detallada y verdaderamente concienzuda de los mismos.

Limitarémonos a consignar, despues de lo que acerca de ellos hemos dicho en el Estudio Tercero, que estos Estados se componían de diez y siete provincias, á saber: cuatro ducados: *Brabante*, *Limburgo*, *Luxemburgo* y *Gueldres*; siete condados: *Flandes*, *Artois*, *Henado*, *Holanda*, *Zelanda*, *Namur* y *Zutphen*; el Marquesado de *Amberes* ó del Santo Imperio, y los Señoríos de *Frisia*, *Malinas*, *Utrecht*, *Overissel* y *Groninga*. La capital ó cabeza política de estos Estados era Bruselas; su primer centro comercial, Amberes; pero ademas de estas importantes ciudades, contaban otras tan ricas y florecientes como Malinas, Brujas, Gante, Amsterdam, Groninga, Rotterdam, Arnheim, Lieja y Maestricht, considerándose la porción mas rica del territorio a Flandes, de que las demas provincias recibieron el nombre «tomando, según dice Vazquez, la parte por el todo.» Estalló la guerra por los años 1567 y en 1572 los rebeldes nos arrebataron a Brielle, en la isla de Voorn, cuna de la república holandesa (3); poco despues á Middelburgo, capital de la isla de Walcheren, desde cuyos puntos señorearon la costa é interceptaron nuestras comunicaciones marítimas. La anarquía que siguió a la muerte de Requesens, permitióles extender sus conquistas por el Norte, y la *Paz de Gante* dominar sin rivales en todo el territorio, quedando reducida la potencia española á una sola provincia: *Namur*. Las campañas de Farnesio dieron por resultado la parcial reconquista de estos dominios; pues toda la región septentrional, es decir, la Holanda, Zelanda, Gueldres, Zutphen, Frisia, Utrecht, Overissel y Groninga, á partir de 1581 formó un Estado independiente conocido con el nombre de Provincias Unidas.

(1) Tiene esta descripción, una de las más completas que de esta época hemos leído, cincuenta y dos páginas de muy nutrido texto, en el volumen LXXII de la *Colec. de Doc. inédit.*

(2) Dos ediciones hemos consultado muy notables de la obra de Guicciardini, la primera italiana, impresa en Amberes en 1566, la segunda francesa (traducción de De Belle Forest), notablemente aumentada é impresa en 1564. Ambas estan ilustradas con mapas de las provincias y perspectivas de las ciudades, siendo muy notable la segunda.

(3) El día en que se supo en Flandes la toma de Brielle, dijeron los del país que el duque de Alba *había perdido sus anteojos* (que así se escribe tambien en aquel idioma el nombre de la ciudad).

Den eersten dach van april
Verloos duc d'Alba synen bril

A partir de este periodo sufrió grandes modificaciones el mapa político de los Países, los que fueron teatro de largas y porfiadas guerras; mas por de pronto quedan consignadas las variaciones que tuvieron lugar hasta el gobierno de Farnesio, reservandonos para más adelante dar cuenta de las restantes.

D. Carlos Coloma pág. 165).—Nació este ilustre escritor en la ciudad de Alicante el año 1573 y fueron sus padres D. Juan Coloma, primer conde de Elda y D.ª Isabel de Saa, noble dama portuguesa. Su educación fué esmerada, cual correspondía á la categoría de tan ilustre casa, pero no muchos los años que consagró Coloma al estudio, pues sólo contaba quince cuando fué a guerrear á Flandes en compañía de un caballero paisano suyo. En este teatro, dió á conocer sus dotes como soldado y ascendió siguiendo toda la escala de la milicia desde alférez a maestre de campo general. Cuatro años hacía sólo que llegó a Flandes y era ya nombrado capitan de lanzas, cuando apenas el bozo sombreaba sus labios. Combatió allí y en Francia á las órdenes de Farnesio, cuyas campañas narró luego con elegante estilo y llegó á obtener el mando superior de la caballería, al frente de la cual consiguió el año 1594 en el Brabante un señalado triunfo sobre los franceses; contribuyó en Francia á la toma de Dorlan y Cambray, socorro de la Fere, y conquista de Calais, Comont, Andres y Hulst; y por todos estos servicios se le ascendió en 1597 á la categoría de sargento mayor y luego á la de maestre de campo.

Pero no se distinguió nuestro Coloma sólo en las armas: también dió pruebas de inteligencia y energía en tareas no ménos lucidas y espinosas que las de Marte. Felipe II, que tenía el singular acierto de elegir bien sus servidores, noticioso de su gran capacidad, le confió la embajada de Inglaterra, puesto aunque honorífico, difícil, y en el que acreditó no era inferior á Mendoza. Mas tarde nombrósele gobernador de Cambray y del Milanesado y capitán general de las armas en el Rosellón, confiandosele durante esta época distintas comisiones diplomaticas en Flandes y Alemania, que desempeñó con singular acierto. Todos estos servicios le conquistaron gran renombre y el aprecio de Felipe IV, que le honró con el título de marqués de la Espina, le hizo comendador de la Orden de Santiago, consejero de Estado y gran maestre de Palacio. Y en verdad, que, pocas recompensas fueron tan merecidas, pues sobre recaer en un servidor leal y soldado valerosísimo, enaltecieron á un ingenio privilegiado, honra de las letras patrias. Porque Coloma, no contento con haber servido á su patria con la espada, ni satisfecho con los altos puestos que conquistó gracias á su talento, en los ocios que los bélicos trabajos le dejaban, perpetuó las hazañas de la milicia española en estilo elegante y con recto criterio. De aquí que sea su obra *Guerra de los Estados Bajos*, hermosa joya de la patria literatura.

Un crítico excelente, el sabio D. Antonio de Capmany y de Montpalau, hace de ella en su *Teatro historico-crítica de la Elocuencia española*, el siguiente atinadísimo juicio:

«Esta obra, por su método, lenguaje y propiedad, desnuda de afectación y de afeites, es muy digna de ser leída de los que profesan la carrera de las armas; en ella verán las causas, los efectos y las circunstancias de aquellas once campañas, las trazas del enemigo, la loa del soldado valiente, el vituperio de los cobardes ó desleales, la diligencia, destreza y ánimo de los capitanes, los varios trances de la fortuna, la alegría en el buen suceso, y la constancia en el adverso; los premios de los que como esforzados escalaron primero el muro ó derribaron las banderas enemigas, y el castigo de los que desampararon las suyas, los secretos designios de los generales; en fin, los yerros y los aciertos de los que mandaban las armas y de los que las manejaban: principal dificultad de los que escriben la historia, la veracidad sin temor ni aficion.

»Leerán la relación de los sucesos, adornados de sentencias y reflexiones políticas que les hacen muy buena compañía, en vez de largos y estudiados discursos de paz y guerra, de preñadas platicas de consejeros y de razonamientos de los generales para animar las tropas á la batalla con promesas de la victoria, ó presagios de la suerte adversa; comunes lugares de que se han socorrido la mayor parte de los historiadores, mas para agradar con la elocuencia, que para instruir con la verdad; como si el decirla no fuese su principal obligación, en que pocos han acertado por no hacerse odiosos á los que desean se publiquen las virtudes y se eche tierra a los vicios, de donde ha nacido a los escritores el miedo y á los que los leen la sospecha.

»A estas excelente cualidades acompañan la propiedad de la dicción facultativa y la exactitud de la narración, que sólo se pueden esperar de una pluma militar. Y á este propósito dice muy bien el mismo Coloma en el prólogo de su obra, como quien conoce la dificultad é importancia de este género de escritos, «no me conformo con que se permita «escribir historias militares á personas de diferente profesión, por los engaños que se reciben, por las honras desme»recidas que se dan, y por las que por el mismo camino se quitan.» Sin embargo; parece que esta historia no ha logrado entre nosotros el merecido aprecio, pues no se ha hecho de ella pasado mas de siglo y medio, segunda edición: como si fuera parto de pluma venal ó forastera la materia, y en la relación de los hechos y operaciones militares no hallaran con qué aprovechar su tiempo y su discurso los que se precian del nombre de soldados ó aspiran á merecerlo; y en sus máximas y sólidas reflexiones los que se agradan de políticos. Los desengaños y larga experiencia en la guerra y en la paz, el conocimiento de las variedades humanas y su profundo estudio de los historiadores de la Antiguedad, suministraron a Coloma sobrado caudal para dar a su historia el nervio y sustancia de las sentencias, sin cuyos requisitos, oportuna y sobriamente usados, como los usa el, fuera una relación descarnada.

»En general el estilo de Coloma en sus *Guerras de los Paises Bajos* es sencillo, claro y noble, pero poco trabaja-

do: de aquí nace tanta desigualdad, aunque la diccion es castiza, del buen tiempo de la lengua, y sin vanos adornos ni terminos estudiados. Es mas grave y elegante en las reflexiones que en las relaciones, porque aquéllas siempre hablan mas al corazon que al sentido, y esmaltan con hermosas imagenes de cuando en cuando el texto árido de la narracion, cuyo lenguaje es harto desaliñado algunas veces.»

No fué solo esta obra la única en que dio á conocer sus talentos literarios Coloma. Hizo además, una magnífica traducción de los *Anales* de Tacito, traducción que se habría perdido a no haberse hecho dueño de ella su amigo Fray Leandro de San Martín, catedratico de hebreo de la Universidad de Duay. ¡Era tanta la modestia del escritor y tan poco el aprecio que hacía de su trabajo! En la citada ciudad, en 1629, se imprimio por vez primera esta obra, considerada por la mas elocuente de las que corren de nuestra lengua; y en Amberes, en 1625, dióse a la estampa el libro de las *Guerras de los Estados Bajos*, que dedicó al comendador de Villahermosa D. Diego de Ibarra. No se conocen otras obras suyas; pero bastan estas para justificar el renombre que ha obtenido Coloma. De ambas se han hecho distintas ediciones, figurando la de las *Guerras*, en la preciosa *Biblioteca de Autores españoles*, publicada por Rivadeneyra.

El magnífico retrato que de este insigne escritor hemos dado en las paginas de esta obra, es una primorosa copia de un cuadro de Van-Dick, grabada por el celebre artista Iode *el Joven*. El mismo pintor dirigió la copia, y con decir esto, se excusa todo elogio.

Soldado flamenco (pág. 169).—Aunque era el pueblo flamenco mas dado a las artes de la paz que a las empresas bélicas, no por eso descuidó nunca las armas. Existían desde muy antes de principiar la guerra, numerosas cofradías bajo la advocación de este ó aquel santo, cofradías, dice un escritor español de la epoca, «casi semejantes á la nueva milicia que el Rey nuestro señor ha establecido ahora en Castilla;» porque todas estaban armadas «siendo los soldados ó cofrades dellas tan belicosos y platicos que bastaban a defender los Estados.» Estas asociaciones, aunque tenían por objeto las obras beneficas y las fundaciones piadosas, no eran tampoco ajenas a la vida política, influyendo, así en el modo de ser de las ciudades, como en el espíritu del país. Eran gobernadas por capitanes, alféreces, sargentos y cabos, todos subordinados a los burgomaestres ó alcaldes; tenían armas muy bien aderezadas, no sólo de fuego y asta, sino ballestas, arcos y otras, exclusivamente propias del país. Y esta milicia municipal ó ciudadana, que ningún gasto originaba, adiestrabase como por vía de solaz en el tiro, acompañaba y guardaba al Príncipe cuando este visitaba al país y gozaba de ciertas exenciones. «Desta manera, dice Vazquez, crían estas cofradías muy platicos soldados, y como estan dentro de las ocasiones, platican discursos de la guerra; de suerte, que nos la han hecho y hacen de tal manera como se ha visto, pues á no haber hallado los españoles á los flamencos tan pláticos en las armas, hubiera habido mucho menos que hacer con ellos de lo que se ha hecho (1).» Y añade: «Son tan puntuales estas cofradías ó compañías en recogerse, que á un toque de campana se hallan armadas y á punto de guerra y tan diestras como se puede desear.»

Dados estos antecedentes, se comprendera que al estallar la guerra ofreciera el país un contingente apto para resistir las armas españolas. El nervio de las fuerzas rebeldes lo compusieron los cofrades, cuyos arcabuceros demostraron en los muros de Harlem y en las trincheras de Herligerlee, su gran destreza en el tiro. Mas por su desgracia, lo que tenían de diestros en las armas, faltabales de practicos en la guerra; y se comprende que en el campo raso hubieron de luchar siempre desventajosamente con nuestros veteranos de Italia y Africa.

Nuestro grabado representa uno de estos soldados-ciudadanos, vestido con traje del país, pendiente de los hombros la sarta de carga y sostenido con la diestra el arcabuz. Es copia de una estampa de la epoca, y por lo tanto puede considerarse fiel reproducción del natural.

Consignados los anteriores datos, y para completarlos en lo que atañe a la organizacion militar de aquellas provincias antes de la guerra, añadiremos que para la defensa de los Estados tenía el Rey unos 3,000 hombres, repartidos en catorce compañías de a caballo (llamadas *bandas*), para dar guarnición á las plazas más importantes del territorio. Sus capitanes eran los príncipes y mas antiguos nobles de los Estados. Por lo que respeta a la marina, «no existían armadas, ni general de mar; sólo un almirante, que es oficio, dice Vazquez, de gran autoridad, porque penden del todas las cosas de la mar y sus dependencias; .....y como había tanto aparejo de navíos y tan bien pertrechados, siempre que los habían menester los tenían a mano, sin necesidad de hacer gastos, ni juntar armadas.»

Espada de Felipe II (pág. 172). — «Nada hay, dice el Catálogo de la Real Armería, más magnífico que la presente espada. La ornamentación de su puño, pomo, gavilanes y guarda, que tiene adornos cincelados de plata, es en efecto hermosa; toda esta llena de diversas figuras cinceladas. En un lado de la hoja, que es alemana, y entre varios adornos de oro damasquinado, dice: *Pro fide et patria, pro Christo et patria. Inter arma silent leges. Solis Deo gloria.* En el otro lado dice: *Pugna pro patria, pro aris et focis; nec temere, nec timide, fide sed cui vide.* Tiene de largo una vara, cuatro pulgadas y nueve líneas; pesa tres libras y cuatro onzas.»

(1) *Sucesos de Flandes y Francia*. Introducción.

Mapa de la Zelanda (pág. 173). — Con objeto de que puedan estudiar nuestros lectores las operaciones efectuadas por Requeséns en dicha provincia, reproducimos este curioso mapa, de igual procedencia que el anterior. En la parte superior del mismo y al E. aparece el puerto de Bergen-op-zoom, la isla de Tolen ó Tol, la de Pilipsland y Duiveland y luego la de Schouwen, cuya capital Zierickzee, fué sitiada y tomada por los soldados del Comendador. Hé aquí la descripción que hace de esta provincia el diligente Hurtado de Mendoza; descripción de que difiere poco la del capitán Alonso Vázquez:

«Zelanda es un nombre general que se dá á muchas pequeñas islas, que tienen sus nombres particulares y hacen un condado, porque esta palabra en flamenco, significa país de mar. Están situadas en el mar Océano, hacia Poniente, más adelante de Holanda, y enfrente de Brabante, hacia Mediodía; divídense de Flandes con el brazo izquierdo del Schelde, llamado Hont, y hacia Levante las divide de Brabante el brazo derecho de la misma ribera. Acontece muchas veces que por las tempestades é inundaciones de la mar algunas dellas se mudan, aumentándose ahora y disminuyéndose después, cubriéndose una vez esta, y disminuyéndose la otra. Con todo esto, afirman que siete dellas quedan siempre en un ser y más descubiertas de las otras, que estan á la parte de la mar, separadas y guardadas de montañas de arena blanca, hechas naturalmente ó más cierto con la fuerza é impetu de las olas de la mar, las cuales montañetas, vulgarmente se llaman *dunas;* á la parte de la tierra están cerradas de reparos, que llaman diques, altos de doce codos, hechos á mano, y de la tierra que hacen las ollas, por ser la más fuerte. Estos diques están en algunas partes llenos de mucha madera y piedra, y algunos, guarnecidos con paja torcida, que ponen con hierros como quien planta árboles, pudiendo en esta manera durar contra la fuerza de las olas, porque de otra suerte vendrían con el tiempo á desmoronarse y comerse los diques con el ímpetu del agua. La campaña es muy fértil para todo genero de simiente, y en particular se coge el mejor y el más hermoso trigo que se puede hallar, y fuera desto, gran cantidad de culantro y garanzas, que es una yerba que viene á servir de tintura roja, como el pastel, y en tanta abundancia, que se provee della buena parte de Europa. Asimismo hay hermosísimos pastos para el bestiame, y pesquerías para el mantenimiento del hombre. En toda esta provincia se cuentan ocho villas cercadas, que la primera es Middelburg; fuera destas hay otras de importancia; aunque no están cercadas de murallas, con ciento y dos aldeas. La principal isla, llamada Schowe, tiene al presente cerca de siete leguas de circuito, en la cual está la villa de Zierikzee, la más antigua deste condado.»

Don Bernardino de Mendoza (pág. 177). — De la ilustre familia de los Mendozas, que dió á la patria esforzados guerreros, exclarecidos prelados, hábiles diplomáticos y literatos distinguidos, procede el insigne don Bernardino, cuyos padres fueron D. Alonso de Mendoza, tercer conde de Coruña y vizconde de Torija, y doña Juana Jiménez de Cisneros, sobrina del célebre cardenal de este nombre. D. Bernardino fué el décimo de los diez y ocho hijos que este matrimonio tuvo.

Ignórase el día y lugar de su nacimiento, y nada se sabe tampoco acerca de los primeros años de su vida; mas se comprende, atendido el rango de su casa, que fué su educación esmerada y muy completa. A lo que puede añadirse que grandemente aprovechada; pues descollando en la mocedad por su talento y saber, cuando el duque de Alba fué nombrado gobernador de Flandes, llevóse con él á D. Bernardino, y al llegar á Italia, confióle una comisión delicada y honrosísima, cual era tratar con Pío V de los medios conducentes á sofocar la propaganda que desde Ginebra hacía el sectario Juan Calvino, propaganda que amenazaba seriamente á los Estados italianos y contituía no menos grave peligro para los de Flandes.

Cumplida esta comisión, marchó Mendoza á los Países-Bajos, donde comenzó á prestar el servicio militar á las órdenes del insigne duque de Alba. Su graduación era la de capitán de caballos, jerarquía muy superior á la que hoy se concede a este título, pues sobre representar la corneta ó escuadrón unidad independiente, componíase ésta de doble y aun triple fuerza que la que actualmente tiene. Y al frente de su escuadrón tomó parte D. Bernardino en los mas famosos hechos de armas de aquella campaña y de las de Requesens y D. Juan, todas ellas narradas con gran diligencia y prolijidad en sus *Comentarios.* El autor, sin embargo, es tan modesto, que habla siempre impersonalmente, y no hace mérito alguno de su conducta; sin embargo, en el sitio de Mons decide la acción entablada frente á Jemmappes, cargando al frente de sus caballos; en San Gislain acuchilla y rompe á los hugonotes y contribuye al triunfo, y en San Sinforien toma parte en la celebre *encamisada* que obliga á huir al príncipe de Orange. Tal confianza inspiraba D. Bernardino al Duque, por lo bien que interpretaba sus órdenes y daba los avisos, que no vaciló en confiarle los más arduos cometidos, entre ellos el de pasar á Harlem, para reconocer los trabajos del sitio, y la de marchar á España, con objeto de informar de ellos al Rey. En Harlem comunicó las instrucciones del Duque, y dió impulso a los trabajos, y en la córte cumplió tan satisfactoriamente su misión, que regresó provisto de dinero, y con el aviso de que en breve serían reforzadas las tropas. Más tarde, envióle el Duque á examinar el estado en que se hallaba el sitio de Alkmaeer, y siguiendo los informes de Mendoza, ordenó á su hijo D. Fadrique que lo levantara.

El buen concepto que de D. Bernardino tenía formado el duque de Alba, mereciólo también de Requeséns, pues recibió de éste grandes pruebas de consideración, á las que supo corresponder, sirviendole con igual celo.

Mientras el Comendador organizaba el ejército, que, mandado por Sancho Dávila, debía acudir á la línea del

Mosa, envióle á Maestricht, seriamente amenazada por el enemigo, y gracias á las repetidas escaramuzas del activo Mendoza, Luis de Nassau refrenó sus bríos; pero, llegado Davila, D. Bernardino sorprendió á los rebeldes en la aldea de Benalen, acuchillando á seiscientos, y en Moock contribuyó eficazmente al triunfo, mandando, como á capitán más antiguo de los allí reunidos, la caballería. Coloma dice que fué *causa muy principal de esta victoria;* él se limita a consignar que fué quien *aconsejó* a Sancho Davila un recurso para ganarla.

No deja de ser admirable la actividad y celo de este hombre, que momentaneamente veíase obligado á desceñir la espada para desempeñar difíciles comisiones, así en los mismos Países como en el extranjero. En 1574, Requeséns le ordena pasar a Inglaterra con objeto de solicitar de la reina Isabel, puertos y vituallas para la armada de Felipe II, dado caso de que los temporales obligaran a ir en demanda de aquellas costas. Cumplida esta comisión, empuña otra vez la espada y toma parte en nuevos hechos de armas, continuando en el ejército hasta poco tiempo después del arribo de D. Juan de Austria. Por este tiempo pasa de embajador á Inglaterra, donde presta a la patria los más relevantes servicios. Él avisa al Rey y al Austriaco de los planes que fragua aquella soberana, enemiga acérrima de D. Felipe; da cuenta de los manejos en la córte de Francia, penetra la trama urdida para arrebatarnos a Gravelines, y eleva justas y energicas reclamaciones a la Reina Isabel. Tan complacido quedó Felipe de sus servicios, que le confió un nuevo y no menos difícil cargo: la embajada de París.

Si se tiene en cuenta la perturbación en que se hallaba sumido el país vecino, efecto de los antagonismos religiosos; y sobre todo, los poderosos rivales que se levantaban á dirimir con las armas su preponderancia, frente a un trono flaco; los fuertes elementos que constituían el partido católico y el favor que prestaban al hugonote los protestantes de otras naciones; la falta de sucesión del Rey, que deparaba la corona a un príncipe calvinista, y las pretensiones políticas y el celo religioso de Felipe II; bien se comprenderá era dificilísimo el cometido confiado a Mendoza. Pero Mendoza era, según palabras de un insigne escritor protestante, Lothrop Motley, «no solamente un bravo guerrero, sino un hombre de gran capacidad para los asuntos políticos, por mas que su excesiva arrogancia le perjudicara un tanto en las negociaciones.» Desde su atalaya de París ha de vigilar los manejos de Inglaterra y del príncipe de Orange, de los hugonotes, y de Enrique III y su ambiciosa madre; desde ella atiende a todos estos enemigos y aliado á los príncipes de Lorena, influye activamente en el bando católico, del que en realidad es protector Felipe II. Sin embargo, no es menos cierto que á pesar de los afanes de este y del celo y generosidad de Mendoza, los católicos franceses se mostraron muy ingratos hacia sus favorecedores. Despues de haber gastado enormes sumas, mandó el monarca español á Francia el ilustre Farnesio, desatendiendo los negocios de Flandes, cuando se enderezaban por mejor camino; y Farnesio libertó por dos veces a la capital de la nación vecina «la bella ciudad de París,» á la que Mendoza socorrió, durante el sitio, distribuyendo sólo en pan, ciento veinte escudos diarios. Mas ni el celo del Rey, ni el valor de Farnesio, ni la habilidad de Mendoza, eficazmente secundado por Tasis y Monreal, evitaron á Felipe II el desengaño de ver desechadas sus pretensiones en favor de su hija Isabel Clara; y Enrique IV, después de haber luchado con escasa fortuna, convencióse de que París *valía una misa*, y ciñó la corona de Francia. Tal fué el desenlace de esta guerra.

Nuestro D. Bernardino contrajo por el año 1590 una grave enfermedad en la vista que le ocasionó la ceguera prematura, efecto sin duda del excesivo trabajo; y á causa de esto fue relevado á principios de 1591 de su cargo, viniendo a España, donde buscó tranquilo asilo en una celda del monasterio de San Bernardo. Allí consagró sus horas de ocio al cultivo de las letras, y a sistematizar los conocimientos adquiridos en la guerra. «Pensó, dice uno de sus biógrafos, que no sería distracción, antes bien, oficio meritorio, servir todavía del modo que pudiese a su patria, y así refrescando, como él dice, sus servicios y experiencias, escribió en la celda de San Bernardo y dedicó al Príncipe de Asturias (Felipe III luégo) su *Teoría y práctica de la guerra*, ya que la pérdida de su vista le impedía ocupar puesto en qué servir á S. A. sino de consejero mudo, «oficio de libros y escritos, porque no hablan sino buscandolos, ni replican sobre lo que han referido.» No se limitó, sin embargo, Mendoza, á los asuntos militares; á fuer de hombre versado en los asuntos de política y gobierno, consagró su atención a los que por su índole tan directamente se relacionan con ellos. Por este tiempo había dado á la estampa el celebre Justo Lipsio los *Seis libros de las políticas*, escritos en latín, y D. Bernardino, que poseía á fondo este idioma, tradújolos al nuestro con gran fidelidad y elegancia. La modestia del traductor fué tanta, que en la dedicatoria que a la nobleza hizo de su trabajo, lamenta el que hayan de apreciar por él los méritos del original, aquellos que ignorasen el idioma del Lacio. Las tres obras citadas, un *Discurso ó arenga dirigida al rey Enrique III de Francia* que se imprimió en París en lengua francesa y algunos manuscritos existentes en nuestra Biblioteca Nacional, es todo lo que se conoce de este autor; lo suficiente, sin embargo, para aquilatar su mérito.

Cuando se retiró á la vida privada había ya llegado D. Bernardino á esa edad en que el hombre estudioso y modesto da su justo valor á las grandezas humanas. Él que tanto había trabajado por su patria con la espada y con la pluma, viéndose impedido de servirla, decidió consagrarla sus obligados ocios, repartiendo las horas de su retiro entre las prácticas religiosas y los ejercicios intelectuales. Y esto parece ser la consecuencia lógica de una vida consagrada a la defensa del ideal católico. ¿Qué podía esperar ya del mundo un hombre como Mendoza? En su pecho ostentaba, desde 1576, la cruz de Santiago, orden de que fue nombrado *Caballero trece* y en la que disfrutó hasta el día de su muerte una encomienda; como militar había alcanzado la alta jerarquía de Maestre de Campo, como di-

plomático representado al Rey con lucimiento en Lóndres y en París, y obtenido además el título de Consejero de Estado y Guerra, que nominalmente tenía aún cuando expiró. Y sobre tales honores contaba con el respeto de sus contemporáneos, de lo que es buena prueba la visita que á nombre del rey Enrique IV le hizo en su celda el diplomatico comisionado en 1594 para negociar la paz. Mendoza acreditó ser uno de los pocos hombres que saben consolarse en la desgracia y aun sacar partido de ella en servicio de los demas. Su actividad limitóse á retratar el pasado entre las paredes de su celda, y allí resignado y fortalecido por la esperanza, falleció, á lo que se cree, poco antes de 1.º de Setiembre de 1595.

La modestia que caracterizaba á este escritor se refleja perfectamente en el siguiente párrafo de sus *Comentarios*. Después de hablar de una batalla, dice: «El suceso de esta jornada merece, y con mucha razón, ser escrito por otros mayores entendimientos que el mío, y con mas larga escritura que la de estos comentarios, pues en él, como en materia abundante, podrán mostrar sus ingenios y extender bien sus estilos, por grandes y subidos que sean; que yo con la rudeza del mío he escrito la verdad de lo que ha pasado, lo más brevemente que me ha sido posible, sin dilatar mucho las cosas ni alargarme á discurrir sobre algunos particulares que otros que escribirán más grande historia, será fuerza lo hagan: y esto habiendo gastado algún rato de descanso de las noches para hacer memoria de lo que en los días había sucedido. Pues el estar debajo de tal capitán me lo consentía, por alojar siempre su gente en sitios tan fuertes que, con ser cerca de los enemigos, como he escrito, y era fuerza estar, eligiendo el que allí ofrecía naturaleza, abrazado con ellos, fueron tan bien entendidos, que el mayor peligro que en ellos se podía temer, era el de los temporales; que es una de las partes, la del saber alojar su ejército, de las más principales que ha de tener un capitán.»

Terminaremos esta ligera biografía con la reproducción del párrafo consagrado á sus obras en el tomo correspondiente de la Biblioteca de *Autores Españoles:* «Todas, dice el prologuista, son dignas del aprecio de los estudiosos, pero sobresalen entre ellas sus *Comentarios*, modelo de lenguaje y ciencia militar, y cuyo alto mérito los hace el primer libro de su clase en la lengua castellana; brillan en ellos castizo idioma, imparcialidad suma, veracidad indisputable y cuantas prendas pueden buscarse en un trabajo de esta naturaleza. A pesar de estas circunstancias, es un libro rarísimo, porque nunca se ha vuelto á repetir la edición...»

Hé aquí ahora cómo se expresa otro escritor, el brigadier Almirante, con respecto á la obra *Teórica y Práctica de la guerra:* «Consideraciones y estudios preliminares para la guerra ofensiva y defensiva; cualidades que deben tener generales y soldados; recursos y asamblea de las tropas que van á entrar en campaña; castramentación, guarda y servicio del campo; sorpresas; táctica y estrategia; jerarquía militar; ataque y defensa de las plazas; cualidades del gobernador, escaladas, levantamiento de sitios; batallas, uso conveniente de la artillería y caballería en ellas; espías, presas; espíritu y disposición moral de las tropas; hasta de los combates de mar se trata en este libro, profundamente meditado, correcto, breve y elegantemente escrito: verdaderas «instituciones militares,» producto y aplicación metódica de lo que vió y ejercitó su autor en una de las guerras más sabias, dirigida por el mejor capitán de su siglo.»

Esta obra no ha sido, por desgracia, reimpresa, y es fácil que en mucho tiempo no lo sea, dada su índole técnica.

Diana da á conocer un fragmento de la misma en sus *Capitanes ilustres*. El citado autor dice que D. Bernardino gozó siempre de poca salud y escasa vista, y añade que ha leído al margen de un documento oficial perteneciente al año 1568 la siguiente observación: *No ve un palmo de tierra*.

Falleció D. Bernardino en Madrid, y su cuerpo fué trasladado á la iglesia parroquial de Torija donde se hallaba enterrado su padre.

Tal es militar, política y literariamente considerado, D. Bernardino de Mendoza, al que corresponden perfectísimamente los calificativos de «soldado valeroso, hábil diplomático y escritor culto y diligente.»

Espada de Hurtado de Mendoza (pág. 179).—El Catálogo de la Armería Real atribuye la pertenencia de esta espada á D. Diego Hurtado de Mendoza, el insigne escritor cuya biografía hemos trazado en la pág. 155. Ofrece de la misma los siguientes datos: Guarnición negra de gavilanes, que fué plateada. Largo una vara.

Demolición de la ciudadela de Amberes (pág. 181).—Es copia este dibujo de una perspectiva grabada, cuya explicación está en flamenco y en francés y que existe en el Archivo de Simancas. Al pié de la misma se lee lo siguiente: «Castillo de Amberes en forma pentagonal de cinco baluartes y cinco cortinas: cada una contiene 550 piés; construído por los españoles en el año 1568 y demolido por la parte que mira á la población por los naturales de ella en el año de 1577, el 23 de Agosto.»

En otro lugar de este mismo volumen hemos dado la planta de esta célebre ciudadela. Ocupáronla los españoles desde su construcción hasta la paz de los Estados con D. Juan, y según las cláusulas del tratado, evacuáronla las tropas reales, haciendo entrega de ella su gobernador Sancho Davila á Felipe de Croy, duque de Arschot (1). Poco tiempo se mantuvo por el Rey, pues, habiéndose retirado á Namur D. Juan, y hallándose con él Arschot, á

(1) Mendoza, *Coment.* lib. XVI, cap. VII.

pesar de gobernarla en ausencia del Duque un militar pundonoroso, tramóse una conspiración, en la que tomó parte muy activa un capitan de los que presidiaba el castillo, y sorprendiendo un cuerpo de guardia en el momento del relevo, lanzáronse los ciudadanos al interior de la fortaleza y se hicieron dueños de ella. Ocurrio esto en Agosto de 1577.

«Para hacer segura de hurto á Amberes y establecer el gobierno popular, dice Cabrera, desmantelóse la parte del castillo que mira á la ciudad, con gente asalariada del día, y de noche con la voluntaria, porque no fuese conocida.» Estrada da cuenta del hallazgo de la estatua del duque de Alba en uno de los almacenes de la fortaleza y del modo como la destrozaron los rebeldes. Celebróse con gran júbilo la ruina de aquel padrastro, y hasta 1584 no volvieron los de Amberes á sufrir su tutela; pues entonces reconstruyóse á expensas de la ciudad y con gran satisfacción de Alejandro Farnesio. Siete años habían transcurrido desde su fundación por el duque de Alba; siete años de continua guerra; es decir, de constantes sacrificios que desgraciadamente no evitaron á la opulenta ciudad caer en manos de sus enemigos.

La perspectiva de su parcial demolición que hoy ofrecemos, nos ha sido procurada por el Excmo. Sr. Brigadier de Ingenieros D. José María Aparici y Biedma, y pertenece á la serie de documentos y planos coleccionada por su ilustre padre en el archivo de Simancas.

El conde de Bossu (pág. 183).—Era Maximiliano Hennio, conde de Bossu, un noble flamenco a quien confió Felipe II el gobierno de las provincias de Holanda y Zelanda, cargo que desempeñó con gran satisfacción del monarca. Fiel á la causa española, prestó eficaz concurso al duque de Alba en las primeras operaciones militares, atendiendo no sólo á la defensa de los Estados, cuanto á la organización de la flota que para operar en el Norte era indispensable al Duque. Al frente de ella vémosle penetrar en el mar de Harlem y conseguir dos brillantes victorias sobre la escuadra rebelde, debiéndose, en no escasa parte, á su valor, la rendición de esta celebre ciudad. Mas, por desgracia, tan poderoso auxiliar fuéle arrebatado pronto al Duque y á nuestra nación; porque rendida Harlem y navegando Bossu por las aguas del golfo Zuyder-cée en seguimiento de la escuadra rebelde, vióse envuelto de improviso por los bastimentos enemigos, y hecho prisionero después de un encarnizado combate. En él se portó Bossu con tal bravura que el almirante enemigo, honrando su valor, le condujo prisionero á Horn.

Esta victoria llenó al príncipe de Orange de regocijo, no tanto por el hecho en sí, cuanto porque privó á los españoles de un auxiliar de gran valía. Por lo mismo fijó el rescate de Bossu en un alto precio, y á causa de ello, no recobrada como deseara su libertad é inducido por el astuto Orange, comenzó á disgustarse el prisionero de su antiguo señor. Ello es que, á pesar de haber quedado libre en virtud del *Edicto de Pacificación*, no volvió á figurar en el bando español, y cuando los Estados rompieron las hostilidades aceptó el título de general del ejército flamenco.

Sus primeras operaciones fueron la ocupación de Utrech y de Gante; más tarde le vemos dirigir en jefe la batalla de Rimenant, en la que revela grandes conocimientos militares, pero no el talento de verdadero general; pues con su indecisión evitó la ruina del contrario.

Mezclado en las banderías que dividían el país y profundamente disgustado de la política del príncipe de Orange, trataba ya de volver á la antigua obediencia, cuando le sorprendió la muerte. Aseguró D. Bernardino de Mendoza, nuestro embajador en Lóndres, que Bossu habia sido envenenado. «Yo, dice Estrada, entre unos apuntamientos de un familiar de Farnese he leido, que visitando el de Orange al Conde cercano á su muerte, y entrando en este tiempo el sacerdote para darle el Viático celestial, preguntó con desdén qué ceremonia era aquélla; y que Bossu entonces, abominando del importuno é impío dicho de aquel hombre, no se pudo contener que no le diese en rostro claramente, con que él era la causa de que lo perdiese todo, honra y vida juntamente: añadiendo que por lo menos el alma que sola le quedaba, á nadie permitiría que se la quitase.» Y añade el juicioso historiador: «Aunque estas cosas se dijeron con harta publicidad, ni pongo en ellas credito ni tampoco se le quito: sabiendo que muchas veces corren voces inciertas, y que las más atroces de ordinario son las más creídas.»

A juzgar por los datos que tenemos, fué este personaje uno de tantos que cayó en las redes del astuto Guillermo *el Taciturno*. Hombre de convicciones católicas, dejóse arrastrar por el impulso generoso hacia la libertad de su patria, si ya no por el orgullo de ver en lo poco que se estimó su persona; pero tardíamente reconoció los manejos de Orange que, fuerte por el concurso del pueblo, supeditó á la nobleza y triunfó de todos sus rivales por medio de la intriga. La muerte que éste se asegura le dió, evitóle una nueva abjuración y privó á los españoles de su valiosísimo concurso (21 Diciembre de 1578).

Espada de D. Juan de Austria (pág. 184).—Figuraba en la antigua Armería Real de Madrid con el número 1.762, y de ella hace el Catálogo la siguiente descripción:

«Espada zaragozana de D. Juan de Austria. Guarnición morisca de cobre con esmaltes, cruz de brazos caídos. En un lado de la hoja hay dos escudos de armas con un yelmo y varios adornos; en otro lado, casi iguales adornos, y un doble círculo con la inscripción *Ioannes, Dux Brabantiæ, et Limburg*. En el centro una cruz potenzada alternando en sus bazos leones y lises. Todo el recazo está dorado. Largo 2 piés y 10 y media pulgadas.

Soldados españoles (pág. 185).—Entre la serie de admirables hechos realizados por los soldados españoles en Flandes, pocos sin duda alguna igualan al que efectuaron acudiendo al socorro de Goetz, en la isla Zuid-Beveland, y algún tiempo después pasando de la de Philipsland á la de Duiveland. Cristóbal Mondragón fué el héroe del primero, pues, debiendo acudir en socorro del capitán Pacheco, sitiado en la mencionada ciudad por los *gueux*, no vaciló en cruzar el brazo de mar que le separa de aquella isla y en cinco horas lo esguazó acompañado de tres mil soldados. *Tres leguas y media de ancho tenía el citado brazo*, y después de cruzarlo durante una noche oscurísima, y con agua hasta la garganta, llegan felizmente sus soldados á la isla con los mosquetes, arcabuces y saquillos en la cabeza, sorprenden á los *gueux*, y libertan, no sin reñir un combate, á sus hermanos de armas... Esta hazaña se repite poco tiempo después y en mayor escala: cuando D. Luis de Requeséns intenta hacerse dueño de la isla de Schouwen y conduce á sus tercios desde Berghen-op-zoom á la isla de Philipsland, de allí á la de Duiveland y luego a la de Schouwen; viaje que puede apreciar debidamente el lector examinando el mapa que de la Zelanda ofrecemos en la pág. 173. Ocioso sería repetir la descripción de este episodio, descripción que forma parte del precedente Estudio.

Bernardino de Mendoza, Estrada y Cabrera le han consagrado el debido recuerdo, mereciendo especial mención los párrafos que el primero le dedica; y en verdad que es preciso leer con detenimiento esta página de los *Comentarios*, para formarse idea del heroismo de nuestros soldados. Cruzar los anchos brazos del Escalda entre las tinieblas, por una senda estrechísima, con el agua á los pechos y el acero en la boca; diezmados por el plomo enemigo, azotados por largas varas, y arrastrados por los garfios que lanzaba el contrario desde las naves, era empresa que podríamos tachar de fabulosa si no la viéramos confirmada por el testimonio de lo coetáneos. Esto hicieron nuestros soldados á las órdenes de Peralta, Osorio, Pacheco y otros capitanes, dignos de eterno renombre: esto aquellos héroes anónimos, que con la bolsa y el estómago vacíos iban á combatir por un Rey que más cuidaba de las conquistas que de la vida de los suyos.

Nuestro grabado es copia de una estampa antigua.

Pasatiempos militares (pág. 187).—Esta típica escena ha sido copiada de un grabado de Hogenberg. Representa un pasatiempo militar, las diversiones á que se entregaban los españoles en las breves horas que les dejaban las bélicas tareas. Los caballeros rompen lanzas, los soldados se recrean organizando estrafalarias comparsas. El pífano ó el tambor que les llaman á la batalla, distraen ahora su ánimo dando al aire alegres notas, y á sus acordes capitanes y gregarios compiten en destreza y buen humor.

D. Cristóbal de Mora (pág. 192).—En el tomo VI de la importante *Colección de Documentos inéditos* y con el título de *Breve relación de la vida del Marqués de Castel Rodrigo, D. Cristóbal de Mora*, figura una biografía de este personaje copiada de un manuscrito del siglo XVII, de la que hemos entresacado las interesantes noticias que damos á continuación. Si se tiene en cuenta lo que influyó el citado Marqués en la conquista de Portugal (1) y el ascendiente que tuvo en el consejo de Felipe II, se justificará que figure este habilísimo diplomático en nuestra galería, especialmente destinada á los hombres de guerra.

D. Cristóbal de Mora fué hijo D. Luis de Mora y de D.ª Britis de Tavora, descendiente aquél de D. Martín Rodríguez, maestre de Calatrava en 1238, y ésta de una de los primeros conquistadores de Portugal. Vino muy niño á España, con motivo del casamiento de la princesa D.ª Juana, hija del Emperador, con el príncipe D. Juan de Portugal y entró en la casa de SS. AA. como menino, sirviendo á la citada princesa en Portugal y luego en Castilla. Elevólo esta señora al cargo de caballerizo mayor, para el cual ciñó la espada, y al morir nombróle su testamentario «á causa del amor, fidelidad y prudencia con que la había servido.»

Justificó ya D. Cristóbal cuando aun era menino, su despejo, pues la Princesa confióle distintas é importantes comisiones, entre ellas la muy honorífica de visitar al Emperador á su regreso de Flandes y durante su estancia en Yuste. Siendo caballerizo fué á Portugal á saludar al rey D. Sebastián. Comisionóle también el príncipe D. Carlos para que cumplimentara á dicho soberano, y tan prendado quedó de la persona de Mora, que prometió hacerle de su Cámara. Por orden del mismo príncipe, le detuvieron en Barcelona para que no pasase á Malta, sitiada por el Turco, pero antes de esto se halló en la toma del Peñón y en el socorro de Mazalquivir.

Felipe II, que tuvo que tratar con él asuntos relacionados con la testamentaría de D. Juan, adivinó en Mora un hombre excepcional, comenzó á aficionársele y le hizo al cabo de seis años individuo de su Cámara, y luego gentilhombre de boca. Comisionóle más tarde á Portugal para concertar las vistas de Guadalupe con el rey D. Sebastián su sobrino, y allí entró D. Cristóbal en las juntas celebradas para el casamiento de este monarca y comenzó á entender en los negocios del reino vecino. A causa de esto, muerto D. Sebastián en Alcazarquivir, Felipe II le mandó á Lisboa como embajador extraordinario para que en unión del duque de Osuna, que lo era efectivo, arreglaran los negocios de la sucesión. Hízole entonces su gentil-hombre de cámara y le dió amplios poderes para dar en nombre del Rey los bienes de aquella corona á los que siguieran la parcialidad española, conduciéndose D. Cristóbal con tanta

(1) Puede verse en el mismo Tomo la interesante correspondencia que sostuvo con Felipe antes de emprenderse las operaciones militares.

prudencia como lealtad en las perturbaciones que agitaron el vecino reino y asegurando con su diplomática habilidad a Felipe II, la corona. Así lo comprendió el Rey, quien al recibir las llaves de Lisboa, díjole estas palabras: *Tomadlas, Mora, que á vos os pertenecen;* y le recompensó con el título de marques de Castel-Rodrigo, individuo de su Consejo, Veedor de la hacienda y Comendador de Zalamea en la Orden de Alcantara.

Sojuzgada Portugal, permaneció algún tiempo en Lisboa, en cuya ciudad casó el año 1581, con D.ª Margarita Córte Real, hija primogénita del gobernador de las Islas Terceras. Volvió luego con el Rey á Castilla, donde continuó ejerciendo los cargos antedichos, y mereció tal confianza en su desempeño, que D. Felipe devolvía al Consejo las consultas respondidas y señaladas sólo por Mora. Dióle el monarca título de consejero de Guerra y despues de Estado de Castilla. Le mandó negociar los casamientos de las infantas D.ª Isabel y D.ª Catalina, y confióle otros varios asuntos de no menos monta; pero en esta especie de privanza, condújose D. Cristóbal con una moderación tan extraordinaria, que haciéndole el Rey merced del marquesado de Castel-Rodrigo, el no la admitió, contentandose con el de conde. Fué también D. Cristóbal sumiller de Corps del príncipe y su camarero mayor; testamentario del rey D. Felipe y guardador á su muerte de todos sus escritorios, sellos y estampillas.

Felipe III le hizo Grande de España, dióle el título de marqués y le ofreció el de duque, que Mora rehusó. En 1600 le envió á Portugal en clase de virey y capitan general, y fue el primero, dice la relación, que ejerció tal destino. Al cabo de tres años vino á Madrid llamado por el Rey, pasando luego otra vez a Portugal (1608), a desempeñar los oficios de virey y capitán general, cuyos cargos sirvió cinco años á satisfacción del monarca. Llamóle éste nuevamente á la córte para tratar de los negocios de Portugal, y la muerte le sorprendio en Madrid el día 26 de Diciembre de 1613, á los 77 años de edad.

No se dice en la relación de su vida donde nació D. Cristóbal de Mora, pero supuesto que murió en 1613, contando 77 años, debió haber visto la luz en 1536.

Sancho Dávila (pág. 193).— Este famoso hombre de guerra fué hijo de D. Antonio Blázquez Dávila y D.ª Ana Daza y nació el año 1523 en la ciudad de que lleva el apellido, denominándole los historiadores indistintamente Sancho de Dávila y Avila, sin duda por contracción. Como la mayor parte de los jóvenes de su tiempo, abrazó la carrera de las armas, que si no la mas socorrida, era la más lucida de la época. Y siendo mozo de robusto brazo, continente marcial y animo atrevido, se abrió facil camino en nuestros tercios de Italia, y alcanzó desde la clase de soldado á la categoría de maestre de campo. Mas para honrarse con tal grado, hubo de sufrir hartos trabajos, arrostrar grandes peligros y dar repetidas pruebas de valor en un ejercito en que no escaseaban los valientes, pues conquistaban tambien glorioso nombre un Figueroa, un Romero, un Mondragón y un Montes de Oca. Junto á ellos combatió en Italia y en Alemania, distinguiéndose bajo las banderas imperiales en la campaña contra la Liga de Smalkalda, sobre todo en el paso del Elba, pues fué uno de aquellos valientes que pasaron con la espada en la boca el río y se hicieron dueños de las barcas del enemigo.

Dados tales antecedentes, bien se comprenderá que al organizarse en Lombardía el año 1567, el ejército que debía marchar con el duque de Alba á Flandes, lo eligiera éste para destino tan distinguido como el mando de su guardia, compuesta de 700 lanzas y 50 arcabuceros. Y pronto acreditó lo acertado de la elección, pues fué el hombre de confianza del duque de Alba, el más fiel ejecutor de su voluntad. En la escuela de Alba aprendió por su parte Dávila las estratagemas de la guerra, el sistema especial de combatir empleado por éste, y cuantos detalles era preciso conocer a un capitán. Algo le quedó también de su fiereza y de su orgullo.

En Enero de 1569, tomó posesión nuestro Davila del cargo de gobernador de la ciudadela de Amberes, fortaleza de gran importancia por dominar á la ciudad más rica y populosa del Brabante, pero tan mal defendida, que sólo contaba de presidio trescientos cuarenta soldados. Sin embargo, no se limitó a vigilar la ciudad, sino que hizo desde ella arriesgadísimas expediciones, entre ellas la de la isla de Walcheren, en la que obligó á los rebeldes á levantar el sitio de Milddeburg y tomó la estratégica plaza de Ramua. Por desgracia ambas plazas hubieron de sucumbir muy en breve á los constantes y atrevidos ataques de los *mendigos marítimos*, que dueños de la Zelanda, aspiraban á caer sobre Amberes, mientras sus auxiliares de Alemania se apoderaban de Maestricht.

Acababa de reemplazar al duque de Alba el comendador Requeséns, quién, después de haber empleado inútilmente los recursos de la clemencia, vióse en el caso de apelar á los de la guerra; y decidido a sostener nuestra dominación con las armas, dió a Sancho Dávila el mando de las tropas, por ser, decía «soldado de mucha experiencia y ejecutivo en las ocasiones, teniendo gran conocimiento en ellas.» Corto era en verdad el ejército de que disponía, pero aguerrido, adiestrado en buena escuela y con capitanes de gran talla; pero hizo patente la superioridad que siempre tiene un puñado de buenos soldados contra muchedumbres entusiastas y poco disciplinadas. La primera empresa de Avila fué el socorro de Maestricht, en la que entraron los nuestros despues de tomar por asalto las trincheras del enemigo que, superior en número y aventajado en posición, se hallaba frente a la plaza. Este triunfo no bastó á nuestro caudillo, pues los príncipes de Nassau trataban de cruzar el Mosa y reunirse con Guillermo de Orange, en el Brabante, por lo que era preciso impedir a toda costa tal operación, pues de realizarse encenderíase la guerra en el corazón de Flandes. Con su exquisito celo, gran vigilancia y superior diligencia, estorbó Sancho al enemigo el paso del río; y no sólo lo impidió, sino que él fué quien le cruzó sin que aquel lo echara de ver, sorprendiendole

de improviso en Mook y derrotándole con grandes pérdidas y muerte de los tres hermanos Nassau. Esta famosa batalla, de la que nos hemos ocupado con alguna detención en el Estudio precedente, dió un golpe terrible á los rebeldes, y á Sancho la señalada honra de recibir las gracias del Rey, en carta firmada de su puño. Por desgracia, el ejército, falto de pagas, se insurreccionó después de la victoria, y Dávila no pudo recoger los frutos que de la misma eran de esperar.

Sofocada la rebelión de las tropas, emprendió Requesens las operaciones contra la Zelanda, y en ellas distinguióse Dávila tomando en unión del coronel Cristóbal Mondragón el fuerte de Bommen. Mas a poco murió el Comendador Requesens, quedando el gobierno en manos de los Estados, que nunca vieron con buenos ojos al gobernador de Amberes. En este periodo aciago fué cuando Sancho dió á conocer su energía; porque los Estados, observando una conducta dudosa, procurando armas á los campesinos, aprisionando á los partidarios de España, dieron lugar á sus quejas y reclamaciones. Dávila echa de ver que nuestra dominación corre peligro, y desde aquél momento procura llamar á la fortaleza de Amberes a todos los capitanes españoles, y atraer á las compañías sublevadas en Alost. Bien pronto los acontecimientos justificaron sus temores y sus medidas, pues el conde de Everstein y Champaigne, que tienen el mando de la plaza de Amberes, admiten al ejercito de los Estados mandado por Egmont y se aperciben á hostilizar á los de la fortaleza. En tan críticos momentos, y á pesar de los auxilios recibidos, no se hallaba Sancho en disposición de caer sobre Amberes; y la situación de Davila era tanto mas angustiosa, en cuanto no contaba con auxilio de ningún género. En esta incertidumbre transcurrieron algunos días; pero una mañana aparecieron en las puertas de la ciudadela los 2.000 sublevados de Alost guiados por su *electo* Navarrete, los cuales, en señal de paz, llevaban en sus cascos y cimeras grandes ramos de olivo. Dadas las convenientes explicaciones, entraron los de Alost en la plaza, pidieron á grandes voces el asalto de Amberes, y después de rehusar la cena diciendo que *iban resueltos á comer en el Paraiso ó á cenar en Amberes*, a cenar en el infierno ó en Amberes, dicen algunos, *hecha la oración*, dieron el asalto. Al asalto siguió el saqueo, el incendio, la matanza, y esta fue sin duda la más triste victoria que pudieron alcanzar nuestras armas.

Firmóse á poco la paz con los Países, ó sea el *Edicto* basado en el compromiso de Gante; y Dávila dejó á Flandes, viniendo á la córte de Madrid, donde recibió del monarca grandes agasajos. Era ya entonces bastante viejo, pero conservaba la energía de los mejores años de su vida, y, sobre todo, lo que contaba de edad, tenía de experiencia. Su antiguo general, el duque de Alba, elegido para el mando del ejército de Portugal, pidió al Rey se lo diera de segundo, y aunque destinado á Flandes á guerrear con D. Juan, Davila pasó á desempeñar su nuevo cometido en el ejército reunido en Badajoz. En todas las operaciones emprendidas por el Duque tomó parte Dávila; pero tomada Lisboa, dirigió por sí solo las efectuadas contra Oporto, de cuya ciudad se hizo dueño, pacificando al propio tiempo todo el Norte de Portugal. A fuer de imparciales, debemos decir que, en estas operaciones, su ejército cometió grandes excesos, y esto dió lugar á que le residenciara el Rey.

Hallábase en Lisboa á poco de haber sido proclamado D. Felipe, y en no muy buen estado de salud, cuando una coz que recibió de un caballo le ocasionó la muerte (Mayo de 1583). Contaba á la sazón sesenta años de edad. Su cuerpo fué enterrado en Lisboa y trasladado luego á la iglesia de San Juan Bautista de su ciudad natal.

Por las ligeras noticias biográficas que hemos dado á conocer, podran formarse nuestros lectores idea de este guerrero á quien los coetáneos llamaron *Rayo de la guerra*. Era un capitan como muchos otros de aquel tiempo, valeroso y experto, poco instruído, altivo como buen español y es de suponer que ferviente católico. Dadas las pasiones de la época, dada la índole de la guerra de Flandes, bien se comprenderá que no era la humanidad el sentimiento predominante entre la gente de guerra. Compréndase también la clase de soldados que militaban en aquellos ejércitos para explicarse ciertos actos: el de Flandes se componía en su mayor parte de gente voluntaria y allegadiza, de heterogéneos elementos, de hombres que servían muchas veces sin compromiso formal ni tiempo limitado. Pagándoles se podía esperar de ellos buen comportamiento, pero no satisfaciéndoles sus sueldos en muchos meses, forzosamente tenía que cundir entre ellos la indisciplina. No deja por lo mismo de ser extraño que un historiador tan juicioso como Fornerón, diga en su *Historia de Felipe II*, al hablar de Davila: *Il se montre le précurseur de cette série de généraux qui font servir á leurs misérables passions les mécontentements de l'armée: les pronunciamientos á cette époque de gloire, apparaissent déjà comme une des infirmités de l'armée espagnole* (1). Ni como militares, ni como españoles podemos dejar de rebatir tal afirmación. En al siglo XVI no eran sólo los soldados españoles los que se amotinaban pidiendo sus pagas atrasadas de meses y de años: eran las compañías de tudescos; eran los mismos soldados del ejército de los Estados que mandaba Mr. de Goignies: con la diferencia de que los nuestros nunca pedían sus haberes antes de entrar en combate sino vencido ya el enemigo. Otras consideraciones podríamos hacer concernientes á tal asunto, que nos veda la índole de esta obra; pero conste que hasta el siglo XIX no hemos puesto en moda la palabra *pronunciamiento*.

Torre de Belem (pág. 200).—Esta hermosa torre fué mandada construir por el rey D. Juan II, llamado el *Grande*, con objeto de defender la desembocadura del río Tajo. Tiene dos cuerpos de forma cuadrada y en la parte

(1) Forneron, *Hist. de Philippe II*, t. II, p. 423.

que mira al río una batería acasamatada. El cuerpo superior presenta en sus ángulos cuatro garitas voladas, é igual número de ellas tiene el inferior, ostentando todas las almenas una cruz que contribuye al buen efecto decorativo: realzánla tambien los balcones y ventanas distribuidos en sus cuatro caras, los modillones que sustentan el coronamiento y el labrado cordón que corre por el antecuerpo, cuyas almenas ostentan asimismo la cruz; y es su conjunto por extremo bello é imponente.

Esta torre tiene para los españoles algunos recuerdos, pues en sus inmediaciones acampó el ejército del Prior de Crato, cuando este se disponía á cerrar el paso de la capital al duque de Alba. Obligado á retrogradar, fortificóse D. Antonio al otro lado del Alcántara, donde fué destrozado. Hoy la torre y la población de Belem forman parte de los arrabales de Lisboa, de cuyo casco se hallan á siete kilómetros de distancia. La población fué fundada por don Manuel el *Afortunado*, sucesor de D. Juan II, y es célebre por el convento é iglesia de Santa María, bellísimo monumento arquitectónico que encierra la tumba de muchos reyes y príncipes portugueses.

La torre de Belem sirve en la actualidad, al par que de defensa, de prisión de Estado.

Naves españolas (pág. 203).—El empleo de la artillería y la navegación á Ultramar fué lo que más radicalmente influyó en la construcción naval. En los primeros tiempos que aquella se empleó en los barcos, tenían estos una sola cubierta con cañones de diversos calibres y sus costados carecían de portas; pero así que los viajes por el Océano obligaron á modificar las naves, éstas fueron agrandándose y construyéronse de dos cubiertas, en las que se colocaron piezas de poco calibre, abriéronse portas y artilláronse también los castillos. La modificación fué mas visible en las naves que componían nuestras escuadras. En la popa y en la proa elevaronse altísimas torres, los árboles y mástiles fueron de increíble grandeza, en sus cofas colocáronse arcabuceros, siendo tal su capacidad, que montaban hasta cincuenta piezas; y es que entonces se creyó que el efecto de estos castillos flotantes estribaba en su magnitud y en el número de bocas de fuego. Pronto por desgracia pudieron convencerse nuestros constructores de tal error, porque atacadas estas moles por los ligeros barcos ingleses y los brulotes holandeses, y siendo muy difícil la maniobra á causa de su porte extraordinario, viéronse destrozados por las tempestades y los ataques de un enemigo mas experto y maniobrero.

La decadencia de la marina española desde la catástrofe de la *Invencible* es muy marcada. Nadie cuidó de fomentar el amor á la vida marinera, y España, engolfada en guerras y en intrigas, olvida lo que más necesita; naves para comunicar con las colonias y asegurarlas del enemigo; marinos para dirigirlas. Una estadística de las flotas que en este y en los subsiguientes reinados se perdieron, daría perfecta idea del triste estado á que llegó nuestra marina; estado que contrasta con el progresivo y floreciente de los vecinos países.

Obligados á concretarnos á la descripción del grabado, limitarémonos á decir que en la segunda mitad del siglo XVI aparecen los navíos de dos puentes y hasta fines del XVII no se presentan los de tres.

Fanal de la galera de D. Alvaro Bazán (pág. 205).—He aquí otro de los objetos de arte, perdido en el reciente incendio de la Armería Real: el fanal que llevaba la galera capitana de D. Alvaro Bazán en el combate de Lepanto. Conservábanle los marqueses de Santa Cruz é hicieron recientemente donación del mismo al Rey, entrando á formar parte del citado Museo, en el que sólo ha figurado por espacio de algunos meses. El grabado da perfecta idea de este hermoso farol que medía 1'50 metros de alto por 500 m/m de ancho. Estaba construido al parecer con madera de peral y realzado con hermosa labor de talla; la linterna superior y la figura que sirve de remate eran de bronce dorado. Dos cilindros cortos, á manera de porta-velas, servían para la colocación de los achotes. Contrastaban con la primorosa ejecución del trabajo de talla y moldura los vidrios toscos y opacos.

El fanal era, no sólo un adorno de las galeras, sino un distintivo exterior de la jerarquía de quien las mandaba. De día el estandarte servía de enseña, de noche el fanal, que era de gran tamaño, bellamente adornado y en cuyo interior se encendían cierto número de velas y achotes. Tal significación hizo que se estimara en los combates de mar como un trofeo y que se privara de él como castigo al capitan cobarde. Por lo mismo el artista ponía especial empeño en la ejecución y lucía en él su inventiva, ya dándole caprichosa forma, ya rica y variada exornación.

El número de faroles varió en las galeras capitanas, pero el mas grande fué sin duda el colocado sobre el castillo de popa, y que servía de remate á este magnífico monumento de escultura y talla. En el siglo XVII y llegó á designarse con la frase *galera de fanal* la que montaban el jefe «y el uso y el abuso de este distintivo, dice un escritor de la profesión, dió ocasión á competencias, como en todo acontece» (1). Cesaron de usarse á principios de este siglo, y el del navío *Reina Luisa*, que original se conserva en nuestro *Museo Naval*, fué, según el citado autor, de los últimos que se usaron.

Expedición á las Terceras (lámina suelta, pág. 200).—Es copia este grabado de una pintura existente en la *Sala de Batallas* del monasterio del Escorial. La citada *Sala* se halla á la parte del Mediodía de este soberbio edificio, que es la destinada á palacio y mide una extensión de 198 pies de largo por 20 de ancho y 26 hasta lo alto de la bóveda, pintada por los hermanos Fabricio y Granello, hijos del célebre Bergamasco. Esta galería ha recibido

(1) Fernandez Duro, *Decoracion de las naves antiguas*.

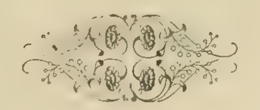
aquel nombre por los asuntos de los frescos pintados en ella y que son los siguientes: en la pared que linda con la iglesia, la batalla llamada *de la Higueruela*, dada por D. Juan II en 1431 contra los moros de Granada y reproducida de un lienzo de ciento treinta pies de largo que se encontró en unos arcones viejos arrumbados en el alcazar de Segovia: en los testeros están representadas las dos expediciones á las islas Terceras, una de las cuales damos a conocer por medio del grabado; y en la parte del Norte, entre los macizos de las nueve ventanas, algunas victorias conseguidas por Felipe II en Picardía.

El notabilísimo fragmento que de la citada *Expedicion á las Terceras*, hemos dado en la lamina suelta, es sin duda alguna digno de llamar la atención de nuestros lectores por la acabada idea que permite formarse de una galera de fines del siglo XVI. La galera era un buque costanero, cuya velocidad dependía de los remos, el número de los cuales era, en las de regular porte, de 25 à 30; ó sea este número de bancos por banda y cuatro ó cinco remeros por banco: su arboladura consistía, por regla general, en dos mástiles y dos velas latinas, y las dimensiones del casco solían ser de 120 a 130 varas de largo, por 18 a 20 de ancho y 6 de alto. Dará idea de su construcción el dibujo de la pagina 15 de este Tomo: *Proyeccion de una galera por su cuaderna maestra*, pero esta idea la completara el lector en lo referente al artillado, aparejo y colocacion de la chusma, examinando la lamina que describimos, de gran mérito si se tiene en cuenta la fidelidad con que el original debió ser pintado.

La referida galera tiene, no dos, sino tres mastiles con sus correspondientes velas latinas; veinticuatro bancos, cuatro cañones por banda, cinco en la popa y dos en la proa. El cómitre colocado en ésta dirige con un pito la maniobra; vénse en ella, además de los forzados, los soldados que constituyen la guarnición, y todas estas figuras por la minuciosidad con que han sido pintadas, permiten estudiar su traje y armamento. No menos notables son las que aparecen en segundo término: dos escuadras de piqueros y arcabuceros, que son conducidas á la inmediata isla en grandes barcas: la popa de una galera, que por sus adornos parece capitana, dejase ver también en el fondo.

Hemos dicho que las galeras eran más propias para navegaciones costaneras que para engolfarse en alta mar, y podemos añadir ahora, fundados en lo que consigna Bavia en su *Historia pontifical*, que la que describimos fue de las primeras que surcaron el Océano. «La primera vez que se vieron galeras en alta mar, dice el autor citado, fué en el año 1582, cuando fueron a las islas Terceras á cargo de Diego de Medrano, con la armada que llevaba á su mando el marqués de Santa Cruz.»

Este curiosísimo dato aumentara, si cabe, el interes que excite nuestra lámina.





ESTUDIO SEXTO

CAMPAÑAS DE ALEJANDRO FARNESIO EN FLANDES

(1578 á 1585)

I. Retrato de Alejandro Farnesio.—Opiniones y banderías en los Estados Bajos.—Situacion del ejército real.—Desventajas de los rebeldes.—Primeras operaciones de Farnesio.—Paso del Rura y el Mosa.—Invasion del Brabante.—Combate en los arrabales de Amberes.—Negociaciones con las provincias valonas. = **II.** Alejandro pone sitio á Maestricht.—Fortificaciones construidas frente á esta plaza.—Infructuoso y terrible asalto.—Nueva línea de circunvalacion.—Juan de Nassau intenta socorrer á Maestricht.—Junta de Colonia.—Sedicion en el campo real.—Nuevo ataque y toma de la muralla de Maestricht.—Fortificaciones interiores de esta plaza.—Asalto y conquista de la ciudad.—Rendicion de Bois-le-Duc.—Lalaing entrega las provincias frisicas al Rey.—Apurada situacion del ejército real.—Despido de los tercios españoles é italianos.—D.ª Margarita de Parma en los Países Bajos. = **III.** Operaciones del ejército católico en el Henado y en la Frisia.—Los Estados deponen á Felipe II.—Entra en Cambray el duque de Alenzon.—Disuélvese el ejército francés.—Farnesio toma la ofensiva.—Sitio de Tournay.—Sitio de Oudenarda.—Regreso de los tercios españoles.—Desembarca un nuevo ejército francés en Flandes.—Operaciones en Flandes y en Frisia.—Los franceses sorprenden la ciudad de Amberes y son derrotados.—Negociaciones.—Nuevas conquistas de Farnesio.—Batalla de Esteenberg.—Conquistas de Dunkerke y de Newport.—Toma de Zutphen.—Situacion del ejército real.—Proyecta Farnesio señorear el Brabante.—Su plan de campaña.—Toma de Sas, Rupelmunda y Hults, entrega de Alost y rendicion de Ipres y Brujas.—Muerte de Alenzon y de Orange.—Negociaciones de los rebeldes con Francia. = **IV.** Importancia comercial y estratégica de Amberes.—Descripcion de sus cercanías.—Plan defensivo del príncipe de Orange.—El consejo municipal y las cofradías de Amberes.—Plan de operaciones de Alejandro Farnesio.—Situacion del ejército católico.—Su colocacion junto al Escalda.—Ataque de los fuertes de Lietkenshoeck y Lillo, y toma del primero.—Rendicion de Termunda.—Célebre puente construido por Farnesio sobre el Escalda.—Fortificacion de los diques.—Entrega de Gante.—Rotura de los diques.—Cartas entre Farnesio y los de Amberes.—Triste situacion del ejército sitiador.—Intenta Holak hacerse dueño de Bois le Duc.—Toma de Vilvorde y rendicion de Bruselas y de Nimega.—Ataque de Ostende.—Los holandeses recobran á Lietkenshoeck.—Los brulotes de Amberes.—Parcial destrozo del puente.—Inquietud de Farnesio.—El navío *Fin de la guerra*.—Alejandro fortifica el contradique de Kowenstein, y concentra sus tropas.—Primer ataque del contradique por los holandeses.—Segundo ataque por las escuadras de Holanda y Amberes.—Los rebeldes saltan al contradique y logran cortarlo.—Capizuccio y Aguila acuden al combate.—Nobles palabras de Aguila.—Farnesio en el Kowenstein.—Nueva y terrible lucha.—Heroismo de Toralva.—Retirada de las naves holandesas.—Destrozo de los rebeldes en el contradique.—Estréchase el sitio de Amberes.—Ocupacion de sus arrabales.—Entrega de Malinas.—Los de Amberes entablan negociaciones.—Marnix y Farnesio.—Capitulacion de Amberes.—Triunfante entrada de Alejandro en la ciudad. = **V.** Campaña de Frisia.—Victorias de Verdugo y Tassis.—Heróica conducta de los españoles en la isla de Bommel.

I

Era Alejandro Farnesio uno de esos hombres extraordinarios que, de tiempo en tiempo, se presentan en el escenario histórico. Nacido en Italia, pero educado en la severa y magnífica córte española, así el poderío de nuestra patria, cuanto la imponente y grave figura de su rey, le habían inspirado el sentimiento de nuestra superioridad y el respeto más profundo hacia al adusto soberano. Por sus venas corría la sangre de Carlos V, del que parecía haber heredado algunas cualidades: su carácter dado á las aventuras, su alta inteligencia, su habilidad política. Reunía también exce-

lentes dotes físicas, porque, aunque de mediano cuerpo, era de muy buen talle, proporcionados miembros, expresivo y agradable semblante y continente apuesto. Échase de ver contemplando el perfil acentuado de su rostro, sus ojos centellantes, y su alta y despejada frente, que en aquella cabeza anidaron grandes pensamientos. Y con asegurar que de todos los hombres que dispuso España en la segunda mitad del famoso siglo xvi, fué este quizás el más excepcional, dicho se está hasta dónde rayaron los talentos de Alejandro. Pocos presentaron, en verdad, tantas cualidades y tan perfectamente concertadas. Afable, generoso, sufrido, valentísimo y entusiasta de los valientes, sagaz y perserverante, era, según las atinadas frases de un escritor soldado, «gran amigo de sus amigos, gran señor de sus criados, gran criado de su rey, y muy gran siervo de Dios (1).» Lo que más admira, es verle aparecer en la escena ya formado: revélase de pronto gran militar y experto político; eclipsa, al presentarse en Flandes, á su tío D. Juan; arrastra consigo las voluntades y el amor de sus soldados, las simpatías de los flamencos vacilantes; infunde á los enemigos el sentimiento de su superioridad; revela que tiene la inspiración de los grandes capitanes, la flexibilidad y el tacto de los hombres políticos, la energía y el valor que exige el mando, la inspiración y el denuedo que demandan los peligros, la abnegacion y la constancia que requiere el sufrimiento, la generosidad que atrae y la severidad que impone. Cuando se hizo cargo de la dirección de la guerra, sobre hallarse con un país esquilmado por los impuestos, la peste y los combates, encontróse rodeado de todo género de enemigos, declarados y pujantes unos, embozados y, por lo mismo, más temibles, otros. Luchó, sin embargo, con adversarios de la talla de Orange, Isabel de Inglaterra y Enrique IV, y luchó con ventaja; pues deshizo las intrigas de los dos primeros y manifestóse luego superior en las armas al segundo. En Flandes restauró nuestra decaída causa, en Francia vigorizó la de la Liga. De este modo contribuyó Farnesio á la grandeza del reinado de Felipe. Superior como político y como hombre al duque de Alba, más militar que Requeséns y D. Juan de Austria, pudo haber conseguido en Flandes mayores ventajas para España, si la tenacidad del Rey no hubiera malogrado sus esfuerzos, pues el loco empeño de llevar la guerra á Francia esterilizó las empresas de Farnesio en los Estados Bajos. Así y todo, es de sentir que la muerte cortara el vuelo de su pensamiento cuando más falta hacía á D. Felipe. La monarquía perdió entonces una de sus firmes columnas, el ejército un gran caudillo, la patria un soldado leal. ¡Lástima que se gastara en empresas tan infructosas como difíciles la energía extraordinaria de aquel hombre! Tiene su figura las colosales proporciones que requiere la musa épica, presenta rasgos dignos de la pluma de Plutarco, y si los héroes de la guerra entran por derecho propio en el templo de la gloria, pocos como éste tan acreedores á que brille su nombre en los bronces de la inmortalidad.

Para apreciar debidamente la situación de los Países Bajos en la época que Farnesio se hizo cargo del gobierno, preciso será que demos una idea de los bandos que dividían la opinión, de los manejos políticos que efectuaban los soberanos de las naciones vecinas, de la actitud en que había quedado Orange y de los móviles que impulsaban á los diversos Estados. De otro modo sería difícil explicar la conducta de Alejandro y el objeto de muchas de sus operaciones, pues íntimamente ligada la parte militar con la política, es casi imposible tratar la primera desentendiéndose en absoluto de la segunda.

El compromiso de Gante y el *Edicto perpetuo*, en él basado, habían sido el lazo que flojamente unió á Flandes con el monarca de España ; no diremos á Holanda , pues esta provincia y la de Zelanda , minadas por el de Orange, negáronse á reconocerle y comenzaron por expulsar de ellas á todos los católicos. Y tan astutamente procedió Guillermo, que al tratar D. Juan de que se sujetaran al compromiso, y al requerir á los Estados para que redujeran á Orange, negáronse á llevar contra él las armas. Entonces estalló la guerra ; pero al par que ésta volvía á encenderse entre flamencos y españoles, surgió también en el seno de la asamblea flamenca y entre la nobleza del

(1) El capitán Alonso Vázquez, en los *Sucesos de Flandes y Francia*, lib. XVI.

país la disensión; porque recelosos del príncipe Guillermo algunos de sus miembros, disgustados otros por los agravios inferidos á los católicos holandeses, otros ofendidos por cuestiones personales, creóse un tercer partido denominado de los *políticos*, que llamó á Flandes al duque de Alenzón, hermano del rey de Francia. De modo que el país se encontró de improviso con tres señores ó cabezas, sin contar la que efectivamente lo era: el archiduque Matías que ejercía un gobierno nominal auxiliado por Orange; Juan Casimiro, hijo del Elector Palatino, que al frente de los alemanes habia acudido hacia algún tiempo á Flandes, y el duque de Alenzón, que penetró de im-



Alejandro Farnesio, Duque de Parma

proviso en el país con no poco contento de su hermano el rey de Francia, cuyo reino perturbaba, por ser cabeza de una fracción política. De estos tres personajes, el último, como atraído para derrocarle, era mirado con malos ojos por Orange, que, gobernando de hecho en la Holanda, veía menoscabada su influencia en Flandes: tampoco gustaba á Isabel de *Inglaterra*, gran protectora de los rebeldes, la intervención de un francés en los Países. Pero no eran estas solas las causas de la excisión que surgió en Flandes. Fundada la pacificación de Gante en el mantenimiento de la religión antigua, creyeron de buena fe los contratantes que era posible renunciar opiniones religiosas en aras de la libertad política, ¡ilusión engañosa que poco tardó en verse disipada! Desde el momento en que comenzaron las persecuciones en el Norte y así que en Gante y Amberes cundieron las nuevas creencias, surgió un nuevo partido, algo afín al de los políticos ó *descontentos* y formado

por los habitantes de las provincias valonas, de antiguo muy adictas al catolicismo (1). De este modo se embrolló más y más la madeja política de los Países Bajos. La nobleza del Henado y del Artois figuraba en las filas de los políticos, los valones permanecían en actitud hostil, Orange influyendo directamente en el pueblo, Casimiro camino de Londres para reclamar nuevos socorros, el archiduque Matías disgustado de su efímero poder y Alenzón esperando hacerse dueño definitivamente de él. A todo esto la peste diezmaba la población, los campos estaban abandonados y los Estados se hallaban faltos de recursos y empeñados por respetables sumas con la reina de Inglaterra (2).

Más hábil que D. Juan de Austria, echó de ver Farnesio que en aquel juego debía salir ganancioso, no sólo con las armas, sino con la intriga diplomática. Era preciso, indispensable de todo punto, atraerse los elementos que se habian disgregado de los Estados rebeldes; y para ello comenzar por las provincias católicas, con lo que se aseguraba una excelente base; luego por los que gobernaban los *descontentos;* pero esto, sin perjuicio de manejar las armas, ó mejor dicho, comenzando por dar gallarda prueba de que no las empuñaba en balde.

Las condiciones en que se hallaba Alejandro cuando murió D. Juan, eran en verdad desfavorabilísimas. Acorralado, por decirlo así, en los reales de Namur; rodeado por los confederados, cuyo ejército ascendia á doble número que el suyo, y obligado á mantener en Borgoña cierto número de compañías para refrenar las incursiones de los soldados de Alenzón; no se hallaba en situación de poder tomar la ofensiva. Es cierto que esperaba algunos refuerzos de Alemania y que podía hacer excelente defensa de su bien fortificado campo, pero si el enemigo ocupaba las riberas del Sambra y del Mosa, quedaría privado de vituallas y obligado á perecer de hambre en sus cuarteles, ó á salir desesperadamente de ellos en busca de una muerte heróica, pero cierta. Afortunadamente para él, las discordias germinaban entre los rebeldes, y de aquí el poco acuerdo de sus generales, lo que unido al rigor del invierno, la peste y el cansancio, deparáronle la salida de lance tan crítico. Los flamencos, poco confiados del resultado de un asedio en estación tan rigurosa, decidieron retrogradar desde las inmediaciones de Namur á Gembloux, casi al propio tiempo que entraban en el campo de Alejandro quince banderas alemanas reclutadas en su país por el coronel Polvillier. Este acontecimiento, y el haber rechazado las compañías de Borgoña la gente de Alenzón, dió grandes alientos á nuestros capitanes y soldados, y modificaron muy notablemente la fisonomía de las cosas. ¡Tan fácilmente cambia la fortuna en la guerra y tan propicia sabe mostrarse al soldado constante y diligente!

Nacía la primera desventaja de los flamencos, de la falta de unidad en el mando; la segunda del recelo que se inspiraban unos á otros los principales señores; la tercera de las extrañas ingerencias. Harto que hacer tenían con los españoles, cuando el de Alenzón comenzó á correr aven-

(1) Llamábase así á las provincias de Artois, Henado, Namur, una parte de la Flandes francesa, el país de Lieja, el Limburgo y el Luxemburgo.

(2) El cuadro que traza un testigo de vista, el sargento Alonso Vazquez, del estado del país, es digno de ser conocido:

«La peste que había en la villa de Anamur (Namur), dice, y en el fuerte de Bujen (Bouges) iba creciendo, y como la enfermedad era contagiosa y las necesidades que la guerra trae consigo se aumentaron en aquellos Estados, se emprendió en la mayor parte dellos, y el pobre vulgo y gente aldeana, compelidos de los continuos trabajos, desposeidos de sus casas y haciendas, enfermaban y se iban desvalidos, no pudiendo sufrir ni tolerar el rigor de los soldados, que como gente necesitada, apuraban los países por donde pasaban; y, cuando más esperaban su remedio, quiso Nuestro Señor castigarles con esta peligrosa enfermedad, y sin poderse valer unos á otros se quedaban muertos por los caminos y lugares, y *era gran lastima ver las campañas sembradas de cuerpos muertos*; y con ser la villa de Lovayna una de las mayores de los Estados, quedó despoblada, con otras muchas. Del ejército católico que se estaba encerrado en el fuerte de Bujen se tuvo por cierto murieron de peste grandísima cantidad de soldados, y de la continua hambre y trabajos que padecian falto la mayor parte.» Lib. I de los *Sucesos de Flandes y Francia*. Año 1578.

El Licenciado Cornejo en su *Origen de las civiles disensiones de Flandes* (Turín 1580), pag. 61 y 62, hace una pintura no menos triste:

«No sólo los soldados robaban las haciendas, quemaban las casas, destruian el ganado y no dejaban anima viviente en los lugares cercados; pero la pestilencia era en las villas tan horrible y en los exercitos, que ni los hombres se podian ayudar, asistir; ni dar la mano los unos á los otros, ni lugar donde poder un poco vivir seguramente se hallaba: el amigo se apartaba del amigo, huian los hermanos de los hermanos, y finalmente las madres echaban de las casas á sus hijos, los maridos á sus mujeres. Así que era cosa de inmensa lastima ver tanta pobre gente por las calles y caminos morir tras cada paso de súpita muerte, otros del hambre y miseria que la guerra nos acarrea... En la tan renombrada Lovayna era tanta la prisa de enterrar los muertos, que muchos creo se enterraron vivos, segun lo que podemos colegir de lo que *por tres veces allí vimos*.»

turas por el Henado, seguido del duque de Ariscot y de Laligny. Y como la presencia del francés despertase los recelos de Matías y no fuera del agrado de Isabel de Inglaterra, que prestaba á los flamencos grandes recursos, de aquí la seria complicación en que se hallaban éstos. Por añadidura, Casimiro, que de Alemania condujo á los Estados un ejército auxiliar, viendo sin pagamento á su gente, pasó á Inglaterra en demanda de recursos; y de este modo los flamencos se encontraron faltos de hombres y de dinero, enemistados con Isabel, que exigía sus anticipos, y divididos entre sí, precisamente cuando Farnesio se apercibía á tomar la ofensiva.

Componíase el ejército español de 24,000 infantes y unos 7,000 caballos, lo más de ellos alemanes. Era maestre de campo general Pedro Ernesto, conde de Mansfeld; general de la caballería, Octavio Gonzaga, quien tenía por teniente á Bautista del Monte; comisario general Antonio de Olivera; auditor general, Francisco Salinas; general de la artillería, el conde de Barlamont, é ingeniero, Gabriel Sebelloni, al que asistian Scipión Campi, Bautista Plati y Propercio Barocci. Las compañías españolas estaban mandadas por sus antiguos capitanes y las cornetas de reitres, á cargo de Francisco de Sajonia, Vitio, Samblamont y Billy. Con este ejército decidió Alejandro tomar la ofensiva, pero sin dejar por eso de empeñar tratos con los *descontentos*; pues si creía necesario lograr la paz por diplomáticos medios, consideraba más oportuno aún robustecer la demanda con pruebas de pujanza. Reunió en consecuencia el Consejo para discutir el plan de campaña, y oídos el parecer de sus capitanes, manifestó Farnesio la conveniencia de atacar á Maestricht, llave de la frontera alemana, cuya empresa facilitaba el poder conducir la impedimenta por el Mosa, ser la provincia del Limburgo una de las más leales y tener ganados en la de Güeldres algunos personajes de cuenta: con lo que, sobre asegurarse aquella parte de la frontera, dábase al enemigo prueba evidente del estado en que se hallaba el ejército real.

Adoptada esta determinacion y ganoso de socorrer á Deventer, estrechamente cercado por los rebeldes, Farnesio, después de haber despachado para esta plaza al conde de Barlamont y á Billy, movió su campo á fines de Noviembre y por Marca, lugar de la provincia de Luxemburgo, llegó al quinto día á Limburgo, en cuya ciudad recibió la triste nueva de haberse perdido Deventer. Desde Limburgo trasladóse seguidamente á Dalhem, y en el espacio que media entre esta ciudad y Maestrich estableció su campo, colocándose él en Vise. De este modo recibia por el Mosa la artillería y provisiones de Namur, aseguraba los convoyes que debian venirle de Alemania y cerraba el paso á los rebeldes por este lado de la frontera.

Alejandro no quería emprender el ataque de Maestricht hasta tener aseguradas por completo sus comunicaciones y dominar en todo el territorio que se extiende á la izquierda del Mosa; y á este efecto procuró hacerse dueño de Carpen y Erclens para que los convoyes de Aquisgrán, Colonia y Cleves, llegaran á su campo. Dueño de estos pueblos y moviéndose sus tropas en más extenso radio, no sólo consiguieron reducir á lugares de ménos importancia, sino derrotar á diferentes destacamentos rebeldes, distinguiéndose en estas facciones el valeroso Mondragón, el experto Tassis y el heróico del Monte. Y sus tropas no se limitaban ya á mover las armas en el lado izquierdo del Mosa; sino que envalentonadas cruzaban la ribera, causando por sorpresa al enemigo repetidos daños. La actitud espectante que guardaba éste y las noticias que relativas á él se procuró, decidieron á Farnesio á cruzar el río, y entrar de improviso en el Brabante.

Para llevar á cabo tal operación, dispuso Alejandro que Monte, con las guarniciones de Lovaina, Diest, Leve y Ariscot, distrajera al ejército rebelde, mientras él cruzaba el Rura y luego el Mosa por las inmediaciones de Ruremunda y casi á la vista de los cuarteles enemigos. Tres días empleó el ejército en cruzar este último río, contrariando el paso una violentísima borrasca, pero con tanto acierto dirigió Farnesio la maniobra, que, sin pérdida de un soldado, ganó la orilla derecha, ocupando seguidamente á Weert. Este feliz suceso sembró en el cuartel general de los flamencos la zozobra y el desconcierto, porque los principales capitanes ni creían que Alejandro se atreviera á tanto, ni daban á la operación gran importancia; pero cuando la vieron realizada, cuando comprendieron la destreza del príncipe de Parma y el valor de su veterano ejército, sólo pensaron en ponerse á buen recaudo, y mientras unos se dirigían á Malinas, otros buscaban asilo

en Breda y algunos en Maestricht. Tan sólo un cuerpo de tropas quedó cerrando el paso entre Eeidhoven y Bois-le-Duc. Por su parte Farnesio pasó allí muestra de su gente y acordó despedir á buena parte de los alemanes, despachado en seguida á Weert algunas compañías de esguízaros y tudescos é incorporando á sus banderas á las compañías de Valdés que se hallaban frente aquella plaza. Weert se rindió antes del relevo y Alejandro llegó sin tropiezo á esta población, desde la que avanzó á Eeidhoven, cuartel de los reitres enemigos.

Brava fué la escaramuza que sostuvo la vanguardia de Alejandro en Eeidhoven; pero los reitres viéronse obligados á retirarse á Oriskot, y el enemigo concentró apresuradamente sus fuerzas entre Bois-le-Duc y Amberes, en Tornhout, con ánimo de impedir á los españoles el paso á la segunda de estas ciudades: mas como el grueso de las tropas formábanlo los reitres que condujo de Alemania, Casimiro, y como éste se hallaba en Lóndres y ellos faltos de paga, ninguna ocasión parecía más excelente para atacarlos. No se ocultó á los alemanes el peligro, y acordaron refugiarse en Bois-le-Duc, pero esta ciudad, temerosa de su licencia, les cerró las puertas, y ellos, enojados del desamparo, mandaron un mensajero á Farnesio ofreciéndole regresar á su país si les satisfacía seis meses de salario. Semejante petición fué jocosamente acogida por Farnesio. *¿Estáis locos?* dijo á los mensajeros. *Me pedís dinero para marcharos, cuando yo lo exijo para dejaros volver libres á la patria.* Sin embargo; dando gran prueba de tacto, procuróles el salvo-conducto, exigiendo sólo que en el plazo de catorce días regresaran á su país. Con lo cual, dicho se está que perdieron los Estados gran parte y no la menos excelente de su fuerza, y con ella el eficaz auxilio del duque Casimiro.

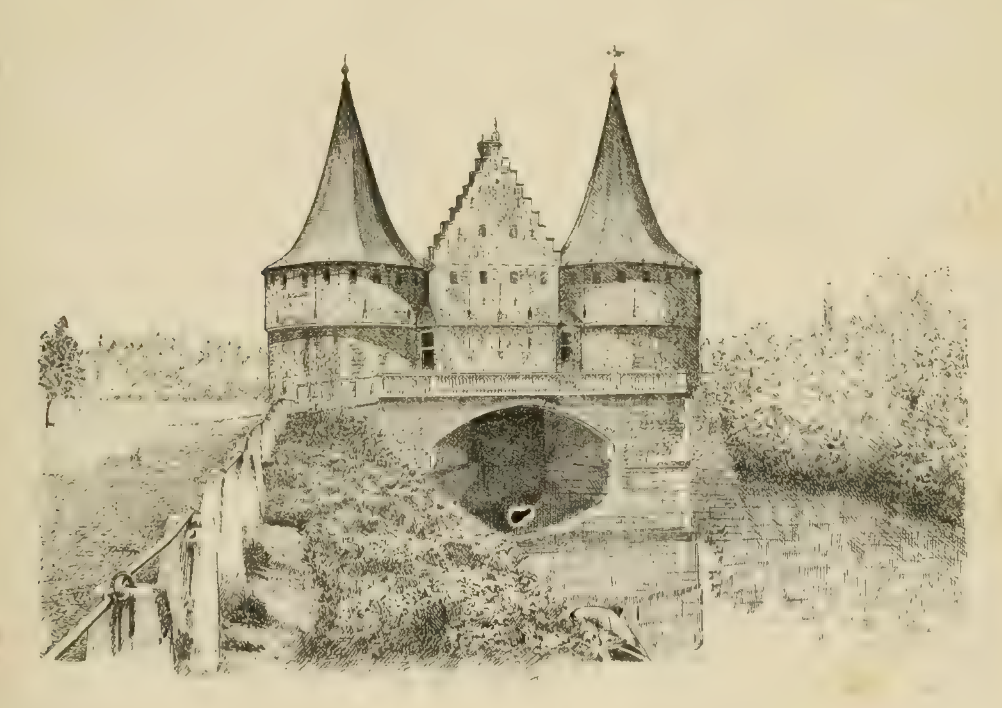
Reducido el ejército flamenco á 25 banderas de franceses, escoceses é ingleses, mandado por Norris y La Noue, con algunas otras tropas de los Estados, hallábase acampado en Bourgerhont, aldea inmediata á Amberes. Tal era el límite á que había quedado reducido tras su aparatosa marcha sobre Namur. Pero aun en esta posición y falto como se hallaba de caballería, podía considerarse respetable, sobre todo hallándose al amparo de la fuerte plaza de Amberes. Por lo mismo algunos opinaron que no debía atacársele; mas otros, y el primero Alejandro, no sólo consideraban necesaria la embestida, sino muy conveniente al crédito de nuestras armas. Triunfó el parecer de Farnesio, y el ejército distribuyó sus haces por una dilatada llanura que se extendía frente á la aldea, y de la que se hallaba separada por un arroyo. En el centro colocóse la infantería; en las alas y á retaguardia la caballería interpolada con mangas de arcabuceros, y en vanguardia algunos tercios de gente escogida. Cada cuerpo de tropas estaba provisto de un ligero puente.

Dada la señal, acometieron de frente las compañías, compitiendo unas con otras las naciones sobre quién sería la primera en forzar la línea enemiga; pero indecisa hubiérase mantenido la pelea, á no haber caído por el flanco sobre los contrarios el sargento mayor de los valones, quien dando largo rodeo, apareció de improviso al otro lado del arroyo, y atacó vigorosamente á los rebeldes, facilitando la victoria á los que de frente embestían. Lanzáronse los nuestros por las calles de la aldea, donde prosiguió recio el combate, y cargando luégo la caballería, acuchilló á los enemigos hasta los mismos arrabales de Amberes, y despreciando el fuego de sus cañones. Por añadidura, Alejandro mandó incendiar á Bourgerhont, y las densas columnas de humo producidas por esta hoguera, confundiéndose con el de los disparos, envolvieron á la célebre ciudad, dándola elocuente testimonio de la osadía de los atacantes. Pero no fué tan sólo este hecho de armas, altamente importante por lo que respecta á nuestro crédito militar, sino grande incentivo para la reconciliación de las provincias valonas, que firmemente adictas al catolicismo, y profundamente disgustadas de Orange, engrosaron primero el bando de los *descontentos,* y constituyeron una importante fracción, de la que entraron á formar parte principales individuos de la nobleza del Henado; formaron un ejército (1); expulsaron después de sus provincias á todos los herejes, y mos-

(1) «Estos mal contentos se juntaron con algunos soldados y formaron dellos un campillo de buen numero, y por ser católicos se pusieron por devisa y para ser conocidos rosarios al cuello, y por esto les llamaron de allí adelante los del ejercito del *Pater noster.*» Vazquez, lib. I.—«Estos son aquellas tropas que porque llevan al cuello los rosarios, profesando ser defensores de la religion catolica, llamo el vulgo los soldados del *Pater noster* o por otro modo *los de Corona.*» Estrada Decada, II, lib. I.

trábanse favorables á pactar con Farnesio siempre que éste despidiera de los Estados á la milicia extranjera.

Inútil es decir cuántos recursos puso en juego el príncipe de Orange para estorbar la unión, y cuanta habilidad hubo de desplegar Farnesio para venir á un acuerdo; pero disimulando en unas cosas, dando en otras respuestas evasivas, empleando los halagos y las dádivas, consiguió por fin



Puerta Rabot, en Gante (De una fotografía)

la tan deseada reconciliación, que puso de nuevo bajo nuestras banderas las provincias llamadas valonas (1). Esta reconciliación deslindó por completo los campos en los Países Bajos; pues mien-

(1) Esta reconciliación acordóse en Arras el 17 de Mayo de 1579 y se ratificó en Colonia en el mes de Noviembre del mismo año. El Licenciado Pedro Cornejo en su obra *Origen de la civil disension de Flandes* (Turín, 1580, pág. 62 y 63), inserta las bases del tratado de Arras, que fueron las siguientes:

«Primeramente los Estados Valones, á saber, Artois, Henado, Lixambur y Namur con las villas de Lovayna, Malinas, Liera, Bolduc, Bruxas y otras se acordaron juntamente con los caballeros católicos de las dichas provincias, a saber: con el conde de Egmont, el duque de Arschot, el príncipe de Cimay, el conde de Lalayng, el marques de Havre, con otros muchos príncipes y señores todos, los cuales hicieron una inviolable amistad en nombre suyo y sus descendientes de su parte: y con los príncipes diputados en nombre de el Rey de la otra, de fidelidad recíproca, inviolable y perpetua asistencia.

»Item, juraron todos de pasar por los artículos de las paces ultimas pasadas, a condición que su dicha Majestad tornase á sacar a los españoles, italianos y forasteros de las dichas provincias.

»Item, que su dicha Majestad hubiese de entregar y entregase las fuerzas (castillos) que tenían y poseían los españoles en aquellas partes, en manos de valones, los cuales juraron de guardar y entretenerlas fiel y lealmente.

»Item, las dichas provincias y caballeros juraron de entretener y entretendrán la santa fe católica y romana Iglesia y volverán en su fuerza y vigor los placartes y pregmaticas de el emperador Carlos quinto de gloriosa memoria, condenado a muerte y confiscacion de bienes a todos y cualesquier herejes que en las dichas provincias y ciudades hallaren.

»Item, se obligan á hacer la guerra al Príncipe de Orange, y para ello sustentar diez y ocho mil hombres de guerra en campaña a su coste y mision, y en caso que fuere menester, que S. M. pagase la mitad y ellos la otra mitad.

»Item, que S. M. ultra de esto, les ayudaría con la suma de dineros cada mes para la dicha guerra: y que cuanto al Gobernador gene-

tras al lado de España se pusieron todos los flamencos adictos al catolicismo, constituyeron los Estados protestantes la Unión de Utrecht, cuya base era la libertad de conciencia. En cambio, produjo una radical modificación de conducta en Isabel de Inglaterra; pues si exigente se mostró con los rebeldes al ver decaída nuestra dominación, ahora que la contempló pujante, apresuróse á darles nuevos socorros, y aun intentó arrebatarnos por sorpresa á Gravelinas. No logró su intento, y en cambio el nuevo agravio sirvió de torcedor á los vacilantes y solidó la reciente unión de las tres provincias fronterizas sin estrago de hombre y lugares «género de victoria, dice el historiador Estrada, que no daña y permanece.»

II

No descuidaba Alejandro la empresa de Maestricht. Vencedor en los arrabales de Amberes, trasladóse sin perder momento frente á esta importantísima plaza, á la que llegó el 8 de Mayo de 1579, y cuando más ajenos se hallaban sus moradores de la visita. Maestricht era ya entonces populosa ciudad, muy concurrida de gente fronteriza por su especial situación, y excelente centro comercial á causa de tener su asiento sobre el Mosa que la divide en dos partes. Hallábase esmeradamente fortificada y guarnecida por 1,200 soldados franceses, escoceses é ingleses, y la gobernaba por ausencia de La Noue, Suantzemberg de Herlen, hombre poco experto en asuntos militares, pero en auxilio del que un mes antes había mandado Orange al lorenés Sebastián Tapino. Este veterano tenía profundos conocimientos en el arte del ingeniero, y así que entró en la plaza comenzó á reparar sus defensas, á ensanchar los terraplenes, á construir caponeras y casamatas, á limpiar y ahondar los fosos, á cavar minas y hornillos, poniendo éstos debajo de la contraescarpa, y á construir una segunda línea de defensa, levantando á este efecto algo apartados de las murallas, sólidos traveses, medias lunas, y otras obras que asegurasen la retirada y contribuyesen á la buena defensa de los dos trozos de ciudad. Con estos elementos, una población que ascendía á 34,000 habitantes, á los que se agregaron 6,000 campesinos, y bastimentos para muchos meses, Maestricht se hallaba en condiciones de resistir con ventaja á sus atacantes. Sin embargo, el francés La Noue, así que tuvo noticia de que otra vez Farnesio se había presentado frente á sus muros, partió con gran prisa de Amberes, decidido á dirigir en persona la defensa, como gobernador que era de Maestricht; pero aunque hizo todo lo posible para lograr su intento, la caballería de Alejandro tenía cerrados todos los caminos, y hubo de retroceder sin haberlo conseguido.

El caudillo del ejército real, después de establecida su gente por los barrios y aldeas inmediatas á la margen izquierda del Mosa y de rechazar á los rebeldes que talaban los campos, despachó á Cristóbal Mondragón al otro lado del río con objeto de que tomara posiciones frente á la parte de la ciudad, situada en la margen derecha. Y ocupadas ambas riberas y cerrados en consecuencia los pasos del Brabante y Alemania, eligió Farnesio para su alojamiento á Petersen, poco distante de la ciudad sitiada, y que á pesar de ser población reducida, ofreció alguna resistencia y fué entrada á saco. La única vía libre para los sitiados, el río Mosa, quedó en breve cerrada para ellos, pues Alejandro mandó construir á gran distancia de la ciudad y á uno y otro lado de ella dos puentes que ponían en comunicación sus campos é impedían la entrada á ningún género de so-

tal que han de tener, se contentarán con que por seis meses lo sea el sobredicho Príncipe de Parma, y dentro del dicho tiempo provea S. M. alguno de la casa de Austria.

»Y que en todas las demás cosas se remitirán á las paces pasadas y publicadas.»

corro. Para que el aislamiento fuera más completo dispuso se construyeran cuatro fuertes en puntos escogidos; y ansioso de efectuar cuanto antes el ataque, él mismo, empuñando el azadón, dió el ejemplo á sus capitanes y soldados. Despertóse con esto la emulación de las naciones, y llevando unos los céspedes, otros la tierra, asegurando éstos las estacas y levantando otros el parapeto, en pocos dias quedaron terminados los fortines que dirigieron los ingenieros Plati y Barocci y eran «de ámbito cuadrado, sacados los traveses en forma de baluarte, con sus baterías, con parapeto de ramaje y tierra y capaces de muchos centenares de soldados.» El ejército distribuido en las aldeas, avanzó entonces hasta la plaza, protegido por estas obras y otras que levantó Mondragón en la margen derecha; y desde aquel momento Maestricht quedó estrechamente circunvalada.

El tercio de D. Lope de Figueroa recibió el cometido de protejer los trabajos de aproche contra la puerta de Santa Cruz, y en esta difícil empresa fué el primero que tiñó con su sangre la trinchera, pues sobradamente confiado, á causa de que el enemigo sólo atacaba por las noches, vióse sorprendido en pleno día por la brusca acometida de seiscientos infantes que al mando de Tapino salieron de la plaza. Estos soldados, embistiendo intrépidamente el cuartel español, dieron muerte á más de cincuenta de los nuestros, destrozaron la trinchera y regresaron sin pérdida de tiempo á la plaza. Pero tal contratiempo, si de algo sirvió, fué para hacer más cautos á los españoles, que desde aquel día mostráronse en extremo viligantes y obligaron á retirarse con pérdida á los que atacaban á las trincheras y á los puentes.



Retrato del Duque de Alenzon

Resuelto por Farnesio el asalto, discutióse en el Consejo de guerra, por dónde debía éste verificarse. Montesdoca, gobernador que en otro tiempo había sido de Maestricht, juzgaba que por el baluarte situado frente al convento teutónico, hacia la puerta de Bois-le-Duc, á causa de ser aquél más flaco por estar próximo al río; en cambio el conde de Barlamont era de parecer que se diera por la puerta de Tongheren, donde existía un baluarte reforzado por un antiguo torreon seguido de un lienzo que formaba recodo: abierta brecha en el baluarte y desmoronado el torreón, sus ruinas llenarían el foso y facilitarían el paso, lo que no sucedería atacando por el costado de Bois-le-Duc, pues las lluvias, encharcando el terreno, impedirían el aproche de las baterías, y además dominaban perfectamente aquel lugar los cañones de la ciudad. Vacilante estaba Alejandro entre pareceres tan opuestos, pero sin renunciar á uno ni á otro, resolvió llevar á la práctica el de Barlamont. En su consecuencia, emprendióse el ataque á la puerta de Tongheren, empleándose la noche siguiente en fortificar con cestones la batería (1) y en trasladar á ella las piezas de más grueso calibre que desde Namur habían sido conducidas en barcazas por el Mosa. Seguidamente se dió orden á Mansfeld de distribuir las tropas de infantería en las trincheras y baterías, y á Octavio Gonzaga de que tomara con los caballos todos los caminos con objeto de impedir cualquier género de sorpresa.

El 25 de Marzo rompieron el fuego contra el baluarte ya citado, cuarenta y seis piezas gruesas

(1) «Parte de ellos, dice Estrada, se tejían en la misma trinchera, clavando en la tierra unas estacas de altura casi de diez piés, y retorciendo por ellos á la redonda ramas y vergas correosas; cargandolos despues de tierra muy humedecida. Otros ya tejidos de antes, los llevaban rodando á la trinchera y allí los asentaban para ocultar la artillería al enemigo.» Decada II, lib. I de las *Guerras de Flandes*.

y mientras los artilleros se esforzaban en abrir la brecha, los caballos ligeros conducían de la ribera gran cantidad de fagina, los gastadores carretas llenas de sacos con lana, estopa y paja para cegar con ellos el foso, y los infantes se apercibían á cruzarle dada que fuera la señal. Algo tenía este ataque que si por un lado le da semblanza á los de pasada época, por otro ofrece ya los rasgos distintivos de la nuestra: al fin y al cabo el arma blanca iba á desempeñar todavía allí el principal papel, y en el estrecho paso deparado por las ruinas, á repetirse las hazañas personales que nos trasladan á los tiempos heróicos. En dos días descargó la artillería seis mil cañonazos; pero si bien abrió algunos portillos, no allanó el paso á los atacantes, quienes en cambio descubrieron la segunda y bien fortificada línea construída por los sitiados. Esto fué lo que decidió á Farnesio á dirigir el ataque contra la puerta de Bois-le-Duc, sin perjuicio de que continuara el ya emprendido; pues reputó no desventajoso distraer por ambas partes la atención de los sitiados. Mansfeld fué encargado de la nueva expugnación: Farnesio quedó dirigiendo la primera, considerada la más difícil.

Era, en efecto, muy arduo el ataque á la puerta de Tongheren, porque si bien los sitiadores prolongaron la trinchera hasta el mismo foso, los de la ciudad la volaron con los hornillos, y aunque Alejandro mandó construir un nuevo ramal y una mina, ni aquél ni ésta surtieron el apetecido efecto; por el contrario, usando los sitiados de singular ardid (1) les obligaron á desalojar la segunda. Pero socorridos luego por la experiencia del ingeniero Plati, abrieron los españoles una profundísima mina en apartado paraje, la cual, cruzando por debajo del foso, vino á parar en los cimientos del baluarte (2), y dispuesta para la explosión, y ordenadas las compañías que debían dar el asalto en el momento que aquél volara en pedazos, dióse fuego á la canal de la pólvora, reventando la mina con formidable estruendo y levantando en alto la punta del baluarte. Entonces el capitán Troncoso, seguido de ochenta soldados trepó por las ruinas y coronó el puesto, pero

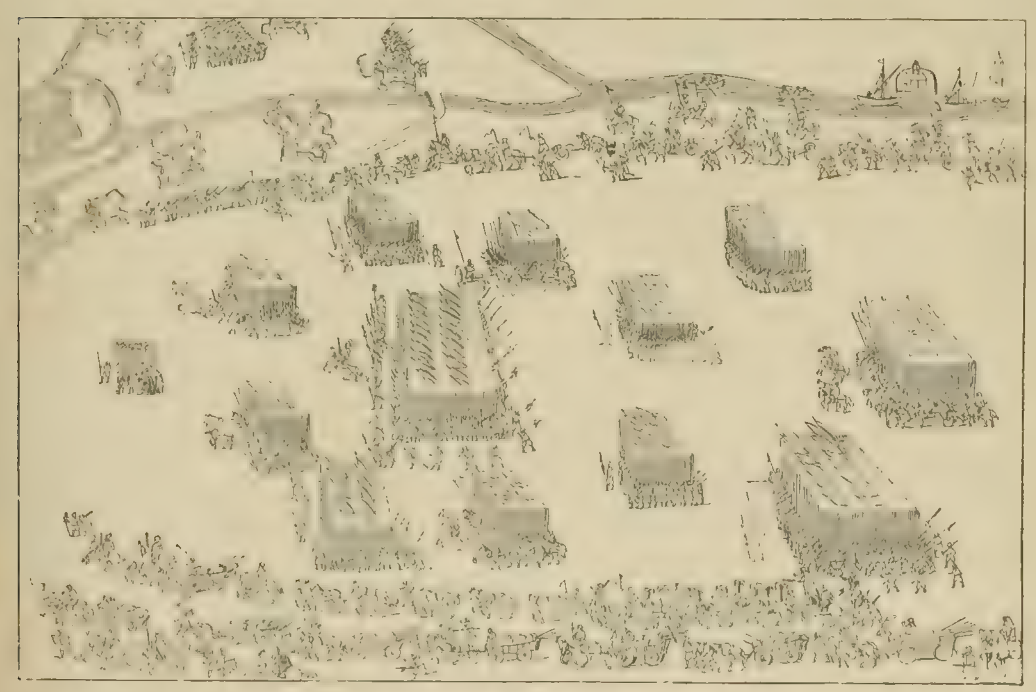
(1) «Reconocióse en el cuartel de Francisco Valdés que los rebeldes habían hecho una contramina, y habiéndose encontrado con ella desembocaron á la mina de los españoles y pusieron un tablón á la boca de manera que cubriese la luz y detuviese cualquiera cosa que se les arrimase, y siendo sentidos los unos y los otros, tocaron arma dentro, con harta confusión de ambas partes; y estando para acometer, usaron los rebeldes de un extraño ardid, y fué que en la boca de su mina, pusieron una cuba de agua hirviendo, y luego quitaron el tablón que habían puesto y soltaron el agua de golpe, de manera que parecía un río furioso y á todos los soldados españoles que estaban dentro les abrasó los piés y á muchos las manos, que por valerse del gran fuego que el agua llevaba, hubieron de dejar las armas sin remedio de poderlo sufrir, y desampararon la mina, y los rebeldes se apoderaron della; y lo mismo hicieron de otra, poniendo en la boca della mucha cantidad de leña verde y la encendiéron con los fuelles de los órganos de la Iglesia mayor, y fué tanto y tan espeso el humo que hicieron que obligó á los españoles, aunque con mucho trabajo, á retirarse sin poderlo sufrir... Aquella noche mandó el Príncipe de Parma que se previniesen muchos tablones gruesos atronerados y diez soldados españoles escogidos de cada compañía de las de los capitanes Gaspar Ortiz y Alonso de Perea y Juan Núñez de Palencia, y á la mañana les dió orden de que entre dos tomasen un tablón y se fuesen arrimando á las minas que habían perdido, y por detrás dellas, lo más cubiertos que pudiesen, cerrasen, disparando por las troneras de los tablones mucha mosquetería, y al amparo dellos caminasen cuatro picas, y siempre procurasen adelantarse lo más que pudiesen hasta hacer desamparar á los rebeldes las minas que habían ocupado. Hiciéronlo valerosísimamente de la manera que lo había ordenado, y por debajo de la tierra fueron peleando, y en tanto que lo hacían se trabó una muy fogosa y valiente escaramuza entre los rebeldes que estaban sobre la muralla con los españoles que asistían á las trincheras, que duró hasta que las minas se volvieron á recuperar, habiendo los españoles muerto la mayor parte de los que las defendían.» Vázquez, *Sucesos de Flandes y Francia en tiempos de Alejandro Farnesio*, lib. III.

(2) Son muy curiosos los pormenores relativos á esta mina que figuran en la obra de Estrada:

«... Había comenzado á abrir otra, dice, en puesto diferente, de mayor artificio y con mayor cautela Juan Bautista Plati, muy inteligente en estas obras subterráneas. Este, lejos del registro de los ojos, y de noche, como es costumbre, había abierto la boca de la mina. Y certificado desde el principio de la distancia que había de aquel lugar hasta el baluarte de la puerta de Tongheren (lo que pudo fácilmente conseguir con la escala de medir alturas) enderezó el camino, no solamente ayudado del imán; porque las piedras, que por aquel sitio se encontraban muchas veces dentro de la tierra, por tener en sí alguna mezcla de hierro, llamaban hacia sí los aspectos de la piedra imán, haciéndole perder los que antes tenía hacia otra parte: sino también valiéndose de la regla, del nivel y de la plomada, enderezándola primero fuera de la zanja al lugar destinado para la ruina, y luego notando la misma dirección dentro de ella en el fondo de lo que estaba ya cavado. Desta suerte, los que trabajaban en la mina, sin perder jamás el hilo de esta dirección, iban adelantandose en la obra por aquella ciega gruta, sacando la tierra que cavaban á la boca de la mina, sustentándola donde amenazaba ruina, hasta que llegaron á la margen del foso de la fortificación, que se buscaba. De aquí ahondando la zanja por debajo del suelo en el mismo foso, y caminando debajo de él, habiéndoles servido como de aguja y carta de marear, el nivel y la piedra de imán, se hallaron en el puesto deseado, cuando se vieron debajo del baluarte que se había de volar. Aquí habiendo cavado una bóveda mas capaz (llamándola horno), y recibídola con estribos de madera, la llenaron toda de pólvora metida en unas cajas largas, sembrando también por el suelo algo de ella; y despues de aplicada al lugar conveniente una cuerda de algodón remojada con salitre, y con un baño de pólvora, cerraron apretadísimamente la boca de la caverna, sin dejarla respiradero alguno. Desde aquí tiraron por el suelo una línea de pólvora, cubriéndola con una canal, con alguna abertura en ella, para que el humo no cegase el fuego; y la llevaron hasta la cabeza de la mina, por donde se había de encender.» Decada II, lib. II de las *Guerras de Flandes*.

sin conseguir avanzar un paso más, pues se lo atajaba un trincherón con foso y estacada, á cuya defensa acudieron animosos los de la ciudad. La lucha fué porfiada, casi igual la pérdida, la ventaja no decisiva, mas si bien dejó de proseguirse el avance, quedaron los nuestros dueños de aquella parte del baluarte y foso.

No menos diligente Mansfeld que Alejandro, colocó veinte y dos cañones frente á la puerta de Bois-le-Duc; y habiéndose puesto de acuerdo con el general en jefe, convinieron que una vez secado el foso, en aquella parte inundado por las aguas del Mosa, y emplazada junto al río una nueva batería de seis cañones gruesos, se diera un asalto simultáneo (8 de Abril). Para esta función



Ejército flamenco en marcha (Copia de un grabado de Dolendo)

acudieron á la citada puerta los tercios de Figueroa y Valdés, diez banderas de alemanes y borgoñones mandadas por el conde Altemps, y cinco de valones; y formaron frente al baluarte de Tongheren el tercio de Toledo, célebre por haberse hallado en la memorable jornada de Lepanto, seis banderas alemanas de Fronsberg, y otras tantas de Barlamont y Fugger, más los valones que mandaba el conde Reulx. En guarda de los puentes habían quedado algunas compañías tudescas. Atentos los de la ciudad á estos movimientos, tompoco daban paz á la mano en lo de acopiar municiones, reparar brechas y reforzar las guardias. Su gobernador les animaba á la pelea con frases elocuentes, y todos á una prometían morir en la defensa.

Roto el fuego por la artillería de los realistas, consiguióse después de algunas horas allanar el foso, volando parte del torreón de Tongheren y abriendo ancho portillo en el baluarte de Bois-le-Duc. En uno y otro punto diéronse grandes ejemplos de valor; aquí y allí rivalizaron en proezas los sitiadores y los sitiados, y despertando en los atacantes la nacional emulación, alemanes, italianos, valones y españoles portáronse como valentísimos soldados. Cayeron en el primero dos ilustres aventureros italianos que, agregados al tercio de Figueroa, marchaban al asalto; siguióles á la eternidad Fabio Farnesio, deudo del general en jefe; el marqués de Malespina, Pedro de

Zúñiga y otros muchos bravos; perecieron entre otros, en el segundo, el conde de San Jorje, Diego Hurtado, Alonso del Castillo y Pedro Pacheco; pero los nuestros con gentil aliento prosiguieron la lucha, lucha terrible, porque el enemigo, haciendo uso de larguísimos varales de los que pendian gruesos palos les azotaba furiosamente, lanzando además, entre todo género de mixtos, proyectiles y liquidos inflamables, aros de hierro cubiertos de pez, betún y pólvora, con los que se enredaban y entorpecian los atacantes. Una torrecilla que dominaba á la puerta de Bois-le-Duc y artillada con esmeriles y falconetes causaba, sobre todo, grandes estragos en los realistas, pues barría de flanco el angosto paso deparado por las ruinas. Allí se hacinaban los cadáveres, llegando á convertirse aquel montón de palpitantes miembros en verdadera trinchera, y la misma apretura con que se combatía triplicaba las muertes y hacía más horrendo el estrago. No menor era el que causaba en nuestras filas el ataque de Tongheren. Aquí los alemanes y valones, arruinado ya el torreón, tuvieron por fácil la subida, y compitiendo en valor, sin aguardar el tercio de Toledo, treparon por las brechas, siendo recibidos por nutrido fuego de arcabuz y repetidos metrallazos. Diezmados por tales descargas estos soldados iban ya á retroceder, cuando acudió en su ayuda el citado tercio. Reanudóse entonces la pelea, y tanto más bravamente, en cuanto un mensajero dió la voz de: *¡Victoria en la puerta de Bois-le-Duc!* ardid ideado por Mansfeld, para dar nuevos alientos á nuestras tropas. Pero ni este recurso, empleado también en la citada puerta, ni el ejemplo que daban nuestros capitanes, lograron darles la ventaja. Por el contrario, una vez descubierto, infundió el desaliento, y tornó en daño de los más esforzados: y fué entonces triste cosa de ver el cuadro que ofrecían aquellos valientes, hundidas las piernas entre ruinas y cadáveres, ahogados por el humo y azotados por los varales, pereciendo, atontados unos, desgarrados otros, heridos los más por el plomo y el acero. Los más atrevidos mandaron un mensaje á Farnesio diciendole era imposible continuar la lucha; Figueroa y Valdés, acreditados de soldados heróicos, desesperábanse viendo diezmados tan horriblemente sus compañías. Sólo Farnesio, loco de ira, no tanto por el empeño, cuanto por la sangre derramada, trataba de insistir, lanzándose en persona á la brecha; pero Tassis y Serbelloni le disuadieron de tal locura, y obedeciendo á sus consejos dió la orden de retirar: retirada desastrosa, pues efectuada frente á un enemigo paratetado ofreció escenas no menos lamentables que el avance (1).

(1) «Este fin, dice Estrada, tuvo el asalto, en que, los que le rechazaron, tuvieron gran valor, y los que le dieron alguna culpa. Porque el no haber igualado el foso antes en la puerta de Balduque (Bois-le-Duc), donde la perdida fué mayor; el no haber desarmado, como se debía, la torre que tenían al lado, antes de asaltar el baluarte vecino, condena verdaderamente al maestro del campo general y al general de artillería con los demas, á quienes incumbía este cuidado. De aquí nació, que el tercio de Figueroa, que había de acometer á la derecha, por donde no estaba bastantemente hecha la subida, mientras se detenía á llenar el foso con tierra y faginas dio lugar á que se encontrasen con él los borgoñones que venían detrás; con que impelido torció hacia la izquierda y se barajó con los de Valdés, que subían ya por donde estaba más igualado el foso; y cargando tambien al mismo puesto los borgoñones se embarazaron y confundieron de tal suerte todos, que ya por la frente, ya por el lado de donde fulminaba sin cesar la torre, llovían sobre ellos balazos sin perderse tiro alguno. Alejandro, dando cuenta, como solía, á los embajadores, vireyes y ministros reales, de toda la monarquia, de esta desgraciada facción, afirma que en el último choque de este día, de solos los españoles no gregarios, sino de los que tenian algun puesto en la milicia, los muertos fueron ciento y cincuenta y casi doscientos los heridos; pero que de las otras naciones, entrando en cuenta capitanes de infantería, alféreces, cabos de escuadra, sargentos y aventureros, se echaron menos poco más de ciento, y quedaron heridos de peligro doscientos y veinte. Que de los enemigos pensaba había sido menor el numero, pero no menor el daño; respecto de que ellos estaban sitiados, y á estos cualquiera que los disminuye los vence; pues no han de bastar para los mismos trabajos y peligros, que entre pocos se repiten mas á menudo. Mayormente, constándole, que habían muerto algunos de sus cabos. Mas escribiendo con individuacion de todo lo sucedido al Rey, despues de haber mandado á los maestres de campo, que sacase cada uno por las listas de su tercio los nombres de los principales españoles, muertos ó heridos en este cerco, le envió una memoria de ellos dentro de la carta y decía: *Que desde el primer día del cerco de Maestrique hasta nueve de Abril, hecha la cuenta por los tercios, se hallaba haber faltado cuatrocientos españoles, los más personas principales; que en la enfermeria del ejército quedaban casi otros tantos heridos; que á Lieja habían sido llevados por la misma causa ciento y treinta; que en los cuarteles se curaban a sus expensas cerca de doscientos.* Después refería por índice los nombres de los principales, sin nombrar, por lo menos en esta carta, á alguno de otra nación, fuera de Scipión Campi, ingeniero mayor, que de enfermedad murió en Lieja. Esta relación hacía Alejandro al Rey con mención muy honorífica de los que en su servicio habian muerto con valor; como tambien con alguna queja contra algunos cabos del ejército, aunque sin nombrar á ninguno de ellos; pero nombrólos en una carta larga a su padre Octavio, individuando aquello en que cada uno hubia pecado, enojado con ellos, según parece. Pero disimuló la indignación intempestiva para el tiempo; porque echándose también ellos la culpa unos á otros con palabras de amenaza, más era menester aquietarlos, que reprenderlos, y finalmente, convenía sustentar el ejercito desmayado con la derrota recibida, con el ánimo del general.»

Vazquez da á conocer en los *Sucesos* alguna de las rencillas entre los cabos del ejército real, á que alude Estrada, y relata con algun detenimiento la querella habida entre Barlamont y el conde de San Jorje, consignando de paso «que la prudencia del Príncipe era tanta que en vez de castigar los malos servicios que le hacían, les daba gracias por ello, forzado más de la necesidad que tenía de contemporizar con la gente del país, que por su voluntad, porque algunas veces no merecían sus obras que se la tuviese.»

Dos cosas dijo más adelante Farnesio que le había enseñado este asedio: usar más á menudo del gastador que del soldado, y no emprender de allí adelante cosa sin haber primero reconocido y tanteado por sí mismo el lugar. Sin embargo; ni él ni sus más expertos oficiales desistieron en aquel grave instante de continuar el sitio, si bien adoptando un nuevo sistema de ataque. Serbelloni y Barlamont fueron encargados de organizar un personal apto para el trabajo de zapa; mandáronse llamar de Lieja tres mil mineros, y reconocida cuidadosamente la circunferencia de la ciudad, resolvióse circunvalarla más estrechamente, construyendo una nueva línea de trincheras reforzada á cortos intervalos por fortines, gracias á la cual, no sólo se apuraba más á los sitiados, si no que se atendía á cualquier ataque exterior. Y este plan no pudo ser más acertado, pues precisamente en socorro de Maestricht avanzaban ya unas 200 banderas y 300 caballos rebeldes mandados por Juan de Nassau, hermano del príncipe Guillermo. El general rebelde convencióse, así que avistó la ciudad, de la inutilidad de su empeño, y se retiró después de haber manifestado á Orange que una nueva ciudad abrazaba á la antigua. Así era en efecto, porque según la traza que de las fortificaciones envió Serbelloni á Felipe II, afirmaron los hombres más peritos en el arte militar que era *de las cosas más cabales hasta entonces hechas.*

Coincidiendo con todas estas operaciones, é independientemente de la negociación que se llevó á cabo con los valones, ocurrían en los Países Bajos otro género de novedades, hacia las que nos es fuerza divertir la atención, por lo que debían influir en el curso de la guerra. No dejaba de mano D. Felipe el asunto de la pacificación, y otro de los recursos á que acudió para lograrla, fué apelar á la influencia del emperador de Alemania, nombrándole árbitro en el pleito que venía sosteniendo con sus súbditos. Aceptó éste el nombramiento; señaló la ciudad de Colonia para reunirse los diputados realistas y confederados, haciéndose él representar por otros embajadores; y desde aquel momento, en representaciones escritas y verbales, reclamos y quejas, fué transcurriendo el tiempo sin lograrse nada decisivo: lo que se comprende por la razón sencilla de que ni Felipe ni los Estados podían transigir en la cuestión religiosa. Pero Orange quiso explotar estas negociaciones, exigiendo que los diputados flamencos pidiesen suspensión de armas, y tratando de evitar la reconciliación de los valones, so pretexto de que se infería con este acto particular un agravio al César. Ni una ni otra cosa logró, gracias á la energía de Farnesio; pues, atento éste á influir en las negociaciones por medio de la victoria, cuidó de avisar á Felipe, al Emperador y al comisario real de Colonia cuáles eran los intentos del príncipe Guillermo. Y en verdad que, teniendo en cuenta sus avisos, no se acierta á comprender cómo el monarca español persistía aún en aquel juego diplomático, que llevaba trazas de no terminar nunca. Sólo haciéndose cargo de las enormes cantidades que aquella guerra costaba, y de las múltiples atenciones que pesaban sobre Felipe II, se acierta á comprender que una y otra vez intentara la conciliacion; que la deseara hasta el extremo de comprar la paz de Flandes con cien mil escudos de oro, suma que liberalmente debía ofrecerse á Orange si abandonaba los Países, y esto sin perjuicio de poner á su hijo en posesión de todos sus dominios. Pero precisamente Orange había dicho ya en secreto que *de ningún modo le salía la cuenta:* lo que no era esto óbice para que fomentara los trabajos de Colonia, fundándose en que de un modo ú otro lograría, á pretexto de la paz, una tregua que deseaban él y los Estados, con tanto más ahinco, cuanto más decaídas andaban las armas rebeldes, sobre todo desde que Juan de Nassau hubo de renunciar al socorro de Maestricht. Por lo mismo los comisionados flamencos en Colonia desplegaron gran habilidad en pintar á Farnesio como único obstáculo para la paz; pero harto conocía éste cuál era el blanco á donde tiraba Orange, y con no menos astucia manifestó que, sobre no tener aún aquéllos los poderes requeridos, la tregua se había de convenir entre las cuatro parcialidades en que estaba dividida Flandes, la de Orange, la de Casimiro, la de Alenzón y la de los *Descontentos*, porque, con disentir cualquiera de éstos, no estaría garantido el Rey.

Como era de esperar, las reuniones de Colonia terminaron sin que se llegara á un acuerdo, pero no dejaron de ser beneficiosas á España. Representaron allí al Emperador Rodulfo: el conde de Schwartzemberg, los arzobispos electores de Tréveris y Colonia, y el obispo de Herbípoli;

al rey de España : Carlos de Aragón, duque de Terranova; al Pontífice : el arzobispo de Rosano; envió tres comisionados el duque de Juliers y Cleves, y las provincias coaligadas mandaron once señores, al frente de los cuales figuraba el duque de Ariscot. Las sesiones se inauguraron con gran solemnidad, mas comenzaron las dificultades al examinar los poderes de los representantes flamencos; no vencidas aún, procedieron éstos á reclamar contra los tratos sostenidos por Alejandro con los valones; luego se discutió quién debía presentar primero los capítulos de la pacificación, y por último los confederados presentaron éstos : «Matías quedaría al frente del gobierno, ratificaríase todo lo hecho por éste; devolveríanse todas las fortalezas tomadas por D. Juan y Alejandro; dejaríase practicar la nueva religión en los puntos donde se hubiera establecido; pagaría Felipe II á los Estados un millón de coronados.» Estas absurdas condiciones inspirólas, sin duda, el abandono en que tenía el Rey al ejército sitiador, el cual comenzó á dar claras muestras de indisciplina, si ya no la astucia de Orange, que poderosamente influía en ello, para dar lugar á un rompimiento. En cambio el rey de España presentó estas : «Sacar de Flandes la milicia extranjera, conceder solamente á los flamencos todos los cargos civiles y militares, nombrar para el gobierno un príncipe de la sangre real; pero, en lo tocante á religión, que se observara sólo la católica, si bien dejando un periodo de cuatro años á los reformados que quisieran pasar á otro país con sus haciendas.»

Con citar estos puntos se comprenderá fácilmente que no era posible la avenencia; sin embargo, propusieron los árbitros imperiales nuevas fórmulas que merecieron la aprobación de los comisarios flamencos, si bien exigiendo que, puesto que debían ratificarlas los Estados, era indispensable la suspensión de armas (1). Con esto vínose á conocer que era su aprobación mero pretexto, y rehusada la tregua por Farnesio, exageraron sus pretensiones y llegaron al extremo de manifestar que declararían depuesto de sus dominios de Flandes al rey de España. Ya estuvieron á punto de terminar bruscamente las conferencias, pero remitióse el negocio á los mismos Estados, y desde aquel momento, en juntas, reuniones y tratos, perdióse largo tiempo, logrando, sin embargo, los españoles que Bois-le-Duc y Valenciennes de nuevo volvieran á su parcialidad; que de los mismos comisarios flamencos se les adhirieran los más principales, y que, por último, quedara en su punto la mala fe de los rebeldes. Esto era precisamente lo que deseaba Farnesio.

El período transcurrido desde que se presentó Juan de Nassau frente á Maestricht hasta la terminación de las conferencias había sido, para el ilustre Alejandro, de zozobras y amarguras. Atento á los manejos del enemigo en Colonia, y á los cuidados que requería el sitio, hubo de distraer su atención al gravísimo peligro con que le amenazaba la falta de pagamentos; pues, empeñado Felipe II en la jornada de Portugal, ni un maravedí destinaba al campo español, falto hacía tres meses de recursos. É inútil es decir que, necesitada la gente, dábase al pillaje de los campos y aldeas del contorno, trabajaba de mala gana, desamparaba las guardias y desobedecía descaradamente las órdenes de sus cabos. Ni bastaba á contenerlos la horca, porque, siendo el hambre más poderosa que el miedo, á compás que aquélla crecía era más despreciado el suplicio. Los regimientos de alemanes manifestaban ya que ni del enemigo defenderían los reales, los reitres conspiraban con los infantes, y de cundir el mal ejemplo en la restante caballería, era de temer el más terrible y bochornoso descalabro. De aquí las angustias y los esfuerzos de Alejandro para procurarse dinero; escribía á sus padres pidiéndolo con encarecimiento, mandaba á Colonia un emisario para que Terranova le adelantase alguna cantidad, empeñaba sus alhajas para lograr el

(1) Los artículos que los árbitros propusieron fueron estos:

«Que el Archiduque Matías no fuese confirmado en el gobierno, pero que quedasen válidos para en adelante sus actas. Que las ciudades y otros lugares se entregasen en manos del gobernador, pero que éste no señalase para sus gobiernos sino á sujetos flamencos, los cuales, además de los antiguos juramentos que debían prestar al Rey como á natural señor, jurasen al Rey y á los Estados, que observarían las presentes capitulaciones. Que el Rey había de elegir por gobernador á un príncipe de la sangre, pero de quien no tuviesen los súbditos causa justa de descontento. Que en las provincias de Flandes se observase únicamente la fe católica, como los mismos Estados en la unión llamada general lo habían prometido. Á las provincias de Holanda, Zelanda y Bommel, se las dejaba al concierto de la pacificación de Gante. El Rey, considerando la necesidad de los tiempos, había de condescender con los vasallos que en las de Flandes faltaron á la antigua religión, permitiéndoles vivir en ellas y suspendiendo la ejecución de las leyes penales, hasta que se decretase otra cosa en orden á moderarlas, por los Estados legítimamente convocados por mandato real ó del Gobernador.»

completo, no se daba descanso hasta tener aquel puñado de oro que le aseguraba su comprometida gloria militar. Y en verdad que, á no llegar oportunamente el socorro metálico de Colonia, hubiera sido su situación en extremo aflictiva; pues al siguiente día iba á presentarse ante su tienda toda la caballería. Reunió entonces á los de á pié y les dió sus pagas, mandó esperar un día más á los de á caballo, como haciendo alarde de que no les temía, y, satisfecha la atención, propúsose dar nuevo impulso á tan prolongado sitio, no tan peligroso por lo respetable del enemigo cuanto por las atenciones que requería el sostenimiento del ejército.

La diligencia y el esmero que había empleado el ilustre caudillo en fortificar su campo, fué



Triunfante entrada de Farnesio en Maestricht (Copia de un grabado de Hooghe)

igual á la que pusieron los sitiados en robustecer y perfeccionar las defensas de la plaza. Y si aquel era imponente por sus sólidas y dilatadas trincheras, sus numerosos fuertes y sus bien plantadas baterías, esta aparecía ahora realzada con nuevos traveses, enormes trincherones y profundos fosos que dificultaban más su presa. Entre estas obras merecían, sin embargo, particularísima atención las construídas en la puerta de Bruselas y que describe Estrada así: «Era un rebellín que salía en punta de baluarte con trinchera y parapeto para disparar desde aquí los defensores, con su foso hondo de pica y media. Dentro de esta máquina se ocultaba otra, á la cual, en caso de haber de ceder del puesto, por un puente de madera se recogiesen, para desde esta retirada volver de nuevo á la pelea: porque esta defensa interior tenía en proporción su trinchera y foso de igual profundidad; y aun en caso que el enemigo se hiciese dueño de ésta, quedaba atrás tercera retirada con foso triangular y con trinchera y parapeto. De aquí se daba un paso angosto para la puerta de Bruselas por un puente echado sobre el principal foso de la ciudad. Este paso ó entrada defendían tres torrecillas, y otra cuarta mayor, abrazando todas cuatro á la puerta: y para que no faltase cosa, cada trinchera de este triplicado baluarte tenía su estacada, sus casamatas armadas

con arcabuceros, sus hornillos ocultos por las orillas de los fosos, y en el primer foso mayor, y más vecino á los enemigos, habían abierto muchas bocas para salir ocultamente del plano de la margen ó por debajo de tierra ponerse de improviso sobre el campo: teniendo para este efecto en la estrada encubierta dispuestas algunas surtidas ciegas (1).»

Estas importantes obras defensivas, como más próximas al campo católico, eran las de que convenía principalmente apoderarse; y por lo mismo resolvió Farnesio dar por allí el ataque. A cuyo efecto comenzó por construir frente á ellas una elevadísima plataforma ó caballero desde el cual se dominaran, facilitando así la artillería el ataque de los infantes; y terminada la obra lanzó al foso los gastadores para que comenzaran á socavar el baluarte; pero los de la ciudad que en vano estorbaron la construcción del vecino caballero, convencidos entonces de que no podrían sostenerse en los primeros traveses, dieron fuego á las minas y se retiraron á los segundos. Confiaban en que no hallándose ya tan vecina la batería, sería la defensa más fácil, y por lo mismo aunque más reducidos, no se mostraron menos alegres y valerosos.

Dueños sólo los nuestros de un montón de ruinas, supieron, sin embargo, fortificarse en ellas, y mientras de nuevo volvían al trabajo de zapa, Alejandro con tal acierto colocó sus baterías, que cogiendo los fuegos al enemigo por el flanco, imposibilitaban el tránsito del puente colocado entre las obras avanzadas y la puerta de Bruselas, amenazando aislar á los que se hallaban en ellas. Esto decidió á los sitiados á retirarse definitivamente de dichas obras, no sin destruirlas con la mina y el azadón, para que el enemigo no las utilizase; sin embargo, ya éste formaba en el camino cubierto extendiéndose las tropas frente al foso, espacio de trescientos pasos, y apercibiéndose á trabar la pelea. Protegidos por las piezas colocadas sobre las ruinas, lanzáronse los nuestros al foso, y allí entre el humo producido por las minas y los arcabuces, gastadores é infantes lucharon bravamente en todo el intervalo que mediaba desde la torre de San Servas á la puerta de Brúselas; la espada, el azadón y el mosquete hicieron á la par sus oficios; pero esta vez la acertada dirección del ataque dió el fruto apetecido, pues á la postre tremoló en los muros de Maestricht el estandarte real, con gran bizarría sustentado por el alférez Manelli. Desde aquel instante la plaza podía darse por rendida.

Cundió por la ciudad la noticia de que eran los nuestros señores de los muros, y pasada la primera alarma, estalló la discordia entre la guarnición y los habitantes, opinando aquélla por la entrega, éstos por la defensa á todo trance. Pero tal divergencia, sirvió sólo para hacer patente el ánimo de aquéllos esforzados ciudadanos: hombres y mujeres se ofrecieron á una para el trabajo y la pelea, y haciendo buenas sus promesas, comenzaron por fabricar en la puerta de Bruselas una media luna robustecida en sus extremos con grandes traveses y con foso hondo de treinta codos. Esta interior fortificación apresuradamente construída por miles de personas, exigió de los españoles un nuevo esfuerzo: para atacarla con éxito era indispensable arrimar á ella la artillería y esto no era fácil existiendo entre la parte de murallas recientemente conquistada y el camino cubierto un foso profundo de tantos codos. Sin embargo; aleccionado por el primer ataque, Farnesio decidió construir un puente sobre el foso y pasar por él al muro los cañones gruesos, obra esta que se verificó con grandes trabajos y peligros, pero que dió el resultado apetecido. Emplazáronse las piezas, en cuya ocasión recibió la muerte Barlamont; batióse con gran furia la medialuna, y comenzaron los gastadores sus trabajos para demoler el cuerno izquierdo; mas antes de que las ruinas depararan camino á los realistas, los sitiadores lanzáronse contra ellos atropelladamente, entablándose entonces el combate mano á mano y con no menos furia que al darse el primer asalto. Espacio de dos horas se luchó en la media luna, y aunque fué ruda la pelea, más prolongada hubiera sido á no secundar eficazmente la piqueta al cañón, pues quebrantada la obra y dueños los españoles de sus dos cuernos, ya no quedó á los sitiado otro remedio que desampararla. Así lo efectuaron con grave pérdida y conduciendo herido á su gobernador.

Ya no dudaba Farnesio de la inmediata entrega, sobre todo sabiendo por un desertor el verdadero estado de la plaza; y queriendo evitar los horrores de un saco, mandó á los sitiados

(1) *Dec. II*, lib. III, de las *Guerras de Flandes*.

un emisario para tratar de aquélla. Pero enloquecidos por la desesperacion, presas de la ira y del dolor despidiéronle con desprecio y otra vez acudieron á los puntos amenazados, dispuestos á morir entre las ruinas. Contados estaban en efecto sus días; y si bien una violenta fiebre que acometió á Farnesio entorpeció las operaciones, la breve inacción de los realistas contribuyó por nuevo concepto á su pérdida. Habíase dado orden á los escuchas de que entrasen durante la noche en las vallas y observasen atentemente á los sitiados. Uno de estos soldados descubrió á las primeras luces de la aurora la grieta mal cerrada del trincherón enemigo, y arrastrándose por las ruinas y abriéndose camino por ella con grande industria, vió que los del cuerpo de guardia estaban dormidos y los puestos completamente abandonados. Dió inmediato aviso á sus cabos, éstos al general, y Alejandro, desde el lecho, terminante mandato de proceder al asalto. En su consecuencia, ordenadas las haces avanzaron sigilosamente los españoles por el foso, treparon con escalas á la trinchera y arrollando cuanto encontraban á su paso pusieron la planta en la ciudad. Aquí formalizóse ya la lucha, porque al estampido de los arcabuces acudieron los moradores, y comenzó, no ya el combate, sino la carnicería. A las repetidas detonaciones, mezclábase el chocar de los aceros, el ronco vocerío de los soldados y los alaridos de las mujeres, que también tomaban parte en la pelea. Arrojábanse desde las casas piedras, líquidos incendiarios, agua hirviendo; trepaban á ellas los nuestros y repetían la matanza; y así de unas á otras calles y moradas, cundían el desastre y la muerte, resonando por toda la ciudad el lúgubre eco de la guerra. Pocas escenas, sin embargo, tan espantosas como la ocurrida en el puente que sobre el Mosa enlaza una y otra parte de Maestrich; porque habiendo creído el gobernador que aun podría sostenerse en la situada al opuesto costado del río, huyó allí con la guarnición y como arrebatadamente le siguieran los habitantes, no pudiendo el puente dar paso á la multitud, morían los más pisoteados, otros caían al río, y otros eran aplastados en el pretil. En momentos tan críticos, decidieron los que guardaban la puerta cortar el paso, levantado un puente levadizo colocado al extremo del de piedra, y entonces á manera de humanos racimos cayeron en el río miles de personas (1). Incomunicado desde aquel momento el arrabal, y comprendiendo los allí refugiados no era ya posible resistir por más tiempo, resolvieron pactar la entrega, y en estos tratos se hallaban con Mansfeld y Gonzaga, cuando sobrevino un nuevo y no menos lamentable suceso. Los soldados que en aquel costado cercaban á Maestricht, y que por consiguiente habíanse mantenido arma al brazo mientras el asalto y el saqueo, movidos por el rumor de que los borgoñones habían penetrado en el arrabal, ó buscando con el engaño pretexto para el pillaje, sin esperar orden alguna de Mondragón, su jefe, asaltan de repente los muros, casi abandonados, matan algunos centinelas, abren una puerta y se lanzan al arrabal, ganosos de que no se les anticipen en la presa. Esta imprevista ocurrencia, cortó, como es consiguiente, las pláticas de entrega, y no menos codiciosos entonces los que dominaban ya en la ciudad, atraviesan con gran furia el puente, é invaden por aquel lado el arrabal para convertirlo en nuevo teatro de su rapacidad. De esta suerte aquella parte de Maestricht que pudo verse libre de tales horrores, no evitó el destrozo, las ruinas y la matanza, pereciendo en ella con buen número de ciudadanos el resto de los mercenarios ingleses y franceses que defendieron la ciudad y con ellos su gobernador. A la mala avenencia de Mansfeld y Octavio Gonzaga, que, por enfermedad de Alejandro, regían el ejército debiéronse muchos de estos destrozos; sin embargo, no es menos cierto, que el saqueo duró algunos días, y amenazaba prolongarse excesivamente á no haberle puesto término las órdenes severas de Farnesio (2). Así terminó el célebre cerco de Maes-

(1) «Fué un día de juicio, dice Vazquez, y tan grande la mortandad, que ponía admiración, pues al desembocar del puente había un gran monte de cuerpos muertos, que pasaban de doce mil con los que se habían echado en el río; y muchas madres estaban con sus tiernos hijuelos en los brazos, puestas boca con boca, y algunas las tenían en los pezones de las tetas, y todas muertas y llenas de heridas, que movía á gran compasión, sin que se escapase ninguna de las mujeres que trabajaban, que peleaban como los soldados y estaban repartidas en tres compañías.» *Sucesos de Flandes*, lib. III.

(2) «El saco que se siguió despues de la matanza, dice Estrada, se continuó por muchos días; y fue, cual se puede imaginar, de una ciudad que de solos fabricantes de paños tenía poco menos que diez mil, y cuyas ganancias eran por extremo grandes con el comercio de los generos que se sacaban para Alemania ó se traian de allá. Todo lo cual fué añadidura de la victoria. Consta que la presa que se juntó de la ropa y menajes de las casas, de mercaderías y del precio que los ciudadanos dieron por sus personas, pasó mucho de un millón: esto en lo publico, porque la noche y el tumulto era fuerza que ocultasen muchas cosas. Tengo por cierto que en Lieja, Aquisgrana y Cleves

tricht, después de cuatro meses de trabajos y algunos terribles asaltos: murieron en él unos 8,000 habitantes, entre ellos 1,600 mujeres (1); de los españoles 2,500 soldados, 37 capitanes de infantería, el general de la artillería conde de Barlamont, y el conde de San Jorge, jefe de los aventureros italianos. El mismo Alejandro estuvo á punto de morir también, porque á causa de las fatigas del sitio enfermó de tal gravedad, que ya sus allegados le dieron por perdido, causando esta noticia grandísimo sentimiento en los soldados. Pero su enérgica naturaleza triunfó del mal, y el ilustre caudillo tuvo la dicha de verse conducido en triunfo á la ciudad tan costosamente vencida. Entró en ella en hermosas andas, sostenidas por sus maestres de campo, seguido de sus brillantes escuadrones de los que salía en distintos idiomas el grito de *¡victoria!* (29 de Junio de 1579).

Este triunfo, como fué costoso, fué trascendental. La narración de los destrozos allí hechos, estremeció á Flandes entera: fortificáronse apresuradamente las ciudades adictas á los Estados; tumultuáronse otras en las que prevalecían los católicos; abrió Bois-le-Duc sus puertas á los españoles, los de Malinas abrazaron el partido de Alejandro en iguales condiciones que los valones, y su cabo, con el auxilio de los nuestros, se hizo dueño de Willebrouc; por último, 4,800 rebeldes que sorprendieron á la caballería del capitán Contreras en las cercanías de esta población, fueron á su vez atacados por Olivera, y sufrieron una total derrota.

Donde más influyó el suceso de Maestricht, fué en las provincias frísicas, pues dividido el pueblo y la nobleza, y arraigadas las nuevas creencias, cometiéronse los mayores excesos, talándose los campos, demoliéndose las iglesias y castillos, y entregándose unos y otros sectarios á todo linaje de venganzas. Empero, su gobernador Laligni, atento á los vientos de la fortuna, y conociendo el flaco poder de los Estados, mostróse favorable á los tratos que secretamente le hicieron el duque de Terranova y Farnesio; y con asegurarse en los gobiernos que ejercía, con señalarse gajes, sueldos y títulos, volvió á la parcialidad real. Esta nueva adhesión procuró al Rey dos nuevas provincias, y extendió sus dominios por la frontera alemana hasta el Norte. Mas por desgracia la jornada de Portugal distrayendo la atención y los recursos de Felipe II, impedía proseguir con empeño la guerra, y terminarla con la reconquista de Amberes y el Brabante meridional; y cuando Farnesio necesitaba con más urgencia el dinero, encontrábase no solamente falto de auxilio, sino de esperanzas de tenerlo, é imposibilitado por lo tanto de cumplir su pacto con los valones. Si el concierto tenía que cumplirse, Alejandro venía obligado á despedir, y, como es consiguiente, á pagar á la milicia extranjera, y además á levantar nuevo ejército en el país. De no ser así, la obra tan costosamente levantada rodaba en pedazos, pues sobre no ratificarse los acuerdos, ya los soldados de Alejandro comenzaban á cometer excesos, á darse al merodeo, á exigir dinero y vituallas. De todo esto dió cuenta Alejandro al Rey, suplicándole con vivísimas instancias el envío de metálico; mas por lo pronto hubo de concluir los tratos con los

se pagaron de contado por el rescate de los prisioneros más de doscientos mil ducados. Mas por eso no se daba por contenta la avaricia de los soldados: andaban por las oficinas y tiendas por si algo se había dejado en ellas; y amenazando á los míseros con la muerte, si no manifestaban las riquezas escondidas; en tanto grado, que hubo algunos tan desesperados de la vida, que escapándose de entre las manos de los que los atormentaban, como para mostrarlos dónde tenían el dinero, se arrojaban del puente, convidándolos á que les siguiesen, si querían hartar la insaciable sed de su codicia. Duró el saco hasta que por un edicto vedó Alejandro: «que nadie en el ejército real, de »cualquier nación ó jurisdicción que fuese, se atreviese desde aquel día en adelante, á robar las casas de Mastrique ó su arrabal; á echar »mano de los habitantes, á obligar á que se rescataren los ya apresados, ni á hacerles agravio alguno. Antes que, saliéndose de las casas, de »que hasta aquel día se habían apoderado sin orden para hacerlo, cada cual se recogiese á su cuartel; no sacando cosa de las casas sin »licencia del supremo gobernador de Flandes ó de quien el Gobierno pusiese en la posesión de Mastrique, so pena capital que se ejecuta»ría al punto que se violase el edicto.» Además de esto prohibió: «Que ninguno volviese á poner en rescate bienes, casas y personas una »vez rescatadas, ó pidiese por fuerza á los prisioneros, ni alimentos, ni otra cosa alguna, fuera del tributo que primero se les impuso: si »otro hicieren, sobre la pérdida del tributo, serian gravemente castigados.» Por último, ordenó: «que todos los que tuviesen en su poder »alguna mujer ó niño, luego al punto los enviasen á su casa, ó alegasen si tenían algún derecho para retenerlos; porque contra el trans»gresor de cualquiera de estos dos mandatos, se procedería con el rigor que merece, quien quebranta las leyes de la disciplina militar, «sin dilación.» Decada II, lib. III,

(1) De los tres principales defensores de Maestrich, el gobernador, Sebastián de Herlen, murió combatiendo en la plaza de San Serbas; Tapino herido y casi moribundo fué conducido á la presencia de Alejandro, quien lo retuvo prisionero, pero falleció á poco. Suerte más infeliz cupo á un capitán español, llamado Manzano, que, cinco años antes, se habia pasado al enemigo, y que se distinguió bastante en la defensa de la plaza; pues sus compatriotas lo mataron haciéndole correr entre las picas.

valones, acceder á la salida de las tropas, primera condición impuesta, y resolverse á que se levantara un ejército de gente del país. Esto era también lo que le ordenaba el Rey, quien tal vez no veía con buenos ojos el rápido engrandecimiento de Farnesio.

Bien se comprenderá las dificultades con que debía tropezar Alejandro para organizar ese ejército en país apenas sometido; pues aunque para su formación admitieran las provincias reconciliadas los tercios viejos de alemanes y borgoñones, ni unos ni otros querían otra cosa que sus sueldos y el regreso á la patria; y los nacionales ni querían servir si antes no se les pagaba, ni eran en número bastante para defender el país. Y cuenta que precisamente entonces agitábase el príncipe de Orange, ansioso de recuperar á Malinas, Bois-le-Duc y Groninga, no sirviéndole á Farnesio el ejército de que disponía á intentar operación alguna: primero porque tenía que ser despedido y pagado, segundo porque los soldados, habiéndolo entendido así, obedecían con harta dificultad. Basta tener en cuenta el número de tropas reunidas á sus órdenes, y las enormes cantidades que se les adeudaban (1) para darse razón de sus apuros, y del grave peligro que le amenazaba, caso de estallar la sedición; «peligro tal, escribía Alejandro al Rey, que para vencerle la *sangre convertiría en oro* »



Coronel de infantería francesa
(*Museo de Art de París*)

Enviada á Felipe II detalladísima cuenta de lo que se debía, mandó éste un anticipo de seiscientos mil escudos de oro, cantidad escasísima para cubrir las obligaciones más perentorias, pues para satisfacción de todas, «no bastaban los seiscientos mil, pero *ni diez veces seiscientos mil.*» Así y todo, la noticia del envío dió lugar á tumultos, por suponer los alemanes que se trataba de pagar primero á los españoles; y como no alcanzó á llenar las atenciones perentorias, continuaron los soldados sus fechorías en los campos y en las ciudades. Un curioso episodio pinta el estado de la milicia. Al entrar Farnesio en Namur, hízole los honores una compañía, y al inclinar las lanzas, pendiente de una de ellos, apareció una bolsa. Alejandro conteniendo la ira, dijo en alta voz ser la invención graciosa, y como el jinete, teniendo esto por alabanza, se adelantara un tanto, sacó el general el acero, y le descargó una recia cuchillada, diciéndole estas frases: *Aprende á inclinarme la lanza con más respeto, y á no levantar bandera con este linaje de burlas.*

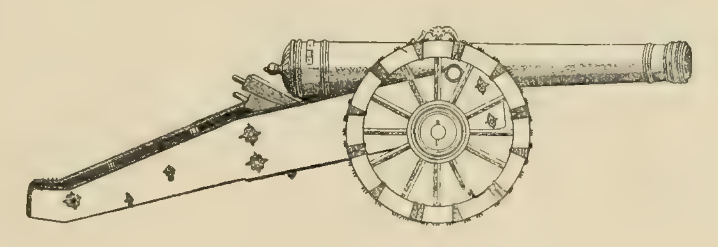
(1) «Constaba el campo de Farnesio, que se había de deshacer puntualmente, de quince tercios cinco alemanes, otros tantos valones borgoñones dos, españoles tres (no contando algunos regimientos extraordinarios de Italia, no todos estos igualmente llenos en número de gente; porque los españoles y alemanes hacían grande ventaja en eso á los demas La caballería se componía de cuarenta y dos tropas ó cornetas; las más de raytres, borgoñones y albaneses. Era este ejército no menos formidable, ahora al general, que antes al enemigo; y cuanto se aventajaban mas en el número los soldados, y en el valor de las legiones veteranas, si abandonando el obsequio, intentara hostilidades tanto aumentaba el cuidado de Alejandro y le obligaba á que se temiese de sus mismas fuerzas. Y no sin causa; porque todas las naciones, viendo que para ellas se acababa la guerra de Flandes, pedian á competencia, y como quien se ve con las armas en la mano, que se hiciese cuentas con ellas; y que las pagas que habían tolerado se les dilatasen hasta aquel día, parte por la recompensa de los presos, parte por continuar en la milicia para granjear en ella honras ó intereses, ahora todo se les pagase por junto y de contado.»

Hé aquí, según los asientos que Alejandro mandó al Rey, el sueldo que recibían estos soldados: «A la infantería española repartida en los tres tercios de Toledo, Valdés y Figueroa, que constaba de cincuenta y una compañía de á cien hombres, se pagaban de sueldo cada mes treinta y un mil ochocientos cuarenta y siete escudos de oro. A la caballería ligera de naciones, dividida en veinte y una tropa, catorce mil trescientos noventa. A ocho banderas de infantes; valones, á cargo de Altepenne, á cuatro, á cargo de Reulx, y á seis de alemanes alistados por Fronsberg, trece mil cuatrocientos nueve. A la caballería alemana de los ferreruelos, en que se contaban tres cornetas de Samblemont, cinco del duque de Sajonia, dos de Billy, una de Bilz y diez de Brendelio, sesenta y tres mil setecientos cincuenta y dos escudos de oro; que sumados todos montaban *ciento veinte y tres mil trescientos noventa y ocho escudos de oro* Tan grande era el sueldo de *solo un mes*, y no de todo el ejército, pues no entraban en esta cuenta los borgoñones á pié, ni todos los italianos, ni parte de los valones, ni los más de los alemanes, de los cuales sólo al tercio de Altemps se pagaba cada mes de sueldo *más de treinta mil escudos de oro.*»

«Nada convencía con más claridad la necesidad de dinero, que la suma de lo que hasta aquel dia se estaba debiendo á los veteranos, sacada de otra cuenta, la cual, sin los valones e italianos, excedía mucho la cantidad de *cuatro millones*, uno para los españoles, tres para los alemanes y borgoñones.» Decada II, lib III, *De las guerras de Flandes.*

Procuró, sin embargo, Farnesio ir efectuando los pagos y despidiendo las guarniciones, que ya constituían un serio peligro; y más ó menos satisfechos, pues á unos á mano, otros á cuenta, se les dieron las pagas (1), marcharon á Italia los españoles é italianos y á sus respectivos países, parte de los alemanes y borgoñones. Con este suceso coincidieron la pérdida de Malinas y la batalla de Engelsmunster; sorprendida aquélla por el inglés Norris y saqueada por espacio de un mes; ganada ésta por el marqués de Rubas, Gregorio Basta y Camilo del Monte á las tropas del francés La Noue. El general rebelde fué atacado en sus mismos reales por los citados caudillos, y con tal acierto que cayó prisionero con muchos nobles, dejó en el campo seiscientos soldados y en poder de los nuestros diez y siete banderas, tres cañones y todo el bagaje.

Sólo conociendo á fondo el carácter y la política de Felipe II, se comprende que mandara á raíz de estos sucesos de gobernadora á Flandes á D.ª Margarita de Parma, si bien dividiendo aquel gobierno entre ella y su hijo: porque Farnesio tenía gran ascendiente en las provincias conquistadas, y sobre prevalecer los asuntos de guerra á los civiles, no consentía el mando tan desacertada



Cañón. Copiado de un dibujo existente en el Archivo de Simancas

división. Pero Felipe, que por un lado estaba empeñado en atraer á los flamencos con la benevolencia, temía por otro el excesivo encumbramiento de su sobrino, y aconsejado por Granvela, el antiguo oráculo de la duquesa de Parma, acordó este nombramiento. Sucedió entonces lo que era de esperar. Margarita encontró el país muy otro del que lo había dejado; desde la frontera tuvo que marchar con grandes escoltas; en la ciudad de Namur donde acudió su hijo á recibirla, vió á las tropas tumultuadas, y así en el tránsito, como en la ciudad, reconoció era aquel gobierno más para un hombre de guerra que para una mujer ya entrada en años. Por su parte Alejandro, sin dejar de reconocerla y secundarla, escribió al Rey, manifestándole las di-

(1) «Los primeros que fuera de orden se llamaron á las pagas (poniendo en esta parte el de Parma gran cuidado), fueron los españoles que estaban en los presidios, especialmente de Namur, Mastrique y Philippeville; para que suavizados con esta antelación, más fácilmente saliesen de las fortalezas, en las cuales se mandó que entrasen los valones del conde de Reulx, por ser tenidos por los más fieles entre los suyos. A las guarniciones que salieron, no costó mucho el persuadirles que contentándose con cuatro pagas de presente, esperasen las demás al crédito del Rey en Milán. Despidiéronse después los borgoñones con poco dinero, pero con mucha repugnancia, por la buena maña de sus maestres de campo. Pero á los más de los raytres y á las coronelías de Altemps y Polvillier, que había militado más tiempo que los otros alemanes, de presente, se les dieron seis pagas, dos se les libraron para las primeras ferias de Francofourt, y las demás para dentro de tres años, con sus seguridades. Esto mismo se hizo con los veteranos de la coronelía de Fronsberg, diferenciándolos de los bisoños de la misma. Sólo la coronelía de Fuggier, y la mayor parte de las banderas que habían sido de Barlamont, con los bisoños de Fronsberg, por ningunos ruegos de sus cabos, se quisieron reducir por entonces á contentarse con parte de las pagas, y después las recibieron. Los demás, no se puede fácilmente decir las demostraciones de reverencia y amor con que se apartaban de su general, postrándosele de rodillas, besándole la mano, batiéndole las banderas hasta los piés; otros, desde lejos, haciendo profundas cortesías, arrojándole ósculos, rogaban al cielo que hiciese á Alejandro feliz y victorioso. Cónstame, que los más de los coroneles y capitanes de caballos alemanes, llevaron á sus casas retratos del príncipe Alejandro, y que algunos llevaron toda su vida pendiente del cuello gravada su efigie en una medalla de oro. Tampoco dejó Alejandro algún oficio de liberalidad para con los cabos del ejército, según permitía el presente aprieto, dando á unos cadenas ó sortijas, á otros peto ó morrión, ó espada y daga. Principalmente á españoles é italianos, de los cuales, demás de encomendarlos al Rey en general, entresacó algunos que se esmeraban en valor militar y lealtad, tomando con empeño el que fuesen remunerados con especiales premios... Tratados de esta suerte las soldados y señalados después varios viajes, á los alemanes hacia Mastrique, de aquí á Colonia y Alemania, á la conducta de un coronel; á los españoles con parte de los italianos por la Lorena á Italia á cargo de Octavio Gonzaga, despidió las tropas de las provincias á últimos de Marzo (1579.)» Década II, lib. III, de las *Guerras de Flandes.*

ficultades que originaría la división del mando, dificultades que agravarían las competencias de ministros; y, fundado en esto, pidió licencia para retirarse. No accedió el Rey, como es de suponer; pero, tocándose en breve los malos resultados, é insistiendo Alejandro en renunciar al mando, hubo de resolver Felipe II el dilema de perder un buen capitán ó vivir disgustado con él, y en su consecuencia confirmó á Farnesio en el gobierno de los Países, haciendo constar en la real cédula la cláusula honorífica de que lo verificaba «á petición de las Provincias.»

De este modo volvieron á reunirse en una sola mano los poderes político y militar, que por la estrecha relación que entre sí guardan, no debieron separarse de la persona de Farnesio, máxime cuando al talento diplomático, no menos que á las dotes militares de éste, debía el Rey el engrandecimiento de sus dominios.

III

El periodo transcurrido desde que D.ª Margarita de Parma llegó á los Países Bajos hasta su regreso á Italia, fué poco fecundo en hechos importantes. Farnesio se hallaba falto de auxilios y con un ejército bisoño, no propio, por consiguiente, para intentar empresa alguna seria; los Estados sin recursos también, aunque poco dispuestos á seguir las huellas de las provincias valonas; el país en general cansado de la guerra, disgustadas las ciudades recientemente guarnecidas por los excesos de los soldados, quejosos é indisciplinados éstos por la falta de pagas, vacilantes muchos nobles, otros temerosos, y no menos dividido que ellos el pueblo. Dadas estas circunstancias, se comprenderá que las operaciones militares adolecieran de cierta languidez, pues el ilustre caudillo del ejército real, sin fuerza ni recursos suficientes para atender á la vez á tan varios y apremiantes asunto, militares y políticos, hallábase en actitud espectante, aunque siempre dispuesto á utilizar la más ligera falta del adversario. En la Frisia el enemigo cercaba á Groninga, y Alejandro, obligado á socorrer provincias tan distantes, con harta pena organizaba algunas compañías para libertar aquella ciudad, tanto más digna de ser conservada cuanto recientemente vuelta á la parcialidad real; en el Henado, franceses y flamencos efectuaban repetidas correrías, oprimiendo á los pueblos nuevamente adheridos, y comprometiendo, con sus repetidas amenazas, la fe todavía vacilante de esta provincia. Y como nada serio podían efectuar uno y otro beligerantes, presentábase dudosa la fortuna, y las operaciones efectuábanse con gran lentitud. No obstante, consiguió Alejandro, en este periodo, que los suyos libertaran á Groninga con derrota del ejército enemigo; que Mansfeld se apoderara de Buchaim Nivela; Montigny de Condé, en la frontera del Henado, y que Altepenne se hiciera dueño de Breda, mientras ponía Rubas sitio á Cambray. Estos fueron los únicos hechos de armas que le permitió su ejército mermado, mal socorrido y, por lo mismo, frecuentemente indisciplinado. Pero vinieron en su ayuda el abatimiento y la excisión que minaban el poder enemigo; los cuales tan gravemente amenazaban la causa rebelde, que Orange apresuróse á conjurar el peligro por medio de un acto que abriera profundísimo abismo entre Felipe II y los Estados confederados: la deposición del monarca español y su reemplazo por el duque de Alenzón (Agosto de 1580), acto al que respondió Felipe declarando traidor al príncipe de Orange, y poniendo á precio su cabeza (1). «Desde aquel punto, dice un historiador belga, quedó bien marcada

(1) En honor de Alejandro Farnesio debemos hacer constar que esta resolución de Felipe II le desagrado en extremo. «A mí nunca me pareció bien el placarto y bando,» escribía en 6 de Abril de 1581. Y á esta declaración de carácter privado hay que añadir la pública hecha en su carta á todos los gobernadores de las Provincias, y en la que se expresa así: «Como el Rey, por dos reiteradas cartas, nos ha mandado expresamente publicar cuanto antes la proscripción ó bando adjunto, no podemos menos de obedecer el real mandato y enviároslo.» Es más; la resistencia de Alejandro obligó al cardenal Granvela á tomar por sí mismo las medidas conducentes á la realización del proyecto, á cuyo efecto encargó á del Río, el antiguo prisionero de Orange, á la sazón empleado en Lisboa, que entrara en tratos con los marineros holandeses, aprovechando el conocimiento que del idioma y costumbres de esta gente tenía, para deshacerse, por cualquier medio, de Guillermo *el Taciturno*. Fornerón, *Hist. de Philippe II*, t. II, p. 208 y 209.

la posición de los Países Bajos respecto á España, pues por ambas partes se había echado el guante (1).»

Urgía atender al peligro más inmediato, que era la invasión francesa; y por lo mismo Farnesio venciendo la grave dificultad que le oponía su gente mal pagada y bisoña, marchó á la frontera de Francia y apretó el sitio de Cambray con ánimo de apoderarse de ella antes que el duque de Alenzón introdujese á los suyos. Pero después de haberla tenido algún tiempo bloqueada y reducida por el hambre, apareció en la frontera el ejército francés á las órdenes del Valois. El intento de éste era libertar la plaza; y para acelerar la operación mandó por delante á una parte de las tropas que había organizado, mientras él se apercibía con el resto á cruzar los límites de ambos países. En Catelet pasó muestra á su ejército, y contó hasta 12,000 infantes y 5,000 caballos, gente veterana toda, y más que suficiente para intentar la empresa, pues Farnesio mandaba solamente unos 5,000 infantes y 2,000 caballos. Sin embargo, sabía éste por el duque de Guisa, jefe del partido católico francés, que no eran solamente aquellas tropas las destinadas á la jornada de Flandes, pues el monarca vecino, que secretamente favorecía al de Alenzón, había mandado poner en pié de guerra las tropas ordinarias del reino y trasladarlas á las inmediaciones del Henado con objeto de acudir en auxilio del Duque, caso de un apuro. Esto indujo á Farnesio á no presentar batalla á los franceses, y limitándose á una demostración en las márgenes del Escalda, cuya corriente separaba ambos ejércitos, tomó con el suyo la vuelta de Buchaim, dejando expedito al Duque el camino de Cambray (2). Conquistada esta plaza, hiciéronse dueños los invasores de casi todo su distrito.

Fácil como se vé, fué tal conquista; empero lo que tuvo de rápida tuvo de pasajera, porque reducido el duque de Alenzón á sus propias fuerzas, á causa de no haberle dado auxilio alguno los Estados y falto de dinero para sostener las tropas, vióse limitado á disputar á los españoles el Brabante, y abandonado paulatinamente por sus soldados, no le quedó otro recurso que repasar la frontera y retirarse á Catelet. De allí marchó á Inglaterra, con cuya reina proyectaba desposarse: quimérico proyecto que entretuvo algun tiempo al Duque en Londres, y del que, cuanto se prometió en recursos, sólo alcanzó en esperanzas.

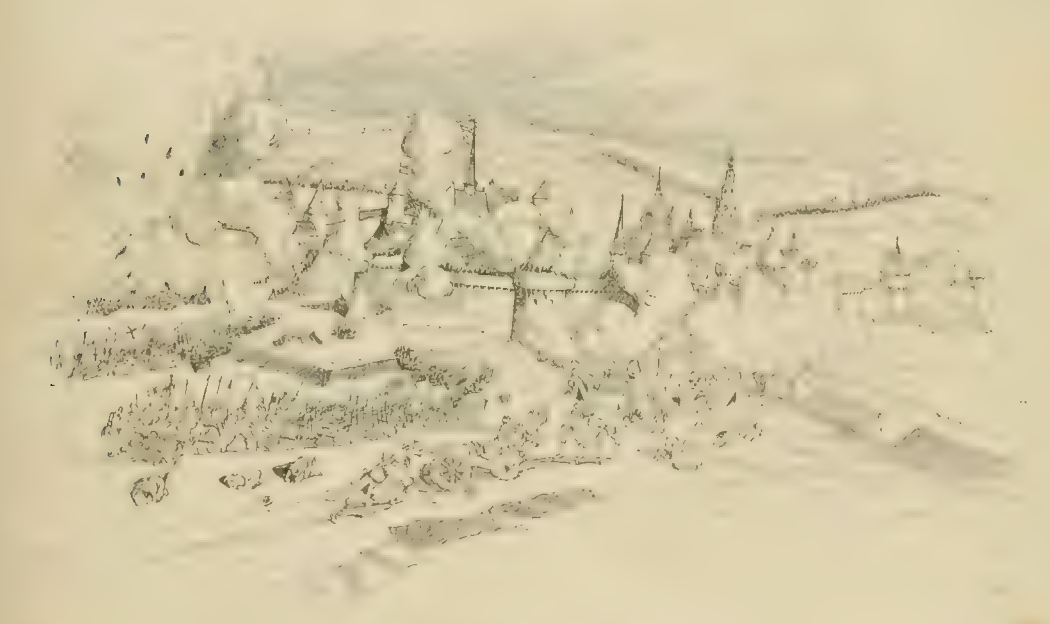
La forzada inacción de su enemigo primero, su marcha á Inglaterra después, permitieron á Farnesio salir nuevamente á campaña. Es cierto que su ejército, falto de recursos, y lo que era más sensible, de aquel núcleo de veteranos que tanto lustre dieron á las armas reales, no le permitiá realizar operaciones de importancia; mas no por eso se amilanó Farnesio hasta el punto de permanecer en la inacción. Lejos de ello; acometió con gentil aliento el sitio de la fortísima ciudad de Tournay, plaza importante por su posición, así como por su riqueza. Y mientras activamente tomaba parte en los trabajos y alentaba á los suyos, en Frisia su teniente Verdugo derrotaba á los rebeldes en la batalla de Nort-Horn, y en el Brabante septentrional les arrebataba Altepenne la ciudad de Eidhoven. Prolongado y difícil fué el sitio de Tournay, de la que era alma la mujer de su ausente gobernador, Filipina de Espinay; pero nunca creyeron los rebeldes que esta ciudad cayera en poder de Alejandro, tanto es así que Orange había dicho: *No es Tournay comida para valones.* Sin embargo, obligado con doble empeño Alejandro á rendirla, después de haber puesto en práctica cuantos recursos procuraba á la sazón la poliorcética, decidió dar el asalto. Era llegada la ocasión de hacer ver á los valones la gran falta que hacían los viejos tercios, falta nunca más visible que en la hora crítica de los asaltos; pero, en este momento, sucedió lo que era de esperar en gente poco avezada á tales funciones: dióse la primera acometida, y repelidos los atacantes, no

(1) Kasselt, *Hist. de Hollande.*

(2) «El príncipe de Parma, que no se hallaba con fuerzas bastantes para pelear con el, determinó conceder con el tiempo, siendo prudencia no intentar el hombre lo que no puede hacer, y pasó con su ejercito de la otra parte del río de Cambray. El vizconde de Touraine, caballero gascón, fué delante del ejército francés á reconocer el príncipe de Parma, con cien caballos. Y saliéndole otros al encuentro, le deshicieron y prendieron. Acudieron otros seiscientos caballos al socorro de los suyos, y, aunque tarde, todavía al pasar el río tomaron algunos pocos carros de bagaje del exercito católico, que hizo una retirada de capitán sabio y valeroso, pues con tan poca pérdida se apartó del ejército dos veces más poderoso que el suyo.» Carnero, *Hist. de las guerras civiles que ha habido en los Estados Bajos, desde el año 1559 hasta el de 1609, y de las causas de la rebelión de dichos Estados*, lib. VII, cap. 12.

fué ya posible conducirlos de nuevo al asalto: sacrificáronse heróicamente para dar ejemplo algunos oficiales italianos, pero alegaron los soldados no ser posible el avance con el suelo encharcado y en pié las obras defensivas. Sin embargo, ni este descalabro ni el escaso socorro que entró á la sazon en la plaza, evitaron que cayera en poder de Farnesio, capitulando en breve con ventajosas condiciones, y entrando en ella el ilustre Alejandro aclamado por vez primera con el dictado de *Príncipe*.

Graves sucesos habían ocurrido en este intervalo en las provincias confederadas: Matías, al tener noticia del nombramiento de Alenzón, renunció al gobierno que sólo nominalmente había



Sitio de Tournay. (De un grabado de Hooghe.)

ejercido; Alenzón, que había regresado de Inglaterra lleno de esperanzas, fué acogido en Amberes con gran pompa, como á gobernador y futuro esposo de una reina poderosa, Orange tuvo la desdicha de recibir de manos de un fanático una herida que puso en peligro su existencia (1). De todos

(1) «El accidente fué que un mancebo español, vizcaino, de bajo nacimiento, resolviéndose á matar al príncipe de Orange, y tomando el tiempo y lugar á propósito en su casa, le disparó un arcabuzazo en la cara, y le hirió de suerte que al príncipe le tuvieron por muerto. Oido el rumor, acudieron al punto muchos; y enfurecidos con tal espectáculo, sin pensar más, quitaron luego la vida al malhechor. De la casa á las plazas, y detrás al más retirado ángulo de la ciudad, voló arrebatadamente la noticia del suceso. No se puede decir cuánto se conmovió todo el pueblo. Corría ansiosamente cada uno de esta y de aquella parte para saber la verdad, y compadeciéndose todos, como si hubiesen perdido el padre, no sólo de todo el país, sino de cada familia particular, lloraban el público y privado infortunio, que juzgaban haberles sucedido. En esta conmocion se levantó un rumor, que los franceses eran los autores de esta maldad, por quitarse de delante al Orange, y dejar al Duque más libre de autoridad. No se detuvo el más bajo vulgo. Convertida luego la compasion en furor, corrió ciegamente á la casa de Alenzon, con objeto de matar cuantos franceses hallase en ella, y de no perdonar ni aun la persona del mismo. Entre tanto cesó en casa del de Orange aquel primer espanto, porque, reconocida la herida, resultó no ser mortal. No hizo la bala más que pasar ambas mejillas y sacar algunos dientes, con gran copia de sangre, que por un rato le impidió hablar. Pero, sabiendo él que el malhechor era español, y el peligro que corrían los franceses y el Alenzón, escribió luego de su mano algunos billetes, y envió en su nombre á algunas personas, que aclararon el hecho y sacaron de sospechas al pueblo. Sosegóse el tumulto y atendióse á averiguar mejor el delito, para vengarle despues con todo rigor. La más comun opinion fué que el vizcaino, por ganar el premio del bando real contra el Orange, y esperando alcanzar otros mayores, con ciega temeridad resolvió ponerse á aquella empresa. Tuvo parte en ella Gaspar Anastro, mercader español, que por esta causa se había ausentado de Amberes, y por cómplices del delito fueron muertos y con atrocidad de suplicio despedazados Antonio Venero y un religioso de Santo Domingo, llamado Timerano.» Bentivoglio, *Guerra de Flandes*, lib. II, página 244.

estos sucesos, el arribo de Alenzón y su proyectado matrimonio eran los que más preocupaban á Farnesio; pero en cambio, en la amenaza de una invasión francesa y en los descalabros recientemente sufridos frente á Tournay, halló Alejandro pretexto eficaz para encarecer la necesidad de la vuelta de los tercios. Y gracias á su tacto pudo conseguirlo al fin, siendo lo más raro, que los mismos valones que antes rechazaban este auxilio, fueran los que ahora se apresuraron á pedirlo.

Continuaba en tanto la guerra, pero sin reñirse batalla alguna; pues uno y otro beligerante se hallaban reducidos á tomarse plazas ó á sorprender puntos mal guarnecidos. Sin embargo, no dejaba Farnesio de ir adelantando en sus conquistas, y en la esperanza de que pronto engrosaría á su ejército los veteranos españoles, ideó atacar la ciudad de Oudenarda, llave de la Flandes Oriental. Esta plaza hállase sitiada sobre el río Escalda, entre Gante y Tournay, y sus defensas naturales y artificiales eran tan excelentes, que le valieron el dictado de *Rochela la Menor*. Para debilitar á su presidio, Farnesio fingió acometer á la inmediata poblacion de Menin, y como acudieran de Oudenarda tres de las seis banderas que le componían, cayó sobre ellas de improviso, degolló á parte de los soldados, hizo al resto prisioneros, y marchó contra la ciudad, no sin haberse apoderado antes de Gavere, pueblo que podía proporcionarla algún socorro. Alzábase al Levante de aquella plaza un montecillo «que era su ruin padrastro, por la comodidad que daba al enemigo para batirla (1);» y en esta eminencia plantó el príncipe sus cañones; seguidamente distribuyó sus tropas en los puntos más importantes y colocó á la caballería en las principales avenidas, dispuesto á cerrar el paso é todo auxilio y á estrechar rigurosamente á los sitiados. «Quería en lo posible, dice Bentivoglio escasear la sangre que en los asaltos acostumbra á verterse, y determinó por lo mismo formar un cerco menos sangriento y más seguro.» Empero, aunque su artillería causó gran daño en la ciudad, y abrió ancho portillo en el rebellín que cubría una de las puertas, la anchura y profundidad del foso inundado con el raudal del río y con las lluvias, no se prestaban á utilizar la brecha. Esto indujo al general á que se arrojara un puente, operación que los nuestros hicieron de tan precipitado modo, que dejó de surtir el efecto apetecido cuando iba á darse el asalto; pues lanzándose desordenadamente á él y resultando corto, fueron destrozados á mansalva por los de la plaza, lo que confirmó á Farnesio en su determinacion de suplir la espada con la piqueta, y esperar que el tiempo y la falta de recursos agotaran la energía de los habitantes. Alentaba á éstos la esperanza de un pronto socorro, pues tenían noticia de que en las inmediaciones de Gante reunían los Estados algunas banderas de ingleses y escoceses para acudir á Oudenarda; pero tampoco ignoraba la novedad el caudillo católico; y como por aquellos días hubiese recibido refuerzo de valones y alemanes, se fortificó de suerte que frustró cuantas tentativas hicieron las tropas auxiliares. Un incidente muy común en este período de la guerra pudo, sin embargo, hacer infructuosos todos sus desvelos: la sedición de una parte de las tropas sitiadoras, sedición que logró dominar con un rasgo de admirable energía; pues como hallándose distribuyendo una paga se le amotinara el tercio viejo alemán, reclamándola doble, voló allí el general, y ante el escuadrón formado y erizado de picas, asió un soldado por la gola, lo sacó arrastrando y dió orden de que se le ahorcara. Veinte soldados, sacados por suerte, sufrieron esta pena; y gracias á la serenidad de Farnesio reprimióse un motín que amenazaba frustrar cuanto se había hecho en aquel sitio. Después de este episodio, diéronse dos asaltos y la ciudad se rindió antes que los valones penetraran en su recinto. Ya no dudaron entonces los flamencos de que, plaza que sitiara Alejandro, podía darse por rendida.

Atento Felipe II á los avisos de Farnesio, había organizado ya las tropas destinadas á Flandes: 5,000 españoles y 4,000 italianos, aquéllos confiados á Paz y éstos á Mario Carduini. Formaban estos soldados cuatro tercios, y al llegar á Flandes distribuyóse el mando entre los dos citados, Mondragón y Camilo del Monte (2). Pero además de estas tropas, marchó también de Italia

(1) Cabrera de Córdoba: *Hist. de Felipe II*, t. II, lib. XIII, cap. 10.

(2) «Tenía las seis coronelías de alemanes de los condes de Arenberghe, Barlaymont, Manzttelt, D. Juan Manrique, Mos de Floyon y el barón Roberto Sinbergo; nueve de valones, del Montiñy, Esment, Gabriel Liques, Octavio Manztfelt, Manderschele, Filipe Liques, Mos de Bours, del barón de Aubigny y Manucio, y otros alemanes con Verdugo en la Frisia, y los que gobernaba Altapena y Mos de la Mota, dos tercios de españoles de Cristóbal de Mondragón y Pedro de la Paz; dos de italianos de Camilo del Monte y Mario Cardoino; treinta y

lucida compañía de nobles aventureros, á los que atrajo la fama militar de Alejandro Farnesio. Con este refuerzo engrosóse el ejército real lo suficiente para tomar una ofensiva vigorosa; y en verdad que su llegada no pudo ser más oportuna, pues avisaba nuestro embajador en París que un ejército francés, al mando del mariscal Birón, iba á desembarcar en la costa de Flandes. Esta noticia indujo á Farnesio á tomar aquella dirección moviendo su ejército de Oudenarda á Coutray, y de allí á Poperinge: hízose de paso dueño de Lira, y de allí marchó á detener el avance de un cuerpo francés por San Vinoc; pero si bien le destrozó, no pudo evitar que el grueso de las tropas recién llegadas se diera la mano con las de Alenzón y juntas penetrasen en Gante, hasta cuyos muros fueron acosándolos los nuestros. Achacóse á poca diligencia de la caballería real el que no fueron completamente derrotados los franceses; pero así y todo, trabóse al pié de las murallas de aquella ciudad brava escaramuza en la que perecieron 2,000 enemigos (1).

Continuaron las operaciones, á partir de este suceso, con alguna lentitud; tomaron los españoles á Cambresi, Clusa, Ninove y Gaesbech; los franceses á Bronkorst y Espell, y en la Frisia, Verdugo, á la ciudad de Estenovich, pero hasta aquí ningún suceso trascendental vino á cambiar la fisonomía de la guerra (2). Fué necesario que los franceses dieran á los flamencos una sorpresa harto desagradable, para que el estado de cosas sufriera una alteración profunda y altamente beneficiosa á la causa española. Confiados los segundos en libertar con el poderoso auxilio de Francia todo el territorio, y viendo que á pesar de las promesas y las esperanzas, ningún resultado positivo les había dado la intervención del Valois, comenzaron á murmurar de los franceses y á tratarlos con desprecio. Esto ya de por sí hubiera producido un choque; pero agravóse más el disgusto á causa del papel desairado que venía representando el duque de Alenzón, á quien se trataba, según sus propias palabras, de tal suerte, que *parecía en burla*. No ocurría en el país tumulto alguno que no se imputara á los franceses, ni descalabro que no se les echara en cara. Situación tan violenta y bochornosa llegó á ser intolerable á los nobles que rodeaban al Duque y sugirió á los más altivos la idea de tomar por las armas las riendas de un poder hasta entonces sólo nominal. Pero era necesario para ello dar un golpe de mano á las ciudades cuando más desprevenidas se hallasen; y entendiéndolo así el príncipe francés, tomó á su cargo reducir la Amberes confiando á sus caudillos el obligar á las demás. Señalóse el 15 de Enero para la sorpresa; y en este día los franceses que guarnecían á Dunkerke dieron el golpe de mano y se hicieron dueños de ella; los que presidiaban á Ostende y Newport lo intentaron, pero no lo consiguieron, y el 16 efectuóse con suerte no más favorable en Amberes. Acuarteladas de antemano, en los arrabales de esta ciudad, numerosas tropas, acércanse algunas compañías á las puertas de Amberes, y en el momento que salía de la ciudad el Duque con su séquito, caen de improviso sobre los centinelas de la puerta Roja y al grito de *Misa y Duque* penetran como un torrente en la ciudad. Alenzón se dirige entonces al arrabal de Borgerhout en busca del resto de su ejército, y después de gritar á los suyos *¡Vuestra es Amberes!* manda á los suizos á la puerta Roja, y á los demás cuerpos á la de Kipdorp (3). Pero el ataque no se efectuó de un modo simultáneo, y los que primero penetraron en la ciudad, más atentos al pillaje que á la ofensa, diéronse á correr por las calles en busca de botín, mientras los

siete compañías de caballos italianos y españoles, y doce de flamencos, y aunque deste gran número gran parte guarnecía las tierras y castillos, era el exército formidable.» Cabrera, t. II, lib. XIII, cap. 10.

(1) Vazquez, lib. VI, año 1582; Bentivoglio, lib. II; Estrada, Decada II, lib. V, Carnero, lib. VI.

(2) La miseria que en este tiempo sufrió el ejército católico llegó á ser tal, sobre todo durante el sitio de Ninove, que fué el *hambre de Ninove* proverbial entre los soldados. «Viéronse muchos hombres principales caerse muertos de hambre, dice Vazquez, sin otro mal ni accidente, sin tener remedio, ni podérselo dar humanamente.» «Además de ser en el rigor del invierno, y haber llovido prolijamente, tenían las muchas aguas lodosos y empantanados los caminos, y los vivanderos no se atrevían á ir al campo, porque los ríos estaban muy crecidos. Del ejército católico se deshizo la mayor parte de hambre y de frío, y algunos que se desmandaban no volvían, porque les cogía la muerte en el camino, ó los enemigos se la daban... y llegó la miseria á tal extremo, que en casa de Alejandro ni en su estado se comía un bocado de pan... Los soldados de las naciones habían desamparado sus banderas; sólo la española asistió al sitio, llevando el peso del trabajo, y si algunos soldados españoles se desmandaban, iban á caza de ellos los valones, y les quitaban lo que tenían.» Libro VII, año 1582, de los *Sucesos de Flandes y Francia*.

(3) Nuestros historiadores designan estas puertas con los nombres de *Cesárea* y *Santiago*; Guicciardini en su *Descrittione di tutti i Paesi Bassi*, da á la puerta Roja el nombre de Cesarea y á la de Santiago el de Kipdorpien; nosotros hemos adoptado la denominación de los historiadores flamencos y holandeses. Véase la perspectiva de *Amberes* que en una de las siguientes páginas ofrecemos, copiada de dicha obra.

ciudadanos acudían á las armas, cerraban la entrada de las calles, lanzaban desde las ventanas y azoteas toda clase de proyectiles, daban desde los campanarios la señal de alarma y peleaban con tal bravura, que en breve espacio de tiempo recobraban las murallas, ocupaban la puerta Roja, volvían los cañones contra los suizos que se adelantaban en socorro de los franceses y sostenían con ventaja el ataque de la puerta de Kipdorp. En ambas puertas se hacinaron los cadáveres, pero en la Roja llegaron á formar una trinchera; pues interceptada la salida, morían unos junto al muro, descolgábanse otros ó se lanzaban armados por la muralla; pugnaban algunos por salvar á nado el foso y si por maravilla alcanzaban la opuesta margen, allí eran destrozados por una lluvia de plomo. Lo que entonces pasó no se acierta á comprender, porque en verdad parece extraño que aquellos desprevenidos menestrales arrojaran á unas tropas bien dispuestas y dueñas ya de una parte de la ciudad; pero el hecho es que la matanza de los atacantes fué enorme, su retirada atropellada y triste, pues los que no murieron por el hierro, ahogados en el río, ó precipitados de las murallas, fueron reducidos á prisión, y el Duque, con los restantes, hubo de tomar la vuelta de Termunda, no tan corrido por el fiasco, como desconsolado por la pérdida de valientes é ilustres caballeros (1). Tal fué el término de esta descabellada empresa.

Inútil es decir cuánto favoreció este suceso la causa española, sobre todo hallándose Farnesio en constantes apuros metálicos, agravados ahora con el aumento de su gente. Apresuróse, por consiguiente, á sacar partido de las circunstancias, no tanto para reducir á los rebeldes por las armas, cuanto para atraerlos con nuevos tratos; y comenzó por ponerse en relación con el príncipe francés que, habiendo pasado de Termunda á Dunkerke, se mantenía aquí en desairada actitud. Pero este mal intencionado principillo, que lo que tenía de ambicioso tenía de falaz, temeroso de lo que podía ocurrirle, comenzó por pactar con los españoles, y cuando vió sobresaltado á Orange, entró de muy buen grado en nuevas relaciones con los flamencos. Comprendió Farnesio el doble juego y decidió emprender sin pérdida de tiempo las operaciones, eligiendo para teatro el Brabante meridional y parte del marquesado de Amberes, y apoderándose allí de las plazas de Eindhoven, Dalem, Sichem y Veterloo, mientras una parte de su ejército se aproximaba á Dunkerke. Amenazada esta ciudad, el mariscal Birón, que operaba en la Flandes francesa, avanzó apresuradamente desde Rosendal á Esteemberg, y esperó en las *dunas* al ejército católico. «El número de los rebeldes, dice Vázquez, era doce mil, de nación francesa, inglesa, holandesa y escocesa, todos mezclados, repartidos en cuarenta y ocho banderas y tres estandartes.» Colocólos el Mariscal, parte sobre el dique de Esteemberg (2), cuya ciudad protegía su retirada, y el resto en la inmediata llanura defendida por lagunas, junto á las que existían varios edificios que mandó guarnecer de arcabuceros; y así parapetado creyó poder resistir con ventaja el impetuoso ataque de los nuestros. No tardaron en llegar las primeras fuerzas españolas, que eran los caballos de García de Olivera: cada jinete llevaba á la grupa de su cabalgadura un peón, y oportunamente avisados de la traza de las fortificaciones, limitáronse á distraer la atención del enemigo atacando é incendiando las casas de su frente, mientras Alejandro embestía por el flanco del dique, llevando en vanguardia á la caballería: esta doble acometida sembró el terror en los contrarios, y el ardimiento con que trepaban los caballos por la falda del dique introdujo en sus filas la confusión, ordinario presagio de la derrota. Sin embargo; el enemigo había hecho en el dique una gran cortadura y fuertemente atrincherado en el costado opuesto pudo desafiar á los católicos hasta tanto que llegaron las compañías de arcabuceros españoles. Cuando esta brava infantería llegó al campo de batalla y puesta la rodilla en tierra rezó el *Ave-María*, el enemigo aunque superior en

(1) Carnero, *Hist. de las guerras civiles en los Estados de Flandes*, lib. VI, cap. 18; Bentivoglio, *Guerras de Flandes*, lib. I; Cabrera, *Hist. de Felipe II* t. II, lib. XIII, cap. 13; Estrada, Década II, lib. V; Kasselt, *Hist. de Hollande*, cap. III. Este historiador consigna el curioso dato de que se calculó en 1,500 el número de franceses que pereció, y en 83 el de los de Amberes; guarismos que, sumados, por singular casualidad, componen el número del año en que ocurrió este suceso.

(2) «Además de los montes y colinas continuados de blanca arena que con la continua resaca amontona el mar, formando de ellos como unos grillos para sí mismo en su furor, la industria de los habitantes levanta del terreno unos bastiones altos diez brazadas por lo menos, anchos por el pié casi veinte, en lo de arriba la tercera parte mas angostos; y estos por dentro los llenan de fagina y piedras: por la parte de fuera, contra los asaltos de las olas, los defienden con parapeto tejido de paja larga y carrizo. Desta suerte los flamencos, en la continuada batalla con el Océano; aprenden á rebatir los asaltos de los enemigos.» Estrada, Década II, lib. V.

número, pudo confiar ya poco en su fortuna. Atacarónle los nuestros ferozmente, y con tanto valor, dice un testigo, «que sin darle más de la primera carga, le rompieron y desbarataron, ganaron las trincheras y degollaron más de seiscientos.» Pero casi al propio tiempo que los tercios arrollaban á los rebeldes, la caballería católica, ó por mala inteligencia ó por desacertada dirección, se retiraba del campo; y como la victoria no pudiera perseguirse con la persecución del enemigo, dieron lugar á que saliera de improviso de la ciudad un cuerpo de tropas y se entablara con nueva furia el combate. El pavor sucedía ya á la confianza, y la acción con hacer más de media hora



Sorpresa de Amberes por los franceses. Facsímile de una agua fuerte

que se daba por ganada, presentábase asaz comprometida. Verlo Farnesio y volar hacia los escuadrones, rompiendo entre sus filas con recias cuchillas, fué obra de un momento. Increpa con injuriosas palabras á los que flojean, derriba á los que huyen, carga con los que le siguen, arrolla así á los que atacaban como á los que huían: y restaurada la batalla y roto el enemigo, síguenle nuestros escuadrones hasta las puertas de la próxima ciudad envueltos ya en las sombras de la noche. Tal fué la batalla de Esteemberg, en la que perdieron los enemigos 28 banderas y 3,000 soldados (1), y que dió como inmediato resultado la entrega de Hogstrat y otros lugares de las cercanías.

La noticia de esta victoria llenó de confusión al rey de Francia, y de zozobra al duque de Alenzón. Apresuróse aquél á enviar un embajador á Farnesio en son de queja; no quiso demorar

(1) Ni Bentivoglio, ni Carnero, ni Cabrera, dan pormenor alguno de esta batalla; Estrada ha seguido la relación del capitán Alonso Vázquez, y por tratarse de un testigo y actor en ella hemos ajustado la nuestra. *Sucesos de Flandes y Francia*, lib. VII, p. [illegible]

éste su partida de aquel país donde pasó horas tan amargas; y así, mientras las tropas de Alejandro marchaban contra Dunkerke, Alenzón, después de asegurar la ciudad con suficiente presidio, embarcóse para su país. Y en verdad que su marcha fué oportuna, pues asediada la ciudad por mar y tierra, ocupadas las esclusas ó represas de los ríos, que rotas hubieran sido gran defensa de la plaza, y dueños los reales de un fuerte que protege el paso del río, fué furiosamente cañoneada, espacio de diez horas, por veinte piezas, y reducida á entregarse. De este modo, en el breve espacio de seis días, se hizo dueño Alejandro de un importante puerto y ciudad riquísima, cerrando al propio tiempo á los franceses la puerta para invadir á Flandes por la costa, y abriéndola á los socorros que por mar mandaba España.

Desde Dunkerke movióse el ejército real para Newport, situada á cinco leguas de aquélla en dirección Norte, y de no menos importancia por su excelente puerto que por su gran tráfico. Esta ciudad, aleccionada por lo ocurrido en Dunkerke, abrió sus puertas á Farnesio, no sin haber tentado, aunque en vano, la resistencia. Igual suerte hubiera cabido á Ostende de no recibir el vigoroso auxilio de la flota rebelde, á lo que no podían oponer los nuestros bajel alguno. Ocupadas, sin embargo, aquellas dos plazas en la costa y héchose dueño de las de San Winoc, Vurn, Dixmunda, Menina y Estemberg, dominaba Alejandro buena parte de la Flandes francesa. Pero las armas reales triunfaban también en otras comarcas, y en la Frisa, Tassis, teniente de Verdugo, se apoderaba de Zutfen, cabeza de una provincia y opulentísima ciudad, mientras en la Campina destrozaban las guarniciones de Lyra y de Halle algunos regimientos rebeldes. Sin embargo, estas mismas victorias, sobre todo la ocupación de las plazas que se iban ganando, originaba una gran dificultad. Veíase Alejandro obligado á diseminar su ejército en los presidios, con lo cual, quedó reducido á 6,000 combatientes y hallábase además falto de pagas. Y escribiéndolo así al Rey, afirmaba el general, despues de pintarle con vivísimos colores la situación de los Países, que ninguna ocasión tan oportuna como aquélla para arrebatar á los rebeldes no sólo todo el Brabante, sinó Flandes entera.

Aquí es donde se echa de ver el talento militar de Alejandro. Trata de proseguir sus conquistas hasta dominar estas dos provincias, pero careciendo de hombres y dinero procede con tal acierto, que, sin intentar nuevos ataques, consigue ganar un tiempo precioso y asegurar la no lejana reducción de importantísimas ciudades. De éstas, Iprés, Brujas y Gante son las primeras que se ofrecen en su camino. Iprés es la más inmediata y se halla en directa comunicación con aquéllas; por lo mismo, idea aislarla construyendo en la ribera flamenca del Iper un fuerte capaz de seiscientos hombres, y después apodérase de Echeloo en las márgenes del Lieve, entre Brujas y Gante, y ocupando toda la campiña de Waes aisla á estas dos ciudades. Tal terror infundieron estas operaciones en los comarcanos, que á poco rindióse á los reales el fuerte de Sas, entregó á Rupelmunda y su castillo el gobernador y se dieron al partido de Farnesio los de Axel, Hults y otros castillos y lugares de la comarca. Estas rápidas conquistas hicieron dueños á los nuestros de una comarca fertilísima y rica, pero lo que dió feliz remate á los sucesos del año 1583 fué la entrega de Alost, cuyo presidio inglés, quejoso por no recibir pagas, pactó con Alejandro. Por añadidura había terminado Felipe II la guerra de Portugal y de las Terceras, y mandó aviso á Farnesio de que sin pérdida de tiempo tomaría la vuelta de Flandes toda la infantería española (1), auxiliándole al propio tiempo con 300.000 escudos de oro, sin perjuicio de irle remitiendo hasta un millón que tenía depositado en el castillo de Milán.

Inútil es decir que con tales elementos iba á entrar la guerra en un periodo altamente próspero

(1) Componíanse estas tropas de los tercios de Lope de Figueroa, Francisco de Bobadilla y Agustín Iñíguez. Los dos primeros maestres de campo quedaron, sin embargo, por entonces en España, y á causa de esto se encomendó su gente al capitán Juan de Gamboa y al sargento mayor Juan de Tejada. Pedro de Tassis, veedor general del ejército, debia conducirlos á Flandes. Cuanto al dinero, depositado en el castillo de Milán, en cantidad de un millón de escudos de oro, mandaba el Rey que se saquen de una vez 300,000 escudos, y que los restantes se vayan sacando de suerte que cada mes se distribuyan al ejército 150,000. *Carta de Felipe II á Farnesio*, de 30 Diciembre de 1583.

Tassis, en carta particular á Farnesio, consigna que constaban los tercios de 5,400 hombres, y componían, en total, 41 banderas ó compañías: de estas correspondían 20 al de Figueroa, 13 al de Bobadilla y 18 al de Iñíguez.

para la causa española. Y en efecto, no era difícil augurar la suerte de Amberes una vez rendidas Brujas y Gante. Alejandro, cuyo ejército se había engrosado con el arribo de la gente de Italia y numerosos aventureros, hubo de distraer algunas fuerzas en el arzobispado de Colonia, donde el prelado se habia declarado luterano; mas con la reducción de los allí rebelados quedó libre del temor de que por aquella parte recibieran auxilio los flamencos, según así lo habian éstos pactado con los alemanes; y vencido este peligro pudo concretar sus desvelos á la toma de las tres antedichas ciudades. Facilitaba sus intentos la incomunicación en que las había dejado, pues tomadas las villas y aldeas inmediatas, cortados los canales y defendido el paso de los ríos, dificilísima era, en verdad, la situación de las más populosas á causa de la carestía de víveres. Gante, sobre todo, falta de los socorros de Bruselas y de Amberes, acosada por el hambre, y trabajada por los manejos de los españoles, sostuvo ya los tratos de rendicion; pero prevaleció en ella el bando patriota y despues de haber degollado á su gobernador Embisio, continuó resistiendo; Ipres, llegando al extremo aprieto, y desesperada de recibir socorro, se entregó; y Brujas, rigurosamente bloqueada, hubo de rendirse también, lo que efectuó en condiciones no muy duras.

Tan terribles y repetidos golpes descargaba el destino sobre los flamencos, que, olvidando los agravios recibidos de Alenzón, resolvieron ofrecerle nuevo y más ventajoso partido, á trueque de que acudiera á socorrerles; pero tarde llegó á Francia su embajada, pues el desventurado Príncipe acababa de fallecer consumido por las tristezas en Tierry. Juguete en Francia de los partidos; instrumento en Flandes de las maquinaciones de Orange y de Isabel, este hombre tan ambicioso como débil, despues de haber perturbado á su país, atizó en el ajeno el fuego de la guerra, y en su ansia de poder y honores, perdió un trono á que le llamaba su derecho, por conseguir una dominación disputada y efímera. Su vida fué breve y borrascosa; su muerte oscura, pero provechosa á su patria, arruinada por los partidos y envilecida por un rey infame y disoluto; sin embargo, para los flamencos fué un nuevo desengaño; desengaño tanto más sentido, cuanto pocos días despues siguióle á la eternidad el famoso Guillermo de Orange, alma de la guerra contra España. Acechado hacía algunos años por varios asesinos, gravemente herido por uno de ellos, murió al fin á manos de Baltasar Gerard, un fanático que se sacrificó gustoso por la causa católica. Flandes perdía con él un auxiliar importante, pues si bien le debía las ruinas y la sangre que ocasionaron aquellas revueltas, es lo cierto que ningún hombre como él tan hábil y tenaz para conducirlas á debido término. Por lo mismo, fué su muerte nueva desventura para los Países, contribuyendo no menos que la buena estrella de Alejandro á la ruina de la causa rebelde. 10 Julio 1584.

Discurrían con este motivo los Estados el partido más conveniente que adoptar; y en aquellos graves momentos no faltó un hombre que manifestara desembozadamente era el más oportuno volver á la obediencia antigua; pero esta voz fué sofocada por la asamblea, y sacándose á plaza al rey de Francia y á la inglesa, comenzóse á discutir á cual de los dos convendría recurrir. Por ser ésta protestante, opinaban algunos que, como afin en creencias, prestaría Isabel más eficaz auxilio; aunque católico Enrique III, fundaban otros sus esperanzas en la próxima muerte de este rey y en la sucesión de un príncipe calvinista, Enrique de Navarra, á quien correspondería el trono: y este voto prevaleció, nombrandose en su consecuencia embajadores para que en nombre de los Estados ofrecieran al Valois, no sólo el gobierno, sino la incorporación de los Estados flamencos á la corona francesa. ¡A tal extremo llevaban los rebeldes su tenacidad! Mas por desgracia los flamencos conocían poco á fondo las intrigas que agitaban la Francia, ni la condición del hombre que regía su destino: rey sin virilidad y sin conciencia, libertino y supersticioso, falaz y vengativo, juguete de los partidos y verdadero maniquí de su astuta madre, la infame Catalina de Médicis. Este monarca, que tanto había favorecido á los enemigos de España, en Flandes y en Portugal, no podía mirar con malos ojos la ocasión de tomar un desquite; pero carecía de valor para intentarlo. Amenazado en su mismo reino por la liga católica formada por los Guisas y Felipe II (1), y vacilante entre este partido y el hugonote, que capitaneaba Enrique de Navarra, ni

(1) Aunque sobradamente conocidas las causas que originaron la formacion de la liga en Francia y los sucesos [illegible]

tenía energía para conjurar el peligro en su país, ni audacia para arrostrarle en el extranjero. Compréndese, por lo mismo, su conducta con estos embajadores, á los que se negó á recibir y despachó con evasiva respuesta; así como se justifica la confianza de los flamencos teniendo en cuenta las promesas del partido hugonote francés. Esto fué lo que les indujo á no desistir de las negociaciones, sobre todo desde que oficiosamente se les hizo saber que el monarca aceptaría *caso de que la Holanda y la Zelanda uniesen su oferta al resto de los Países Bajos.*

Comienzan desde este momento aquellas largas negociaciones, llevadas con la mayor buena fe por los flamencos, sostenidas por el agente francés Des Pruneaux con admirable habilidad y astutamente vigiladas por nuestros sagaces diplomáticos Tassis y Mendoza. Este instructivo capítulo de la historia moderna hay que leerlo en la magnífica *Historia de las Provincias Unidas de los Países Bajos*, de Lothrop Motley, así como deben estudiarse, en la preciosa obra de Croze *Los Guisas, los Valois y Felipe II*, y en la de René de Bouille *Historia de los Duques de Guisa*, todos los manejos de los ligueros y el rey católico, sobre los que arroja clara luz la correspondencia entre D. Bernardino de Mendoza, *Mucio* (Guisa) y el monarca español. El interés que inspira este periodo histórico es grande si se tienen en cuenta los gravísimos problemas político-religiosos que van á resolverse, pero sube de punto al recordar los actores que intervienen en el drama: monarcas como Felipe II, Isabel de Inglaterra y Enrique de Navarra; políticos de la talla de Walsingham, Burghley, Mendoza y Tassis, Duplessis Mornay, Villeroy y Des Pruneaux. Agréguese á esto los intereses puestos en juego; la habilidad, el talento, la falta de escrúpulo de que dan prueba los diplomáticos; y hecha memoria de tales reyes y de tales hombres de Estado, calcúlese la dosis de talento que requería el cometido de nuestro D. Bernardino, rodeado, como se hallaba, de

gar, nos limitaremos á dar al lector algunos antecedentes altamente indispensables por la relación que guardan con los sucesos que historiamos.

La propagación de la Reforma había dividido la Francia en dos partidos que se hacían una guerra á muerte, y la matanza de *San Bartolomé*, ahondado más la sima que los separaba. Claro está, y ya lo hicimos constar así al ocuparnos de este suceso, que nuestro católico monarca ni podía permanecer ni permaneció ajeno á esta lucha, pues por ser vecina, le preocupaba no poco. El triunfo del protestantismo, si era una amenaza para España, significaba casi la pérdida de los Países Bajos, pues Francia era la nación que más eficaces auxilios podía prestar á los rebeldes. También influía la conducta del malvado Enrique III en las miras de Felipe; porque aquel monarca había tolerado la empresa de Alenzón, había protegido al prior de Crato, había prometido auxiliar á los flamencos, y su conducta para con Felipe II fué constantemente solapada; pero si hasta 1584 Felipe se limitó á dar auxilio á los católicos; desde esta fecha, ó por mejor decir, desde que murió el duque de Alenzón, su política se enderezó por nueva vía. Enrique III no tenía hijos, Alenzón murió sin ellos, y el más inmediato heredero del trono era Enrique de Borbón, príncipe del Bearne, titulado rey de Navarra, como hijo de Juana Albret; mas el Borbón era cabeza de los hugonotes, y por lo tanto, considerábase imposible que llegara á ser rey de una nación en su mayoría católica. De todos modos convenía evitarlo á toda costa.

Capitaneaban la liga católica los Guisas, y á su cabeza el duque Enrique, *el Acuchillado*, hombre valiente y ambicioso que era el ídolo del pueblo de París. Enrique de Guisa aspiraba á la corona, y por de pronto declaró al mayor de los hermanos, cardenal de Borbón, *primer príncipe de la sangre*, título que equivalía al de presuntivo heredero de la corona; pensando con razon que como este era muy anciano, llegaría él en breve á ser verdadero rey de Francia. Desde aquel momento, Felipe II, que hasta entonces había auxiliado en secreto al partido católico, se declaró á favor de la Liga y celebró con los Guisas un tratado cuyas principales bases eran: reconocer el derecho del Cardenal, quien, ceñida la corona, restauraría la religión en toda su integridad; proteger á los Guisas y á la Liga con hombres y dinero; y á cambio de esto recibir de ellos las plazas que los rebeldes le arrebataron y con auxilio de los católicos franceses reconquistar los Países Bajos. Este tratado se firmó en Joinville el último día de 1584, de una parte por Enrique de Guisa y su hermano el duque de Mayenne, quienes representaban al Cardenal y á los demás individuos de su casa; de otra por Juan Bautista Tassis y el comendador Moreo. Las partes contratantes acordaron el exterminio de todos los herejes en Francia y en Flandes, y Felipe se obligó por lo pronto á entregar 50 000 coronas y á ir facilitando cuanto dinero requirieran los negocios de la Liga. Por su parte los Guisas, dieron el 31 de Marzo de 1585 la primera señal de guerra: el célebre manifiesto firmado por el Cardenal, en el que se leían, entre otras, las siguientes declaraciones. «Hemos jurado todos no cejar ni abandonar las armas mientras la Santa Iglesia de Dios no sea reintegrada en su dignidad, la nobleza en sus franquicias y el pueblo aliviado de sus cargas, los Parlamentos en el goce de su soberanía, etc.» Este manifiesto recibió la adhesion de toda la Francia, y en especial del pueblo de París. El Rey se intimidó ante el poder de la Liga, vióse aislado y se humilló á los Guisas, firmando el tratado de Nemours, en virtud del cual se ponía término á la paz religiosa de que había gozado la nación desde Mayo de 1576, se condenaba á los herejes que no emigrasen, á la confiscación y á la muerte, y se ponía al partido católico en posesion de los mas importantes puestos.

Entonces Enrique de Navarra, contestó á este edicto con un manifiesto enérgico, con un reto á la Liga; y como el Pontífice Sixto V fulminara contra él la excomunión, dió á luz un libelo escrito con tanta elegancia como intención, libelo que un día apareció en todas las esquinas de la ciudad de Roma y en todas las puertas de sus palacios. Desde aquel momento estalló en Francia la guerra civil llamada de los tres Enriques, en la que vencedores, ora los hugonotes, ora los católicos, debían ensangrentar la patria común. No es hora aun de que demos cuenta del resultado de esta lucha, en la que Felipe II tan poderosamente influyó; mas por de pronto bástanos haber indicado los móviles que aparentemente le impulsaban: aparentemente, hemos dicho, porque el secreto pensamiento del Rey prudente, era sin duda alguna exterminar la herejía en toda la cristiandad, alzarse sobre los tronos de Francia y de Inglaterra, ahogar la rebelion de los Países Bajos, dominar, en fin, sobre la Europa entera dictándola sus leyes y su fe. Y ya veremos hasta qué punto lo consiguió.

agentes hábiles y cortesanos astutos. Mas es lo cierto que nuestro poder atemoriza, no sólo á la córte francesa, sino á la misma Isabel de Inglaterra, quien, inquieta y recelosa, se pregunta cuál peligro será más grave para su nación: poseer el rey de Francia todos los Países ó dominarlos Felipe II; y en tal incertidumbre «ni quiere comprometerse á dar socorros ni quiere que los demás lo den.»

Espiraba el año 1584 en tales incertidumbres: Farnesio y sus soldados sobre los diques y detras de las trincheras que rodean á la ciudad de Amberes; los holandeses luchando valerosamente entre sus lagunas, y apercibiéndose á socorrer á sus hermanos; Felipe II casi olvidado de su ejército, y absorbido por las cábalas de la Liga; la córte francesa engolfada en su política de intrigas; la inglesa apercibiéndose á intervenir en los asuntos de Flandes. En tanto, las desdichadas provincias, desoladas por la peste y la guerra, íbanse por momentos despoblando; sus habitantes más opulentos emigraban á Holanda y á Inglaterra; los artesanos y los campesinos abandonaban sus faenas; el comercio se interrumpía; la industria y la agricultura estaban muertas; el país verdaderamente agotado. Triste y lamentable cuadro el de esa región, antes tan floreciente, y tristísimo destino el de esos patriotas obligados á mendigar el poder de un monarca extranjero para escapar á la opresión del que consideraron como legítimo.

Tal era el aspecto que ofrecía la política europea á fines del año 84. En Diciembre de este año partió de los Estados Bajos la segunda embajada á Francia, embajada que tenía por objeto ofrecer á Enrique III, «sin limitación ni condición alguna,» la soberanía de las provincias flamencas y holandesas; y en los primeros días de Enero llegaron los diez y siete diputados que la componían á París. La recepción de éstos, su estancia en la córte y el fin que tuvo la embajada, se darán oportunamente á conocer. Ahora es fuerza que retrocedamos hasta Mayo de 1584, y demos cuenta del acontecimiento militar más notable ocurrido en este tiempo; del famoso sitio de Amberes.

IV [1]

Pocos acontecimientos ofrece el agitado siglo XVI tan memorables é interesantes, militarmente hablando, como el sitio de la opulenta ciudad de Amberes, capital comercial de las provincias flamencas y centro, sin duda alguna, el más importante del tráfico europeo en la época de que nos venimos ocupando. Por su privilegiada situación sobre el Escalda y próxima al mar, esta ciudad hállase en comunicación directa con todos los puertos de Europa, y con las más princi-

(1) Para la descripción del famosísimo cerco de Amberes, hemos consultado á Guicciardini, *Descrittioni di tutti i Paesi Bassi*; á Estrada, *Decadas de las Guerras de Flandes*; á Vázquez, *Sucesos de Flandes y Francia*; á Carnero, *Hist. de las Guerras civiles en los Estados de Flandes y Francia*; á Bentivoglio, *Guerras de Flandes*; á Lanario, *Hist. de las Guerras de Flandes*; á Cabrera, *Hist. de Felipe II*; á Fornerón, *Hist. de Philipe II*; á Kasselt, *Hist. de Hollande*; á J. F. le Petit, *Grande Cronique de Hollande*; a Van Meteren, *Hist. des Pays-Bas*; á Teodore Juste, *Hist. du soulevement des Pays Bas*; y por último, el magnífico capítulo V, Tomo I de la obra de Lothrop Motley, *Hist. de las Provincias Unidas de los Países Bajos*. Hemos consultado tambien las *Colecciones de Doc. medit.* española y francesa, la *Correspondencia de Felipe II*, las historias generales de los dos países, y la especial de Clonard. Este y Lafuente difieren poco de Estrada, sobre todo Clonard, que ni da á las ciudades más importantes su nombre moderno ni á los más conocidos personajes el que les corresponde. La descripción de Castro en el *Album de las batallas*, es en extremo conocida, pero exacta.

De los autores anteriormente citados, nos limitaremos á decir que Vázquez fue testigo y actor en los sucesos que narra, lo propio que Carnero; que Cabrera escribió su relación teniendo á la vista la de un oficial que asistió al sitio de Amberes; que el cardenal Bentivoglio, hermano de Hipólito Bentivoglio, oficial italiano que se distinguió mucho en el combate de Kowenstein, se atuvo á la narración de este y otros de sus compatriotas; y por ultimo, que Estrada compuso sus Decadas teniendo á la vista multitud de papeles y documentos de Farnesio y la correspondencia particular de oficiales españoles y extranjeros que sirvieron a las órdenes de aquel. A pesar de habersele tachado de parcial y declamador, el sábio jesuita es bastante exacto; y así hemos tenido ocasión de apreciarlo al cotejar y comparar las distintas relaciones de este periodo; pero merece consignarse la observación que del mismo hace Motley: «En general, dice el historiador protestante, encuentro á este jesuita muy fiel en la transcripción y traducción de los documentos concernientes á su heroe.» Por lo que atañe a los demás historiadores citados, diremos que le Petit se hallo en Amberes durante el sitio y que Meteren es tambien coetáneo. De los modernos, es altamente recomendable Motley, pues su obra ha sido redactada teniendo a la vista antiguas crónicas y preciosos documentos de los archivos de Flandes y Holanda.

Fundados en cuanto hemos leido y consultado, podemos, pues, asegurar, que nuestro trabajo es quiza de los más exactos y completos que hasta hoy han visto la luz.

pales ciudades del interior; por la actividad y pericia de sus habitantes habíase convertido en emporio del comercio y de la industria; por su especial modo de ser político podía calificársela de ciudad libre, dados los grandes privilegios y exenciones de que gozaba y el especial gobierno por que se regía (1). Su población, que un coetáneo calculaba en 100,000 habitantes, era rica y laboriosa; el número de extranjeros que pululaba por sus calles, extraordinario, dando claro testimonio del pujante estado á que llegó, la opulencia de su burguesía, el gran número y variedad de sus talleres, fábricas y oficinas, sus excelentes y bien construídos edificios, sus limpias calles, algunas de ellas surcadas de canales, y los numerosísimos barcos que á todas horas remontaban el Escalda en demanda de su puerto y mercado; por lo que con razón dice un autor, que «ni el río pudo ser señoreado de ciudad más noble, ni ella bañada de río más famoso.» Basta para hacerse cargo del antiguo esplendor de Amberes leer la interesantísima descripción del florentín Ludovico Guicciardini, quien en su magna obra *Descrittioni di tutti i Paesi Bassi,* enumera muy circunstanciadamente cuanto de más notable aquella ofrecía, comenzando por sus anchas y excelentes murallas reforzadas con baluartes y caballeros, defendidas por anchos fosos y dotadas de siete soberbias puertas; su imponente ciudadela, obra de Paccioto; la ciudad nueva llena de cervecerías, talleres y fábricas; el puerto, cabe el caudaloso Escalda, surcado por centenares de naves de toda capacidad y porte; la multitud de canales que cruzaban la ciudad facilitando el tráfico; la Bolsa, concurrida de comerciantes de todas las naciones, la Casa de la Moneda, el gran mercado de las Tapicerías «con bellísimas invenciones y maravillosísimas obras,» y los de la pintura, platería, comestibles; el soberbio Palacio municipal, la Casa de los *Osterlinos,* las de los ingleses y portugueses, amén de sus célebres horno de cristales, fábricas de tejidos, cueros, armas, municiones, la imprenta del célebre Platino, «sin igual en Europa;» sus escuelas regidas por hombres doctísimos y sus grandes casas de comercio, que la hacían la primera del mundo en cuanto á tráfico, y por su importancia casi rival de París. Pueblo tan opulento y tan libre, es de suponer fuera instruído, cortés, ingenioso, fácil en el trato, amante de las comodidades y del fausto; y así era en efecto, porque sus artesanos se reputaban maestros en todas las artes y muchos de ellos sin haber salido del país hablaban cuatro idiomas; asegurando el escritor florentín, que, ni había oficio que no se practicara en esta villa ni cosa alguna en ella, en que dejara de aparecer su riqueza, poder, pompa y magnificencia. Revelaban también la pujanza de la clase popular, las numerosas cofradías ó gremios existentes, cofradías destinadas en su mayoría á objetos benéficos, pero no ajenas á los negocios públicos, pues intervenían en las decisiones del Consejo municipal por medio de sus *decanos* (2),

(1) Guicciardini da las siguientes noticias relativas al modo de ser político de esta ciudad:

«En primer lugar, Amberes, tiene por señor y príncipe al duque de Brabante, como marques del Santo Imperio; pero con tales y tan grandes privilegios obtenidos de fecha remotísima, que ella se rige, mantiene y gobierna por sí misma casi como ciudad libre, y una república y franca señoría, dejando á salvo el respeto y el derecho de soberanía del príncipe... Este gobierno se halla distribuído en cuatro miembros: el primero los Burgomaestres (1), Eschevinos (2), Tesoreros y Recibidores; el segundo, comprende todos aquellos que en anteriores epocas ejercieron tales cargos; el tercero la burguesía compuesta de los capitanes de los trece cuarteles en que está didivida la ciudad (*Hooft-mannen*); el cuarto, los decanos de los gremios ó cofradías de las artes y oficios. Estos cuatro miembros constituyen el cuerpo ó Estado político de Amberes, si bien hay quien hace del tercero y cuarto sólo uno, y los reduce á tres.»

El Príncipe tenía el derecho de confirmar los magistrados, quienes anualmente se nombraban por elección, y si bien estos magistrados podían elegir libremente burgomaestre, lo hacían mediante la recomendación del Príncipe. Tenía también el Príncipe la administración de justicia, que en su nombre ejercían dos tenientes, uno para lo civil, otro para lo criminal, los cuales gozaban de igual categoría que el Burgomaestre.

El Tesorero y el Recibidor cuidaban de la administración financiera, y además de estos dos funcionarios, existían dos destinados á cuidar de los asuntos de la ciudad que tenian relación con el gobierno.

Además del cargo de Burgomaestre existía en Amberes el de Burgrave ó gobernador del castillo por el Rey; dignidad puramente honorífica que estaba vinculada en una de las antiguas casas flamencas, y que antes del sitio se confirió á Guillermo de Nassau.

Como se vé, las facultades del soberano se hallaban limitadas á la administración de justicia, á la defensa y á los tributos; pero las prestaciones que Amberes había hecho á sus príncipes, á trueque de las que había conseguido algunos importantes privilegios, la dieron una especie de autonomía, á la que debía en parte su florecimiento, por el gran desarrollo de la clase menestral y la riqueza de su burguesía.

(2) Al dar cuenta de la composición del Consejo municipal de Amberes, hemos dicho que formaban parte de el los decanos de las cofradías de las artes y oficios.

Añadiremos ahora que éstos se elegían sólo en número de *doce* y tomaban parte en los Consejos un día á la semana «no pudiendo

(1) El vocablo *Burgomaestre* en alemán significa jefe ó maestro de los burgueses.

(2) *Eschevinos*, es el nombre que se daba á los magistrados que componian el Consejo municipal.

y no eran estas válidas sin su asentimiento. Y con tener presente estos datos, dicho se está si amarían los de Amberes su libertad y estarían orgullosos de sus privilegios. Demostráronle sobradamente en antiguos tiempos con sus señores y más recientemente con los gobernadores españoles; reconociólo así el duque de Alba al erigir la ciudadela, y acreditáronlo al atacarla Ayila y al defender la ciudad de la acometida de Alenzón. De aquí que la pérdida de la rica y populosa Amberes fuera por muchos conceptos sentida por España, y de aquí también que los Estados la reputaran como la más importante de las adquisiciones que procuró la *Paz de Gante*.



Puerta de Malinas, en Bruselas (De una fotografía)

Si hemos de dar crédito á nuestros historiadores militares, no había en todo Flandes ciudad más bien fortificada y pertrechada que Amberes. Por la parte que mira al Brabante defendíanla muy altos muros reforzados por diez baluartes y rodeados de ancho y profundo foso; el Escalda, su barrera natural por la que mira á las provincias flamencas, alcanzaba allí tal anchura y profundidad, que estimaban ésta en sesenta piés y aquélla en milla y media, formando su corriente como la cuerda del arco que traza el circuito de la ciudad. Este río que trae su origen de Francia

concluirse nada en el Consejo municipal, sin que todos sus miembros se hallaran de acuerdo.» El Burgomaestre reunía á los magistrados y después que éstos habían discutido y convenido un plan, ordenaba á los demás miembros que se reuniera cada uno por sí. Tan pronto como cada colegio había dado su parecer, si había unanimidad se convertía en ley; en caso contrario debía resolverse de nuevo. En asuntos graves, y especialmente en los relativos á fortificación y guerra, era preciso el consentimiento del Príncipe.

Guicciardini, al hablar de las diferentes cofradías, consigna que existían en Amberes seis armadas. Formaban seis compañías de á cien hombres cada una; dos de ballesteros, dos de arqueros, una de arcabuceros y una de espaderos.

y contiene en su cuenca las ciudades más importantes de Flandes, atraviesa hasta Tournay un terreno llano y alcanza al llegar á ella un nivel de diez y siete metros de altura media, pero no ha recorrido aún la mitad de su curso, cuando sale á su encuentro la marea. En Gante, donde recibe las aguas del Lys, ésta se confunde con él y alcanza $1^{m},19$ de altura, por término medio, espacio de cuatro horas; mas abajo de dicha ciudad, el Escalda se convierte en estuario marítimo y al Sud de Amberes, la marea remonta, no solamente el Ruppel, principal afluente del Escalda, sinó el Nèthe, hasta Lierre; el Dyle, hasta Malinas, y el Senne hasta Vilvorde, á 11 kilómetros de Bruselas. Frente á la ciudad de Amberes tiene el río milla y media de ancho por sesenta piés de profundidad, alcanzando la marea once piés. Corre aquí en línea recta y cambiando luego su dirección, forma dos pronunciadas curvas antes de dar su tributo al mar, dividiéndose entonces en numerosos y extensos estuarios y abrazando las islas de Zelanda, que aparecen frente á sus bocas. En todo el trayecto comprendido entre la ciudad y la desembocadura (más diez y siete leguas) hallábase el curso del río protejido por algunos fuertes, el de Liefkenshoeck en la margen izquierda, el de Lillo en la derecha y frontero al anterior, y en la misma ribera, aunque más próximo al mar, el de Frederick Hendrick; inmediatos á la ciudad hallábanse los fortines de Calloo y Ruine, conocido también por Austruwel, y á poca distancia más arriba de ella, en la margen izquierda, el de Burcht. Lillo había sido construído en el vértice del ángulo que forman el dique maestro y el contradique de Blauwgarn, por Mondragón, cuando los españoles dominaban en Amberes; y Liefkenshoeck fué levantado por los flamencos en oposición á Lillo, sobre el terreno llamado *Doel,* terreno que se elevaba bastante sobre el nivel de las aguas y forma una especie de islote junto al río. Este islote se halla defendido por tres fortines y el castillo que protege el dique maestro y vigila el país de Waes. El terreno en ambos costados del Escalda, es bajo y pantanoso formando una pendiente que va inclinándose suavemente al Océano; y en la época de que nos venimos ocupando protegían aquellas tierras de los embates del mar y de las aguas del río, numerosos diques y contradiques, unos paralelos al río, otros perpendiculares á él: por manera que si aquéllos sujetaban la corriente del Escalda, éstos oponían una barrera al mar. Corría por la ribera derecha paralelo al río el dique maestro, al que en Lillo se unía el contradique de Blauwgarn (1), robustísima barrera que á la par que le daba resistencia, defendía de las aguas del Escalda y del Océano los campos de la ciudad: algo más inmediato á ésta (en el punto en que se levantó el fuerte de Santa Cruz) aparecía una nueva barrera formada por el contra-dique de Kowenstein, la cual corría desde la aldea y castillo de este nombre hasta el dique principal (2), al que reforzaba sirviendo, al par que de barrera y contrafuerte, de calzada á los moradores de aquella región. No era este contra-dique de gran importancia pues, segun Bentivoglio tenía diez ó doce palmos de grueso y de alto no más de lo que pedía el uso necesario de los campesinos, pero las ciscunstancias vinieron á demostrar el valor de este valladar para el ejército sitiador. Tales eran las principales defensas de las aguas; pues á través de los campos, existían otras en sentido paralelo y diagonal á las anteriores que contribuían á preservar los pastos en aquella región húmeda y encharcada. Advertiremos de paso que el aspecto del territorio ha cambiado mucho desde la época á que nos referimos; en primer lugar á causa del sitio de 1585 y en segundo, por efecto de los trabajos de canalización y construcción de diques realizados de muchos años á esta parte. «El aspecto del país, dice el eminente geógrafo

(1) «De la aldea de Couvestein, por espacio de una pequeña legua, sobresalía un dique menor é iba á unirse con el mayor de la ribera, y llamábase comunmente el *contra dique de Couvestein.* Hízose este menor para caminar particularmente en tiempo de invierno, porque todo aquel sitio, que es muy bajo, estaba entonces lleno de lodo. Tenía diez ó doce palmos de grueso, de alto no más de lo que pedía el uso necesario de los paisanos.» Bentivoglio, *Guerras de Flandes.*

«Hay un contradique que va del lugar de Extrabuque al dique maestre de Amberes en la parte del Brabante, que se junta con él una legua de Lillo, que en tiempo antiguo se servían dél, y con la inundación de las aguas estaba casi deshecho, porque pasaban por encima y le tenían del todo consumido y desbaratado... Un dique es un camino hecho á mano para detener las aguas que no aneguen la tierra, y por estos diques caminan en Flandes para ir donde se les ofrece, y cuando se llama dique maestre, es como si dijeramos camino real de una ciudad á otra, y contradiques son caminos que atraviesan para ir á otras partes y detener las aguas que no se junten, y todos van á parar á los diques maestros ó caminos reales.» Vázquez, *Sucesos de Flandes.* Año 1584.

«El mayor de estos (contradiques) por el villaje de Couvestein, llamado comunmente el dique de Couvestein, corre desde el pago de Estabrouc hasta el Escalda cosa de tres millas.» Estrada, *Década,* II, lib. VI.

(2) Es el dique llamado por Vázquez de Emblangaren y por Estrada de Lillo.

Frederick Hendrick
Staebroeck
Lillo en Saftland
Lillo
Capilla
den Doel
Hoevenen
Ple de la Cruz
Liefkenshoeck
Oorderen
RIO ESCALDA
Leckeren
Donk
Willmerdank
Fte de Perla
Laer
Fte Sn Felipe
Terrebrock
Fte Sa Maria
Calloo
Austruweel
H Baine
Merezem
Fuerte de Damas
ANVERS
Cabeza de Flandes
Melsele
Swyndrecht
Van dooren
Borgerhout
Gansendries
Beveren
Poignert
Het heyken
Burcht



SITIO DE AMBERES

POR EL EJÉRCITO ESPAÑOL AL MANDO DE ALEJANDRO FARNESIO

JULIO DE 1584 - AGOSTO DE 1585

A. Campamento de Alejandro Farnesio.

B. Campamento del conde de Mansfeld.

C. Fuerte de la Cabeza de Flandes.

D. Fuerte de Liefkenshoeck.

E. Fuerte de Sta. Cruz.

F. Fuerte de Santiago.

G. Fuerte de S. Jorge.

K. Punto por donde fué cortado el contradique de Kowenstein, durante el combate del 26 de Mayo.

H. Fuerte de la Empalizada.

J. Fuerte Mansfeld.

J. á E. Contradique de Kowenstein.

Mr. Reclús, cambió por completo; y aun actualmente pueden verse las huellas del gran acontecimiento en las campañas de esta provincia. Algunos de los antiguos *polders* de Sasftingen que se extienden al Norte de Hults por territorio holandés, quedan todavía sumergidos, lo propio que otros terrenos inundados en 1542 por una tempestad. En cambio pantanos desecados por el príncipe de Parma figuran hoy entre los terrenos más fértiles de Bélgica. Data de esta fecha la transformación del país de Waes en un jardín. Al terminar el sitio, la superficie de *polders* inundada pasaba de 300 kilómetros cuadrados: más arriba de Amberes las riberas del Ruppel se hallaban cubiertas de agua hasta cerca de Malinas; más abajo, casi todas las tierras que los ribereños protegían con diques desde el siglo XII fueron invadidas de nuevo por el mar, unas por los sitiadores, quienes querían alejar al enemigo, otras por los sitiados que ansiaban abrir un paso á sus naves (1).»

Dados estos antecedentes de suma importancia para apreciar el curso de las operaciones militares, nos limitaremos á consignar que Amberes se halla situada en el corazón de Brabante, frontera á la Flandes Oriental, y en comunicación directa con las cinco principales ciudades de las dos provincias, Gante, Termunda, Malinas y Bruselas, separadas una de otra por distancias variables de cinco á treinta millas y enlazadas por el Escalda y su afluente, el Sena. Esta era la zona que faltaba conquistar á Farnesio para devolver á España las provincias hoy belgas: territorio fértil y rico, dominado el cual, la barrera que separaba á Felipe II de los Estados de Holanda y Zelanda quedaba destruída. Por lo mismo puso gran empeño Orange en prevenir tan funesta contingencia. Adelantaron dichos Estados fuertes sumas para atender á los gastos, y la misma Amberes, al tener idea del peligro que la amenazaba, se apresuró á votar un subsidio para adquirir las provisiones de boca y guerra que pudieran consumirse en un año; pero casi nadie creyó que el peligro estuviera cercano, porque Farnesio, si bien desde principios de 1584 había amenazado la ciudad, carecía de suficiente número de soldados para sitiarla. Sólo *el Taciturno* parecía presentir el descalabro. El sagaz político había procurado poco antes de morir nombrar burgomaestre de Amberes al hombre que más confianza le merecía por su talento y por sus virtudes, al ilustre Marnix de Santa Aldegunda, un gran sabio ingerto en un gran patriota; y como adivinara ya por este tiempo el plan de Farnesio, en una reunión tenida en Delft con aquel y otros personajes, comunicóles sus temores y les expuso su plan defensivo, reducido á romper los principales diques, ante todo el de Blauwgarn y á inundar toda la ribera derecha del Escalda, de manera que Amberes convertida en isla, comunicase libremente con la flota holandesa y zelandesa (2). El plan era atrevido y por de pron-

(1) Reclús, *Nouvelle Géographie universelle*, Tomo IV, p. 61 á 66.

(2) «El príncipe de Orange, dice Lothrop Motley, aseguró que Alejandro Farnesio tenía firme resolución de apoderarse cuanto antes de la ciudad y en secreto había dado á conocer su propósito de derribar el árbol cortando las raíces, pues estaba convencido que la rendición de la capital comercial produciría la ruina de la naciente confederación de las Provincias-Unidas. Con objeto de conseguirla, proponíase señorear el Escalda y *arrojar un puente sobre el río, caso de que sus proyectos no se realizaran en seguida.*

»Guillermo de Orange indicó entonces ligeramente su plan, añadiendo que no podían abrigarse dudas respecto al resultado y asegurando al propio tiempo á sus amigos, que parecían sumamente preocupados, que si efectivamente el príncipe emprendía el sitio de Amberes, la pérdida de Farnesio era segura. Era el plan de Guillermo muy sencillo: la ciudad asentaba junto al río; el enemigo, podía, no sin peligro, arrojar un puente y apoderarse de Amberes; pero no podría sujetar por el mismo medio al Océano; y precisamente no era difícil convertir á la ciudad en puerto de mar. Rodeada por todos lados de las aguas, trocada en isla, teniendo libres sus comunicaciones con la Holanda y la Zelanda, Amberes podía desafiar los ejércitos de general tan eminente como Farnesio. Pero para adoptar tal medida era necesario destruir algunos diques, entre ellos el de Blauwgarn; y por lo mismo se encargó á Santa Aldegunda que volviese á la ciudad con objeto de hacer ejecutar los trabajos sin pérdida de tiempo...

»Santa Aldegunda y su compañero Martini insinuaron que esta medida encontraría oposición, y que podría efectuarse parecida tentativa del costado de Flandes, rompiendo preferentemente los diques en las cercanías de Saftingen; pero Orange replicó que el terreno en la ribera derecha por sus especiales condiciones, no permitía dudar del exito; mientras que en la opuesta, se tropezaría con serias dificultades y la empresa resultaría problemática. Los hechos demostraron en efecto hasta donde rayaba la sagacidad del príncipe, pues según se verá, el proyecto de romper los diques por Saftingen, puesto en ejecución, fué más ventajoso que perjudicial á los planes de Alejandro.» *Hist. de las Provincias-Unidas de los Países Bajos*, Tomo I, cap. V.

El capitán español Vázquez, aludiendo á esta entrevista, pero mal informado, se limita á hacer constar que se rompieron los diques de Saftingen por consejo de Orange:

«Los de la villa de Amberes quedaron tan admirados con la pérdida de la isla ó país de Vater, y que la gente de Alejandro había de invernar en el, que no podían consolarse, y más habiendo de tener tan mal vecino... Como sabían con cuantas veras el príncipe de Orange les había valido y aconsejado, le enviaron á decir en este medio lo que podían hacer para desalojar á los españoles y á los demás católicos... El de Orange les respondió que rompiesen los diques para que el agua del río Esquelda anegase el país y que navegasen por él, pues les era fácil, y con esto estorbaban á Alejandro que los pudiese sitiar con ejércitos fuertes ni otra cosa, si bien lo quisieren in-

to iba á chocar con los intereses de los campesinos y de los ciudadanos; sin embargo, persuadiéronse Marnix y sus acompañantes de su eficacia, y convinieron en proponerlo al Consejo municipal, quien desde luego aprobó la medida y dió orden de romper el dique de Blauwgarn. Mas por desgracia las decisiones del Consejo tropezaban con las distintas cofradías, sin cuya aquiescencia nada podían efectuar los magistrados: los panaderos, los carpinteros, los calafates, los carniceros, los leñadores, etc., etc., arrogábanse respectivamente poderes diversos, y casi siempre contradictorios; y en la asamblea general de estos colegios con dificultad podía llegarse á un acuerdo. Era aquello una verdadera anarquía, no el mecanismo político necesario á una ciudad amenazada por el primer general de la época (1). Puede calcularse el efecto que causaría al gremio de carniceros la noticia de que las ricas praderas en que pacían 12,000 bueyes iban á ser destruídas, y con ellas á perderse todo el ganado. La indignación fué unánime; el plan fué rechazado, no sólo por el gremio, sino por los coroneles de la milicia ciudadana, quienes amenazaron con oponerse á tal medida con las armas; y el Consejo municipal, temeroso del conflicto, hubo de renunciar á este proyecto, ó por mejor decir, de aplazarle; pues por su desgracia algunos meses después pidieron los mismos habitantes aquello que antes habían rechazado. ¡Funesto error tardíamente reconocido! Porque el caudillo católico ganóles por la mano, dominó la corriente del Escalda con una serie de pequeños fuertes, ocupó los diques más importantes de ambas márgenes, se hizo dueño de la pequeña pero importante población de Herentals (2), una de las que proveía á la ciudad de Amberes, y comenzó á poner en planta el proyecto que tan acertadamente había concebido.

Difícil iba á ser el cometido del ilustre Marnix, pues su autoridad de burgomaestre no le daba la necesaria fuerza para prevalecer en los consejos, ni el poder necesario para contrarrestar á los gremios. Sin embargo; hizo cuanto en su mano estuvo para prevenir el sitio, y si no logró que el dique de Blauwargn fuese roto, en cambio mandó cortar en la margen opuesta el dique del Escalda por Sasftingen, á fin de que inundando todo el territorio de Waes, impidiera la aproximación de los españoles; puso en Liefkenshoeck una guarnición de 1,000 soldados al mando del coronel Petib y en Lilloo un regimiento de franceses y algunas compañías flamencas á las órdenes de Tiligny; dió aviso á Treslong, almirante de Holanda y Zelanda para que vigilara el aprovisionamiento de la ciudad, así como al conde de Holack, general del ejército de los Estados, para que estuviera presto al auxilio de Amberes, y además dispuso que se hicieran levas en el territorio. Con el concurso de la flota y del ejército, y con la escasa milicia mercenaria que guarnecía la ciudad, un regimiento de ingleses y escoceses mandado por el coronel Morgan, pensaba resistir ventajosamente al ilustre Farnesio; pero la confianza de los ambereses y de Marnix, un tanto quebrantada con la muerte de Orange, fundábase sobre todo en las negociaciones sostenidas con la córte de Francia, negociaciones que, como veremos oportunamente, fueron prolongándose excesivamente y terminaron luego de un modo vergonzoso.

Farnesio habíase formado un plan por todos conceptos admirable: quería apoderarse de toda

tentar... Los de Amberes lo hicieron puntualmente, aunque no pudieron anegar toda la tierra como les había aconsejado; hiciéronlo en más de una legua, con que causó mucho daño á los labradores de todos los contornos de Amberes.»

(1) *Hist. de las Provincias-Unidas de los Países Bajos.* Tomo I, cap. V.

«Había en Amberes, dice el historiador inglés, un colegio de bewarmeesters, otro de notables, otro de diáconos, otro de provisionistas, otro de fortificación, otro de constructores, cada uno de los cuales reclamaba autoridad igual y atacaba la de los demás. Por ultimo, existía un *colegio de pacificadores* que disputaba más que todos los colegios juntos. El Consejo general se reunía una vez por semana. Los gritos y el tumulto eran atronadores cuando todas las cabezas de esta hidra gubernamental se hallaban reunidas. Allí se juntaban los jefes de colegio, los presidente de cámara, los comandantes de la milicia, los magistrados, los bewarmeesters, los decanos de los carpinteros, carniceros, jardineros, leñadores, pero sin que autoridad alguna dominara. No era este el mecanismo de una ciudad próxima á ser sitiada por el primer general de la época. Además se carecía de tropas regulares; la milicia ciudadana era valiente y diestra, pero se distinguía por su poca disciplina. Existia, es cierto, un regimiento inglés á las órdenes del coronel Morgan, capitán respetado y de mucha experiencia, pero según frases de Stephen, este cuerpo, á ménos de ser reforzado, solo serviría «de desayuno al enemigo.» Y por desgracia también le alcanzaba la insubordinación, pues sus individuos se amotinaron: gran número de ellos se pasó á Parma, otros se escaparon á Inglaterra, y hasta que Morgan mandó decapitar á los capitanes Lee y Powel no se pudo restablecer la disciplina.»

(2) La pérdida de la importante aunque reducida ciudad de Herenthals, debióse al miedo que infundió el ataque de Lillo, porque los de Amberes sacaron de ella la guarnición de escoceses y la mandaron á esta fortaleza; y la ciudad, falta de presidio, cayó seguidamente en poder de la caballería realista. Fué este otro grave error por parte de los sitiados, pues Herenthals, era una ciudad que facilitaba el avituallamiento y que, por lo tanto, podía contribuir á la prolongación de su propia defensa

aquella zona del Brabante; y aunque para realizarlo carecía del necesario ejército, de tren de puentes, de vituallas y de dinero, trataba de conseguirlo á fuerza de habilidad y de perseverancia. Y ciertamente esta campaña es uno de los más hermosos timbres de su historia. Toda la ciencia militar de la época se empleó en este sitio. Construyéronse fortalezas sobre los ríos y minas bajo las ondas; grandes corrientes fueron lanzadas sobre las trincheras y largas trincheras sobre los ríos; quedaron en seco los antiguos cauces; rotas las barreras que sujetaban el Océano, la tierra convertida en mar; sujetóse el Escalda con un puente colosal, y cerróse el paso á las aguas del mar y del río, coronando un estrecho dique con frágiles castillejos; y desde Staebroeck hasta Bereveren, en una extensión de muchas millas, Amberes vió levantarse un muro que impedía el arribo de



Soldados valones. Copia de un grabado de Hooghe

todo auxilio: la hidrostática, la hidráulica, la navegación, el arte del ingeniero, diéronse á conocer en todos estos trabajos, á los que debe añadirse la toma de cinco potentísimas ciudades casi á un mismo tiempo cercadas, y en el breve plazo de un año rendidas. ¿Y quiénes hicieron tales proezas? Un puñado de valientes, un ejército reducido en número, unos soldados que marchaban á la pelea con las piernas al aire y el estómago vacío, gente que pisaba un país mal sojuzgado, no siempre dispuesta á combatir sin paga ni á obedecer sin castigo. De aquel ejército formaban parte, además de los españoles, los mercenarios alemanes, borgoñones, valones é italianos, que recibían el nombre de *naciones;* y aunque la emulación era en ellos acicate del valor, el mal ejemplo seguro estímulo de rebeldía. Mandábanlos, es cierto, expertos capitanes y figuraban entre ellos valientes *aventureros* llegados de Italia y España en busca de gloria y fortuna; pero bastábale para vencer contar á su frente á un gran general, capitán célebre entre los más célebres de su siglo; el que restauró en Flandes la guerra y elevó á nueva altura la fortuna española; émulo de César por sus empresas atrevidas en el mismo teatro en que aquel había combatido, digno rival de Enrique IV, competidor ilustre de Mauricio de Nassau y predecesor afortunado de los más famosos guerreros que en el siglo XVII ilustraron los anales europeos; que todo esto fué el esclarecido Alejandro Farnesio.

La situación del ejército católico en el momento de concebir éste la idea del sitio, era la siguiente: una parte de él militaba en la Frisia á las órdenes del célebre Verdugo gobernador de la provincia; dos coronelías de alemanes se hallaban en Colonia; recorrían en el condado de Zutphen algunas compañías de á caballo; Montigny defendía con los valones el Henado y el Artois; Alejandro tenía en el Brabante y en Flandes cuatro tercios y tres regimientos alemanes, á los que engrosaron los tres tercios mandados de España; el resto de las tropas realistas se hallaba diseminado en las ciudades y castillos. Reasumiendo, Farnesio disponía para entrar en campaña de unos 10,000 soldados y 1,700 caballos (1); número, según se vé, insuficiente á todas luces para la empresa que intentaba acometer. Esto era precisamente lo que inducía á sus generales á desaprobar el proyecto, excepción hecha del español Mondragón y del italiano Capiffuccio; porque teniendo en cuenta la aventajada posición de Amberes sobre el Escalda y próxima al mar, por donde la podían llegar eficaces socorros; sus magníficas fortificaciones, sus numerosos habitantes y valerosa guarnición, las naves de que podía disponer, y las vituallas que á prevención había acopiado, bien se echara de ver que no infundadamente se tachara de locura, añadiendo los que tal decían, que para bloquear la plaza se necesitaban tres ejércitos; no uno mal pagado y peor vestido. Pero ni estas razones, ni el riesgo que podía correr su crédito, ni el peligro de perder con la reputación militar, todas las ventajas recientemente adquiridas, doblegaron la voluntad de Alejandro; porque en los hombres de genio las dificultades engrandecen los ánimos y sirven de acicate al deseo. Y como lo ideó cumplióse en todas sus partes el plan.

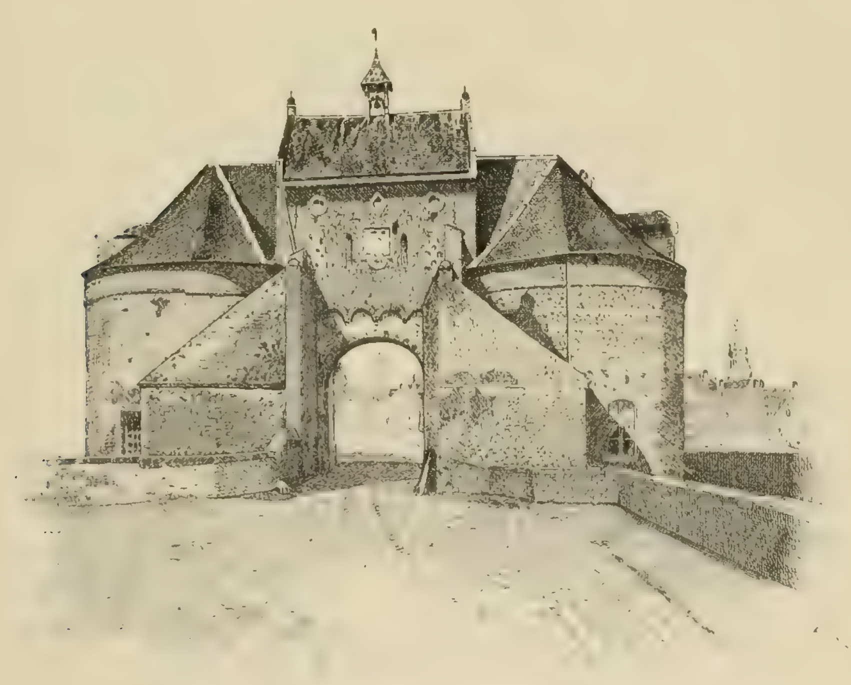
Farnesio comprendió que era totalmente imposible cercar esta plaza ni tomarla arrebatadamente. Si Amberes había de caer en poder de los realistas, únicamente podía ser gracias á un bloqueo riguroso; y aun así, dependía esto del acierto con que se distribuyera la fuerza, insuficiente para intentarlo. Por lo tanto, decidió aislar á la ciudad; echando mano para ello de otros expedientes: cerrar el paso de los ríos que conducían víveres á Gante, Amberes y Bruselas; construir castillos en puntos estratégicos y distribuir su ejército de manera que amagase casi á un mismo tiempo á Termunda, Gante, y Malinas, mientras él concentraba sus cuidados á la ciudad de Amberes. Con un ejército de 100,000 hombres no habría podido sitiar regular y simultáneamente éstas plazas; por consiguiente optó por aislarlas entre sí y del resto del país, haciéndose dueño del curso del río y reduciéndolas por hambre. Era un plan verdaderamente admirable y tuvo una realización digna de quien tan acertadamente le había concebido. El ingeniero Plati, célebre ya por los trabajos ejecutados frente á Maestricht, fué quien dirigió las fortificaciones, construídas para cerrar las vías de comunicación, y gracias á su diligencia en breve dominó el ejército las principales líneas de Flandes y el Brabante (2).

Alejandro Farnesio distribuyó el ejército que debía intentar la empresa de Amberes en tres fracciones: colocó á los italianos y albaneses mandados por Gregorio Basta en el campo de Amberes del costado de Brabante; en la ribera derecha del Escalda, junto á Staebroeck, mandó que construyera un campo atrincherado Mansfeld y que se situara allí con 4,500 infantes y ocho cornetas de caballería, llevando á sus órdenes á Cristóbal Mondragón; y en la ribera izquierda, ó sea

(1) Carta de Farnesio al Rey, de 15 de Julio de 1584, citada por Estrada. El historiador Motley dice que sin contar las guarniciones antes de poner el sitio reunía Alejandro 18,000 hombres próximamente; número que luego quedó reducido á 1,700. «Las Provincias, añade, disponían apenas de 3,000 infantes y 2,500 caballos, en su mayoría diseminados en las inmediaciones de Zutphen.» *Hist. de las Provincias-Unidas de los Países Bajos*, Tomo I, cap. I.

(2) «La comunicación del mismo río el Escalda junta á Amberes con Gante, que dista como treinta millas de Amberes, y estando Terramunda en medio de entrambas sobre el mismo río Escalda, asegura esta comunicacion. De mas cerca, y con sóla la distancia de doce millas, mira á Amberes Malinas: y por el río Dele, que con el nombre de Rupel desagua en el Escalda, da de allí y recibe mutuamente ayuda. Distan algo mas de Amberes, los de Bruselas, pero con un canal que han abierto, acomodado para la navegación, se meten en el Rupel y de allí desembocando en el Escalda, entra en Amberes. Habiendo comprendido todo esto junto, Alejandro determinó no dividir contra cada una de las ciudades los reales (porque ni con 50,000 hombres hubiera hecho esto) sino oponer á la larga fortificaciones y castillos, y cerrando los ríos, por donde navegan los víveres á las ciudades, como ya había comenzado junto á Gante, meter en ellas, sin el estrépito asediarlas, los daños del asedio. Habiendo, pues, enviado á Weteren al ingeniero Plato con una tropa de soldados, mandó que Antonio de Olivera, que en aquel lugar estaba en defensa de un puente poco antes echado sobre el Escalda contra Gante, añadiese nueva fortificacion hacia Terramunda, y cortara toda la esperanza de comunicación entre Gante, Amberes y Terramunda. Junto al villaje de Willebrouc, entre Malinas y Amberes, puso parte del tercio de Iñíguez, para que atacase un baluarte levantado allí al margen del Escalda y cerrase la navegacion della á los de Bruselas, cava defensa en Willebrouc.» Estrada, *Década* II, lib. VI.

la *Cabeza de Flandes*, en Beveren, ordenó que acampara el marqués de Rubas, asistido de Pedro de Paz y Gaspar de Robles, con 3,000 infantes y cuatro cornetas. En estos cuarteles vino á situarse Farnesio, cuyo primera operación fué desalojar del inmediato fuerte de Calloo al destacamento flamenco que lo guarnecía. Rubas, á quien ésta se encomendó, trasladó á la margen del río parte del tren de artillería, y de este modo consiguióse el primer puesto fuerte sobre el Escalda. Conquistado éste fuerte, y los de Burcht y Flandes en la margen izquierda del río, los españoles se extendieron por la derecha cerrando todos los pasos y poniendo guarnición en Hochtrat, Breda, Lira, Diest y otros lugares, é impidiendo así por el costado del Brabante todo auxilio. Su caballería



Puerta de Brujas (De una fotografía)

recorria sin cesar el territorio «no solo con ánimo de desacordonar á los de Amberes, dice Bentivoglio, sino tambien de impedirles la comunicación con los de Bruselas y Malinas y hacer más presto caer ambas ciudades.»

El plan de Farnesio se reducia á interrumpir en absoluto todas las comunicaciones de Amberes con el exterior y con el resto del país. De aquí que, fuera su primer intento hacerse dueño de los fuertes de Liefkenshoeck y Lillo, que, distantes nueve millas de la ciudad, á uno y otro lado del Escalda, protegian la comunicación de Amberes con el Océano, y como es consiguiente el arribo de los auxiliares zelandeses y holandeses. Resuelto el ataque de estos dos fuertes, efectuó Alejandro un reconocimiento del primero y pudo convencerse de que su presa era muy fácil, dado el mal estado de las fortificaciones y su escasa guarnición: por consiguiente, limitóse á mandar allí el marqués de Rubas, quien después de vencer las trincheras que defienden el Doel y el islote en que asienta el castillo, plantó las baterías, dió dos vigorosísimos asaltos y lo entró el mismo día del ataque (10 Julio); día funesto, para los flamencos, pues fué precisamente el en que murió Guillermo de Orange á manos de Gerard. La mayor parte de la guarnición fué pasada á cuchillo y su valeroso gobernador muerto villanamente por Rubas, quien después de haberse hecho dueño de la

fortaleza y de los inmediatos fortines de San Antonio, Noorth y Torvent, ocupó la cortadura de Sasftingen y privó á los sitiados la comunicación con el territorio de Waes.

Casi al propio tiempo que se tomaba á Liefkensoheck, avanzó Mondragón contra el fuerte de Lillo, guarnecido por un regimiento de franceses al mando de Odetto de Tiligni, hijo del célebre La Noue. Tiligni era un guerrero «que en el valor no menos que en la sangre mostraba haber nacido de tal padre;» tenía á sus órdenes una guarnición numerosa y escogida, y gobernaba un castillo mejor fortificado; así es que, el ataque no ofrecía grandes probabilidades de éxito. Sin embargo, el héroe de Zierickzée fue despachado allí con 5,000 soldados, y con órdenes expresa de Alejandro para que «la misma noche que llegase cerrase con el castillo y procurase de improviso ganar la plaza, sin dar lugar que los rebeldes advirtieran lo que debía hacer (1).» Pero el valor de Mondragón no corrió esta vez parejas con la diligencia, y á causa de su lentitud dió lugar que se apercibieran los del fuerte y á que entrara en él la guarnición de Herenthalz. Llegado frente á la fortaleza, emplazó Mondragón sus cañones y batió por largo espacio de tiempo la muralla, respondiendo no menos bravamente Lillo, y con tal fortuna que dejó fuera de combate no pocos realistas. Hizo después la guarnición una furiosa salida, y entablóse tenaz pelea en las mismas trincheras; mas como la victoria se mostrara indecisa, abrieron los del fuerte la exclusa del Escalda y las olas del río engrosadas por la marea envolvieron de improviso á los españoles. Acosados por el plomo enemigo y rodeados por las aguas, aquellos valientes tuvieron que elegir nuevas posiciones; pero dando en su retirada muestra de su valor llevaron á brazos sus cañones, y á la vista del enemigo, sentando con dificultad la planta en el inundado suelo, emplazáronlos de nuevo é intentaron dar el asalto: porfía inútil, pues el príncipe de Parma, noticioso de lo ocurrido, dió orden á Mondragón de que se limitara á fortificarse en Oordam y otros parajes próximos á Lillo, sobre el dique del Escalda. Empero, cuando esto se llevó á cabo habían ya perdido los realistas sobre 2,000 soldados, y entre ellos los capitanes Luis de Toledo y Pedro de Padilla.

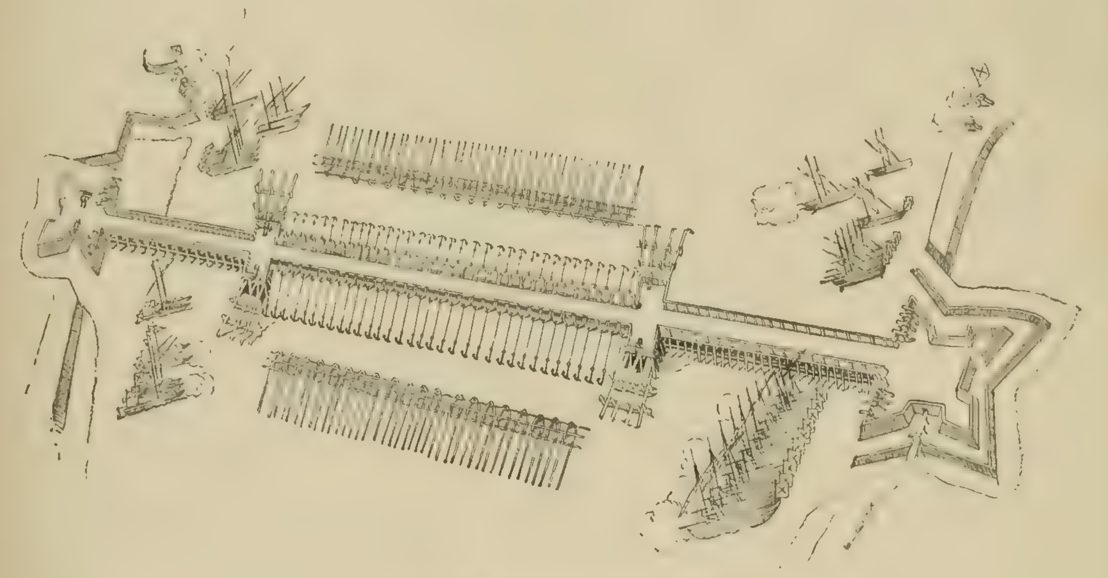
Alejandro comprendió desde aquel instante era empresa infructuosa la toma de Lillo, pues aun dominando en ambas riberas, la gran anchura del Escalda permitiría que remontando su corriente á favor de la oscuridad, llegaran sin gran riesgo á Amberes los navíos zelandeses y holandeses. No desconocía tampoco el peligro con que le amenazaba la próxima llegada de éstos; y aunque fomentaba con gran celo las diferencias que surgieron por este tiempo entre el almirante holandés Treslong y aquellos Estados (diferencias que retardaron el socorro), tampoco descuidaba su proyecto de cerrar con un puente el paso del Escalda. Este pensamiento ingenioso y atrevido, en vano puesto en práctica en otra ocasión por Orange, iba á verse realizado gracias á la perspicacia y perseverancia de Alejandro. El ilustre caudillo, después de examinar atentamente la corriente, echó de ver en el recodo que forma dos leguas más abajo de Amberes; entre las aldeas de Calloo y Oordam, un paraje en que el Escalda corre más ceñido, y tiene más arena en su álveo para permitir la construcción, y este pasaje fué el que consideró más á propósito para establecer el puente (2). Del mismo parecer fueron Plati y Barocci, quienes dispusieron la fábrica levantando en sus dos extremos ó cabezas dos sólidos castillos: uno que debía llamarse de *San Felipe* en la banda de Brabante, otro denominado *Santa María,* en el costado de Flandes. Construyéronse, mientras se verificaban estas obras, diferentes fuertes, parte de ellos para defensa de los reales, parte contra las fortificaciones del enemigo; y «porque se temió que más abajo del fuerte de Lillo, no hiciesen los enemigos una abertura grande en el dique principal del río, plantó Farnesio tres fuertes en el mismo sitio, que por ser triangular dió ocasión que se llamasen de *la Trinidad* (3).»

(1) Vázquez, *Sucesos de Flandes*, lib. VIII.

(2) «Se juzgó el mejor de todos el sitio que estaba al frente de las dos aldeas, la una llamada Ordam, en la parte hacia el Brabante, y la otra Caloo, en la que vuelve á Flandes. Aquí era algo más estrecha la madre y se mostraba más torcida; con que, no podrían las naves enemigas embestir directamente el puente. Distaba este sitio dos leguas de la ciudad, y se juzgó mas á propósito para otras obras necesarias y particularmente para la de los fuertes que se habían de fabricar en ambas partes.» Bentivoglio, *Guerras de Flandes*.

(3) «Mandó Alejandro al coronel Cristóbal Mondragón, que con su tercio de españoles y las demás naciones que tenía á su cargo, aderezasen este contradique viejo (el de Kowestein) que las aguas y el tiempo, como ya dije, tenían roto y deshecho, con fagina, estacas, tepes, tierra y otras cosas, le reparasen para que por él pudiese pasar artillería, carros y bagajes y otras cosas de peso; y al cabo d.l, que

Desde el momento en que se proyectó la construcción del puente, las inmediaciones de la aldea de Calloo sufrieron súbita trasformación. «Un astillero, un verdadero arsenal surgió allí como por encanto; y en él, numerosos carpinteros, armeros, herreros, calafates, trabajaban activamente todo el día. Habríase creído que allí se ponía en planta alguna empresa manufacturera, y que de improviso aquella gente había divertido sus aficiones á un objeto más pacífico (1).» El príncipe de Parma presidía todos estos trabajos, despachaba gran tropel de gastadores y soldados, á derribar los elevados y robustos árboles que cubrían una parte del territorio de Waes y ordenaba romper el dique del Escalda por la parte de Flandes y junto á la aldea de Burcht, con objeto de



Puente sobre el Escalda. Copia de un grabado de Hogenberg

es donde cruza el dique, mandó Alejandro que se fabricase un muy hermoso fuerte, como se hizo, bien amunicionado y guarnecido de infantería española y artillería, que se llamó el de la Cruz, porque la hacían allí los diques.» Vázquez, *Sucesos de Flandes*, lib. VIII.

Más adelante, dice el mismo autor:

«El lugar de Ordan, está una milla del dique maestro, donde se hizo el fuerte (Santa Cruz), y dél viene una canal por donde se desaguan las aguas llovedizas que van al río Esquelda cuando baja la marea, y siempre que sube se llenan las esclusas que están hechas para este efecto; y el contradique que Mondragón había reedificado (Kowenstein) y en el tenía su guardia, detenía las aguas que habían anegado la tierra para que no se juntasen con las de Lillo ni pasasen las de las cortaduras de junto Amberes; y para la conservación de la tierra del lugar de Estrabuque (que es donde asistía la mayor parte del ejército español) que estorbaban que de Lillo no llevasen bastimentos por el país anegado á Amberes con navíos. Y visto los de Holanda, Zelanda é Inglaterra, que con ser tan industriosos no tenían efecto sus designios, y que los españoles se les igualaban, y lo mucho que les importaba socorrer á Amberes, y que habían perdido las esperanzas de poder cortar el dique maestre, determinaron de hacerlo por Lillo, y habiéndolo puesto por obra, entraron con la marea y aguas vivas, tanta agua, que se acabó de aislar Lillo y estuvo á pique de anegarse como los cuarteles de Estrabuque, pues fue preciso que los españoles los desamparasen á toda prisa; y si no lo hicieran se perdieran todos. Fuéles fuerza retirar algunos cuerpos de guardia que tenían en puestos forzosos. Las aguas saladas corrompieron las dulces que hicieron notable daño á los soldados, y gran falta á los caballos y servicio del ejército, y se murieron muchos de haberlas bebido, y con las aguas vivas crecieron tanto que sobrepujaban por algunas partes el contradique, y fue necesario, con inmenso trabajo de la nación española, volverlo á reedificar con tepes, tierra traída de muy lejos, estacas y fagina, sobre sus hombros de la misma manera; y como los rebeldes vieron no los había aprovechado, hicieron otra cortadura en el dique principal de Emblangeren, más abajo de Lillo. Alejandro que lo supo, acudió al remedio con notable brevedad é hizo en aquel mismo sitio y lugar tres fuertes en triángulo, que después les nombraron los de la Trinidad. Con ellos abrazaron los remates de los diques y partes más necesarias para que los rebeldes no salieran con su intento; y pareciéndoles a los de Amberes tener efecto nuevo que imaginaron para resistir á los españoles y no dejarles tanta plaza, hicieron por la parte de Flandes otros muchos fuertes, y el villanaje de los contornos, por temor de las correrías de los soldados del ejército católico, hicieron otros muchos; pero aprovechábales muy poco, porque cada día se los asaltaban y ganaban, que las fuerzas de la hambre y de la necesidad, suelen ser mayores que las defensas humanas; tan grandes son los que pasan los soldados en la guerra.»

(1) Motley. *Hist. de las Provincias Unidas*. Tomo I, cap. 5.

inundar los camos hasta Calloo y conducir más fácilmente el material hasta el punto donde se construía el puente (1). Era un medio de conducción que debía acelerar extraordinariamente la obra, sobre todo desde el momento en que Gante estuviera rendida; pues no siendo posible cruzar bastimento alguno por el Escalda á causa de encontrarse al paso la ciudad, salvábase el inconveniente deparando nueva vía á las aguas del río entre el campo de Beveren y la ribera izquierda del Escalda.

La empresa de Farnesio, según se vé, era colosal, pues requería tanta constancia como genio, tanta energía como abnegación, tanto valor como habilidad. No se trataba solamente de reducir á la populosa Amberes, sino de sojuzgar cuanto antes las inmediatas y más importantes plazas de Flandes y el Brabante, plazas que distraían buena parte de las fuerzas sitiadoras y constituían una seria amenaza para el ejército realista. Echándolo de ver Alejandro, mientras se procedía á la construcción del puente, determinó caer sobre la estratégica ciudad de Termonde, ciudad situada en la confluencia del Escalda y el Dender, y llave de las comunicaciones fluviales de Bruselas y Gante, con Amberes. Para esta empresa escogió Farnesio el tercio de Pedro de Paz y cinco cornetas, más algunos regimientos valones mandados por Carlos de Mansfeld, hijo del conde Pedro Ernesto; en vanguardia de estas tropas que él en persona quiso conducir; despachó á Juan de Gamboa, dándole orden terminante de apoderarse de la esclusa de la ciudad, con lo cual evitábase el peligro de que el enemigo inundara su campo. Conseguido esto por el arrojado Gamboa, y distribuídas convenientemente estas fuerzas, plantóse la batería frente á la puerta de Bruselas, comenzando los disparos contra el baluarte que la protegía. Contestaron los de la plaza con nutrido fuego de cañón y de mosquete, causando un tiro de arcabuz la muerte del maestro de campo Pedro de Paz (2) y la del veedor general del ejército Pedro de Tassis, igualmente queridos del soldado; y animóles para la defensa la noticia de haber sido dispersada la escolta de un convoy que desde el campo de Grave marchaba á los cuarteles reales: mas ni su valor, ni el de las tropas flamencas que realizaron tal sorpresa, evitó que el ejército continuara sus trabajos y que al primer asalto se hicieran dueños los nuestros del baluarte y través inmediato (3). A pesar de este parcial é importante triunfo, no quiso Alejandro, aleccionado por lo que acaeció en Maestricht, perder estérilmente la sangre de sus soldados, y fiel á su idea de dar la preferencia al gastador, comenzó por sangrar el río, desecar los fosos y socavar el muro, y apretó luego de tal modo á la ciudad, que ésta, no segura ya de su suerte, pactó la entrega, si bien en condiciones muy severas, pues hubo de pagar 60,000 florines, salió desarmada su guarnición y recibió tres banderas de españoles y dos de italianos. Tan sólo once días duró este sitio, que hizo al parmesano dueño de una ciudad eminentemente estratégica (17 de Agosto).

Mientras esta importante operación tenía efecto, íbanse continuando en Calloo la construcción del famoso puente: los obreros no daban paz á la mano ni los gastadores á la segur; proyectaban ya los dos fuertes sus moles en las ondas del río; y según la diligencia con que Plati y Barocci procedían, todo indicaba que en breve el Escalda quedaría sujeto. Aquella obra

(1) «Pensóse remediar desta manera á tan grande dificultad. Hízose una gran abertura al dique del Schelda hacia Flandes, junto á la aldea de Borcht, en sitio superior al del puente; y por ella se comenzó á inundar la campaña vecina hasta Caloo, donde, despues con otra abertura del dique, se volvería á echar nuevamente el agua en la ribera, poco más arriba del puente, y así llegaba con mayor seguridad el aparato necesario para su fábrica.» Bentivoglio, *Guerras de Flandes*.

(2) «El Maestre de campo Pedro de Paz, natural de Noya, en Galicia, fue hechura de Alejandro, y muy antiguo soldado, prudente, valeroso, gran cristiano; peleó y trabajo en las guerras de Flandes con mucha gallardía; era muy atentado, experto, buena cabeza y de quien Alejandro recibia muy excelentes pareceres. Uso el oficio de sargento mayor con presta solicitud, fue muy recto y famoso maestro de milicia y escribió deste arte maravillosamente; y entre las muchas y buenas partes que tenía, fue la más principal el ser solicitador de soldados, buen compañero dellos, muy observante de las ordenes y preceptos militares, y tan bien entendido destos que pocos se le igualaron.» Vazquez, *Sucesos de Flandes*.

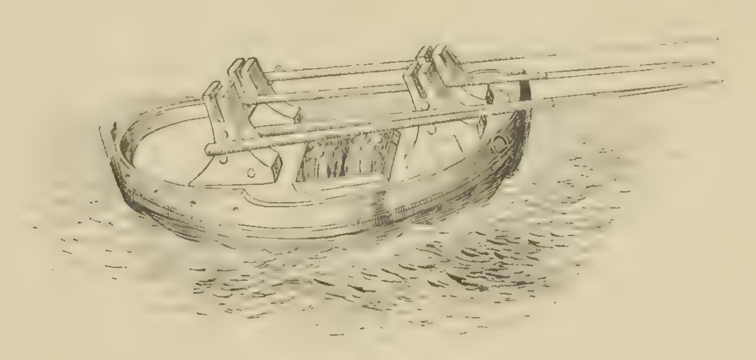
Hablando de su muerte en Terramunda, dice el mismo autor:

«Al maestro de campo Pedro de Paz, un cañonazo le llevó la cabeza estando entre dos cestones cuando se plantaba la artillería. Sintió su muerte todo el ejercito católico por ser amado de todos sus soldados; perdieron un padre que les procuraba su acrecentamiento, teniendolos siempre en un buen orden y disciplina.»

Estrada dice que era tanta su bondad, que los soldados apellidábanle *Pedro Pan*.

(3) Estrada, *Decada* II, lib. VI.

portentosa, de la que da nuestro grabado idea perfecta, es digna de minuciosa explicación; y en verdad que por lo clara merece ser conocida la del jesuita Estrada, quien vió en Roma un modelo en madera construído por orden de Alejandro y enviado por él mismo á esta córte. «Junto al fuerte de Santa María, dice, se clavaron primero en el río con admirable y pronto ingenio, tres postes de madera á la par, en igual distancia de la orilla, pero distantes uno de otro cinco piés. A éstos se seguían otros tantos postes distantes de los primeros once piés, y uno de otro, cinco. De éstos distaban trece piés, otros tres; y de éstos se apartaban once piés, tres más. Y en esta forma unos de otros yugos, alternativamente separados entre sí, ya once, ya trece piés, sin interrupción se extendían á lo ancho del río, hasta donde por no admitir (así la profundidad, como el impetuoso raudal de las aguas) árbol alguno por más alto que fuese, remataron esta parte de la empalizada doce vigas de setenta piés de altura, que echadas en forma casi cuadrada habían de ser el fundamento del castillo. Y todas estas cabezas de los postes de madera, que dije, unidas



Barca destinada á proteger el puente

entre sí con las vigas echadas á lo largo sobre ellas, y cubiertas con tablas atravesadas á modo de un rejado, fueron el pavimento y suelo del puente. Ahora, por fuera, en el espacio medio que había entre cada una de las juntas de los postes, se metieron por el agua unas vigas, distantes de las juntas cinco piés: las cuales con dos vigas, como en dos brazos, se abrazaban de contrarias partes dos postes y estrechándose por las puntas, apretaban la mole, con la fuerza que hacían las vigas unas contra otras. Y esto mismo se ejecutó en cada junta de los postes en las dos partes de la empalizada. Además de eso, en las dos partes también corría otra orden de vigas, que miraban á aquellos postes de madera que estaban unidos de tres en tres y distaban de estos veinte piés. De la parte baja de estas vigas, cerca de la superficie del agua, se levantaban unas grandes estacas, las cuales, atravesadas por las cuñas, y concurriendo cruzadas al medio, como apretaderas, trababan unas con otras los postes de adentro, y de esta suerte daban maravillosa firmeza á la obra. Dispuestas así las cosas, sobre el suelo de los postes y por medio de él, se hizo el camino del puente, levantando á los lados, en vez de valla, unos fuertes tablones que podían resistir al tiro de mosquete, en altura de cinco piés, con su parapeto de dos piés de alto. En la última parte de la empalizada se formó con igual entabladura un castillo, destinado para plaza de armas. Pero el camino del puente ancho de doce piés, admitía ocho hombres de frente, y en el castillo, por tener de latitud cuarenta piés, y de longitud cincuenta y dos, podían estar casi cincuenta hombres. Al mismo tiempo que se tiraba esta parte del puente de la orilla de la provincia de Flandes; de la otra orilla, junto al fuerte de San Felipe, se fabricó la otra parte del puente, y en lo último de éste el castillo, para plaza de armas, también totalmente con el mismo artificio. Sólo que de esta parte

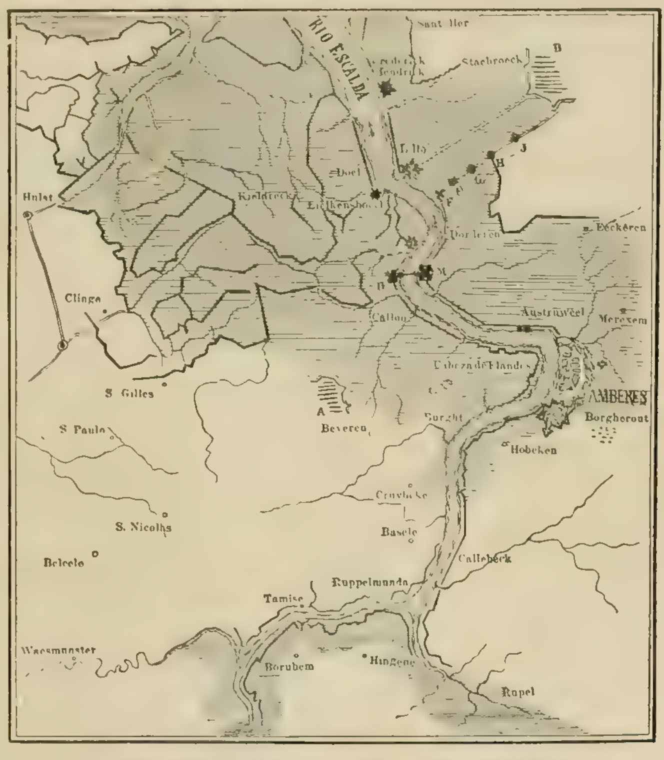
del Brabante, porque lo permitía la profundidad del río, se alargó mucho más la empalizada, pues llegó á tener la longitud de novecientos piés: no teniendo la otra de la contraria ribera más que doscientos de largo. Y á estas dos obras de madera llamaron los soldados *estacada*. Quedaba todavía abierta la parte media y la mayor del río; y este espacio entre los dos castillos de madera, era de doscientos y cincuenta piés. Y por ser aquí inmensa la profundidad del río, y muy arrebatada al corriente, no permitiendo por eso que con artificio alguno se fijasen vigas ni estacones, había determinado Alejandro llenar este vacío con navíos, enviando á Dunkerke para que los trajesen de allí, si había algunos. Pero había allí muy pocos y no podían llevarlos, sino á vista de Gante y Amberes; sin embargo, vivía con ciertas esperanzas de que Gante en breve se entregaría: con que podría sacar de esta ciudad numerosas naves, marineros y aprestos de guerra. Entre tanto le bastaba haber estrechado el río, y, juntamente con esto, también las esperanzas de Amberes, dejando, no sólo más angosto el paso, sino inaccesible casi por los castillos de entrambas partes. Pero cuanto más la fama publicaba que padecían falta de víveres los cercados, por estar cortada la navegación, tanto más cebados de la esperanza de ganar los mercaderes, en mayor número porfiaban por meter víveres en la ciudad. Y apenas se pasaba día que alguno de los marineros, observando la ocasión de las mareas y llevados de la arrebatada creciente de las aguas no penetrase hasta Amberes, felizmente temerarios, por más que de todas partes, en especial de los castillos, les disparasen la artillería, y fuesen los más de ellos á pique (1).» Este peligroso tráfico continuó mientras el precio del trigo se mantuvo en Amberes tres y cuatro veces más elevado que en Holanda y Zelanda; y hubiera proseguido si una desacertada medida del Consejo municipal no le hubiera puesto fin. Juzgó éste que para las 90,000 almas á que se hallaba reducida la ciudad bastaban 900,000 fanegas de trigo anuales, y con objeto de reglamentar el abasto y poner coto á las exigencias de los mercaderes, estableció una tasa en el precio del trigo. Además, para poner coto á la acumulación de provisiones en almacenes particulares, ordenó que cada consumidor debía entenderse directamente con los patrones de barco. Como es de presumir los que arrostraban la muerte y la mutilación atraídos por la ganancia, dejaron de acudir á la ciudad. El tráfico cesó, y esta medida tan fatal como la conservación del dique de Blauwargn, produjo una gran carestía en Amberes. «Si el príncipe de Parma se hubiese propuesto reducirla por hombre, dice Motley, no hubiera logrado mejor su propósito.»

Los efectos de la conservación del Blauwgarn comenzaban por este tiempo á tocarse en Amberes; y mientras Alejandro adelantaba la obra de su famoso puente, y amenazaba interrumpir totalmente las comunicaciones de Amberes con la Zelanda, en la ciudad, reconociéndose tardíamente el error cometido, se pedía la destrución de los diques por los mismos que antes se opusieron á ello; pero era tarde ya, porque Alejandro se había apoderado de los principales, y desde Stabreck hasta las orillas del Escalda, los españoles señoreaban la barrera que cerraba el paso á todo socorro. Si el Blauwgarn y el dique maestro se hubieran roto cuando lo aconsejó Orange, una enorme masa de agua habría inundado toda la ribera derecha, sumergiendo al mismo Kowenstein; mas, ocupado este contradique por los católicos, y sospechando Mondragón que los enemigos podían hacer en él alguna abertura para tener libre el paso á la ciudad, como así parece que lo intentaron, cuidó de avisar á Farnesio del peligro; y reforzado y levantado el contradique y guarnecido con algunas compañías fueron inútiles los trabajos del enemigo y se frustraron todos sus proyectos (2). El cas-

(1) *Guerras de Flandes*, Decada II, lib. VI.

(2) «Guardaban este contradique los reales para impedir las correrías que del fuerte de Lillo podían hacer los enemigos, no por sospecha de otro más grave peligro por aquella parte. Mas después que los enemigos hicieron entrar el agua de la ribera é inundaron los campos alrededor, sospechó Mondragón lo que era en efecto, que los enemigos querían hacer alguna abertura en el contradique ó señorearle enteramente, por tener después libre el paso para entrar los socorros en Amberes. Hicieron al principio una abertura, pero acudieron presto los reales al peligro y pusieron luego remedio, echando de aquel lugar los enemigos y proveyendole, como entonces era necesario. *Y verdaderamente si los enemigos antes y con mayor esfuerzo hubieran intentado abrirse paso, jamas pudieran los reales concluir el cerco. Mas tanto se habia impresionado en Holanda y en Zelanda la opinión de que nunca se podria cerrar la ribera con el puente, que se olvidaron los enemigos de ocupar el contradique, y más de lo que debieran de vitualllar la ciudad, mientras que todavia estaba bastante debilmente asegurada con los fuertes reales la entrada del Schelda.*» Bentivoglio, *Guerras de Flandes*, lib. III.

tillo de Kowenstein que dominaba el dique de este nombre, fué entregado á los realistas por su señor, profundamente disgustado de la conducta de los sitiados, y en este punto y en la serie de fuertes escalonados desde el campamento de Mansfeld hasta el dique maestro, habíanse distribuído 6,000 combatientes dispuestos á rechazar cualquier acometida. La inundación que tanto habían temido en la ciudad habíase ya realizado: en el costado flamenco, abiertas las esclusas de Saftingen extendíanse las aguas espacio de muchas millas, desde Hults á los muros de Amberes y de-



Inundación causada por la rotura de los diques, en ambas riberas del Escalda

A.—Campamento de Farnesio
B.— » de Mansfeld.
C.—Fuerte de Flandes.
D.— » de Santa María.
E.— » de Santa Cruz.
F.—Fuerte de Santiago.
G.— » de San Jorge.
H.— » de la Empalizada.
J.— » de Mansfeld.
M.— » de San Felipe.

jando tan sólo libres las tierras más elevadas, Doel, Calloo y Beveren; en la ribera derecha roto el dique del Escalda por Austruweel, desde Kowenstein y Eckeren hasta la ciudad sitiada, dilatábase la líquida superficie, de la que aquí y acullá sobresalían verdes copas, rústicos techos, torres y campanarios.

Terrible fué, pues, la decepción sufrida en la ciudad, y para remediar el previsto desastre pusieron de su parte los ciudadanos el posible empeño. Aun podían esperar socorros de Holanda, puesto que Alejandro no tenía cerrado el puente, y carecía de medios para efectuarlo, y así no era tanto de temer la pérdida del Kowenstein. ¿Ni cómo era posible que el puente quedase terminado, si aun suponiendo que se reunieran materiales, ni lo toleraba la profundidad y anchura del río, ni prometían consentirlo los hielos del próximo invierno?... En verdad que tales espe-

ranzas no eran infundadas, si se tiene en cuenta que Farnesio, no poseía barcos, ni tenía medio de procurárselos, ni aun procurándolos creían ellos que pudiera conducirlos á Calloo, sin pasar bajo el cañón de Amberes. Pero estas razones, que en verdad hubieran sido muy sólidas, limitándose Alejandro al bloqueo de Amberes, cayeron por su peso desde el momento en que Gante, domada por el hambre, cayó en poder del ilustre caudillo. El 7 de Setiembre capituló Vilvorde, y este suceso interrumpió las comunicaciones entre Bruselas y Amberes; diez días después, Gante completamente desalentada y trabajada secretamente por los agentes de Farnesio, entabló tratos con este caudillo y abrió sus puertas á las tropas españolas. Las onerosas condiciones que Farnesio impuso á la opulenta ciudad, conjuraron la falta de metálico, casi constante en las arcas militares, mientras que sus bien repletos arsenales procuráronle gran número de cañones y carros, y lo que más necesario le fué, veinte y dos naves armadas con quinientos soldados y gran número de marineros.

Favorecía el traslado de estas naves la rotura del dique maestro en Burcht por donde las aguas del Escalda se adelantaban hacia Calloo; juntándose luego con las que procedían de los diques de Saftingen; pero avisados los de Amberes acudieron con algunas naves armadas á detener el avance de la flotilla, lo que hubieran logrado, si uno de sus capitanes, Jacobzoom, no condujera flojamente el ataque. Así y todo, cuidaron de cerrar el paso á los españoles, y habiendo llegado á la ciudad pocos días antes el valeroso Teligni, gobernador de Lillo, marchó en persona á la cortadura de Burcht y fortificándose en ella interceptó las comunicaciones. De allí en adelante, sostuviéronse junto á Borcht serias escaramuzas, la conducción de las naves fué totalmente imposible y Alejandro vióse obligado á echar mano de otro expediente. Este recurso caracteriza al célebre Farnesio y es digno de ponerse en parangón con la obra del puente. Abrió en la región inundada del país de Waes una ancha y profunda fosa en dirección de Stecken y prolongóla luego, desde este lugar hasta el río Moere, que pasa por Gante, espacio de cinco millas. Cinco leguas tenía toda ella de longitud y dando un rodeo frente á la aldea de San Gil, entre Verrebrock y Beveren, avanzaba hasta Calloo y precipitaba sus aguas en el río más abajo del puente. Allí se levantó el fuerte de *Perla* para proteger la nueva boca (1).

Tal fué la obra realizada por Farnesio, obra importantísima pues si fué útil á la terminación del puente, no lo fué menos al avituallamiento del ejército, al que, dice Estrada, «socorrió con víveres todo el tiempo del cerco.» Por ella se condujeron en adelante las naves, y de este modo la ocupación de Burcht que había ocasionado algun retardo en los trabajos, careció de importancia para los sitiadores. En cambio causó, no sólo en Amberes, sino en los mismos Estados extraordinario asombro; pues si bien aparentaban unos y otros no creer en la conclusión del puente, y había dicho Marnix que el Escalda *no sufriría los grillos españoles*, ello es que la perseverancia y el genio de Farnesio les infundieron varios recelos. Contrariedad no menos grave fué para los rebeldes que en una de las frecuentes expediciones nocturnas efectuadas de Amberes á Lillo, cayera en poder de los católicos Teligni, porque el bravo gobernador de Lillo, era uno de los pocos jefes de inteligencia que los flamencos poseían.

Habían transcurrido ya el estío y el otoño, y Farnesio ansiaba ver terminada la colosal obra del puente; pero sobrevinieron los hielos, y, aunque fueron de corta duración, entorpecieron algunas semanas la fábrica. Lo que Alejandro había temido y los de la ciudad profetizado, el destrozo de las estacas por los témpanos, no se realizó; pues aquel invierno fué por excepción algo apacible, y así que suavizó la temperatura, reanudóse con energía la tarea, y en breve tiempo vióse terminado aquel famoso puente de dos mil cuatrocientos piés, que enlazaba dos provincias. «Para cerrarle, dice Estrada, se atravesaron treinta y dos naves igualadas por los costados, larga cada una de sesenta y seis piés, y ancha de doce. Ni estaban juntas por los costados, sino apartadas entre sí veinte y dos piés; pero se trababan por las proas, popas y costados, con cuatro órdenes de maromas y cadenas. Fuera de eso se aseguraba cada nave por la proa y por la popa con áncoras,

(1) Bentivoglio, lib. III; Le Petit, Tomo II; Estrada, *Década* II, lib. VI; Meteren, Tomo XII; Carnero, lib. VII.

echadas de modo que al levantarse el río, aflojando las cuerdas de las áncoras los marineros, se levantasen sin descomponerse el orden de las naves. Luego, echadas entre nave y nave, unas vigas, cubiertas con tablas, se pasaban por este suelo á las crujías de las naves: de donde se continuara un puente entre dos castillos, largo de mil cuatrocientos piés, defendido también con su parapeto, ó pretil, de fuertes tablas, como se había hecho, en entrambos puentes de la estacada, entre los cuales éste se añadía. También en él se puso gente de guerra, treinta soldados en cada nave, defendidos debajo de cubierta, cuatro marineros con dos piezas mayores, y en los dos castillos mucha mayor guarnición : en cada ángulo de éstos había una pieza de artillería, y de estas piezas, una servía para defensa de la estacada, las restantes á la de los castillos. Los tiros de artillería gruesa que defendían todo este puente fueron noventa y siete. Ni esta obra se acabó antes que al mismo tiempo se terminara otra que la había de abrigar y hacer más fuerte. Pusiéronse á la larga delante del puente, á distancia de un tiro, treinta y tres barcones ; una junta de tres, separados algo los costados, y trabados entre sí, echando sobre ellos grandes vigas y mástiles de navíos: luego otros tres, juntos del mismo modo entre sí, pero distantes de los tres primeros un ligero espacio: y así después otros se sucedían con igual intervalo, hasta once ternarios. De cada uno de estos ternarios partían como dentellones, de catorce en catorce, unas vigas muy largas, robustas y con puntas de hierro: las cuales, como hileras de picas en la frente del escuadrón, vueltas é inclinadas contra el enemigo, le estuviesen espantando cuando quisiese arrimarse á ellas. A estos barcones llenos de tinajas vacías, porque la corriente ó el embate de las mareas no los arrebatase, los detenían con las áncoras echadas de entrambas partes, pero aflojadas las maromas, de suerte que al crecer el río pudiesen ellos flotar sobre las ondas. Dos órdenes de estos barcones se construyeron, una á la parte que mira á la ciudad, otra á la del Océano, y cada una larga de mil doscientos cincuenta piés, se extendía á lo ancho del río cuanto era menester. Ultimamente, Alejandro, con una armada que aprestó de cincuenta vasos, entre navíos y galeras, veinte para defensa del puente por la ribera de la provincia de Flandes, otras veinte por la del Brabante, acabó la obra después de siete meses de cerco (1).»

No eran óbice estos colosales trabajos á que Farnesio intentara conseguir la rendición de la ciudad por vías pacíficas. El ilustre general, abandonado por su señor, ajeno á las intrigas que en Francia se urdían, no acertando á descifrar el enigma de la política seguida por la córte, sériamente preocupado por la situación deplorable en que se hallaba su ejército y la amenaza de que llegaran á la ciudad auxilios del vecino reino, intentó reducirla ofreciendo á los sitiados condiciones favorables. Consideraba, no sin razón, que en un sólo día podían esterilizarse todos sus trabajos, oscurecerse su gloria, perderse los afanes y los esfuerzos de alguos meses; y esto le impulsaba á emplear un lenguaje conciliador y hasta afectuoso con los sitiados, á quienes presentaba en una de sus cartas con los colores más vivos el estado de cosas, y á los que recomendaba desistieran de una empresa que calificaba de criminal y de impolítica. Dios y su conciencia, decía que le habían inspirado tal lenguaje, los males terribles que agobiaban al país, el deseo de que éste reconociera sus pasados yerros y volviera por sus intereses. Persuadido de que podían comprender los móviles que animaron á sus instigadores y preocupado por los desastres que amenazaban á la ciudad, él, que amaba á Flandes como á su propia patria, por última vez les dirigía un cariñoso aviso. «¡Caiga la sangre que en adelante se derrame, exclamaba, sobre la cabeza de los obstinados!»

La contestación de los sitiados no fué menos elocuente. Después del obligado resumen histórico, pedían permiso al general para dudar de la bondad del Rey, afirmaban que se había violado el tratado hecho entre los holandeses y D.ª Margarita, concerniente á la libertad religiosa, y concluían diciendo que habían resuelto romper para siempre sus relaciones con Felipe II, y ofrecer la soberanía del país al monarca francés: esta última circunstancia era la que les obligaba á desoir las proposiciones de Farnesio, sin perjuicio de hacer justicia á la rectitud de sus ideas. Pero Alejandro no desistió de sus propósitos y contestó á su vez con una carta digna de un moralista

(1) Decada II, lib. VI.

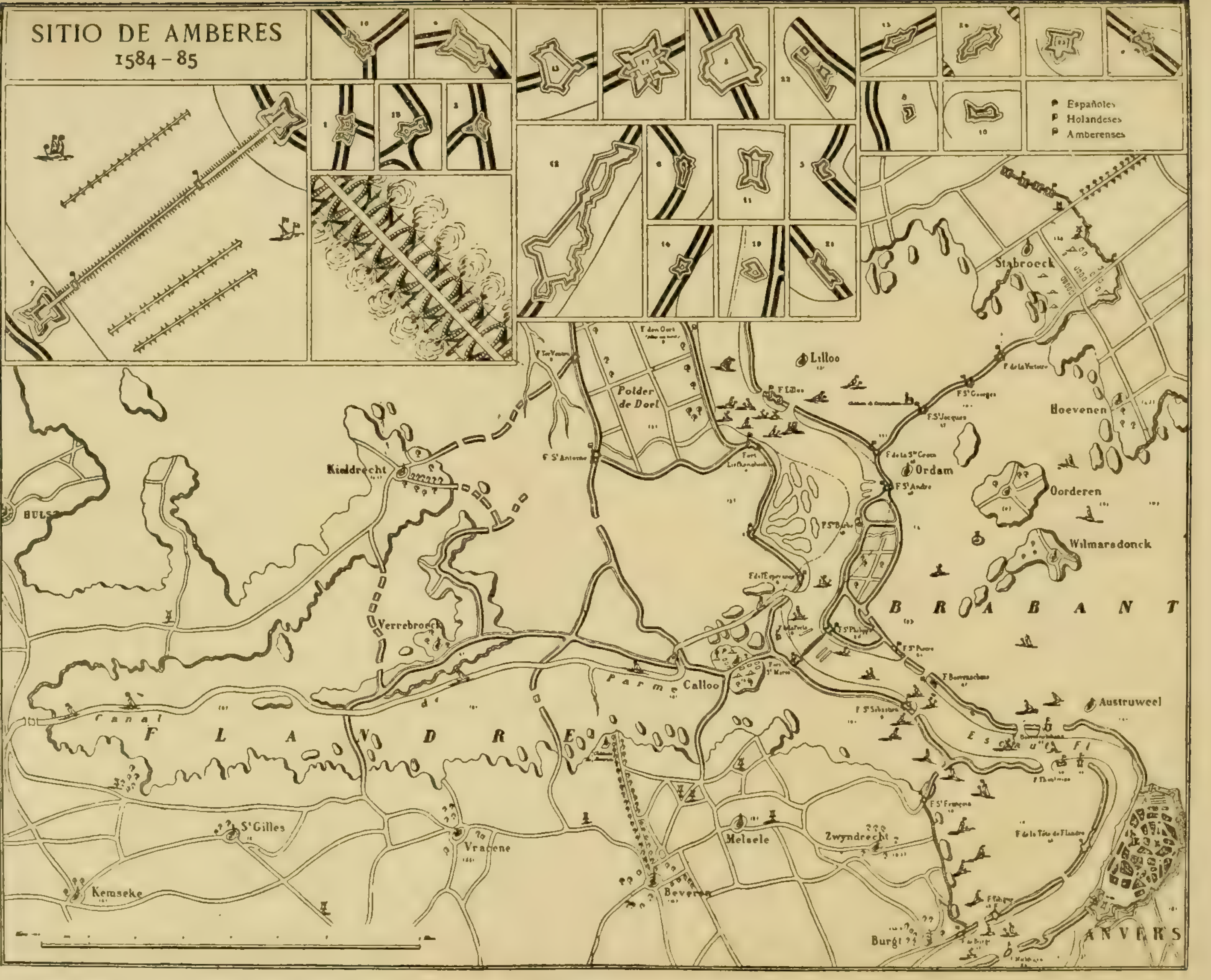
católico. Intento vano, porque ni las razones que adujo en la primera, ni las que empleó en la segunda, lograron doblegar el ánimo de los sitiados. Y la razón es obvia: no estaba en manos del general concederles la libertad religiosa, y, aunque así fuera, tampoco podía entrar tal concesión en las ideas de un hombre sinceramente católico, como Alejandro. En su consecuencia, quedaron rotas las negociaciones y prosiguieron los trabajos del sitio.

Terminada ya la obra del puente, y cerrada por completo la comunicación con Zelanda, comenzábanse á notar en la ciudad los efectos de la carestía y del invierno; abandonaban los opulentos comerciantes sus hogares; y los más animosos comenzaban á desesperar, no ya de los socorros de Francia, si no de los prometidos auxilios de Holanda. Y sin embargo, mientras en la ciudad cundía el desaliento, no reinaba en el campo la confianza (1). Las privaciones de la gente eran muchas, no escasas las enfermedades, incierto el triunfo. El mismo general admiraba la abnegación del soldado, de cuyos trabajos se hacía partícipe; y al dar cuenta al Rey de su magno plan, y del de los admirables fuertes, diques, canales y máquinas construídas, exponíale con palabras elocuentes el estado lastimoso de los suyos, concluyendo por pedir una y otra vez dinero. «¡Dinero y soldados! exclamaba; inútil será lo demás si esto falta.» Pero el dinero llegaba tarde, y con tal parsimonia que Alejandro escribía al Rey en estos términos: «El millón prometido llegó en cortas sumas, y después de tantos cumplidos no alcanza á diez coronas lo que me resta. No acierto á concebir cómo he de sostener á este puñado de hombres, pues á tan poca cosa quedó reducido el ejército, que Vuestra Majestad asombraríase de verlo..... Han sufrido estos soldados cuanto un hombre puede sufrir.» Y no exageraba el ilustre general, pues á centenares desertaban del campo sitiador, y pasaban la frontera francesa en busca de mejor amo, siendo lo más sensible que, mientras así escatimaba Felipe II el dinero á sus tropas, derrochábanlo en Francia sus agentes para ganar partidarios á la Liga y fomentar la discordia en el país vecino.

Sin embargo, á pesar de tantas privaciones, Alejandro no pudo menos de contemplar lleno de gozo el puente ya concluído. Bien se echa de ver la confianza que le animaba en su carta al Rey, carta en la que se leen estas frases: «Según opinión de jueces competentes, subsistirá aun cuando la Holanda y la Zelanda enteras vinieran á destruir la empalizada;» «pero, añadía, V. M. no nos terná tan olvidados, ni permitirá dejarnos en tanta necesidad que habemos de morirnos de hambre.» ¡Sencillas y elocuentes frases, que dan á comprender cuán aparejadas andaban en su alma la angustia y la esperanza! Por un lado llenábale de orgullo y de fe ver terminada la fábrica; por otro desesperábale contemplar el estado de su ejército; porque las tropas, diseminadas por los diques y pantanos, sufrían horriblemente de hambre y de frío; los alojados en las aldeas no podían recibir de sus desdichados patrones el bocado de pan de que ellos mismos carecían: la caballería casi no existía; la infantería hallábase diezmada por las enfermedades y las deserciones.

Gran fortuna que el enemigo ignorara el verdadero estado sitiador, y sobre todo que viera lleno de terror concluído el puente. Cuanto más increible creyó su realización, tanto mayor espanto causóle al verlo hecho; y aunque Marnix se esforzara en manifestar buen ánimo, ni el aspecto de aquella fábrica, ni las noticias que del campo real le trajo un espía, podían permitirle grandes esperanzas. Cuéntase que este espía flamenco fué preso por Alejandro, quien le condujo á sus cuarteles, hízole ver todas las obras, y luego le dejó en libertad, diciéndole: *Di lo que por tus ojos*

(1) Vázquez da cuenta de los temores que se abrigaban en el campo sitiador desde principio del invierno, y de las murmuraciones á que dió lugar en su mismo Consejo la porfía de Alejandro Farnesio. A todos parecía que la empresa de Amberes se había de frustrar y ansiosos de darlo á entender al general, determinaron acudir á Gaspar de Robles para que se lo representara; pero no atreviéndose este, fuéronse con la petición al capitán Pedro de Castro, familiar y gran privado de Alejandro. Aceptó este la comisión y dió á Farnesio noticia de lo que opinaba la gente. Mas el caudillo católico, después de oir atentamente el aviso, y recordando unas palabras que La Noue había dicho en Termonda (que para no perder Alejandro su fama abandonando el sitio, le convenía más salir de Flandes), contestó á Pedro de Castro «que dijese á Monsieur de Velli y á los demás de su Consejo *que él había de ganar á Amberes ó Amberes le había de ganar á él*, y que se desengañasen en persuadirle ni en ponerle dificultades, que aunque el tiempo y la ocasión se las ofrecieren mayores, las había de atropellar con el trabajo de sus fuerzas y el cuidado de su espíritu, y que pensaba alcanzar victoria de sus enemigos y deshacer la envidia de los que estaban á la mira del proceder y gobierno que tenía á su cargo.» Digna respuesta que atemorizó tanto á los de su Consejo que «de allí en adelante, dice Vázquez, no solamente aprobaban sus pareceres, pero procuraban ejecutarlos con grandísima presteza y cuidado.» Lib. VIII, año 1584 de los *Sucesos de Flandes*.



M. Soler, Editor.

El original de este plano manuscrito existe en la sala de sesiones de la Casa del gremio de cerveceros de Amberes: ha sido revisado y corregido por el capitán de ingenieros belga, Sr. Girard, conservándole el sistema de dibujo antiguo, pero rectificando la planimetría por medio de los planos publicados por el Depósito de la Guerra holandés y los límites ú orillas de las inundaciones con los datos de nivelación proporcionados por el Depósito de la Guerra belga.

has visto á los que te mandaron, y añade que Alejandro hace firme resolución de no levantar el cerco antes que aquél le sirva de sepulcro (y le señaló el puente) *ó de paso para la ciudad.* Pero, el patriotismo de los de Amberes resistió todas estas pruebas, y creciendo á compás de los peligros, apeló á nuevos recursos, ansioso de contrarrestar las ventajas del enemigo. Por de pronto, idearon atacar á Bois-le-Duc con la mira de atraer allí parte del ejército sitiador, y caer entonces sobre el puente; para cuyo proyecto concertáronse con el conde de Holak, que guerreaba por los Estados en Holanda. Si Bois-le-Duc no era socorrida, hallándose como se hallaba mal guarnecida, caería en poder de los flamencos, y si Farnesio perdía esta plaza era casi inevitable el levantamiento



Vista de Amberes. Copiada de una estampa de la obra de Guicciardini, *Descrittioni di tutti i Paesi Bassi* (1)

del sitio: tropas para atender á las dos ciudades faltaban al de Parma, pues de acudir á la una era con seguro perjucio de la otra; por lo mismo, semejante plan era muy acertado. Pero tal empresa, que de realizarse con éxito hubiera facilitado á los de Amberes nuevos socorros, no surtió el efecto apetecido, por la indisciplina de los soldados de Holack, quienes, dueños ya de la plaza, pero ganosos de botín, dieron á los del presidio tiempo para rehacerse y destrozarlos. Y como casi al propio tiempo Gregorio Basta se hubiese hecho dueño de Vilvorde, é interceptara con su caballería el paso de los convoyes de Malinas á Bruselas, esta última ciudad, acosada como Gante por el hambre, y dividida en banderías, abrió sus puertas á Alejandro (Marzo 1585). De este modo se vió Farnesio, en breve tiempo, dueño de las más importantes plazas de las provincias confinantes; y para colmo de su fortuna, á la rendición de la opulenta Bruselas, siguió la entrega de Nimega,

(1) Hemos marcado en esta perspectiva las puertas *Cesarea*, A, y de *Kipdorp*, B; con objeto de que examine el lector los puntos por donde atacaron á la ciudad los franceses en 1583.

en la provincia de Güeldres; suceso este que no menos que aquellos contribuyó á infundir el desaliento en los sitiados. Sin embargo, para que hasta cierto punto resultaran contrapesados estos triunfos, el descalabro sufrido por los farnesianos en Ostende, vino á dar á los de Amberes nuevos alientos.

Tuvo esta empresa para los católicos resultado idéntico que la de Bois-le-Duc para los rebeldes, pues confirmó una vez más la máxima de que «ninguna cosa de ordinario hace peligrar tanto las sorpresas como el consentir que las suceda tumultuosamente el saco· porque pueden entonces ponerse en armas los vecinos ó sobrevenir los enemigos, ó juntarse ambas cosas, de manera que fácilmente queden oprimidos los asaltadores por hallarse esparcidos ó desordenados entre los robos y las demás licencias militares.» Esta sentencia del ilustre Bentivoglio parece inspirada por los repetidos descalabros de tal género experimentados en Flandes. Convenía á Farnesio apoderarse de un puerto en la costa flamenca, y Ostende era por su proximidad el que le importaba poseer; mas la empresa ofrecía serias dificultades, ya por la fortaleza de la ciudad, ya por la distancia á que se hallaba del campo real, ya por los socorros que de Zelanda podía recibir. No obstante, como se ofreciera á realizarla el señor de La Motte, uno de los más valientes y expertos jefes valones, Alejandro aceptó gozoso, señalándole el 27 de Marzo para llevarla á cabo. La noche de este día, el caudillo valón al frente de 2,000 infantes y 200 caballos acometió á la *ciudad vieja*, ó sea aquella parte de Ostende que se halla junto al puerto; y después de haber degollado los centinelas, ocupóla tras una corta lucha. Pero los habitantes de la *ciudad vieja* y la guarnición, replegáronse á la *ciudad nueva*, mejor edificada, y haciéndose fuertes en ella, impidieron á los católicos completar la victoria. La Motte deja entonces el mando á uno de sus oficiales, y se aleja en busca de la artillería, sin la cual es imposible señorear á Ostende; mas durante su corta ausencia, los soldados se abandonan al pillaje, y los oficiales que los mandan no tienen la necesaria energía para contenerlos. Como es de suponer, los burgueses y la guarnición, viendo los puestos abandonados y la soldadesca desbandada, cargaron sobre ellos con terrible furia y despues de matar gran número, arrojaron el resto de la ciudad; por manera, que al regresar la Motte encontró á su gente dispersa por los campos, no pocos degollados, y la *ciudad vieja* perdida. En vano exhortó á los fugitivos y aun por su propia mano quiso dar el castigo matando á varios; era imposible ya intentar el ataque con gente desmoralizada y tuvo que regresar, por decirlo así, en derrota al campo real. Parma estaba furioso al ver destruído su plan, y queriendo hacer un escarmiento, mandó ejecutar al capitán valón á quien confió el mando La Motte y dió las más severas órdenes á las tropas. Pero ya no le fué posible repetir la empresa, pues los de Ostende se hallaban apercibidos, y por otra parte tampoco lo consentían las noticias que de un ataque al puente y á los diques tenía Farnesio.

En realidad, mientras éstos subsistieran, Amberes no podía abrigar esperanza alguna de auxilio; porque del interior érale imposible esperarlo, rendidas como se hallaban las más importantes ciudades del Brabante y distraído el ejército y las atenciones de los Estados en los operaciones militares de la Frisia: Treslong, el almirante de las flotas holandesa y zelandesa, sumamente disgustado de la política seguida por éstos, había adoptado una actitud hostil que impedía el socorro y causaba gran perjuicio á la ciudad, y las negociaciones con Francia, en las que tantas esperanzas fundaban los de Amberes, íbanse prolongando indefinidamente. Nunca como entonces echóse de ver la falta de Orange; porque si bien al frente de los Estados se hallaba su hijo, mozo de diez y siete años, al que asistía su cuñado Holack, ni aquél por su edad, ni éste por su carácter extravagante y testarudo, podían dar á los negocios una marcha enérgica. Transcurieron, pues, los días del invierno en la inacción, llegó la primavera, y Parma, detenido por los hielos, en pocas semanas terminó el puente y señoreó el curso del río.

Necesitaban, en verdad, los sitiados gran dosis de energía para sobreponerse á la realidad. Toda comunicación estaba cerrada para ellos. Extendíase desde Beveren hasta Staebroeck una barrera formada por los fuertes y el puente; el dique que corría á lo largo del Escalda hasta Santa Cruz, y el contradique que enlazaba á este fuerte con el campo de Mansfeld, llamado de Kowenstein.

Este último, erizado de fuertes, surgía entre las aguas imponente y amenazador; por un lado estrellábanse en él las ondas del Océano, por otro lamíanle las del inmenso lago formado por la inundación. Las brumas del invierno envolvían en sus gasas húmedas parte de este panorama; las aguas, de un color plomizo, parecían reflejar las tristezas del cielo y de los corazones. Pero aun abrigaban los patriotas la esperanza de que les llegaría socorro de Francia. Esta ilusión duró todo el invierno, pues era ya entrado el mes de Abril cuando regresó de Francia la segunda embajada. Sus individuos habían partido de los Países Bajos á fines de 1584 y emplearon próximamente tres meses y medio en las negociaciones con la córte francesa, sin lograr el resultado apetecido y siendo lo más triste que mientras en Francia se les entretenía con recepciones y conferencias, en Flandes morían los ciudadanos de hambre y de frío ó emigraban á centenares en busca de nueva patria.

Digamos brevemente lo que ocurrió en aquella nación á los diputados flamencos y holandeses, pues interesa altamente este episodio al curso de las operaciones que venimos describiendo.

La embajada llegó al país vecino el 3 de Enero de 1585 y fué solemnemente recibida por Enrique III, el 13 del siguiente mes; pero este acto que debía reducirse á la pública confirmación de las secretas promesas del Rey á los Estados, no tuvo trascendencia alguna. El monarca contestó á los enviados con palabras ambiguas y ceremoniosas, y los remitió á sus consejeros, quienes en redactar artículos, enmendar palabras y corregir cláusulas emplearon algunos días; y de tal suerte modificaron las condiciones de la anexión, que los mismos que brindaron antes á Enrique la corona de los Países, á condición de que no toleraría en ellos otro culto que el reformado y no haría nombramiento alguno, sin consultar á los Estados, concluyeron por ofrecerle la *soberanía incondicional*. No fué esto lo más vergonzoso, sino que después de haber empleado tres meses próximamente en la negociación, la soberanía fué rehusada y los embajadores *graciosamente* despedidos, llevando como regalo unas cadenas de oro de veintidós onzas y dos granos de peso (1). ¡Esto fué todo lo que pudo dar Enrique á los flamencos en gracia de la oferta!

Confesemos que el fiasco fué completo; mas para dar á lo ocurrido su justo valor es preciso conocer el móvil que en esta ocasión impulsó á Enrique III y á su madre. E importa esto tanto más, en cuanto todos los historiadores de la época, protestantes y católicos; franceses, flamencos y españoles, dan una relación imperfecta y por regla general errónea de estas negociaciones. En realidad parece ser que Enrique y Catalina consideraron desde un principio esta embajada como medio de realizar un negocio. Dejando aparte la posesión de Cambrai, que Felipe II no cuidó de disputar á los franceses desde que la ocupó Alenzón, y que Catalina deseaba conservar; la reina madre quería hacer valer sus problemáticos derechos á la corona de Portugal, recientemente ceñida por Felipe, y aprovecharse de la ocasión que ofrecía la embajada, para influir en el ánimo del soberano español y lograr á cambio de sus pretensiones y de la anexión de los Países una gruesa suma de dinero. Esta indigna mira que ponen de manifiesto las cartas de Catalina, esta «vela de ochavo» que, según las atinadas frases de Motley, alumbraba las grandezas de la monarquía francesa, fué causa de las lentitudes con que se procedió en el asunto de los flamencos; pero, tan indignos propósitos, no surtieron el efecto que se proponían Enrique y su madre; porque con tanta maña supo entretener el embajador Mendoza á la reina y atemorizar al rey, con el gran poder de su amo, que éste, aturdido por la creciente influencia de la Liga, hubo de prometer que no intervendría en los Países y aquélla tuvo que renunciar al oro de Felipe. ¿Qué otra cosa podía hacer aquel Rey pervertido y odiado de los suyos? Junto á su trono alzábase de un lado formidable el poder de la Liga católica, de otro el joven y valeroso partido hugonote; y él, que carecía de vigor para dominar á uno y á otro ¿cómo podía atreverse á intervenir en un país extraño, tanto ó más que el suyo perturbado?... La marcha de los embajadores flamencos fué como la señal de la guerra civil, pues éstos abandonaron la córte el 18 de Marzo y el 31 dió el Cardenal de Borbón aquel célebre manifiesto en que prometía arrancar de cuajo la herejía y libertar el pobre pue-

(1) Lothrop Motley, *Historia de las Provincias Unidas*, Tomo I, cap. 4.

blo (1); verdadera proclama de guerra á la que el rey de Francia contestó hincándose de rodillas ante los ligueros, mientras Enrique de Navarra les retaba de un modo tan elocuente como enérgico al combate y daba al país evidente prueba de su valía.

En tan graves momentos vióse el indigno monarca humillado, sólo, débil para luchar cara á cara, ni sostenerse por la intriga; vió que no se trataba de disputar territorios al vecino, sino de conservar la propia corona; contempló en perspectiva el claustro que sus enemigos le prometían, y firmó tembloroso y compungido el decreto de 18 de Julio prohibiendo en Francia otro culto que el católico. Los Guisas y Mendoza obtuvieron un gran triunfo, Felipe II consideró esto como el preliminar de planes más vastos, porque triunfante en Francia su política, podría en breve herir de muerte á Inglaterra, concluir la rebelión de Flandes y conseguir el triunfo de la causa católica en Europa. Tal era el estado de cosas á mediados de Julio, de 1585, es decir, cuando Amberes se hallaba ya próxima rendirse. Hasta Abril conservaron, pues, los sitiados sus esperanzas, y aun hasta pocos días antes, ni los Estados ni el mismo Farnesio tuvieron noticia de los planes de Felipe II, pues el monarca, en carta á Tassis (15 de Marzo de 1585), decía que no podían por más tiempo permanecer secretos para los que debían conocerlos. «Debéis hablar con toda franqueza al príncipe de Parma, informándole de todos los planes y encareciéndole la más absoluta reserva. Poneos de acuerdo con él para excogitar los medios conducentes al auxilio de la causa.....»

Inútil es decir que el Príncipe tenía harto que hacer en Flandes para distraerse en los asuntos de Francia; pero el prudente Alejandro guardó el secreto y continuó con la perseverancia que hasta entonces el sitio. En cambio si Farnesio procedió con tal sigilo, no siguieron igual conducta Guisa y los suyos; y á poco supieron los Estados qué miras informaban la política de sus vecinos. El desengaño fué terrible para los que tanto habían fiado en la tolerancia y en la nobleza del monarca cristianísimo; pero á este desengaño siguió la más exaltada ira, esa energía que á veces infunde una falta absoluta de esperanza. Decidieron los de Amberes salir de la inacción y su primer proyecto fué arrebatar á los realistas el fuerte de Liefkensoeck para apoderarse del paso del río hasta el puente y preparar el ataque de éste. En consecuencia, el 4 de Abril buen número de naves armadas avanzaron desde la Zelanda al fuerte de Lillo y embarcándose en ellas parte de su guarnición condujéronla á la orilla opuesta. Liefkensoeeck dista una legua de Calloo, hallándose situada sobre el dique que remonta la margen izquierda del río, cuyo paso domina, así como la parte más elevada del *Doel*. Arrimáronse á ella las naves enemigas, desembarcaron con presteza los soldados llevando á su frente á Justino de Nassau y á Holack, y tan furiosamente batieron al castillo que, á pesar de la buena defensa de su presidio, lo entraron y degollaron casi toda la gente, pues sólo unos pocos se salvaron arrojándose al río. Los vencedores, sin detenerse un momento, dirigiéronse, parte hacia el costado del mar, para hacerse dueños del fuerte Norte, que se levantaba en la propia isla y dique; y parte contra el fuerte de San Antonio que, más próximo al campo católico, defendía el paso del Doel hacia el país de Waes. Ganados que fueron estos fuertes, de los que salió la guarnición con armas y bagajes, corriéronse dique arriba en dirección al fuerte de *Santa María*, donde apoyaba el puente de Farnesio. Era su objeto colocarse á tiro de cañón de este fuerte, cortar al llegar junto á él el dique, levantar junto á la cortadura una trinchera, y desde allí batir la empalizada y abrir brecha en el puente: plan acertadísimo para facilitar el paso de la escuadra. Pero, aunque intentaron llevarlo á efecto con rapidez, Farnesio les ganó por la mano. El caudillo católico mandó la misma noche en que Liefkensoheck fué tomado, gran tropel de gastadores y arcabuceros á Calloo, y desde allí, dique abajo, hasta cierta distancia del puente. Llegados al punto designado, mandó cortar el dique y construir trincheras, y al amanecer, una improvisada fortaleza defendía el paso. Luego quiso dar al ejército un saludable ejemplo, pues entendiendo que la defensa de Liefkensoheck y San Antonio no había correspondido á las leyes militares, y no pudiendo los gobernadores de estos castillos excusar bastante su falta, mandó cortar la cabeza al

(1) «Ce royaume très chretien ne souffrira jamais regner un hérétique. Nous declarons tous avoir jure de tenir la main forte et armee à ce que la saint Eglise de Dieu soit reintégre en sa dignite, que la noblesse juisse de sa franchise tout entiere et le peuple soit soulagé.» Fragmento del manifiesto, copiado de *L'Étoile*.

gobernador de este último fuerte, sobre el mismo dique y expulsó ignominiosamente al primero (1).

Dueños desde aquel momento los rebeldes de entrambas orillas del río, y libre, por consiguiente, su navegación en el trayecto de la desembocadura al puente, acordaron destruir este obstáculo echando mano de cuantos medios les sugirió su imaginación. El plan comenzó á ponerse en práctica cortando algunos arrojados marineros las maromas de las áncoras que sujetaban las barcazas, pero descubierto este trabajo por los católicos, sustituyeron las maromas con cadenas y encendieron en ambas orillas grandes fogatas con las que vigilaban la corriente. No desanimó esto á los sitiados, porque, para quebrantarlo, habían ideado máquinas y artificios verdaderamente maravillosos. Construyeron un enorme buque con paredes á prueba de mosquete y altísimas torres, una



Combate en las aguas del Escalda. Facsímile de un grabado flamenco

especie de castillo flotante, al que dieron el pomposo nombre de *Fin de la Guerra*, destinándole á destruir la portentosa obra del puente; y aunque, según parecer del hábil ingeniero Gianibelli, esta mole no debía producir el resultado apetecido, consagraron á su fábrica largo tiempo y gran cantidad de dinero. Gianibelli, por su parte, les ofreció artificios de más fácil construcción y mayor efecto. Era este personaje un hombre de gran talento y superiores conocimientos científicos, un inventor desairado en la córte de España, y que, ofendido, marchó á ofrecer á los rebeldes el fruto de sus estudios. Gianibelli expuso su plan al Consejo municipal y pidió para realizarlos tres naves escogidas entre la flota de la ciudad y sesenta barcos de quilla chata, cuya flotilla dispuesta en forma de media luna, y medio sumergida, debía avanzar contra el puente y destruirle por medio de las minas encerradas en las naves. El Consejo no aceptó en su totalidad el plan, pues

(1) Estrada y Vázquez, dicen que sólo fué decapitado el gobernador de San Antón; Bentivoglio consigna que lo fueron el de este fuerte y el de Liefkensoeck.

se limitó á procurarle dos navíos de setenta y ochenta toneladas respectivamente, y algunas barcas; pero Gianibelli no desistió de su propósito. Asociado á dos hábiles artistas, el relojero Bory y el mecánico Timmerman, puso mano á la obra revistiendo el interior de estas dos naves de paredes de mármol, rellenándolo luego con 7,000 libras de pólvora y colocando en la cubierta piedras de enorme peso, pelotas de hierro, cadenas, clavos y otros objetos. Tenía esta mina cuarenta piés de longitud por tres y medio de anchura y una altura igual á la longitud. Cinco piés de espesor contaban su lecho, y los costados; y una capa exterior de cal y ladrillo de seis piés sujetaba el cargamento. Las barcas debían llevar en la cubierta unos fuegos destinados á infundir la idea de que eran sólo simples brulotes. Gianibelli empleó dos medios para incendiarlas; una mecha cuya longitud y grueso eran proporcionados al tiempo que tardara la nave en llegar al puente, y un reloj de extraño artificio que en hora prevista debía mover un resorte, éste tocar un pedernal y comunicar con sus chispas fuego á la mina. Estas dos naves bautizólas su inventor con los nombres de *la Fortuna* y *la Esperanza*. Debían descender por el Escalda á la hora en que desciende la marea, precedidas de treinta y dos barquillas que, repletas de materias combustibles y cubiertas de resina y alquitrán, se despedirían desde Amberes en grupos de á ocho cada media hora. De este modo se proponían los sitiados distraer la atención de los católicos y facilitar la destructora obra de los dos navíos.

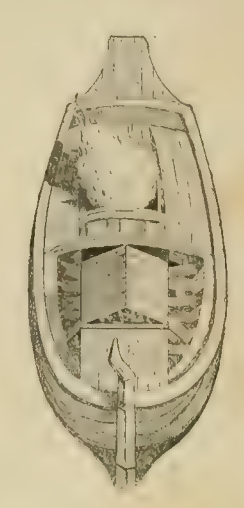
Fijóse para dar la sorpresa el 5 de Abril de 1585 al anochecer; es decir, el siguiente día de la recuperación del fuerte de Liefkenshoek; y para que todo estuviese prevenido, avisóse á la flota holandesa con objeto de que se hallase pronta á cruzar el puente por la cortadura. Trasladáronse las máquinas de Gianibelli y las barquillas á un paraje poco distante de la ciudad y confióse la realización del plan al almirante Jacobzoom, hombre sin talento para llevar á cabo empresa alguna de provecho, pues había demostrado su ineptitud en distintas ocasiones y la confirmó nuevamente al poner en práctica el atrevido plan del ingeniero italiano.

Llegó la hora señalada para expedir las naves. La noche era oscurísima, pero templada; los centinelas del puente apoyados en la estacada, vigilaban atentamente el río: el general también se hallaba allí, pues eran aquellas horas las más favorables al ataque, y éste se temía por parte de los holandeses. Así, pues, las primeras luces que aparecieron sobre el río, despertaron en él gran inquietud, y sin pérdida de tiempo ordenó que los tambores y trompetas tocaran arma; dispuso que las tropas formaran en todo el tramo, y después de dar las necesarias instrucciones, colocóse en el punto donde se juntaba la empalizada con el castillo de *Santa María*. Rodeábanle en aquel momento Gaspar de Robles, Rubas, Caetaneo y el inglés sir Rowland York; y todos, suspenso el ánimo á la vista de los brulotes, hacían las más varias conjeturas respecto al ataque.

Desgraciadamente para los de Amberes, Jacobzoom no cumplió como se le había ordenado, pues en vez de despachar las barquillas cada media hora, lanzólas todas á la vez, y á poco despidió tras ellas los dos *navíos infernales*. A medida que las primeras descendían, el fuego de sus cubiertas tomaba cuerpo iluminando la ribera, el puente y las aguas con fantástica claridad; pero creyeron los católicos ser aquélla mera diversión encaminada á quitarles el cuidado por la parte de Zelanda; y así que las barquillas se aproximaron al puente, comenzaron á recobrar la confianza. Parte de ellas se detuvieron, en efecto, sin causar daño, junto á las flotillas defensivas; otra fué á encallar en la ribera. Seguidamente llegó *la Fortuna*, y como las citadas flotillas protegieran sólo la parte flotante del puente, quedando á descubierto la estacada y castillos, esta nave, por un capricho del viento, fué arrastrada entre la línea protectora y el puente, yendo á parar á una de las márgenes del río, donde consumida la mecha, despidió sólo un leve resplandor y explotó débilmente.

Saludaron los católicos esta ocurrencia con grandes carcajadas, y para prevenir un nuevo accidente, descendieron algunos á hundir sus picas en el casco de la *Fortuna*, y á extinguir los fuegos de las barquillas detenidas en las defensas. En tanto, la *Esperanza*, abriéndose camino entre éstas y la ribera, fué á chocar contra el puente, casi al pié del castillo de *Santa María*. Esta segunda nave despidió una ligera columna de humo y fué asaltada también por los soldados, ganosos de

descubrir su artificio; mas, aunque todos la creyeran semejante á la primera, álguien receló el peligro. Cuéntase que un alférez llamado Vega, se aproximó á Farnesio y le pidió con insistencia que se retirara; y como le desoyera el general, puesto de rodillas suplicóselo el español. Obedeció entonces al aviso y casi al tiempo que ponía el pié en la fortaleza inmediata, rodeóle una densa nube, dejóse oir un espantoso estallido y voló en mil pedazos la cabeza del puente. Parte del castillo, la empalizada, las naves inmediatas, fueron lanzadas por los aires, mezclándose con los maderos, las piedras y el hierro, los desgarrados miembros de marinos y soldados. Fué esto obra de un instante: el Escalda abrióse, descubriendo las arenas de su seno; después levantó sus aguas hasta azotar con ellas los castillos, barriendo el puente y la ribera. Tembló la tierra como agitada por el terremoto y á muchas millas de distancia oyóse el estampido. A mil pasos se hundieron en el suelo las enormes lápidas que tapaban la mina; quedaron destruídas muchas casas, una lluvia de piedras mezclada con mutilados cuerpos cayó sobre el río: centenares de hombres murieron en el espacio de un segundo. Ahogáronse muchos, perecieron entre las estacas otros, fueron no pocos heridos, algunos lanzados vivos á la ribera, y el mismo Alejandro túvose por muerto. Vázquez calcula que pasaron de 800 las bajas, y eso sin contar los que salieron estropeados; á cuyas pérdidas hay que añadir la de dos capitanes ilustres, Gaspar de Robles y Rubas, que envueltos entre los escombros perecieron junto á su general (1). También quedó éste herido, mas apenas vuelto en sí recorrió apresuradamente los puestos, dió auxilio á sus maltratados camaradas, reforzó las guardias, é infundió con su presencia nuevo aliento á las tropas. Fácil es suponer que, si la flota holandesa se hubiera dirigido sin perder momento al puente, hubiérale cruzado sin obstáculo; mas, con grande asombro, no se movió de Lillo. «Creyóse, dice Bentivoglio, lo estorbó el reflujo; y que esperando el favor del viento para vencerle, faltó éste, y por eso no pudieron seguir con su esfuerzo el que hacían los de Amberes;» pero lo que en realidad ocurrió fué, que habiéndose ordenado á Jacobzoom despachara una barca á cruzar el boquete abierto por los brulotes y dar aviso á la flota anclada en Lillo, el inepto marino, sin esperar el regreso del bajel, marchóse á la ciudad; y los mensajeros, después de aproximarse al puente, desconcertados por la oscuridad é impresionados por los siniestros rumores que de él salían, remontaron otra vez el río y entraron en Amberes, dando la falsa noticia de que ningún efecto había causado la explosión. Tal fué el desenlace de esta empresa, desenlace funesto en parte á los católicos, pero más funesto aun á los sitiados (2).


Brulote. Ilustr. de la *Polemographia*

No era obra ligera reparar el destrozo causado en el puente; pero conociendo Alejandro cuánto podía influir en el ánimo de los sitiados el verlo cerrado, dióse aquella noche tan buena maña, que, aunque sólo en apariencia, apareció la mañana siguiente reconstruído. Redújose el trabajo, como puede suponerse, á renovar las más gruesas estacas, á trabarlas entre sí con recias vigas y á llenar los espacios intermedios con algunas naves, de tal suerte, que á simple vista pudiera

(1) El cadáver de Rubas fue hallado pendiente del cable de uno de los barcos que formaban el puente; el de Robles no se encontró hasta tres meses más tarde, cuando se deshizo la fábrica. Halláronle clavado de un poste y se le reconoció por una cadena de oro que constantemente llevaba pendiente del cuello.

Roberto de Melun, vizconde de Gante, marques de Rubas y Richeburgo, era uno de los más ricos señores valones. Adhirióse como otros nobles al bando real y en pago de su adhesión recibió los bienes confiscados á su hermano, el príncipe de Epinoy, el generalato de la caballería y el gobierno del Artois. Insolente, altanero y cruel aunque valentísimo, este hombre que tan activamente influyó en la sumisión de las provincias valonas, mostróse sumamente respetuoso y disciplinado con Farnesio, á quien fueron muy útiles sus servicios. Gaspar de Robles era un noble portugués que alcanzó en el ejercito real la categoría de coronel é individuo del Consejo real. Por su casamiento con una dama flamenca fué señor de Billy, con cuyo nombre tambien se le conoce, y cuando murió mandaba un tercio de alemanes. «Era, dice Estrada, veterano si otro alguno; despierto soldado y consejero leal.» «Mereció, añade Vazquez, fin mas dichoso.»

(2) «Hasta tres días después no se supo en Amberes la verdad de lo ocurrido. Hohenlo envió entonces un mensajero que cruzó á nado por debajo el puente, dió á conocer el verdadero estado de cosas y regresó á Lillo pasada ya la oportunidad, con las primeras noticias del destrozo y de la ocasion perdida. Inútil es decir que el disgusto y el descontento fueron grandes. De este modo el imprudente Jacobzoom destruyó en un momento las esperanzas de muchos hombres más expertos y valerosos que él.» Motley. Tomo I, cap. 5.°

asegurarse no había causado daño alguno la explosión. Con esto y con distribuir por todo el tramo á la gente, y tocar cajas y clarines por largo rato, logró, no tan sólo infundir gran desaliento en la ciudad, sino lo que más ventajoso fué, imponer respeto á la armada zelandesa que desde Lillo esperaba el momento de embestir. Permitióle la inacción de unos y otros recomponer los siguientes días el puente y enterrar á los muertos, siendo el mismo Alejandro quien dió honrosa sepultura al cadáver de Rubas: y atendido aquel peligro y cumplido este sagrado deber, escribió al Rey lo acaecido y apresuróse á llamar el tercio alemán que á las órdenes de Manrique combatía en Güeldres. Pero el enemigo, desengañado de acometer la portentosa fábrica, ideó embestir á los diques, y no siéndole posible abrirse camino por medio del fuego, recurrió á las aguas. Rompió á este objeto por nuevos puntos los diques que sujetan al Escalda, del costado de Oordam, y completó la inundación de los campos de su margen derecha, mientras los de Lillo quebrantaban los diques próximos para abrir al río nuevo cauce.

Grave era el apuro en que iba á verse en este caso el sitiador, pues llegando las aguas hasta los muros de Amberes, casi á la par se hallaría amenazado por dos flotas rebeldes, la de la ciudad y la holandesa; y por eso atendió con la urgencia que requería el caso á guarnecer los fuertes edificados en aquella margen y á colocar gruesos destacamentos en los diques, especialmente en el contradique de Kowenstein, cuya posesión era de importancia suma para el ejército sitiador. Al efecto, ordenó se construyeran desde el campo fortificado Staebroeck hasta la aldea de Kowenstein, donde comienza el contradique, tres líneas de parapetos, cuya cabeza apoyaba en el castillo del mismo nombre (1); y desde este punto hasta el fuerte de *Santa Cruz*, edificado donde se une el dique del Escalda con el contradique de Kowenstein, levantó los tres fuertes de *Santiago*, *San Jorje* y *Empalizada*, con los cuales quedó firmemente asegurada la comunicación entre Staebroeck y Beveren, al propio tiempo que interceptada en absoluto la de Amberes con Zelanda. Roto por los sitiados el dique maestro en el espacio que media desde Oordam á la ciudad de Amberes, y destruído por los de Lillo el de Blauwgarn, las aguas venían á estrellarse por ambos lados en esta barrera, alta ya lo suficiente para detenerlas. De este modo cerró Farnesio el paso á los socorros por mar, después de haber aislado por tiera á la ciudad del resto del país.

Pero los rebeldes no por eso cesaban en sus ataques: sus barcas surcaban todo el territorio inundado, amenazando los puestos españoles; los brulotes arrastrados por la corriente del Escalda avanzaban también de tiempo en tiempo en dirección al puente, imponiendo á los sitiadores perpetua vigilancia; empero, poco efecto debían surtir éstos, porque Alejandro ordenó que las barcazas de la estacada se separaran unas de otras, con objeto de quitar las que fuera necesario y dejar paso franco á los brulotes, y además encargó á un capitán inglés, llamado Torch que cuantas veces viera venir los *navíos de fuego* «saliera con una chalupa muy ligera y despalmada y con un palo atravesado en el timón los hiciera dar á la banda y encallar en tierra (2).» Desde aquel instante hízose patente la ineficacia de los ingenios y máquinas lanzadas para destruir la famosa obra de Farnesio, pues ni las que hasta entonces se emplearon, ni otras sumergidas que ideó con gran ingenio Gianibelli surtieron el efecto apetecido (3). Una sola de estas máquinas logró el 22 de Mayo llegar hasta el puente, á pesar de la diligencia de Torch, pero los católicos rompieron las amarras y cables de las barcazas para procurarla paso, y aunque chocó el brulote con ellas, no reventó á

(1) El contradique de Kowenstein se llamaba así por el *castillo* y *aldea* de este nombre. El castillo se encontraba debajo del cuartel de Mansfeld y de aquí el nombre de *fuerte de Mansfeld* con que se le bautizó. Bentivoglio, lib. III.

(2) Vázquez, lib. VIII, 1584.

(3) «Eran nuevas y varias las máquinas, y de ellas algunas sacaban por las proas espesas y terribles puntas, como aradones ó segures anchas y agudas; muchas echando por fuera el incendio, ocultaban los rayos dentro de las minas. Mas porque tenían experiencia de que semejantes máquinas, ó por la torcedura del río, ó por el viento, se desviaban facilmente, y se paraban, se halló un tudesco en la oficina de Jambelli que dió traza para que la nave sin ladearse del medio, corriese derechamente contra el puente. Acomodó á los lados de la proa debajo de las aguas una sábana muy grande á guisa de vela de navío; la cual tendía al igual debajo del agua, como una red, ó la nassa estendida, y se echaba delante de la nao: luego, llevándola por debajo de la quilla, se iba recogiendo poco á poco, hasta que en el medio de la popa se ataba de una y otra parte. Desta manera el tudesco volvió de arriba abajo el uso de las velas; y consideró que así como hinchadas del viento, las velas impelen el navío, podrían también las mismas si se llenaban de agua incitar el navío y lo que principalmente se buscaba, llevarle derechamente.» Estrada, *Decada II*, lib. VI.

causa de haber apagado el fuego el capitán inglés. «La presteza con que Alejandro acudía al remedio de estas máquinas infernales, dice Vázquez, era extraordinaria; y tanto, que á no verse por la experiencia el valor con que acudía á todo, sucediéndole como imaginaba, diera mucho que pensar.»

Bien necesita el esforzado general despertar con su desvelo la confianza de su ejército. No pocos soldados habían abandonado las banderas, después del choque de la *Esperanza;* la fatiga, el frío, el sueño agobiaban á los demás, porque desde la funesta noche de la explosión, todas las compañías estaban sobre las armas, atentos á las señales que hacían los de Amberes, señales á que contesta-



Destrozo causado en el puente del Escalda por el brulote *La Esperanza* (De un aguafuerte) (1)

ban los cañoneros holandeses con cohetes y fuegos; y el recuerdo de lo ocurrido, infundía tal zozobra en los ánimos, que los más veteranos se hallaban absortos y preocupados. El ingenio del hábil italiano, daba también al general harto en qué pensar, pues tan varias habían sido las trazas de la ofensa, que, según sus frases, cada día esperaban los católicos una invención nueva. «Aunque confieso, decía, que nuestros ingenios no alcanzan ni penetran lo que los suyos diabólicos hacen, porque cierto se ven cosas extrañas y nuevas, á lo que aseguran cuantos soldados viejos hay (2).» Se comprende, pues, que no eran inútiles las tentativas de los sitiados, pues á la postre conseguían agobiar al sitiador, manteniéndole en perpetua alarma. Y como la estación, aunque entrada la primavera, fuera en extremo fría, y el alimento y las ropas escasearan en el ejército católico, puede sacarse en consecuencia, cuál sería el estado de éste.

Alejandro vióse obligado en adelante á renunciar á toda operación; á llamar las tropas que

(1) Hé aquí la explicación de este grabado:

Número 1, Puente de barcas; 2, Estacada; 3, Parte central del puente; 4, flotillas defensivas; 5, Fuerte de Santa María, 6 Fuerte de San Felipe; 7, *la Fortuna*; 8, *la Esperanza*; 9, Brulotes.

(2) Carta de Farnesio al Rey, de fecha 25 de Mayo.

tenía del costado de Ostende y á las que acampaban en el resto del país; pero así y todo, su número era harto escaso, y Farnesio, al dar cuenta de ello al Rey, le aseguraba que de no recibir refuerzos, sería exterminado sin remedio. Pero los refuerzos no llegaron, y el caudillo católico, no teniendo gente suficiente para conservar los puestos, hubo de renunciar á la recuperación de los fuertes que le arrebataron los rebeldes. Tampoco le fué dable intentar diversión alguna en las provincias de Güeldres y Frisia para atraer allí á los holandeses, y en su consecuencia la llegada del verano iba á sorprenderle sin haber conjurado el doble peligro con que le amenazaban los de la ciudad y la flota holandesa.

Hasta entonces cuantas tentativas hicieron los rebeldes habían tenido por objetivo el puente: ahora iban á dirigirse á otro punto no menos importante: el Kowenstein, la formidable barrera que enlazándose al dique del Escalda, al puente y á los campamentos impedía los auxilios de la escuadra. Si se lograba romper el dique de Kowenstein, las aguas del río abandonaría su álveo, y volviendo al que tuvieron en otro tiempo, el puente quedaría en seco, mientras que Amberes convertida en una isla se hallaría en comunicación con las costas de Zelanda. En consecuencia, cortar el contradique era cuestión de vida ó muerte para los sitiados, sin perjuicio de embestir simultáneamente el puente, obligando en un mismo punto al sitiador á sostener un doble ataque.

El plan estaba perfectamente concebido, y trazas llevaba de tener digno remate, y á no oponerse hombre de tan feliz ingenio como Farnesio. También había echado de ver el general este peligro; y atento á su remedio, desde el fuerte de Santa Cruz hasta el campo de Staebroeck, había enlazado los fuertes escalonados en el Kowenstein con sólidas y espesas empalizadas y reforzando el mismo contradique con enormes estacas y largas vigas, operación esta realizada bajo el fuego de las naves enemigas. Distribuyó luego á sus soldados por todo el tramo y confió el mando de los fuertes á sus más espertos capitanes: el terrible Mondragón se hallaba en Santa Cruz, Camilo del Monte en Santiago, Benítez en San Jorge, Gamboa en la Empalizada y Capiffucio en el baluarte de Mansfeld. Separaba entre sí á estas fortalezas el intervalo de una milla y tenía el dique sobre tres millas y media de longitud por seis piés de anchura: débil barrera en verdad para contener á un enemigo entusiasta, si no la defendieran los pechos de nuestros bravos infantes. Y sin embargo, como el mismo Alejandro aseguraba, había sido construída sin tener espacio suficiente ni materiales á la mano; la tierra, las faginas, las estacas se condujeron de los cuarteles más distantes, y colocáronse con harta pena y no poca prisa; donde faltó la primera, como en La Empalizada, levantóse el fuerte ó castillejo sobre estacas (1), y trabajando á porfía capitanes y soldados, incluso el general, bien pronto aquella estrecha lengua de tierra hallóse suficientemente fortificada. A cierta distancia se dibujaba apenas el dique sobre las aguas, y la serie de fuertes parecía como suspendida entre aquéllas y el cielo, causando extraño y sorprendente efecto (2).

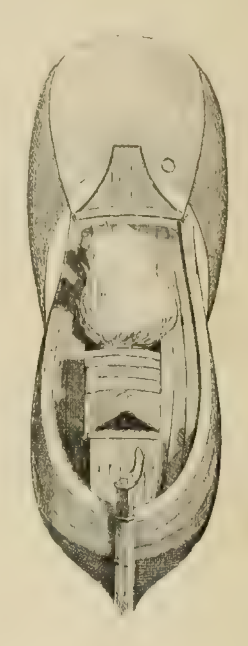
Los ataques para impedir estos trabajos habíanse reducido, hasta el 7 de Mayo, á simples tiroteos, pues el enemigo limitábase á hostilizar á los del dique á una distancia respetuosa ó á retirarse después de simular una embestida. De aquí que las centinelas llegaran á despreciar estos amagos, y que á la vuelta de algunos días, prestaran el servicio con descuido. Pero la noche del día citado quisieron llevar á efecto los rebeldes el ataque simultáneo al puente y al dique. Según lo concertado, la flota mandada por Holack debía avanzar desde Lillo contra Kowenstein, mientras efectuaban lo propio por el costado opuesto los de Amberes, y al mismo tiempo que Justino de Nassau remontaba el río con algunos barcos zelandeses y acometía al puente. Cual se había prevenido, realizóse la operación. Avanzó favorecida por las sombras la escuadra rebelde, fuerte de cincuenta vasos y dividida en dos fracciones, una contra el dique y otra contra el puente. La primera, mandada por Holack, arrimóse con el mayor sigilo á Kowenstein, y hallando dormidos

(1) A este fuerte le denomina Clonard, siguiendo al traductor español de Estrada, *la Palada;* y Pérez de Castro *la Plata;* siendo así que su verdadero nombre es *la Empalizada.* Así debió traducirlo Novar, y así lo citan los autores extranjeros. Bentivoglio dice: *nombróse así porque faltando la tierra se hizo de gruesos palos.* Carnero también consigna este dato, pero le da el nombre de *Palata.*

(2) Estrada, *Década II*, lib. VII. Bentivoglio, lib. III. Vázquez, lib. VIII, año 1584. Cabrera, Tomo II, lib. I Carnero, lib. VII. Le Petit, Tomo II Meteren, Tomo XII. Motley, Tomo I.

á los centinelas, logró poner sobre la estacada, entre los fuertes de San Jorge y la Empalizada, unos 500 hombres, seguidos de buen golpe de gastadores: estas tropas cayeron sobre el primer cuerpo de guardia, mataron á la gente y se hicieron momentáneamente dueños del puesto. Mas por desgracia no acudieron los de Amberes, á pesar de haber dado la flota las señales convenidas; y despertando al rumor de la pelea los soldados de los puestos inmediatos, asestaron contra el enemigo los cañones de los fuertes, corrieron luego á lanzarlo del puesto conquistado y le obligaron á retirarse, no sin dejar sobre el dique multitud de cadáveres. A cuatrocientos se cree que alcanzó el número de los rebeldes que allí murieron; á ciento el de los católicos; pero el valor con que éstos se defendieron no les hubiera evitado la derrota, si los de la ciudad hubiesen acudido.

Achacó Holack el descalabro á remisión de los sitiados; mas parece que en realidad fué debido á una mala inteligencia al hacer las señales; pues engañados los antwerpenses por una fogata encendida á distancia, lanzaron varios cohetes, y la flota de socorro partió de Lillo en la creencia de que los de Amberes se ponían también en movimiento. Pero desvanecido el engaño, y ofendidos los de la ciudad por las imputaciones de sus amigos, procuraron restaurar su crédito en el próximo ataque concertado. En él puede decirse que iba á decidirse la suerte de la ciudad, y así no es de extrañar, que, confederados y realistas, hicieran un supremo esfuerzo para concluir de una vez aquella lucha. Reuníase en la Zelanda una flota respetable, sin duda alguna la más numerosa que hasta entonces se había armado; aprestábanse también en Amberes los barcos que debían contribuir al ataque del contradique; y el famoso navío *Fin de la guerra*, terminado ya por este tiempo, botóse al agua pocos días antes de efectuarse la citada operación. Era esta nave de extraordinaria magnitud, con cuatro mástiles y tres timones, quilla chata y costados de diez piés de grueso, á prueba de arcabuz. Este formidable castillo, de figura casi cuadrada, estaba armado de veinte cañones de grueso calibre, sin contar los de calibre menor, que eran en gran número, unos en las cofas, otros asomando á flor de agua. Montábanlo 1,000 mosqueteros, que, distribuídos por las gabias y puentes, debían contribuir á que fuera la ofensa más temible; y para que el gran peso no perjudicara la maniobra, la parte correspondiente á la quilla estaba formada por grandes vigas entrecruzadas y tinajas vacías: en suma era un verdadero castillo flotante. Por desgracia, y como Gianibelli lo había previsto, esta nave, en la que se invirtieron siete meses de trabajo y unos cien mil florines; es decir, el coste de las vituallas que Amberes hubiera consumido en tres meses, fué más asombrosa y espantable á los ojos, que apropiada al objeto que tenía; pues á causa de su peso no era posible hacerla maniobrar. Salió de Amberes para la cortadura del dique maestro en Austruwel, y penetró en los campos inundados, por los que debía bogar en dirección á los fuertes españoles; mas después de haber errado por las aguas espacio de una hora, fué á encallar en los bancos de arena próximos á Oordam. Allí permaneció hasta pasados algunos días del combate de Kowenstein; y su tripulación y sus mosqueteros la abandonaron regresando á la ciudad. Los españoles, que habian creído estaba destinada á destruir el puente, calificáronla en mofa la *Carantamaula*; los sitiados le dieron los nombres de *Gastos pérdidos* y *el Elefante*; y en verdad que no fué lo más triste perder tiempo y dinero, sino las esperanzas.


Brulote con vela

Pocos días después de este suceso, el 26 de Mayo, verificóse la segunda expedición contra el Kowenstein. El ataque del 7 había sido como el preludio de esta terrible acometida, en que holandeses y sitiados debían embestir simultáneamente el contradique; y esta vez no era fácil que les engañaran las señales. Unos y otros habían jurado vencer ó morir: «Atrevida y desesperada resolución, escribía Farnesio al Rey, que no hay motivo para suponerles incapaces de llevar

á efecto.» Previniéndose, pues, para este ataque, el general católico hizo trasladar á Kowenstein algunos cañones, reforzó el parapeto del dique y dió nuevas instrucciones á sus capitanes, ordenando la mayor vigilancia. Los enemigos organizaron una escuadra de trescientas naves, de las que parte debía acometer el dique del costado del Océano, puestas á las órdenes de Nassau y Holack, y las restantes, mandadas por Marnix, dirigirse contra él, desde Amberes. Verificóse la operación el citado día á las dos de la madrugada. Los centinelas del Kowenstein vieron á gran distancia unas lucecillas que iban avanzando en dirección del dique y que pronto se convirtieron en grandes hogueras: á la oscilante claridad de las llamas, descubrieron la flota holandesa cuya línea se extendía por todo el frente que mediaba entre San Jorge y la Empalizada. Extraordinario terror se apodera de todos, porque al chocar en las estacas los brulotes repetirán en el dique los desastres del puente. Sin embargo, el objeto de estas barcas era sólo incendiar la estacada; y aunque no surtieron este efecto, lograron en cambio infundir tal espanto en nuestros soldados, que apresuradamente retiráronse á los fuertes, y gracias á este pánico pudieron algunos centenares de zelandeses saltar al dique (1). Mas si fácil fué esta operación, á causa del terror que causaron los brulotes, no pudo proseguirse con felicidad, pues, vueltos los católicos de la sorpresa, saltaron de los fuertes al tramo y entablaron cuerpo á cuerpo el combate entre el fuego de las cañoneras holandesas y el humo de los propios cañones. Ya comenzaban á flaquear los enemigos, ya saltaban de nuevo á sus bajeles, cuando de improviso aparecieron en el costado opuesto Marnix y los de Amberes. El combate se restaura; los holandeses y zelandeses trepan animosos al contradique y en breve señorean el espacio comprendido entre San Jorge y la Empalizada, en número de tres mil hombres. Allí se hallaban los caudillos más ilustres de los rebeldes, los coroneles Balfóns y Morgán, al frente de los ingleses y escoceses que componían la guarnición de Amberes, no pocos hombres civiles que empuñaban el acero en defensa de la patria, y un joven que debía dar nuevo lustre al apellido de Nassau, el príncipe Mauricio, que recibió en Kowenstein su bautismo de fuego. La flota de Amberes, como la holandesa, llevaba numerosos cestones, sacos de lana, tierra y fagina para levantar trincheras; y al poner los rebeldes su planta en el contradique, como por encanto, centenares de gastadores comenzaron á cortarlo y construir un parapeto. Fué aquel un instante de suprema angustia, porque los atacantes se fortificaban en la posición conquistada, y la trinchera íbase levantando por momentos. Pero los españoles no podían permitir estos trabajos: arrollados por fuerzas superiores hasta el pié de los dos fuertes inmediatos, caen de nuevo sobre el enemigo y renuevan la pelea con su acostumbrada gallardía. El corto espacio en que se luchaba no permitía otras armas que la pica, la espada ó la pistola; y no era menos de admirar el bravo infante que en su desesperación dejaba aquéllas por la daga, que el infatigable zapador aferrado á las estacas entre las que abría el camino ó el sepulcro para los suyos. Ni la tierra era fiel á los combatientes, pues desaparecía bajo sus piés, y hundidos en sangriento fango, disputábanse encarnizados algunos palmos del tramo, en la persuasión de que allí se decidía la suerte de todo el ejército... ¿Del ejército hemos dicho? Del país entero; de España y Flandes á la vez; de la dominación católica. Lo que allí no dictaba el valor, lo imponía la necesidad; lo que no inspiraba el patriotismo, aconsejábalo el instinto; y cuanto más angosto era el terreno, tanto era más sangrienta la refriega, pues arremolinándose los combatientes «no había golpe sin herida, ni herida sin muerte.» Casi puede decirse que llegó á lucharse entre las aguas, porque el estrecho dique henchido de gente lanzábalos por sus costados á los abismos, y para que la carnicería fuera mayor, desde las gabias de los navíos, que á prueba de mosquete estaban guarnecidas, disparaban los rebeldes recias descargas de arcabucería, «teniendo siempre á caballero los españoles » En vano luchaban estos por coronar los trincherones enemigos y evitar la cortadura; en balde corrieron al punto de peligro el intrépido Padilla y el valeroso Gamboa; muerto aquél y herido éste, acorralados los suyos en los castillos, proseguían los rebeldes su obra, arrojando para levantar el trincherón, la fagina y los sacos de

(1) «Enderezaron su primer asalto, no como antes al sitio más angosto del reparo, sino al más ancho, para tener mayor comodidad de fortificarse. Y sucedió junto al fuerte de San Jorge.» Bentivoglio. Lib. III.

M. Soler, Editor

COMBATE DEL DIQUE DE KOVENSTEIN

Copia de una estampa existente en la Biblioteca Nacional de París

arena, envuelta entre cuerpos aun palpitantes. La oleada humana ascendía por el dique é iba á estrellarse al pié de San Jorge y la Empalizada; el combate sosteníase al pié de estos castillos, donde mezclados los valones, italianos y españoles, con los ingleses, escoceses, holandeses y fla-



Arcabucero flamenco. Facsímile de un grabado debido al famoso artista Ghein

mencos, entre una borrasca de pelotas seguían disputándose el puesto. Pero los rebeldes eran dueños ya de aquella parte del tramo; las estacas que lo sustentaban se hallaban destrozadas; el paso estaba abierto.

Entre atronadores gritos de júbilo cruzó por el boquete un navío zelandés, á bordo del cual iba el conde de Holack. Este navío recibió al burgomaestre de Amberes, Marnix; y los dos jefes rebel-

des volaron hacia la ciudad para participar la gran victoria: «cosa bien indigna de personas tales, dice un soldado narrador, pues sólo dos cabezas que tenían (los enemigos), que habían de gobernarlos y dar ánimo en la batalla, los desampararon y se fueron (1).» Mas en verdad, que á tan loca confianza, correspondió terrible y pronto el desengaño. Porque, aunque vencedores los rebeldes, en una corta extensión del dique, la verdad es, que pertenecían á los españoles los dos fuertes más inmediatos; y mientras en Amberes saludaban las campanas y el cañón la victoria, «los españoles ignoraban aún que estuviesen vencidos (2).»

El estruendo del combate había anunciado casi á la par á Mansfeld y á Mondragón el peligro: los emisarios de Gamboa y Padilla les habían dado á conocer su gravedad. Pero Mansfeld no contaba con suficiente número de tropas para acudir al tramo conquistado, sin dejar casi desamparado su puesto, y Alejandro se hallaba en el puente vigilando el río, es decir, á cuatro leguas de distancia de San Jorge. Vacilaban los oficiales que reunió Mansfeld en consejo. Muchos creían conveniente que se esperase la noche «cuando sería la fortuna igual para los tiradores y entre las tinieblas aun los desnudos se cubrirían.» Otros por el contrario, eran de parecer «que no hubiese detención, sino que se hiciera un valiente esfuerzo:» los más «decían que llamase á toda prisa al príncipe Alejandro; que sin duda lo facilitaría todo con su presencia (3).» En esta incertidumbre, la voz de un valeroso maestre de campo italiano, Camilo Capiffuccio, dejóse oir con enérgico acento. *Duden otros,* exclama, *y cautelen como quisieren; yo y los de mi tercio pedimos licencia para salir contra el enemigo, solos, ó al frente del batallón, si los demás quieren seguir.* Silvio Piccolomini, sargento de su tercio, sostiene iguales razones; y Mansfeld, accediendo al deseo de estos héroes les ordena reunir sus fuerzas. Muy en breve iba á engrosarlas nuevo contingente de valientes. Porque oyendo el cañoneo, Juan de Aguila que con su tercio se hallaba distante siete millas de Kowenstein, corre al campo de Mansfeld con doscientos de los suyos, entre ellos Torralva, Cardona y Castro, «capitanes viejos y de mucho aliento,» y se ofrece á marchar al dique. Despertóse en aquel instante la competencia entre españoles é italianos sobre quién debía ocupar el puesto preferente, pues éstos lo reclamaban por ser primeros en pedirlo, y aquéllos como prerogativa de la nación española; mas como se prolongara la porfía, la decide el generoso Aguila con estas sublimes palabras, *¡Camaradas; mano á mano. Probemos al enemigo que corre parejo nuestro valor!* Y en efecto; llegaron á la Empalizada, con la oportunidad que requería el peligro, y en unión de los del fuerte, cayeron sobre los patriotas, atacándolos con tal brío, que les obligaron á replegarse al centro del dique y al abrigo de sus trincheras. Desde aquel momento la Empalizada recibió otro nombre: se llamó *Fuerte de la Victoria.*

Este triunfo parcial se conseguía cuando Farnesio se presentó en el dique.

Tres horas distaba Kowenstein del puente del Escalda, y Alejandro que había pasado la mitad de la noche del 6 al 7 en Santa María, retirándose luego á descansar á Beveren, no tuvo conocimiento hasta rayar el día de lo que pasaba en el dique. El eco sordo de los cañones le advirtió el peligro; los mensajeros se lo comunicaron cuando organizaba su gente para dirigirse al sitio del combate. Detúvose breves momentos para rechazar algunas naves amberesas que intentaron distraer por aquel lado la atención del ejército; y así que aquellas se retiraban, voló á Kowenstein, seguido de doscientos españoles. A medida que avanzaba procuraba sacar alguna artillería de los fuertes inmediatos, y al llegar á Santa Cruz mandó por delante á su gobernador, Cristóbal Mondragón, con cien piqueros y arcabuceros. Era llegado el momento del desquite. Mondragón avanza hasta San Jorge y anuncia la llegada de Farnesio: éste aparece luego y una prolongada exclamación de júbilo se deja oir por todo el tramo. Imposible es pintar el mágico efecto que causa la presencia de Alejandro. Allí está la cabeza del ejército; decimos mal, la cabeza y el brazo: el general y el soldado; todos á una le saludan como á su salvador, y la confianza que su genio inspira, es ya garantía de la victoria.

(1) Vázquez, *Sucesos de Flandes y Francia,* año 1585.
(2) Lothrop Motley, *Hist. de las Provincias unidas de los Paises Bajos,* T. I, cap 5.
(3) Estrada, *Década.* II, lib. VI.

El general abarca de una ojeada la situación de sus tropas; ordena á Camilo del Monte que lleve algunas piezas al fuerte de San Jorge y secunde el ataque; luego, vuelta la faz á sus veteranos, exclama con voz estentórea: *No cuida de su honor, ni estima la causa de Dios y del Rey quien no me siga.* Dichas estas palabras, se lanza contra la trinchera enemiga, casi al mismo tiempo que Capiffuccio y Aguila combatian al pié del fuerte *Victoria*. Entre Farnesio y aquellos levantábanse los parapetos enemigos, erizados de hierro y protegidos por el cañón de los barcos. Conquistarlos no era cosa fácil, porque allí no cabían los ataques de flanco: y aunque fuese probable atacarlos de frente, tenía que ser á costa de numerosas víctimas. Pero allí estaba empeñada la honra militar de Farnesio, allí la reputación de las armas reales, la misma causa católica, que era para aquellos hombres la causa de Dios: O se conquistaba el tramo ó se perdía Amberes. Este era el dilema; y Alejandro, católico, buen soldado y leal vasallo, optó por el primer extremo.

El caudillo realista se coloca en la primera fila, armado de morrión, cota, escudo y espada; á su lado se apiñan los oficiales de su casa; en pos los demás soldados; y aquel cuerpo escogido avanza por el destrozado contradique entre un diluvio de balas, ora hundiéndose en las aguas, ora saltando por las estacas. En el espacio que mediaba entre los castillos de San Jorge y la Victoria iba á decidirse el destino de Amberes; en aquel dique ancho de seis piés, quebrantado por el hierro y el fuego, se apercibían á combatir cinco mil hombres; allí iban á estrellarse las iras de dos parcialidades, de dos pueblos igualmente infortunados; á regarse el suelo y á teñirse las aguas con la sangre de siete naciones. ¡Breve espacio en verdad á que se redujeron dos potencias irreconciliables; soberbio y terrible teatro donde se intentaba fallar, acero en mano, el pleito entablado entre la tiranía y la libertad!... Desde que estalló la guerra en los Países nunca se vió choque más espantoso; «y verdaderamente, dice Estrada, no sólo el lugar reducía á la necesidad de pelear como los gladiadores en estrecho palenque, sino el juramento de que había de ser aquel día el primero de la victoria ó el último de la vida.»



El coronel Verdugo, experto soldado y diligente escritor

Ocupaban los rebeldes no sólo la trinchera, sino los costados del dique, amén de los que acometian con las barcas. Por lo mismo, el atacante, diezmado por el fuego de las trincheras, tenía que reñir parciales combates, que no por ser luchas de hombre á hombre, le debilitaban menos. Pero la humana oleada que descendía de San Jorge y la Victoria á las trincheras, no se detenía. Por cuatro veces treparon los nuestros el parapeto enemigo y otras tantas fueron rechazados. Fué necesario construir una trinchera frente al castillo de San Jorge y emplazar en ella algunas piezas de corto calibre, antes de intentar un nuevo asalto. Levantada que fué, por ambos costados se dió un nuevo asalto, mientras la artillería de los fuertes, dirigida contra la flota, impedía que ésta se aproximara al dique. Y ocurrió entonces una cosa por demás extraña. Al trepar los nuestros por la trinchera, vieron de pié sobre ella y blandiendo el mandoble la atlética figura del difunto Pedro Paz: ilusión sin duda de cerebros extraviados, pero ilusión que enardeció su sangre y les lanzó tras el fantasma. Sí; era su veterano maestre que con mirada centelleante y gesto fiero los animaba: caído en Termonde, levantábase ahora sobre el dique como el espectro de la venganza;

animábales con sus habituales ademanes, les señalaba airado el parapeto erizado de picas y mosquetes y parecía recordarles que era llegada la hora del desquite. Comprendese tal fascinación tratándose de gente entusiasta y supersticiosa: no necesitaban mayor estímulo hombres enardecidos por la fiebre del combate, el insomnio y el hambre. Los vacilantes se reaniman ante semejante aparición; los más valerosos se lanzan otra vez á la trinchera; y al difunto suceden los vivos: Torralva, que salta á los hombros de sus soldados y desde ellos al parapeto; Capiffuccio, Aguila y otros capitanes y soldados, así italianos como españoles que la coronan, no sin trabajo; y entablada la pelea en el interior desalojan á los enemigos, ó por mejor decir los degüellan, porque «si no es pisados y postrados no daban lugar á que los vencedores siguieran adelante.» Y este combate prosigue con ventaja en todo el tramo, pues triunfantes ya en la posición central, el grito de *¡Victoria!* prorrumpido por centenares de bocas llena los aires. A todo esto la marea desciende, y muchas naves levan las anclas y se dejan arrastrar por las aguas, mientras otras continúan aferradas al contradique. Era llegada la hora crítica para los atacantes: la batalla no se habia totalmente decidido; parte de sus bajeles había sido destrozada por el fuego de los castillos, y las tripulaciones de los restantes, viéronse en la alternativa de huir ó caer en manos del enemigo: «Quizás, dice Motley, si hubiesen querido afrontar esta peligrosa alternativa, hubieran alcanzado el triunfo; mientras que la decisión tomada ocasionó los más funestos resultados.»

Con efecto; el número de las naves que por entrambos lados atacó al dique era grande; todas ellas bien artilladas, y tripuladas por gente animosa: los españoles, aunque victoriosos en todo el tramo no seguros posesores de él; pues sobre haber tenido enormes bajas, en lo más recio del combate fugáronse vergonzosamente nueve banderas de infantería valona del coronel Carlos Mansfeld (1). Pero si el éxito podía considerarse aun dudoso, la moral del enemigo se hallaba quebrantada; el descenso de la marea sorprendiéndole antes de terminar la lucha, llenóle de súbdito terror; y presa de él arrojáronse los del dique á las aguas, seguidos de cerca por los nuestros. Embarazándose unos á otros en las estacas, hallaban no pocos rebeldes desdichada muerte; otros perecían en las aguas atravesados por la espada ó el plomo; y los que se agolpaban en las barcas, hacíanlo tan á la desesperada que su número excesivo daba con ellas de través. Seguíanles á nado los españoles, el acero en la boca, y entablaban entre las olas mortales combates; llegábanse también á los navíos y trepando por las jarcias causaban en la chusma terrible destrozo. «Sólo la nación española, dice un testigo, podía hacer esta fiereza.» Finalmente, como muchos enemigos para hurtarse al fuego de la artillería, navegasen á lo largo de la estacada, lanzándose desde ella los católicos, apresaban á las naves y hacían piezas de su gente. «Y así los degollaron á todos, escribía Parma al Rey, quedando por una parte y otra á nuestra misericordia, y yo fiador que vengaron la suerte de los amigos.»

Tal fué el triste resultado del abandono en que Holack y Marnix dejaron á su gente. Un capitán inglés, actor en este drama, no vacila en asegurarlo; porque «el dique, exclama, estaba ya cortado por tres partes, pero le abandonamos vergonzosamente por falta de jefes.» Estaban allí, no obstante, Justino de Nassau, su teniente Koppen-Loppen y el gobernador de Zelanda, quienes se portaron como buenos; mas los dos últimos perecieron en la trinchera, y el primero, vista la derrota, hubo de lanzarse al agua en demanda de los navíos. La dispersión fué tan general, que Farnesio, lleno de entusiasmo dijo á los suyos: «Vencido hemos, compañeros; el mar hace traición á los impíos. Cortad el camino para las naves, que es su última esperanza, y no dejéis que se os escapen para volver á la pelea.» Con cuyas voces, encendidos los nuestros, continuaban la caza humana entre las olas y descargaban con su incansable diestra nuevas muertes... Habían transcurrido ya ocho horas desde que comenzó el combate; el rumor de la lucha comenzaba á amortiguarse; tres mil hombres se hallaban tendidos sobre el dique; los que señoreaban la barrera, pálidos y ensangrentados semejaban legiones de aparecidos... «En este tiempo, dice el valiente y piadoso Vázquez, volvía á subir la marea y comenzaba á entrar tanta agua por las cortaduras que habían hecho los

(1) Vázquez, *Sucesos de Flandes*, Año 1855.

rebeldes que si Dios no previniera el remedio para volverlas á cerrar, fuera posible anegarse todo el ejército español. Con los cuerpos muertos de los rebeldes y con las faginas, sacos de lana y demás pertrechos con que levantaron los trincheones, cerraron los españoles la cortadura, que cuando hubieran buscado materiales para hacerlo no los hubieran hallado más á propósito; y fué de mucha importancia tenerlos tan á la mano, pues si hubieran de buscarse de otra parte fuera evidente el peligro en que se hallaran, respecto de la violencia con que las aguas se iban juntando, que, como, ya he referido, las tenia divididas el contradique. No fué de menos importan-



Representacion de Amberes en las honras del Emperador Cárlos V (Grabado de la época)

cia haber hecho los rebeldes la cortadura al mismo tiempo que bajaba la marea, pues si fuera con la creciente nadie les estorbara á salir con su propósito; mas Dios, nuestro Señor, que con ojos misericordiosos miraba á los que defendían su santa fe, les dió el premio de sus trabajos y causa bastantísima para que conociesen su divino favor (1).»

Así terminó el combate del Kowenstein, combate terrible y obstinado, en el que, según frases de Farnesio, ambos contendientes lucharon como «perros rabiosos» y la suerte de nuestras armas estuvo, durante ocho horas, «pendiente de un hilo.» Pero esta victoria, que decidió la suerte de Amberes, costó al general raudales de sangre, y al dar cuenta de ella á Felipe II, después de manifestarle que las pérdidas habian sido «más de las que quisiera,» asegurábale que la guerra prometía ser «larga, costosa y muy peligrosa,» motivos que le impulsaban á repetir sus anteriores súplicas: hombres y dinero. Esta era la dificultad con que siempre había tropezado Farnesio; esto

(1) Vazquez, Lib. IX, Año 1585.

era lo que convenía recordar al Rey, para que no malograra, con sus habituales lentitudes, el resultado obtenido; porque Amberes no podía resistir por más tiempo, y aunque tuviera medios para sostenerse, convenía, cuanto antes, reducirla.

La noticia de la derrota de Kowenstein llegó á ella en instante por demás inoportuno. Holack y Marnix, que entraron en la ciudad por la cortadura del contradique, dieron la noticia de la victoria, y como garantía de su palabra, pasearon por las calles á un oficial italiano gravemente herido, Ferrante Spinola; después entregáronse con el pueblo á celebrar el triunfo, y el eco de las campanas y la voz ronca de los cañones llegó hasta el dique precisamente cuando más encarnizadamente se luchaba. Pero esta alegría duró pocas horas, porque entrada la noche, y en el preciso momento en que se celebraba un banquete en honor de los vencedores, arribaron á la ciudad los primeros fugitivos, y el burgomaestre y el general tuvieron que abandonar la sala del festín entre las sátiras de los comensales. Inútil es decir que, como de ordinario ocurre en tales trances, desde aquel momento estalló entre los sitiados la discordia.

Hasta entonces había luchado heróicamente Marnix para aunar las voluntades, para alentar á los decaídos, para hacer entrar en razón á los exaltados y para calmar á los egoistas: empresa difícil en una ciudad donde los elementos de gobierno carecían de cohesión y disciplina, y donde se tenía mucho apego al dinero. Pero desde el momento en que se supo la derrota, ni la elocuencia de Marnix, ni su diligencia en procurarse socorros, ni el aviso de los Estados de Holanda prometiendo en el término de tres meses un ejército de 12,000 infantes y 7,000 caballos, ni los que la diputación mandada á Inglaterra expedía asegurando pronto auxilio, lograron dominar el abatimiento de unos ni la desesperación de otros. Levantaron cabeza distintas banderías; y éstos pidiendo á grandes gritos que se pactara con el vencedor, aquellos aconsejando la resistencia, no pocos pidiendo la salida, todos parecían concertados en su ruina. En vano aconsejaba Marnix que se esperaran los socorros pedidos á Inglaterra, y que en otro caso él iría en persona á los reales á proponer equitativas condiciones: la aparición en el Escalda de la escuadra española, compuesta de algunas naves de Mansfeld y de las recientes presas, y lo que fué más triste de la soberbia mole *Fin de la guerra* pocos días antes ocupada por los nuestros y remolcada en triunfo hasta el puente, aumentó la presión que ejercía el pueblo sobre el burgomaestre, y éste tuvo que pensar seriamente en las negociaciones. A principios de Junio recibió Marnix una carta de Richardot, consejero de Farnesio, pidiéndole una entrevista; el 16 trató de pasar al campo real, pero se lo impidieron el tumulto que reinaba en la ciudad y los recelos de los magistrados, debiéndose á esto que durante todo el mes de Junio no se entablara negociación alguna. Mas esto no fué óbice á que Farnesio continuara apretando á los sitiados: la caballería real taló toda la campiña de Amberes, mientras la guarnición de Vilvorde hacía lo propia en la de Malinas; y seguidamente atacaron las tropas los arrabales de Amberes y se posesionaban de Burgerhout y pueblos inmediatos, así como de todos los pequeños fuertes que ocupaban los rebeldes en la margen derecha del Escalda. Reducida aquélla á la última extremidad, era yo difícil á Marnix prolongar la rendición ni á entretener con esperanzas de socorro al pueblo; sin embargo, precipitó la entrega la noticia de haber abierto Malinas sus puertas á los españoles, porque los de esta ciudad aterrados por la victoria del Kowenstein y seriamente amenazados por el ejército real, determinaron evitarse los horrores de un asalto y saco, rindiéndose incondicionalmente á Farnesio. Con decir que era Malinas la flor de las ciudades flamencas, se comprenderá el pánico que causó su entrega á los de Amberes, así como la alegría que produjo en la córte de España (1).

No tardaron en presentarse en Beveren los diputados de la ciudad sitiada: eran en número de veinte y uno, presididos por Marnix de Santa Aldegunda. Allí, á presencia de los Consejos real y de guerra, expusieron á Farnesio las razones en que su resistencia se había fundado, razones sólidas, pues no era posible suponer que un ejército de 10,000 soldados rindiera tantos fuertes y

(1) En recompensa de todos estos servicios, Felipe II restituyó entonces á Farnesio la fortaleza de Plasencia, enclavada en sus dominios hereditarios y que ocupaban las tropas españolas.

ciudades, dominara los ríos, se defendiera de las flotas, sujetara á tan poderosas provincias y atacara á ciudad tan importante como Amberes. «El cielo, añadió Marnix, que os ha dado tales victorias, no podrá negarnos la honra de haberos resistido.» Y pasando luego á las condiciones, después de encarecer la necesidad de conservar intacta para el Rey aquella opulenta y hermosa ciudad, expuso con muchísimo fundamento que vendrían su comercio y riqueza muy á menos de no respetarse las creencias y agobiársela con presidio extranjeró. «Al presente, dijo, aparece Amberes sobre todas las ciudades de Europa. Difícilmente podréis reducir á número sus vecinos y la multitud de los que de todas partes acuden á sus comercios: los navíos mercantiles de todos los reinos del mundo surcan las aguas del Escalda; y no hay imperio que más provincias una, ni más gente junte y mezcle, gracias á los muchos negocios que mantiene. Durará la celebridad de Amberes mientras nada se altere en las cosas religiosas y la amenaza de los castillos y el terror que infunden los presidios no cierren este asilo...» Los hechos hicieron buenas estas proféticas palabras: porque desde que cayó Amberes en poder de España hasta el primer tercio de este siglo, fué sólo sombra de lo que había sido. Huyeron sus comerciantes y sus artistas á Holanda y á otros países, y lo que perdió Flandes en vida y en riqueza, ganólo aquel Estado en prosperidad y población.

No dieron lugar á muchas discusiones los capítulos ajenos á la obediencia al Rey y á la antigua religión; pues el monarca español no era severo en todo lo que no atañase á estos dos puntos: sin embargo, los diputados persistían en que se les dejara la libertad de conciencia, no se reparase la ciudadela y no se les impusiera guarnición extranjera. Es más, Marnix prometió á Farnesio que él traería otra vez al servicio del Rey la Zelanda y la Holanda, á trueque de que se respetaran las nuevas creencias. Pero como Farnesio obraba según las instrucciones de Felipe (1), ni pudo aceptar aquellas condiciones, ni este ofrecimiento. En su consecuencia, no quedó á los de Amberes otro recurso que doblegarse á las exigencias del vencedor en lo que atañía á la religión. En lo demás mostróse el caudillo realista generoso, pues avínose á poner guarnición sólo de naciones amigas de la ciudad, y á que en el caso de reconciliarse los holandeses y zelandeses ésta quedaría libre de presidio y de castillo; restituyóla sus fueros, dió á los protestantes cuatro años para disponer sus cosas y abandonarla, puso en libertad los prisioneros y se limitó á imponer á los de Amberes una multa de 400,000 florines pagaderos á plazos, para dar los sueldos de la milicia. Las cláusulas de esta capitulación fueron sometidas al Gran Consejo de la ciudad el 9 de Agosto, y encontraron en sus miembros gran oposición; mas como el pueblo pidiera pan á grandes gritos, los magistrados y los jefes de la milicia que más enérgicamente las combatían, mudaron de pensar y aceptaron por unanimidad el tratado (17 de Agosto).

Inútil es decir el alborozo que produjo en los reales la entrega de la opulenta Amberes: aumentólo si cabe la noticia de haber recibido Farnesio el Toison de oro, que Felipe II le mandó al saber la rendición de Malinas; y el ejército entero puesto sobre las armas desde los cuarteles de Beveren hasta el castillo de San Felipe, acudió á saludar al guerrero ilustre que iba á recibir junto al Escalda el pago de sus merecimientos. En la capilla de este castillo colocó el anciano conde de Mansfeld el Toisón de oro en los hombros del esforzado caudillo, y condecorado con él cruzó de nuevo Alejandro el puente y regresó á Beveren, donde hubo de esperar que la ciudad dispusiese los preparativos para la entrega. Ésta fué solemne y cual correspondía á la grandeza de

(1) Estas instrucciones, copiadas por el historiador Estrada, y en parte escritas de manos del mismo Rey, eran las siguientes:

«En todos los tratados y juntas con las ciudades y castillos que vendrán á nuestro poder, sea esto lo último: que en estos lugares se reciba la religion católica sin que en parte alguna se permita a los herejes profesion ó ejercicio alguno, sea civil, sea forense; si no es que para la disposición de sus haciendas se les haya de conceder algún tiempo, y este fijo y limitado. Y porque sobre esto no quede lugar á la interpretación ó moderacion de alguno, desde luego aviso que se persuadan los que hubieren de vivir en nuestras provincias de Flandes á que les sera fuerza escoger uno de dos, ó no mudar cosa en la antigua fe romana ó buscar en otra parte asiento, luego que se acabare el tiempo señalado. Lo cual si se ejecutare, confío en Dios, por cuyo honor se insiste tantos años ha en esta guerra con tanto gasto de sangre y de dinero, que todo se mejorará; y que Su Majestad, según aquella providencia que suele, templara de modo nuestras cosas, siempre que de su feliz suceso entiendan los hombres cuánto importa finalmente a ellos fiarse de la Divina bondad, y anteponer a todas las cosas el servicio que se debe. *Pero si por nuestros pecados dispusiere de otra suerte Dios, tendre yo por mejor deshacerme de cuanto es mio, ante que desdecir en algun tiempo la menor cosa de esta constancia, si acaso menos venturosa, piadosa por respeto humano.*»

Amberes; mas para verificar la entrada en la ciudad, cuidó Alejandro de llevar los menos españoles é italianos, y sobre todo, de no dejar en ella otra guarnición que de alemanes y valones. Desquitáronse los españoles celebrando en el puente su fiesta, y cuando el general regresó á los cuarteles, cruzó bajo hermosos arcos de ramaje adornados con bélicos trofeos y banderas cubiertas de encomiásticas inscripciones. Pero, queriendo demostrar Farnesio la gran estima que profesaba á sus veteranos, dióles al siguiente día un magnífico banquete sobre aquel mismo puente en que juntos habían combatido, y él en persona y los principales cabos sirvieron los manjares. Tres días después deshízose la soberbia fábrica, entre vítores y aclamaciones y el Escalda vió su corriente libre de los *grillos españoles* (1).

Mostró en aquellos días el caudillo del ejército real hasta dónde rayaba su tacto, no sólo en remediar el tumulto que el reparto de pagas ocasionó, sino en conseguir que los mismos de Amberes, cansados de dar alojamiento á la guarnición, pidieran que se reconstruyera la ciudadela á su costa (2); y para no despertar sospecha alguna, en lo concerniente al gobierno de esta fortaleza, nombróse á sí mismo y dió la superintendencia á Mondragón, lo que en realidad equivalía al cargo efectivo. Con esto y con elegir nuevos magistrados católicos y establecer escuelas de jesuitas, á las que debían concurrir en adelante todos los niños, quedó completamente reducida Amberes á la antigua obediencia.

Felipe II recibió radiante de gozo la noticia. Entregáronle los despachos de Farnesio hallándose acostado, y su agitación fué tanta, que saltó de la cama y, dirigiéndose á la habitación de su hija Isabel Clara, llamó á la puerta y pronunció estas frases: *Nuestra es Amberes*. Nunca, ni aun en ocasión de los triunfos de San Quintín, de Lepanto y de las Terceras, le vieron sus cortesanos más satisfecho. Pero en el monarca español no eran habituales ni duraderas estas manifestaciones de contento. Sus primeras cartas á Farnesio abundan en elogios, y en ellas consigna que no encuentra palabras con qué agradecerle tal servicio; las que siguen á la rendición son más frías, y, entre otras cosas, dícele que nada más puede sacarse de lo que se ha sacado á los de la ciudad. Abrigaba el soberano la confianza de que, rendida Amberes y sometidas las provincias flamencas, Holanda y Zelanda no resistirían y en breve reinaría sin obstáculo en todos los países; pero el tiempo debía demostrarle su gravísimo error, porque no era tan fácil someter la Holanda y la Zelanda como lo habían sido Flandes y el Brabante, sobre todo teniendo que guerrear en Francia y hacer frente á Inglaterra.

Triste espectáculo ofrecieron desde entonces las provincias sometidas; Amberes, según frases de Alejandro, «quedó pobrísima y alcanzadísima, habiéndola dejado los herejes,» y su ruina siguió inmediatamente á la interrupción de su comercio y á la paralización de su industria; Douai y Valenciennes vieron desmoronarse sus arrabales y quedaron encerradas en espesos muros; Brujas perdió gran parte de su población, que á principios de este siglo sólo alcanzaba á 30,000 habitantes; Ipres la vió reducida á 20,000: igual despoblación en Tournay, Courtray y Lovaina. Por las calles y los campos pululaban los mendigos; la gente industriosa, los artesanos, los comerciantes, los ricos armadores, los grandes banqueros emigraron á Rotterdam, á Amsterdam, á Francfort, á Londres... y de este modo las ciudades más bellas y más opulentas, diezmadas por la peste, la guerra y los tributos, vieron á la mayor y más activa parte de sus habitantes alejarse de su recinto.

Así pagó Flandes la escisión que estalló entre las provincias católicas y protestantes; y justo es decir que en ello cupo no escasa responsabilidad al difunto príncipe de Orange. El escéptico Gui-

(1) Dió Alejandro la mayor parte del maderaje y del hierro á Barocci y á Plati, ingenieros que construyeron la obra, y antes de deshacerla mandó hacer un modelo de madera y lo remitió á Roma. Otras copias remitió á la córte y á Parma dibujadas, y algunas se grabaron por artistas del país que acudieron, acordada la entrega, á contemplarla. Nuestro dibujo es una copia muy reducida de una de estas estampas.

(2) Levantóse la ciudadela sobre los antiguos fundamentos y utilizando en parte los materiales de las casas que al efecto se derribaron, pero los empobrecidos habitantes suplicaron humildemente al vencedor que les fuera permitido pagar los gastos de construcción en los mismos plazos que los 400,000 florines que se les impusieron de multa. Estrada dice que se gastaron en la obra 70,000 escudos de oro.

llermo, viendo la opinión en manos de los fanáticos, quiso dominarlos explotando sus pasiones, y divorció el catolicismo de la causa nacional, arrojando en brazos de Farnesio una parte de las provincias católicas y favoreciendo con las violencias populares la disgregación de los elementos



Arcabucero flamenco. (Grabado de Ghein)

moderados. Y estas provincias, que por ser fronterizas tenían suma importancia, y estos elementos de gran valía por su influencia social y su riqueza, fueron los que utilizó Alejandro con gran acierto para atacar el corazón de los Países. Convengamos en que la muerte de Orange contribuyó en gran manera á este triunfo, y convengamos también en que le favoreció no menos la conducta del infame Enrique III, así como la falta de patriotismo de unos, la venalidad de otros,

el antagonismo y los odios latentes en el país; pero debe reconocerse que si Alejandro pudo explotar hábilmente las rivalidades de sus enemigos, fué haciendo prodigios de talento, pues mientras la guerra de los Países tenía interesadas por diversos conceptos á otras naciones, veíase él obligado á improvisar ejércitos, á sostenerlos sin recursos, á combatir y á negociar, á sitiar plazas y á sofocar motines, ejerciendo casi á la vez de general, de diplomático y de soldado. Y, sin embargo, ¡digámoslo en honor de aquel guerrero ilustre!, tantas ciudades tomadas, tantos triunfos campales, tantas conquistas famosas, no traen á la memoria hechos sangrientos como los del duque de Alba en Naardem, Harlem y Maestricht. Quedó, es muy cierto, á consecuencia de ellas exhausto y arruinado el país; pero la causa de esto debe inquirirse en origen más elevado, y sin duda alguna en las instituciones á que fué sometido, si ya no en la postración del espíritu nacional después del supremo esfuerzo realizado. Como quiera que sea, no deja de llamar la atención del hombre pensador el gran poderío alcanzado por los países que abrazaron la causa de la Reforma, algunos de ellos muy poco favorecidos de la naturaleza, como la Holanda, Escocia, Suecia, y la rápida decadencia en que se precipitaron España, Portugal y los más de los Estados italianos. Los protestantes atribúyenlo al impulso que, gracias á su sistema religioso, recibió el pensamiento (1); los católicos creen, por el contrario, que el progreso de la civilización se desvirtuó entonces con gran daño de la cultura universal y de la fraternidad humana (2); por nuestra parte, y sin negar cuánto puede influir en el desarrollo histórico de los pueblos la influencia religiosa, repetiremos el aserto de un juicioso historiador moderno: «Se engaña el que acepte literalmente las afirmaciones protestantes, porque no es la religión, es el *arte de ser libres* el que labró la fortuna de Holanda y el que asegura la de la regenerada Bélgica» (3).

V

Hémonos ocupado hasta aquí de las operaciones militares efectuadas por Farnesio en Flandes; pero justo será que consagremos algunos párrafos á los que con no menos tino y valor llevó á cabo el coronel español Francisco Verdugo en la Frisia, y á las que hicimos referencia en el apartado anterior.

La Frisia era una de las provincias que entraron en la Unión de Utrecht, y que con las holandesas separóse por completo del dominio español. Esta provincia situada en el extremo Noreste de los Países Bajos, frontera á Alemania, de la que la separa un terreno pantanoso y algunas corrientes; rodeada por las aguas de dos grandes golfos, el Zuider-cée y el Dollart, y sumergida en parte por las aguas del Océano, es de las más bajas y frías entre las que componen los citados Países. Su suelo encharcado y esponjoso, invadido con frecuencia por las olas del mar, ha exigido de los habitantes grandes trabajos para el levantamiento de diques, construcción de esclusas y canales; sus largos y rigurosos inviernos y su clima áspero les han impuesto el trabajo agrícola, la cría de ganados; y ya por sus fuertes y hermosos caballos, ya por sus corpulentos bueyes, fuera esta provincia sobradamente rica, si la actividad de sus traficantes y la audacia de sus marinos no la hubiera dado otros recursos. Era además la Frisia el ala derecha de nuestro extenso frente de operaciones, lo cual la daba gran importancia militar, y á pesar de su ingrato suelo, estaba á la sazón tan poblada que los cuatro estados que la componían: Groninga, Ostergoes, Vestergoes y el condado de Siete Flores (4), encerraban trece grandes villas muradas y cerca de quinientas aldeas.

Consignados estos ligeros datos, fuerza será recordar lo que dijimos en la página 236 relativa-

(1) Guizot, *La Civilización.*

(2) Balmes. *El Protestantismo comparado con el Catolicismo.*

(3) Forneron, *Hist. de Philipe II*, Tomo III.

(4) Vázquez, *Sucesos de Flandes y Francia. Descrip. de las Provincias.*

mente al conde de Rennenberg que la gobernaba por los Países. Ganado por la diplomacia y los ofrecimientos de Farnesio, no menos que por los consejos de sus deudos adheridos á la parcialidad real, el conde pactó con los católicos y entregó la ciudad de Groninga, ya que no la provincia entera, al Príncipe de Parma. Algo había barruntado Orange de estos tratos, pues despachó al conde de Holack para esta plaza, con objeto de frustrar cualquier sorpresa; pero cuando el general rebelde llegó á Groninga, ya había entrado en la ciudad el tercio de Juan Bautista Tassis y marchaba á detener á los rebeldes el capitán tudesco Martín Schenk, recientemente adherido al partido católico. Encontráronse los dos ejércitos junto á la aldea de Hardenberg, situada cerca del río Vechte, y tan hábilmente maniobraron los nuestros, que á pesar de ser inferiores en caballería y carecer de artillería, envolviéronles y les destrozaron, causándoles pérdidas de 1,500 soldados y de siete piezas. Y gracias á esto se libertó la plaza.

La dificultad de dominar esta provincia estriba, sin embargo, no sólo en la distancia que la separaba de Flandes, sino en que el espíritu del país era completamente hostil á los católicos, y en que á Farnesio, falto de los viejos tercios, y lo que es más triste, de recursos, no podía atenderla como debía. De aquí los varios sucesos con que se mantuvieron en un principio nuestras armas, pues aunque Rennenberg salió de Groninga, ocupó varias plazas y derrotó á Holack, éste á su vez le redujo á la capital y destrozó á Tassis que salió á su encuentro. Rennenberg, cansado en breve de aquel gobierno, en el que tenía que luchar con la astucia y el odio de los naturales, y el escaso respeto de la guarnición, decidió abandonarlo; y entonces Farnesio vióse obligado á nombrar un capitán de probada confianza para acudir á esta provincia.

Era éste el coronel Francisco Verdugo, un veterano español, leal, inteligente y valeroso; gran conocedor de aquella guerra, aunque lo fuera poco del país, pues él mismo nos dice que «no había estado jamás en Frisia, ni sabía cómo las cosas de ella estaban», lo que no impidió que prestara allí grandes servicios. Diéronle á Verdugo 2,000 arcabuceros valones y 40,000 escudos para paga de esta gente, y con ellos avanzó desde Carpen á Groninga, donde se halló con toda la infantería amotinada, el teniente coronel Juan Bautista de Tassis derrotado por los enemigos y el conde de Rennenberg en el sepulcro, al que le condujeron las desazones de su gobierno. La causa de la rebelión de las tropas eran las pagas; su remedio fué repartir los 40,000 escudos; pero consiguiente al pago fué la marcha de los más de los mercenarios, quedando Verdugo reducido al ya citado número de infantes y á tres compañías de lanzas y una de arcabuceros á caballo. Y no era esto lo más grave, sino las instancias que los de la ciudad hacían al coronel para que saliera en busca del enemigo, instancias malévolas á que Verdugo, recordando el descalabro de Tassis, y fiado en las disensiones existentes entre los rebeldes, contestó que, si el enemigo salía de Frisia, él iría en su busca, y si marchaba sobre Groninga no consideraba oportuno abandonar las buenas posiciones que tenía. Inútil es decir los móviles que impulsaban á los ciudadanos al hacer tal demanda; pero Verdugo, con objeto de no aparentar temor, adelantóse hasta Northorn, distante una legua de Groninga, y á pesar de que no tenía mucha confianza en las banderas de Tassis, algo desmoralizadas por la reciente derrota, alojó las tropas en aquella aldea y atrincheróse en ella, apercibido á la pelea: á cuyo tiempo ya se dió á entender la mira de los de Groninga negándose á enviarles vituallas.

Desbandáronse pronto los soldados por los campos en busca de provisiones, y tuvo harto que hacer su caudillo para ponerles en orden, así que vió aparecer al enemigo por el dique de Niezijl; pero vencida esta dificultad, contra lo que creyeran los rebeldes, formó Verdugo sus tropas en batalla y apercibióse á la pelea. El mismo narra con gran sencillez este suceso en su *Comentario de la Guerra de Frisia* (1), y siguiendo su narración vamos á describir, aunque brevemente, este episodio.

El ejército católico formó con los alemanes en el centro y los valones en las alas: éstos apoyados por cuatro compañías de caballos, dos á cada lado. Extendíase al frente de esta línea un

(1) Ha sido publicado este precioso libro en la notabilísima Biblioteca titulada *Coleccion de libros raros y curiosos*, Madrid, 1872.

terreno sumamente pantanoso y lleno de zánjas, ofreciendo sólo junto al cuerno izquierdo un camino ancho que Verdugo dispuso defendieran doscientos arcabuceros y mosqueteros «con orden de poner pecho en tierra y esperar allí que la caballería acometiese», lo que podían hacer con gran seguridad, pues los defendían las zanjas y fosos inmediatos. Dada esta orden, recorrió Verdugo el frente de sus escuadrones diciéndoles estas palabras: «Hijos, viendo cómo el enemigo se ha puesto y cuán mal ha hecho sus escuadrones, con el favor de Dios la victoria es nuestra, y sólo consiste en que estéis firmes, é inmóviles sin mi orden, porque el primero de los dos ejércitos que se moverá es perdido.» Y, en efecto, un solo escuadrón que hubiese abandonado el puesto, hubiera quedado roto. De aquí el empeño de Verdugo en atraer al enemigo, ya destacando fuerzas de arcabuceros por el cuerno derecho, ya por el frente, con lo que se trabó por tres veces la escaramuza, hasta que encendidos los rebeldes cerraron con los soldados destacados de la derecha y los rompieron, casi al propio tiempo que su caballería avanzaba por el camino que corría junto á la izquierda y era recibida por una nutrida descarga á quema ropa. Su doble acometida desordenó bastante á los rebeldes; y al verlo el caudillo católico, adelantóse al frente de dos compañías de caballos hacia el costado izquierdo, cerró con los jinetes que avanzaban por la izquierda y les arrojó sobre el centro de su línea de batalla; por manera que se dió el caso de avanzar los enemigos contra nuestra ala derecha y destrozarla, mientras los católicos hacían lo propio con la suya. Sólo que los nuestros se rehicieron, y mientras una parte de los caballos que mandaba Verdugo volviéronse al campo en auxilio del centro, las compañías rotas en el ala derecha católica, animadas por los gritos de victoria que lanzaba parte del ejército, ocuparon de nuevo sus puestos y cerraron el camino á los enemigos que habían penetrado hasta el centro de la línea de batalla. Sin embargo, Verdugo no pudo completar el triunfo por la escasa fuerza de caballería que le seguía, y casi envuelto por los enemigos que huían; dos veces prisionero y otras tantas en salvo, gracias á su denuedo, llegó hasta el dique de Niezijl, por donde el grueso de las tropas enemigas emprendió la fuga. Así y todo, ganóles sus banderas, cinco piezas de artillería, y les ocasionó dos ó tres mil muertos, cifra que fuera más elevada, á poder efectuarse la persecución. El coronel inglés Norris, que en esta batalla mandaba á los rebeldes, quedó herido en una mano (30 Septiembre de 1581). «Comenzando á venir la noche, dice el veterano coronel, di orden que cada uno volviese al puesto que tenía, y estando en escuadrón en la plaza de armas, todos arrodillados, dimos gracias á Dios por la victoria.»

Al día siguiente de haber conseguido este triunfo, amotináronse los alemanes pidiendo el *mes de batalla*, y el tiempo cerró en lluvias, impidiendo continuar las operaciones, por manera que Verdugo hubo de renunciar á la persecución de los enemigos, y á limitarse á sitiar el fuerte que señoraba el dique de Nievezijl; mas con tan poca fortuna, que dejó en el lodo sus bagajes y alguno de sus soldados, y tuvo que marchar á rehacerse á la ciudad de Groninga. Allí la gente descontenta obedecía de malísima gana, los habitantes hallábanse poco dispuestos á sosternerla, el dinero del Rey no llegaba, y no sabiendo cómo sustentar al ejército, trasladóse Verdugo con parte de él a las márgenes del Issel, donde se hizo dueño de algunos puntos fuertes que defendían por aquel lado la entrada de Frisia. Así transcurrió todo el invierno de 1581, rigurosísimo cual ninguno, y en el que Verdugo limitóse á operar en la región del Tuvent, en combinación con Tassis y el barón de Anholt.

La llegada de la primavera dió nuevo impulso á las operaciones militares, siendo el sitio de Lochum la más importante que se llevó á efecto. Acometieron esta villa Tassis y Anholt, sin orden de Verdugo; pero aunque disgustó á éste la empresa, estimó punto de honra el proseguirla y marchó á reforzar á sus tenientes, que con excesiva confianza la intentaron. En efecto, ni la ciudad se dió á partido, ni permaneció el enemigo en la inacción, pues el conde de Holack, juntamente con Guillermo y Felipe de Nassau, vino con gran golpe de gente holandesa y mercenaria, en socorro de la plaza. Ocupaba Verdugo una montañuela próxima á Lochum y tenía junto al río Berkel, que baña la ciudad, dos fuertes, no tanto para asegurar el puesto, cuanto para favorecer el arribo de vituallas; mas, aunque hizo desde un principio intento de permanecer en posición tan

aventajada, el enemigo maniobró con tal acierto, que cerrando el paso á todo auxilio le obligó á aceptar la batalla.

Inferior era el número de los católicos, sobre todo en caballería; pero Verdugo remedió esta falta arrimando sus caballos á los escuadrones de infantes, interpolando con ellos picas y alabardas, y efectuando, así que se entabló el combate, un movimiento envolvente por ambas alas. Desbaratadas las cornetas enemigas y rotos los escuadrones, retiráronse unos á la ciudad, fuéronse



Reitre. mercenario de caballería

otros á buscar refugio en sus trincheras, y los católicos, después de perseguirlos largo tiempo, quedaron señores absolutos del campo. Espectaculo extraño el que ofrecía aquel ejercito victorioso, aunque no seguro de la tierra que pisaba: los apuros ya no eran de metálico, sino de pólvora, y tan grandes, que su caudillo, para procurársela, se vió obligado á dejar en prendas al *Drosarte* (1) de Linghen a su mujer é hija. ¡Qué fidelidad y qué amor á la causa de España tendrían los recelosos subditos holandeses!

A todo esto organizaban los Estados otro ejercito de socorro, en el que, demas de las tropas

1 Era una autoridad que, ejerciendo jurisdicción en un círculo ó bailia, administraba justicia en nombre del señor del pais.

del país é inglesas, figuraban 2,000 gascones y 1,500 reitres; número más que suficiente para levantar el sitio y destrozar al coronel Verdugo; y para que la situación del veterano, sin dejar de ser crítica, fuera más violenta, Carlos de Mansfeld, Altepenne y Horchstrat, que sin orden alguna habíanse presentado en el campo, negábanse á juntar sus tropas con las del coronel, para combatir á los rebeldes. Muy bien, dice el honrado Verdugo, «que en este nuestro negro oficio hay, como en otras cosas, hipocresía y artificio»; pues no una, sino muchas veces, malogróse la victoria por la rivalidad suscitada entre los capitanes. En aquella ocasión fué necesario que el enemigo amenazara seriamente á Mansfeld, para obligarle á reunirse con Verdugo, y de este modo, lo que no hizo el buen deseo, dictólo la necesidad; pero, así y todo, las circunstancias eran tan críticas, dado el número de los rebeldes, su bien dispuesta caballería y su excelente tren, que los capitanes católicos hubieron de reunir toda su gente, retirándola de los fuertes y destacamentos para decidir la suerte de Lochum, en campal batalla. Repartiéronse entonces á los soldados las últimas municiones de guerra, fabricadas casi todas con el estaño de los platos en que comían y las pesas de los vivanderos, *por todas las mujeres del regimiento* (1). Sin embargo, con gran sorpresa de los nuestros, el enemigo no se movió de sus cuarteles, á pesar de haberle retado al combate; y lo que mas extrañeza causó, ni aun intentó disputarles seriamente la retirada, cuando faltos de recursos hubieron de emprenderla en dirección á Grolla. Pero esta actitud expectante, explícase con facilidad, dada la situación de aquel ejército. Como el nuestro, se hallaba falto de recursos; los mercenarios gascones no avezados al clima, morían á centenares; los mismos naturales resistían con harta pena las terribles heladas y las continuas lluvias; y si difícil era conducir los hombres al combate, no era más facil atender a su mantenimiento y transportar el tren.

Con no menos dificultades luchaba Verdugo, porque en su gente, dice, «crecía la necesidad, y con ella la desobediencia», siendo tanto el aprieto, que se vió obligado a despachar parte de ella para el Brabante, á las órdenes de Carlos de Mansfeld.

¿Qué empresas podían intentarse en aquel país tan desamparado, y con recursos tan míseros? Esto es lo que se pregunta el observador, al representarse aquella región fría y abierta, surcada de corrientes y cubierta de pantanos, velada por las nieblas y con frecuencia invadida por las olas, y al considerar después que si el país era ingrato, no lo eran menos al dominio español sus habitantes; teniendo que luchar con el clima, con el enemigo y con sus propias necesidades, hombres nacidos en regiones más templadas, gente mercenaria a la que si no movía el sueldo, debía estimular el botín. Y, sin embargo, Verdugo consiguió allí brillantes victorias, y á pesar de que contaba en el cuartel de Farnesio algunos enemigos, sostuvo con gloria la bandera española en aquella región apartada é inclemente, contra caudillos como Norris, Holack y Guillermo Luis de Orange.

La sorpresa de Stenwick, efectuada por su teniente Tassis, al frente de las guarniciones de algunas plazas y cuando más descuidados se hallaban sus habitantes, fué uno de los hechos de mas monta del invierno de 1582; la toma de Zutphen, otro acontecimiento de importancia, realizado por iguales medios, y gracias al cual hízose Verdugo dueño de una rica ciudad, que por hallarse asentada sobre el Over-Issel aseguraba las comunicaciones con las provincias sometidas. Gracias á ello pudo acudir en 1585 en socorro de Nimega y señorear todo el territorio que media entre aquel río y el Wahal, operando desde aquel momento en combinación con el núcleo del ejército, para dominar en la línea del Rhin. Y mientras Farnesio extendía por el Brabante las banderas reales, conducía él á los suyos desde el corazón de la Frisia al extremo meridional de Güeldres, donde consiguió Tassis, á mediados del año antes citado, una brillante victoria sobre los rebeldes: la batalla de Amerange, en que los beligerantes lucharon en número casi igual, y en la que fueron derrotados Holack, Martín Schenk y el conde de Meurs, con perdida de 1,600 soldados y 6 banderas.

Este descalabro trató de compensarlo Holack por medio de una operación tan bien concebida

(1) *Comentario de la Guerra de Frisia* por el coronel Francisco Verdugo.

El utilizar las mujeres en los trabajos de guerra, era entonces cosa muy corriente, pues Farnesio los empleó muchas veces en el levantamiento de trincheras. Así lo consignan Estrada, Vázquez, y Carnero y otros autores de la época.

como diligentemente realizada, pues como el ejército de Alejandro pasara, después de rendida Amberes, á los cuarteles de invierno, y una parte de él fuera á situarse en la isla de Bommel formada por los brazos del Wahal y el Mosa, resolvió el caudillo rebelde atacar estas fuerzas, que, como más distantes del núcleo de los católicos, serían fácilmente derrotadas por sorpresa. Para conseguirlo, ideó un plan por extremo atrevido é ingenioso: remontar el Mosa con cien barcos de quilla chata, y al llegar á la altura conveniente, romper los diques, inundar aquel terreno sumamente bajo y atacar sin pérdida de tiempo á los realistas. Mas por fortuna, estas tropas se componían de 5,000 españoles, todos ellos veteranos y mandados por un tipo de hidalguía y valor, el maestre de campo Francisco de Bobadilla.

Apenas éste se dió cuenta de la proximidad del enemigo, cuando vió toda la parte baja de la isla cubierta por las aguas, y tuvo con gran trabajo y diligencia que refugiar su gente en los parajes más elevados de la misma, ocupando él con 3,000 soldados la eminencia en que asienta la aldea de Emple. Desde allí contemplaron los campos inundados y las aguas surcadas por numerosos barcos enemigos; pero atentos al ataque, fortificáronse de tal suerte, que Holack creyó más segura la presa limitándose á esperar que el hambre los rindiera. Cálculo engañoso, porque al intimar la rendición á Bobadilla, contestó con gran entereza éste: *Los españoles han probado siempre, que prefieren la muerte á la deshonra, y no he de ser yo quien les señale otro camino.* La muerte era, en efecto, lo que esperaba á tan heroicos soldados, porque á los cinco días les faltaron por completo los víveres, las constantes lluvias aumentaron el nivel de las aguas, ni uno solo de los mensajeros que despacharon á Parma llegó á su destino, y Mansfeld y Aguila, que desde Herpen y Bois-le-Duc habían intentado socorrerles, fueron rechazados por los rebeldes. Allí iban, pues, á morir sin gloria aquel puñado de hombres, á los que casi á un tiempo aniquilaban el hambre y el frío, y la seguridad que de su fin tenían era tal, que habían renunciado hasta la esperanza de intentar la salvación á través de las ondas. Resignados á su triste suerte, esperaban su hora postrera, cuando al caer el día 8 de Diciembre, un recio vendaval rasga el tupido manto de celajes que cubría el firmamento, y sucediendo al temporal la calma, un agudísimo frío congela en pocas horas las aguas del río. Este inopinado accidente que los soldados españoles atribuyeron á protección del cielo (1) cambió instantáneamente la situación, porque Holack, temeroso de que encallaran en el hielo sus bajeles, vióse obligado á retirarse á toda prisa por el Mosa, mientras los católicos corrían por la helada superficie en busca de provisiones y despachaban á los puestos menos distantes, nuevos emisarios. A los tres días llegó á Bommel el conde de Mansfeld, y después de haber auxiliado á aquellos héroes, condújoles á Bois-le-Duc, donde no pocos fallecieron á consecuencia del frío, y algunos quedaron horriblemente mutilados.



Estandarte de la ciudad de Amberes
(Grabado antiguo)

El año 1585, por tantos conceptos memorable, terminó con una importante victoria conseguida en Frisia, por el teniente coronel Tassis, en las cercanías de Leuwarden. Dam, uno de los capitanes del Statuder de Frisia, Guillermo Luis de Nassau, dirigíase á Oosterwierum con objeto de darse la mano con un cuerpo de 2,000 frisones, recientemente levantado; pero acudiendo Tassis á su encuentro, obligóle á combatir y consiguió, después de una hora de lucha, un triunfo completo sobre los rebeldes. Escasos y muy contradictorios son los datos que tenemos de esta batalla, en la que, según autores españoles, murieron 2,000 frisones y fué preso Dam; sin embargo, ateniendo-

1 Cuenta Estrada que hallándose un soldado cavando junto á la iglesia de Emple, descubrió una imagen de María, y que habiéndola presentado al maestre de campo, fué procesionalmente paseada. Como el tiempo abonanzara la víspera del día en que la Iglesia celebra la festividad de la Concepción, los españoles calificaron lo ocurrido de milagro.

nos á sus resultados, diremos que ejerció en aquellas provincias tal influencia, que desde aquel momento pudo Verdugo someterlas á tributación, cosa que, según él mismo dice, nadie hasta entonces atrevióse á ejecutar. Así dió comienzo el valiente coronel al período de su gobierno en Frisia, gobierno que le fué otorgado tan pronto como Alejandro tuvo conocimiento de la muerte de Rennenberg, y que ejerció Verdugo catorce años, con tanto lucimiento como riesgo.

Farnesio pudo con razón estar orgulloso de los capitanes y soldados que mandaba. ¿Quiénes, si no ellos, hubieran conseguido en una sola campaña asaltar y rendir poderosísimas plazas, vencer ejércitos numerosos, luchar con el hambre, el frío y el sueño; combatir sobre las aguas casi exhaustos, vencer escuadras poderosas, imponer la ley á las ciudades más ricas, someter catorce de las diez y siete provincias rebeldes? Sólo aquellos diez mil valientes, conducidos á la pelea por verdaderos héroes, que no otro nombre merecen, Mondragón, Torralva, Capiffuccio, Aguila, Padilla, Robles y otros que sería ocioso nombrar. Y si por los resultados obtenidos debe juzgarse del genio de aquel famoso caudillo, calcúlese lo que Felipe hubiera podido prometerse de Farnesio colocando á sus órdenes ejército más numeroso y mejor provisto y asistido... Por desgracia, aquel ejército y aquel general, estaban supeditados al pensamiento del valetudinario que desde la celda del Escorial consagraba sus meditaciones y su actividad burocrática á la tenaz idea de la reacción religiosa. No tan atentos á la excelsitud de los medios, cuanto al logro de su objeto, preocupábase Felipe, más que de los asuntos de Flandes, de las intrigas de Francia; más que del estado de sus soldados, de los manejos de Mucio y de Mendoza. Triunfar en Flandes érale muy grato; pero dominar en Francia y herir á Inglaterra, para caer de rechazo sobre Holanda, érale más grato aún. Y, sin embargo, su poderío no dejaba de ser bastante aparente; y la Inglaterra, nación de segunda categoría, regida por una mujer, y la Holanda, república naciente y reducida, iban en breve á manifestarle que no era bastante su tenacidad á conseguir la imposición de los antiguos dogmas ni á dar el triunfo á su política absorbente.



Alegoría de la pacificación de Flandes.
(Facsímile de una portada de las *Decadas* de Estrada.)

ILUSTRACIONES

Alejandro Farnesio (pág. 220). – Fué este famoso capitán hijo del duque de Parma y de Plascencia, Octavio Farnesio, y de D.ª Margarita de Austria, y nació en Roma el año 1545. Educóse los primeros años de su vida al lado de su madre, quien se esmeró en procurarle excelentes maestros; mas parece que las aficiones del niño propendían á las armas con preferencia á las letras, en las que no hizo notables progresos. En esto influiría, sin duda alguna, el espectáculo que ofrecía á la sazón la Italia, escenario de la guerra y frecuentado teatro de brillantes aventureros y fastuosos príncipes. Era, sin embargo, niño aún, cuando hubo de abandonar el regazo materno para marchar á Flandes, donde se hallaba á la sazón Felipe II. Su padre, deseoso de ponerlo bajo su real égida, quizás para que, obligado por los vínculos de la sangre, engrandeciera el Rey la casa de Farnesio, ó para asegurarle porvenir más brillante, lo dejó en poder de D. Felipe, en cuya corte entró, mereciendo desde luego captarse la voluntad del monarca. Cuéntase que en la jornada de San Quintín manifestó su voluntad de formar parte de los escuadrones que dieron el asalto, lo que causó no poca risa por tratarse de un muchachuelo de once años escasos.

Con el Rey, su tío, partió Farnesio á España, donde permaneció ocho años, recibiendo educación juntamente con el príncipe D. Carlos y D. Juan de Austria. Los tres cursaron algún tiempo en Alcalá, aunque parece que no con mucho fruto; sin embargo, Alejandro era muy superior en ingenio á sus dos parientes, pues aunque práctico en los ejercicios bélicos, revelaba especial sagacidad para los negocios; distinguiéndose ya entonces entre los cortesanos, tanto por su cuna y favor, como por su carácter impetuoso y dado á las aventuras.

Veinte años contaba Alejandro Farnesio, cuando Felipe II determinó casarle con María de Portugal, hija del príncipe D. Duarte y nieta del rey D. Manuel; casamiento de que derivó más tarde el derecho á la corona de aquel reino del príncipe Ranucio, habido de la citada D.ª María. Para honrar á su hermana, á la sazón gobernadora de los Países Bajos, dispuso el Rey que pasase allí Alejandro y que una escuadra condujera luego á su prometida á Flandes, con objeto de que en Bruselas y á presencia de D.ª Margarita se efectuaran las bodas. Desde allí dirigióse Alejandro á sus Estados patrimoniales, en donde residió algunos años, llevando una vida no muy morigerada; porque su genio inquieto buscaba en las justas y en las pendencias las ocasiones que más tarde halló en los campos de batalla.

Por fin, la suerte le deparó medio de ejercer con más lucimiento su bravura; pues pactada la Liga contra el Turco, con beneplácito del Rey, acudió á tomar parte en la expedición, conduciendo un contingente de ochenta y dos nobles y trescientos soldados escogidos. Embarcóse con parte de ellos en la capitana de Génova, y los restantes reforzaron la guarnición de dos galeras de la misma república. Y con esta gente contribuyó en no escasa parte al triunfo, pues embistiendo su galera la de Mustafá, entró en ella por asalto y acometió á otra que venía en su socorro, apresando á las dos. Al siguiente año tomó Alejandro parte en las operaciones de la Liga y D. Juan le confió el difícil cometido de poner sitio á Modón. Estos fueron sus primeros hechos de armas.

Retirado se hallaba en Parma, cuando el Rey, viendo el mal estado de los negocios en los Países Bajos, ideó mandar de nuevo allí á su hermana y sobrino; pero D.ª Margarita rehusó, mientras que su hijo, predispuesto á empresa que tanto le halagaba, y no sujeto ya por el vínculo estrecho del matrimonio, pues había muerto recientemente su esposa, resolvió marchar á Flandes. El monarca vió esta decisión con muy buenos ojos, ya que andaba muy receloso de D. Juan, y éste alegróse en extremo, pues no ignoraba cuánto podría auxiliarle Farnesio en los apurados trances á que había llegado. Y ya hemos visto la fortuna con que emprendió D. Juan de Austria sus operaciones; qué excelente resultado obtuvo gracias al valor de Farnesio en Gembloux, y lo mucho que hubo de sentir no haber dado oídos á sus consejos en la jornada de Rimenant.

Muerto D. Juan y confirmado por el Rey el nombramiento de gobernador que al enfermar aquél le confirió

provisionalmente, Alejandro Farnesio dió claras muestras de su gran talento político y de sus dotes militares Sumida se hallaba Flandes en la anarquía, pero no contaba Alejandro con grandes recursos para dominar aquel país perturbado por las banderías y arruinado por la guerra. Sin embargo, con gran perspicacia echó de ver que convenía captarse la confianza de los elementos católicos, y con rara habilidad separó de la liga ó pacto de las provincias, las que profesaban esta creencia: con no menos habilidad desconcertó los planes de Orange y reveló que si le era superior como militar, no le era inferior como político. Farnesio restauró la guerra y operó en el país una reacción favorable a España. Describir en este lugar sus operaciones militares sería ocioso, teniendo como tienen su especial cabida en los ESTUDIOS siguientes. En conjunto citaremos como las de más monta el sitio de Maestricht, la toma de Iprés, Termonde, Gante, Malinas, Bruselas y sobre todo el famosísimo sitio de Amberes, el sitio y toma de Grave y Venloo y la rendición de Esclusa. Y todo esto efectuado con gente mal pagada, y en ocasiones con la propia salud comprometida. La expedición de la *Invencible* sin duda que hubiera producido otro resultado de seguir el Rey los planes de Farnesio, con los que estaba de acuerdo el insigne almirante Santa Cruz. Achacósele el no tener dispuesta la armada de Flandes llegada que fué la española al estrecho; pero Alejandro, que sólo disponía de barcos de transporte, no debía cooperar á las operaciones marítimas, sino cruzar el canal, tan pronto la *Invencible* lo hubiera despejado de enemigos Ni esto influyó en lo más mínimo en la batalla de los diez días, no hubiera sido óbice á que la expedición se efectuara, de obrar Medinasidonia con más serenidad y tacto en la rada de Calais y sobre todo de atender los consejos del valeroso Oquendo y los avisos que le mandó el mismo Farnesio antes de enderezar el rumbo de la flota para el canal de San Jorge. Aquel desastre fué el resultado de una mala inteligencia por parte del Rey, de la poca experiencia de Medinaceli, de la falta de marinos expertos y, sobre todo, de la defectuosa construcción de las naves destinadas á tan atrevida empresa. Fracasada ésta, Alejandro hubiera podido consagrarse con gran ventaja á recuperar las provincias perdidas; pero el tenaz Felipe engolfóse en los negocios de Francia, distrajo a Farnesio y á sus soldados llevándoles á este nuevo teatro, gastó oro y sangre española en dar el triunfo al partido católico, soñó en colocar la corona de Francia en las sienes de su hija Isabel Clara y recogió... el más terrible desengaño.

En Francia da Farnesio nuevo testimonio de su talento, y eso que lucha con un adversario de la talla de Enrique IV. Apodérase de Ligny, socorre á París, y hácese dueño de otras importantes plazas, en tanto que en los Países Bajos campea libremente el enemigo y recupera importantes ciudades Mauricio de Nassau. Pero la voluntad del Rey es concluir con el Bearnés; y á pesar de que Farnesio, disgustado de las cábalas é intrigas de los católicos franceses, regresa á Flandes ansioso de recuperar lo perdido, una orden terminante de Felipe II le ordena regresar al país vecino en socorro de París Nuevamente Alejandro aleja de la plaza á Enrique IV; después le obliga á levantar el sitio de Ruan y rinde á Caudebec, si bien recibe allí un balazo que le obliga á dejar el mando de las tropas. Esta última operación efectuada á instancias del caudillo francés Moyenne le obliga luego á efectuar un movimiento, sin duda el más brillante que registra su segunda campaña en Francia: el paso del Sena á la vista del enemigo y el socorro dado á París.

De regreso á los Países Bajos, donde el estado de los negocios había, como es consiguiente, empeorado, Alejandro iba a dar nuevo calor a la guerra, cuando la muerte vino a cortar su gloriosa existencia, precisamente en circunstancias graves para Felipe; pues confiaba que representándole aquél en la asamblea reunida en Francia para tratar el nombramiento de soberano, sabría con su influencia procurar á la princesa Isabel Clara la corona. El 11 de Noviembre, hallándose en Bruselas, había recibido orden del Rey para presentarse á dicha asamblea; y á pesar de aquejarle grave enfermedad y ser el tiempo rigurosísimo, púsose en marcha para Francia. «Yo le vi, dice Vázquez, el día que salió de Bruselas con toda su corte, y con ser tiempo riguroso y de grandes fríos, iba su cuerpo cargado de galas y plumas, y me parece que en todo el tiempo que le conocí no le vi más galán; y es de maravillar que lo fuese, pues iba á pelear con la muerte, y no con los herejes que le esperaban. Puedo asegurar como testigo de vista, que se iba cayendo del caballo, y á no llevar dos lacayos á los lados, que le iban teniendo, diera muchas veces en el suelo; si bien con su ánimo invencible procuraba afirmarse en los estribos, y se iba teniendo lo mejor que podía, y previniendo el sombrero con su usada cortesía para darla á todos los que miraban salir su corte, y no pocos pronosticaban que no había de volver á ella: tal iba y tan grande era su enfermedad y su flaqueza, que no podían juzgar otra cosa.»

De esta suerte llegó Farnesio á la villa de Arras, en la frontera de Francia, donde agravóse de tal modo su enfermedad, que á las doce de la noche del día 2 de Diciembre de 1592 expiró, en el monasterio de San Vedasto de aquella villa. Contaba cuarenta y siete años de edad, y si de la que tuvo, dice un coetáneo, pudo decirse que fué bien empleada; no hay duda que vivió más que muchos otros que gozaron años más largos y felices. Su cuerpo se expuso vestido con el burdo sayal de los capuchinos, y rodeado de banderas y trofeos militares. De allí, fué trasladado á Bruselas con gran pompa, acompañándole el ejército al son de trompetas y cajas destempladas; y luego conducido á Parma, en cuya iglesia de San Francisco lo enterraron bajo el pavimento, colocando en la lápida sepulcral esta inscripción: *Alejandro Farnesio, vencidos los Flamencos y librados del cerco los Franceses, mandó que se pusiese su cadáver en este humilde lugar: á 2 de Diciembre, año 1592* En Roma se celebraron en su honra suntuosas exequias y se colocó en el Capitolio su estatua con la siguiente inscripción: *Por haber Alejandro Farnesio, Duque*

de Parma y Plasencia, obrado en su gobierno cosas muy ilustres por la República cristiana, y haber muerto en la misma empresa y aumentado la gloria del nombre romano.

En otro lugar (pág. 221), hemos trazado á grandes rasgos el retrato de este caudillo, á quien debe colocarse en lugar preferente entre los restauradores del arte militar. No es preciso acudir á nuestros historiadores soldados para leer cumplidos elogios de sus empresas: también concienzudos escritores extranjeros, y entre ellos el insigne Lothrop Motley, le han hecho la justicia que se merece, aunque no pueda decirse lo mismo de los militares extranjeros que han tratado esta época ó se han ocupado de los progresos del arte en general. Y por cierto que los que tanto ensalzan los nombres de los Nassau, La Noue y Biron, debían recordar que les son muy superiores nuestro Alba y nuestro Alejandro Farnesio, dejando á un lado la pléyade de ilustres capitanes que brillaron á sus órdenes. ¿Qué más? El mismo La Noue honró el talento de Farnesio cuando, al salir de la prisión en que le habían sepultado durante cinco años los españoles y al presentarse en los cuarteles de Amberes, á la sazón sitiada por Farnesio, llenóse de asombro contemplando las colosales obras realizadas, reconoció que, aun cuando se encontrara fuera de la ciudad y con 12,000 combatientes, renunciaría a salvarla, y dijo al ilustre general con una franqueza que le honra: «Amberes no puede menos de caer en vuestras manos. Entrado en ella, os aconsejo suspender el acero á sus puertas y hacer de esta conquista el coronamiento de vuestra larga serie de victorias.» A lo que contestó Farnesio: «Tenéis razón, y así me lo aconsejan muchos; pero ¿cómo queréis que me retire, empeñado como estoy por toda mi vida en el servicio de mi Rey?» Estas dignas palabras pintan la abnegación de Alejandro.

He aquí ahora su retrato, ó, por mejor decir, el panegírico que hace de él uno de sus soldados:

«Era Alexandro, aunque de mediano cuerpo, de muy buen talle, galán, aseado, de hermoso y agradable rostro, modesto, afable, verdadero, benigno, devoto, valentísimo y de ánimo invencible; generoso, secreto, solícito, espléndido, justiciero y misericordioso; de vivo entendimiento, paciente y tan sufrido en los negocios de la guerra, como vigilantísimo en los ardides y estratagemas de ella; y en la observancia de las costumbres militares fué riguroso, y perfecto capitán en saber gobernar los muchos ejércitos que tuvo á su cargo, y en sitiar una plaza por inexpugnable que fuera tan diligente y tan gran maestro, que *hasta hoy no se sabe mayor*. Era gran amigo de sus amigos, gran señor de sus criados, gran criado de su rey, y muy gran siervo de Dios... Murió como santo y se tuvo por cierto que goza de la vida eterna (1).»

Monumentos belgas (págs. 225, 251 y 259). — Como recuerdos del país dominado un día por las armas españolas, hemos reproducido en las citadas páginas tres típicos monumentos. la *puerta Rabot*, de la ciudad de Gante, puerta fortificada con dos gruesos torreones terminados por agudísimas cúpulas y que se abre sobre uno de los canales; y las *puertas de Bruselas*, en Malinas, y de Brujas, ambas formadas también por gruesos cubos, y muy notables, sobre todo la primera, por su arquitectura del siglo XIV. Estos tres monumentos reproducidos fielmente por la fotografía, lo han sido á su vez por el grabado, y aunque de escasa importancia militar, no dudamos figurarán dignamente entre los tipos militares, armas y otros objetos, contribuyendo así á dar mayor variedad á nuestras ilustraciones.

El duque de Alenzón (pág. 227). — Fué el cuarto y último de los hijos de Enrique II de Francia y Catalina de Médicis; y heredó alguna de las cualidades de entrambos, pues participaba de un carácter débil y voluble, al propio tiempo que falaz. Diósele el título de duque de Alenzón, y al advenimiento al trono francés de su hermano Enrique III, rey de Polonia, tomó el de duque de Anjou, llevado por éste, y con el que también se le conoce. No alcanzaba Francisco talla más alta que sus dos hermanos Carlos IX y Enrique III, y como ellos figuró, muy desairadamente por cierto, en las guerras religiosas que destrozaron por esta época la nación vecina. Fué también en Alenzón característica la doblez, pero le distinguió mas especialmente una desordenada ambicion, un afan inmoderado de reinar, afan por otra parte muy común á los príncipes de la sangre en todos los países. Alenzón comenzó preparando una sorpresa al rey de Polonia en el momento en que se dirigía á ocupar el trono; y frustrado su plan, evitó el castigo sacrificando á su favorito La Mole. Luego unióse al partido hugonote; y le vendió atraido por las dádivas de la corte. Engañados los protestantes de su país, convirtióse en jefe de los rebeldes de Flandes, y llegó á obtener el título de su gobernador, no el de su soberano, pues la sorpresa de Amberes demostróle que en Flandes no levantaría un trono. Juguete de Enrique III y la infame Catalina de Médicis, fuélo asimismo de Isabel de Inglaterra, quien le entretuvo algún tiempo en Londres con el proyecto de un casamiento. Supeditado al talento político de Orange y al genio militar de Farnesio, ni en los consejos, ni en los campos logró prevalecer. Odiado de los hugonotes franceses y de los flamencos rebeldes, quedó en la mas triste actitud despues de los sucesos de 1583. Así y todo es creible que hubiera figurado muy activamente en los Países Bajos, á no haberle sorprendido la muerte en Catelet en 1584, dos años después de haber entrado en ellos con el pomposo título de *Protector de los flamencos*.

Achacóse su muerte á veneno, y quizás no esté desprovista de fundamento la sospecha; pero asegúrase también

(1) Alonso Vázquez, *Sucesos de Flandes y Francia*, Tomo III, Año 1592, pág. 253.

que fué debida á la tristeza que los desengaños de Flandes le causaron. No puede decirse, sin embargo, que fuera digno de mejor suerte; pues llamado por la falta de sucesor directo á ocupar el trono de Francia, es fácil que hubiera sido fiel continuador de la política de Enrique III. La dinastía de los Valois se extinguió con él, y el derecho pasó á los Borbones, siendo desde aquel momento el hugonote Enrique IV el representante de la legitimidad en Francia. ¿Influiría alguna de estas causas en su muerte? Es difícil asegurarlo, dada la corrupción de la época; pero no hacían presumir fin tan inmediato ni la edad, ni el vigor físico de aquel hombre, á quien se ha llamado con razón «el de las empresas abortadas», y de quien decía su misma hermana, «que si la perfidia no tuviere otro refugio en la tierra, lo habría hallado en el pecho de este príncipe».

Ejército flamenco (pág. 229).—Este precioso grabado, debido á Bartolomé Dolendo, nos da perfectísima idea de una formación de marcha ó desfile por una llanura. El ejército está dividido en escuadrones de infantes y cornetas ó compañías de caballería: aquéllos compuestos de piqueros y ceñidos por arcabuceros, ésta de lanzas. Por el costado derecho desfila la artillería, escoltada por algunos caballos y soldados de infantería; por el izquierdo la impedimenta. Vense al frente de los escuadrones los capitanes, cuyo distintivo es la alabarda, y precediendo á las compañías ó cornetas de caballos, los respectivos trompetas. En el centro de los escuadrones y cornetas aparecen los estandartes y banderas de los Estados.

Es un cuadro por extremo curioso, y sin duda alguna de los notables que hemos dado á conocer.

Triunfante entrada de Farnesio en Maestricht (pág. 233).—He aquí cómo la describe el historiógrafo Estrada: «El había querido entrar como particular, pero el ejército se opuso á esta modestia y consiguió que la entrada fuese poco menos que en triunfo. Porque desde la tienda de Alejandro, á donde en forma de espesos escuadrones se habían juntado todos (eran no menos de veinte mil combatientes), distribuídos hacia Mastrique en tropas y compañías, fueron marchando paso á paso, vestidos de gala, con casacas, cadenas y plumajes en los morriones, conforme á la posibilidad de cada uno. Después seguía la familia, camaradas y continos de la Tienda y Corte de Alejandro. A él le llevaban á hombros en una silla cubierta de púrpura y oro, de cuatro en cuatro los capitanes de infantería española (porque esta nación alcanzó ser preferida á las demás en este obsequio), debajo de un palio de tela de oro. Hacían escolta á la silla delante, y por los lados entre las banderas, que desplegadas la cogían en medio, los maestres de campo y cabos de las tropas, vistosamente adornados ellos con sus pajes de armas; y los más cercanos en este acompañamiento eran el maestre de campo general y el general de la caballería: cerrando la marcha las guardias. Habiendo pasado deste modo el puente que poco antes ellos mismos fabricaron sobre el foso de la ciudad, entraron en Mastrique por la brecha de los muros abierta junto á la puerta de Bruselas: reconociendo las máquinas que ellos mismos habían, ó demolido ó levantado: repasando aquel mismo camino que se habían hecho á costa de la sangre suya, y de los enemigos, que todavía estaba bermejeando. Metido con esta militar pompa y aclamación en la ciudad Farnese, y recibido de Francisco Montesdoca, á quien el real senado había puesto en el gobierno de Mastrique, y acompañado del clero derechamente al templo, dió en él solemnes gracias al Dios de los ejércitos, porque le había favorecido para recobrar la plaza (1).»

Coronel de infantería francesa (pág. 237).—Esta figura ha sido copiada en el Museo de Artillería de París. Va cubierta de todas piezas, y como distintivo de mando sostiene en la diestra el bastón y ostenta en el pecho una banda. La armadura del cuerpo, compuesta de finas placas de acero, ofrece en las musleras ó quijotes ligerísimas planchuelas realzadas como aquéllas por bellas orlas. Fuera de esta defensa y de las rodilleras, carece de otra alguna en las piernas, llevando en vez de canilleras unas altas botas de cuero. De la cintura pende la espada sujeta á un tahalí de correa.

La riqueza y primor de esta armadura prueban el gran adelanto introducido en la fabricación, así como la ligereza de sus piezas, y el reemplazo de las canilleras por la bota, una marcada tendencia á ir abandonando paulatinamente las férreas envolturas de otra época.

Cañón de campaña (pág. 238).—El dibujo reproducido en dicha página acompaña á una carta de don Juan de Acuña Vela, fechada en 14 de Setiembre de 1594. En el respaldo tiene esta inscripción: «Este encabalgamiento es de campaña y por lo menos costará en Pamplona 160 ducados.» Copiólo el señor brigadier Aparici y García en el Archivo de Simancas y es uno de los que figuran en su precioso *Informe*.

Sitio de Tournay (pág.ª 241).—La ciudad de Tournay asienta junto al Escalda á 4 leguas E. S. E. de Lila á 7 $^1/_2$ O. N. O. de Mons y á 12 $^1/_2$ S. O. de Bruselas. Es una de las más antiguas é importantes que señorea la corriente, y de ella dice Estrada: «Es célebre en grandeza y hermosura, y no menos fuerte por las obras y por el sitio contra las invasiones de los enemigos, pues ha resistido muchas veces á los franceses, algunas á los ingleses, otras a

(1) *Década segunda*, Lib. III.

los flamencos. Ciérranla unas murallas fortalecidas con sesenta y ocho torreones; cíñela el foso, en que en gran parte se revierte el agua del Escalda y salen á él once revellines, separados un poco de los muros, cada uno con su puente. Defiéndela y la espanta un castillo edificado en lo último de la ciudad sobre la margen del Escalda, por Enrique VIII, rey de Inglaterra, cuando se apoderó de Tournay, quitándosela á los franceses.»

Contra esta fortísima ciudad, que debía hacerle dueño de una de las llaves del Escalda, se puso Alejandro, á primeros de Octubre de 1581, al frente de su recién reclutado ejército, en su mayoría compuesto de valones. Y por cierto que si dificultaba esta empresa la fortaleza de Tournay, no menos podía reputársela de atrevida, teniendo en cuenta lo avanzado de la estación y el valor y el fanatismo de sus habitantes, pues «la ciudad se hallaba atestada de herejes». Por eso dijo chanceándose el de Orange: «No es Tournay comida para valones.»

No se amilanó Farnesio ante estas dificultades: mandó traer por los ríos desde Valenciennes, Mons y Douai la artillería, estableció su campo, y reconocidas las obras exteriores, escogió para el ataque el baluarte de la puerta de San Martín, por donde el Escalda daba menos caudal, y siendo aquella parte de la fortificación la más dominante permitíale, caso de señorearla, tener la ciudad á caballero. Comenzó á batirle la artillería, y abierta brecha, lanzáronse los católicos al asalto; mas el enemigo, desde las torres inmediatas y desde la gola, hizo en ellos gran destrozo y les obligó á retroceder. Entonces saltaron los nuestros al foso, minaron el baluarte, cortaron el paso de éste á la muralla, y pusieron á los sitiados en el caso de abandonarle.

A poco estuvo de malograrse esta victoria con un accidente ocurrido al mismo caudillo; quien, hallándose en un caserón inmediato á la ciudad dando órdenes á los suyos, cayó de improviso sepultado entre las ruinas, originadas por un certero disparo de cañón. Salió de ellas herido en la cabeza, pero con mayor ánimo para continuar el sitio, pues «dió voces diciendo que estaba vivo con el favor de Dios, y que había de vivir á pesar de los enemigos».

Pero éstos no daban paz á la mano hasta procurar socorros á la ciudad, máxime hallándose en el cuartel de Orange el príncipe de Espinoy, su gobernador, en ausencia del cual regía la ciudad Felipa de Laligny, su mujer, asistida del señor de Estreeles. Sin embargo, ni el valor de esta matrona, ni los socorros enviados, pudieron evitar la rendición; porque Alejandro cerró de tal suerte los caminos y acudió con tal prontitud contra el enemigo, que éste fué destrozado y hubo de renunciar á todo auxilio.

Continuaron los trabajos del sitio reducidos á obras de zapa junto al baluarte de San Martín; mas no sin que los estorbasen los sitiados con brusca y vigorosísima salida en la que se luchó con brío y fué herido en el brazo Alejandro; pero reprimido el ataque y plantada junto al muro la artillería gruesa, aceleróse la operación en términos que á los pocos días se dió la orden del asalto. Las minas y el cañón habían abierto ancho boquete y terraplenado el foso, y si bien Felipa mandó construir á toda prisa un alto caballero y nuevos traveses, todo hacía presumir que la ciudad no resistiría la escalada. Desgraciadamente, la flojedad de los valones frustró el ataque, pues como por las recientes lluvias se hallaba el suelo resbaladizo, negáronse á proseguir el avance, y no obstante haberles conducido al pie de las murallas algunos heroicos capitanes, retrocedieron á sus cuarteles así que perecieron estos valientes. Ni pudo repetirse el asalto, por otro costado, pues sobrevino la noche y con ella un fuerte aguacero, imposibilitándolo totalmente. A poco entró en la plaza un pequeño socorro de escoceses, mandados por Preston, al que dió algún traidor el *santo* de los realistas; y con este suceso creyose por toda Flandes que Alejandro veríase obligado á renunciar al sitio.

Pero ocurrió todo lo contrario; pues el capitán que llegó á la plaza, después de reconocidas las murallas y revistada la gente, opinó que no podía prolongarse la resistencia; y como Alejandro apretara por momentos á la ciudad con nuevas baterías y trabajos de zapa, los de Tournay decidieron rendirse, saliendo la guarnición con armas, dándose un plazo para retirarse á los herejes y pagando los habitantes una fuerte suma. Unicamente la mujer del gobernador mostróso indignada de la capitulación, y cuéntase que al entregar la ciudad á su hermano Laligny, que militaba entre los reconciliados, díjole que de haber previsto lo que ocurría, hubiera pegado fuego á la ciudad por sus cuatro costados, arrojándose á las llamas antes que verla en poder de los realistas: palabras dignas de ser transmitidas á la posteridad.

Dos meses empleó Farnesio en este sitio, que le hizo dueño de una de las más importantes plazas que señorean el Escalda, abriéndole el camino para penetrar en el corazón de Flandes. Su entrada en ella fué triunfal, y asegúrase que en esta ocasión, no tanto por el entusiasmo de los soldados, cuanto por voto unánime de su consejo, se le aclamó con el dictado de *Príncipe*, «renovándose así, dice Estrada, aquella antigua costumbre de honrar con el nombre de Emperador á los capitanes fuertes en la guerra, por decreto del Senado y por aclamación del ejército».

Nuestro grabado es copia de una estampa de Hooghe, y da perfecta idea de las fortificaciones de tan importante plaza.

Sorpresa de Amberes (pág 245).—Aunque varíen en ligeros detalles, todos los historiadores están conformes respecto al origen y desarrollo de este episodio, detenidamente narrado en el texto. Sin embargo, con objeto de que el grabado no carezca de las noticias que en esta especial *Sección* le corresponden, hemos creído oportuno

(1) Tomo II, lib. XIII, cap. 13.

reproducir los párrafos que el historiador Cabrera de Córdoba consagró en su *Historia de Felipe II* á tan importante suceso (1). Dicen así:

«Llegaron al burgo de Amberes cuatro mil zuiceros y todos los franceses que no se emplearon en la ocupación de aquellas tierras; y dentro de la ciudad, además del gran número que había de nobles franceses y de caballería, como para su guarda, entraron diestramente muchos de los más animosos, y pocos sabían el disinio. No pudo hacerse esta junta con tanta cautela, que los que gobernaban, siempre recelosos de su libertad, no sospechasen el intento de los franceses, y al vulgo parecía sobraban ya en los burgos y en la ciudad. Quexándose dello el Burgomaestre y el de Orange al de Alanzón, él se excusó, y con semblante alegre mostró admirarse de su sospecha; y prometió que en el día siguiente saldrían de duda, porque había en él de partir de Amberes y el exército. El pueblo, que pretendía más seguridad, barreó las calles con las cadenas, cerró las puertas, y estaba bien atento y provido al suceso. Pidieron los capitanes franceses á los del gobierno dexasen libres las calles, para que pudiera salir á su viaje el duque de Alanzón, y así fué ordenado; y en el día diecisiete el de Alanzón con el Delfino, Lavalle y otros principales, subieron á caballo en la Abadía de San Miguel, donde posaba; y enviaron doscientos á la puerta de Rildorp ó de Santiago.

»Hallaron la guardia de los ciudadanos bien á punto con su capitán Adriano Vietendel, mas no en tanto número que pudiesen hacer gran defensa, principalmente con las estratagemas de que se usó para apresurar la fuerza. Estando el duque esperando á caballo, un gentilhombre francés comenzó á gritar por haberle dado una coz en la pierna un caballo, y los ciudadanos, creyendo que se quexaba su capitán, se alteraron; y los franceses comenzaron á herir y matar, y ganaron la puerta; y entrando muchos de los que habían salido y de los prevenidos, fingiendo iban á encontrar al duque, acudieron á la puerta Cesárea, y se apoderaron della sin dificultad. El duque entró luego, que salió á llamar á los que esperaban fuera este punto. Mas aunque ganaron las dos puertas y la cortina del medio y la artillería que asestaron contra la ciudad, los burgueses con tanto ánimo y unión la acometieron, y tal fué el pavor de los acometidos, que jamás creyeron hallar esta resistencia demás de que la mayor parte no sabía el trato, ni tenía orden para lo que había de executar, cosa dañosa en cualquier acción militar y en las empresas muy perniciosa, donde un mínimo error, porque siempre se comienza con desventaja, causa la ruina de todo el hecho en suma, con tal obstinación fué defendida de los unos la patria con todo lo que de bien poseían, y con tanta prisa se resfrió el súbito furor de los otros, que se consideró después con maravilla, como fué posible reteniendo los franceses la entrada abierta para recibir continuamente socorros de gente, fortificados en la defensa de los puestos, y la artillería ya comenzada á disparar, quedaron en pocas horas vencidos, deshechos y muertos en la mayor parte del furor del desordenado vulgo Combatían los unos armados de la desesperación, los otros espantados del no temido, ni prevenido ni considerado accidente; donde se cuenta que fué bastante un hornero saliendo fuera de una estufa, desnudo con la pala á combatir y rendir un caballero. En esta confusión luego comenzandó á huir, antes que á matar ó defenderse los franceses, encontraron otro inconveniente importantísimo, que apresuradamente retirándose algunos hacia la puerta de Santiago, hubo tan grande confusión, que unos sobre otros caían amontonándose.

»Otro accidente no considerado causó la rota dellos, que siendo tan pequeño su número respecto de las fuerzas de tan gran ciudad, se dividieron corriendo quién por una, quién por otra parte, llevados más del deseo de saquear, que de militar y del buen consejo. La puerta ya era llena de muertos y de casi muertos y presos de tal suerte, que no había camino donde los miserables que huían una manera de muerte, no fuesen llevados del temor á otra, porque saltando de los muros al foso eran miserablemente sumergidos, siéndoles de impedimento las armas, la poca experiencia del saltar, y el herirlos sus enemigos los desanimaba. Y los que habían quedado fuera y de aparte los vían caer, decían eran los ciudadanos, y animaban los zuiceros para que embistiesen. Estuvieron gran rato con el engaño de que la ciudad quedaba por ellos, é impidiéronles mucho para entrar en ella las hacinas de muertos y el rastrillo que habían echado los burgueses: con tan poco aviso intentaron una empresa de tanta importancia y tal consecuencia los franceses. Dos mil que fueron presos, los salvó la piedad de los ciudadanos, y déstos murieron ochenta, entre ellos trescientos de la nobleza y el conde de Anguien y su hijo, y el conde de Castelroxo, hijo del Marichal Birón, el señor de San Serbal, gobernador de Wilborden, el hijo de Mirambeo y otros, y el gobernador de Alost por los Estados, Mos de Tiano, que le hicieron saltar por la muralla, y le hirieron con una bala en la cabeza, teniéndole por favorecedor de los franceses.»

Soldados valones (pág. 257).—Bajo el nombre genérico de valones, se comprendía á fines del siglo XVI, no solamente los habitantes de las provincias reconciliadas en Arras, sino los cuerpos heterogéneos formados por borgoñones, suizos, albaneses, alemanes y húngaros, cuerpos que constituían las coronelías ó regimientos. Las fuerzas españolas estaban distribuídas en *tercios* mandados por *maestres de campo;* las extranjeras por un *coronel,* generalmente extranjero también. Sólo dos españoles tuvieron título de coroneles, á causa de ejercer mando de regimientos valones, es decir, de fuerza extranjera: Francisco Verdugo y Cristóbal de Mondragón; y haremos constar aquí de paso que la voz *coronel* se lee por primera vez en castellano en los escritos de Ayora y de Salazar, siendo muy controvertida su etimología.

Hasta 1704 la voz técnica fué siempre entre los españoles *maestre de campo.*

Concretándonos ahora á los valones, diremos que Alejandro Farnesio, para llevar á debido efecto las cláusulas del tratado de Arras, hubo de levantar en las provincias valonas un contingente con el que reemplazó á los tercios nuevamente despedidos. Con estos valones y algunos regimientos alemanes, emprendió el bloqueo de Cambrai y tomó á Tournay y á Oudenarda. Gente poco experta y menos disciplinada, diéronle, sin embargo, harto que sentir; y de aquí originóse la necesidad del regreso de los tercios, reconocida por los mismos caudillos del país. Desde entonces figuran al lado de nuestra infantería, y aunque sus regimientos se nutren, como se ha dicho, de heterogéneos elementos, conservan siempre el nombre de valones.

Dice el brigadier Almirante que el primer regimiento formal de valones se levantó en 1696. Perdidos los Países, aun Felipe V mantuvo en nuestra península cuerpo de valones, uno de los que continuó hasta 1815, si bien no tenía de valón otra cosa que el nombre.

Nuestro grabado representa dos soldados de esta clase: un piquero y un arcabucero, vestidos á la usanza del país y ligeramente armados. Son copia de Hooghe.

Puente sobre el Escalda (pág. 261).—El dibujo de esta página es uno de los más notables que ilustra nuestra relación del famoso sitio de Amberes, pues permite con gran claridad se aprecie la admirable obra de Alejandro Farnesio, tan minuciosamente escrita por Estrada. Véanse los párrafos de este autor reproducidos en la página 263. Parece ser que en los días que siguieron á la rendición, gran número de gente del país y extranjera acudió á contemplar obra tan sorprendente, y antes de ser destruída hiciéronse de ella algunos dibujos que circularon en las relaciones impresas del sitio. Hogemberg, el famoso grabador, de quien hemos reproducido otras estampas, ejecutó esta copia, bien fuera directamente, bien sirviéndose de algún apunte; y gracias á ello hemos podido ofrecer á nuestros lectores un dibujo fidedigno y claro de la fábrica construída por los ingenieros Plati y Barocci.

Barca defensiva (pág. 263).—Copiada también de una estampa de la época. Es una de las barquillas que, unidas de tres en tres y armadas de gruesos mástiles ó picas, se colocaron en ambos costados del puente con objeto de que detuvieran cualquier brulote ó máquina disparada contra él. Hallábanse enlazadas con cadenas y sujetas con áncoras, y constituían una buena defensa de la fábrica; sin embargo de que esta defensa no fué todo lo completa que debía, pues aun quedaba un corto espacio entre los castillos y la ribera falto de flotillas, lo que dió lugar á que llegara por él el brulote *La Esperanza* y destrozara parcialmente la obra. Pero no es menos cierto que así y todo, estas barcas prestaron un grande servicio y protegieron grandemente la obra, según la misma explosión acredita.

Vista de Amberes (pág. 269).—Es por muchos conceptos notable la hermosa perspectiva que de la famosa ciudad ofrecemos, pues ha sido copiado de la primera edición de la *Descrittione de tutti i Paesi Bassi*, escrita por un coetáneo, el florentín Ludovico Guicciardini, y dada á la estampa en 1564. La ciudad tiene la forma de un arco tendido en dirección á Flandes, tomando como á cuerda el río: defendíala á la sazón una hermosa muralla con siete puertas y diez baluartes: su ámbito era de cinco mil pasos, y el número de sus casas 13,500, quedando un espacio para 1,500 mas. Calculábase en 100,000 el número de sus habitantes, sin contar la gente extranjera, y era tenida por la primera ciudad comercial de Europa. De su jurisdicción dependían Berghen-op zoom, Breda, Lira, Herenthals y Steenberg: y hallándose enclavada en los límites de dos ricas provincias, sobre un río que baña importantísimas ciudades, y próximo al Océano, que confundía hasta más arriba de ella, sus aguas con las del Escalda; era el primer centro comercial de los Países Bajos, y una de las más célebres poblaciones del mundo. La perspectiva que ofrecemos da idea de su grandeza; el libro que ilustra dicho grabado enumera con gran copia de datos los talleres, fábricas y oficinas que encerraba; los magníficos edificios que la embellecían, el gran número de canales que la surcaban, los artistas que la realzaban y las escuelas que le daban lustre.

«Es cosa digna de admiración, exclama el autor italiano, ver á todas horas alrededor de los barcos que frecuentan su puerto, diverso linaje de hombres, gente de todos los países, así como la variedad de mercaderías en que trafican y la multitud de naves, instrumentos y objetos que emplean.» Y por lo que respecta á sus industrias, escribía: «Si queréis saber cuáles son los oficios que se ejercen en esta villa, basta responder: todos.»

Consignados estos ligeros datos y después de recordar lo que llevamos escrito acerca de esta importante ciudad en el cuerpo del precedente ESTUDIO, nos limitaremos á decir que, á partir de la época del sitio de Amberes, entró en la decadencia, no tanto por la emigración de sus artistas é industriales, en su mayoría protestantes, cuanto por haber cerrado la navegación del Escalda, la ciudad y fuerte de Flessinga, en la isla de Walcheren. Lo que perdieron desde aquel momento Flandes y las provincias sojuzgadas, ganáronlo Holanda y las adheridas á la Unión de Utrecht; y, sobre todo, lo que decayó Amberes, desarrollóse y prosperó Amsterdam. Hasta muy entrado nuestro siglo no ha vuelto á recuperar aquélla su esplendor y hoy puede envanecerse con justicia de ser una de las más bellas, ricas y populosas ciudades de la Bélgica.

Combate en la Escalda (pág. 273).—Una feliz casualidad nos ha deparado este curiosísimo grabado, perteneciente á la época del sitio, y que representa el combate sostenido junto al fuerte de Calloo, por dos barcos

español el uno y holandés ó zelandés el otro. Ostenta el primero, al extremo de su mástil, la bandera española, en la que campea la cruz de San Andrés; en el segundo, un alférez sostiene con marcial continente la de los Estados. En el fondo de esta escena vense la aldea de Calloo, y los diques inmediatos al río. El grabado no lleva firma, pero por su estilo puede atribuirse á Bartolomé Dolendo. Sin duda alguna es de los más notables que llevamos reproducidos.

Brulotes (pág. 275 y 279).—Los hemos copiado vistos desde su parte superior, y de suerte que puede apreciarse la disposición de la mina y fogata. El de la página 275 es una verdadera mina flotante, dispuesta de modo que produjera la explosión un mecanismo de relojería colocado en ella; el de la 279 reune iguales condiciones, pero tiene el aditamento de una vela que, empujada por la corriente, impedía que la nave se desviara lo más mínimo de su dirección. Hemos dado en el texto mayores detalles, y por consiguiente bastan éstos para que el lector aprecie las terribles máquinas del ingeniero mantuano Federico Gianibelli.

Destrozo del puente del Escalda (pág. 277).—La circunstancia de tener este grabado la explicación al mismo pie, numerados como están en él sus más importantes fragmentos, nos evita el entrar en detalles. En el centro aparece el puente roto por el brulote *La Esperanza,* á mano izquierda vese *La Fortuna*, detenida antes de llegar á él; y frente á las flotillas defensivas, numerosos barcos provistos de fogatas y destinados á propagar el incendio. Este grabado es reproducción de un aguafuerte.

Arcabuceros (pág. 281 y 289).—Estos dos magníficos grabados, directamente reproducidos de Ghein, representan dos arcabuceros flamencos, vestidos á la usanza del país, con jubón, chaquetilla, anchos calzones y holgadas botas. El traje de uno y otro se encontrará quizás algo elegante, tratándose de simples soldados; pero téngase en cuenta que éstos pertenecen á la milicia ciudadana. Redúcese su armamento al morrión, arcabuz y espada; llevan pendientes de la cintura el frasco de las balas, el de la pólvora y la cuerda-mecha. El de la página 281 representa el arcabucero con el arma cargada y á punto de disparar; el de la 289 la operación de la carga.

Inútil es encarecer la corrección del dibujo, la naturalidad de ambas figuras y lo selecto del grabado; porque Ghein es uno de los famosos artistas de la época.

Francisco Verdugo (pág. 283).—Es verdaderamente lamentable que el nombre de este ilustre capitán no haya sido honrado al igual de muchos otros que militaron y escribieron por esta época. Su biografía es poco conocida, y excepción hecha de las noticias biográficas que de él han dado Carlos Coloma en sus *Guerras de los Estados Bajos* y Vázquez en los *Sucesos de Flandes y Francia*, lo más completo que acerca de él se ha publicado, son las noticias biográficas que da el brigadier Almirante en su *Diccionario Bibliográfico.*

Sin duda alguna, ha contribuído á que fuera Verdugo menos conocido de lo que se merece, la circunstancia de ser rarísimos los ejemplares de su *Comentario*, y la de haber batallado en el extremo Norte de los Países Bajos, si con gloria, no siempre con fortuna, aunque empleando gran dosis de valor y de abnegación. Mencionan, sin embargo, su nombre y sus hazañas, además de los antes citados historiadores, Estrada, Mendoza, Bentivoglio, Meterén, Le Petit, Lotrhop Motley y otros autores; pero serían insuficientes las noticias que ellos nos ofrecen, y á no contar las que encierra su precioso *Comentario*, ignoraríase buena parte de los servicios prestados por este valerosísimo español en las apartadas regiones de la Frisia, durante catorce años; catorce años de glorias y amarguras, pues hubo de luchar con capitanes de la talla de Mauricio de Nassau, Norris *el Negro*, y Holack: contra bátavos, ingleses, gascones y holandeses; contra sus mismos soldados, constantemente en sedición; contra la mala fe de los magistrados y de los naturales, y contra los enemigos que tenía en el cuartel del mismo príncipe de Parma.

Cuanto el ilustre coronel realizó en este tiempo, dejólo, por fortuna, consignado en su *Comentario*, verdadera justificación de su conducta durante su gobierno, y otra de las importantes fuentes á que debe acudirse para historiar este período. Gran fortuna, pues, ha sido para nosotros la publicación de este precioso y rarísimo libro en la *Colección de libros raros y curiosos* (Tomo II de la Colec., Madrid, 1872); pues gracias á ello hemos podido procurarnos los más indispensables datos con que redactar esta ligerísima biografía. El *Comentario* era una obra desconocida de casi todos los bibliógrafos; tanto es así, que el colector de los *Historiadores de sucesos particulares* (Biblioteca de AA. Españoles), se lamentaba de que quizás se hubiese perdido y sólo hubiera llegado á nosotros la traducción italiana de Francheta, libro impreso en Nápoles en 1605; sin embargo, gracias al celo de personas tan doctas y amantes de las glorias patrias como el señor marqués de la Fuensanta del Valle y D. José Sánchez Rayón, pudo hallarse un ejemplar completo de la edición española, impreso en Nápoles en 1610, por Juan Domingo Roncallolo; y éste ha sido el que en 1872 ha visto la luz. Titúlase *Comentario del Coronel Francisco Verdugo, de la Guerra de Frisia en los XIV años que fué gobernador y Capitán general de aquel Estado y Ejército, por el Rey Don Felipe II Nuestro Señor*, y forma un hermoso volumen en 8.º de 291 páginas.

Las más extensas noticias biográficas de Verdugo nos las da el clásico historiador Carlos Coloma, quien, hablando del gobernador de Frisia, se expresa así:

«Fué el coronel Verdugo, natural de la villa de Talavera de la Reina, hijo de padres nobles, aunque tan pobre,

que en llegando a diez y nueve años con las primeras caxas que se tocaron en su patria, que fueron las del capitan D. Bernardino de Ayala, natural de dicha villa, asentó su plaza, y siguiendo su bandera se halló en la presa de San Quintín, donde empezó á mostrar sus aceros de suerte que mereció ocho escudos de ventaja, en tiempo que se daban bien limitados. Con estos buenos principios fué caminando adelante, hasta que Madama de Parma, cuando comenzaron las revueltas de los Estados, le mandó levantar una compañía de valones en el regimiento del coronel Mondragón, con lo cual fué descubriendo su valor tan apriesa, que muy presto obligó á encomendarle todo lo más importante que se ofreció en aquellas ocasiones. Llegado el duque de Alba, le halló ya en tanta opinión, que le nombró por Sargento mayor de todo el ejército, cargo que hasta allí no se había visto en otro; y tras otros sucesos le mandó que se encargase del gobierno de la villa de Harlem, habiéndole nombrado antes por coronel de infantería valona; y cuando la pérdida del conde de Bossu, le encomendó la armada con título de Almirante. En las ocasiones que se ofrecieron después de llegado el Comendador mayor, se señaló con tantas ventajas, que le obligó á que escribiere al Rey la carta que hoy tienen sus herederos; en la cual dice que es de los más aventajados capitanes que ha tenido la nación española. Y después de la muerte de dicho Comendador mayor, se halló con su regimiento cuando los amotinados de Alost ganaron á Amberes, y tomó por prisionero al Conde de Agamont y á un caballero frances que a el solo se quiso rendir. Desde allí le mandaron ir al castillo de Breda, en los tiempos más calamitosos que hubo en aquellas provincias hasta la llegada del Sr. D. Juan, que al momento le envió á llamar, y le mandó ir á la villa de Tiumbila, para que con su regimiento asegurase aquellas fronteras, hasta que poco antes de la rota de Jubelurs le sacó, sirviéndose dél en aquella jornada para que hiciese oficio de Maestre de Campo general, y aunque tenía la mayor parte de su regimiento en Tiumbila, con la otra le mandó que se encargase del castillo de Namur; y habiendo nombrado el Rey por sucesor de Su Alteza al Príncipe de Parma, le escribió una carta en que se echa bien de ver el gran concepto que hacía de su persona. Asentadas las paces, con condición que saliesen los extranjeros y que los que no fuesen naturales de los Estados no pudiesen tener cargo ni gobierno en ellos, dió su regimiento al conde Octavio de Mansfelt, su cuñado, y queriéndole ceder también el gobierno de Tiumbila, su Majestad, ni el de Parma, ni los mismos Estados lo consintieron; con que de allí á poco fué necesario mandarle levantar nuevo regimiento y golpe de caballería para pasar á Frisia en socorro de la ciudad de Gruninghen, á donde quedó por Gobernador, por muerte del conde de Renemberg, y alcanzó las señaladas victorias que no han podido ofuscar los émulos de nuestra nación. Heme querido alargar más de lo acostumbrado en escribir la vida de este capitán excelente, lastimado al descuido que tantos autores modernos han tenido en publicar sus cosas, ocupando mucho tiempo y papel en relatar la de otros, algunos de ellos de todo punto inferiores en valor y fortuna. Tuvo este insigne caballero elocuencia natural grandísima, y todas las partes que para ser gran soldado y gran gobernador convenían: solía decir de ordinario que había procurado siempre ser Francisco para los buenos, y Verdugo para los malos.»

Más sucintas son las del capitán Vázquez en los *Sucesos de Flandes y Francia,* pues descartado el lugar de su nacimiento, limítase á decir:

«Sitió muchas villas, castillos y otros lugares fuertes. Fué gran vencedor como se sabe, y *tan valiente como envidiado.* Atropelló imposibles y aterrorizó los enemigos de Holanda y Zelanda, y *si fuera asistido con gente y dineros se hubiera apoderado de estas islas.* Las partes y servicios deste excelente capitán fueron y son tan conocidas, que merecen ser escritas de ingenio y pluma más útil que la mía. Fué del Consejo de Guerra de Alexandro, y hechura de su madre madama Margarita de Austria, y cursó el arte militar en la escuela de su hijo, y la aprovechó tan bien en las guerras de Frisia como el tiempo y la fama lo publican.»

Uno y otro de los dos historiadores concuerdan, como se ve, en la importancia de sus servicios y en lo de que tuvo muchos émulos. Que aquéllos fueron de valía nos lo prueban documentos firmados por el Comendador Requesens y el mismo Farnesio, quien después de la victoria de Nort-horn, decía en carta al Rey (28 Febrero 1586): «A nuestro Señor se deben las gracias, que nos hace mas mercedes de las que nos merecemos, y cierto que al dicho coronel (Verdugo) como al teniente Tassis, *se deben agradecer la voluntad con que sirven y estimar el valor que en todas ocasiones del servicio de vuestra Majestad muestran.*» Y que tuvo no sólo émulos, sino enemigos encarnizados en la corte de Alejandro, lo revela su justificación, memoria ó comentario, al frente del cual escribió el que lo dió a luz: «La malicia de algunos llegó á tanto extremo, que pretendieron cargar la pérdida de aquel Estado (Frisia) á quien con tanto trabajo le entretuvo catorce años, opuesto siempre á las grandes fuerzas del enemigo, como parece en este puntual discurso que para su justificación escribió el coronel Verdugo.»

Oigamos las mismas palabras del autor, en el preámbulo de su obra; pues si por ellas podemos formarnos idea de su posición, la tendremos también de su estilo:

«Siendo advertido de la corte de estos Estados de los malos oficios que en ella algunos me hacen contra razón, procurando por sus pasiones ó particulares intereses oscurecer mis servicios, me ha parecido convenirme cortarles el hilo de sus tramas y desiños por este medio, no pudiendo por ahora hacerlo en persona. Y así forzado, divulgo mi proceder en los catorce años que he tenido esta provincia y ejército á mi cargo, narrando llanamente todos los accidentes de este tiempo, con tan manifiesta y pura verdad, que ninguno sin apartarse della, podrá decir en contrario, cosa que baste á disminuir un solo punto del nombre y reputación que Dios ha servido darme, que sabe la intención

con que siempre he vivido, en servicio de mi Rey. Y para darme á entender mejor, diré antes el camino por donde vine á este puerto, y continuaré hasta dar fin á mi intento, el cual es de satisfacer á quien soy obligado, y confundir á mis secretos émulos; que con el favor del cielo y este desengaño, espero hacer el efecto que deseo.»

Consignado esto, el autor pasa á dar cuenta detallada de sus operaciones y de su conducta, en estilo claro y por extremo conciso, cual lo requieren su situación y objeto. En el fondo revela gran dosis de franqueza y lealtad; la forma, exenta de aliño, es poco amena, la dicción tiene algunos italianismos, pero es fácil y aunque no elegante, vigorosa y apropiada al asunto. Atrae por la buena fe y el patriotismo que respira, y desde luego previene favorablemente al lector. Esto es cuanto podemos decir con respecto á las cualidades literarias de esta obra, cuyos párrafos finales merecen con justicia ser reproducidos:

«Ha sido gran desgracia mía haber empleado catorce años, los mejores de mi vida, tratando con la gente que en este discurso he significado, opuesto continuamente á la gran ambición y sed de mandar que siempre los de Gruninghem han tenido y tienen, la cual los ha puesto en el estado en que se hallan. No ha faltado quien los haya fomentado y dado alas contra mí, que diría mejor, con verdad, contra el servicio de su Majestad, al cual he mirado siempre como debo, más que á interés ni pasión haya tenido, sin haber nunca pretendido cosa alguna antes le desear tenerlo gratos para el servicio de mi Rey. Y en recompensa de esto y de las buenas obras que les hice siempre, son los que más me han, por su costumbre, mordido.

»En conclusión la guerra se gobierna con diversión y prevención, y así todas las veces que he podido asistir al serenísimo duque de Parma, cuando estaba ocupado en Flandes y Brabante, lo he hecho divirtiendo al enemigo cuanto más he podido, como parece por las cosas notadas, sin las que dexo por la razón que he dado. Y puedo decir de que me pesa mucho que nunca á mí se me daba la asistencia necesaria, ni en lo uno ni en lo otro, y que por conocer esto el enemigo, me ha siempre apretado más de lo que debiera si fuera acudido conforme á los avisos que daba, pidiendo los socorros con tanta instancia y necesidad, que me obligaba á usar á veces de más libertad que fuera razón, no siendo tan extrema, dexándome siempre, como he dicho, sujeto á los humores de los de esta nación, principalmente de Gruninghem, al cual con poco mal suceso se humilla y de poco bien se ensalza, tan fácil de mudar, que al que hoy ama, mañana aborrece, y así al que aborrece ama á su modo fácilmente. Los que administran la justicia son corruptibles en todo extremo, tanto que por poco interés la venden y tuercen, dexando el bien universal por él. Yo temía, y ahora echo de ver que no me engaño, que acerca de dicha Alteza había algunos que no me hacían buenos oficios, ó por presente, ó por pasión particular que cerca de un Príncipe los ministros corruptibles y apasionados suelen hacer mucho daño, ó ya sea permitido el buscar cada uno su provecho y acrescentamiento á lo menos fuese sin perjuicio de otros, mayormente de su Rey y del bien público. Y pongo á Dios por testigo de que desde que fué servido de dar en estas partes á su Majestad algunos buenos sucesos, abriendo camino por muchos mayores, por ver que la envidia y malicia los hacían inútiles, he procurado de todo corazón, con grande instancia, salir de aquí é irme á servir á Su Majestad á otra parte, viéndome empleado en las que he servido tan mal correspondido y sin la recompensa que suele darse á los gobernadores de provincias cuando los sacan fuera de sus gobiernos, según la costumbre de Borgoña. Habiéndome en este tiempo empelado en la de Rin, en Bona, en el gobierno del exército sobre Mastricht, en el estado de Gheldres, en esa parte, cuando el Sr. D. Juan de Austria partió de Namur, dexándome el castillo y fuerte, y después sirviendo por su mandado el oficio de Maestre de Campo general, en que me ha sido fuerza hacer grandes gastos sin nunca haberme recompensado; y quisiera mucho no ser forzado á decir esto de mí, pero es hoy la malicia y emulación de algunos tan grande, que no se aplican sino á convertir el bien en mal, sin ninguna certeza de que sea verdad lo que dicen. Y así con seguridad me ofrezco á probar con bastantes informaciones, cartas y órdenes de mis superiores, y copias de las que yo les he escrito, cuanto he dicho hasta aquí. Y en lo que toca á la poca conformidad que he tenido con los de Gruninghem, que por allá me cargan su pérdida, digo que cuando iban por camino derecho y llano la tenía con ellos más grande y buena, y que por más que hayan variado en su fidelidad, nunca he procedido con ellos de manera que con razón hayan podido formar quexa de mí, habiéndoles siempre asistido aventurando mi vida muchas veces por ellos; y si yo quisiera conformarme en todo con ellos, había de ser faltando de la fidelidad que debo á Dios y á mi Rey, que en todo lo demás que buenamente he podido conformarme con ellos, sin perfuicio de esto, lo he hecho con muy gran coste, trabajo y peligro de mi persona.»

Consignado el objeto del *Comentario*, completaremos la biografía del valeroso coronel con los datos insertos por Vázquez al frente de la edición castellana. Francisco Verdugo, después de haber señoreado en la Frisia toda la región comprendida desde Groninga al Over Issel, y de haberse hecho dueño de Deventer y Zutphen, gracias á la habilidad de Tassis, operó en combinación con Farnesio por el territorio del Rhin, y en el socorro de la última de aquellas plazas, sitiada en 1587 por los ingleses, ejerció á las órdenes de este caudillo el cargo de Maestre de Campo. Pero á lo que se ve, no existía gran conformidad entre ambos; pues Farnesio hizo siempre poco caso de los consejos de Verdugo, y atendió menos sus súplicas. Regresó el coronel terminadas estas operaciones á Groninga, donde á poco asumió los gobiernos de Deventer, Zutphen y la ribera del Rhin; hizo allí grandes esfuerzos para engrandecer nuestra dominación, y velando por las ciudades sometidas á su gobierno, vigilando á los traidores, sofocando á duras penas los motines de sus soldados, deshaciendo las tramas de sus enemigos, dió nuevas y repetidas pruebas

de su valor y de su lealtad. No estaba, sin embargo, en su mano impedir que el enemigo nos arrebatara aquellas provincias. La ciudad de Groninga, sitiada por el ejército de Mauricio de Nassau, negabase, fundada en sus prerrogativas, á recibir ni un solo soldado; encontrábase su gobernador sin fuerzas suficientes, sin recursos, rodeado de enemigos verdaderamente aislado; y no sólo amenazaba caer Groninga, sino Gertuaidemberg, y con ellas toda la Frisia, en poder del enemigo. Grandes sacrificios hizo Verdugo para conjurar el peligro, pues mientras atendía á la cabeza de la provincia, velaba por Steenwich y Coevorden, desbarataba las maquinaciones de sus enemigos y hacía presente el peligro al gobernador de los Países. Pero ni su valor ni su celo pudo evitar que Groninga y otras ciudades fueran cayendo en manos del enemigo. De aquel gobierno tan comprometido, sacólo el conde de Fuentes, sucesor del Archiduque Ernesto en Flandes; y entonces nuestro veterano pasó al Luxemburgo para reemplazar al Condestable de Castilla en el mando del ejército organizado contra Francia. Allí dió nuevas pruebas de arrojo é inteligencia, pues comenzó las operaciones expulsando de aquel territorio á los franceses, recobró en brevísimo plazo las más importantes ciudades que se nos habían arrebatado, y no contento con esto fué persiguiendo al enemigo hasta Sedán. Después pasó á Catelet, cuya plaza sitiaba el conde de Fuentes, y rendida ésta, solicitó licencia para retirarse á su casa del Luxemburgo, donde murió en 1597, á la edad de 61 años, «sin haber hecho en toda su vida, dice Vázquez, más diligencia para alcanzar premio de sus servicios, que obligar á S. M. perseverando treinta y un años continuos sin haber hecho ausencia, á hacerle las mercedes que nunca llegaron, por causa de quien corta todas las humanas pretensiones y grandezas».

Así terminó la existencia de este heroico y peritísimo capitán, uno de los de aquella pléyade que inmortalizó con la pluma y con la espada las hazañas de nuestros soldados en Flandes y en Holanda. Ascendió desde los puestos más humildes a las más elevadas categorías militares; combatió en mar y en tierra, pues, como se ha dicho, hizo oficios de Maestre de Campo, Almirante y Gobernador: escribió los sucesos en que tomó parte, revelando dotes de inteligencia nada comunes, y por último acreditó con sus avisos militares ser tan perito como valeroso y tan amante de su patria como de su profesión. Como Vázquez, Coloma, Carnero, Mendoza, Villalobos y tantos otros, merece Verdugo figurar en el número de nuestros historiadores de sucesos particulares; y por este concepto son dignos del mayor aplauso los esfuerzos hechos para sacar á luz sus *Comentarios*, páginas gloriosas de la historia patria y timbre no menos brillante de la de nuestro ejército.

Representantes de Amberes (pág. 285).—El grupo de esta página reproducido, pertenece á la magnífica serie *Honras fúnebres del emperador Carlos V en Bruselas*, desfile de las corporaciones de todas las Provincias ó Estados, Consejos, Ordenes y grandes dignatarios, en procesión fúnebre, y obra de uno de los mas famosos grabadores de la época. De dicha serie hemos elegido el grupo de representantes de Amberes, grupo compuesto de los señores Simón Vande Werne, Henrique Vander Dilft de Tembroeck, Henrique de Berchem, un paje y un caballo con hermosos airones, silla y caparazón, en el que se halla bordado el escudo de la ciudad. Los tres magistrados visten traje talar negro y ostentan hermosas golas de encaje. Dos de ellos sostienen las riendas del caballo, el tercero el estandarte de la ciudad (página 295), y éste lleva pendiente del cinto una espada. Debe advertirse para que se juzgue del mérito de la preciosa serie á que este grupo pertenece, que todas estas figuras son verdaderos retratos de los personajes, cuyo nombre tienen grabado al pie.

Reitre (pág. 293).—He aquí la definición que da el brigadier Almirante de este vocablo: «Es corrupción del aleman *reiter*, jinete. Voz genérica en los siglos XVI y XVII para expresar, entre nosotros los latinos, soldado alemán y mercenario de caballería. No hay que buscar distinciones en armas ni vestuario: pues la voz, como estradiotes, arguletes, carabinos, húsares, etc, es genérica, repetimos, y opuesta á *lands knecht*, que, por extensión también, significa piquero, soldado alemán y mercenario de infantería (1)».

A fines del siglo XVI comienzan a figurar los *reitres* (*reiter*, caballero; de *reiten*, ir á caballo), continuando buena parte del siguiente. Reclutábanse como la gente de infantería, y formaban *cornetas* o compañías de 500 á 1,000 caballos al mando de un *rittmeister* (maestro de reitres). Su armamento era ligero; consistía en las piezas defensivas, barnizadas de negro, pistola ó arcabuz de pequeño calibre y espada. «Ils estoient, dice Brantôme, armez jusques aux dents et bien empistolez.» Al alistarse, debían presentar caballo y armas. En cuanto á su táctica, se reducía, según Montluc, á formar por escuadras de veinte ó treinta filas, cada una de las cuales hacía fuego al llegar junto al enemigo y pasaba á retaguardia. También cargaban en masa espada en mano; y La Noue dice que con frecuencia rompieron á la gendarmeria francesa.

La mayor parte de estas tropas, á las que nuestros clásicos designan también con el nombre de caballos negros, á causa del color de su armadura, sirvieron á los protestantes en Flandes y en Francia, enviados por los príncipes alemanes á sus correligionarios ó levantados en este país por los rebeldes. Pero también figuraron en nuestro ejército y en número no escaso, motivo por el cual hemos creido oportuno dar cabida a uno de estos tipos militares en las páginas del MUSEO.

1 *Dic. Militar*, pág 962.

Estandarte de Amberes (pág. 295).—Está copiado de la serie *Honras fúnebres del emperador Carlos V*, y aparecen en él las armas del marquesado del Santo imperio: dos cuarteles, en el primero de los cuales campea el águila de doble cabeza y en el segundo el escudo de la ciudad, una muralla torreada y dos manos.

Alegoría (pág. 296).—Esta composición ha sido fielmente reproducida de una portada de las *Décadas de la guerra de Flandes*, ó, por mejor decir, de una de las ediciones de la traducción española de Novar. La obra del jesuíta Famiano Estrada, titulada *De Bello belgico decades duæ* (Roma, 1632-1647), es considerada como clásica; y sin duda alguna puede señalarse como de las más notables que en su género aparecieron en el siglo XVII. Floreció Estrada á fines del anterior y alcanzó la mitad del citado siglo; consagróse con ardor al estudio de la filosofía y de la historia, y habiendo tenido á su disposición los papeles existentes en el archivo de los duques de Farnesio, y gran número de cartas y documentos de la época, propúsose redactar la historia de las guerras de Flandes, desde su origen hasta la muerte del ilustre duque de Parma. Y por cierto que su libro prueba una diligencia y un cuidado tan exquisito en allegar datos, y revela tan grandísimo estudio, que le hacen digno de especialísima estima. La mejor confirmación de este aserto es una simple consulta de las obras de Mendoza, Vázquez, Coloma, Bentivoglio, Carnero, Castro y otros conocidos narradores, sin contar las relaciones parciales de oficiales italianos al servicio de España, ni las historias generales y particulares de los más importantes países. Táchasele de parcial; y en verdad que para algunos el carácter religioso del autor ha de ser parte á una infundada predisposición. Sin embargo, puédese afirmar después de leer las *Décadas*, y apoyándose en el testimonio de historiadores protestantes, que esta obra, no exenta de lunares, es bastante imparcial y revela gran solidez de juicio y ánimo sereno. Téngase presente la edad en que escribió el autor, y aun la crítica le será más favorable. Demás de esto, Estrada vió la historia desde un nuevo punto de vista, y á la narración muy bien entretejida de los sucesos y esmaltada con profundas máximas, supo darle cierto colorido que, sin degenerar en falso aliño retórico, encanta por la sobriedad de sus tonos. No tan apegado á los moldes clásicos como sus contemporáneos, narró con rara exactitud, sin olvidar por eso que la verdad debe hermanarse con el arte. Su obra entra, pues, de lleno en la época moderna, y si es digna de recomendarse al militar, puede consultarla con tanto fruto el historiador como el literato.

Varias son las ediciones que se han hecho de la traducción española de Melchor de Novar; y entre ellas se distingue la de Colonia: nuestro grabado pertenece á una edición de Amberes.



ESTUDIO SÉPTIMO

CAMPAÑAS DE ALEJANDRO FARNESIO DESDE 1586 Á 1590

LA INVENCIBLE

I. Embajada de los Estados á Isabel de Inglaterra.—Niégase ésta á aceptar la soberanía de los Países.—Auxilios que les presta.—El conde de Leicester, general en jefe del ejército inglés, arriba á Flessinga.—Su conducta con los Estados.—Abandono en que Isabel deja á su ejército.—Conducta de Felipe II.—Tratos de Alejandro con Isabel.—Plan de invasión contra Inglaterra. — **II.** Operaciones de Farnesio en la línea del Mosa.—Sitio y toma de Grave.—Conquista de Venloo.—Operaciones en la línea del Rhin.—Sitio de Neuss.—Apurada situación del conde de Leicester.—Los rebeldes recuperan la plaza de Axel.—Leicester sitia á Zutphen.—Marcha Alejandro en socorro de esta plaza.—Penetra en ella un gran convoy y se empeña un combate.—Victoria de los católicos.—Farnesio impide el arribo de los reitres al campo enemigo.—Política de los Estados y relaciones de éstos con Inglaterra.—Tristísima situación de las Provincias sometidas á España.—Temores de la Reina.—Deventer, la ciudadela de Sutphen, Gueldres y el castillo de Wauwe son entregados por traición á Farnesio.—Los Estados nombran gobernador á Mauricio de Nassau. — **III.** Alejandro Farnesio pone sitio á la Esclusa.—Conquista de la isla de Cadzand.—Puente sobre el canal.—Infructuosas tentativas de Leicester para socorrer la plaza.—Su rendición.—Desairado papel de Leicester.—Nombra Isabel legados para concluir la paz con Felipe II.—Junta de Burburgo.—Expedición de Drake, contra España, en Abril de 1587. — **IV.** Proyectos de Felipe II contra Inglaterra.—Organízase la expedición en Flandes y en España —Parecer de los consejeros del Rey.—Tropas reunidas.—La armada *Invencible*.—Preparativos en Inglaterra.—Poco acierto de Felipe II.—Conducta de Farnesio.—El duque de Medinasidonia.—Batalla del canal de la Mancha. —Desastre de la armada frente á Calais.—Los vientos y el mar.—Triste suerte de los expedicionarios. — **V.** Operaciones del ejército católico en Flandes.—Conquistas de Bonn, Wachtendonk y Gertruidemberg.—Carlos de Mansfeld en Bommel.—Motín del tercio de Leyva.—Reorganización de las tropas católicas.—Toma de Blimbec y Rhinberg.—Alejandro dueño de la línea del Mosa.—Pérdida de Breda.—Sedición del tercio de Manrique.—Precaria situación del ejército católico.—Expedición de los ingleses contra España en 1589.

I



La situación por que atravesaban los Estados rebeldes en el período que Farnesio sitió á la ciudad de Amberes no podía ser más crítica. Tenían el núcleo de sus fuerzas distraído en la Frisia y el ducado de Güeldres, encontrábanse faltos de elementos para organizar nuevos ejércitos, y fiados en el auxilio de Francia, no se atrevían á recurrir á medios más expeditos para salir del grave aprieto en que se hallaban. Orange, alma de la resistencia contra España, no había sido de momento reemplazado por un

hombre de suficiente talla, pues su segundo hijo Mauricio (1), joven de diez y siete años que con el tiempo debía ilustrar el nombre de Nassau, no podía, dada su escasa edad, ejercer de hecho la jefatura suprema que le otorgaron las Provincias bajo la tutela de varios de sus representantes y auxiliado en los asuntos de guerra por el conde de Holack; de los demás individuos de su familia, ni su tío Guillermo Luis, Statouder de Frisia, ni el bastardo Justino, almirante de la armada zelandesa, reunían condiciones para influir en la política de su país; y en cuanto al conde de Holack, que más tarde emparentó con los Nassau, y que, como general del ejército rebelde, tanto influyó en los hechos que narramos, era un alemán valiente, testarudo, sin talento, con frecuencia beodo, y más á propósito para obedecer que para mandar. Faltaba á los Estados, por decirlo así, la cabeza, y no es de extrañar que su conducta careciera de la energía que requerían las circunstancias. Ajenos, por otra parte, á las intrigas diplomáticas, tampoco los hombres que se hallaban al frente de los Países podían apreciar debidamente los intereses puestos en juego en Inglaterra y en Alemania, en España y en Francia; divididos en sus apreciaciones políticas, inciertos respecto de lo porvenir, apremiados por el ejército del Rey, veíanse obligados á gastar un tiempo precioso en las negociaciones diplomáticas; y mientras en representaciones, notas, y embajadas transcurría el año 1585, perdíanse las más ricas y poderosas ciudades, despoblábase el país y caía Amberes, su primer centro comercial, en manos del enemigo. Justo es decir que nunca pudieron imaginar aquellos hombres el fracaso de la embajada á la corte de Francia y mucho menos el resultado que debían darles sus nuevos tratos con la reina Isabel; tratos que se entablaron así que regresaron de París los diputados flamencos y holandeses. Pero desde el momento en que faltó el hombre sagaz que daba verdadero impulso á su política, la grave disidencia en opiniones y procedimientos, la actitud ambigua de la soberana que más empeño debía tener en protegerlos y la escasa talla del personaje que les mandó para defenderles produjo á las Provincias perturbaciones sin cuento y gravísimos daños.

Por mucho talento que quiera concederse á Isabel de Inglaterra, á la que acudieron las Provincias así que fracasó la negociación con Francia, es preciso reconocer que con su mezquindad, con su coquetería y con sus veleidades, estuvo muy por debajo del cometido que le imponían las circunstancias. La causa de Holanda y de Flandes era la causa de Inglaterra; la guerra de los Países Bajos debía considerarse como una guerra inglesa; pues sometidos ellos, era inevitable la invasión de la isla. ¿Por qué, pues, tantas vacilaciones en aceptar la soberanía que los Estados la brindaban y en mandar los socorros que la apurada situación de Amberes exigía?... Isabel de Inglaterra estaba en realidad ganosa de que la soberanía le fuera ofrecida, pero no quería aceptarla; mejor le parecía, dada esta satisfacción á su vanidad, auxiliar á los Estados con algunas tropas y ocupar como garantía plazas fuertes de tanta importancia como Flessinga y Brielle; en cambio los Estados preferían, á otorgar fianza alguna, la concesión de la soberanía. Ni la Reina quería tanto, ni los Estados gustaban de dar en hipoteca aquellas ciudades; y esta recíproca desconfianza, hija por una parte de la debilidad relativa de la nación inglesa y de la avaricia de su reina, por otra del recelo de los zelandeses, prolongó excesivamente estas negociaciones. Sin embargo, la fuerza de las circunstancias puso á los Estados en la precisión de acceder, y aunque los socorros que les otorgó la Reina (5,000 infantes y 1,000 caballos pagados durante todo el tiempo de la guerra) no sumaran la cifra que consideraban necesaria, hubieron de aceptarlos gustosos, á trueque de salir del aprieto en que se hallaban (2). Acordado esto, la Reina nombró jefe de la expedición á su favorito el conde de Leicester y publicó una especie de manifiesto en que daba cuenta á las

(1) Su primogénito, que á la sazón contaba unos quince años de edad, se hallaba en España, á donde lo hizo conducir Felipe II, así que su padre se fugó de la corte de la gobernadora D.ª Margarita de Parma.

(2) El tratado que pactó Isabel de Inglaterra con los Estados se componía de treinta y un artículos, de los cuales eran los más importantes los siguientes: La Reina mandaría en auxilio de los rebeldes 6,000 soldados mantenidos á su costa durante la guerra y de cuyos gastos la indemnizarían los Estados terminada que ella fuese. Estos le darían en prendas Flessinga y el fuerte de Rammekens, en la Zelanda, y la ciudad de Brielle, en la Holanda. Se mantendrían á las Provincias Unidas sus derechos y privilegios. El general y dos ministros ingleses serían admitidos en la asamblea de los Estados. No podrían éstos ni la Reina hacer tratado alguno de paz ó alianza con España, si no es de común acuerdo.

naciones de su conducta; documento redactado en cuatro idiomas y en el cual, después del obligado resumen histórico, consignaba Isabel que al hacerse cargo de la defensa de los Países se proponía tres objetos: El restablecimiento de la paz, basada en la libertad religiosa; la restitución de las antiguas libertades políticas, y la seguridad de Inglaterra. Dejando á un lado las recriminaciones en que abundaba el mismo, hay que convenir en que era un verdadero reto al monarca español.

Pero el soberano católico disponíase ya por este tiempo á preparar el ataque á los mismos dominios de Isabel, plan madurado desde 1583 y que en 1586 iba á entrar en vías de realización. No es facil asegurar cuándo concibió Felipe tal idea, pues si bien es cierto que en el primero de los citados años el marqués de Santa Cruz, terminada la jornada de las Terceras, escribióle proponiéndole la invasión de Inglaterra (1), la circunstancia de haberse tratado en otra ocasión del socorro de la reina de Escocia, y sobre todo los repetidos agravios y daños que recibiera el monarca de Isabel, es de suponer le indujeran á pensar en el castigo de su astuta enemiga. Sin embargo, dadas la parsimonia y la lentitud con que procedía Felipe, y las múltiples atenciones que sobre él pesaban, puede creerse que hubiera diferido el desquite. Ni bastó la primera carta de D. Alvaro de Bazán á persuadirle, pues si bien acogió con benevolencia la idea, y contestó agradeciéndola, transcurrieron tres años sin que al parecer volviera á ocuparse de ella, y hasta tanto que el experto Almirante en nueva carta le expuso los graves perjuicios que al comercio ocasionaban los piratas ingleses y sobre todo las pérdidas causadas por ellos en nuestros establecimientos de Indias, asegurando que, de seguir observándose la paz, la mengua en las rentas reales sería cuatro veces mayor que el costo de la jornada á la isla (2), no manifestó, en apariencia, gran interés por el proyecto. Contestó entonces al Marqués pidiéndole el plan detallado de la expedición, plan que éste redactó en el breve plazo de dos meses; examinóle con gran detenimiento y díjole, empleando su fórmula habitual, que *se iría mirando en ello;* pero el plan causó en su ánimo impresión tan favorable, que á partir de aquel instante el Rey comenzó á ocuparse de su realización, á cuyo efecto despachó emisarios á Irlanda, pidió informes á sus agentes en Inglaterra y Escocia y por último escribió á Farnesio, consultándole acerca del proyecto y reclamando la mayor suma de datos para llevarlo cumplidamente á cabo. El Comendador mayor de Castilla fué encargado de trazar el plan general de esta operación, que no se creía factible antes del otoño del año 1586. Entonces, procuraríase fomentar vigorosamente la guerra civil en Francia, los Países Bajos serían asolados y se abriría á toda costa un camino á los tercios católicos destinados á Inglaterra. Opinaba el Comendador que era necesario reunir en Flandes, con el pretexto de una expedición contra Holanda y Zelanda, los buques y soldados destinados contra aquella isla, mientras en España y disimulándolo con la noticia de una expedición á Indias, se aprestaba la gran armada, para coadyuvar á igual objeto. Prescindimos aquí de otros detalles concernientes á la ocupación de Inglaterra, reemplazo de su reina y establecimiento del nuevo gobierno, y nos limitaremos á consignar que se reducía el proyecto á caer sobre la isla, y después, con el mismo ejército invasor, concluir la conquista de Holanda. Era éste un plan verdaderamente artístico y todo lo bien calculado que podía exigir la minuciosa inteligencia de Felipe II; pero... ya veremos cuántos detalles holgaban en él.

La entrada de Leicester en Flessinga el 19 de Diciembre de 1585 fué el acontecimiento de más importancia con que terminó este año famoso. El Conde era el tipo completo del cortesano y del hombre de mundo; no un gran político, ni menos un gran general, pero sí un espíritu sagaz y un corazón valiente; mas los defectos sobrepujaban en el á las buenas dotes; y sobre ser amigo de la lisonja, era tan orgulloso como ingrato y tan poco tolerante como los más de los calvinistas, á cuya confesión pertenecía. No tenía, pues, ni las condiciones necesarias para hacer frente á Farnesio,

(1) *Carta fechada en Agra, en 9 de Agosto de 1583.*

(2) *Carta dirigida por D. Alvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz, al Rey Felipe II, aconsejando una expedición contra Inglaterra.* Fechada en Lisboa á 13 de Enero de 1586. Ambos documentos figuran en la colección que con el título de *La Armada Invencible* ha publicado en Madrid (1884) D. Cesáreo Fernández Duro.

ni las circunstancias que exigía el gobierno supremo del país. Por añadidura tampoco sus poderes estaban bastante definidos. La Reina aparecía como protectora de hecho de los Países, pero había rehusado este título y el de Soberana que los Estados le ofrecían, y aun había prohibido á Leicester aceptar otra dignidad que la de comandante general de las tropas de que se hallaba investido. Y sin embargo, desde el primer momento el Conde abrigó la idea de no obedecer el real mandato. Es más, instigó á los diputados á que le ofrecieran el gobierno de las provincias confederadas, lo aceptó, y la irascible Isabel, á la que nada había consultado, supo la novedad por otro conducto que el de su general. Este fué el primer tropiezo del célebre favorito, tropiezo que pudiera justificarse por la necesidad misma de concentrar en unas solas manos el poder, á no haber comprometido su mandato con errores verdaderamente lamentables.

¿Quién creería, sin embargo, que las tropas conducidas por él á los Países, en su mayoría reclutadas á su costa, eran algunos miles de gente vagabunda y falta de los más rudimentarios conocimientos del oficio? ¿Ni quién podría imaginar que la gran Reina se atreviera á defender á los holandeses con un puñado de mendigos, pues á los cuatro meses de estancia en el territorio carecían los más de pan y de zapatos? Pero Isabel, á pesar de tener conciencia del peligro que la amenazaba, á pesar de comprender que la salvación de Inglaterra dependía de su unión con Holanda, ansiaba no arriesgar en este negocio sus caudales; y tan avara como veleidosa, redujo la grave cuestión del gobierno de las Provincias á una querella amorosa con Leicester. Despechada no tanto por la desobediencia, como por la reserva del Conde, herida en su amor propio de mujer y en su orgullo de reina, no vaciló en enviar un mensajero á los Estados para demostrarles el descontento que su conducta le había infundido; y á trueque de rebajar á su favorito y rebajarse á sí misma, aquella mujer altanera y falaz, desprestigió el nombre de su país en las Provincias. No pudo, pues, Leicester entrar con peor pie en su nuevo cargo; porque falto de autoridad moral, de dinero y de soldados, ¿qué podía prometerse el altivo cortesano de la situación en que se hallaba? Suerte no pequeña para él, que Farnesio y sus soldados se encontraran en situación idéntica. Como el general inglés, no cesaba el español de pedir á su soberano, dinero y soldados: «Dios, le decía, se cansará de hacer milagros en nuestro favor, y sólo los milagros pueden salvarnos... No se puede pasar la vida sin comer.» Y, en efecto, imposible era exigir más del soldado en un clima riguroso y en pleno mes de Enero (1586), sobre todo teniendo en cuenta la miseria reinante en el país dominado (1): circunstancias éstas que debía haber aprovechado Isabel de Inglaterra para activar las operaciones y socorrer eficazmente á Flandes. Pero si la Reina no cumplió como aquéllas lo exigían, consignemos, en cambio, que tuvo la doblez de entrar en secretos tratos con Alejandro, y en dejarse prender en las redes que este hábil general y político la tendía. Es cierto que abonaban su conducta las escasas fuerzas de su patria, que á la sazón podía considerarse como un país de segunda categoría; la peligrosa vecindad de Irlanda, constantemente sublevada, y el estado de agitación en que se hallaba Escocia, cuya reina, la católica María Stuard, tenía Isabel prisionera; sin contar los peligros que la amenazaban de más cerca, pues en el mismo corazón de Inglaterra el partido católico tramaba incesantes conspiraciones contra su trono; pero no es menos cierto también que, abandonando como lo hacía á los holandeses y perdiendo lastimosamente el tiempo én un juego de mala fe, daba lugar á que su enemigo preparara tranquilamente el plan de invasión contra la isla.

Con ser muy diferente la conducta seguida por la soberana protestante y el monarca español, en un solo punto puede decirse que era afine: en el abandono con que tenían á su ejército, aque-

(1) «El cuadro que Alejandro hizo al Rey de las Provincias sometidas, dice el historiador Lothrop Motley, es horrible pero fiel. El suelo se hallaba inculto. Las manufacturas en decadencia, el comercio había desaparecido. Causaba verdadera emoción contemplar á los soldados cubiertos de andrajos. Faltan palabras para pintar la miseria del Hainaut, Artois y Flandes. El estado de Brujas hubiera enternecido el corazón mas duro; las restantes ciudades no la aventajaban. Amberes se había arruinado, sus habitantes perecían de hambre. En todo el territorio sometido reinaba carestía tal como nunca se viera en el país. Esta región había sido asolada por los ejércitos y desde entonces el arado no había roto la tierra. Frecuentes diputaciones de Brujas, Termunda, Bois-le-Duc, Bruselas y Nimega acudían al príncipe de Parma para hacerle presente que los moradores de estas ciudades nada tenían que comer. Pero el Duque sólo podía darles exhortaciones y consejos. No le quedaba un maravedí para librar del hambre á su gente, y cada día escribía con igual vehemencia y amargura al Rey, implorando socorros.» *Historia de las Provincias Unidas*, Tomo II, cap. 7.º

lla por avaricia, este por hallarse supeditado a planes sobrado vastos. Ni en una ni en otro era, sin embargo, disculpable esta negligencia, porque para decidir de una vez el grave problema de la guerra eran fuerza grandes sacrificios, hechos pronto y de una vez. Si Isabel ansiaba asegurar su trono debía ser cubriendose con el broquel de los Estados holandeses, si Felipe queria dominar en definitiva en los Paises, unicamente dando los recursos necesarios a su general. Ni era posible que las Provincias Unidas sostuvieran por si solas el peso de una guerra contra el soberano español, ni menos que Far-



El conde de Leicester — Isabel de Inglaterra

nesio operara falto de lo mas indispensable. Pero Felipe II, que abrigaba en su mente planes tan vastos como la conquista de Inglaterra, Holanda y Francia, carecía de los recursos necesarios a empresas tan vastas, y el oro de que hubiera podido disponer para Alejandro le era fuerza distraerlo entre Guisa y los suyos. Asi se daba el caso de remitir a Farnesio cantidades de que debía deducirse buena parte para *Mucio;* y mientras este las empleaba con mas o menos acierto en Francia, Parma no podia salir de sus diarios apuros, ni aun encontrar quien le ayudara a salir de ellos (1). No faltara quien justifique las miras del monarca español con decir que del triunfo de los católicos en Francia dependian los destinos de Flandes; y aun añadiremos nosotros, que si en aquellos momentos los protestantes dominaran en aquella nacion y lanzaran contra Farnesio un poderoso ejército, la situacion de los españoles hubiera sido asaz comprometida. Mas para resolver tamañas complicaciones

(1) Aludiendo a los banqueros y ricos comerciantes de Amberes, escribia Farnesio al Rey en 9 de Mayo de 1586: «Tienen apretadísimos los cordones de su bolsa y no querran hacer prestamo alguno. Los mas calculadores danse mucho a pensar por los hechos de Drake y creen que Su Majestad va a olvidarnos por completo.»

eran indispensables otra actividad y otros recursos que los de Felipe. Aquel hombre achacoso que desde una celda aspiraba á dominar con la pluma en la mano á tantos pueblos, había agobiado sobradamente al suyo y era impotente á conjurar con sus legajos y sus espías el grave peligro que corrían los destinos del catolicismo en Europa.

La habilidad y el heroísmo que Farnesio hubo de emplear durante este período de su gobierno superan á todo encomio. El gran general manifestóse superior diplomático; pues mientras Leicester gastaba su crédito en Flandes, él lograba enfriar á Isabel en sus tramas, ligas y adherencias, y adormecer al astuto consejero Burghley en lo que tocaba al asunto de la invasión. El objeto era ganar tiempo hasta otoño, evitar que Leicester fuera socorrido, trabajar bajo mano para desprestigiarle con el rumor de los tratos de Isabel con Felipe; y todo esto consiguiólo Parma sin mucho esfuerzo. ¿Era posible creer que Felipe se aviniera á reconocer la libertad de conciencia en los Países y á reembolsar á Isabel los anticipos hechos á sus vasallos rebeldes? Pues basada en esto la negociación, dicho se está si quedaba reducida á *juego de bobos*, desde el momento en que la obediencia al dogma católico era la condición *sine qua non* de Felipe. Y, sin embargo, las circunstancias no podían ser más favorables á la Reina, pues, á pesar del gran talento militar de Alejandro, una campaña vigorosamente dirigida contra el escaso y hambriento ejército de que disponía aquél, hubiera producido resultados eficaces. La población entera de las Provincias pacificadas se hallaba en la miseria, un millón de mendigos pedían pan al parmesano, las grandes ciudades comerciales se encontraban arruinadas, los más florecientes pueblecillos se habían convertido en albergues de malhechores. Contra aquel ejército y este país era fácil intentar alguna empresa de resultados eficaces.

Pero Isabel no acertó á conocer las miras de sus adversarios; y después de haber desacreditado el nombre inglés en los Países Bajos, después de haber hecho odioso á su favorito, después de haber abandonado así á los que le ofrecieron tan generosamente la soberanía, como á los infelices soldados que acudieron á combatir bajo sus banderas en Holanda y Flandes, tuvo que ver humilladas sus armas en estos países y amenazado su reino por la más formidable armada que hasta entonces surcó las aguas del Océano. Mediaba el año 1586, y cuando más engolfada se hallaba la Reina en las negociaciones, Felipe II recibía de Alejandro el plan de la invasión, cuyo éxito, según éste, dependía de tres cosas: El secreto; la continuación de la guerra civil en Francia, y una hábil preparación de los negocios en las Provincias. No pudo guardarse tanta reserva que Isabel dejara de traslucir el peligro; pero se atendió á estos dos últimos extremos de manera que todo inducía á no dudar del éxito. Farnesio exigía que la expedición se organizara en las provincias, donde sería fácil reclutar y completar los cuadros, reunir vituallas y cuantos recursos exigiera la empresa; la armada debía fletarse en un puerto en España, pues él no disponía en Flandes de uno suficiente grande para el caso; en cambio reuniría gran número de barcos chatos en Dunkerque, Gravelines y Niewport, los cuales, escoltados por aquélla, transportarían las tropas á la isla. Calculaba en diez horas el tiempo de la travesía, y aconsejaba que se esperase día favorable para efectuarla. El cuerpo de invasión debía constar de 30,000 infantes y 500 soldados de caballería, provistos de monturas pero sin caballos (éstos debían adquirirse en Inglaterra): de dichos 30,000 hombres, 6,000 serían españoles, 6,000 italianos, 6,000 valones, 9,000 alemanes y 3,000 borgoñones. Eran necesarios para entretener este ejército 300,000 *dollars* mensuales, sin contar los 150,000 que constituían el presupuesto anual del ejército en los Países Bajos, indispensables éstos también para evitar que las guarniciones de Flandes se amotinaran.

Consignados estos datos, Alejandro pasaba á ocuparse del punto por donde tenía que efectuarse el desembarque; y á este objeto indicaba el trozo de costa comprendido entre Douvres y Margate, en razón á que los españoles, no poseyendo puerto alguno en Holanda y Zelanda, tenían que partir de la costa flamenca. Las cercanías de Douvres le parecían excelentes, pues el país allí está cubierto de bosques, lo que no exigía el concurso de la caballería; era rico y su población de costumbres pacíficas. Desembarcado allí el contingente y reñidas las primeras escaramazas, los jefes debían dar órdenes terminantes y claras, y seguidamente emprenderse la marcha contra la capital, dejando el éxito de la expedición en manos de Dios, cuyo poderoso auxilio no podía faltar á tan grande empresa.

La toma de Londres sería fácil en atención á no hallarse esta ciudad convenientemente fortificada; era de presumir que la Reina huyese, y aunque se reunieran algunas tropas é intentaran los isleños probar fortuna, no podrían resistir el impulso de los invasores, quien, establecidos sólidamente en el país, por medio de frecuentes y vigorosas expediciones, se harian dueños de sus plazas mas importantes.

Los extraordinarios preparativos de esta empresa requerían, sin embargo, suma cautela, y Alejandro aconsejaba que se invocara como pretexto la necesidad de limpiar de piratas el camino de Indias y la defensa de las lejanas posesiones españolas, pero si el monarca quería asociar á la expedición otras potencias, y el negocio entraba en los dominios de la opinión pública, entonces debía fletarse armada mucho más numerosa y bien pertrechada. Aconsejaba el Príncipe que la operación se efectuara en el mes de Octubre de aquel año, pues en dicho mes se ha efectuado ya la recolección: de no poder llevarse á cabo en tal fecha, debía prolongarse hasta igual mes del año siguiente. Por último, Farnesio recomendaba la prolongación de las negociaciones con los ligueros, á fin de que el estado de los asuntos en Francia no ofreciera obstaculo alguno al proyecto.

Tal era, en resumen, el plan que el Príncipe de Parma sometió á Felipe II mientras seguía en nombre de este monarca las negociaciones con Isabel. Del resultado de estas negociaciones y de la realización que tuvo aquél, nos ocuparemos oportunamente; pues hora es ya de narrar las operaciones militares realizadas durante este período por el ilustre caudillo católico.

II

La conquista de Amberes, Gante, Bruselas, Malinas y Termunda había hecho dueño á Farnesio de toda la Flandes y del Brabante meridional, así como las sorpresas de Zutphen y de Stenovich de todo el territorio comprendido desde Groninga á las márgenes del Issel. En la costa eran suyas Dunkerque y Neuwport, y en la frontera alemana tenía sobre el Wahal á Nimega, junto al Ness á Güeldres, y cabe el Mosa á Maestricht y Ruremunda. Era, pues, dueño de la línea del Escalda y parte de las del Mosa y del Issel, y para redondear sus conquistas en las provincias propiamente llamadas flamencas, faltábale señorear el territorio brabantino hasta la línea del Mosa y luego extender sus armas á la del Rhin, que á corta distancia sirve de antemural á las provincias holandesas, envolviendo entre sus brazos parte del territorio güeldrés. El Mosa, el Rhin y el Issel debían ser respectivamente dominados para abrirse por ellos un camino al corazón de Holanda, así como era fuerza conquistar en la costa algún puerto importante y frontero á Inglaterra, puesto que Amberes, cerradas las bocas del Escalda por los zelandeses, había quedado, por decirlo así, incomunicada con el Océano. Si lo primero era conveniente para concluir con la rebelión en los Países Bajos, lo segundo no menos indispensable para organizar el ejército y acoger la flota destinada á operar contra Inglaterra: ambas cosas preocupaban por igual á Farnesio, y ya veremos cómo, sin descuidar á la una, atendió, en cuanto le fué posible, á la otra.

El curso de los ríos antes citados hallábase defendido, en la época de que nos venimos ocupando, por muchas plazas fuertes y algunos castillos, una parte de los cuales, como hemos dicho, pertenecían á España, otra á los Estados. A este número pertenecían en el Mosa: Venloo, Grave, Meghem y algunas otras ciudades, en el Issel, Deventer; la corriente del Rhin propiamente dicho desde su entrada en las Provincias, y en la Zelanda, Flessinga, ciudad la más fuerte de las islas, guarnecida por los ingleses, y que defendía el brazo occidental del Escalda, por manera que los tres brazos del Rhin, á partir de la frontera, pertenecían, en su mayor parte, á los rebeldes: las bocas del Escalda se halla-

ban dominadas por ellos, y el territorio fronterizo entre las líneas del Mosa y el Rhin y en el que se hallaba enclavado el electorado arzobispal de Colonia, era una región disputada, pues á causa de la adjuración del catolicismo hecho por el prelado Truchsess y al nombramiento del nuevo príncipe eclesiástico, hallábase azotado por la guerra civil y por la plaga del bandolerismo. Allí se reproducía la querella entablada entre Felipe y sus vasallos, y como á uno y á otro de los litigantes apoyaran aquél y éstos con sus fuerzas, la guerra encendida en el corazón de las Provincias extendía su desolación hasta la frontera causando en el electorado horrores idénticos, si ya no superiores que en la misma Flandes.

El teatro de las operaciones en 1586 fueron las márgenes del Mosa, á las que acudió Parma para señorear á Grave; las del Wahal, donde se dirigieron los patriotas para apoderarse de Nimega; las del Issel, cuya corriente querían éstos dominar recuperando á Zutphen, y el electorado de Colonia, donde los españoles, llamados por el nuevo arzobispo Ernesto de Baviera, tenían que poner á éste en posesión de las ciudades que ocupaban los protestantes: Neuss y Rheinberg. Esta operación, en apariencia poco preferente, no era por eso de menos importancia que aquéllas, pues asegurado el territorio electoral, Farnesio se ponía en comunicación con la Alemania, procurándose así medio seguro para avituallar su ejército

En los primeros días del año 1586 despachó Alejandro á Carlos de Mansfeld con orden de comenzar el sitio de Grave; y el joven guerrero, siguiendo el sistema adoptado en Maestricht y en Amberes, comenzó por señorear el Mosa por medio de cinco fuertes levantados sobre la ribera izquierda, dos de ellos más arriba de la ciudad y los restantes más abajo de ella; después construyó en la margen derecha un campo fortificado, y enlazó ambas laderas por medio de un puente de barcas establecido del costado de Mega. Grave asienta en la izquierda del Mosa, que por este lado la defiende, y se halla rodeada por la parte del Brabante de fértiles praderas con frecuencia inundadas por el río. Era ciudad reducida, pero tan fuerte que se consideraba por este concepto la primera entre todas las de los Países. La guarnecían 800 mercenarios y unos 1,000 burgueses pertenecientes á la milicia, y la mandaba un joven noble güeldrés, el barón de Hémart, si valeroso y patriota, poco experto en materias militares. Dado el escaso número de sus defensores, era indispensable que se la enviara pronto socorro; pero atentos los católicos a evitar toda sorpresa, fortificáronse sólidamente en ambos costados del río, cerraron por medio de un destacamento situado en Verterverden, camino de Venloo, el paso a los refuerzos que podían enviarse de esta plaza, y rechazaron luego victoriosamente las diferentes acometidas del audaz capitán Martín Schenk. La situación de la ciudad llegó á ser tan apurada, que los caudillos rebeldes acordaron mandar tropas en su auxilio, y Holack y el coronel inglés John Norris dirigiéronse á ella al frente de 3,000 soldados. Avanzaron los expedicionarios por la ribera izquierda, y después de haber ocupado los fuertes de Batenbourg y Ravenstein, hicieron alto en el primero de ellos y despacharon un cuerpo de 500 hombres por la ribera derecha en dirección á Grave, fronteros á la cual, y distante una milla del puente de barcas, se situaron. Llegado allí, Holack, que los mandaba, ordenó a los suyos fortificarse en el dique maestro, y esta operación hízose con tal presteza que casi en una noche levantóse una trinchera que ocupó buen número de arcabuceros (6-26 Abril de 1586).

Cuando Mansfeld notó esta operación, ordenó que, sin perdida de tiempo, pasaran al costado opuesto del río 1,000 veteranos españoles con objeto de arrebatar a los enemigos el puesto; y aunque se ejecutó el movimiento con premura, la querella tantas veces suscitada sobre la preferencia de las naciones, originó tal confusión en los atacantes, que las primeras compañías desprendidas antes de tiempo del grueso de la columna, fueron rechazadas con gran destrozo. Tres asaltos tuvieron que efectuarse para ganar la trinchera; pero los españoles consiguieron arrojar de ella a los enemigos, y enzarzados en su persecucion lanzaronse sin orden dique abajo espacio de dos millas. Perseguidos y perseguidores llegaban confundidos hasta las cercanías de Batenbourg, cuando apareció de improviso el núcleo del ejercito rebelde oculto hasta entonces por una ligera ondulacion del terreno. La escena cambio radicalmente en algunos minutos: los hasta entonces victoriosos tuvieron que retroceder acuchillados por los que se consideraban vencidos, y despues de haber



E. Ullastres, Editor

Tip. Academia

SITIO DE GRAVE, POR ALEJANDRO FARNESIO EN 1586

(Grabado de Hooghe)

recorrido á la desbandada el resbaladizo dique, viéronse acorralados en la cabeza del puente. Fué aquel un instante de grandísimo peligro, pues el enemigo tenia ya sentada la planta en el tramo, y los españoles eran acosados de tan cerca que no podian componer sus escuadrones y rechazar á sus perseguidores. Por otra parte el cielo parecía haberse conjurado en su contra, pues la lluvia caia á torrentes, el viento soplaba con violencia, crecía rapidamente la corriente del Mosa, y el frágil puente crujía azotado por los elementos y oprimido por la multitud. En aquel instante de peligro apareció el maestre de campo Bobadilla en el extremo izquierdo del puente y



Portaestandarte español. (Copiado de una estampa de la época.

detuvo con su presencia á los atacantes. Tres mil hombres se encontraron separados sólo por algunos pasos, y como si mediara secreto acuerdo, enristradas las picas y levantados los aceros, se contemplaron un momento. Después chocaron con terrible furia; rodaron unos al abismo y quedaron otros aplastados ó hechos trozos. Fué aquél un cuadro terrible en que competían los estragos de los hombres con el furor del cielo; una escena espantosa y grande, si es que pueden ser grandiosos tales horrores. Con decir que se bregó espacio de hora y media, y con añadir que la violencia del huracán puso forzoso término al combate, se concebirá la obstinación con que lucharon católicos y protestantes. Los españoles tuvieron que retirarse; el puente quedó cubierto de cadáveres, y el Mosa de despojos: después el río extendió sus aguas por ambas márgenes, y los

campos inmediatos á Grave quedaron convertidos en un lago. Pero los rebeldes consiguieron su objeto é introdujeron en la ciudad 500 hombres y las indispensables vituallas.

La noticia de esta victoria llenó de júbilo al conde de Leicester, quien, al notificarla á su gobierno, no vaciló en afirmar que en breve sería dueño del país, dando como cosa segura que, antes de expirar el mes de Junio, Amberes y Brujas caerían en su poder. «Nunca, escribía, se ha encontrado el príncipe de Parma, desde su llegada á las Provincias, más abatido; jamás estuvo tan desanimado.» Engañosa esperanza, pues á pesar de tener Alejandro sobrados motivos para hallarse desalentado; á pesar de que el esforzado caudillo, según sus propias frases, *ya no sabía á qué santo encomendarse*, disponíase á marchar en persona al campo sitiador y el 11 de Mayo abandonaba á Bruselas para dar impulso á los trabajos del asedio, de cuyo resultado dependían, á su entender, las conquistas pasadas y las esperanzas de grandes empresas. Inútil es decir que su presencia infundió vigor y alegría á los 7,000 valientes que desafiaban frente á Grave el plomo del enemigo y los rigores del invierno.

Terminadas las trincheras rompieron el fuego las baterías del sitiador el 5 de Junio, y al siguiente día quedó abierta la brecha. Alejandro, que recorría los puestos de más peligro, al ir á reconocerlos fué derribado del caballo, parte de cuyo cuerpo destrozó una pelota; pero tuvo la fortuna de quedar ileso, y cuando ya circulaba por el campo el rumor de su muerte, mandó llamar un trompeta y despachólo á la ciudad para intimar la entrega. Negáronse los sitiados á recibirlo, dióse orden para el asalto, y el capitán Solís, al frente de una columna española, lanzóse contra un torreón que se levantaba junto al Mosa. El objeto de Solís era señorear la torre y reconocer desde ella las defensas interiores; pero excediéndose al efectuarlo, quiso atacar un baluarte inmediato, todavía en buen estado de defensa, y recibió la muerte, siendo rechazados los suyos con gran destrozo. Los sitiados se defendían arrojando una lluvia de proyectiles, arena ardiente y aros de hierro; y los atacantes que no eran heridos, abrasados por la arena que se introducía en su armadura, veíanse obligados á lanzarse al Mosa con objeto de aplacar el vivísimo dolor que ella les producía. En vano intentaron renovar el ataque, pues las pérdidas eran tantas que Farnesio ordenó tocar retirada.

No era fácil presumir, después de este suceso, la inmediata entrega de Grave; pero, con gran sorpresa de Alejandro, al siguiente día, un parlamentario del gobernador pasó al campo realista y negoció la rendición (7 de Junio). Estrada dice que se debió al temor que infundió en los sitiados el recuerdo de la jornada de Kowenstein, en la cual parte de la guarnición se había encontrado, si ya no la vista de las baterías dispuestas para secundar el ataque; sin embargo, ni esto, ni las pérdidas que supone sufrieron los rebeldes en el asalto del día anterior (según el autor de las *Décadas*, 200 de los sitiados, y de los españoles sólo 6); pérdidas verdaderamente imaginarias, fueron la causa de la entrega. En la plaza había municiones y vituallas suficientes para 6,000 hombres durante un año; las fortificaciones se hallaban en perfecto estado, y á juzgar por una carta escrita y firmada por Hémart, su gobernador, y otros oficiales, pocos días antes de la entrega, Grave podía defenderse por espacio de cinco meses. ¿A qué se debió, pues, la rendición? Según dijo Hémart ante el consejo que lo sentenció, hicieron flaquear su ánimo los ruegos de las mujeres temerosas del asalto; pero sábese de positivo que influyó de un modo funesto en su conducta una dama con quien mantenía trato amoroso, y que era afecta á los españoles. El hecho es que la guarnición abrió las puertas de la ciudad, abandonándola con los honores de guerra, y que el mal aconsejado gobernador, preso por orden de Leicester, pagó en el cadalso su flaqueza.

El mismo día en que Grave se rindió, capitularon las ciudades de Meghem y Batenbourg; y Alejandro, sin perder momento, trasladóse frente á Venloo, situada treinta millas más arriba de Grave sobre el mismo Mosa, casi á mitad de distancia entre Güeldres y Ruremunda. Venloo era una ciudad de suma importancia por hallarse en los confines del Electorado eclesiástico y ser el cuartel del famoso Martín Schenk, quien tenía en ella su mujer y sus riquezas. Estaba muy bien fortificada, ceñida por dos fosos, y defendida por la proximidad del río. Demás de esto tenía sobre una isleta que frente á ella formaba el Mosa, un castillo que protegía la corriente; y así el cas-

tillo como la ciudad, encerraban una guarnición valerosa. Apreciando Farnesio todas estas circunstancias, distribuyó á su ejército, parte en la ribera de Gueldres y parte en la del Brabante, mandó traer de Ruremunda por el Mosa las naves necesarias para construir un puente, y despachó á Mansfeld contra el castillo de Vele con objeto de embarazar el paso del río mas abajo de Venloo. Ceñida de este modo la ciudad, era difícil que resistiera largo tiempo, pues la mayor parte del ejército real se hallaba en su campo. Pero Schenk, empeñado en socorrerla, pues en ella tenía su familia y sus tesoros, partió de la fortaleza de Wachtendoch al frente de cincuenta lanceros, y á favor de las tinieblas de la noche intentó abrirse paso hasta Venloo. Ya había atravesado parte de los cuarteles, cuando, detenido frente á la estacada, dieron los italianos la señal de alarma, y juntándose en tropel las guardias más cercanas, entablaron el combate y le obligaron á la huída. Muertos la mitad de los suyos, heridos los más, Schenk buscó de nuevo abrigo en Wachtendoch, donde supo, á poco, que la plaza se había entregado. Así debía suceder desde el momento en que el socorro de Wachtendoch y el que intentaron dar pocos días más tarde los rebeldes, no surtió efecto; habiendo, en cambio los españoles ocupado el castillo de la isla y amenazando seriamente á la ciudad con el asalto.

Las condiciones con que se pactó la entrega fueron benignas: impúsose á la ciudad una fuerte contribución, permitióse salir libremente á los del presidio, aunque desarmados y sin banderas; y la mujer y la hija de Schenk fueron cortésmente despedidas, dándoselas carruaje y acompañamiento. Tan sólo los tesoros del feroz capitán, fruto de los pillajes de algunos años, fueron distribuídos entre los soldados católicos. «Alejandro, dice su historiógrafo, sólo se reservó la gloria de haber vencido.»

Ya eran dueños los católicos de la línea del Mosa. Grave, Venloo, Ruremunda, Maestricht, cerraban por el Este el territorio flamenco, y eran como la base de las nuevas operaciones de Alejandro. Ahora intentaba el esforzado general ocupar la línea del Rhin, comenzando las operaciones por el territorio del electorado arzobispal, en que los guerreros Schenk y Kloet, y el conde de Meurs, gobernador de Güeldres por los Estados, tenían por el prelado protestante algunas importantes ciudades. Neuss era la más inmediata, y por su situación junto el Rhin, uno de cuyos brazos la rodea, así como por su gran fortaleza, ante la que un siglo antes se estrelló el ejército de Carlos el *Temerario*, era una constante amenaza para las provincias reconciliadas, y un verdadero padrastro de aquella región asolada por el más desenfrenado bandolerismo y por todos los males que consigo arrastra la guerra. Convenía, pues, á Farnesio ocupar tan importante plaza, y le convenía tanto más en cuanto Felipe II le recomendaba eficazmente reponer en sus dominios al arzobispo católico. Por lo mismo puso especial empeño en conquistarla; y ocupada que fué por sus veteranos la isleta que frente á ella forma el Erpt, intimó la rendición al gobernador Kloet, joven güeldrés de valor probado, que se limitó á contestar le era imposible sacrificar su honor tan fácilmente. No llegó esta digna contestación oportunamente á Farnesio; y como éste se acercara á las murallas y exhortara á los sitiados á la entrega, disparáronle tan fuerte rociada, que así en la ciudad como en el campo creyóse por breves momentos que había muerto. Pero la hora de este caudillo no había sonado todavía, y como por milagro salió intacto entre aquel torbellino de pelotas. Ni le atemorizó tanto la descarga que apresurara el paso en busca de seguro, pues sin inmutarse en lo más mínimo retiróse á los reales, desde los que despachó al teniente coronel Tassis con bandera blanca á la plaza, para reprochar á Kloet su conducta desleal. Respondió el gobernador que, habiéndose entregado en aquel momento al descanso, no pudo evitar el accidente, y desde aquel momento las negociaciones quedaron rotas. Esto era lo que debía suceder, en razón á ser la plaza asilo de gente protestante y valerosa.

Pocos días después de este suceso, como los españoles celebraron con grandes fogatas y cañonazos la festividad de Santiago, los de la ciudad hicieron también su fiesta, quemando vivos á dos soldados prisioneros y dando luego á la hoguera algunas reliquias de santos que en las iglesias católicas se conservaban, «sin saber, dice Estrada, cuán grande y lamentable incendio se había de levantar en la ciudad». Si fué castigo celestial, en verdad que no se hizo esperar, porque el día

15 de Julio, desde las primeras horas de la madrugada hasta las últimas horas de la noche, las baterías vomitaron constantemente sus fuegos, y á las primeras horas del día 16 se dió el asalto. Ocho veces intentaron los católicos coronar las murallas y otras tantas fueron rechazados; á la novena señorearon el muro exterior, casi á un tiempo, los italianos y los españoles, cabiendo á los capitanes Guidiccioni y Mesa la honra de haber sido los primeros que sentaron el pie en él, y originándose de aquí una disputa que concluyó Alejandro recompensando por igual á los dos. Ya avanzaba la noche cuando los realistas se posesionaron de la muralla; pero las tinieblas no pusieron término al combate. Antes continuando más encarnizado cuanto más corto era el espacio que separaba á los que luchaban, no cejó sino con muerte de muchos de los defensores y grave herida del gobernador, «joven de una autoridad y valor extraordinarios», escribía Alejandro.

Esta última desgracia fué la que movió á los sitiados á pactar la entrega; y ya estaban prevenidas las tropas católicas para el asalto, cuando llegó á los cuarteles españoles un alférez de la plaza solicitando platicar con el general. Pero este mensajero fué recibido con todo género de burlas y aun detenido en los puntos avanzados. «Decid á vuestro gobernador, contestaron los soldados, que ha despertado tarde; pues ahora duerme el príncipe de Parma.» Y como desde la muralla diesen los burgueses grandes voces ofreciendo la rendición, contestaban los airados sitiadores con insultos y mofas. Sin embargo, no es menos cierto que Farnesio intentó evitar la desgraciada suerte de Neuss, y á este efecto ordenó que se le remitieran los legados; mas la furia de sus tropas era tal, tan grande el deseo de vengar el suplicio de sus compañeros, tanta la sed de pillaje, que sin esperar orden de su caudillo, corren los españoles é italianos á las murallas, las escalan por dos puntos distintos y penetran á manera de torrente en la desgraciada ciudad. Cuanto se oponía á su avance era arrollado; no respetaban en su enojo ni edad ni sexo; y aunque Alejandro procuró encerrar á las mujeres en una iglesia, sacólas de allí el fuego, que en breve se propagó por la ciudad, asolando los más de sus cuarteles. Ni el valiente gobernador fué respetado, pues acudieron á su lecho de muerte aquellas furias y le ahogaron en presencia de los suyos. Y en medio del estrépito causado por las casas que se desplomaban, á la luz siniestra de las llamas, los infelices habitantes buscaban en vano, entre los soldados, un refugio contra el terrible elemento, puesto que si alguno escapaba á las llamas no libraba del acero. Casi toda la ciudad fué devorada por el incendio, y unas 4,000 personas, ciudadanos y soldados, perecieron por el hierro y el fuego; 300 hombres que lograron refugiarse en una torre, ofrecieron rendirse, y una vez presos fueron degollados, sin que Farnesio ni otros oficiales pudieran evitarlo. Pero también sufrieron los católicos grandes pérdidas, aunque no tan importantes que dejaran de compensar la ventaja de quedar dueños del Rhin hasta Colonia. Teniendo asegurada esta línea y la del Mosa hasta Grave, las comunicaciones de Alejandro con Alemania ya no podían verse interrumpidas, ni tampoco faltar vituallas á su ejército; y para favorecerlas el general católico marchó contra Rheinberg, situada veinticinco millas más abajo de Neuss y, como su nombre lo indica, sobre el mismo río.

¿Qué hacían, entre tanto, los Estados, y, sobre todo, qué conducta seguía el generalísimo inglés? Después de haber divertido su atención en el asunto de la soberanía y en el de su gobierno, en el que á la postre fué confirmado por Isabel, distrajo buena parte de tiempo en fiestas y banquetes; y bien persuadido de que Alejandro no rendiría á Grave, limitóse á encarecer á la Reina la necesidad de socorros con los que esperaba apoderarse en breve de las más importantes ciudades del Brabante. Pero los socorros no llegaron, y á pesar de que el Conde reunió un cuerpo de 4,000 hombres para acudir en socorro de Neuss, hubo de licenciarlo falto de recursos. Y, sin embargo, no es menos cierto que el asendereado Conde había empeñado para hacer frente á sus compromisos toda su vajilla y parte de su mobiliario, que había apurado ya su crédito, y que, para colmo de males, ni su misma soberana quería salirle como fiadora. Por otra parte, la conducta de ésta, habíale hecho sospechoso á los Estados, cuyos principales miembros no estaban dispuestos á votar subsidio alguno en su favor; resultando de

aquí que sus pobres soldados se hallaron en una situacion tristísima; tan triste, que cuando tardiamente llegaba de Londres alguna paga, la mitad se la robaba el tesorero del ejército, hombre taimado, que negociaba con el diferente valor de la moneda y sometía á tortura el bolsillo de sus camaradas.



Mauricio de Nassau

A doce ó quince mil ascendia el número de ingleses que á la sazón militaban en los Países ó guarnecian sus plazas fuertes, y esta gente en su mayoría bisoña, excepción hecha de los irlandeses, se hallaba en el más miserable estado. Dióseles en Londres uniformes rojos, por entre cuyos jirones enseñaban la carne, armoseles y se les despachó a Holanda, de donde en breve desertaron muchos y los restantes dieron tristísimo testimonio de la avaricia de su Reina. Los *kernes* irlandeses fueron los que menos sintieron la falta de recurso y los rigores del invierno. Eran éstos unos guerreros casi salvajes, de alta talla y robusta musculatura, armados a la ligera, vestidos mas ligeramente aun; sobrios y rudos; tan agiles que trepaban con la mayor facilidad los mas altos muros, y tan sufridos que con las piernas y el pecho desnudo recorrían sin dificultad los pantanos y los lagos helados de Holanda. Eran en cambio tan feroces como valientes, y casi tan

rudos como sus antepasados los celtas. Estos soldados y los que guarnecían las ciudades de la Zelanda, generosamente socorridos por el gobernador ingles de Flessinga, Sidney, fueron quizas los que no experimentaron las terribles privaciones que el resto de sus compatriotas. Difícil emprender operación alguna de importancia con elementos tan exiguos; pero la necesidad por una parte, por otra el amor propio, inducían a los ingleses á dar una prueba de existencia. Sir Felipe Sidney, en unión del joven Mauricio de Nassau, ideó una expedición contra la plaza de Axel, situada en la extremidad sudoeste del gran estuario del Escalda, mientras Leicester, para desorientar al enemigo, acudía á Berg-op-zoom, al frente de 500 hombres. En esta plaza el Conde embarcó á sus tropas, disponiendo fueran conducidas á la ribera zelandesa, casi frente á Flessinga, y reunidas allí con la flotilla de Sidney, se trasladaron por el estuario á Terneuzen, paraje de la costa que dista de Axel una legua, donde se les juntó Mauricio con algunas compañías de holandeses, por manera que el ejército expedicionario llegó á sumar en aquel momento la cifra de 3,000 hombres. Favorecíale una noche sumamente calmada, no menos que la confianza que reinaba en Axel, cuya guarnición prestaba el servicio con gran descuido; y aunque el foso de la ciudad era muy profundo, cruzáronle á nado los soldados y llegaron al pie del muro sin ser oídos. A una señal convenida treparon á la vez por distintos puntos los rebeldes, y coronado por los más atrevidos, muertos los centinelas y entrados los cuerpos de guardia, cayeron sobre la ciudad el resto de las tropas, pasando á cuchillo a cuantos resistían. Todos los del presidio perecieron, pero la ciudad no fue saqueada, contentándose los vencedores con dejarla fuertemente guarnecida, cortar los diques de las cercanías y destruir en breves momentos más de dos millones en pastos, ganado y granos. Conseguida esta victoria, Sidney intentó sorprender á Gravelines, y no habiendo logrado su objeto pasó á reunirse con el grueso del ejército rebelde que á las órdenes de Leicester se encontraba en Arnheim.

Ocurrían estos sucesos (Julio-Agosto 1586) casi al mismo tiempo que Alejandro, sometida Neuss pasaba, como hemos dicho, á poner sitio á la plaza de Rhinberg, donde se había encerrado el intrépido Martín Schenk. No parecía difícil la conquista, pero defendióla tan bizarramente éste, que el ejército católico hubo de detenerse algunas semanas frente á sus murallas, y por último, sabida la presa de Axel y el peligro que corrían Alost, en el territorio de Waes; y Zutphen, en la provincia de Güeldres, vióse obligado á levantar el campo, si bien cuidó Farnesio al efectuarlo de que un cuerpo escogido al mando de Francisco Verdugo, que por aquellos días llegó á los reales, ocupara una isleta que forma el río á la vista de Rhinberg y se fortificara en ella para vigilar la corriente, mientras otros destacamentos construían en los campos que rodean la plaza dos fortines destinados á mantener sujeto su presidio. El ejército ingles, reunido á mediados de Agosto, avanzaba en tanto contra Zutphen, siendo su primera operación la conquista de Doesburg, con objeto de apoderarse del canal del Issel, en cuya ribera derecha se halla asentada la primera de aquellas ciudades. Según la muestra pasada en Arnheim, se componía de 7,000 infantes y 2,000 caballos (1). Mandábalo en jefe Leicester, quien tenía á sus órdenes a Lord Essex, como general de la caballería, á Sir William Pelham, oficial de gran mérito, recientemente llegado de Londres, y á John Norris *el Negro*, veterano coronel que de antigua fecha combatía en Flandes.

Llegó este ejercito frente a la pequeña y mal fortificada plaza de Doesburg el día 31 de Agosto, y el 2 de Septiembre, practicadas las brechas, iba á dar el asalto, cuando los de la ciudad, con gran sorpresa de todos, ofrecieron rendirse. En consecuencia decidióse que la guarnición saliera desarmada y que los habitantes quedaran bajo la salvaguardia del vencedor; pero los soldados no respetaron la capitulación, y la ciudad fué saqueada. Desde allí, siguiendo la dirección del Issel, cuya corriente ancha, profunda, se desliza majestuosamente por un terreno llano y pantanoso hasta perderse en el horizonte, el ejercito enemigo avanzo hasta Zutphen, que, como su nombre lo

(1) Estrada dice que ascendía á 8,000 infantes y 3,000 caballos, fuera de los mineros, sin embargo, la cifra que nosotros reproducimos es la que da Leicester á la Reina. Decíala en su carta el Conde, que había propalado el rumor de que ascendían sus tropas á 14,000 soldados, sin contar un refuerzo de 3 000 reitres y otros tantos piqueros reclutados en Alemania.

indica (1), hállase situada en tierras bajas y encharcadas, junto al Issel, que la defiende y favorece con sus aguas. Zutphen reunía á esta defensa natural, las artificiales que requería su importancia estratégica. Fronteros á la ciudad y al lado opuesto del rio, existían tres excelentes fuertes, y próximo á ella un islote fortificado tambien, mientras que por el costado que mira á la Westfalia la protegía una muralla cercada de ancho foso. Otro fuerte exterior se levantaba á una milla de esta muralla, dominando el camino de Warnsfeld. Tal es la situación de la única ciudad que faltaba reconquistar al enemigo para ser dueño absoluto de la línea del Issel. La llanura en que asienta, cubierta de lagunas, desarróllase á la vista, aquí y allá salpicada de álamos, de caseríos y de molinos; con frecuencia roba la niebla esta perspectiva, cuando no aparece parcialmente velada por jirones de nubes é iluminada á trozos por la pálida claridad de los días del Norte.

Creyó fundadamente el enemigo que la empresa de Zutphen no sería difícil, pues Alejandro carecía de las fuerzas necesarias para oponérsele; mientras él, dominando en ambas riberas del Issel y cerrando con un puente de barcas el curso del rio, impediría introducir socorros en la plaza. Pero las exigencias de la situación y su amor propio de soldado impulsaron á Farnesio, quien, sin pérdida de tiempo, trasladóse á Zutphen, y después de haber ocupado de paso á Grolla y Burik acampó en las inmediaciones de aquella ciudad con sólo 5,000 combatientes. Tassis, gobernador de Güeldres, que á la sazón se hallaba en el campo de Farnesio, recibió orden de arrojarse en la plaza al frente de algunos centenares de soldados, y Verdugo, que fue á esperar al príncipe en Berkelvo con 500 hombres, adelantóse á este movimiento y consiguió penetrar en la ciudad sitiada. No debía ser grande la vigilancia de los rebeldes, pues á poco de haberse introducido en ella Verdugo y Tassis, entró en Zutphen Alejandro con algunos de su séquito, hízose cargo de sus defensas y animó con enérgicas palabras á la guarnición y habitantes prometiéndoles socorro; estudió también las posesiones enemigas y echó de ver por el costado de Loor una senda no ocupada de los ingleses, por donde podía introducir los auxilios; y sin pérdida de tiempo trasladóse á Berkelvo con objeto de organizar un gran convoy. Este convoy debía conducir víveres suficientes para sustentar 4,000 hombres durante tres meses, y por lo mismo requería una escolta numerosa. Eligiéronse para su guarda 2,500 arcabuceros y piqueros, entre ellos 1,000 españoles, y 600 soldados italianos, españoles y epirotas de caballería, y dióse el mando de estas tropas al marqués del Vasto, quien tenía á sus inmediatas órdenes los más valientes oficiales de las *naciones*.

El 1.º de Octubre á media noche partió el convoy de Berkelvo, tomando la dirección de Warnsfeld, y después de haber recorrido el trayecto con gran celeridad, detúvose, ya próximo el día, al abrigo de una pequeña colina que no lejos de este punto se levanta. Despachóse entonces un emisario á Verdugo para que saliera á recibirlo, y á los pocos momentos sabíase ya en Zutphen la noticia. Pero Leicester era también conocedor de la operación, pues había hecho prisionero pocos días antes á un correo de Alejandro, y en consecuencia ordenó á Norris emboscarse en un paraje á propósito y caer sobre el convoy. No creía, sin embargo, el Conde que éste llevara grande escolta, y Norris eligió tan sólo 200 caballos y 300 piqueros, con los que marchó á situarse no lejos del pueblo de Warnsfeld, dejando á cierta distancia una fuerte reserva, mientras Leicester en persona, abandonando antes de amanecer su campamento del otro lado del rio y seguido de los más brillantes caballeros, en número de cincuenta, adelantábase á reconocer el camino por donde debía avanzar el convoy. Densa niebla envolvía la llanura y sólo podían estar apercibidos los ingleses, prestando muy atento oído á los rumores más leves; sin embargo, olvidáronse de poner escuchas, y cuando oyeron el ruido de los carros del convoy, ya tenía junto á sí á los católicos. Para colmo de males, en tan crítico momento, rasgóse el velo que oscurecía la escena y encontráronse de manos á boca con el cuerpo de ejército español al frente del cual marchaba el marqués del Vasto. Fué aquélla una sorpresa no soñada por Leicester; mas ya no era tiempo de reflexionar, sino de combatir.

(1) Zutphen *ó pantano del Sud.*

Los católicos desfilaban llevando en el centro los carros: la infantería por ambos lados del camino, y á trechos cuerpos de caballería. Tenían, en su consecuencia, diseminada toda su fuerza, y sólo algunos destacamentos de á caballo se hallaban en disposición de acudir á cualquier ataque. Dicha tropa fué la que se colocó del costado del enemigo, casi al tiempo que éste se lanzaba á todo galope sobre la infantería. Chocaron reciamente piqueros y caballos, y en breve, detenido el convoy, trabáronse en distintos puntos reñidos combates, en que ingleses y españoles, empujando los carros en diverso sentido, ora retrocedían, ora ganaban algunos pasos; pero la lucha, aunque muy encarnizada, no impedía que penosamente fueran adelantando éstos, y aunque prolongada por espacio de ocho horas, terminó con la entrada del convoy en Zutphen. Las pérdidas de unos y otros combatientes fueron, sin embargo, de consideración. Cayó mortalmente herido Aníbal Gonzaga, el marqués del Vasto estuvo á punto de perecer, y el caballeresco inglés sir Felipe Sidney recibió una herida grave de la que á poco murió; mas la victoria pertenecía á los españoles, á pesar de que Leicester se contentara con asegurar que «allí habían demostrado éstos no ser invencibles, y que la fama de aquella batalla, la más importante que en toda su época se había librado, pasaría á la posteridad». Ridículos elogios, porque allí no se demostró otra cosa que la ineptitud militar de Leicester, quien apostó tan mal sus reservas y con tan poco acierto dispuso el combate, que éste hubo de sostenerle largas horas contra 35,000 españoles, un escuadrón de 250 caballos. Si allí revelaron los nobles ingleses gran valor personal, ni era aquélla ocasión de lucir la destreza en el manejo de la lanza, ni suficiente aquel puñado de hombres a lo que demandaban las circunstancias. El hecho es que los españoles quedaron dueños del campo de batalla, al que poco tiempo después de entablado el combate acudieron Verdugo y Tassis, y que Zutphen fué completamente abastecida. (22 Setiembre-2 Octubre 1586.)

Tal fué en resumen esta operación acerca de la cual notanse grandes contradicciones en los historiadores y en las relaciones particulares.

Socorrida tan importante plaza, volvió Alejandro sus cuidados á las levas de alemanes, que Leicester ordenó hacer al conde de Meurs, gobernador de Güeldres por las Provincias. En el estado de debilidad en que ambos beligerantes se encontraban, comprendía Farnesio que la entrada en el territorio güeldrés de los reitres y piqueros reunidos en Breme sería funesta para él. Por consiguiente decidió marchar en persona á cerrarles el paso; y obró tan acertadamente, que aquellos mercenarios, enojados por no haber recibido el dinero de Leicester y temerosos de reñir batalla con los veteranos de Flandes, se derramaron por el país. Mas no contento con esto, Alejandro despachó un mensajero para tratar con ellos, y de resultas de las promesas que hizo á sus *rittmeisters*, los alemanes prestaron oído atento á las proposiciones y aseguraron que estaban dispuestos á servirle, á pesar del dinero que les habían anticipado los Estados. No andaba sobrado de recursos Farnesio, pero súpolos entretener muy hábilmente, y conjurado que fué el peligro y muy adelantada la estación, interrumpió los tratos con los capitanes, limitándose á darles como recuerdo de estima unas cadenas de oro. «Por este año, cuando menos, escribió á Felipe, se los he quitado al enemigo; y creo que es uno de los mejores servicios que de mucho tiempo á esta parte he prestado á V. M.» Así era en efecto, porque si bien el enemigo continuaba frente á Zutphen, había terminado su campo atrincherado, y, después de un sangriento combate, hechose dueño de la gran fortaleza que dominaba la región del Veluwe y de los fortines situados á la otra banda del río y sobre la isla (1), no se hallaba en disposición de intentar otras operaciones, ni aun pudo impedir la

(1) En esta conquista, dice Estrada, no callaré yo los hechos de dos soldados en entrambas partes, dignos verdaderamente de igualarse á los antiguos, si como nosotros somos grandes admiradores de los antepasados, no fuésemos á este paso envidiosos, por lo menos descuidados de los nuestros. Derecha la frente del baluarte del castillo ardía entre invasores y defensores más cruel el combate. Defendía parte de él un soldado de la tropa de Verdugo, nacido en Toledo, aunque no se sabe el nombre con que toda la gloria deste hombre recayó en el lustre de la patria y la nación. Este, mientras con una alabarda impide la subida á los enemigos, y reparte á cada paso las heridas entre los más osados, no libre él de ellas y con un golpe de un alfaje enemigo en la muñeca le cortaron á cercén la mano derecha. Mantuvo todavía la alabarda con la otra mano, y se retiró un poco de la refriega, no para restañar la sangre que le brotaba del brazo, sino para atar y apretar la alabarda al destrozado brazo, previniendo el daño para los contrarios. Lo cual hecho, vuelto como furioso al puesto del combate, ayudando con la siniestra el brazo, comenzó á juzgar y vibrar la alabarda, y perseveró matando á unos, hiriendo á otros y po-



M. Soler, Editor — Lit. Miralles, Union, 17, Barcelona.

TROFEO DE ARMAS DEL EJÉRCITO ESPAÑOL

SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XVI

entrada en la plaza de un nuevo convoy. Y de este modo terminó el año 1586, funesto como el anterior para los Estados; pues las líneas del Mosa y el Rhin habían caído en poder de los católicos y en la del Issel sosteníanse los patriotas con harta pena.

La situación política tampoco se presentaba para los rebeldes más propicia. En un momento de entusiasmo los Estados generales habían nombrado gobernador al conde de Leicester y habían puesto en sus manos, no sólo el mando de las fuerzas, sino la administración financiera y toda la gestión política; pero Isabel, no sólo había rehusado la soberanía, sino que había prohibido a su favorito el aceptar el gobierno. Desde el momento en que censuró agriamente lo ocurrido y manifestó á los rebeldes de un modo terminante que Leicester sólo debía obrar como a comandante general de las tropas, la Reina se colocó en una posición verdaderamente falsa. Es cierto que a la postre se dejó convencer, y no menos verosímil que ella imaginaba poder mantenerse como protectora de *hecho*, guardando al mismo tiempo una actitud benévola respecto de Felipe; mas aun rehusando la soberanía, el mero tratado de alianza con las Provincias hacía imposible la paz con el monarca español. Que nada consiguió con este, demuestranlo las negociaciones tan astutamente mantenidas por Alejandro Farnesio á nombre de Felipe; y hasta que punto destruyó su crédito en las Provincias, la actitud que éstas guardaron respecto de Leicester. A consecuencia de ello vióse el Conde en situación verdaderamente desairada, mal visto de los Estados, olvidado de su soberana, que dejó pasar cuatro meses sin escribirle, agobiado por los gastos de la guerra y sin poder adelantar un maravedí á sus pobres soldados, verdadero enjambre de mendigos que sólo eran para él un obstáculo.

No podía trabajarse con más provecho por el rey de España; y si Felipe II atendiera como debía á su ejército, Inglaterra y Holanda hubieran tocado de un modo desastroso los resultados de semejante política. Isabel perdía su tiempo en negociar; los Estados, trasluciendo el engaño y recobrada su autoridad, enemistábanse de día en día con el gobernador; el país, dividido en banderías, mostrabase cada día más disgustado de sus protectores, y los hombres más distinguidos de las Provincias: Mauricio, Barneveld y Buys, organizaban frente a Leicester y sus satélites un fuerte partido destinado á quitar al extranjero toda su influencia. Triste destino, en verdad, el de estos Países, siempre juguete de las ambiciones y caprichos de los poderosos y nunca aleccionados por sus protectores. La gran reina estaba ya cansada de un negocio en el que *no le salía bien la cuenta;* su favorito, siguiendo las huellas del príncipe francés, hallabase dispuesto á hacerse dueño de ciertas ciudades de Holanda é imponerse de esta manera al partido de los Estados (1); el conde de Holack, Mauricio, el mismo Norris hallábanse enemistados con Leicester; y cuando más necesaria era la unión, cuando más urgía que una mano poderosa sujetara todos los elementos de discordia é imprimiera impulso á la política y á la guerra, dejabanse transcurrir los días

niendo terror en todos con la extraordinaria ferocidad y amenazas... Sin embargo, de parte de los ingleses fué más feliz el valor de un soldado. Asaltaba ya la tercera vez el de Leicestria la fortificación, y quebrantada con más cañones que antes, procuraban á porfía de esta parte ingleses y flamencos invadirla, y de la otra defenderla españoles y valones. Era capitán de una escuadra Eduardo Estanley, y presuroso por adelantarse á los suyos en la gloria de haber ganado la defensa, intrépido subia por un parte de la brecha. Cuando oponiendosele el enemigo con la pica calada al pecho, se creía le habría atravesado en la subida. Pero él, echando prontamente la mano en la pica, no solamente desvió el golpe, pero asiendose della con ambas manos, se empeñó con suma fuerza en que se habia de arrancar de la mano al enemigo si pertinaz no soltaba la pica. El otro, al contrario, resistia con tanto mayor esfuerzo y porfía, cuanto llevaba más impaciente que le quitasen el arma. Eduardo entonces, porque sentía que prevaleciendo su competidor ó por el puesto ó los brazos, le vencia a él y le hacía perder tierra por los pies, mudando segun la ocasión el empeño, mientras el otro con cuantas fuerzas podía lleva hacia sí la pica, él para burlar con maña las fuerzas, se deja levantar en alto con la pica, y haciéndose de parte del esfuerzo con que le llevaba á sí el enemigo, de un salto se puso sobre el muro; y fue tan grande el terror que puso a los enemigos con aquella impensada subida, siguiéndole especialmente diez de los suyos, que desamparado después de un ligero choque el baluarte, huyeron los defensores al castillo y de allí se retiraron á Zutphen.» *Década segunda*, lib. VIII, de las *Guerras de Flandes*.

(1) «He aquí lo que estoy dispuesto á hacer, escribía Leicester á la Reina en 27 de Julio de 1586, y espero conseguir mi propósito. Me apoderaré de tres ó cuatro de las principales plazas en el norte de Holanda, y V. M. verá como de este modo adquiere una fuerza y una seguridad tales, que gobernará á esta gente y podra hacer la paz y la guerra, segun mejor lo estime, siempre empero que a todo evento se conserve la plaza de Brille. Y una vez que aquellas ciudades hayan caído en Vuestras manos, sea cual fuera el destino de las Provincias, salgo garante a V. M. que ella tendrá siempre que lo desee la paz que mas le convenga, pudiendo asimismo hacerse restituir el dinero gastado y el que importan los nuevos creditos.» Carta copiada por Lothrop de los MS. del *State pappers, Off.* Cit. en el tomo III, cap. X.

en intrigas y quejas; perdíanse las más importantes plazas, agobiábase al país y dábase tiempo sobrado á que se organizara mas fuertemente el común enemigo.

Raro contraste ofrecían, sin embargo, las provincias sometidas con las no sojuzgadas. Flandes, el Brabante y todo el territorio valón se hallaban verdaderamente devastados. Amberes, el populoso centro comercial, era una ciudad falta de vida, pues el estuario que formaba el Escalda al confundir sus aguas con el mar se hallaba dominado por Flessinga; su puerto estaba desierto, sus calles silenciosas, sus campos en parte inundados y en parte yermos; é igual aspecto presentaban las más ricas é industriosas ciudades del resto del país: las costas estaban en poder del enemigo; el comercio en manos de los holandeses; los campos, como las ciudades, abandonados por la mayor parte de sus habitantes, las granjas en ruinas. Tropas de mendigos y de mercenarios recorrían el país, y en las grandes extensiones de terreno inculto, alternaban la maleza con los pantanos, disputando las fieras á los hombres estas regiones inhabitadas. Los artesanos y campesinos que no se hicieron soldados se convirtieron en ladrones; acudieron á formar parte de las bandas de Schenk y otros caudillos; fueronse á cobrar el *brandschatzung*, el tributo de guerra, la *bolsa negra*, en las comarcas donde se combatía. Los mas nobles y ricos ciudadanos quedaron reducidos á la condición de mendigos. La población entera se moría de hambre durante el invierno de 1586-87, invierno horrible, pues como nada se había sembrado y como el comercio y la industria se hallaban paralizados, fué espantosísima la miseria. Por fortuna al año siguiente el país se repuso en parte de tantas calamidades. Mas en tanto que el hambre azotaba á estas provincias, las holandesas prosperaban de día en día, y á pesar de la guerra, aumentaba el valor de los artículos y era mayor la demanda de trabajo; las manufacturas que constituyeron la riqueza de Flandes desarrolláronse en Güeldres, Frisia, Holanda y Overyssel, alcanzando igual grado de perfección; sus pesquerías eran una mina riquísima é inagotable; y gracias al tráfico que mantenían los habitantes con los ribereños del Báltico y con Inglaterra, sus puertos se hallaban perfectamente abastecidos y constante frecuentados: contaban con buques y marineros superiores en número á los de esta nación y mantenían en pie de guerra un ejército de 20,000 infantes y 2,000 caballos. Ocioso, pues, era soñar que semejante pueblo pudiera nunca entrar en tratos con su antiguo soberano; ni las masas, ni los hombres que las dirigían abrigaron jamás tales ideas; ni los políticos ingleses de más talla las aconsejaron á Isabel. Y, sin embargo, la soberana inglesa estaba empeñada en la reconciliación, y toda su política durante este período puede reasumirse en una sola frase: la paz para las Provincias y para Inglaterra con su acerrimo enemigo.

No faltaban a Isabel cuidados en su mismo reino, y la famosa conspiración de Babington y la causa contra Maria Stuard, inducianla a asegurar á su país de ataques exteriores. Por su orden marchó Leicester á Inglaterra a fines de 1586, y siguiendo sus instrucciones, proseguía Burghley los trabajos de paz. Sin embargo, habíanse conocido ya en las Provincias las miras políticas, de esta soberana; su influencia era ya muy escasa; su favorito poco popular; y si algo faltaba para concluir con el prestigio ingles en las Provincias, la traición de los ingleses William y Stanley y de Roland de Yorkc, bastó á enajenarles todas las simpatias.

Era el primero de estos personajes un capitán inglés, de religión católico, á quien Leicester confió el gobierno de Deventer, y en carta secreta facultades omnimodas que le hacia independiente de los Estados generales. Soldado de fortuna como muchos segundones de aquellos tiempos, había militado bajo diversas banderas, inclusa la del duque de Alba. Hombre de modales bruscos, valeroso y fanatico, ni era á propósito para regir ciudad tan importante como Deventer, una de las primeras despues de Amberes y Amsterdam, ni ofrecía garantias suficientes para que en él se depositara semejante cargo. Protestaron los Estados de su nombramiento, quejaronse los vecinos; pero fué mantenido en su puesto, y cuando más ajenos se hallaban en la ciudad de la traición, marchó Stanley á buscar á Tassis y le condujo hasta Deventer, donde tuvo la avilantez de presentarle á los magistrados. «Hasta aquí he servido al diablo y ahora sirvo á Dios», díjoles en tono compungido. Algo más repugnante que su conducta fué la de Roland de Yorkc, capitán del ejército de Farnesio cuando el sitio de Amberes y más tarde al servicio de Leicester sin perjuicio de

lo cual mantenía secreta correspondencia con aquel. Yorke, que entregó el gran fuerte de Zutphen el mismo día en que se consumaba la traicion de Deventer, era tenido por los Estados en peor concepto que Stanley, pero Leicester le mantuvo en su puesto á pesar de todas las reclamaciones, asegurando que respondía de su fidelidad *como si se tratara de un hermano*. ¿Podia darse conducta más desatentada?... Y, sin embargo, este singular proceder no se informaba tanto en su aversion á los mismos Estados, como en el odio que le inspiraban los Norris, cuya gloria militar oscurecia al Conde, y Holack, cuya arrogancia le disgustaba en alto grado. Pero tales tropiezos no pudieron enajenar a Leicester el favor de su reina, y cuando en Noviembre de 1586 fue llamado a Londres, logró triunfar de cuantos le hacian sombra, no obstante las justisimas quejas que dieron a Isabel las Provincias. En ellas dejaba la discordia, pujantes á los españoles, desacreditados á los suyos; y por si algo faltaba para enajenarle simpatías, como al partir hubiese resignado el gobierno en el Consejo de Estado, los individuos que por su especial designación figuraban en el, fieles continuadores de su politica, atrajeronse el odio de los patriotas y dieron nuevas alas al partido nacional.

Cuando Farnesio participó á Felipe dichos sucesos, expresabase en estos terminos. El fuerte de Zutphen, que ha dado ocasión á tantos combates, y Deventer, verdadero objetivo de la ultima campaña, y que ha costado á los ingleses tanta sangre y dinero, puesto que es la llave de Groninga y de todas las provincias, está desde ahora en manos de V. M. Ademas de esto, el efecto de semejante traición excitará una gran desconfianza entre los ingleses y los rebeldes, que en adelante no querran fiarse de ellos. No era facil decir ya de quien podían fiarse los Estados, porque a la traicion de los ingleses siguió la del gobernador francés del castillo de Wauwe (inmediato a Berghen-op-zoom), un tal de Marchand que vendió á Parma la fortaleza mediante la suma de 6,000 florines; y la del escoces Patton, que en ausencia de Schenk mandaba la plaza de Güeldres y que la entregó tambien por la cantidad de 36,000 florines mas toda la vajilla y mobiliario del citado Schenk. En adelante los patriotas esperaban cada día una sorpresa de este genero; llegaron a creer que existia un complot para entregar los Países Bajos á su acérrimo enemigo, y no vacilaron en denunciar á los ingleses como a traidores. Esto era lo que ansiaba Alejandro Farnesio, este el triste resultado de la política de Isabel y de su favorito.

Daba verdaderamente en que pensar la indigna conducta de la Reina con los Estados y sobre todo con sus mismos soldados. Si mientras Leicester se hallaba en las Provincias, descuidó a estos de modo tan lamentable, desde que este se halló en Inglaterra ni se acordó de que existieran, pues ni un solo *schelling* les mandó en el espacio de cinco meses. La consecuencia de semejante descuido no contribuyó menos que las traiciones á concluir con el crédito de los isleños, pues si muchos de aquellos se convirtieron en mendigos, otros pasáronse al enemigo, algunos escaparon a su país, y los 500 que componían la caballería, acosados por el hambre, hicieron una excursion por territorio holandes, robando y saqueando cuanto hallaron a su paso. Júzguese de la avaricia de la Reina con decir que los gastos de la guerra durante el año 1586 ascendieron a 579,306 libras esterlinas, total en que sólo contribuyó con 146,386, pues el resto pagáronlo los Estados. Y aun así mostrabase tan quejosa de la guerra que rehusó hacer á éstos un anticipo de 60,000 libras y se negó á dar a su favorito un *vale* para desempeñar pequeña parte de sus bienes.

Ante semejante actitud, los Estados determinaron adoptar medidas energicas; y la primera fue recuperar toda su autoridad; dar al joven Mauricio el título de príncipe con objeto de hacerle superior a Leicester y nombrarle provisionalmente gobernador general de las Provincias, asistido de Holack como teniente. Estos acuerdos fueron comunicados al conde de Leicester por los Estados generales en carta de 4 de Febrero de 1587, carta redactada por el ilustre Barneveld y en la que a la vuelta de una exposición clara y sucinta de lo ocurrido durante su gobierno y ausencia, concluíase por decir: que viendo la existencia de la república en peligro y reconociendo que ésta no podía asegurarse sin una autoridad legítima, los Estados generales, de acuerdo con los Provinciales, habian dispuesto establecer el gobierno que requeria la grave situación por que atravesaba el país. En otro documento no menos explicito dirigido a la Reina, declaraban que la perdida de Deventer

era para ellos más sensible que la de Amberes, porque la república veía desde entonces dislocadas dos grandes partes de su territorio. Esto no obstante, aseguraban se mantendrían fieles á Inglaterra y rogaban á Isabel no demorase los socorros ofrecidos.



Arcabucero flamenco (Facsímile de Gheín)

Excusado es pintar el efecto que produjo en la corte inglesa semejante declaración. Atenuáronlo un tanto los embajadores que poco antes de expedir la carta mandaron los Estados á Londres en solicitud de socorros; pero la Reina mostróse profundamente herida de lo que ella llamaba «ingratitud de los patriotas»; y si después de luchar contra sus mismos consejeros, enemigos de sus procedimientos, decidió atender aún al negocio de los Países, fué sólo bajo la poderosa presión de las circunstancias; mas, así y todo, recurriendo á procedimientos dilatorios, contentose con

despachar á las Provincias un comisionado especial, lord Buckhurst, con objeto de que abriera una amplia informacion, que determinara de un modo claro y preciso el motivo de las quejas á la par que estudiara el mejor procedimiento para concluir de una vez con semejante estado de cosas.



Arcabucero flamenco. Facsímile de Gheim

Como se comprenderá facilmente, no era este el camino para llegar á la solucion deseada, ni tampoco el remedio que pedían los tiempos y que exigían á una los mas eminentes políticos de ambos Estados.

Por desacertada que parezca, tal era la conducta seguida por Isabel con los Paises Bajos á mediados de 1587 y mientras Felipe II proseguia con asiduidad y constancia el armamento destinado á la invasion de la isla.

III

Seis meses habían transcurrido desde que Leicester abandonó los Países Bajos, y los graves peligros que amenazaron las provincias independientes, próximas á caer en la anarquía á consecuencia de los bandos que las mantenían divididas, conjuráronse gracias al tino y al patriotismo del gobierno de los Estados generales. El comisionado Buckhurts había hecho cuanto estuvo de su parte para reconciliar los ánimos del partido ingles y del nacional y para conseguir que las Provincias se erigieran como sólido baluarte contra el poder de Felipe II; pero sus esfuerzos fueron vistos con mal agrado por la Reina, á la que indignaba no hubieran dado cumplida satisfacción al ultraje inferido á su favorito. En balde sus consejeros trataron de disuadirla, en vano representó Buckhurts con los más enérgicos términos la verdad de cuanto había ocurrido: la Reina rehusó hacer el préstamo de 50,000 libras que la pedían los Estados, y confiados en el cual habían impuesto á las Provincias una contribución extraordinaria de un millón de florines. Y mientras así procedía esta soberana, los consejeros que dejó Leicester en Holanda tramaban un complot contra el gobierno de los Estados: éstos y Holack armábanse contra Leicester, y el partido democrático exaltado amenazaba con lanzarse en brazos de España. Dividido se hallaba también el país, pues mientras la fracción de los Estados contaba con Holanda, Zelanda y Frisia, la de Leicester tenía su centro de operaciones en la ciudad de Utrecht y á su favor gran número de habitantes de Gueldres, Overyssel y la misma Frisia. Por añadidura, el peso de la guerra cargaba exclusivamente sobre las tres primeras, pues la provincia de Utrecht no daba recurso alguno, y desde que se perdió Deventer las de Güeldres y Overyssel nada podía adelantar, esquilmadas como se hallaban por los rebatos de los españoles.

Dadas estas circunstancias, se comprenderá lo difícil que sería llegar a un acuerdo entre la reina de Inglaterra y los holandeses. Isabel persistía más que nunca entonces en la idea de la paz, y su embajador había recibido orden de sondear el ánimo de los más importantes personajes, con objeto de inclinarles á un arreglo con Felipe II, sobre las bases de la pacificación de Gante. Al mismo tiempo continuaba sus tratos con el príncipe de Parma, mientras éste, sin dejar de entretenerla, presentabase de improviso en la costa flamenca y embestía á la Esclusa. Por su parte, los Estados, teniendo plena conciencia del serio peligro que les amenazaba, acordaban nombrar provisionalmente á Mauricio general en jefe del ejercito y conferir al Consejo de Estado una autoridad absoluta hasta tanto que regresara Leicester. Era lo menos que podían hacer, después de siete meses de vacilaciones é incertidumbres. Sin embargo, cuando pasado este plazo se supo la llegada del Conde, no por eso los Estados decidieron abdicar en él toda su autoridad, y aunque tal hubieran pensado, una carta particular de Leicester á su secretario, interceptada por Barneveld, les disuadiera de este propósito. Esta carta, en la que el Conde daba á conocer con toda claridad sus ambiciosas miras y las de la Reina, fué para ellos una gran revelación; y cuando Barneveld las presentó á los individuos de la asamblea, la indignación fué unánime, acordando los diputados desde aquel momento que, puesto que Isabel había rehusado la soberanía, á nadie debía ésta conferirse, ya que lo exigía así el juramento hecho al país.

Ocurría esto á mediados de 1587, es decir, cuando el ejercito católico, á quien la Reina suponía por esta fecha «incapaz de emprender el sitio de una plaza», amenazaba á Ostende y caía sobre la Esclusa.

Esta importante ciudad hállase situada en la costa flamenca, entre Cadzand y Brujas, sobre un terreno bajo y arenoso, cruzado por numerosos diques y canales que lo dividen en otras tantas

islas y forman un verdadero laberinto de hilos de aguas (1). Una ría que trae su origen de algunas leguas al Mediodía de la ciudad y que se ramifica poco antes de llegar a ella, contribuye á darle el carácter de pequeño archipiélago, archipiélago compuesto por bancos de arena que en las horas de alta marea cubren las aguas del Océano. Esta ría ábrese al llegar á la ciudad más ancho camino, y convertida en estuario marítimo procura la comunicación con el Océano abriendo a las naves excelente, aunque complicado pasaje. La ciudad era reducida, pero bien fortificada, y su puerto podía a la sazon abrigar quinientos buques; por manera que, despues de Ostende, era por su proximidad a la costa inglesa una excelente adquisicion. Pero ofrecía grandes dificultades su conquista, no tanto por la índole del terreno en que se hallaba sentada la ciudad, cuanto por estar defendida del costado de mar por una fortísima ciudadela, y del costado de Brujas por un fortín llamado de Santa Ana. Este puesto fortificado defendía una lengua de tierra que servía de paso á la Esclusa.

Gobernaba esta plaza un noble flamenco, Arnoldo de Groenevelt, teniendo a sus órdenes 800 holandeses; pero así que tuvo noticia del avance de Alejandro pidió auxilios a sir William Rusel, que mandaba en Flessinga por muerte de Sidney, y recibió un refuerzo de 800 ingleses a las órdenes del intrépido Roger Williams, por manera que sumaba en junto la guarnición 1,600 hombres, cifra insuficiente para cubrir el servicio de la ciudad y de los fuertes. No era muy numeroso el ejército que Alejandro tenía a sus órdenes, pues sólo alcanzaba la cifra de 5,000 infantes y unos 1,000 caballos; pero á pesar de esto y aun desoyendo los contrarios pareceres emitidos en su consejo, Alejandro no vaciló en acometer la empresa; empresa que él mismo calificaba la más difícil que hasta entonces realizó.

Farnesio dió principio al sitio despachando al veterano La Motte contra el fuerte de Santa Ana y colocándose él con el grueso de las tropas en la Cadzand, isla formada por las aguas al Norte de la Esclusa, de la que se hallaba separada por la corriente Hetzwyn, y en la que podía desembarcar el enemigo los socorros organizados en Flessinga. Cuidó ante todo de fortificar su campo, reforzando los diques y construyendo trincheras; despachó luego contra Blakenberghe, pequeña plaza fortificada de la costa, que se halla á mitad de camino entre Ostende y la Esclusa, al conde de Mansfeld; ordenó que parte de la caballería efectuara una diversión hacia Rosendal, y ganado por La Motte no sin recia lucha el reducto de Santa Ana, quedó formalizado el sitio (Junio de 1587). No pudo evitarse que en los primeros días, empleados casi por entero en los trabajos, penetraran en la Esclusa algunas naves, mayormente habiendo costado gran trabajo el conducir las piezas de batir desde Gante á Brujas y desde esta ciudad á través de los canales al campo realista; así es que los holandeses fueron oportunamente avisados del peligro, lo propio que la reina de Inglaterra. Pero una vez levantados los diques de la isla de Cadzand, y plantada la artillería en su ribera de modo que impidiese el paso á las naves que se despachaban de Flessinga, fueron la mayor parte de ellas echadas a pique, y las que ganaron el puerto sufrieron no pequeño destrozo. Animaban á los sitiados estos socorros, y ardiendo en deseos de alejar al ejército católico, hacían impetuosas salidas, en las que por una y otra parte se combatía con igual coraje. Pero los sitiadores dieron ejemplo de una constancia y energía á toda prueba; pues obligados á construir trincheras en aquel terreno movedizo, hundidos en las aguas, expuestos de continuo al fuego de las murallas y de los fuertes, aun les sobraba aliento para lanzarse á nado contra los bajeles enemigos y repetir frente á la Esclusa las proezas de Amberes y del paso á Schouven, «proezas, dice un escritor, que han de ser más admiradas que creídas de muchos» (2).

(1) Debemos advertir que la Esclusa, *Sluys* y sus inmediaciones a consecuencia de los cambios que ha experimentado aquella parte del litoral, presentan un aspecto bastante diferente del que en aquella época ofrecían.

(2) «Muchas veces, a guisa de quien nada, salían forceando a las más de las islas. Allí estando mojados y cansados, les ocurrían enemigas fortificaciones que conquistar. No rara vez cortados los caminos de los diques, entre las lagunas hacían alto la marcha mientras se allanaban las quebradas de los caminos. Llegóse también tan súbita penuria de comidas aquellos primeros días (porque despues tuvieron asaz provisión) que los soldados eran forzados á remediar el hambre con las raíces de hierbas que de donde quiera arrancaban y con las cañas nacidas sobre los diques. Pero en nada experimentaban mayor embarazo y daño que en las repetidas avenidas de agua. Porque hinchándose el mar y rompiendo al enemigo las presas, se anegaban las islas y les daba a los soldados el agua hasta los pechos. Y mientras huyendo de este mal se daban prisa a pasar a otra

Temía, sin embargo, Farnesio, que de un momento a otro arribara a la Esclusa una fuerte escuadra; pues los sitiados se defendían con gran teson y daban tiempo suficiente á que los holandeses e ingleses se apercibieran a libertarlos; así es que determinó recurrir al expediente empleado en Amberes: cerrar el paso de la ría, construyendo con las naves que condujeron la artillería desde Gante, un puente no menos sólido que aquél. Empero la ejecución de este proyecto no era tan facil como en Amberes, porque la tierra ofrecía poca consistencia, eran frecuentes las avenidas, el enemigo rompía los diques, faltaba el alimento á los soldados y peleando casi constantemente con el fuego y las aguas, manteníanse en aquel laberinto de escollos con harta pena. Tantas eran las dificultades, dice Estrada, que ni él con otros soldados, ni los soldados con otro capitán, las hubieran vencido.

Defendía el paso de la isla á la ciudad la ciudadela de Cadzand, asentada en la orilla de la citada isla, y dominando la corriente Hetzwyn, mientras que por el lado de Brujas, ocupado el reducto que cerraba el paso de la lengua de tierra, habían levantado los sitiados un alto y sólido parapeto en el que emplearon gran numero de toneles. A esta fortificacion opusieron los valones una trinchera, tan penosamente levantada, que mientras parte de los soldados luchaban con las aguas, otra parte veíase obligada á rechazar las valientes salidas del enemigo. Nuevas dificultades ofrecía el avance por aquel suelo pantanoso, y para vencerlas inventaronse unos cajones de madera, largos de doce pies y anchos de tres, provistos de ruedas, y en la frente, más alta y sólida que los lados, abiertas ventanillas para meter los cañones . Estos armatostes trasladaronse por orden de Alejandro á la isla, asegurándolos con sacos llenos de tierra, y se emplearon en el ataque del castillo. Pero no bastando los ataques de frente á reducir la ciudad, empleáronse también las minas, y casi á un mismo tiempo combatióse encima y debajo de la tierra con suerte variable. La trinchera tardose mucho en conquistar, y sólo despues de una lucha encarnizada en la que La Motte perdió un brazo, el castillo, atacado por tierra y por las aguas, fué disputado con gran brío é incendiado, al fin, por sus defensores, quienes se retiraron á la ciudad. Ambas pérdidas fueron sensibles para los sitiados, pero lo que les causaba mayor desasosiego era la falta de socorro, después de haber sostenido heroicamente un mes de sitio y haber despachado á Flessinga y á Londres diferentes emisarios. ¿A que debía atribuirse la inacción de los Estados y la reserva de Isabel? Sin duda alguna a la excisión entre los ingleses y holandeses, porque abrigando éstos la persuasión de que la ciudad, una vez salvada, vendría á manos de Leicester y le serviría de base para realizar sus proyectos, contentábanse con guardar una actitud neutral, limitando sus operaciones militares á la defensa del territorio. Es cierto que Mauricio y Holack efectuaron una diversión por el Brabante y obligaron á Farnesio á despachar contra ellos á Altepenne; pero no es menos cierto que esto no alteró el estado de cosas y que los holandeses no acudieron al socorro de la plaza. Altepenne fué entonces derrotado y muerto, el fuerte de Engel, próximo á Bois-le-Duc, cayó en poder de los rebeldes, y esta ciudad vióse seriamente amenazada; con lo cual diéronse los Estados por satisfechos y dejaron á Inglaterra el cuidado de socorrer la plaza.

Por fin el 6 de Julio llegó al puerto de Nargate Leicester con 3,000 infantes y 30,000 libras, de las cuales 15,000 habían sido arrancadas á Isabel en calidad de préstamo extraordinario, y en lugar de las 60,000 pedidas por los Estados. El Conde, navegando por la costa, en demanda de Flessinga, oyó el eco sordo de los cañonazos disparados frente á la Esclusa, y pudo hacerse cargo del grave aprieto en que ésta se hallaba. Los representantes de los Estados no acudieron, como la vez primera, á recibirle; pero cuando se reunieron en Flessinga para tratar del socorro, disputaron con Leicester acaloradamente, y fué inútil que les hiciera presente el Conde la conveniencia de intentar la empresa á la vez por mar y tierra. Leicester carecía ya de autoridad para imponerse; y ni sus consejos, ni los que dieron por conducto de diferentes emisarios Roger Williams y el gobernador Arnoldo de Groenevelt, hallaron eco en los Estados. Proponía Williams que se

isla, era fuerza luchar allí con los nuevos arroyos de los canales, que les salían á recibir, y apenas desembarazaban de allí, cuando juntándose otra vez unos y otros cauces, los cercaban y enlazaban, peleando las aguas con una sorda conspiración por los cercados de la Esclusa.» Estrada, *Década Segunda*, Lib. VIII.

reunieran gran número de barcos chatos para introducir por mar el socorro, mientras, desembarcando en Cadzand 4.000 hombres y atrincherándose en la isla, obligaban á combatir al enemigo, si bien rehuyendo la batalla á descubierto. De no efectuarse esto, aseguraba que el enemigo construiría el puente desde Cadzand á Santa Ana, cerraría el paso á los socorros y obligaría á los ingleses á dar una batalla en regla.

El capitán Hart, diestro nadador, llevó este aviso á Flessinga; pero no fué atendido, y mientras perdían los Estados y Leicester un tiempo precioso, Farnesio se aproximaba á los muros



Ataque y sitio de Nimega

de la ciudad, se apoderaba de los fosos, coronaba el muro exterior, hacía volar en pedazos los baluartes y abría una brecha practicable para infantes y caballos. El puente se concluyó por este tiempo, es decir, pocos días después de haberse recibido en Flessinga el aviso. Era, como el del Escalda, una obra formada con gruesos mástiles y trabada con sólidas bigas, sostenidas en su parte central por barcas y protegida con un parapeto á prueba de mosquete. Para que la semejanza con lo ocurrido en Amberes fuera más completa, también pensó el enemigo destruirlo con brulotes; pero esta vez no surtió efecto alguno el recurso.

Expiraba el mes de Julio y los socorros no llegaban. Las bajas de los sitiados habían sido notables; la carestía comenzaba á reinar en la Esclusa; las enfermedades hacían presa en su población, y los más animosos comenzaban á desesperar. Mandóse, en consecuencia, otro mensaje; pero el encargado de comunicarlo se ahogó y los documentos que llevaba fueron descubiertos y llevados á Farnesio. Desde aquel momento activó éste cuanto pudo los trabajos del sitio; y dispo-

nía ya sus tropas para el asalto definitivo, cuando supo que Leicester había desembarcado en Ostende y marchaba sobre Blakenberghe, con objeto de cortar á Farnesio la comunicación con el mar. Más tarde confesó Farnesio que, de lograr Leicester su objeto, se hubiera visto obligado á levantar el sitio. Pero el Conde obró con tan poco acierto como valor; pues como Alejandro despachara contra él algunas compañías, decidido á salir luego á su encuentro con el resto del ejército, Leicester, temeroso de que los católicos en masa le atacaran, retiróse con los 3 ó 4,000 soldados que conducía á las naves y tomó la vuelta de Ostende. La noche que siguió á este día eligiéronla los ingleses para lanzar los brulotes; pero menos afortunados los enemigos que en Amberes, no consiguieron resultado alguno. Incendióse una de estas máquinas antes de llegar á su destino; otra pasó por debajo el puente y fué á reventar á gran distancia. Como la operación no estaba dirigida por un hombre experto, los pilotos holandeses perdieron el tiempo en tentativas, y, después de haber transcurrido algunas horas, manifestaron al Conde que la operación era imposible. En consecuencia dióse ésta por terminada, y cuando las primeras luces iluminaban el horizonte, los sitiados vieron perderse entre sus pálidas brumas las velas de la flota.

La suerte de la Esclusa estaba ya decidida, y sus valerosos habitantes y bizarra guarnición pactaron con Alejandro, quien se apresuró á ofrecerles las más honrosas condiciones. Salió la guarnición batiendo marcha, desplegadas las banderas y las cuerdas-mechas encendidas. A los moradores que quisieron observar la religión católica se les permitió continuar en la Esclusa; á los protestantes dióseles un plazo razonable para arreglar sus negocios y abandonarla. Alejandro reconoció que la defensa había sido brava, pues de los 16,000 ingleses y holandeses que componían la guarnición, sólo quedaron 7,000 hombres, y en el momento de rendirse la plaza sólo tenían pólvora para dos horas. El 5 de Agosto entró en la ciudad, y su primer acto fué cumplimentar á Williams por su bizarra conducta, abrazar en presencia de las tropas á uno de los capitanes ingleses que más se habían distinguido y dar al gobernador una carta honorífica para la reina de Inglaterra enalteciendo con elocuentes frases su conducta.

Rendida la Esclusa, comenzaron entre el Conde y los Estados las recriminaciones. En realidad la apatía de éstos había ocasionado tal pérdida; pero ¿qué les importaba á ellos una victoria de que sólo había de obtener ventaja Leicester y que podía convertirse en una amenaza para el país? Por otra parte, el Conde había maniobrado con gran torpeza, lo cual era otro motivo de censura; tanto es así, que si bien la Reina tuvo ocasión de encolerizarse con los holandeses, no dejó de condenar á su favorito. Se comprende, pues, que la posición de éste en las Provincias fuese en extremo violenta y que á la postre manifestara sus odios de modo algo idéntico al duque de Alenzón; pues hecho propósito de hacerse dueño de algunas ciudades, tramó una conspiración para ocupar á Leyden, que, descubierta á tiempo por los Estados, dió origen á reclamaciones violentísimas en la corte inglesa. Después de esto, ya no fué posible continuara al frente de las Provincias un hombre al que su misma soberana colocó en la más desairada actitud y que ya no era respetado del pueblo ni de los hombres políticos; y en su consecuencia, llamado Leicester á Londres, dejó, por fin, aquel gobierno, que no más afortunadamente habían ejercido Matías y el Valois (Diciembre, 1587).

No deja de ser curioso que, durante el sitio de la Esclusa, Isabel de Inglaterra continuara las negociaciones secretas con Farnesio. Aquella mujer de probado talento, estaba obcecada hasta el punto de olvidar el creciente peligro de una invasión á sus propios Estados, peligro de que una y otra vez le hacían memoria sus consejeros; y aunque la misma lentitud con que se llevaban aquellos tratos era en alto grado favorable á su enemigo, parecía crecer su empeño á compás de las contrariedades. Sostenían las negociaciones por Isabel el gran tesorero Bhurgley y el canciller Croft, y por Farnesio los católicos Peronotto, señor de Champagny y Richardatto, presidente del consejo de Alejandro, habiéndose establecido entre este y la Reina una activa correspondencia. El resultado de las notas y cartas que se cruzaron fue acordar un punto de reunión para los embajadores de España é Inglaterra para estipular la paz, y expedir la Reina emisarios á las Provincias con objeto de arrastrarlas á un concierto. Tentativa inútil, pues los holandeses sabían

perfectamente á que atenerse con respecto á España. Pero ocurrió en esto el saqueo de Cádiz por el audaz corsario Drake, al que envió Isabel á las costas de España con objeto de explorar los preparativos que en sus puertos se efectuaban, y aunque este suceso parece que debía enfriar las negociaciones, no fué óbice á que prosiguieran y se fijara como á punto de reunión á los legados la ciudad de Burburgo, próxima á Calais, desde donde podían dirigirse con más brevedad á Londres los correos. Allí se reunieron los comisionados en Mayo de 1588, y empeñadas como se hallaban las partes contratantes en prolongar las negociaciones, Isabel, por ganar tiempo y evitarse por aquel año el riesgo de la invasión; Farnesio, ateniéndose á las órdenes de su rey, quien le ordenaba entretener á los ingleses hasta que le diera aviso de haberse dado al mar la escuadra española, comenzóse por discutir la conveniencia de una tregua, luego tocáronse los puntos de religión y milicia extranjera, y por último tratóse de la restitución de las ciudades que ocupaban los ingleses á trueque de los anticipos hechos á los rebeldes por Isabel. Difícil era, como puede presumirse, el llegar á un acuedo; pero unos y otros prolongaron de intento la controversia, hasta que vino á cortarla bruscamente la noticia de que la gran armada española se había hecho á la mar. No se detuvieron entonces ni un solo instante los legados; y como si ambas partes conocieran sobradamente el juego, en un mismo punto abandonaron la ciudad ingleses y españoles; dando por terminada aquella conferencia (Mayo-Agosto de 1588).

La famosa expedición del corsario Drake y el saqueo de Cádiz á que nos hemos referido, tuvo lugar un mes antes del en que se reunieron los legados; y por su importancia merece que la consagremos algunos párrafos.

Drake se había dado á conocer los años anteriores por sus terribles expediciones á las posesiones españolas de Indias, donde al frente de una insignificante flotilla había saqueado ricas ciudades é incendiado importantes factorías, regresando luego á su patria con tesoros suficientes para sostener por espacio de siete años la guerra contra España y dar á los que habían contribuído á su empresa respetables ganancias. Los preparativos que se hacían en los puertos de España y Portugal para invadir á Inglaterra no pudieron mantenerse tan ocultos, que en la isla dejaran de preocuparse de ellos, y en el otoño de 1586 pasó aquel corsario á los Países Bajos provisto de cartas de la Reina, de quien había recibido una *comisión especial*. El objeto de ésta era organizar una flota destinada á operar en las costas de España; y aunque los Estados no patrocinaron oficialmente la empresa, recomendáronla particularmente con gran eficacia, y procuraron que cada una de las ciudades marítimas facilitara por lo menos un bastimento. La expedición organizóse durante el invierno y parte de la primavera de 1587, y el 4 de Abril dióse á la mar en Plymouth, tomando la dirección de nuestra península. Componíanla veintiocho naves, tripuladas por gente aventurera y audaz; y Drake, que las mandaba en persona, estaba decidido á dar una ruidosa prueba de su energía, haciendo caso omiso de las instrucciones reales que le prevenían solamente el reconocimiento de los puertos enemigos. Algo de esto se temió la Reina, pues á poco de haber partido el terrible corsario despachó en su demanda un navío, que no logró alcanzar á la flota. Esta llegó á Cádiz el 15 de Abril, y cuando más ajenos se hallaban en España de semejante ataque.

Según una carta fechada en Cádiz por estos días, había en su puerto muchísimos navíos con mercaderías, parte recién llegados de Indias, parte dispuestos á dirigirse á ellas; así, pues, era grande la riqueza que se había acumulado en la ciudad, cuando Drake pareció frente á ella. Rapido como una exhalación penetra el terrible corsario en el puerto, cae sobre las naves destinadas á Indias y las incendia, da con otras de través, y por espacio de dos días y una noche prosigue su obra destructora, robando é incendiando los navíos, inutilizando las provisiones y pertrechos afanosamente reunidos durante largos meses. Las enormes naves españolas no pudieron evitar este destrozo, no tanto por defecto de la artillería, cuanto por su misma pesadez; y el pirata inglés, después de haber consumado su obra, tuvo el placer de incendiar la soberbia capitana del marqués de Santa Cruz y llevarse á remolque seis naves cargadas de mercaderías, cuyo valor se estimó

en 172,100 escudos de oro (1). No contento con tan rica presa, hizo rumbo á Lisboa, donde tomó y destruyó cien navíos, apoderándose antes de la mejor parte del cargamento; y habiéndose dirigido luego hacia la isla de San Miguel, encontró en sus aguas una carraca que regresaba de Indias con riquísimo cargamento, la apresó y la condujo como las demás á su país.

El resultado de esta expedición no pudo ser más beneficioso, pues además de las riquezas arrebatadas, Drake pudo dar exacta cuenta de los preparativos hechos y del mejor sistema de ataque contra las enormes naves españolas. Pero Isabel, entregada entonces con alma y cuerpo á las negociaciones, desaprobó la conducta del corsario, apresurándose á condenarla en carta dirigida al Príncipe de Parma. Sin embargo, los datos que Drake facilitó eran de verdadera importancia para Inglaterra. «Cuarenta mil hombres perfectamente equipados y provisionados, dijo, podrán ser puestos muy en breve camino de nuestra costa», y después de asegurar que no sería excesiva toda la energía empleada en la defensa, concluía diciendo: «les agradezco, sin embargo, que hayan tardado tanto, porque cuando se presenten no han de ser para nosotros otra cosa que *hijos de mortales*».

Los hechos iban á confirmar en breve las palabras del audaz pirata.

IV

Ha llegado ya el instante de que hablemos de la gran expedición organizada por Felipe II contra Inglaterra, uno de los proyectos con mayor afán acariciados por este soberano y, sin duda alguna, el más discutido, el peor interpretado y el más desastrosamente llevado á efecto. Tres personas informaron extensamente sobre él: Santa Cruz, Alejandro Farnesio y el Comendador de Castilla, aparte de los que posteriormente dieron en el Real Consejo su dictamen. Santa Cruz trazó un proyecto que basta por sí solo á que nos formemos idea de la capacidad y experiencia del Marqués, de los recursos militares de España y de la composición de un ejército de la época. El Comendador redactó una luminosa y detallada memoria en la que no menos se preveían las contingencias militares que las políticas; por último, Alejandro informó de un modo detalladísimo, pues hizo examinar antes los lugares accesibles de la costa inglesa por personas peritas, estudió el modo de concentrar sus tropas y el punto de su embarque, y procuró todos los informes apetecibles; mas no contento con esto, mandó al ingeniero Plati á España, dándole la comisión de explicar al Rey y á su Consejo, con un mapa en la mano, la operación de que le daba cuenta particular.

Hemos dado á conocer en extracto los proyectos de Alejandro y del Comendador mayor; empero es punto menos que indispensable, dada la índole de esta obra, insertar íntegro el plan del Marqués de Santa Cruz, por los muchos pormenores de organización militar en que abunda y los múltiples extremos que abraza, ya tocante al complicado mecanismo de la administración, ya tocante al material de guerra, vestuario, vituallas, etc., etc. Tal, pues, como figura en una obra aparecida este mismo año (1884), insertamos este interesante documento, muy digno de ser conocido de los militares estudiosos:

(1) *Relacion de los navíos que Francisco Draque quemo y echó á fondo en la bahía de Cádiz en 29 y 30 de Abril de 1587, y las naos y bastimentos que llevo y en lo que se estima.* Inserta en la Colec. Sans de Barutell, art. 6, núm. 91.—*Carta del Gobernador de la costa de Cádiz, Pedro Castillo, a Antonio de Guevara, Tesorero general de Andalucía* (fechada en 30 de Abril de 1587). Esta carta es otro de los documentos que cita Estrada en su obra, y nueva prueba de que el jesuíta historiador no adelanta noticia alguna que no esté fundada en algun documento oficial ó particular de importancia. Los datos de Castro discrepan relativamente poco de los de la *Relacion oficial*, pues dice aquél que se estimó la pérdida en 170,000 ducados, y la relación termina así: «Por manera que son por todos veinticuatro bajeles; los diez y ocho de ellos quemó y echó á fondo y los seis llevó, y todo valdría 172,100 ducados: los 17 426 tocan á S. M. y los demás á particulares.

Relación de las naos, galeras y galeazas y otros navíos, gente de mar y guerra, infantería, caballería, gastadores y oficiales y personas particulares, armas y municiones, y los demás pertrechos que se entiende podrán ser menester para en caso que se haya de hacer la jornada de Inglaterra, y los bastimentos que serán necesarios proveer para ella, y los precios á que podrán costar, y las partes donde lo uno y lo otro se podrá proveer, y lo que todo ello vendrá á montar, haciendo cuenta que la Armada y ejército que se ha de llevar para la dicha empresa ha de ir proveído y bastecido para ocho meses, que todo es en esta manera:

LAS NAOS Y NAVÍOS QUE HAN DE IR EN DICHA ARMADA

EN LA DICHA ARMADA SE HACE CUENTA QUE HAN DE IR CIENTO Y CINCUENTA NAVES GRUESAS EN ESTA MANERA

		Naves	Toneladas
Estas naves tienen de ordinario la gente mareante que han de menester, y así se entiende que vendrán marinadas.	De Arragosa, Venecia, Sicilia, Nápoles y las demás costas de Levante hasta Cartagena, 40 de las dichas naves, que se presupone tendrán de porte, una con otra, 600 toneladas..	40	24,000
Para estos galeones será menester proveer los marineros, que se podrán proveer de la costa de Cataluña y reino de Valencia	De los galeones que S. M. tiene en Sevilla y de otras naves que se podrán tomar en aquel río y Cádiz, se hace cuenta que llegarán á número de 25 y serán de á porte de 600 toneladas cada una, una con otra	25	15,000
Para estos habrá bastantemente la gente que fuese menester en este reino, trayendo 300 marineros de la ribera de Génova.	De los galeones de este reino y otros navíos particulares que hay en él, se presupone que podrán salir 20 y que tendrán de portada á 700 toneladas cada uno, uno con otro	20	14,000
Estas vendrán proveídas de los marineros que han menester, y demás de esto se han de levantar otros 400 marineros para repartir en los navíos donde faltaren	De la provincia de Guipúzcoa y Vizcaya se hace cuenta que podrán salir 35 naves de á 350 toneladas una con otra..	35	12,250
Estas asimismo se entiende tendrán bastante recaudo de la gente mareante	De naves esterlinas y alemanas de las que vienen á estos reinos, se presupone que podrán servir 30, y que serán de porte de 400 toneladas una con otra.. . .	30	12,000
		150	77,250
	Que son las dichas ciento y cincuenta naves, las cuales, contadas á la dicha razón, tendrán 77 250 toneladas de porte.		
Para estas urcas se han de traer marineros de la costa de Galicia y Asturias.	Demás de las dichas 150 naves podrán servir de las urcas que por orden de S. M. están embargadas en esta ciudad y en la villa de Setubar 40, para llevar en ellas bastimentos y otras diversas cosas, las cuales serán de porte, unas con otras, de 200 toneladas	40	8,000
	De navíos pequeños y saetías, corchapines, carabelas, zabras, pataches y mexeriqueras, se hace cuenta que serán menester, para llevar en ellos bastimentos, municiones, caballos, acémilas y otras diversas cosas, 320, y que se han de juntar en esta manera:		
	De Cataluña y reino de Valencia 50 saetías y corchapines, que tendrán de porte 100 toneladas	50	5,000
	De la costa de España desde Málaga á Ayamonte, de carabelas de cubierta, barcones y chalupas de pesquería, 50, de á 80 toneladas cada una.	50	4,000
	De este reino hasta la ciudad de Oporto 100 de los dichos navíos, que se presupone han de ser del mismo porte	100	8,000
	De las cuatro villas de la costa de mar, Asturias, Vizcaya y la provincia, 100 entre zabras, pataches y navíos y chalupas venaqueros, los cuales se hace cuenta que tendrán la misma portada	100	8,000
	Carabelas pequeñas, que llaman en estos reinos mexeriqueras y mandatos, 20, de á 25 toneladas.	20	5,000
		320	25,500

Los cuales dichos 320 navíos, siendo de los dichos portes, vendrían á tener 25,500 toneladas.

SUMARIO DE LAS NAVES Y NAVÍOS QUE HA DE HABER EN LA DICHA ARMADA

Naves gruesas de Armada.	150	77,250
Urcas de carga	40	8,000
Navíos pequeños.	320	25,500
	510	110,750

Por manera que ha de haber en la dicha Armada quinientos y diez navíos entre naves y urcas de carga y navíos pequeños de cada género, los que van declarados, que todos ellos vendrán á tener de porte 110,750 toneladas.

SUELDOS DE LOS DICHOS NAVÍOS Y GENTE MAREANTE DE ELLOS

Monta 180 744,000. — Descuento 41.616,000.

Las dichas 150 naves gruesas, 40 urcas de carga, 320 navíos pequeños, como está dicho, se presupone que han de tener 110,750 toneladas; que el sueldo de ellas, en los dichos ocho meses, contando á 6 reales castellanos cada mes á cada tonelada, montan 180 cuentos 744.000 maravedises, de los cuales se bajan y descuentan 41 cuentos 616 000 maravedises, en esta manera: 28 cuentos 560,000 maravedises que importará el sueldo de 25 galeones que se presupone habrá entre los dichos navíos, de los que S. M. tiene 15 en este reino y 10 en Sevilla, de á 700 toneladas cada uno, uno con otro, el sueldo de los cuales se baja por no haberle de pagar S. M., siendo como son suyas, y los 13 cuentos 56.000 maravedises restantes que importa el sueldo de las 40 urcas flamencas que están embargadas, de 200 toneladas cada una, á la dicha razón de 6 reales por tonelada cada mes, quedan líquidos, que se han de pagar por los demás navíos 139.128,000

De sebo y mangueras de los dichos navíos, contenidas las 150 naves gruesas y 40 urcas de carga, á 18 reales cada una al mes, y 320 naves pequeñas á 6 reales, monta en los ocho meses. 1.452,480

Gente de mar.

Los dichos navíos están obligados, conforme á las ordenanzas de estos reinos, á traer á razon de veinte hombres de mar por cada cien toneladas; pero, porque juntándose armada tan gruesa no se podrá haber tanta de la dicha gente, y porque habiendo de llevar tanta de la de guerra pueden excusar alguna, se hace cuenta que vendrían á tener, una con otra, á razón de 15 por 100, que es á lo que les basta, y conforme á esto habrán menester para las dichas 110.750 toneladas 16,612 personas, entre marineros y oficiales, que el sueldo de ellos en los dichos ocho meses monta:

Marineros y oficiales.

De los dichos marineros y oficiales ha de haber las dos tercias partes de todo el numero de la dicha gente, y conforme á esto serán menester 11 075, que el sueldo de ellos en los ocho meses, contados a razón de 1,000 maravedises castellanos cada uno al mes, monta 88.600,000

Grumetes

De la otra tercia parte han de ser los dos tercios de grumetes, que vienen á ser 3,611, que el sueldo de ellos en el dicho tiempo, contando á razon de 612 maravedises cada uno, monta 18.071,136

Paies.

Los 1,846 restantes han de quedar pajes, conteniendo su sueldo en el dicho tiempo, á razón de 300 maravedises cada uno. 4.430,400

Ventajas de maestros y pilotos

Por las ventajas de 190 maestres y otros tantos pilotos que han de llevar las dichas 140 naves gruesas y 50 urcas, á razon de 3,000 maravedises por cada uno al mes, de más de su sueldo ordinario de marineros. 9.120,000

Ventajas de oficiales.

De las ventajas de los demás oficiales, contando á razon de diez por cada una de las 140 naves gruesas y urcas, y los demas navíos a tres, que en todo viene á hacer 2,800 oficiales; y las dichas ventajas de ellos montan en los dichos ocho meses, contando a razon de 1,600 maravedises cada uno al mes. 13.440 000

133.661,536

Las cuales dichas 16,612 personas de mar son las que, como dicho es, han de ir en las dichas naves y navíos, conforme ve declarado, el sueldo de las cuales monta en los dichos ocho meses. 133.661,536

EN LA DICHA ARMADA HAN DE IR CUARENTA GALERAS EN ESTA MANERA

Para rehacer estas galeras de marineros y oficiales de que tendran falta, será menester levantar hasta numero de 400 en Napoles, Génova, Niza y Villafranca.

De las de España..	20
De Nápoles.	14
De Sicilia	6
	40

Gente de cabo, 3,200.—Remeros, 8,000.

Monta el gasto de las galeras, 40 000,000. Esta partida va por descuento

Las dichas 40 galeras se hace cuenta que han de ir armadas de gente de cabo y chusma, y los demás aparejos, como se requiere para semejante viaje, y que han de llevar en cada una a lo menos, una con otra, 80 hombres de cabo entre oficiales, marineros y soldados, y 200 remeros, que en todas ellas vendrán á ser de hombres de cabo 3,200 y de remeros 8,000. y porque los bastimentos que serán menester para el sustento de ellos ven puestos en el número de los que se han de proveer para toda la demás gente que ha de ir en dicha armada y ejército, se hace cuenta que del demás gasto de las dichas galeras, así del sueldo de la gente de ellas como de aparejos, vestidos de chusma y todas las demás cosas necesarias, demás del dicho bastimento, vendrá a costar, una con otra, á razon de 4,000 ducados al año, y conforme á esto montarán las dichas 40, en los dichos ocho meses, 40 cuentos, los cuales no se sacan aquí por haber de ser las galeras, como esta dicho, de las que S. M. tiene en los dichos reinos y ser gasto ordinario suyo y haber de estar, como están siempre, armadas, y aunque no se ofreciera esta ocasión, de manera que por ir ellas en la dicha armada no se acrecienta ningun gasto

Seis galeras.

Gente de cabo, 720.—Remeros, 1,800.

Asimismo han de ir en la dicha armada seis galeazas, que son las que S. M. tiene en el reino de Nápoles, y para ir armadas como conviene han de llevar 120 hombres de cabo y 300 remeros por cada una, que en todos vienen a ser 720 personas de cabo y 1,800 remeros, y porque los bastimentos necesarios para ello van puestos, como el de la gente de las galeras, se presupone que el demás gasto de las dichas galeazas viene a ser á razon de 8,000 ducados por cada una en un año, que conforme a esto montará el de todas las seis en los ocho meses. 12.000,000

20 fragatas.—20 falúas.

Demás de todos los dichos navíos será necesario traer de Italia 20 fragatas y 20 falúas napolitanas, que para atravesar el golfo han de ir dentro de las naves gruesas; que el sueldo de ellas en los ocho meses, contando las fragatas a razón de 700 ducados cada mes, y las falúas á 30, montarán.. . . . . 6.000,000

200 barcas chatas.

Asimismo serán menester para desembarcar el ejército en la parte donde hubiere de saltar en tierra, 200 barcas chatas, como las que se llevaron en la jornada de la Tercera, y se han de hacer en esta ciudad y en la de Sevilla, que con todas, a razon de 120 ducados, que es lo que se presupone podrá costar cada una, montara.. . . . . 9.000,000

LA GENTE DE GUERRA QUE HA DE IR EN LA DICHA ARMADA Y EJÉRCITO Y LO QUE MONTARÁ SU SUELDO

Infanteria de todas naciones, 55,000

De la dicha gente de guerra se presupone que será menester, para la dicha armada y ejército, 55,000 infantes, en esta manera: 28 000 españoles, 15 000 italianos, 12 000 alemanes, de todos los cuales se hace cuenta que faltarán al tiempo que haya de partir la dicha armada, así de los que se morirán, huiran y enfermerán, como de las plazas que se pasaran y de las que hay muertas en las compañías, 10,000, y que los 45,000 restantes serán menester para saltar en tierra.

INFANTERÍA ESPAÑOLA

De los tercios de Italia se hace cuenta que se podran sacar 5,000 soldados: 2,000 del tercio de Napoles, 1.500 del de Sicilia y los 1.500 restantes de Lombardia, en lugar de los cuales serán menester otros tantos bisoños. 5,000

De los que sirven en este reino y en las islas de Azores, 3 000 haciendo cuenta que asimismo se han de meter en su lugar otros tantos 3,000

De los que quedaren de la armada que ira este año a asegurar la carrera de Indias, y de los demás que se embarcaren en la armada que se ha de hacer para guarda de la costa. 3,000

De los soldados bisoños que se han de levantar en Castilla 12,000

Portugueses que se podran levantar en este reino, en dos tercios. 5,000

28,000

Que son cumplidos los dichos 28,000 infantes españoles, el sueldo de los cuales, con el de los maestres de campo, capitanes y oficiales que han de tener, y con las ventajas que les tocan, y se presupone ha de haber en las dichas compañías, montará en los dichos ocho meses lo siguiente.

Sueldo de los diez maestres de campo.

Los dichos 28,000 hombres se presupone que han de ir repartidos en 10 tercios de a 14 compañías cada uno, de a 200 soldados por compañía, y el sueldo de los 10 maestres de campo que ha de haber en los diez tercios, contando a razon de 112 escudos por cada uno, 80 por el sueldo de su persona y los 32 restantes por el de ocho alabarderos de su guarda, montará en los ocho meses. . 8,960

Sueldo de 130 capitanes.

En el dicho numero, conforme a la cuenta dicha, ha de haber 140 compañías de a 200 hombres cada una, y porque las diez de ellas las han de tener los diez maeses de campo, se presupone que habrá 130 capitanes, y que el sueldo de ellos en los dichos ocho meses, contenido a razon de 40 escudos cada uno, montara.. 41,600

Sueldo de alféreces y sargentos.	Por el sueldo ordinario de 140 alféreces y otros tantos sargentos, contando el de los alféreces á razon de 15 escudos cada mes y el de los sargentos á 8, montará en el dicho tiempo.	25 760	
Sueldo ordinario de 28,000 soldados.	El sueldo ordinario de los dichos 28.000 soldados infantes, contando á razón de 3 escudos cada mes por cada uno, monta el dicho tiempo	672,000	
Ventajas del tercio de arcabuceros.	Las ventajas del tercio de arcabuceros, 22.000 soldados que vienen á quedar de los dichos 28.000, descontadas 30 compañias que se presupone habrá de arcabuceros y mosqueteros, vendrán a montar 7,333 escudos en cada mes, y en los ocho.	58,664	
Ventajas de coseletes.	Entre la dicha infanteria se presupone que ha de haber de coseletes, á razon de 15 por cada 100 soldados, descontadas las 30 compañias, y á esta razon vendrán á tener las 110 restantes, contando á 30 por cada una, que es lo que, conforme á lo que está dicho, les toca, 3 300 coseletes, que las ventajas de ellos en los dichos ocho meses, contando 1 escudo por cada uno de ellos, monta	26,400	
Ventajas de mosquetes.	De mosquetes se presupone que ha de haber tres compañías de a 200 cada una, y que las restantes 137 han de tener a razon de 20 por cada una, que es á la de 10 por 100, y conforme á esto habrá entre toda la infanteria española 3.340 mosqueteros, que las ventajas de ellos en los ocho meses, contenido á razon de 3 escudos cada uno al mes, montaran.	80,160	
Ventajas de las compañias de arcabuceros.	Las 27 compañias que han de ser de arcabuceros, han de ganar generalmente á razon de 4 escudos cada uno al mes, y la diferencia que hay de este sueldo al ordinario de 3, montarán en ellas los ocho meses 43,200 escudos que hay de diferencia en las ventajas de los mosqueteros, que en la partida de ellos van hechos buenos generalmente todos a razon de 3 escudos, y a los de estas compañias se les paga más de á 2, por ser su sueldo ordinario 4, y quedan.	38,880	
Ventajas de cabos de escuadra.	Cabos de escuadra caben a los 28.000 soldados, haciendo cuenta a razon de uno por cada 25, 1.120, que las ventajas de ellos en los dichos ocho meses montan, contando á razon de 3 escudos cada uno al mes.	26,880	
Ventajas de los tambores y pífanos.	Las ventajas de 280 tambores y 140 pífanos que ha de haber en las 140 compañías, contando a razon de 3 escudos cada uno al mes, monta en los dichos ocho meses	10,080	
Ventajas de capellanes	Las de 140 capellanes a la dicha armada, á razon de 3 escudos cada uno al mes, monta	3,360	
Ventajas ordinarias y particulares	De ventajas ordinarias y particulares, de las que suele haber en las dichas compañías, se presupone que tendrán las dichas 140, a razón de 30 escudos cada mes por cada una, que en el dicho tiempo seran en todas.	33,600	
Oficiales mayores y menores de los tercios	En los dichos 10 tercios ha de haber en cada uno de ellos un sargento mayor, un auditor, un barrachel de campaña con cuatro hombres que anden con él un médico, un cirujano, un furrier mayor, un alguacil, un escribano, un tambor mayor y un verdugo, que el sueldo de todos ellos monta cada mes 210 escudos, y el de los 10 tercios en ocho meses.	16,800	
		1.013,144	
	Así que monta el sueldo de los 28,000 soldados españoles, y los maestres de campo, capitanes y oficiales de ellos, segun va declarado, 1.013,144 escudos de á 10 rs. castellanos cada escudo, que hacen 354.688,960 mrs. de la dicha moneda.		354.688,960

INFANTERÍA ITALIANA

	De la dicha infantería se presupone que ha de haber 15 000 soldados, repartidos en 6 coronelías, y que para que cada uno de ellos traiga 2.500 soldados, se les ha de dar orden que traigan a 3,000 en 12 compañías, que vendrán á ser á poco más de 200 soldados cada una, y contando a esta razón, montará su sueldo, con el de los 6 coroneles y el de los capitanes y oficiales que ha de haber en las dichas coronelías, lo siguiente:		
Sueldo de los 6 coroneles.	Por el sueldo de los 6 coroneles en los ocho meses, contando á razón de 150 escudos cada uno al mes.	7,200	
Sueldo de 72 capitanes.	En las dichas 6 coronelías ha de haber 72 capitanes, que el sueldo de ellos monta en los ocho meses contenido, a razón de 40 escudos cada uno	23,040	
Sueldo de alféreces y sargentos.	Por el sueldo de 72 alféreces y otros tantos sargentos en el dicho tiempo contenido, el de los alfereces a razon de 15 escudos cada mes por cada uno, y el de los sargentos a 8.	13,248	
Sueldo de 15,000 soldados italianos	Por el sueldo sencillo de los 15 000 soldados en los dichos ocho meses contenido, á razon de 3 escudos cada uno al mes.	360,000	
Ventajas de 15 por 100	Por las ventajas que se acostumbran dar á esta nacion de a 15 por 100, tocan á los 15.000 soldados cada mes 3.750 escudos, y en los ocho 30.000, y en el numero de estas ventajas entran todas las que tiene esta nacion, excepto los cabos, y han de traer 15 mosquetes por compañía.	30,000	
Ventajas de cabos de escuadra.	A los 15,000 soldados les caben 600 cabos de escuadra, contando por cada 25 soldados un cabo, que las ventajas de ellos en los ocho meses, haciendo cuenta á razon de 3 escudos cada uno al mes, montan.	14,400	
Sueldo de los gentileshombres de los coroneles	Por el sueldo de 10 gentileshombres que ha de tener consigo cada uno de los dichos coroneles, a razon de 10 escudos al mes cada gentilhombre, monta en los ocho meses.	4.800	
Oficiales de las coronelias.	En cada una de las coronelias ha de haber un sargento mayor, un auditor, un médico y un cirujano, què el sueldo de ellos contenido como se paga en la infantería italiana, cada mes en una coronelía 87 escudos, y en las 6 en los ocho meses.	4,176	
		456,824	
	Así que monta el sueldo de los 15.000 soldados italianos repartidos en las seis coronelias, con el de los coroneles y oficiales, segun va declarado, 456.824 escudos de a 10 reales castellanos, que hacen		155.333,760

SUELDO DEL CAPITÁN GENERAL DE LA INFANTERÍA ITALIANA Y SU ESTADO

Por el sueldo del capitán general de los dichos ocho meses, contando a razón de 500 escudos al mes, que es lo que se pagaba á D. Pedro de Mendires en la jornada de este reino.	4,000
Por el sueldo de 30 soldados de su guardia con la ventaja de un cabo en el dicho tiempo contenido, á razon de 3 escudos cada uno, y 3 por la ventaja del cabo	744
Por sueldo de un sargento mayor general, á razon de 100 escudos al mes, 80 por su persona y 20 por un ayudante.	800
A un comisario de la dicha infantería, á razon de 40 escudos al mes.	320
A un capitán de la guardia, a razón de 25 escudos.	200
Por el sueldo de auditor general, a razon de 40 escudos.	320
Por el furrier mayor y su ayudante, a la misma.	320
Por el de un medico, a razon de 30 escudos	240

Por el de un cirujano, á la mismo. 240
Por el de un capitán de campaña, á razon de 53 escudos. 424
Por el de un tambor general, á 15 escudos. 120
Por el de un capellán, á 6 escudos. 48

7,776

Así que monta el sueldo de la persona del capitán general de la infantería italiana, su guardia y estado de los ocho meses, 7.776 escudos de á 10 reales castellanos, que hacen 2.643,840

INFANTERÍA ALEMANA

12,000 soldados.

De la dicha gente se presupone que han de venir 12,000 soldados, y para que lleguen á este número será necesario levantar 3 regimientos de á 5,000 cada uno y el sueldo de los 12,000 con el de los dichos coroneles y sus estados, montarán en los ocho meses lo siguiente:

Sueldo de 3 coronelias.

Los dichos coroneles tienen de sueldo para sus personas y estado, á razón de 1,084 florines, moneda de Alemania, cada uno al mes, y conforme á esto, montará el de los ocho meses de los tres. 263,016

Sueldo de los soldados.

Por el sueldo sencillo de los 12,000 soldados, á razon de 4 florines por cada uno al mes, en los ocho. 384,000

Sobrepagas.

En la dicha infantería alemana, el sueldo que se paga á los capitanes y oficiales demás de sus plazas, que todos ellos pasan como soldados, va incluso en las sobrepagas que se dan para este efecto y para las ventajas de personas particulares que vienen en las compañías, y de cabos de escuadra y de oficiales de primeras planas, y presuponiendo que los dichos 12,000 hombres han de venir en 30 banderas, de 400 soldados cada una, y que para que tengan este número, que es el que acostumbran tener las compañías de esta nación, se les ha de dar orden que levanten á 500, y se les han de dar por compañía á razón de á 300 de las dichas sobrepagas, en ocho meses montan. 288,000
Para las banderas que se han de dar á los 30 alféreces en el dicho tiempo, contando á razon de 30 florines por bandera. 900

698,916

Así que montan el sueldo de los 12,000 soldados alemanes, con el de los 3 coroneles y sus estados, 698.916 florines, moneda alemana, que, contando á razón de 7 reales castellanos por florín, que es el precio á que se podrán valuar, haciendo el concierto con los coroneles antes de levantar la dicha gente en Alemania, no obstante que en Cádiz se pagó al conde Jeronimo á razón de 7 reales y 8 mrs. por florín, montan 166.342.008 mrs., moneda de Castilla, y hase de advertir que en lo que toca á las sobrepagas suele haber más y menos en el número de ellas, conforme á la calidad de la gente y á la necesidad que hay de ella, y que el número que va aquí puesto es de los más subidos que se suelen dar. 166.342,008

CABALLERÍA

1,200 caballos.

En la dicha armada han de ir embarcados, para echar en tierra con el ejército, 1,200 caballos, en la forma que irá declarado, que el sueldo de ellos monta lo siguiente:
Hombres de armas de las guardias de Castilla, 400, que el sueldo de ellos, contando á razon de 40.000 maravedises por cada uno al año, que es el sueldo que ganan, montan en los ocho meses. 10.666,666
El de 400 jinetes, 100 de ellos de la costa, y otros 200 de la gente que han de dar los señores y prelados de Andalucía, contando á razon de 26,000 maravedises por año, montan en los ocho meses. 6.933 333
Por el de 200 caballos ligeros de las dichas guardias, á razón de 26,000 maravedises por año, montan en los ocho meses. 3.466,666
Por el de 200 arcabuceros de á caballo, 100 de la compañía de D. Sancho Bravo, y otros 100 que se han de levantar de nuevo, de la misma razon . . . 3.466,000
Por las ventajas de 20 capitanes, que se presupone habrá en la dicha gente, y otros tantos alféreces, contenido á razón de 300,000 maravedises por cada compañía al año. 4.000,000

28.533,331

Así que monta el sueldo de 1,200 caballos que han de ir en la dicha armada en los ocho meses, 28.533,331 maravedises, de los cuales se descuentan 22.433,331 que monta el sueldo de los 400 hombres de armas y 200 caballos ligeros de las guardias de Castilla, y 200 jinetes de la costa, y 100 arcabuceros de la compañía de D. Sancho Bravo, porque éstos, aunque no se ofrezca la dicha ocasion, los ha de pagar S. M. Quedan 6.100,000

400 caballos de personas particulares.

Demás de los 1,200 caballos, se hace cuenta que irán del Capitán general de la armada y ejército y de los demás generales, ministros y oficiales que irán con él, otros 400, y con ellos otros 400 mozos.

4,290 personas del Ministerio de Artillería.

Asimismo se presupone que irán en la dicha armada y ejército, por cuenta de la artillería, las personas siguientes:
Gastadores. 3,000
Mozos de mulas. 700
Artilleros para campaña. 100
Gentileshombres del artillería. 60
Maestros de carpintería de todas suertes. 80
Carreteros para hacer carros. 60
Herreros y cerrajeros. 60
Armeroles. 10
Herradores para las mulas y caballos aventureros. 22
Toneleros y odreros.. 12
Esparteros. 2
De oficiales principales, ingenieros y criados del Capitán general, y los ministros y oficiales que han de ir con la dicha artillería.. 184

4,290

Las cuales 4,290 personas son las que han de ir con la dicha artillería, y el sueldo de ellas no se pone aquí porque va puesto adelante con el gasto de ella.

3,000 aventureros.

Asimismo se presupone que, además de la dicha gente, irán en la armada y ejército 3.000 bocas, entre aventureros y criados de personas particulares, ministros y oficiales, á los cuales se les ha de dar racion.

SUMARIO DE LA GENTE DE MAR Y GUERRA, AVENTUREROS Y OFICIALES QUE HAN DE IR EN LA DICHA ARMADA Y EJÉRCITO Y POR CUENTA DE LA ARMADA

De las naves, urcas y navíos pequeños.. 16,612

De las 40 galeras	11,200
De las galeazas	2,520
Infantería española	28,000
Infantería italiana	15,000
Infantería alemana	12,000
Caballería con sueldo	1,200
Caballos aventureros	100
Por cuenta del Ministerio de Artillería	4,290
Gentileshombres, aventureros y personas particulares	3,000
	94,222

Por manera que son 94.422 personas de gente de mar y guerra, del servicio del artillería y aventureros, las que, conforme á lo sobredicho, irán en la Armada, y 9.800 remeros, que por todos son 94.222 bocas, á los cuales se les ha de dar racion ordinaria, á cada uno, una al día.

BASTIMENTOS QUE HA MENESTER LA DICHA ARMADA Y EJERCITO

Para las dichas 84.422 personas de mar y guerra y del servicio del artillería y aventureros, y para los 9.800 remeros, que en todas son 94.222 bocas, á los cuales se les han de dar otras tantas raciones ordinarias cada dia, serán menester en los ocho meses contenido por ellos doscientos cuarenta y cuatro dias los infrascriptos bastimentos, que, contados á los precios que en la partida de cada género irá declarado, montará lo siguiente:

Bizcocho, 379.337 qq.
De Andalucía, 120,000, que las 60 se han de fabricar en Sevilla y el Puerto, y las 60 en Lisboa
De Malaga, Antequera y su comarca, 50.000
En Vizcaya, la provincia y las cuatro villas, de trigo de Burgos y Tierra de Campos, 56,000
De Napoles, 20,000 qq. de aquel reino, que hacen de Castilla 40,000
En Cartagena, del reino de Murcia y la Mancha, 50,000.
379,000
Que será bien llevar con la Armada 15 ó 20 mil quintales de harina en lugar de otro tanto bizcocho.

Bizcocho para las dichas bocas será menester en los ocho meses, por cada racion libra y media y en toda la cantidad 10 por 100 por la mazamorra y merma que ha de haber, 379.337 quintales, que contados á razon de 20 rs. el quintal, que es el precio á que se presupone podrá costar, no obstante que ahora vale de 16 á 18, porque podrá ser que desde aquí á que se acabe de hacer valga más caro, monta 257.949,160

Vino, 46,800 pipas
Las partes donde se han de proveer.

De Vinaroz, Villacarlón y Peñíscola	8,000
De Malaga, Marbella y Gibraltar	5,000
De Jerez y su comarca	5,000
Sevilla, el Alfaraje y la Sierra	6,000
De Monzón, Lameco y Rivadavia	7,000
De Napoles	16,000
	47,000

Vino no se ha de dar á los dichos remeros, y para las 84.422 raciones de gente de mar y guerra y demás, han menester en los doscientos cuarenta y cuatro días 20.598.968 raciones de media azumbre de Castilla cada racion, que hacen 46.800 pipas de á 27 arrobas y media cada una, á razon de 12 ducados castellanos cada pipa, que es á lo que se presupone podrá costar. 210.600,000

Tocino, 22,800 qq.
Las partes donde se ha de proveer

De Sevilla, la Sierra y Extremadura	5,000
De Ronda	1,000
De Galicia	2,000
De Vizcaya	2,800
De Napoles	12,000
	22,800

De tocino, haciendo cuenta que de los doscientos cuarenta y cuatro días, los setenta y dos de ellos se ha de dar ración de despensa de este género, tocan á las 84.422 bocas de gente de mar y guerra 6 quintales ó 78.384 raciones de á 16 onzas cada uno, que hacen 22.800 quintales, los cuales, contados á razon de 70 rs. castellanos el quintal, que es el precio á que se presupone podrá valer, haciendo cuenta que aunque en España valga algo más de este precio, lo que vendrá de Nápoles será más barato, monta. 54.264,000

Queso, 21,500 qq. Las partes donde se ha de proveer:

De Mallorca y Menorca	2,000
De Sevilla, la Sierra y Extremadura	2,000
De Sicilia y Cerdeña	14,000
De Portugal y lo que viene de Sevilla á Lisboa	3,500
	21,500

De queso se hace cuenta que ha de dar ración sesenta y ocho días á las 84.422 personas, que vienen á ser 5.740.696 raciones de 16 onzas cada racion, que hacen 21,500 quintales, los cuales, contados á razon de 70 reales el quintal, monta. 51.170,000

Atún, 23,200 barriles
Las partes donde se han de proveer.

En el Augante, Lagos y Villanueva	8,000
En Cádiz	4,000
En las almadrabas de Conil y Zahara	11,200
	23,200

Atún para sesenta y seis días para las dichas personas, 5.571.870 raciones de 16 onzas cada racion, que hacen 23.200 barriles de 90 libras cada uno, los cuales, contados á razon de 22 rs. castellanos cada uno, monta. 17.353,600

Carne de vaca salada, 16,040 qq.

En Sevilla, Extremadura y la Sierra	4,000
De Galicia	6,000
De Asturias	3,000
Entre Duero y Miño	3,000
	16,000

Que esta carne se ha de hacer en invierno y curarla al aire, y no en salmuera y en botas, porque si se hace y estiva en ellas se dañará y no será de servicio.

De carne de vaca salada para los treinta y ocho días restantes, 3.208.036 raciones de media libra cada una, que hacen 16.040 quintales, los cuales, contados á razón de 1,200 maravedises castellanos el quintal, monta. 19.284,000

Aceite, 24,000 arrobas
Las partes donde se ha de proveer esta cantidad de aceite se hallará este año en el Andalucía, donde hay cantidad de ello

Aceite para los 20.599,000 raciones que se han de dar á la dicha gente de mar y guerra, y para el ordinario de la gente de remo de las galeazas y galeras y para servicio de las naves y otras cosas, 24.000 arrobas, que contadas á razon de 9 rs. cada arroba, monta. 7.344,000

Vinagre, 3,200 pipas.
Las partes donde se ha de proveer:
De Nápoles . . . 1,500
De Andalucía. . . 1,700
3,200

Vinagre para lo dicho y para servicio de la artillería, 3.200 pipas, que á razón de 120 rs. la pipa, monta. 11.968,000

Habas y garbanzos, 26,000 fanegas.
En Cartagena. . . 5,000
Málaga 5,000
Sevilla.. 5,000
Napoles. . . . 6 000
Sicilia. 5,000
26,000

Habas y garbanzos para las dichas ra iones y para provisión de los remeros de las galeras, 26 000 fanegas, que á precio de 10 reales la fanega, montan. . . 8.840,000

Arroz, 7,000 qq
De Genova. . . . 4 000
De Valencia . . 3,000
7,000

Arroz para lo dicho, 7.000 quintales á precio de 1,500 maravedís castellanos el quintal, montan 10.500,000

Ajos, 50,000 ristras. — En Andalucía.

De 50,000 ristras de ajos á real cada uno, monta. 1.700,000

650.936,760

Los cuales dichos bastimentos son los que, como está dicho, parece serán menester para provision de la dicha armada y ejército, todo ello peso y medida de Castilla, que contados á los dichos precios, montan 650 936,760 maravedís de los cuales se advierte que se han de descontar en las raciones que se dieren á los que fueren sirviendo con sueldo de la dicha armada, que se presupone serán los siguientes:

De infantería de las tres naciones.	55 000
Caballería con sueldo	1.200
De gente por cuenta del Ministerio de Artillería..	4,290
De los 3000 aventureros se hace cuenta que tendrán sueldo ó serán criados de personas que lo tengan	1,500
	61,990

Por manera que son 61.990 personas las que se presupone irán en la dicha armada y ejército con sueldo, y se les han de descontar las raciones que recibieren del que hubieren de haber del tiempo que sirvieren, y porque S. M. tiene ordenado se descuenten á los que tuvieren á 4 escudos a razon de 25 reales por cada mes, y á los que tuvieren 3 á 18 rs. y ³, se hace cuenta que regulados los unos con los otros vendrán á salir a 21 reales cada uno, y á esta razón montara el dicho descuento en los ocho meses 304 086 880 maravedís, los cuales, como dicho es, se han de descontar de lo que monta el sueldo de la dicha gente, y demas dellos se han de bajar asimismo de lo que montan los dichos bastimentos otros 40 000 000 que se presupone podrán montar los bastimentos que van puestos en estas partidas que habran menester las dichas galeras, pues como está dicho en la partida del sueldo de ellas, que en todas son 304 086 880 maravedís, los cuales, descontados de los dichos 650 956.760 que monta toda la partida, quedan líquidos. 256.849,880

PARA PROVISIÓN Y SERVICIO DE LOS CABALLOS Y MULAS QUE HAN DE IR CON EL EJÉRCITO

En dicha armada han de ir embarcados 1,600 caballos para saltar en tierra con el ejército y 1,400 mulas de carro para tirar la artillería y llevar las municiones que en todos son 3,000 para provision y servicio, de los cuales será menester lo siguiente, haciendo cuenta que la provision ha de ser por seis meses:

Cebada, 91,500 fanegas.
En Málaga, Antequera y su comarca . 30,000
En Cartagena, Lorca y reino de Murcia.. 16,500
En Sevilla y Andalucía 45,000
91,500

Cebada habrán menester para los seis meses, contando á razon de 2 celemines por cada uno cada dia, uno con otro, porque las mulas comen más que los caballos, 91.500 fanegas, las cuales, contando á razon de 4 rs. la fanega, que es el precio á que se hallará cantidad de ella, monta. 12.444,000

Paja, 100 barcos.
Estos se han de proveer en la parte donde se hiciere la embarcacion

Paja cien barcos grandes, que costarán á 100 rs. cada uno. 340,000

Cinchas, 3,000 — De Nápoles
Lienzo, 1 500 varas
Esto se ha de proveer Sevilla
Pellejos, 6,000. — En Lisboa
Tinelos, 1,500. — Idem.
Sacos grandes, 500 — Idem
Herraduras, 16,000 pares.
Estas se han de proveer de Vizcaya y han de venir aderezadas.

Cinchas de cáñamo tejidas para que los dichos caballos y mulas vayan cinchados en los navios, 3 000, que á precio de 6 reales cada una, monta. . . . 612,000
Lienzo para cebadera en que coman los caballos y mulas, 4.500 varas, que á precio de 1 ½ rs. cada una, monta.. 229,500
Pellejos para las caballerizas, 6 000, que á precio de 2 rs. cada uno, monta. . 408,000
Tinelos para darles de beber 1,500, que á precio de 2 rs. cada uno, monta. . 102.000
Sacos grandes para llevar la paja de los navíos en que fuere a los de los caballos y mulas, 500, que á 9 rs. monta 153,000
Herraduras, 16.000 pares, 10 000 de caballos y las 6 000 restantes de mula, con la clavazon necesaria, que contadas á 1 ½ real el par, monta 816,000

15.104,500

Descuento.

Las cuales dichas cosas son las que han menester los caballos y mulas, montan 15 104.500 maravedís, y hase de advertir que no van en esta partida botas, lanternas ni otras algunas cosas que son necesarias para caballos y mulas, porque van en la partida de lo que generalmente es menester para la gente de la armada y el ejercito, de los cuales se hace cuenta que se han de bajar 7 040 000 maravedis de los dichos caballos, las 1.000 de los que han de ir á sueldo y 200 de los aventureros, que se presupone lo tendran los dueños de ellos, á razon de 25 reales por cada caballo en cada uno de los seis meses, los cuales se les han de descontar de lo que importaren sus sueldos, y quedan 7.964,500

Pipas para agua, 20,000
En Lisboa. . . 10,000
En Galicia. . . . 10,000
20,000

Los cascos de las pipas de madera en que ha de ir el vino van puestas en el precio de él, y para llevar el agua necesaria en la armada se presupone que serán menester 20 000 de dichas pipas, las cuales han de llevar a 4 arcos de hierro por cada una, y contando á razon de 33 rs. cada pipa, que es lo que se cree podrán costar, monta 22.440,000

DIVERSAS COSAS MENUDAS QUE HA MENESTER LA ARMADA Y EL EJÉRCITO

Tiendas de campaña — En Milán.

Tiendas de campaña para tener los bastimentos y para otras cosas del servicio del ejército, 100, a razon de 2 000 rs. cada una 680,000

Botillas de cuero, 40,000.
En Nápoles . . . 20,000
En Sevilla . . 10,000
En Lisboa. . . 10,000
40,000

Botillas de cuero para llevar agua y vino 40,000, las 24 000 de azumbre y las 16,000 de á dos, que á razon de 3 rs., monta. 4.080,000

Sacos de lienzo, 70,000. En Sevilla 35,000 En Lisboa. . . 35,000 70,000	Sacos de lienzo para embarcar y desembarcar bastimentos, 70.000. que á 3 rs., montan.	7.010,000	
Mochilas. 40,000 — En Sevilla	Mochilas de angeo, 40.000, que á real y medio cada una. monta	2.040,000	
Cueros, 6,000.—Idem	Cueros para llevar vino y agua de unas partes á otras, 6,000 á 12 rs. cada uno.	2.148,000	
Zapatos, 40,000 pares —En Napoles	Zapatos, 40.000 pares para los soldados de infantería y gastadores, á 3 reales cada par.	4.080 000	
Alpargatas, 20,000 —En Valencia.	Alpargatas, 20 000 pares, á real y medio el par, montan.	1.020,000	
Velas de sebo, 200 qq.—En Napoles	Velas de sebo para diversas cosas de servicio, 200 quintales, que á razón de 70 rs., montan.	408,000	
Hachas y velas de cera, 200 qq —Idem	De hachas y velas de cera 200 quintales por mitad, que á precio de 350 reales, montan	2.380,000	
Lanternas, 6,000.—En Genova.	Lanternas de madera para servicio de las naves y del ejército del tiempo que estuvieren en tierra, 6,000. que á 3 rs cada una, montan	612,000	
Cantaros de cobre, 1,000 — Idem	Cántaros de cobre para llevar agua de unas partes á otras y sacarla de los pozos, 1.000 á 11 rs.	374,000	
Leña, 4,000 barcadas — Estas se han de proveer en las partes donde se juntaren las naves	Leña para llevar en las naves, 400 barcas, que á precio de 125 rs., montan. .	1 700,000	
Piezas de barro, 1,000 —En Sevilla y Lisboa por mitad.	De platos, escudillas, ollas y jarros de barro vidriados 100,000 piezas, que á 10 maravedís, monta.	1.000,000	
Embudos, 4,000 — En Sevilla	Embudos de hoja de lata y cobre grandes y pequeños, 4,000, que á real cada uno	136,000	
Tablas, 20,000 — En Nápoles.	Tablas para los pañoles de las naves, 20.000, á dos y medio rs. cada una. . .	1.700,000	
Calderos de cobre, 300.—En Génova.	Calderos de cobre, 300, 150 grandes para las 150 naves gruesas, y los 1 0 restantes medianos y pequeños para los demas navíos, que uno con otro, á razon de 30 rs., monta	306,000	
Valdes herrados, 4,000 —En Napoles	Valdes herrados para sacar agua de pozos, 4,000, á 4 rs.	544,000	
Barriles de agua, 10,000 — En Genova y Niza.	Barriles de aguada para servicio de las naves y navíos y para echar en tierra con el ejército, 10 000, á 4 rs. cada uno.	1.360,000	
Romanas, 200.—En Cartagena	Romanas grandes y medianas para pesar bastimentos, 200, á 20 rs. cada una.	136,000	
Pesos de balanza, 500.—En Sevilla.	Pesos de balanza con sus pesas, 500, á 8 rs. cada una.	136,000	
Medias fanegas y celemines, 400 —Idem	Medias fanegas y celemines, 400, por mitad, á 8 rs. cada una.	108,800	
Medidas, 1,500 —Idem	Medidas de azumbre y media azumbre, 1,500. 500 de cada género, á 10 maravedís cada pieza..	15,300	
Dineros para los pañoles.	Para diversos gastos de maestranza, clavazón, barrotes y esteras para los pañoles de las naos	800,000	
		33.203 800	
Descuento.	Las cuales dichas cosas, sin las necesarias y que son menester para el servicio del ejército, y que contadas á los precios segun y como va declarado, monta 33.203,800 maravedises, de los cuales se bajan 10 404.000, que montan las 40.000 botillas de cuero, 40 pares de zapatos y 20 de alpargatas que van puestos en esta suma, porque estos se han de dar á los soldados por cuenta de sus sueldos, y quedan.		22.779,800

PARA SERVICIO DEL HOSPITAL

De Valencia.	Mantas frazadas, 2,000, á 20 rs. cada una..	1.360,000	
Sevilla y Lisboa	Jergones de angeo, 2.000, á 20 rs.	1.360,000	
Idem.	Sábanas de angeo curado, 8.000, á 14 rs. una	3 808,000	
Idem	Cabezales, 4 000, á 6 rs.	816,000	
Idem	Colchones de angeo curado, 2,000, á 50 rs	3.400,000	
Milan	Tiendas de campaña en que está el dicho hospital, 8 grandes, 4 pequeñas, otras 4, á 1.500 rs, cada una	408,000	
Sevilla y Lisboa.	Estopa de lino para curar los heridos, 30 quintales á 200 rs.	102,000	
Idem.	Paños de lino para curar los heridos.	150,000	
Medicinas y dietas.	Para medicinas, carneros, huevos, gallinas, conservas y otras dietas, se presupone.	2 000,000	
		13.404,000	13.404,000

Así que monta lo que es menester proveer para el hospital, según va declarado, 13.404 000 maravedís, y porque esto se presupone que se ha de desembolsar para comenzar á poner en orden el dicho hospital y que con la limosna que se saca de los soldados se podrá ir entreteniendo y pagando el sueldo de administrador general y administradores y demas oficiales, que serán los siguientes, en esta manera:

Un administrador general con 150 escudos al mes.	150
Dos administradores á 50 escudos.	100
Cuatro curas á 10 escudos.	40
Un protomedico con 50 escudos y otros 4 con 30.	180
Un cirujano mayor con 50 escudos y otros 4 a 25.	150
Seis practicantes á 6 escudos.	36
Cuatro barberos á 5	20
Dos boticarios á 15.	30
Dos ayudantes á 6.	12
Un veedor 25 escudos.	25
Un tesorero 25	25
Otros 6 oficiales á 6.	36
Cuatro enfermeros á 10	40
Doce mozos á 2.	24
	858

Los cuales dichos sueldos son los que ha de haber en el dicho hospital y se han de pagar cada mes, y porque como está dicho, la paga de ellos ha de ser de la limosna que se descontare á la gente de guerra, no se saca por esta partida ninguna cosa.

JARCIAS, FERROS Y ÁNCORAS PARA LLEVAR DE RESPETO LAS NAVES Y GALERAS

Cables, 200.—De Nápoles	Doscientos cables de cáñamo para naves, 50 de á 30 quintales, 50 de á 25, 50 de á 20, 50 de á 12, que todos juntos hacen 4 350 quintales, los cuales, contados á precio de 60 rs. el quintal, montan	8.874,000

Ancoras.	Ciento cincuenta áncoras de hierro de 15 á 20 quintales, que se presupone tendrá, una con otra, 3.000, contenidos á precio de 40 rs. quintal.	4.080,000
		12.954,000
Descuento.	Así que monta la dicha jarcia y fierros que se han de tener de respeto para en caso que lo hayan menester las dichas naves, 12.954.000 maravedís, de las cuales no se saca ninguna cosa, porque se presupone que cuando se den á las dichas naves han de pagar de sus sueldos lo mismo que costaren á S. M.	

GASTO POR CUENTA DE LA ARTILLERÍA

		Piezas	Peso
	Presuponiendo que el ejército que fuese embarcado en la dicha armada se ha de desembarcar en tierra, y se han de hacer algunas baterías, se entiende que para ellas y para artillar las naves será menester la artillería siguiente:		
Las partes donde se ha de proveer: De Mesina y Palermo y de las que quedaron de la Armada que estaban en Mesina en poder de Juan Peroz . . . . . . 12; Del reino de Nápoles 17; De Cartagena, Málaga y Lisboa . . . . 25; [total] 54	Cañones reforzados, 54, de peso de 55 quintales unos con otros, los 48 para 4 baterías de á 12 cada una y los 6 restantes de respeto.	54	2,970
De Nápoles. . . . 6; De Sevilla. . . . 3; De Cartagena, Malaga y Lisboa . . . 7; [total] 16	Culebrinas para deshacer los traveses, 14 de á 60 quintales cada uno, 4 en cada batería.	16	960
De Napoles si no los hay todos ellos se juntaran de nuevo.	Medios cañones y medias culebrinas, 16 para tirar á las defensas, que unos con otros tendrán á 19 quintales cada pieza.	16	304
Idem.	Sacres para campaña y para batir algunas trincheras, 24 de á 16 quintales cada uno, uno con otro.	24	284
Idem.	Esmeriles largos, 20 de á 6 quintales.	20	120
		130	2,638

Las cuales 130 piezas de artillería que, conforme a los géneros arriba dichos, han de pesar 2.638 quintales, son las que serán menester para las dichas baterías y campaña con sus encabalgamientos de ruedas, cureñas y todo lo demas a ellas necesario.

ARTILLERÍA DE MAR

		Piezas	Peso
	Las galeras y galeazas, y los galeones de este reino y los de Sevilla, se hace cuenta que todos tendrán la artillería necesaria y que á las naves levantiscas les faltará muy poca, y que la que se ha de proveer ha de ser para las naves de Vizcaya y la provincia, y piezas pequeñas para las zabras, patuches y chalupas, y que habrán menester las piezas siguientes:		
Para esto podrá servir la artillería que S. M. tiene en Andalucía y en esta ciudad y en Italia de estos géneros, y si faltare alguna se podrá fundir de 5,000 quintales de metal que S. M. tiene comprados en esta ciudad y estan la mayor parte de ellos en poder del Mayordomo de la Artillería, por cuenta de la corona de Castilla.	Cañones pedreros, 100 de á 35 quintales.	100	3,500
	Medios pedreros, 150 de á 20 quintales	150	3,000
	Medias culebrinas, 80 de á 15 quintales.	80	1,200
	Cuartos de cañon y culebrina, 60 de 12	60	920
	Sacres de á 10 quintales.	130	1,300
	Falconetes de 7 quintales, 130.	130	910
	Esmeriles y versos de á 3 quintales.	300	900
	Piezas de fierro colado.	200	»
		1,150	11,730

Las cuales 1,150 piezas de artillería de los dichos géneros se presupone que han de ser menester para la dicha armada, y que pesaran, según va declarado, 11.730 quintales.

SUMARIO PARA LA DICHA ARTILLERÍA QUE ES MENESTER PARA LA ARMADA Y EJÉRCITO

		Piezas	Peso
Que el valor de esta artillería no se saca la cantidad que puede montar por tenerla S. M., y porque en caso que se haya de fabricar alguna cosa, que no se pierde ni consume sino que se quede en ser para S. M.	Para las baterías y campaña.	130	4,639
	Para la armada.	1,150	11,730
		1,280	16,368

Por manera que serán menester para la armada, batería y campaña, 1.280 piezas de los géneros y suerte que va declarado, que vienen á pesar 16,368 quintales.

PARA LA DICHA ARTILLERÍA DE MAR Y TIERRA SERÁ NECESARIO PROVEER LA PELOTERIA SIGUIENTE:

		Pelotas	Peso
Peloteria de batir.	Pelotas de cañón de batir, de 4 libras.	12,000	4,800
	De culebrinas, de 25 libras.	1 000	1,000
	De medios cañones.	4,000	600
	De sacres y falconetes.	8,000	640
	Para la artillería de las naves.	»	10,000
			17,040
Esta se ha de proveer de Vizcaya y Lisboa.	Por manera que son menester para la dicha artillería 17,040 quintales de pelotería, haciendo cuenta que las naves levantiscas, galeones de Sevilla y de este reino, y las urcas alemanas y las galeras y galeazas tendrán lo que han menester y no será necesario darles ninguna, presuponiendo que los 17 040 quintales habrán en las casas de municion de S. M. a lo menos la metad, que no sera necesario comprarla, y la otra metad que serán 8 500 quintales, se habrán de comprar y montaran a precio de 25 reales quintal.		7.225,000

MUNICIONES, PÓLVORA, PLOMO Y CUERDA

De Nápoles, 3.500 quintales, que hacen de Castilla. 7,000	De pólvora se hace cuenta que será menester para la armada y el ejército la siguiente:

Nota marginal	Concepto	Parcial	Total
De Génova y Milán, y la que viene de Andalucía . . . 7,000	Para las baterías, haciendo cuenta que los cañones han de tirar, uno con otro, á 26 libras y las culebrinas á 24, y los medios cañones á 16, será menester para cada vez que hubieren de disparar, 18 quintales, y á esta razon se presupone serán menester.	6,000	
Málaga, Sevilla, Burgos y Lisboa. . . 8,000	Para la arcabucería y mosquetería.	6,000	
22,080	Para las galeazas y galeras, haciendo cuenta que las galeazas han de llevar á 200 quintales y las galeras á 30.	2,100	
Que en caso que al presente no haya toda esta cantidad de pólvora, se puede comenzar á fabricar en las partes arriba dichas, de suerte que cuando sea menester haya la dicha cantidad.	Para las naves y chalupas, zabras y pataches haciendo cuenta que las 120 naves han de llevar 30 piezas á 60 quintales, una con otra, y 80 zabras, pataches y chalupas, que se presupone han de ir armadas a 8 piezas pequeñas y á 6 quintales.	2,680	
		22,080	

Nota marginal	Concepto	Parcial	Total
	Por manera que serán menester para la dicha artillería de baterías, naves, galeazas y galeras y para la arcabucería y mosquetería, 22,080 quintales de pólvora, de los cuales se hace cuenta que tendrá S. M. en sus casas de municion los 11.080 quintales, que no será necesario comprarlo, y los 11.000 restantes, á razon de 150 rs., el que montan	56.100,000	
Cuerda de arcabuz.—De Napoles	Cuerda de arcabuz para todo lo dicho, 10,000 quintales, que á precio de 60 rs., montan	20.400,000	
Plomo.—De Sevilla.	Plomo para balas de arcabuz y mosquete y otras cosas que se ofrecen, 12.000 quintales, á 30 reales.	12.240,000	
		88.710,000	
Descuento.	Así que montan las municiones de polvora, plomo y cuerda, según y como va declarado, 8s.740,000 maravedís, y presuponiendo que mucha parte de estas municiones se han de dar á los soldados, arcabuceros y mosqueteros que ha de haber en la dicha armada y ejército, y que de los dichos 55.000 infantes han de ser los 30 000 arcabuceros, y los 3.400 mosqueteros, y que aunque se quiera saber lo que cada uno habrá de gastar, no podrá ser al justo, se hace cuenta que vendrán á salir en todo el dicho tiempo, unos con otros, á 2 escudos por cada uno, que es de dos y medio reales cada mes, y que esto se le ha de descontar de su sueldo, monta el dicho descuento 22.712,000 maravedises, los cuales, bajados de los 88.710,000, quedan en.		66.028,000

ARMAS PARA ARMAR LA INFANTERÍA Y PARA LLEVAR DE RESPETO

Los soldados alemanes é italianos y los españoles que han de venir de Italia, y los que quedaren de la armada que va este año á las Indias, se presupone que estarán armados de coseletes y las demás armas, y que para los 12 000 españoles que se han de levantar en Castilla y los 5.000 de este reino de Portugal, y para llevar de respeto en las naves y para lo demás que se pudiera ofrecer, que serán menester las armas siguientes:

ARCABUCES

Nota marginal	Concepto	Parcial	Total
Arcabuces.—De Milan.	Para los dichos 17,000 hombres se hace cuenta han de ser arcabuceros los 10,000 y que para ellos serán menester otros tantos arcabuces.	10 000	
	Para llevar de respeto en los navíos para la gente de mar de ellos	1,000	
	Para armar los 3,000 soldados nuevos en Portugal en lugar de los que se sacan.	2 000	
		16,000	
	Los cuales 16.000 arcabuces son los que se presupone serán menester para el dicho efecto, los cuales, contados á razon de 25 rs. cada uno, montan 13 600.000, de los cuales, descontados 10 200.000 maravedís de los dichos arcabuces, los 10.000 que se han de dar a los soldados nuevos que se han de levantar y los 2.300 restantes que se han de servir para los que se han de meter en este reino, quedan.		3.100,000

MOSQUETES

Nota marginal	Concepto	Parcial	Total
	Para los 17 000 hombres, haciendo cuenta que á razón de cada 100, 10, y para tres compañías que ha de haber de solos mosqueteros de á 200 cada una, serán menester.	2,300	
	Para llevar de respeto en las naves y navíos para la gente mareante de ellos	3,000	
	Para los 3.000 soldados que se han de meter en Portugal	300	
		5,600	
	Los cuales 5,600 mosquetes son menester para armar la dicha gente, y contados á razon de 50 rs. cada uno, montan 9 520.000 maravedís, de los cuales se bajan y descuentan 4 420.000 que montan los 2,600 mosquetes que se han de dar á los soldados nuevos y á los que se han de meter en este reino á cuenta de sus sueldos, y quedan.		5.100,000

COSELETES

Nota marginal	Concepto	Parcial	Total
Coseletes.	Coseletes para dicha infantería, haciendo cuenta que ha de llevar á 15 por 100 y para de respeto 3,200, que siendo las dos tercias partes de los blancos y la otra grabados, se hace cuenta que costarán, uno con otro, á 100 rs., y montarán	10 880,000	
Picas.	De picas se presupone que serán menester 10,000, las 5.000 para acabar de armar los 17.000 hombres, y las 5.000 restantes para de respeto, que contadas á razón de 8 rs. cada una, montarán	2.720,000	
		13.600,(00	
Descuento de su sueldo.	Así que montan los coseletes y picas en la manera que arriba va declarado 13 600.000, de los cuales se ha de sacar de descuento 2 550 de los dichos coseletes, y 5.000 picas que se han de dar á los dichos soldados nuevos, que á los dichos precios montan 10 030,000 maravedís, que descontados, quedan.		3 620,000

SUELDO DE LA GENTE QUE HA DE IR CON LA ARTILLERÍA

Nota marginal	Concepto	Parcial	Total
El sueldo suele ser mas ó menos, conforme S. M. lo señala	Por el sueldo del Capitán general en un mes	250	
	Por el de cuatro tenientes á 30 escudos	120	
	Por el de un contador y un ayudante	35	
	Por el de un mayordomo y dos ayudantes.	15	
	Para un furrier general.	25	
	Para cuatro ingenieros, los dos á 40 escudos y los otros dos á 30	140	
	Para un furrier de vituallas	20	
	Para un médico	30	
	Para un cirujano.	20	

	Para un secretario.	20	
	Para 24 alabarderos y un cabo á razón de 4 escudos y el cabo 7	103	
	Un capellán.	6	
	Para la dicha artillería se hace cuenta que serán menester 60 gentileshombres; que el sueldo de ellos, contados los 30 á 15 escudos al mes y los 30 á 12 .	810	
		1,624	
	Así que monta el sueldo del dicho capitán general y oficiales mayores, gentileshombres é ingenieros, 1,624 escudos de á 10 reales, en un mes y en los dichos ocho.		4.417,280

SUELDO DE LOS GASTADORES

Comisarios.	Para levantar los dichos 3.000 gastadores ha de haber dos comisarios con 50 escudos de sueldo al mes, y en los ocho montan.	800	
Capitanes	Los 3 000 gastadores se hace cuenta que se han de levantar en 20 compañías de á 150 por cada una y el sueldo de los capitanes de ellas en los ocho meses montan, contando á razon de 20 escudos por cada uno.	3,200	
Gastadores —Estos se han de levantar 500 en Castilla, 1,000 en Galicia y los 1,500 restantes en Italia.	Por el sueldo ordinario de los dichos gastadores en el dicho tiempo, á 3 escudos cado uno	72.000	
	Por las ventajas de 120 de cabos á 2 escudos cada uno.	1.930	
		77,930	
	Así que montan el sueldo de los gastadores en los ocho meses 77,930 escudos, que hacen maravedís		26.496,200

SUELDO DE ARTILLEROS Y OFICIALES DE MAESTRANZAS

Artilleros.—Se podran sacar en Burgos, Navarra y este reino	Para echar en campaña se hace cuenta que serán menester 100 artilleros; que el sueldo de ellos, contenido á razon de 10 escudos, unos con otros, montará en los ocho meses.	8,000	
Carpinteros —De Castilla, y han de traer sus herramientas.	Por el sueldo de 80 carpinteros, 30 maestros y 50 oficiales, á razón de 10 escudos cada uno, unos con otros.	6,400	
Carreteros —De la Mancha.	Por el de 60 carreteros, 30 mozos y 30 ayudantes, á razon de 8 escudos, unos con otros	3,840	
Herreros y cerrajeros —De Vizcaya	Herreros y cerrajeros, 60, 20 maestros y 40 ayudantes, á la dicha razon de 8 escudos, unos con otros	3.840	
Armeroles.—De Milan.	Armeroles, 10, á 10 escudos cada uno al mes	800	
Herradores —De Castilla.	Herradores para las mulas y para si faltaren en las compañías de caballos, y para los aventureros, 10 maestros y 12 ayudantes que á 6 escudos.	1,056	
Toneleros y odreros —Idem.	Toneleros y odreros, 12, 6 de cada oficio, á 10 escudos cada mes.	960	
Esparteros.	Esparteros, 2, á 10 escudos.	160	
		25,056	
	Así que monta el sueldo de los artilleros y oficiales que han de servir á la dicha artillería 25 056 escudos de á 10 reales, que suman		8.519,040

MULAS

Mulas —Estas se han de sacar del marquesado de Villena, Mancha, Toledo y Campos. Descuento.	Para tirar la dicha artillería y llevar las municiones de ella, se han de llevar, como está dicho, 1 400 mulas que se puede suponer vendrán á costar, una con otra, á razon de 700 rs. cada una, y á este respecto montarán todas 33 320.000 maravedís, de los cuales se descuentan 11 106,666, que es el tercio de todo el coste, y lo que se presupone valdrán, á lo menos, las que quedaren acabada la jornada, volviéndolas á vender, y quedan		22.213,334
Mozos carreteros.	Para servicio de las dichas mulas han de ir 700 mozos que sirvan de carreteros, que el sueldo de ellos, en los ocho meses, contando á razon de 8 escudos. . . .		15.232,000

DIVERSOS PERTRECHOS DE LA ARTILLERÍA

Jarcia de cañamo.—De Napoles.	Jarcia de cáñamo para gúmenas retenidas, estrinques y otra diversa cordonería que la artillería ha menester, 200 quintales, que á precio de 60 rs . . .	408,000	
Carros matos.—Idem.	Carros matos, 50, á 350 rs. cada uno	595,000	
Encuartes osleas —Idem.	Encuartes osleas para caminar la dicha artillería, otras 50, á 200 rs. cada una.	340,000	
Cabrias —Idem.	Cabrias con sus poleas y roldanas de bronce para encabalgar la artillería, 4, á 100 escudos.	136,000	
Ruedas —Idem.	Ruedas herradas y por herrar, de cañon y medio cañon, culebrina y media culebrina, 60, á precio de 100 rs.	204,000	
Timón —Idem.	Cien timones para los carros matos y encuartes, á 30 rs.	102,000	
Ejes.—Idem.	Ejes para las dichas piezas, herradas, para de respeto, 100, á precio de 60 rs.	204,000	
Carros.—Estos se han de traer con las mulas	Doscientos carros manchegos para llevar municiones de unas partes á otras, y desde la armada á la parte donde estuviere el ejército con los aparejos necesarios de ruedas, herrados y todo lo demás, que, á precio de 300 rs. cada uno, montan.	2.040,000	
Clavazon —De Vizcaya.	Clavazon de todas suertes, 150 quintales, que, á precio de 50 rs. el quintal, montan.	225,000	
Sierras.—Idem.	Cien sierras, 50 grandes, 25 medianas y 25 pequeñas, unas con otras, con sus limas y aparejos, á 25 rs	85,000	
Palancas.—Idem.	Cien palancas de fierro, pies de cabra y brocas de todos géneros por igual, unos con otros á 600 maravedís.	60,000	
Fraguas —Idem.	Doce fraguas de herrería con sus fuelles dobles, yunque, bigornia, martillos, tenazas, limas y lo demás necesario, á 50.000 maravedises cada una. . . .	600,000	
Fierro.—Idem.	Trescientos quintales de fierro de todas suertes, planchas y vergajon, á razón de 1,500 maravedís.	450,000	
Acero —De Milán.	Ciento cincuenta quintales de acero para calzar las herramientas y para otros servicios, á 1.800 maravedís.	270,000	
Taladros.	Ochenta taladros para desenclavar la artillería, á razon de un escudo cada uno.	27,200	
Barrenas.—De Vizcaya.	Trescientas barrenas de todas suertes, á 250 maravedís cada una, porque ha de haber algunas grandes.	75,000	
Martillos.—De Milán.	Doscientos martillos de todas suertes, á razon de 150 maravedís cada uno. .	30,000	
Clavijas —Idem.	Mil clavijas y chavetas de todas suertes, que á precio de real, una con otra. .	34,000	
Cobre. - De lo que S M tiene en Lisboa	Veinte quintales de cobre batido para cargadores, que á precio de 7.000 maravedís el quintal.	140,000	
Carniquies.—De Milán.	Cuatro carniquíes para encabalgar la artillería, á precio de 20 escudos. . .	27.200	
Martinetes —Idem	Seis martinetes para el dicho efecto, á razon de 20 escudos.	51,000	
Sebo —De Napoles.	Cien quintales de sebo para untar los ejes de la artillería y carros de las municiones, á 1,700 maravedís..	170,000	
Trozos de escala —Idem	Dos mil trozos de escalas para los asaltos, de 8 pies cada uno, á precio de 100 maravedís..	800,000	
Tiendas de campaña.—De Milan	Cuarenta tiendas de campaña para las municiones, á 60,000 maravedís. . .	2.400,000	

Cuartones —De Cartagena y Nápoles	Cuatro mil cuartones de castaño, de 14 a 20 pies, para cobertizos, andamios, reparos y otras cosas, á precio de 7 rs.	952,000	
Tablones	Dos mil tablones para la plataforma y minas, a razon de 600 maravedís.	1.200,000	
Tablas.—De Napoles.	Veinte mil tablas ordinarias de todas suertes, á 90 maravedís.	1.800,000	
Sacos. -De Sevilla	Doce mil sacos de angeo, pequeños, para hacer reparos, a 70 maravedís	840,000	
Hilo —De Napoles	Treinta quintales de hilo de cañamo de todas suertes, á 150 rs.	153,000	
Rolletes alquitranados.—De Vizcaya	Doce mil rolletes de alquitran para alumbrar de noche, costarán.	550,000	
Hachas de tea —De Vizcaya.	Hachas de tea, alquitranadas otras tantas, para el mismo efecto, que seran del mismo coste	550,000	
Estacas —De Napoles.	Estacas grandes de castaño, de 10 a 12 pies de largo, para trincheras y reparos, 30,000, que a precio de 30 maravedís, costarán.	900,000	
		16.118,400	
	Así que montan los dichos pertrechos y cosas que son menester para servicio de dicha artillería		16.118,400

FUEGOS ARTIFICIALES

Bombas - De Lisboa.	Dos mil bombas, que a precio de 4 rs., montan.	272,000	
Alcancias —Idem.	Seis mil alcancías de barro, á 1 real.	204,000	
Abrojos.—Idem	Seis mil abrojos para ellas, a 1 real	204,000	
Dardos - Idem.	Dos mil dardos arrojadizos, a 500 maravedís	1.000,000	
Balas artificiales.—De Napoles	Dos mil balas artificiales, a 1,000 maravedís.	2.000,000	
Balas enramadas —Idem.	Mil balas enramadas, a 1,000 maravedís	1.000,000	
Brea y alquitrán —De Lisboa	Trescientos barriles de brea y alquitran, a 800 maravedís.	240,000	
Salitre —De Cartagena	Cien quintales de salitre, a razon de 300 maravedis.	300,000	
Azufre —Idem.	Cincuenta quintales de azufre, a 2,000 maravedís.	100,000	
Estopa —De Napoles	Cien quintales de estopa blanca, a 1,700 maravedís.	170,000	
Hilo de hierro.—De Lisboa.	Seis quintales de hilo de hierro de todas suertes, a 9,000 maravedís.	54,000	
		5.554,000	
	Así monta lo que es menester para los dichos fuegos artificiales, advirtiendo que no se pone aquí polvora, porque ésta se ha de tomar de la que va puesta para el ejército y armada.		5.554,000

HERRAMIENTAS DE GASTADORES

Hachas —De Genova.	Seis mil hachas de cortar leña, astadas, á 150 maravedís.	900,000	
Hocinos y marrazos —Id.	Seis mil hocinos y marrazos para hacer fagina, a 4 rs.	816,000	
Azadas - Idem.	Seis mil azadas o capas enastadas, a 150 maravedís.	900,000	
Azadones Idem	Seis mil azadones asimismo enastados, a 150 maravedís.	900,000	
Picos —Idem.	Seis mil picos de dos puntas al mismo precio.	900,000	
Palas de hierro.—Idem	Seis mil palas de hierro al mismo precio.	900,000	
Ganchos de hierro —Idem.	Mil ganchos de hierro para desgajar y abatir ramos, a 300 maravedís.	300,000	
Palas de madera —De Nápoles.	Doce mil palas de madera, a 50 maravedís.	600,000	
Carretones —Idem.	Carretones de mano, 2,000, á 620 maravedís.	1.240,000	
Angarillas.—Idem.	Angarillas de mano, 1,000 á 150 maravedís	150,000	
Astiles —Lisboa.	Treinta mil astiles para la herramienta, a 20 maravedís	600,000	
Espuertas o cofas —Alicante.	Cincuenta mil espuertas o cofas de esparto, a 30 maravedís.	1.500,000	
Serones —Idem.	Diez mil serones de esparto, a 80 maravedís.	800,000	
Libanes de esparto.—Idem.	Ciento cincuenta quintales de libanes de esparto de los ordinarios y más sutiles, a 1,000 maravedís.	150,000	
Sogas.—Idem	Sogas delgadas de esparto de á 18 brazas, 15,000, á 1 real cada una.	510,000	
Empleitas.—Idem	Doscientos quintales de empleitas para hacer cestones, con tomizas y agujas para coserlos, al precio de 1,000 maravedís.	40,000	
		11.366,000	
	Así que montan las dichas herramientas y lo más necesario para con que puedan servir los dichos gastadores.		11.366,000

En la dicha armada y ejército ha de ir un capitan general, que lo ha de ser generalmente de todo ello, demas de otros dos que ha de haber particulares de la caballería y galeras, el sueldo de los cuales, con las guardas y estados que se les acostumbran dar, y el de los demás ministros y oficiales generales, monta lo siguiente, en esta manera:

SUELDO DEL DICHO CAPITÁN GENERAL DE LA ARMADA Y EJÉRCITO, SUS GUARDIAS Y ESTADOS

De este sueldo ha de pagar el Capitan general la guardia de alabarderos, como la pagaba el Duque de Alba. Demas del dicho sueldo se pagaron al Comendador mayor otros 10,000 escudos, los cuales no se ponen aquí porque se entiende fueron por via de ayuda de costa.	Por el sueldo de la persona del dicho capitán general, contando á razón de 36,000 escudos al año, como se pagaba en Flandes al Duque de Alba y al Comendador mayor de Castilla, y se hace cuenta se ha de pagar al sobredicho, pues lo ha de tener todo á su cargo, á 3,000 escudos al mes.	3,000
	De entretenimiento para los gentileshombres que ha de haber cerca de su persona, 500 escudos al mes.	500
	Por el sueldo de un capitán de dichas guardias, á razon de 100 escudos al mes.	100
	Por el de su teniente.	50
	Por el de un secretario.	50
	Por el de dos medicos.	60
	Por el de dos furrieles, á 20.	40
	Por el de un capellan.	12
	Un mozo de capilla.	6
	Por el de cuatro intérpretes, á 12.	48
	Por el de seis trompetas, á 9	54

GENERAL DE CABALLERÍA

Por el sueldo de su persona, de un mes.	300
Por el de doce gentileshombres, á 15 escudos.	180
Por el de un secretario.	20
Por el de cuatro trompetas, á 8.	32
Por el de un furrier.	20
Por el de un capellan	8
Por el de un herrador.	8

CAPITÁN GENERAL DE LAS GALERAS

	Al capitán general de las dichas 40 galeras que ha de ir con la armada, á razon de 50 escudos al año.	117
Maestro de Campo.	Al maestro general de campo de dicho ejército, por el sueldo de su persona, guardia y gentileshombres.	500

Consejeros.	Por los entretenimientos de ocho personas particulares que se hace cuenta que han de ir de como consejeros cerca de la persona del capitán general: cuatro con 80 escudos de entretenimiento al mes, y los cuarenta restantes á 50.	520
Cabos de las naves.	Con las naves que se han de juntar se hace cuenta que han de venir tres cabos; uno con las que vinieren de Italia; otro con las de Andalucía, y otro con las de Vizcaya, á los cuales se les ha de pagar á razón de 100 escudos cada uno al mes, y monta. .	300
Cabos de navíos pequeños.	Para los navíos pequeños se hace cuenta que ha de haber otros tres, y que se les ha de pagar á razón de 50 escudos al mes.	150

OFICIALES DEL SUELDO

Por el sueldo de un proveedor y comisario general de la dicha armada y ejército, 150 escudos. los 125 para su persona y los 25 para dos oficiales.	150
Por el del veedor general, 112 escudos. 100 para su persona y 12 para un oficial..	112
Por el de dos contadores á 62 escudos cada uno, ·0 para su persona y 12 para un oficial.	124
Por el del pagador general 75 escudos, 50 para su persona y 25 para dos oficiales.	75
Por el de un tenedor de bastimentos, 60 escudos.	60
Por el de ocho comisarios de miniestras, á 30 escudos.	240

OFICIALES DE JUSTICIA

Auditor general.	60
Subteniente.	40
Tres escribanos.	24
Cuatro alguaciles.	24
Prevoste general, 350 escudos de sueldo al mes, 60 para su persona y teniente y los 240 restantes para cuarenta caballos, diez alabarderos de su guardia, cinco alguaciles, un alférez, un carcelero, un trompeta y un verdugo	350
	7,609

Así que importa el sueldo del capitán general de la armada y ejército y el de los capitanes generales, ministros y oficiales principales.	20.968,480

SUMARIO DE LO QUE MONTA ESTA RELACIÓN

El sueldo de las urcas, naves y navíos pequeños.	139.128,000
Sebo y mangueras de ellos.	1.452,480
Sueldos de la gente mareante de los navíos.	133.661,536
Sueldo de la gente de las galeazas	12.000,000
El de 20 fragatas y 20 falúas.	6.000,000
Por 20 barcas chatas.	9.000,000
El sueldo de la infantería española.	354.668,960
La infantería italiana.	155.333,760
El sueldo del general de la infantería y su estado.	2.643,840
Infantería alemana.	166 342,008
Sueldo de los caballos.	6.100,000
Todos los bastimentos, descontando el valor de las raciones.	256.849,880
La provision de caballos y mulas, hecho el descuento.	7.964,500
Pipas de agua	22.140,000
Diversas cosas menudas.	22.799,800
Cosas del servicio del hospital	13.404,000
Pelotería de todas suertes.	7.225,000
Pólvora, plomo y cuerda.	66.028,000
Arcabuces.	3.400,000
Mosquetes.	5 100,000
Coseletes y picas.	3 570,000
Sueldo de gastadores.	26.469,200
Sueldo de artilleros y oficiales de maestranza	8.519,040
La compra de mulas.	22.213.334
Sueldo de los mozos de ellas.	15.232,000
Pertrechos de la artillería.	16 448,400
Fuegos artificiales.	5.680,000
Herramientas de gastadores.	11.366,000
Sueldo del capitán general y estado	20 968,480
	1,526.452,498

De los maravedís que monta esta relacion se bajan y descuentan las partidas infrascritas, cada una de ellas por la razón que se declara en esta manera:

DESCUENTOS

Bajas de gente de mar.	De los 16,612 hombres de mar que van puestos, que han de ir en la dicha armada, se presupone que habrá de bajas, de los que faltarán, enfermarán, morirán y se huirán, 1.600, que á razón de 10 por 100 en el sueldo y comida de ellos, contando á razón de 1.600 maravedises por cada uno, uno con otro, montará en seis meses que se presupone será la baja	15.360,000
De infantes.	De los 55 000 infantes se presupone que faltarán los 10,000 que van puestos en la partida de la dicha infantería, por la razon que en ella se declara; el sueldo de los cuales en los seis meses, contados á razon de 4 escudos, uno con otro.	81.600,000
De caballos.	De los 1,200 caballos se hace cuenta que faltarán por la dicha razon 60, que es á la de 5 por 100, y el sueldo de ellos, en los seis meses, á 33 000 maravedises.	990,000
De gastadores.	De los 3.000 gastadores y de los 700 mozos de mulas se presupone que faltarán á razón de 10 por 100, que son 370 personas, el sueldo de las cuales, en los seis meses, contando unos con otros, á 4 escudos..	3.619,200
		100.969,200

RESOLUCION

Monta el gasto conforme á esta relación.	1,526 452,498
Monta el descuento.	100 969 200
Resta que se ha de proveer.	1,425.483 298

Por manera que monta el dinero que se ha de proveer para la dicha armada y ejército, habiendo hecho el dicho descuento, un mil cuatrocientos veinticinco cuentos, cuatrocientos ochenta y tres mil doscientos noventa y ocho maravedís moneda de Castilla, que hacen tres millones cuatrocientos y un mil doscientos ochenta y ocho ducados castellanos de á trescientos setenta y cinco maravedís cada uno, y doscientos noventa y ocho maravedís de otro, y hase de advertir que, demás del dicho descuento y bajas de las municiones y pertrechos que van puestos en esta relacion, quedarán, acabada la dicha jornada, la mayor parte de ellos para poder servir en otra ocasion que se ofrezca. Fecho en Lisboa, á 21 Marzo de 1586.—Don Alvaro de Bazán.

Sumario de la forma en que parece se habrán de repartir los tres millones ochocientos y un mil doscientos ochenta y ocho ducados, y doscientos noventa y ocho maravedís, que monta esta relacion, haciendo cuenta que los tres reinos de Nápoles, Sicilia y Lombardía habrán de pagar cada uno lo que va puesto, se ha proveer en él, excepto el de Nápoles que se presupone que por cuenta de él se han de dar dos pagas á la infantería alemana, y otras dos á la italiana, que se levantase en el dicho reino, demás de las dos que se han de dar á los españoles que se sacaren de él, y que lo restante ha de ser por cuenta de la Corona de Castilla:

POR CUENTA DEL REINO DE NÁPOLES

Del dicho reino, conforme á la dicha relación, se presupone que se han de sacar 2,000 infantes españoles, que el sueldo de ellos en dos meses, contando á 5 escudos cada uno, uno con otro, por las ventajas que hay en las dichas compañías y con los sueldos de los capitanes, etc.	6.800,000
Las tres coronelías de infantería italiana que se han de levantar en el dicho reino, han de tener 7,500 soldados, cuyo sueldo, en los ocho meses, contando á razón de cuatro escudos, uno con otro, monta.	20.400,000
La infantería alemana se hace cuenta que se le ha de dar asimismo otras dos pagas, y que éstas han de ser por cuenta del dicho reino, y conforme va declarado, montará.	41.500,000
Bizcocho, 20,000 quintales, peso de Nápoles, que hacen 40,000 de Castilla, contados á precio de 20 rs.	27.200,000
Vino, 16.000 pipas, á razon de 12 ducados castellanos.	72.000,000
Tocino, 6 000 quintales de aquel peso, que son de Castilla 12,000, á razón de 70 rs.	28.560,000
Vinagre, 1.500 pipas, á 11 rs.	5.610,000
Habas y garbanzos, 6,000 fanegas, á 10 rs.	2.040,000
Cinchas de cañamo tejido, á 6 rs., 3,000.	612,000
Veinte mil botillas para vino, á 3 rs.	2.040,000
Zapatos, 40 000 pares, á 3 rs.	4.080,000
Velas de sebo, 200 quintales, á 60 rs.	408,000
Hachas y velas de cera, 200 quintales, á 350 rs.	2.380,000
Tablas para pañoles, 20.000 á dos y medio rs.	1.700,000
Baldes herrados, 4,000, á 4 rs.	544,000
Doscientos cables para naves, 4,350 quintales, á 60 rs.	8.874,000
Pólvora, 7.000 quintales, á 150 rs.	35.700,000
Cuerda de arcabuz, 10,000 quintales, á 60 rs.	20.400,000
Jarcia de cañamo, 200 quintales, á 60 rs.	408,000
Carros matos, 50 á 350 rs.	595,000
Encuartes osleas, 50, á 200 rs.	340,000
Cabrias, 4, á 100 rs.	136,000
Ruedas de cañón de respeto, 60, á 100 rs.	204,000
Ejes herrados, 60, á 100 rs.	204,000
Timones para los carros, 100, á 30 rs.	102,000
Sebo, 100 quintales, á 50 rs.	170,000
Trozos de escalas, 20,000, á 400 maravedís.	800,000
Cuartones de castaño, 4,000, á 7 rs.	952,000
Tablas de todas suertes, 20,000, á 90 maravedís.	1.800,000
Hilo de cáñamo, 30 quintales, á 150 rs.	152,000
Estacas de castaño, 30,000, á 30 maravedís.	900,000
Balas artificiales, 2,000, á 1,000 maravedís.	2.000,000
Balas enramadas, 1,000, al mismo precio	1.000,000
Estopa blanca, 100 quintales, á 1,700 maravedís.	170,000
Palas de madera, 12,000, á 50 maravedís.	600,000
Carretones de mano, 6,000, á 620 maravedís.	1.240,000
Angarillas de mano, 12,000, á 150 maravedís.	150,000
	292.772,000

Así que monta lo que se presupone se ha de proveer y pagar por cuenta del reino de Nápoles, 780,725 ducados castellanos de á 375 maravedís y 125 maravedís de otro.

POR CUENTA DEL ESTADO DE MILÁN

Por el sueldo de 1,500 infantes españoles que se han de sacar del dicho estado, en dos meses.	5.100,000
Diez tiendas grandes, á 2,000 rs.	680,000
Doce íd para el hospital, á 1,500 rs.	408,000
Pólvora, 7.000 quintales, á 150 rs.	35.700,000
Arcabuces, 16,000, á 25 rs.	13.600,000
Mosquetes, 5,600, á 50 rs.	9.520,000
Acero, 150 quintales, á 7,800 maravedís.	272,000
Coseletes, 3,200, á 100 rs.	10.880,000
Taladros, 80, á 10 rs.	27,200
Carniquíes, cuatro, á 20 escudos.	27,200
Martinetes, seis, á 250 rs.	51,000
Tiendas de campaña para las municiones, 40, á 60,000 maravedís.	2.400,000
	78.665,400

Así que monta lo que se presupone se ha de proveer y pagar por cuenta del dicho estado de Milán, 209,774 ducados castellanos de á 375 maravedís cada uno, y 150 maravedís de otro.

POR CUENTA DEL REINO DE ITALIA

Por el sueldo de 1,500 infantes españoles que se han de sacar del dicho reino de Sicilia en los dos meses, á razon de 5 escudos.	5.100,000
Bizcocho, 36,000 quintales de aquel reino, que hacen de Castilla 65,000, á 20 rs.	42.840,000
Queso de la tierra y Cerdeña, 14,000 quintales, á 70 rs.	33.320,000
Habas y garbanzos, 5,000 fanegas, á 10 rs	1.700,000

Así que monta lo que presupone se ha de proveer y pagar por cuenta del reino de Sicilia 221.266 ducados castellanos de á 375 maravedís y 250 maravedís de otro.

LO QUE MONTA LO QUE SE PRESUPONE HAN DE PAGAR LOS TRES REINOS

El de Nápoles.	780,725 duc	125 mrs.
El estado de Milán	209,777	150
El reino de Sicilia.	221,266	250
	1.211,769	150

Por manera que monta lo que se ha de proveer por cuenta de los dichos reinos 1.211,769 ducados 150 maravedís, que, descontados del total que monta esta relacion, quedan, que se han de proveer por cuenta de la Corona de Castilla, 2.589,519 ducados 140 maravedís.

Complació sobremanera al Rey la lectura de este plan, y así hubo de manifestárselo su secretario Idiázquez al marqués de Santa Cruz en carta de 16 de Abril de 1586. No obstante, el proyecto fué objeto de maduro examen y de varias consultas; pues aunque bien calculado el número de gente de guerra y marinería, bastimentos, etc., para atacar con probabilidades de éxito á la isla, el Rey partió de la base que el ejército expedicionario debía reunirse en la costa flamenca á las órdenes de Farnesio; esperar allí la llegada de la escuadra que al mando del marqués se organizaría en Lisboa y efectuar de común acuerdo el ataque. Contrariábale, no obstante, la demora que esta empresa sufriría, de seguirse los atinados consejos del marqués de Santa Cruz, quien, conocedor de las dificultades de la navegación con tan numerosa escuadra y de los vientos dominantes en el Estrecho en las diferentes estaciones del año, señalaba la primavera como tiempo á propósito para hacerse la escuadra á la mar. Este retardo no entraba en los planes de Felipe II, que, engolfado en la gran empresa, no se daba punto de reposo hasta tener reunidos los elementos indispensables á su realización. Instábale á ello el estado en que se hallaba la Francia, dividida en banderías y ensangrentada por la guerra civil, la casi total sumisión del territorio flamenco, la actitud reservada de los príncipes luteranos, y la seguridad de que el Turco no podía por entonces hostilizarle. Pero lo que hacía en su ánimo más peso, era el resentimiento que de largo tiempo abrigaba contra Isabel.

Si hemos de ser justos, preciso es que reconozcamos que asistían á Felipe II motivos de animosidad contra Isabel. Desde que nació la rebelión en Flandes, ella la había fomentado, socorriendo á los rebeldes con gentes y con dinero, y excitando al de Orange y á los nobles sediciosos; sus corsarios habían maltratado nuestras posesiones de la India Occidental y se habían apoderado de nuestros galeones; sus ministros embargado el dinero de las naves españolas detenidas en los puertos ingleses, y lo mismo Alenzón, que el Prior de Crato, hallado en su corte acogida y favor. Pero aun dando de mano estos motivos, era acicate poderoso de venganza el envío de Leicester y su ejército á los Países Bajos, y estimulaba más para el desquite el suplicio de María Stuard, la católica reina de Escocia, por aquel tiempo efectuado, y las instancias reiteradas de Sixto V, quien ofrecía al Rey un millón de escudos de oro para sostener la guerra, tan pronto desembarcaran los católicos en la isla.

Confirmado, pues, el Rey en su propósito, dió el mando de la gran armada que en los puertos de España y Portugal se estaba organizando, á D. Alvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz; y á Farnesio el del ejército expedicionario. Reunió después su Consejo de guerra, y á su presencia discutióse el plan de invasión, acerca del cual dieron sus pareceres Bazán, el inglés Stanley, que á la sazón se hallaba en España, y Plati; pues Alejandro lo había mandado ya por escrito. Pero las opiniones de éstos no estuvieron acordes, porque, según Stanley, debía ante todo tomarse tierra en Irlanda, apoderarse de esta isla, cuyos naturales odiaban á los ingleses, y dueños de sus puertos arrojarse contra Inglaterra; y según Plati, la invasión debía comenzar por Escocia, comenzando por la isla de Wight, cuyas costas presentaba dibujadas y señalados en ellas los puntos de más fácil acceso. Ni una ni otra opinión disgustaban á Santa Cruz; pero limitábase á recomendar con muy buen sentido que en todo caso debía procurarse un puerto que sirviese de abrigo á la armada, bien fuese en Inglaterra ó Irlanda, á pesar de que consideraba más conveniente procurárselo en Holanda y en Zelanda; opinión ésta que guardaba perfecta conformidad con la emitida por Farnesio; pues Alejandro aseguraba ser indispensable la toma de Flessinga, conquista no difícil, rendida la Esclusa (1). «Esperaba Alejandro, según colijo de sus cartas, dice su historiógrafo, que si cogía á Flessinga, persuadiría al Rey, que se valiera de la Armada, trocado el orden, para acabar de sujetar lo restante de Flandes: desde donde, desnuda Inglaterra del arrimo de los halandeses, podría con más seguridad ser acometida y conquistada; porque habiendo muchas veces

(1) Estrada, aludiendo á la carta de Farnesio al Rey, de fecha 15 Septiembre 1587, dice: «Y así en carta negativa rogó encarecidamente al Rey, *que le diese espacio para emprender a Flissinga antes que la Armada española se empeñase dentro de aquellos mares, sin tener puerto seguro: que confiado en el auxilio divino prometía á S. M. apoderarse con mayor celeridad de aquel puerto que de la Esclusa.*» *Década Segunda*, Lib. IX.

pedido en vano al Rey que aplicase de una vez todo el conato para totalmente domar las Provincias, viéndole ahora aplicado en lo de Inglaterra, procuraba solícito torcerle hacia lo de Flandes.»

Ni las opiniones de aquellos hombres peritísimos en la guerra, ni las advertencias de Alejandro, prevalecieron en el ánimo de aquel monarca terco; pues fundándose en que no era prudente buscar en Irlanda nuevos enemigos y en que el tomar un puerto sería negocio largo que no permitían las circunstancias, dijo que «cuanto se diere á la dilación se daría al enemigo»; amonestó á



El Conde de Fuentes

Santa Cruz para que terminara cuanto antes los preparativos y escribió á Farnesio ordenándole tuviera dispuesto el ejército de suerte que, al entrar la escuadra en el canal, aquél pasara á bordo de ella y fuera trasladado al punto del desembarque, quedando entonces al cuidado de las costas de Inglaterra y Flandes el marqués de Santa Cruz.

No era posible contrariar estas órdenes; y Farnesio procuró desde entonces con gran celo y actividad reunir el ejército expedicionario, levantando gente nueva, llamando á la de algunos presidios, y disponiendo la construcción de vasos de transporte y otros artefactos. Tenía á la sazón tres tercios de españoles y dos de italianos, fuera de otros de diversas naciones; de aquéllos, el de Mondragón sumaba 1,200 hombres distribuídos en 27 compañías, una cuarta parte de los cuales se hallaban en los presidios; el de Aguila 1,200 en 24 compañías, la tercera parte también de guarnición; y el de Bobadilla 1,900, en 21 compañías, todos presentes en bandera. Inferiores en

fuerza eran los tercios italianos de Gastón de Spínola y Camilo Capiffuccio, pues las 17 compañías de que constaban habían quedado reducidas á unos 1,600 hombres, 300 de ellos en los presidios. Estas escasas fuerzas y algunos escuadrones de gente valona, eran insuficientes á tan colosal empresa; y por lo tanto vióse Farnesio obligado á despachar á Italia uno de sus capitanes para que hiciera levas en los Estados del Papa, Urbino y Génova, mediante el consentimiento de los respectivos señores.



Maestre de campo

La reseña de la gente reclutada arrojó una cifra de 5,000 infantes corsos, destinados á nutrir los tercios italianos de Flandes; 4,000 infantes napolitanos, los cuales, unidos á 6,000 españoles, que á Farnesio había prometido el Rey, para refuerzo de los tercios viejos, constituían el número de 15,000 soldados, siendo curioso advertir, que de los 6,000 españoles, 3,000 eran catalanes, á los que condujo en tercio formado á Flandes el caballero D. Luis de Queralt. Alguno de los capitanes de estas compañías permitió Alejandro fueran nombrados por los señores del país, y como maestre de campo de los napolitanos marchó á Flandes Carlos Espinelli; mas para la leva de españoles, mandó Alejandro al Rey diez y ocho alféreces viejos con objeto de que los honrara con el título de capitanes, confiriéndose el cargo de maestre al experto D. Antonio de Zúñiga. A todas estas fuerzas de infantería italiana y española, deben agregarse las cornetas de reitres que en nu-

mero de cuatro y unidas á 3,000 infantes, levantó en Alemania el marqués de Borgau; 400 infantes borgoñones que para recluta de su tercio llamó de este país el marques de Barambón; y no pocos valones que acudieron á engrosar las fuerzas de los regimientos católicos. Y si atendemos á los caballeros que por su cuenta fueron á militar en los Países, con citar los nombres del duque de Aumale; Juan de Medicis; Carlos, hijo del Archiduque Fernando de Austria; Amadeo, hermano del duque de Saboya; el duque de Pastrana; el marqués de Hinojosa, y otros no menos



Trompeta de caballería. De un grabado de la época

ilustres, entre ellos el hijo de un rey moro, se tendrá una idea de los importantes elementos allegados. Fuera de la nobleza y gente que conducía la potentísima escuadra fletada en España.

En suma, llegó á contar el campo real 40,000 infantes y 3,000 caballos; éstos en 22 tropas, aquéllos en 21 tercios. Divididas las fuerzas por Alejandro, destináronse para la expedición á Inglaterra 13,000 infantes y 1,800 caballos, y señaláronse á Flandes 10,000 de á pie y 1,000 de á caballo, fuera de los que guarnecían las plazas. El anciano conde Pedro Ernesto de Mandsfeld, fue nombrado para el mando supremo en Flandes, en ausencia de Farnesio, y el señor de La Motte elegido maestre de campo del ejército expedicionario.

Mientras se reunía este ejército, construíanse en Amberes, Newport y Dunkerque gran número de embarcaciones, de carga casi todas, chatas de quilla y de la magnitud necesaria para recibir

hombres, caballos, cañones, puentes y otros pertrechos de guerra. Cortábanse los árboles más corpulentos del país de Waes; de Brema y Hamburgo, se mandaban á llamar marineros; de Génova, hábiles constructores, y no se daba paz á la mano hasta ver terminados los preparativos. Alejandro en persona vigilaba y dirigía todos estos trabajos, y mientras se ultimaban, ordenaba que se abriesen canales navegables en la tierra firme para que, uniendo los principales ríos, pudieran conducirse los barcos á la costa.

Los preparativos no eran menores en España, Portugal é Italia; y á juzgar por los informes que dió Drake á Isabel de Inglaterra y por las voces del vulgo, nunca el Océano había sido oprimido por armada más soberbia. Sobre todo despertaba la admiración y suspendía los ánimos la magnitud, belleza y armamento de aquellas naves, llamadas galeras, cuyos castillos de popa y proa, así como las bandas, estaban erizados de cañones; y que si en altura excedían la medida usual, en longitud y anchura eran tercera parte de las galeras ordinarias; género de naves, que ya habían llevado los venecianos á Lepanto. Otra clase de bastimentos, los galeones, que no se movían como aquéllas á vela y remo, sino simplemente á vela y no eran tan largos como las galeras, atraía también la atención por su enorme casco redondo, sus pisos y castillos, y el gran número de piezas de todos calibres, las cuales coronaban la popa y la proa, asomaban en fila por los costados y aparecían muy próximas á la línea de flotación. «Verdaderamente, dice un historiador antiguo, no está pertrechado el erizo más espesa y ásperamente con sus púas.» Pero si eran de admirar el aparejo, porte y artillado de estas naves, no menos digno de celebrarse era la belleza de su fábrica, las hermosas esculturas de sus alcázares, las primorosas labores que los realzaban y la magnificencia de las cámaras destinadas á sus capitanes.

Cuanto al número de naves, chusma, tropas, oficiales y gente aventurera, era extraordinario el que se reunió en el puerto y ciudad de Lisboa, donde el marqués de Santa Cruz dirigía en persona los aprestos.

Nunca se había organizado en España expedición tan formidable; y así no es de extrañar que el vulgo diera á escuadra tan soberbia el hiperbólico dictado de *Invencible;* no tanto al considerar la fortaleza de las naves, cuanto al hacer memoria de la gente que las montaba, y sobre todo del almirante marqués de Santa Cruz, hombre de gran experiencia y valor, cuyas sienes orlaban todavía frescos los laureles ganados en las Terceras. Y en verdad que mayores confianzas podía inspirar la pericia de este ilustre marino, que cuantas moles se habían fabricado y cuanta gente reunido. Bien lo dió á conocer, desde el momento en que, procediendo con sumo tacto en la elección de gente y acopio de bastimentos, trataba de no darse al mar sin que la Armada se hallase en perfectas condiciones; y bien había revelado sus miras, del todo conformes con las de Farnesio, al indicar al Rey, que, ante todo, era indispensable un puerto de refugio en Flandes; porque en verdad era lo más razonable que no se expusiera al capricho de las tempestades una armada en que navegarían las fuerzas del imperio español. Demás de que, por la acometida de Drake en la embocadura del Tajo, de sobra conocía Santa Cruz la clase de enemigos con quienes tenía que luchar. Pero la exquisita previsión de Santa Cruz fué vista con malos ojos por el Rey. Los aduladores y los envidiosos cuidaron de malquistarle con el monarca; y éste, tras de repetidos despachos, en los que aparecían inculpaciones embozadas, mandó á Lisboa al conde de Fuentes, para que fiscalizara sus acciones. «Quería el Rey, dice un escritor, que de cualquier modo se hiciesen á la mar, bien ó mal dispuestas las naves, con tal *que no se aventuraran totalmente.*» Estas exigencias del monarca, la indigna fiscalización de sus actos por gente palaciega y novel, si no ya unas palabras por extremo punzantes que se dice le dirigió el Rey, ocasionaron la muerte de Santa Cruz, que imparcialmente puede atribuirse á D. Felipe. Júzguese de la *prudencia* y humanos sentimientos de éste con saber que «desde el momento que supo la enfermedad del Marqués, sin esperar el fin, hizo que D. Juan de Idiázquez escribiera en su nombre al duque de Medina Sidonia, diciendo que había puesto los ojos en él para encargarle la jornada»; palabras que, como escritas por un autor católico y monárquico, no podrán parecer sospechosas á los admiradores de Felipe II (1).

(1) Duro. *La Armada Invencible.*

Presumiríase, no sin fundamento, á juzgar por la rapidez y facilidad con que se hizo la elección, que este personaje era alguna notabilidad en las armas ó un hombre perito en las cosas de mar. Pero no concurrían tales cualidades en D. Alvaro Pérez de Guzmán el Bueno, duque de Medina Sidonia, hombre inepto, cobarde y altanero, á quien encumbró el casamiento con la hija de los príncipes de Eboli. Si diésemos crédito á los que aseguran mantuvo D. Felipe amoroso trato con la princesa de Eboli y tuvo de ella en 1562 un hijo (el duque de Pastrana), podría sin vacilar asegurarse que la esposa de Medina, nacida en 1561, también fué hija del Rey, pues las relaciones se supone databan de tiempo atrás. Nosotros no queremos afirmarlo, aunque el Sr. Cánovas, en el prólogo de un libro destinado á desarraigar aquella creencia, se inclina á creer que el amor del Rey por la princesa no fué dudoso. Mas ¿no hace por ventura entrar en sospecha seria la conducta del Rey con el torpe capitán general de la *Invencible?* El lector podrá juzgar por sí mismo, después de un examen detenido de los hechos. Bastará que adelantemos la noticia de que Medina tenía probada su incapacidad de un modo notorio y lamentable por los desastres á que dió lugar cuando, ejerciendo el cargo de capitán general de la costa de Andalucía, atacó Drake el puerto de Cádiz; lo que no bastó á privarle del favor real.



Galeón de la Armada *Invencible. (Perfil copiado de una pintura del Escorial.)*

Estrada y otros historiadores, al hablar de la elección del Duque para capitán general de la Armada, dicen que fué debido á la ilustre casa de que descendía y á que habiéndose alistado para la expedición la flor de la nobleza española, no aceptaría ésta otro jefe de inferior linaje. Cabrera dice que el duque era *prudente* y *dócil*, y Herrera, *prudentísimo* y *benignísimo*. Pero, la verdad sea dicha, el único acto de prudencia que conocemos de este personaje fué su carta al secretario Idiázquez, fechada el 16 Febrero 1588 y en la que, á propósito de su nombramiento, dice lo siguiente: «Ni por mi conciencia ni obligación puedo encargarme de este servicio, porque siendo una máquina tan grande, y empresa tan importante, no es justo que la acepte quien no tiene ninguna experiencia de mar ni de guerra, porque no lo he visto ni tratado.» «Demás desto, entrar yo tan nuevo en el Armada sin tener noticia della ni de las personas que son en ella y del desinio que se lleva, ni de los avisos que se tienen de Inglaterra, ni de sus puertos, ni de la correspondencia que el Marqués á esto tenía los años que há que de esto se trata, sería ir muy á ciegas, aunque tuviera mucha experiencia, poniéndonos á la carrera tan á la improvista, y así, señor, todas las razones que hago son tan fuertes y convinientes al servicio de S. M., que por el mesmo no trataré de embarcarme por lo que sin duda que he de dar mala cuenta caminando en todo á ciegas y guiándome por el camino y parecer de otros, que ni sabré cuál es bueno ó cuál es malo, ó quién me quiera engañar ó despeñar.» «Y así entiendo que Su Majestad, por lo que es su grandeza, me hará merced, como humildemente se lo suplico, de no encargarme cosa de que ciertamente no he de dar buena cuenta, porque no lo sé ni lo entiendo, ni tengo salud para la mar ni hacienda que gastar en ella.» Esto último distaba mucho de ser verdad, así constaba á Felipe; pero lo primero también debía saberlo el Rey. Sin embargo, no evitó semejante confesión el que le confiara el mando de la Gran Armada.

Abrigaba Felipe II la mira de conservar en su mano la dirección suprema de la empresa, daba una importancia secundaria al cometido de Medina, pues Farnesio era el que debía desempeñar el

principal papel en ella; creía, además, que, á favor del Consejo que pondría al lado del Duque, éste saldría airoso de su cometido, y, sobre todo, fiaba en la experiencia de Juan Martínez de Recalde y Miguel Oquendo, almirante de la escuadra de Guipúzcoa, nombrados tenientes de la Armada, así como en los conocimientos militares de D. Alonso de Leiva, capitán general que había sido de las galeras, y D. Francisco de Bobadilla, veterano maestre de campo, que formaban, en unión de otros excelentes capitanes, el Estado Mayor general.

En todo anduvo equivocado el monarca. Con Farnesio no llegó á estar en perfecta inteligencia, pues no quiso hacerse cargo de los elementos de que éste disponía para intentar la empresa; y respecto á la elección de Medina Sidonia, demostró la más absoluta falta de prudencia, porque si conocía al Duque, pudo apreciar por sí mismo su escaso valer, y si no tuvo ocasión de tratarle, bastábale las razones que adujo en su carta para aceptar su renuncia. Y no sólo dejó de admitirla, sino que en el mismo momento de saber la muerte de Santa Cruz, le ordenó se pusiera en camino para Lisboa, donde se le comunicarían órdenes para dar impulso á los aprestos militares, con objeto de que la Armada se hiciera á la vela el 14 de Marzo.

Aceptó el Duque el cargo que con tanto empeño le confiaba el Rey, y se dirigió á la ciudad de Lisboa; mas no procedió con la diligencia que exigía el monarca, y ora pretextando la necesidad de reconocer los víveres y examinar las vasijerías, ora solicitando el aumento de tropa, fijada por Bazán en 16,500 hombres, y el de naves, dejó transcurrir un período de noventa días, esto es, hasta el 30 de Mayo. El adusto soberano, complaciente siempre con el Duque, mandó hacer nuevas levas en Extremadura, Castilla y Portugal, agregó á la Armada la escuadra de Andalucía, y mandó además gruesas sumas con destino á las cajas de la escuadra.

Logró, gracias á esto, el Duque de Medina Sidonia reunir una Armada, verdaderamente la más soberbia que hasta entonces surcara el Océano, pues se componía de 130 naves, que medían 57,868 toneladas, dotadas con 2,431 piezas de artillería, y tripuladas y defendidas por 30,000 hombres. El historiador Herrera da, en su *Historia general del Mundo*, relación de las escuadras en que se dividía la Armada, y esta relación, que hemos rectificado en parte con arreglo á documentos oficiales, es la que continuamos:

1.ª Escuadra:	La de Portugal, en la que iba el duque de Medina Sidonia: 12 galeones de la corona: capitana, el *San Martín*, de 1000 toneladas y 40 cañones.
2.ª »	La de Castilla: general Diego Flores de Valdés: 14 naos.
3.ª »	La de Andalucia: general Pedro de Valdés: 10 galeones y navíos.
4.ª »	La de Vizcaya: almirante general Recalde; 10 naos y 4 patajes.
5.ª »	La de Guipúzcoa: general Miguel de Oquendo: 12 naos.
6.ª »	La de Italia: general Martín de Bertendona: 10 naos italianas, ragocesas y venecianas.
7.ª »	Escuadra de urcas: general Juan López de Medina: 23 urcas armadas.
8.ª »	Escuadra ligera: general D. Antonio Hurtado de Mendoza: 22 zabras y pataches.
9.ª »	Cuatro galeras de Nápoles al mando de D. Hugo de Moncada.
10.ª »	Cuatro galeras portuguesas al mando del capitán D. Diego de Medrano.

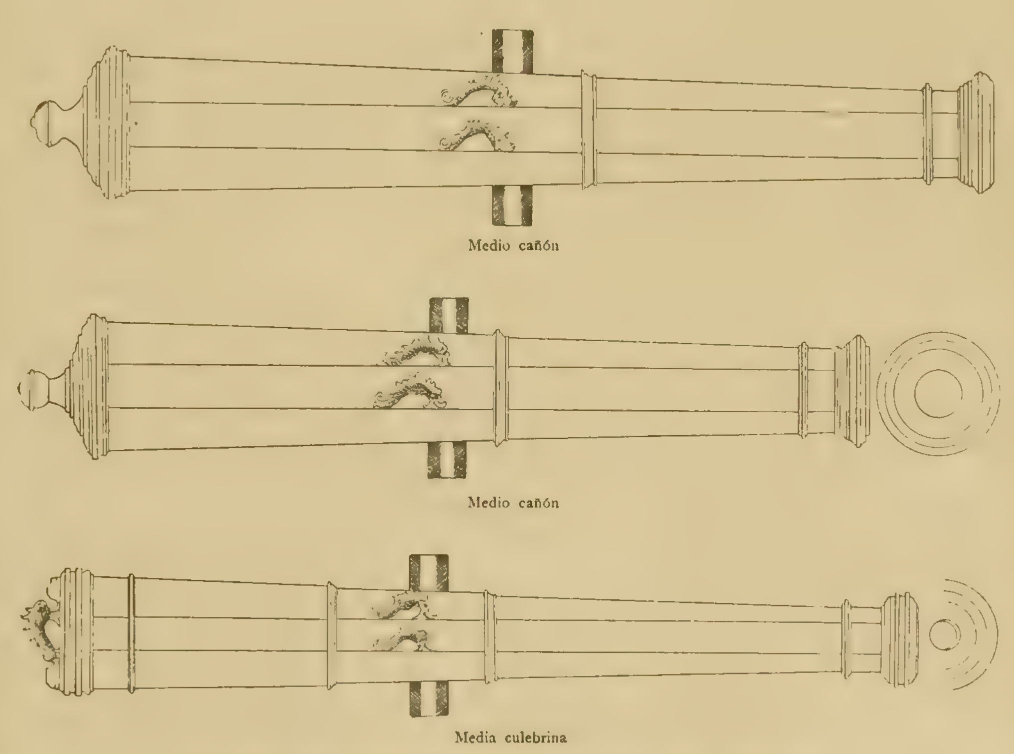
Iban en la Armada los tercios siguientes:

El de Sicilia: su maestre de Campo D. Diego Pimentel, con un sargento mayor y 25 capitanes.
El de la carrera de Indias: maestre de campo Nicolás Isla; un sargento mayor y 23 capitanes.
El de Entre Duero y Miño: maestre de campo D. Francisco de Toledo; un sargento mayor y 25 capitanes.
El de Andalucía: maestre de campo D. Agustín Mejía; un sargento mayor y 24 capitanes.
El de Nápoles: maestre de campo D. Alonso Luzón; un sargento mayor y 25 capitanes.
Treinta y nueve compañías sueltas levantadas en Castilla la Vieja.
Un tercio de infantería portuguesa mandado por Gaspar de Sousa, con un sargento mayor y 25 capitanes.
Otro tercio de portugueses que llevaba Antonio Pereira, con un sargento mayor y 4 capitanes.

Herrera hace el siguiente resumen de las fuerzas embarcadas y marinería:

Soldados.	19,295
Gente de mar	8,252
Remeros.	2,088
Lo que arroja un total de	29,635 hombres.

Esta cifra dista de ser exacta, pues ya hemos dicho que, según documentos oficiales, ascendió el número de hombres de mar y guerra á más de 30,000; pero á ella hay que agregar los caballeros, así españoles como extranjeros, que en número de 300 se embarcaron en la escuadra, los capitanes, alféreces y sargentos reformados, los curas y frailes (669 según Estrada), y más de 600 criados. No nos entretendremos en citar los nombres de los personajes que en esta expedición figuraron; pero sí es preciso consignar que figuraba entre ellos el insigne LOPE DE VEGA CARPIO. Y es curioso recordar que si el nombre del inmortal novelista Miguel de Cervantes va unido al triunfo



Medio cañón

Medio cañón

Media culebrina

(Los dibujos originales existen en el Archivo de Simancas, Mar y Tierra, 359)

de Lepanto, el del más fecundo de nuestros líricos evoca la memoria de la desastrosa expedición á Inglaterra. Los dos consagraron su musa á conmemorar tan famosos hechos; sólo que Lope lo hizo antes de embarcar y animado de la confianza del triunfo. Poco vale la composición que á la jornada dedicó este poeta; pero es digna de recuerdo tratándose de varón tan ilustre.

Por fin, el 30 de Mayo de 1588, terminados ya los trabajos de organización, armamento y avituallamiento de la Armada; pasada muestra de la gente y dispuesto todo para hacerse á la mar, celebróse con gran pompa la entrega del estandarte real, acudiendo el Archiduque, virrey del reino, á la iglesia mayor de Lisboa, y conduciendo luego desde allí la insignia á la capitana. Intervino en la función una monja milagrera, y nadie dudó del éxito de una empresa que á Dios tenía grandísima cuenta. La ceremonia fue magnífica; soberbio el espectáculo que ofrecía el Tajo cubierto de naves de todas formas; las calles de Lisboa adornadas con bellas colgaduras; las tropas vistiendo sus mejores galas, y la nobleza haciendo alarde de sus preseas y ricas armaduras. A intervalos el cañón unía su ronca voz al clamoreo de las campanas, y un eco de júbilo parecía escaparse de la

ciudad. La escuadra se hizo á la mar aquel mismo día, dióse cuenta de ello al Rey, y en toda España comenzaron las plegarias, sazonadas con recios disciplinazos (1).

Volvamos ahora la vista á Inglaterra para darnos cuenta de la actitud del enemigo. Aunque prevenida con tiempo la Reina por sus agentes y sus marinos, se encontraba el país muy distante de poder resistir la invasión, porque los regimientos ingleses se hallaban en Holanda, é Isabel carecía de ejército, de escuadra y de aliados. ¿Qué nombre podía darse á las escasas fuerzas que componían su guardia, á las reducidas guarniciones de las fronteras, y á la docena de mal armados buques á que estaba reducida su escuadra? Por otra parte agravaban la situación, el estado de Escocia, cuya Reina acababa de ser decapitada; la situación de Irlanda, dispuesta á sacudir el yugo inglés, y el temor de que los súbditos católicos, perseguidos y vejados de mil modos, hicieran causa común con el español. Compréndese á causa de esto que la Reina hiciera cuanto le fué posible para conseguir una paz; lo que no se concibe es la lentitud y la parsimonia con que obró para conjurar la invasión. Pero las circunstancias apremiaban, y ante la magnitud del peligro, Isabel tuvo que adoptar medidas eficaces. Estableció un consejo de guerra, accedió á hacer un alistamiento de todos los hombres aptos para las armas, desde los diez y ocho á los sesenta años, mandó fortificar los puertos, y ordenó la formación de un ejército, cuyo mando en jefe dió á Leicester. Cuanto á la escuadra, encomendóla á lord Howard, almirante del reino, dió el vicealmirantazgo á Drake y confió á Forbisher, Hawkins, y otros hombres expertos el gobierno de los navíos. Tampoco descuidó de solicitar la ayuda de los holandeses, y aun escribió al Gran Turco, invocando su protección contra el Español y el Papa en nombre del Dios que ambos adoraban; pero no descuidando los peligros que de cerca la amenazaban, hizo encarcelar á más de 17,000 súbditos católicos, é infundió en el ánimo del rey Jacobo de Escocia, hijo de María Stuard, tal temor, que le retrajo de los tratos con Felipe II: mal católico y peor hijo, aquel monarca, que ya había aceptado la protección de Farnesio, temió ser víctima de la política absorbente de Felipe II, y desde aquel momento prohibió á los escoceses ayudar por ningún estilo á los españoles.

No vaya por eso á creerse que los arranques de Isabel estuvieran á la altura de las circunstancias; pues más que sus tardías medidas, salvaron á Inglaterra, la energía de los ciudadanos, y la intrepidez de sus marinos. El peligro que la amenazaba no ahogó en ella el sentimiento de la avaricia. Después de algunas vacilaciones en lo que atañía al flete de las naves, puso especial cuidado en que las tripulaciones hicieran el menor gasto, sustituyó la carne y la cerveza con salazón y aceite, y no consintió que se gastara su dinero en pólvora. Mas por fortuna el pueblo inglés tuvo conciencia de su destino: armó sus buques de comercio é improvisó una flota nacional; los burgueses de Londres equiparon y artillaron treinta y tres naves; la aristocracia acudió á los puertos, compró naves y contrató con los holandeses pólvora y cañones, y en el último recurso, acudiendo al embargo, se reunieron hasta cien naves que, aunque de escaso porte, agregáronse á la escuadra, consiguiéndose, gracias á esto, reunir un total de unas 180 naves de 32,000 toneladas de porte, con 19,000 hombres, entre combatientes y marinos. Este súbito y vigoroso despertar, esta explosión del sentimiento público, la desconoció Felipe II, mal informado por sus agentes, é influído por la idea que formó del pueblo inglés durante el breve tiempo que vivió en la isla. Porque la Inglaterra de Isabel era muy otra que la de María, y en el breve espacio de treinta años se había despertado en ella la emulación nacional, había brotado el genio de las grandes empresas. Y así lo de-

(1) «Partida del Armada del Rey Nuestro Señor para Inglaterra.

»En 30 de Mayo de 1588 partió el armada de España desde Lisboa para Inglaterra. Hácense procesiones cada día en esta casa, y plegarias conforme el orden que el Rey nuestro señor ha mandado. En 4 de Junio, después de maitines, hubo disciplina conventual en el coro por el buen suceso de la armada. Y en este día se comenzó á velar el Santísimo Sacramento por dos frailes de noche, y de día por todos los frailes de la casa. El 26 de Junio á las siete horas de la tarde vino una solemne procesión á este Monasterio desde el Escorial, en que venían ciento veinte disciplinantes. Estuvo el Rey nuestro señor, y el príncipe D. Felipe y la Señora Infanta Doña Isabel, en una ventana del capítulo de los colegiales que sale al patio á ver la procesión que era de mucha devoción.» *Memorias de Fray Juan de San Jeronimo sobre varios sucesos del reinado de Felipe II.*

Siguenza, *Tercera parte de la Historia de la Orden de San Jeronimo.*

mostró llegado aquel instante crítico, acudiendo por sí sola a la defensa (1). Es cierto que faltaba á sus barcos lo más indispensable á la vida, que carecían de pólvora y sobre todo de guarnición; pero los marinos ingleses fiaban en su táctica especial, la táctica en que les habían amaestrado sus lobos de mar: avanzar hasta tiro de cañón del contrario, deslizarse junto á sus galeones evitando el abordaje, abrir brecha en los cascos, acosarles de todos lados tomando el viento, y atraerlos hacia los bancos y escollos de la costa con objeto de que encallasen. Plan acertadísimo del que pende, sin duda alguna, la suerte de Inglaterra, pues el ejército de Leicester era á la sazón un mito, y cuando se reunió en el campo de Tilbury, muchos días después de haber sido destrozada *la Invencible*, encontróse también sin víveres y sin pólvora; por manera que hubo de licenciarse así que fué revistado por la Reina. «El día 8 de Agosto, dice un historiador, en el momento en que el duque Medina Sidonia habría podido presentarse frente á Londres, Leicester se encontraba todavía allí con sus 4,000 soldados muertos de hambre.»

Según puede juzgarse por estos antecedentes, la expedición española contra Inglaterra pudo alcanzar un éxito probable, de haberse procedido con más tino por parte del monarca; pero la precipitación con que obró éste, la desdichada elección de general de la Armada, no menos que la mala inteligencia del cometido que cumplía á Farnesio desempeñar, contribuyeron al

(1) El historiador francés Forneron, en su *Hist. de Felipe II*, ofrece el siguiente cuadro de las naves que compusieron la escuadra inglesa:

Navíos	Toneladas	Cañones	Hombres	Comandantes
TRIUMPH	1600	34	900	Francis Drake.
WHITE BEAR	1500	31	800	Lord Sheffield.
ELIZABETH JONAS	1300	31	700	Sir Robert Sonthwell.
VICTORY	1200	34	700	Barker.
ARCH ROYAL	1200	31	700	Lord Howard.
GOLDEN LION	1100	25	500	Thomas Howard.
EDWARD BONAVENTURE	800	23	500	El hijo del Duque de Sommerset.
AVANTGARD	800	29	700	Winter.
RAINBOW	900	22	500	—
NONPAREIL	400	25	500	Henry Bellingham.
ANTILOPE	600	18	400	Frobisher.
MARY-ROSE	500	23	500	Fenton.
DREAD NAUGHT	400	16	500	Lord Chesterfield.
TAUREAU	300	16	500	Torner.
SWIFT SEWER	500	23	500	—
TRAMONTANE	300	22	300	Varde.
PROVIDENCE	300	15	400	—
HIRONDELLE	300	19	400	Unton.
REVENGE	450	23	500	—
AYDE	250	15	300	—
WHITE LION	200	11	200	Charles Howard.

Armóse, además, el galeón *San Felipe*, al que se dió el nombre de *Leicester*, y cuyo mando se dió á Georges Fenner; y a fines de Julio se unieron á esta escuadra el *Tiger*, mandado por Boston y la *Richesse* por Acot, más las nueve siguientes:

Pinazas	Toneladas	Cañones	Hombres
CHARLES	60	7	60
ESPION	30	8	30
SCOUT	20	6	50
SOLEIL	18	4	20
LUNE	15	5	20
FANTAISIE	20	3	12
SYNET	10	4	12
GALONE	15	3	12
PRINCE NOIR	18	5	20

Además se agregaron á estos bastimentos unas ciento cincuenta barcas de variado porte, aunque inferior á las pinazas.

Mandaba la escuadra: Lord Howard Effinghan, personaje poco conocedor de las cosas de mar, pero hombre de ánimo valeroso y resuelto; era su teniente el famoso Drake, y los jefes de las respectivas divisiones, Hawkins, Forbisher y Seymour· las naos de más porte se confiaron á capitanes expertos y de toda confianza.

Los anteriores datos fueron copiados por Forneron de un documento sustraído por Mendoza á la embajada inglesa, documento conservado en el Archivo Nacional del país vecino. «Creo, dice el autor, que buena parte de ellos son desconocidos.» *Hist. de Felipe II*, tomo III.

funestísimo resultado. En el ánimo de Felipe es cierto que debía pesar de un modo poderoso las afrentas que le hiciera Isabel, las excitaciones del Papa y el estado de los asuntos de Francia, no menos que el apurado estado en que se hallaba Inglaterra y la inferioridad de su marina: de aquí su premura y su impaciencia. Pero el monarca no se dió perfecta cuenta del cometido de su escuadra, según el plan de Farnesio. Este no abrigaba la idea de un combate naval; quería sólo que la Armada mantuviera expedito el paso del canal para trasladarse á la isla con sus barcos chatos, mientras que el monarca vivía en la creencia de que Alejandro se bastaba á efectuar la operación con sólo las pleitas. Felipe II soñaba en la reunión de dos escuadras, siendo así que Alejandro no disponía de una armada digna de este nombre; Farnesio se preocupaba de tener el mar libre y el paso resguardado. Es curiosa por demás la noticia que da el historiador Forneron, de que una vez supo el monarca la rendición de la Esclusa, apresúrase á escribir á Parma que, sin reparar en los riesgos que pudiese correr la escuadra en pleno invierno, sobre todo en el canal de la Mancha, era llegada la hora de obrar. «No esperéis, añade, la Armada de España.»

Dígase si no hay precipitación y mala inteligencia en todas estas órdenes. En primer lugar, Farnesio, de acuerdo con el Rey, cree necesaria la posesión de un puerto en Holanda ó Zelanda; después que se aguarde la estación propicia y que la Armada proteja el paso. Transcurre la primavera de 1587, y esperando la rendición de la Esclusa, que á la postre no es el puerto necesario, se pierde un tiempo precioso; sobreviene el invierno: los días transcurren penosamente para Farnesio, quien, recibida orden de tener dispuestas las tropas para el embarque en el mes de Enero de 1587, las ve consumir en la inacción y á sus pleitas bloqueadas por los zelandeses en la Esclusa y en el Sas de Gante. Además se halla falto de recursos y las enfermedades cunden entre los soldados; pero como nada puede intentar mientras no se presente la Armada y señoree el canal, con objeto de apresurar su arribo despacha para Lisboa á uno de sus capitanes. Cuando llega la primavera y la escuadra zarpa de Lisboa, los temporales retardan su arribo al canal, y la operación se efectúa con harta lentitud, encontrándose Farnesio desorientado y perplejo durante algún tiempo con respecto á la situación de la Armada. Pocas veces dejaba Felipe II de obrar con lentitud y circunspección, pero muy caro pagó ésta no haber seguido la costumbre.

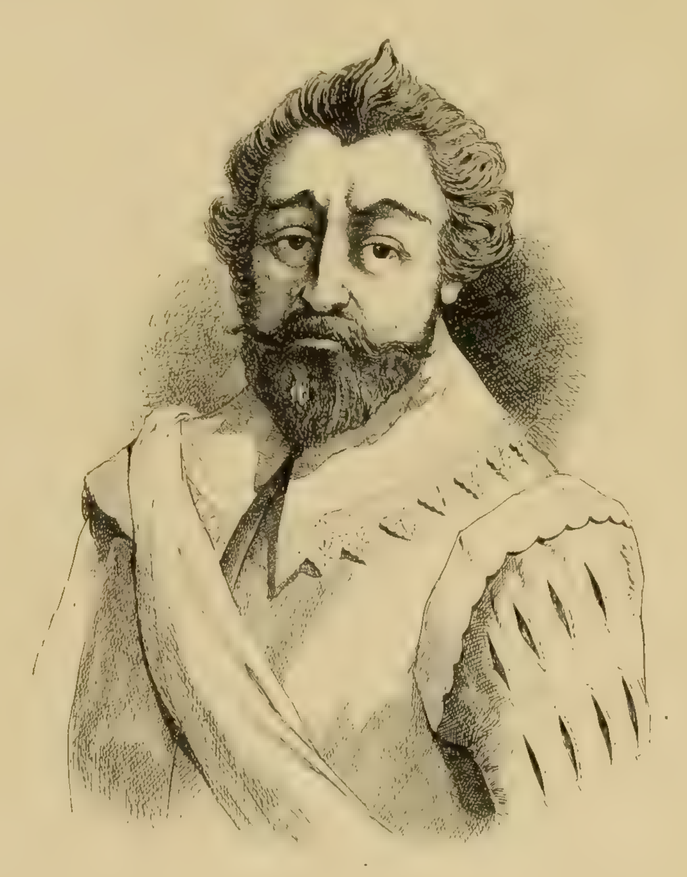


Galera de la Armada *Invencible*
(*Perfil copiado de una pintura del Escorial.*)

El día 30 de Mayo zarpó, como hemos dicho, la escuadra de Lisboa, y los que transcurrieron hasta llegar frente al cabo Finisterre vióse constantemente atormentada por vientos contrarios, que arreciando el 18 de Junio, dieron lugar á que se dispersara. Aquellos días hizo Medina Sidonia un descubrimiento grave: que los víveres estaban averiados; y esta novedad sirvióle de pretexto para conducir á la capitana con parte de la escuadra á la Coruña, donde arribó el 19; pero efectuó este movimiento sin comunicar orden alguna á las restantes naves, y como se desencadenara cada vez más violento el vendaval, resultó que mientras los jefes de alguna de las escuadras se refugiaba en los puertos inmediatos y otros las mantenían en espera, alguno prosiguió el viaje, resultando de aquí una dispersión completa. Debióse esto á no haber fijado de antemano el Duque punto de reunión en las inmediaciones del cabo de Finisterre, y su incapacidad y su falta de carácter probóse, no tan sólo en el hecho de haber dejado de resistir al temporal y, como hicieron las pesadas urcas, navegar á su favor hacia la costa inglesa, sino en la circunstancia de haber infringido el primero la orden que diera imponiendo pena de la vida á los capitanes que arribaran á cualquier puerto español.

Sorprende en alto grado que, después de este suceso, y habiendo escrito Medina Sidonia al Rey

desde la Coruña *que haría muy bien en desistir de la empresa*, ya por lo exiguo de la fuerza que iba en la Armada, ya por la escasez de víveres y poca inteligencia de los oficiales, de los que *pocos ó casi ninguno*, decía, *que entendía y sabía cumplir su obligación*; sorprende, repetimos, la conducta del *Prudente*, no privando del mando á hombre tan incapaz é indigno. Pero la admiración sube de punto cuando, después de celebrado consejo en la Coruña, en el que opinaron los capitanes por



Sir Francisco Drake

continuar el viaje, y Pedro de Valdés pidió se escribiera su voto y se mandara al Rey, éste escribió, á su vez, al Duque, sin hacerle reconvención alguna y dándole orden para continuar la jornada, con el mayor número de naves de que pudiera disponer y dejando las que tuviesen averías de difícil reparo.

Costó no poco vencer la repugnancia del Duque, empeñado en dilatar el viaje; pero, á la postre, el 22 de Julio, zarpó la armada de la Coruña, y con viento favorable bogó hacia el Canal de la Mancha, llegando á los ocho días de travesía á la vista del cabo Lizard. En aquel momento supo Medina Sidonia, por unos pescadores que apresó el alférez Gil, que la escuadra enemiga se hallaba anclada en Plymouth, distante sólo seis leguas de la Armada, y en consecuencia convocó el Consejo. Soplaba un viento Sudoeste que daba vigoroso impulso á nuestras naves y era contrario á las inglesas, cuya ruina era inminente, hallándose encerradas en el puerto; circunstancia que ha-

cía presumir no se desaprovecharía la excelente ocasión que el hazar deparaba. Por lo mismo á una aconsejaron los capitanes el ataque, insistiendo Oquendo y Recalde en que acto seguido se diera; pero el Duque, ateniéndose á la letra de las instrucciones reales, opuso á estas representaciones la excusa de traer orden expresa del soberano en la que disponía no se rompieran las hostilidades hasta tanto que se efectuara la reunión con Farnesio. Llevó su mala fe al extremo de no dar cuenta al monarca de lo que opinaron los del consejo; y eso que le escribió el mismo día participándole que no creía conveniente entrar en la angostura del Canal sin tener antes noticia de la disposición en que se encontraba Farnesio; fundado en lo cual estimaba prudente no pasar de la isla de Wight. Y á todo esto Alejandro, cada día más impaciente, llegó á persuadirse de que se había renunciado á la expedición.

La obstinada negativa del duque de Medina Sidonia salvó á los ingleses de seguro desastre. La escuadra católica prosiguió lentamente su camino, desplegada en dilatada línea de combate, mientras la inglesa se apercibía á abandonar el puerto. Era un magnífico y sorprendente espectáculo el que ofrecía en aquel momento la gran Armada, puestas en forma de media luna las pesadas galeras y los soberbios galeones, con sus altos alcázares coronados de mosqueteros, sus grandes mástiles y sus enormes velas. Su línea de batalla abarcaba nada menos que una extensión de siete millas y representaba como una serie de flotantes fortalezas destinadas á dominar el Océano. Mas, por desgracia, faltaba á la escuadra lo más indispensable: pilotos conocedores del paso, buenos prácticos, y, sobre todo, un almirante de conocimientos y de carácter. Se objetará que estaban allí Oquendo y Recalde; pero ni aquél ni éste tenían autoridad suficiente para resolver por sí en aquellos momentos, ni dejaron de aconsejar lo más conveniente. Por otra parte luchaban con un hombre de mala fe, engreído quizás por la impunidad y enorgullecido á causa del mando; que al fin y al cabo, si algún error había en las instrucciones reales (1), en manos del Duque estaba el

(1) En la imposibilidad de copiar íntegros los documentos que contienen las instrucciones oficial y secreta, dadas por el Rey al duque de Medina Sidonia, y no queriendo que pueda tacharsenos de apasionados en un asunto en que tan mal sentada dejó el *Prudente* su reputación, copiamos el extracto que de los mismos hace un escritor nada sospechoso: el académico Sr. Fernandez Duro. Dice así

«Las instrucciones de Felipe II comprendían la navegación, el combate y el desembarco, formando pliegos ostensible y reservado, amén de las prevenciones sueltas que no afectaban al plan de la empresa. Prevenían ante todo la unión de los bajeles mantenida con los medios de la enseñanza náutica, por la cual, en la cóntingencia de temporales ú otros casos fortuitos de la mar, habían de señalarse dos puntos de reunión á los dispersos: uno en las inmediaciones de la Coruña ó cabo de Finisterre, es decir, en la extremidad septentrional de la península Ibérica; otro, en las islas Sorlingas, extremidad meridional de Inglaterra, límites que fácilmente podían alcanzarse en la travesía con tiempos forzosos de uno á otro polo. En lo normal, había de ir directamente la Armada al canal de Inglaterra, enviar con frecuencia y precaución avisos al duque de Parma, y no hallando obstáculo, asegurar el paso de su ejército, aumentar el contingente con seis mil hombres de la Armada, situarse con ella a la boca del Támesis, auxiliar las operaciones y mantener la comunicación con los puertos de Flandes Si el enemigo procuraba diversión dirigiendo escuadras hacia las costas de España, no había de hacerse cuenta de ella, siguiendo sin inquietud el camino trazado

»Podría suceder que la Armada inglesa estuviera reunida á la boca del Canal, ó que una parte mantuviera este puesto, y otra se hallara más arriba, fuera con objeto de guardar mejor las costas ó con el de batir á la española entre dos fuegos; en cualquiera de los dos casos debía estar meditada la disposición de las naves, y en el primero acudir sin vacilación y destruir la fuerza separada. El combate se libraría también en la eventualidad de que el enemigo siguiera la Armada, acercándose, y de cualquier modo, procurando estorbar la marcha, junto ó separado, en nombre de Dios se le daría la batalla. En esto quedaba al criterio del General libre acción, con presencia de las circunstancias, advirtiendo que por la superioridad del enemigo en el manejo de la artillería, su designio había de ser mantenerse á distancia, y el nuestro embestir y aferrar por la ventaja en este género de ataque. La armonía y buena correspondencia con el duque de Parma era objeto de recomendación especial, señalando las consecuencias que en ocasiones semejantes ha ocasionado la desunión de las cabezas, y «porque las victorias son don de Dios, y El las da y quita como quiere», encargaba que la conducta de la gente tendiera á merecerla y en todo mirara el Duque «que no había querido poner negocio de tanto peso en otras manos que las suyas, por la confianza que siempre hizo de su persona.»

»No cabe nada más meditado, claro y preciso que esta instrucción, al final resumida en una sola frase. «el pelear en la mar, que á la verdad es la sustancia, es lo que habéis de hacer por vos solo».

»La instrucción secreta redactada para el caso infortunado de no conseguirse el paso del ejército de Flandes á Inglaterra, ordenaba el intento de ocupar la isla de Wight para recoger la Armada y tener puerto seguro desde donde se hicieran los efectos deseados, obrando de acuerdo con el duque de Parma.

»En las instrucciones parciales estaba prevenido que ninguna determinación de importancia se adoptara sin audiencia del Consejo, compuesto de los más experimentados generales, y más adelante se despacharon al Duque, otras encareciendo la conveniencia de tomar un puerto en la costa de Inglaterra, y á ser posible, con preferencia, el rio de Londres, mas esta orden, fechada á 7 de Agosto, no pudo llegar á su destino. De las anteriores escribió el Capitán general á S. M. aplaudiendo la forma del mandato y asegurando su exacto cumplimiento por tener estudiados y previstos los casos que pudieran ocurrir en el encuentro de los enemigos, y parecerle, como a los generales de la Armada, con los que había tratado la materia, que antes que por tierra se intentara nada, convenia romper la Armada enemiga, y esto se haría con el favor de Dios si osaban aguardar, como siempre

modificar el plan con arreglo á las circunstancias, y un caudillo de genio hubiera arrostrado valerosamente toda clase de responsabilidades, ante la mas grande de todas, la salvación de su flota y de su gente, y el honor de las armas. Medina Sidonia carecía de talla para hacer tal, y aunque debió tener presente la conducta de D. Juan de Austria en Lepanto, quizás pesó más en su ánimo el temor de un descalabro que el sentimiento de la propia dignidad y el no menos elevado de amor patrio. En consecuencia la escuadra pasó de largo frente á Plymouth y desapareció del horizonte con gran asombro de los capitanes ingleses, quienes confesaron haberse salvado de un gran peligro, pues tenían la mayor parte de su gente en tierra.

La armada española bogaba en la forma arriba indicada dividida en tres secciones: la de vanguardia al mando de Leiva, la batalla al de Medina y la de retaguardia gobernada por Recalde. En el extremo del cuerno izquierdo, del costado de Inglaterra se hallaba Valdés, en el opuesto Oquendo. Fuera de la línea y á vanguardia de la misma navegaban en pelotón los pataches y urcas.

Apenas desaparecieron las velas de la Armada en el horizonte, los marinos y soldados ingleses dispusieron sus pequeños y veleros bajeles para ir en seguimiento del enemigo, y en cosa de cuarenta horas halláronse en estado de zarpar, en número de sesenta (30 de Julio), cifra que engrosó al anochecer hasta cien velas. El enérgico almirante Howard y sus lobos de mar comprendieron que era llegado el instante de hacer prueba de su táctica, y protegidos por las sombras de la noche y por el viento, largan el aparejo en demanda de la escuadra católica y se ponen á tiro de cañón á las dos de la mañana. En aquel momento la luna rasga penosamente las nubes é ilumina opacamente la escena, silba el viento entre las jarcias y una menuda lluvia azota el rostro de los navegantes: la voz del cañón retumba sobre el abismo; todo indica que va á trabarse la batalla. Así lo comprende Medina Sidonia, y sin perder momento manda volver la proa á sus naves; pero la maniobra se efectúa con dificultad ante un enemigo más ágil, aunque menos fuerte. Los ingleses se deslizan rápidos junto á los galeones, y sus barcos, más pequeños y bajos, al aproximarse á los nuestros abren en su casco enormes brechas; voltigean a su alrededor disparando casi á mansalva los cañones, porque la artillería católica no puede desde los castillos hacer blanco en ellos; toman el viento y aprovechan las corrientes sembrando en un instante la confusión en la Armada. La superioridad de combate fué suya desde el primer instante, pues contaban en su favor el dominio del mar y excelentes artilleros; mientras sus enemigos no se atrevían á maniobrar, ni podían conseguir el abordaje. Además, los barcos españoles tenían un aparejo defectuoso con relación á las dimensiones del casco; de manera que con un poco de mar solamente viraban por redondo, al revés de las ligeras naves inglesas, muy bien aparejadas, que viraban por avante en iguales condiciones sin dificultad ninguna. Pronto conoció lord Howard las desventajas del enemigo, y echando de ver cuánto favorecía el ataque línea tan prolongada de batalla, dividió sus naves en dos columnas, una de las cuales puso a las órdenes de Drake, y ordenó el ataque á los dos extremos de aquella, empero procurando no comprometer sus fuerzas y en lo posible envolver las

sucedió topando ellos con fuerzas españolas. En cuanto á lo demás, vencida la fuerza naval de Inglaterra, tenía por fácil la conclusión de la jornada.»

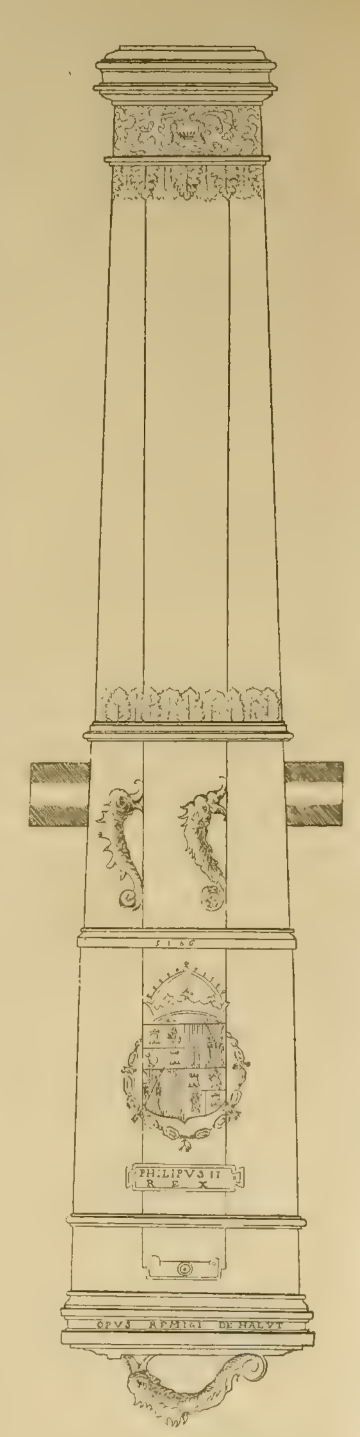
La Armada Invencible. —Madrid, imprenta de Rivadeneyra, 1884.

La instrucción, como se ve, no podía ser más clara. Ella confirma que el Rey hizo caso omiso de los consejos de sus capitanes, y quiso convertirse en director de la empresa; pero demostró en ella tan escaso talento militar como poca perspicacia política. Sus espías le informaron mal, formóse imperfecta idea de los recursos del enemigo, y no demostró gran tino en la organización de los propios. ¿Qué objeto tenía el mantener la escuadra en el Canal hasta tanto que el inglés ofreciera la batalla ó la aceptara? ¿Sabía él las condiciones en que pensaba luchar éste? ¿Olvidaba los descalabros que, merced á su táctica especial, hizo sufrir Drake á las naves españolas en Cádiz y en las bocas del Tajo?... Además, el Canal es paso sumamente peligroso y lo que urgía era apoderarse de un puerto para mantener, si convenía, la Armada al abrigo de las tempestades. Asegurar el paso al ejército como él indicaba no era lo mas acertado, contando la escuadra con elementos para procurarle antes un puerto seguro en la Isla y una base de operaciones. Leicester mismo opinó que «2,000 hombres empleados por el enemigo con dinero y armas les hubiera hecho mas daño que el desembarco de 30,000 en el territorio». Nada de esto se hizo, y el Duque, desobedeciendo unas veces abiertamente las órdenes del monarca, ateniéndose otras á la letra, como sucedió frente á Plymouth, no atendiendo nunca los consejos de sus capitanes, se bastó para destruir con las esperanzas del monarca, la más potente armada que hasta entonces surcara el Océano. Pero no le culpemos á él del desastre: la culpa es toda de Felipe II, á quien se ofrecieron constantes testimonios de la ineptitud y cobardía del Duque, y al que siguió, no obstante, dispensando la mayor confianza. ¡Y á este hombre le califican de *prudente* y *justiciero*!

del enemigo. En tan críticos momentos no acertó el Duque á dar las órdenes oportunas, y los esforzados capitanes Recalde y Leiva, viendo el destrozo que nos causaban, lanzáronse audazmente entre las dos columnas. La nave de Recalde se batió largo espacio de tiempo sola contra siete galeones ingleses, que la dejaron muy mal parada; la de Oquendo se incendió, y volando en mil pedazos sus cubiertas y uno de los castillos, quedó en peor estado; pero pudo apagarse el fuego y fué conducida á remolque hasta el cuerpo de batalla. Acudió entonces la capitana acompañada de otros galeones, y entonces, ateniéndose á la consigna, retiráronse los ingleses y cesó el fuego. La Armada volvió á su primitivo orden de batalla y prosiguió el viaje.

No fueron sólo las pérdidas experimentadas en este encuentro las únicas que tuvieron que lamentar los españoles. Antes del combate, la capitana de Pedro Valdés había embestido á la *Santa Catalina*, causando en ella grandísimos destrozos, y como quedara rezagada y el estado del mar y proximidad de la noche no permitiera auxiliarla, conduciéndola remolcada hasta la escuadra, hubo de ser abandonada al enemigo, quien encontró en ella, no sólo pólvora para continuar el combate, sino la mitad del tesoro de la Armada. Este desdichado suceso, así como el incendio de la nave de Oquendo, debióse á la mala fe y al deseo de venganza. Averiguóse que habiendo éste castigado á un artillero holandés por su mala conducta en el combate, el ofendido tomó el desquite poniendo fuego á la popa del bajel y arrojándose al mar; túvose en la Armada por cosa cierta que el odio que Diego Flores Valdés, piloto mayor de la misma, tenía á su deudo Pedro Valdés, fué causa de que éste aconsejara al Duque el abandono de la nave. Lo cierto es que la de Oquendo, inutilizada por el fuego, fué socorrida, mientras la de Valdés con el casco intacto, y llevando en sus cajas 40,000 ducados, fué abandonada al enemigo. É inútil es decir que si éste se mostró engreído con la presa, en la Armada originóse gran descontento y murmuración.

El 1.º de Agosto entró Drake en el galeón de Valdés; dió al saqueo las cámaras, repartió entre los suyos el dinero y se hizo cargo de 422 hombres que componían la dotación y guarnición del barco. El mismo día dió aviso Oquendo de que se iba á fondo su navío, incendiado el anterior; sacóse el dinero, pero se abandonaron los heridos y los muertos. Y sucedió con este bajel, lo que con el de Valdés: fué llevado como testimonio de triunfo á un puerto de la Isla. Con tan fáciles presas, creció el entusiasmo de los marinos ingleses, ya alentados después de haber observado en nuestras naves gran pesadez de movimientos y en su capitán general poco deseo de combatir. Pero no cegaron á lord Howard las ventajas conseguidas, pues aunque sus tenientes le aconsejaran atacara vigorosamente á los españoles antes de que se reunieran



Cañón abricado por Dehault

con las fuerzas de Alejandro Farnesio opúsose a dejar la regla de conducta hasta entonces seguida; esto es, cañonear al enemigo colocándose siempre á la necesaria distancia, retirarse y mantenerse á barlovento, cuando la acción llevara trazas de formalizarse. Esto era lo que desesperaba a nuestros veteranos, pues mientras ni una sola de las naves de Isabel venía á chocar con las suyas, veíanse convertidos en seguro blanco de los cañones ingleses, por manera que eran del todo inútiles su valor y su pericia en las batallas. Para ellos el abordaje hubiera sido puerta de salvación, pues el infante español no retrocede ante la pica ni el arcabuz; para el enemigo el triunfo consistía en el cañoneo.



La Armada *Invencible* en el canal de la Mancha. (Facsímile de un grabado en cobre de Hogenberg)

Funesto había sido el día 1.º de Agosto á los españoles; pero al amanecer del 2 pudieron desquitarse de sus pérdidas; pues habiéndoles seguido aquella noche las escuadras de Howard y Drake, extravióse éste, engañado por un grupo de naves alemanas que cruzaban el canal, y aquél, equivocando los faroles, se aproximó á la capitana española, hallándose al rayar el alba con sólo dos buques y envuelto por nuestra retaguardia. Pero, con gran sorpresa suya, nadie cuidó de molestarle y pudo retirarse sin trabajo alguno. Este hecho, que podría arrojar mancha sobre los valientes capitanes de la escuadra, es un nuevo testimonio de la cobardía é ineptitud del Duque, quien había dado el día anterior orden de que los bajeles guardaran el puesto que tenían señalado, pena de la vida al jefe que la infringiera. Él no se dió por entendido de la presencia de Howard, y nadie osó moverse del lugar que ocupaba.

Por fin, el 2 de Agosto riñóse segundo combate. El día era apacible, la mar estaba llena, y el

viento favorecía el ataque por parte de los nuestros; así es que instaron vivamente los capitanes al Duque para que se atacara al enemigo; y accediendo éste, aproximáronse ambas armadas, entablándose un violento cañoneo, empero no consiguieron los españoles abordar nave alguna enemiga; y cuando con más empeño que orden combatían los nuestros, cambió el viento, y á su favor pudo el enemigo lanzarse sobre las naves más adelantadas, y causar en ellas destrozos de cuenta. Parecido aunque más breve combate, sostúvose el 3 entre los ingleses y nuestra retaguardia. Se dispararon de una y otra parte unos 5,000 proyectiles, con lo cual queda dicho que el enemigo continuó fiel á su sistema. El 4 prosiguió el combate. Retrasáronse la nao *Santa Ana*, y un galeón portugués; y como acudieran en su auxilio algunas galeras, viéronse envueltas por el enemigo y azotadas por una lluvia de proyectiles. Voló al lugar del peligro Recalde, fueron entrando en fuego otros bajeles, y se generalizó la acción, no con fortuna para los ingleses, pues su capitana hubo de arriar bandera, y remolcada alejarse de la refriega. Si el Duque hubiera sido un hombre intrépido, esta nave no escapaba, y el aprieto á que podía reducirla, empeñando á las demás en su socorro, hubiera dado lugar á un combate de abordaje. Pero Medina Sidonia era tan inepto como poco esforzado. El día antes había anunciado su intento de ocupar el fondeadero que protege la isla de Wight, á cuyo efecto despachó un correo á Farnesio, y se fué él aproximando á la costa; en el momento en que estaba en sus manos conseguir la victoria, pretexta que el viento no le es favorable, ordena recoger la Armada, y desistiendo del propósito de fondear en Wight, dirígese hacia la estrechura del Canal, en la cual, según su carta al Rey, de 30 de Junio, no era bueno penetrar, sin exponerse á los peligros de los bancos de Flandes. El resultado de la batalla no fué, según se ve, decisivo; perdimos cincuenta hombres y tuvimos setenta heridos; el *Santa Ana*, desamparado y solo, fué acometido por el enemigo, y cayó en su poder después de una brava defensa.

Es inútil decir cuánto disgustó á capitanes y soldados la conducta del jefe superior de la Armada; pero éste puso término á las murmuraciones imponiendo pena de muerte al que censurara su conducta. Reiteró sus avisos á Farnesio, y le pidió provisión de balas, y 40 filipotas para batir á los contrarios, pero no dió orden alguna de importancia, y después de un día pasado en completa calma, aprovechando el viento que reinó al anochecer, prosiguió su viaje en demanda del puerto de Calais, donde pensaba fondear. La escuadra enemiga volvió á parecer el 6; pero se abstuvo de hostilizar á los católicos, á quienes acompañó hasta la rada, quedando en su vigilancia.

Todos los capitanes estaban acordes en que, siendo en extremo peligroso el fondeadero de Calais, y teniendo á la vista al enemigo, no era conveniente conducir á él la Armada; opinión que sostuvieron en el consejo. Expusieron además que el camino al ejército de Flandes no estaba expedito, pues frente á Dunkerque y Newport cruzaban las escuadras holandesas; sin embargo, aseguraban los pilotos que los vientos reinantes arrastrarían la Armada hacia el mar del Norte, y menos este parecer, que el deseo de ponerse á buen recaudo, decidió al Duque á persistir en su idea.

Era la situación de nuestra escuadra en aquel fondeadero muy crítica, y el mismo gobernador de Calais advirtió á Medina ser paraje muy peligroso, tanto es así que los buques hubieron de arrojar sus dos áncoras para resistir los embates de la mar y el viento. Las escuadras enemigas de Howard y Drake, reforzadas por las de Seymour y Winter, tenían distribuída su fuerza entre Sandwich y Dover; la holandesa, que mandaba Justino de Nassau, vigilaba el puerto de Dunkerque; no obstante, «así estuvo, dice un historiador, la escuadra española entre doscientos treinta bajeles enemigos sin inquietar al Duque, antes, como nunca, satisfecho y tan tranquilo que al amanecer del 7 de Agosto envió á tierra el proveedor de la Armada á comprar víveres que esperaba embarcar sin embarazo».

Aquel día despachó Medina Sidonia varios emisarios á Farnesio encareciéndole la urgencia de la partida; pero el Duque ignoraba que su conducta no había sido suficiente formal para que Farnesio creyera en el cumplimiento de los avisos que se le daban. A este caudillo se le mantuvo en actitud expectante largo tiempo; después del arribo de la Armada á la Coruña, la noticia del

destrozo causado por el temporal á las naves y la seguridad de que en largo tiempo no podrían repararse, si ya no sus informes privados respecto al Duque (que esto es cosa difícil de averiguar, pero está en lo posible), le indujeron á creer que se desistiría de la expedición. Los recursos de que disponía eran exiguos, sobre todo si se les compara con los facilitados al Duque; sus tropas concentradas en Dunkerque y Newport veíanse diezmadas por las enfermedades, y como al retardo de la Coruña se unieran las indecisiones del Duque desde que salió de aquel puerto, poco ó nada pudieron influir en su ánimo las repetidas cartas de Felipe, viendo el desconcierto que reinaba entre tales mandatos y el orden de los sucesos. Alejandro no pudo ver, es cierto, con buenos ojos, el plan desacertado de Felipe II; pero esto no demuestra que dejara de cumplir sus deberes militares. Tanto es así, que, viendo aparecer la Armada, se dispuso á salir con los navíos disponibles, «y lo hubiera hecho seguramente, dice el Sr. Fernández Duro, á obrar de otro modo D. Alonso de Guzmán, bien deteniéndose en la isla de Wight, como tuvo pensado, siquiera los días precisos á la conclusión de los preparativos, ó haciéndolo en el cabo Margat, barrida la escuadra holandesa que tenía cerrados los dos puertos de Dunkerque y Newport, en que estaba el ejército (1).

Ocurrió, sin embargo, que habiendo llegado los emisarios de Medina á Dunkerque, y no hallando la escuadra imaginada, sino algunas pleitas y filipotas, y varios cuerpos que esperaban la orden de embarque, regresar á Calais vivamente contrariados y quejándose en términos duros de la conducta de Farnesio. —¿Dónde está, se preguntaban, la flota destinada á la invasión?— Sin duda alguna en su cerebro y en el de Felipe, pues Alejandro había escrito que no tenía tales barcos y que para efectuar el pasaje necesitaba que la Armada señorease el estrecho. Y en verdad que la Armada aun estaba en condiciones de hacerlo, pues sólo había perdido tres barcos; los restantes, aunque con averías, podían ser reparados, y además era fácil procurarse pólvora con creces, llamar buenos prácticos, dar reposo y ánimo á la tripulación; en suma, detenerse breves días en aquel puerto y reaparecer formidable en el Canal. Otro destino esperaba á la *Invencible*, y en la madrugada del día 8 la catástrofe se precipitó.

Poco antes de amanecer este día tristemente memorable, á la opaca claridad de la luna, distinguieron los hombres de cuarto, ocho fogatas que, empujadas por el viento, avanzaban en dirección del puerto; notaron muy luego que eran otras tantas naves incendiarias á modo de brulotes, remolcadas por barquillas y arrastradas con violencia por la marea creciente hacia el punto en que se hallaban anclados el mayor número de los navíos católicos; pero ni los vigilantes, ni las tripulaciones, ni los oficiales, tuvieron serenidad bastante para dominar el peligro, y en vano les dió ejemplo el valeroso capitán Serrano, quien, siguiendo el consejo de Oquendo, lanzóse á una barca y desvió una de aquellas naves. El recuerdo de Gianibelli era reciente; la explosión de la *Esperanza* no se había borrado de las imaginaciones; y un solo grito se deja oir por toda la Armada: *¡Los fuegos de Amberes! ¡La peste de Amberes!* El pánico es en aquel instante tan extraordinario que nadie se preocupa de apreciar la extensión del peligro, sino de ponerse en salvo. Córtanse precipitadamente las amarras, abandonándose las anclas, y los barcos se hacen atropelladamente á la mar chocando unos con otros, y arrastrándoles entonces un fuerte vendaval en dirección á las dunas de Dunkerque, cuyo puerto no pueden ganar. En aquellos críticos momentos, viendo el Medina Sidonia la dispersión de sus naves y, lo que fué no menos triste, el nulo efecto de las naves incendiarias, trató de remediar el daño disparando un cañonazo con objeto de que, imitando á la capitana, los demás buques barloventaran. Pero á la luz de la aurora pudo darse cuenta de que esta maniobra era sobrado difícil, ya por reinar mar gruesa, ya por la ardua faena de sacar de las bodegas las áncoras de respeto. Medina Sidonia, temeroso de ir á encallar en los bancos de Flandes, tomó dirección contraria al viento, y seguido de sólo dos galeones bogó hacia al punto que estimaba oportuno. En aquel momento la Armada cubría el mar hacia Gravelines, y todos los buques, según orden transmitida, manteníanse á la orza. Reunirlos á toda costa, obedeciendo al viento, era lo más urgente: ya había amanecido, y los ingleses, prontos á sacar par-

(1) *La Armada Invencible.*

tido de los desaciertos de Medina Sidonia, iban á darse cuenta de la crítica situación de su Armada. Así ocurrió en efecto. Apenas echó de ver el enemigo la disposición de nuestras naves, cuando lanzó las suyas en distintas columnas sobre las católicas; envolviólas, comenzando por los tres galeones antedichos, y las batió á menor distancia sin que por eso consiguieran los nuestros el abordaje (1). Aquel día memorable se luchó con sin igual ardimiento; realizáronse actos de heroísmo, pero de heroísmo inútil; porque acosados los bajeles españoles por grupos aislados de enemigos, era la Armada batida en detall, dándose el caso de sostener durante largo tiempo once naos nuestras el fuego de más de ciento contrarias. Así y todo, durante tan desigual combate no consiguieron los ingleses apresar ninguna, si bien, como puede suponerse, fué grandísimo el daño, pues quedaron los cascos acribillados, sin arboladura, y muerta y herida muchísima gente. A las tres de la tarde y después de un combate de siete horas se retiraron los ingleses: los nuestros, por orden del Duque, trasbordaron los hombres de las naves que amenazaban irse á fondo; y en esta operación, efectuada de un modo precipitado é incompleto, dió el maestre de campo D. Francisco de Toledo insigne ejemplo de bizarría. Quedaban en su galeón, el *San Felipe*, algunos heridos; vió que no era fácil el conducirlos á un patache, y prefirió morir con ellos, á ponerse en salvo. Impulsada su nave por el viento, llegó frente á Newport y pudo alcanzar la playa, si bien no logró salvar el bajel de los holandeses que vigilaban aquella costa. No fué tan feliz Pimentel, pues negándose también á abandonar el *San Mateo*, no obstante los esfuerzos que hizo para ganar la costa, vióse envuelto en la madrugada del 9 por 30 bajeles holandeses, y después de una lucha desesperada, honrosamente rendido. Pero cupo fin más triste, aunque gloriosísimo, á Moncada: destrozada su galeaza al salir precipitadamente de Calais, en cuya ocasión abordó la nave de Leiva, hecho pedazos su timón y rotos los machos, procuró ponerla á salvo, volviendo á dicha rada; pero, arrollada por el mar, se fué á los bajos. Tumbóse allí sobre una duna, lo que no permitió utilizar la artillería; abandonáronla los forzados y gran parte de soldados y marineros, procurando ganar á nado la tierra firme, y quedaron en ella con Moncada algunos oficiales y arcabuceros. Este puñado de valientes coronó los alcázares y selló con sangre el juramento prestado á su bandera. D. Hugo pereció atravesada la cabeza por una bala de mosquete.

En este día memorable se perdieron cuatro naves: dos galeones, una galeaza y una nao vizcaína; pero salieron mal parados del combate no pocos de los galeones. La capitana, seguida sólo de dos galeras, vióse envuelta por los bajeles enemigos, y fué, durante largo espacio, blanco certero del cañón y del arcabuz inglés, recibiendo algunos balazos junto la línea de flotación. Los galeones *San Felipe* y *San Mateo* y la nao *María-Juan*, después de haber sostenido por separado la embestida de la escuadra contraria, quedaron fuera de combate y, como ya hemos dicho, hubo de trasbordarse su gente por medio de los pataches; pero á pesar de tales averías y de las bajas experimentadas, los ingleses no consiguieron una victoria definitiva. Influyó tal vez en ello la concentración de las naves católicas, si no ya la escasez de pólvora ó el respeto que infundió á los enemigos el heroico comportamiento de nuestros capitanes y soldados.

Sea lo que fuere de estas causas, el hecho es que la Armada se salvó de un gran desastre; porque los temibles *bancos* no estaban distantes y la escuadra católica se encontraba entre ellos y la inglesa.

Este fué el último combate sostenido entre ambas armadas. La mala dirección esterilizó el valor. Si Toledo, Leiva, Pimentel y Moncada lucharon como héroes, Recalde, Oquendo, Bertendona y otros hicieron prodigios. No corresponde menos gloria á nuestros soldados, quienes, al contemplar cómo impunemente eran destrozadas las naves, ciegos de cólera, increpaban al enemigo en estos términos: *¡Cobardes, gallinas luteranas, acercaos!* Su denuedo logró imponer respeto al enemigo; mas por desgracia resultó inútil, y lo que es más triste no obtuvo el merecido

(1) El cardenal Bentivoglio, al hablar del sistema de ataque usado por los ingleses, se expresa en estos términos:

«Con igual agilidad batían y se retiraban, navegaban con el favor de todos vientos. Uníanse y dividíanse en un instante como les estaba mejor; á que se añadía, que nunca salían inciertos los tiros de sus cañones, cuando los bajeles españoles, que eran altísimos, casi siempre disparaban por el aire sin tocar á los buques ingleses.» *Guerras de Flandes*, Lib. IV.



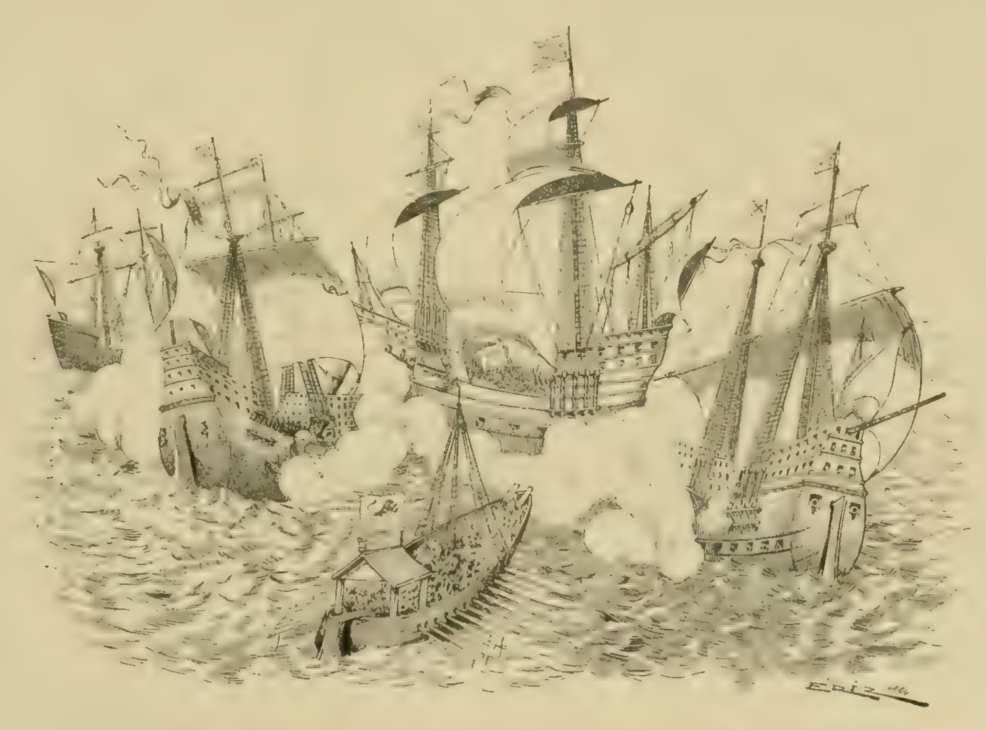
M. Soler, Editor.

LA ARMADA INVENCIBLE

(Facsímile de un grabado debido al célebre artista holandés Matham)

galardón, porque el hambre y las tempestades diezmaron á estos hombres heroicos, campesinos muchos de ellos de Castilla y Extremadura, que por primera vez cruzaban el mar y manejaban armas. Pero ¿de qué sirve el valor del soldado, cuando lo dirige un general inepto? En el estado á que había quedado reducida, aun la Armada podía triunfar del enemigo; puesta en manos de aquel hombre funesto, en pocos días se vió dispersada, perdidas muchas de sus naves y muerta miserablemente de frío y de miseria gran parte de su gente.

Amaneció el 9 de Agosto, día de funesta recordación por los grandes peligros que corrió la escuadra. Navegaba ésta á corta distancia de la tierra de Zelanda, y como soplase fuerte Noroeste, eran



Galeones españoles atacados por los cañoneros holandeses (Copia de un grabado en cobre de Hogenberg)

las naves empujadas á los bajos, en los que con seguridad tenían que encallar, pues una de ellas llegó á sondar en cinco brazas de agua. El tiempo era borrascoso, la gente estaba presa de la mayor angustia, los pilotos declaraban ser imposible la salvación, el mismo enemigo que iba siguiendo constantemente á nuestra Armada, se alejó de ella, dándola por perdida. Mas de improviso calmó el viento, la Armada se alejó de los bajos, reunióse y adoptó su formación acostumbrada. Este súbito y favorable cambio, permitía al Duque darse cuenta exacta del estado de su escuadra, elegir un puerto para repararla, si así convenía, ó bien volver al Canal y atacar vigorosamente á los ingleses, cuando no apoderarse de uno de sus puertos. Empero, ya Medina Sidonia se había trazado un nuevo plan, reducido á regresar á toda costa á España por el mar del Norte. Reunió con este objeto el Consejo, y después de exponer las graves dificultades con que se tropezaba para proseguir las operaciones, pidió á los capitanes su parecer acerca de la conveniencia del regreso á España ó la vuelta al Canal. E inútil es decir que todos optaron por el segundo extremo, pues aunque la Armada hubiese sufrido averías, el proseguir la pelea era punto de honra; y si bien no eran abundantes las vituallas, había en las cajas dinero suficiente para procurárselas.

Contrarió en gran manera al Duque esta resolución, pero no le agradó más la carta que le di-

rigió Farnesio, contestando al aviso en que aquélla se le participaba. Alejandro comprendió que, después de los sacrificios hechos para reunir tan poderosa Armada, era difícil que la expedición se repitiera; frustrándose así de una vez, no sólo la probable conquista de Inglaterra, sino la más segura de los puertos de Holanda, medio infalible para concluir de una vez con la rebelión y señorear las islas zelandesas y las provincias holandesas. Así es que sin pérdida de tiempo despachó al capitán Morosini para que pusiera á la vista del Duque las instrucciones del Rey de más reciente fecha y le manifestara que en manera alguna se aventurase por el mar del Norte, hallándose la Armada tan maltratada; que él le mandaría buenos prácticos para conducirle á uno de los puertos del Imperio, islas anseáticas ó Enden, puerto desierto, donde con toda comodidad podría reponerse. Noticiábale que acudiría en persona al reparo de la escuadra y reorganización de su gente, y prometíase de la presencia de Medina en aquella costa, gran resultado en las operaciones. Esto no impedía que en España cuidaran de reforzar la escuadra y disponer nuevos abastos para la segunda expedición.

Como es de presumir, hizo el Duque caso omiso de tan excelentes consejos, y sin dar cuenta á nadie de la conferencia, prosiguió el día 10 su viaje con rumbo al Norte, siempre seguido de la escuadra inglesa. No llevaban los caudillos de ésta ánimo de combatir, pues cada vez que se ponían á tiro las dos armadas, amainaba la enemiga y retrocedía sin disparar un tiro; por otra parte nuestra escuadra contaba más de ciento veinte naves, fuerza bastante para imponer respeto á la contraria. Pero los ingleses, fieles á su sistema, continuaban espiando todos los movimientos de la Armada, con objeto de aprovecharse de la más mínima contrariedad que ésta sufriera.

Un suceso por demás triste y digno de mencionarse, en cuanto contribuye á retratar al Duque de Medina Sidonia, ocurrió el antes citado día en la Gran Armada. Entrada la tarde, adelantóse á toda vela la armada inglesa, y al observar el movimiento pasó el Duque con algunas naves escogidas á reforzar la retaguardia. Detúvose la capitana dando señal de combate, y observado por las demás, entraron en la formación de antemano señalada: no así un galeón y una urca, el *San Pedro* y la *Santa Bárbara*, que como más avanzados á sotavento dejaron de acudir á la línea. Esta falta, plenamente justificada por los respectivos capitanes, no evitó que el Duque descargara en ellos la ira que abrigaba á causa de las murmuraciones de su gente y del mal éxito de la expedición. Ordenó que fueran ahorcados, sin que les valiera la representación que hicieron del pésimo estado en que se hallaban sus naves, en las que entraba el agua á causa de los balazos recibidos el día 8. Pero el auditor encargado de dar cumplimiento á la orden, después de breve información, atrevióse á enviar á la capitana las diligencias efectuadas en las que constaba que el capitán de el *San Pedro* era un oficial de grandes méritos. Esto le salvó de una muerte afrentosa. El capitán de la urca, menos afortunado, aunque no digno de tal deshonra, fué ahorcado á la vista de toda la Armada.

Reanudando el itinerario de este viaje, consignaremos que, después de haber costeado nuestra Armada la Escocia hasta más arriba del golfo de Edimburgo, fué abandonada por los enemigos, quienes ya el 11 se deshicieron de parte de sus escuadras y el 12 renunciaron á continuar en seguimiento de la nuestra. En este día determinó Medina Sidonia hacer pública su determinación de volver á España; y se dió la singular coincidencia que, mientras la escuadra de Isabel no podía sostener la lucha, la nuestra se alejaba en busca de un nuevo y más terrible enemigo. Es más: cuando enderezaron los nuestros acompañados de horrorosos temporales el rumbo al canal de San Jorge, se hubiera podido efectuar sin peligros la invasión de la isla. La armada de Isabel no se hallaba en estado de hacerse á la mar; los marinos no habían comido durante los diez días de la batalla otra cosa que pesca salada, cerveza fermentada y harinas averiadas; una epidemia hacía presa en ellos, el *Elizabeth Jonas* había perdido doscientos hombres, el navío de sir Roger Towsend quedó reducido á uno solo; la mayor parte de los restantes carecían de marineros para levar anclas; y los que acudían á los puntos infectados perecían á causa del contagio. Isabel carecía también de ejército de tierra para hacer frente á los tercios de Farnesio. Sin embargo, todo conspiraba contra los católicos, y á pesar de los prudentes avisos de Farnesio, no obstante el con-

sejo de sus generales, ni las enérgicas palabras de Oquendo, Medina, prosiguió su viaje hacia la región del Norte, falto de prácticos y de cartas, de víveres y de ropas; con 3,000 enfermos y numerosos heridos. He aquí por qué lamentable contraste, mientras Inglaterra se hallaba completamente indefensa, el Duque, contando mas de cien naves, entregabase al capricho de las olas buscando una salvación problemática, cuando la tenía tan cercana y segura.

Dobló, por fin, la Armada católica la extremidad de la Escocia, y enderezó de nuevo el rumbo al Sud. El viento reinante, hasta entonces favorable, convirtióse desde aquel instante en contrario; era intensísimo el frío, y los soldados, reducida la ración diaria, sufrían grandes penalidades, presagios sólo de las más terribles que les estaban reservadas. Medina Sidonia, retirado en su camara, no cuidaba ya de cosa alguna, pues, faltando abiertamente á su deber, encargó á Flores Valdés y Bobadilla, que eran los que más estima le merecían, hicieran lo que les pareciese oportuno. Había despachado, así que franqueó el paso de las Orcadas, un patache para España, y esperaba con la mayor ansiedad el momento del arribo á la costa patria. Pero á los breves días sopló viento Sudoeste acompañado de aguaceros, fué continua la cerrazón; y así como antes de doblar la extremidad Norte de Escocia, la niebla hizo extraviar algunas naves, así ahora fueron desapareciendo una tras otra, quedando reducido el grueso de la escuadra á diez. Cundían, entre tanto, las enfermedades, hijas de los trabajos, el frío y la escasez de alimento; y eran en gran número los que morían, pues faltaban las medicinas y los médicos. De los heridos, los más habían perecido, y los que se libraron del hierro y de la enfermedad, apenas si podían soportar la fatiga.

Disuelta, por decirlo así, la Armada, sería para nosotros tarea sobrado larga ir dando cuenta de las vicisitudes que pasó cada una de sus naves. Nos limitaremos á decir que algunas tuvieron fin muy desastroso. Viéronse empeñadas unas sobre las costas de Irlanda; dieron otras de través en las Hébridas, algunas consiguieron arribar felizmente á las de Escocia, á otras sorbió el mar antes de arribar á puerto alguno. Diez navíos del valeroso Leiva se hundieron en el mar junto á Irlanda; los católicos que ganaron aquella costa perecieron á manos de los isleños; más felices los que montaban la galera *Zúñiga*, alcanzaron las del Havre, donde hallaron hospitalaria acogida; y los que consiguieron arribar á la patria, no sin sufrir grandísimas penalidades, enfermos de espíritu y de cuerpo, apenas si tenían ánimos para lamentar tamaño desastre. No pocos murieron á la vista de la tierra española; algunos, como Oquendo y Recalde, á poco de llegar á ella.

¿Qué se hizo del capitán general de la armada? Al verse separado de la mayor parte de las naves, procuró que la suya, aprovechando la ventaja del viento, ganara cuanto antes la ansiada costa patria. Y lo consiguió, en efecto, el día 23 de Septiembre, pues en este día penetró, seguido de veintidós naves, en el puerto de Laredo. Casi al mismo tiempo fondeaban ocho bajeles en Santander, Oquendo llegaba con otros seis á San Sebastián, y en los siguientes días iban presentándose distintas naves en los puertos de aquella costa. La capitana, al encontrarse frente á Laredo, luchaba con viento tan contrario, que el duque, ganoso de ponerse en tierra, la abandonó, y Flores Valdés quedó al cuidado de ella. El estandarte real y la gente enferma, que era en gran número, no dieron gran cuidado á Medina Sidonia, que desde su nuevo alojamiento escribió al Rey participándole su llegada á Santander con las reliquias de la Armada, sin extenderse en detallar lo ocurrido. Participábale, sí, el número de los que habían muerto y se hallaban enfermos en su galeón, y le daba cuenta de haber abandonado el gobierno de la escuadra porque su salud no le permitía otra cosa. «Mi falta de salud, escribía al secretario Idiázquez, se va continuando, y así por ninguna cosa soy de provecho, y en ninguna manera cuando la tuviera muy entera y muy firme me embarcara; porque S. M., no se ha de servir de que yo me acabe tan sin género de provecho á su servicio, por no saber de la mar ni de la guerra. Así V. S. me tenga por olvidado en todas estas materias, y le suplico, pues Nuestro Señor no se sirvió llamarme á esta vocación, no se me ponga en ella... y en las cosas de mar por ningún caso ni por ninguna vía trataré de ellas aunque me cortase la cabeza (el Rey) pues será esto más fácil que no acabar en oficio que no sé ni entiendo (1).» Concluía esta carta pidiendo licencia para regresar á su casa, licencia que le conce-

(1) Inserta por el Sr. Fernández Duro en la Colección de documentos antes citada.

dió benévolo el monarca, si bien haciendo la salvedad de que antes de marchar el Duque á su residencia cuidara de dejar proveídas las cosas de la Armada, cuyo mando había de resignar en Flores Valdés. «Pues decís, escribía el Rey, que importa tanto para vuestra convalecencia, el no cogeros el invierno en tierra fría, sino iros á curar en la vuestra, en que me hacéis tanta instancia, tengo por bien que lo podáis hacer, habiendo antes de salir de ahí proveído y dado orden en las



El Cardenal Infante D. Fernando Archiduque de Austria

cosas que aquí se os dirán»; y añadía luego: «Dejando orden en estas cosas, que podréis fácilmente darla, os podréis partir en hora buena á mirar por vuestra salud, que espero en Dios os la dará.» No dilató el Duque, después de recibidas estas instrucciones, muchos días su partida, y, cumplido el real mandato, regresó á su casa, en la que entró con menos honra de la que había salido. Un coetáneo, que por cierto pudo hallarse bien informado, dice que llegó con la cabeza cana, «señal del gran miedo que había tenido», y consigna que «le corrieron, baldonaron y deshonraron por todo el camino, y aun apedrearon los muchachos en Medina del Campo y Salamanca». Por donde se ve que el pueblo hizo la justicia que dejó de ejecutar el soberano. Las censuras y murmuraciones que despertó la conducta del Duque no fueron menos generales en la corte; y, sin embargo, Felipe mantuvo al Duque en su cargo y sueldo y le dejó tranquilo en su casa. Es más: en 1598, después de haberse portado Medina Sidonia indignamente en ocasión del saqueo de Cádiz por los

ingleses (1596), le recompensó con el honroso y elevado cargo de Consejero de Estado y Guerra. ¡Arrojemos la losa del olvido sobre tales debilidades y pese eterna la maldición de sus coetáneos sobre el nombre de aquel caudillo indigno!

Es difícil averiguar con exactitud las pérdidas que sufrió la Gran Armada. El Sr. Fernández



El Archiduque Alberto de Austria, virrey de Portugal y gobernador después de los Países Bajos

Duro hace un cálculo bastante exacto y las fija en 8 ó 9,000 bajas; y por lo que respecta á las naos, las especifica del modo siguiente:

Abandonadas al enemigo.	2
Perdidas en Francia con salvamento de pertrechos.	3
Perdidas en Holanda.	2
Sumergidas en combate.	2
Embarrancadas en Irlanda y en Escocia.	19
Suerte ingnorada.	35
Total.	63

Añade que el coste total de la jornada, calculado por D. Bernardino de Mendoza, fué de cuatrocientos millones de reales. Las pérdidas de caballeros principales, menciónalas el autor de la *Historia pontifical*, hallándose incluídos en este número D. Alfonso de Leiva, el conde de Pare-

des y su hermano, D. Felipe de Córdoba, D. Martín de Alarcón, D. Rodrigo de Mendoza, D. Martín de Cárdenas y otros muchos caballeros y capitanes entretenidos. El valiente Recalde llegó á la Coruña, con algunas naves, y allí, asistiendo á los enfermos y consagrándose al cuidado de las tripulaciones, arrebatóle la muerte á fines de Octubre, efecto sin duda de las grandes penalidades sufridas. Oquendo murió el 2 del mismo mes: este ilustre general quedó de tal manera afectado por el triste y deshonroso desenlace que tuvo aquella empresa, que, no obstante hallarse libre de toda responsabilidad, sucumbió á tan gran pesar. Y de este modo perdió España con parte de su juventud y de sus bajeles, lo que era de más valía, dos marinos de gran mérito y la preponderancia marítima que hasta entonces había tenido.

¿Qué efecto causó en el Rey este desastre? Las primeras noticias que recibió Felipe, lo fueron por conducto de su embajador en Francia, quien daba cuenta de una victoria conseguida por los nuestros el 8 de Agosto en el Canal. Este falso aviso causó al Rey justa satisfacción; pero cuando á mediados de Septiembre recibió las cartas de que Zúñiga era portador y se enteró por ellas que el Duque había doblado la extremidad Norte de Escocia, perdiendo en el camino diez y siete bajeles y llevando á bordo gran número de enfermos, entonces pudo darse cuenta de lo ocurrido. No dejaba, sin embargo, de ser gran consuelo para él, la consideración cristiana que hacía Medina de que el no haber obtenido suceso venturoso debió ser por no convenir al divino servicio. Y la lectura del *Diario*, en que tan hábilmente había disfrazado el Duque los sucesos, omitiendo unos, alterando otros, debió confirmarle en tal idea. Afortunadamente para nosotros, quedaron otros testimonios más verídicos y elocuentes que ese documento oficial.

Pónense en tela de juicio las frases que se dice pronunció Felipe II, frases muy conocidas, pues han sido estampadas en no pocas historias: «Yo envié á mis naves á luchar con los hombres, no con las tempestades. Doy gracias á Dios de que me haya dejado recursos para soportar tal pérdida; y no creo importe mucho que nos hayan cortado las ramas, con tal que quede el árbol de donde han salido y pueden salir otras (1)», y las de índole parecida, aunque no menos campanudas que en la boca del monarca pone Estrada (2). En efecto, es bastante difícil que Felipe, de ordinario tan sobrio en el decir, se expresase en tales términos: no consta así tampoco en historiadores coetáneos, como Herrera y Córdoba; y según opina el autor del importante estudio *La Armada Invencible*, tampoco pudo hacerlo, en razón á que cuando llegó Zúñiga, aun la escuadra no había sufrido los grandes temporales que dieron al través y encallaron parte de ella en el seno formado por las costas de Escocia é Irlanda. Confesamos que nos admira lo que escribió á los prelados, ni como el autor últimamente citado hallamos en ello grandeza alguna de ánimo: «Los sucesos del mar son varios, como se sabe... y como de todo lo que Dios es servido hacer se le deben dar gracias, yo se las he dado desto y de la misericordia que ha usado con todos...» Esa muletilla de «que se deben dar gracias á Dios», verdaderamente digna de un musulmán, no será nueva á nuestros lectores; pues en otras ocasiones la hemos debido mentar. Lo que procedía era averiguar las causas del descalabro y hacer sumaria y ejemplar justicia en el hombre cobarde, cruel y avaro que lo ocasionó. Es decir, todo lo contrario que hizo el Rey; pero... ¡admírense cuantos nos lean! Felipe II hizo caso omiso de la información secreta abierta á este objeto, y junto al párrafo de la misma en que se leían estas frases: *«Si la Armada hubiese estado bien dirigida hoy sería el Rey señor de Inglaterra»*, escribió de su mano: *«Esto primero es errado»*.

La consternación que causó la pérdida de tanta gente y tantas naves, en España, fué tan grande, como en Inglaterra el regocijo. Aquí, si hemos de creer á Estrada, vióse el monarca obligado á poner término á las demostraciones de duelo, y ordenó además celebrar funciones religiosas como tributo de gracias por la gente y naves que habían quedado en salvo; allí celebróse de un modo ruidoso el triunfo conseguido, condújose á la Reina en carro triunfal hasta el templo de San Pablo, en cuyas bóvedas se colgaron los trofeos de nuestros bajeles, y el pueblo entero se consagró durante algunos días á todo género de espectáculos y diversiones.

(1) Lafuente, *Hist. general de España*, Tomo XIV, pág. 247.
(2) *Décadas de las Guerras de Flandes*, Dec. II, Lib. IX.

Grande fué el disgusto de Farnesio al tener noticia de desastre por él tan oportunamente previsto, pues como no quedaba reducido al fracaso de la expedición y á la pérdida de la escuadra, antes sus consecuencias afectaban de singular modo á Flandes, es decir, destruían sus planes de terminar en breve la guerra, veía en un mismo punto malogradas sus esperanzas y sus esfuerzos de algunos años. Ni paraba en esto su malaventura, porque comenzaron los murmuradores á censurar su conducta y achacarle el suceso, originándose este rumor entre los de la Armada, pues confiados en el auxilio de Alejandro, no vacilaron en hacerle los más severos cargos. Llegaron á tal extremo estas habladurías, que, según Vázquez, Farnesio dijo en público, en la plaza de Dunkerque, «sustentaría, no como capitán general del Rey su tío, sino como Alejandro Farnesio, á todos los que le culpasen en el mal suceso de la jornada (1).» Y para acongojar más el ánimo del ilustre caudillo é indisponerle con su Rey, cuidaron los agentes de Isabel de suponer se hallaba en secretos tratos con esta soberana; con lo que, divulgándose todo linaje de odiosísimos rumores por los Estados europeos y más especialmente por España, sufrió la fama de Alejandro grandísimo detrimento (2).

En tan críticas circunstancias, así la conducta de Farnesio como la de Felipe, estuvieron ajustadas á las leyes de la dignidad y de la justicia. Despreciando á los calumniadores y teniendo perfecta conciencia de su deber, Alejandro limitóse á escribir al Rey el día 26 de Agosto, dándole el pésame, y consignando que tenía embarcada parte de su gente en Newport y el resto á punto de verificarlo en Dunkerque, no habiéndolo ésta efectuado por el desacomodo con que se encontraría en los barcos; pero hallándose dispuesta para ello á la primer noticia; que los bastimentos para trasladarle á la isla no podían ser de otra hechura que los construídos, ya en razón á los gastos que de otro modo hubieran originado, ya por no estar destinados á entablar batalla alguna; demás de que repetidamente había advertido en anteriores cartas que las tropas de Flandes no se darían á la mar, sin que la Armada hubiese despejado completamente el Canal (á este objeto acompañaba copia de sus comunicaciones); y que, no habiéndose asegurado el paso, hubiera sido ligereza imperdonable el arriesgar de un modo manifiesto á la flor de sus veteranos; siendo ésta otra de las poderosísimas razones que justificaban su proceder. Otra carta de fecha 29 de Septiembre pone de un modo más evidente la noble conducta del general y la perfidia de sus enemigos. Farnesio da en ella cuenta al Rey del mensaje de Horacio Pallavicini, noble italiano residente en Londres y que gozaba de gran influencia en la corte, quien, fundándose en el descrédito de Farnesio y en su indudable desgracia con el Rey, le excitaba á entrar en tratos, «de que podía resultar mayores cosas para Flandes». Justo es decir que el receloso Felipe no se dejó prender en este lazo, cuyo objeto era simplemente sembrar la discordia entre tío y sobrino, ya que de Farnesio nada podía esperarse contrario al monarca. Y, por lo mismo, hónrale sobre manera la carta de fecha 15 de Octubre, en la que se leen estas frases: «Ni yo puedo confiar más de mí mismo, que lo que siempre he confiado de vos, ni vos podéis desear ó pedir que os estime más de lo que hasta agora os he estimado»; añadiendo al pie, de su puño y letra: «Por cierto que estoy persuadido á que si hasta agora no habéis omitido cosa en orden, á haberse podido añadir algo á esta satisfacción, lo hubierais procurado añadir por mi causa.» A esta carta puede unirse el testimonio del secretario Idiázquez, quien en la misma fecha dice á Farnesio que el Rey estaba «colmadamente satisfecho de él».

Tal fué el triste resultado que dió la famosa expedición á Inglaterra, de la que con razón dijo Bentivoglio, que pocas empresas se premeditaron como ésta más á tiempo, se dispusieron con mayor aparato, y se ejecutaron con más infelicidad. Quizás hubiera debido reemplazar las últimas frases, poniendo en su lugar *más atropelladamente*; porque con ser múltiples las causas á que obedeció el fracaso, ¿quién duda que el Rey procedió con harta precipitación? En primer lugar, desoyó los consejos de Idiázquez y de Santa Cruz, y no se hizo el debido cargo de los elementos con que contaba Farnesio, ni menos el plan de éste. Flessinga ú otro puerto de Flandes septen-

(1) *Sucesos de Flandes y Francia*, Lib. XII, Año 1588.
(2) *Décadas de la Guerra de Flandes*, Dec. II, Lib. X.

trional, hubieran sido un excelente abrigo para la Armada y una excelente base para realizar el paso, pues en ellos se habrían concentrado con facilidad todas las tropas, para en un día dado cruzar, protegidas por la escuadra, el Canal. Obróse, sin embargo, con tan poca oportunidad que, dueño Farnesio de la Esclusa, creyó el Rey que podía prescindirse de Flessinga; y sin tener en cuenta la estación, quiso ganar tiempo ordenando que la escuadra zarpara entrado ya el otoño. Pero sobrevino la muerte de Santa Cruz, otra de las causas que contribuyeron al desastre, y se cometió por el Rey la grave falta de elegir por sustituto de aquel varón ilustre á un hombre que, sobre ser inepto, era altanero, y, como es consiguiente, poco amigo de oir consejos. Nombrar tan á la ligera el almirante y apresurar la partida de la escuadra fueron gravísimas faltas. Pero las que cometió Medina Sidonia pueden considerarse de más monta. La Armada debió esperar en las Sorlingas á que Farnesio diera aviso de tener dispuestos los tercios, para acudir á la costa flamenca y dejar expedito el camino que cerraban las naves holandesas; y ya que así no lo hiciera el Duque, al llegar frente Plymouth, embestir al enemigo encerrado en el puerto. Debió también Medina haber utilizado las ocasiones que se le ofrecieron para derrotar á los ingleses, usando de más diligencia é intrepidez, y por último, haber caído sobre un puerto de la isla, cuando aun disponía de elementos bastantes para ello, ó haber vuelto al Canal después de la batalla del 8 y cuando el enemigo, no atreviéndose á embestirle, le daba evidente prueba de impotencia.

Cabrera de Córdoba hace la crítica de las operaciones del Duque en estos términos: «Entró por el Canal sin claridad alguna y se echó mar al través casi dos días, debiendo seguir su viaje procurando meterse en Falamua (Falmouth), porque el enemigo estaba en Hartamua (Plymouth) y lo podía hacer con facilidad. Usó pocos ardides de guerra cuando descubrió al enemigo, pudiendo con una parte de la Armada, hacerle cara, y con la otra procurar ganarle el viento, forzándole á pelear, pues se conoció en aquel día no quería abordar. Fué mal consejo no socorrer á D. Pedro Valdés, aunque arriesgara toda la Armada, porque la desanimó, y causó el decir que, pues á tal caballero no socorría, poco podían esperar los demás de su socorro. Erró mucho en ancorar en Calés no estando cierto que el de Parma se juntaría con él brevemente, y no perdería la galeaza capitana, dos galeones y navíos, y tomar la resolución y navegación, que jamás se hizo, con tormentos continuos y hambres... (1).» Todo cuanto dice el historiador de Felipe II es exacto; pero debemos fijarnos en un punto de verdadera trascendencia, por lo que atañe á Farnesio. ¿Dónde creían el Rey y Medina que debía efectuarse la reunión? ¿En alta mar? Si el Duque con poderosa armada no podía aniquilar á su enemigo, ¿á qué embarazarse con la escuadrilla de pleitas, filipotas y otros vasos de transporte en pleno Canal, en un puerto como Calais? Pero ¿cómo podía Farnesio llegar hasta él, teniendo cerrado el paso por la armada de Justino de Nassau? ¿Era el Duque quien debía procurar el paso á Farnesio, ó Farnesio el que debía abrírselo por sí mismo? Hé aquí el problema; y á lo que parece, el Duque, más que á dar auxilio, iba á pedirlo. Dedúcese de ahí que las instrucciones reales no eran bastante precisas; pues para que Farnesio se juntara á la Armada era indispensable destruir á los holandeses y barrer de ingleses el Canal. El Rey no había previsto lo primero, y Medina no había cuidado de lo segundo.

Crítica más severa merece Felipe II por haber desatendido los consejos de Farnesio, distrayéndole de la importante empresa de sujetar al resto de las Provincias rebeladas. Alejandro, con el ejército de que últimamente disponía, hubiera conseguido su intento, máxime no teniendo que luchar con ningún militar de talla, pues Mauricio de Nassau hacía entonces sus primeras armas, y, en Frisia, Verdugo era respetado y temido. Y si en esta empresa le hubiera auxiliado la escuadra española, la Zelanda entera se le habría en breve sometido. Entonces podía elegirse á Flessinga como punto de reunión del ejército y armada y base de operaciones contra Inglaterra.

Si se considera que España había empleado más de veinte años en esta guerra y derrochado en ella miles de ducados, lógico parece el preguntarse: ¿á qué obedecía dejar casi desguarnecidas las Provincias y exponerse en un punto á perder todo lo ganado? ¿No convenía más poseer á los Países Bajos por entero, que dominar pasajeramente en Inglaterra? Y ¿no era esto dejar lo seguro

(1) *Hist. de Felipe II*, Tomo III, pág. 361.

por lo problemático? Tales eran los consejos que Idiázquez dió al Rey; tales las consideraciones que expuso Alejandro, apoyadas en lo que atañe a la posesión de Flessinga ú otro de aquellos puertos, por Santa Cruz. El historiador D. Carlos Coloma, apunta alguna de estas ideas, y por los enérgicos términos en que se expresa bien merece que los reproduzcamos: «*Estas naciones*, dice, refiriéndose á los Estados de Holando y Zelanda, *iban cada día perdiendo tierra y reputación, y creíanse que vieran bien pronto su ruina, si no se dividieran las fuerzas*



Sitio de Bergen op-Zoom por Alejandro Farnesio. (Copia de un grabado de Dolendo)

españolas á otras empresas, yendo á buscar enemigos fuera de casa cuando se tenían más fuertes y más pertinaces dentro della; consejo tan dañoso como lo ha mostrado la experiencia, é indigno de que la tome ningún príncipe prudente, por valeroso que sea (1).» ¿No merece acaso esta severa crítica el hombre cuya previsión y talento político tanto se alaba? Pero en el fondo, y ateniéndose á las palabras del Rey y á sus comunicaciones, no se trataba de una empresa política, sino de un negocio religioso: restaurar el catolicismo en la isla y volver al redil de la Iglesia la oveja descarriada. O Felipe II era un gran hipócrita, lo que nos resistimos á creer tratándose de asuntos religiosos, ó todo su talento estaba muy por debajo de su fanatismo.

(1) *Guerras de Flandes*, Lib. I. Año 1588. Este historiador, Herrera, Cabrera, Estrada y Bentivoglio, son los que aparte de las relaciones particulares, detallan más los sucesos. Vázquez se extiende poco en narrar lo referente á la Armada, pero conviene ser consultado por lo que atañe á la conducta de Farnesio. Pueden verse también los tomos XIV y XLIII de la *Colec. de Documentos inéditos* de Salvá, el discurso de Vargas Ponce: *Importancia de la historia de la Marina española*, y sobre todo el concienzudo estudio y colección de documentos que, con el título de *La Armada Invencible*, acaba de publicar el Sr. Fernández Duro, y al que, como más reciente, nos hemos referido repetidas veces.

Resumamos. A las causas de índole militar y política que contribuyeron al desastre, á los errores de mando, aun podrían añadirse la defectuosa construcción de los bajeles de nuestra armada para la navegación del Norte, sobre todo teniendo en cuenta los muy veleros que poseía el enemigo, no menos que la falta de buenos pilotos; mas así y todo, con sus defectos de construcción, armamento y organización, otro hubiera sido el destino de la *Invencible*, de haberse hallado al frente de ella el insigne Marqués de Santa Cruz. Deplorable fué su muerte en tan críticos momentos, no menos sensibles las de Oquendo, Recalde, Valdés y otros ilustres capitanes á consecuencia del desastre; pero lo que fué más triste es que en él se originó la ruina de nuestro poder marítimo, y que infundió, sin duda alguna, en nuestro pueblo mayor desapego por la vida de mar. Cuando España necesitaba ser más poderosa en este elemento para asegurar sus dominios de allende el Océano, era precisamente la ocasión en que declinaba y cedía á sus rivales la Inglaterra y la Holanda un lugar que hasta entonces había ocupado gloriosamente.

Pero nuestra patria se consoló del gran desastre, achacándolo á *los vientos* y *el mar;* y, sobre todo, los espíritus católicos reconocieron una vez más que Dios lo había permitido así «para que, repitiéndose estos grandes ejemplos, den á la humana potencia recuerdos de su flaqueza», sin faltar por eso aduladores que dijeran haberlo consentido aquél, para probar el ánimo del monarca, y fanáticos que aseguraran lo toleró en castigo de no haber exterminado el Rey á todos los moros de España sin respetar edad ni sexo (1). Reconozcamos, sin embargo, que Dios no cuidó del triunfo del católico Felipe, pues tan poco caso hizo de las torreadas naves que lanzó al Océano y de los soldados reunidos en Flandes, en España y en Italia, como de los disciplinazos que fervorosamente se dieron el 4 de Junio al amanecer, los monjes del Escorial.

V

El fracaso de la expedición á Inglaterra, y la necesidad de proseguir las operaciones, sobre todo disponiendo de tan escogidos elementos, obligó á Farnesio á trazar nuevos planes de campaña. En consecuencia, dividió su ejército en tres trozos, y entregando el primero, juntamente con los alemanes, al conde de Mansfeld, despachólo contra Wachtendoch; mandó al segundo con el tercio napolitano para el electorado de Colonia, y quedóse él con el resto de la fuerza, en su mayoría españoles, para acometer á Bergen-op-Zoom, plaza fuerte, frontera á la isla de Tholen, y que á la sazón guarnecían los ingleses mandados por el coronel Morgan. Bergen era una ciudad importantísima por su posición en las bocas del Escalda, así como por sus fortificaciones, lo que hacía su presa algo difícil; y como resultara infructuosa la tentativa que desde Tholen hizo para entrarla el marqués de Renty, hubo de resolverse Farnesio á establecer un sitio en regla; pero varió sus intentos una carta que de un español prisionero en la ciudad le fué entregada. El español aseguraba, que, de acuerdo con uno de los oficiales, había ideado un medio de ocupar á Bergen, y que el inglés aludido, acudiría á los cuarteles católicos para conducir el ejército hasta los muros; enterado de lo cual Alejandro quedó no poco complacido, ya por conseguir el objeto tan fácilmente, ya porque la proximidad del invierno presagiaba al ejército grandes trabajos. Pero en

(1) El venerable D. Juan de Ribera, obispo de Valencia, fué quien se atrevió á emitir ante el Rey estas *humanas* ideas, segun consta en las *cartas* dirigidas por dicho prelado á Felipe III, publicadas en Roma el año 1734. En estas *cartas* citadas por el historiador inglés, que poseyó un ejemplar de dicha obra, se lee el siguiente párrafo «El año quando se perdió la poderosa Armada, me atrevi a dezir á S. M. que aviendo gastado mucho tiempo en discubrir que causa podia aver para que Dios permitiesse aquel mal sucesso, se me havia ofrecido una cosa de mucha consideracion... Le embio a mandar por un profeta que destruya a los Amalequitas, sin dexar hombres, ni mugeres, ni niños, anque sean de leche, y porque no cumplió exactamente su mandamiento, cayo en indignacion de Dios.» Por fortuna el fanatismo de Felipe II no llegaba hasta el extremo que el de este *venerable* religioso.

realidad los tratos fueron un lazo hábilmente tendido por los ingleses, pues si bien el oficial dió oídos al prisionero y aun se prestó á ejecutar el proyecto, fué poniendose de acuerdo con el gobernador para tender á los católicos un lazo.

Gravísimo peligro iban á correr nuestros soldados, y terrible descalabro el ejército sitiador, de no obrar con precaución el general en jefe: y que Alejandro no todo lo fió al acaso, pruébalo el acierto con que distribuyó la fuerza destinada á esta función. En vanguardia colocó cien hombres escogidos, mandados por Diego de Escobar, sargento mayor del tercio de Leyva; en pos de estos cien más con el citado maestre de campo, y á corta distancia de Leyva, dispuso mar-






Luis Guillermo de Nassau

El Conde de Holak

char Renty con 1,000 soldados extranjeros. Exploróse el terreno, designáronse los puntos en que debían colocarse los destacamentos á medida que avanzaran, y la noche señalada el oficial inglés condujo la primera fracción hasta las lagunas que rodean el castillo de Bergen. Allí escoge treinta soldados, avanza hasta la estacada, da la señal á los centinelas, y penetra con sólo quince en el castillo; pero el resto de los españoles no espera largo rato que se franquee el paso, pues de improviso cae sobre ellos una tempestad de pelotas, y les obliga á retirarse con gran daño: no tan á tiempo, sin embargo, que atraído el segundo destacamento por las voces alegres que se oían, deje de mezclarse y ofrezca excelente blanco á los de la plaza. Por ser de noche, grande la confusión, cenagoso el terreno y nutrido el fuego, causó esta ocurrencia sensibles pérdidas, así en número como en categoría; pero, gracias á la previsión de Alejandro, evitóse mayor descalabro. No obstante, reconocióse desde aquel momento que no era fácil establecer el sitio, y después de haber mandado levantar en las cercanías de Bergen algunos fuertes para que sujetasen las correrías de su guarnición, resolvió Farnesio distribuir sus tropas por los cuarteles de invierno.

Mas felizmente había operado en este intervalo el cuerpo de ejército destinado al arzobispado de Colonia. La ciudad de Bonn, conquistada á los herejes en 1584 por el prelado católico,

había sido arrebatada á su vez por el terrible Martín Schenk en 1587, aprovechando éste el desamparo en que se hallaba el territorio á causa de la concentración de las fuerzas católicas en la costa (1). Convenientemente guarnecida y fortificada esta ciudad, que defiende el paso del Rhin, más arriba de Colonia, desafiaba al Elector católico, y era una seria amenaza para Colonia misma; lo que unido á las reiteradas súplicas del arzobispo Ernesto, obligó al Duque de Parma á despachar contra Bonn al príncipe de Cimay, hijo del duque de Arescot, al frente de doce compañías de caballos, y al coronel Tassis, con algunos regimientos de frisones, ordenando al mismo tiempo á Capifuccio que recorriera con algunas tropas el territorio de Colonia.

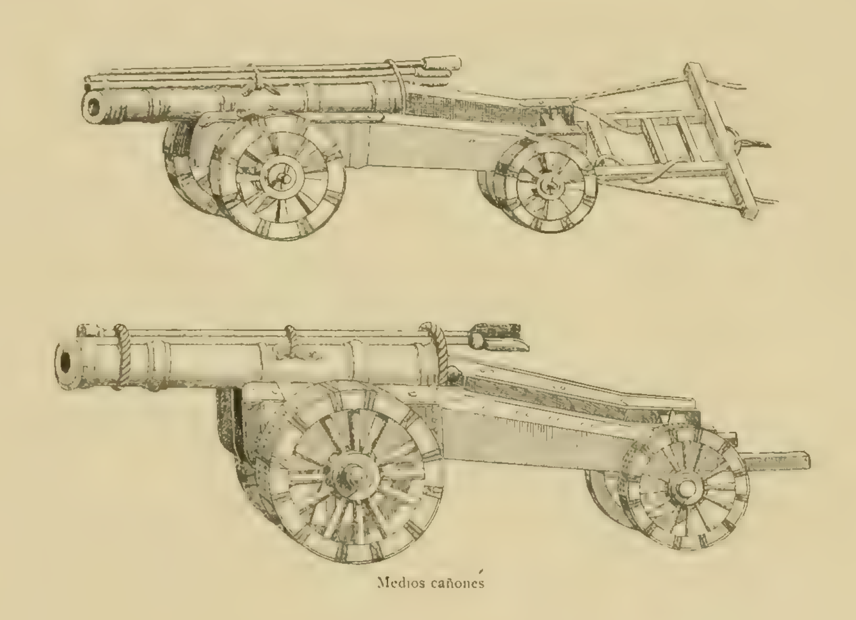
No era fácil la toma de aquella ciudad; pero la ausencia de Schenk infundió á Cimay tal ardor, que desoyendo los consejos del experto Tassis resolvió dar un asalto general, antes que acometer los fuertes inmediatos; y como la víspera del día señalado, reconocieran juntos los puestos avanzados, fué Tassis atravesado de una bala, y pereció en el acto. Esta desgracia paralizó los trabajos de sitio y permitió á Schenk entrar de nuevo en Bonn; pero también infundió en Alejandro gran empeño en la rendición de la plaza. A este objeto mandó que sin pérdida de tiempo se trasladara al campo de Bonn el coronel Verdugo, y reforzó al ejército con doce compañías de italianos al mando de Carlos Spinelli, y con los alemanes del coronel Schemberg; en reemplazo de Tassis puso al teniente del tercio de La Motte, Coquela, á quien dió el mando de los regimientos de Frisia y alguna artillería. Una simple ojeada bastó á Verdugo para comprender el escaso tino de Cimay, pues para sitiar en regla á Bonn era antes necesario, según había aconsejado Tassis, atacar y rendir las fortalezas que dominan la ribera opuesta del Rhin, y que favorecían la entrada de socorros en la plaza. En consecuencia, ordenóse la expugnación, y en breve se rindieron los menos importantes; no así el castillo, pues aunque atacado con vigor, una mala inteligencia entre los asaltantes, introdujo el desorden en las columnas, y dió ocasión á que fueran rebatidos con grave pérdida. Desde aquel día se renunció á tomar la fortaleza de rebato, contentándose los sitiadores con arrimar sus trincheras y fabricar numerosas minas; y ya los alemanes amenazaban seriamente un baluarte algo más avanzado que las restantes obras, cuando, entablada plática entre los mercenarios tudescos de ambos campos, los de la guarnición se brindaron á entregar el baluarte, y posesionados de él los nuestros, rindióse seguidamente la fortaleza.

Largo y empeñado prometía ser este sitio, pues así que llegaron las fuerzas de Verdugo y los italianos al campo realista, Schenk salió de la plaza y se dirigió á Inglaterra en demanda de auxilios, los que, no habiendo obtenido, trasladóse cerca del elector palatino Casimiro con igual objeto; mas, al regresar á la plaza, hallóse con la triste novedad de haberse perdido el castillo, y haberse aumentado las fuerzas sitiadoras con ocho compañías del tercio de Nápoles, siete de valones de Claudio Barlotta y la caballería albanesa de Basta, con lo cual y con las nuevas líneas fortificadas que la ceñían, era imposible evitar su toma, de no acudir con oportunidad los refuerzos de Casimiro. Empero, estos refuerzos fueron escasos, y aunque los condujo Schenk en persona, no siendo fácil atacar con ventaja á los católicos, hubo de contentarse con amenazar á Neuss, mientras su teniente Polisio hacía en Bonn prodigios de valor. Repetidas y vigorosas eran las salidas de los sitiados para estorbar los trabajos de aproche, reñidísimos los combates enta-

(1) Es sumamente curiosa la descripción que de un petardo empleado por Schenk para romper las puertas de Bonn, hace el historiador Estrada y que insertamos á continuación:

«Es esta máquina un vaso de bronce vaciado, no desemejante en la forma al mortero; y aun refiere Tensino, artífice y escritor de tales cosas, que en la guerra de Juliers, se valió él de un mortero de tienda de especería para derribar la puerta de Andeldorf. Su grandeza es varia. tiénese agora por mejor, la que puede llevar y cubrir debajo de la capa un soldado de bastantes fuerzas. Al lado tiene una assilla y casi de lo interior del fondo sale un cañuto, largo un palmo, para llevar dentro el incendio. Llenan el vaso de pólvora, apretándola con el taco hasta la boca, la cual cierran primero con un tapón de estopa, y sobre éste con otro de tela encerada. Luego le añaden una vigueta de roble mayor en latitud que el vaso, cruzada con barras de hierro, y se las prietan mucho, á la misma boca: para que con esto que se le añade se haga mayor rotura en la puerta, que la que hiciera sólo el ancho del mortero; el cual no bastara para abrir la capacidad por donde pudiesen entrar los soldados. Cargado de esta manera el petardo, después de barrenada la puerta, que se quiere batir, y dejado allí mismo en vez de clavo el barreno, se cuelga de la asa atada al barreno, vuelta la boca al medio de la puerta, y por la regadera de pólvora que se metió en el cañuto, se enciende. Entonces embistiendo las llamas y la vigueta herrada contra la puerta, con fuerza casi invencible, cuanto la resistencia es más porfiada, tanto más desapoderadamente se hace piezas cualquiera cosa que por la parte de dentro haga oposición, y la puerta deja libre la entrada con la mayor boca.» *Década segunda* Lib. X.

blados al pie de las trincheras; pero las obras, aunque lentamente, iban avanzando, y por fin el tercio napolitano, despreciando el fuego de los casamatas y la voladura de las minas, llegó hasta el foso, apercibido para la escalada. Este suceso y la falta de víveres precipitó la entrega, no menos que la noticia de que se adelantaba el conde de Mansfeld con nuevas tropas. La seguridad de que era imposible continuar la defensa, así como la confianza de obtener de Cimay condiciones mas benignas que de Mansfeld, hizo, pues, que se pactara la rendicion el dia 28 de Septiembre de 1588, entrando a tomar posesion de ella el elector Ernesto, escoltado por las tropas reales y retirándose la guarnición sin armas ni banderas.



Medios cañones

Permitio la rendición de Bonn concentrar todas las tropas para el sitio de Wachtendonk, confiado al conde de Mansfeld; y aunque esta plaza era en extremo reducida y no hacía presumir resistencia larga; sin embargo, por hallarse sobre un terreno pantanoso y estar soberbiamente fortificada, opinaban algunos que no podría por entonçes conquistarse. Estos pronósticos se hubieran cumplido de no haberse empleado en la expugnación un nuevo y sorprendente descubrimiento. Porque ocupadas y fortificadas las cercanías y batida la ciudad con artillería, no por eso se intimidaron los cercados, á no haber llovido sobre ella unos *grandes globos de bronce vaciado, embutidos por dentro de pólvora y otras materias inflamables* (1). Este nuevo género de pelotas, cuya invención se atribuye á un artífice de Venloo, «arrojadas en alto desde grandes morteros, centellando de un pequeño agujero las yescas de longitud templada, caían pesadas sobre los tejados, los hundían con el peso, y al mismo tiempo, reventando en piezas, se apoderaban de cuanto cerca estaba con un incendio contumaz al agua (2)». Presos de terror los moradores y desesperados por

(1) Estrada. *Déc. II*. Lib II.

(2) El autor antes citado, después de manifestar que este genero de pelotas se atribuía á un ciudadano de Venloo, añade «Se que alguno escribe, que uno ú otro mes antes de ese tiempo (del cerco de Wachtendonk), en Berg-op-Zom, un italiano intentó cosa semejante, aunque con desemejante suceso. Porque habiéndose pasado á los Estados rebeldes, les prometió que el fabricaría vasos y globos huecos de hierro ó de piedra, los cuales, disparados contra las plazas cercadas, encendidos, y reventando en muchas piezas, como granos menudos, todo cuanto tocasen esparcidamente lo llenasen de pertinaces llamas. Pero éste, arrebatado de una centella que cayó sobre el material que tenia dispuesto, y atormentado del fuego, que miembro por miembro se apoderó de todo su cuerpo y le arrancó el alma, dejó en duda si hubiera podido cumplir lo que habia prometido.» Coloma no hace mención de tal invento. Véanse las *Guerras de los Estados Bajos*, Lib. I. 1588.

la pérdida de su hacienda, acudieron en masa al gobernador, suplicándole entregara la plaza; pero el gobernador era un digno militar, consideraba posible la defensa, y se negó á entrar en tratos con el enemigo; hizo más aún: ganoso de ahorrar á la plaza mayores desastres, salió á ofrecer batalla al enemigo. La suerte de Wachtendonk decidióse en el combate dado junto al Niers, donde su valiente guarnición fué derrotada y gravemente herido su gobernador. Mansfeld señoreó una ciudad que constituía seria amenaza para toda la provincia de Güeldres; y Alejandro pudo felicitarse y felicitar al Rey de la conducta observada por el achacoso Ernesto, á quien tanto debían las armas católicas.

Dueño Alejandro de la línea del Mosa desde que éste se introduce en las Provincias hasta la ciudad de Bois-le-Duc, érale indispensable para redondear sus conquistas en el Brabante apoderarse de las plazas que dominan su corriente á contar de dicha ciudad hasta las bocas del río, y luego de toda la ribera situada entre éstas y las del Escalda. Bergen-op-Zoom, que era una de las más importantes plazas enclavadas en dicha zona, había resistido á las armas católicas; pero Gertruidemberg, no menos importante por hallarse situada junto á las bocas del Mosa, sobre el río Merva, como por su opulencia y fortaleza, prometía ser presa segura, á causa de hallarse en sedición los ingleses de su presidio. El origen de esta rebeldía no era otro que las disensiones reinantes entre la gente de Leicester y los holandeses; y como la plaza era una excelente llave para penetrar éstos en el Brabante, Mauricio de Nassau apercibióse á reducir los sediciosos, preocupado por la suerte de la plaza. Mas ya Lanzavechía, gobernador de Breda, tenía noticia de lo ocurrido, y con no menos diligencias que astucia, atizado el fuego de la rebeldía con objeto de ganar el ánimo de los sediciosos. Estos pedían sus diez pagas atrasadas; los Estados les ofrecían cinco á cuenta; negábanse ellos á recibirlas, adoptaban las Provincias medidas enérgicas, y todo hacía augurar un término funesto á tales diferencias. Consiguiente á ellas, fué la expedición de Mauricio de Nassau al frente de 4,000 combatientes y los preparativos de Farnesio para aprovechar la excelente ocasión que se le brindaba.

A pesar de que Nassau ocupó todas las avenidas inmediatas á la ciudad y defendió el paso del río con la flota, consiguieron los sitiados hacer llegar á Breda y luego á Bruselas tres mensajeros que en nombre de la guarnición inglesa ofrecieron entregar Gertruidemberg á los españoles. Y aceptada la oferta, pusiéronse en camino los tercios de Bobadilla y de Aremberg, casi al mismo tiempo que La Motte intentaba de nuevo tomar á Ostende y distraer hacia aquel lado la atención del enemigo. Pero éste, noticioso del movimiento, apretó la expugnación con violentísimo fuego tanto del costado de mar como de tierra, y aun intentó arrebatar la plaza por asalto. No pudo conseguirlo, ni menos esperar que el tiempo hiciera los oficios del acero; pues á poco avanzó desde Bruselas el mismo Alejandro, y noticioso por los cañonazos y cohetes que disparaban en Breda de su arribo, levantó el campo y se retiró á Dort, con ánimo de vigilar á la ciudad. Consiguiente á este movimiento fué la entrega de Gertruidemberg, en la que entró Alejandro después de haber pactado que se entregaran quince pagas á los ingleses y la villa se viera libre de presidio español é italiano.

Tan ventajosa adquisición, que, según frases del mismo Farnesio, *abría al Rey la puerta de Holanda*, fué la última conseguida por él en este año; porque el ilustre caudillo, que hacía algún tiempo se hallaba aquejado de hidropesía, al pasar el río Dele, cayóse del caballo, y no habiéndose despojado de las ropas hasta que llegó é Bruselas, enfermó gravemente, y hubo de trasladarse á Spá con objeto de tomar las aguas medicinales. En su ausencia quedó confiado el ejército á Carlos de Mansfeld, hijo del conde Pedro Ernesto; quien recibió con el mando, la orden de proseguir las operaciones, comenzando por la expugnación de Heusden, plaza situada sobre un afluente del Mosa, y muy importante por hallarse á mitad de camino de Bois-le-Duc y Gertruidemberg, con las que se comunica por aquella vía fluvial. Funesta fué esta ausencia á la disciplina de aquel ejército, conjunto heterogéneo de naciones al que daba vigor y cohesión la energía y el tino de Alejandro. Por un lado no era Carlos de Mansfeld muy querido de la gente, especialmente de los españoles; por otro, la desgracia que acompañó su primera empresa, concluyóle de enajenar las generales simpatías.

Quiso el joven caudillo inaugurar su mando con señalados hechos, y á la par que á Heusden, acometió á Bommel, plaza fuerte de la isla de este nombre; pero frustróse el doble intento, y siguió de muy cerca á esta ocurrencia, un suceso que produjo resultados muy tristes en el campo católico. Habían los realistas puesto sitio á la fortaleza de Héel, sobre el Mosa, y tan apurados se hallaban los defensores, que pactaron la entrega, saliendo la guarnición sin armas ni bagajes. Esta noticia, al llegar á oídos de los tercios españoles, les indujo á salir de los cuarteles y á desemparar los puestos, yéndose por aquellas cercanías en busca de botín; sabiendo lo cual Mansfeld, lleno de ira, mandó tocar arma como si el enemigo se hallara presente. La señal produjo un efecto no esperado; creyendo los españoles que el enemigo, ya en retirada, fingía un ardid, opinando éste que los españoles le habían engañado; y resultando de aquí una horrible matanza de rebeldes hecha á mansalva. No acudieron los capitanes tan á tiempo que evitaran aquella ignominia; pero cuando vueltos en sí los católicos, comprendieron que había sido causada por la ocurrencia de Mansfeld, llenáronse de indignación, y con este motivo sostúvose entre el maestre de campo Leyva y el conde Carlos, agria polémica.

Ni paró en esto aquella diferencia: que en los ejércitos el respeto hacia el general y el prestigio que rodea á éste, son siempre sólida garantía de la disciplina. Había ordenado Mansfeld, siguiendo en esto las órdenes de Alejandro, que las tropas, dueñas de la ribera de Bommel, en el Mosa, pasaran á ocupar la del Wahal, con objeto de abrirse camino para Holanda; plan, sin duda alguna, acertadísimo y del que hubiera podido prometerse eficaces resultados, de no tropezar con la rebeldía de los tercios. Pero la proximidad del invierno, rigurosísimo en aquella zona, sobre todo en las islas formadas por los ríos, islas de terribles recuerdos para nuestros soldados, ofrecía por lo pronto graves dificultades á esta operación. De un lado los hielos y las avenidas de los ríos, de otro la reciente contienda, infundía en los españoles recelos y disgustos; mas no dejó de influir en ellos el recuerdo del pasado invierno, en el que, acuartelados en Lyra y en Malinas, entregábanse á toda suerte de regocijos y deleites. Minada por tan diversas causas la disciplina, ausente quien podía remediar el peligro, estalló, por fin, la sedición en el tercio viejo de Leyva, cuyas compañías, abandonando el 30 de Agosto por la noche los reales, se presentaron en la plaza de armas pidiendo á grandes voces dinero y que se las dejara partir de la isla Bommel. Ni los ruegos de su maestre de campo, ni las súplicas de sus oficiales lograron disuadir á los rebeldes; y con harta pena evitóse que la sedición cundiera por los restantes tercios. Pero como el de Manrique se mantuviera leal y aguardara en actitud hostil el ataque seguido de algunas otras compañías, no pasaron los sediciosos adelante; y al rayar el día, vueltos á sus tiendas, el campo volvió á ofrecer su aspecto normal.

Esta sedición cortó los alientos á Carlos Mansfeld, pues aunque en castigo hizo dar garrote y ahorcar á siete de los autores, obligóle á desistir de las operaciones y á repasar el Mosa, dejando tan sólo las plazas que conquistó en la isla de Bommel suficientemente guarnecidas. Pero Farnesio, á quien infundió no menos pesar lo ocurrido, determinó cortar de raíz la rebeldía, haciendo singularísimo escarmiento en aquellos soldados, que, sobradamente engreídos de su valor y de sus hazañas, hollaban tan miserablemente las leyes militares. Propúsose disolver el viejo tercio; y para verificarlo sin excitar sospechas, ordenó á Leyva que desde Grave, donde aquél había pasado, lo condujese por el Mosa á Namur y de allí á Tiele para juntarlo allí con las tropas de La Motte. Al propio tiempo avisó á éste que acudiera con algunos regimientos y cuatro cornetas y mandó al Veedor general Juan Bautista Tassis, con la carta de disolución. Reunidas allí las tropas, hizo el Veedor solemne entrega del documento á Leyva (1) y á cada uno de los capitanes, y supieron aquellos veteranos cuál era el destino que les reservaba su rebeldía. Largo espacio de tiempo per-

(1) El contenido del documento era éste «Que había parecido conveniente al bien público y al presente repartir su Tercio debajo de otras banderas en especial por los presidios de la Provincia de Flandes. Que esto mandaba él en nombre del Rey y esperaba de su respeto y rendimiento á la Real Majestad, cuidarían con todo esfuerzo de que se ejecutase con el mayor sosiego y compostura de los soldados. Que no había querido determinarle en qué Fortalezas ó Tercios había de acomodarlos, sino dejarlos á su discreción. Que escogiese y distribuyese a su arbitrio. Que solamente á los Capitanes de infantería y á los otros oficiales les reservase la elección del lugar, como en las cartas para los capitanes al mismo tiempo se las entregó Tassis á cada uno se les daba á entender.» Estrada *Déc. II.*, Lib. X

manecieron mustios y callados, hasta que, por fin, adelantóse Leyva y dijo á Tassis «que estaba pronto á obedecer y á que obedecieran sus soldados ; llamó luego al alférez y díjole con sentido acento: *Ea, batid la bandera y plegadla: pues ya de agora nunca irá delante del tercio viejo* Esta fué la oración fúnebre de aquel valiente cuerpo. «Obedeció el alférez; quitó del asta el tafetán é hizo piezas el asta. Siguieron los otros alféreces el ejemplo, mas no todos con igual prontitud. Algunos no pudieron detener las lagrimas á fuerza del deshonor; y los que tantas veces habían tolerado sus heridas, con los ojos secos, como ajenas, agora traspasados con más penetrante dardo, entre suspiros y gemidos, se rendían oprimidos de dolor. Aun hizo en otros más sensibles efectos;



Sorpresa de Breda por las tropas de Mauricio de Nassau.—Salida de los enemigos de Seven-Bergen (1)

porque mandándoles dejar las banderas, las despedazaron con las manos, deshicieron con menudos trozos las astas, como desobligados ya á venerar al Príncipe en ellas; y no sufriendo por eso, que de tan gloriosos instrumentos de victoria quedase ni la menor parte para la ignominia. Eran de ver algunas compañías á un mismo tiempo, cuyos alféreces, batidos y arrastrados por el suelo los velos de las banderas, y los capitanes, arrojadas á la tierra, ó quebradas las jinetas; los sargentos vueltas al suelo las puntas de las alabardas; los atambores y pífanos con lúgubre sonido, todos con pompa fúnebre lloraban al Tercio como á difunto que se llevaba al sepulcro (2).» A este acto siguió inmediatamente la distribución de los soldados por las ciudades de Newport, Dunkerque, Terramunda, la Esclusa, el castillo de Gante y la fortaleza de Amberes.

Vuelto Alejandro de los baños de Spá, quiso pasar muestra de la milicia, y resultó contar cosa de 6,000 combatientes, distribuídos en 68 banderas, esto es: 2 tercios y 14 compañías sueltas.

(1) Este grabado y los tres siguientes, relativos al mismo asunto, pertenecen á la preciosa obra holandesa titulada: *Descripcion verdadera y exacta reproduccion grafica de todas las expediciones por mar y tierra, y victorias que el Omnipotente ha concedido á los poderosos Estados de Holanda, por consejo y obra del Altísimo Príncipe y Señor Mauricio de Nassau, etc. Con especial cuidado coleccionadas y adornadas con numerosos grabados.—Impresa en Leyden de Holanda por Juan Orle's y Enrique de Haesterns, en el año de 1612.*

(2) *Década segunda*, Lib. X.

Con estas compañías y con los soldados que escaparon del naufragio de la Armada compuso un tercio de 1,000 hombres, cifra á que también redujo los dos antes citados. Eligió por maestre de campo del nuevo, á Alonso de Idiázquez, hijo del secretario del Rey; por capitanes, á los más expertos del disuelto tercio de Leyva, y en sustitución de los maestres Manrique y Bobadilla, que regían los restantes, nombró en propiedad á Antonio de Zúñiga y á Manuel Cabeza de Vaca. Organizadas así las tropas, cuidó Farnesio de dar colocación á los mejores oficiales en orden á sus méritos, pero no tuvo menos en cuenta el dar á Leyva un cargo digno de su conducta, y á este fin le nombró individuo de su Consejo.



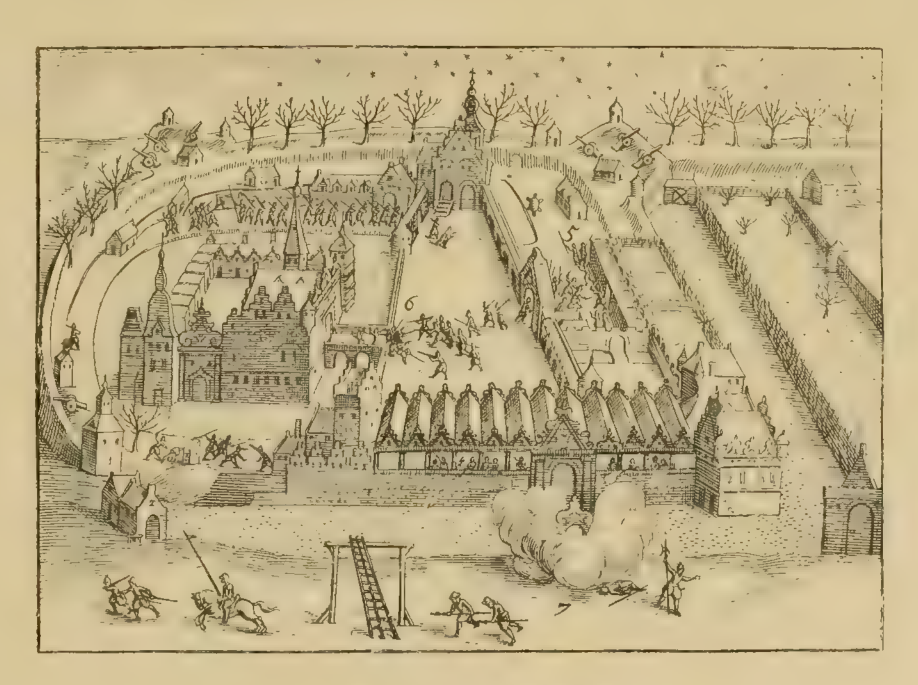
Sorpresa de Breda.—Los soldados enemigos ocultos entre la turba se introducen á la desfilada en la plaza

Las operaciones militares de este año no fueron de grande importancia; pues, excepción hecha de la pérdida de Breda, redujéronse á la sorpresa de un puesto avanzado que los españoles tenían en Tillemont, sorpresa infructuosa aunque sangrienta; al sitio y toma de Bliemberg, en el electorado de Colonia, sitio en que fué muerto el ingeniero Plati, y al asedio de Rhinberg. Alejandro, obligado á hacer frente al conde de Meurs y á Schenk, en Güeldres; y á dar auxilios al coronel Verdugo, oprimido en la Frisia por los Nassau, hubo de hacer un supremo esfuerzo para atender al Elector eclesiástico, y despachó para esta provincia un cuerpo mercenario, y para el electorado el marqués de Barambón. Varia fué la suerte; pues mientras los destinados á Frisia fueron derrotados por Martín Schenk, éste quiso sorprender á Nimega y murió en la empresa (1), y el

(1) Merece ser conocido el retrato que hace el célebre Lothrop Motley, de este célebre aventurero:

«Intimamente enlazado á los principales acontecimientos de la época de que nos ocupamos, dice, era además el tipo perfecto de esos merodeadores, cuya existencia es uno de los rasgos característicos de este período. Nacido en 1549 de una antigua y noble familia de Gueldres, Martín Schenk no heredó otra fortuna que su espada. Sirvió algún tiempo en calidad de paje al señor de Isselstein, y después pasó á militar, muy joven aun, en las banderas de Guillermo de Orange, llevando consigo dos hombres de armas. El humilde caballero errante y sus dos escuderos fueron cortésmente recibidos por el príncipe y los Estados, pero muy presto riñó con sus protectores. Habíase hecho dueño, Schenk, del castillo de Blyenberg, perteneciente á un

conde de Meurs que intentaba socorrer á Rhinberg, pereció en Arnehim abrasado por la explosión de un barril de pólvora. Acudió Holack presuroso en auxilio de la plaza sitiada y despachó un convoy de 3,000 carros, escoltado por 1,500 infantes y 400 caballos; mas no anduvo menos diligente Barambón, quien pidió refuerzos al conde de Mansfeld, residente en Grave; y hubiérase cerrado por completo el camino al convoy, de haber llegado el refuerzo con oportunidad. Pero aunque las dos partes tenían fuerza casi igual, el terreno lagunoso en que se entabló la acción y que no permitió jugar la caballería, y una vigorosa salida de los sitiados, permitió la entrada del convoy, con grave pérdida de los católicos. Atribuyóse el mal suceso á la enemistad que reinaba

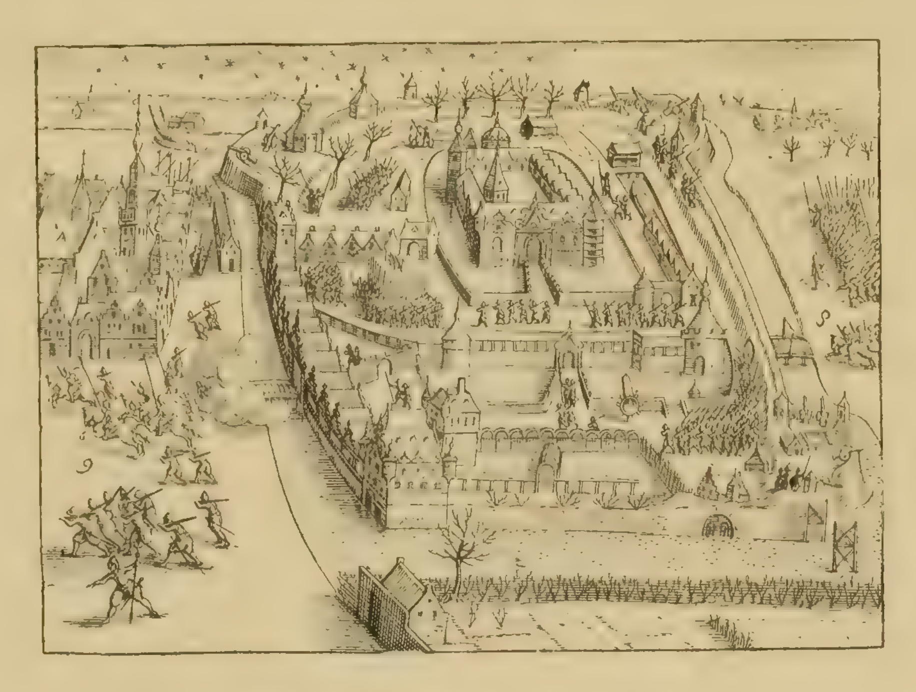


Sorpresa de Breda.—Combate en las calles

entre Barambón y Mansfeld, y comentóse mucho esta derrota; pero Farnesio, al dar cuenta de lo sucedido al Rey, evitó prudentemente entrar en cierto género de detalles. Pocos días después,

primo suyo, pero que deseaba convertir en propiedad legítima, porque pertenecía á la misma raza, y sobre todo porque era residencia agradable y finca productiva. Los tribunales no opinaron como él en materias de derecho, y sostuvieron el de su despojado deudo. Entonces encerróse Martín en el castillo, y habiendo cometido un homicidio, que aumentó su impopularidad, disgustóse de sus compatriotas, y ofreció al duque de Parma su espada. Alejandro se tuvo por satisfecho con la adquisición de tan bravo soldado, y le mandó auxilios. Desde entonces sirvió á las órdenes del Rey, al que prestó no escasos servicios, y fué recompensado con los más elevados cargos, si bien el aventurero, fiel á su sistema, abusaba del merodeo para ir llenando sus cofres. «Es un muchacho muy valiente, decía de él Parma al Rey, pero más bien un bandolero atrevido que un soldado valeroso.» Las dos lanzas de Martín se convirtieron en un escuadrón numeroso; soldados los más obedientes y ladrones que existieran en el orbe. Pero su jefe era de lo más perfecto que se conocía. Nunca estaba en el perfecto uso de sus facultades, nunca se le vió sonreir; su habitual estado de embriaguez, parecía aumentar su audacia y su mutismo, sin perturbar su razón. No conocía ni la fatiga, ni el miedo, ni el remordimiento. Permanecía días y noches enteros a caballo, comiendo, bebiendo, durmiendo en la silla, por manera, que este terrible centauro parecía formar con el cuadrupedo un solo ser. Sus soldados le seguían como perros, y él como perros los trataba. Los atropellaba brutalmente y mataba con su propia mano aquellos que habían faltado. Y á pesar de esto, su banda le seguía sumisa, porque no ignoraba que él les conducía siempre donde abundaba el botín. Mientras sirvió a Parma consiguió dos brillantes victorias sobre Hohenlo. En Hardenberg derrotó por completo a este ilustre general, matandole 500 hombres, sin perder el mas que 50. Gracias á ella conservó á Felipe la importante ciudad de Groninga por un cuarto de siglo y fué recibido en la ciudad con entusiasmo. Pasó después algunos años, consiguiendo victorias y atesorando el fruto de sus rapiñas, se convirtió en azote se Gueldres, su país natal, y recibió muchas heridas sirviendo al Rey. Dos veces fué hecho prisionero, y escapó antes de ser rescatado. Ultimamente conquistó á Nimega. En suma, era el más temible, más audaz

el marques de Barambón fué reemplazado por Mansfeld, y el sitio prosigió con mayor actividad. Tomose la fortaleza de Rhes sobre el Rhin, que favorecia el paso de este rio para la ciudad, y lo que es más importante, para el Over-Issel y la Frisia (desde Rhes a Anholst, y de aquí á Beeford y a Grolla, lugares pertenecientes a los católicos y distantes entre sí una hora); y concentrando todas las fuerzas en los cuarteles de Rhinberg, apretóse de tal manera el cerco, que, faltos de alimento los habitantes y habiendo respondido Mauricio y Holack á sus mensajes, que podían rendirse, lo efectuaron con no malos partidos, pues se les hizo gracia de la multa, y la guarnición salió de la ciudad con pompa militar. De este modo quedo completamente pacificado el electora-



Sorpresa de Breda —Vergonzosa huida de la guarnición italiana

do arzobispal de Colonia, pues rendidas Bonn y Neuss, Rhinberg, era la última plaza ocupada por los protestantes. Y así quedó cerrado al enemigo este paso para Alemania, expugnada toda

y escrupuloso de los holandeses que militaban por Felipe. Pero el Rey premió poco sus servicios, y el oro, fruto del robo, no satisfacia su ambición. Resentido por la elección de Verdugo para el gobierno de Frisia, que ambicionaba, ocultó su resentimiento, esperando ocasión propicia para desertar, y aumentó su cólera cuando, después de haber libertado á Breda, fué nombrado Haultepenne para gobernarla. El 25 de Mayo de 1588, á la una de la madrugada, tuvo una entrevista con el conde de Meurs, stathouder de los Estados de Gueldres, y convino en prestar sus servicios a la República, empero en condiciones altamente ventajosas. que se le hiciera teniente-gobernador de Gueldres, se le nombrara mariscal y se le diera sueldo de 2·0 florines mensuales. Se avino á renunciar a la posesión de Blyenberg, siempre que se le dieran 4,000 florines mensuales, en bienes, bien fuere en Holanda ó en Zelanda. Y después de este convenio, Schenk y su escuadrón sirvieron fielmente a los Estados y se convirtieron en enemigos mortales de Parma y del Rey.» *Hist. de las Provincias Unidas de los Países Bajos*. Tomo III, Cap. IX.

Después de haber consumado esta nueva traición, ya tenemos noticia de todas las operaciones efectuadas por Schenk contra nuestro ejercito. La última fué la sorpresa de Nimega, realizada de noche y valiéndose de la proximidad del río Vahal. Acometióla por el costado de la corriente, conduciendo su gente en barcas, entróla al mismo tiempo por partes distintas, la ganó y la perdió tres veces, pero rebatido con vigor, y envuelto entre los que huian, fue compelido al río y, cuando ya ganaba un bajel, cedió este al peso de la gente y se hundió en el río, ahogándose Schenk con los demas soldados.

Dice Estrada que su cuerpo fué hallado entre los cadáveres que arrastraba el Vahal, y que sirvió de espectáculo a la ciudad. De este modo pereció uno de los más terribles capitanes-bandoleros de la guerra de Flandes.

aquella zona y asegurada la fronteriza provincia de Güeldres. Toda la línea del Mosa perteneció desde entonces al príncipe de Parma, quien, poseyendo, excepción hecha de Ostende, la costa de Flandes y además el condado de Zutphen, y las provincias de Over-Issel y Frisia, dominaba en la mayor parte de los Países Bajos, hallándose en perfecta disposición para caer sobre Utrecht, Holanda y Zelanda.

Quizás esta consideración influyó en el ánimo de Felipe II para hacer que persistiera en la idea de llevar la mayor parte del ejército de Flandes al territorio francés y de trasladar con él á su caudillo; pero el *Prudente* no se dió perfecta cuenta del estado de cosas en las Provincias, olvidó que aquellas conquistas no se habían consolidado, no recordó el desamparo en que tenía á su gente, y sobre todo no tuvo en cuenta que al frente de los ejércitos enemigos descollaban caudillos como



D. Cristóbal Lechuga
Retrato copiado de la portada de la obra *Discurso de Artillería*, impresa en Milán en 1611

Luis Guillermo de Nassau, Norris, Holack y el joven Mauricio, cuyo nombre presto debía alcanzar gran celebridad. Sobre todo, era loco el empeño del Rey en acometer tantas y tan grandes empresas, contando con tan escasos recursos, escasez que si en 1589 dió lugar á la sedición de los de Leyva, al siguiente año originó la del tercio de Manrique, mucho más grave que aquélla, pues los soldados se apoderaron de la plaza de Courtray, despidieron á sus oficiales, y unidos á los ocho regimientos que mandaba Meneses declararon que no volverían á la obediencia sin recibir las pagas. Casi tres meses se prolongó esta sedición, con gran disgusto de Alejandro, harto apesadumbrado por la pérdida de Breda; pero careciendo el general de fuerza y de dinero para concluir con ella y hallándose en vísperas de entrar en Francia, hubo de contentarse con pedir fondos á España y satisfacer la deuda, ya que no la disciplina.

La pérdida de Breda ocurrió en 25 de Febrero de 1590 y fué debida al más imperdonable descuido. Gobernaba esta plaza, á la par que la de Gertruidemberg, un antiguo capitán llamado Lanzarecchia; y como Mauricio intentara aprovecharse del menor descuido de sus enemigos, ya que hasta entonces no llevó la mejor parte en las funciones de guerra, procuró por singular ardid apoderarse de ella. Para sacar de Breda á Lanzavecchia, obligado á cumplir el doble y difícil cargo de gobernador de una y otra plaza, hizo ademán de acometer á Gertruidemberg; acudió con

presteza el gobernador, y en su lugar dejó en Breda á un hijo suyo, mozo de diez y ocho años, que fiaba en el celo del sargento mayor de aquella guarnición, los cuidados de vigilancia y buena defensa. A este militar precisamente encomendó el padre que no dejase entrar en la ciudad las barcas de turba que descendían de Holanda por el Merque, corriente que atravesando parte de la villa y su castillo, desagua en los brazos de mar, mas abajo del fuerte de Noordam y Sevenbergen. Pero esta orden no se cumplió debidamente, y las barcas entraban en la villa por el castillo, reconocidas con escaso cuidado. No existía en aquella más guarnición, que cinco compañías



El Conde Carlos de Mansfeld ataca el fuerte de Noordam. (Copia de un grabado de Dolendo)

de caballos y en el fuerte cien soldados, todos italianos. Y esto por una parte y el escaso celo con que se prestaba el servicio facilitaron en gran manera su presa. Mandó Mauricio construir una barca con sobrado falso, donde colocó setenta hombres escogidos, la hizo cargar de turba y confió á un capitán de su confianza la dirección de esta gente. Además dispuso que Holak se acercara a la plaza con 2,000 hombres apercibido para secundar la operación, mientras él le seguía con 3,000 para darle el remate debido. La barca partió de la isleta de Clundert, frente á Sevenbergen (tres leguas de distancia de Breda), la noche del 25 de Febrero de 1590, y después de luchar con vientos contrarios y bajas mareas, llegó á los nueve días junto al primer rastrillo de la fortaleza, cosa de hora y media antes de anochecer, y sin ser reconocida, á causa de hallarse el sargento mayor jugando, y haber mandado en su lugar dos cabos que tampoco lo hicieron, penetró en el castillo. Cuéntase, dice un coetáneo, por gran maravilla, que ya á esta sazón estaba el barco tan maltratado de los hielos y golpes que había dado en tierra con las bajas mareas, que llegaba casi a la cintura el agua á los soldados; y que uno de ellos, apretado de la tos, pidió con gran instancia

que le matasen, por no dañar á sus compañeros. Un ciego que reconociera el bajel descubriera el engaño; y fueron tales los exploradores que, en lugar de hacerlo, se fueron á beber á una taberna con el patrón de la barca, y se estuvieron hasta cerca de las ocho de la noche.» Poco más eran de las once cuando salieron de ella los soldados, y con tal diligencia y bizarría, que en breves momentos se hicieron dueños del primer cuerpo de guardia, y tras él, casi sin resistencia, de la puerta que comunica con la villa, pasando á cuchillo al pie de treinta hombres. El estruendo del combate llegó á la ciudad, y acudiendo los burgueses con armas á la plaza, reuniéndose también los italianos, procuraron atender á la defensa, pero no lo hicieron tan oportunamente que los holandeses ganaran el puente y por él penetraran en la villa. Faltos de buena dirección, mientras desatendían este punto y descuidaban fortificarse en la puerta de Amberes para aguardar auxilios, el enemigo abría la puerta de socorro del castillo y engrosaba sus fuerzas con las de Holak. E inútil es decir que, dueño de las principales grandes, comenzó á cundir el pánico por la ciudad y nadie pensó en otra cosa que en la fuga. Abandonáronse los puestos; el gobernador, que después de ocurrida la sorpresa del primer cuerpo de guardia, se retiró á la torre del homenaje, hízose fuerte en ella con algunos soldados; los de la guarnición se declararon en fuga, siendo inútiles los esfuerzos de dos valientes oficiales para contenerlos. «Nada bastó, dice el sentencioso Coloma, á detener aquellos mismos que, habiendo comenzado á faltar á sus obligaciones de la honra, sólo trataban de salvar confusamente las vidas.» Y, en efecto, ni aguardaron á que se les abriera una puerta de la ciudad, y haciéndola astillas, fugáronse por ella oficiales y soldados; ocurrencia tanto más sensible, en cuanto de sostenerse algunas horas, hubieran recibido los refuerzos que de Rosendal, de Gertruidemberg y de la misma Amberes se les enviaban. Aun después de fugada la guarnición, tentaron los burgueses de resistir; pero sabiendo que Mauricio se aproximaba al frente del resto de su ejército, resolvieron capitular, rescatando el saco con 30,000 ducados y obligándose á recibir guarnición holandesa. Con esto y con haber provisto Mauricio el gobierno de la plaza en el capitán que había dirigido la operación de entrada, dió por terminada su empresa y regresó á Holanda lleno de contento por el éxito alcanzado.

El historiador D. Carlos Coloma menciona, á propósito de este suceso, las siguientes interesantes noticias:

«Sintió el duque de Parma este suceso por muchas razones: la primera por la importancia de la plaza, llave del país de campiña, el más poblado, y aunque estéril en sí, de lo más provechoso del ducado de Brabante, á quien desde ella se podía poner todo en contribución, y por otras consideraciones en orden al servicio del Rey, y al buen suceso de aquella guerra; pero lo que por ventura le afligió más vivamente el ánimo fué el deslucimiento que se le seguía á la nación italiana, que dado que esta mancha (pues la culpa no puede ser de quien no la comete) no la abrazaba toda, el sentimiento de ella es sin duda que era universal, especialmente habiéndola el Duque comenzado á favorecer, contra la opinión de su padre, con algún exceso. No hubo, mientras el duque Octavio vivió, tercios italianos en Flandes; decía este príncipe prudente y lleno de experiencia, que aunque el provecho que su hijo anteponía, y con razón, de la emulación que forzosamente había de nacer entre los españoles é italianos, era muy grande, y podía ser de mucho fruto eso y su valor, era sin comparación mayor el daño que se seguiría si, aficionándose su hijo, como se aficionaría sin duda, á su propia nación, llegasen los españoles á tener celos de los italianos y á persuadirse que los amaba más, y los estimaba en tanto como á ellos; y en esta conformidad, le escribía muy de ordinario que si quería alcanzar prósperos sucesos conservase el crédito que con los españoles tenía, honrándoles y haciéndoles merced y arrojándolos á los peligros de donde era cierto que saldrían con la reputación que siempre. Añadió, pues, este sentimiento á la razón de guerra, presos los capitanes de Breda (salvo el Rapeta, que probó haber procedido bien) y el teniente del marqués del Vasto, con la presteza que la ira acompañada de la razón ejecuta, les fueron cortadas las cabezas en las vallas del palacio de Bruselas (1).»

Tal fué el triste desenlace de este suceso. Para remediar el daño recibido y sin reparar en la

(1) Coloma, *Guerras de los Estados Bajos*, Lib. III.

estación, ordenó Farnesio que el conde de Mansfeld con el tercio de Francisco de Bobadilla, que se hallaba alojado en el Brabante y con 6,000 infantes extranjeros se dirigiera a las cercanías de Breda y cerrara con fuertes estratégicamente situados aquella plaza, para quitar á su presidio la facilidad de correr por el país. De la parte de tierra construyó Mansfeld algunos, y señoreó la de mar, apoderándose de Sevenbergen; pero no pudo ganar el fuerte de Noordam que domina la desembocadura del río, á causa de las grandes lluvias y las crecientes del mar que imposibilitaban el emplazamiento de los cañones.

Las dificultades con que tenía que luchar Mansfeld á causa del rigor del invierno en aquellas tierras bajas y húmedas, las constantes lluvias y la falta de buenos cuarteles, eran grandes; pero no por eso cejaba en su propósito de aislar por completo á Breda y hacerse dueño de ella; así es que, desistiendo por el momento de tomar á Noordam, avanzó contra aquella plaza con objeto de establecer formalmente el sitio; pero, mientras apretaba á Breda, y frente á sus murallas tenían lugar sangrientas escaramuzas, Mauricio, con intento de distraerle, se arrimaba á Nimega, en cuya ciudad contaba algunos partidarios. Y en efecto, logró su propósito, porque tan pronto supo el duque de Parma la noticia, ordenó á Carlos Mansfeld que, sin pérdida de tiempo, se dirigiera en auxilio de aquélla; como así lo hizo al frente de 7,000 infantes y 2,000 caballos.

Había intentado el enemigo apoderarse de la plaza por sorpresa, colocando dos petardos en una de sus puertas; mas no logró su intento por haberle sorprendido en la operación los del presidio. Empero, no cejó en sus propósitos hasta que supo la llegada de Mansfeld, socorro que no pudo ser más oportuno, pues reforzado Nassau por gentes y pertrechos, ya tenía plantada la artillería, abiertas las trincheras con no poco temor de los nimegueses. El conde Carlos mandó por delante algunas fuerzas, mientras él pernoctaba en Mocken, y Mauricio pasó el Wahal antes que llegara el grueso de la fuerza (9 de junio de 1590).

Este suceso, aunque propicio para las armas católicas, no produjo el resultado que era de esperar. Porque imposibilitado Mansfeld de perseguir á Nassau, á causa de faltarle la gente y pertrechos necesarios, y habiéndolos pedido inútilmente á Farnesio; no sólo aquél pudo escapar, sino que se estableció en la isla frontera (que llamaron de los Bátavos), formada por el Rhin y el Wahal, y comenzó á levantar un fuerte en la orilla opuesta á Nimega, el fuerte de Knodsenburg, desde el cual noche y día fulminaban sus cañones terrible fuego sobre la ciudad. Un año entero sufrió Nimega los daños de Knodsenburg; pues Mansfeld, que había ido á libertarla, recibida orden de Farnesio para que volviese al Brabante con aquel ejército, tuvo el disgusto de alejarse de ella á los pocos días sin poder arrojar de sus inmediaciones al enemigo. No fué otra la causa de tal mandato que las exigencias de la jornada de Francia; pero de aquí se originó la pérdida de esta ciudad: con motivo de lo cual, dice muy juiciosamente Coloma: «poco temeroso de recibir daño en sus cosas, desviaba de ellas el Rey sus armas para asistir á las ajenas».

No creyó Mauricio por entonces cosa fácil la toma de Nimega; y contentándose con dejar en Knodsenburg buena guarnición, repasó el Wahal é hizo muestra de ir en seguimiento de Mansfeld así que éste pasó el Mosa. Después entró en la isla de Bommel, y se apoderó de los fuertes de Heel, Hemert, Herp y Crevecœur, á tanta costa conquistados por nuestros soldados. ¡Triste, tristísimo resultado éste de largos años de fatigas, de sangrientas luchas y de incesantes proezas!

Pero si doloroso es contemplar el espectáculo de nuestro ejército en las márgenes del Mosa y del Wahal, no menos triste es ver á nuestros tercios dar en Frisia el triste espectáculo que en Flandes; y á Verdugo en constante lucha con los elementos, con sus subordinados y con sus émulos que émulos tenía, y muy grandes, en la corte de Bruselas. Ya hemos tenido ocasión de apreciar los esfuerzos de este veterano para someter á la obediencia la remota provincia que le había sido confiada, no menos que la eficaz cooperación que prestó en las campañas de Güeldres y el electorado de Colonia. Ganada Wachtendonk, á cuya rendición tanto había contribuído con las trazas que aconsejó á Mansfeld, volvió otra vez á su gobierno, donde, como es consiguiente, halló en su ausencia muy empeorado el estado de cosas, la provincia puesta á contribución por el enemigo, inquietos los habitantes, y los magistrados, como siempre, haciendo uso de extremada do-

blez. No disponía Verdugo, como ya sabemos, de grandes elementos para conjurar el doble peligro del enemigo en armas y el enemigo encubierto; así es que eran incesantes sus instancias á Farnesio para que le mandase gente y dinero; pero tampoco andaba éste muy sobrado de recursos para atender casi á un mismo tiempo á las cosas de Flandes y á las de Frisia. No obstante, es indudable que Farnesio tuvo gran prevención contra Verdugo, prevención fomentada por gente envidiosa y aduladora, y á esto se debió en parte la pérdida de Zutphen y Deventer, cuya posesión tanto importaba á los católicos por señorear el curso del Over-Issel.

La guerra de Frisia no se sostenía con el calor que la de la frontera holandesa, porque ni los Estados ni el duque de Parma podían atender por igual á los dos teatros; sin embargo, contaba allí el enemigo con la población entera y con los magistrados; plazas tan importantes como Groninga, cabeza del gobierno, no admitían guarnición, y sus *drosartes* eran completamente desafectos á nuestra causa; por manera que la autoridad del gobernador estaba cortapisada, y no pudiendo mantener en la obediencia á la gente del país por medio de las armas, era por extremo difícil el que prevalecieran sus mandatos. Con harta pena, pues, pudo conseguirlo Verdugo; y ya hemos visto cómo, gracias á sus victorias, consiguió, no sólo sujetar á los naturales é imponerles tributos, sí que también tener á raya el enemigo. Pero cuando regresó á su gobierno, los rebeldes se hallaban muy envalentonados y los fieles muy tibios, lo que hizo necesario pronto y eficaz socorro. Envióle el duque un regimiento de walones al mando de su coronel el inglés Patton, y á la compañía de arcabuceros montados de Juan Contreras, cuyos capitanes llevaban 7,000 ducados para que se abonaran á las tropas de Frisia los sueldos atrasados; marcharon éstos para su destino; súpolo Schenk y les preparó tan hábil emboscada, que mientras una parte de la fuerza había cruzado el Lipo (afluente del Wessel), cayó sobre ella y la destrozó, mientras el resto se declaraba en fuga. El suceso ocurrió poco antes del ataque á Nimega, en que pereció el atrevido capitán salteador: su consecuencia fué quedarse Verdugo sin refuerzos, sin dinero y sin esperanzas de tenerlos en mucho tiempo.

Fuerza que ocurriera esto último, teniendo en cuenta que ya el duque de Parma había recibido órdenes para la jornada de Francia; pues distraídas gente y recursos hacia el país vecino, mal podía Farnesio atender á lo de Frisia, teniendo amenazadas las plazas de Güeldres, perdida Breda, y el enemigo puesto en acecho en la margen opuesta del Mosa. Sin embargo, apremiantes debían ser las necesidades de Verdugo, cuando entrado el Duque en Francia, despachó para Frisia, el tercio de Bobadilla, á la sazón gobernado por Manuel de Vega Cabeza de Vaca. A cuyos soldados se les dió un tercio de paga, y ya en diez meses (que fueron los que se hallaron en aquella remota provincia) no recibieron otro estipendio.

Llegó á Frisia la gente de Vega en el invierno de 1589-90, y ante todo hubo de procurar el gobernador medios con que poderla sustentar, dando á los soldados cómodo alojamiento, en espera de que terminara la estación. Gracias á este descanso pudo apercibirse el enemigo para entrar en campaña, llegado que fuera el verano; y como entonces sumara fuerzas superiores en número á las católicas, presentóse osadamente al mando de Luis Guillermo en las inmediaciones de Groninga y tomó posición en la aldea de Colmer, esperando allí que le acometiese Verdugo. No amilanó al coronel la superioridad del contrario, pues salió á campaña y se presentó frente á Colmer; empero, comprendiendo sería gran locura atacar al enemigo en sus trincheras, trató de hacerle abandonar la posición, batiendo con dos piezas un fuerte inmediato: ganado que fué, sin conseguir este objeto, pasó al fuerte de Lopeslague, construído poco antes por el mismo Verdugo junto á la cortadura del dique de Niezijl y frontero al de este mismo nombre que señoreaba el dique y ocupaba el enemigo. Allí alojó su gente en los alrededores del fuerte entre el dique y un brazo de mar; y con objeto de procurarse vituallas de Groninga, ordenó se construyera un nuevo dique desde Lopeslague á la ciudad, en lo que salían también sus moradores beneficiados; pero los temporales impidieron mantenerse en aquel puesto, y Verdugo hubo de retirarse con gran trabajo á la abadía de Grotwert, cercana á Groninga, perdiendo parte del bagaje y algunos soldados. Esta vecindad, estimada como una amenaza por los de la ciudad, obligó al coronel Verdugo á dise-

minar las tropas por los presidios, terminando de este modo aquellas poco importantes operaciones (1).

Profundamente disgustado Verdugo por la conducta de aquellos ciudadanos, apesadumbrole



Piquero flamenco ejercitándose en el manejo del arma. Facsímile de un grabado de Santiago Gheín.

tanto el atentado cometido contra el maestre de campo Manuel Vega, al que los soldados y aun los capitanes tenían grandísimo odio (2), que suplicó encarecidamente á Farnesio y al mismo Rey

1 *Coment. de la Guerra de Frisia.*

2 Comenzaron los soldados de este tercio á murmurar de su maestre de campo y cobrarle odio, y lo propio los oficiales, incluso el sargento mayor Cristóbal Lechuga, llegando la animosidad de algunos al extremo de querer quitar á Vega la vida. A este efecto, hicieron debajo de su barraca una mina, y una noche, cuando los demás soldados ya estaban reposando, dieron fuego á la cuerda mecha. Pero como el fuego no se propagara con rapidez, aproximóse uno de los soldados á la mina, á cuyo tiempo estalló dejándole abrasado. Salió Manuel Vega ileso de su barraca, dió voces y prendieron al criminal, que aunque medio muerto sufrió la pena de la horca; pero no se pudo poner preso á otro alguno de los autores, ni pudo averiguarse quiénes eran. Sin embargo, desde aquel momento la gente del tercio mostróse muy inquieta, á causa de adeudar ele tantas pagas y de

se le relevara de aquel puesto, empleándole en cualquier otra parte: «pero ni esto se le concedió, dice Vázquez, ni dejaban sus émulos de perseguirle en todas las ocasiones que se ofrecían (1)», y en consecuencia el coronel hubo de continuar en su puesto, contentándose con pedir al conde de Mansfeld, gobernador interino de los Países Bajos, que sacase de Frisia el tercio de Vega; pues á causa de su necesidad *se temía un mal suceso*. Condujo el mismo Verdugo este tercio al Brabante, y habiéndose presentado en Bruselas, advirtió al conde Mansfeld en Consejo, del estado en que dejaba su provincia, las inteligencias que en ella tenía el enemigo, la poca seguridad de algunos que tenían mano en el gobierno y la sustancia de las fuerzas militares con que se defendía. Advirtió principalmente el estado de la villa de Groninguen, en que había muchos de reconocida infidelidad, y entre ellos algunos del magistrado, ofreciéndose á probarlo con alguno de los fieles y bien intencionados de la villa; oficio que, con haberlo hecho muchas veces, no sólo no le lució, antes bien de estos mismos avisos tuvieron muchas veces noticias los acusados: culpa, sin duda, de la infidelidad de algunos ministros inferiores por cuyas manos es fuerza pasen los negocios graves, y riesgo de que es imposible librarse totalmente los superiores más recatados, especialmente en las guerras con su señor (2).

Hecha esta representación, y habiendo sabido Verdugo que por aquellos días había de llegar á Bruselas, Farnesio, de regreso de Francia, aguardó en la capital al Duque, con objeto de reiterar sus avisos. Y esta vez no se contentó con poner de manifiesto la verdadera situación de Groninga, sino que predijo la pérdida de Zutphen y Deventer, caso de que no se protegieran estas plazas tan importantes como poco fuertes, «consejo, dice Coloma, que calificaron bien pronto el tiempo, y nuestro descuido por mejor, de lo que nadie pensó». Avisóle también de que el enemigo se apercibía para acometer dichas plazas y de todo lo que convenía hacer para resistirle, supuesto que no bastaban todas las fuerzas que entonces se encontraban en Frisia. Sin embargo, ni el pronóstico, ni el consejo surtieron el efecto apetecido, y el Duque, después de haberle prometido asistencia, por buen principio le mandó volver sin gente y sin dinero. «Con estas malogradas esperanzas, dice Vázquez, se partió Francisco Verdugo á su gobierno, y con tanto disgusto y descomodidad, que aun para su viaje no halló cien escudos; pero el conde de Mansfeld le socorrió, y con sólo sus criados y una poca escolta que le dieron en Güeldres, pasando el Rhin por el puente de Res, se entró en Hanolt (3).»

hallarse mal vestido y peor alimentado; y como no hubiere medios de sustentarle y Verdugo temiera con razón que se le rebelara, creyóse lo más prudente conducirle al Brabante, donde por fin se declaró en sedición á causa de no dársele mas que un tercio de su paga. «Manuel Vega, dice Vázquez, era un soldado muy prudente, honrado y valeroso, y no creo hubiese causa legítima para quererle quitar la vida, y más por camino tan extraño.»

(1) *Sucesos de Flandes y Francia*, Lib. XIV.

(2) Coloma *Guerra de los Estados Bajos*, Lib. III.

(3) *Sucesos de Flandes y Francia*, Lib. XIV. Vázquez, lo mismo que Coloma, Estrada, Cabrera y algun otro escritor de la época, han seguido casi literalmente los *Comentarios de la Guerra de Frisia* que escribió Verdugo. Sin embargo, Vázquez ofrece algunas particularidades que no se encuentran en aquellos escritores, como puede verse por la relación que hace de las entrevistas que tuvo Verdugo con Farnesio: «Alejandro, dice, oyó muy bien á Francisco Verdugo y le ofreció de asistirle con todo lo necesario; y algunas personas que se hallaron presente dijeron lo que otras veces, que siempre Francisco Verdugo se quejaba que se perdía Frisia, y no se acababa de perder, pero como él sabía los designios del enemigo (demás de su larga y mucha experiencia), no dió oídos á lo que sus émulos decían, y le volvió á suplicar a Alejandro que él sabía por cosa cierta que el conde Mauricio estaba apercibido para acometer y deshacer las fuerzas que el Rey, nuestro señor, tenía en Frisia que le socorriese con mucha brevedad, porque los daños que se ofrecían eran muchos, y que él no tenía gente ni dineros para resistir á los rebeldes, y que sin su ayuda y socorro no le era posible hacer ninguna defensa, y le hiciera merced que, en tanto se le daba el socorro que pedía, le diese licencia por ocho días para llegarse á Luxemburgo á negocios forzosos que allí tenía. Alejandro se la concedió con promesa que allí se le enviaría todo el despacho muy cumplido para lo que pedía, á su satisfacción; y el que le enviaron fué mandarle volver á Frisia sin dinero, ni gente, ni esperanza dello. Tanto podían los émulos de Francisco Verdugo con Alejandro, que como poderosos y de su Consejo no había razón ni causa justa que aprovechase en ellos para que a Francisco Verdugo se le diese el socorro que pedía, dando siempre a entender eran temores que tenía y no necesidad, como si el pobre caballero no hubiera probado su intención á vista de los ojos del mundo y hecho tantos y tan particulares servicios al Rey, nuestro señor, con tanta sangre derramada y con tanta satisfacción de Alejandro, como en estos escritos se ha visto; pero la emulación y envidia le tuvieron a Francisco Verdugo atadas las manos, y es cierto que si se las hubieran soltado, asistiéndole como era justo, fuera posible, por la parte de Frisia haber señoreado a Holanda y á otras provincias y habiendo vuelto de Lucemburg le dijo otra y otras veces á Alejandro que le socorriese, porque si no lo hacía tenía por muy cierta la pérdida de Frisia. Volvióle á mandar Alejandro que se fuese luego á su gobierno con toda brevedad, porque él tenía el mismo aviso que los rebeldes que Francisco Verdugo le había significado, el cual no quiso replicar más a Alejandro sino obedecelle; pero hízole un protesto de que su vuelta a Frisia, sin gente ni dinero, haría más daño que provecho, porque sus soldados y la gente del país estaban confiados que no volvería sin lo necesario para la defensa.» Lib. XIV, año 1590.

La conducta de Farnesio sólo puede justificarse teniendo en cuenta las graves atenciones que le rodeaban y el carecer de recursos para mantener el ejercito. Vazquez, dice textualmente: *no tenía un real para sostener el ejército y guarniciones que tenía en Flandes*. El tercio de Manuel de Vega, que condujo Verdugo al Brabante, se habia amotinado, imitando en un todo la conducta seguida tiempo atras por el de Manrique; Mauricio de Nassau, despues de tomada Breda, corria la campiña católica, vejando a sus moradores; y como veía á Verdugo falto de gente y de dinero, á Farnesio ocupado con su ejercito en la guerra de Francia, y a las pocas fuerzas españolas que había en Flandes encerradas en las plazas de Drist, Herenthals y Lierre, obstinadas en su rebeldía, anduvo campeando aquel verano, hasta que, entrada la estación de los fríos, se acuarteló, «apercibido á emprender lo que no hiciera si Alejandro no tuviese su ejército dividido en tantas partes». Por último, apremiaban las cosas de Francia, hallandose su capital sitiada y parte de nuestro ejército, no la menos escogida, guerreando en aquel país. Pocas responsabilidades se podían, pues, exigir al que había previsto tales resultados, como consecuencia de la disgregación de las fuerzas católicas; pero ¡cuán estrecha cuenta hubiera tenido que dar aquel soberano, por cuya causa se derramaba tan estérilmente la sangre y el oro! «Cada día, dice Coloma, causaba mayor admiración el ver que por acudir el Rey á los negocios ajenos, dejaban él y sus ministros en abandono los propios, consolándose de perder la llave y paso seguro de las islas, y con él la esperanza de castigar continuados y perniciosos atrevimientos (1). Y, en efecto, el regreso de Verdugo á la Frisia sin socorro, causó gran desmayo entre los pocos fieles y general contento entre los muchos rebeldes; nuestro crédito fué en baja, y al terminar el año 1590, en que tuvo lugar la primera expedición a Francia del duque de Parma, todo hacia presagiar funestísimos sucesos.

Tal era el estado de los negocios en Flandes al tiempo que Felipe II trasladaba á lo más florido de su ejército al territorio francés para empeñarlo allí en una guerra proyectada con mayor ánimo y resolución que recursos. Grandes eran, en verdad, los de una monarquía que abarcaba la España, parte de Italia, el Portugal, los Países Bajos y las dos Indias; pero después de veinte años próximamente de constante lucha, España se hallaba esquilmada, la parte de los Países que nos pertenecía en la miseria, las riquezas de Indias no bastaban á cubrir perentorias atenciones, y los tributos de las restantes posesiones eran insuficientes á las múltiples necesidades de la monarquía. Por añadidura, esas mismas riquezas que nos procuraba la América, esos mismos galeones cargados de oro que tras larga y penosa travesía arribaban á los puertos de la península, se los disputaban á Felipe los corsarios ingleses; de suerte que el Rey no pudo en adelante contar con tales recursos. Y ¿quién duda que la catástrofe de la *Invencible* influyó de un modo poderoso en el abatimiento de España? La verdad es que, después de aquel supremo esfuerzo, Felipe II aun insistió formalmente en sus planes contra la Isla; pero carecía de excelentes marineros y no consiguió organizar sus navales según aconsejaban las circunstancias, y requería el inmenso poderío colonial de nuestra patria. Y dióse el triste caso de que el enemigo se atreviera, no ya sólo á dar caza á nuestras naves, sino á insultarnos en nuestros puertos y a incendiar en ellos nuestras flotas. Imposible sostener la guerra en Holanda sin una buena escuadra y bien adiestrada gente de mar; más imposible aún asegurar sin ellas nuestras posesiones de America; sin embargo las terribles lecciones que aquí y allí recibió *el Prudente*, no pudieron distraerle de sus propósitos, ni hacerle olvidar la funesta herencia de su casa; y engolfandose en más que problemáticas empresas, concluyó por aniquilar á nuestro pueblo, comprometió la suerte de los Países Bajos, conjuró contra sí buena parte de Francia, se atrajo el odio de los pueblos europeos, destruyó á sus ejércitos, gastó en balde el vigor de sus generales, sembró inútilmente la discordia y derramó más inútilmente aún la sangre, para recoger uno tras otro los más terribles desengaños. Decimos mal... un solo desengaño: el de que Dios no lo hubiera escogido por agente de su justicia; que ésta fué la sola pesadumbre que acibaró los postreros instantes de su vida.

Consignemos, aunque sólo sea de paso, alguno de los más importantes hechos ocurridos en el período que historiamos (1586-1509), con objeto de completar el presente Estudio.

(1) *Guerras de los Estados Bajos*, Lib. III.



Piquero flamenco. Facsímile de un grabado de Santiago Ghein.

Ocurrido el desastre de 1588, no dudó Felipe que el enemigo, orgulloso de su triunfo y conocedor del estado de abandono en que se hallaban nuestras costas, a causa de la pérdida de los buques y de no hallarse reparados ni construídos los destinados a guardarlas, atacaría algún puerto importante ó devastaría parcialmente el litoral. Y no se engañó el monarca; porque, instigada la Reina por el Prior de Crato, el desdichado pretendiente a la corona portuguesa que, errante de corte en corte, apenas si podía procurarse lo indispensable para la vida, facilitóle una



Piquero flamenco. Facsímile de un grabado de Santiago Gheini

escuadra de 120 bajeles, á trueque de grandes sumas, importantes plazas, privilegios mercantiles y derechos, que fácilmente prometió el Prior, para el caso que llegara á reinar en Portugal. No necesitaba más poderosos acicates aquella mujer avara, y aun contrariando el parecer de sus ministros, dispuso que Drake aprestara la flota en el puerto de Plymouth y que en ella se embarcaran los hermanos Norris al frente de 20,000 hombres. Esta escuadra partió del citado puerto el 13 de Abril de 1589, y despues de seis dias de travesía se puso á la vista del puerto de la Coruña. Allí

desembarcó el ejército inglés, formó sin pérdida de tiempo tres columnas de ataque, y lanzóse contra la ciudad baja, que á pesar de haber sido honrosamente defendida, fué entrada con pérdida de 500 españoles, contribuyendo á ello, no tanto lo imprevisto de la acometida, como el mal estado de las murallas. Pero la heroica guarnición y los valientes habitantes de la Coruña, mandados por el pundonoroso marqués de Cerralbo, hiciéronse fuertes en la ciudad alta, mientras el enemigo perdía un tiempo precioso saqueando los arrabales y embriagándose en las bodegas; y cuando los ingleses intentaron renovar el ataque, ya los sitiados coronaban las nuevas defensas, y hombres, mujeres y niños, apercibíanse á defender sus hogares. Ruda fué la acometida, vigorosa la resistencia; iguales en valor atacantes y defensores; pero, frustrado el asalto, acudieron aquéllos á la mina, y aportillado el muro por distintos puntos, lanzaron nuevas columnas á la brecha. En aquel instante, próximos ya los ingleses á franquearla y puesto sobre ella un atrevido alférez, aparece sobre las ruinas una mujer, y alzando con el débil brazo pesado mandoble arrebata la vida al oficial, hiere de muerte á los que le siguen, apodérase del estandarte que tremolaba aquél y rechaza el asalto. María Pita, que así se llamaba aquella mujer fuerte, es la heroína del sitio de la Coruña.

Rechazado el enemigo, no por eso desistió de su propósito. Creía que nadie acudiría en socorro de la plaza, y decidido á rendirla, reemplazó la escalada con el bloqueo; pero el ejército inglés había perdido 1,200 hombres, el tiempo transcurría penosamente para él, y algunos días después supo Norris que el conde Andrade avanzaba con un cuerpo de 6,000 soldados por Puente de Burgos. Entonces decide salirle al encuentro; y aunque éste se parapeta en el puente, con tal vigor le ataca, que en breves instantes destroza á la gente española, toda ella bisoña: luego devasta el territorio en tres millas á la redonda, y hecho esto se reembarca.

No era fácil que los expedicionarios intentaran nuevas hazañas, pues se hallaban diezmados por las enfermedades y el hierro; sin embargo, con el auxilio del conde de Essex, que al frente de una flotilla se les reunió en aguas de la Coruña, resolvieron dirigirse á Lisboa. Alentábales con sus promesas el Prior, y no dudaron los ingleses que, una vez en tierra lusitana, el país entero acudiría á sus banderas y sin gran esfuerzo señorearían la tierra. Empero, tan pronto el monarca español supo que habían evacuado la Coruña, dió aviso á Lisboa con objeto de que, prevenidos el virrey, Archiduque Alberto, y el conde de Fuentes, hicieran frente á cualquier acometida. Y resultó eficacísimo este aviso, porque los ingleses tomaron á los breves días tierra en Peniche, acampando Norris y el Prior en Belem, mientras Drake se dirigía con la escuadra á Cascaes, y rendía su castillo.

Si la celeridad en las operaciones es siempre garantía del éxito, necesario es reconocer que los ingleses procedieron con escasisímo acierto. Doce leguas escasas dista Lisboa de Peniche, y esta distancia tardaron en recorrerla seis días: el tiempo necesario para comprender que el país no estaba dispuesto á correr aventuras; porque tan sólo acudieron á ofrecerse al Prior sus acérrimos secuaces los frailes. Por añadidura el conde de Fuentes, que mandaba el ejército de Portugal, tomó tan perfectamente sus medidas, que una vez en marcha los ingleses, recuperó á Peniche; y mientras la escuadra española cerraba á Drake el paso del Tajo, él interceptaba todos los socorros que por tierra pudieran darse á los enemigos.

Cuatro días permaneció el ejército invasor en los arrabales de Lisboa, sin conseguir que la capital se sublevara contra Felipe II. Por fin, falto de víveres y acosado por los soldados del conde de Fuentes, hubo de retirarse, mas dejando el camino sembrado de cadáveres. En desquite demolieron sus caudillos hasta los cimientos de la fortaleza de Cascaes, y penetraron luego en el puerto de Vigo, incendiando en él algunos buques: después de lo cual regresaron á Plymouth (2 Julio) con 11,000 hombres de menos.

Distaba, como se ve, de ser esto un triunfo. Sin embargo, constituía para España una seria amenaza, amenaza que debía conjurarse, cuidando preferentemente de la organización de escuadras de resguardo. Mas ¿cómo atender á un tiempo á tantos y tan perentorios asustos? Felipe necesitaba el dinero para fomentar las alteraciones de Francia, creía que el problema político debía

resolverse allí, y todo lo supeditaba á este pensamiento. En cambio los ingleses, libres de los temores de inmediata invasión, conocedores de nuestro flaco poder naval, disponíanse á hacer la guerra en corso y organizaban flotillas para dar caza á las naves que hacían la carrera de Indias; con lo que se prometían dos objetos: pingües ganancias para sí y graves aprietos para su enemigo, al que privaban del *nervio* de la guerra. Y cuánto influyó esto en los sucesos, pruébanlo la triste expectativa en que se hallaban los armadores y comerciantes españoles y las pérdidas enormes que ocasionó al Rey un hecho de tanta importancia como la presa de nuestra flota de Indias efectuada tres años más adelante.



María Pita

ILUSTRACIONES

Isabel de Inglaterra (pág. 313).—Esta soberana fué hija de Enrique VIII de Inglaterra y Ana Bolena, y nació en 7 de Septiempre de 1533. Perdió su madre á la edad de dos años y educóse pobre y oscuramente, hasta que, compadecida de su suerte Catalina Parr, última esposa de Enrique VIII, la tomó á su cargo y la dió esmerada instrucción. Hizo la joven grandes progresos en los estudios literarios, pero su moral distó mucho de correr parejas con su cultura intelectual, pues cuando, á la muerte de su padre, casó su bienhechora Catalina con el almirante Lord Seymour, mantuvo con éste relaciones amorosas. Estas relaciones tomaron tal carácter a la muerte de Catalina, que se consideró cosa hecha el enlace de ambos amantes, y el lord protector Sommerset, hermano de Seymour, estimándolo peligroso, por medio de una ley especial, hizo condenar á muerte á su deudo. Isabel fué objeto de grandes vejaciones, y estas primeras contrariedades contribuyeron a formar su carácter enérgico y tenaz

Mientras vivió su hermano Eduardo, que debía heredar la corona, Isabel gozó de cierta consideración y libertad; pero así que murió éste y María Tudor subió al trono, comenzó para ella el período de las persecuciones. Hija legítima María, ilegítima Isabel, la enemistad en ellas debía ser inevitable, y si á esto se agrega la diversidad de creencias y de intereses políticos, claro está que venían á simbolizar cada una los elementos antagónicos que bullían en la nación inglesa, precisamente cuando ésta iba á entrar en una época de actividad y poderío. Isabel comprendió, sin embargo, que no podía luchar á cara descubierta con María, y se retiró á una de sus posesiones, sin renunciar por eso á vengarse de su rival. Es indudable que, si no tomó parte en la sublevación de 1554, por lo menos estuvo en inteligencia con los rebeldes; por lo que, poco confiada de ella su hermana, la mandó encerrar en el palacio de Whitehall, desde donde fué trasladada á la Torre de Londres, verdadera antesala del cadalso. No hubiera vacilado María en mandarla ejecutar; pero tuvo que ceder á la presión de buena parte del pueblo y la nobleza, afectos á Isabel, la que, á consecuencia de esto, fué conducida al arruinado castillo de Woodstock. Por extraño que parezca, es lo cierto que Isabel debió su libertad al esposo de la Reina, Felipe II, quien se interesó por ella en alto grado é hizo que se la llamara á la corte; pero este rasgo de generosidad no tenía otro objeto que captarse la simpatía de los ingleses y de la que quizás sería su reina.

No mejoró la situación de Isabel, á pesar del interés que por ella se tomó Felipe, pues su hermana, con la mira de excluirla del trono y asegurar la sucesión para María Estuardo, trataba de casarla con un príncipe extranjero; sin embargo, á partir de 1557 fué variando el estado de cosas, enfermó la Reina, y como el Parlamento no se mostraba propicio á oir hablar de cambio alguno en el orden de sucesión á la corona, todo hacía augurar que Isabel ocuparía el solio inglés. Este suceso tuvo efecto en 16 de Noviembre de 1558.

La posición de Isabel entre los dos grandes partidos que entonces se dividían la Europa y el mismo pueblo inglés, era difícil; pero la nueva reina no podía ser amiga de Roma, porque ésta había declarado nulo el matrimonio de Enrique VIII con su madre; tampoco podía ser amiga de los católicos que, durante el reinado de María, la habían perseguido tanto. Unido esto á su falta de convicciones religiosas y su escasa moral, explica perfectamente la línea de conducta política que se trazó. En el interior comenzó por establecer la supremacía real, con lo cual rompía abiertamente con Roma, y sometió á su poder la iglesia anglicana: después dictó una serie de medidas encaminadas á reglamentar el culto, y organizó sobre una nueva base el ministerio y la institución episcopal. Hecho esto, persiguió sin piedad á los que no quisieron acatar sus órdenes, fuesen católicos ó fuesen puritanos. En el exterior se puso francamente al lado de los protestantes holandeses y franceses, y frente á frente de España y el Papa. Sus primeras manifestaciones de enemistad á España fueron la acogida que dió en sus puertos á los *mendigos marítimos* y los auxilios que les facilitó para que se apoderaran de Flessinga y otras plazas de la Zelanda; la presa de las naves,

mandadas en 1568 á Flandes con más de un millón de ducados, presa hecha en tales condiciones que eran suficientes para una declaración de guerra, y por último, el solemne recibimiento hecho al duque de Alenzón, al que dió escuadra y séquito para que le llevaran con seguridad al país rebelde. A estas primeras manifestaciones era lógico siguieran actos de hostilidad. Las provincias flamencas sucumbían á los repetidos triunfos de Farnesio; las holandesas iban á verse seriamente amenazadas, y los Estados generales, en su desesperación, acudieron á Isabel de Inglaterra ofreciéndola la corona de las provincias de Holanda y Zelanda. Esta oferta halagó el orgullo de Isabel; pero no la cegó hasta el punto de comprometer de una vez sus vasallos y su erario en la lucha. Su prudencia y su avaricia la hicieron ver que en ella emplearía grandes sumas y correría graves peligros la nación, y por eso adoptó un término medio, no aceptando la corona y enviando á Holanda á Leicester con 6,000 hombres; con lo que no consiguió librar á los Países Bajos, y en cambio hizo lo bastante para desencadenar sobre Inglaterra la tempestad que creyó conjurar.

Lo ocurrido en los Países Bajos desde 1585, en que desembarcó en ellos Leicester, hasta 1590, lo hemos consignado en el anterior ESTUDIO. Isabel hubiera pagado bien cara su osadía y mala fe con España, y su avaricia y veleidad con los flamencos, de mandar la Gran Armada marino más experto que el duque de Medina Sidonia. Y la victoria, si es que ese nombre debe dársele, conseguida por los ingleses en el Canal, puede decirse que salvó á aquella nación de una terrible catástrofe. Mas como los pueblos son siempre propensos á juzgar por los resultados, el próspero suceso hizo más popular y querida á la Reina.

Tranquilizada Isabel por entonces, pudo pensar en actos de hostilidad á nuestras costas, y sobre todo en continuar fomentando el espíritu comercial y emprendedor de su pueblo. Reguló la administración, fomentó las transacciones y estimuló la navegación, dió apoyo á las asociaciones que se formaron para hacer descubrimientos en el Norte de Europa ó para traficar en la América, y gracias á esto las industrias marítimas tomaron, como el comercio, considerable vuelo. Por otra parte la inmigración de más de 20,000 flamencos, en su mayoría artistas y obreros, hizo que se fundaran en Inglaterra talleres, fábricas de armas y municiones, telares de paños y lienzos, fundiciones, etc., y que la construcción naval adquiriera perfección hasta entonces no conocida. De este modo aquella nación de segundo orden, que apenas contaba cuatro millones de almas, adquirió un desarrollo que, aunque debido en parte á las aptitudes de raza, no lo era menos al carácter de la Reina Mas no por eso vaya á creerse que esta singular mujer estuviese siempre á gran altura. A juzgarla por su política exterior, repugnan en alto grado su mezquindad y su deslealtad, y mas que inspirada aquélla por altas idèas, parece originada por las más bajas miras. Sus mismos ministros no acertaban á comprender á la Reina, que pactaba en secreto con el enemigo y hacía traición al protegido, y que tan irresoluta como artificiosa, raras veces se atrevía á llevar a completo término un plan aceptado. ¿Quién dudará que, de haber obrado en los Países con más energía, de haberlos auxiliado con mas eficacia, Isabel hubiera tenido en jaque las tropas de Felipe II?... Y, sin embargo, aquella Reina fué querida de sus súbditos, por sus maneras populares y por el acierto con que supo alentar las aspiraciones de la nación. «Su principal mérito, dice Philippson, consistió en que, siendo ella la que dirigía á su pueblo, tenía especial cuidado en inspirarse en la opinión pública. Quería ser la primera de su nación, pero sin estar divorciada de ella, procurando ajustar su conducta, en lo posible, á la opinión de la parte de su pueblo, que vivía en la política activa» (1). Y en verdad que, si los ingleses comparaban su suerte con la de los escoceses, flamencos, franceses, españoles é italianos, bien podían estar satisfechos de Isabel. El parlamentarismo adquirió cada día en aquella nación mayor influencia, se formó una clase media rica y respetable, la literatura adquirió extraordinario vuelo y dió a conocer sus más bellas creaciones, desarrollóse el comercio, y la vieja Inglaterra adquirió en el exterior una consideración de que hasta entonces no había gozado. Para que este magnífico cuadro no carezca de sombras, también será forzoso que consignemos las persecuciones religiosas efectuadas en los dos últimos tercios de este reinado y la situación deplorable de las clases bajas, sobre todo de la población agrícola, empobrecidas en provecho del capital y de la clase media mercantil y marítima; mas, concretándonos á lo primero, diremos que no cometió Isabel, con ser protestante, los crímenes que el piadoso Felipe, sin perjuicio de que no era la piedad el móvil de sus actos, sino razones poderosas de Estado, que si no justifican, por lo menos hacen más dispensables ciertos actos.

Isabel de Inglaterra, pasado el ligero arrebato que la hubiera conducido á enlazarse con Dudley, no quiso contraer matrimonio, pues consideraba con razón que, ligada por este vínculo, quedaría destruído el principio de la soberanía absoluta. Pero entretuvo con excusas á todos sus pretendientes: el rey Felipe II, el archiduque Carlos de Austria, Casimiro y el duque de Alenzón. Este último fué de todos el más engañado, por haber visto en sus manos el anillo de boda de la soberana inglesa. De sus amantes sólo diremos que, muerto Leicester, le sucedió en el favor el joven conde de Essex; mas como la Reina frisaba á la sazón en los sesenta años, es fácil presumir lo que serían tales amoríos.

Los últimos quince años del reinado de Isabel, es decir, desde la catástrofe de la *Invencible*, son como el epílogo de un gran drama. El interés decae en aquel período, porque todas las cuestiones han sido resueltas. La protagonista de la obra desaparece de la escena y deja la acción á los jefes de partido, hombres de verdadera talla. Por otra parte, la sublevación de Irlanda produjo grandes rivalidades y quitó popularidad á la Reina. Essex fué sacrificado á

(1) *La Europa occidental en tiempo de Felipe II de España, Isabel de Inglaterra y Enrique IV de Francia.*

su cólera, y el favorito pagó en el cadalso los antiguos favores de la Reina. Esta muerte infundió en ella tal melancolía, que la llevó al sepulcro el día 3 de Abril de 1603.

El conde de Leicester (pág. 313).—Roberto Dudley, conde de Leicester, era hijo del duque de Nort, magnate ambicioso que, después de la muerte de Eduardo VI, quiso poner la corona en las sienes de la nuera de éste, Juana Grey, y pagó con la muerte su tentativa (1553). Veinte años tenía Roberto cuando acaeció este suceso, y al igual que su padre fué encerrado en la Torre de Londres; pero como nada se pudo probar contra él, se le puso en libertad. Poco después conoció á la princesa Isabel, que casi al mismo tiempo se había hallado encerrada en aquella prisión; y el porte arrogante de este joven, su cuerpo de bellas proporciones y su rostro hermoso, infundieron en ella una ardiente pasión. Distaba, sin embargo, Leicester de ser un hombre digno; pues era veleidoso, intrigante y falto de talento y de carácter. Sin embargo, no es menos cierto que Isabel le amó y tampoco cabe la menor duda acerca el género de relaciones que con él mantuvo esta *virgen*.

Tan pronto como ciñó la corona fué objeto Roberto Dudley de todo género de distinciones. La Reina le elevó á la dignidad de caballerizo mayor, y además dióle rentas, territorios, honores, cuanto pueden ambicionar el orgullo y la avaricia humana. Es más: Isabel se hubiera casado con Roberto á no haber tropezado con la enérgica oposición de sus ministros y la alta aristocracia. La repentina muerte de la esposa de Dudley ocurrió con circunstancias tales, que infundió la sospecha de que obedecía á este plan. No obstante, aunque la Reina tuvo que renunciar á este matrimonio, Leicester continuó disfrutando de toda su influencia en la corte.

Llegó, por fin, una ocasión de que el favorito brillase en un nuevo y más accidentado teatro, el año 1585, en que condujo á los Países Bajos los 6,000 hombres que Isabel mandaba en auxilio de los patriotas; y entonces dió a conocer el conde de Leicester su fatuidad y su ligereza. Los flamencos y holandeses vieron en él un salvador, y el Conde, deslumbrado por sus agasajos, se desentendió de las instrucciones de su Reina, aceptó el título de Gobernador general y dió origen con esto a serias complicaciones entre Isabel y los Estados. Poco hábil en la gestión política, pues aspiraba á introducir en los Países Bajos un régimen arbitrario, manifestóse más inepto aún como general en las operaciones que emprendió; y los Estados generales, descontentos de su conducta y sospechosos de sus miras, entablaron con él una lucha á la que sólo dió treguas el regreso del favorito á Londres en 1586. Concluyó de enajenarle los ánimos la traición de sus capitanes, que mientras él se hallaba en la corte entregaron las plazas de Zutphen y Deventer al enemigo. Entonces el partido nacional se puso en guardia contra los ingleses, y al regresar Leicester con la misión de introducir en los Países una dictadura secreta formal, los Estados generales y á su frente el eminente patriota Juan de Olden de Barneveld, rechazaron con energía los planes de Leicester, y le opusieron como a jefe de las tropas el joven príncipe Mauricio de Nassau No quebrantó esta oposición el ánimo del Conde, quien, como en otro tiempo Anjou, trató de apoderarse por sorpresa de algunas importantes ciudades; pero, descubierta la conspiración, quedó tan humillado, que Isabel le hubo de llamar de nuevo á Inglaterra (Diciembre de 1587), donde murió al año siguiente.

El conde de Leicester, según los retratos hechos en sus días de privanza, era un hombre alto, en apariencia robusto, de frente alta y despejada, rostro largo y de color subido, terminado por una corta barba completamente blanca; mirada algo siniestra y porte majestuoso. Había entrado ya en la edad madura, pero su elegancia y riqueza en el vestir hacían dispensables en él los rigores del tiempo, pues el favorito iba cubierto de raso, plumas y joyas; sus trajes eran un modelo de buen gusto, y otro tanto podía decirse de su tren y del mobiliario de su casa. En su juventud Leicester había sido un modelo de belleza; cuando Isabel le conoció, le hizo su amante, á pesar de que les separaba la posición y la edad; y aunque la Reina no fué un modelo de fidelidad, le mantuvo su cariño hasta que murió.

Porta estandarte español (pág. 317).—Va armado de todas piezas, si bien en las piernas las botas de cuero sustituyen á las canilleras; modificación que comienza a ser visible por este tiempo. En su estandarte, al igual que en las banderas de la infantería, campea la cruz de Borgoña.

Esta y otras figuras sueltas de las que aquí reproducimos, están entresacadas de composiciones de asunto militar, grabadas ó pintadas en la época.

Mauricio de Nassau (pág. 321).—Fué hijo de Guillermo de Orange, *El Taciturno*, y vió la luz en el castillo de Dillenbourg el año 1567. Sus padres le enviaron muy joven aún á cursar en la Universidad de Leyden, donde terminó sus estudios cuando sólo contaba diez y siete años, es decir, en 1584, en que fué asesinado *El Taciturno*. Crítica era entonces la situación de las provincias rebeladas, faltas de una inteligencia que imprimiera dirección á la política y á la guerra: Amberes se hallaba sitiada, el ejército de Farnesio señoreaba, por decirlo así, las provincias flamencas, y los patriotas veíanse obligados á mendigar para su país un rey. ¡Triste, tristísimo destino el de aquellos hombres que, después de haber combatido heroicamente, tenían que humillarse ante los tronos para conseguir terribles desengaños! No consiguieron el socorro de Francia; pero el de Inglaterra, más que auxilio, fué un gravamen para las provincias, que tardíamente comprendieron su error. Entonces, siguiendo sus representantes los

consejos de un patriota ilustre, Olden-Barneveld, hicieron elegir á Mauricio, no obstante su escasa edad, *Stathouder* de Holanda y Zelanda, y más tarde capitán general y almirante de su ejército y armada. Poco después las provincias de Güeldres, Utrecht y Over Issel le concedieron iguales títulos. El joven Mauricio demostró que estas manifestaciones de confianza no eran inmerecidas, pues, fiel á su divisa: *Tandem fit surculos arbor*, trataba á fuerza de estudio y de laboriosidad de prepararse para llenar los altos destinos que le estaban reservados. Era á la sazón un mozo de rostro sonrosado y cabellos rubios, de temperamento sanguíneo-bilioso, reservado, reflexivo, discreto, sobrio, perseverante, y sobre todo muy señor de sí mismo. Nadie imaginaba, sin embargo, que en Mauricio existieran los gérmenes de un gran talento militar; y, sin embargo, las matemáticas, la fortificación, el arte de la guerra, eran objeto preferente de sus estudios: y en profundizar las atrevidas concepciones de ilustres autores, en construir con piezas de madera fortalezas en miniatura, en hacer todo género de combinaciones tácticas con ejércitos de soldados de plomo, se pasaba Mauricio largas horas. Esta instrucción teórica, completóla Mauricio con la práctica adquirida en los campos de batalla á las órdenes del conde de Holack, cuyo trato, fuera de los actos militares, no le era grato, por lo grosero y bullicioso. Pero tuvo un director más ilustre por lo que atañe á la política, y éste fué el célebre Bernaveld, aquel gran patriota que algunos años después sacrificó á su desenfrenado afán de dominar.

Intimamente ligada la vida militar de Mauricio de Nassau á las campañas de Flandes, sería ocioso que aquí nos detuviéramos á describir las batallas en que tomó parte y las ciudades y fortalezas que conquistó. Baste decir que en la lucha contra España se apoderó de treinta y ocho ciudades y cuarenta y cinco fortalezas, ganó tres grandes batallas é hizo levantar doce sitios, mientras sus escuadras conseguían en las costas de Europa y en las de Indias grandes ventajas, gracias al valor de los hábiles marinos holandeses. Pueden citarse entre los hechos de armas más importantes de Mauricio su defensa de Ostende y la victoria conseguida el 1600 en Newport.

La tregua de los Doce años no permitió á Mauricio continuar por entonces en su ocupación favorita; combatióla rudamente llevado de sus miras ambiciosas, y púsose en pugna con el honrado Bernaveld, que aspiraba ante todo á librar á su país de los múltiples males de una lucha sin término. Ni esta oposición, ni la que hizo el buen patriota al restablecimieto del despotismo, le perdonó Mauricio; y como era en realidad el déspota de su patria, hizo conducir al cadalso al pobre viejo á quien debió un día el nombramiento de *Stathouder*, y desterró á todos los jefes del partido de oposición. El país entero se indignó ante tales violencias, y para que todo conspirase contra el tirano, la fortuna dejó de serle favorable en la guerra. Al renovarse ésta (1621) luchó sin éxito contra nuestro célebre general Spínola, y no pudo conseguir que éste levantara el sitio de Breda, ni logró tomar la ciudad de Amberes. Ambos sucesos le causaron profundo pesar y precipitaron su fin. Mauricio falleció en la Haya en 1625, y su muerte fué recibida con general alegría; pues el pueblo, de quien había sido el ídolo, le detestaba sinceramente.

Fieles nosotros á la verdad histórica, y no cegados por el orgullo patrio, reconocemos en Nassau una de las grandes figuras militares de su época, ó, por mejor decir, uno de esos hombres que imprimen nuevas direcciones al arte, gracias á su originalidad y su espíritu observador; pero sería notoria insensatez desconocer que en aquellas guerras mucho aprendió Mauricio de Farnesio, que no le es inferior en mérito. Sin embargo, ignoran ó aparentan ignorar los extranjeros que nos lo presentan como regenerador del Arte, que nuestra patria presentó en Flandes durante el siglo XVI dos guerreros de altísima talla, los duques de Alba y de Parma (verdaderos maestros de los príncipes de Orange), y en los primeros años del XVII el famoso Spínola, que oscureció la gloria del mismo Mauricio de Nassau. ¡Achaques de un patriotismo mal entendido! Por nuestra parte, no entraremos en comparaciones que prolongarían excesivamente estas noticias biográficas, y nos limitaremos á reproducir los siguientes párrafos de Bernard, acerca el método puesto en práctica por Mauricio:

«Mauricio abandona en absoluto el empleo de masas pesadas. Los batallones de 500 hombres se forman en medios batallones, el uno de 300 picas y el otro de 200 mosquetes en 10 filas. Esta doble reducción, en los efectivos y la profundidad, se hizo en beneficio de la extensión que se hacía necesaria en aquella época en que tomaban considerable desarrollo las armas de fuego.

»Además, estas unidades eran más flexibles, más móviles; cada una de ellas gozaba de mayor independencia. Los mosqueteros, cubiertos por los piqueros en el combate de cerca, quedaban libres en sus movimientos: podían separarse por los flancos de los medios batallones que les precedían, avanzar, romper el fuego á distancia y replegarse fácilmente tras de sus naturales sostenes, cuando no pudiendo detener al enemigo con sus disparos, llegaban cerca del frente de las tropas.

»El orden de batalla se estableció en tres líneas: las dos primeras distantes 100 metros una de otra, la tercera á 200 metros de la segunda. En estas tres líneas los batallones escaqueados por grupos de á ocho, se unían dos á dos de manera que presentaban la figura de un rombo alargado hacia una de las extremidades: aquel grupo de ocho batallones constituía una gran unidad táctica análoga a nuestra brigada.

»El uso del orden escaqueado era indispensable en aquella época en que las maniobras que permiten modificar la formación de los cuerpos, no se habían introducido todavía en la táctica. Para asegurar el apoyo de las líneas, era necesario emplear una formación llena y vacía alternativamente; de este modo las tropas de segunda línea se encajaban entonces naturalmente en los intervalos de las de la primera, verificandose los giros ofensivos así como las retiradas sin comprometer el conjunto de la formación.

»Cada brigada organizada de este modo, estaba enlazada con la contigua por medio de la caballería. Mauricio de Nassau, adoptando para esta arma los mismos principios de movilidad, redujo los escuadrones á doscientos caballos por cinco de altura. Reconoció igualmente la verdad del principio que dice: la caballería no puede defender más terreno que el que tiene delante y no el que ocupa realmente; así, pues, la colocación de las tropas á caballo se fijó en la segunda y tercera líneas y en orden escaqueado.

»Como sus esfuerzos tendían á alcanzar la victoria mediante el *apoyo* y no por la *mescla* de las armas, flanqueó cada brigada con una parte de los escuadrones, colocó el resto en las alas de su formación, asignando á su caballería dos servicios muy diferentes: el de *caballería divisionaria* y el de *caballería de batalla*.

»Las mejoras introducidas por Mauricio de Nassau en el arte de disponer las tropas pueden resumirse, por consiguiente, como sigue:

»1.º Reducción de los efectivos de las diferentes unidades tácticas.

»2.º Disminución del numero de filas y profundidad uniforme fijándola en 10 hombres para la infantería y en 5 caballos para la caballería.

»3.º Orden de batalla en tres líneas que daba, dos líneas para la lucha sostenida y una línea de reservas parciales.

»4.º Empleo constante de la disposición escaqueada que permitía los giros ofensivos ó los movimientos de retirada sin comprometer la formación de combate.

»5.º Fraccionamiento de las líneas en sentido de la profundidad y aparición de la brigada.

»6.º División de la caballería: en las alas de la formación, donde desempeña las funciones de caballería de batalla: entre las brigadas, donde sirve de caballería divisionaria.

»7.º Independencia de las armas.

»Estos fueron verdaderos progresos introducidos en el arte de la guerra, progresos reconocidos por los contemporáneos del príncipe de Orange más bien que por los tácticos modernos que colocan á Enrique IV por encima del general holandés. Exceptuemos, sin embargo, á Napoleón III, que, en su tratado sobre la artillería, hace plena justicia al hijo del Taciturno: «El héroe francés, dice hablando del rey de Francia, es bastante rico con su propia »gloria, sin necesidad de que se le adorne con la de los demás, y el patriotismo no debe influir en el juicio de la »historia.»

»En efecto, si se comparan las batallas de Coutras (1587); y de Ibry (1590), en las que Enrique sigue empleando los procedimientos de Dreux (1562), de Moncontour y de Jarnac (1569) con las batallas de Turnhout (1597), de Nieuport (1600) y las formaciones de Juliers y de Emmerich, se demostrará fácilmente que al orden en una sola línea de los protestantes franceses, opone Mauricio los escalones sucesivos;—que en vez de emplear una formación sin reserva propiamente dicha, adoptó una disposición que permitía utilizar tropas de refresco, mantenidas fuera de la acción eficaz de las armas de la época;—que rompió con el sistema de las masas reemplazándole por el fraccionamiento sistemático de las unidades;—y que condenó, en fin, la dependencia de las armas para imprimir á los diferentes cuerpos un impulso enteramente nuevo cuyos resultados debían ser decisivos.»

Arcabuceros flamencos (págs. 328 y 329).—Véase lo que decimos en la página 304 refiriéndonos á otros dos arcabuceros grabados también por el célebre Ghein. Los que figuran en este ESTUDIO representan: el primero, un soldado cargando el arma, y el segundo teniendo ya la cuerda-mecha encendida.

Ataque de Nimega (pág. 333) (1).—Nimega fué atacada por Mauricio de Nassau á mediados del año 1590; y aunque la presencia de Carlos de Mansfeld le obligó á levantar el sitio; no obstante, construyó al otro lado del Wahal un fuerte que fué desde aquel momento su padrastro. Y como las armas y los cuidados de España se hallaran vueltos á la jornada de Francia, Mauricio pudo el año 91 campear por sus respetos, conquistar ciudades tan importantes como Zutphen, Deventer y Hults, y por último la misma Nimega, que fué sitiada el 15 de Octubre. Falta del indispensable presidio, pues apenas bastaba éste para guarnecer las puertas, y desconfiados los habitantes de recibir socorro, abrió sus puertas á Nassau el 22 del mismo mes. «Estos eran, dice Coloma, los provechos que el Rey sacaba de la guerra de Francia.»

Nuestro grabado representa un episodio del primer sitio y es un facsímile de otro de la época.

El conde de Fuentes (pág. 351).—D. Pedro Enríquez de Acevedo, conde de Fuentes, fué hijo del cuarto conde de Alba de Liste, D. Diego Enríquez de Guzmán y de D.ª Catalina de Toledo y Pimentel; y vió la luz por los años 1536. Muy joven aún pasó á Italia á militar en el ejército del duque de Alba y en 1556 era ya capitán de caballos. Distinguióse en el socorro de Civitella por su bravura y cayó prisionero de los franceses, pero al breve tiempo recobró su libertad y pasó á la corte, donde se entregó á toda clase de devaneos. Por su desgracia puso los ojos en dama pretendida por el Rey, y al sospecharlo el *pío* D. Felipe, dióle pasaporte para Flandes. Hizo allí

(1) Por una equivocación de imprenta, que el buen sentido de nuestros lectores habrá echado de ver, se puso al pie del grabado *Ataque y sitio de Nimega*.

una campaña, regresó de nuevo á la corte y casó con D.ª Juana de Acevedo, recibiendo entonces, como regio donativo de boda, el título de conde de Fuente de Val de Opero.

Residieron los nuevos esposos algún tiempo en la corte, pero no muy bien vistos del Rey, que no olvidaba las travesuras del capitán de caballos; sin embargo, las influencias de que éste se valió para conquistarse la voluntad del portugués D. Cristóbal Mora, privado del monarca, dieron por resultado que se le confiaran distintos y difíciles cargos, así en España como en el extranjero. Y tan á satisfacción de éste y del Rey los desempeñó, que antes de 1588 era general de la caballería de Milán. Tuvo lugar en este año la expedición á Inglaterra de la Gran Armada y al siguiente el desembarco de los ingleses en Portugal, que regía como virrey el archiduque Alberto, ejerciendo mando del ejército D. Pedro Enríquez; y en esta ocasión puso de manifiesto su gran talento militar no dejando él desguarnecida la capital donde peligraba el orden, y picando luego la retirada al enemigo sin comprometer sus tropas en acción decisiva. Satisfecho el Rey de su comportamiento, recompensó al Conde otorgándole la encomienda de los Santos en la Orden de Santiago, de que en su mocedad había sido cruzado caballero.

Opinión tan alta tendría Felipe de las dotes de Enríquez, que en 1592 dióle orden de que se presentara sin demora en Madrid, donde recibió la orden de marchar á los Países Bajos, llevando los despachos en que se relevaba á Farnesio del mando de las armas, con otras instrucciones reservadas. Desgraciadamente Alejandro no pudo enterarse de estos despachos, pues murió antes de que Fuentes pudiera entregárselos. Mandsfeld, el viejo, le había sucedido en el mando, y éste y el archiduque Ernesto lo ejercieron muy corto tiempo; quedando entonces Fuentes, por disposición del Archiduque, al frente de aquel dificilísimo gobierno.

No era la situación del Conde para envidiarse: resistíanse los señores á reconocerle, el país estaba esquilmado, el ejército, falto de pagas, en motín permanente y amenazando entrar á saco las ciudades, descontento el pueblo, el territorio del Luxemburgo invadido por los franceses y el del Artois seriamente amenazado. Y, sin embargo, Fuentes comenzó por someter á la soldadesca, entreteniéndola con alguna paga; despachó á Verdugo para el Luxemburgo, y él, reuniendo cuantas tropas pudo, se adelantó á la acometida del rey de Francia, entrando en Picardía, y rindiendo á Chatelet y el castillo de Clery, situado á una legua de París. El enemigo tenía su ejército concentrado en San Quintín, y Fuentes le entretuvo con repetidas escaramuzas abrigando la idea de caer de improviso sobre Doullens. Erale indispensable hacerse dueño de esta plaza para apoderarse de Cambray, objetivo de sus operaciones; y si bien es cierto que no disponía de ejército suficiente para tentar esta última empresa, no vaciló en fiarla á su ingenio y al valor probado de los suyos.

No podemos detenernos en reseñar circunstanciadamente tan brillante campaña, pues en lugar oportuno se describirá. Baste decir que en socorro de Doullens acudió el duque de Bouillon y que frente á sus muros se dió una batalla de tres horas que terminó con victoria para los españoles. Después la plaza fué furiosamente batida por la artillería y entrada por los nuestros. La defensa de Doullens fué heroica y constituye una de las más hermosas páginas de la historia militar de Francia.

Más difícil que el de Doullens prometía ser el sitio de Cambray, pues esta ciudad, enclavada en territorio de los Países Bajos, era fortísima por naturaleza y arte y se hallaba defendida por 2,500 infantes y 300 caballos, sin contar la población calvinista y la guarnición de la ciudadela. Además había recibido por aquellos días un socorro de 200 hombres: por manera que era mayor la fuerza de los sitiados que la del sitiador. No es, pues, de extrañar que en el mismo campo español se calificara de temeraria é imposible la empresa. Sin embargo, Fuentes tenía en cuenta para atreverse á ella la conducta arbitraria de su gobernador Baligny, enemistado con muchos de los suyos; y á los dos meses de haber sentado sus reales frente la célebre ciudad, se le había entregado, empero no sin que antes la batiera furiosamente su artillería, y abriera el 8 de Octubre brecha practicable. Este triunfo colmó de gozo á las provincias de Artois, Hainault, Lila y Tournay, que vejaba constantemente el señor de Baligny, convertido en príncipe del territorio de Cambray por el Rey Enrique IV. El Conde recibió evidentes pruebas del entusiasmo público al regresar á Bruselas, y Felipe II dióle en carta especial las gracias por sus servicios. Pero tardó pocos días en reemplazarle por el archiduque Alberto, su sobrino, que pasaba á regir á perpetuidad los Estados Bajos.

Regresó entonces el Conde á España, y en el camino recibió por la posta, como prueba del buen concepto que merecía al Rey, el nombramiento de gobernador de Milán. Ya en la corte, le otorgó un nuevo y hasta entonces desconocido título: el de *Capitán general de España.* Sin embargo, no parece que el Conde se diera gran prisa para ir á desempeñar su destino; pues continuó en Madrid, donde alcanzó entre la gente de buen tono no escasa fama como hombre de ingenio, travesura y valor. En Madrid se hallaba aún cuando murió el monarca D. Felipe II; y aunque el advenimiento del príncipe D. Felipe no rebajó el favor y estima de que gozaba en la corte, no continuó en ella mucho tiempo, y á fines de 1589 recibió, muy contra su voluntad, la orden de marchar á Italia. Esta orden obedeció á las insinuaciones del duque de Lerma, á quien convenía colocar en aquel gobierno una persona hábil y enérgica; porque tan embrolladas se hallaban las cosas de aquel país á consecuencia de las disputas acerca la posesión del marquesado de Saluzzo, disputas de que trataban de aprovecharse Enrique IV y el duque de Saboya, que era indispensable proceder con gran tino para sortear éste y otros peligros no menos graves. Acordósele á este objeto carta blanca: y Fuentes procedió con tanto acierto, que al breve tiempo poseía los hilos de la trama política, urdida por los señores del país y los embajadores extranjeros.

Tan alto concepto como había merecido en la guerra, se formó de él en la política; y eso que, sin dar paz á la mano, cuando llegó el momento de obrar levantó en breve tiempo un ejército de 28,000 hombres con su correspondiente tren y provisto del dinero y vituallas necesarias á una grande expedición. Con este ejército impuso á los rebeldes de Italia, humilló á los venecianos y puso á raya los grisones, construyendo en sus fronteras cuatro fuertes. Después le abrió paso hasta los Estados de Flandes.

La correspondencia del duque de Lerma y las colecciones de documentos inéditos publicados en Francia é Italia dan idea de las trascendentales negociaciones seguidas por el conde de Fuentes mientras fué gobernador de Milán, negociaciones que obtuvieron la aprobación cumplida del Rey y de su privado. Pero lo que sobre todo hace formar de él excelente juicio, es su oposición al plan que éste acariciaba de una doble alianza matrimonial con Francia. Fuentes quería la guerra, para impedir que el Bearnés viera realizados sus atrevidos planes; Lerma la temía por propia conveniencia. El uno obraba por patriotismo y por convicción, el otro á impulso del egoísmo y del temor.

En Mayo de 1610 cayó enfermo el Conde, y el día 22 de Julio expiró con gran sentimiento del pueblo de Milán, al que había dotado de una administración moral y bien entendida. Ignoramos el lugar en que se le dió sepultura; pero la disposición del finado había sido que trasladaran sus restos á España.

Son grandes los elogios que todos los historiadores tributan á este insigne capitán y hábil político; otro de los que ilustró el reinado de Felipe, tan fecundo en grandes hombres; y por lo mismo se hace difícil elegir entre ellos el más adecuado. El de Bentivoglio que lo conoció en Milán y trató con él negocios de alta política, nos parece muy fidedigno y, por lo mismo, terminaremos con él estos apuntes biográficos: «Por aquella sazón estaba el conde de Fuentes muy entrado en años, pero los llevaba con vigor y con salud floreciente. Era de alta y bien proporcionada estatura, con rostro militar, no severo como quiera, sino hasta rígido. Preciábase de haber aprendido en la escuela del duque de Alba, de tener análogas inclinaciones y de observar igual disciplina. Era el uno á semejanza del otro, más bien cauto que osado, con igual altivez y fastuosidad; ambos demostraban soberano desdén á cualquier gloria militar que con la suya quisiera entrar en comparaciones, y á cualquiera potencia de Europa que osara ponerse en parangón con la del Rey de España. Mas por todos estilos, por vigilancia, por disciplina, por acierto en el consejo, por energía en el mando y por sus demás prendas militares, mostrábase al menos digno de tan gran capitán como fué el duque de Alba, y merecedor de ser estimado por primero de cuantos entonces tenía la monarquía española. Ni carecía tampoco de las cualidades que más se necesitan cuando de las armas se ha de pasar á los negocios, y de la profesión militar á la civil (1).»

Han confundido al conde de Fuentes con el de la Fontaine, maestre de campo general español en la batalla de Rocroy, Lafuente, Clonard, Sabau, Ortiz de la Vega y otros historiadores; equivocación que han rectificado Gayangos y Cánovas y algunos historiadores franceses modernos. Con posterioridad los Sres. Weil y Fernández Duro, aquél en una serie de artículos publicados en la *Revista de España* (1884), y éste en sus interesantes Memorias *D. Francisco Fernández de la Cueva, duque de Alburquerque, y D. Pedro Enríquez, conde de Fuentes* (1884), han dajado suficientemente esclarecido este punto.

Maestre de campo (pág. 352). — Ya dijimos al hablar de la creación de los tercios, que éstos se hallaban mandados por *maestres de campo,* voz técnica empleada por los españoles hasta 1704. Añadiremos ahora que se conocían además de estos maestres ó jefes de tercio, los *maestres de campo generales,* que eran como generales en jefe del ejército, cuando no lo mandaba como á tal algún príncipe ó personaje nombrado por el Rey, pues en este caso se convertían en sus tenientes. El distintivo de estas jerarquías era la banda roja; pero el que ejercía el mando superior llevaba además un bastón de corta longitud. Su armadura, más ó menos rica y variada, se componía de las piezas entonces en uso, realzadas por hermosas cadenas de oro y vistosas plumas.

Trompeta de caballería (pág. 353). — Esta figura está copiada de un grabado de Bartolomé Dolendo. Lleva cubierta la cabeza con un sombrero de fieltro *á la walona,* el cuerpo con el peto y el espaldar, la ante pierna con las musleras y calza bota de cuero. La montura es completa.

Galeón de la Armada Invencible (pág. 355). — Es más que difícil el dar con una definición exacta de las diferentes clases de vasos usados en éste y el siglo anterior. El galeón, según Veitia, recibió su nombre de la galera, y era la nao más fuerte y de alto bordo que se conocía. Tenía dos cubiertas, dos palos enormes, dos altos castillos y un casco de extraordinaria magnitud; pero era muy difícil maniobrar con él, y más que para la guerra parecía conveniente para el transporte. Puede juzgarse con exactitud de estas naves por la reproducida en la citada página. En la 217 de este volumen hemos hablado de las modificaciones que sufrió la constucción naval á consecuencia del empleo de la artillería en las naves; y para completar estas ligeras noticias, creemos oportuno la reproducción de algunos párrafos de uno de los interesantes estudios del Sr. Fernández Duro:

«La ligazón de los miembros del vaso, dice el escritor citado, era en aquella época muy endeble; no se le echaba aforro interior, y pendía principalmente de la obra del calafate la impermeabilidad. No había tampoco diferencias

(1) *Memorias*, cap. VI.

entre naves de combate y de comercio; todas se aplicaban á la necesidad de momento sin más que añadir ó quitar piezas de artillería, circunstancia que en apariencia ofrecía ventajas al soberano, ya que sin sostener de continuo marina militar, en ocasiones de guerra se hallaba en aptitud de embargar las naves de sus vasallos y cualquiera de extranjeros que estuvieran en sus puertos, reuniendo de pronto escuadras á medida de su deseo.

»En realidad carecía el sistema de conveniencia; había que proveer el aumento de las piezas, hacer obras de emplazamiento, cubierta provisional de alojamiento para la tripulación aumentada, pañoles en que guardar los víveres y la pólvora; obras perdidas al despedir el bajel, que ganaba sueldo, y de cumplirse las ordenanzas, se indemnizaba al propietario por pérdida ó desperfecto.

»El aparejo de impulsión consistía principalmente en dos palos enormes, en relación con el vaso, que sostenían dos velas de mucha superficie, llamadas *papahigos* mayor y trinquete; á popa y á proa, para facilitar el movimiento giratorio, llevaba otras dos velas, mesana y cebadera, y en buenos tiempos dos masteleros volantes, con vela de gavia.

»El peso y la fuerza de palanca de los palos contribuía á debilitar el casco en los malos tiempos en que la mar produce rápidos movimientos, y cuando éstos eran extraordinarios, con el juego de las maderas se salía la estopa de las costuras y la nave se anegaba. Por esto se excusaba la navegación en el invierno, y á cada viaje se calafateaba de nuevo el buque desde la quilla arriba.

»Cuanto mayor era la capacidad del bajel, tanto más débil y más expuesto á averías resultaba; así los marineros experimentados estimaban como tipo mejor el navío de cuatrocientas toneladas, en circunstancias ordinarias, y más pequeño en las de mares tormentosos. Los galeones que inventó D. Alvaro de Barán ofrecían ventaja en los viajes á Indias, por la mucha carga que admitían: no en los mares de Europa, donde el excesivo calor acrecentaba el recelo de los mareantes, no pudiendo abrigarlos en cualquier puertecillo como los otros.»

Estas curiosas noticias puede ampliarlas el lector consultando en las *Disquisiciones náuticas* del citado autor la Décimaoctava, en la que se ocupa de la «Fábrica de naos, armamentos, aparejo y arqueamiento, fabricadores, maestros, ingenieros, etc.», y en la que figuran el tratado *De la instrucción náutica*, del Dr. García del Palacio; el *Arte de fabricar naos*, de Tomé Cano; la *Propuesta de reformas en la construcción naval* de López de Guitian, á un *Diálogo* de autor anónimo; un *Discurso* del general Echeverri; las *Medidas propuestas por el general Francisco Díaz Pimienta* y un *Tratado de la calafatería de carena de las naos* (Tomos V y VI).

Cañones (pág. 357, 364 y 381). — Hasta el año 1609, en que se publicó una Real cédula ordenando quedaran reducidas á cuatro clases las piezas de artillería, sujetándose estrictamente á ellas en lo sucesivo las fundiciones, la artillería española ofrece gran variedad de piezas fabricadas á capricho de los fundidores. Sin embargo, las regulares universalmente usadas eran:

Cañones de 40, 35, 32 y 30 libras.
Medios cañones de 20, 18, 16 y 15 íd.
Tercios de cañón de 10 8 y 7 íd.

A cuya clase de piezas se daban once diámetros ó *calibos* de largo.

Culebrinas de 24, 20, 18 y 16 libras.
Medias de 12, 10, 8 y 7 íd.
Tercias de 5, 4, 3 y 2 íd.

A esta clase se daban once diámetros ó *calibos* más de largo.

De un *Tratado de fundición de artillería de bronce que se ha fundido en España por los maestros Gregorio Lofre y Juan Bautier, alemanes, en los tiempos de los señores capitanes generales D. Juan de Acuña Vela, marqués de la Hinojosa, y por los Ballesteros en tiempo de los señores dichos y marqués de Castrofuerte y de Leganés, desde el año de 1594* (1), tomamos las siguientes curiosas descripciones:

«*Cañones y medios bastardos*, y *legítimos* y *tercios* y *cuartos*.—Los cañones de la fundición de Gregorio Lope, alemán, de 40 libras de bala, de largo de 17 diámetros de boca, pesaron 62 quintales.

Medios cañones de 20 libras de bala, de la dicha fundición, tienen de largo 15 diámetros y medio; pesaron 36 quintales.

El medio cañón de 16 libras de bala tiene los metales que el 20; tiene 17 diámetros y dos tercios de largo; pesaron 31 quintales.

Medio cañón pedrero de 12 libras de bala de piedra de dicha fundición, de largo de 12 diámetros y un cuarto de su boca, pesaron 23 quintales.

(1) Inserto en el *Tratado de artillería del capitán Gaspar González de San Millán, artillero mayor de la casa de contratación de las Indias, de la ciudad de Sevilla*, tratado de que no hizo mención Navarrete ni bibliógrafo alguno y que se conserva en copia en la Academia de la Historia. Al celo del Sr. D. Cesáreo Fernández Duro, debemos la reproducción del mismo, que, entre otros notables discursos, tratados y diálogos, inserta en su importante obra *Disquisiciones Náuticas*. Véase el Tomo VI, pag. 480.

Los medios cañones legítimos son llamados de este nombre por ser pelota más pequeña que la de los cañones, y son de 15 libras hasta 20, y en llegado á 24 les llaman dos tercios de cañón, y de 25 libras llaman pelícanos, y desde 18 hasta 22 son llamados antiguamente de este nombre.

También hay bastardos que se nombran medios cañones; tienen el mismo metal que los legítimos y son largos de 14 á 16 diámetros, y también los hay de estos medios bastardos encampanados, como unos que hay en Malaga de D. Juan Manrique.

Los tercios y cuartos cañones son largos, desde 16 hasta 22 diámetros de la boca; tiran de pelota de 10 hasta 13 libras.

Cuartos cañones tiran desde 7 hasta 9 libras de bala; y tienen el propio largo y grueso metal, y los suelen llamar también á éstos moyanas. Es buena artillería para proa de galeras, y también los hay de este género de 5 y 6 libras de bala.

Culebrinas y medias y bastardas.—Culebrinas legítimas son largas, de 28 á 35 diámetros de su boca; tiran de pelota de 14 hasta 25 libras, y las que son de más calibo se llaman dobles culebrinas de extranjeras naciones, y éstas son culebrinas legítimas, y las de menor calibo son llamadas bastardas.

Las culebrinas bastardas se han de conocer por el largo y no por el calibro, porque todas suelen ser legítimas, y bastardas de un calibro y repartimiento de metales. Las bastardas son largas, de 24 hasta 27 diámetros, como una que está en la Coruña; tira 20 libras de bala y son llamadas bastardas porque en su proporción no tienen el largo que las legítimas tienen.

Medias culebrinas legítimas son de 12 libras y más de bala, y suele haber de 7 libras también; son de 28 diámetros y hasta 32 de su boca.

Las medias culebrinas bastardas por la mayor parte se hacen para los navíos, son largas de 24 hasta 26 y 27 diámetros.

En Málaga se fundieron por Gregorio Lope medias culebrinas de 12 libras de bala, y de largo de 26 diámetros; pesaron 42 quintales, y medias culebrinas de 7 libras de bala, pesaron 25 quintales. Probóse esta artillería en Málaga; las medias culebrinas de 12 libras de bala, al primer tiro 8 libras de pólvora; al segundo con 10, y al tercero con 12 de la pólvora dicha en los falconetes. Medias culebrinas de 7 libras de bala: al primer tiro, 5 libras de pólvora; al segundo, con 6, y al tercero, con 7 de dicha pólvora.»

El *Tratado* comprende, además, la descripción de los *Esmeriles, Falconetes, Sacres y Medios sacres,* y el de San Millán, en que va inserto, después de una introducción destinada á explicar el manejo de la artillería, trata del *Reconocimiento de la artillería; segundo género de cañones; género de pedreros* y *Tratado de artillería de fierro.* Ambos son en alto grado interesantes para el estudio de la artillería empleada en España.

El nombre de los fundidores, como vemos, es comúnmente extranjero, lo cual no es de extrañar, porque la artillería se fundía generalmente en Flandes, Alemania é Inglaterra. Hace notar San Millán, que los metales de estos países no son todos buenos; los de Flandes, dice, «son demasiado crudos, que se funden mal por ser agrios; pero mirándolos bien y haciendo prueba de ellos salen buenos».

El nombre de los fundidores Loefer, Bautier y de Hault figura en buen número de piezas, y salido de la fundición de este último es el cañón que figura en la pág. 364 que hemos reproducido de la preciosa serie de documentos del Sr. Brigadier Aparici y García. Al pie del mismo se lee: *Este cañón es uno de los de la fundición de Remigio; pesa cinquenta y un quintales y seis libras, tira cuarenta libras de pelota, tiene de largo quince diámetros de su calibo.*

Copiados del mismo *Informe* son los dos medios cañones y la media culebrina de la pág. 357. El que aparece en la parte superior tiene esta inscripción al pie: *Este medio cañón tiene de pelota veinte libras, peso de Castilla, ha de tener veinte diámetros de su calibo, pesará de treinta y cinco á treinta y seis quintales;* el inmediato: *Este medio cañón es de veinte libras de pelota, peso de Castilla, ha de tener diez y nueve diámetros de su calibo, pesará de treinta y nueve á treinta y seis quintales;* y la media culebrina: *Esta media culebrina es de doce libras de bala, pesará treinta y cuatro quintales, tiene en largo veinticinco diámetros y en la culata tres diámetros y un cuarto, en los muñones dos y tres cuartos, en el brocal dos diámetros, parece que es muy buena para la mar y de buen servicio, tiene en largo tres palmos y dos tercios de Castilla, tiene el mismo metro que la de arriba que son treinta y cuatro quintales.*

Los dos medios cañones de la pág. 381 se hallan colocados en sus montajes. Son copia de uno de los grabados de la preciosa obra de Ufano *Tratado de artillería y uso della,* obra que se imprimió por vez primera en 1612, y que, suponiendo exigió al autor largo tiempo de estudio, opinamos se escribiría á raíz de la reforma introducida por la Real cédula de 1609. Ufano había combatido valerosamente en Flandes bajo las banderas de Felipe II, distinguiéndose como excelente militar; pero su reputación debióla, sobre todo, á este célebre tratado, traducido en aquel mismo siglo dos veces al francés y una al alemán.

Galera (pág. 360).—En la pág. 15 de este Tomo, hemos ofrecido un dibujo titulado *Proyeccion de una galera por su cuaderna maestra,* que da perfecta idea de lo que eran esta clase de barcos, y en la 218 decíamos que la galera

era un buque costanero cuya velocidad dependía de los remos, el número de los cuales era, en las de regular porte, de 25 á 30; ó sea, este número de bancos por banda y cuatro ó cinco remeros por banco; consistiendo la arboladura, por regla general, en dos mástiles y dos velas latinas, y alcanzando las dimensiones del casco de 120 á 130 varas de largo por 18 á 20 de ancho y 6 de alto. Añadíamos que, según Bavia, la primera vez que cruzaron las galeras el estrecho de Gibraltar fué en 1582, cuando fueron á las Terceras. Es fácil que á contar de esta fecha á la de 1588 se introdujeron en ellas algunas modificaciones, sin perjuicio de que, como no existía regla fija para su construcción, los fabricadores mejorarían sus condiciones. Por lo menos la representada en lámina suelta (pág. 200) se diferencia notablemente de la que reproducimos en la 360, dándose la casualidad de que una y otra han sido copiadas de pinturas del Escorial.

Para formarse idea de la magnitud de estos bastimentos, citaremos un importantísimo fragmento de las *Disquisiciones náuticas* relativo á los alojamientos. «La disposición de los remos impulsores de la galera, exigía que la borda ó regala, quedase poco elevada sobre el agua, y que á esta primordial condición se subordinasen todas las del vaso. En la *Disquisición quinta,* he citado la galera de D. Juan de Austria y otras que sirvieron de Reales, que prueban haber sido tales buques, mayores de lo que generalmente se cree, pero por su construcción especial, no permitían utilizar la capacidad del hueco como en las embarcaciones impulsadas por el viento, que tenían dos ó más cubiertas, y á la vez que largas y estrechas, eran tan rasas, que desde la quilla al cuartel del remiche, en que ponían los pies los forzados, quedaba una bodega muy reducida para guardar las provisiones de toda especie. A la popa, un lanzamiento sobre la obra viva consentía la formación de la cámara en dos departamentos, superior é inferior, más una especie de toldilla que se resguardaba con *el tendal,* comedor y punto de reunión ordinario de la oficialidad, arranque de las escalas de popa y luego de *los jardines.* A proa, con otro lanzamiento menos pronunciado, se conseguía plaza para la artillería y pequeño local para almacenaje de efectos y alojamiento de cómitres y maestranza. En la parte central quedaban los bancos de los remeros separados á banda y banda por un corredor que iba de popa á proa y se llamaba crujía. Toda esta parte se cubría en puerto, y aun en mar, si el tiempo era bonancible, con un toldo que pasando sobre las entenas, si estaban arriadas, ó sobre un nervio sostenido en las cabrias, se afirmaba en la borda formando *la tienda* (1). Cada banco tenía de cuatro á siete remeros por banda (2) amarrados por la cadena en aquel sitio, de que no podían moverse. Se acostaban en el cuartel debajo de su banco, sin más cama que el capote. Los soldados, marineros y buenas boyas, se acomodaban como podían en la crujía y parte de proa, ocupadas en no corto espacio por el fogón y el esquife.

»Las cámaras de popa daban al capitán y oficiales muy exiguo albergue, huyendo del cual, conseguían autorización para dormir en tierra, en circunstancias normales y no estando de servicio. No había más asientos que individuos de dotación, y así ocurrió alguna vez que, teniendo que reunirse en Consejo á bordo de una galera, los jefes de la escuadra, hubieron de celebrarlo en pie... Cuán escasa era la superficie destinada á alojamientos, se echa de ver por diferentes bandos de capitanes generales que fijaron en vara y cuarta la máxima longitud de las cajas de ropa de los oficiales y en poco más la del colchón (3).»

Estas interesantísimas noticias, pueden ampliarse con las que da el mismo autor en la *Disquisición quinta,* al ocuparse de la decoración de las naves, estudio altamente curioso y que recomendamos á cuantos quieran adquirir noticias relativas al estado de la marina española en esta época.

Francisco Drake (pág. 361). — Nació este audaz corsario en Tavistock, condado de Devón, el año 1539 según algunos autores, y según otros en 1546. Sus padres eran de condición muy humilde, y Francisco, el mayor de los doce hijos que tuvieron, recibió la instrucción elemental gracias á la liberalidad de su pariente John Hawkins. Era casi un niño cuando se embarcó como grumete en un barco mercante; pero su vocación le llamaba á la mar, y una vez á bordo reveló tales condiciones de inteligencia y de carácter, que desde luego le captaron la estima del patrón. Murió éste y le legó su barco, cuando sólo contaba Drake 18 años.

El joven marino no había nacido para concretarse á los estrechos límites del tráfico comercial; mucho menos, cuando los grandes resultados conseguidos por su tío John Hawkins, en su carrera de negrero, entonces no mirada como profesión deshonrosa, le hacían augurar pingües ganancias y grandes recompensas. No vaciló, pues, en lanzarse á la vida de aventuras; y en 1567, vendió su buque y arriesgó todas sus economías, para tener participación en la empresa que contra México iba á realizar Hawkins. La expedición se componía de seis buques, tres de los cuales pertenecían á la Reina, y Drake recibió el mando de uno de ellos, la *Judit,* que medía cincuenta toneladas. El 14 de Septiembre apareció la flota inglesa frente á Villa-Rica, y creyendo en la ciudad eran sus velas las de la armada española, despacharon algunos oficiales en un batel hasta Veracruz. Hawkins los prendió y se hizo dueño de

(1) De la forma del toldo de las galeras ha venido á decirse en los buques *agolerar los toldos,* cuando se disponen para resistir la lluvia.

(2) Dice Velázquez de las galeras del marqués de Santa Cruz que fueron á Lisboa, que tenían á siete, á seis y á cinco remos por banco y á veinticinco por costado. De esta expresión muy general en el siglo XVII, se ha originado mayor confusión en el modo de estimar las órdenes de remos en las galeras; pero es evidente que con ella se determinaba el número de hombres destinados á cada remo.

(3) *Disquisicion octava,* pág. 144 á 146.

la isla de San Juan de Ulúa, que hizo desalojar á la guarnición española. Pero al tercer día de haberse posesionado de la isla, avistáronse trece navíos de la flota que mandaba el general D. Francisco de Luján y que conducían al nuevo virrey de Nueva España D. Martín Enríquez; y temeroso el corsario de un combate, decidió entrar en tratos, lo que no alcanzó, á pesar de que los españoles se hallaban en muy malas condiciones para la lucha. Esperó el general español la llegada de refuerzos de Veracruz para atacar la isla; pero el enemigo se le anticipó rompiendo el día 20 el fuego y haciendo volar, con sus certeros disparos, la almiranta española; sin embargo, el ataque se verificó con gran intrepidez por parte de los nuestros, quienes, después de tomar á los ingleses por la espalda y acuchillarles, volvieron los cañones contra sus buques y lanzaron sobre la capitana un barco viejo cargado de combustible. «Como los españoles se habían apoderado de los cañones de la isla, dice el mismo Hawkins en su relación de este combate, nos abrasaban con ellos; los palos, vergas y jarcias del *Jesús*, estaban acribillados de modo que desesperábamos de salvarlo. Además echaron á fondo nuestros buques menores. Llegada la noche, mientras discurríamos cómo abrigarnos de su artillería, dieron fuego á dos grandes bajeles, lanzándolos sobre los nuestros, y el terror se apoderó de la tripulación del *Jesús*, que lo abandonó en la mayor confusión desoyendo las órdenes del capitán. En fin, sólo la *Mignon* con una barca de cincuenta toneladas y la *Judit* escaparon, y todavía esta última nos abandonó durante la noche.» A duras penas pudo Hawkins conjurar el grave peligro en que se hallaba, y fué para él no escasa fortuna el que pudieran regresar á Inglaterra tres de los seis buques que componían la expedición. En ella perdió Drake todos sus ahorros, y desde aquel momento juró hacer todo el mal que pudiera á los españoles.

Durante los años 1570 y 71, Drake hizo dos viajes á las Indias Occidentales, en los que tuvo ocasión de adquirir exacto conocimiento de aquellos mares, teatro de sus nuevas aventuras. En Mayo de 1570 zarpó de Plymouth con dos buques, el *Dragón*, que medía setenta toneladas, y el *Cisne*, de veinticinco, dirigiéndose á las costas sudamericanas. Desembarcó el 20 de Julio en Puerto Faisán, dejó anclados en aquella rada los barcos, y trasbordando la mayor parte de la tripulación á las pinazas, descendió hasta el itsmo de Darien, apoderándose allí, en unión de otros piratas franceses y negreros cimarrones, de la ciudad de Nombre de Dios. Atacados vigorosamente por los españoles y gravemente herido, tuvo que volver á las pinazas y regresar á Puerto Faisán. Restablecióse allí de sus heridas, levó anclas y dirigióse á Cartagena de Indias, capturando durante su viaje varias naves de guerra de las que conducían el oro á España; después cayó sobre el establecimiento español de Santa Cruz y causó pérdidas estimadas en unos dos millones. De regreso á Inglaterra en 1573 declaró haber obtenido el enorme botín de que iban cargados sus buques por cambio comercial con los naturales de Indias.

El resultado de esta expedición entusiasmó á sus compatriotas y llenó de gozo á la avara Isabel, que interesó en la que seguidamente se organizó la cantidad de mil coronas. Drake se dió á la vela con cinco buques (1577), cruzó el estrecho de Magallanes y cayó á sangre y fuego sobre las desapercibidas poblaciones de Chile y el Perú; considerando entonces peligroso retroceder, se lanzó por el camino de las Molucas y cabo de Buena Esperanza, llegando por este nuevo derrotero á Inglaterra el 5 de Noviembre de 1580. Después de tres años de navegación, Drake había dado la vuelta al mundo. Es cierto que en este viaje sólo trajo uno de los cuatro bajeles con que salió de Plymouth; pero éste contenía valor de más de ocho millones, cantidad suficiente para hacer saltar de gozo el corazón de la gran reina; así es que ésta honró á Drake acudiendo en persona á Deptjord (en el Támesis), donde se hallaba anclado el buque, comió á bordo con el pirata y le armó caballero como había hecho con su tío el negrero Hawkins. La nave fué conservada como un monumento de gloria para Inglaterra, y Drake nombrado almirante.

El 15 de Septiembre de 1585 salió de Plymouth al frente de una armada de veinticinco buques, y sin mediar declaración alguna de guerra, hizo algunas presas en nuestras costas, insultó las de las islas Canarias, entró á saco en Santiago, en las islas de Cabo Verde, y luego enderezó el rumbo á las Indias Occidentales, donde atacó y saqueó á Puerto Rico, Santo Domingo y Cartagena, arrasó los fuertes de la Florida y regresó á su patria conduciendo por lastre del oro doscientos cañones de todos calibres (28 Julio 1886). En Abril del siguiente, recibió orden de armar nueva escuadra, y con ella forzó la bahía de Cádiz, incendió las naves españolas, é insultó la costa portuguesa. En 1588 mandó una de las divisiones de la escuadra que operó en el Canal contra la *Invencible*, y en 1589 se le confió la armada que condujo al Prior de Crato y al ejército de John Norris á la Coruña y á Lisboa.

De regreso á Plymouth, alcanzó la honra de que esta ciudad le eligiera para representarla en el Parlamento, donde ocupó asiento en 1592 y 93. En 1594 púsose de acuerdo con Hawkins para realizar nueva expedición á las Indias Occidentales. Esta vez el tío iba á las órdenes del sobrino y la expedición se componía de veintiséis buques y 45,000 hombres. Hizo rumbo á las Canarias, donde intentaron los ingleses apoderarse de Santa Cruz de Tenerife, y después zarpó para las Indias. El 12 de Noviembre atacaron los expedicionarios á Puerto Rico; pero recibidos con gran valentía por el general de la flota española Pardo Osorio, hubieron de retirarse con grandes pérdidas, entre las que se contó la de Hawkins. Entonces resolvió Drake costear el continente en dirección al Sud, con objeto de seguir su antiguo sistema de pillaje que tan excelentes resultados daba. Puso una parte de sus tropas en tierra, con orden de marchar sobre Panamá, mientras él seguía el viaje por la costa; incendió á Río del Hacha, y á Nombre de Dios, y fácil es presumir que igual suerte hubiera sufrido Puerto Bello, á no haber sido derrotadas en Panamá las tropas inglesas. El triste estado en que los fugitivos llegaron á los buques; y, sobre todo, la seria resistencia de Santo Domingo y Panamá, le hicieron comprender que, en adelante, las poblaciones de Indias, se prevendrían de sus ataques;

Drake vió frustrados sus esfuerzos; apoderóse de él lenta calentura, que unida á una gran melancolía, le ocasionó la muerte (9 de Enero de 1595). Su escuadra regresó á Inglaterra el mes de Mayo siguiente, esto es, unos ocho meses después de haber partido de Plymouth.

No escasean las obras inglesas relativas á este célebre navegante; pero es de notar que son bastante erróneos los datos que contienen relativos á los españoles. A bien que no es de extrañar, si se tiene en cuenta que en las mismas relaciones escritas por testigos y actores en los sucesos, como ocurre con la de Hawkins, se desfiguran éstos notablemente. Afortunadamente la crítica cuidará de ir poniendo las cosas en su lugar.

La Armada Invencible en el Canal (pág. 365).—Representa este grabado el momento en que la armada abandona el fondeadero de Calais, atemorizadas sus tripulaciones por los brulotes ingleses; y es obra de Hogenberg, el célebre y laborioso artista que propagó por medio del buril los más importantes sucesos de la época.

Cañonero holandés atacando unos galeones (pág. 369).—Como el anterior, es también debido este grabado á Hogenberg. Representa un episodio de la lucha sostenida en el canal de la Mancha.

El Cardenal infante D. Fernando (pág. 372).—D. Fernando de Austria, hijo de Felipe III y cardenal arzobispo de Toledo, es una de las figuras más brillantes de su época. No educado para la profesión militar ni para el gobierno de países tan trabajados como Flandes, sucediendo en el mando de las armas españolas al célebre Spínola, demostró, sin embargo, grandes talentos en la guerra y una actividad y entereza á toda prueba. En Nordlinga, incorporado su ejército con el imperial, derrotó al duque de Weymar, discípulo del célebre Gustavo Adolfo, y á consecuencia de ello casi todas las plazas de Baviera le abrieron sus puertas; sostuvo luego en los Países una brillante campaña contra los franceses y holandeses mandados por Brece y Chatillon, y el príncipe Federico de Nassau; contestó á la invasión francesa de 1636, penetrando en Francia hasta la línea del Soma, y hubiera decidido en una sola batalla la suerte de aquella campaña, si el gobierno español, diseminando sobradamente sus tropas por Europa, no hubiera debilitado el ejército de los Países Bajos. Esta fué también la causa de las pérdidas que sufrieron los españoles en los Países Bajos, Franco-Condado y fronteras alemanas en 1537; mas á pesar de luchar con tal inconveniente, en 1638 derrotó el Cardenal á los holandeses y obligó á los franceses á levantar el sitio de Saint Omer; en cambio no pudo evitar que en 1639 se apoderasen de Hesdin y en 1640 de Amiéns. Acababa D. Fernando en 1641 de recobrar á Sens, cuando la muerte lo arrebató al ejército y á la patria. De él ha dicho muy atinadamente un escritor militar: «Murió en buena hora para su gloria, pero en fatal para la nación, que necesitaba los talentos de este general para sostener con cierto brillo la guerra en aquella región. Los hombres eminentes están en contradicción con una época degradada, y la Providencia es admirablemente lógica en sus creaciones.»

El archiduque Alberto (pág. 373).—Este personaje nació en 1560, y era hermano menor del emperador Rodulfo II de Alemania. Muy joven aún vino á España, donde se captó en alto grado las simpatías de Felipe II, por la facilidad con que supo adaptarse al modo de vivir español y por haber demostrado al monarca una adhesión y sumisión extraordinarias. Entró en la carrera eclesiástica, y se le otorgó el arzobispado de Toledo, una verdadera mina, pues producía 300,000 ducados anuales; además recibió el capelo cardenalicio. Tan alta idea se había formado Felipe de su pariente, que le destinó primero de virrey á Portugal y después de gobernador á los Países Bajos. En aquel reino desempeñó fácilmente su cometido; pero en estas provincias, que necesitaban un hombre dotado de gran talento y energía, hombre de Estado á la par que de guerra, de claro entendimiento y vasta instrucción, no era fácil que desempeñara lucidamente su papel. Alberto inauguró, sin embargo, el período de su gobierno con brillantes hechos de armas, la toma de Calais y de Hults (1596); pero la derrota que sufrieron nuestras tropas en Turnhout el 1597, la pérdida de Amiéns y la de varias ciudades de la orilla izquierda del Rhin, atenuaron notablemente aquellas ventajas.

Al año siguiente, Alberto, que al pasar á Flandes había obtenido del Papa el permiso para dejar el ministerio eclesiástico, verificó su enlace con la infanta Isabel Clara, la hija predilecta de Felipe II, á quien éste cedió en dote los ducados de Borgoña y Charolais y el condado de Flandes, si bien quedando estas provincias bajo la protección de España. Gracias á la cual nuestra patria venía obligada á sostener las cargas de la guerra y á no conseguir nada útil de los Países. ¡Excelente resultado después de tantos años de lucha y de sacrificios! Y el protectorado se ejerció con tanta presión, que la dominación de los dos nuevos señores de Flandes, apenas se diferenció de un virreinato común.

Dos años permaneció Alberto fuera de su gobierno, y al regresar á él encontróse con un ejército falto de estipendios, que se negaba á entrar en campaña, mientras Mauricio de Nassau, tomando una vigorosa ofensiva, avanzaba hasta los muros de Newport y ponía sitio á esta plaza. Resolvió, no obstante, el Archiduque acudir en su socorro, y como no contara fuerzas suficientes para ello, sufrió en las *Dunas* una terrible derrota (1600). Pero el enemigo no consiguió entrar en la plaza, y al año siguiente Alberto puso sitio á la de Ostende, considerada como inexpugnable. Este sitio, uno de los más célebres de la época, pues duró tres años, perecieron en él más de cien

mil personas, y ocasionó gastos que acaso hubieran bastado para conquistar un reino, puso de manifiesto los escasos talentos militares de Alberto, y dió á conocer la talla de un ilustre guerrero, el general Ambrosio Spínola, al que se debió la conquista de la ciudad. Los lauros de las campañas de 1605 y 1606 pertenecen por completo á este insigne capitán, digno de ser comparado al célebre Alejandro Farnesio.

Consiguióse en 1607, gracias á la tregua de los *Doce años*, un período de paz, durante el cual Alberto pudo consagrarse á las tareas del gobierno; pero como á pesar de ser de genio bondadoso y de rectas intenciones participara de la intolerancia de su suegro, en cuya escuela se había educado, no logró mejorar el estado de cosas durante los años que aun gobernó á las provincias. Fiel al sistema de Felipe, cuidó más de los asuntos religiosos que de los políticos, y demostró no ser mejor gobernante que general.

Murió en la ciudad de Bruselas el 13 de Julio de 1622, después de haber estado por espacio de dos años constantemente enfermo.

D. Francisco de Ibarra hace, en sus *Guerras del Palatinado*, una apología de este personaje, al que concede las más eminentes cualidades; pero ya se sabe hasta qué punto hay que fiar, tratándose de libros destinados á elevados personajes.

Sitio de Bergen-op-Zoom (pág. 377). — Esta plaza, situada en el Brabante septentrional y sobre el Escalda oriental, era de gran importancia por su proximidad á las islas de la Zelanda, cuya conquista ya hemos tenido ocasión de ver, comenzaron los nuestros en tiempos de Requesens, sin contar con el auxilio de una escuadra. Su posesión era indispensable á Farnesio para ir redondeando sus adquisiciones hasta la línea del Mosa, y con objeto de abrirse paso para las islas, pues dueño de la costa, el enemigo se hallaría privado desde entonces de los socorros de Inglaterra. Por lo mismo, sin atender á la proximidad del invierno, tan crudo en aquellas regiones, Farnesio se presentó frente á Bergen el 27 de Septiembre al amanecer, y colocó su gente detrás de las *dunas*, á la parte de Poniente de la población, mientras el marqués de Renty se situó del costado del Mediodía. Fortificáronse sólidamente ambos cuarteles; pero fió el Duque demasiado en los tratos secretos sostenidos, primero para lograr la entrega del castillo de la Cabeza que defendía el paso del Zoom y después la rendición de la plaza: el resultado fué la traición del 22 de Octubre, la noche de cuyo día fueron nuestros soldados arcabuceados á mansalva por los defensores de Bergen. Con esto se echó encima el invierno y Farnesio tuvo que levantar el sitio.

En esta operación, en la que empleó 20,000 infantes, no demostró Alejandro gran acierto; porque Bergen no era fuerte por arte ni por naturaleza, tenía el terreno á propósito para abrir trincheras, los bosques vecinos ofrecían la facilidad de hacer fagina, y las villas de alrededor, en cuatro leguas á la redonda, bastaban á procurar vituallas; pero dice Coloma: «como se habían gastado tantos días en aquellas vanas promesas, vino á hacerse del todo imposible á la postre lo que para el principio era difícil».

Nuestro grabado representa una de las escaramuzas efectuadas por el gobernador de la plaza, Morgán, contra los sitiadores, sin duda alguna la del 5 de Octubre, en que, con fuerzas de infantería y caballería, atacó los reductos que cubrían el cuartel del marqués de Renty.

Guillermo Luis de Nassau (pág. 379).—De los cinco hermanos Nassau, cuatro sacrificaron su vida por la patria; el quinto, llamado el conde Juan, fué padre de Guillermo Luis, que, como él, consagró también todos sus esfuerzos á la causa de la independencia. Era muy joven cuando entró en la carrera de las armas; pero acreditó bien presto que reunía un gran valor y un claro ingenio. Ajeno á la política, fué un ejecutor fiel de las órdenes de los Estados, y allí donde se le mandó luchar supo cumplir con su deber; á causa de esto se le eligió *Stathouder* de Frisia, donde, apoyado en la población, por entero afecta á los Estados, luchó con el coronel Verdugo y consiguió, gracias al abandono en que se tenía aquellas provincias, reconquistar la mayor parte de lo que el intrépido español había ganado con tantos afanes. Ignoramos la fecha en que murió Luis Guillermo. Un historiador de la época nos dice que era un hombre grueso, de cabeza redonda, con el pelo cortado á raso; de ojos pequeños y vivos, y de facciones abultadas: desfiguraban su rostro bastantes verrugas y llevaba espesa barba de color rojizo. Cojeaba á causa de una terrible herida que recibió en la juventud, y usaba constantemente un coselete de hierro.

El conde de Holak (pág. 379).—Este personaje, conocido en la historia con los nombres de Hohenlo, Holach ú Holak y Hollock, era un señor alemán que guerreó por los Estados como general, distinguiéndose por su extraordinaria bravura, ya que no por su capacidad. Emparentó con los Nassau, casándose con una hermana de Mauricio, y alcanzó gran ascendiente en los Países, donde faltaban hombres de guerra. Sin embargo, Mauricio no gustó nunca de este personaje, á causa de tener el grave defecto de la embriaguez, y aunque hizo á su lado las primeras armas, demostró bien pronto que se hallaba en disposición de darle lecciones en el arte militar. El nombre de Holak desaparece de la escena cuando comienza á brillar el de Nassau, é ignoramos cuál fué el paradero de aquel soldado. No hemos podido procurarnos de él datos biográficos, y estas noticias completarán lo que acerca de él llevamos dicho en los anteriores ESTUDIOS.

Sorpresa de Breda (pág. 384 á 387).—Los cuatro grabados que en las citadas páginas figuraban, pertenecen á la obra *Descripción verdadera y exacta reproducción gráfica de todas las expediciones por mar y tierra y victorias que el Omnipotente ha otorgado á los poderosos Estados Unidos de Holanda por consejo y obra del Altísimo Príncipe y Señor Mauricio de Nassau, etc. Con especial cuidado coleccionadas y adornadas con numerosos grabados. —Impresa en Leiden de Holanda por Juan Orlers y Enrique de Haesterns, en el año 1612.* Esta rarísima obra está ilustrada con grabados de los célebres artistas Santiago Ghein, Bartolomé Dolendo y Matham, notables así por su ejecución como por su fidelidad.

Los cuatro á que nos referimos constituyen una sola lámina y se distinguen por su minuciosa ejecución, así como por la exactitud con que retratan las distintas fases de la lucha. No necesita otra explicación este episodio, en cuanto la tiene bastante detallada en las páginas 388, 389 y 390 del anterior ESTUDIO.

Cristóbal Lechuga (pág. 388).—Nació este tratadista militar en la ciudad de Baeza el año 1557. Mozo aún, pues sólo contaba 17 años, obtuvo una carta de recomendación para el famoso Sancho Dávila, y dirigióse á Flandes, en ocasión en que andaban bastante revueltas las cosas de los Países, pues el comendador Requesens acababa de hacerse cargo del mando, y la guerra ardía con violencia en el Norte y en las Islas. Más falta que nunca hacían entonces los hombres de ánimo resuelto é inteligencia despierta, ya que la lucha prometía ser larga y ruda; y por lo mismo acogió Dávila con afabilidad á su recomendado; quedó muy complacido de su despejo y predijo que andando el tiempo ocuparía un alto puesto en el ejército.

Sentó Lechuga plaza de simple soldado en la artillería; pero no se limitó á cumplir los deberes que su profesión y arma le imponían; quiso conocer una y otra más á fondo; y dióse á estudiar con ardor los escritos de Collado; lo que, unido á la buena instrucción que recibían nuestros artilleros, en breve tiempo permitióle figurar muy honrosamente entre los más entendidos en este ramo.

Los grandes servicios que prestó en la expugnación de Maestrick y Tournay, en la construcción del famoso puente del Escalda, y por último en los sitios de Huy, Chatelet, Ardres, Hults, Dorlans, Calais, Cambray, Amiens y otros no menos importantes, fueron recompensados con sucesivos ascensos. En 1590 le vemos figurar en Frisia como sargento mayor del tercio de Manuel de Vega, y luego como general de la artillería que se empleó en los últimos sitios citados; bien es cierto que este cargo lo desempeñó interinamente. Vázquez dice que fué capitán de caballos en el Estado de Milán.

No se concretó Lechuga á servir á su patria como buen soldado, pues contribuyó al perfeccionamiento de su arma, ya por medio de inventos, ya con un excelente tratado de artillería.

«Inventó las cureñas de plaza, dice el general Salas, más pequeñas que para sitio, y por consiguiente de menos objeto para ser desmontadas; y para servirlas ideó las cañoneras. Inventó é introdujo en los Estados de Milán el uso de la cabria de tres pies, casi igual á la que hoy usamos, á excepción de no tener guía, sino que las dos piernas eran pies derechos que se unían con cerquillos de hierro y ligaduras, pero cuyo manejo era más sencillo que el *bancazo*, etc. Reformó en Flandes el gran gasto y malversación de pólvora que resultaba de abonar á los mayordomos, hasta 28 libras por tiro, habiendo echado la cuenta de que no se consumían arriba de 20. Trabajó en el arreglo y reducción de los calibres de las piezas, y fué un agente muy principal del decreto de 1609, por el que se redujeron á cuatro las diversas especies de cañones (1).» Este mismo autor nos da cuenta de que Lechuga inventó las *baterías enterradas*, empleándolas por primera vez en la expugnación de Cambray; y de que en la de Dorlans utilizó también por vez primera la artillería de sitio en batalla campal, recurso á que se debió la victoria.

Como tratadista es conocido por las siguientes notables obras: *El maestre de campo general*, publicada en Milán en 1603; y el *Discurso de la artillería y de todo lo necesario á ella, con un Tratado de fortificación*, dado á la estampa en la misma ciudad en 1611. Cuando apareció el segundo contaba el autor treinta y siete años de servicios en artillería, y como resultado de largas observaciones y estudios, mereció grandes elogios: y fué traducida al italiano é impresa como suya por Jorge del Basto. «En varias bibliografías, dice el distinguido bibliógrafo coronel D. Adolfo Carrasco, he visto también un *Discurso al Rey*, impreso en Milán en 1609, que no sé si será una confusión con el libro anterior que estaba dedicado á Felipe III, aunque en la advertencia del *Discurso de artillería* dice que, lo mismo que en todas sus obras, no será prolijo. Mas aunque nadie le negó sus merecimientos ni contradijo sus relevantes prendas, no llegó á alcanzar proporcionada recompensa, pues no pasó del grado de sargento mayor; antes bien, su celo le acarreó, como suele acontecer, desazones y compromisos por parte de los mal avenidos con el orden y la justicia. Ignóranse hasta ahora la época y el lugar de su muerte (2).»

El diligente Alonso Vázquez, en sus biografías de maestres de campo, consejeros, gobernadores de castillos y otros soldados particulares, inserta también la de Lechuga, de quien dice, entre otras cosas: «Es soldado de experiencia, de buenas partes y muy necesario al servicio del Rey, nuestro señor, por la práctica y teórica que tiene en

(1) *Memorial hist. de la Art. española.*

(2) *Bibliografía artillera de España en el siglo XVII*, por el coronel D. Adolfo Carrasco, inserta en el *Memorial de Artillería*. Año XXXVII, Serie tercera, Tomo III.

el arte militar; fué capitán de caballos españoles en el Estado de Milán, y en el ínterin que no hubo general de la artillería sirvió este cargo, y antes había sido sargento mayor en los Estados de Flandes, y teniente de capitán general de la artillería; sirvió y peleó en aquellas guerras animosamente, y en las facciones de ellas asistió y trabajó con mucha puntualidad y cuidado; escribió un libro del oficio del maestre de campo general y de otros discursos militares de mucha importancia, con otro de no menos, tocante á la artillería y pertrechos della, de fortificación y de otros ingenios menesterosos en la guerra; es soldado de opinión, bien reputado y de muchos merecimientos (1).»

Ataque del fuerte de Noordam (pág. 389).—Inmediato á Sevenbergen, cuya ciudad también ha dado nombre á este fuerte, Noordam, dominaba la desembocadura del Merke y los brazos de mar inmediatos. El conde Carlos de Mansfeld ideó conquistarlo el 14 de Mayo de 1590 con objeto de cerrar las comunicaciones á Breda, y hubiera logrado su objeto, pues la fortaleza no era fábrica de las mejor construídas, á no haber sobrevenido grandes temporales é inundaciones, que á duras penas le permitieron retirar la artillería. Acudió á Noordam golpe de tropas enemigas, y nuestro grabado, copia de una estampa de Dolendo, reproduce con gran claridad la fortaleza y los dos campos separados por el río. Esta copia es una de las más interesantes que hemos presentado en las páginas del MUSEO, así por su mérito artístico, como por su gran exactitud.

Piqueros flamencos (págs. 393, 396 y 397).—A medida que las armas de fuego se generalizan y perfeccionan, va aligerándose el guerrero de piezas. Véase, si no, los tres piqueros reproducidos en las citadas páginas. Su armamento y traje es casi idéntico. Morrión, provisto de crestón y barbuquejo; peto y espaldar, escarcelas, pica y espada. El traje se compone de: jupa, anchos calzones adornados de botones y flequillo y sujetos con lazo, medias, guantes y zapatos. La espada va pendiente de un ancho tahalí (pág. 397), sujeto á un gancho colocado en la parte inferior del espaldar. El casco tiene, en su parte posterior, hermosas plumas. Diferéncianse, sin embargo, estos tres piqueros por llevar dos de ellos una banda que cruza su pecho de izquierda á derecha, sin duda alguna un distintivo jerárquico. No vaya á traducirse la finura de ejecución de que hizo gala el artista por escasa propiedad. El traje de estos soldados puede parecernos lujoso, aunque no fuera rico; no obstante, la falta de uniformidad contribuía no poco á que cada cual hiciera alarde en lo que atañe al vestuario de su capricho. Los historiadores españoles de Flandes cuentan que, cobrados sus atrasos, el tercio de Manrique los gastó todos en preseas y bellos trajes, cosa que no era nueva cuando algún tercio regresaba á Italia. Así olvidaban aquellas gentes las pasadas privaciones y los peligros futuros; pues á la vuelta de algunos meses de atrasos, convertíanse las galas en andrajos, y andaban parejas en triste abandono, el estómago y el bolsillo.

Santiago Ghein, uno de los más famosos grabadores de la época, firma las tres estampas, de donde se han reproducido estas figuras.

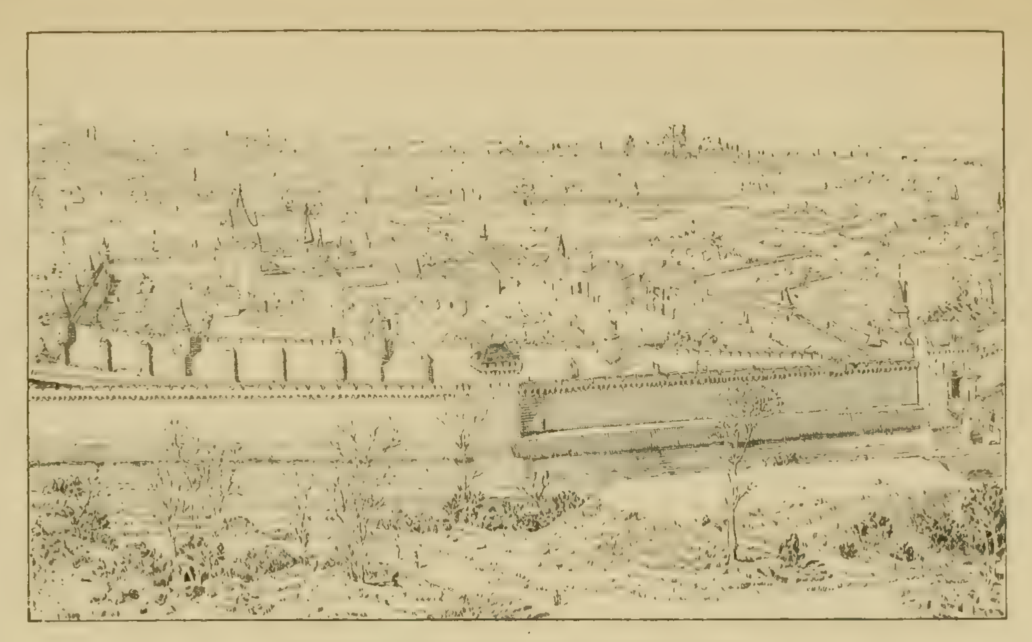
María Pita (pág. 399).—Escasas noticias biográficas poseemos de la heroína de la Coruña. Los historiadores dan cuenta de su proeza al aparecer sobre las murallas de la ciudad alta, derribar á un alférez enemigo que iba á sentar la planta en ellas y apoderarse de la bandera. Añaden que Felipe II, cuando tuvo noticia de este acto, dió á María Pita el nombramiento y sueldo de alférez, que disfrutó toda su vida. El nombre con que esta mujer valerosa ha pasado á la posteridad es el de *María:* no obstante, los escritores de la época dicen que se llamaba *Mayor de la Cámara y Pita* y que era viuda de Gregorio Rocamunde.

No es un retrato de la heroína el que ofrecemos en dicha página; es una sencilla alegoría, copia de celebrada composición, con la que hemos creído dar digno remate al presente ESTUDIO.

La Armada invencible (Lámina suelta, pág. 368).—Esta preciosa lámina es facsímile de un grabado debido al célebre artista holandés Matham. Representa la gran Armada combatiendo con la inglesa en el Canal, y por los detalles que ofrece es un cuadro tan interesante para el marino como para el artista. Puede comparársela al grabado que damos en la pág. 365, debido al no menos famoso Hogenberg, pues, como de la época, ambos son por igual concepto apreciables.

(1) *Sucesos de Flandes y Francia*, Lib. XVI.





Perspectiva de la ciudad de París, según un grabado de la época

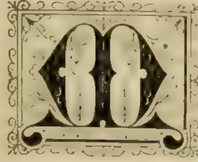
ESTUDIO OCTAVO

ALEJANDRO FARNESIO EN FRANCIA

CAMPAÑAS DE MANSFELD Y EL CONDE DE FUENTES

I. Felipe II y la Liga Católica.—Muerte de Enrique III.—Operaciones militares de Enrique de Navarra.—Batalla de Arques.—Tropas mandadas por Felipe II á los ligueros.—Batalla de Ivry.—Rigoroso bloqueo de París.—Farnesio recibe orden de trasladarse á Francia con el ejército de los Países Bajos. — **II.** Ejército organizado para socorrer á París.—La vanguardia pasa á Condé.—Incorpórase el duque de Parma.—Toma de Ligny y de Corbeil.—Entra Farnesio en París — Su regreso á los Países Bajos. — **III.** Progresos de los holandeses.—Pérdida de Zutphen, Deventer, Hults y Nimega. — **IV.** Alejandro entra por segunda vez en Francia.—Saqueo de Aumale y toma de Neufchatel.—Sitio de Caudebeck.—Alejandro se retira á Spá.—Operaciones del ejercito confederado — **V.** Mauricio de Nassau se hace dueño de Steenwik, Covorden y otras ciudades.—Apodérase Mondragón de Vesterloo y Turnhaut.—Alejandro Farnesio entra en Francia y fallece en Arras. — **VI.** Carlos Mansfeld, gobernador de los Países Bajos.— Su campaña en Francia.—Motines de Pont y de Saint Paul —Progresos del Bearnés y célebre junta de París.—Enrique de Navarra entra en esta ciudad.—Estado del ejército español.—Operaciones del coronel Verdugo en Frisia — **VII.** El archiduque Ernesto, gobernador de los Países —Motines de Siquem y de la Chapelle —Pérdida y reconquista de Huy. —Enrique IV declara la guerra.—Penetra el conde de Fuentes en Francia.—Toma de Chatelet, Doullens y Cambray.—Progresos de Mondragón en Frisia.—El Archiduque Alberto es nombrado gobernador de los Países Bajos.

I



MIENTRAS se decide por medio de las armas en Flandes y en Francia el porvenir de pueblos poderosos; en tanto luchan en tierra y en mar nuestros soldados con suerte varia, un hombre anciano y achacoso, de mirada fría y escrutadora, rostro impasible, quijada prominente y frente espaciosa, coronada de cortos cabellos plateados, trabaja afanosamente en una celda del Escorial, revuelve durante ocho horas diarias los grandes legajos que cubren su mesa; anota, enmienda y clasifica aquellos papeles; escribe sin cesar, como preocupado por una idea poderosa. Nadie tomaría aquel hombre por un rey, ni por su traje ni por el ímprobo trabajo á que se halla sometido; antes le calificaría de incansable leguleyo; pero observando con detención la escena, viendo cuán res-

petuosamente llegan á él individuos de lucido porte, y la autoridad con que les habla y despacha, reconocería que, en efecto, aquel hombre es un monarca, y un monarca poderosísimo. Con abandonar aquella celda y recorrer el inmenso palacio que le sirve de morada, ya podría adquirirse el convencimiento de su grandeza; pero volando en alas de la imaginación por el viejo y el nuevo continente, y viendo flotar la bandera que simboliza su poder en dilatados y múltiples reinos, subiría de punto la impresión de asombro que causara ese colosal poderío circunscrito á los límites estrechos de una celda. Aquel monarca, no era otro que Felipe II, llamado por los aduladores el *Prudente*. Contaba á la sazón sesenta y tres años de vida, y, más que la edad, las enfermedades, cebándose en su flaco cuerpo, convirtiéronle en un ser caduco y melancólico; sin embargo, á medida que era mayor en él la debilidad de cuerpo y de espíritu, parecía más ávido de trabajo, y su mano temblorosa trazaba incansable en las márgenes de cuantos escritos le entregaban sus secretarios, verdaderos jeroglíficos, que no otra cosa parecen los caracteres de aquel soberano. Hombre de mediana inteligencia, pero laborioso en grado sumo, no llamado por sus vocaciones á los campos de batalla, antes al retiro religioso, creía fácil dominar al mundo con sostener alternativamente la pluma y el devocionario; y cuando tan hábiles políticos aparecían ya en el escenario europeo, él, que no dejaba de tenerlos excelentes, sospechando de todos, viviendo en una atmósfera de desconfianza propia de su carácter mezquino y cobarde; desconociendo las corrientes de la política europea, porque juzgaba, no de los grandes intereses, sino de los hombres, y estaba persuadido de que el catolicismo era la causa de Dios, alejado del teatro de los acontecimientos, remitiéndolo todo á la pluma, formando su criterio según las contradictorias notas de diplomáticos de mayor ó menor conciencia ó de infames espías, encontrábase en desfavorables condiciones para sostener con ventaja la lucha. Aquel hombre, lo hemos dicho ya, perdía en cosas nimias un tiempo precioso; engolfado en su sistema de espionaje, malograba el talento y los sacrificios de sus mejores vasallos, y como sobre ser nimio y suspicaz era testarudo, arrastraba á nuestro país á la ruina, con la plena persuasión de que, pues era por la causa de Dios, no se perdía nada en ello.

Hasta aquí hemos podido juzgar de su desacertada política en Flandes; de su conducta recelosa con Farnesio; de su mezquindad con el sufrido y valeroso ejército que allí combatía y de sus larguezas con los ligueros; de su imprudente proceder en el negocio de la *Invencible* y de la notoria injusticia con que obró respecto al cobarde duque de Medina Sidonia. Ahora vamos á examinar su política, en lo que concierne á Francia, y por cierto que pocos motivos tendremos para alabar al *prudentísimo* y religiosísimo monarca.

Ya dijimos en la página 248 el objeto que Felipe II se propuso al favorecer la Liga formada por los católicos franceses. El piadoso monarca no podía en manera alguna consentir que en país vecino señoreara la herejía. Ni su conciencia, ni sus conveniencias se lo permitían; y de aquí los constantes socorros que dió al partido católico francés; pero estos auxilios que hasta 1584 habían sido tan sólo secretos, á contar de esta fecha, es decir, firmado que fué el tratado de Joinville, dióles Felipe II, de un modo ostensible á los ligueros, comprometiéndose en la lucha que éstos sostenían con el rey y con los hugonotes. Si nuestros lectores recuerdan que el duque de Alenzón, heredero de la corona, falleció sin hijos, y que el cardenal de Borbón, proclamado rey por la Liga, era un hombre anciano y enfermizo, comprenderán fácilmente que preocupara con tanto motivo al soberano español la cuestión religiosa, como la cuestión de sucesión, pues el cetro francés venía á parar á manos del protestante Enrique de Navarra. Tampoco ignoraba D. Felipe que el duque Enrique de Guisa era quien aspiraba á ceñir la corona; y como llevara sobre ello secretas miras, de aquí su empeño en mantener la guerra en Francia, donde el partido católico podía considerarse como verdadero asalariado suyo. Hacer que prevaleciera en este país su influencia, arrastrar consigo buena parte de la nobleza y las ciudades católicas, ganar la voluntad de los más influyentes miembros de los Estados franceses, para imponerse luego sin rival, tales eran los propósitos del rey de España. A este objeto sacrificó parte del dinero destinado á Flandes; y persuadido de que el problema religioso debía resolverse en Francia, divirtió toda su atención y sus

cuidados á fomentar la discordia en este país, en el que por octava vez vinieron á las manos hugonotes y católicos. Esta nueva campaña, sostenida durante los años 1586-87, fué funesta para los protestantes y cubrió de gloria á Enrique de Guisa, quien, por singular compensación, vióse á poco desterrado por el monarca francés; pero como el partido católico apareciera cada día más pujante, Guisa atrevióse á presentarse en París, y en nombre de los ligueros intimó al monarca las condiciones á que era indispensable someterse. No se atrevió el infame Enrique III á dar muerte á Guisa, temeroso de las consecuencias que tal hecho podía acarrear; mas apresuróse á llamar á París 4,000 suizos y 2,000 guardias franceses, con los que ocupó militarmente la ciudad. Sin embargo, el pueblo empuñaba las armas y tendió las cadenas en las bocacalles; la entrada en éstas fué encarnizadamente disputada, y las tropas del Rey, rechazadas con enormes pérdidas hasta el Louvre; es más: el mismo Enrique III vióse obligado á fugarse de la capital en dirección á Chartres, donde estableció su gobierno. Gran triunfo este para la Liga, y sobre todo para Felipe II, puesto que París, cabeza de la Francia, convertida en ciudadela del catolicismo, dirigió á todas las ciudades un enérgico llamamiento. Sin embargo, esta victoria fué funesta á Enrique de Guisa, pues cegado por ella, entró en nuevos tratos con el Rey, acudió confiadamente á Blois, donde en 16 de Octubre de 1588, mandó éste reunir los Estados generales, y allí fué asesinado por los guardias del monarca al ir á entrar en la sala del Consejo; igual suerte siguió su hermano el cardenal de Guisa, y el duque de Mayenne hubiera sido también muerto, de haber podido llegar hasta él los asesinos despachados con tal objeto.



Retrato de Enrique IV

Bien se comprenderá que este acontecimiento hubo de modificar de nuevo los planes de Felipe, sin que por eso los desviara de su constante objetivo; pero muy en breve el asesinato de Enrique III precipitó el desarrollo de aquel estado de cosas. El clamoreo y la indignación que despertaron en Francia los crímenes de Blois, colocaron al monarca francés en tan triste posición, que viéndose completamente aislado, abandonado de los Estados generales, amenazado por las tropas de la Liga, excomulgado por el Papa, y odiado por la gran mayoría del pueblo francés, después de haber tentado en vano la reconciliación con Mayenne, acudió al hugonote Enrique de Navarra, y con el auxilio de un ejército protestante fué á poner sitio á París. Esta indigna unión que honraba tan poco al tercero como al cuarto Enrique, hizo, si cabe, más odioso al monarca francés; y como en aquella época no escasearan los fanáticos, un fraile dominico cuidó de romperla, asesinando al Valois el mismo día en que debía darse el asalto general á la ciudad sitiada, (1.° Agosto de 1589). Desde aquel instante, el protestante monarca de Navarra tomó el título de Enrique IV, y se dispuso á conquistar, no tanto con las armas, como á fuerza de astucia, la corona de Francia. Tenía á sus órdenes, es cierto, gran número de católicos vacilantes; buena parte de la nobleza que seguía sus banderas no estaba dispuesta á reconocerle como rey, siendo hugonote; y la mayor parte de las ciudades francesas éranle totalmente enemigas. Pero Enrique de Navarra era un hombre sin escrúpulos, y dejando entrever á los católicos de su ejército la posibilidad de abjurar sus doctrinas, atrayéndose á los grandes señores con dádivas y poder, prometiendo á los protestantes la libertad de conciencia; consiguió en parte mantener á su devoción unos y

otros. En parte hemos dicho, pues, de su ejército disgregáronse no pocos católicos, y nueve batallones protestantes, al mando de La Trémouille.

Dadas estas circunstancias, se comprende que Enrique no pudiera sostener el sitio de París; y, en efecto, mermado por tales disgregaciones, hubo de retirarse de las márgenes del Sena, conduciéndolo á las costas de Normandía, donde podía esperar los refuerzos que solicitó de Isabel de Inglaterra. Fué éste un pensamiento acertadísimo, sobre todo teniendo que habérselas con un general tan poco hábil como Mayenne. En efecto, mientras el Duque avanzaba con su ejército hasta Arques, donde se hallaban los protestantes, éstos fortificaban su campo con enormes trincheras y apercibíanse á tener en jaque al general católico, dando lugar á que les llegaran refuerzos. Y como Mayenne no pudiera romper las líneas enemigas y se retirara en derrota así que Longeville acudió en socorro de Enrique IV, tomando éste una ofensiva vigorosa, cayó sobre el corazón del país y se presentó de improviso frente á la capital, al frente de 20,000 soldados. Tan brusca aparición no por eso desconcertó á los parisienses, dispuestos á obstinada resistencia, y el Rey, después de haber saqueado los arrabales de la gran ciudad, hubo de retirarse de sus inmediaciones y limitarse á vivir sobre el país, en expectativa de más prósperos sucesos.

Necesario es que nos fijemos ahora en la conducta seguida por Felipe II, después de la muerte de los dos Enriques. El pensamiento que acariciaba el monarca español había llegado, en virtud de este suceso, á inmediatas vías de realización, y por lo tanto la cuestión dinástica francesa era para él preferente entre todas las que le preocupaban. No era posible que el país vecino aceptara por rey á un hugonote; el anciano cardenal de Borbón se encontraba encarcelado en poder del Bearnés y su muerte no podía hallarse lejana; Mayenne, nombrado lugarteniente general del reino por los ciudadanos de París, nunca llegaría á ser un rival, pues carecía de ascendiente y de recursos para ello; era un hombre inepto, irresoluto, cobarde y adulador, cuya ambición se colmaría fácilmente con dádivas y mando. Por consiguiente, de reunirse los Estados generales para resolver la cuestión dinástica, podía conseguirse que la corona pasara á Isabel Clara, hija de Felipe y de Isabel, hermana de Enrique III. Y á decir verdad, no estaba destituída esta pretensión de fundamento, pues Enrique de Navarra era pariente del difunto monarca en grado muy remoto, tan remoto, que era preciso remontarse á diez ó doce generaciones para encontrarles un antecesor común. Pero Felipe II ignoró, á pesar de toda su diplomática habilidad, las predisposiciones del partido católico francés, y llevóse en este asunto el más terrible de los desengaños. En aquel *juego de bobos*, los católicos franceses, con pocas excepciones, trataban sólo de explotar á Felipe II, de conseguir sus dádivas, de utilizar su oro y sus ejércitos y de triunfar con su auxilio de los enemigos; pero en manera alguna querían someterse al dominio español, mostrándose por este concepto tan sumamente recelosos, que así en la ocupación de plazas, como en otros sucesos militares acaecidos después de entrado en Francia el ejército español, dieron á conocer su ingratitud y sus temores. Ni las dádivas de Mendoza á los hambrientos de París, ni las solemnes promesas de Farnesio, ni los auxilios pecuniarios de Felipe pudieron torcer el ánimo de estos sectarios; y resultó de aquí, que después de haber perdido el soberano español tiempo, dinero, soldados, crédito, las ventajas adquiridas en los Países Bajos y la influencia que venía ejerciendo en la política europea, se viera desairado por la Asamblea general de los Estados franceses reunida para la elección de Rey, y luego tuviera que sostener la guerra con el que de hecho era monarca de Francia.

Farnesio, hombre dotado de un talento muy superior al de su tío, vió desde el primer momento los funestos resultados á que conducirían las aventuras en Francia; y así que recibió las primeras cartas de Mayenne y los ligueros pidiéndole socorros, despachó para España al presidente de su Consejo, Richardatto, con objeto de que disuadiera al Rey de la empresa, puesto que entablar la guerra en territorio francés equivalía á descuidarla y suspenderla en Flandes, perdiendo por ventajas discutibles, positivas conquistas, y lo que es más triste, las esperanzas de someter definitivamente á las Provincias. Pero muy poco influyeron estos consejos en el ánimo del terco Felipe II, pues Richardatto regresó á Bruselas con la orden terminante del soberano, para

que sin pérdida de tiempo dispusiera el número de tropas necesarias á las necesidades de la Liga y las despachara para Francia; e inútil es decir que, obediente Farnesio á la orden de su tío, dispuso los refuerzos que estimó convenientes. Eran éstos, seis compañías de caballos, francesas; tres



D. Diego de Alava y Esquibel, tratadista militar

de lanzas italianas y españolas y otras tantas de arcabuceros montados valones. A estos 1,800 caballos dió por jefe á Felipe, conde de Egmont, hijo primogénito de aquel Lamoral que fué decapitado en Bruselas por orden de Felipe II.

Reunidas que estuvieron dichas tropas con el ejército de la Liga, Mayenne, que pocos días antes había salido de París con objeto de recibirlas, tomó la ofensiva y marchó en busca de Enrique IV, que á la sazón tenía sitiada á Dreux. Noticioso de este movimiento el Bearnés, levantó el sitio, y descendiendo el Eure, vino á encontrar el ejército católico en las inmediaciones de Ivry (14 Marzo de 1590). Contaba el campo de la Liga 11,000 infantes y sobre 3,000 caballos; sumaba el ejército del Navarro unos 8,000 infantes y 2,500 caballos; por donde se ve que las fuerzas eran casi iguales. Sin embargo, los jefes realistas emplazaron tan habilmente la artillería, que el com-

bate reducido á batalla en orden lineal, entablóse desfavorablemente para los ligueros. Confundidos los escuadrones de caballos de una y otra banda, cedieron de improviso los reitres del campo católico, declarándose en vergonzosa huída, y á poco la traición de los suizos auxiliares de Mayenne, consumó la derrota, pereciendo en el campo muy bizarramente, el conde de Egmont, y emprendiendo la fuga Mayenne á Mantes y el duque de Nemours á Chartres. Como es de suponer, las estadísticas de los muertos y prisioneros en esta batalla varían extraordinariamente. Farnesio escribió al Rey que de su gente habían faltado unos 300, y 400 se habían extraviado, quedando en poder del enemigo cuatro banderas y la mayor parte del bagaje.



D. Diego de Alava y Esquibel,
Retrato copiado de la portada de la obra el *Perfecto Capitán*, impresa en Madrid el año 1590

Inútil es decir cuánto influyó en perjuicio de la Liga la victoria de Ivry. Los mismos historiadores católicos afirman que si Enrique IV se dirige sin pérdida de tiempo á París, la hubiera conquistado sin grande esfuerzo, y en este sentido le aconsejaba el experto La Noue; pero como el monarca francés tenía en su campo gente católica, no faltó otro capitán, el mariscal Birón, que aconsejó lo contrario al Rey, consejo apoyado por los muchos nobles á quienes convenía continuar la guerra, para sacar de ella el partido posible. Esta disparidad de opiniones, sin duda alguna, influyó en el ánimo del monarca, quien solicitado de continuo por los católicos y protestantes de su campo, procuraba dar largas al asunto, y hasta llegó á proponer se reuniera en Tours un Concilio nacional con objeto de que allí se dirimieran las diferencias religiosas y se le impusiera en los verdaderos dogmas. No surtió este propósito el efecto apetecido, pues, como es de suponer, opusiéronse con energía á él, Roma y todos los católicos; y Enrique IV, decidió entonces marchar sobre la capital, esperando reducirla por hambre. Apoderóse con este objeto de todos los puntos que dominan las corrientes de agua, ocupó los lugares más estratégicos de las inmediaciones, estableció un bloqueo riguroso, y dispúsose á dar un asalto general. Para prevenir estas contingencias, el duque de Mayenne había salido poco tiempo antes de París, dejando el gobierno en manos del de Nemours, y tomando la vuelta de Flandes, en cuya frontera halló el príncipe de Parma. Usó en esta entrevista el inepto Mayenne de todos sus recursos aduladores y bajos; pero

Farnesio era bastante sagaz para conocer aquel hombre perverso; así que, no dejó de prometerle algún socorro, pero advirtióle con su habitual franqueza, que si él como general de la Liga miraba por las cosas de Francia, por su parte, como á caudillo y gobernador del ejército y provincias de Flandes, debía atender á su pacificación y total reconquista. Díjole además que el tiempo se presentaba favorable á las operaciones en estas provincias, por ser sumamente benigno, y añadió que la jornada de Francia no podía menos de ser funesta a las armas reales en Flandes.



Capitán español del ejército coaligado. (Copia de una estampa francesa de la época)

Estas y otras razones oyó el de Mayenne, con poquísimo agrado, pero hubo de resignarse á aceptar los 4,000 caballos alemanes, que distribuidos en once banderas, le ofreció por lo pronto Alejandro. Excusado es decir que en el conciliábulo de París, nuestros agentes, los cabezas de la Liga y la gente metida en religión, no dieron paz á la mano en malquistar á Farnesio con el Rey, en adular á Felipe halagando su ambición, y sobre todo en pintarle la situación de la Francia católica en los más lisonjeros términos. Mas también Farnesio recurrió al soberano español, y en lenguaje que respira gran lealtad y energía, hízole presente la verdadera situación de Flandes y de sus tropas; los repetidos motines de ésta, las quejas de los flamencos, las reclamaciones de los gobernadores de las plazas, sobre todo de las plazas fronterizas á Holanda, seriamente amenazadas por Mauricio de Nassau, y las demandas de Verdugo, quien en la remota Frisia tenía que luchar casi á la par con los naturales y con sus propios regimientos rebelados por falta de sueldo. En tal situación, ¿qué podía hacer Farnesio contra Enrique de Navarra? ¿Acudir a batirle con la flor de sus veteranos? Esto equivalía á dejar las Provincias á merced de los rebeldes y sus auxi-

liares. Pero, aun así, ¿de dónde saldría el dinero necesario? Con decir que se debían á los tercios españoles 400,000 ducados y 100,000 á los alemanes, esto es, la suma de 500,000 ducados, á una parte del ejército, pues no se incluyen los italianos y valones; y con añadir que el crédito se había apurado, claramente se comprenderán los apuros de Farnesio y lo muy fundado de sus dudas. Mas no era el *Prudente* hombre que se dejara doblegar por las razones, mucho menos ahora que acababa de tener noticia de la muerte del Cardenal de Borbón, acaecida en el castillo de Tours; así es que si algo consiguió Alejandro fué hacerse más sospechoso á su tío.

No acostumbraba éste pedir á su Consejo cuenta de ciertas materias, y sí sólo de lo que atañía á su cumplimiento, pretendiendo aún en tales ocasiones poner en juego la habilidad y las pasiones de sus consejeros; sin embargo, dos hombres había que merecían ser escuchados con especial atención por aquel soberano: el secretario Idiázquez y D. Cristóbal de Mora, individuo de su Cámara y Consejo. Estos fueron los que dieron su dictamen al proyecto de llevar la guerra á Francia, declarándose el primero enérgicamente en favor de las razones aducidas por Alejandro, y apoyando las suyas en tan poderosos argumentos como el de que por un reino mayor, dificilísimo de reducirse, iba á perderse otro menor, ya casi sojuzgado, y el no menos fundado que no venía Felipe obligado á ser más católico que el Papa, tan fácil en ofrecer como mezquino en dar. Acudiendo luego á la historia, presentaba ejemplos dignos de ser tenidos en cuenta, advertía lo mudable de los ánimos franceses, las ambiciones de su nobleza, los secretos propósitos que Mayenne podía abrigar, el poderío y el ascendiente del Navarro, el recelo con que habían sido acogidos nuestros soldados y hasta el mismo peligro que entrañaba para nuestra patria la grandeza de su poderío. ¿Qué podría España contra la Europa entera coaligada contra ella?... Vencedora en los Países Bajos, tenía medios para imponer la ley á la Francia; pero antes de probar aventura alguna, ¿cuánto más conveniente no era que se destrozaran entre sí ligueros y hugonotes, la victoria de cualquiera de los cuales debía ser funesta á nuestra patria?

A este atinadísimo discurso replicó Mora, que en lo que atañía á la guerra de Flandes, acudir á Francia no era desatenderla, porque el triunfo de los hugonotes en este país era presagio cierto de eficaz auxilio á los rebeldes flamencos, lo que debía evitarse, destruyendo ante todo en él la herejía; que la guerra empeñada tenía la ventaja de serlo en nación enemiga; que urgía decidirla de una vez con objeto de que París y el reino entero no cayera en manos del Bearnés; que era para el monarca caso de conciencia el impedir que, triunfante en Francia la herejía, se propagara á otros países, mayormente amenazando al catolicismo Isabel, los rebeldes holandeses y los hugonotes; que era de justicia el socorrer á los ligueros, cuya conducta durante el reinado de Enrique III tanto había favorecido á las cosas de Flandes; y por último, que un monarca católico y poderoso como Felipe no podía prescindir de coadyuvar al triunfo de la causa de Dios, que era la de los católicos franceses.

Bien se deja comprender que el discurso de Mora debía complacer en alto grado al Rey, en cuyo ánimo pesaban, sin embargo, menos estas razones, que las secretas de procurar á su hija la corona de Francia. Y aunque no necesitara de pretexto alguno para dar sus órdenes, apresuróse á escribir á Farnesio manifestándole lo que se había tratado en su Consejo y el acuerdo tomado de acudir en socorro de los católicos franceses, en virtud del cual se hacía indispensable que él mismo se trasladara á Francia con la mayor parte de su ejército. Cualquiera que conozca los proyectos que abrigaba Farnesio, y la verdadera situación en que se encontraban los Países Bajos, comprenderá el apuro en que mandato tan explícito puso al esforzado caudillo. Su mismo historiógrafo dice, fundado, sin duda, en documentos importantes: «Cónstame que esta orden del Rey puso entre dos aguas el ánimo de Alejandro, dudando si obedecería y queriendo hallar salida para no encargarse de tan pesada empresa.» Y, en efecto, no era sólo el triste estado de Flandes lo que podía preocupar á Parma; otras nubes veía su genio sagaz en los horizontes de su vida. La astucia y la mala fe de los católicos franceses, la ineptitud y la vileza de Mayenne y de los suyos, las ambiciones de los nobles aspirando á convertirse en reyezuelos y trabajando menos por la

religión que por la bolsa; el talento y la perseverancia del Bearnés, cuyo ejército, fuerte de 40,000 combatientes, se hallaba próximo á señorear la capital, y sobre todo las escasas y mal pagadas fuerzas de que disponía, no contribuían menos á que repugnara la empresa, diciendo con razón sobrada *que Flandes podría perderse, pero no podría Francia adquirirse.* Sin embago, vencieron en



Toma de Ligny. (Estampa antigua

su ánimo el pundonor militar y la obediencia debida á su tío, y aunque en carta escrita á éste aducía nuevos argumentos en contra de la empresa, aceptó el mandato. «Entiendo que en este tiempo, dice al Rey, aun estando presente, apenas he de tener fuerzas para mantener las Provincias de Flandes: dejadas éstas y perdidas (lo que ya estoy mirando) no sé, si pondremos en libertad á París y á Francia: porque el comenzar la guerra en nuestra mano está; el fin y la victoria dependen de la fortuna.» Y añadía: «Esperemos lo mejor, pues es mejor nuestra causa; pero si sucediese otra cosa, no me pesará de morir peleando por Dios y por el Rey (1).»

Cuidadoso anduvo esta vez el monarca en procurar dinero á Farnesio; pero, como de costumbre, separando gruesas cantidades para la Liga, á la que tenía asignados 50,000 ducados mensuales. Mas ni el celo manifestado en cubrir las atenciones del ejército, ni el oro dado á los ligueros, pudo evitar que Alejandro emprendiera con harto disgusto la jornada, y que los franceses, así católicos como protestantes, vieran en la oficiosidad de Felipe II otra cosa que amor á la religión.

(1) *Dec. III* de las *Guerras de Flandes.*

Sin embargo, mal informado el monarca de la verdadera situación de Francia, seducido por las bajezas de la facción española en aquel país, prevenido contra Farnesio, cuyos consejos consideró siempre interesados, entró en aquella guerra con propósito firme de extirpar á la herejía en la persona del Bearnés y ser luego árbitro de los destinos de aquel país. Y su conducta justificábala *el Prudente* con una razón poderosísima: la necesidad de posponerlo todo á la causa de Dios. Así lo había asegurado á su sobrino en una de sus cartas, pues le dice que antes estimaría perder á Flandes que el Tedopoderoso perdiera á Francia (¿por ventura no estaba en manos del Altísimo hacer este milagro?); y con manifestar tan sin ambages su voluntad, bien se comprenderá que no quedaba ya al parmesano género alguno de réplica que usar.

¡Lástima grande que se diera tan mal empleo á este hombre ilustre y lástima que nuestra desdichada patria se empobreciera para fomentar la ambición y el fanatismo de monarca tan funesto!

II (1)

Las órdenes que Farnesio recibiera del Rey, y el aviso que el comendador Moreo le trajo del grave aprieto en que París se hallaba, no le permitieron demorar por más tiempo su partida á Francia. Ya satisfecho el sedicioso tercio de Manrique, que por tres meses se mantuvo en Courtray, confiólo al gobierno del maestre de campo Antonio de Zúñiga y dió á éste orden de que se uniera al tercio italiano de Camilo Capiffuccio, apostado en la frontera; el mismo mandato expidió á Blas Capiffuccio que mandaba la caballería y á Pedro Caetaneo, maestre de campo de la infantería de Nápoles, á las coronelías de Octavio Mansfeld y Balançón y á las bandas de caballos que mandaban algunos señores; por manera que llegaron á juntarse entre Laón y San Quintín como diez y siete bandas y tres tercios, uno español y dos italianos. Faltaba á este cuerpo de ejército artillería, mas esto fué debido á la falta de cumplimiento que dió Carlos Mansfeld á las órdenes de Farnesio (créese que causada por afán de mando superior), y se remedió después sacando los cañones de las plazas confinantes. El 19 de Julio se reunieron los tercios, y aunque en marcha para país extranjero y en víspera de jornadas no menos fatigosas que las de Flandes, llamaba en alto grado la atención de las gentes la gentil apostura y el buen humor de aquellos soldados. Distinguíanse los del tercio de Manrique por sus brillantes cintillos de piedra, por sus bordados tahalíes y por sus hermosas espadas; fausto que dió lugar á que se designara este tercio con el nombre de *los señores*, pero no menos era de admirar en todos el marcial continente y la bizarría de que daban muestra las cicatrices de su rostro.

La primera plaza donde estas tropas se detuvieron fué Guisa; después marcharon á Condé, villa elegida como base de operaciones y donde acuartelaron. Habíales salido al encuentro el duque de Mayenne, de cuyos labios oyeron los capitanes el grave aprieto en que París se hallaba; así como lo necesario que era su pronto auxilio; pero, fieles á las órdenes recibidas, opusiéronse Zúñiga y Capiffuccio á seguir los consejos del Duque, diciendo que no contaban con fuerzas suficientes para efectuarlo, y que debiendo en breve llegar el de Parma, con más seguridad y en mayor número se introducirían los socorros. Eran éstas razones muy fundadas, pues aun suponiendo fácil el llegar hasta París, no lo sería tanto el regresar á Condé á darse la mano con Farnesio,

(1) En el anterior ESTUDIO se han narrado todos los hechos militares acontecidos durante el año 1590, haciendo total abstracción de los sucesos de Francia, pues requiriendo estos sucesos estudio especial, hemos creído oportuno presentar un cuadro completo de estas campañas hasta la muerte de Farnesio (1592).

si Enrique de Navarra con todo su ejército se interponía entre la capital y esta villa. Sin embargo, no era menos cierto que los habitantes de París sufrían todos los horrores del hambre. Mas de treinta mil villanos de las aldeas circunvecinas habían sido obligados por el Bearnés á refugiarse en la capital, en la que, como á católicos, fueron acogidos; y estas bocas inútiles aumentaron muy pronto la general penuria. Faltaron los granos, y recurrióse a la avena; carecióse de este y de todo otro manjar, y echóse mano de los cueros cocidos, de las hierbas y de las raíces. Devoráronse los animales más inmundos y hay quien afirma que se hizo harina de los huesos de los muertos. La gran ciudad ofrecía un espectáculo tristísimo: morían sus habitantes á centenares, unos de hambre, otros de enfermedad contraída por los malos alimentos, arrastrábanse otros miserablemente con el sello de la muerte en el rostro, y solos los más robustos entre la plebe ó los mejor alimentados entre los que gozaban de fortuna podían librar de tan terrible fin. Nuestro embajador D. Bernardino de Mendoza distribuyó cada día, á cuenta suya, cien escudos de pan entre la gente miserable: liberalidad tan bien recibida de ésta, como mal vista por la nobleza, que la atribuyó á miras políticas; el Cardenal-legado hizo batir moneda de su vajilla y la distribuyó también entre los necesitados; vendiéronse también los objetos destinados al servicio religioso, y con ellos se atendió al sustento de las masas. Pero ni estas miserias, ni las fatigas que consigo lleva el militar servicio, hacían desistir á los parisienses de su propósito: no ser súbditos de un rey hereje. Perdidos los arrabales á consecuencia del asalto general que dió Enrique de Navarra el 27 de Julio, continuaron con más celo que nunca sus trabajos de defensa; fundieron el plomo de las iglesias para hacer balas y las campanas para hacer cañones, fabricaron armas y reforzaron las murallas. La nobleza y los frailes fomentaban el fervor religioso con solemnes procesiones, y por uno y otro medio procurábase excitar el entusiasmo público. El jesuíta Dondino, en estrafalario estilo, dice: Soplando los Sacros Ordenes con aventadores de vehementes sermones esta llama de piedad concebida con celestial fuego en los pechos de la inmensa multitud, levantaban tales incendios de iras, aborrecimientos y ojeriza contra la herejía, contra los hugonotes: de gracias para con los defensores de la fe católica, que por la afición á éstos, estaban prontos para emprender y tolerar qualquiera cosa contra aquéllos (1). Y así era en efecto; porque sin desamparar las murallas, rechazando con energía los ataques del enemigo, el gremio de los oficios, los Diez y seis, el Duque de Nemours y los curas, frailes y jesuítas, defendieron la ciudad, no sólo del enemigo que la amenazaba extra-muros, sino del partido que buscaba aprovecharse de la miseria pública para suscitar motines y abrir las puertas de París al del Bearnés. «Los católicos del ejército sitiador, dice Bastide, no podían ver sin pena tantas privaciones soportadas con tanto heroísmo, é hicieron llegar secretamente algunos víveres en la ciudad. Posteriormente se ha honrado á Enrique IV por esta infracción de las leyes militares; mas si es cierto que le animó tal sentimiento de humanidad, no lo es menos que la verdadera humanidad exigía que no hubiese llevado su afán de reinar hasta el extremo de agobiar con tantos males á un pueblo que no le quería por rey (2).» Es preciso consignar que murieron en París unas 30,000 personas, sin que por eso los supervivientes manifestaran deseo de rendirse; lo que hace presumir que tal vez hubiera perecido la mayor parte, de no acudir en auxilo de la plaza el ejército de Alejandro Farnesio. Sin embargo, agitábase en París el bando de los políticos, ganoso de la paz; y temerosos los jefes de la Liga de que éstos explotaran la miseria de las masas, trataron de adelantarse á ellos despachando al campo sitiador dos embajadores con objeto de asentar paces entre el *Rey de Navarra* y el Duque de Mayenne y los coaligados; proposición ésta tan inoportuna, que al ser formulada indignó en alto grado al Navarro y á los suyos. Con este motivo echó en cara el Príncipe á los de París su obsti-

(1) *Década Tercera*, Lib II, de las *Guerras de Flandes*. De las tres décadas de que se compone esta obra, las dos primeras fueron escritas por el jesuíta Famiano Estrada; la tercera es debida á Guillermo Dondino, también de la Compañía de Jesús; y unas y otra fueron traducidas al español por Melchor de Novar, jesuíta como los autores. Dista mucho la tercera década de las anteriores, ya por el estilo, ya por lo que atañe á la exposición de los hechos. Y estos defectos echaranse de ver tanto más, después de haber leído las páginas escritas por Estrada. Sin embargo, Dondino siguió el mismo plan y bebió en las mismas fuentes que aquél, razón por la cual merece ser consultado.

(2) Bastide, *Les Guerres de la Réforme*, Cap. XV.

nación y escaso amor patrio, y aseguró que él no aspiraba á triunfar por la conquista, sino por la concordia. Y después de manifestar que respecto á creencias no eran aquéllos, tiempos oportunos para detenerse á examinarlas con tranquilidad, concluyó reclamando para sí lo que daba de buen grado á los demás. «Sea lícito al Príncipe gozar de la libertad que no quita á sus vasallos» (1).

Mientras este suceso tenía lugar, Mayenne procuraba reunir á toda costa gente y dinero para llevar á cabo el socorro de París, así que el de Parma se presentara con el resto del ejército. Las ciudades afectas á la Liga contestaron á sus excitaciones mandándole sus contingentes y asimismo acudieron con los suyos el duque de Aumale, el vizconde de Tabannes, el señor de La Chatre, Villars y otros nobles; por manera que, sin contar los españoles é italianos, llegó á reunir 8,000 infantes franceses, 2,000 alemanes (levantados éstos por el conde de Collalto) y 2,500 caballos, todos corazas y arcabuceros montados (2). Estas tropas se juntaron en Meaux con los católicos á fines de Julio, y á primeros de Agosto se dirigieron á Condé, punto escogido para atender á París y esperar al ejército de Flandes. Se ordenó, para evitar confusiones en el campo coaligado, que los soldados franceses llevasen una cruz negra en el morrión ó sombrero y los extranjeros cruz colorada.

No ignoraba Enrique IV todos los movimientos del enemigo, y por lo mismo, apenas tuvo noticia de la marcha de Mayenne, apresuróse á salirle al encuentro al frente de su caballería; pero desconocía el Bearnés que nuestros soldados, adiestrados en otra escuela, temían poco la superioridad de los jinetes armados de punta en blanco. Y, en efecto, con céspedes, tierra y fagina levantan trincheras y abren fosos, coronan estas obras con algunas piezas, y los escuadrones del Navarro, después de haber intentado en vano sacarles de estos abrigos, se ven obligados á emprender la retirada. No quedaba á Enrique otro recurso; pues era asaz peligroso para él dejar abandonado el cerco de París; y tanto es así que, mientras se encontraba detenido por las trincheras de los católicos, el señor de Saint Paul, al frente de 800 caballos, introducía en la capital gran cantidad de vituallas y daba á sus moradores la grata y verídica noticia de la llegada de Farnesio.

El ejército coaligado, tan pronto se retiró el Bearnés, continuó su marcha; ganó de paso y sólo en tres días la pequeña plaza de la Ferté-Milón, necesaria para tener despejado el camino de París al ejército de Flandes, y entró por fin en Condé. Sabida la próxima llegada de Alejandro es inútil decir la alegría que reinaba entre los soldados; y animado su caudillo por el próximo refuerzo, se atrevió á llegar hasta el campo sitiador frente á París. A este efecto, mandó echar un puente sobre uno de los ríos que ciñen á Condé, y habiéndolo cruzado con 2,000 caballos escogidos y los tercios español é italiano, adelantóse hasta los reales del Bearnés, con objeto de atacarlos de improviso si la ocasión era propicia y retirarse de nuevo á Condé, para efectuar la reunión de los dos ejércitos. No logró sorprender al enemigo, pues era grande la vigilancia con que éste prestaba el servicio; pero procuró con gran ruido de trompetas y atambores llamar la atención de los de la ciudad y alardear á la faz del contrario, que permaneció tranquilo en sus cuarteles. Después de este suceso, regresó Mayenne á su centro de operaciones, y á los pocos días juntóse con el duque de Parma.

Era, por fin, llegada la hora tan suspirada por los de París: Alejandro Farnesio había penetrado

(1) Dondino, *Guerras de Flandes*, Dec. III. Lib. II.

(2) Coloma, *Guerras de los Estados Bajos*, Lib. III.

En el ejército de Mayenne así como en el del Bearnés, figuraban las compañías de *infans perdus*, llamadas también *de dragones*, de las que Vázquez se ocupa en estos términos: «Son compañías de infantería que van en pequeños caballos, siempre que los franceses quieren hacer alguna facción presta y determinada ó de improviso, y si tuvieran el gobierno de los españoles con la infantería, son muy á propósito estas compañías para algunas ocasiones; pero dúrales poco tiempo siempre que las emprenden; y cuando con la caballería llegan de tropel á hacer alguna, y con aquella fuga que suelen, apéanse luego de sus rocines y tocan las cajas, y toman el puesto que se les ofrece y han menester, y se aprovechan de sus armas, que por ser casi medios mosquetes y los tiran á pulso llaman dragones; y éstas y otras facciones no las pueden hacer las corazas ó caballos, y así llevan estos dragones ó *infans perdus*, que en nuestro vulgar quiere decir infantería perdida; porque tal vez pueden con los caballos arremeter con furia á un puesto donde hay infantería, y apearse de improviso, donde peleando no se pueden volver á poner á caballo por no darles lugar los enemigos, y perderse y degollarlos; demás que teme tanto la caballería francesa no les maten los caballos, que prestamente en apeándose los infantes, vuelven las riendas y quedan á peligro de perderse, y suele suceder esto más veces que no librarse, y por esto les dicen *infans perdus* ó infantería perdida, que es más propio nombre que dragones, como algunos los llaman.» *Sucesos de Flandes y Francia*, Lib. XIV.

ya en Francia, y no podía demorarse el socorro. El 22 de Agosto de 1590 el duque de Parma entró en Meaux con una parte del ejercito: 1,500 caballos ligeros mandados por Jorge Basta y 1,000 hombres de armas, cuyo general era el marques de Renty: el 27 se le incorporó el señor de La Motte, general de la artillería y maestre de campo general del ejército expedicionario con los tres regimientos de alemanes de Barlaymont, Aremberg y Manrique, y con los de valones del conde de Bossu, Balanzon, Renty y Werpe. «la infantería pagada por el Rey, dice un coetáneo, podía llegar á numero de 14,000 hombres, y la caballería, inclusas las compañías que estaban ya en Francia, pasaba de 3,000 caballos; gente toda curtida en la guerra y digna de empresa tan importante.» Por manera que si sumamos estas cifras con los 10,000 infantes y 2,500 caballos que contaban los franceses, arrojan un total de 24,000 infantes y 5,500 caballos: número respetable si se tiene en cuenta que los ejércitos de aquella época distaban mucho de alcanzar la cifra á que han llegado en nuestro siglo. Mas si era fuerte este ejército por el número, no lo era menos por constituir su nervio los veteranos de Flandes, y sobre todo por hallarse a su frente el insigne Farnesio. La verdad es que de Alejandro dependía el exito de esta expedición, pues Mayenne era un hombre tan falto de dotes de mando, como sobrado de hiprocresía y de envidia; y que la llegada de Farnesio produjo ya su efecto moral en el enemigo, pruébalo la circunstancia de que el Bearnés nada hizo para evitar la reunión de Farnesio con Mayenne, y eso que su ejército ascendía a 35,000 hombres. Abona su conducta la hambre atroz que aniquilaba á los de París; pero los que tanto habían sufrido ya, ¿no era posible que muriesen resignados en la seguridad de que el socorro llegaría de un momento á otro?... Estos milagros sólo los consigue el fanatismo, pasan el lí-



Alejandro Farnesio socorre á París. (Copia de un grabado existente en la Biblioteca Nacional de dicha ciudad)

mite de lo humano y según su índole, quienes los realizan entran en la categoría de los héroes ó de los locos.

Con gran júbilo fué recibido Farnesio en todas las ciudades del tránsito, distinguiéndose por su pompa la de Laón; pero no menos alegría causó su presencia en el ejército. Alejandro quiso que sus tropas se presentaran en el país vecino con el lucimiento debido, y á este objeto dispuso, de acuerdo con Mayenne, que en las inmediaciones de Meaux, donde éste saldría á recibirle, se pasase muestra de las fuerzas de vanguardia y cuerpo de batalla, que eran las que había conducido, pues la artillería aun estaba en camino; y este acto celebrado con verdadera pompa militar, en presencia de los regimientos franceses y de numerosísimo concurso, concluyó de dar á los católicos de este país alta idea de Farnesio y sus soldados. La detallada descripción que hallamos en la *Década tercera*, es altamente interesante por cuanto da perfecta idea del armamento y vestuario de la época.

«Iban delante los clarines y las cajas tocando á guerra, después los tercios viejos, diez y seis mil infantes de varias naciones, españoles, italianos, valones y alemanes, vestidos con el traje patrio. El de los españoles era corto y ceñido, más ancho el de los italianos, pero el de los valones y alemanes anchísimo. Defendían todos cabezas y pechos con capacetes y petos de acero, trayendo unos á los hombros mosquetes, otros picas de puntas muy agudas. A los más de los regimientos de alemanes armaban las diestras, lanzas de diverso género, que al remate tenían clavadas anchas segures en forma cuadrada, arma de su nación, que en su lengua llaman alabarda... Entraban después las tropas compuestas casi de las mismas naciones, número de tres mil, unos de caballería ligera, la mayor parte españoles é italianos; otros de pesada armadura, de pies á cabeza cubiertos de hierro, parte caballeros flamencos, á cargo del marqués de Renty, parte franceses que debajo del duque de Mayne (Mayenne) militaban á expensas de España. A lo último pareció el propio acompañamiento real de Alejandro Farnesio... Delante iba la tropa de la guarda del general, ciento veinte de caballería ligera, vestidos de casacas de raso de seda carmesí, con esterillas de oro. Llevaban lanzas muy largas con macetas al remate de cintas de color de jacinto de rosa y blanco, que ondeaban al soplo de los aires, volando las rojas plumas de ave en los capacetes de metal bruñido. Con la misma librea, aunque con diversa armadura, seguían doscientos jinetes blandiendo con la diestra lucientes lanzas. Tras éstos iban otros tantos arcabuceros también á caballo, cuyas capas de color rubia hacían más vistosas unas cruces bordadas con plata. Inmediata á esta caballería iba la guardia del Duque, ciento y veinte tudescos, escuadrón á pie que con la altura de los cuerpos igualaba á los de á caballo. Los calzones y jubones de éstos eran de grana, con varias bordaduras de oro. Conforme á la disposición de los cuerpos, llevaban grandes espadas á los lados con grandes alabardas en las diestras. Después de éstos iban en caballos españoles y napolitanos, veinte pajes de nacimiento noble, mancebos de Italia y Flandes. De seda roja sus medias caídas, los calzones cortos de tela azul y plata, guarnecida de franjones de oro, distantes poco entre sí. Sombrerillos al uso, que relampagueaban en lo alto de las copas con penachos rojos, en el bajo con cintillos de perlas. Inmediatas á éstos, veinte y cuatro lacayos, vestidos con la misma librea del mismo color, sólo se diferenciaban en que traían espadas de guarnición dorada, y albornoces colorados de grana. En medio de éstos iba el alférez de Alejandro, rodeado de gobernadores, grandes señores y príncipes. De los magnates de España se descollaban Antonio de Leyva, príncipe de Ascoli; de los italianos, el príncipe de Castro-Bertran, Appio Comitibus, hermano del duque de Polis, y Pedro Caetaneo, hijo del duque de Sermoneta; de los alemanes Jacobo Collalto; de los flamencos el príncipe de Cimay, el marqués de Renty, los condes de Barlamont y Aremberg... Alejandro era llevado en un caballo alazán tostado; armaba el pecho con un peto listado de oro, por el cual corría atravesada una banda de grana; sobre esto caía una capa de púrpura, llevando pendientes al arzón dos pistolas con sus fundas. En la siniestra, con las riendas del caballo, el bastón de general; en la diestra el ordinario sombrero, correspondiendo al aplauso de la multitud que corría á verle y á los besamanos de la nobleza francesa... seguían á sus príncipes los ministerios domésticos... tras éstos una tropa numerosa de varias gentes, como

en lenguas y costumbres, disonantes en los trajes y talles, según el uso de la patria diversa. Iban en los caballos á la escocesa unos, otros á la francesa, acompañados de sus lacayos vestidos de cochinilla. A lo último, yendo delante ochenta acemileros, con capotes de campaña de color rojo, se veían otras tantas acémilas cubiertas con reposteros de damasco carmesí, y en ellos labradas á aguja las azules lises de los Farneses. Cerraban el escuadrón, en guarda del bagaje, quinientas corazas, que llaman hombres de armas, por sus galas y las de sus criados, nada menos lucidos que los primeros; de suerte que con igual proporción correspondían á los de la frente los de en medio, á los de en medio los últimos (1).»

Terminada esta función militar, entró Alejandro en Meaux con gran pompa, llevando á su lado al duque de Mayenne y en pos de sí gran número de nobles franceses, españoles y de otros países. Condujéronle á la iglesia catedral, y allí, en presencia de lucido concurso, juró «que su entrada en aquel reino no era (como se esforzaban á darlo á entender los herejes) para apoderarse de todo ni de parte de él en nombre del Rey, su señor, sino por socorrer á la causa católica y librar á los amigos y confederados de Su Majestad de la violencia y opresión herética, y que en prosecución de este intento no rehusaría el aventurar aquel ejército ni su propia vida; siendo tal la voluntad de quien se lo podía mandar, como verdadero celador de la honra de Dios y amparo de la cristiandad (2).» Concluído este acto, reunióse consejo, y allí se trató del modo de socorrer á París, aprobándose el plan de abrir paso á las vituallas, ocupando frente á la ciudad un puesto convenientemente elegido. Este plan no fué debido á Farnesio, quien comprendía la imprudencia de acometer un enemigo superior en número y sólidamente parapetado, y la no menos grave dificultad de provocarle á batalla en campo raso teniendo, como tenía, aquél una excelente y numerosa caballería; pero lo sustentaban con gran energía Mayenne y los suyos, por el grande aprieto en que París se hallaba, mayormente habiendo recibido carta de Nemours en que aseguraba que, «de no ser socorrida la capital en el término de cuatro días, se sometería á los hugonotes». Alejandro apreció el aviso, pero se propuso obrar con arreglo á lo que su buen sentido y las circunstancias le aconsejasen, y como recibiera carta de D. Bernardino de Mendoza en que le decía que todo lo ocurrido en el consejo se sabía ya en el campo enemigo, vióse obligado á proceder con gran cautela.

Por de pronto despachó á Capiffucio, Zúñiga y el ingeniero Properci á examinar los puestos frente á París, y como éstos regresaran diciendo que el lugar señalado por Mayenne no era á propósito para acampar, pues los altos del contorno se hallaban ocupados por baterías enemigas y cuerpos de guardia, esta circunstancia favoreció su proyecto; porque, fundado en ella y en el retraso originado por la falta del tren de artillería, que aun se hallaba en marcha, pudo eludir las repetidas instancias del francés, ganoso de presentarse ante la capital. Empero, tanto llegó á importunarle Mayenne, que se avino á marchar sobre París, con tal que se le procuraran pólvora, cuerdas, balas, gran cantidad de trigo y frutos, con carros y cabalgaduras para su acarreo; pues decía, con razón, no era justo que los soldados fuesen á morir de hambre en vez de pelear. Ninguna de estas cosas podía facilitar el Duque, porque no tenía dinero, ni autoridad para imponer contribuciones; y como los vendedores franceses querían cobrar al contado, no quedó otro recurso que acudir á las arcas de España, cosa que indignó por extremo á Farnesio: como si el Rey Católico, por haber admitido á su amparo la Liga, debiera proveer, no solamente á Francia de soldados y á los soldados de dinero, sino también á las ciudades de víveres».

En esta inacción transcurrieron algunos días, y durante ellos se entablaron nuevos tratos entre los de París, el Navarro y el campo de la Liga; mas, como antes, tampoco se llegó á un acuerdo. La ambición y el fanatismo en lucha eran demasiado poderosos. Sirvió, no obstante, esta especie de tregua, para que ambos campos recibieran refuerzos, pues llegó al enemigo el vizconde de Turena con buena parte de la nobleza de provincias, y el católico La Motte al frente de los regi-

(1) Doudino, *Dec. III*, Lib. II.
(2) Coloma, *Guerras de los Estados Bajos*, Lib. III.

mientos valones y treinta piezas de diferentes calibres (1); lo que obligó á los respectivos caudillos á salir de su inacción. A Enrique, aconsejáronle sus capitanes el que fuera en busca del enemigo y diera la batalla por no ser prudente continuar frente á París todo el ejército, mientras los de la Liga amenazaban las ciudades que dominan los ríos Sena y Marne, por cuyas corrientes podía recibir París vituallas; á Farnesio obligábale la llegada de La Motte á cumplir su palabra.

Movióse, en consecuencia, el campo católico el 29 de Agosto, y dejada la impedimenta, con solas las armas avanzaron las tropas coaligadas y los carruajes por la orilla derecha del Marne, yendo con la vanguardia el duque de Aumale y La Chatre, con el cuerpo de batalla el de Mayenne y en la retaguardia Saligny y Saint Paul. Este movimiento tenía por objeto el ataque de Ligny, llave del Marne, dueños de la cual podían los confederados introducir socorros en París y desde luego obligar al Bearnés á sacar su ejército de las trincheras. Ya era conocedor el Navarro del avance del ejército católico, y después de haber despachado algunos exploradores, adelantóse á reconocerle por sí mismo y decidió esperarle en Chelles, eligiendo para distribuir su ejército una llanura cubierta por dos colinas paralelas por la que serpenteaba el camino real; pero en vano esperó el ataque, porque Farnesio, después de un ligero reconocimiento del costado de Chelles, se mantuvo parapetado á corta distancia de las colinas, hasta la puesta de sol. Esta era la táctica del ilustre general, que, fiel á su principio de no aceptar batallas mientras no fuera en condiciones de éxito, despidió á un mensajero mandado por Enrique, con objeto de retarle á combatir, diciendo que lo haría cuando lo tuviera por conveniente. Sin embargo, con objeto de conocer la opinión de sus capitanes, reunió consejo, y como prevaleciera la idea de atacar al enemigo, ocultó el pensamiento que abrigaba y dió las órdenes para que al siguiente día el ejército se pusiera en movimiento. Trataba de distraer la atención del enemigo para caer luego con todo el peso de sus armas sobre Ligny, y posesionarse de ella.

El ejército se puso en marcha en la forma siguiente: en vanguardia 700 corazas flamencos, 700 arcabuceros españoles á caballo, y 1,500 lanzas al mando de Renty; en el centro ó batalla, regido por Mayenne, 3 tercios españoles, 2 italianos y 2 alemanes, con 20 piezas de campaña, y á entrambos lados de este cuerpo, la caballería francesa; en la retaguardia, gobernada por La Motte, 2 coronelías de valones, 2 de suizos y 2 de alemanes, con las lanzas borgoñonas, 500 caballos loreneses y el resto de la artillería. Renty tenía orden de desplegar la vanguardia frente las colinas y avanzar lentamente, adelgazando las hileras á medida que subiese, con cuya maniobra se distraía al enemigo, mientras el grueso de la fuerza desfilaba protegido por la primera línea y, dando un rodeo á las posiciones del Bearnés, tomaba á mano izquierda por la ribera del Marne el camino de Ligny. Este acertadísimo plan surtió el efecto apetecido; pues Enrique, gozoso de que se le brindara con la batalla, formó sus escuadrones esperando la acometida, y mientras con tales maniobras, transcurrían tres horas, ya la retaguardia y cuerpo de batalla confederados, se hallaban camino de Ligny. Caía la tarde cuando Renty recibió aviso de incorporarse al ejército, lo que efectuó lentamente, y no sin sostener una brava escaramuza; al anochecer ya había des-

(1) Al hablar de los refuerzos llegados á los campos coaligado y realista, dice con razón Dondino que es muy difícil fijar el número de soldados reunidos en cada uno. «Nada se suele afirmar con menos certidumbre en las guerras, escribe, que el número de las tropas. Porque no pudiendo pasar muestra todos los regimientos y tropas á los ojos de los generales, es fuerza estar a la relación de los oficiales, infiel las más de las veces, ó porque engañan ó porque son engañados. Algunos maestres de campo y capitanes, para alzarse ellos con los estipendios, meten en lista á muchísimos soldados que han de militar con sólo el nombre. Pero al tiempo de pasar muestra en que se suelen hacer los pagamentos a los que han servido, sacan á ciertos hombres vestidos de soldados, como en las tablas combatientes de entremés. Y para cohonestar con el vocablo este latrocinio introducido en los reales y casero, le llaman industria. Ni los cabos se atreven a castigarle, porque saben de sí que algun día pecaron en lo mismo, ó porque temen malquistarse con la milicia, ó, finalmente, por no descubrir con inútil resistencia que para maldades no basta la severidad de los generales.»

Consultados diferentes autores españoles y franceses, no hemos podido averiguar con certeza el número de hombres á que ascendió cada ejército: la cifra más aproximada parece ser de 29 á 30 000 católicos y sobre 35,000 realistas. El ejército de Enrique de Navarra era superior en caballería, el de la Liga en infantería aquél se componía de los cuerpos mercenarios, las milicias de las ciudades adictas y las de los nobles; pero la costumbre de la nobleza no era permanecer largo tiempo en operaciones, sino «acudir a la esperanza de batalla con singular valor y prontitud y en alcanzandola desear volver a sus casas á rehacerse (Coloma)», y de aquí que el Bearnés no pudiera contar por completo con ella. En cambio el ejército de la Liga tenía un nucleo de soldados veteranos y disciplinados, cuya experiencia militar suplía la inferioridad numérica.



M. Soler, Editor.

TOMA DE CORBEIL POR EL EJERCITO ESPAÑOL

(GRABADO DE HOOGNE)

aparecido la última fracción del ejército católico, cuya vanguardia antes de la puesta de sol dió vista á Ligny. Enrique, temeroso de las dificultades que originan las operaciones de noche, y mas que todo de las estratagemas de Farnesio, no cuidó de ir en su alcance.

Seis días duró el sitio de Ligny. Esta ciudad tenía sobre el Marne un puente que la ponía en



Solemne procesión de la Liga, durante el sitio de Paris (1590). (Facsímile de un grabado en cobre)

comunicación con los arrabales, y que hizo quemar el gobernador; antiguas fortificaciones y un castillo; su guarnición se componía de 800 hombres, al mando del señor de la Fère. No era fácil tomarla de rebato, y Alejandro, persuadido de que el ejército enemigo le acometería, comenzó por ordenar la fortificación del arrabal, obra que se efectuó en el espacio de veinte horas y en la que, como más prácticos, trabajaron los tercios de Farnesio. Casi al mismo tiempo lograron sus soldados apoderarse de algunas barcas que cruzaban el río, con las que construyó dos puentes, y de este modo pudo trasladar parte de las tropas á la opuesta orilla, viéndose desde aquel momento Ligny seriamente amenazada. Rayaba el día primero de Septiembre, cuando apareció el ejército del Bearnés á la vista del campo español, y se desplegó en batalla en una llanura inme-

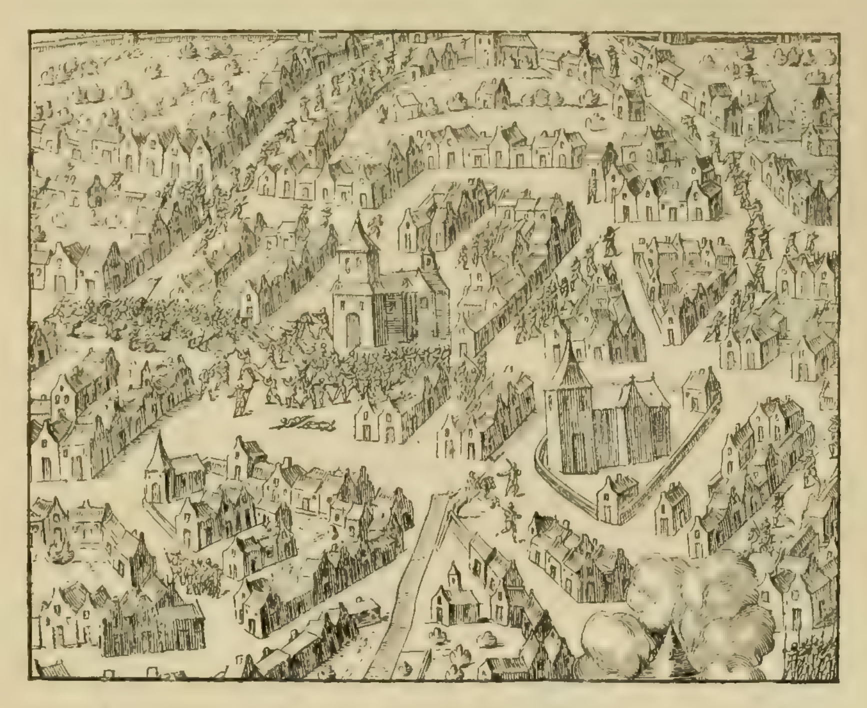
diata y como á unos mil quinientos pasos de distancia de los nuestros. Era el propósito de los franceses enemigos combatir á todo trance; abrigaba Alejandro la idea de atraerlos á sus fortificaciones; y unos y otros comprendiendo el juego, limitáronse por entonces á escaramuzar en la llanura. La ineficacia de estas peleas indujo á Enrique á pasar el Marne, para caer con todo el peso de su ejército sobre las tropas católicas que en la opuesta ribera sitiaban la ciudad; pero el de Parma ordenó que se retirara de allí la infantería, dejó sólo los caballos de Gregorio Basta para darle noticias de cualquier movimiento, y apercibióse á cruzar el río y atacar la vanguardia enemiga, tan pronto el Bearnés cruzara el río. A esto se redujeron los movimientos de ambos contendientes los seis primeros días de Septiembre. El 7, al rayar el día, emplazados algunos cañones en una colina frontera á la ciudad, comenzaron á batirse las murallas, mientras cruzaban el puente 1,500 infantes al mando de Zúñiga y Capiffuccio y 1,000 caballos á las órdenes de Renty, con objeto de apostarse alrededor de la plaza é impedir la entrada de todo socorro. Roto el fuego, Alejandro sacó al ejército de las trincheras y lo desplegó á la vista del Bearnés, que altamente sorprendido del doble ataque á la ciudad y á su campo, apresuróse á mandar 800 infantes montados á Ligny y dió orden de que se fortificaran sus cuarteles á modo de los de Farnesio. Seguidamente dirigióse él en persona al puente de piedra situado río abajo, á corta distancia de su campo.

Habían transcurrido seis horas desde que abrió la batería sus fuegos contra la muralla; pero la brecha abierta no era suficiente ancha para dar paso á los asaltantes, lo que se comprende por la gran distancia á que se disparaba. Sin embargo, no podía perderse tiempo, sabido el movimiento del Navarro; y, dada la señal de arremeter, cruzaron el puente, españoles, italianos y valones, protegidos por el arbolado de la margen del río; llegaron al pie del muro, y aunque la brecha era bastante angosta, no fué esto parte á detener los asaltantes; que embistiendo intrépidamente, sentaron en ella la planta, y después de dos horas de combate penetraron en la ciudad. El estruendo de la pelea, los gritos alegres de los vencedores y la llegada de algunos fugitivos, pusieron á Enrique en conocimiento de lo que ocurría en Ligny, precisamente cuando ya se hallaba próximo á ella. Fué, pues, inútil su esfuerzo; y sólo pudo contemplar el triste espectáculo de sus hermanos de armas, arrojados por el enemigo desde los torreones y muralla.

La consecuencia de la toma de Ligny fué el avituallamiento en grande escala de la capital. Condujo á ella un gran convoy Mario Farnesio, y comenzaron á entrar bastimentos de Normandía, Borgoña, Brie, Orliens y otros países, con tanta abundancia, que hubo día que por una sola puerta entraron dos mil carros de trigo. De este modo quedó frustrado el plan del Bearnés, quien se veía obligado á renunciar al sitio y á la ofensiva. Pero era tal el temple de alma de Enrique, que antes de abandonar las cercanías de París, quiso intentar un golpe de mano contra la capital. Fiado en la seguridad con que en ésta vivirían, la noche del 9 de Septiembre, partió de Chelles, al frente de su vanguardia, compuesta de infantería gascona y caballería ligera, siguiéndole á corta distancia el resto del ejército; y habiendo cruzado el Marne cerca de su confluencia con el Sena, fué á situarse frente á la puerta de Saint-Jacques. No lo hizo, sin embargo, tan sigilosamente que el enemigo dejara de oir el rumor de su gente, y al llegar al pie del muro ya estaban apostados en él los vecinos armados. Aparentó entonces desistir el Navarro, y como amaneciese con espesa niebla, dejó transcurrir algunas horas y repitió el asalto; pero esta vez quiso su mala suerte que algunos jesuítas le descubrieran tan á tiempo, que uno de los siervos de Dios hubo de romper la cabeza á un hugonote que trepaba por la escala. Acudieron, á los gritos de los jesuítas, soldados y ciudadanos, coronóse la muralla, y los asaltantes, blanco de todo género de proyectiles, hubieron de retirarse con más descrédito que pérdida. Este suceso no pareció creible á los del campo católico, porque consideraron era locura atacar una ciudad tan bien avituallada y defendida como París; pero vino á favorecerles en alto grado, por cuanto obligó al Bearnés á despedir la mayor parte de la nobleza que le seguía y toda la demás gente sin sueldo, á quien había atraído el cebo del saco de París. Quedóse á consecuencia de esto el ejército enemigo reducido á la gente de Chatillon, Biron, Tramulla y 4,000 suizos, pues los mercenarios distribuyéronse en las guarniciones

mas cercanas al campo católico; Enrique se situó en Compiegne, alojó la caballería en las inmediaciones de esta plaza y se mantuvo á la expectativa de las operaciones de los coaligados.

No permanecieron estos inactivos. El 22 de Septiembre levantó el Duque de Parma su campo frente a Ligny, y como le instaran vivamente los de París para que se hiciera dueño de Corbeil, plaza que interceptaba sus comunicaciones por el Sena, púsose sobre ella el 24, no sin haber ocupado de paso algunas villas que, escarmentadas por la toma de Ligny, le abrieron sus puertas. Corbeil asienta en la confluencia del Marne y el Sena, de los cuales el primero la cubre del costado de Chartres y el segundo del de Brie; en el espacio comprendido entre ambos rios por la



Sorpresa y saqueo de Thienen por las tropas de Mauricio de Nassau. (Facsímile de un grabado de la época)

parte del Mediodía, habíase abierto un ancho foso, por manera que la ciudad, de forma triangular y muy bien fortificada, tenía excelentes defensas naturales y artificiales. «Fuera plaza fortísima, dice Coloma, si no la sojuzgaran dos montañuelas, de suerte que desde ellas se pueden batir en ruina todas las casas, aunque la que está por Mediodía no es tan dañosa por estar lejos, como la que se levanta por el Oriente á la diestra del Sena.» Al pie de esta eminencia existía un arrabal unido á la villa por un puente, cuya entrada defendía un castillo; y éstos fueron los dos primeros puestos de que se apoderó Farnesio antes de formalizar el sitio. Reunido consejo, indicó Alejandro la conveniencia de batir la muralla por el costado de Oriente, lugar en que el río tiene mayor anchura, y que, por lo tanto, era de presumir estuviese menos fortificado; pensamiento éste que fué puesto en practica, comenzando la batería con cinco cañones, puestos á la orilla derecha del Sena, y tres culebrinas en la montañuela que se levanta junto al arrabal. No amedrentó el fuego á la guarnición compuesta de 2,500 soldados, ni al vecindario; pero con ánimo de entretener al sitiador despacharon un mensajero á los cuarteles de la Liga, ofreciendo entregarse si antes

de quince días no recibían socorros. Descubrióse el ardid; súposo que los sitiados esperaban el socorro de Enrique; por lo que, no queriendo diferir Farnesio la toma de Corbeil, resolvió trasladar su ejército al otro lado del Sena. Para ello era necesario la construcción de puentes á causa de ser muy rápida y profunda la corriente, y habiendo encomendado esta comisión al ingeniero Barocci, y hecho medir por dos heroicos soldados la anchura del río, á los breves días, y utilizando la madera de los techos de las casas del arrabal, tuvo construídos dos pontones provistos de puentes y defendidos por pavesadas con troneras, desde los cuales los soldados podían avanzar hasta la brecha, una vez se hallara ésta en disposición de franquearse (1). Mandó entonces que por la parte del Sena se fuese arrimando con trincheras á la batería el tercio de Zúñiga, para que, llegado el momento oportuno, pudiese dar el asalto por el portillo que abrían en la muralla frontera al río, los cinco cañones apostados en la otra orilla; mientras del costado del Marne, donde se hallaban emplazadas nueve piezas, las trincheras iban corriendo hasta el puente, siendo el tercio de Idiázquez el encargado del ataque. Ambas baterías surtieron su efecto, y reconocidas que fueron las brechas por dos alféreces españoles, y hecha la señal de atacar, lanzáronse á los pontones las tropas de Idiázquez y treparon valerosísimamente por el portillo, que, como defendido por caballeros corazas, dió lugar á una lucha obstinada. Pero el heroico maestre de campo no cejó hasta romper las filas enemigas, y penetrar en el recinto, acudiendo entonces sin perder momento á la cabeza del puente que hacía través á los pontones de Zúñiga y que el enemigo tenía defendido con doscientos mosqueteros. Grandes fueron las pérdidas que esta gente ocasionó al tercio de Zúñiga; pero mayores las originadas á causa de habérsele anticipado en la formación de ataque los valones, pues esto dió lugar á que, confundidos los asaltantes, fueran á mansalva blanco del plomo enemigo: con todo y no sin vencer bravísima resistencia, pudo este tercio juntarse al de Idiázquez, y concluir la conquista de Corbeil. Murió en ella, combatiendo como un héroe, Mr. de Riou, jefe del presidio, y fueron pasados á cuchillo más de mil soldados franceses: la población fué entrada á saco. Farnesio era de sentir que convenía arrasar sus muros y baluartes; pero Mayenne y los suyos llevaron esto á mal, y aquél desistió del intento.

Ganada Corbeil, donde quedaron de guarnición 300 franceses y 200 alemanes, y avituallado París por muchos meses, mientras se reparaban las plazas y la gente se restauraba de las pasadas fatigas, el duque de Parma, acompañado del de Mayenne y de 1,500 caballos, pasaron el Sena por Pontcharenton y entraron en París, donde fué Alejandro muy bien recibido. Pocos días permaneció en la capital, donde quedaron de guarnición los alemanes del conde de Collalto, el tercio italiano de Caetaneo, dos compañías españolas y algunas de valones; en suma sobre 3,000 infantes; y abastecida y asegurada la gran ciudad, resolvió el Duque regresar á los Países Bajos, movido á ello, no tanto por el grave estado de las cosas en aquellas provincias, cuanto por la desconfianza que le inspiraban los ligueros. Porque, á decir verdad, disimulaba mal aquella gente sus secretas ambiciosas miras. Hasta entonces pocas operaciones había efectuado Farnesio de que los franceses de su campo no dieran cuenta á los del enemigo; en Corbeil luchó Alejandro con la falta de municiones, pues si bien las que condujo de Flandes eran suficientes para campear, no lo eran para batir por largos días las murallas; ni los de París, ni Mayenne cumplieron su palabra de procurárselas, pues aquéllos mandaron seis cañones, de los que sólo eran útiles dos, y la pelotería no fué de la clase que convenía. Farnesio hubo de adquirir por su cuenta pólvora, balas y naves, y aun pagándolas á desmedido precio. Tampoco quisieron los ligueros dar cuarteles de invierno á los españoles, dentro de las plazas fuertes, como recelando de sus mismos auxiliares; lo que daba lugar á que los soldados cometieran en los campos toda clase de excesos, y contrajeran graves enfermedades. Y por añadidura tan exigentes como poco agradecidos, acosaban los nobles al de Parma, pidiéndole, á trueque de los servicios prestados, sueldos ó títulos; instaba Mayenne para que se le diese dinero para satisfacer las pagas á los tudescos, y alardeaban los más altos personajes, de sus méritos,

(1) Vázquez, *Sucesos*, Lib. XIV.



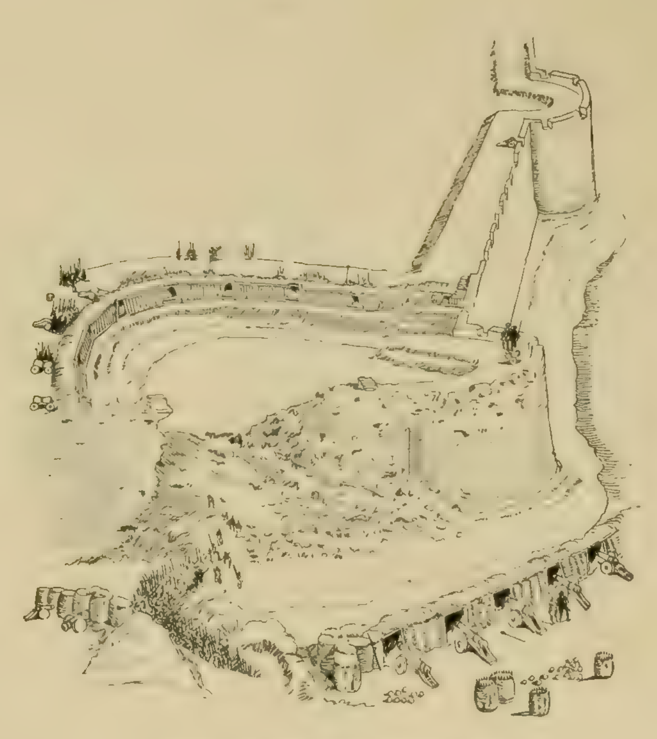
E. Ullastres, Editor

ENTRADA DE ALEJANDRO FARNESIO EN PARÍS

Copia de una estampa de la época

Tip. Academia

diciendo Nemours, el gobernador de París, que tenía derecho á cincuenta mil escudos de oro por haber guardado la ciudad (1). Como se ve, sobrábanle á Farnesio motivos de disgusto, no siendo el menos grave el que le ocasionaron ciertas cartas de Moreo, que el enemigo hizo llegar á sus manos, y que le hicieron comprender que en la corte de España eran muy atendidos los avisos de sus émulos (2). Mas como había manifestado con gran lealtad al Rey su parecer respecto á



Defensa de una plaza.—Atrincheramiento interior

la guerra de Francia, y como no lo ocultaba á sus familiares, ni á los del triunvirato diplomático de París, no es de extrañar que fuera mal vista su franqueza en la corte, donde procuraban Moreo y los de la Liga, disfrazar las cosas en provecho propio, y donde los aduladores cuidaban de fomentar las aficiones del Rey. Y con esto se fortaleció el antiguo recelo que Farnesio inspiraba

(1) «En Francia estaban consignados al duque de Mayne (Mayenne) cien mil escudos de oro cada mes, para la conducta de las tropas de nobles, para los gastos de su familia juntamente dos mil cada mes. Ni era menor la suma para el duque de Mercurio (Mercœur), por la guerra contra hugonotes é ingleses en Bretaña. Pues, á Guisa, que acababa de escaparse del castillo de Tours, también se le habían de señalar nuevos gajes: luego á cada uno de los secuaces de estos príncipes era fuerza repartir sus donativos.» *Década III*. Lib III.

(2) Este Juan Moreo, uno de los que formaban el célebre triunvirato diplomatico de París, con Mendoza y Juan Bautista Tassis, era un caballero bastante pobre y sin otros títulos qne una encomienda en la Orden de Malta. Tenía muy vivo ingenio, y habiendo logrado introducirse en la corte, á fuerza de adulaciones y bajezas alcanzó tal favor, que se le confió el cometido de auxiliar á Mendoza en sus tareas diplomáticas. «Excesivo gastador de la hacienda del Rey, atrevidísimo comprador de voluntades y primer móvil de las furiosas guerras de Francia», le llama Coloma; y es lo cierto que, fomentando la lucha civil y utilizando en beneficio propio las ambiciones de los ligueros y la tenacidad del Rey, logró conquistarse una excelente posición y ver muy atendidos en la corte sus informes. Claro está que las advertencias de Farnesio chocaban con sus planes y los de los ligueros; así es que éste tuvo en él un enemigo declarado. No desconocía Alejandro sus maquinaciones, pues recibía frecuentes avisos de la corte, pero la casualidad hizo que, hallándose en Corbeil, llegara á su poder una carta que descaminó Enrique y cuidó de que fuera á sus manos. En ella cuidaba Moreo de infundir todo género de sospechas al Rey, tachando á Parma de ambicioso y haciéndose eco de las más indignas murmuraciones. Puede presumirse

al monarca, por más que en su correspondencia lo disimulara cuidadosamente; pues, como mediaba la circunstancia de ser Alejandro indispensable en Flandes y en Francia; respetado, pero no querido, se le sustentó en su puesto hasta que las enfermedades le inutilizaron para servir á la monarquía.

A primeros de Noviembre emprendió el duque de Parma su marcha á Flandes, y en el camino llegó á él la triste nueva de haberse perdido Corbeil por secretas inteligencias: no por eso se detuvo, y el 3 pasó el Marne por Meaux, continuando su camino á pequeñas jornadas. Mas como si la mala fe de los católicos se empeñara en suscitarle obstáculos, sabiendo de antemano Enrique la dirección de las tropas de Farnesio, acudió á picarles la retirada, animado del designio de alcanzar en esta ocasión los lauros que en aquella campaña le había arrebatado Alejandro. A corta distancia de Château-Thierry y junto al río que baña el pueblo de Poutars, atacó la caballería del Bearnés la retaguardia española mandada por Zúñiga; empero, lejos de encontrar, como presumía, gente desprevenida y desalentada, halló en excelente formación nuestros escuadrones y dispuesto á recibir el choque. Trabóse éste entre ambas caballerías, y eficazmente secundada la católica por los arcabuceros, consiguió triunfar de la contraria y obligarla á cruzar el río: los dragones ó *enfants perdus*, apeados de sus caballos, defendieron el paso del ejército enemigo sacrificando heroicamente su vida, y Enrique, que intervino en la lucha y se batió con gran bizarría, no paró hasta las puertas de Longueville (25 Noviembre 1590).

No terminaron con esta lección las hostilidades de los franceses, pues el 30 de Noviembre, Enrique, reforzado con nuevas tropas, quiso probar fortuna, corrido de que el Duque regresara á Flandes vencedor; pero, como el 25, hubo de retirarse también sin conseguir su intento, si bien llevándose á Birón con una herida en el brazo. Farnesio llegó la noche de aquel mismo día á Guisa, donde se despidió de Mayenne, haciéndole entrega de una fuerte suma, 4,000 infantes españoles é italianos y 500 caballos, y después de señalar los cuarteles que debían ocupar los españoles que allí quedaban, prosiguió su camino entrando por Landrecies en el Hainaut y llegando á Bruselas el 4 de Diciembre.

De este modo terminó la primera campaña del Duque de Parma en Francia.

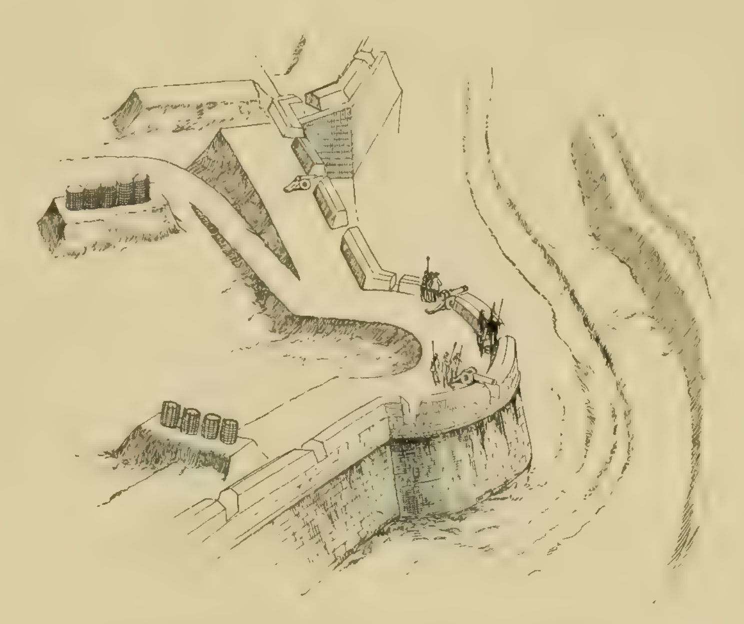
III

Bien había previsto Farnesio lo que ocurriría en Flandes, tan presto la abandonara el nervio de las tropas católicas y él dejara de regirla. Hasta entonces las armas españolas habían recorrido en triunfo las márgenes del Mosa y del Issel, y la disciplina, con raras excepciones, se había mantenido en aquel ejército; la guerra no había perdido su carácter ofensivo, y la dominación española parecía no sólo asegurada, sino en vísperas de extenderse más allá de aquellos ríos, hasta tener sujeta la Holanda y las inmediatas islas. Mas á partir de 1590 el estado de cosas se

el triste efecto que causó esta carta al Duque; mas no tuvo ocasión de reclamar justicia del culpable, pues en aquellos días murió repentinamente después de un convite y hallándose en plena salud; por lo cual se atribuyó á veneno su fallecimiento. Sean ó no ciertas las sospechas que despertó su muerte, nadie la lloró, y dieron testimonio de su moralidad los cincuenta y cuatro mil ducados que se hallaron en sus cofres.

En 30 de Diciembre escribió Farnesio al Rey lo ocurrido, y á su carta, no escasa en fundadas quejas, acompañó otra para Idiázquez, en la que le rogaba insinuase al Rey que si no se remediaba el agravio que se le había inferido con manifestación expresa de su agrado, no le sería posible continuar rigiendo á Flandes y cuidando de la guerra de Francia. Enterado de la insinuación el Rey, y recelando que, dado el genio vidrioso de Farnesio, éste cumpliera lo prometido, apresuróse á contestar de un modo altamente satisfactorio. Sin embargo, no es fácil que halagaran sus oídos las manifestaciones del que francamente le había dicho, al comenzar la guerra, que los franceses deseaban mucho su patrocinio, pero más aún su dinero, en retorno de cuya gracia ni un palmo de tierra le cederían.

modifica notablemente; nuestras tropas defienden con harta pena plazas importantes atacadas por un enemigo superior en número; la disciplina se relaja hasta el extremo de declararse un tercio en motín permanente y cobrar por su cuenta los tributos; motín originado, es cierto, por la falta de pagas y la extrema necesidad de los soldados, pero que priva al ejército de Flandes de un núcleo de veteranos; por último, la guerra, de ofensiva, se convierte en defensiva; ya no se trata de conquistar, se trata de conservar. Y al llegar á este punto, ocurre el preguntarse cómo era posible conquistar sin gente y sin dinero, cómo conservar sin repetidos auxilios las plazas fuertes



Fortificación del siglo XVI, artillada y con traves de tierra y cestones

de una extensa línea amenazada por un enemigo superior en número y mandado por un caudillo de superior talento.

Lo cierto es que Farnesio, rodeado de atenciones á cual más apremiantes, no sabía qué partido más acertado tomar, porque ya había avisado al Rey el grave peligro que corrían los Países, á causa del poderío creciente del enemigo y de la falta de pagas del ejército, en el que se había llegado á tal extremo de miseria, que por la pública y privada necesidad, ni tenían qué vestir los soldados ni qué comer. Y en tales aprietos, juzgó que era lo más prudente mandar á la corte de España una persona de inteligencia y calidad, con objeto de exponer más detalladamente al Rey el verdadero estado de las cosas. D. Alonso Idiázquez, hijo del secretario del monarca, y maestre de campo del ejército católico, fué el encargado de tan difícil comisión, que desempeñó cumplidamente, mientras Farnesio, haciendo un esfuerzo de flaqueza, disgregaba de su ejército tres regimientos para auxiliar á la Liga y organizaba apresuradamente las restantes tropas para acudir en socorro de Zutphen.

El ejército católico de Flandes se componía de ocho tercios (dos italianos, dos españoles y cuatro alemanes); algunas compañías sueltas de borgoñones, flamencos é irlandeses; varias compañías de lanzas, de arcabuceros á caballo y de corazas. En dichas fuerzas no se cuentan los regimientos y tercios que marcharon á Francia; para llenar cuyo vacío se estaban efectuando levas;

empero éstas no pudieron continuarse por falta de dinero, y las tropas que hubieran podido reemplazar con ventaja los tres regimientos últimamente despachados, esto es, los veteranos del tercio de Vega, negáronse á oir todas las proposiciones que les hizo el Duque, temerosos, decían, de que si el nervio de sus fuerzas se alejaba, los villanos y burgueses vengarían en los que quedaran las pasadas vejaciones. Resultó de aquí, que Alejandro no pudo disponer del suficiente ejército para emprender operación alguna; mas tal era el aprieto que corrían las dos ciudades que defendían el Issel, tan repetidos los avisos que le daba Verdugo, que Farnesio se vió precisado á volar en auxilio de aquellas plazas. Bien procuraba él acudir á todo, escribe uno de sus soldados; pero por falta de gente y de dinero no acabó de asegurarse nada.

Las fuerzas protestantes de Holanda habían sido en este inrtevalo reforzadas por sus correligionarios de Inglaterra y Alemania. Isabel y Enrique IV no cesaban de encarecer á Mauricio la necesidad de obrar con energía, y este joven caudillo, al frente de 10,000 infantes y 2,000 caballos, amenazaba caer sobre el Brabante, en la seguridad de que éste se hallaba mal defendido y Farnesio no podía hacerle frente. Dos reducidas plazas, Turnhaut y Westerlo, habían caído por sorpresa en poder de los suyos, cuando él, reuniendo gran número de navíos, rompía el dique del Mosa y remontaba este río, amenazando las plazas de su margen izquierda; por lo que con motivo sospecharon los españoles atacaría á Bois-le-Duc ó Gertruidemberg. Sin embargo, muy otro era el intento de Nassau, pues trasladando de repente su ejército al Rhin, bogó con próspero viento hasta Arhenin y presentóse de improviso frente á Zutphen. El fuerte que defendía la margen izquierda del Over-Issel cayó en su poder por estratagema, con lo que, asegurado por este lado, embarcó de nuevo su ejército, conduciéndole con toda felicidad al pie de la ciudad (24 de Marzo). Esta operación no podían efectuarla nuestras tropas, pues les faltaban naves, y aunque estuvieran prestas para acudir al peligro, habían de emplear diez días, cuando menos, en la marcha, y atravesar dos ríos tan caudalosos como son el Mosa y el Rhin. Si á estas dificultades se agrega el mal espíritu de la guarnición de Zutphen, no es de extrañar que la ciudad capitulara á los tres días de asedio y á pesar de existir en ella lo necesario para sufrir el cerco.

Igual suerte que Zutphen siguió Deventer, como más honrosamente defendida más furiosamente atacada, y entregada sólo por grave herida del gobernador (12 de Junio). Este sitio fué muy empeñado, pues la plaza fué batida por grandes baterías, empleáronse nueve días en fortificar el campo, cruzóse el río para llegar á la brecha con pontones, y dióse un terrible asalto, siendo rechazados con graves pérdidas los holandeses. Ya aquí se echó de ver que Nassau poseía condiciones de poliorceta, y que no en balde había medido sus armas con Farnesio. El triunfo conseguido por Mauricio no se reducía á la posesión de dos excelentes plazas fuertes; era algo más que eso: auguraba la pérdida de Nimega y luego la de las provincias de Frisia. De aquí que sin pérdida de tiempo intentara apoderarse de alguna de las plazas situadas más allá del Issel: acometió primero á Steenwik, pero sin resultado; porque Verdugo se atrincheró allí y obligóle á desistir del cerco; después dirigió sus esfuerzos á la toma de Groninga, empresa ya de mayor monta y para la cual contaba con secretas inteligencias en la ciudad. Esta conquista hubiera sido fácil si Mauricio no dejara tiempo á Verdugo para presentarse en ella; pero calcúlese la singular situación del caudillo español con decir que ya estaba la vanguardia enemiga á la vista de la plaza y aun dudaba su Drosarte si admitiría ó no las tropas católicas. Triunfaron las exhortaciones de Verdugo, y por aquella vez se salvó Groninga.

¿Qué hacía, entretanto, el duque de Parma? La primera nueva que tuvo Farnesio de estos movimientos fué la de haber embarcado Nassau las tropas y el tren, sin que pudiera saberse dónde se encaminaba; y desde aquel momento apresuróse á reunir cuantas tropas tuvo á mano, buscó dinero prestado en Amberes para levantar nuevos regimientos de alemanes y valones, reorganizó la caballería y el tren de campaña, y creó en lugar del amotinado tercio de Vega un tercio nuevo, si reducido en número, no inferior en méritos á éste. Por desgracia, todas estas operaciones se efectuaron con tanta lentitud, que el enemigo, prevenido por los espías, pudo estar poco cuidadoso de ellas; y cuando el Duque partió de Bruselas (10 de Junio), ya Zutphen estaba sitiada. Dos

días después, al llegar éste con sus tropas á Ruremunda, supo su rendición. Lo propio sucedió con Deventer, pues al arribar Farnesio á Güeldres tuvo conocimiento de que estaba en poder del enemigo: «doble desgracia que le hizo perder la esperanza del buen suceso, culpando el consejo de quien para sustentar dos guerras tan apartadas y contra enemigos tan poderosos, no acudían con extraordinarios socorros (1).» Alejandro había perdido las dos llaves del Issel, y no era posible por entonces pensar en recuperarlas; su ejército, reducido á la suma de 6,000 infantes y 1,500 caballos, era inferior en número al enemigo, que además contaba con un buen tren, tenía á su dis-



La guarnición de Breda ataca el campo de Mansfeld, en Vasbech. (Copia de un grabado antiguo.)

posición gran número de bajeles y marinos y se veía favorecido con el apoyo del país. Era, pues, necesario trazarse un nuevo plan, esperar auxilios y permanecer en acecho de los movimientos del enemigo; y resuelto esto, ocupó el Duque la abadía de Mariembon, en el país de Cleves, como punto el más á propósito para observar á Mauricio. Allí acudieron los de Nimega instándole á que se apoderase del puente que une la isla de Betuwe con la ciudad y atacase al castillo de Knodsenburg, que desde la otra orilla la hostilizaba; empresa que, si pintaron en extremo fácil, no dejaba de ser en alto grado conveniente para evitar la pérdida de Nimega. Pero menos influyeron en el ánimo del Duque ambas circunstancias, que el buen deseo de compensar las pérdidas de Zutphen y Deventer.

Hicieron los nimegueses remontar la corriente del Wahal á nueve pontones, y el ejército católi-

(1) Coloma, *Guerras de los Estados Bajos*, Lib. V.

co pasó de este modo el río con tan buen orden, que en veinticuatro horas transportáronse las tropas, la artillería y el bagaje. Pasado el río, dirigiéronse aquéllas vía recta hacia el fuerte de Knodsenburg. Iba en vanguardia la bandera de Antonio Mosquera con 300 españoles, seguían los infantes italianos é irlandeses; constituían el cuerpo de batalla los alemanes, y formaban á retaguardia los tudescos; en la primera hilera del primer escuadrón, armado de una pica, presentóse por vez primera el primogénito de Alejandro, príncipe Ranucio, que venía de Italia para hacer su noviciado militar. Estas tropas eran más que suficientes para tomar el fuerte, pero la poca diligencia de Mr. de la Motte, ó las sobradas tareas que exigía su doble cometido (1), hiciéronle olvidar lo que más urgía, esto es, la ocupación de los puestos de importancia alrededor de la plaza; gracias á la cual, el gobernador de Thiel hizo llegar al fuerte de Knodsenburg por el dique del río un socorro de 300 holandeses; y la resistencia prometió ser más obstinada. Empleáronse algunos días en circunvalar la plaza y defender con altas trincheras los cuarteles; colocáronse doce piezas en batería, no sin mucho trabajo y pérdida de gente, y el 22 de Junio rompióse el fuego, aunque con poquísimo efecto, por estar el fuerte construído con tierra y fagina, en las que se hundían las balas sin causar gran daño. Entonces se trató de echar sobre el foso un puente fabricado con toneles, operación peligrosa en la que se invirtieron tres días, pero que se pudo llevar al apetecido término. La rendición era cosa segura; pero como en la guerra un ligero revés altera de improviso las más excelentes empresas, la falta de cumplimiento de las órdenes de Alejandro hizo fracasar la empresa.

No había descuidado Mauricio las fortalezas del país de Güeldres; y tan presto supo que el ejército católico se hallaba frente á Nimega, descendió por el Issel al Rhin y no paró hasta llegar á Arnheim, plaza situada á tres leguas de Nimega y de la que se halla separada por la isla de Betuwe ó de los Bátavos, terreno cubierto de bosque y surcado por numerosos zanjones de agua. Su llegada puso en cuidado á Farnesio, quien, para tener exactas noticias de él, mandó al capitán Nicelli con 500 caballos en dirección de Arnheim, si bien advirtiéndole que se previniera de cualquier celada; pero tan poco cauto se mostró este capitán, que atraído por algunos escuadrones de caballos enemigos á los que puso en fuga, cayó en una emboscada habilmente dispuesta entre los zanjones, y fué completamente destrozado. Con esta no soñada victoria atrevióse Mauricio á trasladar sus tropas frente al campo católico, muy inferior en número al suyo, y que, por consiguiente, se hallaba en situación bastante comprometida. Mas no por eso se desalentó el duque de Parma; y siendo ocasión aquélla de vencer á todo trance, apretó la expugnación y mandó que se echase el puente la noche del día 24; noche en que, por rara casualidad, se presentó en los cuarteles católicos D. Alonso de Idiázquez, que regresaba de España con despachos muy urgentes del Rey. El monarca escribía á Farnesio que, dejando totalmente de mano toda empresa contra los rebeldes, pasase en persona á socorrer á los de la Liga; y consecuente á este mandato el caudillo revocó la orden del asalto, que ya estaba á punto de darse. ¿Por qué no se efectuó esta operación? A esta muy lógica pregunta, es fácil contestar con algunas razones; en primer lugar, la conveniencia de no sacrificar estérilmente la flor de las tropas, tan necesarias á la conservación de Flandes; en segundo, la ineficacia de empresas como aquélla, preparadas con tanto esfuerzo y destruídas por una orden real; tercero, la seguridad de que no podría resistir Nimega los ataques de un enemigo poderoso, abandonados como se hallaban aquel país y aquel ejército por el soberano. Y... ¡quién sabe si el despecho no entró con ímpetu poderoso en el alma de Alejandro, obligándole á suspender en el acto lo que tan cuidadosamente había preparado! De todos modos, el mandato de Felipe sacóle de la situación comprometida en que se hallaba; porque si bien desde aquel momento era casi segura la perdida de Nimega, per-

(1) «Traía monsieur de la Mota á su cargo dos oficios de los más incompatibles de un ejército, el de maestre de campo general, y general de artillería; y así, las sobradas ocupaciones del postrero, con ocasión del paso de un río tan caudaloso, le hicieron olvidar de la principal obligación del primero, que es ocupar ante todas cosas los puestos de la plaza que se va á sitiar, para que no le entre socorro; dejóse descubierto del todo el dique por donde se viene de Til; cuyo gobernador, avisado del intento del Duque, posponiendo el peligro propio al de aquella plaza tan importante, envió trescientos holandeses, que, entrando en el fuerte con felicidad, fueron parte á divertir el buen suceso que con tanta razón se esperaba.» Coloma. Lib. V.

dida ó libertada la ciudad, es lo cierto que la retirada tenía que efectuarse cuanto antes, so pena de quedar el ejército católico aislado de su base, con un enemigo superior en número a la espalda, sin puente alguno para cruzar el Rhin, y sin piedra en el país que no fuese enemiga. Por fortuna la presencia de Farnesio infundía gran respeto al enemigo, pues sólo así se comprende que éste no se apoderase de las barcas que á media legua del campo y con escasa guarda tenían los católicos, ni hiciera movimiento alguno para impedir la retirada; de otro modo, dice muy atinadamente Coloma, cuando no con las armas, a lo menos con la hambre se consumiera en quince días



Sitio del fuerte de Knodsenburg, por el ejército católico al mando de Alejandro Farnesio. (Copia de un grabado holandés.)

aquel ejército á la vista de sus amigos sin poder ser socorrido de ellos cosa que, considerada por el Duque, le hizo caer en la temeridad que había hecho en pasar el Rhin sin puente y con ejército tan pequeño.

La retirada se efectuó con un orden admirable. A las primeras horas del día 25, sacáronse las piezas de la batería, colocándose en las barcas, y mandaronse con el bagaje a la orilla opuesta: al mismo tiempo se fabricó entre la retaguardia y el río una media luna con sus traveses y fosos, capaz de dar cabida á 2,000 infantes; y mientras esta operación se efectuaba, el Duque, desplegando sus tropas á la vista del enemigo, presentóse en actitud de brindar batalla. Puesta la artillería en la otra orilla y emplazada para que protegiese el paso, cruzó el río la caballería y luego la infantería, sin sufrir percance alguno; pues el enemigo se contentó con mirar la operación desde sus cuarteles; y de este modo al caer el día el ejército se halló dentro de Nimega.

Como se ve, la empresa de libertar esta plaza resultó infructuosa; y desde entonces fué fácil pronosticar la suerte que le estaba reservada, con tanto más motivo, en cuanto sus recelosos habi-

tantes negáronse á recibir mayor guarnición y quedó Nimega expuesta á los ataques de un enemigo poderoso, con sólo dos compañías alemanas de presidio. Pero era tal su importancia, que Farnesio ordenó al coronel Verdugo se apostara con 2,000 infantes entre Grave y Venloo y acudiera en socorro de ella ó de cualquier villa que lo necesitare, á la primer noticia de peligro. Asegurado por esta parte, tomó el duque de Parma la vuelta de Ruremunda, y desde Maestrick, donde dejó á las tropas, dirigióse á Spá con objeto de restablecer su quebrantada salud: no obstante, desde allí daba órdenes de hacer nuevas levas de gente valona y alemana; y como Alonso de Idiázquez, además de la paga ordinaria del ejército por cuatro meses, á razón de 300,000 es, cudos por mes, llevara 400,000 para satisfacer las que se adeudaban á los amotinados del Brabante- Alejandro pudo saldar con el tercio de Vega y mandar á sus tropas de Francia algún dinero.

La operación de las levas y pagamentos, unida al forzado alejamiento de Farnesio, dió gran aliento á Mauricio de Nassau. Apoderóse de Hults, en ocasión de hallarse ausente su gobernador; recorrió libre de cuidado la costa flamenca; y por último presentóse frente á Nimega, donde contaba con grandes inteligencias. Las noticias de sus últimas conquistas, el numeroso ejército y respetable tren de que disponía, exagerados por los partidarios que tenía en la plaza, predispusieron los ciudadanos á la rendición; por otra parte tenían cerrado el paso del río las naves holandesas, talada la campiña y hostilizada constantemente la ciudad por los cañones de Knodsenburg; así es que al presentarse Nassau frente á sus murallas, no hicieron ánimo de resistir, ni aun quisieron admitir los auxilios que Verdugo les ofrecía. En consecuencia, la ciudad abrió sus puertas á Mauricio el 22 de Octubre y los españoles perdieron la más importante plaza de la línea del Wahal; pérdida que con las de Zutphen y Deventer envolvía la de toda la provincia de Güeldres, tan importante por ser la que enlazaba el Brabante con la Frisia, como por ser fronteriza de Alemania.

Las conquistas de Tassis, Verdugo, Altepenne y otros capitanes se habían ido perdiendo durante este año y el anterior; Breda, situada en el corazón del Brabante, pertenecía á nuestros enemigos; Gertruidemberg y Grave estaban seriamente amenazadas; Groninga y con ella la Frisia podían darse por perdidas; por manera que nuestra dominación iba en breve á tener por barrera el río Mosa; barrera que dos años antes hubiera fácilmente destruído Alejandro, para llevar sus victoriosas armas á Holanda. «Estos eran los provechos que el Rey sacaba de la guerra de Francia, dice Coloma; y todo lo daba por bien empleado á trueque de encaminar en aquel reino tan vecino un rey católico...» Consideración no de todo punto cierta, pues mejor le hubiera parecido hacer tan grandes sacrificios á trueque de ver á su hija en el trono de Francia. Menos mal, sin embargo, ya que la católica España pagaba el juego á los ligueros, y no era cosa de estimar la pérdida de algunas plazas, ni la vida de algunos miles de hombres que, al fin y al cabo, se sacrificaban por la causa de Dios.

Claramente vió el duque de Parma el porvenir que estaba reservado á Flandes; pero obedeció puntualmente las órdenes de su tío; y aunque no fuera de su gusto la jornada de Francia, la noticia de que el Bearnés había puesto sitio á Rouen, hízole apresurar la partida; empero, antes de salir de Bruselas, quiso poseer en el país vecino una plaza fuerte que pudiera servirle de cuartel y refugio, y eligió á este objeto la Fère, donde puso escogida guarnición y á la que mandó gran cantidad de pólvora y municiones, puente de barcas y cuanto era necesario para la defensa de una ciudad. Hechos los preparativos necesarios, partió Alejandro de Bruselas el 28 de Noviembre; pero habiéndose detenido algunos días en Valenciennes, recibió aviso de que habían llegado á la primera unos embajadores del emperador de Alemania, con el objeto de pactar la reconciliación con los Estados rebeldes: recurso extremo de Felipe, que no engañó al perspicaz Farnesio, pues una vez dadas á los enviados por el Consejo real las condiciones de concordia, negáronse los holandeses á procurarles un salvo conducto, diciéndoles que en sus dominios, gracias á las victorias, se gozaba de bastante sosiego, y que los superfluos cuidados de aquel concierto los dejaban al Emperador. No podía suceder otra cosa tratándose de un enemigo engreído y fuerte.

Despachado con brevedad este negocio, el Duque entró de nuevo en Francia a mediados de

Diciembre, y desde Landrecies, por Guisa y la Fère pasó á Nelle, donde se hallaba acampado el ejército católico. Allí pudo enterarse del mal estado de los asuntos de la Liga; pues mientras en París un comité nombrado por los Diez, se arrogaba poderes dictatoriales, y Mayenne en persona tenía que acudir a poner coto á sus demasías, en las provincias francesas el Bearnés se apoderaba de Chartres y de Noyon, ponía apretado cerco á Rouen, y reforzado su ejército con 5,000 infantes ingleses, 10,000 alemanes y 5,000 reitres campeaba con entera libertad, imponiendo terror en las ciudades adheridas a la Liga. Resolvió en su consecuencia acudir en socorro de Rouen, y el



Rouen sitiada por el ejército de Enrique de Navarra

ejército coaligado, que pocos días antes había recibido un contingente de 9,000 hombres, enviados por el Papa Gregorio XIV, fuerte de 20,000 soldados y 5,000 caballos, se puso en marcha á primeros de Febrero, llevando en vanguardia la infantería española, número de 6,000 combatientes, en el cuerpo de batalla los escuadrones de esguízaros ceñidos por arcabucería italiana, valona y alemana, y á la retaguardia dos batallones de franceses y valones. El joven hijo de Enrique de Guisa, recientemente fugado de su prisión, Mayenne y el duque de Aumale mandaban respectivamente estos cuerpos, que marchaban flanqueados por dos mil carros y llevando en el centro cuarenta piezas de artillería. En este orden fueron avanzando los católicos en dirección de Aumale; antes de llegar á cuyo punto, ya el Bearnés, sabedor por sus correos y gente avanzada, del movimiento, apresurabase a salirles al encuentro, bien que dejando frente a Rouen á Biron con parte del ejército. Era ineludible la batalla, pues por ambas partes había ánimo de combatir, y en los llanos de Aumale tuvo lugar el choque.

Farnesio colocó su línea de batalla entre dos bosques distantes entre sí como una legua; la in-

fantería, dividida en tres batallones, en el centro; la caballería española en el ala derecha, la italiana en la izquierda: distribuídos frente á la línea nueve cañones que defendían seis tropas de corazas francesas; á retaguardia la caballería del Papa; por âmbos lados de las alas se colocaron de tres en tres los carros del bagaje. Contra esta fuerte línea de batalla no era creible que el Navarro chocara con sólo la caballería, «en número y bondad lo mejor que había juntado hasta entonces»; pero su vanguardia empeñó con tanto calor la acción que, no obstante los esfuerzos que hizo para contener el resto de las tropas, empeñóse la batalla reciamente, y el mismo príncipe intervino en ella peleando como cualquier otro soldado. La lucha fué desigual y no pudo sostenerse largo rato; quedaron en el campo multitud de enemigos muertos y heridos, el mismo Enrique recibió un arcabuzazo en el costado, y hubo de retirarse en brazos de los suyos, y al heroísmo de los *enfans perdus* ó dragones, debióse la salvación del grueso del ejército contrario. La persecución del mismo parecía lo más lógico; pero Farnesio, opinando que un ataque tan brusco sólo podía conducir á una emboscada, sólo permitió que la vanguardia diera alcance á los últimos fugitivos. Cuando supo que el mismo Rey había tomado parte en la batalla y que hubiera sido muy fácil cogerle prisionero, pronunció estas palabras, que revelaban profundo conocimiento del cometido de un general: «¿Cómo había de imaginarme que el jefe supremo del ejército hiciera los oficios de simple capitán de caballos?» Sin embargo, es criticable la conducta de Farnesio, pues de no haber permitido que se retirara el enemigo tan libremente del campo de batalla, fácil es, como dice Coloma (que se hallaba mandando la primera compañía de caballos del ala derecha), que se acabara de aquella vez la guerra.

Inmediata á la victoria de Aumale fué la entrada y saco de la población de este nombre, y algunos días después la presa de Neufchatel. Creyó Enrique que el gobernador de esta plaza resistiría, por lo menos, cuatro ó seis días, tiempo necesario para ganar uno de los fuertes más importantes de Rouen y señorear la plaza; pero, después de algunas horas de cañoneo, Neufchatel abrió sus puertas á Farnesio. Sin embargo, los confederados no lograron avanzar hasta Rouen con la celeridad que el caso requería, por la falta absoluta de vituallas; y el Bearnés, que se había dirigido en tanto á Dieppe con objeto de interceptar los socorros que pudieran venirles por la costa, cuidó que su caballería con repetidas escaramuzas les obstruyera el paso y retardara por algunos días el avance del ejército; pero la plaza no necesitó por de pronto la llegada de las tropas de Alejandro, porque habiendo entrado en ella 500 soldados escogidos que éste disgregó de su campo, hizo el gobernador una vigorosa salida, sorprendió al ejercito sitiador, destruyó sus fortificaciones, apoderóse de la artillería y le puso en fuga. Si el ejército auxiliar, que se hallaba entonces á seis leguas de Rouen, acude sin pérdida de tiempo al campamento sitiador, la derrota del ejército enemigo fuera completa: y éste era el plan de Alejandro, esto lo acordado el día anterior con Mayenne y sus capitanes; mas por desgracia Farnesio luchó siempre con la ambición, la terquedad y los recelos de todos aquellos señores, lo que impidió que el pensamiento se llevase á cabo. El gobernador Villars-Brancas participó la fausta noticia que la plaza no necesitaba auxilio; Mayenne, dominado por el espíritu de rivalidad, se opuso á que el ejército pasara adelante; y aunque los españoles flamencos é italianos opinaban como el de Parma, los franceses adheríanse con gran empeño al parecer de Mayenne, sin duda alguna para evitar se derramara por aceros de gente extraña la sangre de sus compatriotas. No se ocultó á Farnesio que aquella gente tenía una cosa en el pensamiento y otra en la boca; pero «juzgó que era bien acomodarse con los pareceres de aquellos en cuya mano estaba, si se trababa la batalla, *hacer, peleando mal, que habian opinado bien*»; así que, limitándose á mandar á la plaza algunas compañías, bien á pesar suyo, retiróse al otro lado del Somma, y tomó cuarteles en Abbeville, ciudad de las más importantes y fuertes de Picardía, situada no lejos de la desembocadura de dicho río. Este movimiento interpretólo Enrique de Navarra por impotencia manifiesta de los católicos, y desde Pont de l'Arche, donde se había retirado parte del ejército sitiador, acudió de nuevo frente á Rouen, rehizo las trincheras y estrechó vigorosísimamente el sitio: en cambio, el ejército coaligado, así que atravesó el Somma, vió disminuídos sus efectivos, pues á causa de su proximidad al Artois desmandaronse mucha gente

valona y se volvieron á sus casas más de trescientos hombres de armas de las bandas de Flandes. ¡Tan cierto es que en la guerra se pagan con creces las imprudencias del que manda! Porque ocurrió en todas sus partes lo que Farnesio había previsto, y apenas entrada la primavera, Villars-Brancas pidió el auxilio del ejército, solicitud que repitió una y otra vez hasta amenazar que rendiría la ciudad si el 20 de Abril no era socorrido. Lo peor del caso era que aquellos perjuros, tan exigentes en pedir como en presentar obstáculos, porque al fin y al cabo la guerra representaba para ellos pujanza y gajes, dábanse de uno á otro campo las noticias, y andaban en continuos tratos con el Bearnés con objeto de no perder por una y otra parte; así es que ni se



Alejandro Farnesio es herido frente á Caudebec Facsímile de un agua fuerte

trataba cosa importante en consejo, ni se emprendía movimiento alguno, de que no procuraran circular el aviso. Mayenne estuvo poco antes del sitio en secretas negociaciones con el pretendiente, y Villars le ofreció la plaza de Rouen con tal que se convirtiera al catolicismo. Era éste un medio más ó menos decoroso de disimular la traición; pero más digno entonces Enrique que los católicos, contestó que no era medida aquélla para tomarse entre el ruido de las armas, con lo que si no ganó á Rouen, en cambio perdió más de 1,500 nobles católicos que, disgustados por la negativa, regresaron á sus casas.

Recibido el aviso de Villars, Farnesio apercibióse á marchar en socorro de Rouen; pero dióse el caso, tan frecuente en aquella guerra, de amotinársele los suizos del Papa por falta de pagas, y aunque esta obligación no correspondía al Duque, por ser el contingente mantenido á costa del Pontífice, como no se hallara en el campo el comisario pontificio, Farnesio tuvo que prestar parte del dinero, consiguiendo de este modo reducirlos á la obediencia. Levantó en seguida el campo, y con objeto de no dar rodeo alguno, hizo pasar el Somma al ejército por un vado entre Crotoy

y Saint Valery y aguardando la hora de la baja marea. La caballería y las bestias de carga se situaron en el río en dos alas, de suerte que quebrantasen el ímpetu de la corriente, y entre ellas cruzaron la infantería y la artillería, conducida ésta en carros; pasada muestra al otro lado del río contaronse en el ejército católico 14,000 infantes y 5,000 caballos. Estas tropas avanzaron con gran orden hacia Rouen, no descubriendo enemigo alguno hasta llegar á tres leguas de la plaza, en que se presentaron á escaramuzar algunas tropas de caballos: eran los corredores de Enrique que acudían á informarse del número y disposición de nuestro ejército, y que regresando al campo real, favorecidos por las primeras sombras de la noche, dieron oportuno aviso al Bearnés. Enrique no juzgó prudente aventurar un combate, y á media noche levantó el campo y tomó la vuelta de Pont de l'Arche, villa dotada de excelente castillo y buenas fortificaciones (20 de Abril); Rouen libre, recibió gozosa al ejército libertador. Sin embargo, para asegurarla y recoger el fruto de aquella operación, era preciso marchar sin perder tiempo contra Enrique, desbaratarle ó destruirle de una vez. Este era el plan de Alejandro, plan que, como muchos, fué rechazado por los franceses, perdiéndose á causa de esto otra excelente ocasión de destrozar al enemigo, y dando lugar á que creyera el Bearnés que en realidad se le temía; pero si entonces se cometió una grave falta, mayor fué la de acometer á Caudebec, plaza asentada sobre las márgenes del Sena, entre Rouen y la desembocadura del río, y cuya posesión aseguraba el avituallamiento de aquélla por mar. El ejército perdió allí un tiempo precioso, mientras el enemigo pasaba al interior del país de Caux, se rehacía y, volviendo sobre sus pasos, se presentaba de nuevo jactancioso en la margen derecha del Sena.

Caudebec era la capital de este territorio que forma una península: á la derecha está la desembocadura del Sena, en aquel paraje muy caudaloso; a la izquierda hay una ensenada que se introduce en tierra firme estrechando el terreno y no dejando otra comunicación con el país que una lengua de tierra ó garganta. No podía, pues, ser más comprometida la situación de los católicos, pues de no rendir prontamente la villa y salir de aquel mal paso, el enemigo iba á acorralarles entre el mar y el río, y reducirles por hambre; y como el ejército coaligado no disponía de escuadras, y como por añadidura la presencia de los navíos ingleses y holandeses no permitía que les llegara socorro alguno, su pérdida era inminente. Ignoramos si se ocultarían á Farnesio estas consideraciones; pero como estaba supeditado á Mayenne, por deferencia, cuando no por deber, se vió arrastrado á esta descabellada empresa. El campo llegó á la vista de Caudebec á los 24 de Abril, y lo primero que hizo fué desalojar la armada enemiga que en número de treinta bajeles guardaba el río; mientras esto se efectuaba, procedía el de Parma á reconocer los puestos, acompañado de Properci y de algunos capitanes, y en ocasión tan crítica para los católicos, un arcabuzazo disparado desde la muralla le hirió en el brazo derecho; desgracia que, como es de suponer, causó grandes perjuicios al ejército. No por eso se dejó de trabajar en las trincheras, y plantada al día siguiente la batería, á los pocos cañonazos se entregó la plaza. Pero el ejército confederado no se movió de Caudebec, y sucedió lo que era presumible: el Bearnés se presentó en las inmediaciones de la villa, y los confederados se vieron en gravísimo aprieto. No obstante, Farnesio, que aun se hallaba postrado á causa de su herida y que no podía acudir en persona al remedio del mal, daba al de Mayenne un excelente consejo: que el ejército se retirase á Lillebonne, plaza defendida por líneas de agua, á cuya espalda se extendía rica campiña y que podía recibir algún socorro de la villa y puerto del Havre, afecto á la Liga. Era el único recurso que se les ofrecía, pues no podía pensarse en volver a Picardía, sin venir desventajosamente á las manos con el enemigo; pero á este prudente consejo, que daba lugar á que se deshiciera, pasados algunos días, el ejército del Navarro, opusieronse como de costumbre Mayenne y los suyos, alegando que, una vez situado el enemigo entre Lillebonne y Caudebec, perderíase esta plaza y Rouen correría grandísimo peligro; lo que se evitaría con pasar el ejército a Ivetot, villa situada a muy corta distancia de Caudebec. Con razón les replicó Farnesio que lo más conveniente era conservar el ejército; pues con él, rendidas las villas, podían recobrarse; y sin él podían darse aquellas por perdidas y no recobradas; sin embargo, los ligueros obraban obedeciendo á su interés, no otro que prolon-

LA GRAN RETIRADA.

DEL INCOMPARABLE DUQUE D PARMA

A Rio Sena B exercito delaliga C. fuerte de Bosu. D fuerte de
Barlotu F. Alexandro Farnese doblando su exercito alegre
Sobre elpasage F Ruan G. el Principe Ranucio contropas
entre tiene alos Realistas paraqué nobean el pasage del
exercito H escaramiza entre Ranucio y Viron I exercito
del Rey de Navarra K Ranucio Recibe orden desu Padre
queseretire cubriendo laultima embarcacion. y lesquita
alos enemigos. delas manos tres canones I. bateria contralos del
pasage M. naues olandesas disparando alos delaliga: N Ranicio con
sus Camaradas salta enchalupas Contra las olandesas O Caudebec P diep Q Paris R lan

R. d Hooghe fec.

El Capⁿ Ingᵉ Ledesma Dup

M. Soler, Editor

ALEJANDRO FARNESIO CRUZA EL RIO SENA Á LA VISTA DEL EJÉRCITO DE ENRIQUE IV

(GRABADO DE HOOGHE)

gar la guerra á toda costa y evitar que Felipe II dominara con las armas en Francia. Y fundado Alejandro en esto, receló de aquella gente alguna traición, y se avino á seguirles á Ivetot. Gracias á tal desatino, Enrique ocupó el fértil campo de Lillebonne, cortó las comunicaciones de los de la Liga con el Havre, y les dejó completamente ablocados.

Alojóse el ejército del Bearnés á muy corta distancia de Caudebec, y desde aquel momento entabláronse entre sus tropas y las de la plaza una serie de empeñadas escaramuzas; pocos días después los hugonotes se presentaron en batalla frente á la misma, y no aceptándola los católicos, por faltarles el duque de Parma, redújose á un vivo cañoneo que terminó á la llegada de la noche. Pero en esta serie de parciales choques y demostraciones, iban transcurriendo los días; y el estado del ejército católico llegó á ser tan miserable, que sus caudillos determinaron, la noche del 18 de Mayo, desalojar á Ivetot y conducir el campo á las cercanas márgenes del Sena, eligiendo para ello un puesto alto rodeado de bosques y defendido por un vallado natural muy hondo y ancho. Esta mudanza dió poco cuidado al Bearnés, persuadido como estaba de que la necesidad obligaría á los católicos á entregarse; porque, en efecto, del campo coaligado desertaban los soldados en gran número, la caballería se hallaba casi desmontada á causa de la flaqueza de los caballos, pagábase un escudo por un azumbre de agua, y cuatro reales por un pan muy pequeño; y aun escaseaba el dinero para comprarlo, amenazando á causa de esto los de á caballo que dejarían el campo si no se les pagaba. Además se hallaban enfermos buen número de capitanes y de soldados, y el mismo Farnesio había empeorado á consecuencia de tantas tribulaciones. Todos estos apuros los conocía Enrique por los tránsfugas franceses, y ganoso de precipitar cuanto antes la rendición, distribuyó sus tropas por los caminos y veredas, de suerte que el ejército de la Liga se encontró completamente acorralado entre las tropas enemigas y el Sena, bastante profundo allí para que pudiera ser cruzado: la armada holandesa cercaba las bocas del río é impedía que por allí pudiese pasar socorro alguno.



Sitio de Caudebec. (Facsímile de un grabado antiguo)

En situación tan crítica, el profundo talento de Alejandro salvó al ejército por medio de una admirable maniobra: el paso del río Sena, no obstante las dificultades que ofrecía su caudalosa corriente y la vigilancia que ejercían los buques enemigos. Este audaz pensamiento, aunque criticado también por el duque de Mayenne, prevaleció en el consejo de guerra y se llevó á cabo con

admirable orden y facilidad. Luchábase, sin embargo, con el inconveniente de procurarse barcas; pero Farnesio se remitió á la generosidad de sus cabos, y, dando el primero el ejemplo, desprendióse de sus joyas, para pagar con ellos los bajeles y balsas que entregaran los armadores de Rouen. Conseguido esto, Alejandro mandó al coronel Barlotta que pasara el río con ocho compañías y construyera en la ribera opuesta un fuerte, cuyos cañones debían defender el paso contra los buques enemigos; en la orilla derecha se construyó otro para proteger la retirada del ejército; y este fuerte ocupóle Bossu con 1,200 arcabuceros y cuatro piezas de artillería. Ambas operaciones efectuánronse sin despertar sospecha alguna en el enemigo, quien, fija su atención en los cuarteles, creyó que los católicos trataban sólo de fortificarse en sus nuevas posiciones, y se limitó á escaramuzar en los puestos avanzados: gracias á lo cual pudieron los nuestros realizar sin grandes dificultades el intento de su caudillo. Las primeras tropas que cruzaron el río, juntamente con la artillería y los equipajes, fueron los franceses, efectuándolo el 22 de Mayo por la noche; al día siguiente, y á favor de una espesa niebla, pasó el grueso del ejército, quedando para cubrir la retirada unos 2,000 hombres. Esta operación no la notó el Bearnés hasta después de hallarse á punto de ser terminada; porque si bien Birón el mozo acudió el 22 al fuerte de Bossu, rechazólo valerosamente Idiázquez y no pudo darse cuenta de lo que ocurría; mas como al siguiente día repitiera el ataque, echó de ver que el ejército católico estaba cruzando el río. No perdió momento en dar aviso al Rey, aviso tardío para que pudiera evitarse la marcha de los confederados; y como ante todo era indispensable atacar el fuerte, el tiempo que emplearon los hugonotes en trasladar la artillería y emplazarla, diéronle al ejército católico para proseguir su operación. Esta pudo verse en parte malograda por la presencia de la escuadra holandesa; pero el valor del príncipe Ranucio, que se hallaba en las barcas conduciendo la retaguardia, conjuró el peligro: los buques holandeses, azotados por el fuego del fuerte de Barlotta, y acometidos por los bajeles católicos que intrépidamente se metían entre ellos y les acosaban con nutridas descargas de mosquetería, retiráronse á la boca del Sena y dejaron expedito el paso del río. Y recogida entonces la gente del fuerte Bossu, concluyó de trasladarse á la otra orilla el ejército.

La sorpresa y la cólera de Enrique al ver cuán fácilmente había escapado el enemigo de sus manos, fueron idénticas al gozo y al orgullo con que le miró casi aniquilado y presto á entregársele. Y como hubiese escrito á Inglaterra, á Holanda y Alemania el extremo á que le tenía reducido, asegurando que no se podía escapar sin alas de su poder, hería esto en lo más vivo su amor propio. Hubo, sin embargo, de contentarse con rendir á Caudebec, empresa que le entretuvo algunos días, y que permitió al ejército confederado proseguir sin obstáculos su marcha, después de lo cual tomó la vuelta de Pont de l'Arche. En tanto los católicos convinieron en que el duque de Mayenne pasara á Rouen, y sin perder momento emprendieron á marchas forzadas el camino de París, tomando y saqueando de paso algunas villas, entre ellas Neoburg y Eudam, recogiendo gran cantidad de vituallas, ropas, joyas y dinero, con parte de lo cual socorrió Farnesio á sus tropas, y mandando por delante los víveres á París, donde éste entró con su escolta, después de haber dejado al ejército acampado en las inmediaciones. No ansiaba otra cosa Alejandro que regresar á los Países Bajos, y los días que empleó en la capital fueron los estrictamente necesarios para que el italiano Monti construyera junto á Charenton, en la confluencia de los ríos Marne y Sena, un puente, por donde trasladar su ejército al país de Brie. Terminado que fué, condujo la gente hasta Château-Thierry, donde permaneció algún tiempo para reorganizar las tropas, y supo que el Bearnés permanecía inactivo entre Neufchatel y Rouen; pagó á los tercios los seis meses que se les adeudaban, y después de haber hecho entrega al Señor de Rone de la mitad de las tropas destinadas al socorro de la Liga, tomó la vuelta de Flandes seguido de los restantes (10 de Junio). Algunos días después de su marcha, y aprovechando la buena disposición de los soldados y la oportunidad que le deparaba el alejamiento de los enemigos, se apoderó Rone de la importante plaza de Epernay, situada en la orilla izquierda del Marne y muy conveniente para facilitar el arribo de vituallas á París.

Trocóse entonces el estado de cosas en favor de los de la Liga; pues mientras Farnesio se ha-

llaba en Château-Thierry, recibió aviso de una victoria ganada en la Bretaña por el duque de Mercœur, asistido del tercio de Águila, y de otro triunfo conseguido por el duque de Lorena sobre los hugonotes de Champaña, donde tomó algunos castillos. Por añadidura Mayenne salió de Rouen y se hizo dueño de la villa de Pontaudemer, por manera que en todas partes aparecían pujantes los ligueros. Reducido á tan apurada situación, abandonado de parte de la nobleza, obligado á despedir por falta de dinero á los alemanes, mitad de los suizos y todos los reitres, no por eso se amilanó Enrique; y al saber que se había puesto sitio á Epernay, acudió á las márgenes del



La escalada. (Facsímile de un grabado flamenco)

Marne, con unos 7,000 infantes y 2,000 caballos resuelto á dar la batalla ó librar la plaza; pero era tarde ya, y al llegar á unas seis leguas de ésta supo su rendición. Animóle la noticia de que el campo católico se había recogido á Château-Thierry; y como poseía un espíritu en extremo perspicaz, consiguió por una hábil estratagema lo que de otro modo no hubiera logrado con mayor esfuerzo. Habíase presentado frente á Epernay con ánimo de reconocer los puestos; y al efectuar esta visita, un cañonazo arrebató la vida al veterano mariscal Birón con verdadero sentimiento de Enrique, que le amaba como á un padre. Efecto de este suceso, fingió el Bearnés que renunciaba al sitio y tomó la vuelta de Chalons, desde donde hizo muestra de poner sitio á Vitry, con el intento, que vió realizado, de disminuir la guarnición de Epernay. Quedaron en la plaza á consecuencia de esto y de la marcha de un regimiento destinado al ejército, como cuatrocientos soldados, número insuficiente para defenderla; y tan pronto tuvo noticia Enrique del estado á que se hallaba reducida, volvió sobre sus pasos, embistióla con gran brío y se hizo dueño de ella después de veintidós días de sitio. Pudo achacarse este suceso á excesiva confianza de Mr. de Rone,

gobernador de la Epernay, que no debió debilitar el presidio; pero más especialmente á Mayenne y á los ligueros que militaban en Picardía y en Champaña, pues no obstante haber sido avisados con oportunidad, llevados de sus designios particulares, dejaron de acudir al aviso.

No tan atentos á las cosas de la guerra como á las de la política andaban por aquellos días los ligueros, porque iba á reunirse la Asamblea de los Estados generales franceses para tratar de la elección del rey; y así Mayenne, como los agentes españoles, los políticos y los hugonotes, trabajaban afanosamente para resolver en su respectivo beneficio aquel problema. Preocupaba éste en altísimo grado á Enrique, y con objeto de hallarse en más próxima comunicación con sus parciales pasó á Saint Denis, desde donde, para interceptar la llegada de vituallas á la capital por el Marne, hizo fortificar un islote situado dos leguas más abajo de Ligny: sin embargo, su presencia, en todas ocasiones temida por los parisienses, no logró infundir en Mayenne la actividad necesaria; antes, como quien rehuye un encuentro, emprendió las operaciones á mediados de Agosto, detúvose á ganar la villa de Crepi y perdió algunos días frente á la de Soissons, llegando á la vista del islote de Gorney, cuando ya el fuerte estaba terminado. Echóse esto en el campo á mala parte, pero el Duque no se dió por entendido, fué á cruzar el río por el puente de piedra de Meaux, contentóse con escaramuzar frente á los cuarteles del Bearnés y retiróse á esta última ciudad. A lo que parece, tales maniobras no tenían otro objeto que ganar tiempo, pues dado el estado de cosas, no convenía á Mayenne comprometerse en una batalla; y como el invierno se echaba encima, acuarteló á sus tropas, parte en Meaux, y parte en las aldeas entre esta ciudad y Château-Thierry, marchándose él en compañía de Ibarra y Tassis á París; donde ya acudían los diputados de las provincias. Enrique, apurado por la falta de recursos, trasladó un campo al país de Brie y quedó en expectativa de los sucesos.

Tal era el estado de cosas en Francia entrado el invierno de 1592. En Flandes, es inútil decir que habían empeorado notablemente en el transcurso del mismo; pues tan pronto Farnesio volvió la espalda á este país, organizó el enemigo un nuevo ejército con el que decidió señorear de una vez la Frisia: medida acertadísima si se tiene en cuenta que reducía la dominación á los españoles al territorio comprendido aquende el Mosa. Mauricio tuvo secreta su resolución hasta recibir noticias de que el duque de Parma estaba ya en operaciones; y el 28 de Mayo púsose con 10,000 hombres sobre Steenwick, plaza la más fuerte é importante de la Frisia y que se hizo célebre por su defensa heroica. Bien se dió aviso al conde de Mansfeld, que interinamente regía los Países, del peligro que corría esta ciudad; pero medroso de que el Brabante quedara desamparado, no se atrevió á socorrerla, y el valeroso Coquela, gobernador de Steenwick, sostuvo la defensa por espacio de cuarenta y cuatro días, en los que recibió la villa 30,000 cañonazos, hizo repetidas y valientes salidas y puso fuera de combate 5,000 enemigos. Alejandro tuvo noticia de este sitio así que llegó de las aguas de Spá, y conocedor de la importancia de la ciudad, que se juzgaba con razón llave del Overyssel, apresuróse á reunir soldados para acudir á libertarla, lo que indudablemente hubiera logrado, pues llegó á formar un ejército de 9,000 infantes y 1,500 caballos; pero cuando estas tropas llegaron al Mosa, súpose la rendición de la plaza, que el 4 de Julio efectuó Coquela en muy honradas condiciones.

La desventaja con que luchó el ejército católico en todas estas guerras, y es preciso fijar en ello la atención, fué la de carecer de flotillas y de prácticos para transportar con rapidez las tropas por las numerosas vías fluviales de los Países Bajos: á causa de esto se malogró el socorro de Steenwick y de otras plazas, y á causa de esto, también, ocurrió ahora, que el enemigo, libre de cuidados, tuvo la idea de trasladarse al Brabante en dos días, operación en la que había de emplear el ejército católico ocho ó diez jornadas. Por fortuna no encontró desprevenida plaza alguna de las ribereñas, y volviendo de nuevo las armas á la provincia de Overyssel, acometió á un mismo tiempo las villas de Octmersum y Covorden: á la primera atacó Mauricio tan impensadamente, que, falta de la necesaria guarnición, hubo á los pocos días de rendirse; la segunda fué cercada por su primo Guillermo, y como de más importancia, prometía más larga expugnación y mayor esfuerzo. «Es Coeborden, dice D. Carlos de Coloma, un fuerte de cinco caballeros reales, situado, en don-



Sitio de Covorden por el ejército holandés, en 1592. Facsímile de la obra *Expediciones y victorias de Mauricio de Nassau*)

de se acaba el país de Overyssel y comienza al de Drent, paso forzoso y seguro para entrar por el país de Tuvent y condado de Benthem, en el territorio de Groninguen; y como á puesto de tanta importancia, se procuró antes de guarnecerle de fuertes murallas y rodearle de agua por todas partes, á causa de la comodidad que ofrecían para ello el Vecth y el Dinckel, ríos que con sus aguas empantanan todas aquellas llanuras hurtadas a la mar, y ponerle grueso presidio. Verdu–

go conocía sobradamente la importancia de esta plaza, y la había provisto de municiones y gente, dejando en ella de gobernador al conde Federico de Berghes; pero anticipándose á los intentos del holandés, el previsor veterano había advertido, tan pronto como Steenwick se rindió, que sin perder tiempo se emprendiera en aquel territorio una activa campaña, pues el enemigo se hallaba á consecuencia de aquel sitio tan deshecho, que en mes y medio por lo menos no podría rehacerse. Y los hechos hicieron bueno este parecer, porque salió á operar por el tiempo que indicó Verdugo; sin que en este intervalo se mandara soldado alguno del ejército español al Overyssel, quizás, dice un coetáneo, «porque la cantidad de intentos que se traían entre manos hizo apartar el cuidado de éste, que debiera tener el primer lugar». El resultado de esta inacción fué la pérdida de Covorden. Apoderóse primero el enemigo de los arrabales que se extienden al pie de la fortaleza; fortificóse en ellos y comenzó á levantar dos altas y robustas plataformas que abrazaban los dos baluartes que miraban al arrabal, construyendo al propio tiempo algunos fortines para mejor defensa de las obras exteriores. Hechas las plataformas, seis mil villanos del país que servían á Mauricio de gastadores, comenzaron á cegar el foso, pocos días antes sangrado con *un artificio de bombas;* y aunque los de la plaza con impetuosas salidas y vivo cañoneo trataron de impedir los trabajos, no pudieron conseguirlo. La crítica situación en que se hallaban, conocíala ya Farnesio, por repetidos avisos de Verdugo; así es que hizo cuanto estuvo en su mano para mandar socorro; sin embargo, las primeras fuerzas que llevan á Grolla con este objeto, ¡increible parece!, exclama un testigo, no pasaban de 800 infantes y un centenar apenas de caballos, unos y otros desprovistos de dinero; el tercio de Mendoza, dotado de excelente infantería, más un buen golpe de caballería, llegó pocos días después, con grandes ánimos, pero con la bolsa vacía; y con esta gente y la que tenía Verdugo, hubiérase socorrido el fuerte de llegar Mendoza algunos días antes. Porque el enemigo había cegado ya el foso y tenía minado el baluarte más fuerte de los cinco, sin que pudieran evitarlo los tiros de la plaza: además habíale llegado un regimiento al mando del conde de Holak, y asegurado detrás de sus fuertes líneas, protegidas por los pantanos, despreciaba los socorros que pudieran venirle á la plaza, cuya calidad y número conocía por cartas de Capela que se perdieron en el camino.

Juntáronse las tropas católicas en Detechum, á una legua de Covorden, y adelantaron hacia la plaza disparando á su vista Verdugo tres cañonazos. Acto seguido despachó algunos caballos á reconocer los puestos, y como volvieran con la noticia de que Holak se acuartelaba media legua distante de las trincheras, resolvió que parte de la infantería se aproximase al fuerte por el costado más cercano, mientras él se dirigía con el resto contra el citado cuartel: á una señal convenida, atacara Verdugo al Conde, y mientras Mauricio acudiría en su socorro, nuestra infantería forzaría las trincheras y penetraría en Covorden. Este acertado plan malogróse, sin embargo, á causa de la ineptitud de los dos capitanes mandados á reconocer los pasos del pantano, pues confuso Verdugo por sus contradictorios informes, resolvióse á embestir aquella noche las trincheras enemigas, valiéndose de un guía conocedor de los pasos por donde entraban los carros en la fortificación. Como el terreno era todo pantano y la operación se hizo de noche, ofrecía ésta grandes peligros; por añadidura efectuóse con poco orden, y al tocar arma, escapó el guía, quedando los nuestros sin saber las salidas y con la natural confusión. No acobardados y estimando á la par que la vida la honra, acometieron á la desbandada las trincheras, y ya las coronaban cuando llegó el enemigo con mayores fuerzas y les rebatió, causándoles gran destrozo. Tal fué el resultado de esta operación dictada más por la osadía que por la prudencia. Rayaba el día cuando Verdugo recogió su gente y pudo darse cuenta de las pérdidas; pero esto no impidió que al siguiente se presentara formado en batalla frente á las trincheras, ganoso de sacar de ellas á Nassau y decidir en campal batalla la suerte de la plaza. Ni consiguió su objeto, ni Covorden pudo sostenerse por más tiempo; pues minada la mayor parte del baluarte, falta de vituallas, y seguro de no recibir socorro su gobernador, hubo de rendirse; y gran suerte fué para Verdugo que, á poco de este suceso, el enemigo deshiciera su campo, pues fuéronle abandonando uno tras otro los tercios y regimientos hasta dejarlo casi solo y á los holandeses con gran ocasión de acabar de apoderarse de la Frisia.

Libre apenas Farnesio de estos cuidados, hubo de entrar en otros no menos serios, á causa de la nueva jornada á Francia. En verdad que, si se considerara el ruin aparejo de gente y de dinero en que se hallaba y el tristísimo extremo á que le había reducido la hidropesía, causa verdadera lástima aquel héroe, obligado á dar la vida en aras de la ambición y de la hipocresía. Razones muy fundadas tenía para hallarse disgustado de su tío, no desconocía tampoco cuántos enemigos tenía en la corte, en Spá mismo había sabido que trataba de nombrársele un sucesor; y, sin embargo, aquel hombre, ligado á Felipe por los vínculos de la sangre y los favores debidos á su casa, sacrificóse una vez más, y gravemente enfermo, casi moribundo, emprendió la marcha á Francia. Para reunir las tropas necesarias había tenido que hacer un supremo esfuerzo, pues no siéndole posible al monarca español remitir un solo escudo, agobiado como se hallaba por los gastos que originó la Gran Armada, los que le ocasionaba la Liga y los que le causó el movimiento de los fueristas de Aragón, con más la pérdida de la flota de Indias; hubo de tomar á cuenta suya de los negociantes de Amberes 30,000 ducados que repartió entre sus milicias y la gente levantada recientemente. Gracias á esto consiguió disponer el necesario ejército para entrar con lucimiento en Francia, lucimiento tanto más necesario en cuanto reunida la Asamblea de los Estados, convenía imponer respeto á la opinión. Los regimientos nuevos de alemanes de Curcio y Pernestein, las reclutas de valones, las tropas flamencas y las compañías de caballos italianos fueron despachadas para la frontera á fines de Octubre, ascendiendo el número de estos soldados á 7,000 infantes y 15,000 caballos; el duque de Parma partió á principios de Noviembre con sus guardias, los aventureros y el resto de la fuerza, precediéndole el diplomático Juan Bautista de Tassis, quien cuidó de publicar por territorio francés que Farnesio entraba con poderoso ejército; y, en efecto, reunido con el de Mayenne no bajaría el campo católico de 20,000 veteranos, número más que suficiente para concluir con las escasas tropas de Enrique.

Pero no estaba llamado Farnesio á disfrutar de nuevos triunfos ó á sufrir nuevos desengaños. Pocos días antes de partir de Bruselas, recibió carta de España anunciándole la muerte del marqués de Cerralvo, que iba á reemplazarle, y el próximo arribo del conde de Fuentes con órdenes reservadas; y habiéndole pintado á este personaje como de condición muy áspera, determinó no verse con él voluntariamente, y enfermo como se hallaba, emprender el viaje. Sosteniéndose apenas en el caballo entró en Arras, con la sonrisa en los labios y la muerte en el alma; engañándose á sí mismo vivió algunos días entregado á los habituales negocios; pero el 2 de Diciembre, aquel hombre incansable, rindióse, por fin, á la enfermedad, y expiró en brazos de los suyos. Vestido con el burdo sayal del capuchino, y desnudas las manos y los pies, expúsose su cuerpo en el monasterio de San Vedasto, rodeado de banderas y otros trofeos militares; y allí pudieron contemplar sus soldados la pequeñez de la gloria humana reducida á los tristes límites del ataúd. Príncipe enaltecido por los propios, respetado por los enemigos, admirado por los extraños, cúpole empeñarse en las guerras más importantes que en aquel siglo ardieron en Europa, poniendo su espada al servicio de una causa odiosa y de un rey infame: para su gloria militar bastaba la toma de Amberes; la eclipsó, sin embargo, en los últimos tiempos de su vida, una campaña sostenida con escasos recursos, con auxiliares solapados y con enemigos hábiles. Pero, así y todo, es grande Farnesio, por lo que hizo y por lo que pudo hacer. Si tuvo gran talento militar, no gozó de menos capacidad como político; y gracias á ello dominó en Flandes y pudo en Francia sortear grandes peligros. Felipe II le destinaba á representar sus intereses en la Asamblea general francesa, y la pérdida de Alejandro fué, tal vez, causa del grave desaire qué allí sufrió. Con la muerte de Farnesio declinó en Flandes nuestra gloria militar, que no volvió á lucir hasta los días de Spínola; pero que ya no impuso á naciones poderosas. El es, sin duda alguna, de todos los capitanes que batallaron en Flandes, el más eminente; y en aquel siglo tan fecundo en ilustres guerreros, en el siglo de los Leyvas, los Vastos, los Colonna, Alba, los Nassaus, Birón, la Noue, Coligny, Enrique IV y tantos otros, descuella gallarda la figura del gran Alejandro, adornada con los laureles de Maestrick, la Esclusa, Amberes y Grave, y con la palma de la liberación de París.

Recibida en Bruselas la noticia de su muerte, que no faltó quien atribuyese al veneno, abrió

el conde de Fuentes en presencia del Consejo de Estado los pliegos reservados para aquel previsto caso (1); y por ellos se vió que el Rey mandaba encomendarse del gobierno universal de los Países al octogenario Pedro Ernesto de Mansfeld hasta que se proveyese en propiedad; medida desacertadísima, pues el Conde carecía ya de facultades para el gobierno, era malquisto de los soldados por su cualidad de extranjero, poco respetado de los nobles, y carecía de medios para imponerse á éstos ni á los enemigos. Los sucesos posteriores acreditarán hasta qué punto consiguió dominar estas dificultades.



Sello de Felipe II y María de Inglaterra

IV

Mezclados con los acontecimientos militares, ocurrieron el año 1593 trascendentales sucesos políticos, siendo el de mayor monta la conversión de Enrique IV y su elevación al trono de Francia. Decididas las ciudades católicas, y en primer lugar el pueblo de París, á poner término á los males de la guerra, muy contra la voluntad de Mayenne y de otros nobles, resolvieron convocar para Enero de 1593 la Asamblea de los Estados Generales, con objeto de fallar en el pleito de la soberanía, con exclusión de todo candidato hereje. No descuidó Felipe de mandar allí sus representantes, y en defecto de Farnesio, destinado á esta comisión, envió como embajador extraordinario al duque de Feria, que desempeñaba nuestra representación en Roma, y en quien concurrían especiales condiciones de talento y carácter; asistíanle en la dirección de este negocio los diplomáticos D. Diego de Ibarra, Juan Bautista Tasis y el ilustre jurisperito D. Iñigo de Mendoza. Estos egregios personajes concurrían á la Asamblea de París con objeto de representar en ella los intereses de nuestro soberano; tarea espinosa en sí, pero más que difícil dadas las instrucciones que recibieron de su señor. Luchando con una nobleza hostil, teniendo que chocar con las pretensiones de los prícipes de la sangre, y con la aversión de la mayoría de los diputados, Felipe comenzaba por sostener la primacía de su derecho en favor de la infanta Isabel Clara;

(1) «Ciertas órdenes secretas que traía *en aquel caso* (?).» Coloma, Lib. V.

y caso de no ser reconocida, por encarecer la conveniencia de elegir uno de los archiduques de Austria, sus sobrinos, dando su hija en matrimonio al que resultase favorecido; no siendo así, aun ofrecía el Rey otra solución al problema, y era el nombramiento de uno de los tres príncipes de la sangre, Guisa, Lorena ó Mayenne, con cualquiera de los tres que fuese electo concertaría el casamiento de la infanta. Invirtiendo el orden de estas instrucciones y modificando en ellas algunos detalles, es fácil que el monarca español hubiese logrado su objeto; pero chocando abiertamente con los sentimientos de aquella asamblea, y de todo el pueblo francés, que no quería un rey hechura de aquel soberano, ni menos someterse á su influencia, dábanse pruebas de escaso tacto. Comenzó, pues, D. Felipe por



Ataque de una plaza.—Batería de sitio

enajenarse las voluntades que hubiera podido atraerse proponiendo la candidatura de Guisa y dando á éste por esposa á la asendereada Isabel Clara; su embajador, sus agentes y los cardenales que le apoyaban cayeron en el ridículo, y la célebre sátira Menipea los entregó al ludibrio público, sin respetar ni á los mismos Estados ni á Mayenne, que tan sospechoso era ya á los exaltados como á los políticos.

Las intenciones de Felipe eran tanto más declaradas, en cuanto advertía á sus agentes que, de prevalecer el Bearnés, aun en caso de conversión, procurasen conservar la Liga, alimentando la guerra con favorecer á Mayenne, al de Guisa y a los demás católicos, en especial al duque de Aumale, por la mano que tenía en Picardía. En lo de la elección ordenaba que no se escatimase el dinero, «y para que respectivamente se haga caso de lo demás, dice un historiador y testigo de

aquellos sucesos, referiré sólo que, en caso de elección del archiduque Ernesto, ofrecía al duque de Humena (Mayenne) cuatrocientos mil ducados y el ducado de Borgoña perpetuo.» Es fácil presumir que, averiguadas por el público estas noticias, exacerbaron más los ánimos, aun de los mismos católicos, pues con razón calificábanlo de acción contraria á lo mismo que en otro tiempo había publicado el Rey, dando á entender que entraba en la guerra con objeto de estorbar reinara en Francia un príncipe tocado de herejía. Sin embargo, á católicos y á protestantes estaba reservada una gran sorpresa, que destruyera en un mismo punto sus opuestas esperanzas, y era la elevación al trono, bajo la égida del catolicismo, del hombre escéptico, que se había hecho temer al frente de las lanzas hugonotas.

Abrióse la campaña de 1593, entrando en Francia Carlos de Mansfeld, á mediados de Febrero, con 6,000 infantes y 1,000 caballos, y juntándose con los de la Liga, que reunían 1,000 infantes franceses y 800 corazas, en las inmediaciones de Soissons. Este ejército debía, según las recomendaciones del duque de Feria, acercarse á París para *dar calor á la elección* y entretenerse en poner sitio á Saint-Denis, lugar donde, según antiquísima costumbre, eran ungidos los reyes de Francia; y no era desacertada la idea si se tienen en cuenta la situación de Enrique y el estado de los ánimos en la capital; pero Mayenne entendía ya que en aquel juego iba á salir poco ganancioso, y habiendo logrado persuadir á Mansfeld acerca de la conveniencia de más lucidas empresas, éste, que era un hombre totalmente militar, dejóse llevar por el francés, y el campo fué á ponerse el 15 de Marzo sobre Noyon, ciudad de la Picardía, que se halla situada entre la Fère, Han y Compiegne, y para rendir la cual empleó el ejército diez y seis días. Este sitio no ofreció particularidad alguna, sobre los varios que llevamos descritos; y, por lo tanto, nos limitaremos á consignar que se emplearon en él con eficacia la zapa y la mina, debiéndose la rendición al valor con que asaltaron los nuestros uno de los rebellines. El enemigo lo defendió gallardamente; pero viéndole perdido y considerando que, de alojarse en él la artillería, podía hacer notable daño; temiendo el rigor de un asalto, por los recientes ejemplos, rindióse con honradas condiciones. Era llegado el caso de continuar á todo trance el movimiento ofensivo y reducir al último aprieto á Enrique de Navarra, que sin fuerzas de consideración se mantenía á la defensiva; pero Mayenne acababa de tener noticia de hallarse abiertos los Estados Generales, y no ocultando sus hasta entonces secretas miras, voló á París para sustentar las pretensiones que abrigaba al trono de Francia. A consecuencia de ello, el ejército coaligado tomó la vuelta de Han y de allí prosiguió su marcha hacia la frontera del Artois.

¿Qué podía esperarse de la guerra ni de la política de Francia? Mientras nuestros representantes derrochaban elocuencia y prodigaban esperanzas, tratando de disuadir á Mayenne, presentábanse en la Asamblea de París, diputados de Enrique, manifestando que éste se hallaba dispuesto á entablar tratos de paz y á entrar en el gremio de la Iglesia católica. Ya habían llegado aquellos personajes á uno de los postreros casos previsto en las instrucciones reales, es decir, apoyar la elección de Guisa; pero el Navarro, advertido á tiempo por los suyos, perdida la paciencia, y temeroso de que para siempre le fuera arrebatado el trono, abjuró una vez más sus creencias, á trueque de aquella corona que tanta sangre y tantas vilezas había costado. Ni quiso Enrique esperar la vuelta de los embajadores que mandó á Roma por la absolución, y sin pérdida de momento solicitó le instruyeran algunos obispos en la fe católica, cuidadoso de que los Estados tomasen alguna resolución extraña. Mas, afortunadamente para él, alcanzó mayoría en la Asamblea, y no obstante la viva oposición de nuestros agentes, obtuvo una tregua de tres meses, tiempo que empleó en ganar voluntades y en enterarse por segunda vez de las doctrinas católicas. Entonces pronunció aquellas cínicas palabras: *París bien vale una misa*, y después de cinco horas de catecismo declaróse convencido y se dispuso á representar la comedia de su conversión. *Mañana doy el salto mortal*, escribió á su amiga Gabriela; y, en efecto, dió tamaño salto, que desde los umbrales de Saint-Denis, donde se le absolvió, fué á parar al trono de Francia. Algún tiempo después le ungieron en Reims, y quedó convertido en soberano de Francia *por la gracia de Dios*

Retirado el conde Carlos de Mansfeld junto á la frontera del Henado, comenzaron á faltar

las pagas al ejército, y con ellas la obediencia y respeto del soldado, lo que le indujo á campear por la ribera siniestra del Soma, próxima á su desembocadura, y á entrar luego por el condado de Boulogne, con objeto de sustentar la gente. Hízose dueño con esta ocasión de la ciudad y puerto de Saint-Valery, y tomó sin gran resistencia el castillo de Imbercourt; pero fácil era presumir el destino de aquel ejército, falto de recursos y sobrado de licencia. Los que se procuró en las ricas tierras de Boulogne, sólo acallaron las necesidades del momento, y como transcurrieran los días sin recibir otro auxilio que el que les procuraba el merodeo, dieron suelta á su ira, acordando los de la caballería, con los infantes, pedir de una vez la paga de muchos meses, y, en negándose, abandonar el campo. Y como lo concertaron lo hicieron, pues la noche del 9 de Mayo, salió de sus cuarteles toda la caballería española, sin que bastaran á impedirlo sus oficiales, y en número de 350 caballos, juntóse á 500 infantes de los tercios españoles y se alejó del campo de Mansfeld. La dirección de los amotinados fué hacia el Artois; y su objetivo la villa de Saint-Paul, donde asentaron sus reales, recorriendo desde allí el territorio é imponiendo gruesas contribuciones, sin que el conde Carlos se atreviera á impedirlo. Es cierto que se lo vedaban las instrucciones de su padre, según las cuales no podía mover el pie de territorio francés; pero era tan grave el caso, que hubiera podido excusarse la obediencia, y efectuar serio escarmiento en los amotinados: dejólos, sin embargo, por no aumentar el mal, temiendo que se hiciera mayor, dice un coetáneo, si llegaran á verse las caras; y alejándose de aquellos lugares fué á poner su reducido ejército entre San Quintín y La Fère, en Ripemont, desde cuyo punto avisó á su padre lo ocurrido, elogiando al propio tiempo la fidelidad de los tercios españoles que quedaron en obediencia, y de los 80 caballos que habían perseverado en los estandartes. Justo parecía el premiar á estos leales, y Carlos recomendó que se les enviara siquiera media docena de pagas; sin embargo, no consideró necesario el conde de Fuentes, que corría en Bruselas con la superintendencia, aventajarlos en más de dos pagas, lo que causó más tarde gravísimo daño.

Tal era la situación de nuestro ejército y tal el estado de nuestros negocios á mediados del año 1593; burlado en sus pretensiones el Rey y reducidas las tropas á mantenerse en la frontera, faltas de los necesarios auxilios de aliados y de propios. No presentaban mejor cariz los asuntos de los Países Bajos, pues á mediados de Marzo púsose Mauricio sobre la plaza de Gertruidemberg, importantísima por su posición sobre las bocas del Mosa y por ser una de las mejores defensas del territorio brabantino. Ignorante el anciano Mansfeld de los proyectos del enemigo, y teniendo que acudir á un mismo tiempo á la defensa de la Frisia y de las plazas limítrofes, dividió sus fuerzas entre aquella provincia y el Brabante; por manera que al tener noticia del sitio de Gertruidemberg, no halló á mano suficientes tropas para enviar socorros, y aunque hizo grandes diligencias para allegarlas, dió tiempo más que suficiente para que Mauricio se apoderara del fuerte de Estenloo, que domina los diques, y que levantara alrededor de la plaza varios fortines, hiciera grandes cortaduras, fabricara dos puentes para que las tropas se dieran la mano á través del canal más ancho, abriera de fuerte á fuerte trincheras con palizadas y traveses tan bien entendidos, que no parecían, ni aun eran menos fuertes, que las propias murallas de la villa, y rompiera los diques para proteger las obras. Más de doscientas piezas emplazadas en plataformas, y colocadas en los bajeles que surcaban el Merka, batían sin cesar las defensas, mientras en los diques principales se plantaban otras dos baterías de quince cañones cada una, dirigidas por Holak y el conde de Solms. Por estos datos se comprenderá si fué empeñado el sitio de Gertruidemberg, á la que defendía una guarnición de 1,000 hombres, valerosa y bien gobernada. Sin embargo, poco podían prometerse los defensores del atribulado Mansfeld, pues habían transcurrido dos meses y no había parecido por aquel campo bandera alguna española. Y no es que diera aquél paz á la mano en lo de reunir tropas y aprestar el tren, pues hiciéronse levas en Alemania y en Lorena, y acudieron á Tournhaut, punto de concentración señalado por Mansfeld, unos 8,000 infantes y 2,500 caballos; sin embargo, tardaron las tropas en hallarse en disposición de marchar cosa de dos meses, tiempo que empleó el enemigo en circunvalar con toda perfección la plaza.

El 27 de Mayo partió esta gente de Tournhaut, y en tres días se puso á tiro de cañón de las trincheras y fuertes del enemigo; pero al llegar á este punto, reconocieron cuán difícil era introducir socorro alguno en la ciudad y sobre todo desalojar al holandés de sus posiciones. Intentarlo era cosa vana, pero no hacerlo, deshonra notoria; así es que, resuelto el ataque, efectuóse primero por la punta de un dique de escasa altura, defendido por un trincherón y dos fuertes, y luego contra los diques maestros, uno y otros defendidos por anchos fosos y lo inundado, que no se extendía menos de un cuarto de hora; pero ni uno ni otro ataque surtieron efecto, porque el trincherón, tomado y perdido por dos veces, fué volado por los holandeses; y la gente que se dirigió á los diques, como lo efectuase á media noche, hallóse al amanecer al pie de los fuertes, con agua hasta los pechos, y expuesta al fuego del enemigo. Buscáronse otros caminos y no con más fortuna, pues el ejército católico hubo de luchar en las trincheras contra los sitiadores y en los cuarteles contra la guarnición de Breda; pero animado Mansfeld por la brava resistencia de Gertruidemberg, determinó continuar acampado junto la aldea de Vasbech y mandó á buscar municiones, artillería y otros pertrechos á Amberes. Era tarde ya. La escolta empleó doce días en llegar á esta ciudad, y los sitiados de Gertruidemberg, muerto su gobernador, sin esperanzas de socorro, con el foso sangrado, un rebellín perdido, faltos de municiones y obligados á pelear pica á pica en la propia muralla, resolvieron entregarse en honrosas condiciones (25 de Junio). Salieron en su consecuencia á reunirse al campo católico y coincidió su llegada con el arribo de la gente de Amberes, 1,500 valones, algunas compañías de alemanes, cuatro cañones y cantidad de dinero. De este modo terminó el sitio de Gertruidemberg, uno de los famosos de la época, por los importantes trabajos de fortificación á que dió lugar: estudiándole con alguna detención, nótanse los notables adelantos alcanzados en la poliorcética por esta época, no menos que el talento militar del joven Mauricio de Nassau. Admiran en verdad las colosales obras llevadas á cabo y que requerían, no sólo un ímprobo trabajo, sino profundos conocimientos en el arte del ingeniero; pero en cambio, estas precauciones eran indispensables tratándose de sitios prolongados, pues el enemigo tenía tiempo más que sobrado para organizar sus fuerzas y acudir en socorro de la plaza sitiada. De aquí esas prolongadas trincheras, reforzadas por fuertes y reductos, detrás de las cuales se acuartelaban las tropas y que permitían defender con reducido número de gente un extenso circuito; esos trabajos de desecamiento, inundaciones, rotura y levantamiento de diques, construcción de esclusas, desviamiento de ríos, y tantos otros que acreditan los grandes conocimientos hidráulicos de los holandeses. Mauricio aplicó al arte poliorcético su profundo talento militar, y ayudado por excelentes ingenieros, logró perfeccionar esta rama de la fortificación, dando su nombre á procedimientos que, si no inventó, codificó y elevó á sistema. Esta es otra de las manifestaciones de su valía.

Inútilmente trató Ernesto de Mansfeld de reconquistar el fuerte de Crevecœur; pues el enemigo seguía sus movimientos y socorrióle á tiempo por el Mosa; así es que hubo de contentarse con socorrer á Bois-le-Duc, guarnecer á Grave, y regresar á Bruselas. El ejército católico se dividió entonces en dos fracciones: una de ellas pasó á la Frisia con D. Felipe de Robles, la otra quedó en la Campiña á cargo del marqués de Barambón, y de este modo terminaron aquellas operaciones. En Francia, á consecuencia de la tregua, el ejército había permanecido inactivo; pero no sin que ocurriesen graves novedades en él; pues, como al llegar las pagas al campo de Carlos de Mansfeld, se dieran solamente dos á la caballería italiana y valona, y cuatro á los tercios españoles y á la caballería de esta nación, ofendidos los extranjeros, amotináronse la noche del 14 de Octubre, y echando de sí banderas y oficiales, tomaron la vuelta del país de Hainaut. No hicieron otra cosa que los de Saint-Paul, pues, hallando poca resistencia en el lugar murado de Pont, sobre el Sambra, acuarteláronse allí, comenzaron á cobrar tributos; y también como aquéllos, dejóseles campear por su cuenta, pues el Conde hubo de atender á ciertos tratos pendientes con el de Aumale, el más fiel de los príncipes de la sangre, y en virtud de los cuales prestaron pleito homenaje á Felipe II los gobernadores de las plazas de Laon, Perona, Noyon, Hans y la Fère.

La nueva de las sediciones y desacatos cometidos por la milicia española é italiana, llegó á

M. Soler, Editor.

FAMOSO SITIO DE GERTRUIDENBERG EN 1593
(GRABADO DEL HOLANDÉS MATHAM)



Sitio de Groninga en 1594. (Facsímile de un grabado de la obra *Expediciones y victorias de Mauricio de Nassau.*)

oídos del monarca español, juntamente con otras de índole política no mas gratas; y como hubiese determinado proveer el gobierno de los Países Bajos en su sobrino, el Archiduque Ernesto,

quiso reorganizar el ejército y levantar gente nueva. Partió á este objeto de España el tercio de Mejía, fuerte de 2,500 hombres, y por Saboya, donde se le reunieron siete compañías de caballos, se introdujo en el Luxemburgo; siguióle el marqués de Trevico con un tercio napolitano y tres compañías de caballos; comenzáronse á disponer los pagamentos de los amotinados y redujéronse los cinco tercios de la infantería española á cuatro, designándoseles por jefes el citado Mejía, D. Luis de Velasco, D. Antonio de Zúñiga y D. Alonso de Mendoza. Introdújose también una reforma en las compañías de estos tercios y asimismo se reformaron las de lanzas nuevas del país, las viejas, algunas de italianos y una española. Este fué el suceso de más monta con que terminó aquel año, fecundo en contratiempos para los españoles; pues en Francia nada se había adelantado por las armas; en los Países Bajos, el enemigo nos había arrebatado á Gertruidemberg, y en Frisia amenazaba la ciudad de Groninga.

Para proceder con algún orden, fuerza será que demos cuenta de lo acontecido en esta remota provincia, pues aunque las operaciones que dieron lugar á la perdida de Groninga nos hagan salvar los límites cronológicos, el encadenamiento de los hechos oblíganos á trazar un ligero bosquejo que permita al lector abarcarlos con simple ojeada. No cesaba el enemigo de campear por Güeldres, el Over-Issel y la Frisia, acechando la ocasión más propicia de apoderarse de una plaza; y tampoco cesaba Verdugo de remitir avisos a Bruselas dando noticia del peligro y de la carencia de gente y de dinero: enfermedad crónica y que, como es lógico, debía concluir con el paciente. Pero ocurría con las tropas destinadas a Frisia una cosa singular: como los soldados tenían ya conocimiento de las fatigas y privaciones que en aquella región fría y desamparada se sufrían, desertaban la mayor parte antes de entrar en la misma; por manera que, al cruzar el Mosa, quedaban los batallones bastante mermados, y al llegar á su destino notablemente reducidos. Mansfeld, justo es reconocerlo, hizo cuanto en su mano estuvo para socorrer á Verdugo, y rendida que fue Gertruidemberg, despachó para Frisia parte de su ejército al mando del conde Federico de Berghes; pero esta gente salió de Steenwick pasado ya Agosto, es decir, en la peor época del año, tarde para verano y temprano para invierno, pues sobrevienen allí copiosas lluvias que imposibilitan hasta la llegada de los hielos toda operación; y sucedió con ellos lo que con otros refuerzos: á mitad de camino huyeron la mitad de los valones y buena parte de la caballería, siguiendo el resto con harto desagrado. Ya el enemigo había tenido noticia de este socorro, y resuelto á cerrarle el paso antes que pudiera darse la mano con Verdugo, encerrado en Groninga, situóse en los pantanos de la Bourtange y ocupó y cortó un dique construído con tierra y fagina por los villanos del país, y que se extiende á través de él espacio de dos leguas. Este movimiento no pudo ser estorbado por los de Groninga, y nuestras tropas hubieron de retroceder á Oldenzaal, dejar allí la artillería y tomar de nuevo la vuelta por las inmediaciones de Covorden; pero vencida aquella dificultad, pudieron sin tropiezo alguno reunirse con Verdugo.

Desde aquel momento comenzaron en la provincia de Groninga una serie de operaciones cuyo principal objetivo era por parte de Verdugo apoderarse de todos los fuertes construídos por el enemigo alrededor de la ciudad y abrirse paso á través de la Bourtange; pues Verdugo no tenía en aquella ocasión otra salida que el paso de Covorden. Movíale á ello la necesidad de sacar á su gente de la peligrosa inacción en que se hallaba y de impedir que el enemigo devastara el país, pero sobre todo la de venir con él á las manos, pues en la situación á que había llegado, era más bien caso de probar fortuna que de atender á ley de guerra, ya que había de luchar con un adversario constantemente parapetado, y moverse entre pantanos y turberas azotados por constantes aguaceros. Hecho este pensamiento, sacó Verdugo su gente á campaña, con dos piezas de escaso calibre y algunos carros de vituallas, y dando un gran rodeo fué en busca del enemigo, que se hallaba fortificado á una legua de Groninga, en terreno cortado por profundos fosos y canales. No era fácil acometer de frente las trincheras, ni menos obligarle á que las abandonara, pues la táctica de Guillermo de Nassau se reducía á mantenerse cerca de Groninga, sin empeñar combate con gente que tenía el doble valor de la experiencia y de la desesperación. Además estaba bien informado del estado de nuestros asuntos por el drosarte de Groninga, un traidor de quien cuen-

ta Verdugo que habiéndole comunicado el secreto del movimiento emprendido, hizo llegar aviso al enemigo (1): y á causa de esto, inútilmente tentó Verdugo la pelea, pues Guillermo de Nassau no se movió de sus trincheras, y el Coronel, perdida la paciencia, tomó la vuelta de Covorden, pasando á situarse en Dalem, con la secreta mira de acometer aquel fuerte.

No podía ser más triste la situación de Verdugo, reducido á un puñado de soldados, falto de dinero para pagarles, operando en un país que le era completamente hostil, en la época del año menos á propósito, pues el invierno entra allí con grandes lluvias, y obligado á tener su gente en campaña, por no saber dónde alojarla. Al llegar a Dalem, como el invierno se presentara muy



Galeras españolas (Facsímile de un grabado antiguo)

riguroso y abundante en aguas, comenzó la gente á padecer y á desmandarse, yéndose sin licencia la mayor parte de los valones; y una vez frente á Covorden, aumentando la necesidad y la fatiga, concluyó de marcharse el resto de aquellos soldados. Sólo los alemanes, nuestros mas fieles auxiliares, en unión de los españoles, resistieron tales pruebas; y alojados por aquellas villetas, manteníanse con harta pena, por ser la gente del país pobrísima. Y lo peor del caso es que ya no podía confiarse en el arribo de socorros, pues las tropas que á fuerza de promesas pasaban el Rhin desmandábanse al llegar al Over-Issel, íbanse á robar ó se pasaban al enemigo; resultando de aquí que cuantos esfuerzos hacían en Bruselas para salvar á Verdugo eran completamente inútiles. ¿Qué más? El mismo Coronel hubo de dar licencia al tercio de Gastón Spínola para que regresara al Brabante, temeroso de que estallara la sedición y le arrebatara los pocos leales de que disponía. y en pos de este tercio, fueronse otras compañías, quedando reducido Verdugo á su pequeño contingente. No estribaba, sin embargo, el mal en la falta de soldados, sino en la de dinero, pues llegaban las tropas á Frisia sin recursos, y como el país no los ofrecía, deshacíanse las compañías tan

(1) *Comentario de la Guerra de Frisia.*

presto ponían en él la planta. En esta situación, era difícil tentar empresa alguna, pues los enemigos, conociéndola, evitaban prudentemente los encuentros, y mientras nuestros soldados tenían apenas con qué alimentarse, ellos, conocedores del país y gente sobria, sustentábanse fácilmente y se hallaban por sus espías perfectamente enterados de todos los movimientos de los españoles.

Gran fortuna, por otra parte, que los holandeses no trataran este invierno (1593-94) de molestar á los católicos, como podían hacerlo cortando sus comunicaciones entre Covorden y Groninga; mas en cambio tuvo noticias Verdugo de que hacían grandes levas en Alemania, lo que le obligó á repetir con gran energía sus instancias, obteniendo, gracias á ello, un socorro de 1,600 hombres. Este contingente, unido á las tropas que pudo allegar Verdugo, formó un total de 3,500 infantes y alguna caballería: suma insuficiente reunida no sin harto trabajo; pero muy inferior á la que alcanzaba el ejército enemigo. Empero, no era aquélla la primera ocasión en que luchaban los nuestros con inferioridad numérica.

Avanzó el holandés hasta el lugar de Ommen, situado al Sud de Covorden, y en el que se fortificó; fueron los nuestros á su encuentro, y ocurrió lo que otras veces; puesto que no se movió de las trincheras, á pesar de haber escaramuzado los españoles frente á ellas; pero como no era posible mantenerse á la vista del enemigo mucho tiempo, por falta de vituallas y forraje; y como tampoco podía cerrársele el paso á Groninga, teniéndole por otra parte más seguro y acomodado, y pudiendo luego cortar las vituallas á los católicos, resolvióse en consejo despachar á Groninga parte de las tropas y dejar las restantes arrimadas á una plaza fuerte. En consecuencia, quemáronse las barracas y destruyéronse las fortificaciones, emprendiendo la marcha á Denichum. De este modo Guillermo de Nassau, consiguió, sin batirse, un importante triunfo sobre los nuestros; porque á la retirada siguió tal decaimiento de ánimo, que pocos eran los que se avenían á encerrarse en una plaza fuerte. Surgieron de aquí desórdenes é inobediencias que procuraba reprimir buenamente Verdugo, pero que le privaron de parte de la soldadesca y aun del ánimo de mandarla; sin embargo, como nadie quisiera correr con tal obligación, el sufrido Coronel continuó cumpliéndola; aunque sin conseguir remediar tamaños males, ni verlos remediados por quien principalmente debiera hacerlo. El ejército católico permaneció en Denichum un mes, y allí tuvo ocasión su caudillo de enterarse del estado de Groninga, muy poco favorable, como puede suponerse, á nuestros intereses. Se dudaba que Verdugo pudiera evitar la entrada en la ciudad de los holandeses y avisaban á éste que no enviase allí gente sin dinero; mas como el Coronel carecía de soldados y de escudos, hubo de limitarse, como tantas veces, á despachar para Bruselas un emisario, con el que se fué de escolta, para no volver, parte de la caballería.

La pérdida de Groninga era, sin embargo, un hecho; porque ni podían llegar socorros, ni aunque llegaran utilizar Verdugo aquella gente desmoralizada por los motines y gastada por las fatigas de prolongadas campañas. Si Guillermo llega á perseguir á Verdugo en su retirada á Denichum, fácil es que le hubiese destruído. No lo hizo, pero llegó á Groninga sin ser inquietado. El precioso facsímile reproducido en una de las páginas de este mismo Estudio dará al lector idea de los importantes trabajos realizados por él alrededor de la ciudad, así como de la disposición del campo enemigo, situado al Sud de la misma. Estrechamente circunvalada por el ejército holandés, fué batida por la artillería, precisamente cuando en el campo español se amotinaban los soldados y en el Brabante hacía otro tanto la gente destinada al socorro: las trincheras fueron prolongándose hasta el foso, éste cegado, y un rebellín que estaba en construcción minado y volado. En el intervalo, los rebeldes que encerraba la villa promovieron un motín con objeto de hacer entrega de ella al enemigo; pero esta intentona no tuvo éxito: no obstante, el sitio se prolongó ya pocos días, porque el encargado de la pólvora engañó á los soldados haciéndoles tirar sin tasa, y aquélla escaseó cuando más falta hacía; la gente estaba cansada de sufrir privaciones, y así católicos como protestantes eran ya partidarios de la entrega. No se dió más que un asalto, rechazado por la guarnición; y á poco capituló la villa en condiciones bien poco honrosas, pues se obligaron los soldados católicos á no servir por espacio de tres meses en la Frisia.

Perdióse de este modo Groninga, y con ella perdió Verdugo buena parte de su gente; con

lo que se vió casi solo cuando más desembarazado se hallaba el enemigo para acometerle. Primero desfiló para el Brabante, el regimiento del conde de Soltz, sin embargo de haber sido más bien pagado y entretenido que los demas; siguieron su ejemplo los demas extranjeros y la caballería, y habiendo quedado en el campo los españoles, amotinóse la mitad de éstos y siguió el ejemplo de los demás, viéndose reducido Verdugo á una pequeña parte de la gente española. En tal situación, fácil era á Mauricio arrojarse sobre él y aniquilarle; y así lo hubiera hecho, no ignorando lo ocurrido en el campo realista; pero salvaron á Verdugo las copiosas lluvias que cayeron por aquellos días, engrosando todas las corrientes é interceptando los principales pasos:



Arcabucero á caballo, cargando el arma. (Della Croce, *Theatro militare*)

contratiempo que, unido á la reclamación de socorros hecha á Mauricio por Enrique de Navarra, obligó al enemigo á dividir sus fuerzas y á despachar su gente á las guarniciones.

Ocurrían estos sucesos, muy entrado ya el año 1594, en cuyos primeros días había tomado posesión del gobierno el archiduque Ernesto. Su llegada consideróse como pronóstico de paz, no tanto por las especiales dotes que se le atribuían cuanto por los recursos que de España debíanse mandar. Y á la verdad que bien necesitaban los Estados de un hombre de talento y energía, sobre todo con algún ascendiente en la corte para procurarse lo que más falta hacía en Flandes: el dinero. Mas por desgracia el Archiduque era persona de rectas intenciones, pero falto de talentos militares y políticos, y lo que es más triste, de salud; así es que, sin imprimir nuevo vigor á las operaciones, ni lograr introducir mejora alguna en aquellos Estados, cuyo mal era ya antiguo, durante el corto periodo de su mando empeoróse la situación, hasta el extremo de estallar tres motines en el ejército, y verse, por decirlo así, insultado por los sediciosos desde los arrabales de Bruselas. Pésimo era, pues, en los Países Bajos nuestro estado de cosas, pero no mejor el que ofrecían las de Francia, donde la abjuración hecha por Enrique IV dió lugar á una serie de sucesos, en su mayoría adversos á los españoles; porque auxiliado éste por nuevos prosélitos, pudo dejar la defensiva y atreverse á emprender el sitio de alguna plaza fuerte de importancia.

La primera que eligió fué la Ferté Milon, pero con poca suerte, pues acudió en auxilio de la plaza el conde Carlos, en compañía de Mayenne y Aumale, obligándole á levantar el sitio y tomar la vuelta de Soissons; sin embargo, este ligero desengaño, hizo en él escasa mella, vista las defecciones que por entonces experimentó la Liga. Vitri, el gobernador de Meaux, fué el primero que vendió la plaza que le habían confiado al Rey; los gobernadores de Perona, Roye, Mondidier, Orleans y Bourges siguieron el ejemplo: un motín de burgueses, abrió á Enrique las puertas de Lyon; Villars, almirante de Francia, le entregó la alta Normandía y la ciudad de Rouen; el conde de Carces, la Provenza, y por último Baligny, señor de Cambray, reconocióle por soberano. Todo esto se hizo, por de contado, mediando grandes sumas y títulos, gajes y honores; pero gracias á ello Enrique IV adquirió gran parte del reino. Quedábale, sin embargo, por conquistar la capital, y Enrique no dió paz á la mano hasta ganar con una gruesa cantidad á Brissac, gobernador nombrado por Mayenne y uno de los partidarios más exaltados de la Liga; conseguido lo cual, y ofrecida completa amnistía y olvido de lo pasado, la noche del 21 al 22 de Marzo ocupó Brissac con la milicia ciudadana las puertas Nueva y de San Dionisio, y á primera hora de la madrugada entraron por ellas los realistas, siendo acogidos por los burgueses con los gritos de *¡Viva la paz!* y *¡Viva el Rey!* Pocos obstáculos tuvieron que vencer los recién llegados, y á la mañana siguiente efectuó Enrique IV su entrada en París acompañado del ejército. Acto seguido hízose deponer las armas á las milicias que ocupaban la margen izquierda del Sena, leales á la Liga, y como el presidio español se mantuviera en armas en sus cuarteles, no presentando trazas de vender fácilmente las vidas, ofrecióle Enrique toda clase de seguridades y dióles salvo conducto para dirigirse á Flandes: lo que efectuó saliendo de París con extremada compostura por la puerta de San Dionisio el 22 de Marzo y llegando el 7 de Abril á la Fère.

Reducida la guerra en Francia, como en Flandes, á la conquista y pérdida de plazas fuertes, con gran ruina, no sólo de las ciudades, sino de los territorios circunvecinos, el conde Carlos de Mansfeld que se hallaba retirado en Soissons, por señalarse en algo tomó á la Chapelle (5 de Mayo), y el duque de Bouillon, ayudado del Bearnés, fué á poner sitio á Laon, en cuyo socorro se comprometió el ejército católico. Temeridad era acudir en auxilio de esta plaza, pues el ejército enemigo ascendía á más de 13,000 infantes y 4,000 caballos, sumando las fuerzas de los católicos unos 7,000 infantes 1,000 corazas y algunas compañías de arcabuceros; pero empeñóse Mayenne con el archiduque Ernesto en que se acudiera á Laon, y Mansfeld recibió la orden de mover su campo, bien que prometiéndole refuerzos de los Países Bajos. El ejército coaligado dejó á la Fère el 27 de Junio y después de cruzar como dos leguas de campiña abierta introdújose por el bosque de Crepy, que se extendía hasta media legua de los reales enemigos: efectuada esta operación, presentóse á la vista de los franceses y emplazó sobre una eminencia vecina al bosque la artillería, al abrigo de cuyos fuegos camparon los nuestros; pero reconocidas desde allí las fortificaciones enemigas vióse que sería difícil libertar á Laon, caso de no llegar los refuerzos prometidos.

Tal como se hallaban situados los ligueros, no podía prolongarse su permanencia frente al enemigo muchos días; pues disponiendo éste de mayor número de caballos, interceptaba sus comunicaciones con la Fère. Y ocurrió lo que era de presumir: fueron apresados los carros de vituallas y sorprendido un importante convoy con grandísima pérdida de gente y bastimentos. Esta desgracia y el no ver cumplida la promesa de socorro, movió al Conde á retirarse á la Fère, retirada en alto grado crítica, pues hecha al frente de un enemigo avisado de antemano podía terminar con un desastre. Sin embargo; tal movimiento es uno de los más brillantes llevados á cabo por nuestro ejército, pues se realizó en parte de noche y á través del cerrado bosque de Crepy, en parte á la luz del sol por la espaciosa llanura de la Fère, llevando bagajes, impedimenta y artillería. Justo es reconocer que el arriesgado consejo de D. Agustín Mejía, el «Jenofonte de Laon,» como con mucha propiedad le llama un historiador, se cumplió con tanta celeridad como orden, contrastando la diligencia de los nuestros con la lentitud del enemigo. La vanguardia y el cuerpo de batalla cruzaron durante la noche el bosque y al despuntar el día comenzaron á entrar en la Fère; precisamente cuando la retaguardia salía de aquél y acudían á cargarla los numerosos

caballos del Bearnés. Formó entonces aquella brava infantería apretado escuadrón, erizado de picas y protegido por los arcabuceros, y á lento paso fuese retirando, no sin rechazar las cargas de la caballería contraria. Y demostróse allí la supremacía de aquella arma, pues atacado el sólido por la flor de la nobleza, no pudo ser roto, llegando á la Fère con el mismo orden con que salió del bosque. A los catorce días de acaecido este suceso se rindió al enemigo la ciudad de Laon, y entregado ésta, gran número de poblaciones reconocieron la soberanía de Enrique IV. En las provincias guerreaban todavía algunos señores, y el Rey procuró comprarlos: Guisa se sometió mediante 400,000 escudos, una pensión de 24,000 libras y el gobierno de la Provenza; los demás príncipes, excepción hecha de Mayenne y de Aumale, hicieron lo propio en condiciones iguales.

La rendición de Laon y las noticias que llegaron á oídos de Mansfeld indujéronle á arrimar el ejército á la frontera de Flandes, donde hizo entrega de su mando. Mejía, que le reemplazó, tampoco se alejó de ellas, limitándose á devastar la campiña de Cambray y á molestar constantemente á los de la plaza, mientras se reunían en Flandes las fuerzas indispensables para sitiarla; y el conde de Fuentes y el Archiduque que tenían puesta la mira en esta villa, acabado de juntar el dinero para satisfacer á los amotinados de Saint-Paul y Pont, despacharon para el Artois á los pagadores, gracias á lo cual el ejército de Francia pudo aumentarse con aquellos efectivos y alcanzar la cifra de 8,000 infantes y 1,500 caballos. Distribuyéronse todas estas tropas por los pueblecillos circunvecinos de Cambray, y la ciudad quedó bloqueada hasta el mes de Noviembre, en que el ejército, devastada por completo la campiña, hubo de trasladarse á Douay, donde invernó con hartos trabajos. Con estas operaciones podríamos dar por terminados los sucesos del 1594, si una ocurrencia por extremo deplorable no hubiera introducido en el Brabante gran perturbación; el motín del tercio de Spínola que acababa de llegar de Frisia; motín que alcanzó proporciones considerables, pues atrincherados los sediciosos en Sichem, en menos de quince días se les juntaron los regimientos de las demás naciones, en número de 1,500 infantes y 800 caballos; siendo lo más triste que esta vez tomaron parte en él alféreces y tenientes reformados y las compañías distinguidas del duque de Parma. Esta gente, de tan diversas procedencias, pues afirma un autor que allí se hablaban once idiomas, dióse á sí propia el título de *República de Siquem* y despachó con este título cartas patentes á las ciudades y lugares del país, puso á contribución, no sólo el territorio que ciñe el Mosa, sino parte de las provincias walonas, llegando su atrevimiento al extremo de cobrar impuestos á las puertas mismas de Bruselas, frente á las cuales cruzaba su caballería: insolencia que indujo al Archiduque á efectuar los pagamentos de Pont y de Saint-Paul, pues se hallaba dispuesto á castigar con severidad á los revoltosos. Y á la verdad, urgía proceder con rigor, porque en Francia tambien se amotinaba la guarnición de la Chapelle, recibiendo en la plaza tantos camaradas, que al fin los mismos revoltosos hubieron de cerrar las puertas.

Apercibíase el Archiduque á poner remedio á tales demasías, cuando supo que los de Sichem habían pedido á Mauricio salvo conducto para en caso de peligro arrimarse á Breda ó á otras plazas rebeldes: «nuevo género de infamia, dice un testigo, no practicado hasta entonces»; pero tal medida, aceptada con gozo por Nassau, sólo sirvió para exasperar los ánimos en el Consejo real. En consecuencia, mandóse para Sichem á D. Luis de Velasco con dos tercios españoles, dos regimientos extranjeros y alguna caballería, con objeto de que bloqueara los cuarteles de los amotinados, y que, de no conseguir reducirles por hambre, les atacara y degollara. Poco importaba al Archiduque que se pasaran al enemigo, porque se les debía un millón de escudos; cantidad que, aun satisfecha, no evitaría nuevos desacatos, mientras que Mauricio, cuyos soldados eran en su mayoría patriotas, ni querría servirse de gente tan desmoralizada, ni aunque quisiera, podría pagarla. Y así ocurrió en efecto. Velasco atacó con gran bizarría sus fortificaciones avanzadas, mediaron combates que casi pueden llamarse batallas, y no sin graves pérdidas obligóles á retirarse á la villa de Sichem y luego al país enemigo; pero Mauricio no les hizo proposicion alguna, ni aun admitió la que le hicieron de que los tomara á sueldo (1), permitiéndoles en cambio, lo que

(1) Así lo afirman Carnero en la obra antes citada, Herrera en su *Hist. de Mundo*, y otros historiadores; pero la niega Coloma en sus tantas veces citadas *Guerras de los Estados Bajos*

es más raro aún, entrar en tratos con el Archiduque, desde sus cuarteles de Langstrat y pasar luego á Tillemont, donde convinieron en permanecer recogidos y seguros, hasta tanto que se les dieran sus alcances.

El Sr. D. Alejandro Llorente, en sus notables notas á la obra de Villalobos y Benavides, inserta un erudito trabajo sobre *El motín de Sichem y en general los de Flandes, desde 1589 hasta fines del siglo* XVI, y de él entresacamos las siguientes atinadas consideraciones: «Dieron mucho que discurrir estos motines tan frecuentes, prolongados y perniciosos á los militares y políticos, y á los historiadores de aquella época, siendo cuerda su común opinión de que no había otro medio de



Arcabucero montado, galopando. (Della Croce, *Theatro militare)*

impedirlos que pagar puntualmente á la gente de guerra, pues, aunque alguna vez hubo ensayos de aplicar un riguroso y merecido castigo, si bien pudo aplicarse á las tentativas de los más díscolos, era ya difícil después de generalizada y triunfante la alteración en presencia de los enemigos. Merece notarse que con la frecuencia de tales desórdenes, llegaron á establecerse ciertas prácticas constantes, no sólo para despedir á los capitanes, designar electo y otros oficiales, sino también para cobrar contribuciones de las comarcas próximas, y por último para la liquidación, pago y terminación de aquella especie de tumultos, sujetandolos á cierto orden. Fué gobernador de la caballería en el motín de Sichem, Juan Bautista Rossa, que antes había sido capitán de una compañía y persona de opinión, y, según Coloma, la forma de gobierno que establecían fundada en hacerse temer con rigor inviolable, si bien como violenta no podía durar mucho, por poco tiempo era eficacísima, y tal que la obediencia y buen orden en ningún género de milicia se vió más observada. Antonio de Herrera, llega hasta el punto de explicar cuáles eran las reglas generales aplicadas para apagar y concluir los motines, y es ciertamente vergonzoso aquel código de la indisciplina. «Las condiciones, dice gravemente este autor, que se suelen otorgar á los amotinados son: el perdón general, la paga de lo que se les debe; muestra general para pasar cada uno á la compañía que quisiere.» Aparte de estas pretensiones, en las cuales, según este cronista, no me-

diaba particular reparo, había otras que parecían desmedidas, como fueron, según hemos visto, las primeras que pidieron en Sichem, de que *se habían de dar seis pagas á aquellos á quienes nada se debiere*, y ciertas prácticas calificadas de escandalosas, aun en la jurisprudencia del motín, de las cuales en cada nuevo caso se discurrían y alambicaban algunas todavía más perniciosas que las ya conocidas, como aconteció en otros tumultos posteriores á los referidos, y á los cuales fué ya preciso aplicar duro cauterio... En la época á que principalmente me refiero, el resultado de las malas pagas, miserias, desnudez, tumultos y pecoreas de los soldados, concurriendo otras causas, fué que del todo se acabase de perder la Frisia, antes baluarte del poder español y luego



Arcabucero montado, disparando. (Della Croce, *Theatro militare*)

ciudadela de los Estados rebeldes; y que éstos sacaran en adelante unos seis mil soldados y otros recursos de aquellas provincias, cuya adquisición pudo considerarse como suceso decisivo para consolidar el establecimiento de la nueva república. Agravóse la desgracia con ocurrir otras pérdidas, y padecieron males crueles las provincias fieles, con las correrías y exacciones de aquella desmandada soldadesca, que acaba de empobrecerlas y desolarlas. Estuvieron, además, como en suspenso las armas, mientras tanto que el exhausto tesoro de España continuaba oprimido con carga muy superior á sus fuerzas; malogróse la ocasión que ofrecían los hielos de un invierno rigurosísimo para penetrar á pie enjuto hasta el corazón de las provincias septentrionales; dióse tiempo á los holandeses de que reparasen sus pérdidas, y á favor del descanso organizaron y aumentaron sus fuerzas, tan alentadas con la capitulación de Groninga. En tan tristes circunstancias, comenzó el conde de Fuentes su hábil y gloriosa campaña, cuyo mérito nunca alcanzará á comprender quien ignore cuál era anteriormente la situación general de los negocios, y sobro todo la del ejército del rey de España, que militaba en los Estados de Flandes (1).

(1) *Comentarios de las cosas sucedidas en los Países Baxos de Flandes, desde el año 1594 hasta el 1598*, compuesto por D. Diego de Villalobos y Benavides, capitán de caballos lanzas españolas, con una introducción, notas é ilustraciones, por D. Alejandro Llorente. Tomo VI de los *Libros de Antaño*. Madrid, 1883.

V

Comenzó el año 1595 con la declaración de la guerra á España hecha por Enrique IV de Francia, á la que siguió la invasión del Luxemburgo por el duque de Bouillon y el conde Felipe de Nassau al frente de 3,000 holandeses. Esta declaración reconocía por causa principal las hostilidades de los españoles contra Cambray; pero en realidad, tenía por objeto intimidar á Felipe, logrando que abandonaran el suelo francés las escasas tropas que se hallaban junto á las fronteras, é impidiendo que avanzaran las que reunía el Condestable de Castilla en el Milanesado; pero aunque, como hemos visto, no disponía el archiduque Ernesto de gente suficiente para atender á la par al Luxemburgo y al Artois, no por esto se arredró, y por de pronto respondió á Enrique con otro manifiesto en que se aceptaba el reto. Pocos días de existencia contó después de este acto el Archiduque, pues falleció el 20 de Febrero en su residencia de Bruselas, encargándose entonces del mando el conde de Fuentes.

Fuentes era una gran figura militar. Dotado de gran perspicacia y energía; rígido á la par que prudente, sobrio y valeroso, era el hombre que necesitaba á la sazón España en las Provincias para sostener su decadente dominación. Su aparición en aquel gobierno hizo cambiar muy en breve el estado de cosas, su presencia al frente del ejército trocó radicalmente la fisonomía de la guerra; porque el Conde, era no sólo un gran militar, por extremo aficionado á la escuela del duque de Alba, sino un político de alguna talla, gran conocedor de los hombres y de las cosas, y administrador hábil, no menos que inteligente capitán. Las responsabilidades que consigo llevaba aquel gobierno eran graves, pues el país se hallaba esquilmado, el ejército en constante motín, descontento el pueblo y en abierta oposición los señores, á quienes disgustaba tener á Fuentes por superior; pero como los hombres verdaderamente grandes son los llamados á conjurar tales peligros, Fuentes manifestó no ser bastantes ellos para arredrarle. Lo que más urgía era remediar la extrema necesidad de las tropas, y gracias al arribo de un millón cuatrocientos mil escudos, hubo con qué atender al ejército de Artois, atención que se prefirió al pago de los de Tillemont. Luego trazó el Conde su plan de campaña, y como además de la amenaza del francés en Artois y la invasión del Luxemburgo, hubiese que atender al obispado de Lieja, donde los holandeses acababan de conquistar la villa de Huy, despachó para éste á Mr. de la Motte; para Luxemburgo, á Verdugo, y para Francia, al marqués de Barambón; tres capitanes de gran habilidad y valor, en los que podía depositar de lleno su confianza.

Barambón tenía orden de sacar al ejército de los contornos de Arras y conducirlo al interior de Francia, para sustentarlo á costa del país; y, consiguiente á ella, al frente de 6,000 infantes y 1,200 caballos, entróse por la Picardía hasta la ribera del Somma, abasteció á la Fère, hizo correr su caballería por los arrabales de París, conquistó algunos castillos de poca importancia y condújole de nuevo á las inmediaciones de Cambray, objetivo que no perdía de vista el conde de Fuentes. Entre tanto, Verdugo, con un ejército que sumaba casi igual cifra que el de Barambón, derrotaba en el Luxemburgo á los holandeses, obligando al conde Felipe á regresar á Holanda. Sus acertadas medidas impidieron que los franceses hicieran grandes progresos en el ducado, y á fines de Mayo éstos abandonaron las plazas que conquistaran y retiráronse al interior, seguidos por el ejército español que puso á saco buena parte de la Champaña. Verdugo recibió entonces la orden de encaminar el ejército hacia Catelet, sobre la que se hallaba ya el conde de Fuentes, y pocos días después murió el veterano gobernador de Frisia en el Luxemburgo. Gran soldado y gran gober-

nador, este insigne caballero, tan valiente como poco favorecido, nos ha legado en sus *Comentarios* un bosquejo de aquellas campañas, en que de un modo harto triste se revela el estado a que había llegado nuestra milicia y nuestro crédito en aquellos remotos países.

Podrían calificarse de aventurados los planes del conde de Fuentes, al acometer á la par tres empresas tan distintas; pero confiaba con razón en la pericia de sus generales, y así Verdugo, como Barambón y la Motte cumplieron perfectamente su cometido: aquéllos haciendo frente á los franceses y llevando sus armas hasta los arrabales de París, éste recuperando la villa y fortaleza de Huy. Libre entonces de aquellos cuidados, Fuentes decidió anticiparse á los proyectos del rey de Francia, y á mediados de Junio salió de Bruselas, decidido á hacerse dueño de Cambray. Para realizarlo habíanle ofrecido los habitantes de Tournay, Lila, Artois y Henaut, hombres, dinero, municiones y todo género de bastimentos a bajísimos precios, pues la gente de estos países se veía constantemente vejada por el señor de Cambray; además el Conde, una vez agregados á su ejército el del Luxemburgo y el de Mr. de la Motte, cuidó de no emprender las operaciones sin tener asegurada mensualmente la paga del ejército; medida acertadísima y á la que, sin duda, pudo atribuirse gran parte del buen suceso.

Importaba no dilatar la empresa de Cambray, porque de un momento á otro podía entrar socorro del enemigo; y siendo aquella plaza excelente baluarte contra Francia, á la par que padrastro de las provincias walonas, era tanto más de codiciar, por lo temible, que de ambicionar por lo rica. Mas para sentar con seguridad frente á ella los reales, era indispensable apoderarse de Catelet, plaza distante cuatro leguas de Cambray, y sobre lo que se puso Fuentes el 18 de Junio. Señoreabase ya el arrabal, despues de obstinada lucha, cuando se supo la traición del gobernador del castillo de Han, que había de costar la vida a más de cuatrocientos españoles; y este suceso vino a interrumpir las operaciones del sitio, sin que pudiera remediarse a pesar de la diligencia con que acudió Fuentes al castillo; pero abiertas las trincheras así que regresó el Conde, capituló la guarnición en el momento del asalto, rindiéndose también por consecuencia de esto el fuerte de Clery, situado sobre el Somma y á una legua de Perona.

Esta conquista y la ocupación de aquella parte del Somma, hizo sospechar al duque de Nevers, encargado por el Bearnés de la defensa de Picardía, que se trataba de sitiar alguna de las plazas situadas sobre aquel río; pero la verdad es que ni era éste el pensamiento de Fuentes, ni aunque lo abrigara pudiera realizarlo, por ser fuerza trasladar la mitad de las tropas á la otra orilla, y carecer de la gente necesaria para tal operación. Sin embargo, contentóse con distraer el enemigo, situándose entre Perona y Corbie, deseando coger desapercibida á la plaza de Doullens, sin apoderarse de la cual era inútil cualquier tentativa contra Cambray; y aunque no logró impedir la reforzara Nevers con 1,500 soldados, decidido á tomarla, condujo hasta ella, la noche del 15 de Junio, su reducido, aunque excelente ejército.

Era Doullens una ciudad como de mil vecinos, fortificada á la moderna, defendida por un buen castillo y asentada en una llanura que riega el Authie, de cuyas aguas llenaban sus fosos. Contaba con una guarnición de 2,500 infantes y más de 1,000 caballos, figurando entre tal gente, personajes de la primera nobleza, y podía esperar ser socorrida por el ejército de Nevers y de Bouillon, que ya tenían noticia del cerco. Las dificultades comenzaron en el campo sitiador por carecer de gente para cercarla, luego por no avenirse los capitanes con respecto á si debía atacarse antes la villa que el castillo. Tentóse lo primero, y en los reconocimientos murió La Motte; optóse entonces por lo segundo, como de resultado más seguro; pero la excelente fortificación del castillo retardó la toma, y habían transcurrido más de quince días y se habían dado infructuosamente varios asaltos, cuando se tuvo aviso de que el ejército enemigo mandado por el duque de Bouillon y el almirate Villars avanzaba en socorro de Doullens. Este aviso se dió el 23 por la noche, y el 24 á las diez de la mañana el ejército enemigo comenzaba á desplegarse en la llanura, causando en los cuarteles españoles cierta confusión por temor de que cargara sobre el bagaje; mas, por fortuna, el conde de Fuentes acudió á poner orden en las tropas, disponiendo que se recogiera la impedimenta en la plaza de armas con 2,000 infantes de custodia, y que se reforzara la guardia de las de trin-

cheras, al abrigo de las cuales formó un escuadrón de 2,000 infantes con cuatro medios cañones, y un escuadroncillo volante, ambos de españoles.

El enemigo se adelantaba en esta disposición: «La vanguardia con sus normandos y cien corazas de Picardía traía el almirante Villars, repartida en dos tropas de á doscientos caballos y una de ciento; la batalla en que podía haber trescientos caballos picardos, todos de una tropa traía á su cargo Mr. de Saseval; lo restante hasta el número de seiscientas corazas, repartidas en cinco tropas, traían el duque de Bouillon y el conde de Saint-Paul. Sin estos tres cuerpos había algunas tropas de arcabuceros de á caballo y dragones sobresalientes que iban delante de cada trozo para trabar escaramuza. Sobre su mano derecha marchaban mil y doscientos infantes escogidos de los regimientos de Campaña y Picardía, y veíanse venir marchando con ellos veinte carros cargados de municiones de guerra. Su intento era meter la infantería y municiones en la villa, y retirarse dando una mano á nuestra caballería, en que se les ofrecía menos dificultad de la que hallaron (1).»

El movimiento apresurado de la gente católica al cargar el bagaje, hizo creer á los franceses que nuestro ejército, temeroso de venir á las manos, levantaba el campo; y persuadidos de conseguir fácil victoria, sin aguardar las tropas del duque de Nevers, que debía incorporárseles con el grueso de la fuerza, decidieron emprender el ataque. Pero el conde de Fuentes se adelantó á los escuadrones franceses, al frente de la caballería católica dividida en tres cuerpos y sostenida por una reserva de 300 lanzas. El cuerpo que constituía el ala derecha, compuesto de hombres de armas, sostuvo bien el choque; pero los caballos ligeros, que formaban la izquierda, entraron en la línea con algún retardo, y al llegar á ella las primeras compañías, lanzáronse las corazas del Almirante sobre ellas, obligándolas á volver grupas. Aprovechando esta ventaja, el cuerpo de batalla mandado por Sesseval, tomó por la derecha en dirección de la ciudad, con intención de distraer á los españoles y caer luego sobre su flanco; movimiento que, entendido por D. Carlos Coloma, que mandaba los 300 caballos de reserva, indujo á éste á lanzarlos contra Sesseval, sin esperar orden alguna. Este acto, que demuestra de evidente modo hasta qué punto es válida la iniciativa individual en los campos de batalla, salvó al ejército de grave riesgo; porque más de cien franceses fueron muertos y apeados, escapando los restantes á rienda suelta. Mandó entonces el Conde de Fuentes á D. Sancho de Luna que cargase por el flanco al Almirante, cuyas tropas iban en seguimiento de nuestros caballos ligeros del ala izquierda, y trabóse una brava pelea, que decidió la llegada de nuestra infantería; pues rehechos ya los que se retiraban, destrozado el centro enemigo y permaneciendo en no justificada inacción su izquierda, sostuvo inútilmente todo el peso de la lucha el almirante Villars, y á pesar de los refuerzos que le mandaron Bouillon y Saint-Paul, hubo de retirarse acosado de cerca por los españoles. «En comenzando este movimiento, dice el valiente jefe de la reserva, parecía que brotaba caballos nuestros campos»; porque, en efecto, el centro español que hasta entonces permaneció compacto á las órdenes de Fuentes, empeñóse entonces en la batalla, y en unión de las lanzas de Coloma, concluyó de arrollar al enemigo. Villars, que se retiraba, no sin volver por intervalos cara á sus perseguidores, fué á la postre roto y muerto; y la detención que causó esta refriega, dió lugar á Bouillon y Saint-Paul para ganar el camino de Amiens, no pudiendo ser alcanzados por los nuestros. Con ambos señores se salvó alguna caballería; la infantería enemiga, que procuraba abrigarse en un bosque cercano, acometida por nuestros hombres de armas, fué en su mayor parte pasada á cuchillo. Los carros de municiones, bagaje, y con él la recámara de los príncipes, cogiéronse todos, y la recámara fué entregada al saqueo. Murieron en esta batalla unos 2,000 soldados y más de cien señores principales, entre ellos el Almirante, Mr. de Sesseval y el mariscal Sisenay; fueron hechos prisioneros más de cincuenta nobles y ciento treinta y cuatro soldados de caballería. Los sitiados tambien experimentaron sensibles pérdidas, pues en el transcurso de la batalla hicieron una salida y fueron rechazados con muerte de los más atrevidos (24 de Julio de 1595) (2).

(1) Coloma, *Guerra de los Estados Bajos*. Lib. VIII.

(2) En la relación de esta importante batalla nos hemos atenido á D. Carlos de Coloma, que puede compararse con Villalobos, por

La victoria de Doullens, fácil es suponer que dió gran aliento á los españoles, tanto más en cuanto Nevers dió claras muestras de su impotencia, presentándose á los cuatro días á corta distancia del campo, y retrocediendo á Amiens, sin atreverse á renovar el ataque. Pero ni este suceso, ni la llegada de la artillería gruesa, con la que se comenzó á batir los muros, hicieron desmayar á los mismos; antes creciendo sus alientos á compás que se reducían sus recursos, caídas más de veinte varas de murallas, construyeron un atrincheramiento interior, en el que más de cuatrocientos nobles, «hechos un monte de hierro», se defendieron con gran heroísmo. Sin embargo, no pudieron resistir el terrible asalto dado el día 31 de Julio, y la ciudad fué entrada, con muerte de todos sus defensores. Para que al triste cuadro que ofreció Doullens, no falte alguna nota lúgubre, un incendio devoró en un momento lo mejor de la villa. Los narradores coetáneos dicen que el saco no fué de consideración, pero que el rescate de los personajes que allí se hicieron presos, juntamente con los que se cogieron el día de la batalla, ascendió á 200,000 escudos, y si el Almirante viviera, dice uno de ellos, pudiera darlos él solo.

VI

Dejada guarnición en Doullens y reparadas sus murallas, ya no vaciló Fuentes en acometer de frente la empresa de Cambray, para la que, si bien contaba con el apoyo de las provincias del Artois, Hainaut, Lila y Tournay, tenía en contra la opinión de alguno de sus capitanes, que la estimaban descabellada. Ascendía su ejército á 7,000 infantes y 1,500 caballos, y ofrecíanle aquellas provincias 500,000 florines, 7,000 infantes, 4,000 gastadores y gran cantidad de víveres y municiones; pero era insuficiente este número de hombres para intentar el sitio, y como no podían llamarse tropas del Brabante, exploróse la voluntad de los amotinados de Tillemont y la Chapelle, quienes respectivamente enviaron 600 y 250 caballos. Con este refuerzo y el aviso de que en breve llegarían á su campo dos regimientos extranjeros nuevamente reclutados y otro de valones del Luxemburgo, creyóse Fuentes con suficientes tropas para aquel sitio. Debe advertirse, sin embargo, que el Conde no fiaba únicamente el éxito en el valor y número de los soldados, sino tambien en secretas negociaciones sostenidas con el desterrado arzobispo de Cambray y los

lo mucho que difieren entre sí, á pesar de ser ambos testigos de vista y actores. Sin embargo, Coloma es un escritor, por regla general, tan exacto y narra el suceso con tal abundancia de detalles, que desde luego ha de concedérsele la preferencia. Fuera de que, no hubiera incurrido en equivocación alguna con respecto á su persona, pues Villalobos supone que en unión de Contreras fué el primero que salió al encuentro de la caballería enemiga, y él nos dice que mandaba las lanzas de reserva. Dice también Villalobos que Bouillon fué quien cargó primero con la vanguardia destrozando á nuestros caballos, y que Vilers (Villars) atacó con la batalla nuestra plaza de armas, siendo recibido por nuestros arcabuceros puestos sobre una loma con tan valiente fuego, que les causó terrible mortandad obligándoles á retirarse. A cuyo tiempo Coloma, que se había rehecho de la carga de Bouillon, embistió á Villars, y desordenó del todo á su gente; y como interviniera Bouillon en el combate, y acudiera el grueso de nuestra caballería (hombres de armas y bandas de Flandes), generalizóse la acción, si bien batiéndose ya en derrota los franceses. El almirante Villars fué hecho prisionero en la retirada, y al pasar junto á él Contreras diciendo «mata, mata, aun no es tiempo de hacer prisioneros», un soldado le dió un pistoletazo de que murió, siendo en el acto desvalijado.

Villalobos da en el § XXVIII de sus *Comentarios* una *Memoria de los muertos y presos de mas cantidad en la batalla sobre Dulens, que á los 24 de Julio de 1595 fué dada*.

La relación que de la batalla de Doullens, hace Carnero en su *Hist. de las Guerras civiles de Flandes*, es muy breve é incompleta y también difiere algo de las anteriores.

Por último el Sr. D. Pascual Gayangos ha publicado en el volumen tercero de la *Revista de España* (Julio de 1868) un notable trabajo, á propósito del libro de Mr. Arthur Demarsay *La Prise de Doullens*, en el que describe la batalla, siguiendo asimismo la relación de Coloma. El estudio del Sr. Gayangos, encaminado á destruir el error que hasta aquí hizo se confundiera en una la personalidad del conde de Fuentes y del conde Pablo Bernardo de Fontaine, es una verdadera biografía del primero. Igual cuenta de la batalla de Doullens da el Sr. D. Césaro Fernández Duro en su apología del conde de Fuentes recientemente publicada (1884) en las *Memorias de la Academia de la Historia*.

clérigos que residían en la villa. Pero estas negociaciones fueron llevadas con tan gran reserva, que nadie pudo apreciarlas sino por sus efectos.

Cambray y su territorio jurisdiccional pertenecieron á los Países Bajos hasta la entrada de Alenzón en ellos, pues á favor de las alteraciones que produjo su presencia se apoderó de ellos Mr. de Baligny, y favorecido luego por la Francia, constituyóse en señor de una y otro, con gran perjuicio del país circunvecino, al que constantemente vejaba. La fortificación de esta ciudad descríbela Coloma de esta manera: «Por Levante tiene á la ciudadela, de cuatro baluartes, con foso seco, por ser lugar eminente, aunque harto profundo por estar guardado de traveses y medias lunas; desde el cual, siguiendo hacia el Norte, lo primero que se ofrece, es un medio baluarte real llamado Roberto, que franqueada toda su cortina por uno de los castillos tiene el un orejón fortísimo, y sus casamatas baja y alta, con que defiende hasta la puerta por la que se va á Valenciennes; en guardia de la cual, hasta la puerta de Seles, que corre toda línea recta hay un rebellín de tierra y fagina, llamado la Nua. Sigue luego el castillo y puerta de Seles, obra antigua, que por serlo tanto, queriendo Balingny fortificar aquello á lo moderno, hizo algunos años antes tres puntas de baluartes en forma de estrella, de tierra y fagina, todas las cuales gozan ya del beneficio del agua. Desde esta puerta hasta la de Cantimpré corre una cortina que mira al Poniente, á toda la cual (fortificada también con una muralla muy capaz y bien terraplenada) acaba de asegurar la corriente de la Eschelde (el Escalda), y el ser aquel suelo, no sólo pantanoso, sino casi inaccesible. Desde Cantimpré sigue otra cortina hasta la puerta del Santo Sepulcro, con foso de agua muy hondo, murallas muy bien terraplenadas y un rebellín muy bueno. Desde esta puerta vuelve la muralla en figura de arco hasta la que llaman Nueva, pasada la cual, y un baluarte muy grande, llamado San Jorge, se acaba el agua y comienza otra vez el foso seco, profundísimo y bien defendido de traveses, como se ha dicho. Desde esta puerta Nueva se vuelve á topar con el castillo. Ocupará todo este circuito que hemos dicho espacio de una legua francesa ó tres cuartos de una española; dentro del cual había cosa de cinco mil casas, y en esta ocasión se hallaban más de cinco mil ciudadanos muy bien armados, franceses de corazón los más, y de hábito todos, y algunos de ellos herejes. De presidio tenía Baligny en la ciudad al pie de 2,000 infantes entre franceses y valones, 500 esguízaros y algunos más de 300 caballos, y en la ciudadela cosa de 500 franceses escogidos, gente toda fronteriza y ejercitado (1).» Y añade Bentivoglio: «Abundaban la ciudad y ciudadela de vituallas, de municiones y de artillería, y de todo lo necesario para sufrir cualquier largo y dificultoso asedio (2).»

El 14 de Agosto púsose Carlos de Mansfeld sobre la ciudad, y el 16 comenzó á fortificar sus cuarteles y á construir las líneas de circunvalación y contravalación, reforzadas por reductos. Por la parte que mira á Francia, junto á la aldea de Nervy, se levantó un fuerte de cuatro baluartes y se encargó su guarda al príncipe de Chimay con los valones; edificóse otro del costado de Poniente, cercano á la villa de Premy, y confiándose su guardia al conde Billi, con los alemanes; hacia el Septentrión se añadió un tercer fuerte llamado de San Olano y encomendado al barón de Ausi con los amotinados de la Chapelle y 400 infantes alemanes; y á Levante alojóse el conde Fuentes en la Aldea de Escoudubre, donde se construyó el fuerte mayor, por ser aquel punto más eminente y juzgarse que, hallándose el foso seco, se podría desembocar fácilmente á él. De un fuerte á otro corrían las trincheras reforzadas por reductos; y á aquéllos y éstos señalóse la gente, artillería y municiones necesarias para su mejor guarda. La caballería fué distribuída por las principales avenidas, con objeto de batir la campaña y estar pronta á impedir los socorros. Tal era la disposición de los cuarteles y fortificaciones españolas, en las que bien pronto se reunieron al pie de 12,000 infantes y 3,000 caballos, sin contar los valones y alemanes; y como las provincias antes citadas cumplieron fielmente sus promesas, no faltaron á nuestros soldados municiones ni vituallas.

(1) *Guerras de los Estados Bajos*, Lib VIII.

(2) *Guerras de Flandes desde la muerte del emperador Carlos V hasta la conclusion de la tregua de doce años*, traduc. de Basilio Varen.

De propósito nos hemos detenido a dar cuenta de las obras construidas por los sitiadores, para que se vea el desarrollo que iba adquiriendo la poliorcetica, desarrollo concebible en un período en que la guerra casi se hallaba reducida á la conquista de plazas fuertes, y en que las batallas puede decirse que eran sólo consecuencia inmediata de los sitios. Circunvalada la ciudad, comenzó el sitiador a dirigir los ramales de trincheras contra las murallas por el único costado por que podía efectuarlo, que era el más eminente (los cuarteles de Fuentes); pues los demás se hallaban protegidos por un terreno pantanoso. Sin embargo, tambien allí el muro estaba mas reforzado, enlazándole a la ciudadela un medio baluarte con un grande orejón que defendía la cortina entre el baluarte Roberto y la puerta de Malle (así designa Bentivoglio á la que Coloma llama du Mal), siendo el foso tan profundo en aquel sitio que, a pesar de hallarse seco, ofrecía mayores dificultades que teniendo agua. De aquí las grandes fatigas y pérdidas que ocasionó á los gastadores la construcción de las dos trincheras abiertas, una paralela a la cortina antes citada y otra contra la puerta. Corrían respectivamente con estos trabajos Mejía y los españoles, Barlotta y los valones; unos y otros emulos en diligencia y bravura, pues en pocos días y no sin gran trabajo, consiguieron llegar junto el foso, no obstante los constantes disparos y salidas de los sitiados. Porque estos no se limitaban á la defensa, y en frecuentes salidas combatían, ya infantes contra infantes, ya caballos contra caballos, cuando no unos y otros mezclados (1). De este modo transcurrieron parte del mes de Agosto y la mitad de Septiembre, en que se supo en la plaza el próximo arribo del rey de Francia.


D. DIEGO DE VILLALOBOS Y BENAVIDES
Capitán de caballos lanzas españolas y escritor militar

En efecto: Enrique, instado por Baligny, había decidido socorrerla, y para no demorar el auxilio, mandó por delante á Mr. de Vic, uno de sus más expertos capitanes, con orden de entrar en Cambray escoltado ó solo; y Vic cumplióla con gran acierto atrayendo la atención de los sitiadores hacia una puerta y penetrando por la otra en la ciudad. Su llegada conocióse bien presto, á causa del impulso que dió á los trabajos, apresurándose á construir un atrincheramiento interior entre el baluarte Roberto y la puerta de Malle; á levantar entre esta y la de Selles, sobre el terrapleno, una gran plataforma con buen numero de cañones, y a colocar doce cañones en contra una batería de catorce piezas españolas destinadas á batir el baluarte Roberto y puerta de Malle; y otros tantos contra diez cañones que en bateria separada debían batir aquel baluarte. Los nuestros, además de las citadas baterías, distribuyeron algunas otras piezas por diversos sitios, y habiendo desembocado en el foso, combatían ya en él á medianos de Septiembre.

El 22 de este mes fué el día señalado para romper el fuego nuestras baterías; pero la artillería enemiga contestó con disparos tan repetidos y certeros, que al expirar el día desencabalgó nueve cañones y mató mas de cien hombres: no hicieron menor daño la mosqueteria y fuegos artificiales en todo el ámbito de las trincheras; y para desconcertar con nuevos desastres á los atacantes, voló una mina que el enemigo había fabricado debajo de las nueve piezas emplazadas contra el

(1) Villalobos y Benavides, *Comentarios de las cosas de Flandes*, § XXXIII al XXLXIV.

Este escritor, testigo presencial del sitio, da muy detallada cuenta de todos los trabajos y escaramuzas efectuadas, en una de las cuales fué herido. «Al autor, dice en el § XXXVIII, le dieron un mosquetazo en el hombro derecho, que, con ser fuerte el espaldar, le hirió y pasó, y fué tan venturosa la herida que, el ser fuerte el espaldar y un coleto de ante que llevaba, le salvó la vida.» Y hablando de las trincheras, en el párrafo anterior, escribe «Eran muy hondas las trincheras por guardar la gente de la mucha artillería que de los traveses de la ciudad tiraba, y por esto no muy acomodadas para pelear.»

orejón del baluarte Roberto, dejando tres de ellas enterradas y las restantes inútiles. Esta serie de contratiempos, hijos de una resistencia enérgica y bien dispuesta, infundieron en el campo español gran desaliento. Algunos proponían al de Fuentes que el ataque se trasladara de la parte más alta á la más baja; otros iban más adelante y aconsejaban que se levantase el sitio, dejando bloqueada á la villa; mas, el Conde, consideraba que lo primero equivaldría á comenzar de nuevo el sitio é influiría desfavorablemente en la moral del ejército. Cuanto á lo segundo, le parecía deshonroso para su crédito y el de su nación; sin perjuicio de que no disminuiría las dificultades que se originarían en otros sitios, perdiéndose en cambio las grandes obras efectuadas. Persistió en su propósito desechando las murmuraciones de los suyos, y se atuvo á una máxima vulgar que á nuestro modo ampliamos: más vale vencer con el estudio y la diligencia las dificultades, que vacilar en el consejo dejándolas á favor de la casualidad. No quiso, sin embargo, Fuentes dejar de oir el parecer de cada uno, y juntó su consejo «deseando que los propios que introducían las dificultades, antepusiesen también los remedios, ahora fuese a costa de dineros ó de trabajo y aun de sangre»; pero aunque se discurrió con varios pareceres, no hubo quién se atreviera á proponer el levantar el sitio.

Volvióse, pues, á trabajar en las baterías; alzóse un espaldón para cubrir la batería mayor de Mejía, y hacia la puerta de Selles se colocaron algunas piezas, destinadas como aquélla á batir la plataforma levantada por Vic; además, abriéronse diferentes surtidas en el foso, del lado del baluarte Roberto, para facilitar el asalto. Envióse por más gente á las guarniciones y por burgueses á las villas auxiliares, con objeto de que éstos ocuparan las trincheras y reductos, y quedaran disponibles para el asalto los 2,000 valones que guarnecían parte de ellas. De noche la guarda exterior del campo se confió á Spínola con 1,000 infantes, señalándose puestos á 400 caballos para acudir al sitio del peligro. Tal era á principios de Octubre la disposición del asedio; y juzgando el Conde por el estado de las inteligencias entabladas con los burgueses, ser llegada la ocasión de dar el asalto, ordenó que en la madrugada del 2 rompieran el fuego las baterías, y se pusiera en arma todo el campo, redoblando las guardias exteriores su vigilancia. Comenzó, pues, el cañoneo contra las murallas y las casas de la villa, tan vivo que hacía retemblar la campaña, envolviendo en humo densísimo la ciudad y las trincheras; y, mientras proseguía, iba Fuentes recorriendo los puestos y dando órdenes para la ejecución de los asaltos, órdenes en las que se revela manifiestamente la previsión y el tacto militar de este ilustre general (1). Toda la esperanza del asalto, dice Coloma, consistía en romper el orejón del baluarte Roberto, para descubrir las casamatas, sin la cual era temeridad ir al asalto ni tomar puesto en la muralla, estando como estaban guarnecidas, la baja con cuatro cuartos de cañón y la alta con otros tantos sacres, y ambas de muy buena mosquetería; lo cual había de hacer su efecto por costado y á menos de ochenta pasos de distancia. Esto se consiguió en parte después de ocho horas de cañoneo, pues á las dos de la tarde del citado día 2, la batería de las quince piezas se hallaba á punto de venir al suelo con más de treinta varas de muralla, y además quedaba descubierta la puerta de Nuestra Señora.

Ya estaban Mejía y Barlotta á punto de dar los asaltos, cuando un suceso tan halagüeño como poco previsto, puso fin á los desastres del sitio y evitó los horrores del saqueo. Los parciales del Conde, explotando el aborrecimiento que la burguesía había concebido hacia Baligny, concitaban los ánimos, ya exasperados por la alteración que éste hizo en el valor de la moneda (2); y como el

(1) Coloma da cuenta detallada de estas instrucciones, muy dignas de ser tenidas en consideración por todo el general que sitiare una plaza, y dice fundadamente:

«He querido ponerlas más extensamente de lo que por ventura se acostumbra, por la doctrina militar que de ellas puede sacarse.» *Guerras de los Estados Bajos.* Lib. VIII.

(2) «No pudieron tomar en paciencia (los ciudadanos de Cambray) que, cansado (Balini) de gastar moneda de plata y oro, fingiese habérsele acabado y pusiese en plática el introducirlas de cobre, usurpando la autoridad de hacerlas valer dos y cuatro reales cada una, con promesa de pagarlas en oro y plata levantado el sitio. Eran estas monedas cuadradas con las armas del rey de Francia á una parte, y á la otra las de la ciudad y las suyas. Con ella se trataba y se compraba lo necesario, se conservaba el comercio de unos con otros, y se pagaba á los soldados; los cuales, impacientes de la repugnancia que hallaban en los que vendían la comida y vestido, los pagaban a la postre en la peor moneda, cargándolos de amenazas para cuando los españoles hubiesen levantado el sitio.» Así escribe Coloma, y Bentivoglio dice: «Aquellos días el Baligny y su mujer se habían hecho más odiosos que antes por una gran cantidad de cobre convertido en

sitio se había prolongado más de lo que en la ciudad esperaban y el socorro no llegase, temerosos sus moradores de correr la suerte que los de Doullens, se declararon en abierta rebelión, logrando reducir á su partido 300 caballos valones y 200 esguízaros de los que componían aquel presidio. Reunida esta gente en la plaza de la Leña, despacharon emisarios al conde de Fuentes, participándole que se hallaban dispuestos á la entrega, y rogándole suspendiera el fuego; cuya noticia, llegada apenas á oídos de Baligny, hízole acudir atemorizado á la plaza, donde trató en vano con promesas y sacos de oro, de reducir á los sediciosos (1). Pero el remedio, aunque eficaz, fué tardío; porque descubriéndose que la avaricia, más que la necesidad, dictaba este recurso, no le admitieron los ciudadanos y continuaron los tratos. Retiróse entonces Baligny al castillo y entró á poco en la ciudad el maestre de campo D. Agustín Mejía al frente de 2,000 españoles (2 Octubre de 1595).



Navíos holandeses. (Facsímile de un grabado antiguo)

La ocupación de Cambray hízose con un orden admirable; y á ésta siguió á los seis días la del castillo, pues Baligny, viéndose encerrado con pocos bastimentos y no habiendo recibido socorro en este intervalo, siguió el ejemplo de la ciudad. Esta pasó otra vez á ser dominio del arzobispo, bajo la protección del rey de España, y el que fué hasta entonces su señor, marchóse con la gente francesa hacia San Quintín, donde el rey de Francia tenía su campo. La guarnición salió con

moneda, á precio alto de plata, dando esperanzas que en pasando la necesidad del asedio, satisfarían á todos con el verdadero precio, á lo cual no se daba fe alguna.» Villalobos cuenta que las nuevas monedas no eran de cobre, sino de cuero, con tres lises y las armas de Baligny, grabadas en ellas.

(1) «Y viniendo después la mujer de Baligni con gruesa cantidad de dinero, dice Bentivoglio, intentó por esta vía mitigar tanto más el enojo de los ciudadanos. Pero esto sirvió entonces de desabrir mucho los ánimos, descubriéndose que la avaricia, más que la necesidad, habian convertido el valor del vellón en plata.» Esta madama de Baligny, distinguióse mucho durante el sitio, y hablan de ella con gran elogio Villalobos, Coloma, Carnero y otros autores españoles. Su disgusto á causa de la rendición de Cambray fué tal, que murió casi en el mismo punto que se efectuaba. «Cuéntase de esta mujer varonil, dice Coloma, lo que apenas es creíble ella visitaba todos los puestos de día y de noche, y animaba á los soldados; ella hacía cargar las piezas y las apuntaba y disparaba como el mejor artillero; finalmente, ella fué mujer tan animosa y de tanto valor, que se propuso morir princesa de Cambray, y salió con la suya.»

armas y banderas, y además se pactó que el castillo de Clery sería desocupado por los nuestros, desmantelándolo los franceses á su costa (1).

Como si la presencia del conde de Fuentes al frente del ejército y gobierno de Flandes fuera símbolo de victoria, durante el tiempo que aquél operó en Francia, no desmejoró el estado de cosas en los Países Bajos. Mauricio de Nassau quiso aprovecharse de su ausencia, y después de haber efectuado una demostración hacia Bois-le-Duc, condujo su ejército allende el Rhin, atrincherándose el 4 de Julio frente á Groll, villa de las más fuertes del condado de Zutphen. El ejército holandés ascendía á 10,000 infantes y 2,000 caballos, cifra á la que sólo podía oponer Mondragón 6,000 infantes y 1,300 caballos; pero resuelto en socorrer á Groll, aunque fuera teniendo que entablar una batalla, pasó á su vez el Rhin por Keisersvert, y marchó apresuradamente al auxilio de los sitiados. Esta atrevida marcha desconcertó á Mauricio, que no quería venir á las manos con los españoles, por lo que, levantando con gran rapidez su campo, retiróse al abrigo de Deventer y Zutphen. Favorecido por esta retirada, Mondragón, avitualló á Groll, y después de haber seguido al enemigo, colocóse frontero á Rhinberg, en observación de sus movimientos. Entonces, Mauricio, que había ofrecido á los franceses entretener al ejército católico de los Países, levantó su campo y fué á ponerse dos leguas de Mondragón, más arriba de Wesel, dejando entre los dos campos el río Lippe. Así permanecieron muchos días, sin ocurrir otra novedad que ligeras escaramuzas; pero el 2 de Septiembre, en ocasión de haber ido á forrajear la caballería católica, á tres leguas de los cuarteles, pasó el Lippa el conde Felipe y trabóse tan empeñado combate, que en él perecieron 400 enemigos, entre ellos Felipe de Nassau y varios capitanes distinguidos, siendo preso Ernesto de Nassau. Después de tal suceso, los dos ejércitos no efectuaron movimiento alguno de importancia, y pasado un mes retiráronse Mauricio á Holanda y Mondragón aquende el Rhin (29 de Octubre). En este mismo mes tuvo lugar la sorpresa de Herenthals por la guarnición de Breda, sorpresa realizada con toda felicidad por el enemigo, pero malograda como tantas otras por haberse dado al pillaje los soldados, antes de ser dueños absolutos de la plaza. D. Alonso de Luna, que la gobernaba, hízose fuerte en la puerta de Amberes con sesenta soldados, dió aviso á los inmediatos presidios, y logró salvarla cuando ya se daba por totalmente perdida; suceso que revela hasta qué punto la serenidad de un gobernador puede conjurar peligros tan graves (13 de Octubre de 1595).

No ocurrió en lo que restaba del año 1595 hecho alguno de más monta. Enrique IV, que había estado durante él atareado en la guerra de Borgoña, consiguió la absolución del Papa, tocado no tanto del *sincero* arrepentimiento del hereje, cuanto del temor de que en Europa se erigiera otro poder católico que no fuese el suyo; y los pocos señores que aun se negaban á reconocerle, Mayenne entre ellos y el duque de Mercœur, rindiéronle homenaje mediante enormes sumas y otras donaciones. La compra del primero costó á Enrique, amén de otros gajes, trescientos cincuenta mil escudos. «En realidad, dice un autor, no hay razón alguna para ahorrar el dinero cuando el trabajo que nos cuesta se reduce á tomarlo; y sobre todo, cuando el derroche es medio seguro para poder adquirir más.»

La consecuencia de estas defecciones fué la destrucción completa de la Liga, quedando desde aquel punto reducida la guerra civil á una lucha con el extranjero, y cayendo, por consiguiente,

(1) «Conviene hacer mención de una circunstancia que los escritores españoles omiten, y que, según de Thou y los franceses, causó la pérdida de Cambray. Según parece, enviaron los de la ciudad comisionados que dijesen á Enrique IV que por ser muy cordial el odio que todos profesaban á Baligny, era muy de temer que los más, deseosos de salir de sus manos, abriesen la puerta á los españoles, y añaden que con esta esperanza había logrado de Rosnes *(a)* inducir á Fuentes á que acometiese la empresa. En efecto, los vecinos de Cambray, exasperados contra su tirano, se sublevaron contra él y ahorraron á los españoles los ultimos trabajos y esfuerzos del sitio. ¿Cómo no cedió á súplicas tan fundadas Enrique IV? Aunque era muy favorable á este Rey el historiador de Thou, en cuanto su imparcialidad lo consentía, sin embargo, refiere muy gravemente las causas y resulta, que á las instancias de los de Crambray, cerró sus oidos Enrique IV, por haberlos abierto demasiado á los halagos y súplicas de la celebre Gabriela d'Estrées, á quien Baligny, mal gobernador, pero diestro cortesano habia ofrecido poner á Cambray bajo la dependencia y amparo de ella y de sus hijos *(de foi et hommage)*.» Llorente. *Nota VI* á los *Coment. de Villalobos y Benavides.*

(a) Tampoco tienen los franceses ortografía fija al escribir sus nombres propios, y así es que á este personaje, Palma Cayet le llama «de Rosne», y de Thou «de Rones».

todo el peso de ella sobre los españoles, y por cierto que éstos no se habían limitado hasta entonces á sostenerla en las provincias del Noroeste, pues casi á un mismo tiempo que ardió la guerra en Picardía, se mantuvo en el Franco-Condado (1), la Borgoña francesa y la Bretaña. Entró en el primero á fines de Marzo de 1595 el Condestable de Castilla D. Juan Fernández de Velasco, con 8,000 infantes y 2,000 caballos; y en opuesto sentido acudió Enrique IV, resuelto á cerrar el paso a los españoles por Borgoña, como antes lo intentara por el Luxemburgo. Empero, ni éste ni aquél lograron su objeto. Reforzó a Velasco el duque de Mayenne, que por entonces se hallaba vacilante, y á Enrique la gente licenciada á este propósito por el duque de Lorena, recientemente adherido á su bando; encontráronse ambos ejércitos en Fontaine-Française, cerca del Saona, y allí se dió una batalla de resultado dudoso, pues los dos contendientes abandonaron el campo de batalla con la sola diferencia de haber permanecido en él toda la noche los españoles. Al siguiente día éstos repasaron el Somma y emprendieron la marcha hacia el Nordeste, siendo durante ella rota por los enemigos la caballería del Condestable, aunque sin que sacaran éstos gran ventaja de esta victoria. Y con la retirada de los españoles á Lombardía, y de Enrique al interior, terminó aquella campaña, evitando el que se repitiera en estas provincias la eficaz intervención de los suizos, aliados sinceros de los borgoñones, si ya no el cuidado de la guerra en las del Noroeste. La única ventaja conseguida por Velasco fué quizás el haber apartado á Enrique de la Picardía; pero en cambio, tan pronto se alejaron los nuestros, consiguió éste que buen número de ciudades de la Borgoña francesa le reconocieran, y á poco, gracias á la defección de Mayenne, que le abriera Dijón sus puertas.

No con más fortuna que en Borgoña, aunque sí con mayor lucimiento, combatieron nuestros soldados en Bretaña, donde el duque de Mercœur sostenía la causa de la Liga. Este personaje es uno de los más repugnantes que ofrece aquel período agitado, pues sobre tener la ambición de Mayenne, le superaba en mala fe. Era enemigo de Enrique, pero no menos de los españoles; y no viéndose con fuerzas suficientes para imponerse á uno y á otros, trataba de que éstos mantuvieran á raya el Navarro, sin eclipsar su autoridad. De aquí su conducta pérfida con los capitanes allí mandados, conducta que ocasionó la pérdida del fuerte levantado sobre los arrecifes que protegen á Brest, con exterminio de todos sus defensores. Prefirieron estos bravos la muerte á la entrega, y Mercœur, que se hallaba á corta distancia de ello, toleró que perecieran antes que darles socorro. Esta campaña no dió lugar á operaciones de gran importancia; pero sí á brillantes episodios y á heroicos hechos; la única adquisición de verdadera monta que hicieron los españoles, mandados por D. Juan de Aguila, fué la conquista de Blavet (hoy Port-Louis), desde donde les fué fácil comunicarse con la península. Si se exceptúa la Picardía, las dos Borgoñas y Bretaña, en las demás provincias francesas manteníase con pena el expirante partido de la Liga. Marsella, estuvo en peligro de sernos entregada por el tribuno Cassaux; y en Provenza y el Delfinado, el duque de Saboya, yerno de Felipe II, movía la guerra con escasa fortuna, auxiliado por los gobernadores de Milán; sin embargo, las repetidas defecciones de los nobles y de las ciudades, fueron extinguiendo el fuego de la guerra en las provincias francesas, y en breve quedó ésta reducida al Norte, sosteniéndose ya, no en nombre del partido católico, sino del monarca español.

Tal fué el triste fin que tuvo la famosa Liga entre los católicos franceses y Felipe II, fin previsto por el sagaz Alejandro Farnesio desde los tiempos de su formación. La tenacidad y la ambición de Felipe II hízole derrochar en este negocio grandes tesoros, para recoger desengaños más grandes aún; y aunque los aduladores dijeron que consiguió su objeto librando á Francia de un rey hereje, es lo cierto que el advenimiento del convertido costóle bastante caro. Confesemos, sin embargo, que Felipe halló su merecido, por más que sus planes costaran á nuestra patria hombres y recursos. Otra medida desacertadísima de aquel varón *prudente* fué el reemplazo del conde de Fuentes, precisamente cuando la fama militar de éste bastaba á imponer respeto al enemigo. Fuentes había cambiado la faz de los negocios, y era tan experto militar como hábil político; no

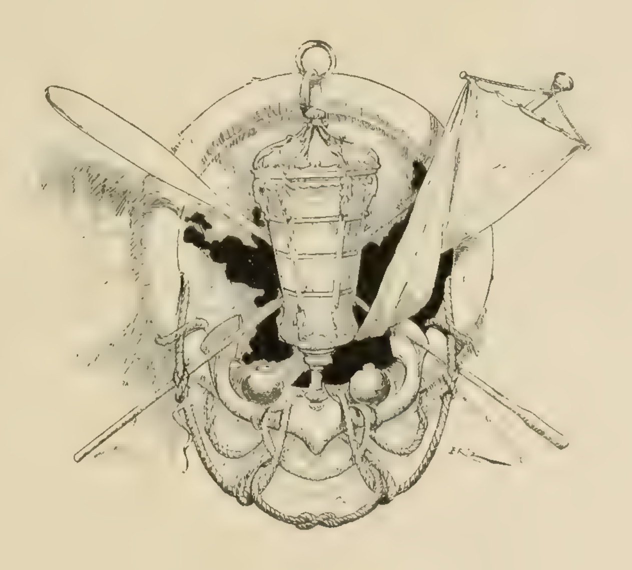
(1) El Franco-Condado ó condado de Borgoña, era dependiente de España, y había gozado hasta entonces de neutralidad.

obstante, se le reemplazó por el archiduque Alberto, por ambos conceptos una nulidad. Pero Felipe II llevaba su secreta idea; y como toda su política se reducía á mirar por su casa y por sus hijos (objetivo de los más de los reyes), preparó de este modo la cesión de los Países, que más tarde pensaba hacer, casando al Archiduque con la princesa Isabel Clara; plan muy conveniente á los intereses y al brillo de estos personajes, pero muy perjudicial á los de nuestra infeliz patria.

La elección del nuevo gobernador notificóse á Fuentes, mientras éste se hallaba en Francia; y al darle el Rey la enhorabuena por la conquista de Cambray, participábale que el Archiduque se hallaba ya en camino (1). Era ya entrado Noviembre, y el Conde, que había dejado alojados en Francia los tercios y despedido la gente del país que estaba á su servicio, pasó á Bruselas, siendo recibido en todas las ciudades del tránsito con grandísimas demostraciones de regocijo (2), y esperando allí la llegada del que debía sucederle, si no en la gloria, en las prerrogativas y honores del mando.

(1) «El cardenal archiduque, mi sobrino, no puede estar por ahora muy lejos desos Estados, y quizá llegará tan presto á ellos como esta carta, con que se habrá remediado la falta de dinero que había y dado en todo con vuestro parecer la orden necesaria...» Despacho del Rey al conde de Fuentes, de 30 de Noviembre de 1595. Inserto en los *Apéndices* al *Bosquejo encomiastico del conde de Fuentes*, por D. Cesáreo Fernández Duro. Tomo X de las *Memorias de la Academia de la Historia*.

(2) El viaje del conde de Fuentes hasta Bruselas, descrito en los *Comentarios* de Villalobos, fué una verdadera marcha triunfal. Douay, Arras, Lila, Tournay, Valenciennes, Mons y sobre todo Bruselas, le hicieron un soberbio recibimiento, festejandole lo propio que á los caballeros de su séquito con saraos y banquetes, y ofreciéndoles magníficos presentes, que no aceptó. Unicamente lo hizo de una guarnición de oro para espada y daga, en que un habilísimo artista de Amberes representó con el cincel las victorias consignadas en esta campaña. En honor del Conde acuñóse una moneda en cuyo anverso figura su busto y en el reverso un ara con corona condal y dos palmas: la leyenda es ésta: PETRVS ENRIQVEZ COME FONTA. DEDV°GET ME VICTOR DEVS. BELGICÆ PRÆFECTUS.



ILUSTRACIONES

Enrique IV (pág. 419). — Este célebre monarca nació en el castillo de Pau el 14 de Diciembre de 1553 y fué hijo de Antonio de Borbón y de Juana Albret, reina de Navarra. Cuéntase de él que tan pronto hubo nacido frotóle su padre los labios con un ajo y se los humedeció con vino, exclamando lleno de júbilo: «Mi oveja ha dado á luz un león.» Enrique fué heredero, por su madre, del reino, de Navarra, y como descendiente del conde Roberto de Clermont, sexto hijo de San Luis, vino á ser el primer príncipe de la Casa de Francia.

La educación de este príncipe fué muy viril, pues Enrique se formó entre la gente montañesa y recorriendo los riscos de Navarra, como el más intrépido de los cazadores de águilas; y á estas rudas prácticas uniéronse las enseñanzas de excelentes maestros y las severas doctrinas que le inculcó su madre, ferviente partidaria del Calvinismo. Completó, sin embargo, sus conocimientos al pasar en 1561 á París, donde halló excelente acogida de la corte. Pero muy en breve las letras iban á ceder su lugar á las armas; y contaba únicamente quince años cuando su madre le condujo en persona al campo calvinista de la Rochela. Hizo sus primeras armas en Jarnac, donde peleó como buen soldado; y después del desastre de Moncontour, ya reconocido jefe de los hugonotes á causa de la muerte de Condé, continuó sosteniendo en pequeña escala la guerra, en las provincias del Mediodía. La paz de Saint-Germain terminó esta guerra (1570), sellando entonces la conciliación con el trono su casamiento con Margarita de Valois, hermana de Carlos IX. Dos años después fué reconocido monarca de Navarra por muerte de su madre.

Un acontecimiento por extremo terrible vino entonces á colocar á Enrique de Navarra en una situación altamente crítica, por no decir vergonzosa. Carlos IX trató de deshacerse de los protestantes por medio del asesinato, y aprovechando la ocasión de hallarse los jefes de la secta en París, ordenó las matanzas de la noche de San Bartolomé, tan célebre en la historia de Francia. Entre los personajes que se encontraban en la corte figuraba Enrique, á quien ni el parentesco, ni la dignidad real, hubieran salvado, porque Carlos le dió á elegir entre *la misa ó la muerte*. Optó por *la misa*, y tuvo que pasar por la bajeza de asistir al suplicio de sus correligionarios y amigos Cavagnes y Briguemant. Después de tales abjuraciones y flaquezas, la historia no puede menos de consignar que el hombre á quien más tarde se ha dado el título de grande, se hundió en el lodo de la más escandalosa corrupción, siendo digno imitador y compañero de los cortesanos del monarca francés y de las damas del séquito de su madre. Y así vivió algunos años, hasta que, cansado de continuos placeres ó ambicionando el papel de cabeza de partido, se fugó en 1576 á Senlis, retractóse en Tours de su abjuración y púsose de nuevo á la cabeza del ejército hugonote. Desde esta época comienzan á dibujarse con algún vigor los perfiles de este personaje histórico. Colocado al frente de un pequeño ejército, falto de recursos, el monarca de Navarra comienza por apoderarse de algunas importantes plazas del Mediodía, gana á los realistas la batalla de Coutras, y se ve á la vuelta de poco tiempo solicitado por el mismo Enrique III, para reconquistar á París, rebelada en favor de la Liga. El asesinato de Enrique de Valois por Jacobo Clemente, ejecutado en las trincheras frente á la capital, abrió entonces á Enrique de Navarra el camino del trono; pero para recorrerle sólo tenía dos medios: la guerra ó una nueva abjuración, y el Bearnés prefirió la guerra.

Ya hemos dado cuenta en el anterior ESTUDIO de las alternativas de estas campañas, en las que Enrique demostró en Arques y en Ivry sus talentos militares. A pesar de los auxilios de Isabel de Inglaterra, luchaba Enrique con la falta de recursos, la veleidad de la nobleza y el recelo de los católicos que militaban en su campo. Y cuando á esto se unió la llegada del ejército de Flandes, á cuyo frente se hallaba el insigne Farnesio, inútil es decir los esfuerzos de habilidad que hubo de hacer el Navarro, no ya para vencer, sino para sostenerse. Sin embargo, á pesar de los auxilios en oro y en soldados que daba á la Liga Felipe II, Francia no quería someterse al señorío español, y fueron ineficaces los triunfos de nuestras armas y las dádivas de nuestros agentes, á conseguir los propósitos

de Felipe. La mala fe de los ligueros llegaba al extremo de comunicar á la gente del campo enemigo la noticia de nuestros movimientos y á entorpecer toda operación que decidiera de una vez la guerra. No una vez sola estuvo Enrique á punto de caer en nuestras manos, porque se engolfaba en las batallas peleando como un teniente de caballería; ni tampoco una sola ocasión hubiera podido ser destrozado totalmente con su ejército, de haberse seguido los consejos de Farnesio. Salvóle la pérfida conducta de nuestros aliados; pero es lo cierto que no consiguió dejar de doblegarse á los católicos, porque hallando cerrado el camino del trono por medio de la guerra, hubo de apelar á la abjuración (25 Julio de 1593). Este acto le atrajo gran número de partidarios; el oro, las dignidades y empleos, dispensados con mano pródiga contribuyeron no menos á pacificar el reino. Sin embargo, faltaba aún expulsar á los españoles del territorio, y, rendida la plaza de Amiens (1597), la paz de Vervins vino á poner término, por cierto muy favorable para Francia, á estas guerras. El célebre edicto de Nantes (1598) consagró el principio de la tolerancia religiosa, y es uno de los hechos que más han contribuído á enaltecer la memoria de Enrique.

Consagró este Rey en los últimos años de su reinado alguna atención á los asuntos interiores de su reino, ayudado por el eminente Sully; pero es lo cierto que el pueblo tuvo que sufrir grandemente á causa de sus dilapidaciones y sus vicios. La posteridad puede amarle más que sus contemporáneos, no sólo por lo mucho que á él debe la unidad francesa, sino por lo poco que le es deudora la libertad de conciencia. No era Enrique un hombre grande y generoso; era un escéptico, por lo que tenía de ilustrado; y era un egoísta, por lo que tenía de vicioso. Por eso ha dicho muy atinadamente su historiógrafo Mr. de Poirsón, que fué *gran rey*, más bien que un *buen rey*. Sin embargo, nos le hacen simpático su buen humor en presencia del peligro; su energía en la desgracia; su mismo escepticismo, en contraste con las preocupaciones de los monarcas de su época; su ingenio penetrante y gracioso, y sus dotes militares deslustradas á veces por su mismo arrojo. Estas últimas demostrólas sobre todo en la batalla de Ivry, donde, dirigiéndose á sus compañeros, exclamaba: «Manteneos en fila, y si acaso perdéis vuestras banderas y estandartes, que mi penacho blanco os sirva de guía: siempre lo encontraréis en el camino de la victoria y del honor.» Otras frases podríamos citar de este soberano que cuando pretendiente dióse á sí propio el dictado de «Rey sin corona, marido sin mujer y general sin ejército», en todo lo cual no iba descaminado. La corona se la dió la abjuración, la mujer el divorcio, pues Margarita de Valois fué su esposa á medias; cuanto á los soldados, se los deparó y se los quitó la fortuna ó la necesidad en tanto no ciñó la corona. Francia pagó muy cara su tardía abjuración; pero es lo cierto que Enrique colocóla en breve tiempo en condiciones de atreverse á colosales empresas.

Meditaba Enrique nada menos que una gran alianza con los Estados protestantes de Alemania y Holanda encaminada á humillar á la casa de Austria; había emprendido armamentos colosales; tenía trazado el plan de campaña, cuando fué muerto por un fanático (15 Mayo de 1610). Muy complicado era el plan de Enrique IV; pero si se tiene en cuenta la situación respectiva de las naciones católicas y protestantes, es muy fácil que ahorrara los horrores de la Guerra de los Treinta Años, resolviendo más brevemente la cuestión religiosa.

La poesía, la pintura, la escultura han realzado la figura de este monarca, á quien la posteridad, ya que no justa, por lo menos agradecida, califica de *Grande*.

D. Diego de Alava (págs. 421 y 422).—Escasas noticias biográficas se tienen de este tratadista militar, y todavía se ignora el lugar de su nacimiento, teniéndose como lo más probable que vió la luz en la ciudad de Vitoria el año 1557. Hijo del capitán general de artillería D. Francisco, educóse en Palacio entrando como paje en el servicio real, y pasando luego á cursar en la Universidad de Alcalá, célebre entre todas las escuelas de Europa. Diana dice que «siendo gentil-hombre de Cámara de Felipe II, comenzó á dar muestras de su afición á la carrera militar»; Salas, que fué enterrado en San Benito el Real de Valladolid, sin consignar la fecha; y Navarrete reasume las noticias relativas á este autor, en estos breves párrafos: «Fué D. Diego de Alava hijo de D. Francés de Alava, capitán general de la artillería y del consejo de guerra; estudió en Alcalá la lengua latina y la retórica en casa del célebre Ambrosio de Morales, maestro también de D. Juan de Austria, de D. Diego de Guevara, y de la principal nobleza y sobresalientes ingenios de aquel tiempo. Aprendió, además, el griego, la filosofía, las leyes y cánones, ventajosamente; supo casi todos los ejercicios de caballero, como los de toda suerte de armas, de caballos de todas sillas, y de música de todos instrumentos; y á la edad de treinta años había ya escrito su *Perfecto capitán y nueva ciencia de artillería*, de cuya obra decía uno de sus aprobantes, que *los que la leyeren estimen en mucho el mayor y más útil trabajo que en ninguna nación se ha hecho;* y el Brocense, al mismo tiempo que manifestaba la mucha parte que las ciencias habían tenido en la composición de esta obra, indicaba el poco aprecio que tenían entre la gente de guerra, y aplaudía *la nueva y admirable invención que ha descubierto* (Alava) *para reducir á arte el uso de la artillería.* Esto basta para demostrar la ventajosa aplicación que hacían entonces los españoles de los conocimientos matemáticos...»

«En la dedicatoria al Rey y en el prólogo, dice Alava, que sobre la geometría y aritmética está fundada gran parte del arte militar, y que había reducido á demostración matemática el uso de la artillería, negocio, aunque emprendido por muchos buenos ingenios de diferentes naciones, nunca llevado al cabo por alguno de ellos; que había estudiado en la Universidad de Salamanca bajo la dirección del doctísimo maestro Jerónimo Muñoz, y comunicado allí con los hombres más eminentes y señalados en letras y armas; por cuyo consejo se atrevió á tratar de muchos

secretos de la guerra, que hasta entonces no habían descubierto los que hacían profesión de ella; y, en fin, que en tres años y medio que le tenían arrinconado en la corte algunos pleitos y negocios domésticos, se ocupó en escribir lo perteneciente á disciplina militar y uso de la artillería, valiéndose de las ciencias con cuyo adorno se ilustra la práctica, para hacer cierto lo que enseñan.»

La obra de Alava fué impresa por vez primera en Madrid en 1590 y luego en 1642 en la misma ciudad. Titúlase *El Perfecto capitán instruído en la disciplina militar y nueva ciencia de artillería* y está dedicada á Felipe II, componiendo un tomo de 274 hojas en fóleo, dividido en seis libros é ilustrado con gran número de figuras. Abundan en ella los datos concernientes al armamento, organización, servicio en paz y en guerra, etc., y prueban que nuestro autor era hombre tan versado en las letras como en las armas. El estilo es claro y correcto, pero hacen fatigosa la lectura de este libro las numerosas citas y ejemplos de los clásicos griegos y latinos. Divídese la obra en seis libros, cuyos respectivos temas son: 1.° Las partes que ha de tener el perfecto capitán y lo que ha de hacer antes de la batalla; 2.° Lo que ha de hacer el perfecto capitán en la batalla y después de ella; 3.° Lo necesario á las fundiciones de artillería y municiones; 4.° Elementos de geometría práctica y trigonometría, con arreglo á los principios de Euclides; 5.° Un tratado de balística; 6.° La impugnación de la doctrina de Tartaglia y demostración de la verdadera con ligeras ideas sobre las minas.

El plan de la obra de Alava es, como se ve, muy vasto: reclutamiento y organización, condiciones de los reclutados, régimen de vida, reglas para marchar y combatir, ataque y defensa de fortalezas, diferentes clases de formaciones y armas, ardides de guerra, triunfos y premios en la Antigüedad, correspondencia entre las antiguas jerarquías militares y las de la época; fundición de armas, diferentes clases de piezas y modo de reconocerlas y probarlas; cálculo del peso del metal que entra en ellas y las pelotas; composición y fabricación de la pólvora; proporción de las cargas; efectos y velocidades de las balas; medios para desclavar, desatorar y trocear la artillería; descripción y uso del planisferio, astrolabio, cuadrante y otros instrumentos, é instrumentos necesarios de la artillería, método de construir tablas de tiro y tablas de alcance con su aplicación; discusión acerca de la trayectoria; impugnación de la doctrina de Tartaglia, muestra de la verdadera con sus correspondientes demostraciones; construcción de tablas de alcances; representación de éstos por el nivel, escuadra ó un alza para tirar, dando fin á la obra con ideas generales sobre las minas.

Dada cuenta del plan y estilo de esta obra, nos limitaremos á consignar, por lo que atañe al autor, que algunos biógrafos afirman que fué maestre de campo general de la artillería española, mientras otros sostienen ser cosa averiguada que no perteneció á la profesión militar, por más que se educara entre soldados. Sensible es que se ignoren los más esenciales datos de su vida y hasta la fecha de su muerte; pero queda, por lo menos, como testimonio de su ciencia y laboriosidad, una obra que, no por dejar de ser la primera española de artillería, es menos digna de figurar entre las de Collado y de Tartaglia. «Esta obra, dice el coronel Carrasco, es la del teórico, la que sigue la del práctico muy experimentado y la de Collado la del verdadero artillero, tan experto en la práctica, como instruído en la teoria.»

Capitán español (pág. 423). – Esta figura ha sido copiada de una estampa francesa, y es por cierto merecedora de un lugar entre las de nuestra colección por las particularidades que ofrece el traje. Redúcense sus armas á la gineta, la espada, el morrión y la coraza adornada de plumas. Ostenta anchos y adornados calzones, calzas sujetas á la rodilla por bellas cintas con roseta, y zapatos con lazos; cruza su pecho la banda encarnada, distintivo de los españoles; la gola de lienzo y el jubón, completan el vestuario de este oficial.

En segundo término del grabado se ven dos mosqueteros del ejército de la Liga.

Toma de Ligny (pág. 425).—La circunstancia de hallarse indicadas en el mismo grabado las posiciones de los ejércitos francés y español, nos ahorran la descripción, limitándonos á recomendarlo, no ya sólo como trabajo artístico, sino como á animado cuadro de dicha expugnación. Lagny es el nombre que dan á la plaza los historiadores españoles de la época.

Socorro de París (pág. 429).—Está copiado el grabado á que nos referimos de una estampa existente en la Biblioteca Nacional de la citada ciudad, y es por cierto muy notable por la idea que nos da del perímetro y fortificaciones de París; á la derecha aparece el ejército libertador escoltando el convoy, y en las murallas que miran á este costado los defensores de la plaza. La ciudad presenta una doble fortificación dividida por el Sena, que á mitad de la misma forma tres islotes, asegurando algunos puentes la comunicación entre ambas orillas.

Procesión de la Liga (pág. 433).—Este interesante grabado en cobre da perfecta idea del estado de los ánimos en el pueblo de París durante el sitio que la puso Enrique IV. Entre las procesiones de rogativas que para mantener la exaltación religiosa se efectuaron, tuvo lugar una compuesta de millares de niños, que según los autores de la época no pasarían de seis años, y otra de toda clase de gente de Iglesia, clérigos, frailes, sacristanes, etc. «La otra, dice un escritor perteneciente á la familia católica, hacían las órdenes religiosas y los sacerdotes de la ciu-

dad, con ornato togado juntamente y militar, guiando la marcha sagrada el obispo de León y el de Senlis, que llevaban *piadosamente feroces,* en las diestras lanzas, en las siniestras crucifijos. Con el mismo hábito y ornato se seguían las tropas de religiosos capuchinos, foliacenos, carmelitas, las familias de mínimos, menores y predicadores, resplandeciendo entre toscos mantos y cogullas las zeladas y coseletes.»

Cuenta Dondino, á quien pertenece lo transcrito, que, siendo ya Enrique de Navarra, rey de Francia, «á tiempo que se mostraba al Rey y á los grandes de palacio dada á la estampa aquella solemne procesión, entre los demás estaba presente Pedro Cotton, de la Compañía de Jesús, confesor del Rey. El confesor para entretener con algún donaire la conversación, con la licencia que para eso le daba largamente la real benevolencia, *En esta procesión,* dice, *en que se imploraban los socorros del cielo contra Vuestra Majestad, no veréis alguno de nuestra Orden.—No es maravilla,* respondió prontamente el Rey, *porque estabais de centinela para defender contra mí y contra los míos la entrada de París.* Aplaudieron grandemente el dicho los circunstantes, no sin empacho de Cotton, por ver que le herían con sus mismas armas; y se confesó vencido en ingenio, de aquel que con las armas había vencido á todos los enemigos (?), pronto como de manos, así de lengua en las conversaciones.»

Sorpresa de Thienen (pág. 435).—No por su importancia militar, sino por tratarse de asunto concerniente á nuestras guerras de Flandes, damos un facsímile de este grabado, grabado que, como los más que adornan esta obra, son coetáneos, y contribuyen así á ilustrar la historia militar como la del arte flamenco y holandés.

Atrincheramiento interior (pág. 437).—Representa este grabado el asalto de una brecha que tiene detrás un atrincheramiento construído durante el sitio. Hablando de una de esta clase de obras muy frecuentemente levantadas por los sitiados, dice Coloma al describir el sitio de Doullens: «Los enemigos que todo aquel sitio habían mostrado mucho valor, cuidado y diligencia, no habían estado ociosos; antes haciendo cortar y dejar fuera todo lo batido, se atrincheraron por de dentro y se fortificaron cuanto se lo permitió la cortedad del tiempo y la estrechura de la plaza, aparejándose para el asalto». *Guerras de los Estados Bajos,* lib. VIII.

Fortificación permanente del siglo XVI (pág. 439).—Da nuestro grabado perfecta idea de este género de fortificación; artillada y con traveses de tierra y cestones para librar á los defensores de los fuegos dominantes que molesten sus comunicaciones.

Combate de Vasbech (pág. 441).—Este precioso grabado es copia de Hogenberg, y aparte su valor por lo que se presta al estudio de los combates de la época, es grande su mérito por la exactitud en la representación y la belleza del dibujo. Representa el ataque de la guarnición de Breda á los cuarteles que Mansfeld tenía junto á la aldea de Vasbech, en espera de socorros para libertar á Gertruidemberg; ataque rechazado por los nuestros, no sin alguna pérdida por ambas partes.

Sitio del fuerte de Knodsenburg (pág. 443).—Copia de una estampa holandesa y muy digno de figurar entre los de la mejor colección por los muchos y curiosos detalles en que abunda, no menos que por su mérito. El artista, sin pagarse de las distancias, ha reproducido en su composición la isla de Betuwe ó de los Bátavos formada por los ríos Wahal y Rhin; sobre el primero y frontero á Nimega, el fuerte de Knodsenburg, sitiado por los españoles: á la izquierda de éste, y al otro lado del río, la ciudad de Nimega, y á la derecha y sobre el Rhin la de Arnheim, cuartel de Mauricio de Nassau. En el costado de la isla frontero á Arnheim, representó la emboscada preparada á la caballería católica por los holandeses, quienes tienen colocados sus arcabuceros al abrigo de la arboleda, mientras el escuadrón enemigo acomete á los nuestros. Este precioso grabado es debido á Matham.

Sitio de Rouen (pág. 445).—Es copia este grabado de una estampa existente en la Biblioteca Nacional de París y representa la ciudad de Rouen sitiada por Enrique IV. El sitio de Rouen comenzólo el mariscal Birón el 11 de Noviembre de 1591, y Enrique, que acudió en breve á él, contó para efectuarlo con los ingleses que mandaba el conde de Essex, 3,000 holandeses y una escuadra de este último país, encargada de cerrar las bocas del Sena; pero los sitiadores, mandados por un hombre muy experto, Villars Brancas, disponían de gran número de provisiones y se defendieron bizarramente hasta Enero de 1592, en que el ejército de la Liga, mandado por Parma y Mayenne, acudió en auxilio de la ciudad. En aquel momento, Enrique se encontró, como en el sitio de París, entre una plaza sitiada y un ejército enemigo; sólo que en vez de acudir, como entonces, en busca de éste con todo el ejército, dejó toda la infantería con Birón en las trincheras y él marchó con su caballería al encuentro del enemigo, comprometiéndose imprudentemente en los llanos de Aumale, donde fué destrozada su caballería y estuvo á punto de caer prisionero (5 de Febrero). Pero la falta cometida por sus enemigos entonces, la mala fe de los ligueros después, entreteniendo las operaciones, dieron lugar á que Enrique se repusiera; y si bien la vigorosa salida que hizo Villars le causó grandes pérdidas y destruyó sus líneas, Mayenne, impidiendo que Parma atacara á Enrique y tal vez le aniquilara, impidieron conseguir una victoria y evitar á Rouen un nuevo sitio. Se despacharon para esta pla-

za algunos centenares de hombres y un convoy, y el ejército católico regresó al Norte del Somma; mas no bien se hubo alejado Rouen, cuando prosiguió el sitio con más vigor que nunca.

De este modo transcurrieron cuatro meses, durante los cuales agotaron los rueneses las provisiones y la paciencia, viéndose, á su pesar, el gobernador obligado á pedir socorros á Parma y á Mayenne, y levantándose entonces definitivamente el sitio de Rouen (21 de Abril), porque los realistas no se hallaron en estado de sostenerse en sus líneas, y se retiraron hacia Pont-de-l'Arche. Como la primera vez que se acudió á Rouen, Farnesio quería atacar á Enrique, y nunca mejor ocasión que aquélla; pero se opusieron el duque de Mayenne y los jefes de los ligueros, malográndose así aquella importante operación militar. De este modo salvó Mayenne por dos veces la corona y la vida á Enrique IV. La plaza de Rouen no sufrió otra vez las molestias del sitio, pues la entregó Villars al Bearnés, mediante 1.200,000 libras, como garantía de los gobiernos de Rouen y Caux; 60,000 libras de pensión, cinco ó seis ricas abadías y la dignidad de almirante. Aquel traidor fué muerto por los nuestros en la batalla de Doullens.

Alejandro herido en Caudebec (pág. 447). - Representa este facsímile el momento en que Alejandro, herido al efectuar el reconocimiento de la plaza, es rodeado por los suyos, que en suplicante ademán le ruegan se retire del peligro. El artista ha tratado de poner de manifiesto con las violentas actitudes de las figuras, el interés y el amor que el principal personaje inspira.

Sitio de Caudebec (pág. 449). —Caudebec era, en la época de que nos ocupamos, una reducida villa ceñida de altos muros, reforzados por antiguos torreones. Hállase situada á dos leguas Sud de Ivetot, en la margen derecha del Sena y en un valle cruzado por el río Caudebec. Su conquista fué obra fácil; pero, como ya hemos visto, no procuró ventaja alguna al ejército católico, que hubiera sucumbido en las riberas del Sena, á no haberla sacado del peligro un rasgo de audacia de Alejandro Farnesio. En marcha las tropas de la Liga para la ciudad de París, Caudebec fué sitiada nuevamente por el ejército de Enrique IV, y como su gobernador había recibido orden de sostenerse hasta dar lugar á que los coaligados se pusieran á gran distancia de la ribera, sostuvo por cinco días el sitio y salió luego de la plaza con armas y banderas. Puede presumirse lo que sufriría esta pequeña villa sitiada por dos veces en el breve período de un mes; pero tal era el triste destino de muchas poblaciones en aquel período aciago; y por muy felices podían darse sus moradores, cuando una capitulación formal les ponía á salvo de los horrores del asalto.

La escalada (pag. 451).—Este facsímile pertenece á la obra de Flaminio della Croce, *Theatro militare* impresa en Amberes á principios del siglo XVII (Impr. Henrici Ærtsii) y dedicada á los archiduques Alberto é Isabel. Tres soldados armados de distintas armas suben por la escala: un piquero, un arcabucero y otro provisto de espada y rodela ó rodeleja. Esta arma usóse particularmente en los asaltos, y se comprende por tratarse de combates mano á mano y al arma blanca.

Las tres figuras del grabado es fácil que representen soldados de *naciones*, ó mercenarios; pero, de todos modos, no dejan de pertenecer al ejército que militaba bajo las banderas españolas; puesto que se trata de un libro didáctico dedicado á un gobernador español, y escrito para la enseñanza de la gente que militaba en Flandes.

Sitio de Covorden (pág. 453).—El fuerte de Covorden ó Koevorden era uno de los que defendían el paso á la provincia de Groninga. «Este fuerte de Covorden, dice Verdugo, está en un sitio fuertísimo, que de todas partes le cercan pantanos y turbales inaccesibles la mayor parte del año; solamente hay un paso duro y arenisco debaxo; pero siempre con agua, y dura antes que se llegue al fuerte y después á la entrada de él, adentro, una pequeña hora de camino, paso hecho á posta para las barcas de una provincia á otra, que esto significa el nombre de Covorden; hay tres ó cuatro arroyos que salen de estos pantanos y turbales, y todos vienen á dar al fuerte, y de ello se hace un río, que va por unos grandes prados á entrar en el Vecht (1).» Y Coloma dice del mismo: «Es un fuerte de cinco caballeros reales situado en donde se acaba el país de Oberysel y comienza el de Drent; paso seguro para entrar por el país de Tuent y condado de Benthem, en el territorio de Gruninguen.» La disposición del fuerte, así como la clase de terreno en que se levantaba, permiten hacerse cargo de las dificultades que ofrecía este sitio; pero el enemigo supo trazar tan bien sus líneas que, cerrando la entrada á todo socorro y manteniéndose en ellas á pesar de haberse presentado el ejército de Verdugo, no superior en número al suyo, logró rendirla después de sangrado el foso y minado y cortado el baluarte principal. Es tal la fidelidad de nuestro grabado, que en él pueden echarse de ver las dos plataformas levantadas por los holandeses y citadas por Verdugo, la distribución de las baterías y la de los fuertes que refuerzan la línea de circunvalación. Luis Guillermo de Nassau, primo de Mauricio, comenzó este sitio y lo terminó Mauricio en persona auxiliado por Holack (Agosto-Octubre de 1592); mas á pesar de dirigirlo tan expertos capitanes, Covorden no se hubiera perdido, de acudir con oportunidad los socorros, no tanto por el valor numérico, cuanto por favorecer la operación el tiempo seco. Defendió la plaza con gran tesón el conde Fe-

(1) *Comentario de la guerra de Frisia*, Tomo II de la *Colección de libros raros y curiosos*, páginas 186 y 187.

derico de Berghes (Bergas), y Verdugo hizo cuanto en su mano estuvo para socorrerla; lo que no logró, á pesar de haber atacado de noche las trincheras y haber intentado sacar de ellas al enemigo. No trataremos de repetir noticias ya dadas en el texto, y basten estos ligeros datos, como explicación del grabado.

El original de este facsímile pertenece a la obra holandesa *Expediciones y victorias de Mauricio de Nassau.*

Sello de Felipe II y María de Inglaterra (pág. 456). – En el anverso de este sello aparecen las figuras sedentes de ambos personajes, bajo solio y apoyadas las manos en un globo terminado por una cruz, destacándose en el fondo del solio un escudo formado por las armas de Inglaterra y España. Los reales cónyuges visten ropaje talar y manto con capilla de armillo; ciñen corona real y empuñan, Felipe una espada desnuda y María un cetro rematado por una flor de lis. En el reverso del sello, estas figuras aparecen montadas: el monarca armado de todas piezas, cubierta la cabeza por un birrete de terciopelo y en la diestra la espada; la reina con rico traje y cofia, sosteniendo asimismo el cetro. El anverso lleva la siguiente orla: *Philip. et. Maria. D. G. Rex. et Regina. Angl. et Hispaniæ. Franc. utrius. Sicilie. Ierusalem. et. Alg. Fidei defensores;* y el reverso *Archiduces Austriæ. Duces Burgundiæ. Mediolani et Brabantiæ. Comites Haspurgi Flandriæ et Tirolis.*

Batería de sitio (pág. 457).—Presenta esta batería del siglo XVI un parapeto de cestones y las piezas colocadas ya sobre explanadas de madera. Los artilleros se hallan colocados en las diversas posiciones de disparar, apuntar y cargar.

Sitio de Groninga (pág. 461).—La célebre ciudad cabeza de la provincia de Frisia, sujeta mal de su grado á España y siempre dispuesta á entregarse al enemigo, cayó por fin á manos de éste á principios de 1595, después de pocos meses de sitio. Con este episodio termina su gobernador Verdugo el *Comentario de la guerra de Frisia.* No ofrece el sitio de Groninga particularidad alguna notable: comienza por un bloqueo riguroso; luego por el ataque de un rebellín, no terminado de construir, y de la puerta de la ciudad que á él salía, operación ésta en que se empleó algún tiempo y que terminó con alojarse el enemigo en el foso, sin que pudieran evitarlo las frecuentes salidas de los nuestros. Esta ventaja y el haber volado los holandeses la mina hecha al rebellín, de poco les hubiera servido, á no haber tenido secretas inteligencias con los de la plaza; porque la estación no era propicia para sostener el sitio y las vituallas y municiones hubieran llegado á faltar á los sitiadores. Pero éstos habían recibido aviso de perseverar; un correo enviado por los españoles á Verdugo puso en su conocimiento la falta de pólvora que padecían, y en la misma Groninga promovieron sus secuaces un motín para abrirle las puertas. Se comprende, pues, que los defensores, no esperando recibir socorros de Verdugo, ni confiando de los ciudadanos, pactaran la entrega después de haber rechazado con gran valentía un asalto, «ayudando en ellos, dice Verdugo, poderosamente las mujeres; porque aunque en cualquiera parte de los Estados Bajos tienen gran mano las mujeres hasta en las cosas más graves, es sin duda que en Gruningen la tienen y la han tenido siempre.» Ya no volvió Groninga á poder de España, y con su conquista puede decirse que perdieron los españoles las provincias de Frisia, tan esforzadamente defendidas por Verdugo en los catorce años que fué su gobernador.

Nuestro grabado es facsímile de uno de los que adornan la obra titulada *Expediciones y victorias del príncipe Mauricio de Nassau*

Galeras españolas (pág. 463).—Véase la explicación de las páginas 15, 218 y 409.

Arcabuceros á caballo (págs. 465, 468 y 469).—Son facsímiles de la obra *Theatro militare* de Flaminio della Croce, de que ya hemos hablado en una de las anteriores descripciones. El arcabucero está representado en los momentos de cargar, disparar y marchar al trote. Su armamento se reduce á morrión, arcabuz, espada y las piezas que oculta la túnica, tal vez un peto y brazaletes; pudiendo verse las manoplas. No es su traje el de tropa española, pero tratándose de una obra italiana impresa en Amberes, creemos que pertenecerá el soldado á la arcabucería montada de aquel país que militaba en Flandes. El morrión tiene barbuquejo y nariguera; la túnica cubre el cuerpo hasta las rodillas, y la pierna y pie están envueltos y calzados por holgada bota de cuero.

D. Diego de Villalobos (pág. 473).—Fué este diligente escritor varón de noble estirpe, y vió la luz en México (ignórase el año), siendo su padre D. Pedro, presidente, gobernador y capitán general de las provincias de Guatemala. De sus mocedades poco puede decirse, pues hasta 1594, y esto gracias á los *Comentarios*, no venimos en conocimiento de la vida de este autor. Se le encuentra entonces soldado del tercio de D. Luis de Velasco, con el que asistió á la toma de Huy, y muy en breve entre los caballeros mozos que acompañaban al valeroso D. Agustín Mejía. Pasó con éste á Francia, y tomó parte muy activa en las campañas de 1594 á 1597, que describió en la obra arriba citada, logrando gracias á su celo y á su valor extraordinario, el grado de capitán de caballos lanzas españolas. El mismo nos cuenta con notable llaneza las arriesgadas empresas en que tomó parte, los rudos trabajos que llevó á cabo, sus repetidos contratiempos, ora cayendo de lo alto de las murallas en el asalto de Huy, ora rodando

al foso en el de Catelet, ya precipitándose en los préstamos de Doullens, ó recibiendo un balazo junto á esta ciudad y frente á la de Cambray.

Hombre que á tal dosis de valor reunía claro ingenio y noble estirpe, por fuerza hubo de captarse el afecto de sus superiores; quienes, en merecida recompensa á sus servicios, le otorgaron, terminado el sitio de la última de aquellas plazas, el mando de una compañía de infantes del tercio de Mendoza, que á la sazón guarnecía á Catelet. Con ella hizo el autor repetidas y afortunadas salidas, burló emboscadas y estratagemas, y consiguió gran fama de atrevido. Y es preciso leer en su misma obra la descripción de éstos y otros más importantes sucesos, para formarse cargo de la vida militar en aquella época, vida fecunda en acontecimientos extraordinarios, en que la emulación daba alas al valor, cuando no la codicia: originándose de aquí aquel tipo endurecido por las fatigas y orgulloso de su fama, que ha hecho proverbial el heroísmo de los veteranos de Flandes.

Narrar los hechos en que tomó parte el autor equivale á hacer el extracto de sus *Comentarios;* y en verdad que no de otro modo puede componerse su biografía. En Calais, en Hults, y sobre todo en Amiens, cuyo sitio tan prolijamente describió, figura nuestro D. Diego. Su nombre va íntimamente enlazado á este sitio memorable, pues no hubo acontecimiento, á partir de la sorpresa hasta la entrega de la plaza, en que no figurara Benavides. Mandaba una compañía del tercio llamado de *los colmeneros*, con la que desde Mons acudió á secundar el atrevido proyecto de Hernán Tello, y al terminarse el sitio, á causa de la terrible peste que diezmaba á los defensores, vióse al frente de tres compañías, una de lanzas y dos de infantes. Es inútil decir que Villalobos se portó como un valiente; pues si dudosas nos parecieran sus proezas, confirmáranlas Colonna y Carnero en sus respectivas obras

Rendida Amiens, pasó D. Diego á Flandes, hasta que la muerte de su hermano, á quien sucedió en la herencia, le obligó á regresar á España; y no sin tropiezo, pues la nave en que emprendió el viaje fué apresada por los corsarios holandeses, debiendo nuestro capitán su libertad á un cange: en cambio perdió todos sus papeles, pérdida tanto más sensible en cuanto entre ellos iban los apuntes en que debía basar los *Comentarios*, y de la que resultó tal vez alguna inexactitud en la narración. Sin embargo, no por eso dejó Villalobos de acometer la empresa, ardua en verdad, de describir otra vez aquellas campañas, y en 1611 dió á la estampa su obra, precedida de respetuosa dedicatoria al Consejo de Guerra del rey D. Felipe III.

Escasas noticias posteriores se tienen de este escritor; y como con razón dice el Sr. D. Alejandro Lorente, á cuyos apuntes biográficos nos hemos atenido, mucho se necesita escudriñar para completar esta biografía. Siguiendo, pues, al autor citado, parece que no concluyeron con su llegada á España los contratiempos que experimentó D. Diego; y si porrazos y mosquetazos recibió en Doullens y en Cambray, al ocupar el puesto de corregidor de Málaga, tuvo muy graves quebrantos. La causa de ellos fué el embargo general decretado contra los navíos, mercaderías y otros bienes de los holandeses, secuestro que efectuó, según lo ordenado, Villalobos, y que por tratarse de no pequeñas ganancias dió lugar á enemistades y procesos, en que fué envuelto. La enemistad del secretario Pedro Arce, despachado por la corte para llevar á efecto el embargo, realizado ya en parte, aumentó su desgracia; pues éste, tal vez enfurecido por no haber tenido parte en la ganancia, se dió tan buena traza á buscar testigos falsos y jueces prevenidos, que el servicio prestado por D. Diego de Villalobos convirtióse en delito; y la consecuencia de este proceso fué para el autor la privación de sus obvenciones, el pago de cuarenta mil reales al Fisco, aparte de doce mil, correspondientes á los seis meses que estuvieron detenidos los navíos holandeses, y en concepto de salarios, guardias, etc.

Con motivo de este proceso escribió y dió á la estampa Benavides un *Memorial* dirigido á S. M. el rey D. Felipe IV, y de que se conserva un ejemplar, sin fecha ni firma, en la biblioteca del Sr. Gayangos. De este papel extractó el Sr. Llorente las anteriores noticias. No se tienen otras del autor de los *Comentarios*.

Digamos algo acerca de esta interesante obra. Escrita con gran llaneza y naturalidad, dista por su estilo de las de Coloma, Vázquez, Carnero y otros; en cambio, con abarcar espacio más limitado, el autor ofrece detalles en alto grado importantes, no sólo para la historia militar, sino para la especial de las armas. Su objeto capital fué describir el célebre sitio de Amiens, y á causa de esto, la narración de lo ocurrido durante los años 1594 y 95, aunque atractiva, es incompleta: no así en la parte que pudiéramos llamar capital de la obra, pues Benavides describe con gran suma de detalles la sorpresa, defensa y socorro, dando especial colorido á este cuadro los numerosos episodios que en él intercala, y en los que, figurando como actor, pudo tomar nota exacta de todo. Que no abrigaba pretensión alguna literaria lo prueban sus palabras: «Y porque estos mis escritos ó comentarios, *no son más que unas breves Memorias*»; la notable sencillez con que refiere sus propias desventuras, sin omitir lances cómicos que otro escritor desdeñaría. Pero á falta de literario aliño, es el libro de Villalobos muy digno de figurar entre los de nuestros narradores del siglo XVI, por la fidelidad con que en él se retratan los hechos, por la viveza de impresiones que refleja, y por las noticias que facilita sobre las distintas ramas del Arte.

Villalobos dió á su obra el título de *Comentarios de las cosas sucedidas en los Paises Baxos de Flandes desde el año de 1594 hasta el de 1598*, y la imprimió en Madrid Luis Sanchez, impresor del Rey (1611). Ya puede suponerse eran rarísimos los ejemplares que de la misma existían recientemente; pero al celo de algunos aficionados, personas todas que han prestado grandes servicios á la historia patria, se debe la reimpresión del citado libro, que constituye el volumen sexto de la preciosa colección titulada *Libros de antaño.*

Navíos holandeses (pág. 477).—Dada su posición geográfica y dadas las condiciones de su suelo, se comprende que el pueblo holandés consagrara su actividad á las empresas marítimas; pero lo que más admira en él, son sus atrevidas expediciones con objeto de buscar un paso á la India por el Noroeste, precisamente cuando aun combatían sus soldados contra los españoles (1594-96). En esta época, aun de ruda y empeñada lucha, los Estados generales prestaban su cooperación á estas empresas y descubría Barentz la costa Oeste del Spitzberg y la costa Oeste y Norte de Nueva Zembla, conquistando para su patria un honroso lugar en los anales de la exploración ártica. Y no tardaron mucho las naves holandesas en surcar los dos Océanos, combatiendo en los mares de Asia con los portugueses y en los de América con los españoles.

Para alcanzar en el breve período en que Holanda lo consiguió, pujanza tan desusada, se necesitaban grande energía y no menos grandes aptitudes; y en efecto, demostraron poseerla los holandeses en el hecho de luchar á gran distancia de la patria y en las flotas que dieron á la mar. La Holanda libre organizó escuadras no menos poderosas que las de otros pueblos, armó grandes navíos de dos puentes con numerosas bocas de fuego, y con una tripulación experta y valientes capitanes dirigiólas contra nuestras posesiones, atreviéndose á desafiar nuestro poder en el Atlántico. Es de presumir que la construcción naval hizo allí grandes progresos, pues en la misma Inglaterra alcanzaron fama sus maestros constructores; sin embargo, si se exceptúan la esbeltez y magnitud del casco, no es notable la diferencia que se nota entre éstas y otras naves de la época. Basta examinar el grabado de la pág. 475 para echarlo así de ver, aparte de otros detalles de que dan idea los navíos reproducidos.

Toma de Corbeil (lámina suelta, pág. 432).—Al contemplar la humana oleada que barre el puente y trepa por la brecha; al mirar en lo alto de los torreones cuál se destrozan mano á mano los contendientes, y luego esa misma lucha repetida en las aguas del foso, en las murallas y junto á las puertas, fórmase el espectador de este cuadro exacta idea de los horrores de un asalto, en pleno siglo XVI. La ley de guerra era inexorable, las costumbres no suavizadas por la instrucción, la moral dudosa entre gente mercenaria, el valor no escaso, pues en ello iba la vida y botín si ya no el honor de la bandera, ó la emulación despertada entre las *naciones*. Y como el efecto de las armas de fuego portátiles era escaso, aun el combate tenía el grado de fiereza de que por ventura hoy apenas nos hacemos cargo, gracias á los adelantos de la ciencia. Basta leer cualquier relación coetánea para encontrar ejemplos numerosos de valor sin igual y de gran barbarie; actos que demuestran un gran desapego de la vida, hijo muchas veces de la fe ó del honor, no pocas del orgullo ó de la ambición. Procuraban mantener y exaltar el sentimiento religioso los capellanes, en especial, jesuítas, que, con no escaso peligro, andaban por el campo; que también ellos combatían y con singular valor, ora auxiliando al moribundo en el arcen del foso, ya exhortando al que corría á tomar la batería. Y ¡cómo no? si allí se reñía una doble batalla en que por las armas trataban de resolverse los inmortales destinos de la conciencia humana. Si acaso no despertara eco alguno sus palabras en el alma de los veteranos, allí estaban las riquezas de la ciudad, el alimento de que en muchos días tal vez carecían y un techo protector. El nombre de su tercio, el ejemplo de sus capitanes y caudillos, el honor de ocupar el primer puesto en el asalto, podían ser nuevos acicates; pero en verdad ¿qué valor podía tener la vida para aquella gente, en constante guerra, endurecida de cuerpo por la fatiga, y, si nos es permitido decirlo, de alma por las frecuentes escenas de horror que presenciaba? Ninguno; y es de creer que el soldado que se encomendaba á Dios al pie del muro, se reconciliaba con el Diablo al otro lado de la brecha. Así y todo nuestra generación admira alguno de los muchos actos efectuados entonces, por lo que tienen de sobrehumanos; y el tipo de nuestros soldados de Flandes, es y será considerado como la genuina representación de nuestra antigua España, emprendedora y sufrida, exaltada y poco previsora, amante de la gloria antes que del interés y siempre dispuesta á romper lanzas en favor de su Dios y de su rey.

Poco podríamos decir respecto á la toma de Corbeil, después de lo que llevamos expuesto en las ya citadas páginas del anterior ESTUDIO. Consignaremos sólo que este facsímil es de un grabado de Hooghe y el dibujo del capitán de ingenieros Ledesma.

Entrada de Alejandro Farnesio en París (lámina suelta, pág. 436).—Esta preciosa lámina, copiada de una estampa antigua, representa la entrada del duque de Parma en la capital de Francia, después de haberla libertado del cerco que la puso Enrique IV (1). En primer término, y montado en arrogante corcel, aparece el ilustre caudillo, en traje de guerra y empuñando en la diestra el bastón de mando: síguele el duque de Mayenne vestido á la usanza francesa, aunque sin llevar pieza alguna defensiva; y á su lado, y en pos, algunos caballeros en traje de guerra y de corte. Una brillante escolta de lanceros y piqueros acompaña á estos personajes; desfilando en segundo término el convoy. En el fondo se dibuja la ciudad de París, por una de cuyas puertas penetran ya los carros cargados de vituallas.

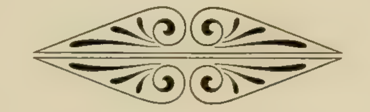
Merece esta lámina ser detenidamente examinada por cuantos quieran estudiar la indumentaria de la época;

(1) «Ganada Corbeil y avituallada París para muchos meses por aquellos ríos, mientras se reparaban las baterías y se restauraba un poco la gente de los trabajos pasados, el duque de Parma, con mil quinientos caballos, acompañado del de Humena y sus cortes, pasando el Sena por Pontcharenton, entró en París con color de visitar á las princesas del bando colegado que se habían hallado sitiados en aquella ciudad, cuyo valor, mucho más que varonil, fué gran parte para defenderla.» Coloma, Lib. III.

pues nótase en los trajes la transición de los siglos XVI al XVII, no menos que en las armaduras, más ligeras y reducidas á menor número de piezas.

Alejandro Farnesio cruzando el Sena (lámina suelta, pág. 448). —Debida como la anterior este grabado á Ledesma y Hooghe, reune las mismas condiciones de ejecución, presentando un animado cuadro militar. La sinuosa corriente del Sena cruzada por multitud de bajeles; el ejército que combate en la margen derecha protegiendo el paso de las naves; los escuadrones formados en la izquierda en disposición de emprender la marcha; y en primer término los barcos holandeses tratando de impedir la operación y detenidos por nuestros intrépidos arcabuceros. Esta escena llena de movimiento, si es de admirar en su conjunto, no es menos digna de apreciarse en sus detalles, que, con ser múltiples, no perjudican la unidad de la composición.

Sitio de Gertruidemberg (lamina suelta, pág. 460). —Esta preciosa lámina es facsímile de una de las que adornan la obra titulada: *Descripción verdadera y exacta reproducción gráfica de todas las expediciones por mar y tierra, y victorias que el Omnipotente ha concedido á los poderosos Estados Unidos de Holanda, por consejo y obra del altísimo Príncipe y Señor Mauricio de Nassau.* En ella se hallan representadas con gran fidelidad la ciudad y los diques; las líneas de circunvalación; los campamentos, fuertes, puentes de barcas y la flotilla de Mauricio, así como una parte de los cuarteles españoles. La caballería enemiga escaramuza con la nuestra en el espacio que media entre los dos campos, y en el dique maestro combaten fuerzas de infantería. Es tan detallado el dibujo que permite estudiar perfectamente las defensas de la ciudad y la disposición del campo enemigo, así como el campo de Groninga, pantanoso y salpicado de lagunas, cruzado por diques, y á menudo inundado por el río; pero debemos advertir, que aquel territorio, como muchos otros de los Países Bajos, ha sufrido una gran modificación, á causa de los grandes trabajos de desecación y saneamiento de los *polders,* y que por consiguiente dista mucho de ofrecer el aspecto que tenía en 1593. Gertruidemberg, ó Santa Gertrudemberg, como la llaman nuestros historiadores, no era sólo una plaza de gran importancia militar por su situación en las bocas del Mosa, sino una ciudad rica, pues la pesca del salmón que se hacía cada año en el Merka, brazo de mar que existía entre aquélla y Dordrecht, producía, según Coloma, más de veinticuatro mil ducados. Mauricio la puso sitio á mediados de Marzo de 1593 y la rindió el 25 de Junio del citado año, sin que pudiera evitarlo el tardío arribo de Mansfeld, porque en los dos meses que éste empleó en reunir el ejército de socorro, Nassau construyó los atrincheramientos, fuertes, diques y puentes, que han hecho célebre á este sitió.





ESTUDIO NOVENO

ÚLTIMA CAMPAÑA DEL REINADO DE FELIPE II — AMIENS

I. Campaña del archiduque Alberto en Francia.—Toma de Calais y de Ardres.—Pérdida de la Fère.—Conquista de Caumont.—Sitio de Hults.—Combate de Turnhout.—Célebre decreto de Felipe II relativo á los préstamos.—Saqueo de Cádiz por los ingleses. — **II.** Hernán Tello se apodera por sorpresa de la ciudad de Amiens.—Intentan los franceses sorprender la ciudad de Arras y son rechazados.—Famoso sitio de Amiens.—Socorro de esta plaza.—Desacertados planes del Archiduque.—Apurada situación de los sitiados.—Escasa diligencia del archiduque Alberto, y mala dirección del ejercito.—Escaramuzas con los franceses.—Renúnciase al socorro y ríndese la plaza á Enrique IV. — **III.** Operaciones de Mauricio de Nassau.—Pérdida de Rhinberg, Groll, Bredfort, Oldenzeel, Linguen y otras villas. — **IV.** Conferencias y paz de Verbins.—Motines en los Países Bajos.—Conciértase el casamiento del archiduque Alberto con la infanta Isabel y parte para España.—Muerte del rey D. Felipe II.

I



TOCAMOS ya los ultimos límites del reinado de Felipe II. El triunfo de San Quintín ilumina con brillantísima luz los primeros días de este reinado; la rendición de Amiens alumbra con opacos fulgores sus postrimerías; entre estos dos sucesos, entre Chateau-Cambresis y Verbins, ¡qué de grandes y gloriosos episodios, qué de sangrientas y terribles jornadas! Gravelines, Lepanto, las Terceras, Harlem, Duiveland, Amberes, La Esclusa, la gran Armada, el socorro de París, Doullens, Cambray, Calais..... y tantos hechos que no por ser menos célebres, dejan de llenar gloriosamente las páginas de la historia. Pocas veces descansaban las armas españolas; y en uno y otro continente nuestros soldados luchaban por sujetar á nuestra dominación poderosos Estados y vastos territorios; por hacer grande y temible á esta infeliz nación, que mas necesitada estaba de prosperidad que de gloria y de grandeza. Halagada por la victoria, pagada de su poderío, entusiasta por sus ideales y confiada en sus tesoros, España iba desangrandose insensiblemente, y ni su energía, ni las riquezas de Indias, pudieron hacerla resistir la ruda prueba á que la sujetó Felipe II. Toda esa energía y todas esas riquezas puestas al servicio de la reacción católica y de los planes absorbentes de Fe-

lipe, se estrellaron contra dos naciones de no gran importancia todavía, la Holanda y la Inglaterra, y contra un pueblo sumido en los horrores de la guerra civil, la Francia; y mientras éstas salían vencedoras en la lucha y adquirían, gracias á las nuevas ideas, desusado desarrollo, nuestra patria entraba en la decadencia; como en justo pago de las funestas causas que tan obstinadamente había mantenido. El resultado tocábalo ya aquel viejo terco que en los últimos días de su reinado tenía que acudir á la bancarrota, y que aseguraba no poder contar con lo más indispensable para sostener el personal decoro; pero, sobre todo, lo experimentaba el país, cuyos procuradores habían hecho oir en vano sus quejas en las Cortes, ya sólo convocadas para pedir recursos. Y mientras los gobernadores de Flandes acudían una y otra vez al soberano, en demanda de dinero para satisfacer obligaciones apremiantes, amotinábanse las tropas en el Brabante y en el Artois, desertaban de la Frisia, imponían grandes tributos al país y daban lugar á que el enemigo nos arrebatara, no ya ciudades, sino provincias enteras. Habíamos perdido el crédito, á causa del famoso decreto de Felipe II relativo á préstamos; nuestras armas, no siempre consagradas á conquistar, oprimían el territorio que debían defender; la Francia, herida en su patriotismo, se levantaba entera para arrojarnos de su territorio; Holanda, tomando la ofensiva, amenazaba ya el corazón de las Provincias y prestaba eficaces auxilios á Enrique IV; uníanse los príncipes alemanes en contra nuestra; y la Inglaterra despachaba para las costas de la península una poderosa armada que saqueó la hermosa y rica ciudad de Cádiz. Tal era el triste aspecto que ofrecían nuestras cosas al finalizar este reinado, y con él uno de los siglos más grandes y fecundos de nuestra historia.

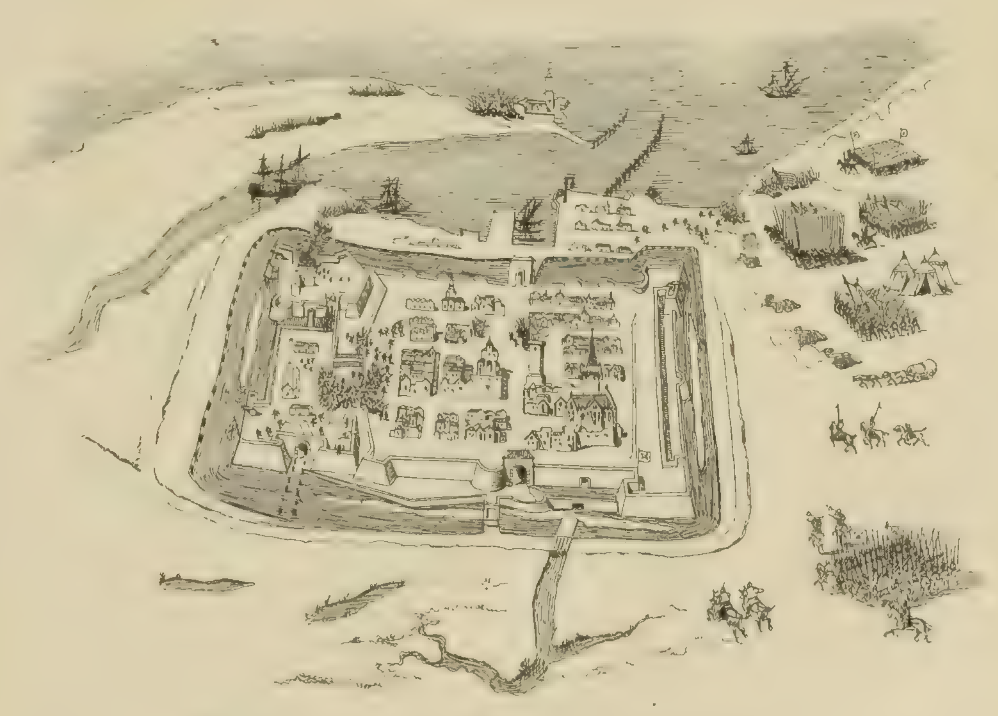
La lucha sostenida por Felipe II y la Holanda, ya hemos visto que no llevaba trazas de concluir, si no es con la pérdida completa de los Países Bajos; y fácil es que, á pesar de su fanatismo, comprendiera el monarca que no podría sostenerla en adelante con ventaja. Esto fué lo que le indujo á colocar al archiduque Alberto en el gobierno de aquellas provincias, y á casarle luego con la infanta Isabel Clara, cediendo á los príncipes y á sus descendientes los Estados Bajos, si bien en condiciones tales que, como en su lugar veremos, la cesión venía á ser tan sólo temporal. Era un ardid para atraer á los rebeldes, ardid no mal pensado si se tratara de un pueblo menos conocedor que el holandés de las mañas de Felipe; pero que no produjo efecto alguno. Por otra parte, no separándose de la línea política trazada por el soberano español, y careciendo Alberto de talentos político-militares, poco podían prometerse uno y otro de los rebeldes; por manera que la guerra prosiguió con igual empeño y no mayor fortuna que antes.

Era ya muy entrado el mes de Enero cuando llegó el Archiduque á Luxemburgo acompañado de su corte, de 6,000 infantes y algunas compañías de caballos. Con esta gente y diez compañías que allí se le incorporaron, pasó á Namur, donde salió á recibirle el conde de Fuentes y toda la corte española é italiana, enterándose minuciosamente allí del estado de los negocios en Flandes y en Francia. Su primera medida fué reformar la tropa que había traído consigo de Italia, en su mayor parte perteneciente al ejército que militó en Borgoña, á cuyo efecto mandó al veedor Ibarra que formara con las banderas de italianos un tercio de más de 2,500 hombres, que agregara las españolas á los cuatro tercios existentes y que redujera las compañías de caballos á tres de lanzas y una de arcabuceros. Seguidamente tratóse en consejo de guerra, si debía acudirse en socorro de la Fère, sitiada por Enrique IV desde fines del año anterior (1595), adoptándose esta resolución, no obstante lo que apremiaba el pagamento de los amotinados de Sichem, que continuaban retirados en Tillemont, y de los de la Chapelle; y de este modo el medio millón y medio en barras de plata que traía el archiduque (1), para satisfacer á los sediciosos, empleóse exclusivamente en organizar un nuevo ejército.

Urgía á la verdad acudir en socorro de la Fère, porque en la plaza iban acabando los bastimentos, y si bien el intrépido Jorge Basta introdujo en ella ochocientos sacos de trigo, no podía prolongarse la resistencia más de dos meses. Por otra parte parecía conveniente el socorro, á la

(1) «...Millón y medio de barras de plata que se traían para pagar la gente de guerra, en especial los motines, árbitro que se dió al Rey para ahorrar los intereses de los cambios, y ganar también en el encuño de la moneda; siendo así que con el peso de un real de á ocho se batian en los Estados un Felipe tallar, que vale en todos ellos diez reales.» Coloma, *Guerras de los Estados Bajos*, Lib. VIII.

reputacion del nuevo gobernador y al lustre de nuestras armas, ya que sobre nosotros pesaba solamente aquella guerra, sin contar lo que importaba la conservación de una plaza tan excelente por su fortaleza como por su situación. No obstante, presentaba tal empresa muy grandes dificultades, ya por no contar los españoles con el apoyo de la poblacion francesa, ya por verse obligado el ejercito a alejarse de su base de operaciones, dejando a sus espaldas al internarse diferentes plazas de guerra, lo que unido a las que ofrecian el cruzar las bien fortificadas líneas de los franceses y los campos empantanados por las aguas del Oise, inducía á muchos a recomendar se acometiese á Hults, Breda, Ostende ó Berghen, antes que emprender el socorro de la Fère.



Sitio de Calais. (Copia de un grabado existente en la Biblioteca Nacional de Paris)

Pero venció en el consejo esta resolución, y acordado el socorro, á partir del 11 de Febrero en que entró el Archiduque en Bruselas, se hicieron levas, condújose á la frontera gran cantidad de bastimentos y comenzáronse á ir despachando para ella los diferentes tercios y compañías que debían constituir el ejército. La cifra á que éste ascendía era 16,000 infantes, más de 2,000 caballos ligeros y 1,500 hombres de armas, «toda infantería vieja y gobernada por cabezas de mucho valor y experiencia ; pues como maestre de campo general, iba Mr. de Rone ó Rosnes, por su teniente Zapena; por general de la caballería, el conde de Varas, y con las compañías de infantes y caballos, Coloma, Landriano, Padilla, Luna, Bracamonte, Buitrón, Acuña, Gamarra, Mendo, Eguiluz, Guevara, Salazar y otros capitanes no menos distinguidos.

El 29 de Marzo partieron el Archiduque y el ejercito de la ciudad de Bruselas, encaminándose á la raya de Francia con ánimo de socorrer á la Fère; pero dudoso todavía Alberto de si acudiría inmediatamente a esta plaza ó intentaría por medio de una diversión alejar de ella al enemigo. Ibase tratando esto con los del consejo, cuando Mr. de Rone, general tenido en grande opinión,

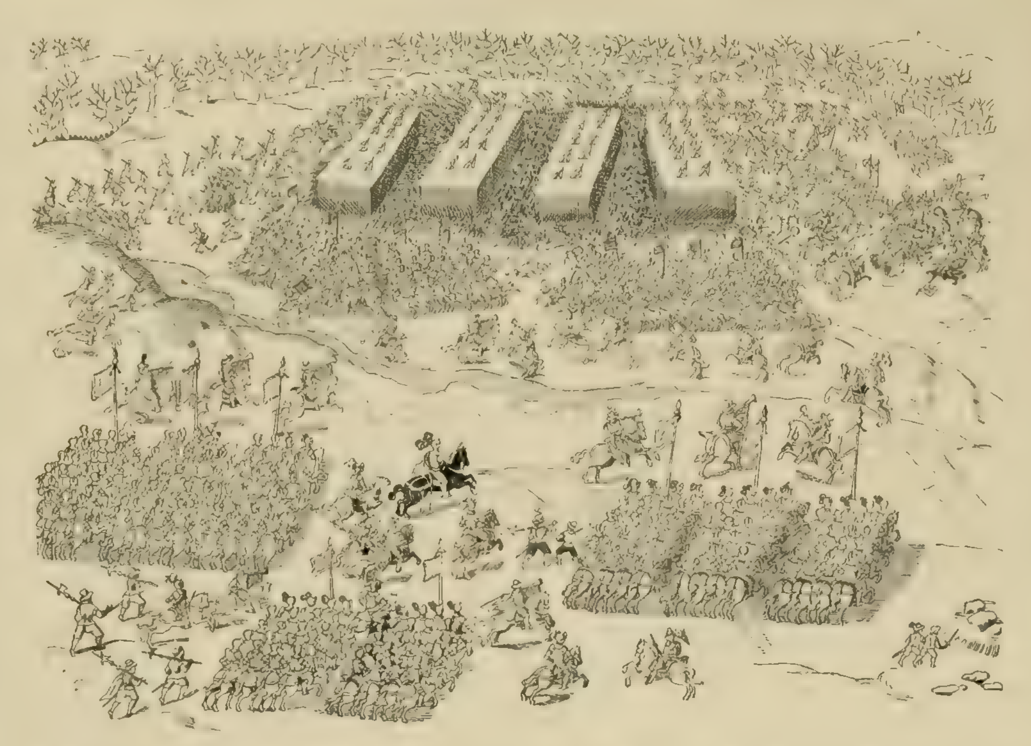
no menos que por su pericia, por su fidelidad, expuso la conveniencia de atacar á Calais, plaza mucho más importante que la Fère por ser puerto de mar, y que se tomaría indudablemente ó se obligaría á que levantase Enrique el sitio de la Fère, consiguiéndose el primer intento con menos riesgos para aquel ejército de cuya conservación pendía la de los Países Bajos. No podía ser el plan más acertado, tratándose de una ciudad cuya defensa estaba muy descuidada, y que, colocada en la costa del canal, facilitaba las comunicaciones por mar con España; así es que la opinión de Rone aceptóse unánimente, acordándose que sin pérdida de momento marchara Rone con parte del ejército sobre Calais, dejando en su camino asegurado el puente que sirve de paso ente el país de Calais y el de Boulogne, mientras Ambrosio de Landriano, con toda la caballería ligera, distraía al enemigo, poniéndose sobre Montreuil. Jorge Basta con 400 caballos y dos regimientos de valones fué apostado en Chateau Cambresis, donde se habían reunido gran cantidad de vituallas, con orden de no perder la ocasión de introducirlas en la Fère tan pronto levantara el sitiador su campo; y D. Agustín Mejía tomó por la frontera francesa, con objeto de desorientar á Enrique IV, tocándole arma por distintas partes. Cuanto el Archiduque, avanzó hacia Saint-Omer, y una vez tuvo noticia de que Rone se había apoderado de torre de Risban, inmediata al puerto, y cuya entrada defiende, pasó el Aa por las inmediaciones de Gravelines, y fué á alojar su campo alrededor de Calais. Aquí vino á reunírsele la caballería ligera de Landriano, que se hallaba en Montreuil; y el campo sitiador distribuyóse por las cercanías de la plaza, ocupando una parte de las tropas las praderías que se extienden entre el puente de Niulet, otra las Dunas, el tercio de D. Luis de Velasco el fuerte Risban y el Archiduque la aldea de San Pedro.

«Calais, una de las más principales y fuertes villas de Francia, dice D. Carlos Coloma, aunque no grande, rica de trato y comercio con casi todas las provincias de Europa, está situada en el canal de Inglaterra, frontera de la villa de Dobra, de quien dista nueve leguas... Consta esta famosa villa de cosa de 2,000 vecinos, en cuya parte septentrional tiene un burgo de menos de 200 con murallas á lo antiguo, donde bate la marea su creciente; el puerto, como todos los demás de aquella costa, no consiente bajeles de mucho porte, y esos tales quedan en seco todo lo que dura el reflujo del Océano, y en baja mar se puede entrar en ellos á pie enjuto; sólo en el canal, (cuyas aguas, bajando de los estanques y tierras pantanosas de Guines, Hame y Ardres, desembocan en el mar), pueden quedar nadando (aunque en hilera, por la estrechura del dicho canal, algunos navíos pequeños, y por mucho que lo sean, han menester aguas llenas ó poco menos para salir ó entrar por la barra. En la parte oriental de la villa hay un baluarte que llaman de las Dunas, cuyo orejón diestro cubre la puerta que va á Gravelines, con todas sus defensas altas y bajas hacia la parte de la campaña; correspóndese este baluarte con otro, el cual de la misma manera cubre y defiende la puerta llamada de Guines; ambos bien grandes, bien formados y en defensa, aunque no acabados de vestir de ladrillo. Sigue la puerta llamada de Boloña, y tras una larga cortina, el primer baluarte del castillo que mira al jaloque. Viene luego el segundo, y en medio de los dos está la puerta del Socorro; mira este segundo baluarte al leveche, el tercero al maestral y guarda parte del puerto, y los demás por donde se va al Risban; el cuarto baluarte señorea absolutamente el puerto y la villa y mira derechamente al gregal. El foso que hay entre este baluarte y el que mira al jaloque (el cual corre por frente de la villa), por ser el terreno algo eminente, no consiente agua si no es en la plena mar; todo lo demás del castillo está de suerte rodeado de ella, que hasta en el menguante es imposible arrimarse sino por algunos diques muy estrechos. Desde el cuarto baluarte, que mira al gregal, corre una cortina á lo antiguo, aunque bien terraplenada y con torreones redondos hasta el de las Dunas; y entre esta cortina y el puerto está el burgo, fortificado también á lo antiguo. Entre el castillo y la villa hay una gran plaza, y desde el baluarte que mira al gregal, hasta la barra ó entrada del puerto, que en todo lo largo de él, hay cosa de tiro de esmeril. El señor absoluto del puerto es el Risban, por ser necesario arrimarse á él para entrar por la barra» (1).

Alojado el ejército, comenzaron á dirigirse las trincheras hacia el baluarte de las Dunas mientras

(1) *Guerras de los Estados Bajos*, Lib. IX.

se emplazaban dos baterías, una en el Risban, otra en la falda de las Dunas, del costado del mar y ambas destinadas á impedir la entrada en el puerto y á batir las fortificaciones del arrabal, que por ser la parte más flaca de la ciudad, era por donde quería acometerla el Archiduque. Tan buen efecto hicieron estas dos baterías, que, durante el sitio, con estar surtos en la rada de Calais más de cien navíos ingleses, franceses y holandeses y haber acudido allí desde Flessinga Mauricio en persona, no entró una barca dentro el puerto. Con objeto de vigilar de noche su boca, 500 mosqueteros españoles abandonaban cada noche las trincheras y se introducían en las aguas, prestando tan penoso servicio con agua hasta la cintura y azotados por el plomo que sobre ellos lanzaban los de la villa, «que los descubría por la luz de las cuerdas».



Combate de Turnhout, en 1697, entre el ejército español mandado por el conde de Varas, y el holandés, á las órdenes de Mauricio de Nassau

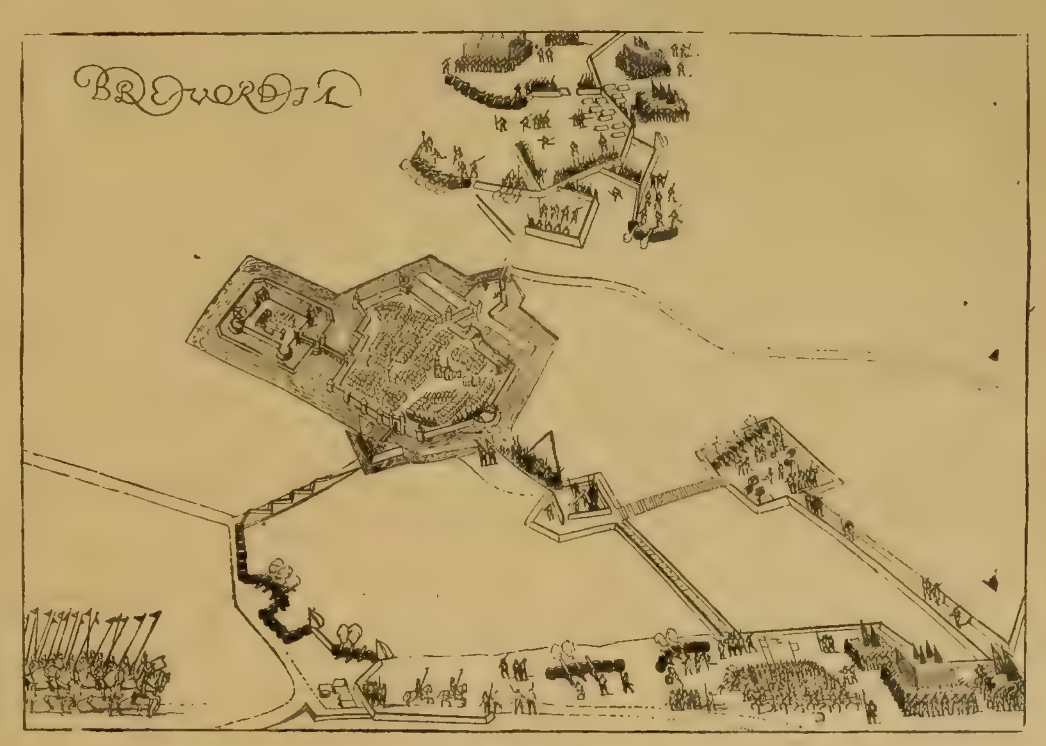
La noticia del sitio de Calais causó extraordinario asombro á Enrique IV; mas, no obstante la importancia de esta plaza, decidió proseguir el sitio de la Fère, en la persuasión, no infundada, de que ésta se rendiría antes que aquélla, y podría entonces acudir á Calais con todo el ejército. Pero este cálculo resultó fallido, porque las trincheras abiertas frente al baluarte de las Dunas desembocaron el 15 de Abril al foso, y batida con gran furia la muralla cayeron más de veinte varas, obligando á los sitiados á desamparar el arrabal y fortificarse en el muro que le separaba de la villa. Los sitiadores hubieron de esperar la baja marea para dar el asalto, efectuado con poco daño, á causa de ser la resistencia escasa; pero, una vez ocupado el arrabal, echaron de ver que ardían muchas casas, y mientras procuraban atrincherarse y apagar el fuego, á su luz hacían en ellos fácil blanco los cañones de la muralla. No obstante, hiciéronse fuertes en las nuevas posiciones, y al siguiente día levantaron Cristóbal Lechuga y Mateo Serrano una batería tan cercana

á la muralla, que á sus primeros disparos llenó de terror á los defensores y les obligó á parlamentar. Concedióseles cuatro horas de tiempo para retirarse al castillo con sus haciendas, aunque sin tocar los bastimentos y municiones de guerra, y la villa fué ocupada por los españoles (16 de Abril): suceso que pudo considerarse como feliz término de la empresa, puesto que, rendida la ciudad, no era de presumir llegara á expugnarse formalmente la fortaleza. Y, en efecto, el gobernador parlamentó también y obtuvo seis días de plazo para esperar socorro, expirado cuyo tiempo había de retirarse á Boulogne con los suyos; pero esto no fué óbice á que se le permitiera continuar mejorando las fortificaciones del castillo, lo que hizo empleando los 2,000 hombres que le guarnecían en construir una gallarda media luna, frontera á las explanadas que los españoles hacían para plantar sus baterías, y en levantar en los remates de ellas dos plataformas para sus contrabaterías. Los españoles y valones, dirigidos por el ingeniero Paccioto, abrieron entretanto unas espaciosas trincheras y sobre el arcén del foso, fronteras á la cortina derecha del baluarte de mar, emplazaron doce piezas, colocando cuatro más frente á la casamata que les hacía través todo tan bien entendido y cubierto de cestonadas y otras defensas que parecía bien haberse hecho sin contradicción alguna».

No permaneció inactivo el rey de Francia, sabido el grave peligro que Calais corría; porque al primer aviso del cerco acudió á Boulogne con 1,500 caballos dejando encomendado el sitio de la Fère al duque de Mayenne (ya reconciliado con el monarca), y al saber la rendición y el plazo que tomaron los del castillo para esperar socorros, decidió aventurar 300 hombres y la persona del gobernador de Boulogne, con objeto de salvar la fortaleza. Esta operación fué llevada á cabo con gran felicidad, pues los expedicionarios embarcáronse en este puerto á media noche y antes de amanecer tomaron tierra á media legua del Risban, introduciéndose en el castillo por los pantanos que existen entre ambos fuertes, sin que lo echaran de ver sus guardianes. Acaeció esto la noche del 23 al 24 de Abril, y al amanecer de este último día supieron los españoles por conducto del gobernador de Calais, que habiendo recibido auxilio, podía desde luego proseguir la expugnación. Consecuente á este aviso, comenzaron los nuestros á batir tan furiosamente el baluarte, que en breves horas derribaron el lienzo de muralla inmediato y buena parte de la casa-mata que lo defendía, desencabalgando las piezas plantadas en las contrabaterías. Entonces se procedió al asalto. El tercio de D. Luis de Velasco, conducido por su valeroso maestre, subió el primero á la brecha, y entablábase con gran bizarría el combate, cuando estalló de improviso una mina arrebatando la vida á muchos valientes y sembrando el foso y la brecha de miembros mutilados. El enemigo hizo entonces un supremo esfuerzo y cargó sobre los que ya ocupaban la muralla; pero la Barlotta, no desaprovechando la ocasión, lanzóse al frente de sus valones por las ruinas y ganó la batería heroicamente defendida por los sitiados. Media hora ó poco mas duró el matar, dice un testigo, y afírmase que llegaron los muertos del enemigo á 2,000, los 600 soldados y los demás burgueses y gente de las aldeas recogidas allí por su daño... Se estimó el saco de la villa y castillo en 300,000 ducados, inclusos los rescates.» El rey de Francia supo en Boulogne la noticia, y sin perder momento trasladóse al campo de la Fère, donde encontró las cosas en el mismo estado. Cuenta un historiador que, oyendo disparar la artillería de la plaza, sorprendióle aquella muestra de regocijo, y deseando conocer su causa (no otra que la presa de Calais, entonces conocida en la Fère), preguntóla á un corneta español que había ido á rescatar un compañero. Respondióle el soldado que lo ignoraba; pero brindóse á darle la respuesta: como lo hizo al siguiente día, con estas palabras del gobernador: «Dile al Rey que la salva ha sido en honra de la vuelta de Su Majestad, y victoria que ha alcanzado del Archiduque, obligándole á levantar el sitio de Calais.»

No podía prolongarse mucho la rendición de la Fère, pues sus gobernadores escribieron al Archiduque que sólo tenían provisiones para mes y medio; pero como éste se hallaba resuelto á no atacar al enemigo en sus trincheras, después de haber asegurado la nueva conquista con la toma de las fortalezas de Guines y Hame, inmediatas á ella, marchó á poner sitio á la villa de Ardres, presumiendo que no la dejaría Enrique perder, sin notable menoscabo de su reputación. Sin embargo; tras empeñadas escaramuzas y á costa de ímprobo trabajo, ganóse el arrabal, y cuando

ya estaba emplazada la artillería para abrir la brecha, parlamentó el gobernador y entregó la villa con honrosas condiciones (23 de Mayo). Este sitio duró diez y siete días, en cuyo intervalo concluyeron los de la Fère de consumir las provisiones que les quedaban, sin perdonar caballos, perros, ni otro manjar ingrato: sabedor de lo cual, el enemigo, mandóles un trompeta brindándoles á entregarse mediante pactos decorosos. Respondieron los nuestros que no podían hacerlo sin orden superior, y concedido por Enrique permiso para trasladar la noticia al Archiduque, pasó á Ardres un capitán, que hizo presente la necesidad en que se hallaba la Fère, alcanzando licencia para entregarla con las más honradas condiciones que fuera posible. Y en efecto salieron los nuestros en dirección á Cambray al son de pífanos y atambores, desplegada al aire la bandera de las aspas rojas y conduciendo un cañón



Sitio de Bredewort Octubre del 1597. Copiado de la obra *Expediciones y Victorias de Mauricio de Nassau*

de batir con todo su atalaje. Después de este suceso, y contra lo que se esperaba en el campo español, Enrique IV distribuyó su ejército en guarniciones y dejando arrimado á la plaza de Amiens al mariscal de Biron con 6,000 infantes y 1,200 caballos, se trasladó á París, acompañado de los duques de Mayenne, Nevers y otros príncipes de la sangre.

Era cosa corriente en aquellos tiempos suspender la campaña tan pronto entraba el invierno; pero esta vez el enemigo lo efectuó á mediados de Junio: circunstancia de que aprovechó el Archiduque para llevar sus armas á los Países-Bajos, por donde efectuaba Mauricio de Nassau audaces correrías. Para asegurar sus recientes conquistas, dejó distribuídas en las plazas de la frontera francesa la caballería, arma de que podía prescindir más fácilmente en las Provincias, y tomando la vuelta de Saint-Omer penetró en ellas por la Flandes marítima, en cuyo viaje supo que la gente española que presidiaba á Doullens, se había apoderado del castillo de Caumont. Cuatro empresas se le ofrecían para llevar á cabo, si impor-

tantes todas ellas, erizadas por lo mismo de dificultades, y eran éstas, la toma de Hults, Ostende, Gertruidemberg y Breda; pero atendiendo, no tanto á lo primero como á lo segundo, resolvióse en consejo la conquista de Hults, por quitar, dice un historiader, aquella higa de la corte de Bruselas, de donde sólo dista nueve leguas, y librar del todo el país de Waes, que, aunque pequeño, es de los mejores y de los más fértiles de los Estados. A pesar de lo que ha cambiado la superficie del territorio belga, basta arrojar una mirada al mapa para comprender que la situación de esta plaza, rodeada entonces por todas partes de agua y en comunicación con las bocas del Mosa por un canal, por donde de ordinario entraba socorro en la plaza. Sin embargo, resuelto Alberto á dar lustre á su gobierno, no vaciló en acometer empresa tan ardua, aun á trueque de sacrificar en ella algunos miles de soldados.

Hults, ciudad que perdimos por descuido de su gobernador en tiempo de Farnesio, no fué, hasta que la ocuparon los enemigos, una plaza fuerte; pero éstos, ganosos de campear desde ella por el condado de Flandes, resolvieron convertirla en uno de sus mejores baluartes. Comenzaron por abrir dos canales, el *Nuevo*, hacia la Zelanda, y el del Escalda, que unía á la villa con este río, poniéndola en comunicación con las principales ciudades del Brabante, sin perjuicio de perfeccionar el antiguo que enlazaba á Hults con las bocas orientales del Mosa. Estos canales defendiéronse con robustísimos diques, y alrededor de la plaza construyéronse baluartes y rebellines que, según el sistema adoptado, se levantaban sobre fagina y tepes; traveses y caminos cubiertos, buenos fosos; empalizadas y otras defensas. Cortaron luego los diques maestros, y entrando por aquellos campos las crecientes del mar, empantanaron en breves días todo el país, dejando la plaza completamente aislada; pues aunque con el reflujo se retiraba el agua, quedaba un lodo tan pegajoso, que era totalmente imposible sentar en él los piés. Para defensa del canal que iba á Zelanda, levantaron sobre un dique inmediato el fuerte de Mauricio, y para proteger un islote ó eminencia inmediato á la villa, hacia Levante, construyeron el fuerte de Morval, en la punta del dique de Brabante: el de Rape, sobre el terreno empantanado, y entre los dos, el reducto de Clain-Rape. Otro fuerte llamado de Nassau defendía el paso del canal que desembocaba en el Escalda, y éste era el más distante de la villa y de los demás fuertes. Nos hemos detenido á dar una ligera idea de las fortificaciones de Hults para que se comprendan los prodigios de constancia realizados por nuestros veteranos. En medio del invierno, casi siempre con lodo hasta la rodilla, combatieron estos heróicos soldados sobre los diques y entre los pantanos, cuando no en las mismas aguas, efectuando proezas que traen á la memoria los días de Alba y Requesens. Para atacar la plaza era antes indispensable hacerse dueño de los fuertes y ganar los diques, y en esta empresa comenzada á principios de Julio empleóse casi todo el mes; pues hasta fines del mismo no se plantaron las baterías contra los rebellines, dirigiéndose por tres partes distintas las trincheras hacia el foso. Por fin, el 3 de Agosto, logró cegarse parte de ésta con fagina y se dieron simultáneamente dos asaltos á los rebellines, ganando uno de ellos D. Luis de Velasco con los españoles, y quedando alojado al pié del otro el marqués de Trevico con los italianos. Tres días estuvieron éstos en tan peligrosa situación, esperando nueva orden de acometer, y recibida el 6, lanzáronse de nuevo á la brecha, después de haber volado una mina que facilitó algún tanto la subida. Ganados los rebellines y quitados los traveses de ambos lados, se emplazaron entre los dos, diez cañones destinados á batir de frente la muralla de la ciudad, prosiguiéndose el trabajo de cegar y sangrar el foso. Otras dos baterías de siete y diez cañones descortinaban la muralla por distintos puestos.

No permanecían ociosos los de Hults, pues su artillería respondía constantemente á la nuestra, y desde las murallas arrojaban granadas con tal artificio, que reventaban tres y cuatro veces con grandísimo daño de los sitiadores, para evitar lo cual dispusieron éstos algunos soldados que en viéndolas caer las cubrían de tierra con unas palas dispuestas al efecto. Los constantes socorros que recibían por el canal del Mosa contribuían también á mantener la resistencia; y como los 3,000 hombres que componían la guarnición eran gente valiente y sufrida, rechazaban los ataques y efectuaban vigorosas salidas, en una de las cuales, atra-

vesando el canal con barquillas y pontones, cayeron sobre los cuarteles de Mendoza, degollaron á sesenta españoles y enclavaron dos piezas. Tampoco hacían gran caso de nuestra artillería, antes, según las muestras exteriores, parece que deseaban el asalto; ni se conocía en las murallas el efecto de nuestros cañones, porque despreciando el peligro arrojaban á la brecha troncos de árboles y árboles enteros, mezclados con céspedes, lodo y tierra, y por ser aquellas de tierra y fagina, enterrábanse las balas en la escarpa, no llegando al foso lo que se desplomaba á causa de detenerse en una estacada construida al efecto. Estas dificultades y el saberse por los capitanes españoles que estaba minada aquella parte de muralla, decidieron al Archiduque á no tentar el asalto, continuando en la obra de cegar el foso y emplear la contramina; pero así y todo, el sitio de Hults hubiérase prolongado mucho y aun quizás hubiera debido levantarse, de no haber recibido el Archiduque al amanecer del día 17 de Agosto, parlamento del enemigo. Brindóse éste á entregar la ciudad con tal que se le concediese cuanto puede otorgarse á los defensores de una plaza honrosamente defendida; y en su virtud salieron los 2,600 infantes, que mandados por el conde de Solms la guarnecían, con sus armas, banderas y bagaje.

Este feliz suceso y el pagamento de los motinados de la Chapelle y Tillemont (1) hubiera dado término á los acaecidos este año, en Flandes y en Francia, de no haber ocurrido en Artois una sorpresa en la que Biron hizo prisionero al marqués de Barambón y derrotó nuestra caballería (3 Setiembre). Fuera de este infausto hecho de armas, ninguna importancia tuvieron las operaciones realizadas en aquel territorio por ambos ejércitos, á causa del hambre que padecían y de la peste que comenzaba á diezmar el francés. Tampoco en Flandes ocurrieron hechos de importancia, hasta Enero del año siguiente, en que tuvo lugar la batalla de Turnhout.

Mauricio de Nassau, espiando las ocasiones de causarnos daño, había campeado por el Brabante mientras el sitio de Hults, llegando con sus tropas hasta las murallas de Malinas, Lovaina y Tillemont, pero una vez terminado aquél, puso término á sus correrías el conde de Varas con 4,000 infantes y 300 caballos. Alojóse esta gente en Turnhout, pueblo abierto, situado á tres leguas de Breda y dos de Herenthals, y aunque era manifiesta imprudencia permanecer largo tiempo en paraje no fortificado y tan cercano al enemigo; no obstante, mantuviéronse en él los meses de invierno, dando lugar á que Nassau maquinara los medios de destruirles. Nunca mejor ocasión que aquella para Mauricio, ganoso de una victoria que borrara de su mente el recuerdo de la pérdida de Hults; y así, no dió paz á la mano hasta haberse puesto de acuerdo con los gobernadores delas plazas vecinas y reunido en Gertruindemberg toda la gente que las presidiaba. Esta operación se efectuó en un día dado y con sumo sigilo, partiendo el Príncipe el 3 de Enero para Breda, al frente de 6,000 infantes y 3,000 caballos; pero así y todo, no pudo evitar esta gran cautela, que llegaran avisos á los de Turnhout, avisos que debieron obligar al conde de Varas á adoptar una resolución pronto

(1) «Hízose el pagamento en la forma acostumbrada, dando facultad á los soldados para irse á servir debajo de las banderas o estandartes que quisiesen. De los italianos se fueron mas de la mitad á sus casas, cargados de dineros, y de los que quedaban se rehizo la caballería de aquella nación, y particularmente levantaron dos compañías de arcabuceros á caballo los capitanes Mauro y Brisiguela. Infantes, quedaron poquísimos, y éstos se agregaron al tercio de Trevico. En la Capela rehicieron sus compañías de lanzas Juan de Guzmán y don Gomez de Buytron. La infantería del presidio se fué donde quiso, y dándole otra guarnición á Simón Antúnez, pasó á su gobierno.» Coloma, *Guerras de los Estados Bajos*. Lib. IX.

«Habia durado esta alteración (la de Sichem), dice Llorente, veintiseis meses, contando desde el tumulto de Arscot y Sichem, y mucho más si se atiende á los principios de la insubordinación en Frisia, de donde puede decirse salieron ya amotinados aquellos tercios y compañías .. Las pagas atrasadas ascendieron á cantidades crecidísimas, tanto por venir de muy lejos los atrasos, como por haber entrado en el motín las compañías italianas que llamaban en el ejército *favoridas*, y fueron como escolta del duque de Parma, en las cuales casi todos eran *entretenidos*, otros muchos *aventajados*, y aun algunos oficiales que gozaban de grandes sueldos. A estas sumas, por no haber sido pagadas a su debido tiempo, se han de añadir los quinientos ducados diarios que cobraron los amotinados durante cerca de dos años sin prestar servicio alguno, y lo que es todavía mucho más importante para fromar idea acertada del estrago que causaban estos desórdenes, el importe de las contribuciones que cobraron y exacciones que hicieron en todo el Brabante, con gran lucro suyo, pues que se calculó el producto en más de lo que importaban los remates ó alcances, y aún mayor detrimento y ruina de los pueblos. De manera que el interés de aquellas pagas atrasadas se puede estimar en un millón de ducados.» *Nota segunda* a los *Comentarios de Villalobos y Benavides*.

La alteración de la Capella tuvo término en Agosto ó Septiembre, «de suerte que estuvo en pié por espacio de veintiuno ó veintidos meses, y aunque no fue de tanto escándalo como la otra de que se acaba de hablar (la Sichem), tuvo apartadas de su deber á excelentes compañías de caballos que pudieran haber contribuído á las victorias del ejército.» *Id.*

y eficaz; mas que, por desgracia, no le indujeron á moverse con la prontitud debida. En la crítica situación en que los nuestros se encontraban, tres partidos podían elegirse: salir en busca del enemigo: esperarle, fortificándose en las posiciones ocupadas, y por último, retirarse al abrigo de las murallas de Herenthals. Las dificultades que cada uno de ellos traía consigo, hicieron que se adoptara el más dañoso, que fué no hacer nada; y contentándose el Conde con mandar todo el bagaje á esta plaza, y despachar una escuadra á tomar lengua, pasó aquella noche con mayor reposo de lo que exigía el tiempo, resuelto á retirarse al siguiente día á vista del enemigo. Tardía fué la resolución, pues, no bien había comenzado á ponerse en práctica, cuando, sabida por Mauricio, lanzóse con toda su caballería y trescientos mosqueteros á la grupa, camino de Turnhout, dando orden á su infantería de que sin detención alguna le siguiera.

Marchaba el ejército católico en esta disposición: en vanguardia la infantería valona; en el cuerpo de batalla los alemanes, y á retaguardia los italianos, «cuyo sargento mayor formó el escuadrón resuelto á morir, él y los suyos en defensa de sus banderas.» Tan pronto avistó al enemigo, mandó el conde de Varas, que los tres escuadrones hicieran alto y dieran frente á retaguardia; pues abrigaba la confianza, que, protegidos por un bosque que corría á su izquierda, y por la caballería católica que resguardaba la derecha, podrían los nuestros resistir al enemigo.

Sin embargo; la cobardía del escuadrón de valones frustró éstos planes, porque no bien descubrieron estos soldados las masas enemigas, pareciéndoles que atravesando el bosque podrían ganar la opuesta ribera del Aada, antes que llegara á ella la caballería enemiga, y refugiarse en Herenthals, desordenáronse en aquella dirección, aunque sin lograr su propósito; pues el enemigo cargó tan precipitadamente sobre nuestras compañías de caballos, que rotos estos, no obstante la bravura con que lucharon, lanzáronse los jinetes holandeses sobre los valones, que, acobardados, arrojaron las armas y se rindieron. Lo propio efectuaron tras escasa resistencia los alemanes, y tan sólo los italianos mantuvieron el honor de las armas; pero muerto el conde de Varas de un mosquetazo, mientras combatía en primera fila como valeroso soldado, acudieron á buscar la salvación en el bosque, dejando el campo de batalla cubierto de cadáveres. Más de mil soldados, treinta y seis banderas, un estandarte y parte del bagaje perdiéronse en este combate, en el que murieron Varas, La Barlotta, y Dentichi, sargento mayor del tercio de Trevico (30 Enero 1597). El Archiduque quiso acudir al enemigo reuniendo la gente que de las guarniciones tuvo más á mano: pero Mauricio de Nassau, contentándose con aquella victoria, se retiró á Holanda en espera de la terminación del invierno.

No hemos entrado á tratar los acontecimientos de 1597, si no es llevados del deseo de completar la serie de sucesos de la campaña de Flandes; pero al llegar á este punto, fuerza nos será dar cuenta de la aparición del célebre decreto en que Felipe II zanjaba las cuentas pendientes con los comerciantes y banqueros de Flandes, dándoles á cambio de lo que les adeudaba, rentas y situaciones que en manera alguna compensaban los enormes intereses señalados sobre lo prestado (1). Ya puede

(1) «Todos los historiadores de aquel tiempo hablan del asunto (la aparición del decreto) y ni aún Herrera, que es el que más detenidamente lo hace, dan idea ni aún medianamente aproximada de su importancia, porque si bien la palpan no sabían apreciarla. Durante el año 1596, Felipe II, que se hallaba abrumado bajo el peso de diferentes guerras, á cual más dispendiosas, no encontraba recursos de ningún género, porque además de ser insuficientes las rentas del Estado, se hallaban todas ellas enajenadas, empeñadas ó como se decía entonces, consignadas para cubrir gastos y deudas anteriores. Faltábale al mismo tiempo el crédito por haber hecho de él excesivo uso, de tal manera que debía sumas muy crecidas, no sólo á hombres de negocios establecidos en España, sino también á los comerciantes o banqueros de toda Europa, principalmente de Génova, de Amberes y de Alemania. Para salir de tan duro trance hubo de romper los contratos, sometiendo á los interesados en ellos á liquidaciones bajo bases distintas de las pactadas, declarando libres las rentas de los empeños ó consignaciones, y entrando de nuevo el tesoro real en posesion de ellas. Pero las rentas no daban rendimientos proporcionados á las necesidades, los ingresos caminaban á más lento paso que los apuros, los banqueros á quienes el gobierno debía, quedaron arruinados, el crédito desapareció aun más por completo, y al cabo de cierto tiempo después de gravísimos quebrantos, el gobierno se vió precisado á ceder, á entrar en arreglos y á soportar las condiciones que le fueron impuestas por los negociantes. En toda esta larga cadena de infalibles consecuencias, sólo produce admiración que no hubieran sido previstas, siendo repetición exacta de lo que había acontecido en 1575 y en 1577... Tuvo aquella resolución un resultado funesto en la campaña de 1597, última de las de Felipe II, y por consiguiente en las condiciones del tratado de Nervino» (Llorente: *Nota diez y siete á los Comentarios de Villalobos*). El muy exacto y veraz escritor

pensarse el tristísimo efecto que causó el decreto, siempre perjudicial para nuestro crédito, pero en aquellos momentos más perjudicial que nunca, porque á la par había que atender á dos guerras y ni se podía contar con vivir á costa del país, ni podían abrigarse grandes confianzas respecto al arribo de los bajeles de Indias. La situación del tesoro español era apurada, consumidas las rentas, agotados los recursos, agobiada la nación con deudas enormes, paralizado el comercio y muerta la industria, que este era el resultado de tantos años de guerras y desastres. Para mejorarla habíanse puesto en práctica diferentes planes, á cual más descabellado, ideados por arbitristas: se habían vendido hidalguías y jurisdicciones, terrenos del común y lugares de la corona, se habían impuesto empréstitos forzosos, suspendido el pago de acreedores y hasta legitimado hijos de clérigos. ¿Qué hacer más, prosiguiendo las guerras, y sosteniéndose en Italia, en Flandes y en Francia tantos soldados? Los comerciantes españoles



Arcabucero á caballo.

estaban arruinados, no solamente á causa de las medidas económicas de Felipe, sino del apresamiento de nuestras naves por los corsarios; la nobleza agobiada por los empréstitos; los pecheros oprimidos por los tributos. Y como los arbitrios que se proponían, hijos de la ignorancia de la época, consistían en leyes suntuarias, provisiones restrictivas del comercio y prag-

D. Carlos Coloma se ocupa someramente en el Libro X de sus *Guerras de los Países Bajos* del mal efecto que causó el decreto, que «ni fué de la verdad que se pensó, ni ejecutado en buena sazón» y Herrera en su *Historia general del mundo*, critica el consejo y la ocasión, diciendo que desde entonces cesó el curso de la buena fortuna que llevaban las cosas del Rey.

Forneron, escribe en su *Historia de Felipe II* lo que sigue:

«Rodrigo Vázquez había ideado suspender el pago de lo que se debía á los banqueros, con pretexto de que los contratos que habían hecho aceptar al Rey eran ilícitos y á esta suspensión, se llamó el decreto (*a*).» Los demás ministros, y en especial Mora, estimaron punto de honra el que constara no haber aconsejado ellos esta bancarrota, más no lograron dar á comprender á Felipe II los inconvenientes de este acto de violencia, de otro modo, que enseñándole pocas semanas después las arcas vacías. Fué necesario acudir de nuevo á los banqueros, dejar sin efecto el decreto de Rodrigo Vázquez, someterse de nuevo á los contratos ilícitos, pagar un interés de cinco por ciento sobre los dos tercios de la deuda por lo que atañia á los genoveses, y una renta vitalicia de siete por ciento sobre el tercio restante, obteniendo á cambio de ellos la promesa de ocho millones mas á un crecido interés.»

(*a*) Herrera, t. III, p. 712.

máticas sobre trajes y muebles, daban contraproducente resultado; y como la administración era deplorable, grandes los gastos de la casa real y enormes los del ejército, ni los tributos ordinsrios, ni las rentas de la cruzada, escusado y subsidio eclesiástico, ni los impuestos extraordinarios, ni los empréstitos, podían salvar nuestra Hacienda. «Así, dice Lafuente, no es de extrañar se lamentara Felipe II, hacia el medio de su reinado, del desorden de la hacienda, y que se entristeciera de pensar en la vejez que le aguardaba, puesto que á los cuarenta y ocho años de edad decía ya que no veía un día de que podría vivir el otro.»

La especie de bancarrota, que bien puede dársele este nombre, de 1597, puso de manifiesto los graves apuros del monarca, precisamente cuando acababa de recibir un golpe rudo en la misma península; golpe que evidenció el lamentable abandono en que se hallaban nuestras costas y nuestros puertos. Ya no bastaba á los enemigos de España devastar é incendiar nuestras posesiones de Indias, como lo efectuaron en 1593 el conde de Cumberland, en 1594 los dos Hawkins y en 1595 el audaz Francisco Drake: trataban de herir á Felipe II en la cabeza, y cuando más ajeno se hallaba este soberano á sus ataques, presentáronse los ingleses en las aguas de Cádiz, mandados por el mismo general que dirigió sus flotas en el canal de la Mancha, lord Howard of Effingham (30 de Junio 1596). Componíase la escuadra enemiga de 150 naves inglesas con 10,000 soldados y 7,000 marineros, y 24 navíos holandeses mandados por el vice-almirante Warmond con 5,000 combatientes dirigidos por Luis de Nassau. El conde de Essex, favorito de la reina Isabel, era el jefe del ejército inglés. En Cádiz había á la sazón 30 bajeles de guerra y otros tantos de transporte, con 36 naves próximas á zarpar para la India: cifras extraordinarias para aquel puerto, si no advirtiéramos que Felipe preparaba una expedición destinada á Irlanda.

No bien se divisaron en la ciudad los buques enemigos, cundió grandísima alarma en el vecindario; y como no había en Cádiz guarnición suficiente, hubo de darse aviso á las milicias de Jerez, organizar apresuradamente la defensa y armar á la gente del pueblo. D. Diego de Sotomayor, general de la armada, puso en orden de batalla en el interior de la rada y al abrigo del Puntal ocho galeones y tres fragatas que se hallaban disponibles para el caso, resuelto á sostener la lucha hasta tanto que llegara el duque de Medina Sidonia, capitán general de aquella costa; pero las órdenes de Sotomayor mal obedecidas y el arribo del irresoluto Duque, no evitaron que Cádiz cayera en poder del enemigo. Y sin embargo; éste no entró en el puerto hasta el 31 de Junio, acometiendo primero nuestros mal guarnecidos bajeles, deshaciéndolos é incendiándolos, sin grande pérdida, y poniendo seguidamente en tierra sus tropas de desembarco. Escasa resistencia podía oponer la ciudad, en la que se hallaban algunas compañías de milicias además de los ciudadanos armados; sin embargo, estas compañías quisieron oponerse al desembarco, y efectuáronlo con tan adversa suerte que, al ser rechazadas, el enemigo trepó por los muros confundido con los que se retiraban. Dos días resistió la ciudadela; pero como la artillería se hallaba en mal estado y no existían en ella vituallas, los que la presidiaban hubieron de rendirse. Y entonces la ciudad ofreció cuadro tristísimo de desolación, pues los invasores, aunque no cometieron acto alguno de inhumanidad, saquearon tranquilamente á Cádiz, lleváronse las campanas de las iglesias, las rejas de los balcones y ventanas, y hasta las aldabas de las puertas. Calcúlase en veinte millones de ducados el valor del botín, que hubiera ascendido á mucho más si el almirante Sotomayor, al remontar con algunas naves el Guadalquivir no hubiese incendiado cuantas naves de comercio halló al paso. «Ni navíos, ni armada, ni Cádiz ha quedado,» escribió Medina Sidonia al Rey; porque, en efecto, aquellos incendiados y la población en masa emigrando al interior, no quedaba de Cádiz otra cosa que los maltratados edificios. A todo esto los míseros emigrantes moríanse de hambre por los caminos y en los puertos andaluces reinaba extraordinario pánico, persuadidos como estaban sus moradores de que los ingleses no se limitarían al saqueo de Cádiz.

Gran fortuna fué para ellos que no lo intentasen, y que contentándose con el rico botín allí acopiado, zarparan para Inglaterra el 7 de Agosto, pues, según las cartas que Me-

dina escribía al Rey, no se contaba con elemento alguno de defensa y en todos aquellos se hubieran repetido las tristes escenas de Cádiz.

Aunque en extremo afectado, Felipe II, no por eso cuidó de adoptar medida alguna que evitara la repetición de tales daños, pues trataba de organizar cuanto antes la expedición á Irlanda, en la esperanza de realizar su antiguo plan y herir á Inglaterra en el corazón. Así que, no dió la importancia que se merecían á las quejas ni á las reclamaciones de Medina Sidonia, ni otros capitanes, atento como estaba, más que á la ofensa, á la propia conservación; y mendiante el otro que le trajo una flota de Indias y nuevos y arbitrarios impuestos, lanzóse á esta aventura tan mal ideada como las anteriores y como ellas de funestísimo desenlace. De esta suerte se aniquilaba España, así perdía una tras otra sus posesiones, así malgastaba la sangre de sus hijos y el oro de sus arcas. Hombres y oro podía decirse que sembraban el suelo de otros Estados, para producir abrojos. Allí se quedaban uno y otros, aquél llenando las cajas de los prestamistas, éstos sirviendo de abono á los campos y de pasto á las aves. Y nuestro pueblo por tantas causas empobrecido, languidecía en tanto arrullado por el eco de las batallas y la salmodia religiosa, soñaba despierto en un mundo mejor, mientras esperaba el oro de Indias; decaía en medio de su grandeza, cuando advenían á nueva vida naciones hasta entonces de segunda categoría; pero animadas por nuevas ideas, pueblos en que habían germinado entre el fragor de las batallas las simientes de la primera de las modernas revoluciones, tal vez de la más grande y radical de todas ellas. ¡Contrastes extraordinarios y dignos de meditación profunda!

II

La sorpresa, sitio y socorro de Amiens puede decirse que llenan con su fama los anales militares españoles en el año 1597. Cabeza de la Picardía y ciudad la más principal de las de la ribera del Soma, por sus fortificaciones, industria y población, habíala elegido Enrique IV como base de operaciones para emprender la expugnación de Doullens, pasado que fuera el invierno de 1596-97, y era en aquel momento como almacén de guerra del ejército francés. Distaba Amiens siete leguas de Doullens, pero poco temía su gobernador del vecindaje de esta plaza, fiado, no tanto en los 10.000 ciudadanos armados y algunas compañías sueltas que ella encerraba, cuanto en el mismo nombre de la ciudad, reputada por una de las mejores de Francia. No vivía tan desprevenido Hernán Tello Portocarrero, gobernador de Doullens, pues cumpliendo la obligación que su cargo le imponía, procurábase informar de la fortaleza y defensa de las plazas circunvecinas, y hallándose en estos cuidados, supo por un desterrado de Abbeville residente en Doullens, la confianza con que se vivía en Amiens, la escasa gente que prestaba servicio, la forma en que éste se verificaba y otras particularidades no menos importantes; pero Hernán Tello, á fuer de hombre cauto, no se dió por satisfecho con tales informes, antes, queriendo asegurarse de su fidelidad, envió por tres veces al francés en compañía del sargento mayor Francisco del Arco á reconocer las entradas de la ciudad, guardias y defensas, lo que efectuaron á satisfacción, correspondiendo sus informes á las noticias recibidas anteriormente. Ya no perdió más tiempo Hernán Tello en averiguaciones, que el que tardó un correo despachado á Bruselas en solicitud del permiso del Archiduque para sorprender aquella plaza; y logrado que fué, dispuso que en la noche del 10 de Marzo se reunieran en Orreville, una legua más arriba de Doullens, sobre la ribera del Authie las tropas destinadas á la empresa. Estas tropas ascendían á 2,200 infantes y 500 caballos; y se componían de 550 soldados españoles, 600 valones y alemanes llegados de Calais, 400 irlandeses del regimiento de Stanley y seis compañías levantadas en Flandes, más alguna gente sacada de los inmediatos presidios: la caballería formaba trece compañías.

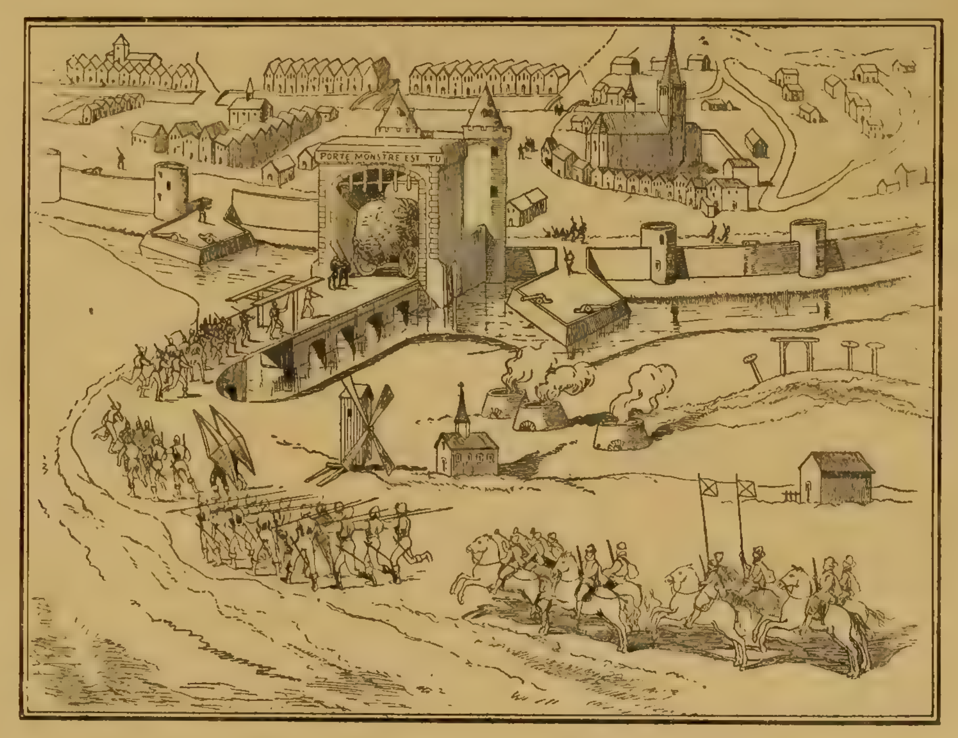
Ignoraban los expedicionarios cual era el objetivo de aquella empresa, pero, ya en camino, no tardaron en saberlo por boca del mismo Portocarrero, quien haciendo alto á mitad de la noche declaróle punto por punto cuál era aquélla y la forma en que pensaba ejecutarla. Reducíase á que algunos soldados vestidos de villanos se adelantaran confundidos con la

gente del país que acudía al mercado y llegaran hasta una de las puertas conduciendo un carro lleno de haces de trigo, debajo del cual se colocarían gruesos tablones con objeto de que al detenerse en ella no pudiesen atravesarle los rastrillos, caso de que quisieran los centinelas arrojarlos. Emboscados los restantes en las inmediaciones, tan pronto los conductores del carro dieran el aviso, acudirían á la puerta y entrarían de golpe en la ciudad, ocupando sin pérdida de tiempo la muralla. El plan no podía ser más arduo, y aunque ejecutado por gente resuelta, llevaba trazas de verse frustrado: así es que opinaron muchos ser rematada locura apoderarse tan poca gente de ciudad tan populosa; dijeron otros que de lograrse, la gran dificultad sería mantenerse en ella, y no faltó quien manifestase que tales añagazas por lo vulgares no eran propias de los tiempos. Estos pareceres y el haber advertido los guías y personas prácticas del país que no se llegaría á los puestos señalados antes de amanecer, hicieron que Hernán Tello ordenase la retirada; más, al efectuarlo, conocedores ya los soldados del proyecto, brindáronse á recorrer lo que faltaba de camino con tanta celeridad como exigía el caso, llegando frente la ciudad á la hora prefijada: resolución que indujo á Tello y los capitanes á no abandonar la empresa.

A las cuatro de la madrugada llegaron los españoles á la abadía de San José, distante un tiro de cañón de Amiens, adelantándose 300 soldados á ocupar una ermita cercana á la puerta que mira á Doullens. Observaron desde allí cómo efectuaban los de Amiens la descubierta, viendo con gran regocijo que los exploradores no se extendían hasta la cercana posición que ellos ocupaban; y como á poco se abrieran las puertas de la ciudad y comenzaran á entrar en ella los campesinos, adelantáronse los soldados con disfraz seguidos del carro. Llevaban estos soldados sacos de nueces, manzanas y legumbres; oculta entre las ropas una pistola, y tenían orden de arremeter á la guardia tan pronto se detuviera el carro entre los dos rastrillos y disparara Francisco del Arco que los dirigía, un pistoletazo. Como se ideó, realizóse el plan. Los disfrazados llegaron á la puerta mucho antes que el carro, y arrimándose al fuego del cuerpo de guardia, comenzaron á entretener á los soldados franceses hasta que aquél se halló bajo los rastrillos. Entonces sonó un tiro, apoderándose los fingidos labriegos de las armas del cuerpo de guardia y arremetieron á los franceses con tanto brío que antes de llegar los españoles emboscados hábían perecido veintidos enemigos. A las voces de los que se defendían, tocó arma el centinela y cayó el primer rastrillo, pero detenido por el carro, no llegó al suelo; y como ya acudieran en tropel los que aguardaban en la abadía, en breves momentos, aunque no sin alguna confusión, entró el resto de las tropas en Amiens, señoreando sin perder momento las murallas y volviendo contra la villa los cañones. En vano trataron de resistir algunos ciudadanos, echando las cadenas en las bocacalles y haciendo cara en las esquinas; porque nuestros mercenarios, aligerándose de su equipo, lanzáronse furiosamente sobre ellos, haciéndoles pagar con la vida su temeridad; y tan presto entró la caballería en correcta formación, ya no pensaron los franceses otra cosa que en salvar vida y haciendas, fugándose la mayor parte de los habitantes con el gobernador conde de Saint-Paul, por las puertas que miran á Francia. Todo este día, dice un historiador coetáneo, se pasó en saquear la ciudad; y era tanto lo que se hallaba en qué hartar la codicia, que para cada soldado había tres ó cuatro casas que reconocer y que gozar... Halláronse en la muralla y en las casas de munición hasta ochenta piezas de artillería muy bien encabalgadas, cañones, medio cañones y culebrinas; y de allí á algunos días, en cierta mina de una casamata, hasta novecientos quintales de pólvora, que fué después para alargar el sitio, del servicio que se puede considerar.

Admira en verdad este episodio. Tres mil quinientos soldados apoderándose de una ciudad populosa y viéndose obligados á guardar á más de diez mil vecinos. Gran suerte fué que obrara el pánico en las imaginaciones y que, obedientes al bando de Hernán Tello, hicieran éstos entrega de sus armas, tantas en número, según Villalobos, que si el día de la entrada no efectuaran otra cosa los vecinos que ir á depositarlas en la puerta por donde se entró, en tres días no pudieran quitar-

las los nuestros (1); porque, de no suceder así, corrieran gran peligro los dominadores. Sin embargo ¿era posible que continuara Amiens por mucho tiempo en su poder? Si se tiene en cuenta nuestra gran escasez de recursos y soldados, y á la par la profunda herida que acababa de recibir Francia, comprenderáse fácilmente cuál debían ser la suerte de Amiens. Su conquista no puede negarse que era importante, pero debiendo sostenerse, á no tardar, contra un ejército poderoso ¿compensaba los grandes sacrificios que en adelante impondría? A la lentitud con que se obraba en España y en Flandes, oponían los franceses el supremo esfuerzo que dicta el patriotismo, y la nación entera, olvidando casi sus querellas religiosas, acudía á ofrecer á Enrique hombres y dinero para libertar el territorio patrio. Ya estaba organizado



Sorpresa de Amiens. (Copia de un grabado existente en la Biblioteca Nacional de Paris).

un fuerte ejército para reconquistar aquella ciudad, y en vano pedía el Archiduque al Rey gente española y dinero con que pagar las levas que se estaban haciendo; porque el Rey, se hallaba tan postrado por la enfermedad que concluyó sus días que, si bien para alegrarle le dieron cuenta de la toma de Amiens, dejáronse las peticiones para otra ocasión. Y sucedió lo que era de prever; que se perdió Amiens, aunque con no menos mengua para nuestras armas, que para el talento militar del archiduque Alberto.

Gran prisa se dió Enrique para embestir la plaza de Amiens, pues antes de expirar aquel mes tenía ya reunidos á las órdenes de Biron entre Amiens y Doullens 3,000 suizos, 1,000 ingleses y cerca de 1,000 caballos franceses. Esta gente formó el núcleo del ejército, porque desde todos los puntos de Francia fueron acudiendo los nobles con sus respectivos contingentes. Cada noche se tocaba armas á los nuestros, ya con escalas, ya con petardos, y con estas primeras operaciones parecían convidar á los ciudadanos á sacudir el yugo extranjero; mas por fortuna la vigilancia de los españoles corría pareja al peligro, y previniéndose para resis-

(1) *Comentarios de las cosas sucedidas en los Países Baxos de Flandes desde el año de 1594 hasta el de 1598*, § LXXXV y LXXXVI

tir un largo sitio, iban mejorando las defensas y organizando los servicios, sin descuidar la vigilancia de los ciudadanos y la guarda de las murallas. El arrojado Enrique que había prometido tomar á Amiens á escala vista, viendo lo apercibido que ésta se hallaba, ordenó á Biron que la noche del 30 de Mayo cayese de improviso sobre Arras; pero tampoco halló á los de esta plaza desprevenidos, y la sorpresa se redujo á un combate en el arrabal, donde perdieron los franceses cien soldados. De allí en adelante se propuso el Rey circunscribirse á la primera ciudad, que bien necesitaba todos sus cuidados tan importante asedio.

Organizábase, en tanto, en Flandes las tropas destinadas á reforzar el presidio de Amiens; pero la falta de metálico imposibilitaba activar la recluta, y de momento sólo pudo despacharse al conde de Bucquoi con 3.000 valones y á Juan de Guzmán con cinco compañías de caballos. Poco antes había llegando á la plaza Cristóbal Lechuga y Pacciotto; hermano del célebre ingeniero que murió en Calais; el primero de los cuales distribuyó la artillería en los lugares convenientes y el segundo trazó las fortificaciones necesarias, comenzando por la parte que mira á Francia, que era la más flaca. En tanto esto se efectuaba, arrasáronse los arrabales y caseríos inmediatos é hiciéronse salir de la ciudad más de 6,000 ciudadanos, permitiéndoles llevar consigo sus caudales, y dispúsose Hernán Tello para asistir vigorosamente el sitio hasta tanto que llegaran los refuerzos de los Países Bajos.

Porfiado prometía ser el asedio, á juzgar por las obras que el enemigo había ejecutado: sus trincheras reforzadas por tres grandes fuertes circunvalaban la ciudad por la parte que mira al Artois, hasta llegar por ambos extremos al río; mientras del costado de Francia dos grandes fuertes, uno en la aldea de Longpré, á media legua de la ciudad, río abajo, y otro en la de Caumont, media legua más arriba, defendían dos puentes de barcas, por donde se comunicaba la gente de las trincheras con la que se hallaba apostada en la parte de Francia. Es de advertir que el Somma se divide en dos brazos al llegar á la ciudad, los cuales se vuelven á juntar antes de abandonarla, formando una isla larga y angosta donde se hallaba lo mejor y más poblado de ella. El brazo que corría por la parte del Artois por hallar alto el terreno del foso prestábale tan poca agua que en su mayor parte estaba en seco; el brazo inferior era el que daba su caudal al foso por la parte de Francia, más baja y llana, mediante una ancha zanja; y á causa de tener tal defensa esta parte de la muralla era la más flaca (1).

Difícil era, pues, introducir en la plaza socorro alguno; y aunque el conde de Bucquoi había llegado á Doullens con sus 3.000 valones, recibió orden del Archiduque de que permaneciese en el Artois, encomendándose exclusivamente á Guzmán el cometido de cruzar con la caballería las líneas enemigas. Esta operación se efectuó la noche del 14 de Abril, pero no con gran fortuna, porque poco previsores los de la ciudad, y muy cuidadosos los del campo, viéronse acometidos los de Guzmán, así que llegaron á las puertas de Amiens, sin que en la plaza se hubieran dispuesto para recibirles. Peleóse bravamente en las barreras por largo rato, y aunque los franceses viéronse obligados á retirarse, murieron no pocos españoles, tanto por el plomo y acero enemigos, cuanto á causa de los disparos hechos desde la muralla.

(1) «Habíase disputado mucho en el campo francés sobre la parte por donde se habían de ir arrimando con trincheras; algunos eran de parecer que era mejor acometer por la más flaca, que era el de Francia, pues para impedir la entrada á leves socorros bastaba tener de la parte de los Artois gruesas emboscadas; y que para en caso de socorro real, pues le habian de ver venir tanto antes, podian escoger una plaza de armas en donde esperarle, caso que les estuviese bien pelear; y conviniéndoles más no aventurar la suma de las cosas, guardarse enteros para otra ocasión, sin mengua ni afrenta alguna. Y añadian que en vano se había trabajado tanto, si estando ellos guardando la frente del enemigo pasaban los españoles la ribera, como lo podían hacer con facilidad trayendo puentes, y socorrian á los suyos por la parte de Francia con gente y municiones. Otros, y entre ellos el mariscal de Biron, perpetuo defensor de los consejos más arriscados, decían, que ya no era la parte de Francia la más flaca, pues había tantos días que la fortificaban; que no bastaban emboscadas para impedir leves socorros, si no era trabajando infructuosamente la mitad del ejército, obligándole á estar en arma casi siempre, y en particular á la caballería, pues con la falta de forraje tan notoria, no sería más que desjarretarla toda de una vez; que no teniendo los españoles paso propio en el río, no podían pasarle sin ser sentidos, ni sin perderse; y finalmente, que el quedar el rey con Amiens, había de ser el establecimiento de su corona y la restauración de su propia vida, y el levantarse sobre ella por ninguna consideración la ruina total de ambas cosas. Mandó el Rey que se siguiese el consejo de Biron, encargándole la ejecucion dél...» Coloma *Guerras de los Estados Bajos*, Lib. X.

Este desgraciado suceso demostró la ligereza con que se había procedido al ordenar la suspensión del socorro, pues con la misma facilidad, aunque á menos costa hubiera cruzado Bucquoi las lineas enemigas. En cambio, hizo más avisados á los franceses, obligándoles á reforzar sus lineas, no sólo para hacer frente á las vigorosas salidas que ya comenzaban á hacer los de la plaza, sino para rechazar cualquier acometida del exterior. La disposición del campo francés era la siguiente: en Longpré seis regimientos franceses, en el segundo fuerte (ó sea en la ermita de la Magdalena) el Rey, su córte y el regimiento de escolta: entre estos dos fuertes 3,000 suizos, y cuatro regimientos franceses; á mano izquierda del cuartel real seis regimientos franceses y 1,000 ingleses, y en el extremo de este semicirculo, ó sea en la margen del río 2,000 ingleses. La caballeria situada en Caumont guardaba el puente y el fuerte. Cubríase toda esta frente de cuarteles de la parte de la ciudad con muy buenas trincheras, reductos y traveses, y á las espaldas, por causa del socorro, se abrieron mucho mayores y más hondas, y los fuertes, que fueron nueve, mucho más capaces y con buena artillería, gobernada por el señor de San Luc; estos fuertes y trincheras de las espaldas tenian su guardia ordinaria, para cuyo efecto estaban alojados en los fuertes tres regimientos de infantería francesa.» Tales eran las lineas de circunvalación y contravalación trazadas por los sitiadores á un cuarto de legua de la ciudad de Amiens, del costado de Artois, y describiendo un arco, cuya cuerda era el río Somma. En construirlas se emplearon cuarenta días y 4,000 villanos, y dispuesto el Rey á no dar ocasión á las salidas y á no tentar temerarios asaltos, desde el primer día resolvió que se ganara la tierra palmo á palmo por medio de la zapa y la pala: resolución muy bien tomada, pues de otro modo hubiera sacrificado estérilmente su gente sin conseguir la rendición de la plaza.

Comenzábase en ésta y en el campo á experimentar los estragos de la peste, y una gran falta de forraje; pero remediáronse algo los sitiados con establecer un hospital y expulsar de ella á 9,000 personas de la más misera condición. Un soldado español de la caballería ligera salía y entraba con rara facilidad de Amiens, conduciendo al Archiduque las noticias y por él sabían los sitiadores que estaba próximo el socorro. Sin embargo, transcurrieron los días y las semanas y éste no llegaba; en cambio se estrechaba cada día el cerco, íbanse aproximando las trincheras enemigas y por bajo tierra, como en la superficie del suelo, comenzaban á trabarse serios combates en los que ponian de manifiesto atacantes y atacados su pertinacia y su osadía. Defendían los nuestros las bocas de las minas con el humo que producen la paja mojada y el azufre; plantaban enormes petardos al escuchar los golpes de la zapa abriendo contraminas, y en esta penosísima tarea empleaban día y noche, interrumpiéndola á intervalos los pistoletazos y el choque de las armas en las galerías: atacaban los franceses por aquellos caminos subterráneos ganosos de encontrar la boca de unas cuevas por donde fácilmente podian introducirse en la ciudad; pero con tan poca fortuna que casi siempre tenían que retroceder con pérdida. No por eso dejaban de emplearse contra la ciudad armas de otro género, pues Hernán Tello descubrió una conspiración en la que intervenían el obispo, los frailes agustinos y algunos ciudadanos, y cuyo objeto era facilitar la entrada á los franceses por el costado de muralla pegado al convento. Castigóse á los culpables severamente, aligeróse la villa de gente sospechosa é inútil, y engolosinando á los campesinos con tasar los víveres á precios excesivos, se logró que no faltaran la seguridad ni el sustento á los defensores. A consecuencia de tales medidas, quedó Amiens casi sin otros habitantes que soldados; pero éstos vivían tan sin cuidado que, según testimonio de Villalobos, no se cansaban de correr sortijas y dar banquetes, saraos y mascaradas, galanteando á muchas damas que mediante pasaporte entraban en la ciudad, con achaque de traerles regalo, aunque, según parece, con el objeto de recojer las joyas que allí dejaron escondidas; pero «la cortesía española llegaba hasta dejarlas salir sin reconocerlas, aunque no sin requebrarlas.»

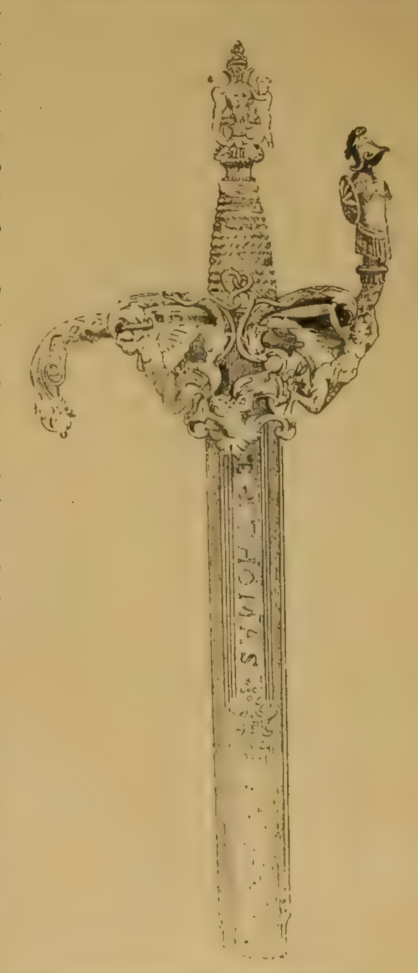
Tal era el estado de las cosas en el campo y en la ciudad de Amiens cuando comenzáronse á agitarse las primeras ideas de paz. Comprendía Felipe que se aproximaba su última hora y no quería dejar sobre los hombros débiles de su hijo el peso de aquella lucha; ni convenía

menos á Enrique terminarla en beneficio de su reino; sólo que los tratos debían forzósamente pender de la suerte de Amiens. En el mero hecho de proponerse la paz, aunque la iniciativa de este negocio correspondiera aparentemente al Papa, Enrique conocía su superioridad, y por eso respondió muy atinadamente al general de la Orden de San Francisco, enviado de Roma al campo Real, que antes de tratar este negocio quería se le entregase la ciudad; resolución tan inmutable que obligó al fraile á retirarse á la villa de Pequigni, á dos leguas de Amiens, desde donde procuraba fomentar con cartas y comisionados este difícil asunto. Mejor hubiera sido no ocuparse de él hasta ver en qué paraba el socorro; mas por desgracia éste llevaba trazas de ser tardío; porque se carecía de dinero, y los hombres de negocios, alarmados por el decreto, no querían adelantarle. Habíanse levantado algunos regimientos en Alemania y en Italia, mas no era fácil pasar muestra de ellos sin tener con que pagar los compromisos; faltaba rehacer la caballería, y sólo los valones, carne más á mano y más barata eran los que acudían á banderas. El resultado de estas dilaciones ocasionó grandes inconvenientes, siendo el mayor la llegada al campo francés de 5,000 auxiliares ingleses y holandeses, y tanta nobleza, que, como con razón dicen los testigos presenciales, lo que al principio fuera muy fácil, vino á ser difícil, por no decir imposible (Junio de 1597).

«Pendía del suceso de Amiens, dice Coloma, el establecimiento en el reino, ó la total inquietud ó destrucción del rey de Francia; no porque una ciudad sola fuese bastante para causar tan varios efectos en un rey heredero forzoso de aquella corona, sino porque todavía quedaba una reciente memoria de las cosas pasadas y un amor al bando de la Liga, fuera de la común inclinación de los pueblos, que de ordinario se aficionan á los poderosos. Y sea por esta consideración ó por otras, el duque de Humena (Mayenne), el Condestable, y de los príncipes de la sangre, el conde de Suason, no vinieron al campo hasta que comenzó el sitio á ir de veras. La voz común era que sentían ver que se hubiese encomendado el manejo de todo al mariscal Biron, tan inferior suyo en calidad; con todo esto, los recibió el Rey con su natural benignidad, no siendo tampoco tiempo de mostrar otra cosa; y comenzó á valerse de sus consejos como personas tan graves y de tanta experiencia. Y concurriendo todos en que había de continuarse el sitio por aquella parte (la de Artois), animado más el Rey, mandó traer de toda Picardía más de ocho mil gastadores, resuelto á cargar sobre los pobres villanos todo el peligro, y conservar su soldadesca... Estos gastadores comenzaban á abrir trincheras caminando por delante del rebellín y puerta de Montrecourt, los cuales, en habiendo caminado cien pasos se aseguraban con traveses y reductos; con que era poco el daño que se le hacía al enemigo desde las murallas y estrada cubierta; y en las ordinarias salidas de día y de noche que se hacían para inquietar y descubrir, no morían sino los pobres gastadores; fué esto en tanto extremo que afirmaban después los propios franceses que habían muerto en todo aquel sitio pasado de siete mil villanos. Las trincheras eran tan capaces, que por cualquier parte ó ramal dellas entraban carros cargados de fagina; y todas las noches que se abrían, trabajaban los gastadores sin otra guardia que la de los piés y un centinela de ellos mismos que avisaba en viendo salir al enemigo; con que se ponían todos en cobro, y en viéndole retirado volvían al trabajo, aunque muchas veces se hallaban burlados; con que morían infinitos dellos, y sin embargo, caminaba la obra sin que los sitiados la pudiesen estorbar... No eran todas las noches más que una perpetua y continuada salva, y para un arcabuzazo que se tirase de las trincheras, se tiraban diez de las murallas, y no siempre el ruído solo; porque, como es tan gran maestra la necesidad, comenzando algunos soldados españoles á hacerse inventores de artificios de fuego, hicieron bonísimos efectos. Labraron una cierta forma de granadas de fuego para descubrir la campaña y ver los que trabajaban, las cuales arrojaban poniéndolas en un trabuco ó morterete y templando la pólvora conforme á la distancia á donde deseaban encaminarlas (cosa que la tenían tanteada y reconocida del día), daban con ellas, por muy largo espacio, mayor luz que dieran doce hachas encendidas. Tiraban de cuando en cuando otras con tal artificio, que por media hora tenían dentro de sí materia que expeler, con daño de los circunstantes; y á dos ó tres que lo hicie-

ron, escarmentaron los enemigos; lo que bastó para dejar arder á las unas y á las otras, creyendo que eran todas de aquella manera.

Hasta mediados de Junio habían tenido los sitiados la comodidad de poderse abastecer por la parte de Francia, que era la que carecía de trincheras: pues los caballos franceses que estaban á nuestro servicio salían por aquel costado y recorrían el territorio poniéndose la banda blanca, distintivo de las tropas de Enrique IV; mas á partir de esta fecha hizo el monarca francés fortificar nuevos puestos; y para escarmentar á nuestros forrajeadores, preparóles una emboscada en la que perecieron más de treinta soldados españoles, cien pajecillos que iban á hacer el trabajo, el mayor de los cuales no llegaría á quince años, y corrieron D. Diego de Villalobos y su compañía gravísimo peligro. Los nuestros procuraron tomar el desquite acometiendo las trincheras por distintos puntos en pleno día y cuando más descuidado se hallaba el enemigo, degollando en ellas algunas compañías; corrieron luego por sus ramales sembrando con muertes y destrozos tan grandísima alarma en el campo, que el mariscal Biron, sin tener tiempo de armarse, hubo de acudir á cerrarles el paso con lo mejor de sus escuadrones, y el mismo Enrique, lleno de zozobra, acudió desde su cuartel con toda su córte y guardias. La retirada de los españoles después de cuatro horas de combate se hizo con el mayor orden, ayudando á favorecerla la artillería de la plaza, empleada con grandísimo acierto por Lechuga. Pocos días después de esta salida, efectuaron los nuestros otra en que tomó parte toda la gente disponible; pero esta vez estaban advertidos los franceses y al acometer los españoles las trincheras, les hallaron á todos en su puesto, lo que hizo más obstinada y sangrienta la pelea: no obstante, saltaron á ellas los sitiados, degollaron á más de ochocientos enemigos, y cuando llegó la caballería, pusiéronse á salvo protegidos por el cañón de la ciudad (24 Julio).


Espada del siglo XVI. Fabricación italiana

Contribuían estas salidas, no menos que las noticias que se recibían del socorro á mantener el aliento de los defensores; pero en cambio reducían su número, lo que era un grave inconveniente, dados los muchos puestos que había que guardar. Por otra parte, era de creer que no tardaría en darse el asalto, porque batidas desde el 25 de Junio las murallas y fortificado el enemigo en el arcén del foso, ofendía de cerca á los sitiados, impidiéndoles el andar al descubierto por el foso y cortando de día sus comunicaciones con los reductos: la conquista de uno de estos que hacía través al camino cubierto costó gran número de gente, pero el sitiador se hizo dueño del foso, destruyó las casamatas y se alejó al pie de la muralla, que por ser sólo de tierra y fajina y hallarse ya tan destrozada, en opinión de un sitiado, permitía subir sin necesidad de batería. Voló por aquellos días una mina que los nuestros tenían preparada junto al camino cubierto, pereciendo en esta ocasión doscientos sitiadores, y en descubrir y ganar otras, trabáronse en el foso terribles duelos en que ya no se empleaban otras armas que pistoletes y puñales.

Dueños por fin del foso y de las defensas exteriores, atrincheráronse en ellas los enemigos

con cestonadas, zarzos y tierra; estrechando ya tan de cerca á la ciudad que se hacía muy difícil prolongar la resistencia; pero Hernán Tello acudió á un expediente que hubiera sido de gran efecto empleado con oportunidad. Cerró con exclusas el paso al brazo derecho del río, con objeto de conducirle al foso é inundar los campos inmediatos, y con esto logró desalojar de él fácilmente al enemigo; felicísima ocurrencia á cuyo remedio acudió Enrique batiendo furiosamente unas torres, cuyas ruinas al caer en lo más estrecho del nuevo cauce por donde se introducía el agua, impidieron que ésta corriera hacia el foso, gracias á la cual quedó éste en seco á los pocos días. La consecuencia de esto fué ocupar de nuevo el sitiador sus puestos, desde los cuales se adelantó á cavar los cimientos de la muralla ya muy destrozada. Una altísima y ancha plataforma situada en las inmediaciones del rebellín de Montreçu, impedía á los sitiados la comunicación con éste, causándoles gran estorbo para fortificar sus retiradas, y mientras aquélla se levantaba y estos trabajos tenían lugar, proseguíase la obra de las minas, peleándose bajo tierra con todo género de armas cortas y fuegos.

En la seguridad de que no tardarían los franceses en ocupar aquella parte de muralla, Hernán Tello mandó construir un atrincheramiento interior y dispuso una nueva retirada en el costado opuesto de la ciudad que defiende el brazo izquierdo del río: mas no olvidó despachar á Flandes un alférez para que avisase al Archiduque del estado de cosas. No le estaba reservado al heróico Tello la gloria de sobrevivir á tan grandes peligros, pues el 4 de Septiembre al vigilar los puestos fué muerto de un arcabuzazo. Esta sensible pérdida y el haber aparecido por aquellos días clavadas en las trincheras muchas banderolas de caballos ligeros españoles, fueron tristes pronósticos para los sitiados. Súpose en Amiens que el Archiduque se hallaba ya en marcha con el socorro y dió pena el ver las banderolas; mucho más al saberse por boca del enemigo que había sido rota la caballería del ejército libertador; sin embargo, aquellos heróicos soldados respondieron á las pláticas del enemigo que nunca pusieron su esperanza en el socorro sino en Dios y en sus manos.

Al primer aviso que tuvo Enrique IV de que el socorro se aproximaba, suspendió algún tanto la expugnación, contentándose con mantenerse en los puestos y proseguir los trabajos de zapa, y volviendo todos sus cuidados á reforzar sus líneas exteriores y asegurar por el puente de Longpré su retirada, cuyo designio conocido que fué por el marqués de Montenegro, sucesor de Hernán Tello en el mando, indújole á dar aviso al Archiduque de que se arrimara por la parte de Caumont y no por la de Longpré; pues por aquella podría introducir con gran facilidad el socorro. Desgraciadamente, ni este aviso, ni la súplica de que apresurara la marcha, fueron atendidos por Alberto; y tanta fué la dilación con que efectuó su avance, que Enrique volvió de nuevo á cuidar del ataque de la plaza, batiendo furiosamente el gran rebellín de Montreçu, objetivo hacía muchos días de sus esfuerzos. Con decir que estaban las brechas tales que *podían por ellas subir carros cargados*, y con añadir que menos de cien soldados españoles, irlandeses y valones rechazaron en el rebellín siete veces al enemigo, se comprenderá el heroismo de los defensores. Aislados entre las ruinas, por haberse roto el puente que les ponía en comunicación con la plaza, mantuviéronse todo un día aquellos valientes, y cuando á favor de las primeras sombras pudieron pasar *como topos* hasta allí sesenta españoles, llevados de generosa emulación, atreviéronse á salir muchos pasos tras del ofensor. Los de la muralla mandaron reunir violones, trompetas, menestriles y otros instrumentos para hacer burla del enemigo, y cuando cesaban de tocar, con grandes voces mofábanse de él, respondiendo los franceses con iguales insultos y amenazando degollarlos á todos dentro de pocos días. Y en efecto, pocos debía prolongarse ya la resistencia, aunque no finalizara tan desastrosamente para los vencedores; porque el socorro avanzaba con gran lentitud, la peste y la escasez de alimentos habían consumido más de la mitad de los sitiados y unos seiscientos heridos se hallaban en el hospital faltos de lo más indispensable á su curación.

Muchas fueron en verdad las causas que pudieron influir en la lentitud con que procedió el Archiduque, aunque, según se infiere de los documentos oficiales de aquel período, los principales fueron: La dificultad en el arribo de refuerzos por tierra, puesto que obligados á

cruzar los territorios de Saboya, Lorena y el Franco-Condado, suscitaban en aquella ocasión obstáculos los señores de los dos primeros (1): la falta de soldados en Flandes, especialmente de soldados españoles: la gran escasez de dinero (2). «El primero de dichos inconvenientes, dice Llorente, demuestra cuán ocasionada á peligros era la separación de los diversos miembros ó provincias de que se componía la monarquía española. Los otros dos acreditan que las empresas no guardaban la debida proporción con las fuerzas, y sólo á costa de gran trabajo y de no poco tiempo, se logró superar tantas dificultades.» Otras causas existían que pudieron influir en la tardanza y de las que nos ocuparemos luego. El hecho es que, á pesar de la necesidad del socorro, reconocida desde Marzo de 1597, hasta 8 de Agosto, no pudo salir la gente de sus alojamientos, y á 22 del propio mes el Archiduque de Bruselas. Ni los apremiantes avisos que mandaban de Amiens, ni las promesas que á cambio daba Alberto, hicieron que ya puesto en camino se moviese con la celeridad que requería la ocasión.

La composición del ejército de socorro era como sigue: unos 6,000 alemanes, 3,000 italianos que condujo Dávalos de Italia, 7,000 irlandeses, valones y borgoñeses, y como 4,000 españoles. Ascendía la caballería ligera á 2,000 caballos y 1,500 hombres de armas, gente del país levantada y pagada por los Estados de Bruselas. Estas tropas se pusieron en marcha el 9 de Agosto, llegaron á Douay el 25, el 7 de Setiembre á Arras, el 13 á Pequigni y el 15 á la vista de Amiens; por manera que emplearon cosa de mes y medio en presentarse frente á esta ciudad. Una carta del Archiduque al Rey fechada á 16 de Agosto, nos entera de los temores que abrigaba Alberto respecto á sus futuros Estados,, pues precisamente cuando estaba á punto de abandonar Bruselas, los holandeses asentaban sus reales sobre Rhinberg, después de haber ocupado otras poblaciones de Güeldres, amenazando seriamente las villas inmediatas al Rhin; pero como Felipe II encarecía tanto los negocios de Francia, manifestaba el gobernador que acudiría á lo principal, si bien creía hallarse con escasa gente para «echar al enemigo de donde estaba fortificado.» Cuando tan pocos ánimos demostraba el caudillo, no podía fiarse mucho en el resultado de la empresa; demostrándose entonces que hacía en el campo grandísima falta un hombre de verdadera talla militar.

En Douay reunió el Archiduque consejo de guerra y acordóse renunciar la marcha contra San Quintín ó Perona, con objeto de divertir á los sitiadores, discutiéndose seguidamente si convenía socorrer la ciudad por el lado de Caumont ó bien del costado de Longpré. En el primer caso, y de acuerdo con el parecer de los sitiados, podía introducirse el socorro, evitándose la batalla y dejando al enemigo en libertad de retirarse por Longpré; en el segundo, convenía marchar sin vacilaciones por Abbeville á Longpré y empeñar el combate. Longpré se hallaba situada á cierta distancia de las líneas francesas, y en ella el puente más próximo á la villa, rio abajo; entre el puente y Amiens no existía fortificación alguna que pudiera impedir el paso; por manera que si el Archiduque se hubiese dirigido sin perder momento sobre aquel punto, muy fácil es que se hiciera dueño de él. Pero en el consejo prep onderó un dictamen muy diferente; dictamen propio de hombres de guerra y que da prueba de una jactancia tanto más infundada, en cuanto no había el ánimo de prevenir las contingencias

(1) Por lo que interesa conocer el camino que seguían nuestros ejércitos desde Italia á Flandes, indicaremos alguno de los lugares que figuran en el itinerario del archiduque Alberto, y son: Gray; en el alto Saona, Nancy. Desde allí por la ribera derecha de este río hasta Sierck, por donde lo pasaron, entrando en los dominios de Felipe II (el Luxemburgo). O habia que seguir este camino ó la vía marítima, donde no escaseaban las dificultades, á causa de hallarse vigiladas las costas por los ingleses y holandeses.

En esta ocasión tropezaron las tropas que se mandaban de Italia al llegar á las fronteras del Piamonte, con los reparos que puso á su marcha Carlos Manuel duque de Saboya, no obstante ser yerno y aliado de Felipe II; y gracias á las reiteradas instancias del Condestable de Castilla consiguieron pasar adelante. Carta del Archiduque al Rey, de 29 de Junio.

(2) «Se halla este ejército muy falto y necesitado de ella (de gente) y particularmente de españoles...»—«Faltan los españoles que es el nervio principal de quien se saca todo el servicio... Sin ellos no se puede hacer cosa fundada ni emprender ninguna que sea de consideración.» Cartas de 26 y 29 Junio.—«Y porque la falta de dinero, que va creciendo cada día, llega á tal extremo, que se deja considerar, aunque confio que estando V. M. advertido de todo lo que en esto le tengo representado, y viendo el peligroso estado en que se halla lo de aquí, tan á riesgo de perderse por causa de esta necesidad en que me veo tan aislado y con harto desasosiego, habrá mandado V. M. acudir con el remedio necesario, dando tales órdenes que vengan por una y otra vía con toda la brevedad, como soy el que más cerca toca con la mano lo que en esto va y veo lo que en ello se aventura, no puedo dejar de replicallo á V. M. muchas veces, mayormente tardando tanto el remedio que se espera, ya que rehuso de ponderar en alguna manera *el miserable estado en que las cosas están en el día de hoy, y en el que temo vendrán á dar si se dilatase, y Dios nos las mantiene como agora de milagro...»* Carta de 19 de Junio, citada esta y las anteriores por Llorente.

del suceso. Tratábase de intimidar al enemigo, marchando con gran aparato hácia Amiens, obligándole á la retirada, como si éste no dispusiera de medios suficientes para resistir, sobre todo hallándose bien parapetado y habiendo recibido por aquellos días gente nueva y no poca nobleza. Y posponiendo á la seguridad de socorrer la ciudad por Caumont, las eventualidades de un vano alarde, perdióse la ocasión de prolongar el sitio hasta el invierno y quizás de salvar por entonces á Amiens; lo que no poco hubiera influido en las condiciones de la paz. Imposible parece que tales errores puedan cometerse por gente veterana, aunque sea de creer que en ella influyera más el orgullo que la razón. Pero si estas disposiciones revelan en los que las propusieron, como en el que las aceptó, una carencia completa de dotes militares, las adoptadas posteriormente, manifiestan por parte del Archiduque una falta de resolución ó un exceso de egoismo, injustificables en quien ocupaba tan alto puesto. En este concepto, no deben leerse sin prevención alguna de sus cartas, ni menos la relación que mandó al Rey con fecha 24 de Octubre (1); porque Alberto no se atrevía á arriesgar con aquel ejército, el destino de los Países á las contingencias de una batalla. Tan poco resuelto estaba en lo que debía hacer, que después de salir de Douay, determinó que Gastón Spínola y Juan de Tejada, fueran con 500 caballos á reconocer el campo enemigo para adoptar con arreglo á la disposición de éste, las medidas oportunas. Mandaba la fuerza, Juan de Contreras y Gamarra, comisario general del ejército, y con tan poca precaución y desenfado la llevó, que más que á un reconocimiento, parecía marchar á una conquista; así es que el enemigo, advertido á tiempo, pudo prevenirse para impedir su aproximación á los reales. Tomaron aquellos capitanes por Doullens la vuelta de Amiens y á poco topáronse con la caballería francesa, que á gran distancia les descubrió á causa de ser la tierra llana y sin bosques; pero como era grande la desigualdad numérica, no se vió Contreras con ánimos para resistir al enemigo y hubo de retroceder hasta Bapaume, en el Artois, acosado por los franceses y sin haber conseguido descubrir el campo. Enrique en persona condujo sus caballos, empeñándose como un subalterno en la persecución, y aunque los nuestros tuvieron algunas bajas, distan de ser las que consignan sus relaciones, en las que se da á la malograda descubierta las proporciones de encuentro formal. Con esto aumentaron las dudas de Alberto y entró en su gente la desconfianza; presagios funestos para empresa de tanta monta.

No presumía Enrique que el Archiduque dejara los Estados Bajos á merced de los holandeses, ni que aun en el caso de penetrar en Francia, aventurara su ejército en socorrer á Amiens, é inclinábase á ello en vista de hallarse adelantados los tratos de paz que fray Francisco de Caltagirone conducía desde Pequigni; mas, tan pronto túvo noticia de la proximidad del enemigo, no descuidó de prevenirse para la acometida, aflojando un tanto la expugnación de la plaza. Empero, cuando vió la lentitud de los españoles, hízose cargo de la verdadera situación de Alberto y volvió á los cuidados del sitio, poco temeroso ya del ejército de socorro. Este llegó el 4 de Setiembre á la villa de Arras, el 7 hizo plaza de armas en Avesnes le Comte, el 9 pasó á Vervinis y los días 11 y 12 echó un puente sobre el Authie y cruzó el río más abajo de Doullens. Iba en vanguardia toda la caballería ligera y hombres de armas; seguía el escuadrón volante; tras él le cupo el primer puesto

(1) Esta relación ha sido publicada entre los *Apéndices* de la edición de Villalobos tantas veces citada (pág. CII). Lleva por título *Relación de lo sucedido en el viaje que hizo Su Alteza con el Exército que llevó de socorro para Amiens*, y en ella se alega que el no haber preferido el camino por Abbeville fué por falta de forraje. D. Carlos Coloma, como testigo presencial y escritor tan veraz, y en su calidad de jefe de uno de los cuerpos de ejército, merece ser consultado, y este autor no hace mención de este plan. Limítase sí á consignar las dos opiniones de que hemos dado cuenta, y refiriéndose á la sustentada por D. Gastón Espínola y D. Alonso de Mendoza, que eran los consejeros de quien más se fiaba el Archiduque, dice: «Aconsejaban éstos que se hiciesen todas las demostraciones necesarias para persuadir al francés á que se iba con resolución de pelear, que con esto era sin duda que no aguardaría: como si fuera posible saber las resoluciones ajenas, ni acción de prudencia librar en ellas el provecho propio; fuera de otro daño (muy ordinario y anejo á este género de consejos), que no haciendo el enemigo lo que se imaginó que haría, como sucede las más veces, *es menester variar en la misma ocasión aceleradamente, y ya se ve cuán grave error es reservar para entonces lo que pide tan diferente espacio*.» Precisamente esto fué lo que entonces ocurrió. «El no tomarse por entonces resolución alguna, añade, mostró evidentemente que los más se habían conformado con el postrer consejo *y el Archiduque también*.» Carnero se atiene á la relación del Archiduque, pues dice que tomó otro camino menos corto, con preferencia á Corvie, por donde faltaba forraje. Y, por último, Llorente escribe: «Es verdad que la caballería era muy numerosa, aunque no llegaba á los cinco mil hombres que dice Herrera, pero en ningún caso había de detenerse en aquel país que sólo atravesaba de paso, y el consejo de los sitiados que conocían la tierra, era muy digno de tenerse en cuenta.»

al batallón de Luis del Villar, en cuyo frente marchaba el Archiduque con todos sus guardias de á caballo, el guión y toda la corte; el cuerpo de batalla del escuadrón de en medio tocó á don Luis de Velasco, con su batallón, y la retaguardia á don Carlos Coloma con el suyo. Frente cada uno de los tres trozos iban cuatro cañones, para que, emparejando los batallones, al punto de



Mosquetero holandés. (Facsímile de la obra *Manejo del arcabuz, la pica y el mosquete*, impresa en Amsterdam, en 1608)

pelear, hiciesen su efecto al mismo tiempo; cubriendo los flancos marchaban en filas de tres los carros de bagaje y de las vituallas; y en otros carros se conducía un puente de barcas de veinticinco brazas de largo, destinado á introducir el socorro por la parte de Francia, como la menos guardada. En esta orden avanzó el ejército hasta los márgenes del Somma, con escaramuzas constantes de la caballería que iba en vanguardia, pues los franceses tenían especial empeño en impedir que las fortificaciones de su campo fueran reconocidas.

Próximo el Archiduque á la ciudad sitiada, no había ya lugar á vacilaciones; y aunque tan aventurado como peligroso era el partido de dirigirse por la derecha frente á Longpré, poniendo á los franceses en el trance de una batalla, ó bien de retirarse por el puente, adoptólo Alberto, como si le arrastrase, dice un historiador, la impaciencia de pelear. En su consecuencia, el ejército arrimóse al río, y abandonando la dirección Sudoeste que llevaba, tomó por el Este, hacia la izquierda del Somma, y en dirección opuesta á su corriente, la vuelta de Amiens (13 de Septiembre). Con objeto de engañar al enemigo, el conde de Bucquoi recibió orden de echar un puente por la parte de Saint-Sauveur, lo que ejecutó no sin resistencia; y mientras esto se efectuaba, el grueso del ejército pasaba á colocarse sobre una montañuela situada á menos de tiro de cañón de las trincheras. Desde allí podía contemplar á los sitiados, quienes regocijándose á la vista de sus camaradas, apercibíanse al próximo y tan ansiado combate. Este fué el último rayo de esperanza que brilló á los ojos de los héroes de Amiens.

No excusó Enrique, á pesar de la confianza que le inspiraron las vacilaciones del enemigo, precaución alguna de las que dicta la guerra; y aunque puede considerarse grave falta el no haber hecho fortificar á Longpré, remedióla Mayenne acudiendo tan á punto á su defensa, que los españoles no pudieron aprovecharse de tal descuido. Dice la relación oficial, que el Archiduque creyó, por lo contrario, que los franceses estaban muy fortificados por la parte de Longpré y que así lo escribió al Rey; en este caso cometieron ambos contendientes un grave error; error remediado á tiempo por los franceses, pues causó en el campo enemigo momentáneo pánico la presencia del ejército español, donde pudieron enterarse de que ya paloteaban las picas de los suizos, claro indicio de retirada, y de que el estandarte real se encaminaba á Longpré. La falta cometida por el Archiduque fué originada por no haber reconocido las líneas enemigas, aunque menos diligente que el contrario, no supo, como le aconsejaban, aprovecharse del tumulto para forzarlas. Sin embargo, la artillería francesa mantuvo en respeto todo el frente de las trincheras al ejército de socorro; y como el enemigo viera que los nuestros se detenían á poca distancia de las mismas por orden del Archiduque, cobraron grandes alientos. Afirman los testigos presenciales españoles que Alberto pudo apoderarse fácilmente de Longpré, y convienen en ello de Thou, Palma Cayet y el moderno historiador Henri Martín. Coloma lamenta que no se pasara quinientos pasos más adelante, «ganando á los franceses la mayor victoria desde la prisión del rey Francisco». ¡Oportuno recuerdo el de Pavía! Los que allí llevaban las armas, no eran, por cierto, indignos de compararse á los soldados de Carlos I; pero ¿dónde hallar una semblanza á Pescara? Malogróse la ocasión en el mejor punto, cuando el ejército se hallaba al alcance del cañón enemigo; quebrantándose con el ímpetu material, la moral de aquellos soldados; y los que debieron dormir victoriosos en las trincheras francesas, camparon aquella noche al raso y con las armas en la mano.

Del cuidado con que el Archiduque dirigía su gente, puede colegirse por las siguientes palabras de Herrera: «Era ya pasado el medio día, y pareció que el Archiduque comiese, y porque estaba allí una acémila con la comida, se entró en el coche del conde P. E. de Mansfelt, que estaba más á mano, y estando en él D. Hernando Carrillo, Juan Bautista Tassis, D. Alonso de Mendoza y otros del consejo, llegaron muy aprisa tres tenientes de caballos, unos después de otros, afirmando que el enemigo huía, y que si el ejército daba la vuelta á la parte donde estaba la caballería, se obtendría la victoria. Este aviso confirmó otro teniente que enviaba el comisario Contreras. El Archiduque mandó que la vanguardia y la retaguardia y la batalla diesen la vuelta, y tomó su caballo... Y esta vuelta no pudo ser tan presto por estar la retaguardia y batalla lejos del lugar donde habían de ir y ser grande la cantidad de carros que había tendidos por la ribera, y los más desuncidos; con que el rey de Francia tuvo tiempo para volver en sí (1)». ¿Qué opinar de un caudillo que se entretiene en comer cuando su ejército se halla bajo el fuego de los cañones enemigos y á punto de entablarse la batalla?... Sobrevino la noche, y toda ella la emplearon los franceses, en reforzar sus atrincheramientos y en levantar trincheras en Longpré, bajo la dirección del antiguo aliado de Fe-

(1) *Historia general del Mundo*, Tomo III, pág. 664.

lipe, el célebre Mayenne. El Archiduque no se atrevió á embestir Longpré, á pesar de tenerlo así ordenado, por reinar aquella noche gran oscuridad (fácil que fuera más profunda la de su cerebro), y al rayar el día, pudo contemplar los progresos hechos por el enemigo; tales que le obligaron ya á desistir del socorro (1).

El destino de Amiens estaba resuelto; unánime fué el parecer de todos en aconsejar la retirada, fundándola, no tanto en razones de momento, sino en motivos de general conveniencia, «reflexiones que, como dice con razón Llorente, fueran más oportunas al salir de Bruselas», y «argumentos que sin duda habían tenido holgura de discurrir en los largos días que habían pasado desde que comenzó la jornada; pero el servicio del Rey hubiese ganado mucho en que la prudencia no tardase tanto en alumbrarlos». Perdida la ocasión y el lance, falto el campo de bastimentos que había sido preciso trasladar desde Arras, á la verdad que no quedaba al Archiduque otro partido sino la retirada. Y si se tiene en cuenta que las fuerzas enemigas iban engrosando por momentos, creyéndose que llegarían al siguiente día de haberse presentado los españoles á treinta mil combatientes, justificábase aún más la resolución: pues de ella pendía el destino de nuestro ejército, que, al fin y á la postre, era el destino de los Países Bajos.

Retiróse, pues, el Archiduque, tan pronto amaneció, á una posición inmediata, y casi al propio tiempo el conde de Bucquoi deshizo el puente echado junto á Saint-Sauver, aunque no sin trabarse escaramuzas en el frente de las trincheras y junto al Somma; sin embargo, no parece que Enrique tuviese intento de reñir batalla (2), y todo se redujo á disparos de arcabuz y de cañón por una y otra parte. Incorporado Bucquoi al grueso del ejército, éste prosiguió su movimiento retrógrado por la abadía de Betincourt y por Rubempré, repasando el Authie por Orreville y dirigiéndose luego hacia Arras, hostigado siempre de la caballería francesa, pero sin que perdiera gente (3). Y de este modo terminó la empresa del socorro, empresa que costó á España la pérdida de algunas ciudades de los Países; las sumas que importó levantar aquel ejército, y la vida de los bravos que inútilmente se sacrificaron en Amiens: no hablemos de la reputación militar del Archiduque, porque el mordaz Enrique calificó su conducta, al escribir á Isabel de Inglaterra, con tanta gracia como exactitud: *Vino como soldado y volvióse como clérigo.*

Con la retirada del ejército desvaneciéronse en Amiens las últimas esperanzas del socorro: «Ya no se trataba, dice Villalobos, del modo bueno de conservar la ciudad, sino como mejor cada uno vengaría su muerte, porque lo que era sustentarla era acaso imposible, y había diversos pareceres aún en los capitanes, diciendo unos se desamparase la ciudad y saliesen al campo con la última resolución de morir peleando, otros que se aguardase á ver qué hacía el francés; ninguno, con todo el aprieto y necesidad en que se veían, osaba tratar de concierto, y lo que más se hacía, encontrándose unos á otros, era tomarse la mano apretándosela, como prometiendo morir unos por otros. Fué éste un tristísimo día para los sitiados, que no llegó con mucho al placer de haber visto el campo, el pesar deste día (4).» Reunido consejo, leyó el marqués de Montenegro una carta que la noche antes entregó el Archiduque á un villano, y en la que daba aviso como su retira-

(1) Es muy significativo el siguiente párrafo de Coloma «El escuadrón volante tenía orden de acometer á media noche á Lampré (Longpré), adonde, en siendo de noche, entró Montpensier (fué el duque de Mayenne y no éste con buen golpe de ingleses y franceses; tampoco tuvo efecto esta resolución, aunque la procuraron esforzar los del consejo, y en particular D. Diego Pimentel, á cuyo cargo, como se ha dicho, iba el escuadrón volante; sea por la oscuridad de la noche (que lo acertó á ser mucho) sea por la relación que trujeron los reconocedores de las grandes fuerzas que allí habían acudido, *o por otra secreta causa*, ó lo que más yo creo, porque errado el primer consejo, era fuerza que lo fuesen los demás, si bien este segundo hubiera sido remedio del primero; porque ganado Lampré puesto sin defensa considerable para quien la acometiera con resolución, junto con el paso llano para meter el socorro, se ganaban todas las barcas de bastimentos que para el ejército francés se habían subido en muchos días de Abevila y San Valery, el río arriba.» Lib. X.

(2) Disuadiéronle de ello, según dicen los autores franceses, el Condestable y Biron, aconsejándole que *al enemigo que huye debe hacérsele puente de plata.*

(3) Fué digna de quien tan bien se portaba como militar la proeza que hizo Alberto en su camino y que no olvida de narrar Coloma. Sabiendo que en algunas aldeas habían arcabuceado al general de la Orden de San Francisco y á otros frailes, mandó al citado historiador con dos compañías de arcabuceros á que las castigase; lo que hicieron *quemando más de quinientas casas y en ellas muchos soldados nuestros entre los culpados, que lo eran también por haber dejado sus puestos.* Poco después, dice el mismo ejecutor de la sentencia, «parecieron los frailes sanos». Como se ve, el buen gobernador, si no sabía mandar soldados, sabía en cambio exterminar herejes.

(4) § CXLIX de los *Comentarios*, de Villalobos y Benavides

da obedecía á falta de bastimentos, y que en rehaciéndose volvería á socorrerlos; pero que le notificasen del estado en que se hallaban para ordenarles lo más oportuno: oído lo cual, acordaron los capitanes que, atendida la dificultad en sostener la defensa, se pidiera una tregua al enemigo, para avisar al Archiduque y ganar por este ardid algún tiempo. Esta tregua concedióla Enrique por ocho días, al cabo de los cuales regresaron Ortiz y Pacciotto, despachados al campo del Archiduque, con orden de efectuar la entrega. Suplicaron ambos al príncipe se sirviera enviar personas que antes de rendirse reconocieran las baterías y consideraran si aun era posible la defensa; pero Alberto respondióles que de sobra habían probado su valor defendiendo la plaza tantos meses. Consecuente á esta orden fué la capitulación y salida de estos bravos (1), seiscientos de ellos sanos y al pie de ochocientos heridos; cosa de que se admiró Enrique, y mucho más al ver cuáles estaban las baterías, y en particular la del rebellín, pues sin ayuda alguna subieron por ellas madama Gabriela, duquesa de Beaufort, dama del Rey, y otras muchas señoras que habían acudido á ver á sus maridos, en sabiendo que la guarnición parlamentaba. Villalobos da cuenta del acto de la salida, en extremo ostentoso, ya que acudieron á verla muchas damas en soberbias carrozas, y la presenció el Rey á caballo, rodeado de corte y de los suizos de su guardia. Iban los escuadrones con los estandartes en alto y tocando sus trompetas; marchaban al son de las cajas los arcabuceros con las mechas encendidas y las balas en la boca, y entre esta gente avanzaba el bagaje, que era tanto, dice aquél, que ponía admiración, especialmente por el número de francesas que salieron, «doblado que los soldados de guarnición». El Sargento mayor Ortiz, colocado á la derecha del Rey, que para este acto vestía de raso plateado ostentando muchas plumas blancas, íbale nombrando, á medida que desfilaban, los capitanes y oficiales que más se distinguieron en el sitio (25 de Enero de 1597). De este modo terminó la gloriosa defensa de Amiens, á propósito de la cual dice Coloma: «Fué este sitio no inferior á algunos de cuantos celebran las historias, expugnado y defendido con singular valor y perseverancia, y sin duda el más célebre de nuestros tiempos; puesto que los que se han detenido más, teniendo la mar abierta para recibir socorros, no pueden ser contados por de este género, de parte de los defensores, cuya diferencia, comodidades y medios para su defensa es incomparable (2).»

Llegado el Archiduque á la ciudad de Arras, apresuróse á despachar refuerzos á Doullens, oportuna disposición, pues no tardó Enrique en atacar esta plaza. Antes, empero, y queriendo hacer alarde de sus tropas, presentóse éste á la vista de Amiens con su ejército formado en batalla y doce piezas de artillería; sin embargo, limitóse á disparar algunos tiros y á meter dos balas en la plaza, tomando la vuelta de Doullens, con objeto de apoderarse de esta villa; lo que no consiguió á causa de las contiendas y torrenciales lluvias que cayeron aquel otoño. Esta noticia y el saber que en territorio de Calais había ganado D. Luis de Velasco la villa de Montreuil, causó gran satisfacción al Archiduque que se hallaba detenido en Arras por una ligera enfermedad. Ya no cuidó de otra cosa que de los Países, y después de haber pasado á Brujas, desde la cual efectuó un reconocimiento sobre Ostende, trasladóse á Bruselas, residencia de su gobierno. El ejército se distribuyó entre Diest, Tournay, Saint-Aman, Maubenge, Cambray, Condet y otras villas; con lo cual terminaron las operaciones de este año (Noviembre de 1587).

Las murmuraciones á que dió lugar esta campaña en la corte, refléjanse en la obra de Cabrera de Córdoba, donde el autor, al dar cuenta de los consejos de D. Gastón de Spínola al Archiduque, dice: «Conservada Amiens, proseguía D. Gastón, era preciso asistirla y emplear el poder y gente en una larga guerra. Si moría el rey católico, estando tan para ello tantos años había, por su vejez y enfermedades, el sucesor, si era bien aconsejado, no sacaría de la corona los Estados de Flandes, que la hacían tan poderosa, y proseguiría la guerra con Francia para dar reputación á sus armas y entrada á reinar.» Y añade más adelante: «Fué opinión universal después, que el

(1) Dice el historiador francés Henri Martín que por el primer artículo de esta capitulación comprometióse el Rey á respetar el monumento funerario del bravo Hernán Tello Portocarrero; monumento levantado en la catedral de Amiens: cuya decisión honra por altísimo modo la memoria de aquellos heroicos soldados. *Hist. de France*, Tomo X, Lib. 61.

(2) *Guerras de los Estados Bajos*, Lib. X.

Archiduque había sido movido del temor de que, socorrida Amiens, se inclinase el Rey á continuar la guerra, y no le diese los Estados y la Infanta.» Hablillas de la corte, confidencias de algún personaje, ecos del campamento, en Cabrera se ponen de manifiesto las sospechas que despertó la conducta de Alberto. Pero un escritor tan severo y exacto como Colomma, consigna en su obra que el Archiduque «deseaba hacer el efecto, sin aventurar los Estados que tanta obligación tenía



D. Alonso de Ercilla, autor del poema *La Araucana*

de guardar; *fuera de que el perder la batalla y el socorrer á Amiens, era fuerza que le dilatasen, aunque por varios caminos el casamiento, procurado por él de tantas veras y deseado con tanta razón.*» Podrían tacharse de atrevidas tales suposiciones, si se tienen en cuenta los errores de todo género cometidos por éste y la ineptitud de sus consejeros; pero, como quiera que sea, merecen ser conocidos tratandose de dos historiadores tan diligentes y formales como Cabrera, criado muy favore-

cido de Felipe II, y Coloma, muy agradecido y ligado al Archiduque. Así nos lo obliga á consignar la imparcialidad histórica.

Cuanto á la jornada en sí, parece que lo más conveniente hubiera sido avituallar á Amiens tan pronto comenzó el sitio, y de no poder sostenerla hasta entrado el invierno, rendirla al enemigo; con lo que se hubiera conseguido á menos costa entretener por algún tiempo al ejército francés, dar reposo á las provincias valonas y quizás obligar á Enrique á firmar la paz con mejores condiciones para España. Pero, prescindiendo de la gloria conseguida por Francisco del Arco, Hernán Tello, Montenegro y cuantos combatieron en Amiens, ¿qué resultado dió su conquista? Si para conservarla era preciso aventurar el ejército de los Países y distraer los escasos recursos que facilitaba España, forzosamente tenía que ser funesto; funesto y estéril, porque al fin y al cabo Amiens debía restituirse con la paz á sus dueños, mientras que nuestra patria no podría ya recobrar las plazas perdidas allende el Rhin. Debiéronse, pues, tomarse más oportunas medidas; no efectuarse el socorro, y en último caso, darse según aconsejaban los sitiados. «En la guerra bien gobernada, dice con razón un sesudo autor, no se ha de apartar de la mente la consideración práctica de cuánto importa no malgastar los recursos que tienen cierto límite, y no emplear pródigamente fuerzas que son necesarias para la conservación del Estado. Bajo este punto de vista, aquella empresa de Amiens, aun siendo como fué, primero al ganar la plaza, y luego al defenderla, un verdadero poema, puede afirmarse que con la obligación de socorrerla, dió lugar á un empeño aventurado y peligroso. Que carecía el Archiduque de los recursos necesarios para afianzar la conquista, lo puso de manifiesto el haberse retardado durante cinco meses el socorro, y además se estaba á punto de ajustar paces con Francia, cuyo resultado había de ser la devolución de los territorios conquistados. La expugnación y conquista de Cambray, por el conde de Fuentes, fué tan útil como gloriosa, y gloriosa fué también, pero nada más que gloriosa, la empresa de Amiens.»

Elevándonos á otro orden de consideraciones, casi nos atreveríamos á decir que en esta campaña se falló el gran pleito que trajo perturbada á Europa en el transcurso del siglo XVI; la paz religiosa en Francia y la independencia en Holanda, coincidiendo, por decirlo así, con la agonía de Felipe, son hechos de sobrada monta para que escapen á la mirada del investigador y deben aceptarse como resultado total de aquella gran revolución religiosa que engendró al mundo moderno.

III

Hora es ya de que volvamos la atención á los sucesos ocurridos durante el sitio de Amiens en los Países Bajos, donde, como es de presumir, no permanecía ocioso Mauricio de Nassau. La campaña de 1597 fué, como puede presumirse, tanto ó más funesta para nuestra dominación que las anteriores; porque el enemigo, conocedor de nuestras atenciones en Francia, supo aprovecharse tan oportunamente de la ausencia del Archiduque, que en breve tiempo se hizo dueño de cuanto poseíamos allende el Rhin (1). Su primera empresa fué contra Rhinberg, y para ello reunió un ejército de 9,000 infantes, más de 2,000 caballos y 40 piezas, con los que se hizo fácilmente dueño de esta villa, porque ni la guarnición era suficiente para resistir el peso de tantos soldados, ni el socorro que se mandó de Liera bastante para oponerse á las fuerzas enemigas

(1) Quedaron los Estados con sólo 3.000 infantes y 500 caballos, mandados por D. Alonso de Luna.

(15 de Agosto). Seguidamente se puso Mauricio sobre Mœurs, plaza fuerte que encerraba una guarnición de 300 valones y de la que se pudiera esperar larga defensa, á estar mejor proveída de municiones de guerra. Comenzóse á batir esta villa á los 3 de Septiembre, y antes de tener aparejado lo necesario para el asalto, rindióse el gobernador con iguales condiciones que los de Rhinberg. Con tal motivo se procesó á éste, pero constó el haber hecho grandes diligencias para ser proveído de pólvora, y como á la postre todo se reducía á falta de recursos, fué absuelto. Tan fáciles triunfos permitieron al enemigo continuar sus conquistas con desusada rapidez; la gente católica que ocupaba el fuerte de Modillana, sobre el Rhin, lo abandonó á los pocos días de rendida Mœurs, y Mauricio, cruzando sin perder instante el Rhin, se puso el 11 del mismo mes sobre Grol, plaza de excelentes fortificaciones, ceñida de buen foso y presidiada por 800 infantes alemanes. Grol fué completamente circunvalada, y después de haber sangrado sus fosos, bombardeóla el enemigo por espacio de cinco días, incendiándola en su mayor parte. El sitiador llegó por medio de siete galerías hasta el pie del foso y batió la muralla con veinticuatro piezas de artillería; é inútilmente trataron de rechazarle los sitiados con vigorosísimas salidas, porque minada la muralla y no esperando recibir socorro, viéronse obligados á parlamentar, saliendo el 27 del mes con armas, banderas y bagajes. No se detuvo aquí el curso de las victorias de Mauricio, pues como nadie se oponía á sus empresas, prosiguieron éstas con creciente fortuna. En 1.º de Octubre puso sitio á Bredvort, villa del condado de Zutphen, tenida por inexpugnable, á causa de hallarse rodeada de pantanos y con sólo una estrecha calzada para comunicar con el país; mas no le valieron ni esta defensa natural, ni el valor de su presidio, porque tomando los marineros á su cargo al hacer las explanadas y conducir la artillería por aquellos pasos y echando mano á los suizos, se atravesó el pantano y después el foso, y se batió tan furiosamente la muralla, que á no ser de tierra sola, como la mayor parte de las fortificaciones holandesas, pudiera desmenuzarse la reducida villa. Viendo los defensores las dificultades que presentaba la resistencia, trataron de rendirse, después de haber luchado valerosamente en uno de los rebellines, pero mientras se pactaba, arremetieron los marineros y en pos de ellos los soldados, y hallando á los nuestros desprevenidos, se apoderaron de la villa y de la ciudadela, ardiendo aquélla entera, no se sabe por qué causa. Créese que el incendio fué debido á lo impensado de la resistencia y á lo escaso de la ganancia; pero atemorizó de tal suerte á las poblaciones de menos importancia, que en pocos días se entregaron Enschende, Oldenzeel, Oetmarsum y Goor, «con que de todo punto, dice uno de nuestros narradores militares, acabó de apoderarse el enemigo de cuanto teníamos de allá del Rhin, salvo la villa de Linguen, que no tardó en correr la misma fortuna que las demás».

Federico de Berghes, gobernador de lo que nos quedaba en la provincia de Frisia, hizo cuanto estuvo en su mano para evitar tales pérdidas, procurando levantar el abatido espíritu de los habitantes, distribuyendo las fuerzas de que disponía en las villas y dando aviso del peligro á la corte de Bruselas; pero no pudo evitar que Nassau continuara sus conquistas. Ocupándose de las medidas adoptadas por aquél, dice muy atinadamente Coloma: «A mi parecer será siempre más sano consejo, cuando se está sin esperanza de socorro, asegurar bien la plaza más fuerte de una provincia, aunque se desampare todo lo demás, que no, por una falsa apariencia de guardarlo todo, no acabar de asegurar nada. De esta máxima es harto propio ejemplo el que tenemos entre manos; pues si el Conde juntara en Linguen dos mil infantes y trescientos caballos, como pudiera, no hay duda en que la defendiera, ayudado de su conocido valor y de su soldadesca, curtida eu la guerra, y residuo de todas las fuerzas del coronel Verdugo; pero no dejan de tener gran dificultad este género de resoluciones, y ocasionan perplejidad no fácil de vencer, pues acertar perdiendo es primor que no todos lo entienden ni admiten. No pudo esto hacerse después; porque como todos los rendidos en las plazas ganadas otorgaron el no poder servir al Rey en tres meses, de allá del Rhin y el Mosa, vino á hallarse el Conde con cuatrocientos hombres escasos; débil presidio para guardar y defender la villa de Linguen y su castillo, el cual consta de cuatro caballeros reales, y la villa de otros cuatro, sin tres rebellines, que forzoso es defenderlos también.» El 26 de Octubre salió Mauricio de Oldenzeel, y pasando el río, púsose sobre Linguen, *último término y*

aledaño de los Países Bajos. Abrió en seguida sus trincheras, y el 4 de Noviembre arrimóse con la zapa al rebellín, donde descubrieron una mina fabricada por los nuestros, si bien con pérdida de 200 hombres, que al ocuparse en retirar la pólvora, volaron y se abrasaron, incendiada ésta por una guirnalda de fuego alquitranado que lanzaron de la muralla; al siguiente día se apoderaron de otro rebellín, gracias á lo cual pudo sangrarse el foso; pero al mismo tiempo batióse el castillo con gran violencia, se arrojaron el día 12 al foso dos puentes de toneles y se comenzó á minar la muralla, con lo cual concluyó de perderse el ánimo de los defensores. No era posible esperar socorro alguno, y, aunque honrada, era inútil la resistencia; fundado en lo que, el Conde de Berghen, rindió la plaza en iguales condiciones que las demás; acabándose de perder cuanto poseía Felipe II al otro lado del Rhin, aquellas provincias que tanto habían costado de ganar y sostener, y de las que tantos provechos debía sacar en adelante el enemigo para continuar la guerra (1).

General sentimiento causó en los españoles aquella pérdida, no tanto por lo que en sí representaba, cuanto por deberse al empeño de fomentar la guerra en Francia, sin que los que miraban las cosas desapasionadamente y por todos sus aspectos, quisiesen, como le sucedía á nuestro Coloma, pasar por el pretexto de la religión, pues si antes por no dejar caer en manos de herejes las villas de Francia se permitió sucumbieran las de los Países Bajos, era más de lamentar cuando no existía tal pretexto. Pero con esto pusiéronse claramente de manifiesto cuáles eran los secretos propósitos de Felipe II, respecto á la cuestión de Francia, como se adivinaron en el negocio de la cesión de los Estados. Sin embargo, lo que los hombres medianamente ilustrados y previsores comprendían y censuraban, escapábase ó parecía escaparse á la penetración de aquel hombre tenaz. Y decimos parecía, porque es indudable que el interés religioso, no menos que el de familia, pesaban más poderosamente en él que el de los infelices pueblos confiados á su tutela y gobierno. El hecho es, que mientras trataba de asegurar su herencia, dejándola libre de guerras á sus hijos, Mauricio redondeaba sus conquistas y regresaba á Holanda cargado de despojos y de honores. Los Estados generales le saludaron llenos de júbilo como á su libertadór, colmáronle de agasajos, cediéronle en premio de sus servicios la villa de Linguen y su distrito, y Holanda entera honró al joven é ilustre capitán que acababa de hacerla independiente.

IV

Expiraba el año 1597 cuando se supo en Flandes la noticia del próximo casamiento del archiduque Alberto y la infanta Isabel Clara, hija predilecta de Felipe II, así como la donación que para ellos y sus descendientes hacía el monarca español de los Países Bajos y condado de Borgoña. Este matrimonio y cesión, recibido con júbilo por pocos, dió ocasión á encontrados pareceres y no escasas críticas, de propios y de extraños. Burlábanse con razón los holandeses, de la añagaza, pareciéndoles harto extraño que Felipe quisiera reducirlos por aquellos medios; opina-

(1) Poco después de haberse malogrado el socorro de Amiens, escribía el Archiduque á Felipe II: «Con tiempo he pedido á V. M. gente y dinero para guerrear en la una y en la otra parte. . Y es evidentísima causa de los daños que se han tenido en Frisia con las pérdidas de aquellas plazas y las demás que el enemigo irá ocupando hasta hacerse dueño de aquella provincia, sin poder impedírselo, pues después que ganó á Rimberg y Murs, se apoderó de Grol, y últimamente de Bredebord. De estas plazas las dos primeras se defendieron mal y he mandado se haga una información para proceder contra los que las tenían á su cargo... Las otras dos lo hicieron mejor, particularmente la postrera; pero al fin se apoderó el enemigo de ella. Sólo ha procedido de la falta que ha habido de lo más necesario, etc...» De Arras á 24 de Octubre de 1597. (Cit. por Llorente y existente en el Arch. de Simancas. Estado, Leg. 614.)

ban otros que no teniendo el Rey más que un hijo varón, tras cuya muerte recaía la corona en la Infanta, era bien procurar con tiempo á esta eventualidad, casándolo con Alberto; decían los soldados que empeoraría la guerra, por faltar dinero al ejército de los Países, y empeñarse España



Mosquetero holandés. Facsímile de la obra *Manejo del arcabuz, la pica y el mosquete*, impresa en Amsterdam, en 1608)

con el doble matrimonio de la infanta y el príncipe Felipe en nuevos gastos (1), y los más pesimistas añadían ser extraña liberalidad la que no sólo daba lo que tanto valía, sino que se obligaba á conservarlo a tanta costa. Y lo cierto es, que ni unos ni otros andaban descaminados, aun-

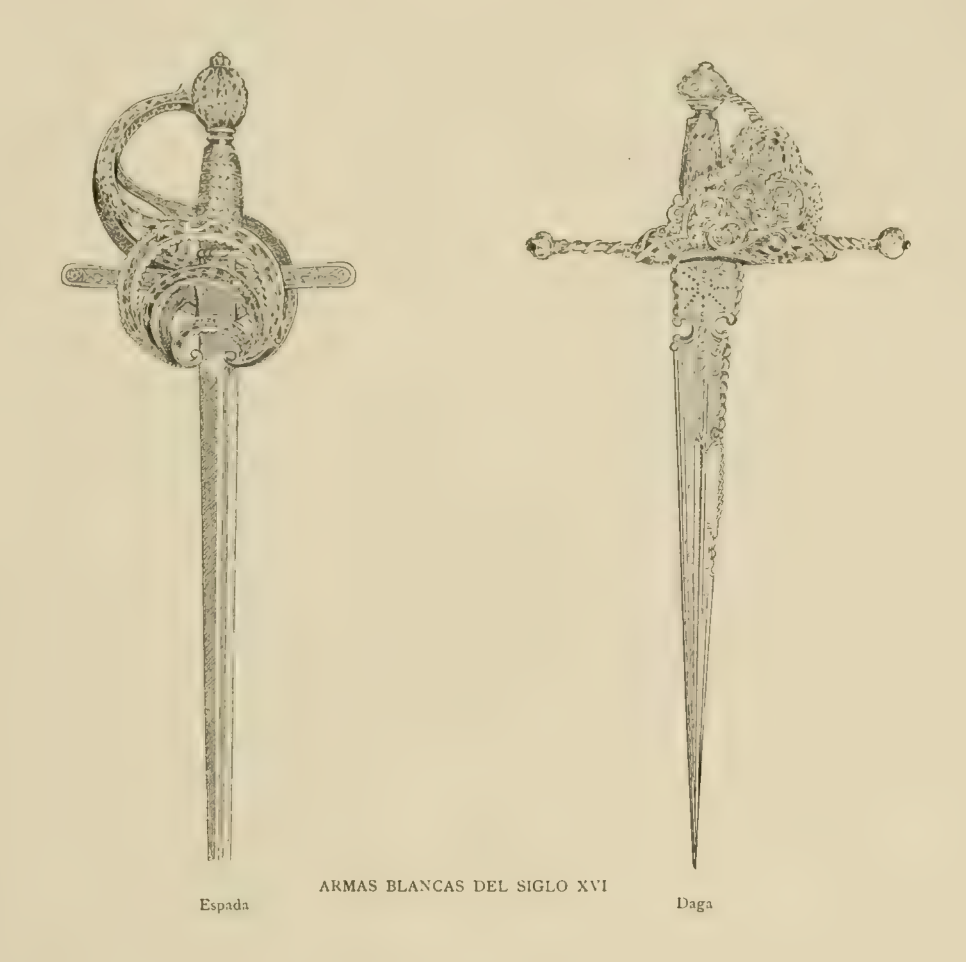
(1) Se había acordado la celebración simultánea del enlace de Alberto é Isabel, y el del príncipe heredero D. Felipe con su prima Margarita de Austria, hija del archiduque Fernando de Austria y que á la sazón contaba 14 años. Alberto debía pasar á Alemania y acompañarla á España, donde tendrían aquellos matrimonios efecto.

que no todos diesen en el blanco de las intenciones de Felipe; pero el tiempo demostró que ni los provechos ni los daños que esta medida engendró, alcanzaban el nivel de las opuestas esperanzas; porque la falta ya prevista de sucesión en los nuevos señores de Flandes, cerró la puerta á los inconvenientes temidos, dejando las cosas de aquellos países en el mismo, por no decir peor estado.

Sin embargo, Felipe, gravemente enfermo, ansiaba concluir las paces con Francia y cerrar de una vez, con este matrimonio, el período de la guerra en Flandes. Y como por parte de Enrique existiera el mismo interés, no tardaron ambos monarcas en llegar á un acuerdo, mediando en ello muy eficazmente el legado del Papa. Despues de cambiarse notas y despachos entre el Archiduque, como representante de Felipe, y Enrique IV, acordaron ambos que se tuvieran las conferencias preliminares en Verbins, plaza fronteriza, situada en la Champagne, donde acudieron los diputados de Francia y España, tres representantes del Pontífice, en clase de medianeros, y uno del duque de Saboya. En un principio origináronse en estas conferencias serias dificultades á causa de la restitución de las plazas, dificultades renovadas luego con motivo de la restitución por la Saboya, del marquesado de Saluzzo á Francia; pero como ambas partes no se mostraron exigentes, concluyéronse los capítulos de la paz, que fueron los siguientes: Ratificación de la paz de Cateau-Cambresis de 1559; amistad, buena correspondencia y olvido de todo lo pasado; libre regreso á la patria de los que hubiesen seguido el bando contrario; restitución á los franceses de las plazas de Càlais, Ardres, Montreuil, Doullens, Chatelet y la Chapelle, en Picardía, y de Blavet en Bretaña; entrega á los españoles del peñón fortificado de Opol, en el Rosellon, y de Charleroi en el Hainaut. Reservábanse al Rey, á la infanta Isabel y á sus sucesores, todos los derechos que pretendían tener sobre algunas provincias francesas, para seguir el pleito por vía amigable: en lo que concierne al duque de Saboya, adoptóse una forma de sobreseimiento, que dejó las cosas en el mismo estado en que se hallaban, esto es, abierta la puerta para una nueva guerra y al saboyano con un pretexto para mostrarse enemigo de los españoles. El deseo de llegar á la conclusión de las paces, hizo que Felipe no reparara en la gran desigualdad de las condiciones que suscribió; porque á la verdad, España sola fué la que salió perdiendo. Enrique procurando auxilios á los rebeldes de Holanda, según lo que secretamente habían convenido, sacaba de su reino la parte movediza y ociosa, que era lo que podía darle mayores cuidados; mientras que el rey de España quedaba con los mismos gastos que antes, y obligado á luchar con ejército más nutrido de gente y práctico ya en la guerra; además, con la libertad de los prisioneros, reunía el francés junto á sí á sus mejores partidarios, y con las antedichas plazas, conseguía reconquistar la porción de territorio sometido al extranjero. No fué la paz tan del agrado de Isabel, pues aunque gustara de ver desposeídos á los españoles de Calais, tampoco la satisfacía mirar á los franceses en pacífica posesión de aquella plaza: para esta soberana hubiera sido preferible la continuación de la lucha, y con tales instrucciones despachó á Francia su embajador Roberto Cecil, quien trató en vano de disuadir al Rey. Cuanto á los holandeses, inútil es decir que ni estaban dispuestos á oir hablar de paz, ni siquiera de tregua: lo que se concibe muy bien después de las victorias conseguidas y en atención al estado apuradísimo en que se hallaban los españoles. No está, pues, Coloma en lo cierto cuando asegura que la paz se hizo con satisfacción hasta de los enemigos (2 de Mayo del año 1598).

A trascendentales y tristes consideraciones se presta la paz de Verbins, paz que puso las cosas casi en el mismo estado en que las dejó el tratado de Cateau-Cambresis, cuarenta años antes; cuarenta años en que perecieron á millares españoles, franceses y alemanes, unos destrozados por el plomo y por el acero, otros arrebatados por la peste ó agotados por la fatiga; en que los campos devastados, las ciudades asaltadas una, dos y tres veces por este ó aquel contendiente; las aldeas incendiadas, daban clara muestra de los horrores de la guerra. Francia se hallaba empobrecida y tuvo suerte en poder contar un estadista como Sully, que constituyera su hacienda y montara el mecanismo de su administración; pero España..... España había consumido en esta guerra enormes sumas y, lo que es más triste, había perdido en Flandes, á causa de ella, algunas provincias, había agotado la savia nacional, y aunque en apariencia fuerte y respetable, carecía

de vigor, se hallaba agobiado por su propia grandeza, agotada por los sobrehumanos esfuerzos hechos durante un centenar de años. Trajano Boccalini demostró en su *Pietra del Parangone* que el poder de España, puesto en una gran balanza, resultaba inferior al de Francia, y aunque con el fin de establecer el equilibrio, se echaran en el platillo, primero el reino de Nápoles, luego el ducado de Milán y por fin las Indias, todavía esto mismo hacía que su peso disminuyera cada vez más». Campanella dudaba de que el reino español pudiera subsistir mucho tiempo, por la



ARMAS BLANCAS DEL SIGLO XVI

Espada — Daga

razón, decía, de que todos los Estados extranjeros son sus enemigos y que sus propios territorios están muy diseminados y difieren en todo entre sí.» La decadencia que fué consiguiente á tan abrumadora dominación, no tardó en llegar. Sin embargo, el tratado de Verbins, tan necesario á Francia como á España, dictólo á Felipe II, más que la impotencia, el deseo de asegurar la paz á su heredero. No reparó el monarca en la desigualdad de condiciones, renunció de buen grado á las ventajas que le proporcionara una guerra de quince años y apresuróse á ratificarle para morir, ya que no satisfecho, por lo menos tranquilo.

En grave compromiso puso al Archiduque para cumplir el artículo concerniente á la restitución de plazas, el motín de las guarniciones de Calais, Ardres, Doullens, Catelet y Blavet,

motín que amenazaba propagarse á muchas otras plazas, si más afortunados ó más fuertes no los hubiesen, algunos gobernadores reprimido, castigando ejemplarmente á las cabezas: «tal fué por aquellos tiempos la corruptela de aquella milicia ó la desesperación en que la puso faltarle tanto tiempo sus pagas.» Pero lo más grave del caso era verse el Archiduque en la obligación de buscar el dinero dentro del término fijado para el cumplimiento del convenio; apuro gravísimo del que logró salir valiéndose de las provisiones acopiadas para sustento del ejército en muchos meses. ¡A tan tristísimos extremos se había llegado! Pagóse á los de Francia, con harto trabajo; pero la peste de los motines se extendía cada vez con más fuerza, pues en los Países Bajos intentaron rebelarse los de la Esclusa y el castillo de Sas y se declararon en sedición los de Vent, Güeldres, Wachtendonck, Estral, Dunquerke, siendo lo más sensible que la guarnición de esta plaza la componían exclusivamente españoles y entre ellos había muchos que aquel mismo año se les pagaron los remates en otros motines; sin embargo, aquella gente parecía haber perdido la vergüenza y la fidelidad, y el mal atajado en un presidio, retoñaba luego con más fuerza, poniendo de manifiesto la profunda relajación que experimentó la disciplina.

Digno por más de un concepto de atención y estudio es el despecho que al regresar de su expedición á Amiens dirigió Alberto á Felipe II (1), puesto que pinta con vivísimos colores la triste situación de los negocios. «Tan arruinadas se hallan las provincias obedientes, le decía, y tan trabajadas y cansadas de sufrir esta carga de la guerra, particularmente las de estas fronteras, que no se sabe dónde haya sustancia para poder alojar y entretener la gente.» Y ocupándose del estado en que la soldadesca se encontraba «por no haber tenido un real que darla al cabo de tanto tiempo que se entretiene con esperanzas», encarecía la necesidad de dinero, atribuyendo á ella las pérdidas de Frisia y la indisciplina de la gente. Sin medios adecuados era imposible resistir enemigos tan poderosos como eran Francia y Holanda, y «no siendo bastante el paño para cubrir ambos lados, arriesgábase mucho en partirle». Además urgía terminar con la guerra defensiva, aligerando así al país de la pesada carga del ejército y sobre todo librándole del azote de las sediciones; para lo cual se necesitaba seis ó siete mil españoles, pues era tan corto el número de los que en 1597 militaban en Flandes, que no pasaban de 1,000 los infantes y apenas si alcanzaban á 1,500 los de caballería. Las peticiones del Archiduque se comprende eran muy legítimas, tratándose de quien miraba aquellos Estados como cosa propia; pero como se verá no

(1) Dos notables documentos remitió desde Arras el Archiduque al Rey. El primero, que lleva la fecha de 23 de Octubre, es una relación del número de plazas que componían el ejército español en Flandes y su costo, relación de la que hace Llorente el siguiente extracto: «Los infantes españoles eran poco más de 7,000 contando los que militaban en tres tercios (5,000) y una compañía suelta (1,229), y los que estaban además destinados (en numero de 1,102) á guardar los importantísimos castillos de Amberes, Gante y Cambray, sin duda como muestra de la particular confianza que inspiraban. Cerca de 8 000 eran los italianos. Menos de 13,000 los alemanes. Cerca de 10 000 los valones, y los borgoñones poco más de 1,000, componiendo la infantería un total de 38 000 hombres. Adviértase que un resumen contenido en el mismo despacho, dice que eran 3,569 los italianos. Debe de haber error, pues que sólo los del tercio de Dávalos pasaban de 6,000. En cambio, cuenta más de 16,000 alemanes, y de los Estados no resultan sino poco más de 12,000 El costo variaba segun la naturaleza y composición de cada tercio, desde siete á diez escudos por plaza, é incluyendo tanto oficiales como soldados.

»Componíase la caballería de lanzas (1,138) y arcabuceros (390 españoles; de lanceros y arcabuceros italianos; de lanzas, arcabuceros, corazas y hombres de armas del país. Vendrían á ser por todos conceptos 7,213 caballos, de los cuales correspondía poco más de la séptima parte á los arcabuceros.

»El documento á que me refiero, contiene, además, una relación de lo que hoy podríamos llamar *estado mayor*, y de su costo, bajo este titulo: *entretenidos de todos géneros*. Comprende esta nota diversas partidas; la parte de sueldo que por *vía del ejército* se pagaba al Archiduque (1,800 escudos); varios sueldos, entre ellos el de los caballeros del Consejo, y, por ultimo, el de los *entretenidos* cerca del Archiduque ó en el ejército, el de los extranjeros de la misma clase, escoceses, ingleses y franceses, comenzando por el Duque de Aumale, y como postrera partida *los comisarios y entretenidos de la pluma* Bajo este concepto, el gasto total ascendía á 18,481 escudos. En un solo capítulo están comprendidos, además de la armada, el ramo de hospitales, la artillería y las vituallas, estando representados por un guarismo de 42,500 escudos.

»En resumen, el gasto total del ejército ascendía cada mes á 350,900 escudos, ó sea aproximadamente á cerca de 9 000,000 de reales de nuestra moneda actual.»

La cifra de 38,000 infantes arriba figurada, debe tenerse presente que era sólo *nominal* pues era grande la diferencia que existía entre el número de soldados que se contaba el dia de las *muestras* ó revistas de comisarios y el que realmente prestaba servicio. Tanta era la que mediaba en esta ocasión, que el Archiduque calculaba que subían á 15,000 los infantes disponibles, y pedía otros tantos al Rey para convertir en real el número imaginario; lo que, como es consiguiente, elevaba también el gasto hasta 51,000 escudos mensuales, ó sea más de once millones de reales de nuestra moneda enormísimo dispendio para aquellos tiempos Cabrera, Estrada, Coloma, Carnero y otros historiadores de la época, dan curiosos pormenores respecto de este particular, aparte de los que contienen los documentos oficiales

El segundo documento á que nos hemos referido, lleva la fecha de 24 de Octubre, y es el que da idea del verdadero y miserable estado de la milicia en Flandes y de las necesidades del Archiduque.

pecaban de modestas. Solicitaba un socorro mensual de cuatrocientos á cuatrocientos mil escudos que pensaba destinar á las atenciones corrientes, un socorro extraordinario bastante crecido para pagar a los soldados; que se mandaran proveer las sumas necesarias para levas de gente mercenaria y para las municiones y pertrechos de guerra; que era necesario aumentar la armada con bajeles y restaurar los pocos existentes; y, por último, iba enumerando cuantas cosas consideraba urgentes para proseguir la guerra. Y lo peor del caso, era que pedia mas de lo que podia España dar, hallandose como se hallaba su tesoro completamente exhausto. Apenas, dice un historiador, subia á tanto la renta anual, harto empeñada del amo de media Europa, de todas las Americas descubiertas por Colón y de las Indias conquistadas por los portugueses. Pero es innegable reconocer también, que si no se enviaba prontamente el dinero, iba á generalizarse el motín, sobradamente extendido ya, y bien justificaban las angustias del Archiduque sus mismas palabras: «No quiera Dios que en ninguna parte llegue a cuajar semejante pensamiento (el de la sedición) porque sería en la era presente del mayor inconveniente que se puede significar, y no menos que querer acudir todos al reclamo.» Posible es que no llegaran estas peticiones á noticia del Rey, si, como asegura Coloma, en los últimos días de su vida, por no darle pesadumbre, le ocultaban ciertos despachos sus ministros; pero si no fue asi, facil es que, por grandes que fueran sus alientos, recibiera agudísima herida en el alma alma inflexible que si en aquellos momentos se doblegó ante la desgracia, fué tal vez á impulso de ese terrible fatalismo que a veces se confunde con la Providencia.

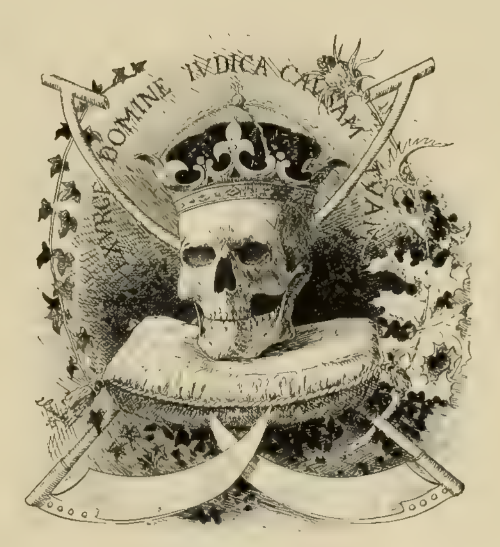
Tal era el estado de nuestros negocios políticos y tal la triste situación de Flandes cuando el Archiduque recibió la orden de pasar á España, para éfectuar su enlace, y con ella la renuncia oficial de Felipe II á los Estados Bajos. Recibiéronse estos despachos el 14 de Junio, y consecuente á dichas instrucciones fué la reunión de los Estados generales de Bruselas, el 10 de Agosto, para oir los capítulos de la cesión, que en suma se reducían á quedar España con el protectorado de los Países Bajos, pasando éstos de nuevo á poder del monarca, caso de morir el Archiduque; y de fallecer antes la infanta, sin heredero, que continuase el Archiduque como gobernador, pero á nombre del Rey (1). Otras condiciones se ponían á los nuevos feudatarios (éste debía ser su verdadero nombre), todas ellas bastante fútiles, como el prohibirles el comercio y comunicación con las Indias, el impedir que sus hijos se casaran sin el consentimiento de España, y el privar de sus dominios a los que se apartaran de la obediencia de la Iglesia: como si en llegando a suceder este caso bastara la razón ó el derecho para arrebatar á un príncipe lo que ya posee (2).

Celebrada esta ceremonia, comenzó el Archiduque á preparar su partida, á cuyo efecto dejó encomendado el gobierno de los Estados Bajos al cardenal Andrés de Austria, y el ejército al almirante de Aragón, con orden de conducirle al otro lado del Rhin y alojarle en país enemigo ó á lo más en tierras neutrales, para que de este modo no vejara al país; sin embargo, antes de marchar tuvo el disgusto de saber que se habían amotinado las guarniciones de la ciudadela de Amberes y el castillo de Gante, y lo que es más triste, de no poderlo remediar por entonces; pues eran tales los apuros, que hubo de valerse en su viaje «de mucha parte de las provisiones destinadas al sustento de la gente de guerra». Dejó, pues, para mejor ocasión el pagamento y dirigióse con el ejército á Namur, donde se despidió del Almirante, tomando por Alemania la vuelta de España. Empero, no llegó á tiempo de expresar sus impresiones personales al monarca español, pues mientras se hallaba en camino, recibió la noticia de haber fallecido este soberano.

(1) Felipe II sabía de sobra que su hija no tendria sucesores; pero la sacrificó á trueque de que ciñera una corona y volvieran por este medio á España los Estados que segregó la rebelión. «La sutileza y malicia, dice Cabrera en la segunda parte de su historia, se alargó á decir *que sabia el Rey por relacion secreta de sus médicos, no tendría sucesion la infanta.*» Y no era esta opinión, la de un escritor que se hace eco de las hablillas de los cortesanos. El francés Lestoile dice que la impotencia de Alberto no era un secreto para el ejército, que le llamaba el *hombre débil;* y en la corte francesa conocíase también, complaciéndose el mordaz Enrique en oir hablar con todos sus detalles de aquel defecto. Véase acerca de este particular el Prefacio del Tomo II de la *Correspondance de Philipe II*, de Gachard. Resultaba, pues, la cesión de los Estados aparente ó por lo menos transitoria.

(2) Recibido el juramento de las provincias fieles, el Archiduque escribió á los Estados Generales de Holanda, dandoles traslado de las condiciones de la cesión y manifestando al propio tiempo que, habiendo desaparecido las causas de discordia, podían entrar en la obediencia de sus legitimos principes. Los Estados ni siquiera se tomaron la molestia de contestarle.

Murió Felipe II, el 13 de Septiembre. Cuando el sol doraba con sus primeros rayos las majestuosas cúpulas del Escorial, aquel hombre consumido por extraña enfermedad, exhaló su postrimer suspiro, llevándose al sepulcro grandes y terribles secretos; contrito, resignado y grande, como corresponde á los héroes ó á los fanáticos, cesó de vivir con los ojos fijos en un crucifijo y el pensamiento en aquel Dios cuya justicia tan inexorable y espantosa nos pintan los sagrados libros. ¡Quién sabe lo que será el despertar de la conciencia en los umbrales de la eternidad!... ¡Ah! Si es pesada carga la expiación del crimen en la tierra, ¡cuán terrible debiera ser en la otra vida para esos monstruos que sembraron de ruinas y cadáveres el suelo! Creamos que así sea, porque de lo contrario carecería de sentido moral la historia y se impondría terriblemente á la conciencia la lógica brutal de los hechos.



Copiado de un libro de *Meditaciones*

ILUSTRACIONES

Sitio de Calais (pág. 493).—Para comprender toda la importancia que tenía esta plaza marítima, bastará recordar que la poseyeron por espacio de doscientos años los ingleses, hasta que en tiempo de Enrique II de Francia, el duque Francisco de Guisa se apoderó de ella, con gran dolor de la reina María y no menos sentimiento del pueblo inglés. Dió el rey Carlos IX, hijo de Enrique, el gobierno de esta plaza, al señor de Gordán, soldado de valor y pericia, el cual, durante las guerras civiles, propúsose mantenerse neutral, aunque con nombre y ejército católico. Y lo consiguió gracias á la fortaleza de la plaza, pues aunque el Rey quiso expulsarle de ella, como dice un historiador, ni pudo, ni estaba en tiempo de hacerlo por la fuerza. Gracias á ello fué respetado por ambos beligerantes, y aun se cree que en los donativos que por cuenta de Felipe II hizo el comendador Moreo, le alcanzó buena parte. Murió Gordán en 1593 y sucedióle en el gobierno su yerno y sobrino Vidusán, quien tan pronto se vió señor absoluto, olvidando los provechosos consejos de su suegro, rompió la guerra con los condados de Flandes y Artois, juzgándose seguro con reforzar las defensas de la plaza. Desgraciadamente carecía de fuerzas para medirse con los españoles; y como por otra parte no hubiese fortificado lo suficiente el fuerte de Risbán, que es el que guarda la entrada del puerto, Calais cayó en poder de éstos después de algunos días de sitio. Las peripecias á que dió lugar las refieren Villalobos y Coloma, éste más extensamente que aquél, aparte de las relaciones y documentos de la época. Llorente cita una descripción hecha por D Andrés Dávila y Heredia, señor de la Garena, capitán de caballos é ingeniero militar, impresa en Madrid (1672), con el siguiente título: *Descripción de las plazas de Picardía que confinan con los Estados de Flandes, y no sólo con sus situaciones, sino ilustradas con muchas noticias que apoyan el lucimiento de las armas.* Es un libro que no hemos podido examinar, pero que citamos por la utilidad que reportan tales referencias. Dice el autor que la facilita, que contiene diseños de la planta de muchas plazas fuertes de la Picardía y País de Guines, hechos por el autor á la pluma y luego grabados.

Calais permaneció en poder de los españoles hasta poco después de firmado el tratado de Verbins, á consecuencia de uno de cuyos artículos fué devuelta á Francia. Con tal motivo se suscitaron dificultades, pues habiendo gastado el gobernador español de Calais muchos ducados en fortificarla, no pudo recabarse el resarcimiento. «No poco puede maravillar, dice Coloma, el ver que un príncipe restituya una plaza, por cuyo medio puede asegurar todos sus Estados ó parte dellos, habiéndola ganado con sus fuerzas y pudiéndola conservar á título del derecho de armas, ó debajo de otro pretexto, por bien poco colorado que sea; y para tener a Calais no faltaron hurtos, no menos justificados que los que Enrique II, rey de Francia, alegó para tomar, y se alegan hoy para poseer, á Mets de Lorena: es ésta la primera regla de Estado de los grandes príncipes, y á la verdad se hallan pocos tan escrupulosos, que se resuelvan en herir mortalmente á su Estado propio por acomodar el del vecino.»

Amotinada buena parte de la guarnición española de Calais, el 3 de Enero de 1598, el gobernador de la plaza, Juan de Ribas, luchó con algunos leales en las calles y consiguió rechazar los sediciosos hasta el castillo, donde se hicieron fuertes; pero este motín puso al Archiduque en un gravísimo apuro, pues según lo pactado, debía entregar la plaza á los franceses en un breve plazo, y carecía de dinero con que pagar la gente sublevada. Valiéndose de las provisiones acopiadas para muchos meses con destino á todo el ejército, acudió á esta urgente necesidad, tan á tiempo, que se pudo restituir la plaza sin faltar al convenio. De este modo volvió Calais á poder de los franceses, después de haber permanecido veintiún meses en poder de Felipe II.

Combate de Turnhout (pág. 495).—Descrita en el anterior ESTUDIO esta desgraciada jornada, nos limitaremos á consignar que tuvo lugar en la dehesa de Tihelen, por la que corre uno de los brazos del pequeño Nethe. El hallarse el ejército en marcha y el no haber tomado las debidas precauciones, podrían ser parte á que se calificara

de sorpresa; pero advertido oportunamente Varas, puede decirse que fué consecuencia de su poca previsión. Pagó éste su falta con la muerte, y con él perecieron otros veteranos; sin embargo, tal vez se hubiera evitado el desastre, á no haberse portado tan mal los valones, pues pronunciándose en desordenada retirada, desmandaron á los demás escuadrones. Combatieron allí contra los holandeses: alemanes, italianos, valones y alguna caballería española

Sitio de Bredvord (pág. 497).—Aunque no revista la importancia de otros asedios, el ataque y defensa de esta plaza es digno de figurar en lugar preferente entre los acaecidos durante el año 1597. No había en esta reducida villa del condado de Zutphen, más allá de 200 hombres de presidio, y la gobernaba un lorenés, el capitán Guardot, quien, requerido de rendirse, contestó «que no pensasen que lo había de hacer tan barato como las demás plazas que acababan de ganar (los enemigos), y que estaba resuelto á morir ó defender aquellas paredes, guardando la fe que debía á su rey».

La dificultad en arrimarse á esta plaza consistía en los pantanos de que se halla rodeada, aparte de hallarse á la sazón muy bien fortificada y con ciudadela, lo que contribuía á considerarla punto menos que como inexpugnable. Sin embargo, los marineros de la flota rebelde tomaron á su cargo hacer las explanadas y conducir los cañones; los hábiles zapadores holandeses se abrieron un camino para el foso, y aunque con grandes pérdidas, apoderáronse los auxiliares escoceses de un rebellín; con lo que, desconfiados de resistir los nuestros, trataron de rendirse. Y estaban redactándose las capitulaciones, cuando arremetiendo los enemigos, y hallando á los nuestros casi sin defensa, se apoderaron de la villa y luego de la ciudadela, y á poco ardió aquélla «sin saberse por qué causa», aunque no es difícil presumirla. Después de la serie de triunfos conseguida por los holandeses, no era cosa de perdonar el más ligero tropiezo.

Este sitio tuvo lugar en Octubre de 1597 y se prolongó por espacio de diez y siete días; lo que deja en buen punto la reputación de los defensores de la plaza.

Arcabucero á caballo (pág. 501).—Lleva este soldado una celada borgoñota, hungarina de paño amarillo con mangas perdidas, adornada con la cruz roja de Borgoña; bota de cuero con espuelas, en vez de los quijotes, grebas y zapatos herrados. Clonard dice que éste era el traje de los doce arcabuceros montados, que por real disposición de 4 de Julio de 1579, se crearon en cada una de las compañías de línea; y ofrece un modelo de los mismos, que hemos reproducido.

Este uniforme subsistió hasta el 11 de Julio de 1632, reinando D. Felipe IV.

Sitio de Amiens (pág. 505).—Fué el asedio de Amiens, en 1597, uno de los más famosos, si no el más célebre de aquel tiempo, y el socorro que intentó dar á la ciudad el archiduque Alberto, una de las operaciones más controvertidas en España y en Flandes. Por el modo en que fué sorprendida esta ciudad, por su defensa heroica, por los incidentes dramáticos á que dió lugar, por la misma energía desplegada por el sitiador para rendirla, no menos que por la desgraciada tentativa de socorrerla, merece ser estudiado, no olvidando al hacerlo la lectura de la obra de Villalobos, cuyo objeto principal fué narrar esta jornada, de la que fué á la par testigo y actor.

De todos estos sucesos se ha dado cuenta en el ESTUDIO que precede; así es que nos limitaremos á consignar las principales fechas con objeto de traer á la memoria los más culminantes. La sorpresa tuvo lugar el 11 de Marzo; el socorro que condujo Guzmán entró en Amiens el 14 de Abril; la salida de Portocarrero y Montenegro el 29 de Mayo, y la salida general de la guarnición el 27 de Julio. El 2 de Septiembre murió Hernán Tello de un arcabuzazo recibido al visitar los puestos.

De este insigne guerrero ofrece Coloma la siguiente biografía:

«Era Hernán Tello, natural de la ciudad de Toro, hijo de Jerónimo Puertocarrero, uno de los hidalgos más calificados de aquella ciudad, y él por su persona digno de estima. Llególe la muerte á los cuarenta años de edad, y en tiempo que podía justísimamente esperar muy grandes acrecentamientos en la milicia. Fué hombre de muy pequeña estatura, barbirrubio, seco y enjuto, bien hablado, cortés y harto virtuoso para soldado. Tuvo dicha, si así puede decirse, en haber muerto antes de perder una ciudad que había ganado con industria, valor y felicidad, por ventura sin ejemplo, y defendió con tolerancia y resolución poco menos rara.»

Fué enterrado Hernán Tello con gran solemnidad en la catedral de Amiens, y abierto su testamento no se halló que testase arriba de cuatro mil ducados, buena parte de cuya suma poseía ya cuando era gobernador de Doullens: «tanta fué, dice Coloma, la modestia con que se gobernó, en un suceso tan venturoso y en el saco de una ciudad tan rica». Su muerte fué muy sentida por los soldados, pero no lo fué menos para los pocos habitantes que en Amiens quedaban, pues había sido su perpetuo defensor contra las importunas demandas y exigencias de sus huéspedes. Henri Martín dice que por el primer artículo de la capitulación de Amiens se obligó Enrique IV á respetar el mausoleo del bravo gobernador de Amiens, monumento levantado en la catedral de esta villa.

El curioso grabado que ofrecemos pertenece al famoso *Cabinet des estampes* de la Biblioteca Nacional de París y su título es: *Portrait de la ville d'Amiéns, comme elle a été surprise le 11 de mars 1597, avec un chariot et peu de gens desquels était le gouverneur de Doulans*

Espadas del siglo XVI (pág. 509.)—Esta magnífica espada pertenece al Museo de artillería de Paris. Dos mascarones sostenidos por dos amorcillos montados en una especie de X, forman el remate del puño. Este se halla cubierto de hilo de oro, los gavilanes encorvados en sentido inverso, ostentan una antigua coraza y un casco de admirable ejecución, dadas sus reducidas dimensiones. La ornamentación de las guardas, consiste en dos hojas de acanto de las que salen dos delfines, elegantemente enlazados por la boca á unas serpientes. Dos sátiros apoyados á la hoja y un amorcillo con dos cuernos de la abundancia, completan aquélla, ofreciendo un conjunto por demás rico y delicado. En el primer tercio de la hoja hay grabado el nombre de E. A. Thomas.

Esta espada es de fabricación italiana, y debe recordarse que en Italia se proveían buena parte de nuestros soldados, gozando de gran fama las armas construidas en Milán

Mosqueteros holandeses (pág. 513 y 521)—Estos dos preciosos grabados son facsímiles de los que ilustran la obra titulada: *Maniement d'armes d'arquebuses, mousquetz et piques. En conformité de l'ordre de Monseigneur le Prince Maurice, Prince d'Orange, Comte de Nassau et Gouverneur et Capitain General de Geldres, Hollande, Zeelande, Utrecht, Overijssele*, etc. *Representé par figures par Iacques de Ghein. Ensseble les enseignements par escrit et l'utilité de tous amateurs des armes, et ausi pour tous Capitains et Commanders, pour cecy pouvoir plus facillement enseigner á leur soldatz inexperimentez, l'entier et parfait maniement de cettes armes.—Imprimé á Amsterdarm, chez Robert de Bandous, avec privilege de l Empereur, du Roi de France, et des Nobles et Seigneurs Mes. seigneurs les Estatz generalx des Provinces Unies, 1608.*

Ambos mosqueteros van vestidos á la usanza del país, y llevan pendientes de una bandolera las cargas, el saquito, el frasquillo y la cuerda mecha. El de la pág. 513 se halla representado en actitud de cargar el arma; el de la página 521 disponiendo el mecanismo para hacer fuego. Ambos llevan horquilla, y el tamaño en que han sido reproducidos permiten apreciar algunos importantes detalles de su armamento.

D. Alonso de Ercilla (pág. 517.)—Ignórase el lugar donde nació este insigne poeta, y solo se sabe que vió la luz el 7 de Agosto de 1533, siendo sus padres D. Fortunio García de Ercilla, jurisconsulto de gran fama, y su madre D.ª Leonor de Zúñiga, señora de Bobadilla, ambas personas muy estimadas en la córte. D. Alonso entró, muy niño aún, de *menino* en el real palacio, y á la edad de 14 años acompañó al príncipe D. Felipe á Flandes, permaneciendo en su compañía hasta 1551 en que con él regresó á España. Entonces tuvo ocasión de recorrer diferentes países y estudiar las costumbres y los personajes de cada pueblo, lo que debió contribuir en gran parte á excitar su amor á los viajes y aventuras, predisposición muy general en la juventud de aquella época. Lo cierto es que hallándose en 1554 en Inglaterra, donde asistía D. Felipe, llegó á Londres la noticia de haberse rebelado los araucanos, y aprovechando aquella ocasión pidió y obtuvo del Rey licencia para marchar con D. Jerónimo de Alderete, nombrado por el Rey capitán y adelantado de aquella tierra á Chile. No arredraron al joven palaciego los peligros de una expedición lejana, las fatigas de la guerra, ni los rigores del clima; ni le hizo desistir de su propósito la muerte de Alderete acaecida cerca de Panamá, pues prosiguiendo su viaje llegó á Lima, y allí ofreció su espada, al virey del Perú, D. Andrés Hurtado de Mendoza, cuyo hijo D. García fué nombrado para reemplazar á Alderete en la pacificación de Arauco. Aquella guerra de emboscada, escaramuzas y sorpresas, sostenida con rara energía por un pueblo bárbaro, pero amante de su libertad, contra soldados expertos y bien armados, es lo que dió origen al poema *La Araucana*, escrito, según dice su autor, para que fuese más cierto y verdadero «en la misma guerra, y en los mismos pasos y sitios, escribiendo muchas veces en cuero por falta de papel, y en pedazos de cartas algunos tan pequeños que apenas cabían seis versos; que no me costó después poco trabajo juntarlos; y por esto y por la humildad con que se hizo, espero que será parte para poder sufrir quien las leyere las faltas que lleva.»

Señaladas pruebas de arrojo dió en esta campaña el soldado-poeta, y después de haberse batido en siete campales batallas y sufrido grandísimas penalidades, aun le quedaron que sufrir pruebas amargas, entre ellas la de verse encarcelado, condenado á muerte y desterrado. Con D. García Hurtado de Mendoza fué á la conquista de las últimas tierras de Chile, cruzó el estrecho de Magallanes y el peligroso desaguadero de Ancudbox, y metiéndose tierra dentro, grabó con el acero en el tronco de un árbol secular una octava á que después dió cabida en su poema. Una reyerta que poco después tuvo con el capitán D. Juan de Pineda, y en la que pasando de las palabras á vías de hecho, cruzaron ambos su espadas, y éste recibió estocada mortal, dió lugar á que se le condenara á muerte, ocurrencia á que hace mención en el canto final de *La Araucana*. Revocóse la sentencia casi en el mismo punto en que iba á ser cumplida, y después de haber pasado largo tiempo en prisión, fué condenado á destierro. Pasó entonces al Callao de Lima, y habiendo sabido al llegar á esta ciudad las tropelías que en Venezuela estaba cometiendo Lope de Aguirre, decidió ir á reprimirlas, lo que no pudo realizar, pues llegado á Panamá supo la derrota de García de Paredes y su afrentosa muerte.

No estaban reservados á Ercilla días felices en tierra americana, y hacia los años 1561, enfermó tan gravemente que se tuvo por seguro su fin. Triunfaron su juventud y buen ánimo de la enfermedad, y regresó á la patria, donde le esperaban horas más tranquilas, si no más dichosas. Contaba á la sazón 29 años de edad, y á pesar de hallarse en lo más florido de su existencia, retiróse de la vida pública, consagrando algún tiempo á viajar por Francia, Italia,

Alemania, y los postreros años de su vida al estudio y á los ejercicios devotos. D. Alonso contrajo matrimonio por el año 1579 con D.ª María Bazán, dama de noble linaje y de la que no hubo hijo alguno; pero Ercilla los tuvo naturales, entre otros D.ª María Margarita de Zuñiga, que llegó á ser dama de la Reina.

Como muchos otros ilustres españoles de su tiempo, Ercilla, después de haber derramado su sangre por el engrandecimiento de la patria, vióse tratado con desdén por la córte, y esto influyó sin duda en el retraimiento á que voluntariamente se condenó. Las últimas octavas de su poema son el lamento de su alma noble, el triste despido dado al mundo por aquel hombre tan esforzado como humano: consolábale sólo la rectitud de su proceder, y, por lo mismo, no puede menos de exclamar llegado el término de su jornada:

Mas ya que de mi estrella la porfía
Me tenga así arrojado y abatido,
Verán al fin que por derecha vía
La carrera difícil he corrido:
Y aunque más inste la desdicha mía,
El premio está en haberle merecido
Y las honras consisten no en tenerlas,
Sino en sólo arribar á merecerlas

Escasas noticias biográficas tenemos de este personaje y la fecha de su muerte se ignora, si bien se presume que vivía en 1596. Sus restos estuvieron en el convento de carmelitas de Ocaña hasta 1869, en que fueron trasladados con los de otros hombres célebres á la iglesia de San Francisco el Grande, de Madrid.

No se conocen de Ercilla otras obras que *La Araucana* y algunos versos sueltos, pero se asegura que comenzó á componer un poema en loor al marqués de Santa Cruz. Su composición dedicada á la batalla de las Islas Terceras es muy bella y digna de figurar entre las mejores del género descriptivo con que cuenta nuestro Parnaso. Respecto á *La Araucana,* sábese que cuando regresó de América trajo ya escrita la primera parte de ese poema, que terminó y completó en España. Es sin duda alguna, el primero de nuestros poemas épicos, aunque no sea de los primeros de su época; y habida cuenta de las circunstancias en que se escribió, admira la pureza de dicción, la verdad y brillantez de la pintura y la belleza y movimiento de las descripciones, así como los bien trazados caracteres de los personajes que en él figuran. Las numerosas ediciones que del mismo se han hecho, prueban la estima con que ha sido mirada esta obra. «Inspira el autor de *La Araucana*, ha dicho el docto Sr. Rosell en una *Advertencia preliminar* á este poema (1), como Cervantes, como Lope y como tantos otros ingenios de aquella dichosa época (pues hasta como hombres suelen ser nuestros autores clásicos dignos de estimación y respeto), inspira, decimos, el autor de *La Auracana* cierta simpatía y cariño, que no puede provenir más que del carácter de ingenuidad y nobleza que le adornaban en vida, y que trasladó íntegro á su obra. Uno de los mayores defectos que en este poema se censuran, á saber el realce que respecto á los españoles se da á las figuras de los bárbaros araucanos, prueba la candorosa honradez y la sensibilidad poética de Ercilla. Los españoles, feroces como todo conquistador á quien impacienta la resistencia, repugnaban con su crueldad al alma joven, noble, valiente y generosa de Ercilla, que siendo español también hubiera querido ver limpios de toda mancha á sus compatriotas; al paso que los araucanos, víctimas al fin de una suerte inmerecida, defendian su religión y su libertad, y esta aspiración los engrandecía á los ojos del poeta, que en una mano llevaba la espada para defenderse de ellos y en otro la lira para celebrar, tal vez exagerándolas, sus hazañas. La razón del arte, implacable como la de Estado, condenará al poeta por esta falta; pero Ercilla hallará siempre entre las almas sensibles apasionados admirables.»

He aquí el precioso romance que consagrado al memorable combate naval de las Terceras, compuso nuestro poeta; composición tan notable como poco conocida, pues sólo hemos tenido ocasión de leerla en la *Historia de la Marina Real Española*, de los Sres. Ferrer de Couto y March, quienes la copiaron de un escrito existente en el Archivo de la casa del Excmo. Sr. Marqués de Santa Cruz:

A los veintidos de Julio (2),
domingo por la mañana,
á vista de San Miguel,
cerca de Punta-delgada,
doce millas una de otra
se descubren dos armadas
de naves y galeones,
bajeles de muchas almas,
la una del gran Felipe,
otra de la inquieta Francia,
en número desiguales,
pero de igual esperanza.
sesenta son las francesas,
veinticinco las de España (3),
mas el valor de los pocos
despreciaba la ventaja.

(1) *Biblioteca de Autores Españoles*, Tomo XVII

(2) Ercilla incurre aqui en un error, pues el 22 de Julio fué el de la llegada del Marqués de Santa Cruz á la Isla de San Miguel, y el 23 empezó el combate

(3) Aquí también padece equivocación, pues nuestras naves eran allí treinta y seis.

Del Marqués de Santa Cruz
eran estos gobernados;
los más de Felipe Strozzi,
grande Marichal de Francia.
Los dos generales luego, como
ambiciosos de fama,
puestas en orden sus naves
se presentan la batalla,
y como diestros corsarios
con las velas amarradas,
el barlovento y el sol
procuran con gran instancia,
y así cerca el uno de otro,
que una milla no distaban,
tirándose cañonazos
los dos barloventeaban,
puesta en su lugar la gente,
llenas de tiros las gavias,
tremolaban las banderas
los gallardetes y flámulas,
mil bélicos instrumentos
cerca y lejos resonaban,
y en el agua removida
reverberaban las armas.
Así anduvieron tres días
sin trabarse la batalla,
que al tiempo del embestir,
de miedo el viento calmaba
pero llegada la hora
de los hados señalada,
para muchos la postrera,
que no volvieran á Francia,
las armadas enemigas
de viento y fuerza llevadas,
se embisten con igual ira
pero no con igual causa,
disparando los cañones,
culebrinas y bombardas,
pasamuros y pedreros,
picas gruesas de campaña.
La gran máquina del cielo
de arriba desencajada,
parece venirse abajo
y arder todo en pura llama;
mas por entre humo y fuego
las naves ya barloadas
hecho el efecto la pólvora,
vinieron á las espadas,
y allí la furia francesa
y la cólera de España
se concertaron bien pronto
trabándose la batalla.
Cruda, sangrienta, furiosa,
igualmente porfiada,
viéronse golpes extraños,
heridas desaforadas,
cabezas aun boqueando
de los hombros apartadas,
otras hasta el pecho abiertas
brazos y piernas cortadas,
cuerpos muchos magullados,
otros pasados de lanzas,
otros quemados de fuego,
otros muertos en el agua,
y con tempestad furiosa
llueven de las altas gavias
bolas, piedras, lanzas, dardos,
armas de peso arrojadas,
ardiente pez y resina,
y bombas alquitranadas,
mil fuegos artificiales
que la misma mar abrasan.
La roja sangre caliente
comenzó á teñir el agua.
El Marqués de Santa Cruz,
que todo sobre él cargaba,
como capitán prudente,
listo y solícito andaba,
cuando á proa, cuando á popa,
de aquesta y estotra banda;
con obras y con palabras,
haciendo apretar á muchos
los dientes y las espadas.
A esta hora *San Mateo*,
que era la nao Almiranta,
tres gruesas naves francesas
estaban de ella aferradas,
y con ímpetu furioso
le daban espesa carga,
pero el buen Marqués que á todo
con ojos de Argos miraba,
viéndola por todas partes
del enemigo apretada,
despreciando sus contrarios
y la contienda trabada,
haciendo virar las velas,
dando al timón á la banda,
dellos se deshace y vuelve
á socorrer la Almiranta,
que como alano entre gozques
rompe por ellos y pasa,
embistiendo á los franceses
que ya de verlo desmayan.
Mas Don Lope encarnizado
del socorro le pesaba,
pues de la honrosa victoria
quisiera solo la fama.
En esto por todas partes
andaba igual la batalla,
y la mar toda cubierta
de sangre y de gente de armas.
Era espantoso el estruendo
y el rumor de la batalla,
tanto arnés despedazado
y tanta rota celada;
tanta voz, tantos heridos
que á un mismo tiempo espiraban,
y allí algunos medio vivos
peleaban en el agua.
Mas con gran furia á esta hora
que ya de cinco pasaban
que se comenzó el combate
y duraba batalla,
la fortuna de Felipe
atropelló la de Francia,
que el valeroso Marqués,
á fuerza de pura espada,
venció de los enemigos
la Almiranta y Capitana,
prendiendo á Felipe Estrozzi,
que en viéndole rindió el alma,
y al ver los demás franceses
la victoria por España,
de los desmayados brazos
se les cayeron las armas
y abren el paso á los nuestros
por medio de las gargantas.

Espada (pág. 523.)—Formas muy diversas afectan el puño y la hoja de las espadas de fines del siglo XVI y principios del XVII. Los progresos de la industria de una parte, de otro los primores del arte, hacen de ella una obra magnífica y permiten á la fantasía desplegar en su ejecución todas sus galas. Por regla general el puño se componía de *pomo*, *empuñadura*, *gavilanes*, ó sea los brazos transversales, que con el puño forman la cruz, y *guarda* y *contraguarda*, es decir, una placa de hierro lisa ó cóncava, con ó sin agujeros, y unos anillos que, encorvándose sobre la hoja, forman una segunda guarda. La espada de combate era más sencilla que la de honor ó gala, usada en las ciudades, que es la que ofrece la riqueza de detalles á que nos hemos referido, y á causa de existir tanta variedad en las empuñaduras, las espadas se han clasificado por la hoja.

La reproducida en la citada página es una notable obra de arte y consta de todas aquellas partes indicadas, siendo las ramas que forman el cazo, así como la guarda y pomo delicadamente cinceladas y esmaltadas. Los gavilanes son rectos.

Daga (pág. 523.) - Ofrece esta arma forma muy característica; su puño es más corto que el de la espada, su guarda mano está encorvado y calado: los gavilanes son rectos y terminados por dos botones. La guarda de este género de armas, que se manejaban con la izquierda, mientras con la derecha esgrimíase la espada, y estaban destinados principalmente para parar los golpes de la espada del enemigo, ofrecía ancho campo para una decoración elegante.





ESTUDIO DÉCIMO

EL ARTE MILITAR Y LA CIVILIZACIÓN EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XVI

I. Los dominios españoles en los últimos años del reinado de Felipe II.—Estado económico-político de la nación española.—Cultura intelectual. — II. Progresos del arte militar.—Infantería.—Caballería.—Artillería.—Ingenieros.—Administración.—Justicia militar.—Reclutamiento y organización del ejército.—Disciplina.—Armamento.—Táctica.—Vestuario y equipo. — III. Marina militar. — IV. Literatura militar.

I

Singularísimo contraste de gloria y de pobreza, de bríos y de abatimiento, ofrece el pueblo español en la segunda mitad del siglo XVI. Gloriosamente comienza el reinado de Felipe II, y ya son entonces grandes los apuros económicos; tales que el mismo Emperador tiene que interesarse en ellos á raíz de la famosa jornada de San Quintín: con voluntad y ardimiento secunda nuestro pueblo al monarca que se llama defensor de la fe; pero á vuelta de repetidos combates y victorias, exhausto de oro y sangre, apoderóse de él extraordinaria postración, comienza á maldecir la funesta influencia que sobre él ha pesado, el nombre de aquel rey tan poderoso como temido; y ya que no pueda exhalar sus quejas en calles y plazas, manifiesta sus rencores á la sombra de los confesonarios. «Pues tienen la lengua suelta, bueno es que tengan las manos atadas,» tales son las frases con que replica Felipe á las observaciones de un prelado (1); y estas frases pintan por sí solas toda la política de aquel soberano con sus vasallos.

No hizo en verdad este monarca otra cosa que completar la obra comenzada por su padre en las Córtes de la Coruña: y aunque adoptó camino diferente, aunque reunió con frecuencia las Córtes y se vió obligado á oir en ellas las constantes y justísimas quejas de los pueblos por boca de los procuradores, con no atenderlas y negarlas, redujo bien presto á pura fórmula aquellas asambleas tan dignas de respeto. *Mandaremos ver y platicar sobre esto; Ternemos cuidado se haga al tiempo y según como más convenga;*

(1) El Cardenal arzobispo de Sevilla manifestó al Rey que en el secreto de la confesión muchos de sus súbditos se acusaban de haberle maldecido.

Mandaremos á los de nuestro consejo que platiquen sobre lo que más converna proveer y nos lo consulten; *Por agora no conviene que en esto se haga novedad,* son las fórmulas con que solía el monarca deshacerse de muchas importantes y perentorias peticiones. Sostuvieron no obstante con valentía los procuradores la lucha con el trono durante el transcurso de este reinado, pero á la postre, fatigados ya de pugnar en vano, limitáronse á lo menos que pudieron y fueron abdicando en manos de la corona sus antiguas prerogativas. Esto era lo que se había propuesto el soberano. En Aragón procedió de otra manera; hirió de muerte las libertades de aquel reino al conducir el Justicia mayor Lanuza al cadalso; y castigando á las personas y llamándose reformador de la constitución aragonesa, logró sus propósitos, si bien demostrando una vez más hasta donde rayaba su doblez. No falta historiador que niegue á Felipe el título de mutilador de aquellas libertades, buscando las causas generales de aquel suceso en los pleitos existentes entre pueblos y señores, y lo que más directamente influyó, lo determinante, por decirlo así, en la contrariedad que sufrió el Rey en las Córtes de Monzón; pero basta examinar la serie de *reformas* ó *remedios* (1) que en las Córtes de Zaragoza pone en vigor Felipe II para apreciar el alcance de aquella *modificación,* según la llama el Sr. Pidal (2), y á la que el Sr. Bofarull (3) más propiamente ha llamado *mutilación* y *destrucción.* Tantas y de tal índole fueron las innovaciones introducidas que bien puede asegurarse quedaron los Fueros en esqueleto y sin cortapisa la voluntad del Rey, robustecida en adelante por medios legales (4).

Después de esto; ¿es posible que ni Castilla ni Aragón se consideraran felices bajo este reinado? No lo eran más Portugal, mal de su grado unido á Castilla, partícipe de las vejámenes del fisco y de los desaciertos de la administración, y amenazada constantemente por los ingleses; ni Nápoles, Milán y Sicilia, agobiadas por los impuestos y las guarniciones, y devastadas sus costas por los corsarios turcos y berberiscos. Y nada se diga de las provincias adictas en los Países Bajos, que harto hemos tenido ocasión de ver la decadencia en que cayeron por la ruina de sus grandes centros comerciales y por la emigración de sus artistas, industriales y comerciantes, á lo que debe agregarse las enormes cargas que imponía á sus habitantes la guerra y las vejaciones que causaban los motines. Poco satisfecho podía estar Portugal de sus nuevos dueños, cuando en sus manos las grandes conquistas hechas en las Indias orientales parecían destinadas á perderse; mas ¿qué decir de las Indias occidentales, donde ya se tocaban los resultados de la lucha con los Países Bajos? Las correrías y depredaciones de los Hawkins, Drake, Cavendisch; las de los holandeses más tarde, dan idea del estado de seguridad en que aquéllas vivían; pero á la par que las colonias, eran atacados y saqueados nuestros bajeles, interceptadas nuestras comunicaciones y perjudicado nuestro comercio. Y del apresamiento de nuestras naves y de los destrozos causados en nuestras posesiones, resultaban graves apuros para la Hacienda, serios compromisos militares que se traducían en derrotas y motines en el exterior, en penuria y miserias en el interior.

El sostenimiento de estos dilatados, lejanos y numerosos dominios, vigilados, cuando no

(1) Establecer que la mayoría de cada brazo formase resolución; marcar penas contra los que pidiesen fingidamente manifestación; ordenar que los delincuentes de otros reinos que se acogiesen al de Aragón fuesen restituidos á las autoridades de aquéllos; declarar que el Rey pudiese proveer el cargo de Justicia á su beneplácito, y provisto, decretar la destitución de la persona que lo ejerciese; determinar que los diputados no pudiesen en adelante hacer convocaciones ni ayuntamientos de gentes ni de ciudades; suspender el pleito sobre la pretensión que tenía el monarca de poder nombrar virey extranjero, pero concediéndole la facultad para hacerlo así hasta las Córtes primeras; apropiarse el Rey la facultad de presentar nueve candidatos para el desempeño de las funciones judiciales, de los cuales tenían que admitir los aragoneses hasta ocho desechando el noveno; incorporar varias baronías á la Corona, apoderarse del condado de Ribagorza en el cual toleró el Rey abusos y demasías por mucho tiempo para que llegase este caso, á pesar de todas las reclamaciones del virey y de las demás autoridades de Aragón, que eran allí desobedecidas en tiempos anteriores, etc.

(2) *Hist. de las alteraciones de Aragón en el reinado de Felipe II.*

(3) *Hist. de Cataluña.* Tomo VII, Cap. V. En este capítulo el señor Bofarull replica con gran energía al Sr. Pidal y destruye con sana crítica los argumentos aducidos por éste en la antes citada obra.

(4) «Y sin embargo de este proceder violento é hipócrita, el Sr. Pidal que en el prólogo de su importante obra sienta «que no ha escrito con espíritu castellano ni aragonés,» afirma que Felipe II en las Cortes de Tarazona, no hizo más que modificar los Fueros, no destruirlos: se ríe del espíritu de libertad de aquellos tiempos, á la que llama libertad del privilegio, sin ver que la palabra privilegio en aquellos tiempos tiene acepciones más latas y no debe entenderse como exención exclusiva de uno contra los demás, sino ley y seguridad general de una nación para enfrenar la arbitrariedad del monarca, tal como se ve en las modernas constituciones de los pueblos libres.» Bofarull, *Hist. de Cataluña,* Tomo VII, cap. V.

atacados por el enemigo, como sucedía con las posesiones de Asia, América y la costa africana, disputados por él como acontecía en Flandes, minados por el odio á sus señores y por extranjeras influencias, como ocurría en Italia y en Portugal, á la par que debilitaba á la nación española, originaba una complicación de intereses no compensada por lo que algunos producían, como por ejemplo, los Estados italianos. Tan sólo Portugal era el que más podía dar de sí; pero no se atendió como debía á las necesidades de este reino, y la política española que tan mal dejaba sentir su influencia en los que de antiguo poseía, no consiguió hacer olvidar por medio de un régimen beneficioso la perdida independencia. «Disimulable, dice el historiador Lafuente, podría ser el afán de conservar dominios remotos y desparramados si las rentas de aquellos Estados, ya que no acrecieran las de España, hubieran por lo menos producido para costear su propio mantenimiento. Mas ya fuese por la esterilidad de los unos, ya por la resistencia de los otros á contribuir para mantener un señor y un gobierno extraño, ya por la falta de producción ocasionada por las guerras en que andaban revueltos todos, es lo cierto que en vez de producir consumían, que por más que se los esquilmaba, no rendían, ni aun para racionar ni asoldar nuestros ejércitos de operaciones en aquellos países, y que para mantener nuestras tropas en Flandes, en Milán, en Nápoles y en Sicilia, era menester enviar constantemente á Sicilia, Nápoles, Milán y los Países Bajos nuestro oro de América y nuestro oro de Castilla, y no alcanzaba nunca ni bastaba. De modo que todos aquellos grandes señoríos eran otros tantos censos para España, y nos hacíamos pobres por la vanidad de que nos llamaran grandes señores.»

Para conservar todos estos dominios y para mantener tan empeñadas luchas como en este reinado se sostuvieron, necesitábase en verdad un poderoso ejército, que era carga abrumadora, y la más pesada sin duda, para nuestra nación. Calcúlase que en los últimos años del reinado de Felipe el ejército contaba nominalmente 200,000 hombres, pues en realidad sólo existían 120,000 de infantería y de 18 á 20,000 de caballería, sin contar las milicias provinciales (unos 60,000 hombres) á la vuelta de muchos esfuerzos reunida por aquellos días. Este ejército podría parecer extraordinario para una época en que las más grandes batallas se entablaban con 20 ó 30,000 combatientes por parte; pero ya hemos tenido ocasión de ver con qué facilidad variaba su efectivo, pues era el estado de la hacienda tan apurado que con igual facilidad se hacían levas que se despedían gente. Las cartas del archiduque Alberto á Felipe II, dadas á conocer en el anterior ESTUDIO, permiten formarnos exacta idea de la situación del ejército español en aquella época. Hay que advertir también que la guardia de las fortalezas y ciudades fortificadas, los *presidios*, distraían la mayor parte del ejército, y de aquí que fueran relativamente escasa la gente disponible para salir á campaña. El sueldo, armamento y manutención eran en aquella época por lo menos dos veces más caros que en la actual, habida cuenta del valor de la moneda; estimándose en 15 millones de ducados de oro anuales el coste de los 140,000 hombres incluso la administración y agregados al cuartel general por distintos conceptos. Era, como se vé, una cifra excesiva para lo que España podía entonces pagar, pues las rentas del rey no excedían de veinticuatro millones (1).

Si el sostenimiento de tales ejércitos exigía á España grandes sacrificios, no era el menor de todos el de la despoblación de su territorio, pues aunque aquéllos se compusieran en parte de mercenarios valones, borgoñones, irlandeses y especialmente alemanes é italianos, su nervio eran los españoles, nación considerada en aquel tiempo como la primera en pericia militar. Durante los diez años transcurridos desde 1589 á 1598 salieron solamente de España unos 150,000 soldados, los cuales casi puede asegurarse que en su mayor parte no regresarían á su patria, y los que libres de la muerte ó por no haberse establecido en otra tierra, volverían á la nuestra, fácil es que se hallaran ya inútiles para el trabajo, ó por los achaques ó por el hábito del ocio. Pero á la guerra impulsaba no tanto los compromisos políticos de la monarquía, como la necesidad y el poco afecto al trabajo. Y en un país donde tanto abun-

(1) Son muy interesantes los datos que respecto á este particular dan los embajadores venecianos Donato y Morosini en sus relaciones respectivas.

daban los hidalguillos sin dinero y los menesterosos, y donde aquél se veía poco protegido y muy despreciado, se comprende que la carrera de las armas fuese elegida por los que se hallaban mal avenidos con el ocio y con las privaciones. Bien podían cantar á la sazón muchos españoles con el gentil mancebo de la inmortal obra de Cervantes:

A la guerra me lleva
Mi necesidad,
Si tuviera dinero
No fuera en verdad.

Con un poco de desapego al trabajo y un mucho de ambición, dejaba la juventud las aulas y talleres y los campos en busca de gajes y glorias, como le ocurría al mozuelo de marras. Esta era una de las causas que más contribuía á la despoblación de España. Y no diremos que fuera la más poderosa, porque fueron muchas las que existieron en este y en los siguientes reinados.

Aunque no ofrezcan gran seguridad los datos estadísticos de la época en materia de población, reuniendo á los recogidos para el armamento general de 1482, los concernientes al reino de Granada, calcula un autor que la población de España se elevaba en dicha época á más de diez millones de habitantes. Mas apenas conquistado aquel reino, cuando fueron expulsados los judíos en número por lo menos de 350,000 (término medio entre los que señala Mariana y los que consignan otros autores); la creación del Santo Oficio contribuyó asimismo á la emigración de los sospechosos, comprometidos ó tímidos; en el alzamiento de Granada perdió el país más de 150,000 moriscos, y es indudable que la emigración de éstos continuó aún por mucho tiempo á causa de las vejaciones de los vencedores; la emigración á la América y las guerras no contribuyeron menos á despoblar el reino (1); y todas estas causas, unidas á otras no menos nocivas, ocasionaron ya un millón de bajas en el censo de 1594 (2). ¡Un millón de bajas, que en el transcurso del siguiente siglo debía elevarse á cuatro! ¿No da esto perfecta idea del triste estado de las artes, comercio y agricultura?

A la despoblación no contribuyeron menos que aquellas causas la holgazanería que adquiriendo desusado desarrollo en los españoles, ya por sobra de opresión en el fisco, ya por los resabios militares, ya por el abandono en que se tenía la agricultura, por la falta de protección á la industria y por lo mal mirados que eran artes y oficios, como cosa impropia de gente bien nacida. Y como eran muchos los que pretendían serlo, y como los recursos no llegaban donde las pretensiones, originóse de aquí una clase de nobles holgazanes y pobres, hidalgos de gotera, caballeros con muchos *don*, pero sin blanca, que paseaban por villas y ciudad su mal disimulada miseria y acabó por recibir el nombre de *caballeros del milagro*. Buena parte de la población rural emigraba á las ciudades para vivir arrimada á las casas de los poderosos ó mantenerse de la sopa, y mientras la mendicidad alcanzaba proporciones escandalosas, los campos de España íbanse quedando incultos y abandonados (3). No menos contribuía á la miseria pública el gran apego á la vida conventual, pues muchos eran los que huyendo al trabajo, ó más que todo, buscando los deleites de la ociosidad, entraban en los monasterios, enriquecidos á la sazón con constantes donaciones, mandas y legados. El malestar social era tan grande, como revelan las constantes peticiones de los procuradores en Córtes, y no pasaron muchos años desde que murió Felipe, hasta que el Consejo de Castilla por boca de D. Diego del Corral, elevara á su heredero Felipe III una severa consulta en lo que sin ambajes se expone los grandes males que á nuestra patria aquejaban y los remedios que á ellos debían con gran urgencia aplicarse (1.º de Febrero de 1619).

(1) La emigración á América aumento en el reinado de Felipe II, como á consecuencia del malestar de la nacion, y según cálculos en dos siglos costó á España la colonización del Nuevo Mundo 70 millones de habitantes.

(2) *Situacion económica de España durante la dominación austriaca*. Estudio publicado por D. Alvaro Gil en el Tomo IX, página 189 de la *Revista de España*.

(3) En diez y ocho años vinieron á España del extranjero 11 millones de fanegas de trigo, y se dio una pragmática declarando libre del derecho de alcabala el pan que se trajera por mar á Sevilla. Estos datos pintan el lastimoso estado de nuestra agricultura.

Argüiráse que no todos estos males son imputables á Felipe II, quien supo mantener á España en el primer lugar entre los pueblos de Europa, pero aunque este monarca no pudiera escapar á las influencias de su época y participara como sus contemporáneos de grandes errores en materia económica (1), debe reconocerse que cometió, no un solo error, sino varios y á cual de más alcance, cada uno de los cuales entrañaba grandes perjuicios á nuestra



Filiberto de Saboya.

patria. Error grave fué su intolerancia; no menos grave el loco empeño en hacer prevalecer su influencia en Francia á costa de nuestra empobrecida nación, y lamentable asimismo el desprecio en que tuvo á los representantes del pueblo en las Córtes. Careció de fuerza y de habilidad para conseguir en el exterior sus planes políticos, y arruinó inútilmente el país; careció de energía para aplicar remedio al malestar de su pueblo, y en los últimos años de su vida vió cernerse sobre el fantasma de su grandeza el más aterrador fantasma de la miseria. Y ¿aun hay quien duda de que en él comienza la decadencia de España? Si se evidenció tan triste y elocuentemente en la época de su heredero, y á pocos años de haber

(1) Las medidas restrictivas, la prohibición de exportar oro y plata, y los crecidos derechos de importación y exportación, porque estancando aquellos metales se hacía subir la mano de obra, encareciendo los artículos de toda necesidad y dando todas las ganancias á la industria extranjera; resultando de aquí la ruina de la nacional y la miseria pública. Las excesivas gabelas; alcabala sobre las compras, ventas y cambios, que era un obstáculo á las transacciones; los diezmos de mar, el impuesto de los millones, . etc. Por último, la tasa de jornales y de efectos, desatinado consejo emanado del seno mismo del pueblo, y los recursos artificiosos de los arbitristas, dieron el triste resultado que es de suponer, colocando al monarca y á su consejo en un círculo vicioso del que no sabian salirse.

muerto aquel monarca, ¿quién duda que venía preparada en los dos anteriores reinados (1)? Lo que ha hecho patente á nuestros ojos las miserias de los dos últimos Felipes, es la circunstancia de que casi la totalidad de los escritores políticos y económicos pertenecen al siglo XVII; pero no deja por eso de ser menos cierto, como dice atinadamente un escritor que «la enfermedad principió en la *época de gloria* y salió al rostro con síntomas de gangrena en el tiempo que llamamos *de infortunio.*»

No se pondría por lo que se vé gran coto á los abusos, porque en tiempo de Felipe II se calculaba en 200,000 el número de curas, es decir, la cuadragésima parte de la población, y no debía ser menor el de frailes cuando veinte años después de haber fallecido aquél, se estimaba en 70,000, y en 9,000 el de los conventos. ¡Bendita y bienaventurada España! Y cuenta que no era este solo el más grave de los males que aquejaban á nuestro país. La afición del pueblo español á los títulos nobiliarios que, según ya hemos dicho, hizo que tomara gran desarrollo la nobleza de segundo orden, produjo también un nuevo género de holgazanes, cuya cifra el Sr. Vadillo calcula en 200,000, es decir, la quincuagésima ó sexagésima parte de la población (2); por manera que en una nación que contaría unos ocho millones de habitantes, existían unos cuatrocientos mil curas y nobles; y si se considera que el rey tenía autoridad para proveer 70,000 destinos, un millón por lo menos de españoles vivía á costa de los siete restantes.

Creeráse que un país que poseía dominios tan vastos, y sobre todo tan ricos, como los recientemente conquistados, podría permitirse ese exceso de curas, frailes, nobles y soldados. Pero precisamente ocurría todo lo contrario. Las constantes guerras de los españoles contra flamencos, ingleses, franceses, turcos y africanos, produjeron en este reinado cuatro bancarrotas, de las que fué la última la de 1596, y la sola guerra de los Países Bajos costó á Felipe II unos 110 millones de ducados (3). Ascendía la renta de este á 24 millones de ducados anuales, cantidad enorme aunque insuficiente para cubrir las múltiples atenciones de que se hallaba rodeado. Así que, á pesar de haber procurado la India occidental desde 1531 á 1574 no menos que 260 millones de ducados (produciendo por sí solos los impuestos del Perú 4 millones anuales) (4) y de dar el Estado de Nápoles 2 millones y medio, el Tesoro español estaba exhausto, y como el precio de los artículos se había doblado, era grande la penuria del reino. La paga del ejército, las pensiones á los magnates extranjeros y á los de la corte, el dinero dado á los agentes y espías, el empleado en obras pías y sobre todo en la construcción del palacio de Aranjuez y monasterio del Escorial (5), consumían rápidamente los ingresos. Apurado por tantas obligaciones acudía el Rey á los empréstitos, y como los intereses de éstos fueran muy elevados, veíase obligado á declararse en bancarrota, como sucedió en 1575 al reducir arbitrariamente el interés de 7 y $^1/_3$ á 4 y $^1/_3$ por ciento, ocasionando con esto la ruina de no pocos banqueros alemanes é italianos. La bancarrota de 1596 ya hemos visto los tristísimos efectos que produjo, y á ella se debió sin duda alguna el funesto resultado de aquella campaña. Se comprende, pues, que Felipe apenas tuviera lo suficiente para cubrir los gastos de su casa y, aunque parezca increible, que en 1594 mandara un jesuita á

(1) «Un bosquejo nada más de las pérdidas que tuvo la industria regnícola en el medio siglo que alcanza al mando de Carlos I, un resumen de la industria manufacturera de cuando subió al trono á cuando la dejó á su hijo, produciría admiración profunda, aun en los no extraños al estudio de esta materia; y en los que lo son, dudas respecto á la veracidad que los guarismos les demostrasen. Por estos llegarían á saber que la baja que experimentó el trabajo había sido tan espantosa, que los telares disminuían en algunas poblaciones, no á centenares, sino á miles, y que también eran millares de brazos los que de la ocupación pasaban por falta de ella á la mendicidad y á la vagancia.» Arias Miranda, *Examen crítico histórico del influjo que tuvo en el Comercio Industria y Fabricación de España su dominación en América.*

(2) La proporción numérica en que estaban los hidalgos y pecheros de Castilla según el censo que se hizo en 1541 para el repartimiento del servicio era de 108,358 hidalgos por 781,582 pecheros.

(3) Véase el Tomo XXXVI de la *Colección de Doc. inéditos para la historia de España.*

(4) Según datos oficiales que dejó el Contador mayor del consejo de Indias percibía el Rey anualmente de aquellas colonias más de 450 cuentos de maravedis, ó sea 1.203,233 ducados, á 375 maravedis el ducado: «suma cuantiosa atendido el valor monetario y los precios de las cosas en aquel tiempo.» Lafuente, *Hist. general de España*, Tomo XIII.

(5) Costó aquél 300,000 doblones en oro, ó sean 24 millones de reales, y éste 6.000,000 de ducados, ó sea 60 millones de reales de nuestra moneda, no comprendiéndose en la suma los numerosos objetos de valor que encierra el monasterio y las construcciones ejecutadas posteriormente. La cifra, dice un autor, no podrá parecernos excesiva, pero teniendo en cuenta el valor del dinero en un tiempo en que el precio medio de una fanega de trigo no pasaba de nueve reales vellón, se verá que en realidad lo es.

recorrer el reino, con objeto de pedir limosnas para el monarca, alegando el enviado hacerlo por voluntad del cielo. Ni la venta de destinos, dignidades, y prebendas, ni los nuevos impuestos decretados del modo más absurdo, ni la funestísima *alcabala* (1); ni la rebaja de intereses en la Deuda pública, ni los tres y medio millones de escudos de oro anuales que durante los últimos tres años de su reinado se reservó el Rey del oro y plata que venía de Indias, pudieron evitar que legara á su heredero una deuda de 100 millones de ducados, contraída á interés exhorbitante. «Los acreedores, dice un autor, eran en su mayor parte italianos, especialmente genoveses, de suerte que todos los impuestos que anualmente pagaban las comarcas españolas eran enviados, para no volver más, al extranjero; pérdida irreparable para aquella nación pobre, á pesar de todos los tesoros que de las Indias recibía. Y para completar el cuadro, cada año se enviaban á Roma limosnas por valor de muchos millones (2).»

¿Cómo podía prosperar un país en que la población disminuía, la industria y la agricultura eran cultivadas por muy pocos, el valor del dinero decrecía y la mano muerta tenía monopolizados innumerables bienes? Imposible de todo punto; y la obra lentamente elaborada durante los reinados de Carlos I y Felipe II dió sus resultados lógicos en el siglo XVII. Es cierto que hubieran podido conjurarse por sus sucesores los grandes males que cayeron sobre España; por el sistema político-religioso de un lado, de otro la pequeñez de estos soberanos, desgarraron rápidamente el velo de grandeza que envolvía á nuestra infeliz patria. En uno de los angustiosos momentos que Felipe II hubo de pasar, á consecuencia de sus apuros, decía este monarca á su tesorero mayor Francisco de Garnica: «Mirad lo que con razón sentiré, viéndome en cuarenta y ocho años de edad y el príncipe de tres, dejándole la hacienda tan sin orden como hasta aquí; y demás de esto qué vejez tendré, pues parece que ya la comienzo, si paso de aquí en adelante, *con no ver un día con lo que tengo de vivir el otro, ni saber cómo se ha de sostener lo que tanto he menester*.» Afortunadamente este santo varón trabajaba por el cielo, y esto podía consolarle de sus amarguras, pero el desdichado pueblo, vejado por los agentes del fisco, cansado ya de guerras y tributos, comenzaba á maldecir de su señor y de sus obras, no ocultándose de manifestar, entre otras cosas que en Escorial estaba la causa de sus daños (3). Sin embargo; como siempre quedaba al infeliz pechero el recurso de la sopa conventual, ó las sobras de la mesa del poderoso, dejando el arado por la remendada capa del mendigo ó del fullero, convertido en pordiosero, ó matachín, podía vivir la vida de la holganza bajo el puro cielo de la patria. ¡Qué hermoso cuadro el de la católica España de los siglos XVI y XVII! ¡Qué sociedad aquella presentada como modelo en nuestros días! «No hay más que ver, dice un moderno escritor, los personajes que presentan los literatos de esta época: jueces crueles, de corazón duro, que confunden la justicia con la persecución y la tortura, y al acusado con el criminal; bachilleres disputadores, cuyo bello ideal es el puchero; estudiantes encanijados que ya han olvidado el como han de meterse el pan á la boca; curas de misa y olla, de *bonete de mugre con forros de caspa*; hormigueos de mendigos asquerosos que sólo vivir pueden de sus llagas y sus estropicios; galanes de monjas que lo son sólo para recoger la pitanza; Tenorios para quienes no hay vida ni honra segura; dueñas que venden honras que debieran guardar; padres y hermanos que todo lo lavan con sangre; enjambres de alguaciles, corchetes y familiares del Santo Oficio; plagas de caballeros de industria; ejércitos de aventureros en el exterior, y bandos de salteadores en la península; frailes tan empedernidos de corazón como obtusos de intelecto; hidalgos honrados, pero de capa rota; damas tan devotas como licenciosas; y los grandes pintores, los escritores insignes, los pocos sabios que había, vémosles cambiar sus obras por unos cuantos escudos, cuando no tienen que mendigar el favor de un grande ó acogerse á la mísera sopa de un convento (4).»

(1) La *alcabala* era un impuesto del 10 p. % sobre todo lo que se vendía, y ya se comprenderá que á las pocas veces que los propietarios cambiaran los productos habían pagado al Estado más de lo que éstos valían.

(2) Philippeaux, *La Europa occidental en tiempo de Felipe II, de España, Isabel de Inglaterra y Enrique IV de Francia.*

(3) El cronista de la orden de San Gerónimo, P. Sigüenza, dice que los españoles «tenían atravesado en el alma que allí estaba la causa de todos sus daños, pechos y tributos.» *Hist. de la orden de San Gerónimo.*

(4) *La Muerte y el Diablo*, por D. Pompeyo Gener, Cap. XI *El Renacimiento y la España Católica.*

Rara vez llega una nación al apogeo de su poderío sin que la cultura intelectual acompañe á su preponderancia militar y política, y este feliz concurso que acreditan la historia de Grecia en el siglo de Pericles, la de Roma en el de Augusto, la de Inglaterra en el de Isabel y la de Francia en el de Luis XIV, también se pone de manifiesto en la España de Carlos I y de Felipe II. El arte y las bellas letras realzan con su brillo nuestras glorias militares y cubren con su hermoso manto nuestras miserias. El idioma castellano formado ya, rico, sonoro, majestuoso, aparece con todos sus primores en las obras de nuestros moralistas, nuestros historiadores y nuestros poetas, y se convierte en habla de córtes, propagándose como nuestros trajes y nuestros usos entre los países vecinos; nuestra literatura es la que sirve de modelo á los grandes maestros de otros pueblos; y al florecimiento literario, siguiendo de cerca el artístico, también es el arte español el que engalana y embellece aquella época gloriosa, aunque en manera alguna feliz. No puede decirse otro tanto de la ciencia, pues aunque España contara con ingenios tan elevados como los de Luis Vives, Arias Montano y el ilustre hereje Servet, el Santo Oficio cuidó de poner coto al desarrollo de la cultura en este sentido, y el celo paternal de nuestro Rey, incomunicando á España con los grandes centros universitarios y escuelas del extranjero, contribuyó no menos á cortar los vuelos del pensamiento (1). Quedaron destruídos los gérmenes que existían en las obras de nuestros grandes pensadores del Renacimiento, y España hubo de contentarse con saborear en el campo literario las primicias del ingenio.

No en balde se ha llamado al siglo XVI el siglo de oro de nuestra literatura; para cantar nuestras glorias teníamos al divino Herrera, al noble y humano Ercilla, al fecundo Lope, y á los Argensolas; para narrarlas, á Hurtado de Mendoza, Sandoval, Mariana, Herrera, Bernardino de Mendoza y Carlos de Coloma; para perpetuarlas en el lienzo, en el mármol, en el bronce, en el tejido y en el papel, Italia, Flandes, Alemania, nos daban sus grandes artistas, sus hábiles artífices, sus famosos obreros. Y mientras nuestros soldados combatían mano á mano con los holandeses, los Platinos imprimían en Amberes la famosa Biblia políglota; y mientras nuestros generales trataban de reducir con las armas la herejía, nuestros teólogos publicaban sus obras de apologética y controversia, y el pincel de afamados artistas trazaban sobre los muros del Escorial las famosas batallas de San Quintín y de Lepanto. Esta mezcolanza de armas, letras y artes, y sobre todo de asuntos místicos y bélicos, es característica de este reinado: como que muchos de los grandes ingenios españoles fueron militares ó religiosos, cuando no ambas cosas. Militares fueron Ercilla, Cervantes y Lope de Vega; fraile Luis de León; jesuita el ilustre Mariana; es decir, los príncipes de nuestra prosa y de nuestra poesía, de nuestro teatro y de nuestra historia. Y casi otro tanto podría decirse de los más celebrados ingenios que por entonces brillaron en nuestra patria.

Viniendo á los diversos géneros de literatura, nos concretaremos á decir que la lírica llegó á la meta de su perfección con los versos de Herrera, Hurtado de Mendoza, Teresa de Jesús, Luis de León, Acuña, Montemayor, los Argensolas, Espinel y otros no menos ilustres ingenios; el arte dramático adquirió rápido brillo en las producciones de Lope de Rueda, Lupercio de Argensola, Cervantes y el fecundo Lope de Vega; y la épica produjo, entre otros, el poema *La Araucana*, escrito allende los mares y entre el fragor de los combates. La prosa, como la poesía, alcanzó asimismo aquel grado de elevación que ha hecho de los escritores de este siglo, modelos de buen lenguaje. Los dos Luises, Mariana, Coloma, Hurtado de Mendoza, Rivadeneira, Cervantes, Bernardino de Mendoza, Teresa de Jesús, Fernández de Oviedo, Herrera y otros, ocupan preferente lugar entre nuestros prosistas, y con ellos alcanzan ramos tan diferentes como la literatura mística, la historia y la novela admirable perfección. Pero en estas producciones no debe estudiarse sólo el idioma, sino el especial modo de ser nuestro pueblo, que en ellas se revela altivo, devoto, amante de todo lo extraordinario, fiel á sus tradiciones, pagado de su superioridad y generoso

(1) Nos referimos á la célebre Pragmática de 22 de Noviembre de 1559, dada en Aranjuez, y en la que se prohibe á todos los súbditos del Rey ir á estudiar en las universidades, colegios ó escuelas del extranjero, y se ordena á los que cursen en ellas, abandonarlas en el plazo de cuatro meses.



Ullastres — *Lit. Miralles*

BANDERAS Y ESTANDARTES DEL EJÉRCITO ESPAÑOL

SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XVI

hasta rayar en disipador. En la más popular de todas estas obras, en el *Quijote*, parece hallarse personificado el pueblo español. No es vano empeño de la fantasía verle en aquel hidalgo de lanza en astillero, enjuto de carnes y de imaginación acalorada, que embrazando la adarga y blandiendo la lanza, váse por caminos y encrucijadas á desfacer entuertos, á reñir con follones y malandrines, y á sostener la sin par belleza de su dama, en compañía



Vista del castillo de Milán.

de un escudero socarrón, más apegado á la pitanza que á lo ideal, siempre molido y siempre fiel, y que á trueque de prometidos gajes, comparte hambres y vapuleos, hace viajes por los aires y da con su costal en tierra en lo mejor de la ocasión. El contraste originado por estas dos figuras, la del caballero enamorado de su ideal, tras el que malbarata su hacienda y quebranta su salud; y la del labrador que le asiste, más ganoso de pan y ganancias que de aventuras y de palos, hace más exacta aquella comparación, que al fin y á la postre, como el personaje de Cervantes, también nosotros queríamos que *los mercaderes* reconocieran la pureza y hermosura de nuestros ideales, y á trueque de conseguirlo olvidábamos nuestra hacienda, desencaminábamos al mísero pechero y perdíamos en estas aventuras el vigor

físico y el caudal. No menos dignos de estudiarse son los tipos que en el transcurso de esta interesante narración desfilan á la vista del lector, y que en unión de los que presenta Cervantes en las *Novelas ejemplares*, contribuyen á retratar fielmente la sociedad española del siglo XVI. En estas novelas, y en las llamadas picarescas, entre ellas el *Lazarillo de Tormes*, *El escudero Marcos de Obregón* y *El pícaro Guzmán de Alfarache*, puédense apreciar las costumbres y las ideas de la época; y por cierto que dan á conocer un estado de moralidad no muy perfecto, tratándose de un pueblo tan devoto como el nuestro. Poca pitanza, mucha opresión, multiplicados pechos, gran dosis de holgazanería; he aquí lo que engendraba los mendigos, fulleros, espadachines, milagreras, ermitaños vagamundos, frailes ahítos, mancebas, alcahuetas, corchetes, mercenarios, hidalguillos, caballeros de industria, leguleyos hambrientos, jueces venales, nobles tronados, veteranos andrajosos y una turbamulta de gente ociosa, de la que también se hallaban invadidas las colonias, pues el mismo Cervantes nos dice que era América «refugio y amparo de los desesperados de España, iglesia de los alzados, salvo conducto de los homicidas, pala y cubierta de los jugadores, añagaza de las mujeres libres, engaño común de muchos y remedio particular de pocos (1).» Después de esto, inútil sería hablar de las costumbres morigeradas y de la religiosidad del pueblo español (2), pues sólo se echa de ver, á fines de este y en el siguiente siglo, una mezcla de corrupción, fanatismo y crueldad que repugna y asusta.

Felipe II al levantar el Escorial, reunió en este edificio todas las bellezas que el arte en sus más variados ramos ofrecía; y aquel portentoso monumento en que se enterraron buena parte de los tesoros de la nación, es la página de piedra más elocuente de la historia de su reinado. En agreste y sombrío paisaje, bajo un cielo purísimo, se levanta aquel maravilloso monasterio-palacio que encierra las cenizas de su fundador y de sus sucesores. Tiene la forma de un instrumento de tortura, y sus fachadas severas y sus majestuosas cúpulas imponen respetuosa admiración al visitante; pero aquella grandeza produce una impresión tan honda como triste. Y sin embargo, allí brillan aunados la riqueza y el arte; mármoles, jaspes, bronces, hierro, oro, plata, sedas y brocado, hállanse distribuídos en sus patios, templos, altares, cripta, biblioteca y coros. Zucharo y Navarrete, Luqueto y Cincinnato, Tibaldi y Carducho, Carvajal, los Coellos y los Bergamescos, pintaron sus frescos; Olmo y Filipini, Montenegro y Taca esculpieron sus estatuas y sus relieves; los españoles Ribera, el Greco, Zurbarán dejaron en el lienzo sus admirables creaciones, y Tiziano, Andrea del Sarto, el Parmesano, Tintoretto, el Veronés, Palma, Simoneli y Guido Renni, en multitud de lienzos, contribuyeron á enriquecer el soberbio edificio que trazó Juan de Toledo y llevó á feliz término el inmortal Juan de Herrera. Las riquezas de su biblioteca, la valía de sus lienzos, candelabros, joyas de plata y oro, ropas de seda, hermosos códices y magníficos órganos, el mérito extraordinario de las obras de arte que encierra, hacen del Escorial un importante museo y justifican el dictado de *maravilla* con que se le designa. Lástima grande que resultara tan costoso para nuestra nación.

El brillo desusado que comunican á una época las letras y las artes, aumenta á medida que transcurre el tiempo y puede contribuir á falsear el juicio respecto á la misma. La cultura intelectual fué en aquel siglo una flor cuyo aroma no gustaron muchos y que se agostó á compás de nuestras glorias. Todo lo que no hacía sombra á la Inquisición, cuantas producciones se basaban en asuntos místicos ó puramente literarios, tenían fácil salida; pero cuantos se separasen de esta senda, eran sometidas al más severo examen, y encarcelados sus autores á la menor sospecha que de sus doctrinas se tuviese. Como Mecenas de literatos y artistas ha tratado de pintarse á Felipe II, por lo que protegió á los más célebres de su tiempo; no es este mérito de los poderosos, que á trueque de un puñado oro ven satisfecha su va-

(1) *El Celoso Extremeño.*

(2) Dan testimonio de su religiosidad las quejas de los procuradores acerca de las visitas conventuales, las medidas que hubo de tomar Felipe II respecto á algunos conventos de monjas y lo que abundaban los hijos de clérigo, tanto es así que, para arbitrar recursos, acudió el Rey al expediente de legitimarlos por dinero. En presencia de los datos que hoy poseemos, puede asegurarse que era aquella una sociedad tan disoluta como fanática.

nidad ó su buen gusto; mas á pesar de cuanto hizo para reunir la soberbia biblioteca del Escorial y de las sumas que destinó á la impresión de los libros litúrgicos en Amberes, es imposible negar que muy poco se fomentó en su tiempo las letras: testimonio de ello Cervantes y otros literatos insignes que hubieron de vivir como mendigos. Y ¡qué decir de los eminentes varones que sufrieron bajo su reinado la persecución de la Inquisición! Carranza, Fray Luis de León, Arias Montano, y, lo que no dejará de causar extrañeza, el mismo Alejandro Farnesio fueron delatados al Santo Oficio: de todos éstos, Farnesio fué el único que no sufrió persecución, quizás á causa de sus servicios y de su valía. Aquel infame tribunal, á la par que impidió tomara vuelo nuestra cultura, embruteció con sus espectáculos á nuestro pueblo, y nos hizo odiosos en los Estados que dominábamos. Si á sus buenos oficios debe España la conservación del dogma católico, convengamos que bien caro ha pagado el mantenerla por espacio de tres siglos.

Expiraba el XVI, y el cetro de España pasaba de manos de un rey fanático á las de un inepto, con lo que si no ganó en pujanza, perdió en población y en riqueza. Pobre y flaca, aunque respetada todavía, tuvo que agregar á sus miserias el azote de la peste que á Santander trajeron unos buques mercantes; la destrucción de la escuadra destinada contra Irlanda en los costas de Galicia, y el saqueo de las de Portugal por la escuadra del Conde de Cumberland: suceso que dió lugar á que llegara felizmente á Sevilla la flota de Nueva España (1598); y con decir que su arribo fué celebrado como un prodigio, comprenderáse cuales eran los apuros de los españoles.

Tal era el triste estado á que vino á parar nuestra nación después de tantos años de guerra. El esfuerzo realizado por ella había sido colosal para que pudiese resistirlo. Quedó, por consiguiente, aniquilada, y aniquilada por muchos siglos. Si Carlos I, había contribuido no poco á su ruina, Felipe II la completó con su pequeñez de miras. No tenía éste el talento generalizador y profundo de su padre, ni sabía amoldarse como él á las circunstancias; tampoco poseía su actividad ni sus prendas militares, y hubiera sido un déspota vulgar si la ocasión no hubiera puesto en sus manos tantos recursos. Pero en cambio, supo completar la obra del Emperador en lo que tuvo para España de funesta: en las Córtes de Tarazona acabó lo que aquél había comenzado en las de la Coruña, la ruina de nuestras libertades; é inspirándose en la saña con que Carlos persiguió en sus últimos años á los herejes, fué protector celoso del Santo Oficio. Gracias á los elementos de que dispuso, consiguió Felipe extirpar en España y en Italia la herejía, vigorizar en Alemania y Polonia la contra-reforma, mantener el catolicismo en las provincias sometidas de los países Bajos y hacer comprar á Enrique la corona por *una misa*. Este ha sido su triunfo. Pero en cambio ¿qué importa al lado de la pérdida de Holanda, el desastre de la Invencible, el fracaso de su política en Francia, el saqueo de sus posesiones de América y la ruina de su pueblo?... La verdad es que la mayor parte de sus planes se estrellaron, y hasta la más preciada de sus conquistas, la de Portugal, fué poco duradera para España. Felipe III recibió en herencia una nación exhausta, un conjunto de Estados sin cohesión; y como él y sus inmediatos sucesores carecían de inteligencia y medios para sostener nuestro poderío, éste se desvaneció en poco más de medio siglo.

II

La política avasalladora de Felipe II, las guerras á que hubo de atender, la extensión y número de los dominios que debía guardar; y sobre todo el funesto legado que de Carlos recibiera; esto es, la supremacia de la casa de Austria y la defensa del catolicismo, hicieron que predominara en este reinado, como en el anterior, la guerra; y por lo tanto, que adquiriese la milicia extraordinario desarrollo. En la segunda mitad del siglo XVI continúa España

luchando en los campos de batalla, adquieren extraordinaria fama sus soldados, figuran en primera línea sus capitanes y tremolan nuestras banderas en las cinco partes del mundo. Esto es lo que hemos tenido ocasión de apreciar al describir las campañas que en este período tuvieron lugar; pero tócanos ahora conocer cómo se organizaban, armaban y combatían los ejércitos de esta gran nación; y hé aquí el objeto preferente del presente ESTUDIO.

No varió en los primeros años de este reinado el sistema de recluta, organización y administración; por más que en él se echaran de ver grandes defectos: sin embargo, tales serían los abusos que en el ejército se cometían, que en 1560 determinó Felipe II ponerles término, dictando unas importantes instrucciones, cuyas partes más esenciales son: Primeramente, la total observancia de las órdenes vigentes para el ejército de Italia; la reducción de la infantería española de Lombardía y Piamonte á 3,000 hombres, divididos en diez compañías, al mando de un maestre de campo, y con los capitanes más antiguos y expertos; que se pasase muestra y se despidieran los inútiles y los extranjeros, prohibiéndose en adelante sentaran plaza en ella otros que los españoles; que de las citadas compañías dos fueran de arcabuceros, y en las de piqueros sólo se armara un tercio con arcabuz, que en cada compañía según el número de gente que tuviese se pagara á razón de 1,200 coseletes, teniendo especial cuidado los oficiales al pasar la muestra que no se hiciera ésta con armas prestadas, y por último que no se pagaran plazas supuestas. Los haberes de cada clase también quedaron señalados en relación anexa á este documento (1), por la que se vé que ascendía á 13,066 escudos el presupuesto mensual de la fuerza.

Felipe II, ganoso de aumentar las fuerzas permanentes de la península, puso especial empeño en realizar el pensamiento de sus inmediatos predecesores, esto es la formación de las milicias provinciales, y después de consultar al Consejo de la Guerra acerca de las fuerzas indispensables á la guarda de sus reinos, dictó una importante disposición que lleva la fecha de 12 de Mayo de 1566, y en la que entre otras cosas dice lo siguiente: «Habemos acordado para que en estos reinos haya gente armada, y con el uso y el ejercicio y práctica de las armas que conviene; y para que en cualquier ocurrencia y necesidad, que ellos hubiere, tengamos gente pronta y presta de que nos poder ayudar; y para poder prevenir y anticipar á nuestros enemigos necesario siendo; é para que en estos reinos estén con la seguridad y defensa que es necesario, de sostituir y ordenar en ellos una milicia, haciendo y ordenando en las ciudades, villas é lugares que por nos sean señaladas, el número de gente que sea bastante y competente para el dicho efecto, questé cierto y presta, y señalada y escripta debajo de sus capitanes é banderas, segun é por la orden é con las condiciones é preeminencias que por los memoriales que con éstas se os envian, veréis...»

(1) RELACIÓN DE LO QUE MONTARA EL SUELDO DE UN MES DE TRES MIL INFANTES ESPAGNOLES CON DIEZ CAPITANES Y SUS OFICIALES Y VENTAJAS:

La paga de 3,000 infantes espagnoles á razón de tres escudos, al mes á cada uno de ellos, 9,000 escudos.	9,000
La paga de 10 capitanes, a razón de 40 escudos á cada uno al mes, 400.	400
Las ventajas de 10 alféreces, a cada uno doce escudos, 120.	120
Las de 10 sargentos, á cinco escudos cada uno 50.	50
Las ventajas de 120 cabos á tres escudos cada uno, 360.	360
Las ventajas de 1,200 coseletes que parece que será bien que haya en el dicho número, 1,200.	1,200
Las ventajas de la tercia parte de arcabuceros á un escudo cada uno, 1,000 escudos, y más 160 escudos que serán menester añadir para que dos compañías de las dichas diez, sean todas de arcabuces, porque lo demás se incluye en esta partida.	1,160
Las ventajas de 30 pífanos y atambores, á razón de tres escudos cada uno, 90.	90
Por la ventaja del maestro de campo, 40 escudos, y otros 24 por la paga de ocho alabarderos suyos, á tres escudos cada uno, que son 64 escudos en todo.	64
Que se han de repartir en las dichas compañías 500 escudos de ventajas á personas particulares, á razón de cincuenta escudos por compañía.	500
A un sargento mayor 25 escudos, por su paga.	25
A un barranchel de campaña, para él y seis compañeros a caballo con que ha de servir, 55.	55
A un furriel mayor, 15.	15
A un médico otros 15.	15
A un cirujano, 12.	12
De manera que monta un mes de sueldo de dicha infantería espagnola, como está dicho, 13,066.	13,066

Las preeminencias otorgadas á los que formasen parte de esta milicia, según el *Memorial* que acompañaba á la real disposición, eran estas: Exención de tener huéspedes; licencia de usar armas ofensivas y defensivas; que no pudiera embargárseles éstas, asi como sus ropas y camas, ni aun las de sus hijos y mujeres; que por ningún delito pudiera condenárseles á pena afrentosa; quedar libre de portazgos, guías y carretas; no venir obligados á desempeñar cargos públicos; si eran pecheros, ser exentos de pagar moneda forera, y si hijosdalgo de las derramas concejiles; disponer libremente en vida y en muerte del tercio de sus bienes. El armamento de esta milicia lo daba el Rey, obligándose el que lo recibía á su conservación;



Episodio del combate naval de Lepanto. Copiado de una pintura del Escoria..

los capitanes también los nombraba el soberano, empero, teniendo á la vista la relación de las personas que en cada localidad se consideraran «aptas y convenientes» para el servicio, cuya relación debían formar los corregidores, jueces de residencia ó sus sustitutos. Cuanto á los sueldos, se fijan de la manera siguiente:

Al capitán cuarenta escudos al mes.
Al alférez veinte escudos.
Al sargento doce escudos.
Al cabo de escuadra sus plazas dobles.
A los otros soldados, así arcabuceros como coseletes y picas, el sueldo que el Rey acostumbraba dar á unos y otros cuando levantaba gente (1).

Las obligaciones que contraían los alistados, eran: Al ser admitidos, la inscripción ante el capitán y justicia del lugar, en el libro y nómina que en cada ciudad y villa de partido debían abrirse: juramento de fidelidad al Rey y á los superiores jerárquicos; obligación de salir á servir al Rey, tan pronto se le llamara; hallándose sobre las armas, no abandonarlas

(1) «... Y si algunos que hubieren servido á S, M. en otros tiempos de alférez en guerras, añade la Instrucción, fueren y entraren en esta milicia, estos, cuando, como dicho es, salieren á servir, habrán cinco escudos de ventaja demás del sueldo ordinario; y si algún soldado destos, por haber hecho alguna cosa señalada el capitán general le diere alguna ventaja, la tal ventaja le quedará siempre en pié é libre para cuando tornare á servir, se entiende que ha de aver la dicha ventaja.»

sin licencia; cumplir las obligaciones del soldado y observar la más severa disciplina; ejercitarse en las armas los días y tiempo que se le señalare; pagar las villas ó ciudades un atambor y pífano por compañía, y un armero para limpiar y aderezar las armas. En este memorial se fijaba en 200 el número de soldados asignados á cada capitán, y se decía que, según la importancia de las ciudades y villas, se fijaría el de hombres que á cada una correspondería.

No parece que hallaran pronta realización estas órdenes, pues siete años después, al estallar la rebelión de los moriscos, aun no existían dichas milicias. Sin embargo, no se ocultaba á hombres previsores la necesidad de organizar sobre este pié la fuerza armada; ya que aún después de transcurridos diez y siete años, en 1585, el Consejo de la Guerra encarecía al Rey la conveniencia de efectuar el armamento, y Felipe, aprobando este dictamen, mandó escribir á los prelados para que diesen relación de las «pilas que había en su diócesis y del número de sus vecinos.» Hizo más el monarca: á intancias del mismo Consejo, ordenó al contador Juan de Guérnica, muy inteligente en materia estadística, que averiguase con sigilo el número de habitantes de cada pueblo é ideara los arbitrios de que podría echarse mano para sacar el dinero con que pagar los milicianos. En 30 de Enero de 1590, se tenían ya los datos apetecidos, y de acuerdo con el dictamen del Consejo de Guerra, el 25 de Marzo el monarca fijó en 60,000 infantes (la mitad piqueros y la mitad arcabuceros) la fuerza que debía componer las milicias provinciales, y aumentó las ventajas concedidas por anteriores disposiciones á los que se alistaban; pero si pocos resultados habían dado los llamamientos anteriores, no los pòdujo mejores el presente; lo que con facilidad se comprende, á causa de la obligación que se imponía á los alistados de salir á militar fuera del reino, siempre y cuando conviniera al Rey; medida desacertadísima que dió lugar á un nuevo dictamen del Consejo en que se manifestaba la conveniencia de limitar el servicio á la Península y se reducía el número de los milicianos á 50,000 hombres, mitad piqueros y mitad arcabuceros; de éstos 16,000 coseletes. Estas cifras parecieron exiguas al monarca, que si bien aprobó la limitación del servicio, no así la de los soldados: propúsose, entonces, dar impulso al alistamiento y creó catorce jefes de distrito ó comisarios destinados al definitivo establecimiento de la milicia.

Las instrucciones que se dieron á estos comisarios, así como los otros documentos citados, los inserta Clonard en su *Historia orgánica*, y en extracto son como siguen: Se extiende á 50 años la obligación que de servir en la milicia tienen todos los habitantes desde los 18 á los 44 años; si voluntariamente no se presentara el número señalado en el repartimiento, al respecto del diez por ciento de los vecinos, se hará un nuevo repartimiento entre los pecheros útiles (sin tocar á los hijosdalgo que de su voluntad no quisieren asentarse): cada ciudad viene obligada á dar armas á los soldados que le tocaren por primera vez y éstos á conservarlas; también viene obligada á mantenerlos mientras se hallen de tránsito, pues en guarnición reciben la paga del Rey: las compañías recibirán por capitanes á los que éste elija, teniendo á la vista la relación ó propuesta de las villas ó señoríos: los capitanes tendrán una lista con el nombre, vecindad, filiación, edad y señas de los soldados y darán inmediato aviso de las bajas que tuvieren en sus compañías para atender á su reemplazo: los corregidores, prelados y señores han de tener particular cuidado en hacer guardar inviolablemente las exenciones y libertades que se conceden á esta milicia, y aún honrar y favorecer mucho á sus individuos, así en actos públicos, como en cuanto se ofreciere, para que con más ánimo y voluntad acudan á ella.

En la *Real cédula* en que se consignan estas preeminencias y que acompaña á la anterior instrucción fechada en Madrid á 25 de Enero de 1598 y firmada á nombre del Rey, por el príncipe D. Felipe, entre las gracias, preeminencias y libertades otorgadas á los alistados se consigna en primer lugar esta: «Que los soldados de la dicha milicia no sean ni puedan ser apremiados á embarcarse para salir á servir fuera destos reinos de España; porque para esto, cuando sea necesario, dice el soberano, mandaré levantar gente voluntaria como se acostumbra.»

El achacoso monarca apenas si pudo ver realizados sus deseos, pues murió en Setiembre de aquel mismo año; pero el alistamiento fué á la postre un hecho, organizándose en todas las provincias las fuerzas nacionales tan necesarias á la defensa del reino. Puede, pues, asegurarse que transcurrió todo un siglo hasta verse cumplido el ideal acariciado por los monarcas D. Fernando y D.ª Isabel, y que en vano trató de poner en práctica Carlos I.

Pasemos á ocuparnos del ejército permanente.

Escasas eran las fuerzas existentes en el reino al ocupar Felipe II el trono, y animado este soberano del deseo de organizar un fuerte ejército, algunos años después pidió informe al Consejo de la guerra y en 1562 dictaminó éste, que mandase proveer á la defensa de España por mar y tierra y al reparo de sus fortalezas, distribuyendo la gente en esta forma:

Navarra.	500 hom. armas —	500 jinetes —	600	infantes
Fuenterrabía.	»	»	2,000	id.
Pasaje.	»	»	500	id.
San Sebastián.	»	»	1,500	id.
Guetaria.	»	»	400	id.
Laredo.	»	»	500	id.
Santander.	»	»	500	id.
Puertos del principado de Asturias y San Vicente hasta Rivadeo.	»	»	3,000	id.
Desde Rivadeo hasta Bayona.	200 lanzas.	»	4,000	id.
Cádiz.	»	»	500	id.
Gibraltar.	»	»	500	id.
Granada.		600 lanz. jinet.		
Cartagena.	100 lanzas.	»	500	id.

Las galeras de guarda se distribuían en esta forma:

Armada de Poniente. Destinada á resguardar las costas de Guipúzcoa, Vizcaya, Asturias y Galicia: diez mil toneladas de naos, con diez mil hombres que sirvan hasta fin de Octubre y veinte zabras de cuarenta toneladas arriba en que podrá haber mil toneladas y mil hombres.

Armada de Levante. Destinada á proteger las costas del Mediterráneo: diez escuadrillas compuestas cada una de diez galeras, diez fustas y cuatro bergantines, que deben juntarse tan pronto tengan aviso de que el enemigo se presenta con grandes fuerzas. Estas escuadrillas debian vigilar las costas desde Cartagena hasta Cádiz y eran menester para ellas nueve mil hombres entre soldados y remeros.

Hé aquí el ejército que por entonces se considera necesario *para resistir y ofender á los contrarios.*

Hombres de armas. El Rey tenía sobre las armas 1,000 y eran necesarios 2,000 más.

Jinetes. Entre caballos ligeros, espingarderos y ballesteros, tenía 1,000 repartidos en la frontera, y se necesitaban 4 000 más.

Infantes. Considerábanse indispensables 30,000

En la *Relación de Juan Francisco Morosini al Senado veneciano sobre el estado de la monarquía española, en los que fué embajador de aquella república,* relación importantísima y con muy buen acuerdo publicada al final de la *Historia de Felipe II,* en Cabrera de Córdoba, se lee el siguiente párrafo: «Los gastos ordinarios en el reino de España, son los siguientes: 400,000 ducados anuales que importan el sostenimiento de la casa real, guardia, consejo y oficiales ordinarios de la córte; 200,000 próximamente librados cada año á 1,500 hombres de armas, sostenidos para defensa del reino, á razón de 120 ducados anuales á cada uno, á lo que hay que unir lo que devengan los capitanes y otros oficiales, unos y otros pagados puntualmente en razón á tener residencia fija. En Andalucía se mantienen para guarda de la costa 1,000 caballos ligeros, pagados á razón de ochenta ducados anuales, que con lo que corresponde á capitanes y oficiales importa 100,000 ducados anuales. En el reino de Navarra existen 1,000 infantes de guarnición, á causa de ser país fronterizo, lo que unido á los bombarderos, maestros de artillería, provisionistas y otros oficiales, ocasiona un gasto anual de 66,000 ducados. En el resto de las fortalezas del reino, en las islas de Mallorca, Menorca é Ibiza, hay de or-

dinario 25,000 infantes con escasos caballos y artilleros, los cuales con los oficiales ordinarios cuestan 105,000 ducados anuales. Gasta, además, S. M. ordinariamente 48,000 ducados por el pan y agua que se da á las plazas montadas de las tres clases.» Calculaba el embajador veneciano que por aquellos años (1581), habia fuera de España unos 18,000 soldados españoles, los cuales se hallaban diseminados por los presidios de Africa, en Lombardía, Toscana, Sicilia, Nápoles, Flandes y la India; y hablando de la infantería española hace cumplidísimo elogio de sus condiciones, calificando á la caballería pesada de la mejor del mundo (1).

Para formarse idea de la composición de un ejército dispuesto á ponerse en campaña, reproduciremos un importante documento concerniente al que se organizó en la frontera portuguesa en 1580, á las órdenes del famoso duque de Alba (2). Este documento existe en el Archivo de Simancas (Guerra, Mar y Tierra, Leg. núm. 100) y copiado á la letra, dice como sigue:

RELACION del estado en que segun se entiende esta de presente el armada y exercito de su m^{d} y de la gente artilleria municiones bastimentos y pertrechos que se van juntando para ello segun las rrelaciones que se tienen de todas partes.

INFANTERIA SPAÑOLA

En el numero de la Infanteria spañola se presupone que ay y se juntaran xxiVdxcvi soldados en esta manera

en el tercio de la Infanteria spañola que el maestre de campo don rrodrigo çapata leuanto en el rey^{o} de Valencia y esta en gibraltar ay de presente iVdcccclxx soldados y se ha dado orden para que se rrehaga al numero que más pudiere.	iVdcccclxx.
Asimismo estan en gibraltar quatro compañias de soldados viejos que vinieron de lonbardia que tienen 800 soldados y se a mandado asimismo rrehazer.	Vdccc^{o}
en las galeras de sicilia vinieron tres compañias de españoles del tercio de aquel rreyno que tienen otros 500 onbres y tambien se an de rrehazer.	Vd.
en las galeras de napoles se traen xii cnp^{as} de Infanteria española de aquel tercio que en la mra ultima que se tomo en los alfaques de tortosa tenian iiVlxxvi soldados todos arcabuzeros mosqueteros y coseletes.	iiVlxxvi.
El tercio de don luis enriquez que tiene 13 conp^{as} de a 250 soldados cada compañia y despues se le a mandado rrehazerlas a cada trezientos y se haze en seui^{a} y cordoua se haze quenta que se juntaran a lo menos el numero de los 250 s^{dos} por conp^{a}	iiiVccl.
El tercio del maestre de campo antonio moreno que se haze en el obispado de Jahen y es de 13 conpañias otro tanto.	iiiVccl.
El tercio de fran^{co} de Val^{a} que se haze en estremadura otro tanto.	iiiVccl.
El tercio de don gabriel niño que se haze en castilla y aragon y es de las mismas conpañias otro tanto.	iiiVccl.
El tercio del m^{e} de campo p^{o} de ayala que se haze en el rreyno de toledo otro tanto. . . .	iiiVccl.
	xxiVdxcvi.

De manera que se puede Hazer quenta que se Juntaran los dhos xxiVdxcvi honbres españoles y destos los 5V346 que como queda dicho vienen en las g^{ls} y estan de presente en el armada tienen todos sus armas y para armar los otros cinco tercios que estan por levantar se tienen las armas necesarias en cadiz para los del andaluzia y se an mandado poner en badajoz las que a de tener el tercio de estremadura y en guadalajara y pal^{a} las que an de servir a los tercios de castilla y toledo. . . . . xxiVdxcvi.

INFANTERIA YTALIANA

De Infanteria Ytaliana se haze quenta que conforme á las rrelaciones que se tienen ay vVdlxiiii^{o} Infantes de esta manera

en la coronelia de prospero colona 2V900 onbres en 15 conpañias.	iiVdcccc^{o}
en la coronelia del prior de Ungria ay.	iVdcvi
en la de carlos pinelo ay de muestra	iiVlviii^{o}
	vVdlxiiii^{o}

(1) Morosini fué elegido embajador el 7 de Febrero de 1578 y su relación escrita en 1581.

(2) Nuestros lectores pueden examinar los que hemos dado en la pág. 140 y 337 de este volumen, no menos interesante para el estudio de nuestra organización militar.

que son los dhos vVdlxiiii° Italianos los que se allan en las dichas tres coronelias en las quales ay muchos soldados particulares y onbres de facion y todos ellos bien armados y los mas arcabuceria y mosqueteria. . . . . vVdlxiiii°

Infanteria alemana

el conde geronimo de lodron a auisado por carta de 6 de hebrero auer llegado a alicante con su rregimi° de alemanes y que trae vV onbres gente luzida y sana y mas 100 artilleros y de 18 de dcho mes se tiene carta de don galceran fenollete con auiso de lo mismo de cartagena y que yban la buelta de g.ª en x naues y tanbien estos traen sus arcabuzes vV

Gastadores

por las rrelaciones que se tiene del armada se entiende que an venido de Italia hasta 1Vcc gastadores de los que se hizieron en clesta de toscana y rreyno de napoles y en las galeras despaña se entretienen por buenas Bollas otros 1V que seran hasta 2V200 . . . . iiVcc.

Todo el numʳᵒ de la Infantᵃ y gastadores. xxxvVccclx

Caballeria

En la caualleria se presupone que se juntaran iiVcvii cauallos entre ombres de armas cauallos ligeros ginetes y arcabuzeros de a cauallo en esta manera:

la conpañia de los 100 continos ombres de armas de que es capitan don aluaro de luna. . . Vc.
xi conpañias de ombres de armas que van caminando a badajoz y lleuan 627 lanças. . . Vdcxxvii.
tres conpañias de cauallos ligeros que van caminando como las de suso y tienen 141 lanças Vcxli.
entre las dhas 14 conpᵃˢ de las guardas estan rreciuidos 159 arcabuzᵒˢ de a cauallo q van con ellas . . . . Vclix.
en maruella y estepona estan aloxados 200 ginetes de los de la guarda de la costa de granada a cargo de sancho de auila los quales estan preuenidos y adereçados. . . . . Vcc.
de xerez estan preuenidas otras 200 lanças de los contiosos y otrecidoles suᵉˡᵈᵒ desde que salgan a seruir. . . . . Vcc.
los duques de arcos y alcala tienen preuenidos cada 40 cauallos para salir quando el marqués de santa cruz los llamare Vlxxx
de Mas de todo esto sean mandado leuantar seis conpañias de a 100 arcabuzeros de a cauallo cada uno que se van Juntando . . . . . . Vdc.

Toda la caualleria. . . . . iiVcvii.

de Manera que abra en la dicha gente de a cauallo iiVcvii plazas y la de guardas va caminando y tras ella yra lo demas

Galeras

Ay en la costa despaña 89 galeras de las de su mᵈ y que estan a su sueldo en esta manera

las de su mᵈ son 37. xxxvii
las de esquadra de Jnᵒ andrea y particulares que trae a cargo marcelo doria. . xxii
del rreyno de sicilia ay diez galeras. x
del rreyno de napoles an venido xx galeras. . . . . xx.

lxxxix

que son las dhas lxxxix galeras y todas ellas tienen su gente de remo y guerra ordinaria y de cabo ay en las despaña tanta mas que la que suele entrar que se haze quenta podran hechar en tierra otros 1V ombres en caso de necesidad con sus armas lxxxix

Naos

[illegible]

sin las en que vienen los alemanes . . . ay 39 naos gruesas de leuante sin hauer ningᵒ natural destos rreynos todas ellas amarinadas y artilladas que ternan vna con otra 8 personas de mar. xxxix
ay lvii chalupas, carauelas y barcones q an de servir de lleuar gente, cauallos y mulas de vnas partes a otras como conuiene y en estos ay hasta 800 personas de su seruicio. . . . . lvii.

Artilleria

Demas de la artilleria que ay en las naos y galeras ay para el seruicio dellas y lleuar por tierra el numero de pieças de batir y canpaña con la peloteria municiones y otros pertrechos *que se verá por otra rrelación que se dara con esta* y para el seru° y manejo della estan mandadas comprar 200 mulas con todos sus adreços y 30 cauallos para serui° de los oficiales del armada

Bastimentos

Conforme a las rrelaciones que se tienen de los oficiales del armada ay en ella buena cantidad de vituallas y del vizcocho que es lo que mas se teme la falta por auerse gastado en la mar con hauerse detenido la gente que viene de Italia despues que se enbarco ay hasta mediado março y para de alli adelante a de seruir la proui^on que sea mandado hazer a fran^co duarte para cinco meses y lo que mas se fuere haz^do y Juntando conforme a las *preuenciones que para ello sean hecho que se veran por otra rrelacion que se dara con esta*

Ospital

para el ospital del armada esta proiuydo y preuenido lo que a paresçido conuenir y de lo que sera nesçesario para el del exercito a la parte de badajoz donde se haze quenta que abra de caminar y Juntar esta dado cargo al obispo de badajoz

Herramientas

de palas açadones picos açadas hachas hozinos y otras diuersas herramientas de que se suele hazer proui^on en vn exercito se a hecho *la que se vera por otra rrelacion* toda la qual ser a traido de Italia y demas dellas ay en cadiz y seui^a gran cantidad de las dhas herramientas de rrespeto

Lo que sea ordenado

q la gente del armada se saque y aloje en tierra para que se rrehaga y refresque y se les de a todos dos pagas tomandoles muestra general para lo qual se a proueido de dinero y que todo lo que alli se hiziere se encamine aproposito que la mayor fuerça deste negocio a de ser por tierra

que vengan 10 o 12 naues con hasta 1V ombres a las islas de bayona y alli se Junten con las 12 açabras que apresto Juan m̃inez de rrecalde en la costa de vizcaya y las vnas y las otras anden de armada por aquella parte y no dexen entrar en lisboa ningun trigo ni bastimentos ni gente ni otra cosa

que esta armada ande a cargo de don pedro de valdes y se prouea de bastim^os en galizia donde estan començadas a Juntar y proueido para ello 25V d^os y se a nombrado prou^or contador y pagador

que en galizia y asturias se leuanten hasta 3V hombres que se pongan sobre la dha armada para lo qual estan nonbrados 12 cap^nes de los naturales de la misma tierra

Para que en caso de rrompimi° entren por todas partes se a rrepartido la frontera de portugal de mar a mar en siete partidas y dado cargo dellas á los señores *que se dira en una rrelación que yra con esta* y aperçeuido que se les acuda quando conuiniere los que estan mas a la tierra adentro y en muchos dias que a este propósito se ba executando y proueyendo de armas la gente de la frontera en todas partes

ase escrito a Italia que se preuenga luego naueg^on en que con breuedad puedan traerse á españa 4V Infantes Españoles que se sacan de flandes y entre ellos 600 arcabuzeros de a cauallo y otros quatro mill Italianos que sean de hazer en el estado de Toscana y el de millan y que vengan proueidos de bastim^os por quatro meses

asimismo se a escrito al Virrey de napoles q embie luego xxV quintales de vizcocho labrado y la arina necesaria en sacos para hacerse en españa otros tantos que por todos sean xLV quintales y con ellos las carnes saladas legumbres vino y otras vituallas necesarias que se haze e quenta que esto sera proui^on para 40V ombres 2 meses

anse mandado hazer en Seu^a 150 barcas chatas para puentes de ocho pies de ancho y 16 de largo y tres pies de alto en punta por anbas partes con las ancoras estacas y maromas necesarias para afirmar la puente en el rrio y 150 carros de quatro rruedas en que se lleuen

a nonbrado su mag^d por prou^or y Comisario general del exercito al marqués de aunon y para q le ayuden y asistan a hernando delgadillo y miguel de mendiuil y mandado que venga de seu^a donde se halla luego a estremadura

esta ordenado que el allde Tejada auiendo despachado lo del pan que se haze en canpos vaya con gran breuedad A estremadura a disponer lo de alli y seruir de auditor general del exercito y encargado al all^de Valladares que acuda a la prou^on del armada

esta ordenado que la gente de las guardas se vaya arrimando a la frontera de portugal y que sea çerca de Badajoz y aquella parte y van caminando para aloxarse en las partes que el Veedor general a señalado *que se vera por otra rrelación que se dara con esta* y manda su ma^d que se considere la posibilidad de la tierra para lo de tener vituallas para el entretenimiento de la gente y cauallos

que se aduierte que el exercito a de venir a badajoz y que de tal manera se rreparta lo de la gente que quede en el armada de mar la que fuere nescesario para lo que se a de hazer por ella con el artilleria nescesaria y que otra ba-

teria se traiga por tierra encaminandolo como conuenga aproposito de que lo vno y lo otro a de ser avn tiempo (Lo que sigue es de letra de Felipe II) primero ha de ser lo de la tierra por no serlo aun para la mar y para la tierra si en q conbiene no perderse tiempo sino darse mucha priesa y q quede preuenido lo de la mar para ir tanbien por alli en haziendo tiempo para ello.

Nota. En la cubierta de este documento dice lo siguiente.
Rᵒⁿ del estado en que esta lo del armada y exᵗᵒ de su magᵗ y del numero de gente y lo demás que ay y se Va juntado para ello, En mᵈ A xxvi de hebrᵒ 1580.

Relación del artillᵃ armas y municiones q ay de respecto el dia de la fha desta en poder de Joan de çufre municionero y en las naues que an venido de Italia para serviciᵒ del armada y exercito de su magᵗ | de lo que a venido de napoles genoua Cartagᵃ malaga y seuiiᵃ y an prestado el duque de medina sidonia y antonio manso factor del rey de portugal

Cañones.	trece cañones gruesos de vatir de peso de cinquenta qᵒs poco mas ó menos cada vno.	XIII.
mᵒˢ cañones.	quatro medios cañones de peso de treinta quiᵉˢ poco mas o menos cada vna.	IIII.
cañones pedreros	seis cañones pedreros de peso de trece quintales poco mas o menos cada vna.	VI.
mᵒˢ cañones pedreros.	diez medios cañones pedreros q no se saue el peso que tienen . . .	X.
culebrinas.	dos culebrinas de a setenta y dos quintales cada vna	II.
mᵒˢ culebrinas	catorce medias culebrinas las ocho dellas de peso de veinte y tres qᵉˢ cada vna.	XIIII.
falconetes.	veinte y ocho falconetes los diez y siete de peso de diez quintales cada vno y los honze restantes de treze qᵉˢ.	XXVIII".
sacres.	treinta sacres de peso hordinario.	XXX.
mᵒˢ sacres	diez y siete medios sacres de peso hordinario.	XVII
esmeriles.	doze esmeriles q no se saue el peso q tienen	XII.
		CXXXVI.

Son ciento y treinta y seis pieças de artiᵃ de bronce de las suertes susodhas las que ay al presente de respeto para la dha armada y exᵗᵒ las quales tienen sus caxas y cureñas guarnecidas de hierro ruedas y los demas adreços aderentes a las dhas pieças.

Armas

arcabuzes.	honze mill y ochocientos y nouenta y vn arcabuzes	XIVDCCCᵒCXCI.
mosquetes.	quatrocientos y setenta y siete mosquetes.	VCCCᵒCLXXVII.
picas	quatro mill y trescientas y veinte y seis picas.	IIII"VCCCXXVI.
lanças ginetas	quatro mill y quinientas y veinte y cinco lanças ginetas. . . .	IIII"VDXXV.
coseletes.	dos mill y setecientos y veinte y cinco coseletes..	IIVDCCXXV.
morriones	trezientos y treinta y quatro morriones	VCCCXXXIIII.

Las quales dhas armas son las q ay en la dha armada y mucha parte dellas estan mal repasadas y no pueden seruir sino se adreçan

Municiones para seruicio de la dha artilleria y armas

poluora.	Poluora dos mill y dozientos quintales.	IIVCC.
plomo.	plomo mill y quatrocientos quintales.	IVCCCC".
cuerda	cuerda de arcabuz mill y trezientos y cinqᵗᵃ q s.	IVCCCL
valas de hierro	treinta y nueve mill y quatrocientas valas de hierro colado para todas las sobredhas ciento y treinta y seis pieças de artiᵃ de diuersos pesos. . .	XXXIXVCCCC".
valas de piedra	mill y quatrocientas valas de piedra para algunas de las dhas pieças de artiᵃ.	IVCCCC'.
valas de plomo	doze mill valas de plomo	XIIV

La qual dha artiª armas y municionesson las q al presente ay para seruiº de la dha armada y exercito seg^{l} y de la manera q se declara fha en gibraltar a xiiiº de hebr$_{o}$ de 1580=*luis d Varrientos.*

Por otra rel^{on} firmada de andres de alua pareçe que de las siete naues que llegaron a gibraltar en primº de hebr^{o} de 1580 a cargo de prospero colona se reciuieron las armas y municiones siguientes

cañon.	Vn cañon grueso de batir con sus ruedas y aparejos.	i.
mº. cañon	vn medio cañon pedrero con sus adreços.	i.
sacres.	honze sacres con todos sus aparejos.	xi.
arcabuzes.	mill y nueuecientos y ochenta y cuatro arcabuzes con sus frascos . .	iVdccc°lxxxiiii°
mosquetes.	ciento y doze mosquetes.	Vcxii.
picas.	trecientas picas.	Vccc.
morriones.	ciento y nouenta y quatro morriones.	Vcxciiii°.
pouora.	dozientos quintales de poluora.	cc.
plomo.	trezientos y cinquenta quintales de plomo.	cccl.
cuerda.	Quatrocientos y cinquenta quintales de cuerda.	cccc°L.
valas de piedra.	ciento y nouenta y cinco valas de piedra de mº cañon.	cxcv.
valas de hierro.	quatro mill y nueuecientos y treinta y siete valas de hierro de sacres. .	iiii°Vdccccxxxvii
valas de cañon.	quinientas valas de hierro de cañon.	Vd
valas.	siete mill y trezientas y diez valas de hierro de diuersas suertes que se llevaron de Cartagena.	viiVcccx

No menos importante que el anterior es otro documento fechado el 6 de Setiembre de 1591, por el que venimos en conocimiento de las partes que constituían un ejército y de su organización y coste (1). También existe en el Archivo histórico ya citado (Estado. Legajo núm. 169), y es como sigue:

RELACION *de lo que montará el sueldo y gasto de cada mes de un ejército, en que haya dos mil y cien caballos y quince mil infantes, llevando doce piezas de artillería con los petrechos y municiones necesarios, que todo suma ciento y treinta y siete mil y cuarenta y cuatro escudos de á diez reales castellanos cada uno.*

El sueldo del capitan general es quinientos y cincuenta escudos al mes.	550
El del maestre de campo general trescientos y sesenta.	360
El del cuartel maestre setenta.	70
Para algunos consejeros y entretenidos quinientos.	500
Para el veedor general y dos oficiales ciento y quarenta y cinco escudos	145
El proveedor general y otros dos oficiales otro tanto.	145
El contador y tres oficiales noventa y dos escudos.	92
El pagador y dos oficiales setenta y cinco escudos.	75
El tenedor de vestimentos y cuatro ayudantes cien.	100
El de cinco comisarios de muestras ciento y cinquenta.	150
Para el auditor general y suteniente escrivano y alguaciles ciento y cinquenta escudos.	150
Para el preboste general y su teniente, caballos y alabarderos de su guarda, escrivano, alguaciles, trompeta, carcelero y berdugo trescientos escudos.	300
Para el atambor general del campo veinte escudos.	20
Por manera que el sueldo del capitán general y de los demás ministros y oficiales mayores monta en un mes dos mil y seiscientos y cinquenta y siete escudos de á diez reales	2657

INFANTERIA

Los quince mil infantes se entiende que los mil y quinientos de ellos están en las doce compañías que tiene el tercio de D. Agustin Mexía y los restantes en sesenta y siete vanderas que se han levantado de nuevo y según lo que los capitanes escriven, serán antes mas que menos porque dizen tienen á mas de ducientos hombres y su sueldo es el siguiente:

El dicho maestre de campo D. Agustin Mexía tiene setenta y seis escudos al mes de mas de la paga de capitan, los quarenta por la ventaja de maestre de campo y los treinta y seis para doce alabarderos. . . 76

(1) Figura, entre otros, en la *Hist. orgánica*, Tomo III, pág. 541

Las demás compañías se han repartido en seis tropas á los cabos de las quales se dan veinte escudos de ventaja á cada uno cada mes de las pagas de capitanes que son ciento y veinte escudos. 120

En el dicho tercio y seis tropas hay siete sargentos mayores con quarenta escudos cada uno sin ayudantes, eceto el del tercio de D. Agustin que le tiene con quince escudos, y en un mes monta todo doscientos y noventa y cinco escudos 295

Siete auditores á veinte y cinco escudos cada uno al mes ciento y setenta y cinco escudos. 175

Siete médicos á veinte y cinco escudos al mes otro tanto. 175

Siete cirujanos á quince escudos ciento y cinco. 105

Siete furrieres mayores á quince escudos otro tanto. 105

Siete atambores mayores á doce escudos ochenta y cuatro. 84

Siete barracheles de campaña con cada tres hombres que anden con ellos, los barracheles á veinte escudos y los hombres á cuatro, doscientos y veinticuatro. 224

Los dichos quince mil hombres están en sesenta y nueve compañías, que á cuarenta escudos al mes por cada capitán montan tres mil y ciento y sesenta. 3160

El sueldo de setenta y nueve alférezes y otros tantos sargentos, contando á quince escudos por el aférez y ocho por el sargento, montan mil y ochocientos y diez y siete escudos. 1817

Por el sueldo ordinario de los quince mil soldados á tres escudos cada uno al mes, quarenta y cinco mil. 45000

51336

En el tercio del dicho D. Agustin hay cuatro compañías de arcabuceros y se han de hazer otras seis, una en cada tropa, y todas diez tendrán mil y ochocientos hombres, y quitados doscientos que han de ser mosqueteros, á razón de veinte por compañía, quedan mil y seiscientos, y por sus ventajas de arcabuceros les tocan mil y seis cientos escudos; y si en estas compañías hubiere algunos coseletes han de tener por ella la misma ventaja que el arcabucero. 1600

Por las ventajas del tercio de arcabuceros de los trece mil y doscientos soldados que ha de haber en las otras sesenta y nueve compañías, cuatro mil y cuatro cientos escudos.. 4400

En las sesenta y nueve compañías que quedan de picas se presupone que habrá dos mil y setenta coseletes, contando treinta por compañía, porque se entiende no habrá mas aun que habría de haber, á quarenta coseletes por cada cien soldados y á un escudo por la ventaja de cada coselete, son dos mil y setenta escudos. 2700

En todas setenta y nueve compañías ha de haber mil y quinientos y ochenta mosqueteros á veinte por compañía y á tres escudos cada mes por la ventaja de cada uno, montan cuatro mil y setecientos y cuarenta escudos 4740

En los quince mil hombres caben seis cientos cabos de escuadra, á veinticinco por escuadra y á tres escudos cada mes á cada uno por su ventaja, son mil y ocho cientos escudos. 1800

Las ventajas de setenta y nueve capellanes y otros tantos pífanos y ciento y cincuenta y ocho atambores que ha de haber en estas compañías á tres escudos al mes cada uno, montan novecientos y cuarenta y ocho escudos. 948

En el dicho tercio de D. Agustin hoy quinientos escudos de ventajas particulares cada mes demas de los treinta escudos ordinarios que tiene cada compañía. 500

En las setenta y nueve compañías hay los treinta escudos ordinarios que cada una tiene de ventaja, y montan en un mes dos mil y trescientos y setenta escudos. 2370

Por manera que el sueldo de un mes de los dichos quince mil infantes monta en la sobre dicha forma sesenta y nueve mil setecientos y sesenta y cuatro escudos de á diez reales cada uno. 69764

Caballería

De los dos mil y cien caballos que se dice que ha de haber, se presupone que los mil y ciento son de las guardias de Castilla, los novecientos hombres de armas y los doscientos caballos ligeros, los quales no han de ganar mas sueldo que tienen de ordinario, y lo que monta en un mes es lo siguiente:

Un veedor general á razon de quatro cientos mil maravedís al año y su teniente con sesenta mil, demas de una plaza de hombre de armas y dos veedores con cada cien mil, y un alcalde con ciento y treinta mil y dos alguaciles á cincuenta mil, y un escrivano con veinte y dos mil, y un astero con veinte y dos mil, y un sillero con diez y ocho mil, que cada mes son doscientos y treinta escudos de á los dichos diez reales 230

El sueldo de los capitanes así de hombres de armas como caballos ligeros es diferente de á trescientos mil y doscientos y cincuenta mil y dos cientos mil maravedises al año, y de ellos se pagaban las ventajas de los tenientes, y porque son diez y nueve compañías se pone cada capitan uno con otro á sesenta y cinco

escudos al mes, que es como sale poco mas ó menos y en un mes montan todos diez y nueve mil y doscientos y treinta y cinco escudos. 19235

Los quince alférezes de gente de armas tienen ocho mil maravedises cada uno de ventaja al año y los contadores cinco mil que en las quince compañías bienen á ser cada mes quarenta y ocho escudos. . 48

Los novecientos hombre de armas ganan cada uno quarenta mil maravedises al año, y en un mes monta ocho mil y ochocientos y veinticuatro escudos. 8824

En las quince compañías de hombres de armas hay treinta trompetas, y quince herradores, y quince armeros, y cada uno tiene veinte y dos mil maravedises al año, y algunos trompetas cuatro mil maravedises de ventaja, y por el sueldo de todos se ponen doscientos y cinquenta escudos al mes. . . . 250

Los doscientos caballos ligeros ganan á veinte y seis mil maravedises cada uno cada año, y en un mes montan mil y doscientos y noventa escudos. 1290

Las ventajas de los tenientes de estas compañías se pagan del sueldo de los capitanes, como está dicho, y los alférezes tienen ocho mil maravedises de ventaja cada año y los contadores trece mil maravedises, que en las cuatro compañías á veinte escudos al mes. 20

Por manera que el sueldo de un mes de las mil y cien lanzas de las guardas monta en la forma arriba dicha diez mil y ochocientos y noventa y siete escudos de á diez reales. 10897

Los ochocientos caballos que se entiende se juntarán de los señores particulares, parece han de tener el sueldo siguiente:

Ocho capitanes á ochenta escudos al mes, seiscientos y quarenta escudos 640

Ocho tenientes á treinta escudos al mes, docientos y quarenta escudos. 240

Ocho alféreces á veinte escudos al mes, ciento y sesenta escudos. 160

Las ochocientas lanzas á diez escudos al mes cada una, ocho mil. 8000

Diez y ocho trompetas, y nueve armeros, y nueve herradores que ha de haber, no se les señala sueldo porque se han de incluir en las plazas de los demás.

Por manera que el sueldo de los dichos ochocientos caballos monta en la dicha forma nueve mil y cuarenta escudos.. 9040

El sueldo de doscientos arcabuceros de á caballo monta lo siguiente:

Dos capitanes á sesenta escudos y dos tenientes á veinte y cinco escudos son ciento y setenta escudos. . 170

Los doscientos soldados á diez escudos cada uno como á los que sirven en Lenguadoc y montan dos mil escudos. 2000

Ocho cabos de escuadra á dos escudos de ventaja cada uno diez y seis escudos 16

No se pone el sueldc de las trompetas y herradores porque han de llevar plazas de soldados.

Monta el sueldo de los dichos doscientos arcabuceros de á caballo dos mil y ciento y ochenta y seis mil escudos. 2186

Pueden se poner diez mil escudos al mes por lo que ha de gastar mas el proveedor de lo que se ha de contar á la gente y aun es poco si se ha de contar la cebada á medio ducado y las raciones á menos de lo que costaron como se hizo en el ejército de Portugal. 10000

En gastos de estraordinarios y de correos y de tomar muestras y de espías se suelen gastar segun las ocasiones en que no se puede hacer quenta cierta; pónense por esto mil y quinientos escudos al mes y podrán ser muchos mas y menos 1500

Para el gasto del hospital se descuenta á cada soldado un real cada mes y á los oficiales á mas y hereda algo de los que en él se mueren, y por lo que se ha de gastar agora de presente de golpe y se irá gastando adelante de mas de lo que se contare, se ponen mil escudos al mes y aun se entiende que es poco. 1000

ARTILLERÍA

Presupónese que por ahora se han de llevar en este ejército doce piezas de artillería, que son dos culebrinas y tres cañones y dos y medio cañones y cinco piezas de campaña, y que para el servicio de estas piezas y de las demas que se juntaren y se ofreciere en el ejército se llevan mil y quinientos gastadores, cuyo sueldo y gasto á cuatro escudos cada uno al mes con el de los oficiales de artillería y herreros y carpinteros, comisarios y gentiles hombres y las mulas y carros que se han de alquilar para tirar el artillería y las municiones de pólvora, cuerda y plomo que se ha de llevar de respeto y todos los demas pertrechos, parece que montará cada mes treinta mil escudos.. 30000

Sumario de esta	Escudos.	Sueldo de un mes
El sueldo de capitan general, y ministros oficiales.	2057	
El sueldo de los quince mil infantes.	69764	
El sueldo de las mil y cien lanzas de las guardas.	10897	
El sueldo de los ochocientos caballos particulares.	9040	
El sueldo de ducientos arcabuceros á caballo.	2186	137044
El gasto de la proveedura de mas de lo que se ha de descontar.	10000	
Los gastos estraordinarios y de correos y espías.	1500	
El gasto del hospital de mas de la limosna.	1000	
El gasto de la artilleria.	30000	

Por manera que todo el sueldo y gasto de dicho ejército en un mes monta en la dicha forma ciento y treinta y siete mil y quarenta y quatro escudos de a diez reales castellanos cada escudo. Fecha en Madrid á VI de setiembre 1591.

Según esta *Relación*, los 15,000 infantes debian formar un tercio de 1,500 plazas al mando de D. Agustín Mejía, más seis tropas. El tercio se compondría de doce compañías, cuatro de ellas de arcabuceros, y en cada una de las seis tropas existiría también una compañía de arcabuceros. De los 2,100 caballos, 1,100 eran de Guardias de Castilla, y de éstos, 900 hombres de armas, 200 caballos ligeros, 800 lanzas y 200 arcabuceros montados. Las 12 piezas de artillería eran: 2 culebrinas, 3 cañones, 2 medios cañones y 5 piezas de campaña. No llegaba, pues, á una pieza de artillería por cada 1,000 hombres.

La plana mayor del tercio de Mejía se componía de: 1 maestre de campo, 1 auditor, 1 médico, 1 cirujano, 1 furriel, 1 atambor general, 1 barrachel de campaña. Los sueldos de que disfrutaban eran: el auditor y médico 25 escudos cada uno, el cirujano y furriel 15, el atambor general 12 y el barranchel 20. Mejía cobrada en calidad de maestre de campo 40 escudos, y los jefes de cada tropa, cuya categoría no se determina, percibian, además del sueldo de capitán, 20 escudos de ventaja (1).

Cada compañía tenía un capitán, un alférez, un sargento, un capellán, un pífano y dos atambores, siendo los sueldos respectivos, 40, 15, 8 y 3 escudos (igual era el del capellán que el de los últimos). El soldado percibía tres escudos; mas si era piquero ó coselete contaba otro escudo de ventaja. Tales eran los sueldos que por aquella fecha se pagaban á la milicia española.

Con arreglo á las necesidades de la guerra, sufrió grandes variaciones el pié de la fuerza de infantería en este reinado: sin embargo, los mayores ejércitos que reunió Felipe no pasaron de 36,000 hombres; y aun hay que tener en cuenta que no siempre las cifras que arroja el papel eran las efectivas, por efecto de los grandes abusos que se cometian al pasar las muestras, es decir, de las muchas plazas supuestas existentes. Para nutrir los cuadros se acudia á las levas y á los alistamientos voluntarios, siendo los italianos, valones y alemanes los que componian en su mayor parte nuestros cuadros, si bien vemos así mismo figurar en ellos soldados irlandeses y borgoñones. En España también se *tocaban cajas* y el hidalgo hambriento, el joven ambicioso de gloria ó el pechero harto de tributos *asentaban su plaza* y seguian la bandera del primer capitán que pasaba por la villa, aldea ó lugar. Cuanto á los demás paises, se hacian levas con el consentimiento del príncipe ó señor, y previas algunas pagas anticipadas se conducía la gente al lugar donde debía pasarse la muestra. No siempre procedian los encargados de levantar la gente con rectitud, y en ocasiones éste sistema daba escaso resultado. Los valones eran la gente más barata y la más á mano; de aquí su excesivo número en nuestros ejércitos; no era inferior el número de los italianos, á causa de los grandes dominios que en aquella peninsula poseiamos, aunque preferidos á éstos, como buenos soldados, fueran los alemanes, con los que se avenían perfectamente nuestros soldados. Los suizos figuraron muy poco en el ejército español durante este reinado, y á la verdad, poco servia esta gente para el servicio, si hemos de creer las palabras de Coloma: Es esta

(1) *Hist. organic.*, Tomo III.

nación de mucho más gasto que provecho, porque no va á los asaltos ni á las escoltas; no abre trincheras, ni toma zapa ni la pala para más que fortificar su alojamiento, que ha de estar siempre unido y pronto á dar la batalla: como si esta acción no fuese la menos usada que hoy hay en nuestra manera de guerrear. Finalmente, ellos no son buenos sino para ostentar un ejército grandioso y para volverse á sus casas cargados de dinero, dejando sin él á quien los tomó á sueldo; y en nuestra milicia dañarán siempre de muchas maneras, tanto por lo que acabo de decir, como por el inconveniente de dejar la Alemania, con quien nos conformamos más los españoles, cuya amistad, conservada por largos años, no podrá dejar de padecer disminución si ve que la dejamos por otra no más barata ni más pronta y sobre todo, ni más valerosa (1).»

Distribuíanse las fuerzas así reunidas en tercios y regimientos, y éstos se dividían en compañías ó banderas; cuyo número era variable, según hemos podido ver al hablar de las reformaciones ó reorganizaciones de los mismos, hechos en distintos años. El origen y composición de los tercios, ya lo hemos explicado al hablar del reinado de Carlos I; pero bueno será que consignemos cuál era su organización á fines del siglo XVI. Hé aquí lo que se lee en la *Doctrina militar* de Scarion de Pavía, obra publicada en 1598: «Un tercio, ordinariamente, debe ser de 15 compañías, de 209 soldados cada una, que vienen á ser 3,000 soldados; á imitación de las legiones romanas. En español llámase *tercio*, en italiano y francés coronelía, y los tudescos y valones le llaman regimiento. Debe un tercio tener dos ó tres compañías de arcabuceros, las cuales compañías se tienen más en cuenta porque trabajan más: á ellas les toca, marchando, ir de vanguardia y retaguardia, tomar puestos, hacer escoltas, hacer puentes, ir á descubrir, correr la campaña, y finalmente, todas las expediciones y presteza de la guerra; y así los soldados de estas compañías, de los más mozos, alentados, diestros, sueltos, recios y sufridos á los continuos trabajos; y por esta causa no deben hacer guardia de noche, sino de día, y también se les da á todos un ducado más de la paga ordinaria cada mes. Los capitanes de estas compañías débense elegir de los más viejos del tercio, porque son tenidos un poquito más en cuenta: y en ausencia del maese de campo, al más viejo le toca gobernar al tercio.»

Los tercios españoles y regimientos extranjeros creados durante el reinado de Felipe, fueron en total, según una relación que da Clonard, 90: esto es, 23 españoles, 18 italianos, 19 valones y 30 alemanes. Entre los que mandaron regimientos extranjeros, figuran Gaspar de Robles, Cristóbal Mondragón y Francisco Verdugo. Estos tres españoles fueron los únicos que en aquella época tuvieron título de coroneles.

La caballería hallábase dividida, á mediados de este siglo, en dos clases: los hombres de armas ó caballería pesada y los jinetes ó caballos ligeros, existiendo de aquellos 17 compañías y 11 de éstos; mas en la ordenanza de 1560 vemos ya figurar los *herreruelos* ó *pistoletes*, jinetes que cargaban con la pistola en la diestra, hacían la *rociada*, y empuñaban en seguida el acero. Prestaban idéntico servicio que los caballos ligeros. Los arcabuceros á caballo y los corazas, son otras nuevas clases de caballería que también figuran en esta época. El armamento ofensivo de los primeros era un arcabuz de reducido calibre y la espada; el de los segundos, dos pistolas y una espada ancha (2). La caballería no formaba en esta época regimientos, sino compañías ó cornetas. En España la fuerza de cada una de aquellas era, según la ordenanza de 1560, de cincuenta plazas; y habiendo en 1579 creado en cada una de estas compañías doce plazas de arcabuceros montados, ascendió á 60 el número de los jinetes; pero en Flandes vemos figurar independientemente las compañías de arcabuceros, hombres de armas y corazas. Los herreruelos desaparecen á medida que adelanta este reinado y no se les nombra ya en las campañas de Flandes y Francia. Estas diversas clases de soldados gozaban de mayor sueldo que los de á pié, variando también éste, según la clase á que pertenecían: el de los capitanes de hombres de armas sabemos que ascendía en España á 75 escudos y el de los de los caballos ligeros á 40 escudos: en Flandes y en Italia la

(1) *Guerras de los Estados Bajos*, lib. VII.
(2) Villalobos *Comentarios*, § XXV.

paga de un capitán llegaba á 80 y 100 escudos, cantidades que apenas bastaban á mantener el boato con que vivían.

Como en los dos anteriores reinados, subsistieron en este los guardas de la costa de Granada, para cuyo sostenimiento se repartió una contribución llamada *farda* por todo el territorio sometido á su vigilancia. En los reinados de los Reyes Católicos y de Carlos I recibían estos guardas veinticinco maravedís diarios de haber; posteriormente ascendió éste á treinta y cuatro. Su fuerza era al reorganizarse en 1567 de 250 lanzas y 336 infantes, de



Galera pontificia que figuró en el combate de Lepanto. Copiada de una pintura italiana

estos últimos, dos tercios armados de ballestas y los demás de arcabuces. Eran estos guardas un cuerpo de caballería permanente, y, con los presidios, componían el ejército de la península, ejército por cierto muy escaso, pues no esperándose ataque alguno del enemigo, atendíase con preferencia á nutrir el de los Países Bajos.

Es difícil fijar con exactitud el pie de fuerza de la caballería, pues como el de infantería variaba mucho. Por los años 1579, dice Clonard, que los hombres de armas, caballos ligeros arcabuceros á caballo y herreruelos, formaban cuatro divisiones departamentales, cuya cifra ascendía á 9,260 caballos. Además de esta fuerza el Rey podía disponer, en caso de necesidad, de las suministradas por los grandes, señores y prelados, los comendadores de las

órdenes militares y los cuantiosos de Murcia y Andalucía (1). Figuraban también en los ejércitos de Felipe, compañías alemanas (los *reitres* ó *raitres*), é italianas y además la caballería flamenca, conocida con el nombre de *Bandas*, de Flandes.

He aquí los curiosos datos que relativos á sueldos hallamos en Cabrera de Córdoba (2). Habla este historiador de los sucesos de Italia en 1556, y refiriéndose al ejército reunido por el duque de Sesa en el Milanesado, dice: «Juntó cuatro mil infantes y quince mil caballos de todas las naciones y en Alemania doce mil caballos apercibidos en *Vartguelt*, que es tomado juramento de que servirían por tres meses, se les dió á tres tallares de á treinta placas cada mes hasta ser apercibidos por el segundo mandato para que caminasen á la plaza de la muestra que se les señala, donde tiene mayor valor la moneda con que los pagan, corriéndoles el sueldo á razón de diez placas por caballo de silla y de carro, y por el tronco, que es un bagaje, desde este segundo mandato, que se llama tal sueldo *Arritghel*, con que salen de sus casas hasta dar la muestra, que les corre el ordinario de doce florines por cada caballo de silla, seis por el de carro y seis por cada tronco, y hácense buenos al respeto de cuatro caballos de carro y un tronco entre cada doce de silla. Los *ritmestres*, que son como capitanes ó cabos de cada cincuenta caballos, no gozan de sueldo más que un florín de veintiocho placas por cada caballo de silla de los que presentan á la muestra por cada mes, y de un carro con cuatro caballos á seis florines por cada caballo, y de doce alabarderos á ocho florines. Háse de servir de esta caballería al sueldo, según la capitulación de su bastalan y concierto tres meses enteros, y despedidos antes se les paga enteramente, y un mes de sueldo franco para la costa de la vuelta á sus casas, según de donde son, que algunas veces no se les da sino medio. El sueldo de un corneta (compañía) de trescientos caballos de reitres monta cinco mil y sesenta y ocho florines de á veinticinco placas, y un regimiento de dos mil caballos en seis cornetas, mil y quinientos escudos de España. Una compañía de infantes alemanes altos á la cuenta de Flandres (que es lo más caro)

(1) Hé aquí las indicaciones que hace el citado autor respecto á estas fuerzas:

«*Lanzas de los grandes señores y prelados.*—Tenían éstos generalmente armerías unidas y vinculadas á sus mayorazgos, y cuando la corona les pedía su cooperación para alguna empresa ú operación militar, armaban inmediatamente en sus Estados la gente que se les pedía y la ponían á la disposición del soberano. Mas se echa de ver fácilmente, que no siempre reunían estos cuerpos todas las condiciones de una sólida y bien entendida organización. Además de que no todas las armerías estaban provistas de los elementos precisos, no presidía muchas veces en la elección de la gente la escrupulosidad que se requería, y había falta de homogeneidad, instrucción y orden. El número de caballos que suministraban estas clases, variaba naturalmente según las circunstancias. Antiguamente entraban en campaña con crecidos refuerzos, pero despues muchos de ellos fueron entrando en el servicio del palacio, y con este motivo se excusaban de la obligación de pagar su tributo de lanzas.

«En 1535 dieron:

	Hombres de armas	Jinetes
Los grandes.	190	720
Los títulos.	60	480
Los señores.	»	320
	250	1520

«En 1542 suministraron:

	Caballos
Los grandes, títulos y señores.	1450
Los prelados.	410
	1860

«*Lanzas de los comendadores y órdenes militares.*—Los caballeros comendadores de las ordenes militares daban igualmente como carga afecta á sus encomiendas, cierto numero de caballos, y hubo tiempo en que concurrieron á los campos de batalla con poderosos escuadrones; pero en el reinado que nos ocupa eran muchos los que estaban al servicio de S. M. en su real casa, y apoyados en esta circunstancia se libraban de la obligación de que se trata.

«*Lanzas de caballería de cuantía de Andalucía y Murcia.*—Llamábanse caballeros de cuantía de Andalucía y Murcia, los que poseían un capital que excediese de cuatro mil ducados. Estos caballeros estaban obligados á servir con su persona, caballo y armas, en ocasiones de guerra. Ascendia su fuerza de cinco á seis mil hombres; pero decayó considerablemente por los trabajos y fatigas que debieron arrastrar en el levantamiento de los moriscos, en que hubo mucha pérdida de hombres y caballos. Por este motivo se suspendió por algun tiempo el pasarles alarde. Pero al finalizar el año 1571 se mandó a los corregidores y justicias que se apercibiesen y preparasen para el alarde que debía verificarse en Marzo del año siguiente, y tratóse de mejorar y fomentar esta fuerza, nombrando desde luego los capitanes, comisarios y generales.

«La nobleza y gente principal de las ciudades, villas y lugares estaban también montadas y armadas, y se dedicaban á los ejercicios militares. Pero habían venido muy á menos de resultas de la larga contienda sostenida contra los moros, de suerte que muy poco podía ya esperarse de ellos, por más esfuerzos que se hicieron para volver á despertar en ellos el entusiasmo y espíritu militar que les animara en otros tiempos.

(2) *Hist. de Felipe II*, tomo I, pág. 239.

cuesta cada mes siete mil seiscientos y decíocho florines: y conforme á esto un regimiento de diez compañías de número tres mil, á trescientos soldados por compañía, monta veintitres mil y ochenta y cuatro florines, que son escudos de España once mil. Uno de valones, de dos mil, en diez compañías, cinco mil y doscientos y noventa y seis escudos: de escoceses é irlandeses otro tanto. Un tercio de infantería española de tres mil soldados, en quince compañías, á respeto de Flandres, diez mil y novecientos y veinte escudos: un regimiento de italianos lo mismo allí, donde el duque de Parma, por honrar á su nación, los igualó en sueldo. Una compañía de lanzas españolas setecientos y ochenta escudos: otro tanto de arcabuceros á caballo. De los ordenanzas de Flandres (banda de ordenanza), de cincuenta caballos en cada mes, dos mil y seiscientos y cincuenta escudos y un florines. Según la capitulación antigua y el placarte que hizo el Emperador Carlos V en Alemania sobre el valor de estos florines, mandó que lo servido allí se pagase en quince vazos, como vale cada florín, moneda suya, ó sesenta craices della, que son cada quince un vazo: y á lo servido en Flandres á veinticinco placas moneda de Brabante; y lo en Italia á veinte granos, moneda de Sicilia, que es su mismo valor, ó su equivalencia en cualquiera género de monedas de oro ó plata, conforme á como corriere y valiere en la parte donde se les hiciere la paga, aunque en Flandres se ha corrompido esto, y como en consideración de la baxa de la moneda han crecido las sobrepagas, admiten las placas ordinarias y demás moneda de todas suertes, como pasaren donde se les hace el pagamento, á lo menos conforme el placarte. En Flandres se pagan veintitres mil y ochenta y cuatro florines con nueve mil y setecientos y ochenta y un escudo de á cincuenta y nueve placas en que está valorado el escudo de España de á cuatrocientos maravedís. En España como en Italia se han de contentar, donde en Milán vale un florín noventa y tres sueldos y cuatro dineros. Dáseles el *anfguet*, que es una forma de ayuda de costa á cada coronel de alemanes altos, para sí y sus capitanes, para levantar la gente y avialla á la plaza de armas que se les señalare para la muestra, más cuarenta florines para una bandera cada seis meses á cada compañía. Cuando los despiden pasados tres meses, si es Ultramar, se les da pasaje franco con vituallas y municiones, y media paga para ir desde el desembarcadero á sus casas. Si en el tiempo que sirven se da una batalla ó asalto, se les paga el mes en el día que sucede, aunque sea en el primero. Para hacer tanteo del exército que se ha de componer, se añade ó quita el número de las compañías de caballos ó peones que se quisiere haya al respeto que forzosamente ha de ser destas naciones, y si tuviere zuiceros una coronelía de cuatro mil, se les paga á razón de cuarenta placas por escudo, como en Alemania, Francia, Italia; y tiene una compañía trescientos soldados, los cuarenta y cinco coseletes y los demás arcabuceros y picas secas y alabarderos, armas con que sirve aquella nación con capitulación de que por cada coselete que baxara de aquel número, se le baxen dos escudos de ventaja, y se le crezcan por los que truxeren de más. Dáseles un mes para la vuelta, como el sueldo por ayuda de costa, y del gasto de juntarse y llegar á la plaza de armas, que todo es de consideración para las capitulaciones. Conforme á la cuenta de Flandres, un exército de treinta mil infantes y seis mil y quinientos caballos, costará cada mes doscientos mil escudos de oro poco más. Pongo el exemplo en este, porque según la común opinión, y no vulgar, es el más efectivo y que mejor se puede sustentar, pagar, alojar, mover, emplear en grandes empresas. El gasto del artillería, cosas anexas á ella y otros gastos ordinarios que suelen y se pueden ofrecer, el sueldo de general y del de la caballería y su teniente, del de maestre de campo general y de los demás miembros y oficiales y entretenidos, todos los demás que no son de la artillería como el maestre de campo general y los demá oficiales del exército, general de la caballería, sus oficiales, veedor y contador general, paga dor, comisarios y otras personas, monta doce mil escudos. Sueldo del general de la artillería, oficiales della, y de carros y caballos del teniente, y gastos de la administración y conducta de las vituallas, ayuda al hospital general, espías, correos y otros gastos secretos, veinticuatro mil escudos, y todo se incluye en la tercia parte del gasto del exército, y son treinta y seis mil escudos de á cincuenta y siete placas hoy, por lo que ha crecido la moneda. *Conforme á*

esta cuenta se haga del tesoro que consumieron los exércitos de Flandres, Nápoles, Piemonte, Parma, España, Africa y las dos armadas del Mediterráneo y Océano.»

Estas interesantes noticias pueden dar idea de las pagas que se daban en el ejército de Felipe II; mas á lo que parece no hubo norma fija en punto á sueldos. En tiempos del duque de Alba un coronel tenía al año 1,440 ducados, un capitán 720, un alférez 300, un sargento 180, un cabo 120, un mosquetero 96, una coraza 60 y un arcabucero 48 (1). Así se lee en un documento de la época, y Cabrera, historiador bastante enterado, pues escribió con documentos á la vista, dice que se daban al estado de coronel 722 escudos y 2 tercios, que las ventajas de los capitanes y demás oficiales de cada compañía y otras de los demás soldados particulares á razón de 44 placas de Flandes cada escudo, y los 150 al mes que montaban los 300 soldados de cada compañía, hacían ascender el gasto de una coronelía á 21,711 escudos y medio (2). Estrada, al hablar de la llegada de Billy al campo de D. Juan de Austria con dinero de España, consigna que se dieron al general de la caballería, Octavio Gonzaga, 500 escudos de oro cada mes; á los coroneles Cristóbal Mondragón y Verdugo, 800 y 500 escudos respectivamente; al comisario general de la caballería, 300, y al conde Carlos de Mansfeld, 16,000 escudos (3). Si se comparan estás cifras con los anteriores datos y con las noticias que Vázquez (4), Coloma (5), Morosini (6), Donato (7), Llorente (8) y Clonard (9), suministran, se tendrá una idea aproximada de lo que se pagaba al ejército, pues como se vé, eran muy variables en este tiempo los sueldos, y dependían no poco de la voluntad y recursos del general.

Pasemos á ocuparnos de la artillería.

Ya dijimos al ocuparnos de los progresos realizados en esta arma, la gran variedad de piezas existentes y la confusión que originaba en el servicio, á causa de la diversidad de calibres (10). Para poder averiguar los calibres, calibrar las balas y formar las cucharas, hubo necesidad de clasificar las piezas, según estuvieran destinadas á ofender de lejos, batir muralla ó echar á pique los bajeles. Dividiéronse, pues, en tres géneros y fueron comprendidos, en el 1.º mosquetes, ribadoquines, esmeriles, falconetes, medios sacres ó falcones, cerbatanas, medianas, sacres, áspides, pasavolantes, medias culebrinas y culebrinas; en el 2.º cuartos de cañón, medios cañones, cañones de batería, con sus diferencias de encampanados, recamarados, sencillos, dobles, reforzados, y los basiliscos; en el 3.º pedreros, trabucos y morteros. Tenían las piezas del primer género mucha longitud respecto á su calibre, las de segundo mayor calibre, pero menor longitud, y con las del tercero tirábanse grandes balas de piedra. Cada uno de ellos hallábanse dividido y subdivididos en esta forma: el primero en piezas comunes ú ordinarias, bastardas y extraordinarias, las que á su vez se dividían en piezas de tanto por tanto, reforzadas y sencillas: el segundo en los cañones llamados *del Emperador*, por haberse fundido en su tiempo en Málaga, y en piezas bastardas (rebbufos, crepantes y berracos) y subdividido en piezas comunes, reforzadas y sencillas: el tercero comprendía infinidad de piezas, como los pedreros, pedreras, lombardas, piezas de bragas, cámaras, morteros, trabucos y muchas otras; tanto en su número que se hace difícil poder individualizarlas.

Las siguientes tablas del *Memorial histórico de la Artillería española*, escrito por el general D. Ramón de Salas, de quien tomamos así mismo buena parte de estas noticias, darán completa idea de todas estas piezas, con las cargas que en cada una de ellas se empleaban y los alcances correspondientes.

(1) *Boletín histórico*, año 1880, pág. 122.
(2) *Hist. de Felipe II*, tomo II, pág. 242.
(3) *Decada primera*, lib. X de las *Guerras de Flandes.*
(4) *Sucesos de Flandes y Francia.*
(5) *Guerra de los Países Baxos.*
(6) *Relación de Juan Francisco Morosini al Senado veneciano sobre el estado de la monarquía española en los años que fue embajador de aquella república.*
(7) *Relación de las cosas de España leída al Senado veneciano por Leonardo Donato embajador de aquella republica.*
(8) Introducción y notas á los *Comentarios* de Villalobos y Benavides, véase la nota de la pág. 524 del anterior Estudio.
(9) *Hist. orgánica.*
(10) Se entendían estos por el número de libras de su bala de hierro.

Artillería de bronce anterior á la reforma de Felipe III — Primer género

Piezas del orden legítimo, ordinarias del Tanto por tanto	Calibre en libras de bala de hierro	Longitud en calibres	Peso en quintales y libras	Carga en libras de pólvora	Alcance en pasos de 2 1/2 piés: Por el roce de metales	Por el nivel del ánima	Por su mayor elevacion
Dragón ó doble culebrina.	40	31	120	24	1,364	682	8,117
Culebrina legítima ú ordinaria.	20	32	70	12	1,200	600	7,140
Media culebrina.	10	33	41	8	900	450	5,373
Sacre ordinario ó cuarto de culebrina.	5	34	25	5	700	350	4,179
Falconete ú octavo de culebrina.	2 1/2	35	13	2 1/2	568	279	3,318
Ribadoquin.	1 1/4	36	7,50	1 1/4	411	206	2,454
Esmeril.	10 onzas	37	3,50	10 onzas	315	158	1,873
Mosquetón ordinario.	5 id.	38	2,50	5 id.	242	121	1,440
Mosquete id. de quijote.	2 1/2 id.	39	1,50	2 1/2 id.	185	92	1,100
Arcabuz.	1 onza 4 admes.	40	0,81	1 onza 4 admes.	142	75	845
Piezas del mismo orden legítimo reforzadas							
Dragón.	40	31	140	24	1,429	714	8,504
Culebrina.	20	32	82,50	12	1,260	630	7,497
Media culebrina.	10	33	46	8	940	470	5,593
Sacre.	5	34	26,50	5	733	867	4,363
Falconete.	2 1/2	35	15	2 1/2	558	279	3,318
Ribadoquin.	1 1/4	36	8,50	1 1/4	430	215	2,560
Esmeril.	10 onzas	37	4,25	10 onzas	329	165	1,938
Mosquetón.	5 id.	38	3	5 id.	252	126	1,504
Mosquete.	2 1/2 id.	39	1,50	2 1/2 id.	194	77	1,155
Arcabuz.	10 onz. 4 admes.	40	0,92	1 onza 4 admes.	150	75	892
Piezas del orden legítimo sencillas							
Dragón.	40	31	110	24	1,290	650	7,728
Culebrina.	20	32	88	12	1,140	570	6,783
Media culebrina.	10	33	31,50	8	860	434	5,117
Cuarto de culebrina ó sacre.	5	34	20	5	667	330	3,669
Falconete.	2 1/2	35	11	2 1/2	309	254	3,028
Ribadoquin.	1 1/4	36	6	1 1/4	391	196	2,327
Esmeril.	10 onzas	37	3,50	10 onzas	300	150	1,784
Mosquetón.	5 id.	38	3	5 id.	231	116	2,384
Mosquete.	2 1/2 id.	39	1	2 1/2 id.	176	88	1,047
Arcabuz ó espingarda.	1 onza 4 admes.	40	0,50	1 onza 4 admes.	135	68	803
Piezas bastardas de Tanto por tanto							
Basilisco ó doble culebrina.	48	26	122	30	1,276	638	7,593
Serpentín ó culebrina.	24	27	72	19	1,120	560	6,664
Aspide ó media culebrina.	12	28	40,50	12	840	420	4,990
Pelícano ó cuarto de culebrina.	6	29	24	6	653	327	3,881
Falconete ó id. de id.	3	30	13,50	3	498	249	2,963
Ribadoquin ó id. de id.	1 1/2	31	7,50	1 1/4	348	174	2,245
Esmeril ó id. de id.	12 onzas	32	4	12 onzas	394	147	1,752
Mosquetón ó id. de id.	6 id.	33	2 13	6 id.	226	113	1,344
Mosquete ó id. de id.	3 id.	34	1,12	3 id.	174	87	1,038
Arcabuz ó id. de id.	1 1/2 id.	35	0,64	1 1/2 id.	134	67	797
Piezas bastardas reforzadas							
Basilisco.	48	26	140	30	1,318	659	7,843
Serpentin.	24	27	81	19	1,180	590	7,722
Aspide.	12	28	46	12	880	440	5,236
Pelícano.	6	29	25,50	6	678	344	4,088
Falcon.	3	30	15	3	522	261	3,106
Ribadoquin.	1 1/2	31	8	1 1/4	403	202	2,397
Esmeril.	12 onzas	32	4,34	12 onzas	308	154	1,883
Mosqueton.	6 id.	33	2,25	6 id.	237	119	1,410
Mosquete.	3 id.	34	2,25	3 id.	182	91	1,083
Arcabuz.	1 1/2 id.	35	0,88	1 1/2 id.	140	70	833
Piezas bastardas sencillas							
Basilisco.	48	26	105	30	1,190	595	7,080
Serpentin.	24	27	63	19	1,060	580	6,306

	Calibre en libras de bala de hierro	Longitud en calibres	Peso en quintales y libras	Carga en libras de pólvora	Alcance en pasos de 2 1/2 piés		
					Por el roce de metales	Por el nivel del ánima	Por su mayor elevación
Aspide.	12	28	37	12	1,800	400	4,056
Pelicano.	6	29	21	6	620	310	3,698
Falcón.	3	30	12	3	473	237	2,814
Ribadoquín.	1 1/2	31	6,50	1 1/2	365	183	2,172
Esmeril.	12 onzas	32	3,50	12 onzas	279	140	1,659
Mosquetón.	6 id.	33	2	5 id.	215	107	1,279
Mosquete.	3 id.	34	1	3 id.	165	83	682
Arcabuz.	1 1/2 id.	35	0,58	1 1/4 id.	127	64	752
Piezas extraordinarias del Tanto por tanto							
Dragón volante ó doble culebrina.	32	39	122	22 4/5	1,272	638	7.593
Pasa-muro, serena ó culebrina	16	40	42	12 4/5	1.120	560	6,665
Pasa-volante ó merlina mayor, culebrina.	8	41	41	7 1/4	840	420	4.998
Cerbatana, jeringa ó sacre.	4	42	23	4 1/2	633	327	3.881
Tirante ó falconete.	2	43	13,50	2	498	192	2,963
Pasador ó ribadoquín	1	44	7,67	1 1/4	384	147	2,285
Geritalte ó esmerilejo.	1/2	45	4,50	1/2	294	239	1.753
Mosqueador ó mosquetón de posta.	4 onzas	46	2,50	4 onzas	226	128	1,344
Mosquete de quijote.	2 id.	47	1,50	2 id.	174	87	1,038
Arcabuz.	1 id.	48	0,81	1 id.	134	76	797
Piezas extraordinarias reforzadas							
Dragón volante.	32	39	140	22 4/5	1,317	658	7,843
Pasa-muro.	16	40	81	12 4/5	1,180	590	7,022
Pasa-volante.	8	41	46	7 1/4	880	560	5,252
Cerbatana.	4	42	26	4 1/2	684	344	4,088
Girante.	2	43	15	2	521	261	3.106
Pasador.	1	44	8	1 1/4	432	202	2,397
Geritalete.	1/2	45	5	1/2	304	154	1,833
Mosqueador.	4 onzas	46	3	4 onzas	237	118	1,410
Mosquete ó chirlón.	2 id.	47	1,50	2 id.	182	91	1,088
Arcabuz.	1 id.	48	0,92	1 id.	140	70	833
Piezas extraordinarias sencillas							
Dragón volante.	32	39	105	22 4/5	1,190	295	7 080
Pasa muro.	16	40	63	12 4/5	1,060	530	6,307
Pasa-volante.	8	41	37	7 1/4	800	400	4,036
Cerbatana.	4	42	21	4 1/2	620	310	3.649
Girante.	2	43	12	2	473	237	2,814
Pasador.	1	44	6,50	1 1/4	365	183	2,172
Esmeril.	1/2	45	3,50	1/2	279	140	1,659
Mosquetón.	4 onzas	46	2	2 onzas	215	108	1,279
Mosquete.	2 id.	47	1	4 id.	195	83	982
Arcabuz.	1 id.	48	0,58	1 id.	127	64	752

Piezas correspondientes al segundo género

Piezas comunes	Calibre en libras de bala de hierro	Longitud en calibres	Peso en quintales y libras	Carga en libras de pólvora	Alcance en pasos de 2 1/2 piés		
					Por el roce de metales	Por el nivel del ánima	Por su mayor elevación
Cañón doble, desportador ó quebranta muros.	96	17	128	40	1,000	600	7,240
Siflante, trisante ó bate muro.	48	18	72	24	1,000	500	5,968
Brecante.	24	19	43	12	850	425	5,070
Perseguidor ó mediana.	12	24	27	8	750	375	4.480
Octavo de cañón.	6	27	21	6	640	320	3.600

A este género pertenecían los que llamaban cañones del emperador de las fundiciones hechas en Málaga, igualmente tenía este género piezas bastardas que eran los Rebufos crepantes y Berracos. Así mismo se subdividía en piezas comunes, reforzadas y bastardas.

Piezas correspondientes al tercer género

Es imposible individualizar las piezas de esta clase que estaban destinadas á tirar piedras y había infinidad de ellas diferentes unas de otras. Las más largas no pasaban de ocho calibres, y el calibre mayor en España era, por lo general, media vara burgalesa. Estas piezas se llamaban: *Pedreros, Pedreras, Piezas de braga, Cámaras, Morteros, Trabucos, Petates, Para-fusos*... en fin, una confusión.

La confusión que este excesivo número y clase de bocas de fuego debía introducir en el servicio de ellas, bien claro se deja comprender examinando las tablas anteriores, y esto indujo á Carlos I á introducir en su artillería la reforma de que ya hablamos en el ESTUDIO PRIMERO. Compúsose aquélla de seis clases de piezas, cuyos calibres eran respectivamente de 40, 26, 12, 6 y 3 libras de su bala de hierro, y el mortero de 35 decímetros de diámetro. Sin embargo, no parece que esta reforma se observara mucho tiempo, como lo demuestra la siguiente relación, firmada por el secretario Antonio Pérez:

Relación de la artillería que se ha de hacer enviar para el Sr. D. Juan (1)

Cien cañones reforzados de batir, con peso de 60 á 62 quintales de á 100 libras de á 16 onzas, 18 calibres de longitud y bala de 40 libras.
Ochenta medios cañones de á 38 quintales, 18 calibres y 25 libras de bala.
Seis culebrinas reforzadas de 80 quintales, 36 calibres de longitud tirando balas de 25 libras.
Ochenta medias culebrinas de 30 quintales, 30 calibres de longitud y 12 libras de bala.
Ciento cincuenta sacres de 22 quintales de peso, arrojando pelotas de 7 libras y de 29 calibres de longitud.
Setenta y cinco medios sacres que pesen 13 quintales, que tiren 4 libras de bala y tengan de largo 24 pelotas.
Setenta y cinco falconetes iguales á los anteriores.

Recomiéndase además la construcción de algunas piezas pequeñas como bombardetas, esmeriles y otras semejantes de 8 á 2 quintales de peso en esta forma:

Treinta bombardetas de 8 quintales de peso que tiren tres libras de bala.
Treinta bombardetas á 6 quintales que tiren dos libras de pelota.
Cincuenta ribadoquines que pesen á 4 quintales y tiren una libra de pelota.
Diez y nueve esmeriles de á 2 quintales de peso que tiren media libra de pelota.

En este documento no se marca la longitud de las piezas, que era costumbre dejar al arbitrio de los fundidores; pero se advierte la conveniencia de que todas las de un mismo género sean de igual peso, medida y bala, de manera que las balas y encabalgamientos de la una puedan servir para la otra; porque esto es de mucho provecho para que las balas y encabalgamientos de unas cajas de munición puedan servir á la artillería de las otras.

También se advierte á los fundidores que fundan las piezas más bien ligeras que pesadas, quitando el metal de la parte donde no sirva y reforzando la que conviniere: que las balas sean para cada género de piezas de un mismo peso y tamaño: que la pelotería podría fundirse en la isla de Elba, donde hay hierro á propósito en abundancia: que los encabalgamientos para cada género de piezas sean iguales en todo, de manera que puedan servir para cualquier cañón de la misma clase: que los encabalgamientos que se hubieren de hacer para la artillería de servicio en tierra sean de cureñas largas en su proporción y con cada cuatro ruedas de rayos, las dos donde carga la contera más bajas que las otras; pero teniendo en cuenta que para las piezas destinadas á mar ó á fortalezas las cajas sean más cortas y las ruedas macizas y más bajas.

No porque dejara de observar la regla señalada en la artillería del Emperador, careció la de Felipe de norma alguna, y en su tiempo eran reglamentarias tres clases de piezas con recámaras cónicas y de 12 á 16 calibres de longitud. La 1.ª clase eran los *Rebufos,* correspondientes al *cañón* que era del calibre de 40 á 45 libras de su bala de hierro. La 2.ª los *Crepantes*, equivalentes al *medio-cañón*. La 3.ª los *Barracos* ó *Corcobados*, que correspondían al *cuarto de cañón*. Estas piezas tenían la recámara cónica y la figura exterior de la lámpara de igual forma. Haremos también mención del *Frisante*, cañón de 40 libras de pelota, 70 quintales de peso y 18 calibres de longitud, destinado á batir las murallas.

Todas estas piezas se fundían en hueco, gozando de gran fama las fundiciones de los Países Bajos y en España las de Sevilla y Málaga; sin embargo, arguían algunos oficiales de

(1) Este documento no lleva fecha, pero como se encuentra entre los papeles correspondientes á 1558, se supone sea del mismo año.

artillería, y entre ellos D. Francés de Alava y el capitán González de San Millán, que las piezas fundidas en Flandes tenían el cobre demasiado agrio, con lo cual salían poco seguras y limpias, recomendando que el dinero que debía darse á los fundidores de aquellas provincias, se diera á los de Sevilla y Málaga, con lo que se ahorraban los gastos de transporte, y empleando en la aleación 8 libras de estaño en 100 de cobre, salían los cañones de mejor calidad. Conseguíase además perpetuar en España esta fabricación y que fuera más de cerca vigilada.

El siguiente documento, copiado del Archivo de Simancas y correspondiente á los últimos años del siglo XVI, da idea de la artillería, armas y municiones existentes por entonces en nuestra patria.

Año 1588.—Guerra, Mar y Tierra, Leg.° 349 (1)

Sumario de toda la artillería, armas y municiones q ay en ser de servicio en las fronteras de España en sus Castillos y magazenes.

Cañones.	Ciento y cinquenta y dos cañones..	152
m^os cañones.	Quarenta y quatro medios cañones.	44
Culebrinas.	Treynta y siete culebrinas.	37
m^as culebrinas.	Setenta y cuatro medias culebrinas.	74
Sacres.	Cincuenta y seis sacres.	56
falconetes.	Ciento y Treinta y cuatro falconetes..	134
m^os falconetes.	Veynte y ocho medios falconetes.	28
Arti^a menuda.	622 piçças de arti^a menuda en q entran mosquetes de bronce.	662
Pedreros.	Quarenta pedreros de metal..	40
Arti^a de hierro.	Setenta y cinco piçças de Arti^a de hierro.	75
Arti^a de hierro menuda.	121 piçças de Artillería de hierro menudas..	121
Arti^a comprada.	333 piçças compradas en Gibraltar.	333
Pelotas de hierro.	Ciento y nouenta y ocho mill quinientas nouenta balas de hierro..	189V590
Pelotas de piedra.	Quatro mill y dozientas y diez balas de piedra.	4V210
Polu^a de arcabuz.	Siete mill y quatrozientas y 83 q^es de poluora de arcabuz.	7V483
Polu^a de artill.^a	Dos mill y ciento y ocho q^es de poluora de Arti^a.	2V108
Cuerda.	Quatro mill y quinientos y quatro q^es de cuerda.	4V504
Plomo.	Tres mill y ochocientos y nouenta y dos q^es de plomo.	3V892
Arcabuzes.	Diez y nueue mill y seiscientos 78 arcabuzes.	19V678
Mosquetes.	Dos mill y nouanta y seys mosquetes.	2V096
Coseletes.	Ocho mill y diez y seys coseletes.	8V016
Picas.	Quarenta y quatro mill y dozientas y quince picas..	44V215
morriones.	Nueue mill y seyscientos y quarenta y Tres morriones.	9V643

Sumario de la artillería, armas y municiones q de nueuo se han de proveer en las fronteras de España y sus castillos

		Pieças	Peso	Precio
Cañones.	Ochenta y nueve cañones.	89	4700 q^es	696V392 R^s.
m^os cañones.	Ciento y veynte y siete m^os cañones..	127	4279	693V292
culebrinas.	Quarenta y quatro culebrinas..	44	2652	392V497
m^as culebrinas.	Ciento y veynte y ocho medias culebrinas.	128	4645	688V348
Sacres.	Noventa y seis sacres.	97	2328	344V544
falconetes.	Noventa y seys falconetes.	96	1344	198V912
Pedreros.	Ciento y nouenta y quatro pedreros.	194	5160	763V680
Estaño.	2388 q^es $^{0}/_{2}$ de estaño.	»	2388 $^{0}/_{2}$	315V282
Pelotería.	Veynte y seys mill 377 q^es de pelotería.	»	26377	781V310

(1) Es un resumen colocado al final de un *Estado general por plazas de toda la artillería, armas y municiones que había en España.*

Poluora	Veynte y Tres mill 423 q^s de poluora.	» 23423	3513V549
Plomo.	Siete mill y setecientos y 31 q^es ½ de plomo.	» 7731 ½	309V200
Cuerda	Siete mill y setecientos y cinquenta y siete q^s de cuerda.	» 7757	597V289
		Piezas	Precio
Arcabuzes	Veynte y seys mill y 908 arcabuzes.	26908	807V240
Mosquetes.	Seis mil y quinientos y ocho mosquetes.	6508	325V400
Morriones.	Veynte y cinco mill y seiscientos y 27 morriones.	25637	282V007
Cosseletes.	Veynte mill y 73 cosseletes.	20073	605V840
frascos de arcabuz.	Dos mill y quinientos frascos de arcabuz.	2500	20V000
frascos de mosquete.	Doscientos y zinquenta frascos de mosquete	250	2V750
picas.	Treynta y ocho mill 893 picas.	38893	272V251
Pelot^a de piedra.	Tres mill y 600 pelotas de piedra.	3600	1V800
		12 q^s	552V182 Rs.

	Du^os
q hazen ducados de á onze Reales vn millon y 142V016 du^s y mas seys Reales.	1.142V016... 6
Falta en las dichas Relaciones de poner el coste de los encaualgamentos de las piezas nuevas y para la mayor cantidad de las q̄ ay por q̄ les faltan q serán menester para ellos.	20V000
Todo.	1.162V016... 6

Sumario general assi de lo q ay en ser en las casas de munición y castillos como de lo q se añade.

Cañones.	Ciento y cinquenta y dos cañones q ay en ser.	152
	Ochenta y nueve q se añaden.	89
		241
medios cañones.	Quarenta y quatro medios cañones q ay en ser.	44
	Ciento y veynte y siete q̄ se añaden.	127
		171
Culebrinas.	37 culebrinas q ay en ser.	37
	44 q se añaden.	44
		81
medias culeb^nas	24 medias culebrinas q ay en ser.	24
	Ciento y veinte ocho q se añaden.	128
		152
Sacres.	56 sacres q ay en ser.	56
	96 q se añaden.	96
		152
falconetes.	Ciento y treynta y quatro falconetes q ay en ser.	134
	Noventa y seys q se añaden.	96
		230
Pedreros.	Quarenta pedreros q ay en ser.	40
	194 q se añaden.	194
		234
Estaño.	Dos mill y Trezientos y ochenta y ocho q^s y m^o de estaño q se añaden.	2388 q^s ½
m^os falconetes.	28 medios falconetes q ay en ser.	28
Art^a menuda de bronce	622 piezas de Art^a de bronce menuda q ay en ser.	622

Artiª de hierro.	196 pieças de artiª q ay en ser las 121 menudas.	196
Artiª comprada.	33 pieças de Artiª q se compraron en Gibraltar.	33
Peloteria de hierro.	Ciento y nouenta y ocho mill 590 pelotas de hierro colado q ay en ser.	198V590
	Veynte y Tres mill y 68 qes della q se añaden.	23V068 qes
Peloteria de piedra.	Quatro mil y dozientas y diez pelotas de piedra q ay en ser.	4V210
	36000 q se añaden.	3V600
		7V810
Poluora.	Siete mill y 483 qes de poluora de arcabuz.	7V483
	dos mill y ciento y ocho de poluora de cañón q ay en ser.	2V108
	Veynte y Tres mill y 423 qes de poluora de arcabuz q se añaden.	23V423
		33V014
Cuerda.	Quatro mill quinientos y quatro qes de cuerda de arcabuz q ay en ser.	4V504
	7757 qes della q se añaden.	7V757
		12V261
Plomo.	Tres mill y ochocientos y noventa y dos qes de plomo q ay en ser.	3V892
	7731 qes ½ de plomo q se añaden.	7V731 ½
		11V623 ½
Arcabuzes.	Diez y nueve mill 678 arcabuzes q ay en ser.	19V678
	Veynte y seys mill y nueuecientos y ocho q se añaden.	26V908
		46V586
Mosquetes.	Dos mill y nouenta y seys mosquetes q ay en ser.	2V096
	Seys mill y quinientos y ocho q se añaden.	6V508
		8V604
morriones.	Nueue mill y 643 morriones q ay en ser.	9V643
	Veynte y cinco mill y seyscientos y Treynta y siete q se añaden.	25V637
		35V280
Cossoletes.	Ocho mill y diez y seys cossoletes q ay en ser.	8V016
	Veynte mill y setenta y Tres q se añaden.	20V073
		28V089
frascos de arcabuz.	Dos mil y quinientos frascos de arcabuz q se añaden.	2V500
frascos de mosquete	Doscientos y cinquenta frascos de mosquete que se añaden.	V250

	Ducados
q costara todo lo q ansi se ha de proueer de nuevo vn millon y 142V016 duos de a onze Reales y mas 6 Rs.	1 142V016 dos 6 R
Veynte mill ducados para los encaualgamtos	20V000
Todo.	1.162V016. ... 6

Demás de la Poluora q se da para las baterias e Infantería se da para todos los presidios y Castillos la poluora necessª para q cada pieça Tire cien pelotas al dho respecto de dos Tercios de su peso y á las pieças q ay en los dhos Castillos se les da assimismo á cada cien; Pelotas y la poluª al respecto.

Y se aduierte que sobra cantidad de Peloteria en los magazenes q no ay pieças á q vengan. En estas Relaciones no va puesta ningª cosa de las que son necessas para gente de armas cauallos Ligeros y arcabuzeros de a cáuallo por q no se ha pedido, pero es tan necessario q ni se puede hazer guerra sin ellos ni llamarse exercito donde falta qualquier miembro destos

y con Tiempo es necessario hazer prouisión para ellos por la dificultad q ay en el proueer los de armas.
Tampoco se ponen aqui ningunos cañones de gran pelota de hierro necessarisimos para que algunos sirvan en baterias por q los reparos nueuos los deshazen con mas facilidad q los ordinarios i ni Tampoco re ponen los pertrechos necessarios para exercito ni las armas para exercito ni las armas para gastadores. En Madrid á 17 de Nouie 1588. Sigue la rubrica del Capn Genl de artilleria.

Al hablar de la artillería en la época de Carlos I decíamos que en 1546 existían tres capitanes generales de artillería con destino en los tres ejércitos de España, Italia y Flandes, otros tantos tenientes de capitán general en cada uno de estos dos últimos ejércitos y cinco en España, residentes uno en Burgos, otro en Pamplona, San Sebastián, Fuenterrabía, otro en Málaga, otro en Barcelona y otro en Lisboa. Estos tenían á su cargo visitar las casas de munición y almacenes de pertrechos, y reemplazaban en su ausencia al capitán general. Existía á sus órdenes, como también dijimos, un personal compuesto de gentiles hombres (uno por cada tres piezas), conductores, artilleros, minadores, harnicures, petarderos, contadores, pagadores, mayordomos, furrielles mayores y menores, marineros y calafates, comisarios y gilmaestres mayores y menores de caballos, prebostes y alguaciles, ingenieros, tracistas y tenderos. Esta organización conservóse en la segunda mitad de este siglo y todo el siguiente, si bien sufrió el personal continuas modificaciones y reduciéndose á uno el número de los capitanes generales. Las ordenanza de 1586 concede á éste la facultad de conocer en los delitos cometidos por individuos pertenecientes á la artillería y éste fué el origen de un fuero especial.

Carlos V había concedido á los artilleros ciertas exenciones y privilegios en cédula de 10 de Febrero de 1553, y Felipe II confirmólas en 16 de Abril de 1577, eximiendo á los individuos de este cuerpo de todo servicio que no fuera el peculiar de su arma, reservándoles de alojamientos, permitiéndoles llevar armas ofensivas y defensivas, aun después de tocada la campana de la *queda*. Es curioso el siguiente párrafo de las instrucciones dadas á D. Juan de Acuña y Vela, por lo que atañe á dicho personal.

«Iten Visitareis los oficiales y Artilleros que huuiere a nuestro sueldo en toda la dha artillª y en todas las partes sobredhas y Entendreis si son de la Auilidad que conuiene cada vno en el offº que a de hazer y Como estan auilitados y por que tenemos dada orden que se desquente a cada Artillº de su sueldo Dos Reales cada mes para poluora y materiales con que se exerciten y auiliten Terneis muy especial cuydado de que se haga y Cumpla assi y que no aya en ello Remission alguna como somos informado que la a hauido en lo pasado y dareis orden que los que no estuuieren auilitados se auiliten dentro del termino que os paresciere.»

«Encargoos mucho que las plaças de la dha Artilleria que al presente huuiere bacas y las que bacaren de aqui adelante las proueais en personas que tengan platica y experiencia della y no auiendolos tales que ayan sidó soldados y que tengan noticia de la dha Artilª o alo menos del Arcabuz y que también se executen y hauiliten.»

«no os seruireis de ningún Artillº ni offl de la dha Artilleria no consentireys qe los Thenientes de capitan general ni otros officiales della lo hagan mayormente en los aposentos con aperciuimiento que si se hiziere los Tales pierdan el sueldo que se les deuiere y sean despedidos de la dha Artillª.»

«De los Artilleros que ay y huuiere en la dha Artilleria tenemos mandado que residan en la dha burgos sesenta que llaman ordinarios quatro meses del año y se les da licencia para que los otros ocho meses Restantes del esten en sus cassas para questen mas aliuiados y descansados para yr a seruir en las Jornadas que se les mandare i y porque nra Voluntad es que en lo que toca a los quatro meses que como dho es esta mandado que residan en la dha burgos no se dispense con ningº dellos sin nra liçencia y mandado como También somos Informado que sea hecho Algunas Vezes Terneys especial cuydado de que se guarde y Cumpla la dha orden y que no se vaya contra ella en ningun Tiempo sin expresa licencia nra.»

«y por que somos Informados que Algunos de los Artilleros que residen o an de Residir en la dha burgos suelen hazer tan grandes ausencias y Con tanta licencia que algunas Vezes no bueluen á Residir en aquella ciudad en vn año y que el Vaxar A los Tales como diz que se haze El sueldo es poco castigo mandamos que se les aperciua q el q no boluiera cada año aseruir su tanda en la dha burgos como es obligado sin justa caussa de enfermedad o de otra cosa hurgente de que aya testimonio bastante se despedira mayormente si se metieron en la mar a ser marineros sin orden nra como diz que lo an hecho algunos y que sino lo hizieren y Cumplieren asi se despidan y Reciuan otros

en su lugar y que los que se Resceuieren sean de la platica y Calidad sobredha y que se exerciten y auiliten como los demás»

«y Por que tenemos Mandado que los Artilleros que se rresciuieren de nueuo de los que huuieren de Residir en la dha burgos no gozen en el primer año de la dha licencia de los dhos ocho meses sino que Residan todo el año entero para exercitarse y abilitarse y se les va socorriendo por ello con la mitad del sueldo que se libra á los demas avnque no se les deua como a ellos i os encargamos y mandamos Tengais especial cuydado de que assi se guarde y Cumpla sin exeder dello»

«y por que emos sido informado q̃ conuenia que de los dhos artilleros de burgos Residiessen en Malaga doze de ordinario para lo que alli se ofreciesse y que se fuessen mudando por sus Tandas de cada año os mandamos deis orden se haga assi»

«y por que en Gibraltar, Cadiz y otras partes de las costas y fronteras suelen Residir algunos Artilleros Informaros eys si conuerna que en ellas se tuuiesse la misma orden y de los que en cada parte debrian residir y dareis razon dello a nos o en el dho q^{e} de guerra para que visto se prouea lo que conuenga»

El siguiente documento, también copiado del Archivo de Simancas, da idea de lo que se consignaba para este personal:

Año 1578.—Estado de Flandes, Leg.° 599

En Madrid a diez y seis de Julio de IVDLXXIII^{o} *años se despacharon las nominas del cap^{an} general oficiales y g^{te} del artilleria siguientes firmadas de su mag^{t} y refren^{das} del secretario Iuan Delgado señaladas en la margen de la primera plana de don frances de alaua y al pie de la rel^{on} del cont^{or} antonio de frias.*

NOMINA DEL CAP^{AN} GENERAL Y OFICIALES DEL ARTI^{A} Y INGENIEROS

de la paga de la consig^{on} deste año de DLXXVIII^{o} que monta.	IQ°DCCC°XIIVD
Item de los mayor^{mos} de burgos santander y cartagena y oficiales y artilleros de burgos del dho tpo que monta.	IQ°DCCLXXXVIIVDCCLVII.
Item otra del mayordomo y artilleros de panp^{a} y estella del dho tpo que monta.. . . .	IQ°XXVVCCC
otra nomy^{a} del contador y oficiales y artilleros de fuenterrauia y S^{t} seuastian del mismo tiempo que monta.	DCCVIVCCCC°
Item otra nomina de los oficiales y artilleros de malaga y gribaltar del dho tpo q monta. .	CCIIII°VDC
Item otra nomy^{a} de lo reçagado de los dhos cap^{an} general y oficiales y g^{te} del arti^{a} de tiempo que les esta por librar q monta.	DCCC°LXXVIIVDCCC 14
	VIQ°SCCCCXIIII°VCCCLXXI.

He aquí el presupuesto para personal y material de una batería de 30 piezas en los Estados de Flandes.

Relacion de lo que costaran cada mes 30 piezas de artilleria de bateria con todo lo necesario para ellas

LO QUE SERA MENESTER PARA EL SUELDO DE UN GENERAL DEL ARTILLERÍA: TREINTA PIEZAS LOS 15 CAÑONES Y 15 MEDIOS CAÑONES EN CAMPAÑA.

Para el sueldo de dicho general de un mes 500 Escudos.	500
Por el de un contador pagador mayordomo comisario de Muestras y dos Tenientes 670 Escudos. . .	670
Por el de 15 gentiles hombres á 20 Es^{dos}.	300
Quince conductores a cavallo y a pie a 7 Escudos uno con otro.	105
Por el de algunos ayudantes del mayordomo y municiones 100 Es^{ds}	100
Por el de seis condestables y ciento cincuenta artilleros a 7 Esc^{dos} uno con otro.	1092
Para traer en campaña las dichas 30 piezas de artilleria los 15 cañones y los 15 medios son menester 700 caballos que a 6 Es^{ds} cada uno y 14 comisarios a 25 Esc^{s} y de entre quatro caballos un mozo que son 180 mozos a 4 Esd^{s} cada uno son 5270 Escu^{s}	5270
Las dichas 30 piezas para 200 tiros cada una habian menester 6000 valas de yerro que a 31 Escu^{s} una con otra son 1800 Escu^{os}	1800
De polvora para las dichas seys mil balas para las de cañon a 20 libras por tiro y de 15 para las de medio cañon son menester 1050 quintales de polvora que a 14 ducados el quintal son.	15225
Ademas desto seran menester para la Mosqueteria y arcabuzeria 400 quintales de polvora que son 5800 Ducad^{s}	5800

Para cuerda de arcabuz plomo y otras menudencias 2500

Asimismo para carros del Generalísimo General del artilleria oficiales del Egercito artilleria y para llevar las municiones y otras cosas necesarias para las dichas 30 piezas son menester quatrocientos carros que a 25 Ducas cada uno son 1000 Ducas . . . . 10000 Ds

Advirtiendo que además de todo lo susodicho son menester muchas cosas como es caxas de artilleria exes ruedas carros matos y aveltrenes cucharas cargadores limpiadores cuños y lebres saquillos de trincheras cuerda para medillas y tirar artilleria a mano y veinte mil instrumentos de Gastadores y quatro ó cinco mil dellos y otras muchas menudencias y para todo esto inclusos 10000 Ducs para los gastadores seran menester 17000 Ducs . . . . 17000 Ds

60812 Ds

De manera que seran menester en la manera susodicha sesenta mil y ochocientos y doce Ducads advirtiendo que para una buena bateria aún no es esta provisión muy cumplida y asi conforme para lo que hubiera de ser habra de servir esto y sino para traer la artilleria en campaña podria ser que no se llevasen sino medios cañones por ser mas manuales para que no seran menester tantos cavallos para tirar ni tantas municiones ni carros para llevarlos pero no se ha de hazer esta quenta sino de llevarlo todo muy cumplido mayormente para lo que se puede ofrescer pues de lo contrario puede redundar mucho daño.»

Diferentes escuelas de artillería se establecieron á partir de 1575 y fueron éstas las de Barcelona, Coruña, Lisboa, Cádiz, Gibraltar, Málaga, Cartagena y Sevilla. En ésta se instruía á los artilleros destinados á la carrera de Indias y á su frente se hallaba el artillero mayor Andrés Espinosa: admitíase con ciertas condiciones (1) á los que querían aprender y habilitarse, prefiriendo siempre los carpinteros, albañiles y herreros; y concluídos los estudios dábaseles carta de examen y cédula de preeminencia, ó sea nombramiento de artilleros (2). Los buenos resultados que dió esta escuela hicieron que se ampliara la enseñanza con objeto de procurar personal á los puertos de Cádiz, Gibraltar y Cartagena.

Hé aquí la importante cartilla escrita por el examen de los artilleros, la primera que se haya redactado para la enseñanza práctica que á los maestros mayores de la Casa de contratación estuvo encomendada, y que en unión del *Tratado de artillería del capitán Gaspar González de San Millán* (3), escrito hacia mediados del siglo XVII, á la par que permiten apreciar los progresos de la artillería y de la fundición en el transcurso de una mitad de este siglo, sientan, por decirlo así, los cimientos del Cuerpo de Artillería de la Armada.

LAS PREGUNTAS QUE HIZO ANDRÉS DE ESPINOSA, ARTILLERO DE SU MAGESTAD, Á UN DISCÍPULO SUYO PARA DESAMINALLE, SON LAS SIGUIENTES:

P.—¿Cuál es la mejor pieza de artillería, de bronce ó de hierro colado?

R.—Mejor mucho es la de bronce, no tan solamente por valer más el metal, como es más segura para tirar, especialmente si está el metal vaciado con liga necesaria.

P.—¿De qué es hecho el bronce, y qué liga ha de tener para ser bueno?

R.—El bronce ha de ser hecho de buen cobre dulce y estaño, y para tener su liga á provecho de la artillería, ha de tener el menos estaño que pudiere el fundidor, de manera que se solia echar de liga á diez por ciento, y después se echó á siete y á seis, y á la que ahora se funde en Sevilla, no se echa más de cuatro por ciento,

(1) En un *Memorial que dió el Marqués de San Germán en la Junta de guerra de Indias, con fecha de 20 de Abril de 1608*, se acompañan dos instrucciones dadas á Andrés de Espinosa y Juan Pérez de Argarate en los años de 1576 y 1608 sobre *la orden que habían de observar en la ciudad de Sevilla en habilitar y examinar los artilleros para las armadas y flotas de Indias, naos de Honduras y otros bajeles de aquella nación*. Pídese en el que se señalase para el efecto un aposento en la Casa de contratación á Andrés Muñoz y el dicho Juan Pérez, ó una ayuda de costa para pagarle. Este importante documento, así como la cartilla de Juan de Espinosa, los ha insertado el señor Fernández Duro en los *Apéndices* I y IX de sus importantes *Disquisiciones náuticas*, tomo XI, pág. 431.

(2) *Lo que ha de hacer y guardar Andrés de Espinosa, artillero de S. M., en enseñar su oficio en la ciudad de Sevilla, á las personas que lo quisieran aprender, y la orden que se ha de tener y S. M. manda que se guarde en el examen de los artilleros*, tomo VI, pág. 458 de las citadas *Disquisiciones*.

(3) Este tratado se hallaba inédito, en copia, en la Academia de la Historia, *Colección de Jesuitas*, núm. 110, est. 16, gr. 5, y ha sido reproducido por el incansable y erudito escritor Sr. Fernández Duro, á quien tanto debe la historia patria, en los *Apéndices* á sus *Disquisiciones*, tomo VI, p. 480.

y esto es lo mejor; porque está el bronce tan encobrado, que aunque la pieza esté caliente de tirar con ella, no reventará, teniendo la razón del metal que requiere.

P.—¿Qué metal ha de tener una pieza para tener su razón?

R.—Ha de tener en la cámara, que es lo más importante, el grosor de tres balas por línea recta, y esto ha de ser adelante un poquito del fogón, y ha de tener en circunferencia nueve tamaños de bala y un tercio, y á los muñones terná siete y media en circunferencia, y junto á la boca detrás de las molduras ha de tener seis en circunferencia y por línea recta; si la horadasen de parte á parte ha de tener el grosor de dos balas, una de hueco y medio de metal en cada parte, y por el fogón ha tener tres balas por línea recta, una de hueco y dos de metal; si tuviese más esta tal pieza, sería reforzada; y podríasele hacer alguna demasía á una necesidad, que sería echar más pólvora de la que se manda; y si tuviese menos metal del que dicho tengo, sería falta, sería necesario quitalle de la pólvora que demanda, y tener cuidado de refrescalla amenudo y no dejalla calentar mucho.

P.—¿De qué manera veremos esta tal pieza si está limpia por dentro, y si está el ánima derecha, y si está el fogón abierto en su lugar?

R.—Para verla si está limpia por de dentro se puede mirar de tres maneras: la una tomar una vara delgada porque haya poca sombra, y poner una candelilla encendida de cera por dos partes y metella dentro de la pieza y ir alumbrando poco á poco: también se verá tomando dos espejos que el uno quepa dentro de la pieza; metelle dentro y arrimalle á la culata, la lumbre del espejo hacia fuera, y poner el otro cerca de la boca, que rebervere el un espejo en el otro; pero mejor es y más fácil tomar una bala de la propia pieza, un poco pequeña y recocella bien en el fuego y metella dentro de la pieza, de manera que ande rodando por de dentro poco á poco, se verá si tiene la pieza alguna atronadura ó escarabajo.

P.—¿Qué llamais escarabajo? y si la pieza tiene alguno, ¿cómo sabéis que tanto entra, y cuál es más peligroso, á lo largo ó atravesado?

R.—Escarabajo se llaman unos ojos que hace el metal, como pan mollete, y estos se hacen por no ir muy caliente el metal cuando se vacía la pieza, ó por estar el molde húmedo ú el ánima que queda dentro de la pieza: es más peligroso este escarabajo á lo largo, que no estando atravesado, porque pasa la pólvora con más brevedad del que está atravesado que no del que está á lo largo; es al contrario de los pelos ó atronaduras de las espadas ó vergas de ballesta; para ver qué tanto entra el escarabajo en la pieza, tomaré un clavo y doblaré hé la punta en escuadra, ú la punta de un gorguz y ponerle un poco de cera en ella, y arraseando en el escarabajo levantarme há la cera la cantidad que entrare, y para ver si pasa este escarabajo, si tuviere lugar, echaré un poco de aceite hirviendo, y sino, porne cuando quisiere tirar con tal pieza un papel mojado en derecho de donde está el tal escarabajo, y si me lo enjugase el papel al primer tiro, tiraré con él libremente; y para ver si esta pieza está derecha el ánima por de dentro, tomaré dos reglas que estén atadas la una con la otra palmo y medio ó dos palmos; estas reglas han de ser más largas que la pieza; hanse de poner en la una dos arandelas, que son dos tablitas redondas, y esta regla donde estuviesen las dos arandelas ha de entrar dentro de la pieza, llevando la una tablilla que llegue cerca del fogón, y la otra queda á la boca é ha de traer al arrededor de la regla que quedó defuera, y si está el ánima tuerta, se me desviará, y si no, no.

P.—Después que un artillero ha reconocido bien la pieza, que es lo más necesario, y neconoce la caja y ruedas de la tal pieza con que ha de tirar, ¿qué es la cosa que más le conviene al artillero?

R.—La cosa que más le conviene al artillero es, así para saber lo que hace, como para vivir seguro, ha de saber reconocer muy bien la pólvora, y la falta que tiene, porque si esto no sabe, ni tirará bien, ni dejarán de reventar las piezas que le dieren á cargo.

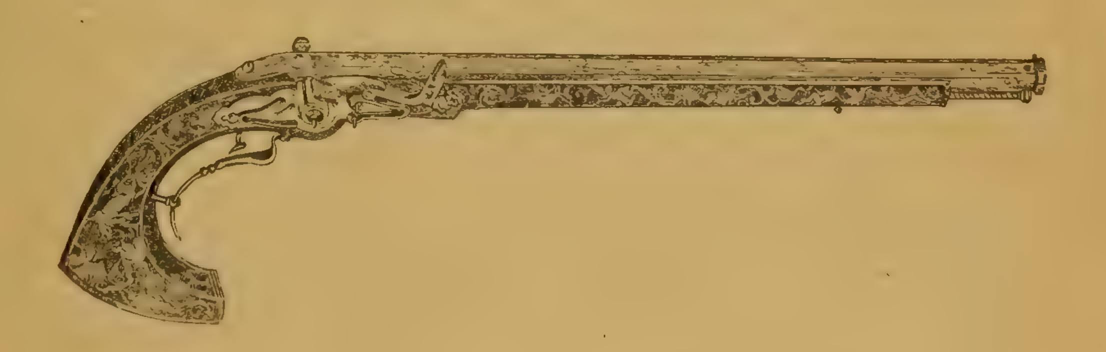
P.—¿Qué cosa es pólvora y de qué es hecha la pólvora?

R.—Es la cosa más fuerte qué hay en el mundo; hácese de azufre y carbón y salitre: el azufre sirve de encender y el salitre de rempujar; el carbón de acompañar los dos materiales y levantar, y si acaso fuere que estando mojada la pólvora se encendiese, por respeto del carbón no apagaría el viento; llámase pólvora porque primero que sirva se hace polvo muy menudo, y cuanto más molida es mejor, aunque hace más efecto estando granujada que no estando en polvo, porque está más hueca para recibir más presto el fuego, y se quema mejor. Es necesario que el artillero sepa hacer pólvora y enjugalla sin sol y sin fuego; y si estuviere en una nao y se le dañase, en el navío donde fuere, ha de saber dalle fuerza sin metella en molino ni en mortero, ha de saber apartar cada material por sí cuando fuere menester.

P.—Todo eso que decís es muy gran razón; decidme, ¿cómo la reconoceréis, y cómo le daréis más fuerza de la que tiene?

R.—Si hubiere de probar dos ó tres pólvoras, tomaré de todas partes iguales, enjugarla he y ponerla he sobre una tabla limpia, y darle fuego á una de por sí; y aquella que me levantaré con mayor ímpetu y dejare más limpia la tabla, será la mejer; la buena no ha de dejar granos ningunos, y si dejare algunos, han de ser pocos, y muy blancos y muy chicos. Si la tal pólvora que me diesen á cargo en la tal fortaleza ó uso en que fuere, y quisiere darle más fuerza de la que tiene, si tuviese un poco de salitre, cocerlo hia en un poco de agua y pornía mi pólvora al sol, y con un hisopillo de espartos ó de otra cosa rociaría con aquel agua del salitre la pólvora, tanto hasta que gastase el agua; y si no tuviese salitre tomaría para cada arroba de pólvora una libra de la propia pólvora, y hervirla hía y írseme hía el azufre abajo y el carbón subiría arriba del agua y el salitre se desharía en el agua, y con esta agua ruciaría mi pólvora, teniéndola al sol hasta que se gastase aquel agua, que no ha de ser mucha: este es el remedio que tiene la pólvora para dalle fuerza sin metelle en molino ni en mortero; y para enjugalla sin sol y sin fuego es menester, si está en parte donde hay cal

viva, tomar de la cal y echarla en unas botijas ó en una caldera, y echarle un poco de agua, y allegar la pólvora donde estuviere la cal en la vasija y revolvella; y si estuviere en parte donde no hubiere cal, hacer un aventador y darle aire con él, revolviéndola a menudo; para enjugalla con fuego, lo más seguro y mejor es hacer un hornillo como de buñolero, y poner en él una caldera grande, la media de agua, y cuando esté hirviendo el agua meter otra caldera pequeña y metella dentro con pólvora y revollvella hasta que esté enjuta, y de esta manera no se encenderá y se enjugará muy bien.





Petrinal — Pistolete

P.—Después que el artillero sabe reconocer su pieza y la pólvora y otras cosas necesarias para ella, ¿qué es lo que más le conviene para tirar?

R.—Lo más necesario es sacar el tiro de la pieza, y medir la distancia de la tierra, y saber la carga que demanda la pieza, conforme la calidad de la pólvora que tiene presente, y saber con cuál pólvora trabaja más la pieza, y en qué puntería hace más efecto; y cerca desto quiero decir alguna cosa, que si no me hallase con estrumentos para tomar la longitud de la tierra adonde tiro, tiraría un tiro teniendo en cuenta con la puntería con que tengo la pieza; este tiro me tomaría la longitud y acabaría de conocer bien la pólvora, que á esta causa se dice que el primer tiro es de la pieza y los demás del artillero: más efecto hacen dos libras de pólvora de arcabuz que cuatro de cañón, y más tiros se tiran con pólvora de arcabuz que no con pólvora de cañón, porque no se calienta tanto con la pólvora de arcabuz como con la de cañón; la carga natural de una pieza, pesando la bala de doce libras abajo, es la mitad de lo que pesa la bala, de pólvora fina, y de pólvora de cañón otro tanto, y para probar una pieza háse de echar peso de una bala de plomo, que sería la tercia

parte más de lo que pesa una de hierro; entiéndase que si la bala de hierro pesa doce libras, se han de echar de pólvora de cañón diez y seis libras, y de pólvora fina ocho.

P.—¿Por qué revienta una pieza de artillería?

R.—Revienta por muchas cosas: por llevar carga demasiada y por no llegar la bala al taco, y por ir el navío amurado y ir la boca de la pieza debajo del agua, y por no quitarle la escofia con que está tapada la boca, y por haber echado alguna tierra ó clavos dentro de la pieza.

P.—Si por ventura una bala, estando cargada una pieza, no la pudiésedes llegar á la pólvora, ¿qué se había de hacer para no reventar la pieza?

R.—El remedio que tiene es echar un poco de agua en la pieza y darle un golpe en el zoquete, y si no quisiere llegar á la pólvora, será por mal barrenada; es menester abajar la boca de la pieza y echar un poco de agua por el fogón, de manera que salga por la boca como tinta; saldrá en aquel agua toda la fuerza del salitre; después que se haya escurrido un poco, echar pólvora por el fogón y darle fuego, y echará la bala fuera sin perjuicio de la pieza.

P.—¿Qué hace á una pieza ser cabizuda?

R.—Si está en la pieza ser cabizuda, causarlo ha tener los muñones traseros, que se entiende tener casi tanto metal de los muñones adelante, como de los muñones atrás; y si está en la caja, hacerlo ha gastar el eje trasero y los muñones delanteros; la pieza que fuese cabizuda, para hacer buen tiro con ella es menester, si tiene la pieza la culpa, después de apuntada, ponerle dos servidores de un verso atados con un rebenque, ponérselos sobre el cascabel de la culata, y sino, después de apuntada, darle un rebenque contra la caja con un garrote; y si está en la caja ser cabizuda la pieza, es menester hacer un cajoncito pequeño en la contera de la caja, y poner allí algunas balas de las suyas, con un pan de plomo, y desta manera no dará enmedio del camino con la bala, que por no saber esto los señores artilleros, daban en medio del camino con las balas de navajas y cadenas, que como era mucho el peso de las piezas cabeceaban al tiempo que salía la bala, abajaban la boca de la pieza y no allegaba la bala al medio camino.

P.—¿Por qué da avieso una pieza?

R.—Da avieso por muchas cosas: por no estar el ánima derecha, y por no estar las ruedas iguales, ser la una más alta que la otra, ó por correr cuando recula más la una que la otra, y da avieso por no asentar los muñones en los estribos por escuadría, y da avieso por no estar aserrada la boca por escuadría, y por no estar la plataforma ó planchada donde está la pieza nivelada; en el mar da avieso por no aflojar el braguero y retenidas por aparejo.

P.—¿En qué puntería tira menos una pieza y en qué puntería tira más?

R.—En la puntería que tira menos una pieza es cuando se tira en punto en blanco: que se entiende estar el ánima nivelada; llámase la linea horizontal, y cuando está apuntada en cuarenta y cinco grados, está tira más tira, y allí alcanza todo lo que de puntería puede alcanzar; llámase estando en esta puntería la linea diagonal; pero no hay ninguna pieza de las que hay encabalgadas que se pueda poner en esta puntería de tira más tira, á causa que son las ruedas pequeñas; sería necesario para ponella en esta puntería alzar las ruedas con unos tablones ó hacer una hueca en el suelo por donde corriese la contera de la caja.

P.—¿Cómo se encabalgará una pieza de artillería en la mar sin aparejo y en tierra sin cabrilla?

R.—En la mar tomaría dos pipas vacías y atravesaría encima de ellas, estando las pipas derechas, una barra de cabrestante; y con otra barra haría alza prima, y de esta manera alzaba la pieza atándola por las asas, y metería debajo della la caja (1) sin ruedas, después le pondría las ruedas, alzando de un lado con dos espeques; y en tierra haría con tres palos una tijera y con otro haría un alzaprima, y desta manera la encabalgaría.

P.—¿Qué piezas son las que se usan en la carrera de Indias, y cómo se llaman, y qué peso tienen, y qué es lo que tiran de bala?

R.—En la carrera de Indias andan falconetes; pesan á seis quintales; tiran de bala libra y media ó dos libras; tiran de punto en blanco 600 pasos, y á tira más tira, dos tantos más: hay falcones; un falcón pesa siete ó ocho quintales; tira de bala dos libras; alcanza de punto en blanco 700 pasos, y á tira más tira, dos tantos más, un medio sacre pesa de 10 hasta 14 quintales; tira de bala de dos y media á tres libras; alcanza de punto en blanco 700 pasos, y á tira más tira, dos tantos más; un sacre pesa de 18 hasta 24 quintales; tira cinco libras de bala, alcanza de punto en blanco 900 pasos, y á tira más tira, dos tantos más; una media culebrina pesa de 27 á 32; tira de bala á siete y á ocho y á nueve libras; alcanza de punto en blanco 1,000 pasos, y á tira más tira, dos tantos más; entiéndese estos pasos de los comunes, que el primer paso es de tres piés, y los otros de dos, que pasos geométricos son cinco piés cada paso; para alcanzar lo que digo hase de tirar la mitad de lo que pesa la bala de pólvora fina de arcabuz, y de pólvora de cañón otro tanto de lo que pesa la bala; y fuera de estas piezas que son las comunes que andan en la carrera, hay medios cañones de batir que pesan á 34 quintales; tiran de bala á seis y ocho libras; hay algunos pedreros de nueve y diez quintales, que en la bala que tiran no se tiene cuenta en el peso, por ser diferente el peso de las piedras; pero tiénese cuenta que la cámara que está hecha para la pólvora del pedrero, ó de cámara del falcón, échase la mitad de la cámara de pólvora, por ser fina la que ahora se gasta, y la otra mitad de la cámara ocúpase de filásticas porque no se reviente. Fuera de estas piezas que se usan en la mar, son muchas las diferencias de las piezas que se traen en campaña y hay en los presidios: en campaña se traen esmerilejos, falconetes y falcones,

(1) *Cureña.*

medios acres; suelen traer trabucos y morteretes, medias culebrinas de campo y culebrinas de campo; medios cañones y cañones de batir; hay esmeriles, brizalos, rivadoquines; hay esmeriles, culebrinas bastardas que pesan más de cien quintales. Poner el peso de cada una de estas piezas sería cosa incierta, porque son diferentes los fundidores; pero siendo hábil el artillero, sabrá con cualquiera de ellas lo que ha de hacer.

P.—¿Cómo escogeréis la pólvora que tuvieseis á cargo para la artillería de la nao ó fortaleza, y si algunas balas viniesen justas, cómo las achicaréis siendo de hierro colado?

R.—Tomaré para escoger las balas que quisiere; cortaré un palito del tamaño del ánima de la pieza y mediré tres veces aquel palito con una hebra de hilo, y la bala que cercare aquellos tres tamaños del hilo al justo, será buena para la tal pieza, y si acaso fuese que no se hallasen las balas sino justas, será menester recocellas en



Sorpresa del fuerte de Zutphen en 1591. Copia de un grabado de la época.

el fuego dos ó tres veces y remojallas con agua y vinagre, y ha menester el artillero, primero con un zoquete una tabla redonda clavada en el zoquete que sea á justo de la pieza; es menester que mire si la munición está igual; si el barreno postrero que se barrenó llegó al fogón, y si acaso fuese que probando una bala si viene bien á la pieza, se le soltase de la mano, encargarse ha junto al fogón, y si está la pieza descargada, será menester echarle un poco de pólvora por el fogón; y bajando la pieza, echará la bala aunque está mal apretada, dándole fuego.

P.—¿De qué manera tiraréis una pieza en la mar sin cajas y sin ruedas, y en la tierra?

R.—Tomaré en la mar dos barras de cabrestante dende la cinta de la posta á la puerta del navío, y pondré los muñones encima de las barras dándole un aparejo á las asas y un rebenque al cascabel, ó atravesar un espeque debajo de la cámara de la pieza para hacer la puntería, y para tirar la pieza en tierra sin caja tomaré dos maderos á la larga y haré asiento para los muñones en ellos, y desta manera la tiraré, ó á necesidad la tiraré al suelo.

P.—¿Si estuviese abordado con un navío y no pudiese meter el cargador ni meter la pieza dentro por estar el navío embarazado, cómo la cargará?

R.—Tomaré un cartucho lleno de pólvora, y por la posta por donde sale la pieza sacaré el brazado y meterle he dentro la pieza, y sobre él porné la bala ó linternas que quisiere tirar, y botar la pieza, sacar todas las cuñas para que abaje la culata y alce la boca, dando dos ó tres golpes para que llegue abajo el cartucho y la bala.

P.—Si estuviéredes surto con un navío en un puerto de mar, y viésedes venir otro navío á entrar en el puerto, ¿cómo tomaríades el punto de la pieza para tirarle, porque conviene por dos cosas tirar al navío que viene de fuera, lo uno por dar aviso á la gente del navío que venga á bordo y dar arma á la gente del pueblo?

R.—Tomaré un botón de cristal y de plata si le hubiere, y si no, tomaré una pulgada de cuerda de arcabuz encendida, y ponerlo he sobre las molduras de la boca, el fuego hacia mí, y desta manera tomaría el punto y tiraría al navío, de manera que hiciese antes el tiro bajo que no alto, porque es más cierto tirar el tiro bajo que no alto, especialmente por la mar, que sino al efecto del golpe lo hace del salto.

P.—Si viniéredes á entrar en un puerto y no tuviéredes áncoras para surgir, ¿cómo tiraríades una carta á tierra con una balla? ó si pasáredes por el puerto de la Habana, ó por otro cualquiera, ¿cómo daríades aviso de pasada sin surgir?

R.—Cargaré la pieza con menos de su carga y echaré encima de la pólvora un poco de la tierra de fogón ó un poco de arena, y porné un taco encima de filásticas, y tomaré una bala pequeña envuelta en un trapo, atándola muy bien con un hilo de vela que sea tan largo que quede media braza fuera de la pieza, y en aquel cordel ataré la carta, y tiraré la bala adonde vea la gente que me mira; de manera que no haya daño y vean la carta que va atada á la bala.

P.—¿Si yendo por mar faltare la pelotería, para tirar gorguces ú dardos, cómo los tirará?

R.—Después de echada menos pólvora de su carga en la pieza, porné encima de la pólvora un zoquete de palo que tenga cuatro dedos de largo y que casi venga justo á la pieza; ataré los dardos ó gorguces que cupieren dentro de la pieza y meterlos he que lleguen á este zoquete, y haré la puntería baja, porque sobrepujan mucho, haciéndoles un abujerico de una pulgada en hondo en las batallas para que los gobierne en lugar de plumas, y desta manera me serviré de los gorguces.

P.—¿Cómo se clavará una pieza de artillería sin dar golpe ni martillada?

R.—Tomaré un tornillo de acero que sea seguido, templado, que sea muy fuerte, y este tornillo dará algunas vueltas metido en el fogon, y cuando haya fecho presa, tiraré dél hacia un lado; y quebrará por la rosca más trasera, ser más delgada, y de esta manera clavaré por una pieza sin dar martillada.

P.—¿Cómo se podrá servir de la tal pieza sin desclavarla ni hacer fogón por otra parte, porque á la hora que me la clavaron me quisieron dar la batalla?

R.—Sería menester para servirse desta pieza, meter el limpiador apretado y tirar réciamente del; sacará para fuera el polvo de la pólvora y derramar un poco de más pólvora por la boca, y cuando estuviese asestada la pieza darle fuego por la boca, y si no hubiese lugar para desclavalla, tornarla á clavar y hacer lo propio, y desta manera podrá tirar con la pieza clavada todo un día, y hará mas efecto que con otro fogón.

P.—¿Qué remedio para que la pieza no cobre fuego cuando se tiran muchos tiros aprisa, especialmente cuando se tiran con cartuchos?

R.—En acabando de tirar, atapar la boca y el fogón es mejor que no limpialla, porque con el aire que hace el limpiador se enciende más el pedazo del lienzo del cartucho que quedó dentro, y para esto convenía que los cartuchos fuesen de pergamino ó valdés ó badana, que por ser de lienzo se han matado muchos artilleros ellos propios, por no atapar la boca en acabando de tirar.

P.—Si me hallare en alguna parte de las Indias y tuviese pólvora y plomo, y no tuviese artillería, ¿qué haría para defenderme de los enemigos?

R.—Tomaría de los árboles más recios que hallase, y barrenados ya por de dentro como bomba, y no le haría más munición que cupiese un hueco, y dejaría por barrenar dos palmos de él, y allí le haría su fogón con una barrena pequeña, y si tuviese aros de pipa de hierro, echarle bien unos cercos por de fuera, y sino con unas cuerdas lo ataría á trechos, y desta manera tiraría con estos árboles balas de arcabuz y de mosquete; podría tirar si fuese de braza y media de largo, más de 600 pasos con balas de mosquete.

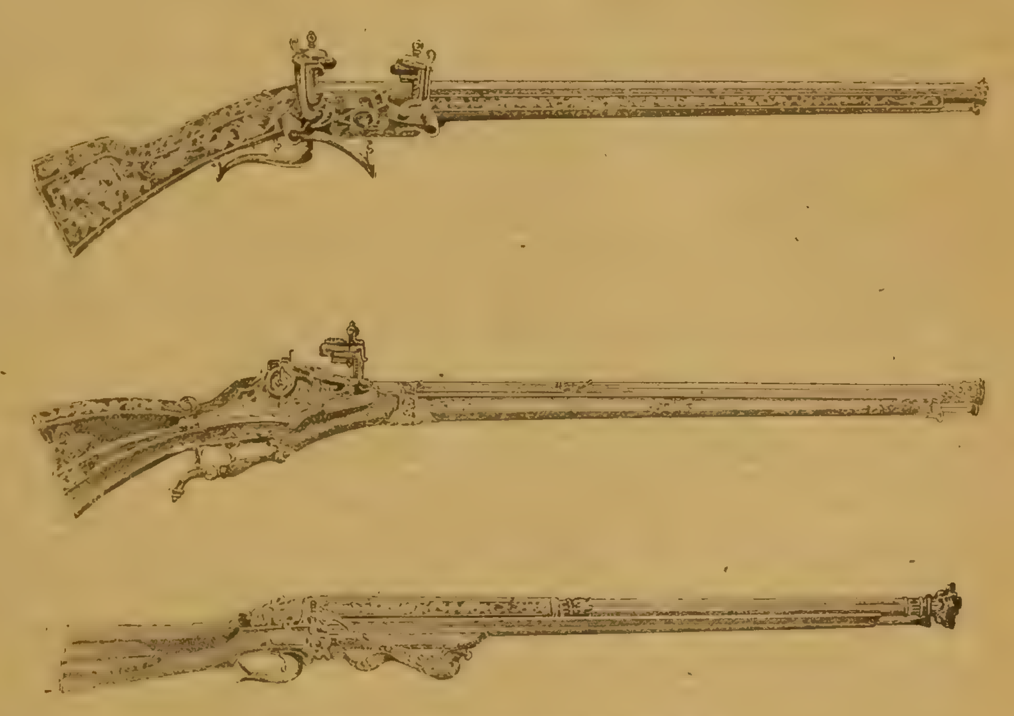
P.—Si estuviese hecho un fuerte de arena que no se pudiese mirar, ¿qué remedio habría para que se derribase la cerca sin la artillería y sin minalla?

R.—Tomaría unos trozos de higuera barrenados por de dentro tan huecos que cupiese el brazo, porníales unos aros de hierro, y meterlos bien en la tapia ó muralla a raiz del suelo; metidos que estuviesen derechos hacia arriba, habían de estar apartados el uno del otro tres ó cuatro palmos, haríales los fogones por la parte de abajo y darles hia fuego, de manera que tomasen el fuego todos a un tiempo, y desta manera derribaría la muralla por la parte de dentro, y sino toman fuego á un tiempo, no harán efecto; y si quisiere saber la gente que está detrás desta muralla y qué es lo que hacen, tomaría un espejo y atarlo hia á la punta de una pica, de manera que estando la pica derecha esté el espejo con la luna para abajo y poner otro en el suelo de manera que se mire la una lumbre con la otra, y en la lumbre de abajo veré la gente que hay, y qué es lo que está haciendo.—Todas estas cosas es el artillero obligado á saber, y mas hacer una mina si no hay ingenie-

ros en la parte donde estuviese que lo haga; ha de saber hacer unos cestones, sabellos poner en la parte donde convenga; ha de saber quemar la lagina, y si la echan en el foso para dalle el asalto; ha de saber hacer fuegos artificiales, lo cual no pongo aquí por no ser prolijo, ha de saber hacer una contramina si le minasen la fortaleza donde estuviere.

P.—¿Como podreis saber, estando en una fortaleza, si la minan, y por dónde viene la mina?

R.—Tomaré un poco de azogue y un bacín de barbero, y ponerlo he en aquella parte donde tuviese recelo que viene la mina, y como minasen temblará el azogue; y si no tuviese azogue porné un cascabel encima del atambor y desta manera andaré requiriendo toda la fortaleza, y si minan temblará el cascabel encima del parche del atambor.



Mosquetes ornamentados de fines del siglo XVI principios del XVII

El más antiguo de los artilleros mayores de la flota de Indias y visitador de ellas, fué Francisco de Molina, militar de honrosa historia, pues sirvió en el ejército y la armada desde el año 1542 y figuró con lucimiento en las guerras de Francia, Alemania, Flandes, Italia y Africa; á éste sigue Andrés de Espinosa, nombrado en 1576 artillero mayor de la casa de contratación, y autor de la cartilla ó *Preguntas*, preinsertas, aunque no de un *Diálogo de Artillería*, cuyo autor se ha confundido con éste por llevar el mismo apellido (1). El cargo que Espinosa desempeñó, quedó vacante en 1592 á 93 y fué suprimido para agregarlo á la escuela del Dr. Julián Firrufino (2), maestro é instructor de artilleros en Sevilla y autor de algunos escritos didácticos que no llegaron á imprimirse, cuyo profesor enseñó y habilitó en dos años 200 individuos; y posteriormente también tuvo escuela y puesto de artillero mayor Andrés Muñoz el Bueno, autor de una *Instrucción y regimiento para que los marineros sepan usar de la artillería con la seguridad que conviene*. Aparece como tal artillero mayor en la Real cédula de 21 de Noviembre de 1600, en que consta haber habilitado Muñoz en el ejercicio de

(1) Cristobal Espinosa.

(2) Carrasco, *Bibliografía artillera* en el *Memorial de Artillería*, Año XXXVII, Serie 3.ª, Tomo III.

su cargo 1,500 artilleros españoles. Su obra fué impresa en Lucena el año 1642. Por último, y con objeto de cerrar la lista de artilleros mayores y capitanes de la artillería de las flotas de Indias, consignaremos los nombres de D. Juan de Meñdoza, D. Felipe Manrique y Gaspar González de San Millán, que ejercieron estos cargos en la primera mitad del siglo XVII. Gaspar González es autor de un notable *Tratado de Artillería*, á que ya hemos hecho referencia, y que ha dado á conocer el Sr. Fernández Duro en los Apéndices á sus *Disquisiciones náuticas*. Importa mucho conocer esta obra para apreciar los progresos de la artillería y fundición desde mediados del siglo XVI.

Las preeminencias, prerogativas é inmunidades concedidas á los artilleros de las armadas y flotas de las carreras de las Indias, constan en reales cédulas despachadas en Madrid el 6 de Mayo de 1595, en Anseca el 1.° de Abril de 1597, y en otras tres, dadas en los años 1600, 1604, 1608, 1612, 1614 y confirmadas en 1635. Concretándonos á las dos primeras, expedidas por Felipe II, diremos que se conceden á aquéllos, exenciones iguales que á los artilleros del ejército, ordenándose además que de todas las causas civiles y criminales tocantes á ellos hayan de reconocer y conozcan en la primera instancia, estando, en tierra en los reinos de Castilla, los Presidentes y Jueces oficiales de la Casa de Contratación de Sevilla, y en el mar ó en las Indias los capitanes generales de las armadas y flotas en que sirvieren «y en grado de apelación de todo, dice el Rey, mi Consejo Real de las Indias é no otra Justicia ni Tribunal alguno.» En cédula de 1597, que en ninguna parte donde residieren se les obligue á ejercer cargos concejiles ni se entiendan con ellos las pragmáticas concernientes á los trajes.

Cuanto á las obligaciones de los artilleros de mar, hállanse expresadas en el *Diálogo anónimo entre un vizcaíno y un montañés, sobre contrucción de naves*, y en el *Itinerario* del capitán Escalante de Mendoza, de cuyas dos obras tomamos los siguientes párrafos:

«Los artilleros, todos en general, y cada uno en especial, deben acudir á embarcar la artillería en su galeón, encabalgarla en sus cajas bien ensebados los ejes y ponerlas en sus portas y arrizarlas en sus palanquines y bragueros; y en saliendo á la mar reconocer cada uno la que le tocare, y poner cerca della á recado á las latas de la cubierta, su cuchara ó cargador, atacador, lanada y sacatrapos, y ponerle una corcha en la boca, muy justa con un cordón que pase por medio della, y el otro cabo atado á la joya de la pieza, para que en destapándola no se caiga á la mar, y en el fogón un tapón de estopas con sebo y un pedazo de plancha de plomo para taparle, atada con un cordón á la culata della. Meter en una chillera, que ha de estar cerca de la pieza, seis balas rasas de su calibro; una palanqueta ó bala de cadena, para que estén prestas; poner encima de la pieza un pedazo de alona clavado con tachuelas, y con tinta ó almagre, señalar en guarismo el calibro ó libras de bala que tira. De ocho á ocho días desarrizarla y estirar los palanquines y braguero para que al tiempo de la ocasión no estén broncos, y que se limpie y saque la suciedad que estuviera debajo della. Cuando peleare con el enemigo, hágalo con desenfado y no se dé prisa en disparar al largo, sino dejarle llegar muy cerca, por manera que no se yerre el tiro, haciendo toda buena puntería. Cuando le tocare cualquiera de las guardias, así del botafuego como del timón, estar con vigilancia y cuidado, y de ordinario acudir á ayudar á los marineros, particularmente en las ocasiones de tormenta, que es obligación precisa ayudar á los de su profesión, pues por ser uno de los buenos della, se le dió plaza de artillero con dos ducados de ventaja. Hay algunos bachilleres que tienen entendido que en siendo artilleros no les pueden mandar nada, ni están sujetos al capitán general de la armada, ni deben de acudir sino á su artillería; pues han entendido mal, porque el Capitán general es sobre todos, y los artilleros y condestable van á orden del capitán de mar del galeón donde se embarcaren, no yendo embarcado en él el teniente general de la artillería, y deben acudir en el puerto á amarrar y desamarrar el galeón, y en la mar á todas las faenas que se ofrecieren... Su alojamiento es en el rancho de Santa Bárbara, con el condestable (1).»

(1) *Dilogo* citado, § *Artilleros*.

Los lombarderos, dice Escalante, mirando su artillería, que esté siempre limpia y aparejada, la pólvora guardada, juntas las pelotas, en cada una pieza las suyas, y los moldes y sacapelotas y cucharas y atacadores, y todos los más instrumentos á recaudo, y las piezas con muy buenas retenidas y siempre puestas á punto, de manera que en la mesma hora y momento que el capitan ó maestre las mandare tirar, se pueda hacer sin dilacion alguna. Y nunca el lombardero les debe dar fuego de su oficio sin licencia de qualquiera de los mandadores, si no fuere en algun caso particular que se ofrezca ser necesario, como algunas veces suele acaecer. Y cada y cuando



Un soldado de *la Invencible*, Frey Lope de Vega y Carpio

que qualquiera de los dichos oficiales tuviere necesidad de ayuda para hacer bien y acertadamente su oficio, qualquiera de los demas que dentro estuvieren seran obligados a le ayudar y favorecer en qualquier manera que tuviere necesidad de dicha ayuda (1).

Hemos expuesto con la posible brevedad la marcha que siguió la artillería en esta época, la organizacion, prerrogativas, obligaciones de los artilleros, así como la instruccion que recibian; tócanos ahora hablar de los escritores didácticos más importantes para completar esta reseña.

Citamos, al hablar de Andrés de Espinosa, el diálogo de artillería que con el título de *Alvaradina*, escribió Cristóbal de Espinosa, artillero del ejército, y aunque no sea este manuscrito la primera obra española de artillería, pues existe otro compuesto hacia los años 1550 por Luis Ortiz, sin con-

(1) *Itinerario* citado, § *Lombarderos*.

tar los que pueden haberse perdido ó ser desconocidos, merece figurar en preferente lugar por los conocimientos que encierra. El autor divide su obra en cinco tratados, en los que se ocupa respectivamente de la pieza, la pólvora, el proyectil, manejo de todas estas cosas y modo de hacer los fuegos artificiales. No hemos podido examinar este interesante manuscrito, pero ateniéndonos á lo que dice de él el distinguido bibliógrafo Sr. Carrasco (1), consignaremos que el autor habla, entre otras cosas, de *unas balas huecas de bronce llenas de pólvora fina y mixtura para que revienten*; dice «que tiene por cierto y posible el poder hacer pólvora sorda metiendo otros materiales en lugar del carbón; y al ocuparse de las balas que las había «de arambre y estaño,» y de hierro y estaño huecas para meter en alcancías de fuegos artificiales llenas de pólvora fina y mixtura, también de plomo con dados de hierro, y se podían improvisar de palo, agujereadas y barrenadas, llenos de plomo ó estaño todos los vacuos». Al tratar de las cargas sienta que la regla general viene á ser de 4/5 del peso de la bala para las largas de hechura de culebrina, de 2/3 para las cortas de la de cañón y de 1/4 para morteretes, pedreros y trabucos; también da una tabla de alcances calculados y prácticos en la que aparecen por ángulos de 45 grados los alcances máximos de 3,500 pasos para todo género de piezas, de 9,000 para los cuartos de culebrina, 13,500 para las medias culebrinas y 18,000 nada menos para las culebrinas hasta las de 48 libras (2). Otras muchas noticias da el autor no menos importantes para conocimiento del estado en que la artillería se encontraba en su tiempo. Las pocas que se tienen de una obra mandada escribir por el Consejo de la Guerra á Alonso de Salamanca, cabo y maestro mayor de artillería en Trápani (Sicilia), de 1582 á 1590, y las alabanzas que mereció, prueban su mérito, así como las dificultades con que tropezaban los autores para dar á la estampa sus trabajos, siendo muy posible que éste no llegara á ver la luz.

Ya había por este tiempo aparecido la *obra chica* de Collado (1586); esto es, la *Prattica manuale di arteglieria*, que aunque escrita en otro idioma se considera como la primera de esta clase publicada por autor español. Distínguesela con aquel dictado por existir la española, más extensa y por lo mismo denominada *obra grande*, cuyo título es *Plática manual de Artillería en la cual se trata de la excelencia del arte militar y origen de ella, y de las máquinas con que los antiguos comenzaron á usarla, de la invención de la pólvora y artillería, del modo de conducirla y plantarla en cualquier empresa, fabricar las minas para volar las fortalezas y montañas, fuegos artificiales; varios secretos é importantísimos advertimientos al arte de la artillería y uso de la guerra, utilísimos y muy necesarios. Y á la fin un muy copioso é importante examen de artilleros* (3). Luis Collado llegó á ser general de artillería y prestó la mayor parte de sus servicios en Italia, donde fué *ingeniero* del ejército de Lombardía y Piamonte (4). Dice que escribió su primera obra para refutar la crítica de los ignorantes de poca práctica, y añade que dará á luz una obra de fortificación, lo que, según parece, no pudo verificar.

La *Plática manual de Artillería* de Collado es obra algo conocida, y esto nos ahorra dar de ella detalladas noticias. Propúsose el autor tratar los puntos más esenciales de artillería, como son fundición, dimensiones, calibres, cargas, transporte de los cañones, construcción de las cureñas y formación de los juegos de armas, fabricación de pólvora y composición de los fuegos de artificio, etc. Y á fuerza de observación, llevado sólo de sentido práctico, descubrió y comprobó, apuntando con un falconete los diferentes puntos de la escuadra, que los alcances sobre el semirrecto eran menores que los equidistantes bajo de él. Propúsose también fijar reglas fundadas en la experiencia para la fabricación de minas y contraminas, y reducirlas á un sistema; y en efecto, como él aseguró á Felipe II, puede asegurarse que fué el primero que dió luz sobre materia tan ardua, pues sus reflexiones y avisos á los minadores son dignos de aprecio y deben considerarse como norte para el adelantamiento de semejantes trabajos.

(1) *Bibliografía artillera* antes citada.

(2) Es de creer que haya ocurrido aquí una equivocación de copia.

(3) Imprimióse en Milán por Pablo Gotardo Poncio en 1572 y forma un tomo en folio de 117 hojas con dedicatoria al Rey.

(4) El ingeniero Luis Collado nació en Lebrija, provincia de Cádiz, en la primera mitad del siglo XVI, y murió á fines del mismo. Ni D. Vicente de los Ríos, ni Salas, Diana y Carrasco adelantan otras noticias biográficas de este autor que las consignadas en el texto.

Para que nuestros lectores se formen idea del estilo de esta obra, insertamos á continuación un fragmento del quinto tratado, en el que Collado expone en forma dialogada las cualidades que deben adornar al general de la artillería, la importancia de este cargo y sus atribuciones. Es la cuarta de las diez y seis *Siestas ó razonamientos* en que se halla dividido aquél, y trata en ella del ***orden de campar y marchar con el Artillería:***

General.—Creo, señor teniente, que por complacerme V. merced á mí, y entretenerme las siestas con tan importantes razonamientos que se han tratado en ellas, se le debe de hacer agravio al sueño.

Teniente.—Antes, señor, me parece que haría agravio á sí mismo quien pretendiese satisfacer al sueño en un tiempo tan pesado y donde conviene ir buscando ocasiones en que divertirlo.

General.—Prosiga, pues, V. merced, lo propuesto, porque gusto en extremo de oirlo.

Teniente.—Ya, señor, en las siestas pasadas V. señoría habrá notado las muchas y muy importantes consideraciones y advertimientos que ha de tener un egregio General de Artillería en conducirla y plantarla, y meter asedio y batir una fortaleza.

General.—Yo, señor, lo he bien notado todo, y aun entendídolo, según la capacidad de mi ingenio.

Teniente.—Quedamos por decir en qué modo, y con qué orden se debe marchar con el Artillería, formar los quarteles de ella y alojar en la campaña.

General.—En verdad, la plática será para mí muy deleitosa, por cuanto aunque como V. merced sabe diversas veces me he hallado á marchar con un ejército, y conducido á vuelta de los otros tercios, y gobernado el mío. Pero en lo que toca á alojar el Artillería, formar y guarnecer los cuarteles de ella y de las municiones y maestranza, en esto jamás me impedía como cosa que no me tocaba, pero holgarme he de entenderlo de V. merced agora, para prevalerme cuando la necesidad se ofrezca.

Teniente.—Acerca, señor, de la materia que se pretende tratar, como sea cosa de grande importancia, grandes consideraciones se han de haber acerca de ella. Porque cosa cierta es, que antes que al deseado lugar se acerque un ejército, no solamente se pasa por provincias y tierras extrañas, y que por la mayor parte le son enemigas, hanse de pasar muchos y muy incógnitos ríos, lagunas y lodaceros, y otros muchos pasos ásperos y peligrosos, pero aun en los caminos largos, muchas noches le converna alojarse y alvergar en la campaña, y aun no pocas veces se hallará ser asaltado de los enemigos, y forzado á escaramuzar y pelear con ellos. Por los cuales accidentes, el ir siempre con buena ordenanza, el echar puentes con presteza, el elegir para el Artillería alojamiento seguro y con ventaja, siempre fué muy alabado en cualquiera general de ella. La primera consideración, pues, será esto: que conviene saber si el campo enemigo es superior, igual ó inferior al suyo, por cuanto, según será poderoso, así conviene hacer el reparo. No dejándose caer jamás en descuido, ni estimar en poco el enemigo, por cuanto no pocas veces se ha visto que un pequeño ejército, viendo al campo contrario desordenado, se arrisca á hacer lo que otro muy poderoso no había hecho.

General.—En eso, Señor Teniente, V. merced habla ciertamente como soldado, porque no pocas veces en mi tiempo lo he visto y señaladamente en Flandes en la derrota de Gebelu (1), que cierto se puede tener por una de las maravillosas que en nuestros tiempos se han dado, donde tres compañías de caballos de el rey nuestro señor rompieron un campo de quince mil luteranos por hallarlos desapercibidos.

Teniente.—La segunda consideración es si marchando con un campo y habiéndose de hacer el alojamiento, si aquél ha de ser por una noche sola, ó por algún espacio de tiempo. Si será por espacio de tiempo, fuerza le será muy bien fortificar los quarteles del Artillería, con honda y bien entendida trinchera. Pero si será por una noche sola, bastará rodearla y ceñirla con los demás carros de la maestranza, excepto cuando fuese inferior su campo, ó entendiese alguna novedad del enemigo, que en tal caso cualquiera diligencia y reparo es necesario y provechoso. La disposición y forma del cuartel de la Artillería será redonda ó cuadrada, según que mejor comodidad el sitio le conceda, que aquesto poco importa. Pero si el sitio se podrá elegir eminente y alto, este tal de cualquier soldado prudente y plático fué siempre muy alabado, por ser como es de grande utilidad y provechoso, porque de allí descubre la campaña y guarda mejor el campo, ofende más al descubierto al enemigo y siendo asaltado de improviso se halla en puesto más seguro y ventajoso. Débese de dejar, como ya dijimos, tanta plaza siempre al rededor del Artillería quanta baste para que pueda escaramuzar la Infantería en torno de ella por defenderla. Rodeando con cierto intervalo los carros de la maestranza, tan apartados el uno del otro, que cómodamente entre ellos pueda pasar un soldado. Los soldados arcabuceros de la pólvora de otras hileras de carros de la guardia, con cincuenta pasos á lo menos, no se les permite acercarse á la Artillería cargada, ni menos á la munición de la pólvora. Las bocas de las piezas que para la defensa del campo serán cargadas, tendrán á la alteza de la cintura altas las bocas todas. Las otras particularidades de cargar las piezas, taparlas y cubrir los fogones de ellas, abajarles las bocas porque el agua del cielo no les entre dentro, por ser oficio de los Artilleros, no hay para qué de ello se trate; pues en mi obra intitulada: *Plática manual de Artillería*, copiosamente se declara. Los capitanes que de noche se pondrán de guardia al Ar-

(1) Gembloux.

tillería, que por la mayor parte son Tudescos; los quales lo tienen por preeminencia antigua, deven ser amonestados del General, y requeridos á hazer buena y diligente guardia.

General.—Decláreme V. merced, suplícoselo, Señor Teniente, eso que he apuntado, porque jamás he entendido por qué á la gente Alemana se la concede la guardia de la Artillería, antes que á los Españoles, ni á nación alguna.

Teniente.—Es, señor, de tanta importancia la guardia del Artillería, y de tanta confianza y honra, que en nuestros ejércitos jamás se fiaba sino de la gente Española, y los Tudescos, como hombres que siempre tuvieron por intento principal el ser fieles, y juran fidelidad quando van á servir á sus Príncipes, pareciéndoles que el no admitirlos á la guardia dicha de el Artillería, era fiar poco de la gente de su nación, que de tan fiel se precia, lo tenían por grande afrenta y se resumieron finalmente de no servir más en la guerra, si no los admitían á la guardia de la Artillería, lo que visto por los Generales de las Magestades Cesárea y Católica, y su intención ser buena, y fundada su honra, absolutamente les concedieron la merced dicha.

General.—Cosa fué por cierto justa, y digna de tan buena zelo como aquella nación mostraba.

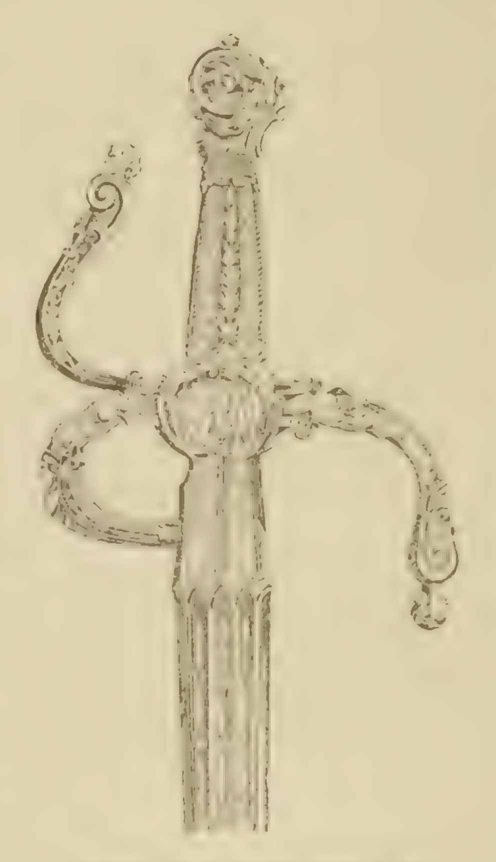
Teniente.—Tornando al razonamiento de la buena guardia del Artillería, digo que el General debe ordenar que las rondas y sobrerondas, y otras centinelas secretas, diputadas á la guardia de la Artillería, todos se redoblen en la noche, según que el caso y necesidad se ofreciere. Amonestando siempre á sus Oficiales á no dejar acercarse hombre alguno al Artillería que de ellos no sea conoscido y tenido en plática, porque de los hombres que no son conoscidos, siempre se ha de vivir con recato en los ejércitos, porque éstos por la mayor parte son enviados del enemigo á reconoscer y descubrir lo que pasa en el campo. Viniendo, pues, á tratar de la orden de marchar con el Artillería será aquésta. Que delante de ella por buen espacio de camino y por los lados, van las escoltas de caballos ligeros; los cuales en descubriendo alguna emboscada, ó otra acechanza de el enemigo, den inmediatamente aviso en el campo, y por medio de los verdaderos espías, y aun de hombres pláticos en aquel ejercicio informarse de la qualidad y natura de los caminos que se han de pasar con el Artillería. Si son ásperos ó llanos, si se hallan barrancos ó cerros altos, ó otros algunos pasos peligrosos, si ríos hondos que se requieran puentes para pasarlos, quánto sean hondos, y de qué cualidad el fondo ó suelo que hay en ellos, y finalmente, otras cualesquiera dificultades y nocivos impedimentos; y hallando algunos de aquéllos, debe procurar con la brevedad posible de deshazerlos y facilitarlos, allanando y picando las peñas, talando los árboles y bosques espesos. Hinchendo con sus leñas y con tierra los lugares hondos, enduresciendo por todo los caminos, ordenando los escuadros de los gastadores y gente de trabajo, en el modo infrascripto, conviene á saber que todos ellos van en ordenanza, una escuadra atrás de otra. La escuadra delantera lleva hachas con que van cortando los árboles, la segunda lleva hocinos para desmenuzar las leñas dichas y hacer de ellas faginas. A éstos siguen los picos de hierro, mazos y cuñas con que van rompiendo y igualando las peñas. La cuarta escuadra lleva palas de hierro, espuertas y azadones con que terraplenar y endurecer los caminos, para que no se ahonden en ellos los carros. A la ordenanza de los Gastadores dicha, siguen los carros que llevan los instrumentos y máquinas de encabalgar y desencabalgar el Artillería y tirarla; que son éstas, la cabria, la barcaza, los árganos con sus tallas, y la escalera, cordones ó gúmenas, martinetes, levas y banquillos, que comúnmente los Artilleros llaman burros. Después de estas ordenanzas, van todas las piezas menudas de Artillería que comúnmente llamamos de campaña, que son algunos falconetes y medios sacres, sacres y quartos cañones, y tras de ésta sigue la Artillería gruesa, que son los medios cañones y medias culebrinas, y cañones de batería, y entre medio de las piezas dichas, van otros instrumentos de encabalgarlas cuando se trastornan algunas de ellas, las quales piezas trastornadas, mientras se endurezcan, y tornan á poner encima de su caja, conviene que haga alto toda la demás Artillería, hasta haber recobrado una mínima pieza que sea. Y tras de el Artillería dicha, siguen los carros de las municiones, de la armería, y de toda las demás maestranza, con los barqueros, marineros y calafates, y todas las demás máquinas, bagajes y gentes que sirven en el estado del Artillería, y en él tiran ración y paga. Pero si marchando en campaña temiese el General de ser asaltado de el enemigo en la retaguardia, debe de llevar siempre algunas piezas cargadas en ella. Al tiempo que el ejército vadea algún río, ó pasa sobre puentes el ejército, ó se aloja, ó se desaloja con priesa el campo; entonces al Artillería se le ofresce mayores inconvenientes y más peligro, y de ella se debe tener mayor recelo. Por cuanto en semejantes ocasiones, cada uno procura de pasar seguro el agua, ó de alojarse primero y lo mejor que pueda, y entonces el cauto enemigo está pronto y vigilante para asaltarlo, y impedirlo. A todos los cuales peligros y accidentes dichos, el sabio y prudente general debe prevenir y proveer de competente remedio porque no le suceda algún desmán, ni afrenta en lo que toca á su cargo.

General.—Grande es, señor teniente, el contentamiento que tengo en oir el tan importante razonamiento pasado, y muy mayor me será quando ofreciéndose la ocasión, para poner en obra las cosas dichas, me hallaré acompañado de persona de tanta plática y experiencia, como V. merced se halla, y que tan bien sabrá regir y gobernar cualquiera empresa.

Teniente.—Para servir á Su Magestad y descansar V. Señoría por razón de lo que al cargo se toca, todo lo que yo sé y puedo es poco, á respecto de mi gran deseo.

Lo que más influyó en los progresos de la artillería fueron los adelantos hechos en las ciencias físico-matemáticas, pues una vez inventada la escuadra para dar las correspondientes elevaciones

a las piezas, y arreglada por Tartaglia, que para poder medir las elevaciones la dividió en doce partes y conoció que el tiro por el punto sexto era el del mayor alcance, se fue estudiando el problema de los alcances y formando tablas generales para conocerlos. El citado matemático fué el primero que inquirió de qué naturaleza era la curva que describen los cuerpos proyectos y cuáles sus propiedades, que aplicó despues al movimiento de los proyectiles lanzados por el cañon y el mortero; y su obra, detenidamente examinada por D. Diego de Alava, sirvió á éste de punto de partida para ilustrar la teórica de este ramo, é impugnar los errores en que Tartaglia habia incurrido. Creyó Alava que los alcances aumentaban ó disminuían á proporcion de los puntos de la escuadra, y guiado por la razón y repetidas experiencias descubrió la verdad. Uno y otro se habían consagrado á estudiar el movimiento de proyección; pero ignoraron la verdadera curva, que Tartaglia se persuadió era circular, asegurando que en los tiros horizontales era un cuadrante, mientras Alava hizo ver que nunca podia ser parte de un círculo: verdad sacada de entre las sombras con que la ignorancia tenía entonces envuelto el conocimiento de la naturaleza, digna de aprecio porque abria el camino para conocer la verdadera línea de los cuerpos arrojados, y, sobre todo, verdad de aquellas que solo pueden hallar los ingenios de primer órden, como puede conjeturarse por el descubrimiento de la línea del más breve descenso, semejante en su dificultad á la de proyeccion (1).



Espada del siglo XVI, atribuida á Benvenuto Cellini

En la biografía de D. Diego de Alava (2) hemos dado cuenta detallada de su obra *El perfecto capitan instruido en la disciplina militar y nueva ciencia de artillería*, publicada en 1590 con dedicatoria al rey D. Felipe II, así es que fuera ocioso repetir aquéllas noticias. Segun ya dijimos, contiene todo un plan de organizacion, un nuevo sistema de armamento y abastos, y numerosos y oportunos ejemplos y consejos sacados de la historia griega y romana. Puede juzgarse de su estilo por los siguientes párrafos que contribuirán á completar el cuadro que de nuestro ejército en el siglo XVI venimos trazando.

Trata el autor del armamento de la infantería y escribe lo siguiente:

«En lo que toca á las armas que en nuestro tiempo se usan, las mas ordinarias son la espada, la pica y la alabarda, inventadas por los suizaros: el arcabuz, la partesana, el arco y ballesta. Los piqueros, para ir bien armados, conviene que lleven un coselete cumplido con sus tacetas, hasta pasada la rodilla, las medias piernas de malla, y un buen capacete á media vista, la bragadura de hierro, braceletes, manoplas, guantes de malla, espada y daga. Y no tendría por negocio de poco provecho el traer una rodela atras, para valerse della en las ocasiones que la pica no pudiere aprovechar, como es cuando se pelea con flecheros y ballesteros, y en otros casos semejantes. Y al que le pareciere esta carga de armas demasiado, le remitiré á Vegecio, el cual atribuye los buenos sucesos que los roma

(1) Vicente de los Ríos, *Discurso sobre los mas ilustres autores é inventores de Artillería*. Tomo IV de las *Memorias de la Academia de la Historia*.

(2) Página 482.

nos antes de su tiempo tuvieron, al ir bien armados, y confiesa que las pocas victorias que en su era alcanzaron, fué por ir los soldados armados muy á la ligera, y el hallarse un soldado tan cargado de armas, le obligará á pelear, como hombre que no tiene esperanza de librarse por los pies de la muerte, que fué la razón que movió á los romanos á armar su gente con tanto peso de armas, como atrás he referido. Y el parecerles que el que no está bien armado, si no es de muy aventajado ánimo, piensa más en el modo que ha de tener para huir, que para vencer á su enemigo.»

Los arcabuceros, arqueros y ballesteros han de ir armados con cota, capacete y guantes de malla, y á falta de cotas, de corazas. Y los arcos y ballestas, aunque no estén muy puestas en uso, son armas de mucho efecto contra la gente que no está muy armada; y tiradas de cerca podrían ser de tanto daño como los arcabuces, y aun de mayor, y en tiempo de lluvias por la humedad de la pólvora. Y así se podría tener consideración á no excluir tan del todo este modo de ofender á los enemigos, y abrir la puerta á que los más soldados de nuestro tiempo escojan ser arcabuceros, que si no es por llevar mayor sueldo ó ir menos cargados, ó pelear de más lejos, no sé qué sea la razón de inclinarse más á esta arma que á la otra; y de haber tanto número de arcabuceros bisoños, sucede en algunas escaramuzas y combates, de quinientos tiros, no acertar uno: porque se contentan con sólo la estampida y ruido: y el reformar esto, no sería de poco provecho, y que el número de los arcabuceros y el de los piqueros fuese igual, ó que en tal caso se tuviese respeto á la caballería ó infantería del enemigo: porque para lo primero de más resistencia son las picas, y para resistir á los infantes, la arcabucería.»

«Los oficiales del ejército se han de armar de esta suerte. El capitán, si fuere su compañía de arcabuceros, llevará su arcabuz, y si de piqueros, su pica, y un muy buen coselete para que los soldados lo imiten. Las mesmas armas llevará el maestre de campo. El alférez llevará un coselete y celada, y su espada y daga. El sargento se armará de una coracina, camisa de malla, ó cuero de ante y de una alabarda, y no de armas más pesadas, por el peligro que tiene de cansarse, á causa traer este oficio consigo un continuo movimiento. Y lo que dije en las armas del soldado, digo en las del capitán, pues es razón que lleve mayor reparo en su persona que sus soldados; y así podrá exceder deste modo de armas, que comúnmente se usa, de la suerte que le pareciere poder tener mayor seguridad.»

Pasa á ocuparse del armamento de la caballería, y dice:

«Las tres diferencias de gente de á caballo que comúnmente se usan: hombres de armas, estradiotes y caballos ligeros, se debían armar desta suerte. Los hombres de armas lleven grevas enteras, quijote, peto con faldas, gorguerín, almete con sus baberas, manoplas, brazales, gocetes y grandes piezas, espada de armas, y el estoque á un lado del arzón, y la maza al otro; la lanza que llevaren gruesa y larga.»

«Los caballos ligeros llevarán una celada, un coselete, medios quijotes hasta la rodilla, manoplas, brazales y grandes espaldillas; y la celada sea bien cubierta, la vista quebrada ó abierta, una espada ancha, una maza al arzón y una lanza larga.

«Los estradiotes se armarán de la mesma manera que los caballos ligeros, si no son los brazos: porque en lugar de brazales y manoplas, traerán mangas y guantes de malla. Los arcabuceros de á caballo difieren de los estradiotes en sola la celada; porque en lugar désta traerán un capacete, para que tiren mejor y más cierto, y tengan la cabeza más libre y desocupada. Y esta manera de armar la gente de guerra, juzgo ser muy buena, cuando dos campos hubiesen de venir á rompimiento con igualdad de sitios y el uno estuviese á la vista y cerca del otro. Pero si un campo hubiese de marchar una larga distancia, ó le fuese forzoso pasar ríos, subir cuestas, ó hacer otras cosas semejantes á éstas, entonces quedará á la discreción del buen capitán, que lleven las armas que no se pudieren excusar, y que no cansen ni impidan el hacer con presteza cualquier acción que se les ofrezca.»

«Y porque he oído, tratando algunos soldados del modo de armar la gente á lo moderno, despreciar el coselete y otras armas que he dicho, por no ser de algún reparo para la furia de la artillería y arcabucería, digo que su opinión llevara algún fundamento si no se peleara con otras armas ofensivas, pero habiendo tanta diversidad dellas, que lo menos en que se ha de reparar es en el daño que puede hacer la pólvora, no lo apruebo. Esto nos enseñan bien los suizaros, que es ley inviolable entre ellos, que muera el que por miedo de la artillería saliese de orden, ó hiciere alguna apariencia ó semblante de temor. Y así lo más que en esto con ellos se dispensa, es á que puedan acometer la cabeza baja. Y si en un cerco de una ciudad ó fuerte se ofrece cualquier soldado á los golpes de la artillería, qué razón hay para que en campaña rasa se acuerde del contraste que á sus intentos puede hacer la pólvora, y guste de estimar en poco lo que le puede librar del golpe de la espada, pica y alabarda y otras armas, que hallándose desarmado le quitarán con mucha facilidad la vida.»

Figura á continuación de Alava el sargento mayor Cristóbal Lechuga, de quien también se dió la biografía en oportuno lugar (1). Aunque publicó su obra *El Maestre de Campo general* en 1603 y el *Discurso de artillería* en 1611, ya hemos visto que este autor militó muchos años en los

(1) Página 414.

ejércitos de Felipe II, y se distinguió bastante en ellos: circunstancia que nos obliga á colocarle entre los de este reinado. Lechuga fué el primero que colocó las baterías sobre la contraescarpa, abreviando así la rendicion de las plazas; inventó las baterías enterradas, de que usó por primera vez en el sitio de Cambray, logrando con una de cuatro piezas dejar sin efecto ciento que tenía el enemigo; y como no siempre el terreno es favorable para construir este género de baterías, remedió el defecto utilizando faginas y tierra, con las que se cubrian piezas y artilleros, tambien ideó las cureñas de plaza como mas cómodas y menos fáciles de desmontar, haciendo abrir troneras en los parapetos para que tirasen á barbeta. Otras mejoras recomienda en su segunda obra, entre ellas el empleo de las minas y hornillos en el glacis, rebellines y demas obras, como excelentes defensas de una plaza, y el orden de la artillería en las marchas, con objeto de que aun efectuándolas pueda hacer fuego, sostenerse y seguir al enemigo en retirada.

La segunda obra de Lechuga, escrita ya con arreglo á las reformas introducidas en la artillería por Felipe III, y en las que tanto influyó el mismo autor, trata del moldeo y fundicion de las piezas reglamentarias; de la fabricacion de mosquetes y arcabuces, forma y dimensiones de las cajas y de los carruajes, y de las cucharas correspondientes á las seis piezas fijadas. Ocúpase tambien, de las obligaciones del general de artillería y los artilleros, de los ejercicios é instrumentos de artillería, dotacion de útiles, municiones y demas, sueldos, contratas, etc., y termina con un breve tratado de fortificacion. En el capítulo diez y siete de su obra, Lechuga menciona el *alza* y los *arcabuces rayados*.

He aquí, como muestra, un fragmento de *El Maestre de Campo general*, en el que el autor se ocupa de las marchas.

«Ante todas cosas debe trabajar de enterarse del territorio, caminos, bosques, lagunas, pasos, puentes y otras cosas de la provincia donde el ejército de su príncipe ha de hacer la guerra, las costumbres de la gente, su manera de pelear y las armas que usan, teniendo descripciones ó cartas della, para que con ellas y la relacion que le hicieren las personas de quien se informare, sea capaz para aprovecharse en las ocasiones con mas facilidad.

»Sabrá de qué gente forma su rey ó señor el ejército, y entendidas sus costumbres y calidad de personas, procurará (si fuere posible) entender sus lenguas, y cuando no tener cerca de la suya personas fieles y discretas que las entiendan, porque de no saberlas ó no ser tales las que las han de interpretar, se pueden seguir grandes inconvenientes, y tales que sean la total ruina del ejército.

»En las acciones de su cargo que mas han de poner su estudio (como en las principales) con gran cuidado, como maestro general que es del campo, son en saber alojar su ejército, marchar con él, disponerlo bien á la batalla y mantenerlo en justicia, porque como su persona se acerca tanto en autoridad á la del general, siempre le andan mirando menudamente todas sus acciones y más su superior que otros, por más muchas veces entender lo que sabe y entiende, y ansí señalando las plazas de armas, los cuarteles de la infantería, artillería y caballería y guardias del campo con las comodidades que han de tener los unos y los otros, lo han de hacer con tanta destreza que dé entera satisfaccion, teniendo gran cuenta que la plaza de armas sea á la frente y parte que el enemigo estuviere, eligiéndola suficiente y capaz para toda la gente de pelea que hubiere, sin que los escuadrones estén apretados.

»Cuando marchare el ejército (tomada la orden de su general) debe llamar al capitán de guías y proveer de ellas las tres partes del ejército, vanguardia, batalla y retaguardia, mandando poner el bagaje en la parte contraria del enemigo, pidiendo al general de la artillería la cantidad de gastadores que fuere necesaria con sus oficiales, á los que mandará ir tras su persona para que conviniendo acomodar algunos para la infantería, artillería y caballería y demas carruajes, lo vayan haciendo, que un paso estrecho suele (algunas veces) desacomodar la jornada del ejército.

»Dispondrá las jornadas tales que la gente y lo demas pueda llegar de dia al alojamiento, y si se pudiere temprano, porque (además de ser sano) habrá de proveerse de lo necesario para barracas y caballos si no es caso forzoso, procurando guiar el ejército siempre que pueda por lugares seguros de peligros.

»Partiendo de su general para ir al alojamiento, lleve consigo la guardia que conviniere para seguridad de su persona, según el peligro ó seguridad, no permitiendo que vayan con él mas personas (fuera de la guardia) de las que han de recibir sus órdenes, como son cuartel maestre general, furriel de la infantería, caballería, artillería y corte, ordenando al prevoste general y á los demas que castiguen rigurosamente los que hallaren mas adelante de la vanguardia y fuera del puesto que les hubiesen señalado, porque se ha visto muchas veces que la confusion de gente inútil ha causado notables desórdenes, principalmente caminando cerca del ejército enemigo, ó de plazas proveidas de mucha guarnición, advirtiendo que uno que se castigue de los que contravienen las leyes ó bandos mi-

litares ejemplarmente, dará más terror que una docena de otros castigados por procesos, que siempre la esperanza de los amigos quita á muchos parte del miedo, con la confianza de que tendrán la gracia del general, y ansí por este temor de repentina muerte por justicia se quitan y apartan los demás de hacer mal.....»

Los autores que acabamos de citar complétanse unos á otros, y la circunstancia de haber figurado en la segunda mitad del siglo XVI y primera del XVII, hace que señalen el tránsito de la ciencia artillera de uno á otro siglo; otro tanto podría decirse de Céspedes, Firrufino y Ufano; pero el hecho de haberse publicado sus obras ya muy entrado el segundo de aquellos siglos nos obliga á colocarles entre los que á él pertenecen.

La fundación de la Academia de Matemáticas en 25 de Diciembre de 1582, creada por Felipe II á instancias de Juan de Herrera para que hubiera en sus reinos hombres expertos que entendiesen bien las matemáticas y la arquitectura, y las otras facultades y ciencias á ella anejas, es suceso de bastante monta para que deje de ser consignado en este lugar. Allí *leyeron* Labaña su *Tratado del arte de navegar;* el Dr. Juan Cedillo, *la materia de los senos;* Julián Firrufino, los *cuatro libros de Euclides*, y la materia de *Esfera;* Juan Angel, el tratado de Arquímedes *de his quæ vehuntur aquis;* el alférez Pedro Rodríguez Muñoz, *la materia de escuadrones y forma de ordenarlos, con los principios de aritmética y raiz cuadrada para el uso de los sargentos mayores de los ejércitos;* el capitán Cristóbal de Rojas, de *fortificación*, y Alava, de *artillería*. Para desgracia de las ciencias exactas fué muy breve la existencia de este establecimiento, que despues de haber contado entre sus oyentes á Bernardino de Mendoza, ya viejo y enfermo, al maestre de campo conde de Puñonrostro, á D. Francisco Pacheco y al insigne ingeniero Tiburcio Spanochi, llegó por falta de ellos á tener que reclutarlos entre los expósitos y desamparados de Madrid (1); pero la aplicación de los principios matemáticos al arte militar contribuyó á perfeccionarle, y las lecciones de estos sabios profesores difundieron en España doctrinas tan importantes como poco conocidas. Sirvió también ella de estímulo para que se publicasen algunos tratados de las materias que se explicaban, y Cristóbal de Rojas dió á luz por este tiempo su *Fortificación conforme á las medidas y defensas de estos tiempos presentes;* D. Diego González de Medina, su *Examen de fortificación;* Alava, su *Perfecto capitán;* Ginés de Rocamora su *Esfera del Universo*, y Pedro Ambrosio de Ondariz su traducción de la *Perspectiva y Especularia de Euclides*, aparte de otras obras manuscritas, como el *Tratado del arte de navegar* de Labaña. Y no se limitó á los catedráticos el honor de ilustrar á España en las ciencias, ni fueron sólo las indicadas obras las que salieron de las aulas de la Academia; sus discípulos y oyentes propagaron la materia en lecciones particulares, y patentizaron los excelentes resultados que aquel establecimiento produjo.

Acabamos de citar dos escritores de fortificación, y para completar el cuadro que de nuestro ejército venimos trazando, fuerza nos será hablar de los ingenieros militares en esta segunda mitad del siglo XVI.

Ya dijimos que en este siglo no existió aún cuerpo de ingenieros; pero en cambio se separarou por completo los servicios de este ramo y del de artillería, lo que se comprende en razón á los progresos efectuados en uno y otro. Hubo, pues, ingenieros maestres de campo, y aun algunos, como Luis Collado, á la vez ingenieros y artilleros; pero no existió tropa de ingenieros, ni material de consignación, recibiéndolo éstos de la artillería; dependencia administrativa que ha dado origen á que se creyese formaban con la artillería un solo cuerpo. Hablando de la *ciencia de la perspectiva*, dice Collado en una de sus Siestas: «Anexas y propias son del Ingeniero (todas las cosas relativas á esta ciencia); pero, digo, Señor, que el general de la Artillería, de quien dependen, no siempre ha de traer el ingeniero colgado de la oreja, y que muchas cosas hay que no se deben encomendar á cualquier persona, y mayormente que los ingenieros por la mayor parte son extranjeros, y que muchos sirven hoy en nuestro campo, y por una mínima ocasión se pasarán mañana á servir al otro, lo que no pocas veces se ha visto; y qué mayor honra se puede, Señor

(1) Navarrete, *Disertacion sobre la historia de la Nautica;* Mariátegui, *El capitán Cristobal de Rojas*; Valera y Limia, *Resumen historico del Arma de Ingenieros*.

mío, adquirir un General de Artilleria, el cual por la mayor parte tiene el segundo voto en el Consejo de Guerra, que el por si solo informar y hacer verdadera relacion de todo lo arriba dicho, y aun conoscer y prevenir a las faltas (si las hubiere) del ingeniero (1). Por donde se ve que entonces juzgabanse indispensables los conocimientos en ambos ramos, como, en efecto, asi lo acreditan las obras en que a la par se trata de artilleria y fortificacion y los autores que ilustraron una y otra materia. Sin embargo, Collado deslinda perfectamente las obligaciones del ingeniero y artillero, pues ocupandose de un puente echado sobre el Elba, dice: «Puesto que sea materia diferente de la practica de artilleria, no dejaré de decir cuanto importa que el ingeniero sea rico de remedios en su oficio y a cuanto se obliga el que se pone a este cargo. Por cuanto debajo de este nombre de ingeniero se entienden todas las siete artes liberales, a las cuales el esta obligado.»

Eran, como dice Collado, extranjeros en su mayor parte los ingenieros que figuraban en nuestro ejercito, pero casi todos ellos italianos, pues Felipe II tuvo especial cuidado en no servirse de flamencos y menos de holandeses. A los Paises Bajos condujo Filiberto de Saboya a Ascanio della Cornia y Francisco Pacciotto, y la gobernadora Margarita a Francisco Marchi, agregado a su casa; en la conquista de Portugal, Juan Bautista Antonelli formo parte del ejercito invasor, con el encargo de reconocer, guiar y alojar el ejercito; en la de las Azores aparecen Jeronimo Fraces, Tiburcio Spanochi, Juan Bautista Carbato, y en Africa vemos empleado a Micer Benedicto de Ravenna. Los dos Antonellis, los hermanos Jacome y Jorge Palcazzo, á quienes llamaron los *Fratines*, Busca, Calvi, Gandolfo, Sexti, Pizano, Paduano, Cappelino, Vespasiano, Gonzaga, Plati, Prospero Barocci, Bartolomeo Campi, y otros celebres ingenieros figuraron tambien en nuestros ejércitos y obtuvieron gran fama por sus obras ó por sus escritos; pero se distinguieron especialmente Marchi, autor del primer proyecto para levantar la ciudadela de Amberes (2), y de un tratado de *Arquitectura militar*, Pacciotto, que comenzo la construccion de esta celebre fortaleza, Bartolomeo Campi, muerto en el sitio de Harlem en 1573 y que en opinion del duque de Alba era de los hombres de su tiempo el mejor que aco-



Miguel Lopez de Legaspi

(1) *Siesta segunda, en la qual el Teniente dicho prosigue en su razonamiento de lo que toca al cargo del General de Artilleria, a donde acerca de el se tratan cosas de grandisima importancia.* Tratado V de la *Platica Manual de Artilleria*.

(2) La idea de construir en Amberes una ciudadela, data de 1565. «Las cosas que aqui hacen falta, escribia en este año el cardenal Granvela a Gonzalo Perez, son la presencia de S. M., *la construccion de un castillo* y la reforma de la … local.» Pero como para semejante construccion no fiara la gobernadora de ingenieros flamencos, echó mano de los italianos. Margarita encargó el proyecto a Marchi, quien marchó secretamente a Amberes el 23 de Marzo de 1567 y concibio la idea de levantarla en el interior de la ciudad. Este pensamiento fue desechado, y al llegar el duque de Alba a Flandes el siguiente año, Pacciotto se hizo cargo de la citada construccion. La planta de la ciudadela de Amberes segun el nuevo proyecto, es la que hemos dado en la pag. 88, y fue trazada en quince dias. Si hemos de creer a Marchi, Pacciotto no hizo mas que cambiar de emplazamiento la ciudadela que el habia concebido y … de cuyos angulos este ingeniero dió su nombre. Comenzóse la obra en … de Noviembre de 1567, en 1568 la continuó Serbelloni por haber marchado a Italia Pacciotto, y la terminó en 1592 el ingeniero Bartolomeo Campi, de Pesaro. Este último juzgó muy severamente la obra del primero, hizo demoler mucha parte de las construcciones ya ejecutadas y las levantó segun un plan mas conveniente. Tambien califica Campi a Pacciotto de «pretendido inventor de la ciudadela», por manera que de los cuatro ingenieros que en ella trabajaron puede decirse que á ninguno corresponde menos la gloria de su construccion que al que hasta hoy ha venido atribuyéndose. Tal es la sumaria historia de la ereccion de aquella famosa fortaleza. Véase á Wauwermans *Les architectes militaires flamands au XVIe siècle*.

modaba la ciencia de las matemáticas á la manera de la guerra que entonces se acostumbraba para la fortificación, machinas y otras cosas»; Gabriel Cervellón ó Serbelloni, militar de gloriosa historia, pues había combatido en Túnez y la Goleta, siendo allí preso por el turco y rescatado luego por el Rey; Plati y Barocci, los constructores del famosísimo puente de Amberes y de otros importantes trabajos de campaña en los ejércitos de Alejandro Farnesio; Micer Benedicto, que fortificó algunas fortalezas de Africa y á quien consultaba Felipe II; Spanochi, los Fratines y los Antonellis, autores de buen número de proyectos de fortificación. para plazas de la península y para sus colonias. Todos estos ingenieros disfrutaron de gran consideración y buen sueldo, aunque éste no siempre percibido con exactitud; como lo atestiguan las amargas quejas de algunos de ellos. Lamentábase Micer Benedicto de Ravenna de «que estaba pobre por haber gastado su hacienda en el servicio»; escribía Asmodeo al Rey «que había vendido cuanto tenía, hasta la capa, para curarse en el Peñón»; decía Antonelli «que sólo tenía jornal de cavador, que se lo comía por ventas y mesones sin ahorrar un real con tanta inquietud de vida y peligros», y el español Rojas á principios del siguiente reinado trazaba estos renglones: «No sé qué delitos he hecho para que se use conmigo tanto rigor en quitarme la comida, cosa que á los esclavos no se puede hacer, y ha llegado esto á tanto extremo, que como debo muchas deudas viejas, no hay hombre que me quiera prestar un real, por lo cual estoy tan desdeñado y corrido de verme de esta suerte, que no sé qué ha de ser de mí, no teniendo un real para unos zapatos (1).» No debía, pues, ser mucha, ó cuando menos era sólo excepcional la opulencia con que vivían nuestros ingenieros del siglo XVI, y á semejanza del mísero inventor Garci-Carreño (2), quejoso de que *le matasen de hambre en su vejez*, elevaban una y otra vez sus lamentos hasta el monarca que, engolfado en tantas empresas, no podía cumplir los más indispensables compromisos. Donosamente dice un escritor al hablar de Micer Benedicto, que éste realizó el hecho inverosímil del sastre de Campillo, porque después de haber gastado su hacienda en el servicio, se encontraba pobre y sin esperanzas de mejora. ¿Qué otra cosa sucedía á muchos hombres de su época? En cambio, y como rara excepción, vemos que Jacome Fratín gozaba de doble sueldo que el capitán general de la artillería, viajaba con fausto de príncipe y tenía estuche y compases de plata; aunque también se le debían á su muerte tres años de pagas. Estas ligeras indicaciones bastan á dar idea del estado de nuestros ingenieros. Como se ve, no tenían un sueldo fijo: dábaseles empleos de capitanes ordinarios, vivos y de corazas, sargentos mayores, maestres de campo, tenientes de maestre general y tenientes generales de la artillería, aunque sin ejercer funciones de tales. El más común fué el de *capitanes ordinarios* con sueldo de 50,000 maravedises; y aunque sus salarios no eran fijos, conviene notar que siempre fueron superiores á los de la milicia. Tampoco tuvieron sistema fijo de entrada en el servicio. El monarca los nombraba en un principio ó bien se les expedía título de tales, mediante solicitudes suyas; reclutábanse también en el extranjero por medio de embajador, ó bien se ordenaba que á su sombra se educaran algunos españoles para que andando el tiempo pudieran reemplazarles. En el primer caso se les daban cédulas en que constaban sus atribuciones y añadíaseles una gratificación proporcionada ó *ayuda de costas*, y si tenían acreditados ya sus conocimientos como ingenieros, ó títulos de tales en los dominios españoles, señalábaseles desde un principio sueldos que variaban según la importancia y fama de las personas (3).

En el ESTUDIO DÉCIMO del TOMO I, y en el PRIMERO del TOMO II, nos hemos ocupado de los progresos realizados en el arte del ingeniero durante el primer tercio del siglo XVI. Dimos cuenta de los diferentes sistemas italianos, así como de los ingenieros que descollaron en este país, y cuyas ideas mayor influencia ejercieron en sus contemporáneos, y al hablar de las fortificaciones de Amberes no olvidamos tampoco al flamenco Peter Frans, á quien Wauvermans llama fundador de la fortificación moderna, y al que no puede negarse el título de maestro de los ingenieros fla-

(1) Valera y Limia, *Resumen historico del Arma de Ingenieros*, Mariátegui, *El capitán D. Cristobal de Rojas*.

(2) Inventor de ciertas piezas de artillería que se cree eran de hierro batido y constructor de unas cureñas, ejes y ruedas de hierro batido para piezas de campaña y plaza con sus guaderas de lo mismo que se probaron en San Sebastián.

(3) Aparici y García *Informe sobre los adelantos de la comision de historia en el Archivo de Simancas*.

mencos de su tiempo. A su alrededor se formó una verdadera escuela, en la que figuran Abraham Andriessens, autor del proyecto de un vasto campo atrincherado en Borgerhout, arrabal de Amberes, ensanche que afecta precisamente la forma del nuevo recinto en 1860, y que prueba no fue Vauban el que primero aconsejo el empleo de tales medios (1), Hans van Schille, ingeniero y geógrafo a la par, Hans Vredeman de Vries, llamado el Vitrubio flamenco, y al que se debe, entre gran numero de publicaciones, la del *Libro de Arquitectura*, dedicado en 1565 al conde de Mansfeld, y los grabadores Pedro de Cock, los Houdins y Hogenberg, este último muy conocido por sus publicaciones geograficas, sus descripciones de ciudades y sus numerosos grabados de episodios militares, de los que hemos dado en esta obra no pocos facsimiles. De todos estos discípulos de Frans, el mas notable fue Daniel Speckle, grabador de Strasburgo, que en 1560 pasó a Amberes para perfeccionarse en su arte, y cuyas relaciones con el primero datan probablemente de la fecha en que se grabó por Plantin el gran plano de Amberes trazado por Frans. Speckle recibio, sin duda alguna, lecciones de Frans en ocasion de este trabajo y despues de haber pasado a Viena, donde trabajo bajo la direccion del ingeniero imperial Salizar, consiguio gran reputacion. Fortificó buen numero de importantes ciudades alemanas y escribio un tratado de *Arquitectura de fortalezas*, al que debemos un conocimiento exacto de las ideas profesadas por los ingenieros flamencos. «Dotado de gran talento y no menor laboriosidad, dice uno de nuestros escritores militares, estudió profundamente las obras didácticas de sus predecesores; visitó con detencion la mayor parte, si no todas las plazas de guerra mas renombradas entonces; comparó textos y obras, juzgo con recto criterio unas y otras, y fruto de sus estudios, viajes y meditaciones fué su libro, que realmente forma época en la historia de la fortificación, tanto por la originalidad de su autor, como porque representa la suma de conocimientos adquiridos hasta entonces sobre el arte de fortificar, atacar y defender las plazas, que ya contaba entre sus principios el que lo mismo se toman éstas por la zapa y pala que por el cañón. La obra de Speckle cierra el periodo de transición, abriendo la era de la moderna arquitectura militar, que á tan grande altura habia de poner en el siguiente siglo el mariscal Vauban» (2).

Las ideas de Speckle ejercieron gran influencia sobre sus contemporáneos. De él tomó el italiano Busca el gran rebellín, perfeccionando su camino cubierto, y de el y de los demas discipulos de Frans que emigraron á Holanda aprendieron los ingenieros de este país los principios que debian luego desarrollar con tipos originales. Stevin, el celebre ingeniero de Mauricio de Nassau, ofrece notable analogia de ideas con el ingeniero alemán, y esto induce a pensar si ellas tuvieron un mismo

Cañón de bronce de sitio y plaza (*)
Museo de artillería de Portugal

a —D. Phelippe II, rey de España.
b —D. Juan de Acuña su capitan general de la artilleria año 1591.

(*) Este interesante dibujo nos ha sido remitido, en unión de otros pertenecientes a la epoca de los Felipes de Austria, por el Sr. Mayor de infantería del ejército portugués D. José Estevao de Moraes Sarmento, á quien mandamos desde las paginas del MUSEO MILITAR el testimonio de nuestra mas profunda gratitud.

(1) «Andriessens se distinguió mucho en los trabajos efectuados durante el sitio de Amberes, pero después volvió á la gracia del rey de España, fortificó la Esclusa y llegó á ser *Ingeniero del Rey*.» Wauwermans, *Les architectes militaires flamands au XVI siècle*. Las anteriores noticias están tomadas de este excelente trabajo.

(2) Mariátegui, *El capitan Don Cristobal de Rojas*.

He aquí el modo con que Zastrow expone los principios sustentados por Speckle: «Cuanto mayor numero de lados tenga el poligono, tanto más excelente será la fortificación, porque en este caso sus partes componentes pueden prestarse mutuo apoyo. De aquí se sigue que, cuanto más se

origen. Como quiera que sea, la combinación de los sistemas seguidos por italianos, flamencos y alemanes produjo nuevos métodos, en los que desde luego influyó la naturaleza del terreno en que se combatía. Los españoles no admitían, por regla general, en sus construcciones, ni caballeros, ni segundos flancos, trazando rasantes las líneas de defensa, siendo el ángulo flanqueante de sus baluartes obtuso, desde el exágono en adelante, y teniendo las cortinas, en algunas plazas de poca importancia, dos y hasta cuatro flancos, según el sistema de Marchi (1), que llevó á Bruselas las más modernas disposiciones italianas; y su método, que dió origen á la primitiva fortificación holandesa, con sus anchos fosos llenos de agua, sus parapetos de poca altura y sin revestimento, su falsabraga para defensa del foso y sus numerosas obras exteriores, con perfección sin igual aplicables al terreno, ha hecho suponer que el uso de estas obras combinadas es debido á algún compatriota nuestro (2). Obligados en un principio á sostener una guerra puramente defensiva, faltos de tiempo y de dinero para proteger sus plazas con sólidos y altos muros y caballeros según el sistema italiano, los holandeses supieron sacar hábil partido del terreno poco elevado sobre el nivel del agua y de sus conocimientos hidráulicos, y crearon un nuevo sistema, caracterizado por el empleo de aquellas disposiciones, perfeccionadas luego por la observación. El éxito coronó sus esfuerzos; y si en ello influyó no poco el entusiasmo, no por eso dejará de reconocerse cuánto se debió al sistema, cuyos defectos fué remediando la experiencia y la habilidad de los ingenieros de Mauricio. El principal de aquellos era que en invierno, al helarse el agua de los fosos, ofrecía paso expedito al sitiador; además la posición perpendicular de los flancos, demasiado cortos, sobre la cortina; los inconvenientes de la falsabraga desde el momento en que el enemigo se apodera del arcén del foso, y sobre todo una vez ganado éste; la pequeñez del rebellín para llenar cumplidamente su destino, el peligro que asimismo originaban las medialunas y la falta total de espacios al abrigo de las bombas y de casamatas defensivas, eran otros tantos defectos del antiguo sistema holandés. En cambio ofrecía las ventajas del escaso gasto y tiempo que exigían sus obras; de ofrecer sus muros de tierra, estando los fosos llenos de agua, igual resistencia que los revestidos, y el corresponder la línea de defensa al alcance de las armas portátiles de fuego entonces en uso. Los holandeses pusieron gran cuidado en la construcción del

aproxime una fortificación á la línea recta, tanto mejor será. 2.° Los baluartes de esquina viva no valen lo que los de esquina redonda y los de ángulo recto son preferibles. 3.° Los baluartes de los italianos son demasiado pequeños; para una enérgica defensa se necesitan baluartes grandes. 4.° Es conveniente construir caballeros, tanto en los baluartes como en la mitad de las cortinas. 5.° La mayor parte de los flancos debe ser perpendicular á las líneas de defensa. 6.° Son necesarias las galerías acasamatadas para procurar una defensa baja en los fosos y alejar al minador enemigo. 7.° Los grandes rebellines aumentan mucho la resistencia de la fortificación abaluartada. 8.° El camino cubierto es una de las partes más esenciales de la fortificación. 9.° Cuanto á los muros con revestimiento sienta como principio el más importante que el enemigo no debe ver éste hasta que se aloje en el arcén del foso.» *Historia de la fortificacion permanente*, Lib. III, cap. 3.°, *Fortificacion alemana*.

Speckle tiene diversos sistemas, pero si bien ha explicado minuciosamente todas las disposiciones de la primera, indica sólo ligeramente los restantes. «En alguno de sus trazados, dice el Sr. Mariátegui, se ven orejones, flancos retirados de varios pisos, barbacanas, y á veinte pies de las caras de los baluartes, un muro aspillerado, y en otros las cortinas forman un saliente en su punto medio ó están dentadas cerca de los flancos, lo mismo que las caras de las cañoneras en los flancos bajos Para el cuerpo de plaza prefiere los fosos llenos de agua á los secos, y en el sistema reforzado, donde reunió las principales ideas de los sistemas atenazado y abaluartado, entonces en boga, las medias lunas tienen dimensiones tan grandes como las del siglo XVIII

(1) Francisco Marchi nació en Bolonia en 1490 y murió, según opiniones, en los Abruzos en 1574. Sirvió en 1546 como ingeniero al papa Paulo III y fortificó á Roma; agregado á la casa de D.ª Margarita de Parma, pasó á los Países Bajos, y trazó el proyecto de la ciudadela de Amberes, En 1599 publicó su célebre obra *De la Arquitectura Militar*, parte de la cual ordenaba ya en 1543, segun Promis, y cuyos diseños comenzó á imprimir en 1544. «Habiéndola concluido en 1556, dice el citado escritor italiano, aunque menos completa que en adelante, presentó una copia á Felipe II, entonces rey de Inglaterra, en Greenwich, y otras al príncipe de Parma y duque de Sessa, que se las pidieron. Su tratado, tal como se encuentra impreso en el día, estaba casi concluído en 1560. Dejó, con sus diseños impresos algunos otros de pluma, y por lo menos tres diversos textos de su tratado. El primero fué el que presentó á Felipe II. El segundo, por orden de fechas, y menos apreciable que el último, cayó en manos de Gaspare dalle'Olio, y sirvió para la edición de Brescia de 1599, sobre la cual Marini ha hecho la hermosa edición de 1810, gracias á la munificencia del duque de Lodi.» *Memorias historicas sobre el arte del Ingeniero y del Artillero en Italia*. Traducción del coronel D. José Aparici y García.

«La obra de Marchi, dice Zastrow, contiene muchas ideas que han sido utilizadas por gran número de ingenieros posteriores á él. Se encuentran en ella las obras exteriores modernas la media luna, la luneta, la tenaza, las contraguardias, combinadas de diversos modos y designadas con el nombre de *Pontoni*. Entre los 161 métodos diversos de fortificación, de que se declara inventor, indicaremos el siguiente. Una larga cortina con dobles flancos reune dos baluartes; las prolongadas caras de éstos están rotas por su centro y tienen en esta abertura flancos dobles el conjunto se aproxima á la forma atenazada. Como la obra de Speckle apareció once años antes que la de Marchi, es de suponer que éste no la conoció.»

(2) Zastrow, *Historia de la fortificacion permanente*, Lib. III, cap 4.°, § 1.°

camino cubierto y, para ponerlo al abrigo de inesperados ataques, rodearon á menudo los glacis con un antefoso lleno de agua. Cuanto a las obras exteriores, hiciéronlas tan sólo algunos pies mas bajas que el recinto.

«Comparando la antigua fortificacion holandesa con la italiana, desde el punto de vista de la disposición táctica de las obras, dice Zastrow, no se nota, a excepcion del acortamiento de las líneas de defensa y de los flancos no retirados, diferencia alguna notable; sin embargo, los holandeses demostraron en la aplicacion de su método de fortificacion a terrenos irregulares, mayor inteligencia en utilizarse de los accidentes locales. Las primeras mejoras que recibió posteriormente la antigua fortificación holandesa, consistieron 1.º en el revestimiento parcial con mampostería de



D. Jerónimo de Urrea
autor del *Diálogo de la verdadera honra militar*

los muros de tierra, al objeto de garantir el recinto de los asaltos cuando sobreviniesen los hielos; 2.º en un prudente empleo del agua en los fosos por medio de esclusas permanentes, 3.º en las inundaciones dispuestas sistemáticamente por medio de esclusas (1) y de diques, recurso defensivo de que los holandeses se sirvieron en la guerra de la independencia y especialmente en el sitio de Ostende. Los buenos resultados de esta fortificacion, y las enérgicas defensas que las plazas holandesas hicieron en esta guerra memorable, fueron incontestablemente la causa de que este sistema se extendiera por toda Europa, abandonándose el método italiano donde quiera que la naturaleza acuática del terreno permitia el empleo de aquel método. Sus principales propagadores fueron los célebres ingenieros que trabajaron a las órdenes de Nassau Stevin Marollois, Dogen y Freitag.

(1) El que primero empleó el recurso de las esclusas para llenar de improviso un foso seco y del que se ha hecho ya dueño el sitiador, fué nuestro compatriota Hernan Tello, en el sitio de Amiens (1597), descrito en el anterior ESTUDIO.

Es en verdad muy de sentir que si el nombre de los ingenieros que á las órdenes de Mauricio de Nassau idearon el nuevo sistema, ha llegado hasta nosotros, no suceda otro tanto con el de los primeros ingenieros españoles, debido en parte á la circunstancia de no haber visto la luz pública sus trabajos. Su número es cierto que debió ser muy escaso, cuando el autor anónimo del manuscrito titulado *Arquitectura de la fortificación* (1) dice «que en los dedos de la mano sobran número para los poder contar»; pero así y todo, España cuenta algunos ingenieros escritores de fortificación en la segunda mitad de este siglo, entre los que merecen figurar Fernández Espinosa, Diego de Vich, Rojas, Diego González de Medina Barba, y Manuel Alvarez. No de todos éstos se conocen las obras, y alguno, como González de Medina, publicó las suyas en el siguiente siglo; por lo mismo, son más de estimar las debidas á Cristóbal de Rojas, el primero que escribió é hizo imprimir un tratado completo de fortificación, y del que arranca la serie de escritores didácticos españoles de arquitectura militar (2).

La vida y escritos de este ingeniero los ha narrado el erudito y laborioso escritor del cuerpo de ingenieros, D. Eduardo Mariátegui, en un libro de suma importancia para cuantos quieran estudiar los progresos de la fortificación en este período: *El capitán Cristóbal de Rojas, ingeniero militar del siglo XVI;* y de él hemos tomado buena parte de las noticias que acerca de este escritor damos aquí. Poco se conocía, á la verdad, de Rojas, excepción hecha de sus manuscritos, pues á mediados del presente siglo decía el inteligente D. Juan Diana, en sus *Capitanes ilustres,* que no había hallado el menor dato biográfico de su vida, la noticia más insignificante respecto de su patria, condición ó servicios prestados (3); pero, gracias al celo del Sr. Mariátegui, sabemos la historia de Rojas, y podemos establecer puntos de comparación entre sus trabajos y los efectuados en su tiempo. Su importante obra sobre fortificación, los dos tratados que después compuso, los proyectos que trazó para fortificar á Cádiz y otras plazas, y el concepto que mereció de Juan de Herrera y Spanochi, le han colocado con justicia en el lugar que le correspondía entre los ingenieros de la época, y justifican los hermosos tercetos de Argensola, impresos al principio de una de sus obras:

Es el hijo primero que esta ciencia,
Oh madre España, añade á tus blasones,
Con estudio alcançada y experiencia.
Con ella, de mil bárbaras naciones
Las cervices indómitas oprimes,
Y justas leyes, mal su grado pones.
Es justo, pues, que tal trabajo estimes
De suerte que la envidia no le ofenda,
Y con su exemplo á los demás animes,
Dándole de tu amor segura prenda.

Apareció la primera obra de Rojas en 1598, es decir, un año antes que Marchi publicara la suya; pero es de advertir que aquélla estaba ya escrita en 1565, siendo su título *Teórica y práctica de fortificación conforme las medidas y defensas de estos tiempos.* El autor la divide en tres partes, la primera dedicada á la aritmetica y geometría, y su aplicación á la fortificación; la segunda á la fortificación propiamente dicha, discusión de los diferentes sistemas y aplicación de los principios que el autor considera más convenientes; y la tercera al reconocimiento, compra y preparación de material, terminando con esto la parte de arquitectura, y añadiéndole tres capítulos relativos al arte militar. De estas tres partes, es la segunda, sin duda alguna, la más importante, pues en ella cita Rojas á los principales autores que ha leído, discute las diferentes opinio-

(1) Se publicó en el período comprendido entre los años 1544 á 1564.

(2) Cuenta Rojas en el prólogo de su obra que leyó en la Academia de Madrid la materia de fortificación, y á pocas lecciones tuvo discípulos que, careciendo de todo principio matemático, presentaron trazas de fortificación con tanta razón y medida como si practicaran este ejercicio muchos años, y que viendo estos resultados, el conde de Puñonrostro le persuadió á que pusiere por escrito todo lo que había enseñado y lo diese á luz *para que no les faltase á los españoles ninguna cosa de las que son menester para la guerra.*

(3) Véase la pág. 93 de la citada obra.

nes sustentadas sobre las dimensiones de la fortificación, y presenta un frente y perfil, que recomienda como tipos. Llevado del deseo de reducir las longitudes de las líneas de defensa, propone cortinas de 360 pies y caras de baluarte de 260, con lo cual las líneas de defensa no llegan á 600, frente el más pequeño, que recomienda para las plazas reales regulares, porque las irregulares, dice, deben acomodarse conforme al terreno. Aclara y completa la doctrina de este capítulo en el siguiente, en que enseña a fortificar los cinco polígonos regulares, acompañando plantas totales de los diferentes recintos, y el inmediato lo consagra a la fortificación de figuras irregulares y de plazas construidas en riberas de mar ó río, ó en canales. Luego se ocupa de la construcción de terraplenes, que deben ser hechos con tierra y fagina, pisando bien las tongas sobre cada fagina, y en el caso que éstas falten emplear emparrillados de maderos, colocándolos á una vara uno de otro, ó bien revestimientos de tapial; y al hablar de las dimensiones de la muralla manifiestase partidario de las mamposterías al descubierto. Ocúpase despues de la forma y requisitos que debe tener una fortificación real para estar en defensa, y explana la opinión de que los baluartes deben ser de esquina viva en lo que topa del camino cubierto, y de allí arriba redonda; y termina la segunda parte de su obra con diferentes reglas de fortificación y geometría. La tercera y última está consagrada á materiales, y en ella termina la parte de arquitectura militar.

El Sr. Mariátegui hace de esta obra el siguiente juicio: «Aunque no tan profunda como las alemanas de su época, encierra sobrada doctrina y con suma claridad expuesta para divulgar los principios fundamentales de la ciencia, facilitando a los que se dedican á la profesión del ingeniero militar los primeros conocimientos de la facultad, base utilísima para sobre ella, con los consejos de antiguos ingenieros y los ejemplos de la ajena y propia experiencia, adquirir la ciencia necesaria para el buen desempeño de las multiples, difíciles y variadas funciones de su instituto. El libro resulta, sin embargo, casuista, pues su autor, siguiendo las huellas de muchos escritores de su tiempo, con el afan de reducir á un corto número de preceptos la practica de la fortificacion, descuida la demostración de los principios fundamentales de ella, así como el enlazar en la debida forma las distintas partes de la obra, dando unidad a ésta sin perjuicio de la variedad enciclopédica de conocimientos que la forman.» Da en seguida una figura del frente abaluartado de Rojas, que considera dentro de la escuela *hispano-italiana* del siglo XVI, uno de los mejores y de los mas prácticos, y añade: «Las ideas de Rojas no son lo bastante distintas de las de sus contemporaneos para constituir hoy uno de los tantos llamados sistemas de fortificacion, que a veces solo se diferencian de otro ya conocido en alguna diversión de las lineas ó de los angulos que le formaban.» La forma especial del baluarte y la supresión del revestimiento de contraescarpa, que tan divididas trae en la actualidad las opiniones de los modernos ingenieros, le dan cierto caracter de novedad, que no basta á borrar la conservación del antiguo parapeto de piedra, ya en aquella universalmente desechado, pues el mismo autor dice «que los mejores para la guerra son los de tierra y fagina».

Otras dos obras escribió Rojas además de su *Teórica y práctica de la fortificación*, y fueron en 1607, un *Sumario de la milicia antigua y moderna, con la orden de hacer un ejercito de naciones y marchar con él y alojarlo y sitiar una plaza fuerte, y otros discursos militares con una relación de los reyes que ha havido desde el rey D. Rodrigo hasta el dignísimo rey de Spaña D. Felipe tercero y la fortificación real y no real, y un tratado de la artillería y al fin un modo nuevo de fabricar dentro en la mar las torres a menos coste y la obra mas firme*, que se conserva manuscrito en la Biblioteca Nacional; y en 1603 el tratado cuyo título es *Compendio y breve resolucion de fortificacion*, dado a la estampa en Madrid. De la primera de estas obras, y para que el lector tenga conocimiento del estilo de este autor, se pone a continuación un fragmento, en el que se ocupa del mejor modo de fortificar los Estados.

«Elegido ya el sitio para edificar la ciudad ó castillo para que mejor se pueda fortificar, es menester saber en cuántas maneras se han expugnado los otros.

»Hanse expugnado ó por fuerza ó por traición, tratarse ha ahora de la fuerza manifiesta, con la cual se toman las ciudades ó castillos, con baterías ó asaltos y escalas y con minas y otras invenciones, por manera que las ciudades son fuertes por naturaleza y por industria; por naturaleza he ya dicho en la fortaleza de los sitios; por industria son fuertes por la forma y por la materia cuando tengan gruesas murallas, grandes terraplenos, anchos y profundos fosos.

»Por la forma serán fuertes cuando la tengan tal que de lejos y demás partes ofendan al enemigo con armas de fuego. Desta forma son las que más se allegan á la figura redonda, pero á la figura y la debida largura de las cortinas y distancias de baluartes á baluartes, entrarán en esta cuenta todas las tierras de cinco, seis y siete, ocho y de diez baluartes y cortinas, y por línea recta y cuando más baluartes tuviere el rodeo de la ciudad, estando á la debida distancia, serán mejores y cuantos menos será flaqueza en la fortificación, como se dirá en su lugar. Los fuertes en triángulos y aun en cuadro son muy flacos, como lo tengo dicho en el primer libro de fortificación que hice el año de 98. También es muy necesario advertir que los lugares pequeños de sí mismos, son muy débiles, porque no pueden resistir una excesiva batería y á otras ofensas como los lugares que tienen plaza capaz para hacer las defensas y reparos necesarios contra cualquier gran fuerza, mas no deben de ser tampoco tan grandes que el circuito de la ciudad sea menester un ejército para defenderla, pues la fortificación de las ciudades y castillos es fundada principalmente contra la ofensa del artillería, la cual también sirve á la defensa. Tratarse ha aquí de dos maneras de fortificación, la una será real, y la otra no real. La real será bastante á resistir artillería gruesa; la otra no real será suficiente de suyo fuerte y será á medida de los señores de menos fuerza que los reyes.

»El artillería, porque se entienda mejor, se dividirá en gruesa y real, y no real; la gruesa será aquella que tirare pelotas de 25 libras arriba, como son culebrinas reales, cañones como todas las piezas de mayores pelotas; y por menuda y no real se tendrán las de 12 libras abajo, como son medios sacres, falconetes y medios hasta bajar á medios.

»El artillería que ofende á una ciudad ó castillo es la gruesa, porque de la menuda no hay que temer, pues puede ofender poco una media culebrina, y de allí á bajo; por tanto se deben trazar los baluartes, terraplenos y parapetos de suerte que pueden resistir al artillería gruesa, y ansi resistirá su parte contra la zapa y la pala.

»No se tratará de lo que será menester para defenderse de una batalla á manos, porque es menester más de lo que muchos piensan, porque será de harto torpe ingenio el soldado que no cayere en lo que ha de menester para defenderse del que viene sobre él sin artillería, con sólo armas de manos de las que hoy se usan, que hay mucho que decir de ellas, ó aquellas que en España llaman lanza y escudo.

»Resuelta, pues, la forma que ha de tener la ciudad, ahora sea de 5, 6, 7 ó 10 baluartes, ó de cuantos se quiere hacer, es necesario acompañarlos con los miembros que conviene para hacerla fuerte, que son éstos: baluartes, cortinas, caballeros, al largo de la cortina plataformas ó bastardos, caballeros, de dentro y apartados de las cortinas tenazas, tijeras, dientes, casa-matas, puertas, terraplenos, estrada detrás del terrapleno, foso grande y refoso pequeño, entrada cubierta fuera del foso, campaña rasa al torno del foso.

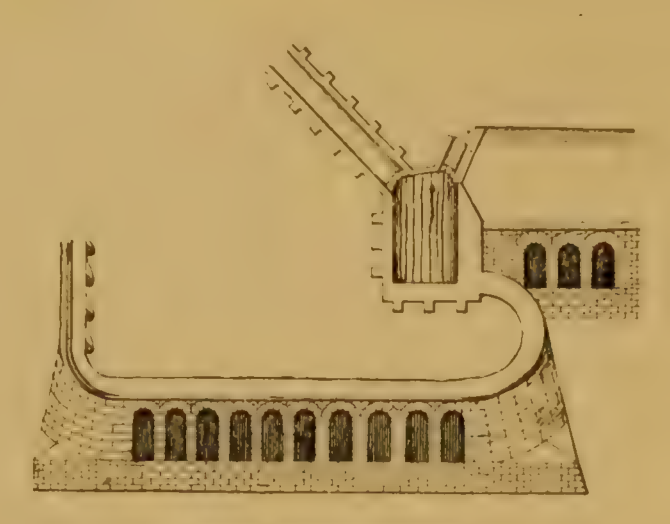
»Los baluartes se hacen sobre los ángulos de la forma que fuera la ciudad, hacerse han de la medida que se verá en su tabla y deben ser siempre que se pudiere obtusos, porque son más fuertes y más capaces que se entiende que la punta ó esquina sea obtusa y no aguda.

»Es necesario demostrar algún tanto más particularmente las partes ó miembros de algunos baluartes que son través, orejón que llaman poma ó espalda de la casa-mata, contrafortes ó espolones, pretiles ó parapetos, plazas para la artillería en el través bajo, si lo hubiese de tener, y en lo alto lo mismo, entrada en el uno y en el otro y en la plaza de arriba.

»Los baluartes se ponen sobre los ángulos y de cualquier parte del ángulo se tomarán 130 pies las para plazas de la artillería altas y bajas, si las tuviere, que adelante se dirá dónde las tendrá ó no, y sus parapetos y plazas del mismo baluarte, y en fin deste número dicho se tomará el través ó ángulo recto, como lo enseño en el primer libro, el parapeto será redondo como parecerá en su figura, porque las balas rehuyan y no hallen cuadrado en que asirse ni hacer presa, y no darán á los que estuviesen á la defensa con la ruina que arrancaren de la fábrica dél, y desde el parapeto se verá sólo la entrada cubierta y el bordo del foso; porque lo demás lo toca guardarlo á las casa matas y traveses.»

Como Lechuga, floreció Rojas en la segunda mitad del siglo XVI y primer tercio del inmediato, y á causa de esto tendremos que ocuparnos de uno y otro al tratar en el XVII de los progresos realizados por el arte del ingeniero y la artillería. Con ellos cerramos la serie de inventores y escritores que en ambos ramos descollaron en la segunda mitad del siglo XVI; pero al efectuarlo no podemos menos de consagrar un recuerdo á inventores tan ilustres como Carreño y Sumarriba. Carreño ya hemos visto que fué inventor de unas cureñas de hierro batido para piezas de campaña, que se probaron con éxito en San Sebastián, y aun de un nuevo género de artillería que cree el Sr. Aparici se dividía en piezas y se llevaba á lomo; Sumarriba había recibido de Felipe II

el encargo de fundir cañones sin la *diestra de hierro* que se acostumbraba á poner entonces en todas las naciones, lo cual era muy perjudicial para la resistencia de la pieza, por quedar embebida en el metal la argolla, y este fundidor ofreció un medio de efectuarlo sin diestra. Poco explícitos son los documentos relativos á estas invenciones, así como las demás piezas ideadas por D. Juan Manrique; en cambio nuestras historias de los sucesos de Flandes y Francia ofrecen diversos inventos hechos por los españoles ó por italianos al servicio de España dignos de conocerse. A este número pertenecen la de aquel soldado español llamado Urito, descrita en la página 103 de este Tomo, para que el arcabucero disparase á caballero contra las murallas, y en el mismo sitio de Harlem, en que este ingenio se ensayó, la de los barcos provistos de puente para dar el asalto; los ingenios de Bartolomeo Campi, para protejer los cuadros de la caballería, dados á conocer en la página 94; los proyectiles de ilumi-



Baluarte ideado por Cristóbal de Rojas

nación lanzados desde los muros de Amiens, según se relata en la 508, y algunos otros artificios no menos importantes, como son montajes, puentes, carros, molinos, envases, etc., entre los que se cuenta el ideado por Francisco Contreras para suministrar agua á las tropas y conducirlas á los campamentos. No todos los proyectistas é inventores hallaron en la córte igual acogida, y en este país del expedienteo y de la indolencia burocrática muchos excelentes planes debieron quedar relegados al olvido; pero algunos desairados inventores nos hicieron pagar caros sus odios, ya pasándose al turco, ya á los patriotas de Flandes; a cuyo número pertenece el celebérrimo Gianibelli, inventor de los brulotes de Amberes, que si no surtieron en 1585 su efecto contra el puente, fueron causa en 1588 del desastre experimentado por la flota española anclada en Calais. Tambien por estos años se dieron á conocer en el campo enemigo importantes inventos, y á este número pertenecen los petardos usados por vez primera en el sitio de Bona, á fines de 1587, y las bombas, de que por vez primera se hizo uso en el sitio de Watendock por Mansfeld (1). Desde esta época los usan indistintamente los españoles y holandeses en las dilatadas guerras de Flandes.

El perfeccionamiento alcanzado en los distintos ramos del arte fué poco sensible en las

(1) Véanse las paginas 380 (nota) y 381 de este tomo

armas de fuego; pues si bien es cierto que se conocía y empleaba desde 1517 la llave de rueda, nuestros arcabuceros no dejaron de usar la mecha. Tampoco en nuestro ejército obtuvo preferencia el mosquete, que como, ya dijimos, sólo difería del arcabuz en la hechura de la culata, casi recta en aquél y en su mayor calibre. El duque de Alba, al encargarse del ejército que debía pasar á Flandes, fué quien dió á sus mosqueteros horquillas de madera de siete palmos de longitud, incluso el posador y el inca-romero de hierro para apoyar el arma. Cuanto á los pistoletes de uso tan general á fines de este siglo entre alemanes y franceses, pues dice Villalobos, que en 1595 no había en toda Francia una compañía de hombres de armas con lanzas; en España, se autoriza á los hombres de armas y caballos ligeros el uso de uno «con su rueda y pedernal del largo y munición que se requería para ser útil en efectos que se ofreciesen, con todos sus aderezos y munición.» Esta arma, también hemos consignado que era un mosquete de pequeño calibre y corto lo suficiente para que pudiera dispararse con el brazo extendido.

Las condiciones que debían reunir los mosquetes y arcabuces eran según una contrata celebrada en 1561 con Juan Ibáñez de Churruca, las siguientes:

1.ª Que debían ser de la bondad y tamaño de la muestra y peso de 21 libras y 4 onzas de Castilla, y desde la recámara adelante fuesen descargando desde libra á libra y media, teniendo el garabato más reforzado y la punta más delgada.

2.ª Que su longitud debía ser de 5 palmos, antes más largo que corto.

3.ª Que habían de estar limpios por dentro y fuera, sin fuente, hojas, ni hoyos y llenar sus barrenas dulces, quedando muy limpios.

4.ª Que el tornillo debía tener suficientes vueltas y llegar hasta el fogón, pero sin entrar pólvora entre ambos.

5.ª Que las cazoletas y cubiertas debían estar muy encajadas y limadas y muy justas, de manera que la pólvora no se pudiese salir ni llevarla el aire.

6.ª Que debían de tener sus miras postizas que cayesen fuera de la cámara, y su punto encima de la boca del grueso conveniente de modo que quedase bien apuntado.

7.ª Que cada mosquete había de tirar pelota de onza y media de plomo.

8.ª Que se habían de probar dos veces con pelota de su peso y 3 onzas de pólvora de arcabuz en cada prueba.

9.ª Que la llave debía estar puesta en el mosquete con su serpentín, sana y buena.

10 Que había de dar su molde de hierro igual á la muestra, su rascador, saca-pelotas y atacador de hierro.

11 Que el frasco había de ser del calibo de la muestra con su resorte y muelles, de capacidad de 2 libras y su carga de fierro de una y media onzas, y á más su colgador para ponerlo en la cinta; que habían de ser de buena madera de haya, cubiertos de muy buen cuero.

11 Que las cajas habían de ser de nogal seco, bien hechas, sin nudos ni repelos, y de buen cuerpo.

13 Que si algún mosquete se rompiese en las pruebas no sería de recibo.

14 Que había de ponerlos en el puerto de Deva á su costa.

15 Que se habían de pagar por cada mosquete con todos sus aderezos 42 reales de plata, que valían 1,428 mrs.

Los demás artículos son relativos á las entregas, pagos, etc.

Un arcabuz con todos sus aderezos debía costar 25 rs. y 14 mrs., en esta forma:

	Rs.	Mrs.
El cañón concluído y corriente.	13	—
La llave y molde de hacer balas con acero fino en los muelles, excluyendo el acerillo.	2	2
La caja con baqueta.	2	—
Acicalar y esmerilar el cañón.	—	24
Rascador, saca-pelota y clavo de rabera.	—	20
Frasco y frasquillo en blanco.	1	—
Cubrirlos de cuero.	—	20
Guarnecerlos de fierro.	4	—
El cordón del frasco y frasquillo.	1	16
TOTAL. . . .	25	14

Un mosquete con todos sus aderezos 46 rs. y mrs., á saber:

	Rs.	Mrs
El cañón barrenado, limado y guarnecido	27	17
La llave y molde.	2	26
La caja y baqueta.	3	17
Acicalar y esmerilar el cañón.	1	—
Rascador, saca-pelotas y clavo de rabera.	1	—
El frasco y frasquillo en blanco.	1	8
Cubrirlos de cuero.	—	30
Guarnecerlos de fierro.	5	—
El cordón del frasco y frasquillo.	1	26
La horquilla.	1	17
Total.	46	5

En una relación de la artillería existente en España el mes de Noviembre de 1588, se fija el precio de los arcabuces en 30 rs. y el de los mosquetes en 50. La cuerda mecha costaba 20 rs. por quintal sólo de cocerla. Estos precios eran los de las armas llamadas de munición; pues por este tiempo se fabricaban ya con caja de maderas finas y bellas ornamentaciones de metal, especialmente los pistoletes.

A la par que se trataba de uniformar los calibres y dimensiones de las piezas de artillería, existía el deseo de hacer otro tanto con las armas portátiles de fuego. Felipe II, ateniéndose á una *Memoria* redacta en Zaragoza el 3 de Enero de 1592 con motivo del examen de cierta remesa de arcabuces y mosquetes, mandados al ejército de Aragón, ordenó á Lope de Elío, veedor de la fábrica de armas, fabricar un arcabuz con arreglo á las indicaciones hechas entonces: su peso entre 9 y 10 libras, su bala de una onza, su longitud 5 cuartas y su coste 4 rs. más que el ordinario. Con él mandó el citado veedor, al Consejo de Guerra, otro arcabuz de 4 ½ palmos y onza de munición: cañón de peso 7 á 8 libras y cuyo alcance era igual al anterior, aunque más fácil su manejo; y otro de los que á la sazón se construía según la orden de D. Juan de Acuña, y cuyo cañón pesaba 7 libras, teniendo calibre de 6 ochavas. Ordenóse también que se trajese un arcabuz de los existentes en Cartagena, construidos en Milán, y examinados todos ellos, dió informe en 26 de Mayo del mismo año el ya citado Acuña, capitán general de la artillería, manifestando que el cañón milanés pesaba 8 libras 6 onzas, y era de 6 ochavas de pelota, pero dos dedos más corto y algo más reforzado que los que se construían por su orden. Que pesado el arcabuz completo

	Libras	Onzas
El pedido del ejército pesaba.	12	8
El primero construído por Lope de Elío.	12	»
El de Milán.	10	12
Y el de su modelo.	10	4

Este último fué el que adoptó el Consejo, conformándose así con el dictamen que prevalecía entre los soldados, quienes tenían los arcabuces fabricados en Guipúzcoa por arma excelente. Y en verdad que si se tiene en cuenta el excesivo peso de los dos primeros tipos, fácilmente se comprenderá que sólo hombres muy robustos pudieran soportarlos y cargarlos (1).

Consignados estos datos por lo que respecta á las armas de fuego, fuerza nos es consagrar algunos párrafos á las llamas *blancas*. Las usadas por nuestros soldados y por casi todas las tropas de esta época, se reducían á la lanza de armas ó lanzón, la lanza de ristre, la pica, la alabarda, la espada y la daga. De estas armas, eran usadas las dos primeras y la espada por la caballería; las cuatro últimas por la infantería; la lanza y la pica eran propias para el combate en masa; la espada y la daga para la lucha individual; cuanto á la alabarda, arma

(1) Aparici y García. *Informe sobre los adelantos de la Comision de Historia en el Archivo de Simancas*

favorita de los suizos, en nuestro ejército fué durante este medio siglo propia de los soldados destinados á escolta de los maestres de campo; auditores generales, caudillos, vireyes, y grandes dignatarios. La lanza de ristre, mucho más ligera que el lanzón de armas, reemplazó á éste, según real cédula de 22 de Mayo de 1587. Por igual motivo había supeditado la pica á la alabarda, que tanta boga alcanzó con los suizos, y que por su longitud, ancho hierro y extraordinario peso, no era propia para el combate, desde el momento en que éste se entablaba mano á mano.

Respecto de la espada y daga, como no se había fijado regla alguna respecto á su peso y medida, y como el combate lo entablaba la infantería con la pica, de aquí que nada se diga en las contratas y otros documentos de esta índole, relativamente á ella ni á las dagas, puñales, misericordias, bracamartes y otras variedades. Diremos, sin embargo, que no se clasificaban las espadas por su empuñadura, que era muy variada, sino por la hoja, de más ó menos longitud; de uno, dos, tres y hasta cuatro filos, y en las armas cortas, no pocas veces dentellada para que fuera más mortífera. Designábanse por el nombre de sus constructores (1) y más especialmente por sus marcas, alcanzando gran celebridad las llamadas del *perrillo*.

Las picas de servicio en el ejército eran de hierro liso y mango de madera de haya ó roble, de 26 palmos de longitud. Por la antes citada contrata celebrada en 1561 con Juan Ibáñez de Churruca, conocemos los precios que importaban esta clase de armas:

	Rs.	Mrs.
El asta de cada pica de 26 palmos.	4	—
Cada docena de astas de picas de cuenta, sanas y de 24 á 25 palmos, no admitiéndose de menos longitud.	36	—
Cada docena de astas de pica de las que salieron de Ciñoa.	30	—
Cada hierro de pica, entregando en cada millar cien aventajados y con las zarzas más largas para las picas de 26 palmos, acerándolas con acero fino.	1	6
Cada millar de tachuelas para enastar los fierros y cuentos.	3	17
Cada millar de cuentos á 2,000 mrs.	58	28
De enastar cada pica en los parajes donde se labrare.	—	6
En los almacenes..	—	8

Según la nota de valores en que se regularon algunas armas que figura en una relación oficial de 1588, la pica valía siete reales. Esta arma, con las ofensivas ya citadas, eran las únicas que se fabricaban en España, sin perjuicio de usarse las construídas en las fábricas de nuestros Estados de Milán y los Países Bajos, y aun de Alemania y Francia. No así las defensivas que en su mayor parte procedían de los dos primeros.

Usó la infantería en el transcurso de este siglo el morrión ó celada borgoñota, el coselete y la escarcela, reducción de la muslera; la caballería el casco, coselete cumplido, con sus brazaletes y manoplas, musleras, grevas y zapato herrado, si bien á fines de este reinado fué sustituyendo la bota de cuero á los quijotes, grevas y zapato herrado. El hombre de armas llevaba todas las piezas defensivas, el arcabucero y el caballo ligero tan sólo las del cuerpo y á lo más las musleras. Todas estas piezas ganaron considerablemente en ligereza á medida que la fabricación adelantaba, y como el siglo XVI fué el de los grandes artífices, produjéronse en Alemania y en Italia, sobre todo en este último país, bellísimas armaduras. Las de los capitanes y grandes señores, como más ricas y costosas, eran en extremo variadas y constituían verdaderas joyas. No hay más que recorrer los principales Museos de esta península y de España, pues como quiera que en Milán se fabrican las más excelentes, enciérranse en los de esta ciudad y en el preciado de Turín, verdaderas preciosidades artísticas, no teniendo por cierto nada que envidiarles por muchos conceptos nuestra Armería (2). Muchas de las armaduras que aquéllos y ésta contienen son de honor y ceremonia,

(1) En este siglo y en los siguientes alcanzaron gran fama las hojas toledanas, y entre los espaderos cuyos nombres se han conservado hasta nuestros días, cuentánse Sebastián Hernández, Tomás de Ayala y Francisco de Toledo.

(2) Descuellan ad más entre los Museos más famosos el del Louvre, llamado antes de los *Soberanos*, y el de Artillería de París; los de

pues en este siglo los príncipes hicieron alarde de su opulencia y buen gusto en el número de las que mandaron fabricar, distinguiéndose muy especialmente en esto el emperador. Contribuyeron á perfeccionar y enriquecer la panoplia escultores de nota, famosos cinceladores, grabadores y damasquinadores, reputados orífeces y esmaltadores. En sus manos el arnés adquiere un realce y riqueza hasta entonces no conocidos; todas sus piezas aparecen cubiertas



Carraca del siglo XVI.

de hermosos arabescos y figuras, de soberbios adornos, repujados unos, primorosamente damasquinados y cincelados otros, dorados y plateados muchos, y algunos recortados y aplicados al hierro con suma habilidad. Igual magnificencia en las armas ofensivas, especialmente en la espada y la daga, cuyas empuñaduras de complicados enlaces cubren de arabescos y de figurillas, de menudos grabados, de primorosísimos damasquinados y brillantes

Munich, Dresde, Viena, Bruselas, y buen número de colecciones particulares, entre los que merece consignarse la que posee en Barcelona D. José Ferrer y Soler. La *Asociacion Artística Arqueológica barcelonesa* ha publicado recientemente un *Album heliográfico* acompañado de una *Descripcion* de los objetos pertenecientes á la coleccion del citado Sr. Ferrer, y á él remitimos á los aficionados.

esmaltes. Y hasta en la armadura del caballo se hace alarde de gusto, enriqueciendo con doradas labores la testera y otras partes de la barda. Sobresalieron en este género de obras los italianos, y pueden citarse entre otros el milanés Negrolo, hábil cincelador y damasquinador; el platero Michelangelo, maestro del célebre Benvenuto Cellini, y los hermanos Piccinini; pero también se dieron á conocer honrosamente los alemanes, quienes produjeron armas y armaduras tan bellas como las milanesas. En Alemania alcanzó merecida fama el augsburgués Desiderio Kollmann, y en Francia, donde tampoco escaseaban los armeros hábiles, el bordelés Antonio Jacquard. Sin embargo, muchos otros existieron cuyos nombres han caído en el olvido; y por lo que respecta á España, se hace mención por estos años de un Romero que se dice fabricó magníficas armaduras para Alfonso II de Este, duque de Ferrara. Del extraordinario valor de alguna de las armaduras fabricadas por los hábiles artistas de este siglo, puede colegirse con saber que el solo escudo de honor de Carlos IX, de oro repujado, cincelado y esmaltado, cuajado de figuritas repartidas entre los medallones de la cenefa y el centro, obra conservada en el Museo del Louvre, no tiene, como vulgarmente se dice, precio. Y cuenta que no escasean en los museos de Europa las armaduras de gran mérito y valía. «Las armaduras enteras, las borgoñotas, las rodelas y escudos, los gorjales, las espadas que en nuestra Armería se conservan, dice el Sr. Madrazo, refiriéndose á las de los principales personajes de este siglo, obras de los más afamados armeros de Italia, de Alemania y de España, los Negrolos, los Campi, los Kollmann, los Menchucas, y en que acaso se revelan dibujos de Cellini y de Julio Rommo, no tienen rivales en el mundo. Sólo de Carlos V poseemos más de diez armaduras completas y más de otras tantas piezas separadas, que son verdaderas maravillas de arte. Excesivo parecerá á muchos este número de objetos de panoplia, propios del Emperador, y en los cuales se ven, por consiguiente, sus águilas, los escudos con las armas imperiales, las columnas con el *Plus ultra*, los eslabones del Toisón y las cruces de Borgoña; pero cesará la sorpresa cuando se considere que para este augusto personaje trabajaron á porfía los mejores artistas y artífices de su tiempo, y que todos ellos le agasajaban con sus producciones. Según asegura el Dr. Mayrick, Carlos V fué el primero que, con todas las ideas de ostentación que habían distinguido á Maximiliano, formó una colección de armaduras sólo para mostrarlas. Principiada esta nueva moda por un príncipe cuya fama fué motivo, no sólo de que le envidiasen, sino de que todos trataran de imitarle por motivos de rivalidad, los monarcas vecinos la siguieron á porfía, y tras ellos fueron los soberanos de los Estados subalternos y los magnates de la Europa entera (1).»

Si fastuoso se manifestó Carlos I en su panoplia, no fué inferior á él Felipe II, de quien también conservaba nuestra Armería bellísimas armaduras, siendo notables la señalada en el Catálogo con el número 2,350, compuesta de yelmo con gola, visera de una pieza y otra de refuerzo sobre la vista; sobrecalva calada con eslabones del Toisón y portaplumas con penacho; peto y espaldar de varias launas movibles; guardabrazos con alas, brazales de cangrejo y fuestes manoplas; guarda-axila derecha, grandes quijotes, rodilleras y grebones; cuyas piezas están todas largueadas, grabadas y doradas: la del número 2,376, digna de mención por la cota de armas, brial ó tonelete que tiene (2), y formada por bella borgoñota con yugulares; guarda-brazos con gocetes, brazales calados y manoplas; gorjal, alto peto y espaldar, de los cuales pende el brial ó parte inferior de la cota, en cuyo borde alternan grifos, eslabones del Toisón y resaltos facetados con puntas de diamante; musleras de varias launas, rodilleras y grebas caladas; como la anterior, de sumo gusto y riqueza: la de número 2,388 con que retrató á Felipe el Tiziano, adornada de anchas listas grabadas y doradas y compuesta de yelmo crestado con gola y visera de rejilla, coraza con escarcelas, brazales comple-

(1) *Espada del gran duque de Alba Don Fernando Alvarez de Toledo y Osorio.* Monografía inserta en el tomo IX del *Museo Español de Antigüedades.*

(2) El tonelete brial ó cota de armas llevábase en esta época ordinariamente de tela; pero en esta armadura, así como en la preciosa del emperador Carlos V, señalada con el número 481, es aquel de hierro. «Con esta cota de armas, se lee en el catálogo citado, no era posible montar á caballo; pero no faltan armaduras en otros Museos, en que dicha cota, que es también de hierro, está cortada por delante y por detrás para poder usarla montado. Si con la misma se quería pelear á pie, no había más que colocar dichas piezas, y quedaba enteramente cerrada, como se halla hoy de esta armadura.» *Catálogo de los objetos de la Real Armería.* Madrid, 1867.

tos, gocete, musleras, rodilleras y grebas; las armaduras ecuestres y completas de números 2,398 y 2,451, reproducida esta última y descrita en este Tomo; la preciosísima señala con el número 2,419, de color oscuro con hebillas y chatones dorados, cuajada toda ella de bajos relieves cincelados y relevados á martillo, representando dioses, virtudes, figuras alegóricas, monstruos, animales y otros adornos, en especial la borgoñota: trabajo asombroso por la belleza del estilo y la pureza del dibujo, en el que se revela la mano de uno de los famosos artistas del siglo XVI. Y ¿qué decir de la magnífica gola del número 2,370, en la que sobre un fondo dorado está representada en bellísimos relieves de plata la toma de San Quintín, así como de las borgoñotas números 2,443 y 2,462, en las que aparecen relevadas á martillos, doradas, plateadas y damasquinadas mitológicas composiciones; y de las números 913 y 939 cuyos respectivos asuntos son el rapto de Elena entre un combate de guerreros, orlado por una cenefa con cabezas aladas y toda de mazonería, con damasquinados de oro; y el juicio de Paris, en campo de monstruos y genios, con preciosa orla y medallones, todo relevado, burilado, dorado y plateado? Ocioso sería describir otras armaduras y piezas sueltas pertenecientes á este soberano, á su hijo, á D. Juan de Austria, al duque de Alba, á Filiberto de Saboya, y á otros príncipes y generales famosos de la época, ni los caballuestes ó sillas de grandes chapas con labor sogueada y en cuyos arzones hay pinturas de los más célebres artistas de la época, pertenecientes unos á la escuela de Polidoro Caravaggio, otros á la de Rafael ó de su famoso discípulo Perino della Vaga, ni las bardas también grabadas y relevadas á martillo, con no menos esmero que las piezas de jinete. En todas estas obras se despliegan igual lujo, riqueza y fantasía por parte de los artistas, se releva la riqueza y fausto de los señores, y se dan á conocer los grandes adelantos hechos en ramos tan variados como son el repujado, el esmalte, el cincelado, cuyos procedimientos se aplican con suma habilidad.

Hemos dicho ya que no se construían las armas defensivas en España, ó que por lo menos no existían fábricas conocidas, siendo las piezas de que se proveía nuestro ejército procedentes de Milán, Alemania y los Países-Bajos. Con razón se lamentaba de ello Marcos de Isaba en su *Cuerpo enfermo de la milicia española*, impreso en 1594; y para remediar este defecto, propone en el capítulo XXI de su obra que se establezcan en nuestra patria algunas fábricas de armas, á manera de las famosas de Francfort, París y Milán. Si veníamos á perder la plática con Milán ó Brescia ó Alemania, dice, lamentable sería que no haya en toda España quien sepa hacer un coselete bien hecho, ni un arcabuz puntero y polido, y que cuando se halle alguno que lo sepa hacer, ha de ser con tiempo muy largo, muy costoso, y al cabo que salga hecho, sea falto de muchas cosas.» Por eso aconseja al Rey que lo mande consultar y ver, recomendando al mismo tiempo como puntos para establecer las fábricas, Cartagena, Málaga, Sevilla, Laredo, Pamplona y Rosas. A su entender los arcabuces se habían de construir de cinco palmos ordinarios de cañón, reforzados de cámara, de una onza de pelota, el frasco que pudiese llevar 24 onzas de pólvora, y la carga de éste de tanto peso de pólvora cuanto pesase la pelota; los mosquetes debían tener seis palmos de cañón en largo, 2 onzas de pelota y otro tanto peso en la carga igual de pólvora como de pelota; los coseletes polidos y fuertes, ser más reforzados, y para que el soldado pudiese inclinarse con falsete en el peto, junto á la cintura; los brazales todos seguidos; la celada con sus orejas grandes, que cubriese el pescuezo y las quijadas, y provista de una alta cresta, terminada por el frente en punta.

El Sr. Aparici cita un informe del Consejo de la Guerra, en el que se recomienda al Rey comisione al Condestable de Castilla para ajustar en el primero de aquellos Estados maestros prácticos armeroles con oficiales, á consecuencia del cual el gobernador de Milán, por orden del monarca, contrató con Jacobo Felipe Lomaso ó Tomaso, su venida á España, juntamente con un grabador, un acicalador, un maestro de coseletes, otro de brazales, otro de celadas, un ayudante de coseletes, dos armeroles doradores, un maestro de manoplas y clavar armas, y otros varios. Esta fabricación se estableció en la fundición de balerío de Engui, donde se mantuvo hasta el siguiente siglo. Generalizóse entonces y se construyeron armaduras en las principales ciudades de España.

Para completar estas noticias relativas á las armas ofensivas, añadiremos que, según una nota de valores, incluída en una relación de artillería del año 1588, un morrión costaba once reales y un coselete ochenta.

Ya dijimos que durante el reinado de Carlos I no existió en los trajes militares uniformidad alguna, siendo el distintivo de los imperiales la banda encarnada: en el de su hijo D. Felipe hay gran tendencia á la uniformidad, así en trajes como en armas. Algunos grabados de los que ilustran este volumen darán idea de los trajes usados por la infantería y la caballería en dicha época: por regla general nótase que las prendas usadas son las medias calzas con ligas, calzas acuchilladas y jubón; es decir, las que con el capotillo y la gorra se llevaban en esta época; y como lo que caracterizaba al soldado era el armamento, y éste se construyó en adelante según tipos determinados, fué desapareciendo la irregularidad, producida á consecuencia de sentar su plaza los individuos con armas adquiridas á su costa. Esto por lo que atañe á la infantería. Por lo que respecta á la caballería los herreruelos llevaban calzas acuchilladas, una esclavina ó capilla y el jubón; los arcabuceros, calzas, botas altas ó grevas y jubón, si bien en las compañías que servían en la península se adoptó una hungarina de paño color amarillo con mangas perdidas y adornada con la cruz roja de Borgoña: los hombres de armas también llevaron un capotillo de mangas perdidas, llamado *brandemburgo*, de paño color morado y con la cruz de San Andrés en pecho y espalda. La hungarina y el brandemburgo iban colocadas sobre el coselete (1).

Con objeto de uniformar las tropas embarcadas, en 1588 se buscaron licitadores y contratistas para construir las prendas. Sus precios, reducidos á reales los maravedís, eran:

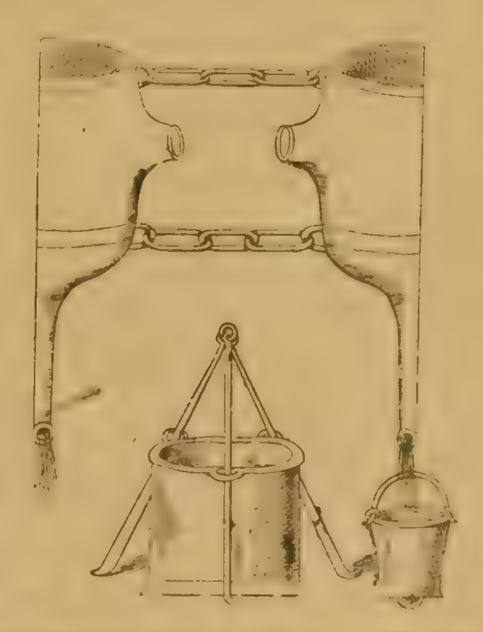
	Valores en Burgos Rs.	Valores en Burgos Mrs.	Valores en Medina Rs.	Valores en Medina Mrs.
Ropilla de paño, mezcla azul y verde, aforrada de bayeta, con botones y ojales de seda y gregüescos del mismo paño.	52	33	50	»
Jubón de lienzo de Galicia, forrado con malandrín, con botones y ojales.	14	»	14	24
Dos camisas de melinje.	17	32	20	»
Un par de zapatos de dos suelas, de cordobán.	5	17	4	17
Un par de medias de lana de aguja, blancas.	»	»	8	»
Un par de medias de color.	8	17	9	»
Un sombrero entrefino, forrado de tafetán, con medias, toquillas y cairelados.	7	»	7	»
Totales.	105	31	113	7

La instrucción dada en 1591 á D. Alonso de Vargas, capitán general del ejército de Aragón, consigna en su artículo 42 que toda la gente del ejército llevase sobre sus armas una banda roja, y si no usasen coseletes, una cruz roja grande, cosida al vestido, que no se pudiese ocultar, bajo pena de ser considerado como enemigo. Esto indica que lo qué caracterizaba al soldado era dicho distintivo, pues en el traje no existía uniformidad; siendo las armas defensivas lo que verdaderamente componía el indumento militar.

Consignados estos datos por lo que atañe á las armas y trajes, digamos algo de las banderas. Ya describimos en el Tomo I el guión real usado por Fernando el Católico y Carlos V; pero el Emperador usó además banderas en que campeaban el águila de dos cabezas, y en que se ostentaban las simbólicas columnas de Hércules: así hemos tenido ocasión de verlo en grabados de la época. No era, sin embargo, el estandarte y la bandera real un distintivo común á todo el ejército, sino propio del soberano, ó por mejor decir, la bandera preeminente del ejército. Al advenir Felipe II comienza á generalizarse la cruz de San Andrés, emblema de la casa de Borgoña, y que cosida en las hungarinas de los jinetes y al tafetán de la bandera, es lo que caracteriza á

(1) Clonard, *Hist. orgánica*, Tomo III, pág. 157.

nuestras tropas: la banda roja atravesada al pecho, la cruz de aspas rojas en la bandera son dos distintivos nacionales españoles en la segunda mitad del siglo XVI y siglo XVII. Del contenido de una *Instrucción y regimiento de guerra*, impresa en la primera mitad del siglo XVI, en que haciendo referencia á las levas, dice el autor que se efectuaban desplegando cada capitán *su bandera*, deduce el Sr. Cánovas del Castillo, que la obligación que contraian los soldados al engancharse, no era otra que seguir fielmente *la bandera del dicho capitán*, nombrado y autorizado para reunir y armar gente para el rey; y que es de pensar, por tanto, que éste escogiera á su capricho el color peculiar de aquélla. Así es en efecto; y basta leer los libros escritos sobre organización ó disciplina militar en la segunda mitad del siglo XVI, para venir en conocimiento de tal particularidad: á mayor abundamiento en algunas de las primeras cartas geográficas se hallarán las banderas de conquistadores de color distinto, á



Invento de Francisco Cont[illegible] [illegible] Copiado de un diseño existente en el Archivo de Simancas.

pesar de ser todas españolas. Pero donde sobre todo pueden estudiarse las variedades que ofrece la bandera, es en los cuadros y aun en los grabados de la época. Los correspondientes á los últimos cincuenta años del siglo XVI y al siglo XVII, existentes en el Monasterio del Escorial y en el Museo del Prado, presentan á los tercios divididos en compañías, con banderas de color distinto, pero en las que siempre campea la cruz de Borgoña: unas son de color azul, otras de color anaranjado, otras blancas, otras moradas; algunas de colores combinados, listadas ó con escaques, y muchas de ellas rodeadas de franjas ó galones: éstos también presentan alguna diversidad, consistente en triángulos ó puntas negras. Las banderas ocupan en el orden cuadrado, según alguna de las pinturas de la época, la tercera hilera de los coseletes ó picas. Cuanto á los guiones presentan alguna variedad, pues en ellos se destaca alguna imagen, y son comunmente rojos. Un grabado holandés poseemos nosotros, en el que está representada la terrible derrota sufrida por los españoles en las Dunas (1600) y en el mismo un trofeo de banderas, estandartes y trompetas, cogidas á nuestros soldados: presentan aquellas las particularidades notadas en los cuadros citados, y á más ofrécenos con detalles minuciosos los varios estandartes usados por la caballería, algunos de la hechura de

las grímpolas, con dos farpas ó puntas, rodeados de flequillo y bordado ó pintado en su centro una imagen; en los tafetanes de las trompetas hay la cruz de Borgoña y en alguno el escudo real.

Bandera es en el siglo XVI sinónimo de compañía, sobre todo entre los tudescos, y lo mismo puede decirse de *Corneta* (estandarte) que por extensión también significa tropa ó escuadrón de caballos, y así la emplea con frecuencia nuestro clásico Coloma al hablar de las tropas de caballería francesa, y especialmente de los raitres, denominando al guión real de Enrique IV «la corneta blanca.» El origen de ambos dictados no es otro que haber tenido cada capitán *su bandera*, y esto demuestra ser una y otra insignia, individual más bien que colectiva. Tenían su bandera el capitán, la tenía el general en jefe del ejército y por último, el soberano; pero lo que distinguió á las banderas usadas en el ejército fué el distintivo real, que en este reinado era el de la casa de Borgoña. «No hubo en los ejércitos del siglo XVI, dice el Sr. Cánovas del Castillo, otra bandera preeminente que la del monarca ó caudillo que los mandara. Los capitanes generales ó generales en jefe de los ejércitos, no debían llevar, según advierte el *Libro de la Cámara Real*, las mismas insignias de la banda ó las columnas que el Emperador usaba, sino otras divisas particulares (aunque no las de su casa y persona); con el fin de evitar que si el monarca acudía á la hueste, dejara de distinguirse del guión del monarca el del súbdito. Pero de estos guiones de general en jefe ó capitán general de aquel tiempo, no he visto ninguno; y antes de terminar el siglo XVI debió caer semejante costumbre en desuso. Ninguna bandera particular acompañaba al gran duque de Feria delante de la plaza de Constanza, tal como está representado en el cuadro de Carducho, que lleva el número 33 en el Museo del Prado, viéndose allí solamente las de dos compañías de infantes, roja una, otra blanca, y ambas con la cruz de Borgoña. La bandera plantada en una de las torres de Reinfelds por los soldados del duque de Feria, es blanca, con franja y roja cruz de Borgoña, sin duda la de la compañía más venturosa en el asalto; y por otros lados se ven allí flotando, sobre las compañías que lidian aún, banderas rojas y blancas siempre con su cruz acostumbrada. En el famoso cuadro de las *Lanzas* de Velázquez, que representa la rendición de Breda, la bandera principal que ostenta el ejército español, (tapada en parte por la cabeza del admirable caballo que, colocado en primer término, y contra el principio fundamental del arte antiguo, solicita allí más la atención que las humanas figuras), está formada de escaques blancos y azules, con la cruz de Borgoña roja. El cuadro de José Leonardo, sobre igual asunto, ya no tiene exactamente las mismas banderas que el de Velázquez, lo cual prueba más y más que no había en esto regla fija á que tuvieran que atenerse los pintores. De las dos que en él ostentan los españoles, si la una es también roja con cruz de distinto color, la otra parece formada de diversos colores, y entre ellos el azul, mas sin escaques, como los tiene la blanca y azul del cuadro llamado de las *Lanzas*. Otro hay en la rotonda que da entrada al Museo, el cual figura la rendición de un castillo holandés á los españoles; y la bandera de éstos, que ondea ya en el dicho castillo, es blanca con cruz de Borgoña roja, ni más ni menos que la de Reinfelds, y semejante á las que usaron nuestros regimientos de línea hasta 1843. Despréndese, de todo esto, la evidencia de que no había á la sazón otras banderas que tremolar sinó las mismas de las compañías; las cuales sólo tenían de común la cruz de Borgoña, roja siempre, á menos que fuese rojo el fondo de la bandera, que entonces recibía, para que se la distinguiera de lejos y por no quebrantar el principio heráldico, otro cualquiera color. Si hay alguna excepción en el color de la cruz, es tan rara, que apenas merece consignarse; y bueno es observar al propio tiempo, que nunca faltaba ya el color rojo de las banderas, bien en la divisa, bien en el fondo (1).»

Al hablar de las banderas, es justo hacer mención de los abanderados, cargo que en manera alguna debe confundirse con el de alférez; pues aunque parezca extraño aquéllos eran una especie de criados de éste.

(1) *De las escarapelas rojas y de las banderas y divisas usadas en España,* artículo publicado en la *Ilustración Española y Americana* de 5 de Octubre de 1871.

«Los abanderados, dice Sancho Londoño, en su *Disciplina militar*, son necesarios para llevar las banderas, porque en la nación española, los alféreces no las toman, sinó es para pelear con ellas, ó cuando van con sus capitanes delante con las compañías ó á las guardias ó á pasar delante del Rey ó del capitán general». Y añade Martín de Eguiluz en su *Discurso y regla militar*: «El alférez debe ser dispuesto y gallardo, por algunos respetos que se le ofrecerán, como es en día de asalto ó batalla haber de pasar por delante de su Rey ó de su capitán general, para abatir y hacer aquel acatamiento que se debe con su bandera gallardamente, sin hacer fealdades con ella de rendirla á puños con todas dos manos, sinó *que tenga tanta pujanza, que lo haga con una sola mano*». De este y otros párrafos, así como de las pinturas y grabados de aquel tiempo, se deduce que las banderas eran de luenga asta y enorme tafetán. En las marchas debía ir una levantada en cada tercio, para que sirviese de guía y punto de reunión á los soldados, y las demás con el tafetán arrollado al asta. En los alojamientos se colocaban en las ventanas ó puerta de la casa en que aposentaba el alférez, y allí debían acudir para formar los soldados de la compañía, en los campamentos se ponían en la frente de los cuarteles de cada compañía, todas en una hilera y de allí abajo se alojaban los soldados. Así lo consignan el citado Londoño y Francisco Valdés en su *Disciplina militar*.

En el reinado de Carlos I, en el de su hijo, y en el de sus dos inmediatos sucesores, fué la banda colorada, atravesada sobre el pecho el distintivo de nuestros soldados y oficiales, así como la blanca era la de los franceses, y la anaranjada la de los holandeses. Todos los monarcas, generales, caballeros y capitanes españoles de estos siglos, llevan la banda roja ó carmesí, y con ella están representados en los cuadros que enriquecen nuestros museos. Júzguese de lo generalizado que estaba el uso de esta insignia por los siguientes versos de Calderón:

¿De qué nación sois?
La banda
creí que os lo hubiera dicho.
Vasallo de España soy.

Don Carlos de Coloma pinta la escena en que el duque de Aumale, el más fiel de los aliados franceses de Felipe, se desnaturaliza, quitándose la banda negra con lágrimas de plata, y poniéndose la roja, distintivo de la majestad católica. Los caballos ligeros franceses que servían con Hernán Tello durante el sitio de Amiens, para ir en busca de vituallas, reemplazaban la banda roja por la blanca, distintivo de Enrique IV, con objeto de engañar al enemigo. En algunas tropas de caballería usóse también por estos años la cruz roja sobre la hungarina. Este distintivo en el pecho y en la bandera, ó bien la citada banda, son característicos de la época.

Los instrumentos de música usados en nuestros ejércitos durante este siglo, fueron para la infantería, tambores y pífanos y para la caballería trompetas y timbales. El tambor ó atambor y el timbal eran de origen moro, el pito de procedencia suiza, y desde 1505 acompañaba á las cajas. El atambor tenía enormes dimensiones y á causa de lo engorroso que debía ser para campaña, Carlos I, lo mandó suprimir en 1525, en la caballería de los Guardas, dejando sólo dos trompetas en cada capitanía: la trompeta era recta y de ella pendía un tafetán con el escudo real ó la cruz de Borgoña. Así la vemos representada en pinturas y en grabados. *Tocar cajas* es la frase que emplean nuestros clásicos al hablar de recluta y al tratar de las capitulaciones de las plazas. Con frecuencia se menciona la salida de la guarnición al son de pífanos y atambores. Músicas militares no existían, pues, propiamente hablando, pero en cambio en los triunfos y solemnidades bélicas, no faltaban músicos con que amenizar tales actos, y aún diremos que ni en los momentos de más grave peligro, como sucedió en el sitio de Amiens, donde rechazados los enemigos del rebellín de Montreçu, sus bizarros defensores mandaron llamar algunos músicos y al són de menestriles y otros instrumentos se mofaban de los franceses.

El Renacimiento, que tanta influencia ejerció sobre las artes dió gran desarrollo á ésta,

como lo prueban la creación de las *capillas* para el servicio religioso y música de Guardas en tiempo del Emperador, y el número de músicos de cámara y capilla que tenía Felipe II. Debe advertirse que la mayor parte de estos eran flamencos. Diez trompetas y seis timbaleros estaban adjuntos á su real caballeriza. Además de muchos menestriles, que formaban una verdadera banda militar (1). Los sueldos, gajes, raciones y regalos que percibían, el número de instrumentos que tocaban y la riqueza misma de éstos, construídos de marfil, plata ó maderas finas, dan idea del lujo desplegado por ambos monarcas, fausto que adquirió creces con sus sucesores.

Hé aquí las noticias que hemos podido hallar en cédulas y ordenanzas relativas á los sueldos que gozaban los atambores, pífanos y trompetas. Una cédula de 20 de Diciembre de 1590, consigna que se aumenta el sueldo de los trompetas á 26,000 maravedís; según otra de 28 de Octubre de 1591, gozaba un trompeta de 10 escudos. Los pífanos y atambores tenían la misma paga, pues según una conducta de 50 de Diciembre de 1585 y otros documentos se vé que recibía cada uno de ellos 2,040 maravedís, ó sean 60 reales mensualmente. Existían uno de cada clase por compañía. Los de los Guardas de la costa de Granada tenían paga doble. Por último, en el ejército figuraban además de los atambores ordinarios de compañía, los atambores mayores de tercio y el atambor general que debía ser hombre de buen entendimiento, muy veterano y conocedor de las diferencias de órdenes que en la caja se pueden significar». Así lo consigna el diligente Scarión de Pavía, por el que también sabemos que el empleo de tambor y pífano era considerado *bajo*; no así el de atambor mayor, cuyos oficios eran necesarios para algo más que echar bandos, pues se les encomendaban mandados y comisiones de un escuadrón á otro, reconocimientos del terreno, rescate de presos y otros recados que hubiesen de comunicarse al enemigo. Cargos tan delicados requerían que el atambor general fuese español, y dice el autor, ya citado, que además tenía que saber tocar todos los toques de las naciones con quien estábamos en trato. Un atambor general, según los documentos concernientes al ejército destinado á invadir Portugal, gozaba de 15 escudos mensuales, y un atambor general del campo, según la relación inserta en la página 552, 20 escudos.

De la real cédula de 20 de Diciembre de 1590, antes citado, se deduce que los trompetas seguían *aires italianos*.

En la segunda mitad del siglo XVI continuaron formando la guardia del monarca los *Continos de la casa real*, y por la ordenanza de 7 de Noviembre de 1562 vemos que formaban cuatro compañías, cada una de 100 hombres, que recibían *quitación* y tenían *asiento* en ella, sin otra obligación que residir en la córte pór lo menos tres meses al año. Estas compañías se relevaban trimestralmente, gozando de licencia los nueve meses restantes. Su obligación consistía en asistir á palacio cuando fueren llamadas y acompañar al monarca fuera de él: en tiempo de paz cada contino mantenía un caballo y en el de guerra dos. Respecto á los sueldos eran:

Capitán.	300,000 mrs.
Teniente.	100,000 »
Alférez.	75,000 »
Contino..	50,000 »

Existía además agregada á este cuerpo una compañía llamada los *Continos de D. Alvaro de Luna*, con iguales obligaciones y goces, y cierto número de alabarderos destinados á guarda personal del monarca. Los alabarderos no constituían cuerpo y los tomaban, como hemos dicho, para su guarda particular los maestres de campo, auditores, vireyes, capitanes generales y el soberano. Su armamento era la alabarda y la espada; su traje se componía de medias calzas, ropilla ó jubón con mangas acuchilladas, capotillo y gorra con plumas. Así los vemos representados en pinturas de la época.

Examinado ya cuanto concierne al armamento, trajes, banderas, músicas y guarda de la real persona, justo será que consagremos algunos párrafos al reclutamiento.

(1) *Las Músicas militares*, conferencia leída en el Centro Militar de Madrid por el maestro compositor D. Francisco Asenjo Barbieri.

La gente de caballería de los guardas, que era el cuerpo permanente de caballería existente en España, se recibía, según la ordenanza de 1551, vigente en este reinado, del modo siguiente: Reconocido por el capitán ó su teniente el que pretendía sentar plaza y considerado, remitíalo al veedor general para que tomara nota de su persona, armas y equipo. El hombre de armas debía presentar:

Dos caballos crecidos tan bueno el uno como el otro.
Un arnés de los nuevos con todas las piezas de guerra de buen talle y hechura.
Una buena silla armada y cubiertas pintadas.
Cuello y testera.
Lanza de armas.
Lanzón.
Espada de armas.
Estoque y daga.
Un mozo para armarle y vestirle.

Los caballos ligeros tenían obligación de traer:

Un buen caballo crecido.
Silla acerada.
Coselete con su ristra y escarcelas largas.
Gola y celada borgoñota, al modo de caballo ligero.
Lanza de armas y otra de mano.
Coselete con brazales y mandilete.

Los caballos jinetes debían tener:

Buen caballo á propósito para servir.
Coraza, capacete y babera, y quijotes, y falsa y bocetes ó guarnición entera de brazos.
Espada y puñal ó daga.
Buena adarga y lanza.

El individuo que se presentare con efectos prestados perdía éstos y el sueldo devengado. Tomaba cuenta el veedor del asiento y expedía cédula de aprobación; y una vez recibido y habiéndose presentado con todas sus armas y aderezos en el primer alarde, no podía ausentarse de la compañía sin licencia, pena de pérdida de sueldo, armas y caballo. Al que le faltase el caballo, debiendo tener dos, se le descontaba la tercera parte de su sueldo, y al que le faltasen los dos, las dos terceras partes. Si le falta el arnés, la cuarta parte. Los caballos ligeros y jinetes que no tuviesen caballo, perdían la mitad, y por sólo las armas, la tercera parte; en ausencia, el sueldo entero. Los veedores estaban obligados á cuidar que los individuos compraran ó repusieran cuanto les faltase.

Gozaban los guardas de Castilla preeminencias idénticas á los que se han dado á conocer respecto á los artilleros, cuyas preeminencias se consignan en real cédula otorgada en Setiembre de 1573. Tenían obligación de salir al campo armados y montados una vez cada dos meses, para ser revistados y maniobrar. Por último, dicha fuerza estaba distribuida por los pueblos y cambiaba cada cuatro meses de alojamiento. Esta falta de aposentos fijos y las repetidas ausencias de filas de los capitanes y soldados contribuyeron á la decadencia de la institución, considerada á principios del inmediato siglo tan gravosa como inútil.

La fuerza de infantería se reclutaba también voluntariamente por medio de *Conductas* dadas á los capitanes ó encargados de hacer levas. El Sr. Aparici y García, extracta en su precioso *Informe* dos instrucciones para el levantamiento de tropas, que pueden considerarse como modelos, por lo que concierne á todo este siglo, pues por regla general todas son iguales. La primera fué dada al capitán Francisco Blázquez Velamina para que forme una compañía de 338 hombres, cifra á que ascendían ordinariamente en esta época, aunque más tarde fué rebajándose hasta 200. La segunda otorgada en los años 1555 y 1556 á varios capitanes para el mismo objeto.

En la concedida al capitán Francisco Blázquez, se le ordena lo siguiente:

1.° Que debía ir á los distritos que se le dirían á escoger á los individuos más expertos, á los cuales había de pasar alarde á presencia de la Justicia y del Pagador, y ya pagados, partiría á donde se le mandare, corriéndoles el sueldo desde dicho día solamente.

2.° Que debería marchar de 5 á 6 leguas de jornada obligatoria diaramente, y podría irlos socorriendo para evitar desórdenes.

3.° Que llegado el punto donde deberia esperar, acabaría de dar la paga de un mes y enviará al Consejo noticia de la gente con que llegó y de todas las demás circunstancias.

4.° Que el sueldo que debía dar á la gente era á razón de 900 mrs. por mes, comprendiéndose en los 338 hombres, 10 cabos de escuadra de 20 á 25 hombres de fuerza, un alférez, un pífano y dos atambores, todcs los cuales deberían disfrutar paga doble, es decir, 1.800 mrs. mensuales, en el bien entendido, que las escuadras debían estar al completo, disminuyéndose el número de cabos si no hubiese gente bastante para que llegase al menos al de 20 hombres.

5.° Que debían tener lista de la gente en que constase:
Su nombre y sobrenombre.
El lugar de su naturaleza.
El de su padre y madre.
La edad, estatura y reseñas particulares.

6.° Que el Pagador que fuese á pagarle, debería dar copia de los asientos del libro; y esta copia, firmada también del Pagador, debería enviarse al Consejo de la Guerra.

7.° Que luego debería hacer alarde al dicho Pagador de la gente, ante la justicia del pueblo donde residiere, conforme á dicha copia, para que enviada al Consejo se supiese la cantidad y calidad de la gente y su importe, dando aviso del lugar de donde partía y gente pagada, y si anduviere menos de 5 á 6 leguas, debería descontársele lo que faltase.

8.° Que debería tener asiento de las altas y bajas, y dar cuenta de los desertores, con copia de su filiación.

9.° Que de cualquier fraude que hubiese en estas noticias, se le aplicaría la pena de el cuatro tanto, además de lo que fuese de la voluntad de S. M.

10 Que si la gente hiciere daños en los lugares del camino ó campos, y robos ó hurtos, debería pagarlos el capitán por su descuido.

11 Que entre dicha gente no había de llevar rufianes con mujeres, renegadores, ni de mala vida, ni aposentaría, ni consentiría aposentarlos en iglesias, monasterios ni casas de oración; antes trataría dichos edificios con la debida reverencia, porque de lo contrario se procedería contra él con todo el rigor del derecho.

En la segunda instrucción se dice que:

	Sueldo al mes	Al año
El Capitán debería disfrutar.	4,166 2/3 mrs.	50,000 mrs.
El Alférez.	1,800 »	20,000 »
Cada cabo de escuadra.	1,800 »	20,000 »
El pífano y dos atambores, cada uno	1,800 »	20,000 »
El piquero.	900 »	10,000 »
El escopetero.	950 »	11,000 »
El arcabucero.	1,900 (1) »	12,000 »

De este sueldo debían costear las armas y municiones y vestuario, porque se les daba á cargo y en especie, es decir, en telas, aunque sólo en los puntos donde no los había. El número de plazas se fija en 300.

Formadas de este modo las compañías pasaban éstas á los presidios ó bien constituyendo tercios dirigíanse á Italia y á los Países Bajos, donde en ocasiones se reformaban ó sufrían una reorganización, á causa de las necesidades de la guerra. Diez compañías constituían generalmente un tercio, y por consiguiente, éste tenía 3,000 hombres, si bien en ocasiones aumentaba su fuerza hasta 6,000. La proporción de picas y arcabuces en los tercios era variable y según una instrucción de 24 de Diciembre de 1560, debía tener dos compañías completas de arcabuceros y las ocho restantes de piqueros; también se previene que no se paguen más de 12,000 coseletes. En *Conductas* de fecha posterior se previene que los dos tercios de la compañía sean de piqueros y el tercio restante de arcabuceros; es decir, 133 de los primeros

(1) El aumento de sueldo del arcabucero procedía de la mecha, pólvora y plomo

y 67 de los segundos que componian los 200 hombres en que se fijaba la fuerza por último, el artículo 23 de la *Reformación de la milicia* señala que en cada tercio no ha más de 13 á 15 compañías de 246 hombres y el artículo 24 que no más existan dos de arcabuceros.

No figura en esta relación un capellán con plaza de soldado, que, según las instrucciones de 1555 y 56, podían llevar las compañías para decir la misa y administrar los sacramentos. El empleo de sargento mayor parece que debía ser inferior al de capitán, á juzgar por el sueldo señalado en ella, (40 escudos á éste y 25 al primero), y por la circunstancia de solicitar algunos de ellos, y aun de ejercer, empleo de capitanes. Como lo indica el título, era el sargento de los sargentos ordinarios de cada compañía, y por lo que dice Valdés en su *Disciplina militar* especificando las obligaciones de este cargo, era una especie de ayudante del maestre de campo, corriendo de su cuenta reconocer el alojamiento de las compañías, cuidar de su buena distribución en él, y vigilar el exacto cumplimiento de las órdenes de su superior en marchas y aposentos. Para auxiliarle en el desempeño de su cometido tenia á sus órdenes un ayudante.

Un decreto expedido en 1584, en virtud de consulta en el consejo de Guerra, fija las circunstancias que debían observarse para la elección de capitanes y alféreces de las compañías de infantería, cargos que según parece habían sido hasta entonces provistos por el monarca los primeros, y por los capitanes los segundos. su extracto figura también en el *Informe* ya citado, y dice:

1.° Que el que fuere elegido capitan de infantería, debería ser persona de méritos y servicios, que hubiese sido soldado seis años debajo de bandera continuadamente, y cuatro años alférez, ó diez soldado

2.° Que el que hubiese sido elegido por alférez, debería ser persona de méritos para ello, y tener seis años contínuos de servicio en la clase de soldado, que los capitanes cuidasen de elegirlos de esta clase, y si no lo hiciesen, se tuviese cuenta con ello, haciéndoles demostración.

Se concedía rebaja de tiempo por ser alférez al que al tiempo de levantar gente hubiese ayudado mucho a reclutarla, y tuviese otras buenas partes, haciendo relación de ella a S. M.

3.° También se concedía si hubiese algún caballero entre la infantería, aunque no tuviese tantos años de servicio como los soldados y alféreces, ó se hubiese hallado en una jornada de calidad, debiéndose tener en memoria para capitán, avisando de ello el general á cuyas órdenes sirviere; las mismas circunstancias eran bastantes para promover á un soldado ó alférez que se hubiese señalado en la guerra en algun caso particular, dando tambien cuenta el general de sus circunstancias y acción meritoria antes de ascenderle.

4.° Este decreto debía comunicarse á los vireyes de Nápoles, Sicilia y Milán, encargándoles se observase inviolamente, y que no proveyesen ninguna compañía de las que vacaren, sino en personas de las calidades dichas, dando cuenta á S. M. de sus méritos y servicios.

5.° En Flandes, donde andaba la guerra tan viva, y donde el virey saliere á campear, podia en el campo proveer compañías si vacaren, en soldados ó alféreces que las mereciesen por las cosas y causas que en aquella ocasión hubieren hecho.

6.° Para evitar toda contravención y equilibrar el justo premio en las elecciones que S. M. hiciere en España, se mandó que los vireyes remitiesen todos los años relaciones de los soldados que sirviesen en la infantería que se considerasen á propósito para ser ascendidos, y que en estas relaciones se formasen con arreglo á otras que darían los oficiales del sueldo de los tercios, en que constare que habían servido continuamente debajo de bandera, el tiempo prefijado, añadiendo por último el virey su parecer, para conocimiento de S. M.

7.° Por último, con el fin de que los soldados de mérito se mantuviesen sirviendo, se resolvió por S. M. que en las elecciones de capitanes que se hiciesen en adelante, se diese la preferencia á los que se hallaren sirviendo en las banderas sobre los que viniesen á solicitar las compañías, exceptuando sólo algún caso muy particular que pareciese exigirlo.

8.° También se previno en este decreto que no se diesen en lo sucesivo entretenimientos, sino que todos los soldados ó personas a quien hasta entonces se habían dado, sirviesen con ventajas debajo de bandera, y que los vireyes no tuviesen entretenidos á sus inmediaciones.

Por lo que respecta á la tropa de artillería, entraban á formar parte de ella mediante examen, individuos que ya habian servido y conocian sus prácticas, ó bien sentaban en ella su plaza de idéntico modo que en las dos armas citadas. Lechuga comenzó su carrera sentando plaza de simple artillero, á los diez y siete años de edad en los ejércitos de Flandes. «Dile plaza en la artillería, escribía Sancho de Avila, y paréceme que andando el tiempo ha

de venir á mandarla: con tal afición le veo aplicado al estudio de Collado.» Lo que prueba que en aquellos tiempos podía llegarse á fuerza de estudio hasta elevadas jerarquías militares. Esta era, sin embargo, la única arma en que el soldado se ocupaba teórica y prácticamente del estudio de la ciencia.

Los artilleros estaban divididos en tres clases: artilleros de plazas y fronteras, ordinarios y meritorios. El número de los segundos nunca fué completo, ni llegó en España esta institución á perfeccionarse á causa de la gran penuria en que se hallaba el Erario. Ignórase cuáles serían sus sueldos, pero es de suponer fuera mayores que los de la infantería; sin embargo, también debe creerse que les serían dados con poca exactitud, pues se sabe que desde Burgos, donde presúmese que residían, hubieron de trasladarse á los pueblos vecinos, á causa de no poderse mantener por la escasez de pagas, y no querer darles la ciudad alojamiento. Asistíanles las justicias con un real diario, cuyo socorro reintegraban al tiempo de la paga; y como vivían de este modo con harta pena, tenían que ir á ganarse la subsistencia donde podían, usando de frecuentes y largas licencias. De lo que resultaba que, en llegando la ocasión, era preciso mandar á buscar artilleros á Flandes y á Italia, que con no ser más hábiles que los españoles, eran en cambio mucho más costosos. Sus jefes inmediatos eran los cabos de escuadra y caporales ó capitanes, y los superiores los tenientes de capitán general, sin ningún otro intermedio. En los barcos dependían del condestable.

No deben confundirse los oficiales de artillería propiamente dichos, esto es, los *oficiales preeminentes*, en cuya clase fueron incluídos también los caporales, con los maestres y oficiales empleados en la fabricación de piezas. A esta clase pertenecían los fundidores, carreteros, carpinteros, toneleros, herreros, etc., cuyos sueldos no excedían generalmente en un principio de sesenta maravedises diarios.

Para recompensar y ascender á los oficiales preeminentes, es indudable que, como á Lechuga, se les concederían empleos en el ejército, y en efecto; vemos que éste ejerció, el de sargento mayor del tercio de Vega, en Frisia, y que otros desempeñaron los de maestros de campo.

Para el cargo de teniente de capitán general elegiríase alguno de estos oficiales, como vemos que se efectuó con el citado Lechuga, y aunque en realidad éste fué el verdadero general de la artillería en la campaña de Picardía, sólo lo ejerció interinamente. Hay que distinguir, sin embargo, entre el título de teniente del capitán general y el de *teniente general de la artillería*, usado en España por primera vez en 1591 (1). Mandaron la artillerían en Flandes y en Francia con gran lucimiento Mr. del Motte, el conde de Varas y algunos otros personajes de cuenta, designándoseles simplemente con el nombre de generales de ella; en España ejercieron este eminente cargo con el título de Capitanes generales de la Artillería D. Juan de Acuña y Vela y D. Francés de Alava, á quienes tanto debe dicha Arma. Esta nueva jerarquía fué creada, á lo que parece, á mediados del siglo XVI, y Bernardino de Escalante, en sus *Diálogos del Arte militar* (1583), da de ella cuenta del siguiente modo: «La plaza de capitán general de artillería la provee el Rey: su cargo es de mucha calidad y gran confianza por la reputación en que se tiene, y efectos que con ella se hacen; y así se encomienda siempre á personas graves y de mucha autoridad y de gran prudencia y valor y de mucha experiencia. Porque demás del gobieno que tiene del artillería del ejército, cuando se campea con ella, *le toca por razón de guerra de proveer todas las fortalezas y presidios del reino, y dar la orden que se debe tener en fortificarlas y ponerlas en defensa;* añadiendo en otra parte, al enumerar los oficiales que lleva el capitán general del artillería, que *asistían con él en campaña dos ó tres ó más ingenieros*.

Consignados estos datos por lo que atañe el mando superior de la artillería, diremos que la caballería organizada en compañías sueltas, era mandada por un general, siendo este cargo suma-

(1) La primera vez que se usó en España el título de teniente general de la artillería, dice el Sr. Aparici que fué el 14 de Agosto del año citado, pues por no poder concurrir al ejército de Aragón D. Juan de Acuña y Vela, se nombró tal al capitán Hernando de Acosta, que era teniente del capitán general.

mente ambicionado, y tratándose de un número de compañías extranjeras, tenían su jefe especial, subordinado al general de la caballería: en la infantería la jerarquía superior, á la de maestre de campo, era la de maestre de campo general, cuyas atribuciones explica Lechuga en el libro *El Maestre de Campo general*. Júzgase por los párrafos transcritos en la pág. 583. Scarión de Pavía dice de este empleo: «Después del capitán general de un ejército, hay el maese de campo general, que es un cargo supremo y mayor de todos los demás... y es tanta su autoridad, que es la segunda persona que más puede mandar en el ejército...., pues es un ojo del general, el cual debe ser de grandísima experiencia, inteligencia, prudencia y diligencia, las cuales partes más en él se requieren que en cualquier otro género de oficial.» Este cargo de maestre de campo general parece que se ejerció por vez primera en 1521. Era, como se ve, este maestre, un verdadero jefe de estado mayor general. «El alma perfecta del ejército, dice Sala y Abarca, era el maestre de campo general, sobre quien cargaba todo el peso del gobierno político y militar del ejército, por lo cual debía poseer las obligaciones de todos los oficios militares, desde la primer plaza del soldado sencillo de á pié y de á caballo, y de todos los oficiales del ejército.» Como segundo tenía á sus órdenes para cuidar del servicio de vigilancia en los campamentos, un cuartel-maestre, que tenía atribuciones sobre los capitanes de campaña. Los gentiles hombres y los *entretenidos* completaban el que bien podríamos llamar estado mayor en este siglo.

Digamos qué eran estos *entretenidos* así como los *aventajados* y *reformados* que con tanta frecuencia se nombran en este siglo. «Llamábanse *entretenidos*, dice el Sr. Aparici, todos aquellos á quienes se señalaba un sueldo generalmente arbitrario y á voluntad del Rey, bien por sus conocimientos, ó por los méritos suyos ó de sus antepasados, y se les destinaba á las inmediatas órdenes de los vireyes, capitanes generales, gobernadores, almirantes de la armada, ó personas de categoría en los distintos ramos de la guerra, con el objeto de que les ayudasen ó se perfeccionasen en la carrera instruyéndose en la parte científica, digámoslo así del ejército y de la armada; más adelante veremos que tenía muchos entretenidos el capitán general de la artillería, y también los tuvieron como ayudantes todos los ingenieros de nombradía de aquel siglo. Natural es que, según se infiere del decreto (el de 15 de Enero de 1584), fuesen también entretenidos los ayudantes de campo del general de un ejército en campaña, que no se ven citados con este nombre en ningún documento. Llamábanse *aventajados* los que disfrutaban un sobresueldo ó ventaja para llevar armas de mayor coste por servicios extraordinarios, por méritos de constancia, ó finalmente por imposibilidad física de servir, considerándolos en este caso como retiros, agregaciones á las plazas, ó como inválidos hábiles, á quienes suele llamarse plazas muertas.» Los *reformados* no eran otros que los capitanes ó subalternos, cuya *conducta* había cesado á causa de la disolución ó reorganización de tercio en cuyo caso pasaban generalmente, sin derechos ni goces de ninguna especie, á constituir esta clase, siendo su situación verdaderamente precaria y constantes sus peticiones para conseguir nuevo destino.

Tal era la constitución de los ejércitos que España mantenía en la segunda mitad del siglo XVI; mas para completar la idea que de ellos venimos dando, añadiremos que el mando en jefe de estos ejércitos los ejercía un personaje de la confianza del monarca. «Es máxima asentada, escribía Sala y Abarca, que el Rey puede hacer Capitán General á cualquiera, para lo que le basta un juicio claro y natural, con el cual sepa distinguir la variedad de los pareceres de su Consejo, y cuales van encaminados al mayor acierto del desempeño.» En aquellos tiempos en que la posición social era ya preferente título para ejercer elevados cargos, los capitanes generales pertenecían á la primera nobleza de la nación, eran príncipes de la sangre. Claro está que no todos alcanzaban la talla de un duque de Alba, de un Farnesio ó de un Santa Cruz: y buena prueba de ello dieron el Archiduque Alberto y el duque de Medina Sidonia. De aquí la importancia que con razón, se daba al cargo de maestre de campo general, pues éste suplía con su experiencia lo que á veces faltaba al general en jefe. Consignaremos de paso que Felipe II otorgó al conde de Fuentes, después de su relevo del

gobierno de los Países Bajos, el título de *Capitán General de España,* ó sea de lugar teniente general suyo, «cargo nuevo que le daba en la córte honores y autoridad que ninguno antes había tenido (1).» Por último, el Consejo de la Guerra, uno de los varios en que dividía Felipe II los trabajos de su gobierno, componíase de todos los Consejeros de Estado, más algunos capitanes y personas entendidas en la materia, sin número fijo. No tenía presidente, y dice el embajador Donato, que en su tiempo, cuando se hallaba D. Juan de Austria en la córte, éste era quien lo presidía.

Pasemos ahora á dar cuenta de las instituciones ó cuerpos auxiliares del ejército.

La Hacienda militar en el siglo XVI no era otra cosa que la *Contaduría del sueldo*, la cual abrazaba así al ejército como á la armada. La artillería tenía cuenta y razón separada (2). Las fortificaciones estuvieron á cargo de contadores y pagadores con intervención de los ingenieros ó de otras personas delegadas. La tercera ordenanza de los Guardas (1551) fija dos Contadores generales del sueldo, con residencia en la córte quienes debían llevar libros con los asientos de toda la gente de mar y tierra, sus sueldos y sus ventajas; copias de las nóminas y alardes, cuenta con los pagadores, con su cargo y data particular: un Veedor general para anotar el número y clase de gente de cada capitanía, las pagas que se hiciesen, con el alta y baja correspondiente, y las licencias temporales concedidas; las reseñas de los caballos de cada capitanía y los puntos donde se alojare la gente: un Teniente de Veedor general y varios Veedores particulares con residencia fija, para llevar los libros de cuenta y razón: Contadores en todas las capitanías para llevar la cuenta en detalle de cada hombre con su caballo y armas, alta y baja y otras menudencias. El contador que no tuviere sus libros al corriente era despedido y declarado inhábil; el que defraudaba era condenado á la pena del cuatro tanto. Los contadores de las capitanías se relevaban cada tres años de una á otra, dejando los libros á su sucesor y tomando resguardo de ello. Los contadores y veedores de distrito administraban la infantería.

Pasaba los *alardes* el Veedor general ó los particulares el mes de Mayo de cada año; se formaban las nóminas y se daba la paga en el mes de Julio. En Setiembre se tomaba nuevo alarde distribuyéndose en Noviembre nueva paga; y en Enero y Marzo se repetía la misma operación. Sin embargo, estos alardes podían repetirse siempre que así lo dispusiera el capitán general ó veedor general. Otro tanto podían hacer los veedores particulares, prévia la vénia del general. El Rey en persona ó un delegado suyo debía revistar la gente cada dos años.

Los Pagadores eran los encargados de distribuir la moneda que recibían de la tesorería, y á este efecto llevaban peso fiel y cierto, y pesos contrastados para pesarla. Este dinero debía distribuirse en mano, á excepción de las deudas contraidas en los aposentos, y el veedor, capitán y contador estaban obligados á presenciar la distribución. Les estaba vedado pagar cantidad alguna, bajo pena de perderla, sino por nóminas y cédula del Rey ó libramiento de los contadores. Terminada la paga debían presentar sus nóminas á los contadores para que las anotasen en sus libros. Los Tenedores eran los que suministraban la cebada, trigo, harina y otros efectos al precio que se mandare por los oficiales del sueldo ó por el Rey. Había alcaldes y receptores del *arca de caballos* de cada capitanía, con 1,000 maravedises de salario al año; y los segundos, en cuyo poder estaban los fondos, debían dar cuenta de ellos á los veedores.

Todos los documentos de pago, alarde, libranza, asientos, títulos y todas las cosas tocantes á guerra, se debían pasar y despachar por el Consejo, firmándolas el Rey y Secretario del Consejo. Según lo ordenado cuando se reunió el ejército de Portugal los sueldos mensuales de estas clases eran los siguientes:

Un comisario de muestras (3).	100 escudos.
Un oficial para llevarle los libros (4).	12 »

(1) Fernández Duro, *D. Pedro Enriquez de Acevedo, conde de Fuentes.*

(2) La cuenta y razón del material y personal de artillería remóntase á fines del siglo XV y hallábase separada de toda otra administración y dependiente siempre del ramo de guerra. Constaba en este siglo de contadores, pagadores, mayordomos y sus tenientes, alguaciles, etcétera, ejerciendo estos últimos el cargo de conductores. Estuvo muchos años en Burgos y en tiempo de Felipe II se trasladó á Madrid. Existía un contador general que era el mismo Secretario del Consejo de la Guerra, el cual llevaba un libro de alta y baja de las existencias de todo género y un pagador general, que por muchos años fué el de las Guardas.

(3) Esta es la primera vez que se menciona tal empleo en las tropas de la península.

(4) Este y el que figura á continuación eran los oficiales llamados de *pluma*, ó escribientes.

Un oficial para ayudarle.	12	Escudos
Un contador general	50	»
Un pagador general para el ejercito y armada	50	»
Un tenedor de bastimentos.	40	»
Un comisario	30	»
Un contador general y su escribano	40	»

La Relación de la página 552 figuran también los sueldos que se satisfacían á estas clases en el año 1591.

En el ejército que más tarde se reunió para someter á las Terceras, figura el empleo de Mariscal de Logis ó aposentador. Estaba subordinado al Capitán General y gran mariscal de Logis de S. M. y era de su incumbencia repartir el alojamiento, señalar los cuarteles y dar las boletas á los furrieles mayores de los tercios y de la caballería, y demás funciones de su oficio. Los furrieles mayores de los tercios, dice Eguiluz que eran los encargados de hacer el alojamiento y repartirlo á las compañías, recibir vestidos, armas, municiones, bastimentos y todo cuanto se entregaban para el suministro por cuenta de la Real Hacienda, entregándoselo al Sargento mayor por su distribución y llevando de todo cuenta y razón. Existían además furrieles particulares para las compañías y un furriel general, que era para el ejército lo que el mayor para el tercio. Todos ellos recibían órdenes del mariscal de Logis, y según la relación de 1591, antes citada, gozaban los furrieles mayores el sueldo de quince escudos.

Pondremos término á estos párrafos consagrados á la administración militar, reproduciendo los dos siguientes de un libro recientemente publicado:

«A la inmediación del Ejército se encontraba desde 1536 el personal administrativo, constituido por los Veedores, Contadores y Tesoreros, con más los Comisarios de muestras y Tenedores de bastimentos, y si por la calidad de las personas puede juzgarse de la importancia de los cargos que desempeñan podremos afirmar que el cargo de Veedor en aquellos tiempos era uno de los más importantes, pues para desempeñarlo nombraron los Reyes á personas tan distinguidas como Sancho Bravo de Lagunas, Gentil-hombre; Juan Zapata de Cárdenas, Comendador de la Calzadilla y Gentil-hombre; Antonio Galíndez de Carvajal, Comendador de la Magdalena; Jordán de Valdés, Caballero de Santiago, y otros. Pero no es sólo este dato el que podemos utilizar con este objeto, pues también los sueldos que disfrutaban y la guardia de honor que los acompañaba, compuesta de 12 alabarderos ó de 20 soldados, nos muestran claramente la estimación en que los tenían los Reyes. También eran de real nombramiento los Contadores y Pagadores; no así los Comisarios, que en caso de quedar vacante una plaza podía designar el Capitán General la persona que había de ocuparla.

«En las instrucciones de Veedores, Contadores y Pagadores, primeros documentos en que detalladamente se marcan las obligaciones del personal administrativo militar afecto á los ejércitos en operaciones, nótase confusión acerca del carácter de algunos funcionarios; pues en unos párrafos parece ser el Veedor el que tiene carácter fiscal ante las tropas, y en otros es el Contador; sin embargo de esta confusión, nos inclinamos á afirmar que en el Veedor predominaba este carácter, siendo el representante de la Hacienda ante las tropas: los Contadores disponían lo conveniente para el pago de éstas, y los Comisarios estaban encargados de pasar las revistas, á cuyo acto debía asistir el Veedor y Contadores, firmando todos en los documentos justificativos de ella, así como en los comprobantes del pago de sus haberes, cuyo acto tenía lugar á continuación. Pero ninguno de éstos estaba encargado directamente del servicio de víveres: éste era de competencia del Proveedor general, cuyo cargo hemos visto desempeñaba Francisco de Ibarra en el ejército que de Italia partió para Flandes á las órdenes del duque de Alba (1).

Los documentos militares del siglo XVI revelan también que no se había desatendido el servicio sanitario en los ejércitos: nombrábanse en tiempos del Emperador cirujanos para las tropas en campaña, y según unas instrucciones dadas por aquél, debían darse al protomédico Dr. Rojo, destinado al ejército de Lombardía, 15 escudos mensuales. En el reinado de Feli-

(1) *Bosquejo histórico de la administración militar española*, por D. A. Blázquez.—Madrid 1885

pe II este servicio estaba desempeñado por físicos, cirujanos, barberos y boticarios, dependientes todos del protomédico. Un título expedido en Milán á 1.º de Marzo de 1559 á favor del Dr. López Bastardo indica las atribuciones de los protomédicos, así como su obligación de examinar y aprobar á todos sus dependientes, la facultad de despedirlos, y el deber de reconocer por sí las medicinas y fijar los precios. Por lo que respecta á los hospitales para la curación de enfermos y heridos, en campaña se formaban los necesarios al ejército, y en tiempo de paz aquellos se curaban en establecimientos piadosos ó en sus casas. El primero caso marcado de hospital militar, dice el Sr. Aparici que es el de Pamplona, referido en una cédula de 29 de Julio de 1579 que comienza así: *Por cuanto habemos sido informados por Vespasiano Gonzaga Colona, Virey y Capitán General que fué de Navarra, comenzó á hacer en la ciudad de Pamplona una casa hospital para que se curen soldados é hizo poner en ella ciertas camas, y después Pero Bermudez,* etc. Dedúcese de este documento que el primer pensamiento fué de Gonzaga y que Bermúdez la continuó estableciendo ocho camas y tomando efectos al fiado, con la esperanza de que el Rey le concedería alguna limosna, á imitación de los soldados que contribuían con medio real al mes y al respecto de los oficiales: y en efecto al monarca mandó que se le dieran 600 escudos por una sola vez, para que continuase la obra. En la instrucción dada en 1594 á D. Alonso de Vargas, capitán general del ejército de Aragón, consta que en Jaca quedó formado un hospital y que también se aplicaba á él el real de limosna que acostumbraban á dar mensualmente los soldados y además los alcances de los desertores: su administración debía llevarla el capitán Hernando de Acosta residente en la Aljafería, y los oficiales del sueldo con cuenta separada, entregándose lo necesario al administrador. Esto es todo lo que sabemos acerca del servicio sanitario en la segunda mitad del siglo. Tocante á sueldos, los médicos gozaban de 25 á 30 escudos mensuales, y los cirujanos de 15 á 20.

Por la lectura de las diferentes obras consagradas á las guerras de Flandes se viene en conocimiento que no escaseaban los capellanes en el ejército, sobre todo los jesuitas, de los que Alejandro Farnesio reunió buen contingente. La ordenanza de 1560 señala para cada compañía de guías su capellán, quien sin duda debía depender del vicario general. Este cargo parece que lo desempeñaba el inquisidor general, quien delegaba sus atribuciones en otros religiosos. El sueldo que gozaban los capellanes era por regla general de 6 escudos mensuales; sin embargo este salario variaba, pues en algunas *Conductas* se fija en 2,040 maravedís y en otros documentos llega á 12 escudos. En el documento relativo á *reformación de la milicia*, redactado en 1597, se consigna que en cada compañía debe haber un capellán con 12 escudos de sueldo, y en cada tercio un capellán mayor con 25. También se ordena que existan capellanes en los presidios con sueldo de 12 escudos. En una carta-orden dirigida al obispo de Palencia para que escoja entre los capellanes de diócesis uno de buena conducta para la compañía de D. Baltasar de Zúñiga, que pasaba á Italia, dícese que se le darán 6 escudos mensuales, respecto á no reunir aquella condición los escogidos anteriormente que disfrutaban de 1,000 maravedís. Por este documento y por las excepciones señaladas en otras *conductas* se viene en conocimiento de que las costumbres de los capellanes dejaban algo que desear.

En este reinado y probablemente antes del año 1587 creóse el cargo de Auditor general, y del que arranca, en sentir de un moderno escritor, el establecimiento del cuerpo jurídico militar. Los auditores generales, dice éste, dependían inmediatamente del Maestro de campo general y eran sus asesores, y, según Londoño, procedían de comisión de los Maestros de campo que son los jueces de sus tercios, teniendo á su disposición un escribano y dos alguaciles. Los de tercio eran con relación á éste, lo que los generales con relación á los de ejército; dependían del Auditor general y tenían á sus órdenes un escribano y un alguacil; de las sentencias de estos auditores podía apelarse al Auditor general. Los cargos de preboste y barranchel eran idénticos á los que hoy desempeñan la tropa de policía, y el segundo dentro del tercio lo que el primero en el ejérci-

to (1). El barranchel, dice Scarión de Pavía, que sólo podía prender y no ejecutar, ni soltar sin órden del General ó del Maestre de campo ó del Auditor general: el preboste era juez absoluto para ahorcar y castigar los delincuentes. De la categoría de uno y otro puede juzgarse con saber que el preboste llevaba de escolta seis alabarderos y veinte escopeteros á caballo, un capellán para confesar los delincuentes y un verdugo para ahorcarlos: debía estar cerca de la persona del general, para hacer guardar los bandos y castigar sus infracciones: había de tener cárcel para presos y abogado para ciertas sentencias, y en campaña venía obligado á tener cuidado de las vituallas y vivanderos. Cuanto al barranchel de campaña,



Sitio de Neuss. Junio de 1586.

conocido en Flandes con el nombre de *Capitan de campaña* era el encargado de dar cumplimiento á las órdenes del preboste y tener cuenta con los mantenimientos y precios del campo: disfrutaba la prerogativa de tener ocho caballos. De aquel cargo y de este dice Scarión que *eran muy odiosos y poco ó nada honrosos*. Por último, los Comisarios generales podian también administrar justicia, pues así se desprende de una real cédula de 1587 en que se nombra uno de ellos, para que, previo acuerdo, consejo y parecer del Auditor general, entienda en cuantas faltas ó delitos cometan los capitanes, oficiales y soldados. Para el castigo de los delitos comunes, regía entonces el fuero común, porque todavía no existian ordenanzas militares, y para los puramente militares los bandos generales dados por el general en jefe del ejército al emprenderse las operaciones. Pueden citarse el que publicó en 1580 el duque de Alba y las instrucciones dadas en 1591 á D. Alonso de Vargas. Alejandro Farnesio, con objeto de reunir en un solo cuerpo ó reglamento las diversas disposiciones que se dieron al ejército, publicó en Bruselas á 13 de Mayo de 1587 el decreto titulado: *Ordenanzas é instrucciones del Duque de Parma y de Plasencia, lugarteniente, gobernador y capitan general por S. M.*

(1) «Así como un tercio tiene cuatro oficios ó instrumentos para su servicio, dice el autor de la *Doctrina militar*, que son Auditor, Barranchel de campaña, Furriel y Atambor mayor, así mismo los tiene un ejército y se llaman Auditor general, Preboste, Furriel general, y Atambor general, á los cuales todos los demas de este género deben obedecer.» Los sueldos que gozaban los Auditores, Prebostes y Barrancheles pueden verse en el documento de la pag. 552.

en los Estados de Flandes, sobre el ejercicio y administración de la jurisdicción y justicia de este felicísimo ejército; decreto al que adicionó en 22 de Mayo de 1587 un *Edicto ordenanza é instrucción sobre el oficio de Preboste general y los demás Capitanes de campaña y Barricheles del ejército.* Este fué, por decirlo así, el primer reglamento ó cuerpo de leyes relativos á la justicia militar formado en el período moderno.

Mucho dejaba que desear la disciplina militar en este siglo, así en la península como en nuestros dominios, y esto es fácil de comprender si se atiende al defectuoso sistema de reclutamiento, y sobre todo al atraso con que se pagaban los soldados. De algunas *Conductas* dadas á capitanes se deduce que al efectuar los reclutamientos quitábanse los criados á los amos, se reclutaban de menos de veinte años, iban mancebas, frailes y clérigos de costumbres poco ejemplares en las compañías, y que el vicio del juego estaba arraigadísimo. Las exacciones cometidas en los alojamientos eran grandes, y á causa de esto se ordenó, bajo los más severos castigos, lo que debía reclamarse, prohibiéndose pedir á los patrones dinero para el plato, más comida que la señalada, como lo hacían algunos, redimiéndola luego por dinero (1). Para poner coto á tales abusos, dice la Conducta dada en 1585 á D. Baltasar de Zúñiga, que antes de partir del lugar donde estuviere alojada la compañía, se echase bando, llamando á los agraviados á dar sus quejas. Muchos eran los soldados que sentaban su plaza con el fin de gozar sueldo y comida hasta llegar al puerto donde debían embarcarse para Italia, y desde allí se fugaban, «y esto, se lee, era como de costumbre cuando se hacían levas de infantería.» Tales desórdenes obligaron á señalar penas severas á los infractores, especialmente al capitán, como se previene en una Conducta dada el 4 de Setiembre de 1590. Según este documento, el comisario de muestras, que iban con la compañía para socorrer la gente, era quien debía vigilar el cumplimiento de las instrucciones dadas al capitán.

La gravedad de los abusos debía ser tal que halló eco en las mismas Córtes. En las de 1560 piden los procuradores que las justicias ordinarias puedan castigar á los soldados delincuentes en delitos contra paisanos, no valiéndoles el fuero militar; y en las de 1583 se quejan de los graves desafueros de los soldados en su tránsito por el reino, y piden que los capitanes no estorben á las justicias ordinarias prender á los soldados que delinquen.

La llegada á Portugal de algunas tropas pertenecientes al ejército de los Países Bajos puso de manifiesto la profunda perturbación que en estos Estados sufría la disciplina, y dió lugar á una larga consulta del Consejo de la Guerra, que no fué entonces de efecto alguno, pues el monarca, á quien mejor que nadie se ocultaba el verdadero motivo de los desórdenes, manifestó en 14 de Febrero de 1589 que, siendo la causa principal la falta de dinero, *se fuese mirando sobre todos los extremos de ella para irles aplicando conveniente remedio.* Pero conociéndolo tan perfectamente como el Rey, sus consejeros ya le habían representado el año anterior, con gran energía, *que para no mantener tropas, valía más no tenerlas.* Esta consulta del Consejo es muy notable, pues en los 55 artículos de que consta se trata el verdadero y lamentable estado de la milicia española, cuya reformación intentaban con gran empeño, así aquel elevado cuerpo como el monarca. Los estrechos límites á que debemos ceñirnos nos impiden reproducir aquí sus principales disposiciones, que quien desee examinar hallará en el *Informe sobre los adelantos de la Comisión de Historia* ya citado. Otro tanto diremos de la severísima *Instrucción* dada en 1591 á D. Alonso de Vargas, capitán general del ejército de Aragón, y de los artículos que componen la importante consulta concerniente á la *Reformación de la milicia* en 1597.

(1) En los alojamientos los soldados se aposentaban por *camaradas*, de dos en dos ó de tres en tres. Podían pedir

El capitán	Los oficiales y soldados
Una libra de carnero para comer	Libra y media de vaca para comer y cenar
Una libra de carnero para cenar	Medio azumbre de vino del país
Un cuartal de pan	Un cuartal de pan

guardando así en el precio como en la paga, lo prevenido en la Conducta.

No se limitaron á los víveres los auxilios que los pueblos facilitaban al soldado, pues por real cédula de 19 de Setiembre de 1577 se les ordenó que les anticipasen socorros en metálico, y aunque al dar luego las pagas se descontasen estos al soldado, ya se comprenderá que abría esta medida ancha puerta á los abusos y tropelías.

Si en la península se cometían los graves abusos que hemos relatado, ¿qué debia acontecer en los Estados de Nápoles, Sicilia y Milán, y sobre todo en los Países Bajos? Nuestros lectores no habrán olvidado la serie de motines que deslucieron las empresas militares de este reinado, comenzando por el de Harlem y concluyendo por los de Calais, la Esclusa y Amberes; las exacciones y tropelías cometidas por los sediciosos de Sichem, en Flandes; Saint Paul y Saint Pont, en Francia, su organización en república y su entretenimiento á costa del país. «Lamentábanse todos, dice Llorente, aun entre los mismos consejeros y cortesanos del Archiduque, del extremo á que habia llegado el desorden é indisciplina de la milicia. Tan estragada se encuentra, decía en una Memoria manuscrita (1) el consejero D'Assonleville al archiduque Ernesto, poco después de la llegada de este último á Bruselas; que no hay regla ni freno que respete, según es grande la licencia de hacer cada cual lo que quiere sin obediencia, respeto ni castigo, y sin que sirva la gente de guerra sino de consumir la hacienda de S. M., viéndose sus súbditos exasperados y empobrecidos por una multitud de capitanes, alféreces, oficiales desmandados, de poco provecho, cargados de una muchedumbre de mujeres, niños, criados y bagajes, de donde resulta una confusión, desorden y exacciones de que nadie se liberta.» Lo que ocurria en las *muestras*, donde aparecia el completo de los soldos para percibir su haber, quedando para el servicio muy mermadas las filas, á consecuencia de tantas *plazas supuestas*, era otra prueba de la escasa moralidad que en aquel ejército reinaba. En 25 de Octubre de 1597 escribia el Archiduque al Rey: «Aunque en las muestras hay la gente que se apunta, al efecto suele faltar mucha del número.» De aquí la gran diferencia que resultaba entre las cifras que arrojaban las relaciones y los efectivos; diferencia que hacen notar los historiadores de la época, y acerca de la cual los documentos de este tiempo contienen curiosísimas noticias. El resultado de una administración defectuosa é inmoral, unido á la escasez de dinero, produjo desastrosos efectos en la disciplina. Prueba patente de ello son las sediciones que hemos narrado en este volumen. La postrera de las ocurridas durante el reinado de Felipe II, la de Amberes, mencionada al final del ESTUDIO anterior, merece, sin embargo, especial mención, por ser una de las más famosas y funestas de aquellos tiempos. Habia en la ciudadela de esta célebre ciudad 700 infantes españoles y dos compañías de caballos, á los que se agregaron 100 soldados de grandes alcances, entre ellos dos tenientes; y esta gente, después de cerrar las puertas á su castellano, que volvia de Bruselas, cometió en la villa tan grandes exacciones, que para excusarlas hubo de acudir su consejo municipal á proveerla de vituallas, y aún, si hemos de creer á los extranjeros, de dinero y regalos. No sólo pedían los amotinados crecidas sumas, sino que tenian la desverguenza de reclamar lo que en Italia y otros países, antes de ir á Flandes, habian dejado de percibir. Y lo peor del caso era que ni el archiduque Alberto cuando estalló el motín, ni el cardenal Andrea de Austria, que le sustituyó interinamente en el gobierno, podian reunir dinero para hacer el pago, por carecer de crédito en el país, y ascender la suma á 300,000 ducados. A causa de esto, el motín se prolongó algo más de cuatro meses, y con grandes apuros y mediante gruesos intereses pudo sacar el Cardenal aquella cantidad de los hombres de negocios y otros particulares.

No serán ociosos otros datos relativos á la disciplina, en cuanto contribuirán á retratar la fisonomía de aquel ejército. Por los que nos suministran los historiadores y los documentos oficiales, vemos que era grande el número de mujeres que le seguían, muchas legítimas y no pocas cortesanas. Relatando el historiador francés Branthome el desfile y marcha de los cuatro tercios de infantería española que iban á Flandes con el duque de Alba, dice: «Venían luego cuatrocientas cortesanas á caballo, bellas y altivas como princesas, y ochocientas á pié, que no les iban en zaga.» Narrando el sitio de Maestricht, cuenta Estrada que el duque de Parma empleó en construir una plataforma para colocar sus cañones, las mujeres de los tudescos, que no eran pocas en el campamento; describiendo la salida de la guarnición de

(1) Citada por Mr. Borquet en su *Resumen de la revolución belga del siglo XVI*, tomos 131 y 132.

Amiens, dice Villalobos que el número de francesas que llevaban consigo los españoles era superior al de la guarnición. Tampoco faltaban las mujeres en el ejército de Frisia, y son curiosas las palabras con que pintaba en 1592 Verdugo la llegada de una compañía reducida á su más mínima expresión: Pasó por delante con dos arcabuceros de vanguardia, tres lanzas de batalla, tres mujeres y un clérigo de retaguardia, sin tener más soldados que estos, y todo sin un real.» Por último, en las diferentes *conductas* expedidas en España, se prohibe terminantemente vayan mancebas en las compañías, y en la instrucción dada á D. Alonso de Vargas para el gobierno del ejército de Aragón en 1591 se ordena que todas las mujeres vayan siempre con el bagaje de su nación y no fuera de él, *bajo pena de la vida*. Dados estos antecedentes se comprende que los ejércitos pareciesen aduares, y que embarazasen sus movimientos las mujeres y muchachos que en tanto número les acompañaban. Concíbese también lo que sería en punto á moralidad aquel ejército compuesto de aventureros españoles y mercenarios extranjeros, sobre todo cuando escaseaban los haberes. Los excesos que acompañaban los asaltos dan triste idea de la codicia de aquellas gentes y de su brutalidad, no contenida por los oficiales, que carecían de ascendiente para detenerlos ó no estimaban oportuno poner valla á su desenfreno. Júzguese de lo currido en el famoso saco de Amberes en 1574, por el siguiente párrafo de una carta dirigida al secretario Zayas: «No quiero dejar de decir que estando nuestro amigo Arias Montano con grandísima congoja en estos desórdenes, dijo con lágrimas á Chapín Viteli: ¿qué quiere V. S. que no me fatigue, pues entre otros daños han malparido por estos alborotos más de trescientas mujeres en la villa de Anvers? Y le respondió Chapín sin ninguna pesadumbre, que no importaba nada, *que á trueque de ello quedarían más de seiscientas preñadas*.» El sujeto que escribía esta carta era español y con idea de consolar á Zayas de las pesadumbres que las malas noticias comunicadas podían causarle le daba esta para *que pudiera reirse*. ¡De qué índole sería el que estimaba semejantes brutalidades como donaires!

Es preciso leer la importante obra de Marcos de Isaba *Cuerpo enfermo de la milicia española* para venir en conocimiento de los males que aquejaban á nuestro ejército y que en no escasa parte contribuyeron á la decadencia de nuestro poderío militar:

«Un soldado que ha vivido por acá mal y dado ruín cuenta de sí, huyó de alguna batalla, se hizo enfermo por no ir á la guerra, ha recibido alguna afrenta, jugó las armas, fué principio de algún motín, gran blasfemador, sospechoso cristiano, y que de puro temor ó desechado se vaya en España, y cuando no se piensa venga por capitán con una compañía en Italia, Flandes ó Armada, que sea causa por acá de grande espanto ó maravilla; y quien sea parte para esta elección y hace tal persona capitán, sea un secretario ó otro alguno de Consejo, por parentesco ó amistad de personas que con cartas les obligan hagan por estos como ellos se ofrecen en sus cosas: y cuando esto no corre por hallarse estos personajes con un deudo, ó criado ó otra persona, á quien tienen obligación por echarlo de sí ó dar principio que en cualquier officio de honra obligue á su Rey en servirle, y adelante para que le haga merced; y él como persona que tiene possesión en aquel hombre pueda pedir, y ellos con este sonsonete le puedan ayudar. De manera, que cuando allega un soldado como habemos dicho, llevando un recaudo de alguna persona, ellos procuran con gran calor de hacerlo capitán, porque éste tome por alférez á la persona que ellos desean echar de casa, ó anteponerlo como se ha dicho.

«Este soldado vístose capitán, conoce el poco merecer de su persona, atribuye aquella merced de la compañía al alférez que le han dado; y desta manera le dá tanta mano, que el tiempo que le dura el levantar la compañía destruye la tierra con cohechos, contribuciones y robos, y al tiempo que se viene á dar algún dinero, no solamente roba gran cantidad de plazas, pero quita al soldado como bisoño la mitad de lo que le dan.

«Demandado el capitán que ¿por qué consiente aquello? Responde: mañana me reformarían, y quiérome hallar si puedo con algún golpe de dinero para ir á pretender á la Córte que se me haga alguna merced.

«Y si al alférez su le dice algo, dice que por importunación de aquella persona de Consejo ó Secretario tomó aquella bandera, y que está harto ya de ser alférez, y que ya la quiere dejar, é ir á la Córte antes que se muera quien le ha de ayudar, que por vía de la guerra no quiere nada, que ha de contentar á muchos, quiere pretender algunas rentas sobre las alcabalas ó carnecerías de su tierra: y llega á tanto la desvergüenza que sin más ocasión deja la bandera, y da la vuelta y assiste en esta Real Corte, dando memoriales, y cansando á todo el mundo: y al fin, van las cosas de manera que mereciendo un grave castigo por lo que ha hecho, en recompensa dél, saca ayuda de costa, y merced, como se ha visto.....

»Hay otras elecciones de capitanes tan mozos y de tan poca experiencia, con tanta piedra en la cabeza y tan poco entendimiento, que son parte para errar muchos efectos y servicios, y tan puestos en el interés y provecho, que en faltándoles la conducta, no es otro su pensamiento sino hacer algún alférez que sea plático en muestras, donde se pueda por su industria y habilidad hurtar gran copia de plazas, y passe las cosas tan adelante, que en los alojamientos sepa entretener y meter los soldados en pocas casas y camas, donde á ellos se les siga más provecho. Y con todo esto, también procuran que el dicho alférez se contente con la menos paga que le pueden dar, y á ellos les quede para jugar y gastar en ruines ejercicios, gastando vilmente su tiempo: y cuando no corre la persona dicha para el cargo, anda adquiriendo y preguntando que soldados tienen dineros, haciendo venta de la bandera en dinero, y tassándole el tiempo que la ha de tener y ser alférez: no mirando que aquella honra no se ha de dar ni repartir sino á personas muy honradas, de mucha satisfacción y crédito, tanto á lo que toca en la milicia, como á la vida y fama de sus personas, de tal punto y nombre que á juicio de todos se diga merecer la compañía y más...



Sargento de infantería. Copia de un grabado de Hogenberg.

»Algunos capitanes que gobiernan estos Reinos y Estados, usan un término en esto de elegir capitanes, que en parte da que decir su proceder: pues por la experiencia vemos cada momento, por tales elecciones suceder mil desgracias y desastres, y disminuir, apocar la reputación de la milicia. Aquí no se dice sino que es muy justo que si el tal general tiene algún deudo ú otra persona obligada, el cual tenga discurso y entendimiento en lo que toca á la guerra, que estando muy satisfecho que dará buena cuenta, que en tal caso le provea y emplee, pues está seguro que como caballero y hombre de buen juicio, y aficionado á servir á su Rey, passará adelante, y dará buena satisfacción á todos, y no como se vee proveyendo muchachos loquillos presunciosos, que por entender que, aunque viven mal, el tal general los ha de entretener en aquellos cargos, ó sino, les ha de dar de su casa con que vivan. Es cosa de lástima y compasión ver los cohechos, préstamos, robos, fuerzas que en las tierras hacen, y aun el muy poco castigo que se les da por el muy ruin vivir de sus personas como malos cristianos, quitando también á sus soldados ventajas y pagas para cumplir sus faustos y locuras, que les parece que por ser deudos, ó criados de los Virreyes y Gobernadores han de sustentar y se los han de perdonar, siendo dignas de mucho castigo.»

Esta triste y verídica pintura de la milicia da perfecto conocimiento del estado á que

había llegado á fines de este siglo. Isaba hace ver los grandes y numerosos abusos que en ella se cometían, así por oficiales, como por pagadores, y deseando ponerles un término, propone en su obra las condiciones á que la elección de aquéllos ha de sujetarse, las penas y castigos que deben imponérseles, las obligaciones de cada empleo, y los advertimientos que ha de tener en la memoria todo buen soldado. Estos avisos ó mejor dicho, estos consejos, son sin duda alguna de gran valor y provecho. Mas por desgracia, y justo es manifestarlo así, el vicio principal de aquel ejército era la falta de concierto en un sistema orgánico; y la causa primera de los desórdenes y atropellos cometidos por los soldados, la carencia de recursos. Ya expusimos nuestra opinión al ocuparnos de los motines ocurridos en los Países Bajos y en Francia, y sobre todo al dar ligera idea del estado en que se hallaba la Hacienda á causa de la falta de equilibrio de los ingresos con los gastos. Arrójese una mirada sobre el importante documento que ponemos por nota (1) y se verá la diferencia que existía en

(1) *RELACION del dinero que se presuponía habría para el año 1584, y del que era menester gastar y proveer. (sin fecha ni firma).*

DINERO PARA 1584

	Ducados
Del nuevo crecimiento de alcabalas.	518,000
Del servicio del Reino y de los galeotes.	51,000
Del derecho del solimán.	20,000
Del de naipes.	50,000
De la moneda forera.	32,000
Del derecho de los azúcares.	2,200
Del procedido de la Cruzada.	300,000
Del subsidio.	224,000
Del excusado.	196,000
De las fincas de las Ordenes.	12,560
Presupónese que vendrá de las Indias.	1.000,000
De los productos de las tierras baldías.	200,000
De los productos de oficios, exenciones de lugares y otros arbitrios.	100,000
Del Conde de Miranda.	2,800
La villa de Valencia de Alcántara, por resto de la venta de San Vicente.	5,000
El príncipe de Salerno, por cuenta de juros.	39,200
Lo de los almojarifazgos de Sevilla.	652,720
La ciudad de Andújar, por una cuenta que detalla.	40,000
Del crecimiento de los Maestrazgos, por la premática del pan	8,700
Total.	3.455,720

(Es decir, 8.012,920 rs. vn.)

LO QUE ES MENESTER PARA EL GASTO DE 1584

	Escudos
Para el gasto ordinario y extraordinario de la despensa de la casa de S. M., caballeriza, guardas, capilla, gajes de los criados.	250,000
Para el de la casa de la Reina, Príncipes é Infantes.	100,000
Para el de la del Archiduque Cardenal.	24.000
Para la ayuda de costa de la Emperatriz.	20,000
Para la paga de la Casa de Castilla.	24,000
Para las limosnas y gastos de la Cámara.	30,000
Para mercedes y ayudas de costa, cadenas de oro y otras cosas.	50,000
Para correos.	30,000
Para la paga de los Consejos, secretarios y otros oficiales que se libran de la nómina.	60,000
Para las obras de San Lorenzo el Real.	200,000
Para los salarios de los oficiales de las obras de Madrid y el Pardo.	8,000
Para los situados que se libran por el Consejo de Indias y salarios de ministros, etc.	50,000
Para entretenimiento y gastos extraordinarios de los embajadores de Alemania, Francia é Inglaterra.	30,000
Para continos, escribanos de rentas, tenencias, acostamientos y otras cosas.	50,000
Para el entretenimiento del Ejército de Flandes á 160,000 ducados al mes.	1.960,000
Para los presidios y fortificaciones de Portugal.	600 000
Para las guardas de Castilla.	133.009
Para la paga de la gente de Navarra, San Sebastián y Fuenterrabía.	55,000
Para la gente y oficiales de la artillería.	16,000
Para la frontera de Cataluña, Menorca, Ibiza y castillo de Mahón.	71,000
Para Orán, Peñón y Melilla, á más de lo situado.	69.000
Para las fortificaciones de Pamplona, Perpiñán, Mazarquivir, Ibiza, Mallorca, Gibraltar y reparos de Fuenterrabía y continuar la fábrica de armas.	100,000
Para las 32 galeras que están en las costas de España y tres departamentos.	242,000
Para las 17 galeras de asiento con Juan Andrea Doria, sueldo y ventajas.	111,500

1584 entre aquéllos y éstos: diferencia que también se echa de ver en otros balances de años anteriores. Véase en él lo que importaba solamente la casa real: cifra á que no llegaban los sueldos militares al completo, y téngase en cuenta que en esta especie de presupuesto, figura una cantidad en esta forma: *Presupónese que vendrá de Indias.* El déficit que resulta es grande, sobre todo cuando ya se habían apurado todos los medios para reunir dinero. Pero había que pagar además de todos los gastos ordinarios y extraordinarios de la casa de S. M., la casa de la reina, príncipe é infante, la del archiduque cardenal, la ayuda de costa de la emperatriz, la casa de Castilla, las limosnas y gastos de Cámara, las mercedes y ayudas de costa, cadenas de oro, obras del Escorial y salarios de los oficiales de las que se efectuaban en Madrid y el Pardo; en junto, unos 700,000 escudos; debíanse pagar también los espías que se mantenían en las córtes europeas, y un gran número de oficiales, entretenidos cerca de la casa real. Más tarde se agregó á estos gastos el dinero que tenía que darse á los ligueros franceses y el déficit fué aumentando de un modo aterrador. Y ¿qué había de resultar de aquí? El más completo abandono de sagradas atenciones, el olvido del ejército que combatía en Flandes y en Frisia, y como á consecuencia los excesos de la mal pagada soldadesca. El daño ya no tuvo entonces fácil remedio, porque la disciplina militar quedó herida de muerte, como lo justifican los documentos oficiales y privados de la época y los libros militares á la sazón publicados. Pero las consecuencias de tan funesta política y de tan ruinosa administración hubiéralas tocado más pronto España de no haber contado con caudillos tan leales como inteligentes.

No debe olvidarse que ya entonces la guerra entraba de lleno en el periodo moderno, es decir, se sistematizaba, exigiendo un plan de operaciones, un buen servicio de subsistencias y un excelente tren. Los ejércitos se movían en más grande teatro, y en sus movimientos entraban los cálculos político-militares; era indispensable á los generales el estudio del terreno

		Escudos
Para el entretenimiento de las naos qne habrian de ponerse en la costa de Vizcaya..		150,000
Para libramientos del Consejo de Hacienda de varias cosas.		100,000
Para pagar á los Fúcares el azogue que debían de dar.		56,000
Para pagar á mercaderes, adelantos, etc.		25,000
(Es decir, 50.765,000 rs.)	*Gastos.*	4.618,000
	Hay.	3.455,000
	Falta.	1.150,280

»Resulta, pues, que faltaba aquel año para los gastos mencionados de España, no habiendo guerra empeñada, 11.752,080 rs., es decir la tercera parte y un quebrado no despreciable de los ingresos; y era tal el abandono con que se tenían los presidios y guarniciones de las fronteras, que en consulta del Consejo de la Guerra de 27 de Enero de 1589 se hace una discripción tan lastimosa de ellas, que se dice estar desiertas á causa de no haberse dado en todo el año anterior un solo real, y sin duda alguna no importaban tanto los sueldos al completo, como la Casa Real.

»Para que se vea que no me equivoco y pueda compararse, copio á continuación su importe sacado de la misma consulta:

PRESIDIOS

RESUMEN *del sueldo de un año, lleno el número que no lo estaba*

	Ducados
Cataluña.	64,508
Menorca.	13,096
Ibiza.	10,666
Navarra.	64,608
Fuenterrabia.	56,000
Orán.	100,000
Peñon.	15,000
Melilla, sobre otra asignación.	7,998
Artillería.	15,099
Total.	349,904

Igual á 3.848,944 rs. vn.

»Por último, de otra relación que existe en el legajo 318 de Mar y Tierra, correspondiente al año 1591, consta detalladamente que la paga de un año al completo de las Guardas, frontera y artillería, estando lleno el numero de gente, ascendia sólo á 189.527,171 maravedís = 5.574,328 rs. 19 mrs., y las de Portugal, con sus islas, Bayona de Galicia y la Coruña, conforme estaban entonces 480,000 ducados = 5.280,000 rs., que suman en todo ambas partidas 10.854,928 mrs., poco más de la tercera parte de las rentas y aun menos si se agregan á las de España las de Portugal.» Aparici y García, *Informe sobre los adelantos de la Comision de Historia en el Archivo de Simancas.*

para poder sacar partido de él en las formaciones de batalla y en los campamentos; y los progresos de la artillería, dando desarrollo á la fortificación pasajera, iban á contribuir á la modificación de la guerra. Sin embargo; lo que caracteriza á este periodo son los sitios. Durante el tiempo que el duque de Alba gobernó á dichos Estados, tienen lugar los por tantos conceptos famosos sitios de Groninga, Harlem, Leyden y Mons; en la época de Requesens, el socorro de Middelburgo, y en la de Alejandro Farnesio, tan sólo en el periodo de diez años, los asedios de Sichem, Diest, Nivelles, Filippeville, Maestricht, Courtray, Oudenarda, Tournay, Dunkerque, Newport, Ipres, Brujas, Amberes, Gante, Malinas, Bruselas, Grave, Venloo, Neuss y otros de menos importancia. Nuevos é importantes sitios para dominar las líneas del Mosa y el Rhin ocurren á partir de 1588, y por último en Francia tienen lugar los de Ligni y Corbeil, y el levantamiento de los de Rouan y de París. La escasez de batallas que se nota en Flandes en este periodo, se comprende por no contar los patriotas con un ejército propiamente dicho; pues aparte de los inexpertos ciudadanos, componíanle los heterogéneos elementos que procuraba el protestantismo perseguido en Francia é Inglaterra: así es que ni por su número ni por su pericia podían hacer frente á los veteranos españoles y á sus célebres generales. Sólo al presentarse al frente de ellos Mauricio de Nassau, cambió el estado de cosas, y cambió, no tanto por el profundo talento mliitar de este príncipe, cuanto por haber adquirido mayor práctica sus soldados, por hallarse más adiestrados sus generales y por ser menos fuertes sus competidores. La estrella de Mauricio no hubiera brillado tan presto á no luchar Farnesio con la temeridad de su rey, empeñado en sojuzgar á Inglaterra y á Francia casi á un tiempo. Claro está que en dicho periodo hubo de adquirir gran desarrollo la fortificación así de campaña como permanente; y en efecto, son notables las obras de circunvalación y contravalación efectuadas en Mons, así como los trabajos de aproche sabiamente dirigidos contra Harlem, trabajos que ofrecen la novedad de haber prolongado las trincheras hasta el foso y rellenado éste de tierra, sin fatigas ni otros materiales, y sobre todo el haber empleado la zapa doble y las plazas de armas, no conocidas hasta entonces. Este segundo sitio fué fecundo en invenciones, y por una y otra parte se sacó inmenso partido de la situación; pero no fué menos notable el de Leyden y su socorro, gracias á la rotura de los diques. El empleo de este sistema de inundaciones puede decirse que caracteriza muchos asedios de esta época; porque situadas las más de las ciudades junto á los ríos y en terrenos bajos protegidos por un complicado sistema de diques y contradiques, buscaban en las aguas su salvación, abriéndolas paso á través de los campos. Sin embargo, la pericia de los ingenieros que acompañaban á nuestro ejército, salvó muchos de estos inconvenientes, ya sangrando los cauces, ya construyendo nuevos diques, ya cerrando con puentes el paso de los ríos. En Grave, en Amberes, en la Esclusa y en otros sitios de menos importancia, Farnesio sigue idéntico método; arrojar un puente más abajo y otro más arriba de la ciudad, circunvalarla con arreglo á las condiciones del terreno y batirla con la artillería. En ocasiones también empleó, por no permitirlo la anchura del río, pontones provistos de puente para llegar á la muralla.

No dió lugar el sitio de Amberes á batir sus fortificaciones, pues más que sitio fué un bloqueo riguroso, alternado con funciones tan importantes como el ataque á los puentes y á los diques. En este sitio desempeñó importante papel la fortificación pasajera y la construcción de la serie de fuertes escalonados en el contradique de Kowenstein, la de los dos levantados en los extremos del célebre puente, los de Burcht, Cabeza de Flandes, Perla y otros en el costado izquierdo del río, así como los fabricados en el derecho por los sitiados, prueban el gran partido que se sacó de estas obras pasajeras. Grandes estacas, tierra y fagina, traída ésta del territorio de Waes, eran los elementos disponibles; construíase de este modo un fuerte de forma cuadrada, provisto ó no de baluartes, ó bien sencillos reductos para proteger las cortaduras ó cerrar el camino de los diques: en ocasiones levantáronse únicamente con estacas, de aquí el nombre que se dió á uno de los situados en el Kowenstein. Y sin embargo, encastillados en ellos hicieron nuestros soldados frente á

los bajeles enemigos, defendieron por largas horas la posición y decidieron con su valor los destinos de la célebre ciudad. Iguales prodigios en la Esclusa, atacada de más cerca y conquistada á no menos costa. ¿Y qué decir de los célebres sitios de Cambray, Calais, Hults y Amiens, con que termina la prolongada serie de este reinado? ¿Qué de los de Groninga, Nimega y Bredword por los holandeses? El sitiador, obligado á permanecer largo tiempo frente á las murallas, se vé obligado á construir una doble línea de fortificaciones, á circunvalar y á contravalar, á dominar los puntos estratégicos con sólidos fuertes, á levantar caballeros sobre los diques, á lanzar puentes á través de las corrientes, á utilizar soldados y marineros, á reunir gran número de piezas, carros, barcos, etc... Y á menudo los rigores del tiempo, helando las aguas, cambian de improviso la faz de las cosas y dan nuevas soluciones al problema militar. Esto engendra procedimientos nuevos con arreglo á las condiciones locales y á la índole de la guerra. Alejar de los muros de la plaza al enemigo, retardar el progreso de sus operaciones, impedir que pueda abrir brecha antes de llegar á la orilla de los fosos,



Capitanes flamencos del séquito de Farnesio. Copia de un grabado antiguo.

oponerle, además del recinto principal, otros que le obliguen á empeñarse en ataques sucesivos y cada vez más peligrosos, y á multiplicar los asaltos, causarle la mayor pérdida de gente, y sobre todo de tiempo, prolongar, en fin, la duración de la defensa, tales son los problemas á cuya resolución dedicaron sus meditaciones los sabios ingenieros que descubrieron y aplicaron estas diferentes obras de fortificación (1).

De mediados de este siglo, puede decirse que datan los elementos que constituyen la defensa en los modernos recintos fortificados. Túvose en cuenta, ante todo, el alcance de las armas de fuego, no tanto para utilizarlas con más resultado, como para evitar sus efectos; y las distancias entre los baluartes que enlazaban las cortinas, su solidez y dimensiones se determinaron por dicho alcance y penetración de los proyectiles, así como el espacio que exigían el servicio de las piezas y movimiento de las tropas. Una serie de obras exteriores (tenazas, rebellines, contraguardias, hornabeques, etc.), ocultaron al sitiador los muros y los baluartes de la plaza, y multiplicaron los fuegos contra el enemigo: á su vez resguardáronse éstos con un parapeto general que dejaba entre el pié de su talud y la cresta de la contraescarpa, un espacio oculto denominado camino cubierto. Por último, completaban en algunos casos este sistema defensivo, otras obras avanzadas de menos importancia, estableciéndose

(1) Valera y Limia. *Resumen histórico del Arma de Ingenieros.*

de este modo una dominación sucesiva desde ellas al recinto. En época de sitio, la fortificación se reforzaba con traversas, cortaduras, estacadas, y se abrían galerías subterráneas para fabricar minas y contra-minas, establecer una comunicación ó expiar los trabajos del sitiador. Y por último, sacándose partido de la proximidad de las aguas, inundábanse con ellas los campos ó bien se desviaban sangrando los cauces. De este modo se neutralizaron los efectos de la artillería; cada obra avanzada exigía un ataque particular, tanto más difícil en cuanto era indispensable ocupar el arcén del foso para batir los muros, avanzando siempre con frente mucho menos extenso que el del sitiado.

En su doble calidad de táctico y matemático, Mauricio de Nasau fué quien mayor impulso dió á esta rama del arte militar, y adoptando principios en armonía con las condiciones especiales del terreno en que se luchaba, y sistematizándolos luego con ayuda de eminentes ingenieros, dió á conocer un método nuevo que luego se extendió por las principales naciones de la Europa del Norte. También contribuyó al desarrollo de la táctica; y las disposiciones que tomó en Turnhout, Newport, Juliers y Emmerich, sepáranse por completo de las reglas hasta entonces observadas. No es este el momento de examinar dichas batallas, las más importantes de las cuales ocurrieron en el inmediato siglo, pues hasta fines del siglo que historiamos, sólo se dió á conocer Mauricio como poliorceta. Mas ya que tanto se ha ensalzado su talento como reformador, justo será que digamos que en su época se hallaban ya bastante adelantados los estudios matemáticos, que su instrucción teórica fué muy completa, y que de sobra pudo aprender en el ejemplo de nuestros grandes generales, en especial de Alejandro Farnesio. El vencedor de Amberes, demostró en sus campañas de Flandes y en las de Francia profundos talentos militares que ni pudo eclipsar la naciente estrella de Mauricio, ni la habilidad de Enrique IV. ¿Mas qué decir del duque de Alba y sus tenientes? ¿qué del egregio Filiberto de Saboya?... ¿Valen acaso menos nuestros eminentes capitanes que Coligny, La Noue, Montmorency y los Birón, á quienes en más de una ocasión vencieron? ¿Es inferior Francisco Verdugo á Luis Guillermo de Nassau? Por último, ¿merece secundario lugar el conde de Fuentes entre los militares de su época? Seguramente que ni éstos ni Mansfeld, ni Mondragón, ni Dávila, Robles, Valdés, la Mothe, ni cuantos jefes nacionales y extranjeros figuran en nuestros ejércitos son dignos del lugar inferior á que han quedado relegados. Las combinaciones acertadas del duque de Alba frente á Gennmingen, el buen empleo de los arcabuceros, sus hábiles maniobras para arrojar el enemigo allende el Rihn; la célebre batalla de Moock ganada por Dávila, y el socorro de Middelburgo por Mondragón, son empresas de sobrada magnitud para que pasen inadvertidas de cuantos se consagran á estudiar los progresos del arte. La habilísima distribución de las mangas de arcabuceros interpoladas con los caballos ó bien distribuídos por el frente de los cuadros de piqueros, es característica del duque de Alba y de sus discípulos: la acertada elección de posiciones y el sistema seguido al acampar, prueban la importancia que este general daba al terreno, así como los ingenieros que en su ejército llevaba, el justo valor que concedió á la fortificación. Farnesio es el general que más se distinguió por sus profundas concepciones y pensadas maniobras; sus operaciones demuestran detenido estudio en el terreno; la distribución de sus fuerzas, un gran conocimiento de los respectivos efectos de las armas. En Gembloux su ojo certero supo descubrir el lado débil del enemigo y destrozarle por medio de una bella y rápida maniobra: en Rimenant logró retirar la vanguardia del ejército, comprometida frente á las trincheras enemigas; en Chelles desconcertó á Enrique IV con una evolución digna de su gran talento, el desfile por el flanco de la segunda línea de batalla, mientras la primera ocultaba el movimiento y entretenía al enemigo; y por último la incomparable retirada á través del Sena, pone á grande altura su pericie militar. Muy otro hubiera sido el resultado de la campaña en Francia, de no haberse opuesto á sus intentos los ligueros; y concretándonos á las de Flandes sus operaciones para asegurarse la línea del Mosa hasta Maestricht, sus repetidas conquistas en la del Escalda y por último, aquel famoso plan, gracias al que con reducidísimo ejército sitia y conquista, casi á la par que Amberes, cuatro importantes ciudades, es

digno coronamiento de su gloria. Con razón le dijo La Noue, ya rendida aquélla, que para su fama había hecho lo necesario y podía envainar la victoriosa espada: elogio tanto más desinteresado en cuanto salía de la boca de un enemigo distinguido por su talento militar y por su lealtad. En tiempo de Alejandro las tropas españolas comienzan á hacer gran uso de la fortificación pasajera, sobre todo en Francia donde luchan contra un enemigo superior en caballería. Y de sus condiciones maniobreras responden las operaciones realizadas en aquellas campaña y en las de Fuentes, en especial la batalla de Doullens y la célebre retirada de Leon á la Fère, donde algunos escuadrones de infantes sostienen en despejada llanura todo el peso de la brillante caballería francesa.

Las diferentes formaciones observadas en todas estas batallas pueden casi todas colocarse entre las que Mr. Renard califica de *batallas simétricas*, á causa de presentarse los ejércitos en líneas paralelas, oponiendo masas de infantería á masas de infantería y escuadrones de caballería á escuadrones de caballería. Los cañones distribuidos por el frente son de escaso efecto en el desarrollo de la batalla; sin embargo, más tarde adquiere la artillería mayor movilidad á causa de dispararse las piezas sin desenganchar los tiros. «La formación ó el orden de batalla, dice un autor, dependía de las circunstancias del terreno y del objeto que se propusieron los generales; pero comunmente se seguía en esto un método, uniforme en casi todos los ejércitos de entonces, y consistía en dividir la fuerza en tres trozos, el de la derecha, el de la izquierda y el del centro ó cuerpo de batalla: la infantería se formaba en masas cerradas, ó por mejor decir, en cuadros de igual frente por todas sus partes, aunque esta formación tuvo también sus variaciones presentando á veces un frente mayor que el fondo, y otros al contrario; pero resultando siempre que el orden constaba de muchas filas como en las antiguas falanges griegas, lo cual no se corrigió hasta que en los mismos campos de batalla dieron á las tropas mejores lecciones de táctica: los arcabuceros, formados sobre el frente y los costados de aquellas masas protegían con sus fuegos á los piqueros; se extendían también sobre el frente de batalla, dispuestos por parejas á modo de nuestras modernas guerrillas, y se retiraban á sus puestos cuando llegaba el momento de combatir con arma blanca. La caballería formaba en las alas, y la artillería ocupaba en el centro de batalla un puesto desde el cual dirigía sus fuegos al centro enemigo, ó bien se extendía delante de la línea, diseminando sus fuegos y retirándose luego para dejar entrar en el combate la infantería. Tales eran las disposiciones con que generalmente se presentaba y se aceptaba la batalla, y por informes que sean, ya vemos en ellas una tendencia á la regularidad en los movimientos y en las ordenanzas; mucho restaba aún que hacer, pero mucho se había hecho también; la perfección no pudo alcanzarse de repente, y preciso era que la experiencia fuese enseñando lo que había de bueno y malo en aquellos métodos en que tan mal entendida estaba la protección mutua que deben prestarse unas á otras las diferentes armas, y en que se llevaba la artillería más bien con el objeto de aterrar que con el de tomar posiciones convenientes para decidir el combate en ciertos puntos dados de la línea enemiga (1).» Estas modificaciones debía llevarlas á efecto el célebre Mauricio de Nassau, que abandonando en absoluto el empleo de las masas pesadas y disminuyendo el número de filas, dió á las unidades tácticas mayor flexibilidad é independencia. La distribución de los batallones escaqueados por grupos de á ocho en las tres líneas de batalla, permitió modificar la formación de los cuerpos, y maniobrar con mayor libertad en el campo de batalla, así como contribuyó á la protección mutua entre las armas. Tales fueron los progresos realizados hasta principios del siglo XVII.

La proporción entre la infantería y la caballería era variable en esta época; en los ejércitos de Francia predominaba la segunda, en los españoles era muy inferior á la infantería, á causa de no prestarse á las maniobras de esta arma, el terreno cenagoso y cortado de los Países Bajos. En su mayoría eran extranjeras las compañías de caballos. Su armamento ya

(1) V. G. *Comp. de Hist. milit. de España.*

lo hemos descrito en este y anteriores ESTUDIOS; pero es preciso advertir que con la introducción del pistolete ó arcabuz recortado, comenzó á dejarse la lanza de ristre, como arma engorrosa y muy visible para ir á correr el campo, y dar sorpresas y hacer emboscadas: costumbre que se generalizó entre los franceses, y de quienes la iban tomando los españoles. «También, dice Villalobos refiriéndose á la lanza, la dejan nuestros caballos con daño notable del servicio, pues un ejército, que es semejante á un cuerpo humano, ha de constar para ser perfecto de todas sus partes. Y añade que el uso de la lanza no impide llevar coraza, dos pistolas al arzón y estoque de armas. La verdad es que el uso de la pistola en el campo de batalla era para la acción en masa poco eficaz, pero de seguirse el consejo de Villalobos, eran excesivas armas las de que se proponía dotar al soldado de á caballo.

Ignoramos qué ejercicios tácticos practicaban éstos en el extranjero, y de nuestra caballería permanente en España sólo sabemos por una real cédula de 1555 que una vez cada dos meses los Guardas debían salir al campo, ser revistados y efectuar las siguientes evolu-



Hombre de armas de fines del siglo XVI

ciones: Primeramente marchar de tres en tres, al paso, trote y galope, por diferentes caminos; luego reunirse en escuadrón por hileras y cargar á los tres aires ya dichos, lanza en ristre y á la cuja, volviendo rostro á una y otra mano; deshacer el escuadrón, volviendo á marchar de tres, dividiendo por mitad la compañía y haciendo uno á uno escaramuzas, acometiéndose sin tocarse; manejo de espada, simulando combates individuales y colectivos. Es de suponer que á esto quedara reducida la instrucción de los soldados de á caballo en los demás Estados; los infantes ejercitábanse en ejercicios de destreza y en hacer y deshacer escuadrones, y los arcabuceros, sin duda alguna, que en el tiro al blanco. Isaba se lamenta de que muchos sentaban plaza de tales sin tener la práctica necesaria. El *arte de escuadronar* requería entonces pericie suma en los capitanes y gran práctica en los soldados, por lo complicado de las formaciones. La naturaleza de las armas hacía que prevalecieran las formaciones en masa, constituyendo las picas el núcleo del escuadrón y los arcabuceros las mangas ó guarnición del mismo. Había que combinar en él tres clases de soldados, los arcabuceros ó mosqueteros, las picas secas y las picas completas ó coseletes. Estos últimos se diferenciaban de las picas secas ó sencillas en que además del morrión llevaban el coselete, de que recibieron su nombre. Colocábanse en las primeras filas del escuadrón, pues como mejor armados, podían resistir ventajosamente el choque, y á sus espaldas formaban las picas secas: los arcabuceros

ceñían el escuadrón distribuidos en tantas mangas como frentes. Había escuadrón *cuadrado de gente* y escuadrón *cuadrado de terreno*, escuadrón de doble, triple y cuádruple frente que fondo, lleno ó vacío, de cuña, de herradura, en cruz, etc., y la manía de imitar las obras de fortificación produjo el abaluartado achaflanado, atenazado, frisado, dentellado, pentagonal, exagonal, octogonal, romboidal y triangular.

Ocupándose de este particular, dice Valdés que en la infantería española existían muchos más arcabuceros que piqueros, en tanto grado, que en un ejército de 9,000 infantes apenas si llegaban las picas á 1.500 lo que consideraba como gran defecto. «Nadie que sea soldado, dice, ignora que el escuadrón de picas se ha de guarnecer por los lados de arcabucería, poniendo una hilera de arcabuceros junto á la otra de las picas, de manera que haya tantas hileras de arcabuceros á cada lado, cuantas hay de picas; y la verdadera guarnición no debería ser mayor de cuanto la pica puede guardar, mayormente do el enemigo es superior en caballería; y assi pues, debaxo del favor de la pica no pueden estar más de cinco arcabuceros, de tantos (á mi parezer) debe ser la guarnición; pero en caso que no haya inconveniente de poder ser el escuadrón acometido de caballería enemiga, podráse hacer de mayor número, al arbitrio del Sargento mayor, conforme á la cantidad de arcabucería que tiene en sus vanderas, teniendo consideración á que no le falten arcabuceros para las mangas, las cuales no han de ser más de cuatro, y menos según la necesidad lo pidiere y el sitio lo permitiese». El autor trata más adelante de la proporción que ha de existir entre los arcabuceros de las mangas y los piqueros del escuadrón, y aconseja que aquellas no sean demasiado grandes, por la confusión á que darían lugar; á cuyo fin cree que debe colocarse la arcabucería sobrante en el centro del mismo. A semejanza de Rojas, Lechuga y otros autores de su tiempo, Valdés estudia con sumo cuidado el *cuadro del terreno*, para cuya formación da la siguiente regla: multiplíquese el número 49 por sí mismo y el producto por la cifra de soldados que ha de componer el escuadrón; divídase este producto por mil y sáquese su raiz cuadrada; este será el número de soldados que entran por hilera: partiendo la cantidad de que ha de hacerse el escuadrón por esta raíz, resultará el número de hileras. Lechuga también da fórmulas para escuadronar, empleando asimismo la raíz cuadrada y además tablas y proporciones. La nomenclatura de éstas no puede ser más intrincada, pues el autor da á conocer una proporción *tripla-super-particular-sesquialtera*, que es el *summum* de aquellas asombrosas combinaciones de picas y arcabuces. Rojas también ofrece ejemplos para los cuadros: un escuadrón de 4,257 soldados formando el cuadro del terreno, dice que tendrá 99 hombres de frente, 43 de fondo y del lado del terreno 294 piés por cada lado, que multiplicados por sí mismos darán 83,436 piés de superficie, á cuyo efecto da la correspondiente regla, advirtiendo que la distancia de un soldado á otro será de siete piés y el intervalo de tres. Estos espacios deben cerrarse así que se aproxime el enemigo, juntando picas á usanza de la falange macedonia. «Así mismo, añade, se harán los escuadrones cuadros de gente de esta forma, que se sacará la raíz cuadrada del número de la gente y esto será al lado y frente.» Para cerrar los intervalos, se deduce que los soldados de las filas pares daban un paso diagonal á la derecha y ocupaban los intervalos existentes en las impares; después es de presumir que cerrarían unas sobre otras, todas las filas, para formar el sólido.

Estos ligeros datos creemos que bastarán á dar idea de las formaciones á la sazón adoptadas. Para la formación en batalla el general procuraba sacar partido del terreno con objeto de hacer más eficaz el concurso de las armas ó el efecto de la en que fuera más poderoso. Las grandes masas de caballería desempeñaban gran papel, á causa de la imperfección de las armas portátiles y de lo lento de la carga; pero la infantería había ya conquistado el primer en los campos de batalla, como lo demostró la española de un modo brillante en estas campañas y muy especialmente en la célebre retirada de Laón. Por otra parte, la fortificación pasajera había venido á dar á esta arma nuevas ventajas sobre la caballería, así es que desde entonces fué cada vez mayor la desproporción entre ambos componentes del ejército. En estos choques entre las masas, una vez rotos los cuadros, el número y la

fuerza individual eran los que decidían el éxito del combate. Las maniobras eran raras en el transcurso de la batalla y únicamente la entrada en acción de un cuerpo de reserva (como ocurrió en Doullens), podía modificar las condiciones de una lucha en que se empeñaban casi de una vez todas las fuerzas. Narradas las principales batallas de este período con algún detenimiento, el lector encontrará en ellas numerosos ejemplos para establecer comparaciones y seguir á través de los años, el lento progreso de las armas y de la táctica.

El número de combatientes que figuraban en los ejércitos, ya dijimos que no excedió por regla general de 40,000. En la batalla de San Quintín, sin embargo, alcanzó la cifra de 60,000 soldados y 80 piezas, y en la jornada de Portugal unos 40,000 hombres y 57 piezas, sin contar los 4,700 que se embarcaron en las 56 galeras de la armada; por último, para la invasión de Inglaterra se reunieron en las 130 naves de la armada 30,000 soldados y tripulantes. Alejandro juntó en Flandes para esta misma empresa 40,000 infantes y 3,000 caballos, de los que debían pasar á la isla 14,800. Pero estas cifras deben considerarse como excepcionales. A la Liga contra el Turco, dió España en 1571, 20,200 infantes: y á la de los católicos franceses procuróla distintos contingentes, que en suma alcanzarían de 15 á 20,000 hombres. No puede fijarse la cifra de los que operaban en los Países Bajos, pues ya hemos visto que en este reinado fué muy variable. El duque de Alba llevó en 1567 á los Países Bajos 10,000, que en unión de los que componían las tropas allí existentes formarían un total de 30,000 soldados, cifra que en 1573 se elevaba á 54,500 sin contar las guarniciones. No alcanzaría á más el ejército con que Farnesio emprendió las operaciones, á la muerte de D. Juan de Austria, efectivo que, durante la época de su gobierno, sufrió gran variación, pues antes de reclutar la gente para la jornada á Inglaterra, se hallaba reducido á 5,900; y ya hemos visto, en el transcurso de la narración de estas guerras, las constantes quejas del ilustre general relativas á la escasez de gente y de dinero. El conde de Fuentes para sitiar la paza de Cambray en 1595, formó un ejército de 8,500 hombres; en 1596 el que organizó el archiduque Alberto para socorrer á la Fère, ascendio á 16,000 infantes y 3,500 caballos, y el destinado al socorro de Amiens á 20,000 infantes y 3,500 caballos. Pondremos término á esta serie de datos, consignando el número de tropas reunidas por Felipe II para llevar á efecto sus secretas miras relativas al reino de Aragón.

Las alteraciones ocurridas con motivo de la presencia de Antonio Pérez, no pueden, como es consiguiente, hallar cabida en una historia militar, pero sí deben figurar en ella, los elementos militares allegados por el monarca para concluir con el alzamiento. Decimos mal; Felipe II, como lo demuestran palmariamente los documentos relativos á guerra, iba preparando desde 1590, es decir, ocho años antes de ocurrir aquél, cuanto consideraba necesario á la realización de sus planes; y á este efecto, fué reuniendo tropas en la Rioja y Agreda y escalonándolas hasta Atienza. «Se figuró, dice uno de nuestros historiadores militares una invasión por la parte de Navarra y Perpiñán, debiendo atravesar Aragón las tropas destinadas á esta última parte.» Hé aquí un detalle en que no se han fijado los historiadores políticos. El ejército reunido ascendía en Abril de 1592 á 11,960 hombres; á saber: 9,250 de infantería, 1,619 de caballería y 11,000 gastadores. La caballería se subdividía en 787 hombres de armas, 449 caballos ligeros, 267 ginetes y 116 arcabuceros á caballo. Los gastadores mandáronse levantar en Castilla entre los moriscos allí avecindados. Muchos escaparon, y para castigarles hiciéronse pesquisas y se les impusieron cuantiosas multas.

Consignados estos datos relativos á los ejércitos de operaciones, diremos que hacia 1571, según el precioso informe del Dr. Velasco, la fuerza armada existente en España, consistía en 2,007 hombres de caballería á sueldo del Rey y 9,000 de caballería auxiliar dados por la nobleza, órdenes militares y caballeros de cuantía, en total 11,000 caballos, de los cuales 2,000 eran lanzas y 8,100 caballos ligeros. La infantería permanente reducida á las guarniciones de Pamplona, Fuenterrabía, San Sebastián, Perpiñán y frontera del Rosellón, y reino de Granada, á 2,700 hombres, en cuya suma no se incluían los presidios de Africa ni la guarnición de Cádiz. La gente á sueldo de las ciudades, y que en caso de peligro acudía al

Rey, se calculaba en 21,000. Aparici estima en 25,000 los hombres de infantería permanente por esta fecha y en 50,000 los que podían organizarse en ocasiones de guerra activa. El embajador Donato dice en su *Relación* escrita en 1573 que los pocos soldados que existían en la península se hallaban en los presidios de la frontera, excepción hecha de los Continos; y que en sus Estados de Italia, Flandes y frontera de Berbería mantenía España unos 20,000 soldados y de 10 á 12,000 en la India, calculando en 4,000 el número de los que salían cada año de nuestra patria para cubrir las bajas «de los cuales, dice, pocos, por no decir ninguno, regresan á España;» Morosini escribía en 1581 que en este tiempo había unos 18,000 soldados diseminados en Africa, Lombardía, Toscana, Sicilia y Nápoles, sin contar los que se encontraban en América (1); y que existían 1,500 hombres de armas para defensa del reino, 1,000 caballos ligeros para guarda de la córte de Granada; 1,000 infantes de guarnición en el reino de Navarra, y 2,500 en las islas de Mallorca, Menorca é Ibiza; uno y otro embajador especifican en sus respectivos informes la fuerza á que ascendían los presidios de nuestras posesiones italianas y flamencas. Resulta de todos estos datos que la guarnición de España quedaba reducida á los presidios de las fronteras y algunas ciudades de la costa, á las Guardas de Castilla y de la costa de Granada; y si se tiene en cuenta la facilidad con que variaban estos contingentes y los defectos de que adolecía la institución de los Guardas, se comprenderá que la fuerza efectiva de que podía disponer España, era muy escasa. Del estado de abandono en que se tenían las costas de la península, responden en 1589 el ataque de los ingleses á la Coruña y Lisboa; en 1587 el incendio de nuestras naves en Cádiz por el célebre Drake, y en 1596 el célebre saqueo de esta ciudad por las escuadras inglesa y holandesa á las órdenes de Howard Effinghan. Era, pues, más aparente que real nuestro poderío, y si se tiene en cuenta que á causa del estado en que se hallaba la Hacienda, dependía el sostenimiento de los ejércitos del dinero que llegaba de Indias, se comprenderá que con frecuencia se hallara el monarca en gravísimos apuros, sobre todo desde que los ingleses y holandeses comenzaron á devastar nuestras posesiones de América y á dar caza á nuestras flotas.

Una advertencia debemos hacer antes de poner punto á los párrafos concernientes al ejército, es y la enorme desproporción que existía en esta época entre las cifras que arrojaba el papel, ó sean los estados de fuerza, y la gente que en realidad prestaba servicio en los ejércitos. Hecha esta salvedad, pasemos á ocuparnos de la marina militar.

III

No se reclutaba la gente destinada á las armadas como la del ejército. El sistema empleado en este período, eran las levas con más ó menos rigor ejecutadas, según la oposición que los pueblos marítimos presentaban á los comisarios encargados por el monarca de los aprestos navales. Con la marinería que de este modo se reunía, y sobre todo, con el odioso procedimiento de aplicar á la pena del remo en las galeras, y á la parte práctica de las maniobras en los galeones, á los forzados, llegaba á reunirse la tripulación necesaria. Esta tripulación y los soldados componían la dotación de los barcos de guerra. La artillería era servida en un principio por soldados de los tercios, dirigidos por un condestable, más tarde por los artilleros de mar que salieron de la escuela de Sevilla.

Grande era, sin embargo, la diferencia que mediaba entre los marineros y los soldados, llevando éstos en todos casos la ventaja á los primeros, pero muy especialmente si eran forzados. El trato que se daba á los marineros era brutal; no escaso el palo, corta y tardíamente cobrada la paga, pero constante y duro el trabajo. Un sotacómitre, distinguido por su crueldad, era el encargado de la *chusma*, que á trueque de un penoso servicio, recibía una

(1) *E se ne potriano condur fuori anco altri* (añade), *ma non mai tanti che per loro stessi bastasseno a fer un esercito intiero*

pitanza excasa y nociva, y á vuelta de quejas, sendos latigazos. Los menores delitos eran castigados con terribles palizas; pero, en cambio, las acciones meritorias, quedaban sin premio, si es que no se consideraba como tal la suspensión de los azotes. De aquí la gran repugnancia que los españoles experimentaban por el servicio de mar, repugnancia que se retrata en no pocas obras de la época, y que aumentó á compás de los reveses experimentados por nuestras armadas (1).

La vida de la galera, déla Dios á quien la quiera; este proverbio sirvió de tema forzado á D. Antonio de Guevara para escribir su *Arte de marear*, y dar á conocer los muchos y grandes privilegios de que gozan los mareantes; y por cierto que si en ello se refleja la ojeriza que el autor experimenta por ella, pinta en cambio con los más vivos colores las penalidades que sufría el marino. No es sorprendente la descomodidad que ofrecían las naves, ni mucho menos los hurtos, fechorías y desmoralización de los marineros, gente soez con frecuencia arrancada de las playas ó de los garitos y lupanares; lo que sí causa horror es el trato que el forzado recibía, peor, mucho peor que el que en la actualidad se da á nuestros presidiarios. «La vida del galeote, dijo con gran exactitud Mateo Alemán, es propia vida de infierno; no hay diferencia entre una y otra sino que la una es temporal, y la otra eterna,» y en efecto, si no lo corroboraran los documentos de la época, sería preciso leer lo que cuenta *Guzmán de Alfarache* acerca de su estancia en las galeras para venir en conocimiento de tales horrores. «Encadenados en un sitio fijo, mal alimentados, descalzos, viviendo á la intemperie, habían de soportar el penosísimo servicio del remo, estimulados de continuo por *la anguila* del cómitre, que no cesaba de funcionar un punto en las cazas ni en las huidas. Una mordaza ó una bala de plomo en la boca, explican el silencio en las maniobras *como si no tuvieran voz ni aliento*, y todo esto había de durar hasta que la muerte diera motivo al alguacil para quitar el remache de la cadena, por más que la sentencia del tribunal fijara en diez años la pena. Si alguna vez se recordaban los sufrimientos del forzado, por lo común ahogaba la necesidad todo sentimiento humanitario, y se retenían indefinidamente los galeotes después de cumplidas sus condenas, hasta que se presentaba ocasión de reemplazarlos (2).» Horror causa leer algunas relaciones concernientes á los trabajos del forzado, y para mengua de una civilización que se envaneció con el dictado de católica, diremos que traen á la memoria las crueldades de los tiempos paganos.

No todos los forzados se procuraban por iguales medios, una parte de ellos la formaban criminales, otra esclavos comprados á particulares, otra prisioneros. Cuando escasearon éstos, hubo que apelarse ó más ó menos ingeniosos ú honrados. Cervantes explica uno de ellos consistente en adelantar á los jugadores algunos ducados con los que éstos jugaban á los dados la libertad; otro fué la captura de indios caribes de las Antillas. Los remeros voluntarios, llamados *buenas boyas*, figuraban, aunque en número limitado, en cada galera. Eran éstos por regla general galeotes que habían cumplido su tiempo, y se contrataban mediante determinado sueldo para los ofi-

(1) Da perfecta idea del estado de la marina los siguientes puntos tratados en el *Discurso* que dirigió al Rey el almirante Brochero en los primeros años del siglo XVII:

«El Rey se encuentra mal servido porque no hay escuela de marinería y porque los marineros existentes no tienen pundonor ni honra, siendo la gente de menos estimación que hay en España.

»Los marineros son mandados á palos.

»Los ingleses por dar estimación á su gente de mar, sujetaron casi toda la Francia.

»En España es mucha la estimación que se da al soldado y ninguna al marinero.

»Las tripulaciones de los galeones ni son soldados ni marineros, sino gente inútil y mareada que levantan los aprestadores por la escasez que hay.

»Verifican hurtos tan infames que muy de ordinario les da de palos la gente de tierra.

»Como no hay ventajas para el marinero ni nunca el ruin espera ser acrecentado, no procura saber un día más que otro, y el bueno por aquella razón rehusa el trabajo y las ocasiones del peligro.

»Expone la inconveniencia de los capitanes del galeón y de la infantería.

»Acontecen desastres á las armadas por navegar con hombres que no son marineros y no estar nunca completas las dotaciones.

»Sacaban los marineros las estopas de las costuras y aun daban barrenos para evitar las salidas á la mar.

»Desertan en tomando la ración y no vuelven hasta la hora de repartirse al otro día, repitiendo la misma huida de sus bordos.»

Este documento lo ha insertado D. Ramón de Salas en su *Historia de la matrícula de mar*.

(2) *Disquisiciones náuticas*, VIII, pág. 11[illegible].

cios de cámara, proeles, espalderes, y otros destinos análogos. Vestian de otro modo que los forzados y estaban comprendidos, lo propio que los marineros, en la denominación de *gente de cabo*.

El traje del forzado se componia generalmente de dos camisas y dos pares de calzones de lienzo, almilla colorada, capote de jerga, y bonete colorado: en las galeras reales eran de damasco-carmesí las almillas y bonetes de la chusma, y en las demás galeras de paño ordinario rojo. Los marineros y soldados vestian siempre de paño rojo. Cuanto á los oficiales no observaron regla alguna de uniformidad, usando probablemente de igual licencia que los del ejército. Por lo que respecta á la alimentación, componiase de una ración de veintitres onzas de bizcocho, habas condimentadas con aceite y mezcladas á veces con arroz ó garbanzos; y esta ración que, como dice un escritor, apenas bastaria para sostener las fuerzas de los que habian de soportar el duro ejercicio del remo, no siempre se daba íntegra, porque la penuria del Erario ó la omisión del factor ó asentistas, cuando no los gastos á que debia contribuir el forzado para celebrar ciertas solemnidades, contribuian á disminuirla. La *gente de cabo*, soldados, marineros y buenas boyas, tenia otra ración consistente en pan, vino, menestras, y en ciertos dias carne fresca, tocino y queso. Los cómitres y maestranza arranchaban aparte, y el capitán y personas allegadas, es de presumir que se tratarian como correspondia á su clase.

La boga se efectuaba del siguiente modo: El espalder llevaba el compás; los remeros, movian el remo sentados en sus respectivos bancos, y con un pie apoyado en el frontero, ó bien de pie hasta dejarse caer en el suyo. Si habia que remar con empuje, el pito del cómitre daba la señal de *¡fuera ropa!* y quedaban los remeros con sólo los calzones, es decir, en buena disposición para recibir los latigazos. En aquellos momentos, el lúgubre sonido de las cadenas respondian á los chasquidos uniformes del remo, interrumpiéndolo tan sólo el silbido del vergajo; pero ni un solo grito de dolor se escapaba de aquellos cuerpos con tanta violencia flajelados (1).

Dado el sistema que se seguia para la composición de las tripulaciones, se comprende la repugnancia que inspiraba el servicio de mar. Con la decadencia del comercio marítimo, disminuyó considerablemente el número de marineros voluntarios, los forzados habian perecido en gran parte en las expediciones de 1588 y 1597, y su reemplazo exigia mucho tiempo y recursos, y las levas no daban el contingente necesario. Por otra parte, como las promesas consignadas en las ordenanzas dadas en 1553 por el príncipe D. Felipe, gobernador en ausencia de su padre, no se cumplieron, en Vizcaya y en Guipúzcoa mostrábase tan gran resistencia á la entrega de la marinería, que muchos habitantes de la costa se internaban en el país. Tampoco tuvo efecto la ampliación hecha á las citadas ordenanzas en 1587, en la que se otorgaban nuevos beneficios á los marineros (2). Mas como necesitara el Rey de expertos mareantes, y merecieran entonces en España preferente lugar los de aquellas provincias, el monarca concedióles grandes privilegios, entre otros el de no servir en buque alguno que no fuera construido en los puertos de sus provincias, y la recomendación hecha á los aprestadores de las armadas para que verificasen las levas con la lenidad posible, prefiriendo en todo caso los voluntarios á los forzosos. Y mientras en las demás provincias de la costa

(1) Una *Relacion* dada el año 1585, concerniente al orden que se debia observar en la práctica del servicio en las galeras de Indias, relacion, cuyos pormenores se repitieron en otras instrucciones, pone al corriente de particularidades de aquel, y merece ser citada en este lugar. Las dimensiones de este documento nos impiden reproducirlo aquí, pero el lector á quien interese lo hallará en la VIII de las ya citadas *Disquisiciones náuticas*.

(2) Las ordenanzas adicionales, dadas por el Príncipe gobernador concernientes á embargos de embarcaciones, bases para sus arqueos, y tipo para el pago de los armadores á quienes embargue la Corona, tocan como de paso el sueldo que debian percibir los marineros. Éste era á la sazon

Para cada *marinero* 600 maravedís mensuales, y en adelante se ordena que se aumente en 200 maravedís.

Para cada *grumete* 200 mrs., y se le aumentaba hasta 233 mrs.

Para cada *paje* 100, y en adelante 273.

No se alteraron los demás sueldos que eran:

Capitán de nao 2,500 mrs. de ventaja sobre su paga de marinero, «porque entre en el número de los tales.»

Piloto 200 mrs. de ventaja sobre su paga de marinero.

Oficiales ordinarios 500 mrs. de ventaja sobre su paga de marinero.

se conducía á los marineros á palos, se les trasbordaba, se les negaban las mensualidades, se les escatimaba el sueldo, y hasta se les prohibía toda reclamación, el Rey ordenaba á su capitán general en Guipúzcoa, que condujera la gente con suavidad y voluntad, y decretaba además que se diesen á cada marinero tres ducados de sueldo, y al grumete diez y ocho reales; que se les hiciera merced de cuatro pagas adelantadas, y tres ducados más á cada uno al salir á navegar, para que sirvieran de mejor voluntad. Sin embargo, no bastaban tales medidas á remediar la falta de tripulantes. «Acreciéndose el rigor de las levas, á compás de la escasez de marineros, dice D. Javier de Salas, y sustituídos en los buques por presidiarios y criminales, hacíase por días más odioso el ingreso en los bajeles de la Corona. Los desertores aumentaban, acrecía el número de los forzados, multiplicábanse los delitos, cada vez eran más duros los castigos, se exacerbaban los ánimos, y el servicio siempre penoso, había llegado á ser insufrible de todo punto» (1).

Ocioso es decir en cuanto contribuyó esto á la decadencia de nuestra marina, pues inútil era reunir grandes armadas desde el momento en que faltaba organización, régimen y sobre todo personal (que no podía organizarse sin un *ruolo* ó *matrícula*, como ya en este siglo lo tenía la previsora Venecia); pero si á esto se añade el sistema de embargos y el incumplimiento en las contratas con los particulares, se acabará de formar idea de lo que era nuestro poder naval, poder ficticio, pues no reposaba sobre base alguna sólida.

Ya hemos dicho en otro lugar que los descubrimientos y los viajes contribuyeron en gran manera al desarrollo de la navegación en la primera mitad de este siglo. Los Reyes Católicos y su nieto Carlos I, trataron de dar impulso á la construcción naval ofreciendo gratificaciones á los que fabricaran naos de 600 á 1.000 toneladas y prohibiendo bajo severas penas que ningún natural de sus Estados vendiese embarcación alguna á extranjeros; sin embargo, á pesar de esta prohibición, nuestros fabricantes proveyeron á los extranjeros, y no obstante el gran progreso de la navegación, la construcción naval no alcanzó el desarrollo que debiera, por efecto de las continuas guerras. Una real cédula expedida en 1529, hace saber á los vecinos de las costas andaluzas, que fabricando á su costa galeotas de 22 bancos y armándolas para el servicio, se les tomaría asiento por diez años para guarda de la costa, bajo ciertas condiciones. Cuando no bastaban los vasos que voluntariamente acudían al llamamiento de los asientos y contratos, se apelaba al embargo de los que se consideraban necesarios, sustituyéndose entonces el convenio bilateral con una pauta general y arbitraria que señalaba un tanto por tonelada y día de paga. Esta medida fué funesta para el comercio, porque desde entonces dejaron de fabricarse naos grandes y fuertes, por ser las que primero se embargaban, comenzaron los fraudes, y el comercio apeló al recurso de fletar embarcaciones extranjeras. Sin embargo, no se remedió en el siguiente reinado tal desacierto, pues si bien Felipe II prestó más atención que su padre á los asuntos navales, escuchó las quejas de los capitanes y dueños de las naos, ya relativas á embargo, ya concernientes á sueldos, sus ofertas y sus órdenes fueron olvidadas en los momentos de apuro. A tan triste estado llegó en este reinado la construcción naval, que cesando casi por completo cuando más necesaria era al monarca, este se vió obligado á enviar un comisionado á las costas del Norte en averiguación de las causas de decadencia. Cristóbal de Barros, que así se llamaba éste, redactó entonces un informe en el que consignaba que para tener naos se necesitaban: primero materiales; después dinero para utilizarlos; que no se vendieran las embarcaciones á extranjeros, y que se redactaran meditadas ordenanzas. Los consejos de Barros en este informe dieron lugar á la creación de un fondo destinado á anticipar á los fabricantes de Vizcaya y Guipúzcoa, sin interés alguno, las cantidades necesarias á razón de dos ducados y medio por tonel, para la construcción de bajeles que no pasaran de 300, y á condición de devolver la suma una vez vendida la nao. En Asturias y Galicia el *emprëstido* (como esto se llamaba) se hizo extensivo á los que fabricaran naos de 100 toneles arriba. Quiso también

(1) *Hist. de la matrícula de mar.*

despertarse el estímulo en Cataluña, cuya capital, increíble parece, no contaba en 1562, un maestro que supiera enramar una galera.

Las medidas adoptadas á consecuencia de éste y otros informes, parece que dieron á la construcción naval nuevo impulso; aumentóse la maestranza en los astilleros, se procuró mejorar la fábrica de las naves, aumentar su capacidad y aligerar su aparejo con la innovación de los masteleros y vergas de gavia primero, y después de juanete. Según un informe del duque de Medina Sidonia, en 1562 ideó D. Alvaro Bazán, el que más tarde fué marqués de Santa Cruz, unas embarcaciones menores de remo y vela que llamó *fragatas*, para que acompañaran á las escuadras de galeras é hicieran el servicio de descubierta y caza. Este insigne marino dirigió la fábrica de algunas galeazas y redactó instrucciones para mejorar la forma de las galeras. Su hermano don Alvaro se dedicó á perfeccionar el material y construyó unas embarcaciones de su invención que se llamaban *galizabras*, «variedad de las galeotas y las galeras y transición de la galera al galeón en que se procuraba reunir las ventajas de la doble propulsión del remo y vela.» Por último, Menéndez de Avilés fabricó en América por los años 1573 unas naos designadas con el nombre de *galeones agalerados de la nueva invención*, de porte de 200 toneladas, medida 35 codos de quilla; manga de 12 y 1/2, 4 á la primera cubierta, 4 y 1/2 de ésta á la segunda, que era corrida de popa á proa con dos codos de mareaje firme encima de ella y sin castillo ni cámara. Resultaron estas naves muy veleras, pero adolecían de varios defectos y dieron lugar á encontradas opiniones. La junta de Santander, reunida á instancias de Barros, estimó que este nuevo genero de naves, llamadas *galeoncetes* deberían tener 30 codos de quilla, 13 de manga, 44 de eslora, fuertes de miembros, con portas altas, castillos y otras condiciones. Su coste se evaluó en 10.000 ducados. La junta de Sevilla opinó que los destinados para capitana y almiranta tuvieran 36 codos de quilla, 16 y 1/2 de manga, 35 de eslora y 11 de puntal, y los restantes 33, 15, 50 y 10 y 1/2 respectivamente. El Rey ordenó que por su cuenta se construyeran ocho galeoncetes, pero sometiendo el modelo de Menéndez á algunas modificaciones.

Desgraciadamente la ligazón de los miembros del vaso era en aquella época muy endeble, y la impermeabilidad dependía de la obra del calafate, lo que, unido á la desproporción existente entre el aparejo de impulsión, con sus enormes velas, y el casco, hacía muy peligrosa la navegación con tales bajeles. Eran, por consiguiente, repetidísimos los naufragios, pues cuando se desataban recios temporales, el movimiento extraordinario de la nave abría las costuras y separaba las tablas, dando fácil entrada á las aguas. De aquí resultaba que cuanto mayor era la capacidad del barco, era tanto más frágil y expuesto á averías; y no sufriendo contratiempos de ninguna clase calcula un autor que la vida de una nao alcanzaba á tres ó cuatro años, bien que haciéndola otras tantas carenas (1).

Por lo que respecta al artillado de las naos, era variable la calidad y número de las piezas, y por regla general cada una de ellas era de peso, longitud y calibre distinto. Y como con mucha frecuencia servían las naves mercantes para la guerra, se abrían en aquellas algunas portas más formando una segunda cubierta. Los encabalgamientos general-

(1) «Ya sabéis, señor, que todas las naos grandes y pequeñas, qualesquier que fuesen, son compuestas de muchas tablas y diversos palos juntos con fuerza de clavos, estopa y brea, y quantas mas tablas y madera se gasta, y los demás materiales que para ella son necesarios, tanto mayor se hace la nao y de mayor buque y tamaño, y quantos menos, más pequeña, lo cual es como si se juntase un haz de madera donde hubiese cient piezas de tabla, y lo atasen, clavasen y fiasen todo lo mejor que ser pudiese, y despues se hiciese otro lío con diez tantos, tablas y madera, y así mesmo lo atasen y clavasen...»

«...Está verificado que las mejores naos que antiguamente se solían hacer, en lo mas general era en el canal de Bilbao, que es en la provincia de Vizcaya, aunque creo que esto esta ya algo estragado, porque como alli lo han tomado por oficio y granjeria, y las hacen, no para navegar ellos en ellas sino con intento de tornarlas luego á vender para esta navegación en los mares occidentales, suélenlas hacer algunas veces flacas y febles, sin respectar en ello lo que deben, pero con todo esto no se puede negar que los mejores maestros y aderezos de madera, clavazon, brea y cañamo que hay para esta fabrica de navios ordinarios es en Vizcaya y sus comarcas, y en lo mas general alli les dan la mejor traza, quenta y medida que pueden tener para mejor y con menos riesgo y peligro poder navegar, aunque las naos y galeones que en Lisboa se labran para sus navegaciones y armadas son en todo mas fuertes que otras ningunas como sus efectos requieren.» *Itinerario de navegacion de los mares y tierras occidentales, compuesto por el capitan Juan de Escalante de Mendoza, 1575.*

«Es de saber que á las medidas de los bajeles que navegaron entre los nuestros hasta los años de [illegible], llamaron los practicos de aquel tiempo *Tres, Dos y As*, y formaban de esta manera sobre 30 codos de largo ó quilla, 15 de ancho ó manga, y 10 de profundidad ó puntal, y secundariamente se les daba 5 de plan y 45 de eslora.» *Discurso sobre la construccion naval comparada, segun las varias ordenanzas escrito, al parecer, por el general D. Jacinto Antonio Echevarri en 1673.*

mente usados eran de dos ruedas y de ellos se ha dado idea en los grabados de las páginas 105 y 146. Las piezas menudas se colocaban generalmente en los alcázares, los pedreros grandes de ordinario al lado del palo mayor; la restante artillería de mediano calibre se distribuía en los dos puentes. Como complemento á estas noticias pueden consultarse alguna de las relaciones que hemos dado á conocer y las dos que aquí se ponen por nota (1) pertenecientes á los años 1586 y 1587.

La dotación de los galeones de la Armada Real del Oceano se componía de 1 capitán, 2 maestres (uno de jarcias y otro de raciones), 1 piloto y 1 acompañado, 1 contramestre, 1 guardián, 1 capellán, 1 cirujano, 1 despensero, 1 alguacil de agua, 1 escribano de raciones, 2 carpinteros, 2 calafates, 1 buzo, 1 trompeta, 1 armero, 8 pajes, 15 grumetes, 29 artilleros y 28 marineros. El número de estos se fijaba en 16 por tonelada en todos los galeones, excepto en la capitana y almirante que eran 18. Las pagas mensuales eran las siguientes:

Capitán de mar. . . .	25	escudos
Maestre de jarcia. . . .	20	»
Maestre de raciones. . . .	20	»
Piloto.	20	»
Capellán.	12	»
Contramaestre.. . . .	15	»
Guardián.	11	»
Cirujano.	8	»
Despensero	6	»
Alguacil de agua. . . .	6	»
Escribano de raciones. . .	6	»
Carpintero..	6	»
Buzo.	8	»
Trompeta.	6	»
Artillero.	6	»
Condestable.	8	»
Marinero.	4	»
Grumete.	3	»
Paje.	2	»

(1) *RELACIÓN de la artillería que llevan la Capitana y Almiranta de la flota de Tierra-Firme.*

CAPITANA

Dos medias culebrinas de bronce, de 36 qs. cada una, que se tomaron de una nave levantilla.
Diez medios cañones de 28 qs.
Dos medios cañones pedreros de 8 á 10 qs.
Otros dos pedreros de 8 á 10 qs.
Cinco sacres de 14 á 15 qs.
Tres falcones de á 10 qs.
Cinco piezas de diferentes suertes, de 15 á 19 qs
Son veinte y nueve piezas que lleva la dicha Capitana.

ALMIRANTA

Dos medias culebrinas de á 32 qs., que prestó el duque de Medina.
Tres piezas de diferentes suertes, que prestó la ciudad de Cádiz, de 8 á 10 qs.
Dos medios cañones de 20 qs. cada uno.
Un medio cañón pedrero de 8 qs.
Tres medios sacres de 14 á 15 qs.
Dos falconetes de 6 á 8 qs.
Un sacre de 8 á 10 qs.
Seis medios cañones pedreros de 12 á 13 qs.
Son veinte piezas de bronce las que lleva la dicha Almiranta.

RELACIÓN de las piezas de artillería de bronce y fierro colado que cada nao tiene, de las quince que aparejaron en Cádiz y St. Lúcar, por mandado de S. M., en 21 de Junio de 1587.

La nao Capitana, de Miguel Oquendo, 50 piezas de bronce.
La nao Almiranta, *La Gallega*, 40 piezas de bronce.
La nao de Estéban de Soberanís, tiene 28 piezas, las 4 de bronce y las 24 de fierro colado.
La nao de Rafael Bogin tiene 18 piezas, de fierro colado.
La nao de Tomé Cano tiene 14 piezas las 3 de bronce y las 11 de fierro colado.
La nao de Nicolás de Rodas tiene 14 piezas, la 5 de bronce, 2 de cuchara y 3 de cámara y las 9 de fierro colado.
La nao de Gregorio Monte tiene 16 piezas, las 6 de bronce y las 10 de fierro colado.

Ya hemos dado cuenta de los grandes armamentos hechos en este periodo. Su resultado fué funesto para nuestra patria, pues para organizarlos embargáronse todas las naos disponibles, con grave detrimento del comercio, siendo lo más triste que el erario no alcanzara á indemnizar á sus propietarios de las pérdidas, y la consecuencia inmediata la paralización de los trabajos en los astilleros, y la emigración de los obreros que en ellos se empleaban. El Rey quiso remediar estos daños aumentando en una tercia el *emprèstido* (1) y dando otras ventajas á los constructores, entre ellas la confirmación de la exención de las alcabalas á los que fabricasen naves de 200 toneladas, y á los que labraran maderas, cáñamo, tiros y anclas para las naos, cuya exención les había sido hecha en 1573. Estas [fueron las últimas medidas dictadas por Felipe II con objeto de levantar de su postración á la marina.

Los bajeles empleados en la segunda mitad del siglo XVI eran los navíos, naos, galeras, galeazas, galeotas, galeones, galeoncetes, galízabras, carabelas, carabelones, fragatas, filipotes, filibotes, bergantines, saetías, barcos luengos, pataches, zabras, pinazas y escorchapines, la mayor parte de los cuales hemos ya descrito. Sosteníanse cinco escuadras, y eran las de España, Nápoles, Cerdeña, Génova, y por algún tiempo la de Portugal. Con la agregación de este reino que tenía propias más de cuatrocientas naos de alto bordo y mil quinientas carabelas y carabelones, pudiera decirse que aumentó el poder naval de España, si no hubiera traído consigno las atenciones de la India Oriental; y el Rey, además de acudir á los embargos para organizar sus flotas, tuvo que apelar á la contrata de urcas holandesas para la carrera de Indias, y naves levantiscas, genovesas, venecianas, arragucesas, croatas é ilirias, con cuyos propietarios firmábanse asientos hasta de doce navíos. Además, pesaban sobre el monarca español las obligaciones de la flota de Indias, pues á consecuencia de las agresiones y robos de los corsarios, se hizo necesario organizar escuadras de escolta para proteger los galeones que transportaban los productos de aquellas colonias. Componíase esta armada, según lo prevenido en 1552, de cuatro galeones de 250 á 300 toneladas y dos carabelas de 80 á 100. Además se formó una escuadra á costa del Rey, en Santo Domingo, para guardar aquellas costas, y otra en el Cabo de San Vicente, en España, para proteger la recalada. En el mar Pacífico otras flotas llevaban la plata desde el Perú á Panamá y en retorno mercaderías, negros y materiales de construcción. Ninguna nave podía hacer suelta la travesía y todas debían estar artilladas y aforadas, con arreglo á las Ordenanzas. No podían hacerse á la mar las que fuesen menores de cien toneladas, ni las flotas que sumaran menos de diez naos (2). El convoy se dividía en flotas que tomaban los nombres de su respectivo destino y estaba mandado por un general que montaba la nao capitana y tenía un segundo ó almirante, cuya nao se designaba la almiranta. Mandaban los galeones capitanes de mar y guerra, los guarnecía soldados del Tercio llamado de los Galeones, de cuyo buen servicio cuidaba el gobernador. Además figuraba en la flota un veedor general y otros particulares, contadores, maestros de la plata y un capellán. «La distinta clase y marcha de las naos mercantes, dice

La nao de Martín de Victoria tiene 26 piezas, las 10 de bronce y las 16 de fierro.
La nao de Zurnes de Cizarde tiene 21 piezas las 14 de bronce y las 7 de fierro.
La nao de Andrés Felipe tiene 23 piezas, las 11 de bronce y las 9 de fierro colado
La nao de Bermudo Paz tiene 13 piezas, las 3 de bronce y las 10 de fierro colado.
La nao de Pedro Retana tiene 16 piezas, las 5 de bronce y las 11 de fierro colado.
La nao de Aparicio de Arteaga tiene 21 piezas, las 8 de bronce y las 13 de fierro colado
La nao de Pedro Fernández de Soto tiene 25 piezas, las 7 de bronce y las 18 de fierro colado
La nao de Pedro de Merás tiene 22 piezas, las 6 de bronce y las 16 de fierro.

(1) Real cédula de 25 Febrero de 1597, fechada en Madrid

(2) «La casa de Contratación disponía dos expediciones principales que salían invariablemente del río de Sevilla: la una llamada Flota de Nueva España, destinada á las Antillas y golfo de Mejico: la otra, denominada de Tierra Firme, á Cartagena de Indias. Navegaban unidas hasta el mar de las Antillas; la primera destacaba entonces las naos que habían de ir á Puerto Rico y Santo Domingo, tocaba en la Habana y seguía hasta Veracruz, donde hacía la descarga y carga nueva, reponía los víveres y volvía á la Habana para unirse á la otra antes de emprender el regreso. La segunda navegaba desde Santo Domingo á Cartagena y Portobelo, para recoger los envíos del Perú y de Chile, remitidos á través del istmo de Panamá y por el río Chagrés, pasaba á la Habana y verificada la unión con la Flota de Nueva España, desembocaban juntas por el canal nuevo de Bahama

»Una y otra tenían buques ligeros llamados *naos de aviso*, que se situaban en crucero en los puntos convenientes para saber con anticipación la presencia de las escuadras enemigas, y á más eran esperadas al regreso, en las inmediaciones de las islas Azores, por la *Armada de la guarda de la carrera de Indias*, compuesta en totalidad de galeones de guerra mandados por experto general.» Duro *Disquisición IX*.

el señor Fernández Duro, su número á veces muy crecido, la mala disposición del aparejo y excesiva carga, hacían largos y enojosos los viajes, en que todos los buques tenían que sujetarse á la marcha del más pesado. La carga misma embarazaba las condiciones militares de los de guerra, que eran atacados con frecuencia por bajeles expresamente construídos y armados para robar, según la expresión del general Iñigo de Artieta, y en el combate ó temporal tenían que acudir á cada paso al auxilio de los mercantes del convoy, que chocaban unos con otros á cada momento ó desarbolaban sus palos, cuando no se iban á pique por falta de bombas para achicar.»

Si extensos eran nuestros dominios, no eran, como se ve, escasas nuestras atenciones, y por lo lejano de los más productivos, y lo díficultoso de las travesías, grandes los azares y peligros de la navegación. Dadas estas circunstancias, la fragilidad de los bajeles y la poca pericia de los capitanes, se comprenden las enormes pérdidas que sufrieron las flotas españolas en este y en los siguientes reinados, y sobre todo, el inmenso gasto que ocasionaba al entretenimiento de las armadas. Sentimos que los estrechos límites de esta obra nos impidan trazar un cuadro más completo, pues no deja de ser esta la parte más notable de un reinado célebre por grandes campañas y no menos famoso por sus grandes y no siempre afortunadas expediciones marítimas. Pero la circunstancia de no ser nuestra obra destinada á este ramo, que tocamos sólo de paso, nos obliga á ser, muy á nuestro pesar, por extremo lacónicos. Y dada ya una idea general del estado de nuestra marina, digamos algo de la guarnición de los bajeles, puesto que ya es materia de nuestra incumbencia.

Según un diálogo manuscrito de la época, de las 100 plazas que tocaban á un galeón existían 20 de artilleros, al mando de un condestable, y se acostumbraba en la armada, destinar á cada bajel una compañía de 125 infantes, inclusos su capitán, alférez, sargento, pífano y tambores. Su sueldo era el siguiente:

Un capitán de infantería, y si de mar, también gobierna lo uno y lo otro, con sólo 40 escudos cada mes.	440
Un alférez, 15 escudos.	150
Un sargento, 11 escudos.	110
Dos tambores, con 6 escudos cada uno.	120
Un pífano, con 6 escudos.	60
Un abanderado, con 4 escudos.	40
Un cabo de escuadra que llaman de Guzmanes, ó de la escuadra del capitán, con 90.	90
Cuatro cabos de escuadra ordinarios, con 8 escudos cada uno; no puede haber más de cinco cabos de escuadra, porque ha de tener 25 soldados cada una, y la del capitán 15.	320
Quince aventajados de á 2 escudos, de los 30 que reparte el capitán, dando á cada uno 2 escudos, que gozan de sueldo á 6 al mes y sirven con picas, hacen 90 escudos.	900
Cincuenta y cuatro arcabuceros, con 4 escudos cada uno, hacen.	2,160
Cuarenta mosqueteros, que es la tercia parte de 120 soldados, que es lo que se permite á este género, a 6 escudos.	2.400
	6,790

Otro diálogo, manuscrito también de la época, especifica las obligaciones del capitán de infantería, sus oficiales y soldados, «desde que embarcan hasta que vuelven;» y además los de toda la tripulación, desde el capitán hasta el paje, los del condestable y artilleros. No especificamos aquí estas obligaciones por su mucha extensión, pero creemos oportuno dar á conocer el siguiente párrafo relativo al combate, que figura en las del capitán de infantería:

«Llegada la ocasión de la pelea, guarnecerá su galeón con la infantería, poniendo en la proa la gente de más importancia; pero cubriéndola con pavesada de cables viejos, que por lo menos no los ofenda mosquete; por ser aquella parte la más ocasionada y peligrosa; nombrando un cabo, lo mismo en la medianía, alcázar y popa; y si hubiera mucha gente, puede reservar la tercia parte de ella, para si el enemigo le matase alguna salgan de refresco; y si peleare con un navío, que es fuerza venga por un lado, acabando de disparar los que estuviesen en él, pasarán

al otro á cargar, y los otros á la parte del enemigo á disparar, y consecutivamente entrando y saliendo, con que se hará mayor daño. La mitad de los mosqueteros han de pelear con balas enramadas, disparándolas por alto a los aparejos para echarles las velas abajo, y la otra mitad con balas rasas a las portas de la artillería para que no dejen jugar la artillería, con que el enemigo no hará tanto daño con ella. Hánse de señalar dos reformados ó personas de toda satisfacción para que asistan a la cubierta de la artillería para que la manejen con presteza; hánse de nombrar dos soldados de los de más experiencia y satisfacción para que asistan en el pañol á la pólvora, parte tan peligrosa, para que no consientan bajar con lumbre ni cuerdas encendidas, y que los que estuviesen con ellos, les hagan llevar frascos y á ratos cartuchos, y los lleven á boca de escotilla para que de allí se lleven a la parte que fuere menester. Hacer llenar tinas con agua salada, y en algunas de ellas, pendiente a la parte de dentro, muchos cabos de cuerda para que el soldado que se le apague la suya acuda por otra; que se pongan algunos capotes viejos en las tinas por-si se pegase fuego en alguna parte del navío acudir á apagallo. Sembrar por todas las cubiertas cantidad de arena, que para este efecto se han de llevar cuatro picas, porque las alcancías ó granadas de fuego que el enemigo echase en ella no peguen. Nombrar algunas personas con su cabo para que salten en el enemigo, la tercia parte con arcabuces, tercia parte con chuzos, tercia parte con espadas y rodelas. Su alojamiento de este capitán será en la cámara, advirtiendo que si fuese embarcado en este galeón algún general ó almirante, no le toca ir sino debajo del alcázar; pero de otra manera es suya la mitad de la cámara, y la otra mitad del capitán de mar. Y adviértase que si fuesen embarcados más capitanes de infantería con sus compañías, les toca á todos alojar en la cámara y al capitán de mar también. Esto se estila en la armada, y en competencia se ha declarado así en tiempo de don Luis Faxardo. Ningún capitán, por casos que se ofrezcan, debe dejar su galeón para pasar al de su enemigo, si ya no se va al fondo el suyo por algún balazo irremediable, que entonces pasará de golpe con su gente y armas al enemigo, procurando hacerse señor dél, como ha sucedido alguna vez.»

La guarnición, así de las galeras como de las naos y navíos, diéronla en un principio los Tercios Viejos y más tarde tercios con organización especial destinados exclusivamente á los buques, si bien en críticas circunstancias se les empleó en todo servicio. Entre aquellos antiguos tercios, se cuentan los de Sicilia, Nápoles, Lombardía, Portugal y otros, y entre los modernos el *Tercio viejo de la Armada*, el del *Mar de Nápoles* y el de *la Armada del mar Océano* (1), creados en 1567, 1566 y 1572 y otros contemporáneos con distintos nombres. El primero por su abolengo y gloriosa historia fué el *de Sicilia*, cuya vida militar se inaugura en 1533 en la conquista de la Goleta, y en cuya historia se registran los nombres de Marsella, la segunda expedición de Argel, la reconquista de la Goleta, los Gelves, Malta, Amberes, las Alpujarras, Lepanto, la *Invencible* y otros no menos gloriosos pertenecientes á los dos siglos; pero no fueron menos brillantes los títulos con que se honraron otros de estos tercios, que á manera de los legionarios romanos, así combatieron en la mar como en tierra firme, reportando en una y otra gran copia de laureles.

Tiempo es ya de que pongamos punto á estas noticias, pero antes de verificarlo justo será que consagremos un recuerdo á los insignes navegantes que durante este reinado descubrieron nuevas tierras y surcaron las soledades del Pacífico para conquistar ricos florones á la corona española.

Al expirar el reinado de Carlos el pabellón español ha ondeado ya desde las costas de Nueva España, hasta el estrecho á que dió nombre Magallanes, y desde las costas del Perú hasta las islas del archipiélago filipino. Ruiz López de Villalobos arriba en 1542 á las islas del archipiélago que llamó del Coral, pasa á lo que dió el nombre de Cesárea Caroli y seguidamente al grupo de las que tituló Filipinas; Juan de Ladrilleros reconoce, en 1558, el estrecho de Magallanes; Miguel López de Legaspi llega en 1565 á las islas de los Ladrones, Leyte y Zebú, la última de las que ha de tomar á viva fuerza; reduce á nuestro dominio la de Macbate, ocupa á Manila en 1571 y funda en Vigan la colonia Fernandina; Pedro Fernández emprende en 1576 un viaje por el Pacífico y descubre la isla que lleva su nombre; Alvaro de Mendaña sale del puerto del Callao de Lima hacia Occidente, descubre las islas Isabela y Estrella, y el archipiélago á que llamó islas de Salomón, al E. de la Nueva Guinea; Sarmiento, encargado de castigar al corsario Drake, sale del Callao en 1579 con dos navíos dirigiendo su rumbo al Sur; toma posesión de la isla Santísima Trinidad, des-

(1) A este tercio perteneció *Miguel de Cervantes Saavedra*, quien en 1570 sentó plaza en la compañía de D. Diego de Urbina, perteneciente, según Navarrete, al tercio de D. Miguel de Moncada. Como no figura este entre los jefes de los tercios existentes á la sazón, opina el Sr. Duro que Moncada mandaría una de las partes en que se fraccionó aquel tercio, gobernado por D. Lope de Figueroa. Lo que sí consta de un modo positivo, es que Cervantes militó á las órdenes de D. Lope, jefe del *Tercio de la Armada del mar Océano*, como soldado aventajado desde 29 de Abril de 1572, hasta que dejó el servicio.

cubre otras en el Estrecho, y después de poner en fuga á dos navíos corsarios al dirigirse á las islas de Cabo Verde, y sufrir grandes penalidades, arriba al cabo de San Vicente en España en 1580. Más poco afortunado en su segunda expedición con Flores Valdés en 1585, llega con muchos contratiempos al Estrecho, donde funda las ciudades de Nombre de Dios y D. Felipe: una tormenta le obliga á dirigirse al Brasil y los pobladores que deja en las nuevas fundaciones se extinguen por el rigor del clima, la peste y el hambre. En tanto el heróico Labazarris, que sucedió á Legaspi en el gobierno de Manila, la defiende de la armada de un pirata chino; Sade conquista la isla de Camarines, reconoce la de Borneo, sujeta la Joló y establece el comercio con la de Mindanao; y Ronquillo, que le sucede, funda Nueva Arévalo en la isla de Panay, arroja de la de Luzón á un pirata japonés y levanta á Nueva Segovia. En Junio de 1595 se verifica el segundo viaje de Mendaña, quien, partiendo del Callao de Lima, descubre la Magdalena, San Pedro, la Dominica y Santa Cristina, las tres últimas junto á las Marquesas; las islas de San Bernardo, la Solitaria, Santa Cruz, donde después de sufrir terribles privaciones sucumbe el ilustre descubridor. Su heróica esposa prosigue en compañía de Quirós los descubrimientos, y después de reconocer algunas islas, llega á Filipinas, desde de donde regresa á Méjico. Con este viaje, con los efectuados por el capitán Fernández de Quirós para descubrir, reconocer y poblar las islas del mar Pacífico, en las regiones situadas en los grados intertropicales y las del archipiélago filipino, y por último, con la importante expedición de Vizcaíno, en 1596, para reconocer las Californias y las costas del cabo Mendocino, puede decirse que se cierra la larga serie de los efectuados en este periodo.

Pero los españoles no sólo tuvieron que atender á las conquistas, sino á asegurar lo conquistado. Atraídos por la fama de los tesoros que la India encerraba, los ingleses, franceses y holandeses trataron de sacar partido de nuestros descubrimientos y de nuestros apuros. Hawkins, Drake, Oxnam, Cavendisch, Guateral, Oliverio Noort, devastaron nuestras posesiones, y con ellos multiplicáronse los feroces corsarios y ladrones de mar que robaron nuestros bajeles ó sorprendieron nuestras factorías. La historia de estas expediciones piráticas, comenzando por las de Hawkins y Drake, en 1568, ofrece páginas muy tristes para España. Buscaron algunos, como Drake, Cavendish y Oliverio Noort, paso por el escrecho de Magallanes y así por la costa oriental como por la occidental, señalaron su paso con sangrientas huellas.

Hasta el cabo Mendocino llevó el primero sus naves, y sorprendiendo las descuidadas poblaciones, y cazando á nuestros bajeles, hizo soberbias presas que debían valerle honoríficas recompensas y pingües ganancias. No le fueron en zaga sus imitadores y España vió desde entonces mermados sus ingresos en cantidades exorbitantes. El desgraciado éxito de las naves destinadas á dar caza á nuestros corsarios, y la dificultad de resguardar de imprevistos ataques tan dilatada costa dió alas á los corsarios; la viciosa organización del servicio marítimo y el atraso de la arquitectura naval, contribuyó á fomentar la piratería, y como las medidas adoptadas por España no alcanzasen á remediar tan grandes daños, nuestro comercio y nuestra riqueza tocaron el triste resultado en el reinado de Felipe y en el de sus sucesores (1).

(1) «Desde el año de 1574 hasta el reinado de Felipe V, se despacharon de España 45 armadas, de las cuales 42 trajeron á nuestros puertos unos 30 millones de pesos cada una, que en junto, y contando en ese tiempo con la cifra aproximada de 300 millones conducidos por las flotas de Nueva España, y los registro sueltos, dan una suma de más de 1,600 millones de duros; y desde 1714, en los ventiseis años de los treinta á que extendió la concesión del tratado de Utrech, siendo el producto ordinario de aquellos reinos unos 15 millones cada año, entre el Perú, el nuevo Reino y la Nueva España, apenas la cuarta parte de este tesoro llegó á nuestro poder. Tanto fué así, que los ingresos de Cádiz, calculados anualmente en 12 millones de pesetas, se redujeron á 3; y se prueba en que de los 286 millones que los galeones habian de haber traído de las Ferias de Tierra-Firme en los veintiseis años, sólo entraron en España 62, yendo á parar los 224 millones restantes á los puertos de Inglaterra llevados por el Navío de permiso y los que á su sombra navegaban. Sumando estos millones con los extraídos de la Nueva España en el mismo tiempo, hacen subir la cifra de los 224 á más de 300 millones de duros, que si se agregaran á los usurpados por Drake, Cavendish, Morgan y los innumerables piratas que nos saquearon durante dos siglos, haría ascender á algunos miles de millones de pesetas la cifra en que los ingleses mermaron nuestra riqueza, con las extracciones legales, ilegales y violentas que emplearon para engrandecerse al debilitarles.» Zaragoza: *Piraterías y agresiones de los ingleses y otros pueblos de Europa en la América española desde el siglo* XVI *al* XVIII, págs. 93 y 94



En la guerra es cosa lícita y acostumbrada usar de ardides y estratagemas para vencer al enemigo.

La diligencia es madre de la ventura, pero en ninguna cosa se muestra mas esta verdad que en las de la guerra, adonde la celeridad y presteza previene los designios del enemigo y alcanza la victoria antes que el contrario se ponga en defensa.

Tanto alcanza de fama un buen soldado cuanto tiene de obediencia á sus capitanes y á los que mandarle pueden.

Las cosas que se intentan por Dios y por el mundo [illegible] son aquellas de los valerosos soldados, que apenas ven en el contrario muro abierto tanto espacio, cuanto es el que puede hacer una redonda bala de artillería, cuando, puesto aparte todo temor, sin hacer discurso ni advertir el manifiesto peligro que les amenaza, llevados en vuelo de las alas del deseo de volver por su fe, por su nación y por su rey, se arrojan intrépidamente por la mitad de mil contrapuestas muertes que les esperan.

No hay otra cosa en la tierra mas honrada ni de mas provecho que servir á Dios primeramente, y luego á su rey y señor natural, especialmente en el ejercicio de las armas, por las cuales se alcanzan, si no mas riquezas, á lo menos mas honra que por las letras, como yo tengo dicho muchas veces; que puesto que han fundado mas mayorazgos las letras que las armas, todavía llevan un no sé qué los de las armas á los de las letras, con un sí sé qué de esplendor que se halla en ellos, que les aventaja á todos.

Si mis heridas no resplandecen en los ojos de quien las mira, son estimadas á lo menos en la estimación de los que saben dónde se cobraron; que el soldado mas bien parece muerto en la batalla que libre en la fuga; y es esto en mí de manera, que si ahora me propusieran y facilitaran un imposible, quisiera antes haberme hallado en aquella facción prodigiosa que sano ahora de mis heridas sin haberme hallado en ella. Las que el soldado muestra en el rostro y en los pechos, estrellas son que guían á los demás al Cielo de la honra y al de desear la justa alabanza.

Dos caminos hay, hijos, por donde pueden ir los hombres á llegar á ser ricos y honrados: el uno es el de las letras, el otro el de las armas.

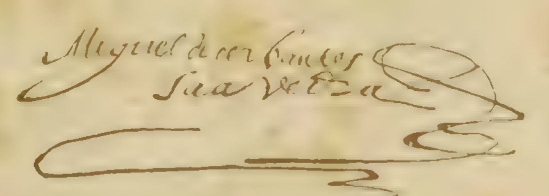
Mas quiero tener por amo y por señor al Rey y servirle en la guerra que no a un pelón en la corte.

Es escuela la soldadesca donde el mezquino se hace franco, y el franco pródigo; y si algunos soldados se hallan miserables, son como monstruos que raras veces se ven.

Ahora no hay que dudar sino que este arte y ejercicio excede á todas aquellas que los hombres inventaron, y tanto mas se ha de tener en estima cuanto á mas peligros está sujeto.

Qué temor de necesidad y pobreza puede llegar ni fatigar al estudiante, que llegue al que tiene un soldado, que hallándose cercado en alguna fuerza, y estando de posta ó guarda en algún revellín ó caballero, siente que los enemigos están minando hacia la parte donde él está, y no puede apartarse de allí por ningún caso, ni huir el peligro que de tan cerca le amenaza.

Ya que la guerra no da muchas riquezas, suele dar mucho valor y fama.



Las heridas que se reciben en las batallas antes dan honra que la quitan.

La milicia es la ciencia que las abarca todas.

Nunca la lanza embotó la pluma, ni la pluma la lanza.



IV

El feliz maridaje que existió durante el siglo XVI entre las armas y las letras, y que produjo frutos tan excelentes, bien se comprende que debió resultar fecundo para un ramo especial de literatura, poco considerado hasta aquí, pero que bien merece figurar entre los que constituyen la cultura intelectual de un país. Nos referimos á la literatura militar.


Pica ornamentada

Cuando nuestras armas alcanzaban triunfos tan señalados y nuestro idioma llegaba á la meta de su perfección, no era posible que permaneciese ociosa la pluma para narrar aquellos portentosos hechos. Y perteneciendo buena parte de nuestros escritores á la milicia, justo parece que las obras consagradas á ella no escasearon en este periodo. No es, pues, de extrañar que figuren en buen número junto á las ascéticas, morales, y puramente literarias; y que ocupen preferente lugar entre las del llamado *siglo de oro*. «Los señalados capitanes y célebres guerreros, dice Capmany, que supieron suavizar la aspereza de la milicia con el deleite de las letras, casi todos han merecido un distinguido lugar, si ya no el primero entre los escritores de la nación... Podríamos decir que en el teatro de la guerra debe el continuo espectáculo de objetos nuevos, raros, grandes y terribles comunicar viveza y grandiosidad á la expresión; la tolerancia de los trabajos y familiaridad con los peligros, valentía y solidez á los pensamientos, y el conocimiento de países y gentes diversas, junto con la experiencia práctica de las pasiones y astucias, verdad y profundidad á las sentencias. Todas estas cualidades, brillan realmente en nuestros escritores militares, y con especialidad en nuestros narradores, analistas é historiadores; pero adviértese además en ellos, el sello que caracteriza á los de esta índole y periodo, gran similitud de pensamientos y de giros, no poca identidad en el fondo y en la forma, cierta semblanza ó aire de familia en el modo de sentir, pensar y expresar los conceptos. La instrucción que se daba en nuestras escuelas, basada en el estudio de los clásicos, el estado de la lengua, no menos que la grandeza do los sucesos, cuando no, como dice Ticknor, la altivez y gravedad castellanas, debían influir poderosamente en los ingenios naturalmente dispuestos, entusiastas por todo lo maravilloso, amantes de su patria, orgullosos de su bandera, y por añadidura persuadidos que al combatir por el Rey combatían por su Dios: causas todas estas poderosísimas para que tomara vuelos la imaginación, remontándose y llegando á producir mágicos acentos de militar elocuencia.

No todos nuestros historiadores, analistas y escritores didácticos escribieron teniendo en cuenta la crítica literaria, y de aquí, que algunas de sus obras destinadas casi exclusivamente á sus compañeros de armas redactadas sin retórico artificio, resulten monótonas ó de estilo desigual, si bien todas son ricas en noticias é importantísimas por el caudal que aportan á la historia general; empero, si tal ocurre con Verdugo, Villalobos, Vázquez y Carnero, y otros, no puede decirse otro tanto de Coloma, Mendoza y Hurtado, y de los didácticos Luis Collado, Valdés y Londoño, Alava, Escalante, Lechuga, Scarión, Isaba y Urrea. Es más, aun en personajes de esta época no consagrados á las letras, si bien no ajenos á ellas, échase de ver una elevación de ideas que comunica al estilo asombrosa majestad; pudiendo

citarse como ejemplos la carta dirigida á su hijo por D. Enrique Martín de Padilla, concerniente á los deberes de la profesión militar, y la de Felipe II á D. Juan de Austria, dándole consejos para el cumplimiento de su cometido. La concisión y el vigor del estilo, la nobleza de los pensamientos, la sonoridad de la frase, hé aquí lo que más atractivo comunica á estos escritos.

Por este concepto merece colocarse en preferente lugar D. Carlos de Coloma. Este autor encanta por la facilidad, deleita por la elegancia, atrae por la gravedad y sobre todo por la exactitud y la imparcialidad de su criterio. Su narración es sobria, esmaltada de filosóficos pensamientos militares y políticos; su estilo sostenido y castizo, aunque no exento de lunares; sus juicios, todo lo desapasionados que podía emitirlos un español católico de aquellos tiempos. Si se tiene en cuenta los importantes cargos que desempeñó Coloma en el ejército, la parte activa que tomó en los hechos que relata, y la veracidad que en sus escritos resplandece, comprobada mediante la consulta de otros historiadores de la época, bien se comprenderá con cuanta razón se le ha colocado entre los primeros de este siglo. Se ha dado de este autor una biografía y juicio en la pág. 208, y los fragmentos que de los *Comentarios de las guerras de los Países Bajos* hemos insertado, contribuirán á que se forme idea de su estilo.

No tan elegante en la dicción, ni tan claro en su estilo, si bien no por eso menos sencillo, noble, castizo, é igualmente veraz é imparcial, es el historiador militar D. Bernardino de Mendoza. Sus *Comentarios de lo sucedido en los Países Bajos*, como la primera obra escrita sobre este tema, es ya digna de llamar la atención del que quiera estudiar aquellas guerras; pero si á ello se añade la diligencia del autor en allegar noticias, la exactitud en exponerlas, la importancia que tienen tratándose de un testigo y actor en buena parte de aquellos sucesos, y la prolijidad con que se relatan y aun se juzgan, sube de punto el interés que tienen para el militar. Encierra la obra de Mendoza numerosos detalles técnicos, curiosas y acabadas descripciones que dan idea de los progresos de la milicia, y por ocuparse de las campañas del famoso duque de Alba, merece ser leída y consultada. Por eso se ha dicho de ella que es modelo de lenguaje y ciencia militar.

Dados ya á conocer algunos fragmentos de los *Comentarios* en anteriores ESTUDIOS, haremos mención de la *Teórica y práctica de la guerra*, obra de que ya se habló al hacer la biografía de este escritor, y de cuyo mérito puede juzgarse con decir que se tradujo á varios idiomas y que se reputó por una de las mejores de su tiempo. No desdice su estilo del empleado en los *Comentarios*, ni menos del asunto de la obra; es fruto de madura reflexión y de gran experiencia del autor, y por lo tanto, literaria y militarmente hablando, merece ser conocida. La gran variedad de puntos que abarca, la claridad y buena lógica con que están tratados, la sana crítica que encierra, justifican el aprecio que en su época mereció y da completa idea del nivel que alcanzaron los conocimientos militares en aquellos tiempos. Desgraciadamente es libro rarísimo, y por lo tanto casi desconocido, como sucede con muchos de los didácticos militares de este siglo.

Si, militarmente hablando, Coloma y Mendoza ocupan preferente lugar entre nuestros historiadores especiales, descuella Hurtado de Mendoza por los méritos literarios de su *Guerra de Granada*, no tan completa como la de Mármol, pero digna de figurar preferentemente entre las de sucesos particulares de este periodo. Hurtado de Mendoza es quizás, de nuestros historiadores, el que más se ha esforzado en imitar á los clásicos latinos, en la concisión, el nervio y lo sentencioso del estilo, cualidades que no excluyen la majestad, ni quitan al mismo su viveza. Antes al contrario, le comunican elevación y gravedad, y al par que le dan nobleza, contribuyen á poner más de relieve las ideas del autor. Préstanle realce las sentencias y reflexiones en que abunda, y atractivo extraordinario la rectitud que preside en sus juicios. Quizás un exceso de imitación ha contribuido á la ambigüedad y obscuridad del sentido, defecto que influye en el estilo quitándole fluidez y melodía; esto y las digresiones y repeticiones de palabras en que abunda la obra, son los lunares que la deslucen, pero las magníficas descripciones que encierra, las profundas máximas que la esmal-

tan, la autoridad y discreción de ideas que en ella brillan, la excelente pintura de caracteres, hábitos y propósitos de los caudillos y soldados, y la imparcialidad que en sus páginas resplandecen, de la *Guerra de Granada* una de las joyas de nuestra patria literatura. Léase la introducción al libro primero y vendrá á la memoria el nombre del insigne Tácito, recórranse alguna de las pinturas y discursos que embellecen las páginas de éste y de los restantes libros, y se recordará al elegantísimo Salustio, historiadores á quienes se esforzó en imitar, saliendo no desairado en el empeño. La falta de corrección en el estilo que en este autor se nota, nace en parte de esto mismo, pues nuestro idioma no admite como el latino la omisión de voces copulativas, y lo que creyó Mendoza ganar en vigor y gravedad, perdiólo en claridad y fluidez. «Es el primer historiador español, dice Campany, que supo hermanar la elocuencia y la política: es decir, que supo juntar en una misma obra el arte de escribir bien con el de pensar.»

Hemos citado al historiador Luis de Mármol, y como á soldado que fué del ejército español, no menos que como narrador de sucesos militares, merece que le consagremos un recuerdo. De Mármol, como de muchos historiadores de esta época, no se tienen más noticias que las que el mismo nos procuró en el prólogo de su *Descripción de Africa*. Sirvió al Emperador en la jornada de Túnez y militó por espacio de veintidos años bajo nuestras banderas en Africa, donde padeció siete de cautividad. La circunstancia de hallarse en poder del jerife Mahamate, uno de los conquistadores africanos de más fama, dió ocasión para que visitara las provincias y reinos occidentales de Africa, y los viajes que hizo luego por Berberia y Egipto, unido á su extremada afición á la lectura y al profundo conocimiento que tenia de diversas historias, le indujo á componer la citada obra. En la *Historia de la rebelión* fué más completo que Mendoza, al que superó, si no en arte, en claridad y sencillez. Mármol narra con la fidelidad de un testigo de vista, en lenguaje castizo y con minuciosidad extrema; pero su estilo resulta frío, monótono; en cambio da pruebas de gran erudición y experiencia, y su historia puede considerarse como el complemento de la de Mendoza. Fué comisario y ordenador del ejército, según consta en las portadas de sus libros.

Las guerras de los Países Bajos que habian inspirado obras tan importantes como las de Coloma y Mendoza, dieron lugar á buen número de historias y relaciones militares, que si tienen altísimo valor por los datos que encierran, tampoco carecen de méritos que las hagan dignas de figurar entre las excelentes producciones de este periodo. A este número pertenecen los anales escritos por el capitán Alonso Vázquez, obra de capital de importancia para ilustrar la historia de nuestra dominación en aquellos paises, tanto por el gran número de detalles en que abunda y la exactitud de los hechos que en ella se narran, como por el orden con que se hallan expuestos y la naturalidad y vigor con que están descritos. Titúlase *Los sucesos de Flandes y Francia, del tiempo de Alexandro Farnese, por el capitan Alonso Vazquez, Sargento mayor de la milicia de Jaen y su distrito, escrita en diez y seis libros*,[1] y comienza en 1577, terminando en 1595; por manera que puede colocarse entre las de D. Bernardino de Mendoza, y la de D. Carlos Coloma, pues aquél termina su narración con el gobierno de D. Juan y éste la comienza con el suceso extraordinario de la armada *Invencible*. Como se vé, la de Vázquez llena un vacío de algunos años, periodo en que abundan los sucesos militares de importancia y que por cierto bien merecia ser narrado por pluma tan veraz y diligente como la del capitán, testigo y actor por otra parte en los más de los sucesos que narra.

La obra de Vázquez, dividida como muchas de la época en forma de anales, pertenece al género puramente narrativo, mas la imaginación poderosa del que ha presenciado hechos tan maravillosos, ha sabido darla cierto colorido que anima y abrillanta el cuadro comunicando vigor y majestad al estilo. La dicción fácil y castiza, como puede suponerse, correr á tenor de los sucesos, ora monótona y fría, ya robusta y elocuente; pero siempre ajena al retórico artificio; lo que se comprende tratándose de un hombre que escribe para sus compañeros de armas, y no por alarde de ingenio. Adviértese así mismo en esta obra el sello que generalmente caracteriza á los de esta índole y periodo: la nobleza hermanada á la sencillez,

vigor de expresión y propiedad en la palabra. Aunque su autor no alcance competir con Coloma, ni Hurtado, por el estilo y la elocuencia lo encontramos superior á Bernardino de Mendoza; pero es fuerza reconocer que poseía facultades y conocimientos literarios suficientes para brillar á la altura de los primeros, siendo buena prueba de ello la magnífica introducción de su obra que trae á la memoria la nobleza y elegancia de Salustio; la brillante é interesantísima descripción que hace de los Países Bajos, teatro de hazañosos y nunca bastante ensalzados hechos; los bien compuestos retratos de D. Juan de Austria, Alejandro Farnesio y Francisco Verdugo, así como los vigorosos perfiles de Valdés, Mondragón, Bobadilla, Figueroa, Leiva, Paz y tantos otros dignos de recordanza; la animada narración de batallas, asaltos, esguaze de ríos, hambres, enfermedades y otras miserias: de facciones tan temerarias como la conquista de naves acometidas á nado, la lucha sobre los diques, sobre los pantanos, sobre los ríos helados; y por último las portentosas máquinas é industrias empleadas. Y no se limita Vázquez á narrar: porque también juzga y censura con la discreción de un maestro y la buena fe de un militar honrado, asegurando en la introducción de los *Sucesos* que ni estaba obligado al Príncipe de Parma (de quien escribe más de veinticuatro años después de su muerte), ni este ni otros respetos podrían obligarle á que lisamente y con verdad dejara de escribir lo sucedido en Flandes y Francia. Y el tono en que habla el autor no da lugar á dudas (1).

No menos importantes que la obra de Vázquez, históricamente hablando, aunque ocupen lugar inferior literariamente consideradas, son las dos obras tituladas *Comentarios de las cosas sucedidas en los Países Baxos de Flandes desde el año de 1594 hasta el de 1598*, escrita por Don Diego de Villalobos y Benavides, y *Comentario de la guerra de Frisia*, por D. Francisco Verdugo; narraciones ambas de soldado, en las que se respira el franco vigor de un hombre de guerra, y en que á la falta de aliño suple con creces la exactitud y la animacion de la pintura. Narra Villalobos sucesos en que tomó parte muy activa, y los describe con tal llaneza y naturalidad, que desde luego cautiva el ánimo, aparte del interés que encierra su libro por las curiosísimas noticias históricas é importantes detalles relativos á la parte técnica. El sitio de Amiens, sobre todo, objeto capital de sus Comentarios, está relatado en ellos con minuciosidad y animación, y es merecedor de ser leído por los amantes de nuestra patria historia, no menos que por los hombres técnicos. Allí se retra-

(1) Vázquez tuvo la feliz idea de colocar al final de su obra los datos biográficos de los principales personajes, castellanos, gobernadores y aun soldados particulares que habian militado en Flandes. Allí también figuran los concernientes á él y que juntamente con alguna que otra mención de sus servicios, por cierto no escasos ni poco importantes, pueden servir para redactar su biografía. «El capitán Alonso Vázquez, dice, natural de la ciudad de Toledo, fué hechura de Alejandro, porque le hizo Sargento Mayor de una compañía que estaba sin Capitán, ni Alférez, y tuvo el gobierno de ella hasta que se reformó con las demás del tercio del Maestre de Campo D. Sancho Martínez de Leiva, y estimó en más ser Sargento por su mano, que Capitán por la de otro cualquier general. Después fué Alférez y sirvió en las guerras de Flandes y Francia, á costa de mucha sangre derramada, sin desamparar su bandera, y há qué sirve treinta y nueve años continuos. Fué capitán de picas en la provincia de Bretaña y de arcabuceros en la Armada real del mar Océano, Cabo y Gobernador de todas las compañías que habia en ellas de guarnición, teniéndola á cargo D. Diego Broche o de Anaya. Fué entretenido cerca de la persona del virey de Aragón, y con orden del Rey nuestro Señor gobernó el castillo de Jaca, por ausencia del Maestre de Campo D. Fernando Girón, y después la milicia de la ciudad de Jaén y su provincia. *No escribiré los servicios señalados y particulares que ha hecho en el del Rey católico, por ser parte.*» Cuanto á la época en que escribió su obra, dice en la Introducción: «Muchas veces estuve tentado de no hacerlo por el poco lugar que he tenido en cuarenta años continuos que há que sirvo en la guerra al Rey, nuestro Señor, sin haberme apartado un punto della, ni tampoco tuve intento de ocuparme en esto, aunque me sobrara tiempo, hasta que el año 1610, teniendo el gobierno de la Casa real de la Aljafería de Zaragoza y la gente de guerra que hay en ella, viéndome algunos ratos desocupados, leí los comentarios de la rebelión de Flandes, y otros libros que tratan de aquellas guerras, como el de Rolando, Fratín, Meriteo, Antonio Herrera, en su *Historia general* y el doctor Luis de Barcia en la tercera parte de su *Historia pontifical*; y después acá, en la cuarta del padre Fray Mateo de Guadalajara y Xabierre, en el año primero della, que fué el de 1592, que es el en que yo acabo, escribió tan corto (aunque bien) lo sucedido en mi tiempo, como los demás que van tan de paso en sus escritos, sin hacer memoria de tan famosos sucesos como hubo en aquellas guerras, que me dió ánimo á recoger en la mía, todo lo que ví en Flandes y Francia y sucedió en diez y seis, y de lo que no pude tener noticia he procurado informarme de los amigos de mi tiempo, y valiéndome de algunos papeles de personas fidedignas, pues como he referido no pude estar presente á todo, y lo comencé á escribir; más duróme tan poco el hacerlo, porque el Rey, nuestro Señor, me hizo merced de mandarme le viniese á servir de Sargento mayor de la milicia del reino de Jaén y su provincia, donde para establecerla se me han ofrecido tantas dificultades y ocupaciones, que apenas he podido salir con mi deseo por faltarme el tiempo; y el poco que he tenido, que ha sido en algunos ratos de noche, he escrito estos sucesos, bien temeroso de que no se han de librar de la invidia, que haciendo su oficio con la emulación, enemiga de la virtud, han de dar puerta franca á varios gustos y á diversos pareceres...»

Esto es cuanto hoy sabemos del Capitán Alonso Vázquez; soldado primero de las compañías de Hortigosa y Martínez de Leiva, Sargento con oficios de Capitán después, Alférez, Capitán de picas y de arcabuceros, gobernador de un Castillo y Casa real, y por último Sargento Mayor de la milicia de Jaén y su distrito. Los *Sucesos* comenzados á escribirse en 1610, fueron dedicados al Rey Don Felipe IV en 1624, pues aunque la fecha de la dedicatoria sea el 1614, aun no ocupaba éste el trono y tampoco da lugar á duda la circunstancia de hablar el autor al monarca de su abuelo Felipe II el *Prudente*. Empleó, pues, Vázquez á lo que parece algunos años en escribir estos anales; y si hemos de juzgar por el inmenso trabajo que ellos representan, no nos parecerán excesivos los catorce años que median entre aquellas dos fechas. Lo que sí nos admira es los detalles en que abundan y el esmero que puso el autor al componerlos.

tan nuestro proverbial valor, la incuria de la córte española y la incapacidad del hombre puesto al frente del gobierno de los Paises Bajos. Coloma, que ha seguido fielmente á Villalobos en la narración del sitio, la completa dignamente en lo concerniente al socorro; y de este modo tan magnífica epopeya se ha ilustrado con las relaciones de dos soldados valerosos. Triste luz arrojan ambos sobre aquellos sucesos, pero más triste aún es la que brilla en las páginas del *Comentario* de Verdugo, retrato fiel de nuestras campañas en la remota é ingrata tierra de Frisia, de la desmoralización de nuestro ejército, de la mala fe de los naturales, de la mísera emulación de los cortesanos; vindicación de un capitán leal y esforzado,



[illegible] de [illegible]

que luchando contra estos tres enemigos, se vé abandonado de su gobierno, y que, sin embargo, disputa el terreno á un enemigo cada día más audaz, sin dinero, sin soldados, sin apoyo de ningún género, antes al contrario, combatidos encubiertamente por los que parecen fieles, desobedecido en su campo y desoido en Bruselas, vendido por las autoridades del país, rechazado hasta por las piedras; porque allí, todo se conjura contra los españoles, los hombres y la naturaleza. No se busque, no, en este libro lenguaje galano ni dicción castiza. Su autor es ajeno á uno y otra; pinta las cosas como las ve, sin curarse de la expresión, narra tan desaliñadamente que resulta por regla general oscuro, y la lectura de su obra es en extremo fatigosa. Con dificultad se hará cargo de ella, otro que el que deba consul-

tarla. Mas así y todo, es importante conocerla, y aunque Vázquez, Coloma y otros historiadores, al tratar de los sucesos de Frisia la hayan seguido casi literalmente, nada perderán el militar ni el político en consultarla por los curiosísimos é importantes episodios que encierra.

De Villalobos y de Verdugo hemos dado ya noticias biográficas (1), y esto nos ahorra el entrar en otros detalles. No podemos decir lo propio del contador Antonio Carnero, con frecuencia citado á causa de su obra: *Historia de las guerras civiles en los Estados de Flandes desde el año 1559 hasta el 1609*, pues como muchos escritores de esta época, sólo se sabe de su vida lo que consignó en el prólogo de su libro. «Lo que refiero y escribo desde el principio del año 1585 hasta fin deste (1609), dice, me he hallado yo presente á las más de estas facciones y impresas que se han hecho.» Carnero no alcanza como historiador el nivel de Coloma, Mendoza y Vázquez, pero merece ser consultado, especialmente por lo que concierne al periodo de veinticuatro años á que hace referencia. Otras obras de menos importancia que la suya podríamos citar relativas á estas guerras, lo propio que á las de Italia, Malta y conquista de las Terceras; pero nos concretaremos á hacer mención de la del licenciado Mosquera de Figueroa titulada: *Comentario en breve compendio de la disciplina militar, en que se describe la conquista de las Azores* (1596); de la de San Sebastián, *Guerras de Malta y toma de Rodas* (1599); de la de Alejandro Andrea, *Guerra y campaña de Roma y del reino de Nápoles* (1569), y de la de Ulloa, *Comentario de la guerra del duque de Alba en Flandes* (1569). Testigos presenciales casi todos, narran los sucesos con exactitud y prolijidad, si no con claridad y elegancia. Por último, cerraremos esta serie con una de excepcional mérito publicada en los primeros años de este reinado por Agustín de Zárate, contador real y testigo ocular de los disturbios que produjo la conquista del Perú. Titúlase *Historia de la conquista del Perú* y su autor la dedicó al mismo D. Felipe. Redactada con más detención y profundidad que las anteriores relativas á las conquistas hechas en las Indias occidentales, reune á su exactitud y sensatez, un estilo puro y castizo en grado tan alto, que con razón se la considera como uno de los monumentos históricos más bellos que posee nuestra lengua. Tuvo Zárate, á causa del cargo que ejercía, relación con los principales personajes que figuraron en aquellos importantes sucesos y noticias fidedignas de cuanto allí ocurrió, y á pesar de los peligros que ofrecía trasladarlo al papel, tanto que pudiera costar al escritor la vida, según así lo amenazó Francisco de Carvajal, Zárate realizó su tarea y al regresar á Europa pudo dar á la estampa su libro. Tuvo entonces á su cargo el gobiergo de la hacienda en Flandes y mereció la confianza y estima del Emperador y de su hijo. De su obra se hicieron distintas ediciones y alcanzó la honra de ser trasladada á diferentes lenguas.

La circunstancia de haberse desarrollado la historia nacional en un sentido militar, de ser la guerra la nota predominante en el concierto de la civilización española, hace también que en los historiadores políticos abunden las noticias y consideraciones militares, buena parte de ellas tomadas de nuestros especiales historiadores, cuando no de relaciones, cartas y documentos inéditos. Tal sucede con Cabrera de Córdoba, Herrera, Bavía y Van der Hammen, que por más de un concepto merecen ser consultados. Y si á ellos se añaden las historias coetáneas publicadas en el extranjero por militares y por extraños á la profesión, se podrá formar un cuadro completo de aquellas prolongadas, importantes y poco conocidas guerras (2).

Como la historia, desarrollóse también la literatura didáctica, y produjo buen número de importantes obras. No podía menos de suceder así, desde el instante en que difundidos por la imprenta los conocimientos, entrada la milicia en un periodo de marcada tendencia á una verdadera organización, y notablemente modificado el modo de hacer la guerra, era necesa-

(1) Páginas 304 y 486.

(2) Las obras de Estrada, Bentivoglio, Le Petit, Van Meteren, Juste, Schiller, Quinet, Gachard, Henne, Lothrop-Motley, entre otros, para la guerra de los Países Bajos; las de la Noue, Branthôme, Dávila, de Thou, D' Abigné, Sully, Cheverny, Villeroy, Palma-Cayet y Fery de Guyon para Francia. Aparte del gran número de relaciones publicadas en las colecciones de documentos inéditos de los respectivos países.

rio establecer reglas, crear estatutos para mover ordenadamente la complicada máquina de un ejército. Salieron, pues, á luz diferentes obras relativas á la profesión militar, preponderando las consagradas á la *disciplina*, en el sentido que entonces se daba á esta palabra, y á moral militar; y á la par que los *Discursos*, *Reglas* y *Diálogos* concernientes á la profesión en general, aparecieron otras consagradas á los ramos de artillería y fortificación, aunque no por eso ajenas á los conocimientos generales militares. No todas ellas vieron la luz pública, y de las dadas á la estampa, algunas son por desgracia muy raras. Las de Eguiluz, Valdés, Londoño, Escalante, Scarión, Rojas, Isaba, Collado, Mendoza, Alava, Lechuga, Urrea, merecen preferente lugar, y por este concepto consideramos oportuno dar ligera idea de cada una. En la mayor parte de ellas se compendia las obligaciones de las distintas jerárquías, se da cuenta de la especial organización de aquel ejército, se describen las armas, el modo como se prestaba el servicio en guarnición y en campaña, el arte de escuadronar, y las cualidades que debían adornar á generales, jefes y soldados; todo ello salpicado de máximas, ejemplos, comparaciones más ó menos oportunas, pero en la que se reflejan hidalgos sentimientos y no pocas veces empalagosa erudición, defecto este muy común á los escritores de este periodo. Buen número de estos autores han pagado tributo á la manía de su tiempo adoptando la forma dialogada, y de aquí se ha originado un estilo familiar y lleno de franqueza, como propio de camaradas, aunque no siempre correcto, pero que á pesar de sus lunares cautiva extraordinariamente por la ingenuidad y nobleza que respira. Ejemplo de ello es obra de Eguiluz *Milicia, discurso y regla*, cuyo plan general no se separa del antes consignado, y en la que el lector halla compensado con creces la falta de aliño literario, con la excelencia de la doctrina, el número de los detalles y llaneza del estilo. El veterano vizcaino, que había ascendido á sus pasos contados desde la clase de soldado á la de alférez, era conocedor profundo de los usos y de los abusos de aquella milicia, en la que sirvió con honra, aunque no sin tropiezos, por espacio de veinticuatro años (1). Propúsose dar á conocer cuantas reglas son necesarias para el buen desempeño de las diferentes jerarquías, y en pocas páginas expuso *lo que conviene hacer y guardar en el noble ejercicio de la infantería desde soldado hasta maestre de campo, y de maestre de campo general hasta capitan general*, añadiendo á esto *un breve tratado de artillería y otros muchos avisos importantes en la milicia*. Descuellan en este autor tales sentimientos de bondad, respeto á los superiores y amor á los subordinados, que desde luego hacen admirar su personalidad moral. Hé aquí como trata de las obligaciones del soldado:

«El soldado debe tratar con gente principal y de buen vivir y fama, y será honrado como ellos, y si algún vicio ó mala inclinación tiene, se le quitará, viendo cómo se gobiernan los otros.

»Métasele en la cabeza que ha de ser capitán, aunque no todos lo pueden ser, ni son para ello, pero acertará mejor á gobernarse. Y considerara que nuestros antepasados que han sido capitanes y maestres de campo, no nacieron con los cargos sino con su buen animo, diligencia y bien servir honradamente lo alcanzaron. Y mire que no se case si quiere llegar a este término, porque a la hora que se casa toma carta atrás, como el que juega al chilindrón: porque toda la vida ha de andar afanado, y por cosas ajenas, y no ha de conocer en ellas cosa suya, y no puede llevar marchando la mujer, si bien ha de servir, y renegara diez mil veces cada hora, del mal padecer con tal carga, y la habrá de dejar por fuerza en algún lugar, que no esté bien. Y si tiene poca paga y se carga de hijos, considere cuanta mala ventura padecera, y el peligro que lleva con ella, por las libertades que los soldados dicen marchando. Quién se casa habiendo de andar tras una bandera ó estandarte vivira lacerado.

»En los cuerpos de guardia jamás tenga ningunos cuentos ni diferencias, porque es poco respeto que se tiene al servicio del rey y merece ser castigado de su oficial: y ultra de esto le tendrán por cobarde, porque sabe que allí no le han de dejar reñir.

»Cuando tuviera ocasión que reñir dirá á su contrario, que meta mano á la espada, que este es acto generoso de

(1) Los escasos datos que acerca de Eguiluz poseemos se hallan en el privilegio y dedicatoria de su obra. Por ellos sabemos que á partir de 1554 sirvió veintisiete años en Italia, Malta, Flandes y Portugal, pasando por los grados de soldado, sargento y alferez, y sirviendo en otros destinos *de gobierno* hasta Setiembre de 1580 (en que dedicaba su obra), que se hallaba preso en el castillo de Milan. Ignórase la causa de este tropiezo, pero no es creible fuera la insubordinación, ni otro delito feo. En la aprobación del libro se dice que el autor merece que se le haga merced de lo que suplica, *por sus servicios y entendimiento*. De su fidelidad y amor al Rey son garantía estas palabras: «Como criado de S. M. Católica, he querido no estar ocioso, aunque en prisión, sino servirle en este ejercicio.»

caballería y de soldados honrados de infantería. Lo mejor y más sano es no reñir, pero ya que se ofrezca, hágalo honradamente, y siempre con mucha razón, que es muy buena compañía y valiente, que le ayudará mucho, y sin ella aunque lleve un parapeto delante de sí no va seguro.

»En los alojamientos donde posare, trate bien á sus patronos y mire que nadie le sienta sobre la comida, que es bajeza.

»Ninguna costumbre aparta y deshace (las camaradas) como una costumbre muy necia y villana de porfiar, de lo cual se ha de guardar todo soldado cuerdo y honrado que quisiere conservar amigos, y aunque le parezca que tiene razón, y que su opinión es buena y verdadera debe sujetarse á los más votos.»

Hablando de las obligaciones del capitán, expone las siguientes ideas:

«El capitán ha de tratar bien á sus soldados y hacer que los demás oficiales lo hagan así, porque no hay cosa alguna de que el español reciba más disgusto, ni sienta más que la mala palabra, ultra que es villanía del que la dice, y no le está bien al capitán tener consigo compañeros que no sean honrados; y los soldados de su compañía lo son suyos, y así es su nombre de compañía, que todos son compañeros, y el capitán cabo y caudillo de ellos: y ellos le han de obedecer en todo, como á padre, y como tal no ha de consentir que sean maltratados, ni ultrajarlos, sino honrarlos, que con esto se honra á sí propio. ¿Y si los ultraja él, que ha de ayudarles, quién los honrará? ¿Y si sus oficiales los tratan mal, quién los tratará bien? ¿Y quién ha de hacer por ellos sino sus capitanes y oficiales que son obligados á ello? Y el capitán de infantería española se debería honrar de ser su compañero; porque toda la nobleza española que sirve á su rey, acude en la infantería y estan las compañías llenas de caballeros, y hijosdalgo, y así es justo que el capitán los trate bien.»

Anterior á la obra de Eguiluz, impresa en Amberes en 1595; es la de Sancho Londoño, maestre de campo del tercio de Lombardía, que pasó á Flandes con el duque de Alba y ganó á sus órdenes sangrientos laureles. Titúlase *Discurso sobre la forma de reducir la disciplina militar*, y la dió á la estampa en Bruselas, año 1589. «Retrato fiel y acabado de la milicia española á mediados del siglo XVI,» apellida un autor militar á la obra de Londoño, y en verdad que si se tiene en cuenta el año y las circunstancias en que se escribió, se hallarán muy justificadas tales palabras. La citada obra suplió en parte la falta de reglamentos que existía en el ejército del duque de Alba y originó algunas otras de no menos utilidad, sirviendo á la par de norma para la redacción de nuestras Ordenanzas. Escrita por indicación del Duque, y, como dice su autor, para suplir el vacío que se notaba en la milicia, hubo de condensar Londoño en breves páginas mucha doctrina, y de aquí la concisión de su estilo, en que se reflejan el carácter severo del autor y de su inspirador. La organización de las unidades tácticas, las prerogativas y deberes de las respectivas clases, el sistema de marchar y campar, el armamento, la disciplina, están en ella tratados con la brevedad que exige el tiempo, volumen y necesidad de que se graven los advertimientos en la memoria. Con escasas alteraciones los artículos que redactó Londoño tocante á disciplina fueron trasladados á las Ordenanzas posteriores.

Poco difiere Londoño de los demás escritores didácticos de su tiempo en cuanto el estilo, razón por la cual omitiremos el dar á conocer un fragmento de su obra. En cambio, y por los detalles en que abunda, insertaremos uno de la que en 1591 dió á la estampa en Madrid Francisco Valdés, otro de aquellos veteranos que así manejaban la espada como la pluma, digno émulo de Londoño en valor y en pericia militar, y escritor fácil y correcto, según lo pone de manifiesto en el citado Diálogo. El título de éste es: *Espejo de disciplina militar*, los interlocutores son el mismo autor y Londoño, la escena las márgenes del Rhin. Londoño va satisfaciendo las preguntas del primero en un lenguaje familiar y lleno de atractivos, y de este modo desarrolla multitud de puntos relacionados con la táctica y la disciplina; no obstante, lo esencial de esta obra es cuanto atañe al cargo y obligaciones de Sargento mayor, cargo que había desempeñado Valdés á las órdenes del famoso duque de Alba (1).

(1) Valdés era capitán del célebre tercio de Lombardía que mandaba Sancho de Londoño y en 1567 condujo á Flandes el duque de Alba. En esta guerra se distinguió notablemente, figurando en los hechos de armas más importantes y alcanzando los empleos de sargento mayor y maestre de campo. De resultas de una herida que recibió en el sitio de Mons quedo manco

Hé aquí un interesante párrafo de la misma relativo á la guarda de los campamentos. Habla el maestre de campo Londoño, y dice:

«En el acamparse los ejércitos, suelen muchas veces hacerse trincheras en torno de los cuarteles, para mayor seguridad y fortaleza de los alojamientos: y en tal caso, siempre las compañías que fueren de guardia, han de salir á guardar la trinchera, que es el muro del alojamiento; pero en caso que no haya trinchera, ya os dije arriba que yo no querría que el cuerpo de guardia se alargase de setenta á ochenta pasos lo más largo de la frente de los alojamientos en su plaza de armas: aunque algunas veces se hallan ribazos ó fossos, y vallados tan fuertes, que es bien salgan las guardias hasta allí, aunque estén distantes, por algo más trecho de lo dicho, porque sirven de lo propio que trinchera semejantes reparos; pero no habiendo esto, yo los pondría como he dicho: pues que assí para la seguridad de los cuarteles, como si necesario fuese socorrerlas, están mejor cerca de las compañías que no apartadas. Las centinelas primeras no deben apartarse de los cuerpos de guardia más de treinta passos, y de una á otra ha de haber más distancia de cuanto se puedan alcanzar á ver por oscura que haga la noche; porque siendo el muro del campo las



Yelmo de Alejandro Farnesio, existente en la armería de Munich

centinelas, que sirven de que ninguno pueda entrar ni salir en él sin ser visto, si se pusiesen con demasiada distancia no se conseguiría lo que se pretende, y sería grandíssimo inconveniente, y muy gran defecto de la buena guardia. Estas centinelas, como más principales, deben ponerse dobles, pues (como dice el vulgo) más ven cuatro ojos que dos, y también si les viene sueño ó frío, puede passearse el uno y el otro estar vigilante; y si ven alguna cosa de la cual deben dar aviso á su oficial, va el uno y no queda desamparada la centinela assí que por todas estas causas es necessario, y más seguro serán dobles. Más adelante destas, otros treinta passos, se ponen otras centinelas sencillas, que impropiamente llaman algunos perdidas; las cuales, assí mismo deben estar con la propia distancia puestas que las primeras, con orden que viendo algo se retiren á las postas de las centinelas dobles, y dando aviso de lo que vió, se torne á su lugar sin jamás tocar arma; pero en caso que viesse notable cantidad de infantería ó caballería, debe retirarse á do está la centinela doble, y afirmándose todos tres ser verdad, que veen venir la tal gente, toquen arma; y de otra manera, no; porque muchas veces un hombre solo, ó el miedo, ó a la imaginación le hace parecer poca gente ser mucha; y nunca se ha de tocar arma á un campo sin gran causa. Para remedio de lo cual es de mucha importancia la solicitud y vigilancia de los oficiales de las compañías que fueren de guardia, visitando muy de ordinario las guardias: lo cual, assi mismo, debe de hacer el sargento mayor cada noche á diferentes horas, assi para visitar y ver si se cumple lo que él tiene ordenado, como porque esta será la principal parte para hacer estar vigilantes y con todo cuidado los oficiales y soldados en sus guardias, entendiendo que han de ser visitados de ordinario de su sargento mayor á diferentes tiempos, y reprehendidos y castigados de sus negligencias y errores.»

Obra de no menos importancia que las anteriores, es la *Doctrina militar*, dada á la estampa en Lisboa el año 1598, es decir, en el último año de este reinado, por Bartolomé Scarión de Pavía. Fué éste un soldado español de mucha experiencia y no escasa doctrina, y su tratado merece colocarse en preferente lugar entre los que entonces vieron la luz, no tan sólo por ser de los más completos, como los principios en que está inspirado, la sencillez con que está escrito y la sobria erudición con que se engalana. A juzgar por lo que dice en el prólogo, Scarión había leído muchos autores antiguos y modernos y se había encontrado en muchas empresas militares de la época. Sirvió en mar y tierra como soldado, aventurero y oficial, y el fruto de sus estudios y experiencias fué la *Doctrina militar*, compuesta, á lo que parece en esa edad en que el triste y afligido cuerpo pide consuelos al entendimiento y olvidos al trabajo. Las numerosas citas que del mismo hemos hecho, podrán dar idea de la importancia capital de esta obra en que con suma corrección se describen todas las obligaciones «comenzando del Capitán general hasta el soldado raso, por muy bisoño que sea,» y que ofrece la singularidad de no hacer acopio de las consabidas máximas de Vegesio, Onosandro, Eliano y Frontino.

En aquellos tiempos en que los mitrados ejercían de capitanes generales, nada tiene de extraño que un clérigo, por añadidura inquisidor, diera lecciones de arte militar. A esta clase pertenecía Bernardino de Escalante, hijo de un militar, criado desde la niñez entre las armas, pero que en su edad florida se redujo al oficio más quieto y socorrido del sacerdocio. Escalante se había dedicado á estudios geográficos y era hombre de vasta erudición, así es que su obra rebosa en citas, ejemplos y comparaciones, pero también da perfecta idea del estado militar de su tiempo, y merece, como la de Scarión, ser leída y consultada de cuantos quieran conocer nuestra organización militar en el siglo XVI. Titúlase: *Diálogo del arte militar, de Bernandino de Escalante, Comisario del Santo Oficio de la Inquisición de Sevilla y Beneficiado de la villa de Laredo*, y vió la estampa en Sevilla, el año 1583.

Los autores citados hasta aquí, juntamente con los inventores y escritores de artillería de que ya se habló, ocupan preferente lugar en nuestra literatura didáctica; y por lo mismo merecen especial mención Luis Collado, Alava y Lechuga. Literariamente considerados los diálogos del primero están escritos con facilidad extrema, deleitan por su originalidad y sencillez, y denotan conocimiento del idioma. Aparte las numerosas noticias que contienen, no carecen de gracia algunos de ellos, por la ingenuidad y franqueza que respiran, y entre otros, es curioso el comienzo del examen de los artilleros.

General.—Fué el rezonamiento de ayer tan largo, que nos impidió, Señor Teniente, dar principio al examen de aquel Artillero que con tanta insistencia pide plaza.

Teniente.—Antes, Señor, por lo que oí decir á V. Señoría lo he hecho venir aquí agora para que se comience á examinar aquesta siesta.

General.—¿Ha mandado V. merced venir los Artilleros viejos que al examinar están diputados?

Teniente.—Sí, Señor, ya son venidos.

General.—Pues mándelos V. meced entrar acá dentro y eximirnos hemos de ese cuidado y de la importunidad de ese pobrecillo.

Teniente.—Aquí, señor, están todos

Artilleros.—Besamos las manos de V. Señoría.

General.—Sean bien venidos, hermanos. ¿Page?

Page.—Señor.

General.—Dales asiento. ¿Y pues sois vos, hermano, aquel que pide plaza de Artillero?

Artillero.—Yo soy para servir á Su Majestad y á V. Señoría.

General.—¿Sois Español?

Artillero.—Sí, Señor.

General.—¿De qué parte?

Artillero.—De Trujillo

General.—¿De dónde venís, agora, así maltratado?

Artillero.—Señor, vengo de Escocia.

General.—Largo camino ¿sois de los que se perdieron en la armada (1)?
Artillero.—Sí, Señor, por mi desventura.
General.—¿Teniades plaza en la Artillería?
Artillero.—Sí, Señor.
General.—¿Sois plático en este ejercicio?
Artillero.—Muchos años há que tiro plaza, y en diversas ocasiones me he hallado á servirla.
General.—Mirad bien lo que decís, hermano, porque yo os prometo que habéis llegado á parte á pedirla donde os harán bien sudar el copete.

El general sigue interrogando y el artillero va dándole razón de la nomenclatura artillera, de los libros publicados sobre la materia, es decir, de cuanto concierne á la parte teórica; del buen empleo de su arma, y de otros detalles pertinentes á la práctica y que tienen relación con la artillería. Da el examinando fin á su razonamiento, con este interesante párrafo:

En las empresas donde se hallare el Artillería debe primeramente (el artillero) procurar de ser muy devoto y buen cristiano y después de esto bien quisto de sus compañeros, pacífico y afable con todos, no molesto, no injuriador ni revoltoso, si desea de vivir en paz y tener contento; porque en las facciones del Artillería en muchos modos sus enemigos pueden tomar en él venganza, los cuales no conviene poner por escrito para no dar lición al hombre vengativo y maligno de poder con ellos ofender á su próximo. Y por cuanto es cosa muy ordinaria y que de muchos años acá se usa en la guerra, que en cualquiera facción de la Artillería á los Artilleros se les da ración del comer y beber doblada de aquella que se da á los demás gente de guerra, no deben ser ellos negligentes en pedirla, ni perezosos en cobrarla, y cobrada aquella, guardarla y moderadamente compartirla, de manera que siempre les sobre del de un dia para el otro alguna cosa, porque muchas veces se vé que faltan vituallas en el campo, y al Artillero, ni le es lícito desamparar su pieza, ni menos ir á forrajear ni hacer correrías en la compaña. Ha de advertir aún más, que por cuanto el humo de la pólvora gravemente ofende á quien la trata, antes de ponerse á batir con su pieza procure de haber comido alguna cosa, porque en esta manera conservará su persona sana y podrá durar la fatiga. Y mas que allende de la debida provisión de la comida, hay otra, que no es en semejantes tiempos de menos importancia, y esta es de agua, por cuanto no sólo él goza del refresco de ella, pero aún con ella se adquiere la gracia y benevolencia de algunos señores y capitanes de grande importancia, los cuales después de la batalla ó de alguna grande escaramuza recurren al Artillero para matar la sed y refrescarse del trabajo. Para conservación, pues, de las cosas dichas, hágase hacer el Artillero una arquilla entre los dos tablones de la caja de su pieza con su llave, donde cómodamente podrá conservar todo lo que tiene. Y aun sobre esta arca podrá con un traspontín, estando en campaña, ordenarse de noche su camilla para estar guardado de la humedad de la tierra Y porque supuesto lo arriba dicho quel Artillero no tiene libertad de desamparar el Artillería, ni hallarse en saquear en otra manera, el Artillero cuerdo procure siempre de tener algún dinero sobrado, porque en cualquier saco de tierra, la mejor parte será la suya, y esto por cuanto el soldado no puede ni se le permite ir muy embalijado, cuanto él gana en el saco lo compra por poquísimo precio el Artillería. El qual sobre el carro de su pieza tiene libertad de llevar qualquier cosa. Y quando el Artillero se halla en batería si desea hacerse honra, jamás ha de esperar que lo llamen á hacer lo que le toca, antes él mismo se ha de poner á la fatiga y ofrecerse el primero á ella. Habiéndole, pues, su general ó lugarteniente mandado tirar, ó de día ó de noche algún tiro, no debe traspasar la orden que le será dada en un punto, ni de la pieza, ni del tiempo, antes precisamente hacer lo que fué mandado. Guárdese de disparar pieza sin orden, ni con bala ni sin ella, porque incurre en pena gravísima. Reconozca al alva su pieza y aun de noche con una linternilla, comience á batir antes del día, habida para ello licencia, por cuanto será más alivio de su persona y menos se escalienta la pieza. Si la pieza estara en tierra humida, no se olvide de volver las ruedas lo de bajo arriba, ó meta algunos tablones debajo de la rueda porque no se pudra la madera. Si cuando vá marchando en el verano se le encendiese (como cada hora se vé) fuego dentro el cubo de la rueba, lo que se conosce luego en el humo que sale por el ojo de la loriga, sea diligente en amatarlo con presteza, para lo cual debe siempre llevar provisión de agua y á falta de ella con su misma orilla, y aun con el polvo del camino podrá también amatarlo. Pero para no llegar á este término unte con sebo su carro muy amenudo, porque no solamente salva las ruedas y el eje de no quemarse, pero aun aligera el paso á los caballos ó bueyes maravillosamente. Y para el efecto de untar dicho y sacar fácilmente las ruedas de su carro, el martine es instrumento aptísimo para este efecto, y le servirá mejor que otro alguno Si yendo en armada le converná hacer alguna labor de fuegos artificiales para la empresa, demande licencia para saltar en tierra á librarlos, pero no sea lejos de los navíos por el peligro que resulta de ellos. Y por cuanto así como al buen escribano le será torpe cosa el ir á buscar otro que le corte la pluma, así cosa fea es que el artillero no sepa hacer las *cucharas, lanadas, estivadores* y todas las demás cosas que tocan á su arte, y ser muy pulido en limpiar su frasco, y las herramientas de su estuche, alistar su cuerda y botafogo, enjugar y secar su polvorin á menudo, cubrir siempre el fogón de su pieza con sebo y carbón molido, todo bien mezclado, porque no le

(1) En la armada *Invencible*.

entre dentro ni tierra ni el agua del cielo. Es obligado además el Artillero á conocer todas las herramientas, partes y miembros de que su pieza, las ruedas y caja son compuestas, para saberlas nombrar todos, y los oficios á que sirven cada una de ellas: por cuando si siendo enviado á la munición por alguna cosa tocante ó pieza á instrumento de ellas, por traer una, trujere otra, muy gran vergüenza le sería y aun merescería con afrenta ser privado de la plaza, y si como se ha dicho es obligado á saber conocer y nombrar las herramientas y partes de las ruedas y de las cajas, ¿quanto más obligado á conoscer las piezas mismas? Porque ¿qué mayor afrenta se le podría recrescer, ni qué mayor culpa, más sin disculpa (en aquel caso) se le puede atribuir, como sería que siendo preguntando de un general de un ejército, ó de aquel de Artillería, del nombre, género y efectos de una pieza, no supiese dar razón con presteza de lo que se le demanda? Y ¿qué represión meresceria el Artillero quando por ser negligente y mal plático, al cañón llámase culebrina, y á la culebrina cañón, y que en viendo solamente un cañón pedrero no supiese luego conocerlo y nombrarlo, distinguiendo del un género de piezas al otro, y el efecto porque cada uno se hizo? Esto finalmente, Señor, es lo que he visto, y platicando y adquirido con no poco trabajo y largo estudio: y si acerca de lo por mí dicho y respondido hoviere habido algún defecto, supla la benignidad de V. Señoría á mi falta, como virtud propia y nobleza suya.»

La circunstancia de haber dado ya á conocer el plan de la obra de Collado, al tratar de los progresos de la Artillería, y las respectivas de las de Alava y Lechuga, nos dispensa de entrar en otros detalles relativos á aquel y á estos escritores. Del estilo de estos dos, podrán nuestros lectores haberse formado idea por los fragmentos que de sus obras dimos á conocer. Es correcto, propio y por lo tanto claro, aunque no muy preciso, siendo de notar en Alava excesivo prurito en citas y ejemplos tomados de la antigüedad griega y romana. Este defecto, común á muchas obras de la época, ya hemos dicho, que influjo notablemente en los escritores didácticos. Rojas (1), en quien asimismo se deja ver, y que merece un lugar entre nuestros tratadistas, no sólo por sus dos obras de fortificación, sino por el *Sumario de la milicia antigua y moderna* ya citado, pagó tributo á este prurito de imitación, en aquellas formaciones que trae á la memoria la macedónica falange y la legión romana, y en las que se pone en parangón el arte de escuadronar con la fortificación. La organización y modo de combatir de los romanos, sus armas y prácticas militares constituyen los primeros capítulos de esta obra, los siguientes consagrados á reconocimientos, paso de ríos, sorpresa, persecuciones y retiradas son más importantes, en cuanto dan idea de los progresos militares de la época, y los que forman la segunda mitad de la primera parte de esta obra, dedicados al estudio de la fortificación, ingenios, guerra marítima, constituyen, como los primeros, un resumen de los escritores militares romanos,cuyos principales consejos y aforismos militares inserta en capítulo XIII. En la segunda parte sienta las reglas de las fortificación moderna, discute so-

(1) Extractamos de la tercera parte del *Informe* del Sr. brigadier Aparici y García, inserto en el tomo VI del *Memorial de ingenieros* las siguientes noticias biográficas relativas á Rojas, sin perjuicio de recomendar al que quiera ampliarlas, la lectura de la obra del señor Mariátegui.

Rojas fué uno de aquellos ingenieros que se distinguieron en su tiempo por la práctica en la ejecución de las obras, práctica que adquirió en los trabajos civiles de arquitectura y especialmente en los que efectuó el lado de Herrera, en el Escorial. En 158[illegible] solicitó la plaza de ingeniero del Rey, y pasó á Cádiz, donde levantó la planta de la bahía. Durante los años 1591, 92 y parte del 94 se halló en Bretaña, donde fortificó el castillo de Blavet y otros puntos con trincheras y minas, regresando á España en 1594, donde se le recompensó con 10 escudos más de sueldo y 300 ducados de ayuda de costa. No había aún obtenido por este tiempo el título de ingeniero, que solicitó en 1[illegible] y en 1595 y 96 repitió la solicitud, y al mismo tiempo que se le diese plaza de capitán ordinario, por regla general otorgada á todos los que desempeñaban aquel cometido

En Noviembre de 1596 pasó Rojas á Sevilla con objeto de hacer las trazas convenientes á ciertos trabajos que debian emprenderse en el río y costa de Cádiz, así como á las fortificaciones de Gibraltar y Tarifa. En recompensa se le dió título de capitán *ad honorem.* Pero á todo esto pasaba el laborioso español grandes apuros metálicos, de los que le sacó en 1597 un ajuste de sueldos atrasados. En este mismo año solicitó y obtuvo permiso para dar á la estampa su primera obra. En 1598 construyó los modelos de las fortificaciones de Cádiz y Gibraltar, en las que estuvo empleado probablemente hasta 1602 ó 1604. Sólo se sabe de positivo que en 1607 estaba en la córte, donde tal vez leyó de fortificación en la Escuela ó Academia fundada por Felipe II. Debiansele á la sazón 4 000 ducados por sueldos atrasados, de los que sólo recibio por el momento una cuarta parte, pero se le aumentó el sueldo hasta 60 escudos. Alentado con esto, Rojas salió de nuevo para Cádiz, donde continuó los trabajos de fortificación durante los años 1608, 9 y 10, aunque mal atentido, como de costumbre. En 1611 pasó á Orán y Mazarquivir con la armada de Argel; levantó las plantas de estas dos plazas y un modelo, y los trajo á la córte, regresando en Setiembre del mismo año á su destino. Allí permaneció el año siguiente, y en 1613 pasó á Madrid en uso de licencia, de allí á la Marmora, con la expedición que mandaba D. Luis de Fajardo, y habiendo contraido en esta expedición, por efecto de las grandes penalidades que sufrió, una grave enfermedad, pidió permiso para volver á Cádiz, donde falleció en 12 de Octubre de 1614.

En 1613 había conseguido, después de no pocos memoriales, que se le diese el sueldo de capitán ordinario, si bien no llegó á obtener que se le otorgase el que disfrutaban los demás ingenieros. Como muchos hombres ilustres de su época Rojas vivió en la mayor pobreza y no recibió la recompensa debida á su mérito y á su laboriosidad.

bre los sitios en que deben edificarse las fortalezas, si son preferibles las grandes ó las pequeñas y si su fortaleza consiste en el mayor ó menor número de frentes de su recinto; si conviene ó no la fortificación de ciudad ó castillo viejo y modo de transformar el recinto, y por último se ocupa de la defensa de una ciudad ofendida desde diversas alturas. En la tercera se ocupa de la artillería, que divide en tres géneros, según sus calibres, y estudia la debatida cuestión del diámetro de una bala, examina los componentes de la pólvora, explica el modo de fabricarla y discurre luego sobre los sitios: el libro termina con la construcción de fortalezas en el mar.

Rojas creía preferibles los ejércitos compuestos de *naciones* á los de una sola, y de uno formado de 50.000 combatientes, señala 10.000 para la caballería, organizando los 40.000 restantes en tercios de á 3.000 hombres y dejando 1.000 para los servicios generales del ejército. La fuerza de los tercios la fija en 15 compañías de 200 hombres. En las marchas y alojamientos los reparte en la forma siguiente:



Armadura del duque de Alba

«Cuatro regimientos que vayan de vanguardia, habiendo echado suertes a quien le tocase la primera vez, y cuatro en batalla, y otros cuatro en retaguardia, y el que queda será de guardia al bagaje con 1,000 caballos, y si fuese la sospecha del enemigo grande serán 2,000, advirtiendo que el que llevara la vanguardia, ha de caminar con tanto orden que jamás pierda de vista la retaguardia y el bagaje, por si fuere necesario socorrerlo, y que se pueda hacer el socorro á tiempo, que no sea perdido y desbaratado, y advertir que el que llevare á su cargo el bagaje ha de llevar guia confrontada con la que lleva la vanguardia, y si fuese de noche (el guía) irá con esposas en las manos, porque si el enemigo se le pusiere delante y lo entretuviere con alguna escaramuza ó por otros inconvenientes que á los ejércitos suelen suceder, y los hace llegar de noche y camina en una hora lo que habia de caminar en cuatro, lo cual no puede hacer el bagaje, y así es necesario que lleve la guía á buen recaudo, porque no ande perdida la retaguardia como yo lo he visto algunas veces, y si el enemigo quiere con ellos fuera facil perderse. Háse de entender que si el enemigo quedare en retaguardia, ha de ir el bagaje en la vanguardia, el artillería en la retaguardia y si estuviere por frente, llevará el artillería un costado de la vanguardia y el bagaje se ira donde se ha dicho, que es en la retaguardia, y si hubiere algún paso estrecho, de suerte que los cuatro regimientos no puedan pasar juntos, pasará cada regimiento solo, y después de haber pasado los cuatro, pasarán luego el artillería y luego los demás regimientos. Han de ir de vanguardia de este ejército, los gastadores para acomodar los pasos y han de ir con ellos algunas compañías de arcabuceros, que son quien toca hacer esta escolta. Han de llevar palas, hachas y azadas, y las demás cosas necesarias para hacer puentes y esplanadas, y irán tras estos gastadores los 8,000 caballos repartidos en ocho tropas, llevando la misma orden en el repartimiento de ellas que lleva la infantería, han de enviar siempre á alojarlos 200 ó 300 caballos que descubran la campaña, y otras de esta caballería, en la vanguardia de nuestros escuadrones la mosquetería, y antes de que el ejército comience á caminar en la forma dicha, partirá el Maese de campo general ó su cuartel maestre á reconocer el alojamiento que el ejército ha de tener aquella noche, el cual ha de tener las condiciones siguientes. Lo primero mucha agua y que no sea el sitio pantanoso, y que tenga mucho forraje y leña, y que en el sitio no haya eminencias sobre él porque el enemigo no gane alguna y desde allí procure desalojar la gente; y estando todo prevenido, podrá comenzar á marchar, procurando llegar siempre de dia porque tengan tiempo de poder ir los soldados á forraje, y llegados á los cuarteles se alojarán los cuatro regimientos que van de vanguardia en lo primero de ellos, y los que van de batalla pasarán á la vanguardia de los cuarteles por donde se han de salir. Otro dia el que viene de retaguardia tomará la batalla, y con la orden que están alojados esta noche, irán saliendo otro día, sin cruzar los unos con los otros ni embarazarse, y no se alojará la caballería ni se apeará ningún soldado hasta que todo el ejército esté alojado, y después se le dará la parte más cercana del agua, de forma que los cubra la infantería

Lléganos ya el instante de poner fin á esta ligera reseña con los nombres de dos insignes tratadistas, ó para hablar más propiamente, moralistas militares: Gerónimo de Urrea y Marcos de Isaba, autor aquél de la obra *Diálogo de la verdadera honra militar* (1566); éste, del

Cuerpo enfermo de la milicia española (1591) (1). Urrea escribió para desarraigar la costumbre del duelo, costumbre que daba lugar á constantes peleas por la cuestión mas frívola, sobre todo en una época en que nutrían las filas de nuestro ejército los elementos más heterogéneos. «Cosa es de gran lástima, dice, ver como en la infantería española está reducida la fineza militar de nuestros tiempos, á que se vaya cayendo y derreputando, por no entender muchos della, los puntos y términos de la verdadera honra de caballería, antes sacándola de su lugar la asientan y ponen sobre puntillos y casos flacos y de poco valor, que los traen á pasar por la injusta costumbre del duelo, y les hacen no entender como, ser buen soldado, no consiste en injuriar al enemigo, y reñir con el pariente, ni en desafiar por cada puntillo el compañero ó conocido.» El autor estaba autorizado para hablar semejante lenguaje, pues tenía bien sentada su fama militar, habiendo servido en la infantería española desde la clase de soldado hasta la de capitán, y conseguido por sus raros méritos el cargo de virey de Pulla. En lenguaje correcto y con razones, en apoyo de las cuales no escatimó textos griegos y latinos, desarrolla el pensamiento de la obra, diciendo que el ser honrado consiste en ser virtuoso, justo, sufrido, bien criado, verdaderamente liberal, honesto, modesto, fuerte y esforzado en todas las adversidades; en combatir sin ambición ni vanagloria en querellas justas y rehusar las injustas con todos los modos buenos que pudieren concertarse las pendencias, «porque el caballero que ofende á otro, y quiere con orgullo y soberbia mantener la fealdad de que ha usado, dice, ya no es un caballero, y por tal no debe alguno combatir por él; y el que saca á otro al campo por falta de no saber por qué vía remediarse, muestra poco discurso de razón y grande grosería de entendimiento.» «Los que no sufren ultrajes, añade, los valerosos por armas y señalados por ellas, estos son los honrados, que siguen las costumbres de aquellos veteranos romanos que tanta honra ganaron por la espada.»

Fué Marcos de Isaba uno de tantos españoles que dejaban el sosiego de las aulas por los trabajos de la guerra, pues rayaba en los veinte años cuando, trocando el libro por la pica, sentó plaza en nuestra célebre infantería, en la que llegó á ejercer el empleo de capitán. Hombre pundonoroso y amante de su profesión, modelo de buenos soldados por su constancia en los trabajos y su valor en las refriegas, en las que recibió algunas heridas, inspiróle el triste estado á que había llegado la milicia la obra titulada *Cuerpo enfermo*, en la que se retrata la corrupción que maleaba nuestro ejército y se indican los remodios para concluir con ella. Ya hemos citado, al tratar de la disciplina, algunos fragmentos de esta obra, con objeto de que pudiera apreciarse su estilo. Cuantos abusos se cometían entonces en nuestras tropas, la mala fe de los contadores, el fausto y relajación de los capitanes, los diferentes vicios de los soldados, entre los cuales era el primero «el maldito é inquieto juego de los dados,» y, sobre todo, la peste de los motines, se hallan en ella acremente censurados; pero el autor pone junto al mal los correctivos, alguno de los cuales apunta en forma de orden real. Y al tratar de los motines, muéstrase inexorable con los delincuentes. «Digo, exclama, que el

(1) En la obra de Urrea se leen estas palabras: «De decinueve años dejé los regalos y dulces travesuras de mi patria para probar los trabajos de la guerra, donde por ellos alcance en ella principales oficios y cargos.» En efecto, el autor llegó desde soldado á capitán, después de haber realizado muchas proezas, y más tarde fué visorey de la Pulla y del Consejo del Rey Escribio y tr dujo algunas obras literarias entre estas la *Arcadia* de Sannazaro, y el *Orlando fuiroso*, del Ariosto; alcanzó fama literaria y estuvo en relación con los ingenios de su tiempo. Urrea fué natural de Epila. Su obra se imprimió en Venecia en 1566 y se reimprimió en Madrid en 1575.

De la vida de Marcos de Isaba sólo sabemos lo que el autor nos dice en su libro, que sirvió cuarenta años, desde los veinte de edad La obra no vió la luz hasta después de muerto el autor, y la continuo, concluyó y dió á la estampa su cuñado el teniente Miguel Guerrero de Casedá. Así lo consigna éste en su dedicatoria al Rey, en la que se leen estas palabras: «habiendo sido yo su oficial y hechura suya, por lo que dél aprendí, podía aventurarme, como me aventuré á sacar á luz y acabar este *Cuerpo enfermo* que en mi poder quedo, comenzado por él, á cabo de tanto discurso de soldado que puedo decir nació en la guerra, pues puso su nombre debajo bandera cumplidos veinte años y murió de sesenta; de manera que son cuarenta los que residió en ella y tan cumplidos, que los puedo contar por uno de los perfectos que le han servido y respetado, habiendo pasado tantos trabajos, heridas y miserias, con tanta constancia, como es notorio, así en el tiempo que era pobre soldado, como en los oficios y cargos que en ella tuvo.»

Al final de su interesante trabajo consigna Isaba las siguientes noticias:

«Se ha de tener en algo el trabajo que yo he tomado; estando cercado y ocupado en la guerra, pues tantos años la he seguido, comenzando tan mozo, pues de las siete edades que los filósofos antiguos señalaron al hombre, la primera gaste en la crianza, como niño, en casa de mis padres, y la otra en estudios y deseos juveniles, hasta la raya de los veinte años; y las otras, como mozo y g·lla·do, en la guerra, haciendo punto en la edad en que agora me hallo, de cincuenta y cinco años, con voluntad muy pronta, que la última edad, llamada senectud ó vejez, expenderla y gastarla sirviendo á Dios y salvando su ánima.» Exponiendo las razones que le impulsaron á escribir, da como excusa que hallándose ya viejo, manco é inútil, la conciencia le agravaba tener el sueldo que se daba en la guerra; «pues tener el oficio de capitán con que al presente sirvo á Su Majestad, dice, requiere menos tiempo y más salud de la que yo tengo.

que en tal delito cayere, le pueden decir y llamar traidor, y privarle de cualquier honra moderna ó antigua, que de herencia tuviere, ó por su persona hubiere adquirido, pues hemos visto hombres que han sido parte de estos tumultos y rumores, poner en tanta necesidad á sus Príncipes, que les han hecho empeñar cosas de mucha calidad y cantidad contra su reputación, y forzarles á hacer paces muy vergonzosas: de manera, que los que en este pecado fueren causa, han de ser seguidos y perseguidos y terriblemente castigados.» El principal atractivo de la obra de Isaba es puramente histórico, pues, como se ve, pone de relieve una organización defectuosa y una administración desmoralizada, pero olvidóse de profundizar las causas de los males que aquejaban al ejército. El autor, cuyo carácter bilioso y desapacible se revela en los fuertes cauterios que receta al *Cuerpo enfermo*, ha dicho muy atinadamente Almirante, no penetra en el laberinto de la administración general de su tiempo, atento sólo á los desmanes de la milicia, que son los que ordinariamente salen á la superficie. Contra ellos fulmina sus censuras, sin advertir que la raiz está mas honda: como que prendía en las entrañas mismas de aquella sociedad.

Hé aquí algunos párrafos relativos á los ascensos, desde la clase de soldado á la de alférez:

«El soldado, dice, viniendo a la guerra, no se puede admitir en ella de menos edad que veinte años; los primeros cinco aprenda á tratar sus armas, hacer sus guardias, respetar sus officiales, obedecer las órdenes, conservar los bandos: de veinte años de edad, hasta veinte y cinco, ya le habemos hecho soldado, en estos cinco años procediendo bien, y guardando la orden en la forma de hacer los officiales se provea por cabo descuadra, es menester tenga esta edad, ansí para el autoridad de su persona, como para que conozca lo que se le encomienda: y considere las cosas, y entienda lo que en este officio le toca: procurar que los de su escuadra vivan bien; se precien de las armas: prestos á las guardias, y que sin gruñir obedezcan lo que se les ordenare, y si alguno se le descomidiere, hágase respetar, sin ponerle las manos: de suerte que este officio puede servir un año, y entra en la edad de veinte y seis que offreciéndose ocasión le hacemos sargento: el cual tiempo servirá dos años y entrara en la plaza de alferez de edad de veinte y ocho, este officio servirá tres, de manera que cuando será capitán tendrá treinta y dos años, donde de once de soldado y official tendrá conocimiento de los officios, juicio y entendimiento para mandar, obedecer y ejecutar, y para representar la autoridad de capitan. pues el tiempo que le queda de allí en adelante (según los filósofos) que son hasta los cincuenta años, es edad robusta, sana, gallarda, para ejecución y obediencia en lo que se le encomendare. Y nótese esta orden y principio en esta nuestra arte, teniendo en memoria que vayan por la forma dicha, y que se dirá, que será el mayor remedio que el presente se puede decir evitando los males y daños que son parte de ella está tan caida. Y el Capitán General ha de estar muy sobre aviso en guardar á cada uno su derecho, salvo si no corrieren las partes dichas, y se offrecieren otras infames, que no es justo con los que en tal caso peccaren, se conserve la costumbre como con los que caminan por la virtud: y la forma y manera que se ha de tener, será esta:

»Como muera el capitán, el alférez ya sabe cierto, que si no es por merecerlo, que aquella honra y cargo es suya: el sargento alzará el brazo derecho con la bandera en alto, y recibirá el premio que por su merecer y trabajos ha ganado. El cabo descuadra mas antiguo entrara en la plaza del dicho sargento, acompañado con sus merecimientos y experiencia. Y en la plaza deste cabo descuadra, que en esta ocasión se hace sargento, estará muy advertido el capitan en quien la provee y dá, considerando que sea buen cristiano, diestro y plático, y armado en la disciplina que ya se ha dicho acerca de lo deste officio Y digo y torno á decir, que se ha de remirar mucho en esta elección, porque los cabos descuadra son el más perfecto, de qué, y cómo vinen los soldados, y á ellos en una compañía no se les puede encubrir cosa, y á todos los demás officiales, si ansí que en esta elección ha de haber mucha consideración, pues también vienen á ser proveidos en los demás officios: pues el día que le pone en ello puede assentar en su libro que le haze capitán; el cual siguiendo lo bueno y verdadero de la milicia no le puede faltar la buena costumbre y ley que se ha introducido.

«Y si por suerte en la plaza del sargento que se ha de proveer, el cabo descuadra más antiguo de la compañía no tuviere tanta solicitud y entendimiento ó otro defecto, que el capitán y compañía no estén satisfechos, mandará llamar á tal cabo descuadra, y de su persona á la suya, en una cámara le dirá la causa y culpa que en él siente, por no poder en aquella ocasión subirle en aquel grado, asssegurándole que si hay enmienda en su persona que a la ocasión le dará su lugar, de suerte ha de ser el decir que quede honrado y no desdeñado: y luego juntara sus officiales y compañía, y les dira como por falta de salud, ó otro defecto honroso en tal cabo descuadra, que no está al presente para servir de sargento, que con su parecer quiere escoger cual dellos será suficiente: y ansimismo en quién quieren de soldado honrado y entendido en la milicia y buen cristiano dar la escuadra del que se provee agora en sargento, y que tengan por cierto y verdadero que no faltando ni el uno ni el otro á la reputación y grado de tal officio ni servicio de Su Majestad, serán en los demás cargos ocupados y antepuestos, hasta llegar á ser capitanes, que teniendo su merecer, el General no les podrá despojar de tal honra. Estas menudencias en la soldadesca es menester se guarden y ejecuten, porque son de mucho provecho, aunque algunos les parecera que el capitan no ha de dar tanta satisfacción. Digo que si por esta manera los honrara, y levantara, y estarán vigilantes á tener su punto, y ha-

cer sus officios como es razón, y vendrán á ser estimados los officios y cargos en la guerra, y la virtud andará en su lugar: pues vemos hoy que un soldadillo misero ya no hace rostro á ser cabo descuadra, y aun para que sea sargengento le habéis de echar rogadores, y haciéndose desta manera que se dice, un soldado por muy honrado y principal que sea, procurará ser antes cabo descuadra, que no una ventaja, aunque sea gruessa, por ver que con el officio tiene honra y provecho, pues verá que el servir y entender en los officios y cargos, y andar ocupados en ellos, viviendo de virtuoso; le han de poner en la honra, y condición, y grado tan deseado de todos los que siguen la guerra, y piensan en ella ser estimados.»

Citados ya los más notables tratadistas militares de la época, no consideramos conveniente prolongar la serie, dando cuenta de otros menos importantes, puesto que aumentaría de excesivo modo las proporciones de este Estudio. Diremos, sin embargo, antes de ponerle término, que en este periodo se tradujeron casi todos los tratadistas militares de la antigüedad griega y romana; se escribieron diferentes obras sobre el arte de la gineta, esgrima, manejo del arcabuz, y diversos diálogos, *avisos* y reglas militares, algunos de ellos anónimos, é impresos unos en el extranjero, otros en España. Existen varios manuscritos de dicho género en nuestra Biblioteca Nacional, y el lector hallará la oportuna referencia en la *Bibliografía militar de España* escrita por el brigadier Almirante. Desgraciadamente son hoy rarisimas muchas de las obras didácticas dadas entonces á la estampa, y sólo pueden hallarse en la citada Biblioteca y en las especiales que han reunido celosos cultivadores de nuestra historia militar. Mas, para el que quiera formarse concepto acabado del modo de ser de nuestro ejército, bueno será el consultar otros autores, en los que indirectamente se refleja nuestro estado militar como fiel trasunto del estado social. Tal ocurre con Cervantes, y tal con el mismo Mateo Alemán. ¿Se quiere cuadro más acabado de la triste vida del galeote que el trazado en *Guzmán de Alfarache*? ¿Se desea más fiel pintura que la que se hace del militar en *Don Quijote*? El tipo del soldado español, de aquel aventurero que luchaba cubierto de andrajos en Europa y en América, que combatía en las islas del Pacífico y en los diques del Mosa, está trazado de mano maestra por el Manco de Lepanto: «No hay ninguno, dice, más pobre en la misma pobreza, porque está atenido á la miseria de su paga que viene tarde ó nunca, ó á lo que garbeare con sus manos con notable peligro de su vida y de su conciencia; y á veces suele ser su desnudez tanta, que un coleto acuchillado le sirve de gala y de camisa, y en la mitad del invierno se suele reparar de la inclemencia del cielo, estando en campaña rasa con sólo el aliento de su boca, que como sale de lugar vacío, tengo por averiguado que debe salir frío contra toda naturaleza. Pues esperad que espere que llegue la noche para restaurarse de todas estas incomodidades en la cama que le aguarda, la cual, si no es por su culpa, jamás pecará de estrecha, que bien puede medir en la tierra los pies que quisiere, y revolverse en ella á su sabor, sin temor que se le encojan las sábanas (1).»

El que como Cervantes había combatido al lado de aquellos veteranos, bien podía componer tan soberbio retrato. Y cuenta que en el número de los que llevaban la pica como soldados ó figuraban como aventureros, iban no pocos jóvenes de la primera nobleza, no desdeñándose de servir en las filas caballeros del hábito de Santiago y de Alcántara, títulos de Castilla y hombres versados en letras, como el *Fénix de los ingenios* y el inmortal autor de *Don Quijote*. «Holgaríame, dice D. Martín de Padilla á su hijo, que comenzases á ser soldado, y que de allí subieres á cabo de escuadra y sargento, y dende arriba á los demás cargos, y esto ha de ser de tí más merecido que procurado.»—«No haya empleo que desdeñes, escribe un padre á su hijo que parte para Flandes; y ten por mayor autoridad tomar la zapa y pala para hacer una trinchera, que ser hijo de tus padres.» —«Están las compañías, escribe Eguiluz, llenas de caballeros y hijosdalgo, y así es

(1) *El ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha*, primera parte, capítulos XXXVIII y XXXIX; paralelo entre las Armas y las Letras.

justo que el capitán los trate bien. ¿Se quiere idea más honrosa de la que entonces se tenía de la profesión militar (1)?

No todo eran sombras en este cuadro, y sin duda alguna pocos períodos de la historia ofrecen tan bruscos contrastes como el de que nos hemos ocupado. En el fondo del corazón español tenía echadas hondas raíces el sentimiento del honor, sentimiento que reflejan per-

(1) Por la importancia que tiene la Carta que dirigió en 1596 D. Martín Enrique de Padilla, adelantado mayor de Castilla y conde de Santa Gadea, á su hijo, representándole los deberes de la profesión militar, trasladamos aquí este precioso documento:

«Agradecido estoy de que hayas sabido escoger estado tan honroso, del cual te puede redundar tanta grandeza, si bien te gobernares; porque de no hacerlo así no se va á ganar mucho, se aventura á perder mucho.

Llámole tomar estado, porque quien por poco tiempo lo toma no puede medrar en él, y injustamente te quejarías si luego quisieres el premio, que otros alcanzan con largos y señalados servicios. Mas tales los puedes y debes hacer, que en poco tiempo sea en ti de más mérito que muchos años en otro.

El primer presupuesto que has de hacer es que los trabajos y peligros que pasares han de ser á cuenta de Dios, á quien has de traer presente en todas tus obras, el cual te las encaminará á mucha honra y provecho tuyo.

Desde el día que fueres soldado, sea con presupuesto que has de ser general, y mira qué partes te parecen convenientes para serlo, y esas has de procurar tener. Si tú me aseguras hacerlo así, yo te aseguro el cargo.

No te des á entender que quiera decir que tengas autoridad, ni algunos rigores que conviene que tengan los generales, que aun éstos no los han de tener ellos sino en las ocasiones que lo piden. Y así lo dejarás tú para su tiempo, y ahora sé muy llano, muy cortés, muy honrador de soldados, muy liberal con ellos, dándoles lo que tuvieres, y serás medianero de los afligidos generales. Mas de tal manera les rogarás que no les seas molesto, porque así como á ti te está bien el rogarles, así á ellos les está bien hacer justicia cuando lo pide el caso.

El ser liberal ha de tener su proporción, de manera que no venga á ser perdición. Ni tampoco has de dar á todos igualmente, sino considerando las partes del menesteroso, la necesidad que tiene y la obligación que tú le tuvieres.

No seas pendenciero, porque en la soldadesca es tacha muy notable, y tu oficio ha de ser ganar amigos, y poner paz entre los que no lo fueren.

El juego por sí solo no te le quitaría, mas trae tras sí tan malas circunstancias, que holgaría le dexases. Mas si todavía quisieres jugar, sea más por entretenimiento que por otros respetos, y advierte que el juego es el crisol donde se examinan los hombres; y por eso está en cuidado no hallen en ti cosa falsa ni de menos quilates que los que ha de tener un buen soldado.

Aborrece el jurar y los que jurasen. Si son capaces de razón, repréndelos, mas si no lo son, no te pongas en ocasión de tener disgustos donde no ha de aprovechar.

Huye, y tórnote á decir que huyas millares de leguas de compañías viciosas y malas, y sé amigo de todos en general, y en particular de los escogidos, y con éstos trata y comunica.

Discurre á menudo el estado en que estuvieren las cosas, y juzga con discreción de las de porvenir; que mucho tiene andado el general que antevé las cosas.

Antes de ponerte en la ocasión echa la cuenta de lo que has de menester, y añádele la cuarta parte en todo, y saldráte la cuenta bien, porque el dinero, las municiones, bastimentos y la misma gente, se consume por muchas formas.

No seas codicioso de lo ajeno, que es cosa indigna de general, y la que más daño puede hacer en tu ejército, pues te han de querer imitar, y así, contentarte has con lo que fuere justamente tuyo, y guardarlo has para gastarlo en ocasiones honrosas, porque tras liberalidades mal consideradas se siguen bajezas afrentosas.

No pongas á tu gente en peligros manifiestos, y lo que pudieres acabar con dineros y trabajo y industria, no lo hagas con pérdida de un soldado.

Admite de buena gana consejo de los que te pueden y deben dar, y toma la resolución de suerte que ninguno de los consejeros quede ofendido, aunque tengan diversas opiniones, y éstas y la tuya presenta en un rincón ante Dios, que su Divina Majestad las encaminará mejor.

En espías gastarás sin duelo, y no te desmaye el engañarte algunos para dejar de aprovecharte de otros, mas sé recatado en todos.

Excusa lo posible en echar bandos, y ya que los eches, templa la pena dél, porque una vez echado, conviene que se ejecute, caiga quien cayere.

Previénete de las cosas necesarias para tu ejército ú armada con tiempo, porque serán más baratas y mejores, y advierte que una cosa que te falte de las esenciales será causa que todo lo gastado no sea de ningún provecho.

Pon todo cuidado en guardar la hacienda del Rey, que por mucho que tengas, será poco, según son muchos los que la roban.

En ninguna manera te hagas rico apriesa, aunque puedas, porque todas las cosas violentas son poco durables, y quizás se llevarán tras sí tu honra, tu vida y tu alma.

Siempre el buen soldado debe ser ejemplar en su vida, mas con mucho cuidado lo serás cuando hayas llegado á ser oficial, porque no podrás reprender en otro el vicio que tú tuvieres.

Sé caritativo, y entre otras cosas que lo has de demostrar, es en tener un hospital bien proveído, de tal manera, que aunque falte para tu comer, no falte para él.

No consientas que se haga daño en campaña y en poblado, aunque sea en tierra de enemigos, si no fuera con expresa orden, porque evitarás con esto muchos desórdenes.

Sé templado en el comer y beber, y por ninguna cosa te desordenarás, ora estés con naturales ó extranjeros. Tampoco serás melindroso. Comerás de todas viandas, tarde y temprano, bien ó mal aderezado; contentarte has con lo que te dieren.

Harás camaradas con los más valerosos y virtuosos, porque los tales te acudirán con amor y verdad y no te pondrán en ocasiones vergonzosas.

No vestirás tan costoso cuanto lucido, ni trayas invenciones trasordinarias, como decir grandes mostachos, copete ni ayanillos disformes. No tardarás en vestirte, ni te compondrás con espejo, ni te precies de manos blancas, ni hagas ademanes con el cuerpo, ni gestos, ni pises fuerte, ni traigas muy largas ni muy cortas... (1), finalmente, no seas afeminado ni parezcas fanfarrón.

Tus ejercicios ordinarios serán manejar las armas, danzar, tañer, tirar la barra, saltar, correr, y si jugares, sea á la pelota, al trucco y á los bolos, y estando en parte que las puedas hacer, date á la caza y sacarás de ella agilidad y el saber reconocer la campaña.

Cuando entrares en la casa que te dieren alojamiento, sea con cortesía, con lo cual ganarás regalo y opinión, que es lo que otros pierden con su soberbia.

(1) Es falta del ejemplar.

fectamente nuestros escritores y que caracteriza á muchas obras de esta época. Causas más poderosas que las sediciones oscurecieron las glorias militares; ni el talento de nuestros caudillos, ni la abnegación de nuestros soldados eran suficientes á superarlas; pero si hemos de ser justos, no escatimaremos nuestros elogios á los bizarros infantes que, hambrientos y casi desnudos, así luchaban en las heladas llanuras de Frisia, como en los valles Arauco, en Manila como en París, en Amberes como en la Goleta. Ellos dan el primer paso en la senda del

Gasta conforme á tu calidad y no atesores, que es bajeza; pero tampoco gastes lo que no tienes, de donde proceden muchas trampas y malos tratos. Si pidieres prestado, no tomes plazos cortos, ni de manera que aventures tu palabra.

Haz buena acogida y amistad á extranjeros, y procura saber las lenguas dellos.

Ora seas coselete ó arcabucero, sé curioso con tus armas, y procura que sean las mejores, y traellas limpias y enteras, y darte han el mejor lugar; y al marchar no dejes el puesto que te tocare, porque de hacer lo contrario podría padecer tu honra y el servicio de tu rey.

Por ninguna cosa del mundo harás desorden en la guerra, ni lo consentirás hacer en cuanto á tí fuere; antes sé obedientísimo á tus mayores y honrador de ellos; porque quien no sabe obedecer no sabrá mandar.

No te pongas en punto con los que estuviesen en mayor puesto; porque tras de ser muy mal hecho y peligroso, es inadvertencia no honrar al que está en cargo que tú deseas.

Granjea á los generales con ser tal, que de fuerza hayan de echar mano de tí para las cosas de importancia, y cuanto más peligrosas sean, y más trabajosas tanto de mejor gana las harás; que al general tocará no ponerte en cosas temerarias

Si fueres á reconocer un ejército, una batería ó un foso, míralo muy bien y tantéalo de modo que no te engañes, porque sería de gran infamia que se hallare falsa tu relación. Mas no dejará de ser buena si te encomiendas á Dios de todo corazón, y procuras estar muy en tí sin género de turbación.

El día de pelear estarás en el lugar que te tocare, ó como soldado, ó ejerciendo el ministerio del cargo que tuvieres; y está muy en tí, sin género de turbación, y fía de Dios, y acuérdate de tus obligaciones, y que por remotas tierras que sean adonde estés han de saber en la tuya, y entre tus deudos y conocidos, dentro de pocos días, lo bueno ó malo que allí hicieres.

Si te hallares en toma de tierra, tú y tus amigos os ocuparéis en amparar á los que no tienen defensa; y si fuere en lugar de cristianos acudireis á la defensa de monasterios é iglesias.

Llegado á tener cargo, no hurtarás plaza, ni consentirás que nadie la hurte: antes abominarás de los que lo hicieren, porque van contra Dios y su rey, y contra su patria, sin haber cosa que los descargue.

Aunque mi intento es que tengas la mira en ser general, entiéndase ha de ser por medios ordenados, y así holgaría que comenzases á ser soldado, y que allí subieses á cabo de escuadra y sargento, y dende arriba á los demas cargos, y esto ha de ser más merecido de tí que procurado, y antes te rueguen que ruegues, poniendo el cuidado en sólo merecerlo.

Cuando fueres subiendo en los oficios de la guerra, no pases por ellos como de corrido, sino préciate de hacerlo bien, y ser curioso y puntual en lo más menudo, y procura atender al oficio de sargento mayor, maese de campo general, y de comisario de caballería, y platica de las cosas de fortificación y de las que tocan á la artillería, y no te corras de aprender, sino de no haber aprendido: que con esto te habilitarás para saber mandar cuando seas general.

Si levantares alguna compañía, no te des á entender que la has de hacer mejor con consentir desórdenes á los soldados, porque te afirmo por experiencia que, llegado el embarcadero, has de quedar sin gente, permitiendo Dios que esos mismos con quien disimulaste, sean los que te deshagan la compañía. Desde el principio pon la gente en buena disciplina y no admitas rufianes ni gente de mal vivir, y tendrás segura la que asentare á tu honra y conciencia.

Siendo oficial, no des de comer regalado, mas dalo á muchos, conformándote con tu posibilidad.

Si fueres general, mira cómo haces las provisiones de los oficios y ventajas, y busca los beneméritos sin que te ciegue afición, ni valga contigo favor ni consideraciones particulares.

Pudiendo excusar á tu rey la guerra, no seas de consejo que la tenga, por los inconvenientes y varios sucesos que trae; mas habiéndose de hacer, sé presto en la ejecución; porque el diligente por gran desgracia perderá, mas el remiso no es posible acertar, si ya Dios no hace milagro.

Quita de tu compañía hombres viciosos y carnales, si no quieres que Dios te deje su mano, y el demonio te gobierne, el cual te acarreará celos, pendencias, blasfemias, malos días y malas noches, mala salud y mala bolsa.

No sólo no serás amancebado, mas ten por infame el que lo fuere, y indigno de llamarse soldado, y en esta opinión tendrás á cualquiera que se loare de liviandades.

No te jactes de los buenos sucesos que tuvieres, y cuando sea fuerza hablar en ellos, con humildad y dando gracias á Dios, de donde procede todo.

No sólo has de ser pacífico en las obras, sino también en los pensamientos, porque hay algunos que andan vacilando consigo mismo, si Fulano me dice tal, he de responderle tal, ó matarle he. Ten ánimo valeroso y asegurado, y no imagines que nadie te pueda afrentar; que si Dios, por tus pecados, permitiese alguna afrenta, él por su misericordia encaminará que al tiempo de la ocasión cumplas con tu obligación sin ofensa suya; pues el temor de ésta ha de tener en tu corazón el primer lugar, y entre tanto quita imaginaciones que, sin provecho, acarrean muchos pecados mortales.

Te previniendo que no ha faltar quien murmure de tí, diciendo que eres hipócrita y lo que hicieres hazlo por Dios, y no dejes de hacerlo por el qué dirán. Tampoco seas hipócrita del demonio; porque tales son los que se jactan de ofensas de Dios, y peores los que tienen por bizarría loarse de maldades y bajezas que no han cometido.

No te precies de decir donaires, ni por entretenimiento; ni de otra manera murmures de nadie, ni gustes de que otro lo haga, y siempre disculpa á todos por buenos medios; mas en tu pecho podrás aborrecer lo malo.

No andes inquiriendo quién es Fulano, de qué tierra y parientes; que si es buen soldado, muy honroso te se á ser su amigo, sea su linaje el que fuere; y aunque éste sea muy aventajado, no te conviene tratar con él si no tiene virtud y valor.

En las cosas de justicia siempre te llegarás á la misericordia, como dello no redunde mal ejemplo

No seas cruel ni aun con los enemigos á sangre fria, teniéndolos en tu poder; antes les harás cortesía que daño, y guardarás la palabra que dieres inviolablemente.

Por todos los medios posibles procura que primero hagan merced á los que tú has visto señalarse que no á tí.

Si mostrares esta carta no faltará quién te diga que te doy reglas de religioso y no de soldado. Responda al tal que hace mucha ofensa á la soldadesca, cuyo estado es tan honroso, que no cumple con él ni puede llamarse soldado el que no tuviere lo mejor de todos los estados, porque ha de parecer en la obediencia, virtud y devocion, al religioso; en el valor largueza y verdad al caballero; en el amor y prudencia, al padre de familias, en la prudencia y elocuencia, á los muy sabios, en la diligencia, vigilancia y paciencia al buen marinero. Dios te guarde y haga el que deseo »

renacimiento militar, ellos enseñan á sus rivales: y la preferencia absoluta de la infantería sobre la caballería data de la época gloriosa en que nuestros tercios reprodujeron á la faz del mundo los admirables ejemplos de las falanjes de Filipo y Alejandro, y de las legiones de César. En la historia militar de los pueblos europeos. España ha puesto un hito colosal en el gran siglo XVI.



ILUSTRACIONES

Filiberto de Saboya (pag. 537) Nació este célebre general en Chambery en 1528, y su infancia deslizóse en Niza, único dominio que le quedó á su padre el duque Carlos III, á consecuencia de la invasión de la Saboya por los ejércitos franceses en 1536. En vano habia tratado el Duque de observar la más estricta neutralidad en las prolongadas guerras sustentadas por Carlos V y Francisco I, con quienes le unían los vínculos del parentesco. La neutralidad de las pequeñas potencias la infringen fácilmente los poderosos, cuando es un obstáculo á sus miras. Pero puesto en el caso de optar por uno de los contendientes, Carlos se inclinó al Emperador, y su hijo Filiberto hizo sus primeras armas en los ejércitos del César, cuya estima conquistó por su heróica conducta en las guerras de Alemania y Francia. Con su augusto tio asistió á las más importantes batallas de este periodo; y en Muhlberg, en Renty, en Metz, distinguióse por su sangre fria y su capacidad, no menos que por su clemencia con los vencidos; cualidades que le valieron, cuando sólo contaba la edad de veinticinco años, el mando en jefe del ejército. La muerte de su padre, ocurrida en 1553, no le hizo abandonar las banderas imperiales, ni la abdicación del Emperador, tres años después, porque Felipe II le mantuvo en el cargo que desempeñaba, y en el que conquistó los laureles de San Quintín (1557). Filiberto obró entonces con suma lealtad, desechando las proposiciones del monarca francés, que le ofrecía, á trueque de sus servicios, la devolución de sus Estados patrimoniales; y unido á Felipe II por los vínculos de la gratitud, mantúvose fiel á la causa española. Su digna conducta fué recompensada por el rey de España, dándole posesión de sus Estados hereditarios.

Entró de nuevo Filiberto en Saboya, y entonces puso de manifiesto un nuevo género de talentos. Por de pronto cimentó su poder, casándose con Margarita de Francia, hermana de Enrique II; después dedicóse á consolidarlo con una serie de útiles reformas. Y admira, en verdad, la inteligencia y el tacto de aquel guerrero, convertido en legislador, en verdadero hombre de Estado, en padre de su pueblo, al que levanta de la postración y de las ruinas ocasionadas por la guerra, cuya industria y agricultura fomenta, cuyo ejército nacional crea, cuya administración organiza y cuya seguridad individual y colectiva garantiza. La ciencia y las artes no le son menos deudoras de gratitud que el comercio: borra las últimas huellas de la esclavitud, otorga privilegios á las municipalidades, agrupa á la nobleza junto al trono, llama al pueblo á la defensa de la patria, reemplazando los soldados mercenarios, con los ciudadanos, y organiza una milicia nacional, denominada regimientos provinciales; de tal modo logra exaltar el sentimiento patrio en Saboya y el Piamonte, que con razón pudo exclamar uno de sus descendientes: *Sólo tengo que herir el suelo con el pié para que de él broten soldados*. «Nacido en una época de transición, dice un escritor extranjero, pertenece á la Edad Media por la educación y las costumbres, que eran las de un caballero armado de punta en blanco, pero es completamente un hombre moderno por su talento político. La mayor parte de sus contemporáneos no admiraron en él mas que sus cualidades caballerescas, su gran valor y su prodigiosa fuerza física, pocos fueron los que distinguieron en el hábil guerrero y en el incansable cazador, el fundador de un Estado, adelantándose así á los justos fallos de la posteridad; muchos los que desconocieron el mérito de este hombre superior.»

Los que hayan leído la narración de la última campaña de Francia, sostenida por el Emperador, y las bellas maniobras ejecutadas en la frontera Norte de este país por Filiberto, así como la relación de la jornada de San Quintín, habrán apreciado las altas condiciones militares del saboyano. Prudente hasta lo sumo, sabía espiar y aprovechar la ocasiones. Dotado de excelente ojeada táctica, elegía con sumo tino los sitios más convenientes para mover sus fuerzas, y sacaba de las posiciones ventajoso partido. Era bravo en demasía, pero también cauto, como requiere el mando superior. Vencedor en San Quintín, quería caer sin pérdida de momento sobre Paris, pero Felipe II le detuvo. En esta ocasión obró con prudencia el monarca español; pero no es menos cierto que el Duque hubiera reportado nuevas y brillantes victorias. ¡Lástima grande que Felipe no supiera conservar las ventajas que le procuró la espada del ilustre general!

Filiberto de Saboya era conocido entre sus soldados con el dictado de *Cabeza de hierro*. Murió en Turín, ciudad que había elegido por capital de sus Estados, el 30 de Agosto de 1580.

Castillo de Milán (pág. 541).—La perspectiva que ofrecemos representa esta fortaleza tal como existía á principios del siglo XVI. Según se vé, presenta una mezcla de los antiguos y modernos sistemas de defensa. Dos baluartes flanqueados por torres cuadrangulares defienden las puertas; altas cortinas coronadas por caminos cubiertos y en cuya parte inferior aparecen las cañoneras, contribuyen á la defensa, y un doble foso lleno de agua impide el acceso. Frente á la puerta que aparece en primer término y bordeando el foso, se halla un camino cubierto, cuyo principal objeto es proteger el flanco del baluarte en que aquella se abre. El castillo de Milán estaba dividido en tres partes, que se comunicaban por medio de puentes levadizos.

Episodio del combate de Lepanto (pág. 545).—Es copia de una pintura existente en el Monasterio del Escorial, y representa dos galeras en el momento de abordarse.

Galera pontificia (pág. 557).—La particularidad de haber figurado la que reproducimos en el glorioso combate de Lepanto, nos ha inducido á reproducirla. No ofrece diferencias notables con otras de las que en nuestras páginas se encuentran, pertenecientes á este siglo, y completa la idea que hemos tratado de dar acerca de la construcción naval en dicha época.

Petrinal (pág. 571).—Con la invención de la llave de rueda hecha en Alemania en 1517, y gracias á la cual fué suprimida la mecha y la inflamación de la pólvora, se ejecutaba por medio de las chispas que producía el roce de una pequeña rueda de acero con la pirita de azufre como piedra, se dió un paso más en el perfeccionamiento de las armas portátiles de fuego. La piedra estaba sujeta entre dos placas de hierro, y cuando la rueda se ponía en movimiento por medio de un resorte interior, al rozar rápidamente con el acero producía las chispas que iban á inflamar la pólvora de la cazoleta. Se comprenderá, sin embargo, que este mecanismo ofrecía grandes inconvenientes, ya por su complicación, ya por la facilidad con que podía inutilizarse, ya por lo engorroso de la carga, para la que, á semejanza de un reloj, tenía que *darse cuerda* al motor de la rueda, lo que unido á la facilidad de escaparse el tiro, el desgaste de la piedra á causa del constante roce, y á otros inconvenientes, hizo que continuara usándose por largo tiempo aún el pesado arcabuz de mecha. Pero el descubrimiento de la llave de rueda contribuyó á la invención de las armas portátiles de fuego de más corto calibre, como fueron el pedreñal y el pistolete.

El *pedreñal, petrinal, ó poitrinal,* (de *poitrine* pecho), fué, sin duda alguna el arma que preparó el tránsito del arcabuz y mosquete al pistolete. Era un arcabuz corto y que, como su nombre indica, se apoyaba en el hombro para disparar. Estuvo en boga á fines del siglo XVI y principios del XVII. El que hemos reproducido se recomienda por su decoración.

Pistolete (pág. 571).—Hemos colocado esta arma junto al petrinal para que pueda apreciarse debidamente la reducción de su calibre. El mecanismo y decoración es idéntico, diferenciándose solamente en la forma de la caja.

Los primeros pistoletes tenían un cañón muy corto, y la caja formaba con él ángulo recto; el pomo era redondo y relativamente enorme. Tales eran los usados por los reitres. Más tarde la caja se alargó y su dirección fué aproximándose á la del cañón.

Según se vé en el pistolete, como en el arcabuz, mosquete y pedreñal, el mecanismo de rueda quedaba á descubierto; la colocación del mismo en el interior de la caja tardó aún muchos años á verificarse, pero, debe advertirse, que las armas provistas con la llave de rueda, costaban en el siglo XVI relativamente caras, y á causa de esto no se generalizaron por entonces en los ejércitos.

Sorpresa del fuerte de Zutphen (pág. 573).—En la página 440 del Estudio Octavo hemos dado cuenta de las operaciones realizadas por Mauricio de Nassau en 1591, con objeto de hacerse dueño de las plazas más importantes de la línea del Issel. Para ganar á Zutphen, trató antes de hacerse dueño del fuerte frontero á ella, situado al lado opuesto del río, lo que consiguió empleando la siguiente estratajema: «Habiendo partido allá antes del día (una compañía de holandeses), se puso en celada, cerca de la puerta, enviando delante doce soldados mancebos sin barba, los cuales disfrazados con traje mujeril de rústicas mozuelas, llevaban, como para vender, huevos, quesos, manteca en cestos, como suelen ellas, sobre las cabezas, y entre los pliegues de los vestidos las armas escondidas. No les dieron entrada antes del alba, cuando los del presidio, saliendo del fuerte, pasaban unos del río en barquillas hacia Zutphen, otros trataban de comprar las viandas rodeados de los disfrazados mozuelos.—Viendo el corto número de los guardas, los holandeses se hicieron más osados, y trataron de ejecutar luego el intento. Sacó uno de ellos del seno una pistola, y disparándola á un soldado del Rey atento á la mercadería que concertaba, le derribó

muerto. A esta señal, como de trocar papeles en las tablas, aparecieron armados combatientes, y sacaron con gentil denuedo las pistolas con la siniestra y con la diestra las espadas. Al mismo momento los compañeros, que esperaban no lejos de la puerta, acuden con vocería y son de cajas. Los del presidio, rodeados de tantos terrores, intentada apenas la batalla, se entregaron, con muerte de unos de entrambas partes. El haberse ganado tan fácilmente el fuerte de Zutphen por los holandeses, fué prenda y principio que presto se ganaría la ciudad.»

Este parrafo copiado de la *Tercera Década* de las *Guerras de Flandes*, explica el grabado de la citada página, copiado como casi todos los de este Tomo de una estampa de la época.

Mosquetes ornamentados (pág. 575).—Como las armas blancas, las portátiles de fuego sufrieron la influencia de las artes; y la caja de los arcabuceros, mosquetes y pistoletes, dió también lugar á una ornamentación más ó menos rica y apropiada. En un principio ésta se redujo á placas de metal, marfil ó nácar, imitando figuras, follajes y caprichos, incrustadas en la madera; más tarde se talló la madera, ejecutando en ella lindos relieves, luego se cincelaron las guarniciones de metal y, por último, cincelóse y gravóse el mismo cañón. Ya se comprende que este género de armas era puramente de lujo, y por lo tanto no destinadas al ejército; sin embargo, formaban parte de las armerías de los grandes señores, y á título de curiosidad merecen ser conocidas.

Las tres que en dicha página ofrecemos, figuran en el Museo de Artillería de París.

Lope de Vega (pág. 577).—Nació el *Fénix de nuestros ingenios* en Madrid el 25 de Noviembre de 1562, y fueron sus venturosos padres Félix de Vega y Francisca Fernandez, él hidalgo de ejecutoria, y ella de noble nacimiento. Recibió educación esmerada, y tan tempranamente puso de manifiesto su admirable inteligencia, que á los cinco años leía en romance y en latín, y á los once, según confesión propia, ya escribía comedias. Era adolescente aún cuando murió su padre, pero viéndose libre y ambicionando correr el mundo, concertóse con un amigo para realizar su intento, pero como los medios no correspondiesen á los deseos, redújose el proyecto á llegar hasta Segovia, de donde regresó á Madrid con algunos doblones menos en la bolsa y en compañía de un alguacil. No era mucha su hacienda, y el poeta hubo de buscar arrimo en D. Jerónimo Manrique, Obispo de Avila, que, prendado de su inteligencia, dióle ayuda y estimuló sus aficiones poéticas. Los aplausos que el público tributó á las primeras producciones de Lope fueron tales, que le obligaron a proseguir en su tarea, y «en adelante, según dice el Dr. Montalban (1), no se vieron en muchos años en los rótulos de las esquinas más nombres que el suyo.» Y con la popularidad del poeta, creció el favor de los magnates.

Después de haber estudiado cuatro años en Alcalá, hasta graduarse, Lope entró en la casa del Duque de Alba, de quien fué secretario y valido, y en honra del que escribió su poema *La Arcadia*. Perseveró en esta privanza mucho tiempo, y casó durante ella con D.ª Isabel de Urbina, dama de singular hermosura y discreción; por manera que se vió en la flor de sus años rodeado de cuantas satisfacciones requieren el corazón y la vanidad humana. Mas estas satisfacciones fueron poco duraderas; un desafío le obligó a partir de la córte por algun tiempo, y un año despues de regresar á ella, tuvo el dolor de perder á su esposa; golpe terrible que sumió el alma del poeta en el más terrible desconsuelo. Sucedió esto á raíz de la jornada de Inglaterra, y Lope de Vega, dejándose llevar de su dolor, sentó plaza de soldado, en la gran armada que se aprestaba en Lisboa á las órdenes del duque de Medina Sidonia «con ánimo, dice un biógrafo coetáneo, de perder la vida, para que acabasen con ella sus congojas.» Embarcóse con un hermano suyo, alférez, al que no había visto en muchos años, y pocos días después tuvo el pesar de verle perecer en sus brazos, atravesado de un balazo holandés. A estas amarguras, siguiéronse las penalidades sufridas en aquella funestísima jornada; el hambre, la borrasca continua y el lamentable espectáculo de los que morían sin auxilio. Triste recuerdo debió guardar Lope de su estancia en la milicia, que sólo duró lo que la expedición, pues una vez en tierra, volvióse más que aprisa á Madrid, donde entró al servicio del marqués de Malpica, en clase de secretario, y luego con el conde de Lemos, que gozaba en la córte de gran privanza. Poco después contrajo segundas nupcias con doña Juana Guardia, que falleció á los tres años de matrimonio, dejándole una hija; nuevo contratiempo que amargó su existencia, induciéndole á consagrarse á la vida religiosa. Ordenóse en Toledo, dijo en Madrid la primera misa, y desde entonces dividió los días que le restaba de vida entre el estudio y las prácticas caritativas y piadosas. La muerte le arrebató cuando contaba la edad de 73 años, el 21 de Agosto de 1635.

Fué el entierro de Lope solemnísimo, pues concurrieron á él grandes señores, títulos, caballeros y sacerdotes, numerosas cofradías y luces, y acudió á verle todo el pueblo; celebráronse en su honra suntuosas exequias, y compusiéronse á su memoria numerosos elogios, confirmando tales demostraciones la gloria del hombre que se había captado en vida la admiración de los monarcas pontífices y el entusiasmo de todos sus coetáneos.

Nuestros lectores comprenderán que, dada la índole de nuestra obra, huelga el juicio que hiciéramos de Lope de Vega como literato. Diremos sólo que este varón excepcional, gloria de nuestro teatro, escribió 1,800 comedias, 400 autos, 10 novelas, 10 poemas mayores y otros tantos menores, epístolas, églogas, entremeses, loas y otra multitud de composiciones. Era tal su fecundidad, que cumplidos los 60 años, componia 54 comedias por año, y en solo veinticuatro horas un drama de 2 400 versos ó más: «gigantado y poco menos que increíble esfuerzo, dice Hartzenbusch, que habia repetido en su vida, no dos, ni tres, ni diez veces solas, sino mas de ciento.» Larga es, como

(1) *Fama póstuma á la vida y muerte del Doctor Fray Lope Félix de Vega Carpio.*

se ve, la serie de sus obras, y por lo mismo omitimos continuarla aquí. En cambio, elegiremos de entre sus composiciones, el soneto que compuso á la Grande Armada, sentida invocación que por su índole merece figurar aquí:

A la Jornada de Inglaterra

Famosa Armada de estandartes llena,
Partidos todos de la roja estola;
Arboles de la Fe, donde tremola
Tanta flámula blanca en cada entena.
Selva del mar, á nuestra vista amena,
Que del christiano Ulises la fe sola
Te saca de la margen española,
Contra la falsedad de una sirena.
Id y abrasad el mundo, que bien llevan
Las velas viento y alquitrán los tiros,
Que á mis suspiros y á mi pecho elevan.
Seguros de los dos podréis partiros,
Fiad que os guarden y fiad que os muevan;
Tal es mi fuego y tales mis suspiros,

Lope de Vega no sólo fué el poeta más ensalzado y popular de su tiempo, sino el más festejado y favorecido, y también el más rico. Era por extremo liberal y caritativo, de condición afable, y tan modesto, que para él fueron tormentos irresistibles las horas merecidas que le tributaban. Fué el primer ingenio que acertó á reunir en feliz maridaje la poesía popular y la erudita, y de tal modo supo identificarse con las ideas y sentimientos de sus coetáneos, que éstos le alzaron como á un ídolo y le calificaron como verdadero portento de la naturaleza. La posteridad, sin dejar de reconocer los defectos en que incurrió, le ha colocado entre los príncipes de nuestra literatura, y España puede honrarse de haber dado á luz «el poeta con más facultades de tal que hubo en el mundo (1).»

Espada del siglo XVI (pág. 581).—Atribúyese la ejecución de esta admirable obra de arte á Benvenuto Cellini, y en efecto, no es indigna de tal maestro. La empuñadura de labor exquisita, el elegante dibujo del pomo, formado por un mascarón y dos volutas; los medallones que decoran la guarda por ambos lados, relieves ejecutados en muy pequeñas proporciones, pero que admiran por el vigor y la belleza del trabajo, y, por último, las figuras yacentes y los bustos con que terminan los gavilanes, torcidos en sentido inverso uno de otro, son obra tan primorosa y magnífica, que bien merece figurar entre los más notables que ha producido el siglo XVI.

Miguel López de Legazpi (pág. 585).—Este insigne varón nació en la villa de Zumárraga, en Guipúzcoa, á principios del siglo XVI. En 1545 era escribano mayor del cabildo de México, y por sus excelentes condiciones de carácter é instrucción, eligióle el virey de Nueva España, D. Luis de Velasco, para mandar la expedición organizada en 1564 con objeto de conquistar las Islas Orientales y fundar allí colonias. Pocos reunían, en efecto, el tacto, energía y patriotismo que exigía tal empresa; porque no tan difícil era entonces conquistar, como colonizar, dado los escasos elementos allegados y la falta de disciplina de la gente.

Componíase la armada que se aprestó para tal empresa, de dos grandes navíos de carga y otros dos menores, y llevaba como á piloto, el célebre navegante y cosmógrafo Andrés de Urdaneta. En otoño de 1564 salió del puerto de la Natividad, y con próspera navegación, siguiendo el rumbo que en otro tiempo Magallanes, tocó á principios de Enero del año siguiente en la Isla de los Ladrones; llegó el 13 de Febrero á la de Leyte, reconoció otras varias, y después de sostener algunas refriegas con los indios, evitar mil escollos y correr mil peligros, fondeó el 27 de Abril, de 1565 en la de Zebú, de triste recordación para los españoles, pues en 1521 habían sido víctimas de la perfidia de los zebuanos. La toma de posesión no fué pacífica, pues resistiéndose los indios, el pueblo fué saqueado é incendiado, fundándose allí por los españoles el de *San Miguel*. Seguidamente despachóse para México una nao en la que fué Urdaneta, quien tuvo el atrevimiento y la sagacidad de dirigirse hacia el Norte, con objeto de aprovechar los vientos de Oeste, y así alcanzó los 43° de latitud Norte. Cúpole por tan sabia maniobra la gloria de ser el primer descubridor del viaje de vuelta de las Filipinas á Nueva España, «porque lo hizo con arte, notó sus rumbos y tomó carta de marear y derroteros.» Asegúrase que en este viaje navegó setenta mil y setenta y tres millas.

Legazpi prosiguió en tanto la fundación y fortificación de San Miguel, y su teniente Sanz la pacificación de las islas inmediatas, principalmente las de Bool y Panay, mientras los misioneros contribuían á la par que los soldados á extender la dominación española en el Arehipiélago. Reforzado con la llegada del galeón *San Gerónimo*, que en 1566 se hizo á la vela del puerto de Acapulco, y más tarde con los socorros que le trajeron los galeones *San Juan* y *San Lucas*, pudo hacer frente al doble peligro que le amenazaba, los ataques de los portugueses y las ase-

(1) Hartzenbusch. Prólogo á las *Comedias de Lope de Vega* en la colección de *Aut. Españoles*.

chanzas de los indios, y proseguir sus conquistas. En 1569 redujo la isla de Masbate en la que se descubrieron ricas minas, y poco tiempo después llevó sus armas á la isla de Luzón desde la cual, los misioneros extendieron sus trabajos de propaganda, y lograron ir pacificando las islas conquistadas, particularmente las de Panay, Mindoro, Masbate é Ibalón. El justo premio de estos servicios fué el título de Adelantado de todas ellas, que en 1570 recibió el esforzado vizcaino.

Alentado en sus empresas, Legazpi hizo flotar al siguiente año el pabellón español sobre los muros de Manila, cuya ciudad tomó no sin sangre el capitán Martín Goitia, y á la que convirtió Legazpi en importante puerto, fortificándola cuidadosamente, y guarneciéndola como por su importancia merecía. Fundó en el puerto de Vigan la colonia *Fernandina*, y dió principio al comercio de los españoles con la China, estableciendo amistosas relaciones con los habitantes de este imperio. Gracias á esto, Manila llegó á ser en poco tiempo una población floreciente, un importante centro comercial, y una ciudad destinada á ser el emporio de aquellas islas. Desgraciadamente la muerte sorprendió á Legazpi en su civilizadora tarea. Una enfermedad producida por el clima, puso término en Agosto de 1572 á la vida del primer conquistador, pacificador y poblador de las Filipinas.

Justo es que consagremos en estas páginas un recuerdo a este varón ilustre. Si es grande y ruidosa la fama de los conquistadores, ¿qué no merecen los hombres que a fuerza de constancia y de talento, procuran á su patria ricos y duraderos Estados?

Cañón de sitio y plaza (pág. 587).—El dibujo y explicación de este grabado nos ha sido remitido según lo hemos hecho constar, por el Sr. D. Esteban Moraes Sarmento, comandante del ejército portugués.

Representa un cañón de bronce, de sitio y plaza, fundido en Portugal en 1591 y de calibre 0'13 metros. Ostenta las armas reales españolas con un escudete de las portuguesas y debajo las siguientes inscripciones DON PHELIPHE II REY DE ESPAÑA Y DON IVAN DE ACVNA SV CAPITAN GENERAL DE LA ARTILLERÍA AÑO 1591. Los destrozos que en ella se notan fueron producidos por otros tantos balazos de la artillería holandesa, cuando estos enemigos sitiaron la fortaleza de San Sebastián de Mozambique. Las siguientes letras grabadas en ella parecen designar su peso:

N°XLIXLIq s .XX, A s

Esta pieza fué conducida desde Mozambique á Lisboa en 1866. Pesa 1,828 kilógramos.

D. Gerónimo de Urrea (pág. 589).—Los escasos datos que hemos podido hallar acerca de este escritor militar figuran en la obra *Diálogo de la verdadera honra militar* y los hemos consignado en la nota de la pág. 650. El retrato reproducido lo es de una portada de su traducción del *Orlando Furioso*

Baluarte de Rojas (pág. 593).—En 30 de Marzo de 1595 remitió Cristóbal de Rojas una Memoria facultativa al Rey, con objeto de rebatir las reformas propuestas en las fortificaciones por el arquitecto militar siciliano Julio Lasso. A esta memoria acompañaban planos y perfiles y en ella da cuenta Rojas, entre otras cosas, de su nuevo sistema de baluartes, término medio entre el sustentado por los ingenieros antiguos, consistente en redondear la arista de los baluartes, y el de los modernos que dejaban vivas las esquinas, pues «se reduce á que suban y levanten de arista viva los baluartes en toda aquella altura que tapa y encubre el arcen del foso, ó la cresta del glacis, si hay camino cubierto, y por lo menos serán de veinte piés de alto, y desde aquí se montará la esquina, redondeándola hasta el cordón, subiendo su paramento exterior en talud como todo lo demás. De este modo creía Rojas que los ángulos quedaban mucho más fuertes ahorrando tiempo y gasto, y evitando los inconvenientes de los dos sistemas (1).»

Carraca del siglo XVI (pág. 597).—El Sr D. Miguel Lobo en su *Historia del origen y progresos de la arquitectura naval*, dice acerca de estos bajeles lo siguiente:

«La *Carraca* se introdujo en la Península para el comercio con los países conquistados del Nuevo Mundo. Las hubo que sobrepujaron en tamaño á los buques de todas las naciones marítimas de Europa; y según Charnock, en el año 1592, capturó Sir John Barrough, una portuguesa «que no bajaba de 1,600 toneladas y llevaba 900 de carga. Montaba 32 cañones de bronce y conducía de 600 á 700 pasajeros.» Según la opinión de Mr. Robert Adams, excelente geómetra, añade Charnok, «medía de fuera á fuera 155 piés de eslora, cerca de 47 de manga y 100 de quilla.

»Los portugueses fueron los primeros que usaron esta clase de embarcaciones que enviaban á las Indias Orientales y luego al Brasil.

»Las tenian de extraordinario tamaño y las emplearon también para la guerra.»

Invento de Contreras (pág. 601).—Para la expedición de D. Juan de Austria á Túnez, dió Francisco Contreras varios *avisos*, entre ellos una invención para suministrar agua á las tropas y conducirla á los campamentos y trin-

(1) Mariátegui, *El capitán Cristobal de Rojas*, Cap. IV. Del capítulo X ha sido reproducido el baluarte de la pág. 589.

cheras. «Aconsejó que se construyeran 500 vasos de vara y tercia en cuadro (parece debe decir de diámetro pues la figura que se da en el documento es cilíndrica y como de brocal de pozo ó algibe), de cueros de vaca, curtidos y guarnecidos con cinchas de lo mismo, de cuatro dedos, con asas de hierro para colocarlos donde hiciere falta mas agua; debían sostenerse sobre tres estantes, conforme se demuestra en el diseño, y habían de acompañarles 100 caballos ó mulos con albardas y aparejo de zaques, que se marca en los citados diseños.»

El que ofrecemos es copia, así como el párrafo precedente, del notable *Informe sobre los adelantos de la Comisión de historia en el Archivo de Simancas.*

Sitio de Neuss (pág. 613).—Ha sido relatado en las páginas 319 y 320 del Estudio Séptimo, y omitimos la descripción para no incurrir en repeticiones. Nuestro grabado representa uno de los asaltos que se dieron á esta importante plaza.

Sargento de infantería (pág. 617).—Esta figura está copiada de un grabado de Hogenberg. Su traje y armas se reducen al morrión, coselete, escarcelas, calzas y medio calzas acuchilladas, á la usanza española, espada y alabarda. La alabarda era el distintivo de esta clase.

El origen de la palabra *sargento* es latino-francés. En el siglo XVI recibió, según dice Valdés, carta de naturaleza en nuestras tropas, y es de notar que entonces los sargentos eran considerados en el número de los *oficiales* del ejérto. Así se lee con frecuencia en nuestros historiadores y tratadistas militares.

Capitanes flamencos (pág. 621).—Son copia de una estampa francesa que representa la entrada de el duque de Parma en Francia, grabado que permite estudiar algunas de las particularidades del traje civil de los grandes señores que componían el séquito ó córte de Farnesio.

Hombre de armas (pág. 624).—Ofrece este soldado la particularidad de llevar sobre el armamento el *brandemburgo*, ó sea el capotillo de paño morado con mangas perdidas, sobre el cual campea la cruz de Borgoña, y el sayuelo interior amarillo. Sus armas defensivas son peto, espaldar, gola, grevas, botas herradas, manoplas y celada con babera; las ofensivas, lanza y espada. Es reproducción de uno de los dibujos dados por Clonard.

Pica ornamentada (pág. 637).—Es una arma de lujo, de hoja grabada con delicadas labores y mango labrado de madera fina.

Alvaro de Mendaña (pág. 614) —Nació este insigne navegante en 1541, y los primeros años de su vida deslizáronse en la oscuridad, hasta que llamado á América por su tío D. Lope de Castro, que ejercía interinamente el vireinato del Perú, pasó el mar como muchos otros españoles, ganoso de emplear su actividad en empresas de alguna monta. Dedicóse en un principio al comercio, pero después renunció á él para consagrarse á los descubrimientos, halagado por los maravillosos relatos de los navegantes. Afortunadamente su tío el virey favoreció sus miras, y Mendaña vió realizado su más bello ideal.

Deseaba D. Lope de Castro que se explorase el Océano austral, y que se realizasen nuevos descubrimientos que extendieran el imperio español por aquellas soledades, y con tal objeto dió á Mendaña el mando de dos navíos que en 10 de Febrero de 1567 salieron del puerto del Callao de Lima con rumbo á Occidente. Favorecidos del viento, los expedicionarios navegaron sin dificultad por aquel mar, y á los diez y siete días arribaron á una isla de más de ochocientas millas de circuito, á la que denominaron *Isabela.* Mendaña determinó construir una galera de remos con objeto de no exponer á los navíos á los peligros de una navegación por la costa, y con ella exploró hasta veinte islas, á las que dió el nombre de *Salomón*, designando la principal de ellas con el de *Santa Cruz.* Los habitantes de estas islas parecían ser una mezcla de varias castas, fue preciso pelear con ellos para hacerse con víveres, y su valor fué fatal en más de un encuentro á los españoles. Las enfermedades producidas por el clima también habían diezmado la tripulación, y Mendaña, no obstante su deseo de permanecer más tiempo en aquel archipiélago, y cerciorarse de su riqueza, hubo de pensar en el regreso. Este viaje no se efectuó sin graves contratiempos, pues la naves fueron durante largos días juguete de las olas, y cuando arribaron al puerto de Acapulco, llevaban en los quebrados mástiles las mantas de las camas en lugar de velas. Desde allí pasaron al Perú, donde Mendaña fué recibido con sumo contento, haciendo concebir al virey lo descubierto muy gratas esperanzas.

Este primer viaje en dirección Oeste, lo conceptuó Mendaña en 1,450 leguas, y las islas descubiertas colocólas entre los 7 y 12 paralelo Sur: fué el más importante que hubiesen intentado los españoles desde el descubrimiento del Nuevo Mundo, y dió origen á varias fábulas que pintaban á las nuevas islas como henchidas de imaginarios tesoros. Por desgracia, el monarca español, rodeado de apremiantes atenciones, no podía entonces fomentar estas empresas, y aunque Mendaña solicitó, por conducto del virey, medios para continuar sus descubrimientos, transcurrieron cerca de treinta años, hasta que nuestro navegante pudo efectuar su segundo viaje. El objeto de éste era establecer colonias, y para tal empresa fletáronse cuatro navíos, en los que se embarcaron con Mendaña, su mujer

D.ª Isabel Barreto, el maestre de campo Pedro Merino Manrique, y el experto marino Hernández de Quirós. La gente alistada llevaba consigo á sus mujeres é hijos, y ascendía el número de los que se juntaron á bordo á 378 personas, de ellas 280 soldados.

El atraso en que entonces se hallaban las ciencias originaba grandes dificultades á los exploradores, porque como apenas se conocía el arte de determinar las longitudes y latitudes, resultaba que los navegantes no podían hallar á veces sus mismos descubrimientos: «tal fué, dice uno de sus biógrafos, la suerte de Mendaña, que parece no haber tenido él mismo sino ideas vagas acerca de la verdadera situación de las islas en que se propuso fundar un establecimiento.» Navegando la vuelta del O-S-O, los expedicionarios descubrieron el 21 de Julio la primera isla que denominaron *Magdalena*, que se calculó tendría diez leguas de bojeo, en altura 10°, y en distancia mil leguas marítimas de Lima. A poca distancia otras tres, á la que se dió el nombre de *las Marquesas de Mendoza*, y de las que Mendaña tomó posesión á nombre del Rey en 28 de Julio. Continuóse el viaje el 5 de Agosto navegando la vía de E. cuarta al S O, pero recorridas unas cuatrocientas leguas sin divisar tierra, las tripulaciones comenzaron á impacientarse, y próximo se hallaba á estallar la sedición cuando se descubrieron cuatro islitas que se llamaron de *San Bernardo*. No se detuvieron en ellas los expedicionarios, y prosiguiendo siempre con rumbo al O., siempre por altura, sin subir á 12 grados ni bajar á 8, descubrieron el 29 de Agosto la *Solitaria*. Este descubrimiento no calmó el disgusto ni la desconfianza de la gente, pero como el 7 de Setiembre dieran vista á una nueva tierra, acalláronse las murmuraciones. Era la nueva tierra una extensa y fertilísima isla poblada de gente belicosa, y que opuso gran resistencia á los navegantes. Mendaña la tuvo por la tierra que buscaba, y después de haberla bojeado, fundó en lo mas occidental de ella, por la parte del N., la colonia que llamó *Graciosa*. Dos meses y ocho días se detuvieron en la isla de *Santa Cruz* (1) los españoles, y en este tiempo, lejos de captarse el afecto de los moradores, con sus excesos y tropelías, malquistáronse con ellos, trocándose los auxilios que en un principio recibían en encarnizada guerra. La mudanza de clima y de alimentos, los continuos trabajos, y la falta de médicos y remedios, no contribuyeron menos á diezmar la gente. Declaróse á poco la peste, y á la enfermedad sucedieron los alborotos engendrados por la desesperación. Hubo de aplicar Mendaña terribles castigos, ejecutóse al mismo maestre de campo; pero no consiguió remediar la suerte de los suyos, y agobiado por el pesar y la enfermedad, sucumbió al fin el dia 18 de Octubre de 1595, cuando sólo contaba 54 años de edad. En su agonía instituyó por su heredera universal, y por gobernadora á su esposa, y por capitan general á su cuñado D. Lorenzo Barreto. Este caudillo falleció pocos dias después á consecuencia de una herida recibida en un combate con los indios, y Quirós, que le sucedió en el mando, salvó las reliquias de la expedición, conduciendo los restos de la colonia á Manila, en tanto que los demas buques que zarparon con el de *Santa Cruz*, separados de la escuadra, se estrellaban probablemente en los arrecifes del Gran Océano. Quirós acompañó desde Manila á Méjico á D.ª Isabel de Barrentos, y de este modo tuvo fin aquella empresa tan importante por su objeto, como poco acertada por muchos conceptos.

El nombre de Mendaña merece con justicia colocarse entre los otros famosos navegantes de esta época. No se comprendieron bastante sus miras, y el propósito de establecer en aquellas islas un sólido establecimiento, hubiera adelantado de muchos años las conquistas en aquel archipiélago, sirviendo como de lazo de unión entre las tierras de América y de Asia. Pero la córte de Madrid, preocupada por otros asuntos, dejó de facilitarle los medios necesarios, y lo que podía haber sido base de nuevas conquistas, resultó una empresa funesta para los que trataron de realizarla.

Yelmo de Alejandro Farnesio (pág. 645). —Es de plata sobredorada; su ornamentación relevada á martillo, se compone de numerosas figuras alegóricas, entre las cuales se distinguen las Cuatro Estaciones, la Diana de Efeso y el retrato del mismo Alejandro en traje de general romano y en el acto de recibir las llaves de la ciudad de Amberes.

Este bellísimo yelmo es una verdadera arma de gala ú honor; preciosísimo ornamento de la colección de Ambras, á la que pertenece.

Armadura del duque de Alba (pág. 649). —El catálogo de la Real Armería, á la que pertenece esta magnífica armadura, la describe así: «Carece de espaldar y brazales: su ornamentación es relevada á martillo y damasquinada de oro. En el peto hay una Victoria alada, con corona, palma y trofeos á los piés. Otros varios trofeos, figuras de guerreros, genios, festones con frutas, recovecos, forficiados y muchos adornos ocupan con excelente disposición este admirable monumento guerrero y artístico. —Estilo grandioso, según el gusto de la escuela florentina.»

El yelmo perteneciente á la armadura anteriormente descrita ha sido reproducido en la pág. 19 y su explicación figura en la 50.

(1) Carteret, navegante inglés, halló en 1767 la isla de *Santa Cruz*, á la cual dió el nombre de Egmont, y reconoció también las islas de este grupo, al que llamó indebidamente *Islas de la reina Carlota*.

APÉNDICE

Miguel de Cervantes (pág. 144).—No cumple á nuestro propósito escribir una completa biografía del inmortal escritor que tanto ensalzó la profesión militar. Plumas más bien cortadas que la nuestra la redactaron ya; y por lo mismo nos ceñiremos á dar noticia de sus servicios en el ejército y en la armada, servicios de que con razón se envaneció Cervantes, pues constituyen otro timbre de gloria para este eminentísimo y desgraciado varón.

Cervantes nació en Alcalá de Henares el día 9 de Octubre de 1547. Sus padres, nobles, pero faltos de recursos, consagráronle á la letras, en las que hizo, desde la edad más tierna, grandes progresos. Es de suponer que recibiría en Alcalá su primera educación literaria; pasó luego á Salamanca, donde cursó dos años, y después á Madrid, en cuya ciudad asistió á la cátedra del humanista Hoyos. A la sazón contaba veinte años y ya sobresalía por sus composiciones poéticas. Ignórase por qué causa dejó en 1569 á España, trasladándose á Italia, y entrando en la servidumbre del cadernal Aquaviva. Pero como sus aspiraciones y su índole generosa no propendieran á una vida monótoma y oscura, aprovechando la ocasión que le deparaba el alistamiento de gente para los tercios que guarnecían á Italia, sentó su plaza como soldado raso en la compañía del capitán Diego de Urbina, perteneciente al tercio de Figueroa, una de cuyas facciones se supone que mandaría Moncada. Sobrevino el armamento de la liga formada contra el turco, y Cervantes embarcóse con su tercio en la armada confederada, y combatió gloriosamente en la batalla de Lepanto.

Hallábase, el día en que tuvo lugar este célebre hecho de armas, enfermo de calenturas; por cuya razón su capitán y camaradas le aconsejaban que permaneciese quieto en la cámara de la galera; pero Cervantes, poseído de noble ardimiento, dijo que prefería morir peleando por Dios y por su rey á conservar la salud á costa de acción tan cobarde. Y combatió con gran brío junto al esquife, contribuyendo á la matanza de turcos que los de su galera hicieron en la capitana de Alejandría. En este refriega recibió Cervantes tres arcabuzazos, dos en el pecho y otro en la mano izquierda; de cuyas cicatrices se honraba *como recibidas en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros, y como estrellas que guían á los demás al cielo de la honra y al desear la justa alabanza*. La información hecha en 1578 prueba el denuedo con que peleó Cervantes, y él mismo dice, hablando de la jornada, en su *Viaje al Parnaso*:

Arrojóse mi vista á la campaña
Rasa del mar, que trujo á mi memoria
Del heróico D. Juan la heróica hazaña,
Donde con alta de soldados gloria,
Y con propio valor y airado pecho,
Tuve, aunque humilde, parte en la victoria.

En el prólogo de sus *Novelas* y en la segunda parte de *Don Quijote* también habla Cervantes de sus heridas con el noble orgullo de un buen soldado.

De regreso de esta jornada, estuvo Cervantes restableciéndose de sus heridas en Messina, donde mandó D. Juan de Austria que se le socorriera en 15 y 20 de Enero, y en 9 y 17 de Marzo de 1572, ya por la pagaduría de la armada, ya por gastos secretos y extraordinarios, y una vez curado ordenó á los oficiales de cuenta y razón que asentasen en sus libros de cargo tres escudos de ventaja mensuales á Miguel de Cervantes, en el tercio de D. Lope de Figueroa y compañía que le fuese señalada, que fué, sin duda, la de Ponce de León. Con ella tomó parte en las poco fructuosas operaciones militares de 1572, según lo confirman algunos de los testigos que figuran en la información citada. Confirman asimismo varios de sus camaradas que se halló en la expedición á Túnez de 1573, sirviendo como buen soldado. De regreso á Italia siguió las vicisitudes de su tercio hasta 1575, en que obtuvo licencia para venir á España á solicitar recompensa. D. Juan de Austria se interesó por él y le dió las más expresivas cartas de recomendación, suplicando al rey se le confiriese una compañía «por ser hombre de valor y de méritos, y de muy señalados servicios.»

No estaba reservada á Cervantes esta recompensa, y, al hacer el viaje, su galera fué apresada por cuatro bajeles turcos, y cuantos iban en ella conducidos en cautiverio á la ciudad de Argel. Desde el 26 de Setiembre de 1575 en que este suceso ocurrió, hasta el 26 de Setiembre de 1580, en que fué rescatado, permaneció Cervantes cautivo, é inútil es decir cuántos fueron los padecimientos que sufrió durante aquellos cinco años y cuanta su alegría al divisar de nuevo las costas de la patria; alegria mezclada de pesar, á causa de la pobreza y desamparo en que halló á su familia. No teniendo otro camino que elegir, Cervantes alistóse en las tropas destinadas á la jornada de Portugal, y en unión de su hermano Rodrigo, alférez de infantería, tomó parte en aquella empresa, así como en la jornada de las Terceras. Presúmese que militó en su antiguo tercio, compuesto casi todo de veteranos; y me-

barcado en el galeón *San Mateo*, contribuyó, como en Lepanto, á la victoria de las Terceras. Regresó después á Lisboa, y de allí a Mostagán y luego á Orán, donde se halló de guarnición con su tercio.

«Tres campañas añadidas á las antiguas, dice uno de sus biógrafos, y que nada sirvieron ni á su fama ni á su fortuna, acabaron de desengañarle de lo poco que podía aprovechar por aquel camino. Veíase ya entrado en la edad madura, perdidos los años de su juventud, perdidas sus fatigas, perdidos sus servicios, sin estado, sin nombre, y no quedándole por tantos sacrificios más que su espada y su pundonor. Empezaba ya tal vez á fermentar en su cabeza, y le incitaba poderosamente á escribir, aquel conjunto de sucesos extraordinarios, de caracteres y costumbres interesantes, y de cuadros y pinturas, grande y apacible, que sus continuos viajes por tan diversos países habían acomulado en su fantasía. Quizá también la composición de la *Galatea*, en que por entonces se ocupaba, le manifestó la necesidad de abandonar el bullicio y agitación de las armas, si había de seguir el instinto de su talento y cultivar sosegadamente las letras. De cualquier modo que esto fuese, él dejó de una vez la carrera militar, y en 1584 publicó aquella novela pastoral, con la que se granjeó inmediatamente un nombre distinguido en el mundo literario (1).»

A poco de publicada esta novela, se desposó en Esquivias con Dª Catalina de Palacios. La precaria situación en que se hallaba, obligóle á escribir comedias, ocupación de la que sacó fruto muy escaso, pues á los cuatro años de empezada tuvo que emprender otros rumbos. Durante algunos años se ocupó en comisiones temporales, entre otras la de recaudador de la real Hacienda, y con tan poca fortuna que en el desempeño de este precario oficio se vió reconvenido y aun encarcelado. En la prisión de Argamasilla concibió la idea de su *Don Quijote*, que realizó tan maravillosamente, y cuya primera parte vió la luz en 1605, cuando Cervantes contaba cincuenta y ocho años de edad. Cuatro años más tarde, y con el fin de mover la atención pública hacia su libro, dió á la estampa *El Buscapié*, al que siguieron las *Novelas*; en 1614 publicó el *Viaje al Parnaso*, á fines del año siguiente la segunda parte de *Don Quijote*, y por último, antes de fallecer, terminó los *Trabajos de Persiles y Sigismunda*, que después de su muerte se imprimieron. Ocurrió este suceso el 23 de Abril de 1616, y cuando contaba el insigne escritor sesenta y ocho años de edad. Sus funerales fueron pobres, la indiferencia de los coetáneos envolvió su tumba en las sombras del olvido, y la posteridad ignora dónde fueron á parar las cenizas de Cervantes. Más justa, sin embargo, que su siglo, ha otorgado á Cervantes el primer lugar entre los príncipes de la literatura, y al *Quijote* entre las mas celebradas producciones del ingenio humano. Ocioso sería hablar de este libro; ha sido vertido á casi todos los idiomas, y se multiplicará mientras existan el buen gusto y el sentimiento.

Hé aquí dos documentos pertinentes á la vida militar de Cervantes, objeto de esta sumaria biografía:

Informe puesto al memorial de Miguel de Cervantes Saavedra, sobre que se le haga merced, atento á las causas que refiere, de uno de los oficios que pide:

«Señor.—Miguel de Cervantes Saavedra, dice, que ha servido á V. M. muchos años en las jornadas de mar y tierra que se han ofrecido de veintidos años á esta parte, particularmente en la batalla naval, donde le dieron muchas heridas, de las cuales perdió una mano de un arcabuzazo, y el año siguiente fué á Navarino, y después á la de Túnez y la Goleta, y viniendo á esta córte con cartas del Sr. D. Joan y del duque de Sesa, para que V. M. le hiciese merced, fué captivo en la galera *Sol* él y un hermano suyo, que también ha servido a V. M. en las mismas jornadas, y fueron llevados á Argel, donde gastaron el patrimonio que tenían en rescatarse, y toda la hacienda de sus padres y los dotes de dos hermanas doncellas que tenía, las cuales quedaron pobres por rescatar á sus hermanos, y después de libertados fueron á servir á V. M., en el reino de Portugal y á las Terceras con el marqués de Santa Cruz, y ahora al presente están sirviendo y sirven á V. M., el uno de ellos en Flandes de alférez, y el Miguel de Cervantes fué el que trajo las cartas y avisos del alcaide de Mostagán, y fué á Orán por orden de V. M., y después ha asistido, sirviendo en Sevilla en negocios de la armada por orden de Antonio de Guevara, como consta por las informaciones que tiene, y en todo este tiempo no se le ha echo merced ninguna. Pide y suplica humildemente cuanto puede á V. M. sea servido de hacerle merced de un oficio en las Indias, de los tres ó cuatro que al presente están vacos, que es el uno la contaduría del nuevo reino de Granada, ó la gobernación de la provincia de Soconusco, en Guatemala, ó contador de las galeras de Cartagena, ó corregidor de la ciudad de la Paz, que con cualquiera de estos oficios que V. M. le haga merced, la recibirá, porque es hombre hábil, y suficiente y benemérito para que V. M. le haga merced, porque su deseo es continuar siempre en el servicio de V. M., y acabar su vida como lo han hecho sus antepasados, que en ello recibirá muy gran bien y merced.—Busque por acá en que se le haga merced. En Madrid á seis de Junio de mil quinientos noventa.—El Dr. Nuñez Morquecho.»

Declaración hecha por los cuatro testigos presentados para la Información de servicios que en 1578 solicitó Rodrigo de Cervantes en ocasión que su hijo Miguel se hallaba cautivo:

«Mateo de Santisteban, natural de Tudela de Navarra, y alférez de la compañía que nuevamente se había levantado y conferido al capitán Alonso de Carlos. Fué camarada de Cervantes, en Italia, en la del capitán Diego de Urbina: vió la acción heróica de Cervantes en la batalla de Lepanto, cuando le hirieron el pecho y le mancaron: oyó que cuando su capitan, el mismo Santisteban y otros muchos amigos de Cervantes le dijeron al ir a entrar en

(1) Quintana, *Miguel de Cervantes*.

la acción que se estuviese quedo abajo en la cámara de la galera, pues que estaba enfermo, y con calentura, respondió: *qué dirian del, é que no hacía lo que debia, é que más queria morir peleando por Dios é por su Rey que no meterse so cubierta, é que su salud.* Le vió pelear como valiente soldado en el lugar del esquife, á donde con otros soldados le destinó el capitán; pues estaba Santisteban en la propia galera, nombrada la *Marquesa*, que era de Juan Andrea Doria, situada en el cuerno de tierra. Volvió á verle en Nápoles en año 1575, cuando estaba para venir á España en la galera *Sol*, con Carrillo de Quesada; y conoció también á Rodrigo de Cervantes, hermano de Miguel, en los parajes que á él.

Gabriel de Castañeda, natural del lugar de Salaya, valle de Carriedo, en las montañas de Santander, y alférez: presenció el denuedo con que se distinguió Miguel de Cervantes en la batalla de lepanto, peleando en lugar del esquife *con doce soldados que le entregó el capitán*; habiendo oido que cuando le aconsejaban se retirase abajo, pues estaba enfermo, respondió muy enojado: «Señores, en todas ocasiones que hasta hoy día se han ofrecido de guerra á S. M. y se me ha mandado, he servido muy bien como buen soldado, y ansi agora no haré menos, aunque esté enfermo é con calentura, más vale pelear en servicio de Dios é de S. M. é morir por ellos, que no bajarme so cubierta; é que el capitán le pusiere en la parte é lugar que fuere más peligrosa, é que allí estará é morirá peleando,» y entonces el capitán le entregó el lugar del esquife con doce soldados. Supo que en premio de lo que se distinguió le concedió D. Juan de Austria cuatro ó seis escudos de ventaja. Le vió entrar después cautivo en Argel, porque ya entonces lo estaba también Castañeda: leyó las cartas que llevaba Cervantes de D. Juan de Austria, en que lo recomendaba á S. M. para que le diese una compañía de las que se formasen en Italia, por ser hombre de méritos y servicios: cuyas cartas hicieron que el capitán que le cautivó le tuviese en mucho para el rescate.

Antonio Godínez de Monsalve, natural de Madrid, y sargento de la compañía de D. Juan de la Cárcel. Conoció y trató á Cervantes en 1573 en la jornada de Túnez. Estando Godínez cautivo en Argel el año 1575, vió que Dalí Mamí, capitán de la mar, y otro capitán de galera, trajeron cautivos á Miguel y Rodrigo de Cervantes, hermanos: que éste se rescató en 1577, y aquél quedaba allí en 78 esclavo de Cenegá, rey de Argel.

D. Beltrán de Salto y de Castilla, residente en Madrid, á quien cautivaron los turcos en la Goleta el año 1574, y lo llevaron á Argel. Supo de él y de otras personas de crédito todo lo que se refiere al interrogatorio. Cuando este testigo salió de allí rescatado en 1577, dejó á Cervantes cautivo en poder de un turco llamado Arnaute Mamí, capitán en aquella capital, quien le tenía en gran estima á causa de ciertas cartas que le halló de D. Juan de Austria y del duque de Sesa, en que lo recomendaba á S. M. para que le hiciese merced de una compañía, como persona que lo merecia bien.»

Estos documentos, timbres gloriosos para la historia militar de Cervantes, atestiguan que hasta las mismas recomendaciones de sus superiores sirvieron de perjuicio al insigne escritor. No le cupo, pues, la dicha de alcanzar una modesta jerarquía en la milicia, profesión que, según sus propias expresiones, *aunque arma y dice bien á todos, principalmente asienta y dice mejor en los bien nacidos y de ilustre sangre*; sin embargo, al trocar la espada por la pluma, nunca olvidó los méritos que enaltecen al soldado, ni dejó de ensalzar este ejercicio, como de ello es ejemplo su Discurso de las armas y las letras. En la lámina de la pág. 637, hemos reunido á manera de hermoso ramillete, los más notables pensamientos militares que esmaltan las páginas del *Don Quijote de la Mancha.*



Las láminas sueltas: *Socorro de Leyden, Combate del dique de Kovenstein y Sitio de Grave en 1586*, dada con posterioridad á la publicación de los Estudios á que pertenecen, tiene cumplida explicación en los mismos. Todas ellas son copias de grabados de la época.

El original de la titulada *Sitio de Amberes*, existía en la sala de uno de los gremios de Amberes, y de allí lo reprodujo, modificando algunos detalles, el capitán de ingenieros belga Mr. Girard. Dimos ya en la página 253 un croquis de este famoso sitio, pero habiendo publicado con posterioridad la acreditada *Revista Científico-militar* el plano de Mr. Girard juntamente con nuestro trabajo relativo al sitio de Amberes, y siendo dicho plano muy importante y recomendable por su extremada exactitud; no hemos vacilado en darle cabida en este Tomo.

Por lo que respecta á los cromos *Trofeo de armas* (pág. 325) y *Banderas y Estandartes* (pág. 541), el primero está formado de un morrión, un peto, una alabarda, una pica, dos espadas, y dos trompetas; el segundo de dos banderas, blanca con cruz roja la una; con escaques azules y blancos, y cruz roja la otra; y de un estandarte rojo en cuyo centro campea una imagen. Las armas son copia del natural; las banderas de pinturas y grabados de la época.

FIN DEL TOMO SEGUNDO



ÍNDICE

DE LOS ESTUDIOS QUE COMPRENDE EL TOMO SEGUNDO





PAUTA

PARA LA COLOCACIÓN DE LAS LÁMINAS DEL TOMO SEGUNDO

NOTA.—Se han distribuido con los tomos I y II las láminas siguientes que pertenecen al III: Media armadura de Felipe III.—Batalla de las Dunas en 1600.—Sitio de Grave en 1602.—El campo español frente á Breda copia de Callot.—El campo español frente á Breda facsímile de Callot.—Cerco de Breda en 1624-25.—Sitio de Ostende.—Orden de batalla en Rocroy.—Orden de batalla en las Dunas en 1658.—D. Alvaro de Navia Osorio marqués de Santa Cruz de Marcenado.

ILUSTRACIONES



FE DE ERRATAS

Pág.	Línea	Dice	Debe leerse
11	41	cualidades las dotes	dotes
16	[illegible]	[illegible]	[illegible]
[illegible]	[illegible]	[illegible]	[illegible]
[illegible]	43	[illegible]	[illegible]
56	21	[illegible]	[illegible]
[illegible]	24	contra negros	[illegible]
[illegible]	19	[illegible]	[illegible]
[illegible]	2	[illegible]	[illegible]
84	4	[illegible]	[illegible]
144	34	[illegible]	[illegible]
[illegible]	7	[illegible]	[illegible]
[illegible]	14	[illegible]	[illegible]
207 (?)	31	[illegible]	[illegible]
207 (?)	32	[illegible]	1566
[illegible]	12	los	las
[illegible]	[illegible]	ocupando	[illegible]
239 (?)	29	[illegible]	[illegible] y Nivela
[illegible]	5	[illegible]	[illegible]
248 (?)	20	[illegible]	[illegible]
249 (?)	[illegible]	[illegible]	[illegible]
[illegible]	[illegible]	Sena	[illegible]
[illegible]	12	[illegible]	[illegible]
[illegible]	14	*[illegible]*	*[illegible]*
[illegible]	7	[illegible] enemigo	[illegible]
324	17	[illegible]	[illegible]
[illegible]	14	este	[illegible]
332	8	[illegible]	[illegible]
[illegible]	6	[illegible]	[illegible]
[illegible]	18	[illegible]	[illegible]
[illegible]	[illegible]	nos admira	no nos admira
[illegible]	15	[illegible]	[illegible]
[illegible]	8	[illegible]	[illegible]
[illegible]	35	[illegible]	[illegible]
502	[illegible]	[illegible]	destinadas principalmente a [illegible]
645	13	armería de Munich	colección de Ambras, Viena

572 El grabado de esta página pertenece al Tomo III

571 El id id id [illegible]

